TRILOGÍA DEL FUEGO SAGRADO I
LENA VALENTI
GUARDIANA DE FUEGO
DÉJATE ENVOLVER
POR LAS LLAMAS DEL PLACER.
Grijalbo

TRILOGÍA DEL FUEGO SAGRADO I
LENA VALENTI
GUARDIANA DE FUEGO
DÉJATE ENVOLVER
POR LAS LLAMAS DEL PLACER.
Grijalbo

LENA VALENTI

Guardiana de fuego

Grijalbo

ADVERTENCIA:

Esta novela contiene escenas de alto contenido sexual que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

Cuando el fuego viene del corazón, incluso el Infierno se convierte en cenizas.

I

—¿Cómo te encuentras, Ares?

Desde hace tres años, mi terapeuta, Margarita Valls, me hace la misma pregunta el último viernes de cada mes. Y, aunque debería dejar de sentirme incómoda después de tanto tiempo de terapia, aún me resulta extraño e inapropiado hablar de mis cosas con una profesional y no con una amiga.

Eso no quiere decir que no le tenga algo de aprecio, dado que en terapias prolongadas se acaban creando vínculos, pero no es lo mismo que un rostro entrañable que ha vivido contigo muchas experiencias te escuche con una cerveza en la mano que pagar para hablar solo de tu supuesto trauma. Algo que hago entre cuatro paredes blancas, con estanterías del mismo tono repletas de libros, y un orden poderosamente obsesivo por la degradación de los colores. Yo las llamo «lejas Pantone».

Margarita es rubia, de melena lisa y corta, y creo que es de las pocas mujeres a las que esas gafas gatunas de pasta negra le quedan bien. Habla en voz muy sosegada y entre susurros. Por supuesto, es sobria vistiendo, casi siempre con trajes de chaqueta y pantalón de tonos cremas y claros. Pocas veces la he visto con uno oscuro. Le gusta llevar blusitas blancas debajo, y sus uñas siempre están pintadas de rojo.

Su consulta está en Canonge Baranera, una calle del centro de Badalona, que es donde yo vivo. Siempre que voy a verla llevo a cabo el mismo ritual. Justo antes de llamar al timbre para que me abra, me echo un vistazo rápido en el espejo del escaparate lateral de la perfumería que hay justo pegada a su puerta, donde reposan los perfumes más caros. Luego me peino la melena castaña oscura con los dedos, como si fueran las púas de un peine, me remuevo el pelo un poco y me aseguro de que el rímel no se haya corrido en mis ojos extraños.

Sé que es insólito, muchas cosas en mí lo son, pero mi tono de ojos es violeta intenso, como los de Elizabeth Taylor. Mi piel es blanquita, con algún lunar repartido por mi rostro, lo suficientemente llamativo

como para que te fijes en ellos y te distraigan. Tengo uno debajo del párpado izquierdo, otro encima de la ceja derecha y dos pegaditos en el pómulo que parece que me los hayan pintado con rotulador.

Me fijo mucho en la estructura física de las personas porque soy ilustradora de cómic y me apasiona la fisionomía y las armonías y cómo todo esto puede influir en la personalidad de cada individuo. Mi rostro tiene forma de triángulo invertido, también llamado «de corazón». Mi barbilla no es nada prominente y es delicada, tengo los pómulos bastante altos, aunque mi frente no es demasiado ancha.

Margarita tiene la cara cuadrada, con rasgos muy marcados, ángulos pronunciados y maxilares prominentes que sabe suavizar con el estilo de su pelo rubio y las lentes. Es una mujer atractiva y se sabe sacar partido.

Cada vez que entro en su consulta, me sonríe, sentada con una pierna encima de la otra, siempre la derecha, y me señala el sillón orejero que hay frente a ella. Es la zona de charla, del *tête à tête*. Este reposa sobre una alfombra circular que crea un efecto tridimensional un tanto sorprendente por las líneas negras y blancas, que parecen absorberte como si te cayeras en el agujero de *Alicia en el País de las Maravillas*. No es relajante, pero sí muy hipnótico.

También me parece hipnótico el modo en que su pie, embutido en un mocasín caro con suela tipo plataforma, palpita siguiendo el ritmo pausado del latido de su corazón.

En su consulta hay silencio, alguna vez interrumpido por el ruido procedente de la calle comercial a la que da su ventanal. Pero incluso eso me gusta, el hecho de que, aunque el tiempo se detenga ahí adentro, fuera todo siga fluyendo.

—Estoy bien, como siempre —contesto.

—¿Duermes bien?

¿Que si duermo bien? Desde el incidente, no hay una sola noche que duerma del tirón.

—Duermo algunas horas. Nunca seguidas, ya lo sabes. Pero lo suficiente como para estar activa durante el día.

—¿Te tomas la medicación que te recetaron?

—No. —No me gusta mentir. De hecho, soy malísima haciéndolo. Posiblemente, ese es uno de los motivos por el que el incidente me afectó tantísimo, porque no tuve forma de demostrar nada y, a ojos de los demás, parecía que me lo hubiese inventado todo.

Margarita asiente y apunta algo en su libretita negra. Esa es solo para mí. Y, como mínimo, tiene treinta y seis capítulos, que son el número de veces que la he visitado desde que empecé a venir. Todo un novelón.

Para mí es complicado explicar por qué estoy yendo a terapia desde hace tres años. Las razones se desdibujan en mi mente y no tengo nada sólido a lo que agarrarme, ni siquiera sé qué me dispara la ansiedad nocturna y no tengo nada ni nadie a quien culpar de ello. Pero lo hay. Que yo no lo vea, no quiere decir que no exista. Si de algo estoy convencida es de que a mí me pasó algo; algo muy malo.

—Tu mente necesita descansar bien, Ares. Por eso es bueno que hagas caso a los profesionales y te tomes lo que te recetan.

Asiento y me dejo distraer por el sonido del segundero del reloj de pared. Mi trabajo hace que sea muy observadora con todo tipo de detalles y me puedo abstraer con facilidad.

—Lo sé. No estoy diciendo que la medicación sea mala. El problema es que es mala para mí. Porque necesito estar muy despierta para trabajar y las pastillas me amuerman. Así que aprovecho el insomnio para avanzar en mi trabajo.

Me encojo de hombros, porque no le puedo dar otra respuesta más fiable que esa.

Sé que Margarita querría ver en mí una mejoría más pronunciada, pero también hemos llegado a un consenso no limitante en el que aceptamos que necesito mis tiempos y mi espacio y que a mí las pastillas no me funcionan, porque mi mente es creativa y si está drogada, no produce.

Y ella no va a presionar más de la cuenta.

—¿Y tus pesadillas? ¿Cómo van?

—Sigo teniéndolas. Y es siempre la misma secuencia cada noche. Me despierto con taquicardias y con el cuerpo envuelto en sudor… Después se me pasa y me vuelvo a dormir.

—¿Y hay algo más trascendente? ¿Algún detalle más que recuerdes?

—No. —Me aclaro la garganta—. Lo mismo de siempre: la tierra húmeda bajo mi cabeza y mi cuerpo, la ropa empapada, la soledad del bosque, la lluvia cayendo sobre mi piel y mis ojos, las copas de los árboles, el dolor de cabeza… —explico, ya sin emoción. Lo he hecho tantas veces que se ha convertido en un automatismo—. Y esas dos hojitas entre mis dedos, en forma de corazón, con motitas amarillentas…

Margarita achica la mirada y asiente meditando sobre ello.

—¿Olores?

—Más allá del de la lluvia y el musgo… —Sacudo la cabeza en una negativa—. Nada más que pueda evocar.

—¿Sensaciones, ruidos, ideas, por muy fugaces que sean?

—No. Sé que seguimos en el mismo punto que empezamos.

—Respecto a esto sí. Es que tenemos tan poco con lo que trabajar… —lamentó—. Yo estoy de tu parte, Ares, pero tenemos que incidir más en ello. Necesitamos más elementos a los que agarrarnos.

—Lo sé. Créeme que no dejo de decirle a mi cabeza que se esfuerce, pero es imposible recordar nada cuando te quedas inconsciente. No es que mi mente esté traumatizada y no sea capaz de revelarme lo que sucedió.

—Bueno, eso lo decidimos los especialistas.

—No. Eso lo sé yo. No me acuerdo porque no estaba consciente —aclaro. Antes repetía esas palabras con más vehemencia, deseosa de que me creyeran. Ahora lo hago con resignación.

—La represión está ligada al trauma. Puedes ser víctima de ese deseo de olvidar, pero es muy complicado eliminar completamente algo que te dejó una herida, aunque no seas consciente de ello.

—A mí no me dejó una herida, Marga —sentencio muy seria—. Me dejó confusa, perdida, vacía, con una disociación galopante y algo que estará conmigo toda la vida que hace que ni siquiera pueda odiar o rememorar con dolor lo que me pasó. Como si no tuviera derecho a hacerlo.

Marga no es la única que insiste en que mi mente oculta aquella experiencia para no hacerme más daño. Se cree, como todos, que no quiero recordar o que prefiero imaginarme lo que sucedió. Pero nadie desearía poder revivir aquello más que yo.

Solo así sabría a lo que sujetarme, sabría qué reprochar, podría haberme sentido orgullosa por pelear y recordar que intenté, por todos los medios, evitarlo. Pero no se me dio esa oportunidad.

—Está bien. —Remarca algo con el bolígrafo dorado en la hoja de su cuaderno—. ¿Te mencioné que hay otras alternativas para recordar sucesos traumáticos?

—Sí. Nada de eso va a funcionar. Y no quiero probar nada más.

—Ares —me dirige una mirada comprensiva—, entiendo que estés frustrada. Son muchas visitas, es una terapia que está teniendo mucha continuidad en el tiempo y que, aunque no te esté ayudando a resolver qué te pasó, sí lo hace en otros aspectos de tu vida. No ha sido fácil para ti. Estás aprendiendo a confiar de nuevo —me anima sutilmente—, llevas tu vida con muchísima dignidad y valentía y has aceptado dejar de castigarte por algo que no pudiste controlar y tener resiliencia. —Sonríe con la intención de hacerme sentir mejor—. Lo estás haciendo bien.

Si ella lo dice, será que es así. Total, ella es la experta y yo soy solo una paciente más de todas las que tiene.

—¿Qué tal te está yendo con Hugo?

Hugo ha sido, desde que entendí que algo no iba bien en mí, uno de mis mayores apoyos. Fue el único que me tomó en serio cuando fui a denunciar. Él recogió mi declaración, me escuchó y tuvo el tacto que no tuvieron sus compañeros, que me tomaron por una loca inventiva que quería hacerse notar. Nada me dio más vergüenza que eso: que se rieran de un modo sibilino y disimulado pero igual de ofensivo para mí. Incluso habiendo compañeras cerca, que deberían haber sido mucho más comprensivas por ser mujeres y por todo ese tema de la sororidad que tanto valoro, no mostraron nada de empatía hacia mí.

No las culpo, igual se han hartado de ver muchas denuncias de las que un alto porcentaje eran falsas. Pero, del mismo modo, yo podría haberles dicho que, de esas que consideraron falsas, muchas acabaron con una mujer bajo tierra. Sin embargo, no me convenía tenerlos en contra, no creo que les hubiera gustado que les dijera eso.

Hugo fue el báculo humano que me sostuvo. Un báculo humano con el pelo rasurado, rubio y de ojos marrones muy claros que sabía que era muy atractivo y cuyas facciones podrían servir para la construcción de cualquiera de mis personajes.

Pero la atracción no fue lo que hizo mella en mí. Donde otras veían un hombre guapo y atractivo, yo solo veía ojos y orejas. Porque me escuchaba y su mirada no me juzgaba. Y eso, para mí, lo era todo.

Mi caso no trascendió, nadie quería ir tras el hombre invisible. Pero, aunque la investigación no prosiguió, continuamos teniendo contacto.

Con el tiempo, nos fuimos haciendo amigos. Y después de mucho insistir, de años de amistad, acepté que, tal vez, me gustaba más de lo que admitía y accedí a salir con él.

Llevamos dos meses juntos.

Margarita valora mucho que haya dado ese paso para intentar relacionarme de manera íntima con un hombre. Pero ni siquiera en eso tengo derecho a encontrarme mal ni a dudar… porque considero que intimar nunca ha sido un problema para mí. No sé a lo que temer, aunque tal vez le tema a todo, a esa inseguridad permanente que hace que tenga dudas hasta de mí misma.

Solo espero que estas sensaciones desaparezcan de una vez por todas. Pero sé que hasta que no sepa la verdad, no podré vivir la vida con normalidad.

Igual «normalidad» es una palabra que me queda muy grande.

—Bien —contesto finalmente—. Estamos yendo poco a poco.

Asiente sin pretensión alguna.

—¿Qué sientes por él?

—Me siento a salvo cuando está cerca. Y eso es mucho más de lo

que podía haber dicho hace unos años.

—¿Es porque es subinspector? ¿Porque es una figura de la autoridad? ¿O es por algo más emocional e íntimo?

—Supongo que confío en él. Y ya está. Con él todo es fácil. Creo que no necesito complicaciones.

Ella vuelve a escribir algo en el cuaderno. Parece orgullosa de oírme hablar así.

—¿Y… habéis intimado?

Me rasco la cabeza un segundo y hago un mohín incómodo.

—Estamos en ello.

—¿Qué significa eso?

—Que mantengo las distancias. No porque no me guste… Las mantengo porque creo que debo hacerlo.

—¿Porque temes que te vuelvan a hacer daño?

—No. Porque temo hacerle daño yo a él. Hugo es bueno y noble… Pero no sé lo que siento por él con exactitud. Me gusta, nos besamos, nos tocamos… Sería muy sencillo quererle. Y me ha apoyado más que cualquier otro a mi alrededor. Pero no quiero estar con él solo por gratitud. Sé que debería interesarme en un hombre así, alguien en quien poder confiar, bueno, guapo, trabajador. Pero hay algo en mí que me dice que sería muy mala si lo eligiera a él solo porque hace que mi zona de confort sea perfecta.

—¿No estás enamorada?

—No.

—¿Necesitas estar enamorada para intimar y tener sexo?

—No. Pero siento que sería injusta con él si accedo a ello sin desearlo plenamente.

—Ares… —Frunció el ceño—. ¿Has tenido sexo con alguien más en este tiempo?

—Si te dijera que sí, creerías que te he estado mintiendo en estos tres años. —A veces, me gusta increparla un poco.

—Nunca he pensado que mintieras.

—No. Solo crees que estoy en negación.

—¿Vas a responderme a la pregunta?

—No he sentido la necesidad de tener sexo. Nadie llamó suficientemente mi atención —resoplo—. Aunque tampoco es que haya tenido demasiada vida social, dada mi situación. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he salido de fiesta o he ido a alguna reunión social que no tuviera que ver con salones del cómic o eventos literarios. En esos lugares conoces gente, pero no ligas.

—¿Sigues sintiendo atracción y deseo sexual?

—Sí. Sigo viendo a hombres por la tele y pienso que sería

maravilloso llevármelos a la cama. —Ella se ríe—. ¿Eso es sentir deseo?

—Pues sí —asume mordiéndose el carrillo interno derecho.

—Pero está claro que no voy a intentarlo con el primer hombre bueno que se me cruce. Y sí, a pesar de todo, sigo creyendo que hay hombres muy buenos. Hugo es uno de ellos. Pero no por eso nos iremos a la cama.

—Sigues siendo exigente, entonces.

—¿A qué te refieres?

—A que eres selectiva. Tienes veintisiete años, eres una profesional prolífica y con buena reputación en tu carrera, y muy guapa…

—Gracias.

—Es la verdad, Ares. Tu libido está intacta, eres una ilustradora conocida de cómic, y tu perfil de Instagram tiene muchos seguidores que bombardean tu obra con piropos y te dicen lo guapa que sales en las fotos. ¿Cómo te sientes al respecto? ¿Te incomoda?

—No. No me incomoda. Me siguen por mi trabajo y si les gusto yo, pues es algo bueno para mí y también para mis ventas. Además, que me sigan por eso no significa que me conozca todo el mundo. Ni siquiera aquí, en Badalona, me conocen. Aquí me hacen *ghosting*. —Ella vuelve a reír y niega con la cabeza—. El mundo del cómic es pequeño, impopular, pero está repleto de grandísimos seguidores. Y yo los disfruto, aunque estén muy lejos.

—¿Y no temes que se obsesionen contigo o que te hagan algo?

—Nunca tuve miedo a que me hicieran algo. Nunca pensé en eso. Hasta que me ocurrió en el lugar y en el momento más inesperado. Que me echen piropos en Instagram es el menor de mis problemas.

Sé que mi manera de contestar, nada tímida ni retraída, puede tomar por sorpresa a mi terapeuta. Pero creo que es un sello de las mujeres de mi familia. Las Parisi decimos la verdad siempre, aunque duela o disturbe.

—A las mujeres que pasan por tu situación les cuesta intimar y se sienten culpables por sentir deseo hacia cualquiera. Se sienten agredidas por los piropos o insinuaciones sexuales y no disfrutan de la compañía de un hombre o de estar en lugares demasiados expuestos o desprotegidos. Tu perfil, Ares, es completamente distinto.

—Yo no me siento culpable por eso —reconozco—. Me siento culpable por no poder recordar.

—Lo sé. Pero estoy hablando de la huella que deja en una mujer una experiencia de ese tipo. No concuerdas con nada de eso. Por eso es más difícil dar con la tecla que pueda desbloquearte.

—Yo no necesito que me desbloqueen. Tengo muchísima memoria,

me quedo con muchos datos, no se me olvidarían cosas así a no ser que alguien se hubiese metido en mi cerebro y lo hubiese eliminado. Y estamos de acuerdo en que eso no ha podido suceder, ¿no?

—No.

Exhalo, agotada de discutir por algo que, después de tanto tiempo, sigue sin entender.

—Solo necesito justicia. Y la justicia no me creyó en ningún momento. Pero mi familia tampoco —asumo sin darle más importancia de la que hoy tiene.

—¿Te sientes juzgada? —Apunta un par de palabras nuevas en el cuaderno.

—Tú lo has dicho. Todas las mujeres que pasan por un episodio así se sentirán juzgadas de un modo u otro. Mi madre todavía tiene dudas de que me pasase algo, mi abuela prefiere callar y observar, mi mejor amiga, Lu, aún cree que fue un error de una noche en la que iba demasiado borracha. Yo soy la única que, sin tener pruebas, sabe la verdad, porque es algo que siento e intuyo muy dentro de mí. Todos creen que si me hubiese sucedido algo, tendría pavor por intimar o por tener relaciones con hombres, y no es mi caso. —Tener que dar explicaciones racionales siempre me agota, porque todas me llevan al mismo lugar—. Marga, no me da miedo el sexo. No me da miedo salir a la calle. Solo me siento desorientada porque tengo mucha rabia dentro y no sé contra quién o qué debo dirigirla. Así que, me sucediera lo que me sucediese, ni siquiera puedo sanar el trauma en condiciones para demostrar que sí estoy rota. Que sí me pasó algo. Sé lo contradictorio que suena todo, pero a mí me ocurrió algo que no tiene mucha explicación empírica y que, en cambio, sí ha transformado mi vida de cabo a rabo. Y lo veo todos los días. Y lo peor es que ni siquiera puedo lamentarlo.

Marga juega a darle vueltas al bolígrafo como si fuera una vedete experta. Frunce los labios y arquea las cejas rubias por encima de la montura de pasta negra de sus gafas.

—Ares…, todo pasa por la aceptación. Tienes que aceptar lo que te sucedió. Tu dificultad para admitirlo tiene efectos psicosomáticos incluso en tu cuerpo. Ya te ha pasado otras veces en las que te has negado a creer lo que te pasaba. Y mientras lo sigas haciendo, no podré ayudarte como mereces.

Asumo sus palabras con resignación. Pero no estoy de acuerdo con ella. Margarita me ha ayudado a encontrar un equilibrio en el que poder moverme con seguridad. Eso se lo agradezco. Pero pretende que afirme algo que no sucedió.

Ella baraja dos opciones. La primera: que alguien de mi círculo

abusó de mí y que la negación me impide reconocerlo.

La segunda: que cometí un error que me causa mucha vergüenza, hasta el punto de haber querido ocultárselo a todos, y que me llevó a negar lo que estaba sucediendo en mi cuerpo.

Ambos casos reafirman que fui consciente de lo que pasó. Y que soy yo la que no quiere recordar.

En ningún caso nada de eso es cierto.

Puede que este sea el último viernes que la visito.

Aunque, para ser sincera, llevo diciendo lo mismo cada viernes desde que la conocí. No voy a negar que me hace bien desahogarme y hablar con ella, pero sé que nunca, jamás, defenderá mi posición. Porque las terapeutas buscan grietas y heridas para empezar a sanarlas, y las buscan en el pasado, en el recuerdo.

Pero si yo no recuerdo, ¿cómo me va a ayudar?

Una de las cosas que hago los viernes de terapia es ir al lugar donde sucedió el incidente. Me acerco con la moto eléctrica, una Super Soco 125, y me interno hasta el lugar donde desperté.

No voy porque sea masoquista, ni porque me guste sufrir ni porque haya desarrollado algún tipo de dependencia emocional tipo Estocolmo. Lo hago porque necesito saber que puedo volver a caminar por esos lares, sin miedo. Como siempre he hecho.

Sí, también sé que eso no es muy común. La mayoría de las víctimas de un abuso nunca vuelven al lugar de los hechos, se encierran en sí mismas y, muchas veces, tienen miedo a adoptar roles de su vida pasada. Y es normal, porque temen volver a ser quienes eran por miedo a que les vuelva a suceder. Esa es una de las cruces principales con las que cargan las víctimas: con culparse de algo de lo que no fueron responsables.

Yo no me culpo. No le temo al lugar. Ni le temo a la persona que no vi.

Pero no le he mentido a Margarita. Tengo mucha ira en mi interior, demasiada frustración, y temo, ya no por mí, sino por todas las que puedan haber pasado por lo mismo que yo y por todas las que, en un futuro, vayan a pasar por eso. Hoy tengo más razones que nunca para preocuparme.

Por eso intento estar ahí, rodearme del olor, de las vistas, del ambiente para ver si así puedo rememorar algo, por ínfimo que sea, que me ayude a comprender mi presente.

Estoy sentada justo en la piedra en la que desperté casi cuatro años atrás con una brecha en la parte occipital de la cabeza.

Acababa de llegar de mi aventura universitaria en Estados Unidos, donde había estado estudiando gracias a una beca por mi brillante

expediente académico del bachillerato artístico y también porque buscaban atletas. Resulta que tengo muy buena condición para correr. No sé qué pesó más, si una cosa o la otra. Pero la cuestión es que me fui a hacer la carrera de Ilustración a San Francisco y me quedé un año más para realizar el Máster en Cómic e Ilustración Editorial.

Cuando regresé a España y volví a Badalona hace cuatro años y medio, quise retomar mis rutinas. Me iba a comer el mundo. Trabajaba para DC Comics en la distancia, hacía lo que más me gustaba y vivía donde quería vivir, con mi familia y mis amigos cerca. Sentía que nada se me podía resistir.

Ojalá pudiera volver a sentirme así. Pero sentada desde donde estoy, con el Turó de l'Home a mi espalda y ese olor tan característico a pinos y a robles que colindan con la sierra de la Marina, sé que no podré sentirme así otra vez. Eso no quiere decir que sea una persona mejor o peor, solo que seré distinta porque hay una pieza que conformaba mi croquis personal en mi mente que ahora ya no está.

Hay cosas que no me cuadran. Tuve que resbalarme en algún sitio y después caer rodando hasta donde me encuentro ahora, desde donde veo también el mar y parte de la ciudad de Badalona.

El día del incidente participaba en la carrera nocturna de la Endemoniada, así se llama. Dieciocho kilómetros con un ochenta y cinco por ciento de tierra, quince de asfalto y una pendiente muy pronunciada. Siempre me ha gustado correr por la montaña y lo hago desde que soy jovencita y entendí que se me daba bien ir deprisa. Era como otra habilidad más. Mi madre, Nieves, siempre me ha dicho que tengo una Génesis de Alejandría muy peculiar, como si eso no fuera peculiar ya de por sí.

Me lo explicó una noche frente a la chimenea del salón mientras mi abuela Clara tejía una colcha para mi cama. Me dijo que había constancia del síndrome de Alejandría en las mujeres ancestrales de las Parisi. Hacía mucho que no se presentaba ese gen recesivo en las descendientes, hasta que nací yo con los ojos grises y piel blanquecina para que, al cabo del año, mi mirada se tornase violeta como por arte de magia. Las personas que lo desarrollamos tenemos los ojos de ese color, pero no solo eso; además, poseemos un sistema inmune a prueba de bombas, somos muy longevos, tenemos la piel clara y sin vello —excepto en la cabeza—, una menstruación muy irregular aunque podemos concebir sin problemas, y algunos, aunque creo que esto es un mito, desarrollamos dones o habilidades especiales.

Si os digo la verdad, acertó en casi todo. Nunca enfermo, me cuesta mucho controlar la regla y cuando me viene, a veces son pequeños sangrados sin durabilidad, y no tengo vello ni siquiera en mis partes

íntimas. Acertó en todo, menos en lo de las habilidades. Correr no es una habilidad. Y dibujar es un talento que no creo que tenga que ver con el síndrome de Alejandría. Así que, a no ser que tenga algún don secreto que no me ha sido revelado todavía, diré que los dones y las habilidades son los padres. Sin embargo, el dibujo y el atletismo me facilitaron la beca estadounidense y siempre estaré orgullosa de ellos.

El día que todo cambió era 10 de abril, un sábado. Me había preparado para la carrera, que empezaba a las nueve y media de la noche. Salí sin problemas, iba a muy buen ritmo con la linterna en la frente y las zapatillas de senderismo que me ayudarían a no resbalarme por aquellos tramos del sendero más complicados. Al llegar a la torre de vigilancia Bravo y rodearla, se me apagó la luz de golpe. Como si alguien le hubiese dado a un interruptor y hubiesen fundido la noche.

Según mi reloj, estuve una hora y media inconsciente.

Cuando recobré la conciencia, me levanté con una sensación extraña en el cuerpo además del mareo y el dolor que acompaña a un fuerte traumatismo en la cabeza. Estaba lloviendo, eran las doce de la noche y la carrera se había dado por suspendida por el riesgo de lesión que suponía para los corredores. Yo me sentía extraviada, con un hormigueo inusual en las manos, el culo dolorido del golpe y esa impresión de que algo no estaba bien. Mi cuerpo no me daba ninguna otra señal de alarma excepto por los rasguños de la caída.

Después de aquello, dos chicos de la organización pasaron con su coche buscando a posibles corredores que se hubiesen caído o resbalado dadas las condiciones del terreno. Me encontraron en el mirador cuando acababa de escalar la maleza para salir a flote.

Solo les dije que me caí y que me golpeé la cabeza, pero que estaba bien a pesar de la brecha. Ellos tuvieron la amabilidad de llevarme al hospital, donde me hicieron pruebas y me cosieron. Pero no tenía nada grave. Mi madre y mi abuela se quedaron muy preocupadas al verme llegar. Pude ir a pie hasta casa porque el hospital municipal está a solo cincuenta metros de donde vivo, en plaza de la Font.

Les expliqué lo sucedido, ambas me mimaron mucho y cuidaron de mí toda la noche. Pero el suceso se olvidó pronto. Solo había sido un golpe, una caída.

Aunque mi subconsciente me decía que no había sido solo eso.

La Génesis de Alejandría no es una virtud ni tampoco un milagro. En mí, en todo caso, supuso un hándicap para entender lo que le estaba sucediendo a mi cuerpo.

Tenía pocas reglas al año y nada abundantes, así que no me extrañó manchar muy poco los tres meses siguientes. Porque sangré

casi de manera simbólica. Lo único que me notaba era una sensibilidad extraña en los pechos, pero nada fuera de lo habitual. Aun así, por casualidad, quise hacerme un test de embarazo porque sabía que algo no iba bien. Y dio negativo. Eso me tranquilizó. Hasta que al quinto mes me noté el vientre un poco más abultado. A mí me cuesta mucho coger peso. Voy a correr todos los días y como sin preocuparme mucho por lo que ingiero. Fui a la ginecóloga para asegurarme de que todo estaba bien, porque me dolían los pezones y tenía una sensación extraña en los ovarios y eso, añadido a la hinchazón, me preocupó.

La ginecóloga confirmó lo que yo había temido y sospechaba en silencio como si estuviera loca: estaba embarazada de cinco meses. Aquello fue un shock para mí. ¿Cómo iba a estar embarazada si no me había acostado con nadie en mucho tiempo? ¿De quién estaba embarazada? ¿De un ángel?

—Pero me hice un test de embarazo hace dos meses. Estaba de tres meses entonces, debió salir positivo —argumenté en ese momento.

Mi ginecóloga, que estaba tan sorprendida como yo, me contestó:

—A los tres meses las gonadotropinas bajan mucho y ya no se detectan en la orina. Por eso el test te salió negativo. No sabía que tenías pareja, Ares. ¿Quién es?

—No la tengo —respondí mirándola fijamente.

—Oh!

La ginecóloga se quedó tan cortada que no me quiso mirar más a la cara.

Salí de allí con la sensación de estar fuera de mi cuerpo. Sabía que algo no iba bien, pero no sabía lo que era ni por qué después de aquella carrera no dormía bien y estaba tan intranquila.

Cuando me dijeron que estaba embarazada se me cayó el mundo encima, porque ya no podía negar la verdad. Sabía que aquel día, en la Endemoniada, alguien abusó de mí.

Yo no me caí. Alguien me golpeó.

Me violaron mientras estaba inconsciente y me quedé embarazada.

Y siento que no tengo derecho ni a una pataleta porque, de aquel acto tan cobarde y terrible que me ha puesto en una situación delicada con mi familia, que me ha hecho sentir vulnerable, que no pudieron tomarse en serio en mi declaración porque no lo recuerdo y por el que estoy yendo a terapia desde hace tres años, nació la luz de mi vida.

Mi monito: Venus.

II

¿Entendéis ahora por qué estoy tan disociada y por qué no puedo odiar ni condenar lo que me pasó de una manera normal? Porque cuando miro los ojitos preciosos de mi pequeña Venus, no veo maldad ni abuso. Solo la veo a ella, tan buena, tan pizpireta e inocente que me sienta mal pensar en la malévola semilla que sembraron en mí. Porque Venus es toda luz y amor infinito, y he aprendido a amarla con tanta vehemencia que soy capaz de matar por ella. Por ese motivo es por el que quiero descubrir la verdad, por eso no quiero que lo que me pasó quede impune, porque ¿y si en el futuro se lo hacen a ella? No lo soportaría. No permitiría que ella pasase por lo que yo pasé, por las miradas entornadas, las risitas, los comentarios nocivos, los prejuicios de la Ley… No lo soportaría porque yo no mentí en ningún momento y a mí no me preñó un ángel mensajero, a mí me violó un hombre. O puede que más, y la sola idea de que ese hombre ande suelto me amarga la existencia. Un hombre que después de violarme me lavó meticulosamente, de ahí el olor a jabón tan peculiar que noté al abrir los ojos, y se encargó de dejarme en una posición en la que yo no sospechase nada.

Venus se parece a mí cuando era pequeña, pero con tres años no hay rastro de la Génesis de Alejandría en ella, aunque tiene el pelo de mi mismo color y los ojos de un gris alucinante. La tuve muy joven, a los veinticuatro, y, ni mucho menos, estaba preparada para ella ni para los cambios que se avecinaban en mi vida. Y, para colmo, nació el mismo día que yo. Un 10 de enero. Hoy tiene tres años y casi tres meses.

Con el tiempo, he aprendido a sobrellevarlo todo. He aprendido a saber cuáles son sus necesidades y las mías, a tener nuestro espacio cada una, a encontrar un hueco para mí misma y a organizarme con mi trabajo del mejor modo posible. Cierto es que no me ha quedado otra que aprender a pedir ayuda y a dejar que mi madre y mi abuela me echen una mano con ella porque, aunque siempre me gustaron los niños, no era mi momento y hubo instantes en los que me sobrepasó.

Lo que me ocurrió fue una desgracia, una estrategia vilmente

orquestada por alguien maquiavélico al que la sucia jugada le salió muy bien. Una violación perfecta, un delito difícilmente rastreable. Y mi único empeño hasta el día de hoy es intentar revivir la secuencia de mi violación, «supuesta» a todas luces para los Mossos, dado que denuncié cuando ya estaba embarazada y nadie se creyó mi versión.

Nadie creyó que no supiera que estaba embarazada hasta los cinco meses, que engordase tan poco, que no recordase nada y que denunciase que ese embarazo venía tras haberme quedado inconsciente en la Endemoniada. Pero así fue, porque no me acosté con nadie ni meses antes ni meses después de aquello. Lo sé, porque lo recordaba todo perfectamente.

Sea como sea, sé que no sanaré del todo hasta que demuestre lo que me sucedió y lo que hicieron conmigo. Pero estoy muy sola en esto.

Me levanto de la piedra y me limpio la parte de atrás de los pantalones. Es 1 de abril y ya hace semanas que el clima es cálido y soleado en Badalona.

Aunque aquí, lo de «abril, aguas mil» se cumple muy a menudo. De hecho, han confirmado que se esperan lluvias a partir de la semana que viene.

Salgo del lugar del incidente y escalo de nuevo entre los arbustos hasta llegar a la planicie donde reposa la torre de vigilancia forestal Bravo, que forma parte del parque de bomberos. Tiene un depósito de agua y está ahí para evitar posibles incendios. Para llegar hasta ella, tienes que estar bastante en forma de por sí. Las vistas desde La Coscollada son muy panorámicas, dado que puedes ver toda Badalona, el río Besós, Santa Coloma, el litoral de Barcelona e incluso, si hay mucha visibilidad, la montaña de Montserrat a lo lejos. Aquel punto de la carrera estaba, aproximadamente, a unos nueve kilómetros y si llegabas hasta allí, la mitad del trayecto casi estaba hecho. La torre se ubica en una especie de rotonda de tierra. En la carrera, la tenía que bordear para hacer un cambio de sentido y regresar al punto de partida por otro sendero distinto al de la ida.

No siento nada al estar aquí. Solo ira y vacío. No me asusta, no le tengo miedo a enfrentarme al lugar. Porque no lo puedo odiar ni temer. Para mí es un sitio en el que perdí el conocimiento por un golpe en la cabeza, y ese golpe en la cabeza, nueve meses después, me trajo a Venus.

He dejado la moto aparcada justo al lado de la torre. Llevo unos tejanos rotos por las rodillas, unas Nike Sportswear Blazer de color blanco, una camiseta holgada de manga larga y mi chupa, que no llega a ser motera, pero como si lo fuera. Me recojo el pelo en un

moño desordenado pegado a la nuca, porque los nudos que se me hacen con el viento son peores que los marineros.

Hace nada me compré un casco Momo Jet Fighter de color blanco. Era precioso, hasta que Venus empezó a hacerle garabatos con unos rotuladores permanentes que tuve el error de dejar encima de la mesa baja del salón. Me dijo que había dibujado a mami. Mami es como un pene gigante en el lateral izquierdo. Lo demás digo que son flores, ella dice que no. A saber qué son. Pero si antes mi casco me gustaba, ahora que está personalizado me gusta mucho más.

Este es mi ritual del primer viernes de cada mes. Hablo con Margarita, discutimos sobre mi supuesto diagnóstico mental y después vengo aquí.

Este año, la Endemoniada se celebrará en junio. Y estoy dispuesta a hacerla porque es como mi grito de guerra y una declaración de intenciones contra todos los que abusan y violan. No me dan miedo y ahora, aunque nada se pueda hacer contra ataques tan cobardes, me sé defender.

Una de las cosas que decidí aprender, cuando Venus tenía seis meses, fue krav magá. No había oído hablar nunca de ello hasta que me explicaron que era el sistema de defensa personal que utilizaban las Fuerzas de Defensa y Seguridad israelíes. Me dio igual quiénes lo practicaban. Yo solo quería aprender a defenderme y a dar mamporros. Y eso he hecho. Si alguien me ataca, sé lo que tengo que hacer.

Mi moto no hace ruido, es eléctrica. Desciendo por el camino arenoso hasta llegar al cruce del camino de la Carrerada.

Y justo cuando voy a virar, no veo venir el coche de frente. No, mejor, él no me ve a mí, y tengo que dar un volantazo con la moto que me lleva directamente al suelo.

Más allá de la impresión, me he hecho daño en el codo y en la rodilla del resbalón. Como no iba rápido no ha sido nada, pero me levanto con el mal carácter que se le pone a uno cuando por culpa de un inepto te caes de la moto, y me dirijo con los puños apretados hacia el conductor, que se queda mirándome fijamente con las gafas de sol puestas.

Lleva un Porsche 911 todo negro y con los cristales laterales tintados. ¿Qué hace un coche así por este tipo de terrenos? Qué absurdo.

No le veo bien la cara.

Hasta que abre la puerta y sale de él. El dolor de la rodilla me está matando. Me la miro y me doy cuenta de que me la he desollado y tengo un trozo en carne viva. El codo está bien, la chaqueta ni siquiera

se me ha roto, pero tengo un manchurrón lleno de grava de color tierra.

Me quito el casco y abro los brazos como si no entendiera qué ha hecho.

Pero cuando me doy cuenta lo tengo casi encima.

Es un hombre muy alto. Y, sinceramente, no es de esos que pasen desapercibidos. Tiene una complexión muy atlética, de hombros anchos, brazos marcados por valles y curvas musculosas y manos grandes. Lleva unos pantalones desgastados como si los hubieran rociado con lejía. Su cintura no es muy estrecha, pero al tener la espalda tan ancha parece que lo sea. Su camiseta negra de manga corta no disimula la potencia de su pectoral ni, sin duda, el fuerte abdomen que esconde. Lleva el pelo negro y ondulado, bastante largo, de ese modo que ya no se estila y que le puede dar un aire de rebelde *grunge*. Lo sujeta con una goma floja y las puntas le rozan el centro de la nuca.

Sus gafas de cristal reflectante me devuelven mi reflejo y no tengo modo de ver de qué color tiene los ojos. Pero sus facciones son duras, de mandíbula cuadrada, un hoyuelo perfecto que parece hecho con un punzón justo en el centro y una nariz recta más ancha en el tronco superior y puntiaguda que, sin ser muy redondeada, tampoco es demasiado fina. Es bonita. Joder, no sé cómo son sus ojos, pero sus rasgos faciales son pura armonía. Y yo sé mucho de eso.

Sin embargo, su actitud no me gusta nada. Tengo la sensación de que me está juzgando o de que cree que esto ha sido culpa mía, cuando ha sido suya, que no ha mirado. Yo sí he mirado en ambas direcciones y él ha pasado de todo y ha ido en línea recta.

—¿Estás bien? —me pregunta guardando las distancias.

Tiene un tono de voz grave y profundo. Y arisco.

—¡No has mirado! —le increpo—. ¡Podría haberme hecho mucho daño!

—Sí he mirado —contesta, me pasa de largo y va a por mi moto.

—No. No has mirado.

Va con sus andares seguros y viriles directo a levantar mi Super Soco sin problemas.

—Ya la levanto yo —le aseguro.

Él me mira de arriba abajo y no mueve ni un músculo de su apuesta cara. Me temo que no me cree capaz de levantarla sola.

—Tienes que mirar en este tipo de cruces —le reprocho limpiándome la grava del codo y volviendo a revisarme la rodilla.

—Sí, lo he hecho. Pero llevas una moto eléctrica, no haces ruido y es como si hubieras aparecido de la nada. —La coloca de pie y le pone

el caballete.

—No he aparecido de la nada. Estaba justo ahí. —Señalo la esquina donde he girado—. Te has abierto mucho para girar.

—Mis disculpas —dice solemnemente. Revisa que la moto no tenga ningún rasguño y, por suerte, no tiene—. Tu juguete está bien —contesta torciendo el rostro hacia mí—. ¿Qué velocidad coge esto? ¿Veinte kilómetros por hora?

El tono de menosprecio que usa para hablar me parece soberbio y muy desagradable. Creo que nunca sería amiga de un hombre así.

—No, esa es la velocidad a la que iba para cuidar de que infractores como tú que conducen Porsches de hace cuarenta años no me pasen por encima.

Sé que mi respuesta no le ha hecho mucha gracia por cómo ha alzado la ceja derecha negra y espesa. No me gustan los jactanciosos ni los bravucones, y mucho menos los que me hablan con condescendencia. A lo largo de mi vida me he encontrado con muchos hombres que me han hablado así solo por ser mujer y resultarles atractiva. El mundo del cómic, por ejemplo, también es machista y sé cómo defenderme de esos comentarios que pretenden ser paternalistas pero siempre esconden entre líneas un despotismo velado.

La actitud de este hombre no llega a ser déspota, pero sí arrogante.

—Te pido perdón. Al menos no ha sido grave. —¿Ves? No habla como si realmente le importase.

—No ha sido grave gracias a mis reflejos.

—Tendrás que echarte un poco de alcohol en esa herida de la rodilla.

—Sí, ya me encargaré de eso.

Él se rasca la nuca y veo cómo asoma su bíceps hasta tensar la manga de la camiseta.

—Mira, tengo mucha prisa. Te doy mi teléfono. —Se saca una cartera del bolsillo trasero del pantalón. La abre y extrae una tarjeta de visita de color rojo. Me parece muy llamativa, aunque me temo que a él llamar la atención no le importa—. Y si tienes que pasarme cualquier cosa, mi seguro se hará cargo. No puedo ponerme a rellenar nada ahora.

—No te estoy pidiendo que rellenes nada. —Saco el móvil, grabo el número de teléfono de la tarjeta y lo llamo inmediatamente.

El sonido del móvil es un aullido. El aullido de un lobo. Por Dios, qué hortera.

Ahora mismo mi cara debe reflejar mi pensamiento.

Él frunce el ceño, sorprendido a la par que ligeramente incrédulo. Me mira y dice:

—¿Me estás llamando ahora mismo?

—Sí.

—Vaya… qué desconfiada. —Sé que está deslizando sus ojos por todo mi cuerpo. No sé lo que debo de parecerle, pero con el casco con una polla infantil y mi mirada cabreada debo resultarle un poco cómica.

—Piensa mal y acertarás.

—Hum.

¿Eso ha intentado ser una sonrisa?

Me guardo la tarjeta en el pantalón y el móvil, dentro del bolsillo de la chaqueta. Cierro la cremallera y me doy media vuelta.

—Adiós. Y haz el favor de conducir mejor.

Él no me responde. Noto sus ojos clavados en mi persona. Lo miro por encima del hombro y me lo encuentro observándome, cruzado de brazos, apoyado en la capota de su coche.

—¿Qué? —le pregunto.

—Espero a que arranques eso.

Eso. Miro al frente, me coloco bien el casco y solo tengo que darle al botón de encendido. Diez segundos después ya me he alejado del cruce. Por el retrovisor veo a ese individuo haciéndose pequeñito, todavía vigilándome.

Ni siquiera sé su nombre.

Pero no me importa.

Solo quiero llegar a casa y ver a Venus.

Eso es algo que también me pasa todos los viernes.

Después de estar en el lugar del incidente y pensar en los cientos de miles de cosas que podría haber hecho para que nada de eso me hubiese sucedido, necesito ver a mi monito.

Porque cuando la veo, la furia que me arde en el pecho se me pasa.

Vivo en la plaza de la Font, en Dalt la Vila. En la antigua casa familiar del legado Parisi. Creo que todas las generaciones han pasado por ahí. Mi bisabuela, mi tatarabuela… hasta tiempos remotos. De hecho, hasta tenemos un escudo de armas sobre el marco de la puerta de la entrada.

En el centro de la plaza de la Constitución hay una fuente de dos metros de altura que reposa a la sombra de un platanero, tan común en Badalona, cuyo pedestal es de color blanco y al que han alicatado con mosaicos tipo tablero de ajedrez en tonos azules. En verano suelen posarse las mariposas sobre su grifo.

Mi casa es una de esas antiguas que rodean la plaza. Hace poco

pintamos la fachada de color ocre y la reconstruimos porque hacía falta echarle una manita. Es un tríplex, en realidad. Tiene un jardín interior cuyo suelo se cubrió parcialmente de láminas de madera para levantar un porche, dos terrazas en la primera y la segunda planta, que dan a la plaza, y un estudio en la planta de arriba; en la segunda planta están las habitaciones, dos suites y tres individuales. El salón con chimenea, la cocina, el baño, la oficina y el jardín interior están en la planta de abajo.

Ahora ocupo el estudio como mi lugar de trabajo y, a veces, como si fuera una segunda casa. Lo tengo perfectamente adecuado para mis necesidades y me siento muy cómoda en ese espacio.

No es una casa de lujo, pero sí que es bastante señorial, como las que suele haber en el centro de la ciudad, con la diferencia de que Dalt la Vila es un pueblo dentro del centro y todo parece más cuco e íntimo en mi distrito.

Mi padre murió en un accidente de tráfico cuando yo era pequeñita; tenía tres años. Desde entonces, siempre fuimos tres mujeres en casa: mi madre, mi abuela y yo. Bueno, y también se añadió a la familia Lu, mi mejor amiga, a la que adoptamos no formalmente, pero como si fuera de nuestra misma sangre.

Mi madre y mi abuela regentan un negocio de lámparas de interiores y de exteriores en Barcelona. La tienda se llama Luces Sacras y es uno de esos lugares en los que uno entra y siente la buena energía.

Mi abuela Clara siempre ha sido muy mística. Es de esas señoras que aún llevan el pelo canoso largo y blanco y se hace trenzas como una india. Muchas veces me pone la piel de gallina y le gusta echar las cartas. Recuerdo que, la semana anterior a que muriese mi padre, mi abuela estuvo murmurando por lo bajini, persiguiendo escarabajos con la escoba, que se amontonaban en la puerta de entrada de casa. Decía que eran escarabajos del reloj y que siempre traían malos augurios relacionados con la muerte. Tenía razón. No sé si fue cosa de los escarabajos, lo que sí sé es que el camión que arrolló a mi padre y que acabó con su vida no llevaba escarabajos.

Mi madre, Nieves, es una mujer muy conservadora. Y sigue siendo muy hermosa y joven a sus cincuenta y cinco años. Es morena, de pelo largo y liso del color del ala de un cuervo, tiene los ojos oscuros y un poco rasgados y, cuando se ríe, le salen hoyuelos. Es muy elegante y sé que en el pueblo la adoran, y sus clientes más. Tiene en alta estima las tradiciones y entiende que las reglas sociales se deben seguir siempre. Pero también es una mujer llena de amor por la familia. Por eso sé que hay una grieta entre ella y yo. Porque hubo un conflicto en

lo que a mí se refiere relacionado con el amor a la familia y las reglas sociales.

Sé que el que yo apareciese un día diciendo que estaba embarazada de cinco meses y que ni siquiera lo había sabido hasta entonces produjo un sisma en el núcleo familiar. Porque en el fondo, mi madre siempre creyó que fui una irresponsable y que me acosté con el tío que no debía. No la culpo por no creerme, porque nadie lo hizo. Sé que mi relato es inverosímil para muchos menos para mí. Ella nunca me lo dijo abiertamente, pero a mi madre no le hace falta hablarme para que yo la escuche. Con los ojos habla alto y claro, aunque no pronuncie palabra.

Después, Venus nació y toda la casa se llenó de alegría. Y fue como un bálsamo, como una tirita. Mi pequeña ama a su abuela Nieves y adora a yayita, como llama a mi abuela Clara.

Y creo que estamos bien, después de todo. No hay reproches, no hay malas caras y la sangre no llegó al río. Pero eso no quita que yo sepa la verdad y que mi madre sienta que la he decepcionado. Es injusto para mí, pero asumo que no puedo hacer nada para cambiarlo.

¿Se podría decir que somos una familia puramente matriarcal? Pues sí. No hay hombres que pisen nuestra casa, excepto los de Glovo, Amazon y demás… Bueno, y también Hugo, que desde que estamos saliendo ya ha venido a cenar un par de veces. De hecho, esta noche está invitado a fajitas.

La casa de mi madre tiene un garaje propio que va con mando. Allí dejo siempre la moto y la pongo a cargar. Hay espacio suficiente para ella y para el Mini automático que no suelo usar, salvo si llueve.

Entro por la puerta del garaje que da al recibidor y saludo como siempre:

—¡Hola!

Cuento dos segundos mentalmente hasta que oigo:

—¡Mami! ¡Mami!

Sonrío, porque su voz me hace mucha gracia, tan aguda y tan de niña. Aparece por la puerta en arco que da al salón, corriendo como si hiciera footing, con el culillo en pompa y sacando pecho, sonriente, también con sus hoyuelos y su pelo castaño y liso, y me deshago.

Abro los brazos y ella se lanza como una luchadora de *wrestling* contra mí. Siempre nos fundimos en un abrazo sanador que no borrará nunca el pasado, aunque no me acuerde de él.

De Venus me gusta todo. Me gusta cómo le huele el pelo, me gusta cómo me toca la cara para que la mire a los ojos cuando me habla, me gusta cómo me cuenta los cuentos y me encanta el palique que tiene para ser tan pequeñita. Usa palabras que no son propias de una cría de

su edad y creo que es porque me escucha hablar en voz alta cuando escribo los diálogos para la novela gráfica que estoy preparando. El otro día, mientras la duchaba y el chorro de agua le dio en la cara, dijo: «Mami, qué agobio». Y otro, que me vio un poco alterada por un dibujo que no me salía, me soltó: «¿Estás en crisis?». Solo tiene tres años. «Agobio» y «crisis» no deberían formar parte de su vocabulario.

—¿Cómo te ha ido la guarde, monito? —le pregunto achuchándola todo lo que puedo.

—Muy bien.

—¿Has merendado?

—Sí, galletas y *goyur*.

—Aaah… galletas y yogur —corrijo con una risita de adoración hacia ella—. ¡Qué suertuda! ¿No has dejado nada para mí?

—No.

—¿Seguro?

Ella se echa a reír.

—No, mami.

—A ver, abre la boca.

Venus abre el buzón que tiene por boca y le veo sus dientecitos de leche perfectos y muy blancos.

—Pues vaya, no me has dejado nada —refunfuño.

—Te lo he dicho —vuelve a reírse.

—Mi gordita que come mogollón. —Le empiezo a hacer cosquillas y ella se muere de la risa.

—Mami, ¿dibujamos?

—Venga. Trae el cuaderno y las ceras y llévalos a la mesita. Ahora voy.

La dejo en el suelo, me quito la chaqueta y compruebo que de verdad no se me haya agujereado por la caída. Está bien. La cuelgo en la percha y me crujo el cuello, que lo tengo contracturado del susto.

—Hola, cariño —me saluda mi abuela desde el sofá que hay de cara a la chimenea.

—Hola, abuela. —Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—¿Qué tal te ha ido con Margarita hoy?

—Como siempre.

El salón es grande y las puertas que dan a la cocina son correderas y de color blanco, como todas. Toda la casa tiene suelo de parqué envejecido muy oscuro y brilla porque, cada pocos meses, mi madre lo barniza.

Hay un cuadro que siempre me llama la atención. Es viejo, de eso no cabe duda. Y era propiedad de la tatarabuela de mi abuela. Es decir, de cuando la época de los dinosaurios.

Es una mujer, con el pelo rizado y recogido, que parece romana y tiene un farolillo en la mano. Tras ella hay dos lobos guardándola y, más allá, a lo lejos, se ve un templo.

Es otro legado familiar, como la casa y el negocio de las luces.

Mi abuela está sentada en el sofá echando las cartas. Las echa a solas todos los días y después se apunta lo que ve en una libreta. Lleva haciéndolo así desde hace años. Siempre que la veo, procuro no orbitarla demasiado porque me acaba pidiendo que corte la baraja y cosas de esas y, cuando lo hago, sus expresiones son circunspectas al voltear los naipes, como si ella pudiera ver algo de mí que yo no veo. Me tira las cartas indirectamente, es una tramposa.

—¿Ares?

—¿Qué?

—¿Te ha pasado algo? —Sus ojos claros están fijos en la hilera de cuatro cartas que hay sobre la superficie de la mesa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te ha pasado algo —asumió—. Estas no mienten. —Señala las cartas.

—Un gilipollas me ha tirado de la moto —contesto sin más.

Ella se da la vuelta de golpe, con la habilidad de una señora de ochenta y cinco años y el horror de una abuela protectora.

—¡Ay, mi niña! ¿Estás bien?

—Sí, sí… No ha sido nada.

—¡¿Cómo que no?! Anda, ven. —Se levanta para acercarse a mí y revisarme la herida de la rodilla—. Mira lo que te ha hecho…

—Estoy bien.

—Calla y siéntate, que te voy a curar.

—Yaya, no hace falta, de verdad, ya me curo yo…

Venus llega corriendo con el cuaderno y el estuche de ceras, pero se detiene en seco cuando ve mi herida.

—¡Mami, te han herido! —grita asombrada. Dios mío, mi hija es muy rica en vocabulario—. ¡Es sangre! —señala la rodilla.

—Sí, pero estoy bien.

—Llama a *Barman* —propone.

Venus sabe que dibujo a superhéroes muchas veces y siente predilección por el hombre murciélago. Pero se cree que pone copas.

—Se llama Batman —le recuerdo.

—A ese, al *murciégalo*. ¡Hay mucha sangre! ¿Te vas a morir?

—No, monito. Es solo una herida. Mami se ha caído de la moto y ya está —carraspeo. Venus es un poco propensa a los dramas y no quiero que se preocupe—. ¿Ayudas a la abuela a curarme?

Venus deja el cuaderno y el estuche encima de la mesa, sobre las

cartas, y tira media baraja al suelo.

—¡Sí! ¡Vamos!

Cinco minutos después, tengo a las dos de urgencias inspeccionando mi rodilla y poniéndome agua oxigenada y Betadine.

—¿Y quién ha sido? —pregunta mi abuela con el algodón empapado de sangre.

—Pues un capullo con un Porsche. No me ha visto y he tenido que dar un volantazo para esquivarlo, pero he acabado en el suelo.

—¿Lo habías visto?

—Badalona es gigantesca, yaya. No conozco a nadie que no sea vecino de Dalt la Vila. Lo que sí sé es que creo que tiene dinero.

—¿Y entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿No tenéis que hacer el papeleo del seguro y esas cosas?

—No le ha hecho nada a la moto. Yo solo me di un golpe en un codo y me raspé la rodilla. No creo que haga falta hacer nada. Además, no me ha caído nada bien.

—Mami, un hombre malo te ha hecho daño. —Venus me habla como si me regañase—. Hay que hacerle pam pam.

—Tengo una hija de la Camorra.

Mi abuela se ríe por el comentario, pero no deja de mirar de reojo las cartas en el suelo. No pienso preguntarle nada. Le tengo mucho respeto a lo que dicen porque sé que la mayoría de las veces acierta y cuando no, es porque las personas que piden su ayuda la han engañado.

—Ares —mi abuela, que está sentada a mi lado, recoge las gasas y los algodones y, alzando el dedo índice, deja caer todo el poder de su mirada en mí—, tienes que estar alerta. Las cosas van a cambiar.

—Abuela, en serio… —Pongo los ojos en blanco—. No empieces.

—Sí empiezo. Te ronda el zorro y hay algo oculto detrás del sol. Algo cuya oscuridad no se ve porque el sol la esconde. Y no es buena señal. Tú y yo tenemos que hablar.

—No sé a lo que te refieres. No conozco a ningún zorro, solo conozco a Antonio Banderas.

—Deja de bromear, Ares.

—¿Y qué quieres que diga? —Dejo escapar una risita nerviosa.

—El zorro está a la vuelta de la esquina. Y solo el fuego lo mantendrá alejado.

Todo lo que me dice mi abuela me deja como si viera un capítulo de *Expediente X*: entre fascinada y muerta de miedo.

—De verdad, abuela, ojalá te entendiera mejor.

—Lo harás, cariño. —Me golpea la rodilla buena con suavidad—.

Cuando sea el momento, me entenderás.

Me la quedo mirando mientras se levanta y va a tirar los apósitos a la basura. Entonces me llaman al móvil. Es Hugo.

—Hola, bellezón.

—Hola, Hugo.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Ya has ido a terapia?

—Sí. Te esperamos para cenar, no faltes.

—Por eso te llamaba. —Su voz suena arrepentida—. Me encantaría ir, pero tengo trabajo.

—Oh, qué pena.

—Oh, qué pena —repite el loro de Venus.

—¿Te ha surgido algo de última hora?

—Algo peliagudo, sí. Llevo aquí desde esta mañana.

—¿Es grave?

—Es delicado.

—¿Dónde?

—En el Besós.

—El Besós es muy grande, Hugo.

—En la desembocadura de Sant Adrià.

—Vaya —eso está cerca—, pues estaremos atentas, a ver si sale por la tele.

Sé que Hugo está sonriendo. Le gusta que valoren su trabajo.

—Tenía muchas ganas de verte, Ares.

—Bueno, nos veremos mañana o pasado, cuando puedas.

Sé que Hugo intenta que yo sea más cariñosa, que le diga todo lo que él quiere oír, pero voy a mi ritmo. Y espero que lo entienda.

—Está bien. Un beso, guapa.

—Un beso. Adiós.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono con curiosidad. No soy nada morbosa, pero nunca he oído a Hugo hablar así sobre un tema que estuviera investigando.

Me llama la atención.

—Mami, ya estás buena —dice Venus feliz.

—Gracias, monito. Eres la mejor enfermera del mundo. —La siento sobre mis piernas y le lleno los mofletes de besos.

—Ah. —Mi abuela vuelve a aparecer en el salón y se planta delante de mí para decirme—: Lu ha pasado por casa antes y me ha dicho que, si puedes, te acerques a la excavación. Tiene algo que le gustaría enseñarte y sabe que te gustará dibujarlo.

—Ah…, qué bien. Vale, pues ahora voy. —Me levanto del sofá con

Venus en brazos—. Yaya, ¿te puedes quedar con Venus un momento?

—Claro que sí. Vete, niña —dice mi abuela y alarga los brazos hacia la pequeña, que no duda en irse con ella.

—Ahora vengo, monito. —Le beso la frente y le pellizco la mejilla a mi yaya—. Qué guapa eres.

—Anda, zalamera. Que eres una zalamera.

Una de las cosas que más me gustan es ver trabajar a mi amiga Lu en la excavación.

Es la jefa, no solo de la excavación, sino en muchos sentidos.

Por eso es mi mejor amiga.

III

Resulta que vivo sobre una ciudad romana muy popular y poderosa de la Antigüedad. Sé que no muchos badalonenses se han interesado por su historia, yo entre ellos. Y si ahora tengo más curiosidad es porque mi mejor amiga, Lu, es la jefa coordinadora de la excavación que hay cerca de casa, aunque ya lo ha sido de otras, y me ha enseñado muchos de los objetos que ha ido encontrando con el paso de los años. El mismo Museo de Badalona se halla sobre las ruinas de la antigua ciudad y en su interior se muestran de manera excelsa los fondos arqueológicos descubiertos.

Baetulo era tierra de élites y de plebeyos, de mucho vino y riqueza… Parte de los yacimientos que son propiedad del museo muestra al mundo alguna de esas casas pudientes como la Casa de los Delfines y el Jardín de Quinto Licino, entre otros. Muchos objetos y figuras se han desenterrado de las entrañas de nuestra tierra, como la Tábula Hospitalis y la Venus de Badalona. Le puse a mi hija ese nombre precisamente por ella.

No soy ninguna experta y me gustaría saber muchísimo más porque creo que uno debe interesarse por el pasado del lugar en el que vive, pero la verdad es que a los humanos nos cuesta mucho entender que para comprender quiénes somos, debemos conocer nuestras raíces. Si nos cuesta vivir en el presente y nos proyectamos continuamente en un futuro que aún no existe, ¿cómo vamos a querer aprender de verdad, tanto los jóvenes como los más adultos, de la vida del pasado cuando eso ya sucedió?

Me gustaría saber más de historia, poder hablar de acontecimientos pasados y que la gente dijera: «Esta mujer es una erudita». Pero no. No es el caso. Creo que cada maestrillo tiene su librillo. Sé de dibujo, de crear personajes y de estudiar y desarrollar sus perfiles. Y soy observadora.

Los historiadores saben del pasado y de cómo contarlo. De ellos es la labor de acercar la antigüedad a la actualidad de un modo lo más lúdico, atractivo y fácil de comprender posible.

Gracias a Dios, también tengo a Lu para ser menos inculta y para

que me ilustre. La cuestión es que ella me propuso dibujar algunos de los objetos de cerámica que estaban encontrando en los yacimientos y, como forma parte del grupo que se encarga de desarrollar el proyecto, me van pagando por pieza dibujada. No es algo que se suela hacer, ni mucho menos. Ni tampoco es a lo que me dedico, pero lo hago más como favor personal que como algo de lo que sacar beneficio. Además, no me supone nada de tiempo. Saben que tengo buena visión remota y puedo acabar de dibujar los trozos que faltan de los objetos que encuentran. Después, con ellos y tras estudiar mucho cada pieza y el registro histórico de los hallazgos para compararlas con otras ya expuestas, hacen un molde en tres dimensiones. El mundo de la arqueología es fascinante.

Por supuesto, el de hoy no es el primer yacimiento al que voy.

Fui al que había en la plaza Alcalde Xifré y la calle de Sant Ramon, en el extremo de la plaza Pompeu Fabra.

Si no recuerdo mal, mi abuela me dijo que en esa zona estaban las famosas casas verdes: dieciséis viviendas públicas que, de hecho, fueron las primeras de Badalona de la Segunda República.

Una inmobiliaria compró el terreno, demolió las casas e hizo el estudio arqueológico pertinente hasta que convinieron que, a unos cinco metros de profundidad, podría haber «algo». Y lo hubo. De hecho, tuvieron que rehacer todo el proyecto.

Lu trabajó allí y empezó a enseñarme algunas de las piezas que encontraba, además de llevarme cuidadosamente por todo el terreno. Pude ver cómo se desenterraba un *ustrinum* del siglo I antes de Cristo, donde incineraban a los muertos. Allí encontraron un anillo de oro de un señor pudiente que quiso irse al otro barrio con algo de dinero para comprarse una parcela.

Y donde se encontraba la Vía Augusta, había un mausoleo funerario. Esa imagen sí me impactó. Había catorce cuerpos, siete de ellos de niños. Y tres pertenecían a una familia entera. El hombre sujetaba a la mujer y, entre ellos, el esqueleto de un niño de cinco años, su hijo. Fue muy sobrecogedor verlo.

Voy andando al yacimiento del huerto de Fluvià, en la calle Pujol, donde trabaja hoy Lu. Dicen que, en un futuro, lo que están descubriendo en esa excavación formará parte de dos nuevos yacimientos que albergan un taller de alfarería y un acueducto. Que Lu me enseñe esas cosas hace que me sienta parte de un secreto gigantesco capaz de modificar la historia que conocemos. Y también estimula esa parte curiosa e intrépida de pirata buscatesoros.

Todavía me escuece la rodilla y no dejo de pensar en el chulo del Porsche. Me ha puesto de mal humor con esa actitud arrogante y de

machito.

Diviso a Lu entre las ruinas y ella, como si tuviera un sexto sentido y me oliera, alza la cabeza y mira hacia atrás.

Lu tiene cara de romana, nunca mejor dicho. Una romana de rostro redondo muy dulce y avispado, ojos color miel, pelo cobrizo y ondulado y uno cincuenta de altura. Siempre bromeo con ella y le pregunto qué tal por la Comarca, con Frodo y los demás.

Hicimos juntas el bachillerato artístico en el instituto y nos hicimos inseparables, hasta que me fui a Estados Unidos a estudiar y ella se decidió por la carrera de Arqueología. Aun así, nunca perdimos el contacto. Tras el incidente, ella se enfadó un poco conmigo porque creyó que no quería decirle la verdad pero, a pesar de eso, me apoyó durante todo el trámite, parto y primeros meses incluidos. Es la tía Lu, la madrina de Venus y sé que esta la adora.

Ahora no solemos hablar de lo que me sucedió; es como un tema tabú para todos porque, en el fondo, sé que nadie sabe cómo tratarlo ni, lo que es peor, cómo creerlo.

Lu es de las que se toma su tiempo para absolutamente todo lo que tenga que ver con la vida. Le encanta repasar las cosas cien veces antes de dar el visto bueno, es muy metódica, camina despacio e incluso muchas veces tarda bastante en responder a cualquier pregunta que le hagas, porque es muy analítica y no le gusta dar ni malas opiniones ni malos consejos. Al principio de conocerla, llegué a pensar que tenía algún problema de comprensión, hasta que me di cuenta de que no tenía ninguno, solo que no le gustaba dar la razón como a los locos ni responder por responder. Y eso lo valoro.

Sin embargo, cuando está en las excavaciones, sustituye esa pausa y sosiego por la emoción de hacer lo que más le gusta y, entonces, parece que se ha metido una raya.

Cuando me ve, se incorpora y me pide con la mano que entre y me acerque. Es la última hora de la tarde. En el yacimiento solo quedan Lu y el señor de seguridad que, noche tras noche, evita que se cuele nadie a saquear las zanjas. Todo está perfectamente delimitado por cuerdecitas y hay zonas expresamente cubiertas con tablones para que no se pisen.

Al lado de Lu hay una caja. Como he ido otras veces, ya sé lo que es. Todas las piezas que se encuentran se desentierran, se cubren con un plástico y se dejan adecuadamente en esa caja, bien protegidas. Luego la llevarán al museo, donde lavarán las piezas encontradas una a una. Lu me ha asegurado que pueden pasarse horas limpiando cerámicas y objetos con agua y un cepillito. Una vez aclaradas y pulidas y con un programa informático que se llama Autocad, entre

otros, se recrea la pieza en tres dimensiones. Pero antes se toman medidas, se datan, se hacen perfiles, ángulos, profundidad, se intenta averiguar de qué parte es, si era una vasija, un ánfora, un plato… y se dibujan a mano alzada. Eso es lo que hago yo para Lu y su equipo. Dibujarlas.

Ellos se encargan después de pasar el dibujo a Autocad para tener todas las piezas bien catalogadas, localizadas y detalladas con un número de serie. Después, los descubrimientos se guardan en el museo para su posible exposición.

Como no me puedo llevar la cerámica a casa, me encargo de hacerle fotografías desde todos los ángulos y también del terreno donde se ha encontrado, y con eso empiezo a trabajar. Al día siguiente, Lu recibe el dibujo en el que, posiblemente, no habré invertido demasiado tiempo, pero sí toda mi ilusión.

—Hola, guapa —la saludo.

Lu y yo siempre nos abrazamos y nos damos un beso cuando nos vemos, como si hiciese mil años de la última vez que quedamos.

—Hola, pibón.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado ya el cofre lleno de monedas?

—Si lo encontrase, no estaría aquí. Lo vendería todo en el mercado negro —asegura moviendo las cejas como una pilla—. Pero tengo algo muy curioso.

—¿Cómo de curioso? —me intereso.

Lu se da la vuelta, introduce las manos en la caja y saca una pieza parecida a un plato cóncavo. En el pasado tendría un color rojizo intenso; hoy luce desgastado y erosionado por el tiempo, roto por los bordes, aunque el centro está bien. Hay un dibujo en relieve en la superficie. Es una mujer de cuerpo entero, una romana.

—Mira.

—Miro.

Lu asiente, esconde muy mal su regocijo. Cuando está entusiasmada, su expresión habla por ella.

—¿No te recuerda a nada?

—Sí, claro que sí —asumo. Se parece mucho a la mujer del cuadro hortera que descansa sobre la chimenea. Me gusta el arte, obviamente. Pero el cuadro de mi salón es demasiado realista. Prefiero otro tipo de líneas—. Se parece a la romana del salón de mi casa.

—Exacto. Estamos sobre un taller de alfarería romana. —Señala el suelo que pisamos—. Hay mucho por sacar. Podríamos extraer piezas como el Vaso de las Naves… Mira… —Extrae otro objeto más de la caja, retira el plástico con cuidado y me enseña una lucerna. Es un utensilio no muy grande hecho de terracota que usaban los romanos

para tener luz artificial en interiores. Esta tiene un asa para sujetarla. Disponían de un conjunto de mechas que se rociaban con aceite, así podían durar prendidas durante mucho tiempo. En ella se representa una felación en la que la mujer, de rodillas, está masturbando con la boca a un hombre de miembro gigante que toca una flauta—. En el museo hay una parecida. Es de la primera mitad del siglo I después de Cristo. Es posible que esta sea posterior, pero se vuelve a representar una escena similar. Excepto que aquí la *fellatrix* tiene las manos atadas a la espalda.

—Caray con los romanos badalonenses… —susurro entornando la mirada.

—La tenían gigante —dice Lu riéndose—. Bueno, en realidad, por la flauta el hombre representado en esta es más un demonio o un fauno que un hombre normal. Seguramente refleje una fantasía erótica.

Me quedo mirando las manos maniatadas de la mujer y algo de todo eso me da repelús. ¿Qué tipo de cuerdas eran esas?

—Les gustaban las sujeciones y todas esas cosas… La dominación.

—Roma nunca tuvo ningún tipo de tabúes hacia el sexo ni a cómo debían practicarlo ni con quién —explica Lu dejando la lucerna de nuevo dentro del plástico antes de guardarla en la caja—. Eran muy libertinos. ¿Por qué iba a tener tabúes Baetulo? Algunas de esas prácticas sexuales de la Antigüedad hoy están mal consideradas por los más conservadores. El sexo homosexual, las orgías, el poliamor, la dominación… No le veo nada malo. El problema de los romanos era que, además de libertinos, los que estaban en el poder también eran abusivos. No dudaban en violar reiteradas veces si consideraban que debían hacerlo. Hay muchos casos documentados de abusos: las sabinas, la historia de Lucrecia y Virginia, el primer decenvirato… Todo bastante repugnante. —Continúo con la vasija entre las manos —. Las mujeres debían reflejar *pudicitia*, es decir, virtud o pudor. Y los hombres, *vir*. En el *vir* entra el virtuosismo como expresión de dominación, el saber hacer en el sexo, la virilidad y la masculinidad en cuanto a que debían dar fe de quién mandaba. Hasta que el Imperio decayó. Imágenes como las de la lucerna se han descubierto en multitud de casas romanas, en sus murales, por ejemplo, como en las de Pompeya. Hay una llamada La casa del Fauno cuyo mural es igual de pornográfico que el que te he enseñado.

—Qué interesante todo.

—Es lo más. —Claro, ¿qué iba a decir ella, que vive para eso?—. En fin, quiero que me dibujes este. —Señala la vasija de la mujer que sujeto entre los dedos—. Quiero saber si se trata de alguna

personalidad romana. Revisaré los archivos del museo, a ver si encuentro algo parecido en el banco de imágenes. Si se trata de alguien que tuvo algún tipo de papel protagonista, ya sea en Roma o en Baetulo, me gustaría identificarla. Matronas, meretrices, emperatrices, sacerdotisas…, a todas se las eliminaba de la vida social porque debían ser virtuosas. —Lu hace mucho eso. Piensa en voz alta y se olvida de que alguien lo está escuchando todo—. Solo una emperatriz o una sacerdotisa tendría el honor de ser representada en una vasija. Quiero saber por qué una mujer que, sin duda, parece distinguida y de la élite, está grabada en un plato. Debe tratarse de alguien popular.

—Mientras lo descubres, yo lo dibujaré —la interrumpo—. ¿Has hecho fotos o las hago yo?

—Hazlas tú, que conoces mejor las perspectivas que necesitas para plasmarla.

Asiento y coloco con delicadeza la vasija sobre el suelo, me pongo en cuclillas y empiezo a fotografiarla con el zoom para no perderme ningún detalle.

—¿Qué te ha pasado en la rodilla? —pregunta con curiosidad.

Se lo explico mientras hago el *book* fotográfico del plato.

—Vaya… ¿Y no habéis hecho parte?

—No. Él tenía prisa, pero me ha dado su teléfono.

—¿Y estaba bueno?

—¿Eso qué tiene que ver?

—No es lo mismo un guapo malo que un feo malo. El segundo es más difícil de digerir. Creo que los odio un poco más.

—Para mí los dos son iguales de odiosos.

—¿Y entonces? —Me mira expectante.

Me levanto y sonrío de oreja a oreja.

—Está tan bueno como lo gilipollas que es.

—Entonces debe estarlo mucho.

Me encojo de hombros, no quiero pensar demasiado en eso. Si me cae mal, me da igual como sea.

—Te vienes a cenar fajitas, ¿no? —le pregunto—. Iba a venir Hugo, pero me ha dicho que le ha surgido trabajo y que no va a poder.

—Pues ya hago yo de Hugo… —dice sacando pecho—. No me pierdo las fajitas por nada del mundo. ¿Cuándo crees que tendrás listo el dibujo?

—Mañana mismo te lo puedo dar.

—Perfecto. Siempre tan rápida y eficaz. —Me pellizca la mejilla—. ¿Me ayudas a recoger algunas cositas y nos vamos a tomar algo?

—Claro. Pero vamos a buscar a tu ahijada y vamos con ella —

sugiero—. No quiero que esté toda la tarde con la yaya, que últimamente se nos cansa mucho.

Lu aplaude como una niña, porque la segunda cosa que le gusta más a mi amiga, después de excavar, es estar con Venus y hacerle perrerías.

Cenar fajitas me deja siempre hinchada pero feliz.

Me gusta preparar el guacamole, cortar el pollo y las verduras a tiras iguales y hacerlo todo yo, menos los Doritos. Y me encanta porque sé que todos disfrutan de esta comida.

Los viernes por la noche siempre cenamos en mi casa. Una cena de mujeres. Mi abuela, mi madre, Lu, Venus y yo. Hoy faltará Hugo, que últimamente se ha apuntado a estas cenas, pero da igual.

Siempre es muy divertido porque mi madre hace unas sangrías de esas que carga el Diablo y, al final, solemos acabar la velada un poco achispadas mientras hablamos de las mismas cosas: cuántos edificios están construyendo en Badalona, que no queda bien la zona de lujo y portuaria con San Roque al lado, que hay más Mercadonas que bibliotecas, que mi madre sigue alucinando de la cantidad de gente que sigue comprando lámparas en la tienda a pesar de Ikea. También hablamos de política y de que, al final, un buen partido en Badalona sería el que por fin redujera la delincuencia y pusiera la mayor cantidad de coches de los Mossos a patrullar. Lu dice que estos vienen a demanda si les llamas. Y que siempre llegan tarde. Y que los «cacos» saben muy bien dónde tienen que robar porque no hay coches de policía por ahí. Es un paraíso para ellos. La verdad es que no lo sé porque a mí no me han robado nunca. Me han hecho algo muchísimo peor. Pero nada que ver con hurtos materiales. Mi madre insiste en que no deje escapar a Hugo porque es un buen hombre. A mí esas expresiones me recuerdan a un león persiguiendo a una presa. No quiero cazar a nadie ni atar a nadie. Además tener pareja es algo muy secundario en esta etapa de mi vida. Todas me animan porque soy joven y, según ellas, soy un buen partido para cualquiera. Y ¿la verdad?, paso de los partidos y de estar en el mercado. Con Hugo voy muy poco a poco y con él pasará lo que tenga que pasar. Lu se ha abstenido y no ha dicho nada porque sabe lo que pienso al respecto, y mi abuela se ha pasado toda la noche mirándome de un modo inquietante, asintiendo a todo mientras comía fajitas como un primo lejano en una boda, o sea, como si no hubiese un mañana.

A Venus la he acostado en cuanto se ha quedado dormida en la trona. La pobre, a las nueve y media o diez ya está frita.

Después de la velada de chicas, he decidido subir a mi estudio y ponerme a dibujar el plato de cerámica que me ha encargado Lu.

Estoy muy concentrada en la figura de la romana, intentando hacer el dibujo lo más fiel posible y darle suficiente visibilidad y relieve para que quede aún más realista.

Debió de ser una señora de bien. Hay una inscripción que no se distingue mucho; tal vez no hice bien las fotos.

Me gusta dibujar con el Procreate y después perfeccionar el dibujo con la tableta gráfica en el ordenador.

Lleva una túnica con una orla y, en la cabeza, una banda que le oculta el pelo. Sus hombros están cubiertos por un tocado y lleva un broche y un manto sobre el hombro izquierdo.

Sí, por supuesto que se parece en mucho a la mujer del cuadro que regenta la chimenea de casa. Pero son distintas.

La mujer del cuadro lleva una lamparita en una mano. Además, tras ella hay dos lobos que parece que la custodian.

La imagen del plato es mucho más sencilla. Nada que ver con los detalles de la pintura, pero ambas adoptan la misma pose respetuosa y regia. Sus vestimentas, además, son muy parejas.

Intento pasarle todos los filtros que puedo a las fotografías que he tomado con el móvil. Ahora, los teléfonos tienen una calidad alucinante.

Lo que quiero es discernir las letras escritas. No sé latín, pero sí sé copiar bien. Creo que es un nombre. Empieza por «ce» y acaba por «ia». Consta de seis letras. Y le sigue una palabra más larga que parece un apellido. Después, aún rodeando el plato, hay dos palabras más en el lado opuesto.

No sé si puedo distinguirlas bien. Las dibujo tal y como las veo, pero no saco nada en claro de su significado. ¿Puede ser que una de las palabras sea «Maxima»?

Sea como sea, no me voy a acostar hasta que acabe el diseño de la vasija y le pase el archivo a Lu. Es la una de la madrugada y aún me queda una hora más por delante según mis cálculos.

Soy consciente de que estoy soñando.

Sé muy bien que me he acostado y me he ido a dormir. Pero tengo la capacidad de tener sueños lúcidos desde hace muchos años.

Por eso lo sé que, porque aprendí a usar arraigos desde que era niña. Estos consisten en usar objetos en el sueño para que desafíen las leyes físicas. Si no se comportan como esperas, es que estás en el mundo astral.

Ahora estoy en él.

Sé que estoy en el bosque. Es de noche y no distingo demasiado bien los tonos. Eso también sucede en los sueños, algunos son a color y otros, no.

Los senderos y los caminos ocultos entre los árboles y las hierbas permanecen escondidos bajo una niebla densa que se arremolina en las raíces de los troncos y baila sobre las rocas que emergen de la tierra para ser cubiertas de nuevo por el musgo intenso y húmedo.

A lo lejos, oigo el sonido de un instrumento de viento hecho de madera parecido a una flauta travesera. Es una llamada, un aviso…, una advertencia.

Voy corriendo descalza y llevo un vestido blanco cuyos bajos están ardiendo. Las llamas quieren comerse toda la tela.

A lo lejos de la vereda desdibujada hay un edificio de columnas altas y robustas. Están guardando algo, lo protegen de algo… Parece un fuego, pero está apagado. Se está ahogando.

El sonido de la flauta vuelve a resonar en mis oídos hasta que me obliga a detenerme para cubrírmelos. Se me pone la piel de gallina y siento mucho frío.

Nunca había tenido sensaciones térmicas en los sueños.

Se supone que, cuando tienes un sueño consciente, debes observar muy bien lo que te rodea e incluso hacer preguntas a quien se te aparezca porque pueden darte las claves para comprender lo que sucede en tu vida. Pero aquí no hay nadie de quien pueda echar mano. Me están persiguiendo y sé que debo llegar a ese lugar, donde el fuego ya no arde.

Corro, me duelen los pies, mi vestido se quema… Y lo peor es que no quiero apagarlo. ¿Por qué no? ¡Puedo quemarme viva!

Y entonces, una figura oscura y tenebrosa se cruza en mi camino.

Allí, imposibilitando mi avance, hay un ser de espaldas a mí. No muestra la cara, no quiere mirarme, pero yo sí lo veo a él.

Su fisonomía es muy asimétrica, mórbido y también grotesco. Pero es muy alto. Puede que me saque medio cuerpo vertical y horizontalmente.

Me echo a temblar hasta el punto de que siento crujir el suelo bajo mis pies. No quiero seguir avanzando, pero debo hacerlo. Debo llegar a ese lugar mucho antes que ese ser.

Su imagen se desdobla; parece que no es ni de aquí ni de allí, que vaga entre dimensiones, celoso de un lugar al que pertenecer, de una tierra que ocupar.

Su piel es oscura, resbaladiza como la de una sanguijuela y su cabeza dantesca y triangular está cubierta por un matorral de pelo

plateado que baña sus hombros espigados, cubiertos solo por un vello blanquecino. De sus omóplatos salen unas lengüetas negras con escamas, como si fueran alas de murciélago plegadas. De sus codos emergen dos cuernos negros, y de cada una de sus vértebras sobresalen unas púas rojizas afiladas que hace que parezca que tiene una sierra desde la nuca hasta el coxis, de donde sale una cola de color negro azulada, como su piel.

Ni siquiera sé si me ve o me oye. Parece que no.

Pero cuando doy un paso, su cuerpo se tensa. Me huele, de eso no hay duda.

Mi vestido continúa prendido, pero no arde como yo espero que lo haga. Las lenguas de fuego no crecen ni ascienden por mi cuerpo.

Él tuerce el rostro y atisbo un perfil amedrentador, de barbilla muy salida hacia afuera, pómulos obscenamente marcados y frente y cejas prominentes.

No quiero ver más. No estoy cómoda, tengo la sensación de que no controlo mi sueño y lo estoy pasando muy mal.

Además, estoy helada.

Empiezo a contar mentalmente hacia atrás. Cierro los ojos.

—Tres, dos, uno…, despierta —me digo en el sueño.

Pero al abrir los ojos sigo ahí. Al no despertar, una sensación eléctrica angustiosa me invade todo el cuerpo, como si me doliera algo muy dentro de mí. Como si me afectase al alma.

—Tres, dos, uno…, despierta —repito.

Siento el corazón en el pecho galopando como un caballo descontrolado. El ser está dando media vuelta. Suelta el aire por la nariz y el vaho forma una nubecita alrededor de su rostro de ojos amarillos. Me va a ver.

Tengo miedo. Pavor. Es una angustia desconocida para mí.

—Tres, dos, uno…, ¡despierta!

Y entonces… siento un dolor muy fuerte en el vientre y un pinchazo en la cabeza.

Abro los ojos por fin; sé que ya no estoy en el bosque.

Ha amanecido. Mi ropa no arde y no hay ningún ser que me persiga, pero aún persiste en mí esa sensación de desamparo y desprotección.

Siento que tengo el bigote húmedo de sudor. Cuando me lo seco con la manga de algodón del pijama azul claro, me doy cuenta de que no es sudor.

Estoy sangrando por la nariz.

Y no solo eso. Noto humedad entre las piernas y dolor en los ovarios. Después de muchos años sin sentir ningún tipo de cólicos y de

no sufrir por mi escasa menstruación, me acaba de bajar la regla sin avisar y he manchado las braguitas y el pijama.

Eso no es normal.

IV

No he pasado una buena noche. Es evidente.

Ha sido muy inquietante y la verdad es que me ha dejado una sensación residual con la que no estoy tranquila. Creo que he pasado tantos nervios que ese ha sido el motivo de que me haya bajado la regla.

Menudo sueño, qué cosa más rara. Suelo analizarlos y, además, me gusta estudiarlos y estar en ellos porque es una fuente incesante para mi creatividad y mi imaginación, pero aquello… No hay por dónde cogerlo.

Tal vez, mi mente estaba influenciada por lo que habíamos estado hablando Lu y yo sobre sus descubrimientos. Tanto hallazgo romano, tanto dibujo… podría haber estado bajo la influencia de la sobreinformación.

No quiero pensar demasiado en ello.

Me ha sangrado la nariz, es cierto. Nunca me ha pasado antes que yo recuerde. Y también sé que jamás he tenido una regla tan repentina y con dolor. Es cierto que, después de que naciera Venus, el periodo se me estabilizó todo lo que se puede con el síndrome de Alejandría. Si a las mujeres normales les viene una vez al mes y el ciclo les dura entre tres y siete días, a mí me empezó a venir cada tres meses en ciclos de tres días como máximo y nunca como un reloj. Las que tenemos esta peculiaridad genética no podemos controlar nuestro cuerpo, pero podría decir que la regla se me ha adelantado un mes.

Tampoco es que tenga demasiado tiempo para preocuparme por la pesadilla, porque un monito de tres años y yo nos vamos a ir al parque a que nos dé un poco el sol.

Los sábados mi abuela acompaña a mi madre a Luces Sacras y le echa una mano. Venus y yo solemos pasarnos por allí para visitarlas e ir a comer con ellas.

Yo me encargo de todo lo que tiene que ver con mi hija. La levanto, la aseo, la cambio, le preparo el desayuno y procuro estar todo el tiempo posible con ella, sobre todo los fines de semana, en los que me obligo a no coger ni un *pen*, ni un lápiz ni un rotulador. Nada

que tenga que ver con el trabajo. Y, si los cojo, es porque Venus quiere dibujar; entonces nos ponemos las dos a colorear cuadros.

Mi madre y mi abuela pintan con óleos y les gusta mucho dibujar; supongo que de ahí viene también mi vocación. Ambas van a clases de pintura en Can Boter. Muchas veces nos hemos juntado todas en el salón a dibujar como si no hubiese un mañana. Se nos pasan las horas volando mientras hablamos de nuestras cosas. Y lo mejor es que Venus disfruta mucho de tenernos en plan clan. Tiene mucho sentido de la unidad.

Ya hemos acabado de desayunar unas tostaditas con mantequilla y mermelada, café con leche y zumo. A Venus siempre le preparo un vaso de leche y un bollito pequeño de pan de leche con jamón dulce y un poco de mantequilla. Le gusta mucho el zumo de naranja, así que también se toma un poco. Recuerdo que siempre me dije que, en caso de tener hijos, cuidaría la alimentación al dedillo y sería estricta con todo. Pues me está costando mucho serlo. No le doy guarradas, pero tampoco alimentos excesivamente saludables.

Total, a mí me criaron dándome a probar todo y con caprichos incluidos… Y así he salido: con ojos violeta.

Los fines de semana es cuando más disfruto de Venus y, aunque no soy una madre asfixiante y me gusta que esté en contacto con más gente y pase por más manos, soy celosa a mi manera. Me he obligado mucho a ser independiente y a que ella también lo sea de mí, pero juntas hemos creado un vínculo irrompible y sabemos que, aunque estemos separadas, somos la una de la otra, para siempre.

—Mami, te quiero —me dice abrazándome mientras le ato los cordones de las Vans blancas.

Son esas palabras. Esa verdad en ella es la que me eleva y me destroza. Es eso lo que hace que me olvide de lo que sé que me pasó, aunque no tenga pruebas. Es esa ternura la que me obliga a valorar lo bueno y no lo malo. Y me desarma mental y emocionalmente porque donde debería haber rencor y odio, solo hay amor. Un amor purísimo.

—Y yo te amo de aquí a la luna, monito mío. —Me la como a besos —. ¿Ya has acabado de desayunar?

—Sí.

—Entonces ve a lavarte los dientes como te he enseñado y, cuando estés, nos iremos.

—¿Al parque? —pregunta con los ojos ámbar llenos de esperanza.

—Al parque a dar una vuelta, a comprar una piruleta… —le explico mientras la persigo para que entre en el baño entre risas.

—¡Sí, mami! ¡Sí! —grita como si se hubiese metido un tripi.

Coloco el taburete para que llegue al lavamanos, le destapo la

pasta de dientes de sabor a fresa y ella ya sabe muy bien lo que tiene que hacer.

Mientras tanto, pongo la velocidad de crucero para recoger la mesa del salón, colocarlo todo en el lavavajillas y asegurarme de que todo está limpio y que en la mesa no haya ni una miga de pan.

Me quedo mirando un instante el cuadro de la chimenea. Miento si digo que lo veo del mismo modo que antes. Sé que la mujer del plato y la del cuadro no son la misma persona, es algo que va más allá de la intuición y de las formas.

Pero tengo la sensación de que ambas podrían tener algo que ver, porque hay similitudes.

Me voy al baño a acabar de maquillarme mientras Venus termina de cepillarse los dientes y después le hago dos coletitas altas.

Salimos de casa, cierro con llave y cruzamos el diminuto porche cuyas paredes y techos están cubiertos de hortensias trepadoras que cobijan la entrada. A continuación pisamos una de las aceras colindante a la plaza de la Font.

Hace un día espléndido.

Hay que aprovecharlo.

Después de ir al parque de Pompeu Fabra —al de niños pequeños— y perdernos en el barco pirata, nos hemos ido andando hasta la calle del Mar. Me gusta pasear por el centro comercial, ver que aún persisten los pequeños comercios a pesar de las apisonadoras que suponen las grandes cadenas y marcas.

Hacemos una parada en el emblemático Forn Bertrán, compramos cuatro turnemis de crema y nos los ponen para llevar.

Si hay algo que demuestro como ilustradora de cómic en las redes sociales es que soy badalonesa, aunque aquí mi profesión no sea muy conocida y no sea nadie. Por eso, siempre que puedo, cuelgo religiosamente una foto mía comiendo un turnemi, que es el chucho de crema pastelera de toda la vida, con su masa medio de churro, medio de cruasán bañada en medio kilo de azúcar. Aquí hay un dicho que reza: «No eres de Badalona si no sabes lo que es un turnemi». Pues yo soy de Badalona, pero no tienen ni idea de quién soy. Y me va bien así. Con lo que me gusta pasear por todas sus callejuelas del centro, por sus ramblas, sus calles llenas de casitas unifamiliares antiguas y reformadas y sus zonas de edificios tipo enjambre, y hacerlo sin que te miren de más o te señalen. Ya lo hicieron los que me conocían cuando aparecí con un bebé sin tener pareja y cuando apenas se evidenció mi barriga. Y no lo pasé nada bien. Ahora he aprendido a que todo me

resbale y a centrarme solo en lo mío: trabajo, familia y Venus.

Badalona es un cóctel molotov, con sus excesos y carencias, sus lujos y zonas marginales, sus playas y montañas… Es única y maravillosa, como una gema extraña y brillante. Hay lugar para todos, para los ricos y los pobres, para los inmigrantes y los nacidos en la tierra, para los que aman lo nuevo y lo viejo y para todos aquellos a los que no les importan los contrastes. Aunque no todos la vayan a tratar todo lo bien que se merece.

Así que me hago la foto de rigor con un minichucho de crema, porque los otros cuatro son para comerlos en Luces Sacras, y en ese momento, mientras Venus me pide que vayamos a la tienda de juguetes y tira de mi mano, me doy cuenta de que tengo una notificación de Instagram sobre los derechos de un vídeo. Dicen que han procedido a eliminarlo porque alguien lo ha denunciado. Lo busco y no lo encuentro porque ya no está. Me lo han bloqueado. No sé ni quién ha denunciado ni qué publicación ha sido.

—Un momento, Venus —le pido antes de que me arranque el brazo —. Deja que mire una cosa.

Así que reviso mi muro y me doy cuenta de que falta lo que subí el miércoles. Justamente fue un *gif* en el que salía comiendo un chucho de una panadería de la calle Cervantes. ¿Por qué me la habrán borrado? ¿Por derechos de imagen o de autor?

Suelo guardar todos los vídeos y fotos que hago en iCloud, así que reviso el archivo y no veo nada por lo que me puedan denunciar. Salgo con una gorra de béisbol, gafas de sol, comiéndome la pasta con cara de felicidad. Lo único que se ve detrás de mí es la entrada de la panadería y, en el mostrador, una chica de pelo rizado con una caja de carga de plástico azul colocando magdalenas en el expositor.

Lo llego a saber y no etiqueto al comercio. Vaya historia. Igual es por un tema de competencias… Badalona está repleta de panaderías y cafeterías, como cualquier gran núcleo urbano. A lo mejor todos son recelosos de lo suyo y de cómo hacen las cosas.

En fin.

—¿Dónde quieres ir?

—Ahí. —Obvio. Señala la juguetería.

—No te voy a comprar nada, Venus —le advierto con el dedo en alto.

—Solo una cosa —me suplica juntando las manos como en una foto de comunión. No sé de quién ha aprendido esos gestos, pero me lo cargaría ahora mismo.

—¿Qué quieres?

—Una cosa, mami.

—¿Qué cosita es? —canturreo entrando en la tienda.

No tengo que avanzar mucho para descubrir lo que quiere. Me señala el escaparate lateral y en un mostrador hay varios instrumentos de música para niños pequeños.

—Una *fluta*.

—¿Una fruta? —repito buscando frutas de plástico por el aparador —. Aquí no hay frutas, cariño.

—Una *fluta*. ¡*Fluta*, mamá! —Paseo la mirada por la tienda hasta encontrar lo que quiere y mi cuerpo reacciona de un modo que me deja fría.

Quiere una flauta. Una flauta de juguete, pero una flauta, al fin y al cabo. Frunzo el ceño y miro a Venus con mucha curiosidad. Es como una cría cualquiera a la que le gusta todo y quiere tocarlo todo y a la que le entusiasman los pianos y las guitarras solo para ignorarlos dos minutos después de trastearlos.

Y ahora dice que quiere una flauta.

—Cariño, ¿por qué quieres una flauta?

—Para la guarde, que hacemos música —contesta con esa vocecita ensimismada con el instrumento.

Bueno, en la guardería hacen como que tocan instrumentos y aprenden canciones… Esto no es nada, solo es una coincidencia. Tal vez estoy demasiado sensible. Pero la sensación no me la quita nadie.

En el sueño escuchaba una flauta, una melodía que no recuerdo, pero que hacía que me entrasen escalofríos. Más o menos es lo que me ha sucedido al escuchar a Venus pedir el juguete.

—¿De verdad quieres la flauta? —pregunto intentando ignorar mi mente.

—Sí.

—Bueno, está bien. Pero si la tocas, tiene que ser en el patio. —Que ahí no se oirá tanto—. Dentro de casa, no —le pido.

—Vale. —Venus asiente y entra dando saltitos a mi lado.

Perfecto. Me han eliminado una foto de Instagram con una advertencia de que, si vuelven a denunciarme el perfil, me bloquearán la cuenta.

Me duelen los ovarios como la primera vez que me bajó la regla.

He dormido bastante mal y he tenido una epistaxis nasal.

Y, para colmo, Venus quiere ser Hammelin.

Qué bonito está quedando el día.

Después de pasar la mañana con Venus por Badalona, nos hemos ido en metro a Barcelona. Nunca me ha importado usar el transporte

público, y menos en ciudades en las que conducir es un caos. Por suerte, tiene muy buena comunicación con Badalona y está a veinte minutos del centro.

Además, cuando voy en tren, en metro o en tranvía, me gusta leer algún libro o escuchar música a sabiendas de que otros me llevan y yo solo tengo que relajarme y esperar mi parada. Y, si voy con la niña, para mí es mejor que ir en coche. Porque la tengo más a mano y no detrás, sola, en el sillín de seguridad.

Tengo a Venus sentada sobre mis rodillas, cantándome la tetera y el cucharón, pero me está vibrando el móvil de nuevo, así que hago malabares para cogerlo y ver quién me ha escrito ahora.

Es Lu, felicitándome por el archivo que le he enviado, dándome la enhorabuena por la calidad del dibujo y la reconstrucción que he hecho del plato. Dice que el lunes lo cotejará en el museo e intentará identificar a la romana de la vasija de *terra sigillata*. El lunes pagarán por Bizum por el trabajo y me harán la factura. Soy autónoma y Hacienda es mi mejor amiga.

De repente, me dice: «Te llamo».

No me da tiempo ni a decirle que no. Al segundo bip del teléfono, lo descuelgo.

—Hola, ¿qué pasa? —pregunto.

—¿Dónde estás?

—En el metro, voy a Luces con la niña.

—Ah, muy bien. ¿Comes allí hoy?

—Sí.

—Bueno, te llamo porque te quiero contar algo que me está dando muy mal rollo y también para decirte que tengo plan para esta noche. Plan para ti y para mí. ¿Qué quieres primero? ¿El mal rollo o el plan?

—El plan, que de mal rollo ya voy servida.

—Créeme, no como este, pero bueno. ¿Primero el plan?

—Sí. —Hace siglos que no me voy de fiesta.

—Creo que debemos celebrar que el lunes vas a firmar tu primera trilogía de novelas gráficas con Random Cómics.

Eso lo dice ella porque sí. En realidad, es cierto que el lunes tengo una reunión con mi director editorial porque quieren que haga más de un libro en exclusiva para ellos. He pensado en una trilogía a la que aún le debo dar un poco de forma, pero más o menos tendría para explicarles una sinopsis argumental. Lu dice que está hecho.

Yo digo que, aunque me quieran, mi idea les tiene que gustar.

—No te adelantes a los acontecimientos.

—Ares, te van a decir que sí porque eres tú. Y vas a tener mucha visibilidad porque tienen que explotar tu cara y tu rollo. ¿Esa que se

oye de fondo es Venus cantando el cucharón?

—Sí, es tu ahijada de concierto.

—Me la como. Bueno, ¿salimos esta noche? Ares, ya es hora, en serio —me suplica—. Me tienes en el ostracismo y a mí me gusta salir contigo.

—No. Sé muy bien lo que pasa cuando salimos juntas. Y no.

—¿Y qué pasa? —Suelta una carcajada—. No pasa nada. Somos muy jóvenes aún. Tú has sido mamá por accidente, pero tienes que volver a disfrutar. Y no solo eso, debes acompañarme porque sabes que te necesito. Anda, por favor… ¿O hay algo que tengas que hacer además de ver una de Disney e irte a dormir a las doce?

—Me gusta ese plan —protesto.

—O sea, no. Ares, por favor. Dile a Morfeo que salga de ti. Necesito una buena fiesta y tú también, aunque lo niegues. Solo hoy, por favor…, por favor… —me ruega con voz abatida.

Miro al techo del vagón del metro, exhalo y beso la coronilla de Venus.

—Joder, Lu…

Venus se da la vuelta con expresión estupefacta.

—¡Mamá!

—Sí, perdón, eso no se dice.

—Mira, hay una fiesta en una casa particular —continúa Lu.

—No me gustan las fiestas en casas particulares. La gente se emborracha más que de costumbre.

—Ares, no seas muermo. Vamos a ir.

No quiero decirle que no, porque es verdad que he dejado muy abandonada mi parte más lúdica, tal vez porque tener una niña hace que me sienta obligada a estar en casa y a no disfrutar de mi vida social. Es una noche. Una noche no hace daño a nadie. Y seguro que mi madre y mi abuela se quedarán encantadas al saberlo.

—Si te quedas más tranquila —dice con la boca pequeña—, puedes decirle a Hugo que se venga…

—Hugo no va a venir —contesto—. Ya he hablado con él esta mañana. Ayer estuvo trabajando y hoy le toca más de lo mismo, que está de guardia. Si se pasa, vendrá más tarde si le apetece.

Tengo ganas de verle. Hugo me hace bien, lo sé. Pero este es de esos fines de semana en los que le ha tocado trabajar de verdad. Y aún me tiene que explicar qué es lo que ha investigado.

—Qué pena —dice sin sentirlo.

—Sí, no lo sientas tanto, lista.

—Entonces ¿vamos?

—Sí, vamos. —Sé que no es buena idea, pero iré—. Ahora el mal

rollo —le pido.

—De antemano, ya sé que estas cosas así oscuras a ti no te gustan nada… —dice en voz baja—, pero necesito compartir el secreto.

—¿Por qué hablas así? ¿Qué secreto?

—Sabes que Ramón sale a correr muchas veces por el canal del río Besós, ¿verdad? Y que tiene un blog de fotos extrañas y fúnebres…

—Sí. —Ramón es del instituto de Bellas Artes. Muy amigo de Lu.

—Pues ayer salió a correr y se encontró algo en la desembocadura.

—¿El qué?

—A ver, te lo voy a enseñar. Me pasó la foto y me hizo jurar que no se la enseñaría a nadie porque es algo muy delicado y lo pueden denunciar. Los Mossos no pueden saber que él hizo esas fotos.

—¿Los Mossos? ¿Qué tienen que ver los…?

—Ares, hazme caso —me corta abruptamente—. No vamos a meter en un lío a nadie. Y tú te acuestas con Hugo, que es inspector. No puedes contarle nada.

—No me acuesto con nadie —digo entre dientes.

—Me da igual. Él no puede saber que esta foto existe.

—Oye, si es algo de un animal herido o maltratado, o de un maltrato sea del tipo que sea, no me lo enseñes. Esas cosas me dejan mal —le recuerdo en voz baja.

—No. No es eso. Mira, te la voy a pasar porque necesito compartirlo. Tengo la sensación de que cargo con algo maldito.

—Ves demasiadas películas. —El traqueteo del metro hace que no oiga demasiado bien.

—Es en serio. Por favor, no se lo pases a nadie. Esta noche la comentamos, ¿vale? Las maldiciones se pasan mejor entre amigas.

—Está bien, pesada —murmuro—. Pásamela y le echo un vistazo. Hasta la noche.

—¡Besos! ¡Un beso para monito!

—Un tallarín… que viene por aquí… —Venus sigue a lo suyo, ajena al fondo de mi conversación con Lu.

Cuelgo y espero pacientemente a recibir eso tan misterioso y oscuro que dice Lu que tiene en su poder, de lo que fuera que se encontró Ramón mientras corría.

Bip.

Abro el móvil, porque he recibido la notificación de un mensaje entrante.

Lu me ha pasado una imagen.

Y cuando la abro, se me hielan las manos y se me corta la respiración. Lu está en lo cierto. No me gustan las imágenes macabras y esta lo es.

Mi mente empieza a analizar todo lo que ve a su paso y siento incluso pudor de observar algo así, por eso me aseguro de que nadie intente otear la pantalla de mi móvil.

Es siniestro.

La chica está desnuda de cintura para abajo entre el carrizo. Lleva una blusa blanca y fina con los hombros abombados. Tiene el cuello en una mala postura. Sus caderas pálidas presentan rasguños lineales, probablemente de uñas que se le clavaron en la piel. Su pelo está manchado por la arena de la orilla del río y también con ramas de la vegetación fluvial propia de la desembocadura del río, como la osagra y el tamariz.

Tiene el pelo negro y rizado, por encima de los hombros.

Me la quedo mirando unos segundos de más. La cuestión es que algo en ella me parece familiar, pero no sé lo que es.

Sus manos están en cruz sobre el pecho, pero parecía que habían estado atadas con un cordel tan fino que le ha cortado la piel y la ha hecho sangrar.

Amplío la imagen. Tiene los dedos ensangrentados, como si le hubieran arrancado las uñas. En la muñeca derecha lleva una pulserita plateada repleta de hojitas de parra con piedrecitas brillantes. Y no solo eso: hay una hoja, una hoja suelta de esa planta enredadera, al lado de su cadera. Hay que fijarse mucho para advertirla entre la escena grotesca, pero soy observadora y me fijo en todos los detalles.

Empieza a temblarme la mano mientras sujeto el móvil. La foto es macabra porque es un cadáver, una chica muerta a la que han asesinado de manera violenta. Una chica sin vida.

Sigue habiendo algo familiar en ella, pero, además, hay un detalle que me turba demasiado, que hace que vuelva a despertar viejos fantasmas con los que llevo lidiando hace años.

No hay hiedra en el río.

Tampoco la había en la montaña en la que desperté inconsciente, en la misma postura que esa chica, con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero muy cerca de mis dedos había dos hojitas que no pasaron desapercibidas para mí.

No lo entiendo, se me pone la piel de gallina. No quiero buscar ni similitudes ni casualidades desagradables, pero desde el momento en que me guardo el móvil en el bolsillo, ya sé que voy a estar alerta casi todo el día.

Y no quiero sentirme así de insegura estando con Venus.

Son episodios que me dan cuando algo me remueve demasiado el recuerdo de ese despertar entre los árboles angustioso y confuso.

Tomo aire por la nariz y abrazo con fuerza a mi pequeña. Le huelo

el pelo para sentirme en casa. Saber que la tengo a ella me reconforta.

Es automático: cuando uno contempla la muerte de cerca, inmediatamente se activa en esa persona la búsqueda de la vida. Nos agarramos a cualquier cosa que nos haga sentir bien y un poco inmortales, aunque sepamos que nuestra existencia será efímera.

Si Venus supiera que ha sido la boya en el mar agitado de mi conciencia, tantas veces como la razón por la que nunca dejaré de tener miedo, creería que tiene una madre bipolar.

Y eso ni siquiera sería tan malo porque las personas bipolares tienen su diagnóstico.

Yo, en cambio, nunca sabré lo que me pasó. Y la fotografía que me ha pasado Lu ha sido escalofriantemente familiar y, de algún modo, ha abierto mi armario de los monstruos.

Ya sabía que el día iba a ser largo y que no empezaba bien.

Ahora comienzo a asumir todo lo malo que puede llegar a ser.

Hay lugares en el mundo que son como un oasis en el desierto, teñidos de algo atemporal, de algo que sabes que está ahí, como un espejismo, pero que no se puede tocar. Luces Sacras es todo eso. Ha absorbido la antigüedad de la calle, la historia de sus arcenes, las vidas de sus gentes; la campanilla de la entrada, que mi abuela dice que es el cascabel de un ángel, anuncia la llegada de cada visitante como si se tratase de la trompeta de un querubín. Sus paredes han escuchado demasiadas historias y sus lámparas hoy alumbran una cantidad incontable de hogares.

En cierto modo, dar luz es mágico. Por eso nuestra familia hace tanto que regenta el negocio de las luces.

Cuando mi madre nos ve llegar, arreglando en cuclillas un centro de flores en la base de una lámpara de jardín, me dirige una sonrisa repleta de cariño, pero no se le iluminan los ojos de verdad hasta que ve a Venus. Ahora ella es la niña de sus ojos. Yo dejé de serlo cuando vine con un bombo sin avisar.

—¡Ya está aquí mi princesa! —exclama, incorporándose para abrirle los bracitos a Venus.

La niña me suelta la mano y se va corriendo hacia ella.

—Hola, ya estamos aquí —las saludo. Me acerco a mi madre, que ya ha cogido en brazos a la cría, y ella me abraza y me da un beso en la frente.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Bien. Hemos ido al parque, he comprado chuchos y una flauta a Venus. —Me vuelvo hacia mi abuela, que no deja de mirarme desde el

mostrador. No sé por qué, pero tengo la sensación de que tiene rayos equis y puede ver hasta lo que pienso—. Hola, yaya. —La beso en la frente y le paso el brazo por encima—. ¿Qué tal las ventas?

—Como siempre, cariño —contesta—. Mientras haya oscuridad, nosotras siempre ofreceremos luz. Trae esos chuchos. —Me arrebata la bolsa y mira en su interior.

—Mamá, ahora no. Son para después de comer —le recuerda mi madre—. Si te los comes ahora, se te disparará el azúcar y no queremos más sustos, que ya hemos tenido muchos contigo últimamente.

Mi abuela tiene una salud de roble, excepto por las subidas de azúcar. Hace dos meses se desmayó en casa y pensamos que se nos moría, pero la llevamos al hospital, pasó un día ingresada y nos la devolvieron totalmente recuperada. Un mes después tuvo una neumonía muy fuerte, pero también se recuperó. Aunque esto último la dejó más debilitada y ahora tanto mi madre como yo la controlamos por el rabillo del ojo.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta mi abuela haciendo un nudo en la bolsa. Supongo que mejor así, más difícil meter mano.

—Nada —respondo intentando aparentar una normalidad que ni de lejos siento. Hoy no. Hoy no es un buen día.

—Parece que hayas visto a un fantasma —insiste mi abuela—. ¿Pasa algo? ¿Has dormido bien? —Entorna los ojos de ese modo que me provoca un tic ocular.

—¿Tan mala cara tengo? —disimulo.

—Eres guapa estés como estés, pero, Ares… —Me acaricia la barbilla con su manita arrugada—, tienes que dejar que te haga una tirada.

—No. —Me cierro en banda.

—Mamá, ya está bien —la regaña mi madre, al tiempo que le da una lamparita de pilas del mostrador a Venus—. Tienes que parar. Tu abuela lleva toda la mañana con la misma cantinela.

—¿Qué cantinela? —pregunto.

—Que tiene que echarte las cartas para asegurarse, que se acerca algo muy malo… Ya le he dicho que nosotras no creemos y que deje de asustarnos.

—Tú no crees —la increpa mi abuela—. Prefieres vivir así porque eres más feliz. Pero la niña sí cree. —Para mi abuela yo sí sigo siendo su niña—. Por su bien, debería creer.

—No, yaya. Ya sabes que me da yuyu. Respeto mucho lo que haces y cómo ayudas a tus vecinas, pero…

—Lo temes porque crees —sonríe taimadamente—. Si no creyeras,

te daría igual que te echaran las cartas.

—Me da igual por lo que sea.

—Al final —dice pellizcándome la barbilla, adoptando una actitud misericordiosa hacia mí—, me pedirás que te las eche. Saldrá de ti.

—No creo.

—Yo sí. Cuando sepas que es el momento y te dé miedo dormir —me asegura—, me lo pedirás. Y ese día, me escucharás, Ares. Hablaremos de… —observa de reojo a mi madre, que le lanza una mirada amenazante y se encoge de hombros—, de la vida.

La contemplo fijamente y parpadeo para salir de mi estupefacción. No es el mejor momento para hablarme en tono críptico ni despertar en mí un interés hacia lo esotérico.

Pero en todos estos años no he dejado de pensar algo vehementemente: que mi abuela es bruja. Bruja de verdad. Nunca lo ha dicho abiertamente porque supongo que no quiere acarrear con estigmas de ningún tipo. No es lo mismo saber leer cartas que ser una bruja real, e imagino que es mejor hacerse pasar por tarotista entre las señoras del pueblo que como pagana.

Además, ¿quién cree en brujas hoy en día?

V

Comer en Barcelona es lo más fácil que hay y también lo más complicado. Con tanta oferta, una nunca sabe qué elegir. Pero como vamos con Venus, siempre escogemos lo seguro, lo que sabemos que nos va a gustar a nosotras y a ella.

Así que hemos comido en El Racó. A la niña le encanta el medio metro de croquetas que hemos compartido entre las cuatro, y le he pedido unas patatas y un pollo rebozado; mientras mi madre y mi abuela han atacado a las pizzas al horno de piedra, yo he pedido los espaguetis a la carbonara «para quedar bien», que es como se llama en la carta, como plato individual. Las raciones son generosas, con lo cual siempre salimos satisfechas de allí.

Qué complejo es intentar estar presente cuando tu mente está metida en divagaciones varias. Me interesa todo lo que me cuentan mi madre y mi abuela, que conste en acta, a pesar de que casi siempre se hable de lo mismo; son sus conversaciones y su compañía las que me gustan. Sin embargo, durante todo el rato que hemos estado juntas, no se me ha ido de la cabeza la cara de esa chica. Y tengo la misma sensación que Lu, a la que odio un poco por hacerme partícipe de algo tan siniestro: es como si ahora mismo acarreásemos una maldición.

Es evidente que Hugo está trabajando en ese caso, porque él mismo me dijo que estaba en el río, que habían encontrado algo. Y yo no puedo decirle ni por asomo que tengo una foto o pondré en un aprieto a Ramón y, colateralmente, a Lu.

Cuando hemos llegado a casa, Venus ha ignorado la flauta y ha sacado sus pinturas para dibujar hasta que se ha quedado frita en el sofá, con la cabecita sobre mis piernas.

Está cansada, la pobre. Venus es un poco nerviosa y le va bien agotarse, por eso intento no llevar el carrito cuando salgo con ella a no ser que realmente lo vaya a necesitar.

Le acaricio el pelo mientras observo el techo del salón. Tiene esas vigas oscuras envejecidas y decorativas que le dan un aire a hogar de montaña. Y con la chimenea, que ya no está encendida, aún lo aparenta más.

Desvío la mirada hacia el cuadro de la romana sobre la repisa. Y después, de manera inconsciente, la víctima de la fotografía me viene otra vez a la mente. Enumero en silencio todo lo que recuerdo: la cara redonda, los rasgos un tanto etruscos, los ojos negros que perdieron la vida en algún punto que solo ella vio. Y después, la mueca de su boca, torcida, habla del terror que sintió, de un grito que nadie oyó, del último aliento que nunca imaginó que no tendría continuación.

Entonces, un chispazo me recorre la mente, una idea vaga que puede conectarlo todo y que saciará la ansiedad de saber que conozco algo que no recuerdo.

Tengo el móvil sobre la mesita de centro del salón, que me he hartado de limpiar cientos de veces y que, aun así, aún refleja los destellos de los colores que dejó Venus la última vez que robó los óleos de mi abuela.

Retiro su cabecita lentamente para no despertarla y me deslizo en el sofá para salir de su cárcel con olor a Nenuco.

La tapo con su mantita de color rosa palo, la dejo bien acurrucada y, a continuación, me levanto para coger el móvil. Abro el álbum de las fotos que tomé durante la semana, hasta que, de repente, encuentro lo que estaba buscando.

Es la foto que subí de la panadería de la calle Cervantes. Del Forn Maria. La misma que me eliminaron de Instagram.

Hago zoom con el índice y el pulgar y miro hacia el interior de la panadería.

Amplío aún más para divisar bien el rostro de la chica que sale de los hornos con una caja llena de magdalenas para rellenar el mostrador.

—No puede ser… —susurro de pie. Siento las rodillas un poco inestables.

Intento buscar algo que me confirme que es quien parece que es, hasta que diviso su muñeca derecha. En ese momento, la veo. Lleva una pulsera plateada con hojitas de parra.

Es ella.

Joder, es ella.

La chica que han encontrado muerta en la desembocadura del río Besós salía por casualidad en la fotografía que saqué del Forn Maria mientras me comía un turnemi.

Por eso tenía la sensación de que me sonaba, de que me parecía familiar.

Ella sale en la foto que alguien denunció para que Instagram la eliminase.

Esto es serio.

Me siento en el sofá, a los pies de Venus, apoyo los codos en las rodillas y la frente en las manos. Es para ponerse nerviosa. El cadáver lleva una pulsera igual. Y no es una pulsera cualquiera, tiene brillantes. No sé si es una baratija o no, pero es la misma mujer, y la misma pulsera.

Mi cabeza elucubra todo tipo de relatos. El principal es que me eliminaron el vídeo por celo profesional. No tiene por qué ser nada rocambolesco.

«Ya, Ares. Pero ¿y si lo fuera?», me dice mi conciencia. ¿Y si hubiera algo oscuro tras esto? ¿Y si quien le hizo eso a esta chica quiso asegurarse de eliminar cualquier dato de ella? No tendría sentido. La reconocerían por la documentación o las huellas dactilares.

Me masajeo las sienes y siento una necesidad acuciante de hablar con Hugo, pero no puedo decirle que tengo la foto del río. Odio mentir u ocultar cosas, y más si es a personas que sé que me cuidan y me respetan.

Pero me gustaría mucho hablar con él y que me explique qué ha descubierto, lo que pasa es que no quiero molestarlo porque cuando está tan ocupado, que en el fondo es pocas veces, desaparece hasta que vuelve a dar señales de vida.

Y como yo hago lo mismo cuando estoy en mis proyectos, pues respetamos mucho el espacio del otro.

¿Qué se supone que debo hacer con lo que sé? Mi madre siempre me ha dicho que serviría para policía, y yo siempre le he contestado que no serviría para llevar un arma porque sería de gatillo fácil con los malos.

En mi casa es fiesta nacional desde que les he dicho que saldré esta noche. Es un milagro. La primera vez desde que dije que estaba embarazada de cinco meses. Llevo tres años y casi tres meses sin pisar una discoteca y sin beber nada que no sea la sangría mortal de mi madre, así que la sorpresa que se han llevado ha sido considerable. Bueno, también les he dicho que Hugo me traerá, con lo que han deducido que él va a estar ahí toda la noche y no va a ser así, dado que salimos solas Lu y yo. En todo caso, igual se anima a venir más tarde.

Después del día tan raro que llevo, creo que me irá hasta bien despejarme, porque me siento mal y confundida.

Vivir con mi madre y mi abuela me ha venido bien con Venus, aunque jamás abusé de ellas. Mi hija es mía y me hago cargo yo. Con el tiempo, he aprendido a pedir ayuda y a aceptarla si me la ofrecen, y

sé que ellas están encantadas de quedarse a la pequeña. Así, puedo salir tranquila, o eso espero.

De todos modos, no pienso beber demasiado.

Lu y yo nos hemos ido a cenar al Mexicali, un pequeño restaurante mexicano en la calle Sant Anastassi, y allí le he explicado todo lo del vídeo de Instagram y lo de la foto de Ramón.

La cara de mi amiga ha palidecido. Es todo un poema.

—¿Estás de coña?

Se acerca bien el móvil para fijarse en la foto de la panadería, y después la compara con la del cadáver. Lu toca la mesa por debajo del mantel, porque es de madera y quiere rehuir la mala suerte.

—Qué mal rollo… —musita nerviosa—. Yo ya he borrado la foto del móvil por si las moscas. No quiero maldiciones encima.

—¿Y yo qué hago, Lu?

—Tú, por ahora, te callas —dice agarrándome de la muñeca—. Si tienes que decirle algo a Hugo, se lo dirás cuando la foto de la chica salga en los informativos. Antes, no. Porque sería muy extraño que dijeras que sabes quién es si no han informado de nada por televisión. No menciones jamás lo de la foto de Ramón —me recuerda—. Es extraño que no estén dando parte de esto en los canales autonómicos porque, por ahora, no se ha oído nada.

Lu tiene razón. He puesto el canal 324, que pone en bucle las noticias del día, pero no han emitido nada al respecto.

—¿No se puede saber quién te denunció el vídeo de Instagram?

—No. No lo sé. Es información confidencial. Y no me voy a meter en litigios. Es solo una fotografía en la que la chica muerta del río sale de fondo por casualidad —puntualizo y le doy un sorbo a uno de los deliciosos margaritas que preparan aquí.

El Mexicali es un restaurante mexicano de comida casera. Tiene un reservado en el interior que es como una pequeña sala rodeada de verjas metálicas, a través de las cuales puedes ver a los comensales y estos a los demás.

A nosotras nos han puesto en una mesa para dos, retiradas del jaleo, contra la pared.

Hemos pedido tequeños, jalapeños rellenos de queso y dos burritos. Lu dice que la acidez de mañana la matará, por eso, después del margarita, se toma un Almax en sobre. Es que hace fatal las combinaciones. Mezclar no es bueno.

—Creo que tú también deberías borrar la foto que te he pasado —me sugiere Lu—. Ahora estás maldita tú.

—Mira, esto no es la película de *The Ring* ni *La maldición*. Es solo una fotografía que me has pasado y que puede ayudar a aclarar una

investigación policial, en caso de que lo necesitaran.

—Lo único que demuestra esa foto es que esa chica estaba viva el miércoles y que trabajaba en el Forn Maria. Además, no queda claro que sea ella.

—Se ve perfectamente. —Le enseño la foto y le señalo la pulsera de hojas de parra—. Es ella.

Lu se encoge de hombros y me da la razón a regañadientes. A ella todo el tema le hace tan poca gracia como a mí.

—Bueno, ¿podemos centrarnos en disfrutar y pasarlo bien esta noche? —me pide con voz suplicante—. Hace mucho que no te tenía así, amiga. —Me coge de la mano y la aprieta con cariño.

—Sí, vale —accedo con una sonrisa de disculpa. Tiene razón. Esta noche deberíamos disfrutar un poco.

—Sigues siendo una mujer guapa y soltera. Como yo.

—Bueno, con una mochilita de tres años y unos meses a cuestas —señalo mordiendo un jalapeño.

—Y por eso das tanta rabia. Has tenido una niña y ese cuerpo sigue estando perfecto, como si no te hubiese salido una cabeza del tamaño de un melón entre las piernas. Eres una MILF.

—Por favor… —Pongo los ojos en blanco—. No digas eso.

—¿Cómo no lo voy a decir? Es evidente. Todos los hombres de aquí lo piensan. Y apuesto lo que quieras a que alguna mujer también opina lo mismo —me guiña un ojo—, pero con más envidia.

—No exageres.

—Eres tan poco vanidosa… —espeta aburrida—. Pero está bien, lo respeto. Dios reparte injustamente a quienes no lo aprovechan.

No me la tomo en serio. Además, Lu se olvida muchas veces de lo que me pasó, posiblemente porque mi manera de ser ha ayudado a que, a pesar de lo gravísimo de la situación, haya salido adelante con la cabeza bien alta y sin un cuadro de ansiedad o depresión con el que me pueda victimizar o evidenciar que lo pasé realmente mal. Aunque vaya a terapia.

Es lo que sucede con las chicas que son más fuertes, que los demás se creen que no sufrimos.

Doy un sorbo a mi copa y me doy cuenta de que no beberé mucho más.

Con una Coronita y un margarita ya siento que voy un poco en globo.

Es la falta de costumbre.

Mas Ram no es el centro de Badalona. Ese es un detalle que Lu se ha

olvidado de contarme.

Mas Ram es el barrio alto más alejado de Badalona.

Está ubicado en la montaña y algunas de sus casas son bastante espectaculares.

Entiendo que vamos a una de esas. Lu, por trabajar en el museo de Badalona y codearse con personalidades del Ayuntamiento por temas de permisos y demás, tiene una gran lista de contactos.

—Me escribieron el otro día para invitarme. Es la casa de un arquitecto importante de la ciudad y, bueno, ya sabes cómo son esas fiestas…

—Bueno, no sé. Hace mucho que no salgo. —Me miro el escote de la camiseta negra de tirantes que llevo. No tengo demasiado pecho. Pensé que al ser mamá ganaría alguna talla, pero no. Tengo una ochenta y cinco. Pero los sujetadores que llevo me levantan el busto. De perfección o no en lo que a mí respecta, no sé demasiado. Creo que todo es a gusto del consumidor.

—Pues son las mismas de siempre —asegura Lu—. Alcohol, música, drogas si las quieres… —Arquea las cejas de color castaño clarito—. Y sexo fácil.

—Paso. Pero ¿conoces a alguien de los que han venido?

—Es como una fiesta cualquiera. Yo voy con mi amiga y punto. Si vemos a alguien conocido y si nos cae bien, lo saludamos. Si hay babosos que te molesten, los apartaré si me lo pides.

—¿Y si te molestan a ti? —digo con una sonrisa maliciosa.

—Yo no soy tan exigente como tú. Mientras escriba sin faltas de ortografía, ya me vale.

—Ya, pero eso no lo puedes comprobar hasta que no te escriba algo. Dudo que alguien vaya a escribir nada esta noche.

—Bueno, entonces me imaginaré que escribe bien.

Suelto una risa y miro a través de la ventana.

Acabamos de llegar.

Hay una verja muy señorial de color negro con un interfono a mano derecha.

Lu llama al timbre y dice:

—Lu Fuentes.

La verja se abre automáticamente.

La propiedad tiene un terreno extenso nada más entrar y una plaza circular alrededor de la cual han ido aparcando todos los coches de todo tipo, pero sobre todo, caros. El Fiat Panda negro de Lu es bastante discretito, y más porque lo va a dejar entre un Tesla y un Jaguar.

Aparca sin más en el primer hueco que ve, y ambas bajamos del

coche.

Está claro que la fiesta ya ha empezado.

La casa en la que estamos es muy modernista, de paredes blancas, modular y a cubos. Las ventanas son de marcos oscuros, igual que las vallas de madera de las terrazas superiores, convertidas en miradores amplios. Seguramente, desde ahí se puede ver el mar y buena parte de Badalona.

Oímos que la música viene del interior y también retumba en la parte trasera.

Las puertas de la casa están abiertas, así que entramos. Si la fiesta la hubiese organizado yo, me gustaría recibir a los que asisten para decirles cosas como «las habitaciones no se usan para follar», «prohibido vomitar dentro de los jarrones o en las peceras» y «en la piscina no se mea». Sin embargo, nadie nos da la bienvenida, pero la casa está llena de gente. Hay grupitos ya hechos, parejas que se están enrollando en los sofás y algunos que fingen que les interesan los cuadros que hay en las paredes, con toda probabilidad, muy caros.

Llegamos al salón gigantesco, donde han puesto luces de colores de las que se usan en los puticlubes, pero claro, en una casa de vanguardia como esa, todo parece más *fashion*.

—Tía, qué asco das.

Me quedo mirando a Lu, sin comprender.

—¿Perdona?

—Siempre igual —se ríe—. Entras en algún sitio y ya están los lobos mirándote.

—Eso no es verdad.

—No, claro, me miran a mí, no te jode. Eh, que no me importa. —Saca pecho con orgullo—. Me gusta tener una amiga así de guapa. Soy una roedora. Yo me como lo que tú te dejas en el plato.

Yo no veo lo que ella. Simplemente, son hombres. Todos los tíos miran a las mujeres, estén como estén. Al final, no son tan exigentes. Y seguro que nosotras tampoco lo somos. Si Lu cree que por ser más o menos atractiva se puede ligar más, va equivocada. Muchos ni se atreven a acercarse, eso para empezar.

—¿Te imaginas que alguien te conoce de los cómics?

—No me ha pasado en la vida, solo en las Comic Con y en los eventos. Dudo que, quien haya organizado esta fiesta —asumo observando la carísima decoración *prêt-à-porter* y el lustroso suelo cubierto de alfombras que pisamos que valdrán más que la cocina de mi casa— tenga algún interés por los superhéroes de Marvel.

Un DJ está pinchando la música que suena. Lo sé porque lo veo a él y a la mesa de mezclas ubicada en el porche que da al jardín y a la

piscina, donde ya hay algunos en el agua, más bebidos de lo normal. Miro el reloj. Son las doce y media de la noche, no sé cómo puede haber gente que a esta hora ya vaya tan mal.

El DJ acaba de poner «Pepas», muy popular. La gente se anima nada más oír las primeras notas. Hasta que aparece un chico, de gafas delgadas y metálicas, jersey de cuello alto blanco, pantalones de pinzas y mocasines, un poco más alto que yo. Se acerca a nosotras y sonríe con dos copas de cava en la mano.

—Hola, Lu.

—Hola, Albert… —contesta dándole dos besos con mucha simpatía —. Mira, ella es Ares, mi mejor amiga.

Albert me sonríe con timidez, nos damos dos besos y me ofrece una copa; la otra se la da a Lu.

—Gracias —digo.

—Encantado, Ares.

—Albert es el dueño de esta casa —me explica Lu—. Y el cumpleañero.

—Ah, ¿es tu cumpleaños? —No tenía ni idea—. Lu no me ha dicho nada de por qué estamos aquí.

Albert se mira la punta de los mocasines y esconde una sonrisa.

—Sí, cumplo treinta.

—Vaya, felicidades. —Le vuelvo a dar dos besos.

—Gracias.

—Entiendo entonces que eres el arquitecto —asumo sin darle mucha importancia.

—Ese soy yo —dice con falsa modestia.

Albert tiene un ego que le pesa más que la cabeza. Es normal. Estoy convencida de que incluso esta casa la ha diseñado él.

—¿Has diseñado tú la casa? —pregunto. ¿Esta casa que parece un montón de cajas de zapatos amontonadas?, pienso malignamente.

—Sí, así es. ¿Te gusta? —Sus ojos oscuros son pequeños, pero muy inteligentes.

—He visto poco —contesto con sinceridad—. Pero es muy grande.

—¿Quieres que te la enseñe? —pregunta. Se rasca la nuca y vuelve a sonreír con algo de vergüenza—. La casa, digo.

Arqueo las cejas con mucha incredulidad.

—Sé que ha sonado mal.

—Sí, un poco —contesto.

—¿Os dejo solos? —pregunta Lu bebiéndose hasta la mitad de la copa.

—¿A las dos? Os la puedo enseñar a las dos —corrige inmediatamente—, si queréis. Pero no hay mucho que ver. Solo hay

arte, esculturas y mucho…

—Espacio. Hay mucho espacio. Eres minimalista —apunto yo fijándome en lo poco que hay en cada pared. Sin embargo, parece que vive con lo que necesita. Y necesita rodearse de arte y de cosas muy caras. Capitalista y consumista solo de lujo, eso es Albert desde fuera.

Tiene el pelo castaño claro peinado hacia atrás. Como si fuera el lobo de Wall Street.

—No me gustan las decoraciones abundantes ni el mobiliario en exceso.

—Se nota —digo mirando los dos sofás que hacen una ele y que ahora parecen camas. En el hueco frente a ellos, hay una alfombra blanca y, sobre esta, una mesa de cristal, donde hay como diez rayas que van a ser absorbidas por diez narices distintas. Como quienes se toman unos chupitos con amigos, pero con coca.

Un, dos, tres…, ¡adentro!

A mí este rollo no me gusta mucho, la verdad. Y lo digo yo que he ido a eventos editoriales, literarios y audiovisuales donde he visto de todo. Pero nunca he consumido nada.

—A Lu la conozco del museo y de las excavaciones —nos cuenta Albert—. Sobre todo porque el proyecto que han jodido con el enésimo descubrimiento romano en la ciudad lo llevo yo. De ahí nuestra relación.

—Vaya —sonrío con sorpresa—, entonces te han fastidiado parte de la construcción del proyecto. Supongo que no podrás construir sobre el yacimiento.

—Sobre parte de él, no. Pero bueno, todo es negociable.

—Menos mal. —Lu alza la copa vacía y se la enseña a Albert que, como un caballero, la coge para volvérsela a llenar.

—¿No te gusta el cava? —me pregunta Albert.

Doy un sorbo pequeñito y contesto.

—No lo bebo como Lu.

—Ya empezamos… —murmura esta.

Albert me mira fijamente, con más interés del conveniente. Alza la copa vacía y añade:

—Voy a traerle otra a Lu. Ahora vengo.

Le ha faltado decir que no nos moviésemos.

—Gracias, Albert.

Cuando él se va, Lu abre la boca y me mira de reojo.

—Le has gustado.

—Bueno, él a mí no. Es evidente que nada le gusta más que él mismo. Un narcisista.

—Odio cuando haces eso. Cuando te pones a hacer perfiles como si

conocieras a las personas de antes de nacer.

—No hago eso. Todos tenemos fachadas. Pero algunos, de esas fachadas han hecho su piel. Y su verdadera cara. No es malo saber ver venir a la gente.

—Algún día te puede sorprender alguien —me advierte.

—No lo dudo.

—Este tío tiene muchísimo dinero y es un solterito de oro de la alta sociedad badalonesa. Podría tener muchísimos contactos para ti, para tu carrera…

—A mí la alta o baja sociedad me trae sin cuidado, Lu —digo aburrida—. Nunca he necesitado padrinos para conseguir mi pequeño hueco en el mundo de la ilustración y nunca voy a tirar de ellos.

—Eres tan rara… —Me mira como si fuese un ser extraño y atípico.

—Vamos al jardín, anda. —Le sujeto la mano y vuelvo a beber de la copa de cava—. Quiero ver lo mal que están los de la piscina.

Lu y yo estuvimos bailando al son del DJ y nos estábamos divirtiendo tanto, las dos en nuestro mundo y a nuestro aire, que el tiempo se pasó volando.

Hasta que le dije que necesitaba beber algo, a poder ser sin alcohol, porque lo poco que había bebido me tenía lo suficientemente contenta como para poder disfrutar en esa fiesta llena de personas con altas pretensiones sobre sí mismas y sobre lo que quieren en la vida.

Ahora estoy en el porche, donde hay una barra libre amplia para todos.

Sé que Albert me ha estado buscando porque lo he visto otear la multitud varias veces, pero tiene que atender a todos los que entran en la casa y, a diferencia de mí, el resto sí quiere sus favores y su atención. Además, creo que ahora van a sacar el pastel para cantarle el cumpleaños feliz y, como sé que Lu está ligando con un chico que acaba de conocer, solo quiero verlo todo en perspectiva.

Me acabo de pedir un Red Bull, sin nada. Son casi las tres de la mañana y no estoy cansada, pero quiero sentarme en algún lugar donde no haya gente a mi alrededor solo para descansar los pies, porque llevo unos botines camperos con tacón que no suelo llevar.

—Gracias. —Me llevo el vaso de cubata lleno de Red Bull y hielo hasta arriba. Paso la piscina de largo y encuentro un pequeño rellano cubierto de césped donde hay un banquito blanco y una *skyline* de la playa sobrecogedora. Con tantas luces abajo es como si el cielo y la tierra hubiesen intercambiado los papeles.

Me quedo mirando el abismo, de espaldas a la fiesta. Voy a darle el

primer sorbo al Red Bull cuando, de repente, una mano aparece por encima de mi hombro, me da un susto de muerte y me arrebata la bebida.

—¡Joder! —exclamo llevándome la mano al corazón.

Me doy la vuelta para ver quién me ha hecho eso y me encuentro con la última persona en el mundo que esperaba encontrarme ahí.

—¿Tú? —digo estupefacta.

Es el tío que ayer me tiró de la moto.

—No. —Es lo único que me dice.

VI

Lo tengo delante de mí. Con mi Red Bull en su manaza. Levanto un poco la mirada para mirarlo a la cara y es la primera vez que le veo los ojos. El otro día llevaba las gafas de sol puestas, pero ahora, al ser de noche, la luz de la lámpara de esta zona del jardín alumbra su rostro.

Ostras, creo que es más impresionante en la oscuridad, como si fuera una criatura nocturna y este fuese su hábitat. Su pelo negro está suelto, volteado hacia un lado.

Siempre pensé que mis ojos iban a ser los más extraños que viera, pero los suyos son como los de un lobo, con el iris amarillo y la pupila muy negra. Son grandes y penetrantes, con unas pestañas curvas y largas y cuadran perfectamente en esa cara con esas facciones masculinas y proporcionadas. Su barbilla es un claro ejemplo de simetría, con ese surco que la divide, acompañada de una mandíbula marcada. Incluso su nariz tiene una hendidura leve en el medio. Tengo que reconocerlo.

Físicamente, su cara es perfecta y él, en conjunto, es muy atractivo.

Carraspeo para salir de la impresión de encontrármelo ahí y me aparto unos centímetros para ganar mi espacio de seguridad.

Tiene un estilo muy señalado. Es el típico tío que lleva unos tejanos desgastados que le quedan como un guante, camisetas casuales que delinean lo justo su torso y la forma de sus hombros y siempre con calzado deportivo que también le sirve para vestir.

—¿No, qué? ¿Qué estás haciendo? Devuélveme la copa.

—No —repite hundiendo la nariz en el vaso. Acto seguido, tira el Red Bull hacia los matorrales.

—Oye, ¿eres tonto? ¿Qué haces? —No entiendo ese comportamiento.

—Te han echado algo en la copa.

—¿Qué?

—El tío que tenías al lado. El de barbita y aire hípster.

Sí, recuerdo haberlo visto a mi lado. Me sonrió afablemente y me dejó pedir a mí antes.

—Te has despistado un momento y te ha echado algo en la copa. No te la puedes beber.

Mi mirada oscila lentamente hacia el vaso vacío.

—Es mentira.

—No. —Me lo acerca y me enseña el poso. Hay un polvito blanco, no se ve demasiado, pero está ahí—. ¿Lo ves? Es GHB en polvo.

—¿Es en serio? —digo anonadada—. ¿Un tío ha intentado drogarme?

—Sí…

—¿Y tú qué hacías? ¿Vigilarme? ¿Me estás siguiendo? ¿Qué haces aquí?

—No hace falta buscarte para verte. Es fácil que llames la atención. —Probablemente no tendría tanto efecto si detrás de esa percha hubiera una voz de hombre normal y corriente. Pero la suya es ronca y grave y… y tiene un vibrato extraño que da la sensación de que te toca cuando habla. Es incluso invasivo—. Conozco al cumpleañero y no iba a provocar una pelea en su fiesta. Hay asuntos que se pueden tratar de un modo más… silencioso. —Esa palabra provoca que su boca se abra como si sonriese y me muestra el brillo de sus dientes blancos.

Trago saliva compungidamente.

—Bueno, ¿y dónde está ahora el que me ha intentado drogar? —Dirijo mis ojos hacia la multitud, que ya recibe al cumpleañero. El pastel tiene hasta bengalas—. Voy a decirle algunas cosas.

—No hace falta. —Me sujeta por el antebrazo suavemente—. Se va. Ya he hablado yo con él.

—¿Qué le has hecho? ¿Le has pegado?

Miro la mano que me sujeta. Sus nudillos están rojos y magullados. Se ha pegado con alguien, es evidente.

—Le he invitado a irse.

¿Cuánto tiempo lleva sin parpadear?

Entorno los ojos y vuelvo a mirar el poso del vaso.

—¿Seguro que es GHB?

—¿Quieres probarlo? —me tienta—. Sigues siendo muy desconfiada. —Su mirada es seria y parece que me esté echando una regañina.

Libero mi antebrazo.

—¿Cómo no voy a serlo? —repongo cruzándome de brazos—. ¿Cómo no vas a desconfiar si, por ser mujer, puede pasarte cualquier cosa o te pueden hacer lo que sea a la vuelta de la esquina? El mundo está lleno de banderas rojas.

—Ah, ¡aquí estás!

Tras él acaba de aparecer una chica de pelo rojo y ojos azules muy guapa. Se acerca a nosotros y lo sujeta con familiaridad. Debe ser su novia, porque me lanza una mirada desconfiada típica de una alguien muy celoso y loco.

—¿Nos vamos?

—Sí —contesta él sin dejar de mirarme—. Debes estar más alerta. Tener más cuidado.

—Ya, gracias —contesto entre agradecida y ofendida. Todo al mismo tiempo. Es que no me gusta que me hablen como si fuera tonta.

Y así, sin decir adiós, tal y como ha salido de la nada, se va sin más, acompañado de esa pelirroja.

Sigo sin saber su nombre, pero tengo su número de teléfono grabado en el móvil.

Me quedo ahí sola, de pie, frente al banco y sin bebida. Intento comprender qué ha pasado y después observó a todos los hombres que hay en el jardín, deseando ver al calvo que tenía al lado y que me ha intentado drogar, pero no lo veo porque él le ha pegado y lo ha echado. Increíble.

Lu se está enrollando con un chico, tumbados en una de las hamacas del *chill out* de la piscina, y la verdad es que yo ahí ya no pinto nada, me quiero ir ya.

No quiero estar aquí. Pero no quiero cortarle el rollo a Lu.

En ese momento me llaman al móvil, se me abre el cielo cuando veo que es Hugo. Ojalá se haya decidido a venir.

—¿Sí?

—Hola, guapa. ¿Estáis en la fiesta?

—Sí —suspiro y me froto la frente—, pero yo me quiero ir a casa ya.

—Pues estoy a tres minutos de la entrada. ¿Sales?

—¡Claro! —exclamo aliviada—. Dame cinco minutos y salgo.

Me despido corriendo de Lu. Ella ni siquiera le saca la lengua de la boca al chico mientras me dice adiós con la mano. Espero que se corte un poco y no se lo tire ahí mismo. Ya sé que hay gente follando en la fiesta, pero espero que Lu se acuerde de que ahora todo se graba con móviles.

Recorro la piscina, cruzo el salón y salgo al patio delantero, a esa plaza circular donde hay más coches que al principio.

Paso por al lado de un Jeep Rubicon de color negro mate que va a salir ya. Quiero aprovechar que se abre la puerta de la propiedad para salir yo también.

Y, cuando me da por mirar al conductor, me encuentro los ojos amarillos de mi desconocido conocido. Pero ¿cuántos coches tiene?

Me está mirando fijamente. A su lado, la pelirroja observa por la ventana, tarareando una canción que yo no oigo, ajena al serio escaneo que él me está prodigando. Yo me enfadaría bastante con mi novio si mirase a otra del modo en que él me mira a mí.

Las puertas se abren y el coche pasa por mi lado a una velocidad muy ralentizada. Él me observa por el retrovisor y yo continúo andando hasta que, a treinta metros, veo llegar el Audi TT plateado de Hugo.

Se detiene para que me suba. Me sonríe y me indica con la mano que entre.

Hugo es como la rueda de los quesitos del Monopoly. Es casa.

Y cuando entro en el coche, le tomo del rostro y le doy un beso en los labios. Tiene una buena boca para besar. Me apetece dárselo. Porque es confiable, un hombre con el que puedo contar y es bueno. No sé qué pasa por la noche, hace mucho que no salgo y puede que no esté tan cómoda como antes, pero no hay demasiados Hugos.

La verdad es que no puede disimular que trabaja en algún cuerpo de seguridad. Se ve a leguas solo con observar su actitud, siempre cautelosa, correcta y vigilante.

Sonríe contra mi boca y profundiza el beso, pero lo corta rápido.

—Eso sí es una bienvenida. ¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Asiento. Total, no tengo ganas de contarle nada porque al hípster ya no lo va a pillar y lo único que voy a lograr con eso va a ser que se ponga nervioso.

—¿Y Lu?

—Tiene con quien quedarse.

—¿Ha ligado?

—Sí —digo con una risita.

—¿Y tú?

—Yo también. —Sonrío de oreja a oreja. Vuelvo a besar sus labios.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —pregunta haciéndose el celoso.

—Pues no lo sé, pero estoy en su coche ahora.

Hugo se echa a reír, me lanza una miradita muy suspicaz y me dice:

—Menudo afortunado el del coche.

Le acaricio la mejilla rasposa y me retiro un poco para mirarle la cara. Parece muy cansado.

—Estás agotado, ¿verdad? Tienes ojeras. —Le paso el índice por la parte superior de los pómulos.

—Llevo casi cuarenta y ocho horas sin dormir. Estoy reventado.

—¿Y has venido a buscarme en vez de irte a tu casa a descansar?

Hugo se encoge de hombros.

—Prefiero verte. Necesitaba verte —me aclara.

Me muerdo el labio inferior con compasión y le doy un beso fugaz en los labios.

—Pobrecito…

—Podrías venirte conmigo a mi casa…, podríamos pasar la noche juntos… —Me mira el torso y después su atención vuelve a mi cara.

La proposición me toma por sorpresa. Nunca había sido así de directo, y asumo que es porque de verdad el trabajo lo ha consumido.

—No puedo, Hugo, ya lo sabes…

Él resopla.

—Pero si Venus está en buenas manos con tu madre y tu abuela —replica.

—No. Si hago algo así será porque lo pacte con ellas antes. No sin avisar. Además, tú tienes que descansar.

—Está bien, lo entiendo.

Sé que lo entiende. Pero también entiendo que le frustre.

—¿Cómo ha sido lo del río? ¿Me lo quieres contar?

Llevo todo el día esperando a hablar con él para que me ayude a quitarme el peso de la fotografía que tengo en el móvil. Para que me ayude a aclarar el batiburrillo conspiranoico que tengo en la mente.

—No ha sido nada —contesta con desidia—. El cadáver de una chica. Una yonqui.

—¿Una yonqui? —digo esperando a que él me cuente más, porque la respuesta que me ha dado me ha dejado muy fría.

—Sí. Ha muerto de una sobredosis.

—Ah…, ¿en serio?

—Sí. —Me mira extrañado—. Tenía los brazos llenos de pinchazos. Muchos mueren de sobredosis en plena calle. Por lo visto, fue a consumir, a comprarle a alguien, y el médico forense ha dicho que tuvo relaciones sexuales, pero está por determinar si fue antes de morir o *post mortem*…

—¿Cómo?

—Los yonquis están hechos polvo. Les da igual todo. Lo más probable es que se metiera en una pelea y, quien fuera, la maniató. Le quitaron toda la ropa, le robaron lo que fuera que llevaba encima y ya está.

—Pero ¿no llevaba nada a lo que pudieseis seguir el rastro? —Me estoy quedando a cuadros.

—No llevaba nada encima y, si lo llevaba, los mismos yonquis se lo quitarían para venderlo a cambio de sus dosis. Ya sabes que un adicto no le hace ascos a nada.

—¿Y habéis encontrado el cuerpo en la desembocadura?

—Sí.

—Pero por ahí pasan corredores, familias paseando por el lateral del río…, no sabía que fuera una zona de camellos ni de drogadictos.

—Pues de noche lo es —asegura.

—¿Y hacía mucho que había muerto?

—Posiblemente la noche del jueves.

—¿Y estuvo el cuerpo tanto tiempo oculto sin que nadie lo encontrase?

—Se recibió una llamada anónima el viernes de madrugada, de un señor que paseaba con su perro y olió el cadáver.

No, pienso. Antes lo vio Ramón, y el muy friki y siniestro le hizo una foto y, como es lerdo, no se le ocurrió llamar a la policía. Aunque, según él, escuchó las sirenas acercarse antes y por eso se fue de ahí corriendo, por miedo a que lo identificaran y supieran que hubo una época en la que vendía droga en el instituto y por la que lo ficharon. Ahora se había reformado y era un hombre sano.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —Me mira con una risita—. ¿Quieres estudiar criminología?

—No, es solo curiosidad. Nunca he visto un cadáver. Tampoco es que quiera, pero me gusta entender los procedimientos.

—Eres morbosa. —Sonríe como si le gustase la idea.

Para nada lo soy.

—Yo ya he visto unos cuantos. En fin, no hay mucho más que investigar. Se levantó el cuerpo por la tarde, cuando vino el juez, pero como estoy de incidencias, recibimos una llamada de urgencias. Un tío le había cortado la yugular a su mujer con un cuchillo. Un asunto de intento de homicidio y violencia machista… —Bosteza y se cruje el cuello—. Ha sido agotador. Se me ha encadenado una cosa con la otra.

Me está costando entender que no le da importancia a la chica del río cuando la fotografía que tengo es tan explícita y muestra tantas cosas relevantes que él no menciona. Lo único que puedo suponer es que, efectivamente, en el tiempo que Ramón tomó la fotografía y que los Mossos acordonaron la zona, tuvieron que robar a esa mujer sabiendo que ya estaba muerta. Pero es tan insólito. Además, yo sí tengo la manera de demostrar que esa chica tenía una vida y que no era una yonqui de la calle.

—¿Y no la pueden reconocer?

—¿A quién?

—A la chica del río.

Hugo arruga el entrecejo como si no entendiera mi fijación con esa víctima.

—Ares, no te preocupes por esa chica…, no es nadie. Tenía

pinchazos en los brazos y en el interior de los muslos. Se metía heroína.

Esto me está sonando cada vez peor y más inverosímil con respecto a lo que me dice la fotografía que nadie sabe que tengo en mi poder.

—Los drogadictos pueden ser muy violentos y retorcidos entre ellos. Son unos colgados. Pueden violar, abusar, matar… solo por un pinchazo más.

—Pero, aunque fuera una drogadicta, seguro que tenía a alguien que se preocupase por ella, ¿no?

—Sí, pero no lo podemos cerciorar —contesta él—. Porque le han arrancado las huellas dactilares. —Se me pone la piel de gallina. Por esa razón tenía los dedos llenos de sangre—. A saber por lo que habría pasado esa chica o con quién estaría enredada. Pero si no la podemos identificar, no se puede relacionar con nada ni con nadie. Por eso digo que es una mujer invisible. No le des más vueltas. Nos preocupa más que la mujer de la herida del cuello se recupere porque a ella sí la pudimos salvar. A la otra mujer del río, no.

—Ya —murmuro agachando la cabeza para no mirarlo de frente. Prefiero guardarme mis pensamientos para mí.

—No seas tan aprensiva. —Me alza la barbilla con dos dedos, me mira con ternura y añade—: Es mi trabajo. Algunas veces podemos ayudar y otras, ya no. Venga, te llevo a tu casa.

—Sí, mejor. Y tú te vas a la tuya a recuperar horas de sueño, por favor —le pido, preocupada por él.

Hugo sonríe, arranca el coche y sale de la entrada de la mansión de los cubos.

—Pensaba que te iba a ver por la tele. Que el caso podría ser importante —digo pensando en voz alta.

—Yo también. Pero no tiene más relevancia. Por eso no ha salido en el informativo. Se encuentra a muchos yonquis muertos en la calle por todo el mundo. No se va a nombrar a todos y darles hueco en las noticias.

No lo llego a comprender porque su versión dista mucho de lo que yo tengo en el móvil.

—¿Y qué tipo de yonqui sería para que le borrasen las huellas dactilares? ¿Qué interés tendrían en eso?

—Ares, no hay que buscar explicación a lo que hacen los drogadictos o los heroinómanos. He visto salvajadas entre unos y otros. —Hugo intenta pormenorizarlo todo.

Y me pone nerviosa no poder hablar de ello. Me incomoda saber algo y callarme.

Hugo no es ningún mentiroso. Lo sé porque lo conozco desde hace

años, desde que fui a denunciar, y siempre he podido confiar en él. Y la naturalidad y parsimonia con la que me ha contado las cosas deja a las claras que ha visto lo que ha visto y le ha dado la importancia que le ha dado. Nada que ver con lo que yo opino.

Resulta que no ha estado ocupado con esa investigación. Al parecer, esa ha sido la menor del día y lo gordo ha sido la llamada de violencia machista.

Está claro que, si se puede salvar la vida de una mujer a manos de un hombre violento, se salva. Pero el carpetazo que le han dado a la mujer del río me ha dejado sin sangre en el cuerpo.

Es todo demasiado extraño e inverosímil, al menos, para mí.

Cuando el coche de Hugo se detiene al entrar en la rotonda de la plaza de la Font, sigo pensando en eso.

—¿Nos vemos mañana cuando me levante? —me pregunta Hugo.

—Claro —asiento y le doy un cariñoso beso en los labios—. Llámame cuando ya estés recuperado y hayas hecho tu cura de sueño. Y muchas gracias por venir a recogerme. Me has salvado.

Hugo me sonríe y me mira de arriba abajo.

—Espero a que entres.

Y así es. Hugo cumple sus promesas. Cuando abro la puerta de mi casa, miro por encima del hombro y él sigue ahí, diciéndome adiós y mandándome un beso.

Sonrío agradecida y entro en casa.

Pero no estoy agradecida. Me quito las camperas negras, las cargo en la mano y subo de puntillas las escaleras de madera que reformamos hace poco para no despertar a nadie.

Cuando entro en mi habitación, no es mi estudio, este es solo para trabajar, me siento en la cama y empiezo a desnudarme, con la mente aún más aturullada de lo que ya estaba.

Me desmaquillo, me pongo el pijama y, antes de cerrar los ojos ya en la cama, vuelvo a mirar la foto de la muerta. La hizo desde muy cerca, por eso cuando la amplío puedo ver muchos detalles.

Vamos, es que ni rastro de pinchazos ni jeringas. Tiene marcas en las muñecas que hasta yo veo. Sí tiene efectos personales, como la pulsera de hojas de parra, que parece ser bastante cara. Y arañazos en las caderas, como si le hubiesen hecho daño a nivel sexual.

Lo único que me queda es ir a la panadería mañana y preguntar por ella directamente. No me estoy volviendo loca. Estoy muy sensibilizada con el tema porque ver a esa chica así me ha recordado peligrosamente a mí misma hace cuatro años. Solo que yo aún sigo viva. Ella no.

Ya me trataron de loca una vez y no pienso exponerme de nuevo al

mismo juicio.

Antes de tirar de la manta, me aseguraré de que lo que sé es real. Y de que puedo demostrarlo.

No he dormido nada bien.

Se me ha repetido el sueño de la noche anterior, como si de una cinta grabada se tratase.

No ha habido sangrado de nariz, pero sí me han vuelto a doler mucho los ovarios.

Me estoy empezando a asustar, sinceramente. Me siento inquieta y quiero respuestas. Jamás había tenido sueños así. En ellos puedo estar consciente, pero el que se repite desde hace dos noches está justo igual, como si estuviera en un bucle temporal del que no sé salir.

No he dormido más de cinco horas porque la enana ha desoído los consejos de mi madre y de mi abuela y ha venido a buscarme a la habitación.

Me he duchado con ella y después, ya vestidas, la pequeña se ha querido ir con la yaya al parque de Pompeu Fabra y yo he aprovechado para ir a la panadería de la calle Cervantes. Porque no me aguanto. Estoy empezando a tener más ansiedad de la cuenta y quiero aclarar cosas. Las de la panadería no me pueden negar algo que tengo en el móvil.

He ido en moto porque la calle Cervantes está por la zona del Gorg y queda un poco lejos de Dalt la Vila. Me he puesto uno de los tejanos, las Air Max blancas y rojas, una camiseta negra ajustada y la chupa de cuero.

Es domingo y las panaderías están abiertas. Dejo la moto aparcada momentáneamente en la acera y miro qué hay alrededor de la panadería, que hace esquina y tiene cristales por los que mirar por ambos lados y dan a diferentes calles. Hay un cajero de La Caixa y en él, una cámara. También, enfrente hay un bar de esos viejos que huelen a tabaco y a vino.

Entro en la panadería sin quitarme el casco ni las gafas de sol. Hay muchísima cola.

No quiero que me reconozcan. Una de las cosas que pienso es que no han cerrado por defunción. Si esa chica trabajaba aquí y saben que ha desaparecido o muerto, lo normal es que cierren o que pongan algo como CIERRE POR DEFUNCIÓN.

No hay nada de eso.

Hay dos chicas, una trabajando en el interior y otra en el mostrador. Antes eran dos en el mostrador y otra en el interior

sacando y horneándolo todo. En este caso, quien se encargaba de esa labor era la víctima.

No parece que ninguna de las dos esté afectada por nada, como si no tuvieran en cuenta que una chica que trabajó con ellas ya no ha vuelto ni volverá más a trabajar.

—Hola. —La del mostrador me saluda porque ya me toca—. ¿Qué vas a querer?

—Una chapata, otra de cereales y una barra de pan sin sal. —Para mi abuela. No sé por qué se lo compro si después come lo que le da la gana. Abro la cartera y les digo—: El otro día pasé por aquí, me llevé un chucho y le dejé a deber diez céntimos a la otra chica que estaba con vosotras. Le dije que pasaría a devolvérselos. —No se me ocurre otra mentira que no sea hacerme pasar por morosa. Tomo una moneda de diez céntimos y se la ofrezco.

La mujer del mostrador frunce el ceño como si no supiera de lo que le hablase.

—¿A qué otra chica? ¿A Montse?

Montse sale con una bandeja de cruasanes recién hechos.

La miro y digo que no. Montse tiene el pelo cortado a lo champiñón. Y sigue viva, por lo tanto, ella no es.

—No, otra chica de pelo negro que estaba en los hornos… Me atendió solo un momento y después volvió a entrar. —Aquí estoy, inventándome tramas.

Montse escucha mis palabras y también parece que piense que hablo en turco o algo parecido.

—Aquí no hay otra chica. Siempre hemos estado nosotras dos solas. Montse y yo, que me llamo Silvia —dice la de pelo rubio y cortito.

Bueno, esto ya está pasando de castaño oscuro. Lo peor es que están muy convencidas de lo que afirman. Vamos a ver, mi móvil no miente. El vídeo es el que es y muestra a otra chica más saliendo del horno y colocando una bandeja de magdalenas en el mostrador.

Mi cara de estupefacción debe ser de chiste, pero disimulo y me hago pasar por una tonta despistada. Me guardo la moneda de diez céntimos y me encojo de hombros.

—Pues igual me he confundido y erais una de vosotras dos.

—Seguro —contesta Silvia con una sonrisa.

Le dejo la moneda de diez céntimos en el cerdito que tienen de hucha y donde muchos dejan el suelto.

—Gracias —dice Montse antes de entrar de nuevo en el interior de la panadería.

Silvia me cobra, me da mi pan y yo salgo de ahí hecha un lío. Me

siento inquieta, insegura con lo que me rodea; no entiendo bien qué está pasando. ¿Cómo pueden decir que allí siempre han sido dos si en el vídeo que me eliminaron de Instagram y que aún tengo en el carrete se ve con claridad que hay tres panaderas?

Y lo peor es que no sé por qué me siento con la responsabilidad de hacer algo al respecto. Sé que es porque el cadáver de la chica del río me ha despertado muchas cosas del pasado.

Pero también sé que las pesadillas y la advertencia de mi abuela me alejan bastante de mi estado ideal de calma y que se me está juntando todo.

Creo que tengo que hablar con alguien de esto, porque es inaudito. Porque ya no puedo más.

No duermo bien y lo necesito, además de entender qué está pasando. Y qué me está pasando a mí.

Cuando llego a casa, dejo la chaqueta en la percha de la entrada y el casco sobre el mueble del *hall*. Voy decidida porque sé qué tengo que hacer. Cuando tengo un problema y me siento mal, he aprendido a vomitarlo sin darle demasiadas vueltas. Ya llevo bastante tiempo con la terapeuta y, además, siempre he sido así, de decir las cosas.

Mi abuela y Venus ya han llegado del parque. Entro en la cocina y dejo las tres barras en la bolsa del pan de cuadros rojos y blancos que hay tras la puerta corredera.

Venus viene hacia mí y me abraza la cintura con fuerza, hundiendo su carita en mis muslos.

—Ya estoy aquí. He traído el desayuno, monito.

—Ya he *desoyunado*. La yaya ha comprado *churos*. —Mi abuela está sentada en una de las sillas de la mesa de la cocina.

Mi madre está preparando un buen fricandó para la hora de comer.

Mientras tanto, Venus toma asiento de nuevo sobre las piernas de mi abuela y continúa dibujando algo en un folio. Está pintando con ceras. Es arte abstracto, lo suyo.

Me siento a la mesa blanca de la cocina y me quedo mirando a mi madre, que me sonríe por encima del hombro.

—¿Hace frío?

—No, pero está nublado.

—Dicen que viene un abril de lluvias.

—Pues como siempre —contesto yo. Exhalo y me paso las manos por el pelo.

—¿Qué te pasa, niña? —me pregunta mi abuela mirándome de frente.

De algún modo, sé que espera oír algo de mí y sé lo que es. Tengo esa sensación ansiosa en la boca del estómago y, como no la escupa,

voy a estar mal.

—Creo que me está pasando algo.

Esto no se parece en nada a lo que dije hace tres años y medio cuando entré de la misma manera en la cocina y espeté un «estoy embarazada» que aún retumba en las paredes de mi casa. Sin embargo, aunque no se parece, impresiona igual.

Mi madre deja de dar vueltas con la cuchara de madera a la olla en la que acaba de volcar la salsa triturada del fricandó. Se ha tensado como si hubiese recibido un latigazo. Toma aire profundamente por la nariz y se limpia las manos en el delantal.

—Te lo he dicho, hija —le recuerda mi abuela a mi madre—. A la niña le está rondando el que te dije —anuncia crípticamente—. Y te avisé de que iba a pedirnos ayuda.

—¿De qué hablas? —le pregunto.

—Sé que es pronto para decirlo, pero… —mi abuela continúa mirando a mi madre, que no reacciona—. Puede que esté pasando de verdad lo que te conté.

—Mamá —mi madre reprende a mi abuela—. Deja de hablar así y de decir esas cosas.

—Y tú deja de negar algo que es evidente, Nieves. Si la niña me lo pide, se lo voy a dar.

Mi madre apoya las manos en el mármol de la cocina y agacha la cabeza abatida. No sé a qué se refiere, pero me temo que le hubiera gustado no oírlo.

—¿Qué quieres, Ares? —Mi abuela me mira fijamente mientras Venus sigue con su dibujo.

No es algo de lo que me vaya a sentir orgullosa. Pero tampoco creo que sea nada que me haga sentir peor de como me siento ahora.

Quiero lo que nunca pensé que me iba a atrever a pedirle.

—Sé que algo no va bien —sentencio, alzando la barbilla—. No sé lo que es —aclaro—. Pero ayer me dijiste que, tarde o temprano, acudiría a ti. Y aquí estoy. —Abro los brazos—. Quiero que me tires las cartas y que me expliques qué es lo que está pasando.

VII

Tengo dos opciones: les cuento lo de las pesadillas más lo del vídeo de Instagram o les cuento solo lo de las pesadillas. Temo explicarles lo del cadáver porque sé lo que va a pasar. Va a abrir de nuevo heridas que no han cicatrizado en mí y que, por algún motivo, siguen abiertas en mi madre por razones muy distintas a las mías.

Pero me armo de valor y les cuento todo lo que me ha estado ocurriendo desde el viernes. No me dejo nada.

Han sido demasiadas casualidades y todo es demasiado turbio y confuso y, también, demasiado evidente.

Recapitulando: sueño con un ser extraño dos veces seguidas. Sueños calcados. En el sueño, mi vestido arde y quiero llegar a un fuego que parece apagado. Él tiene una flauta y de fondo se oye una melodía. Sé que me está buscando, pero no me puede ver. No me ve. Me cuesta despertarme de ese sueño, despierto con un sangrado de nariz y con una regla bastante fuerte con dolores y calambres, cuando nunca los tengo, como si fuera la primera vez que me bajase la menstruación. Al día siguiente, Venus me pide una flauta. Y me eliminan un vídeo de Instagram. Lu me manda la foto prohibida de un cadáver que el friki de Ramón ha fotografiado en el río Besós y resulta que la chica muerta sale en el vídeo que me han borrado. Y Hugo, que se ha encargado del levantamiento del cadáver, me ha dado un diagnóstico forense que nada tiene que ver con la fotografía que yo tengo en mi poder y que está claro que nadie debe saber que tengo.

Dicho así, tengo motivos para inquietarme. Es como si el mundo astral y el real se estuvieran poniendo de acuerdo para ponerme nerviosa y dejarme en una tesitura delicada sobre la que creo tener alguna responsabilidad.

—Lo primero que vas a hacer —dice mi madre muy amenazante, señalándome con el dedo— es dejar de meter las narices en algo tan turbio como el cadáver de una desconocida que ni te va ni te viene, ¿me has oído? Y ya estás borrando esa foto del móvil que te pasó ese tal Ramón.

—No me la pasó Ramón. Lo hizo Lu. Pero la foto la tomó él.

—Me da igual. Quiero que la borres.

—No voy a borrar nada, mamá —digo muy seria, sin levantarme de la silla.

—¿Cómo que no? Ya lo creo que la vas a borrar. Las cosas suceden por algo y tú no tienes nada que ver con eso. No es tu trabajo. Olvídate de eso, Ares.

—Mamá, tengo veintisiete años. No voy a darle la espalda a algo así porque alguien esté mintiendo y porque a mí me hayan borrado un vídeo que demuestra que no es verdad que esa chica no sea nadie.

—¿Por qué tienes que hacer eso siempre? —pregunta muy decepcionada. Mi madre lleva el pelo negro recogido en un moño y sus ojos grandes y oscuros echan chispas—. ¿Por qué tienes que llevar las cosas siempre a tu terreno?

—Porque está en mi terreno. Porque es posible que le hiciesen algo muy malo. Y porque puede que a esa chica le hicieran lo mismo que a mí, solo que yo sobreviví. —Me encaro con ella alzando la barbilla.

—¿Ya estás con eso otra vez? ¡No te puedes proyectar en algo así, hija mía! ¡Vas a tener que aceptar de una vez por todas lo que hiciste y lo que te pasó, Ares!

—Y ¿qué me pasó, según tú? Ilumíname. —Sé que lo que va a responder me va a herir.

—¡Te quedaste embarazada por error, como puede pasarle a cualquiera que no use preservativo! ¡Eras joven, te acostaste con alguien y ya está! ¡Tu historia no hay por dónde cogerla! ¡Deja de avergonzarte de eso! ¡Asúmelo y deja de volvernos locas a todas! —La voz se le rompe. Sé, por su expresión, que se arrepiente de lo que acaba de decirme, porque bien sabe que no puede demostrar que eso haya sido así, pero yo tampoco, y está poniendo en entredicho, como siempre, mi palabra.

Ambas nos mantenemos en silencio, mirándonos, hasta que no lo soporto más. Esa es la grieta que hay entre mi madre y yo. Claro que sé que me quiere, pero no aguanta mirarme y darse cuenta de que mi vida no es la que hubiese querido para mí. Ella es muy conservadora, querría a su hija casada con un marido bueno y que Venus tuviera un padre reconocido. No lo que tiene, que soy solo yo. Madre soltera.

Abro y cierro los dedos de las manos, contando hasta diez. Es algo que me ha dicho Margarita que debo hacer para calmar mi temperamento, que puede ser muy volcánico cuando siento que me ofenden.

—Os lo voy a decir a las dos —les suelto desviando los ojos hacia mi abuela, que está muy triste, y hacia mi madre—: Sé que nunca me creísteis. Sé que te he hecho pasar vergüenza, mamá, porque tú tienes

muy en cuenta las habladurías y has debido de tragar clavos cada vez que te preguntaban quién era el padre de Venus y tú tenías que contestar que no lo sabías. Seguro que habrán dicho de mí que soy una fresca, una bala perdida, una golfa… —Mi madre mira al suelo, aún afectada por su comentario, pero no lo niega—. Han dicho eso, ¿verdad? —Me río sin ganas—. Ya me lo imagino: «A la hija de las Parisi, de esa familia tan respetada de Dalt la Vila, alguien le ha hecho un bombo…», «¡Vaya por Dios! Con lo buena niña que parecía, tan responsable, tan simpática y educada…». Pues lo siento. —Me acongojo porque odio que tenga eso más en cuenta que lo mal que yo lo haya podido pasar—. Yo tampoco elegí que me pasara esto. Pero desde que nació Venus, no hay un día que no olvide y que no desee demostrar lo que me sucedió. Sé que no lo comprendéis porque no entendéis que haya podido ocurrir como yo creo. Pero sé que pasó. Es algo que siento en mis carnes —gruño entre dientes—. Espero averiguarlo y, si esto de la chica muerta, que se asemeja en mucho a lo mío, es el único hilo por seguir que tengo, voy a tirar de él todo lo que pueda. Y me da igual cómo te pongas.

—Siempre te ha dado igual hacérmelo pasar mal —refunfuña victimizándose.

—Ese es tu problema, que tienes más en cuenta lo que puedan decir de ti como madre que lo que, en realidad, me haya pasado a mí. Estás hecha de prejuicios, mamá.

Mi madre frunce los labios y los ojos se le aguan.

—De acuerdo. —Dirige sus ojos oscuros a mi abuela—. Madre, ahora ya tienes lo que querías. Llénale la cabeza a Ares con todas esas tonterías y esas leyendas que yo nunca quise creer. Te pedí, expresamente, que alejaras a mi hija de todo eso.

—Y lo he hecho, hasta que me ha pedido ayuda. Y es evidente que la necesita. Tal vez la necesitemos todas.

—Pero ¡mírala! —Me señala—. Está tan desesperada por demostrar una verdad que no existe que se va a agarrar a cualquier cosa. Y tú vas a alimentar sus fantasías. Ares es creativa y se abrazará a lo que le digas. Te prohíbo que le cuentes nada de lo que no quiero que le cuentes. ¿Quieres tirarle las cartas? Hazlo —le advierte—. Pero si vas más lejos de eso, no te vuelvo a dirigir la palabra nunca más.

—¡Mamá! —la regaño—. No le hables así a la abuela.

—¿Me amenazas con dejar de hablarme con el poco tiempo que seguro que me queda? —replica mi abuela asombrada.

—Llevas diciéndome lo mismo desde hace diez años. No me hagas chantaje emocional y respétame. Ares es tu nieta, pero es mi hija —le recuerda—. Prométeme que no vas a excederte y que te vas a limitar a

tus cartas.

—Pero…

—Madre, prométemelo. No quiero que la vuelvas loca como hiciste conmigo.

—Nieves…

—Que me lo prometas —exige.

A la yaya le cuesta mucho ceder a su orden. Pero, al final, acepta.

—Está bien. —Mi abuela suspira en desacuerdo—. Solo serán las cartas.

—Bien. —Mi madre se quita el delantal con premura y lo lanza encima de la mesa.

—Nieves, que no hayas tenido la capacidad ni el valor de creer no significa que nada de lo que yo diga sea verdad. Sabes que en todos estos años nunca he dicho una sola mentira. Y todo lo que he vaticinado se ha cumplido. Se cumplió que encontrarías un gran amor, se cumplió que nacería una hija con la Génesis de Alejandría, se cumplió que el padre de tu hija moriría, se cumplió que…

—¡Basta! —grita mi madre al borde de un ataque de nervios—. ¡No digas ni una palabra más!

—¿Qué pasa, mami? —pregunta Venus un poco asustada por los gritos.

—Nada, cariño —contesto tomándole la mano—. Que la abuela, a veces, no quiere oír las cosas y hay que alzarle la voz. Solo eso.

—¿Eso crees? ¿Que no quiero oír las cosas? —repite mi madre mirándome con reproche—. A lo mejor, lo que quiero es que dejes de sufrir y que mires al frente y rehagas tu vida sin que te llenen la cabeza de fantasías y leyendas absurdas. ¿No crees que esa sea mi máxima preocupación?

Me humedezco los labios y respondo:

—Creo que te cuesta creer muchas cosas porque, si son ciertas, tú, que te crees la columna vertebral de cualquier cosa que acontezca a esta familia, te sientes responsable de ellas. Y eso te hace sentir mucho peor. Por eso no crees ni en lo que te haya querido contar la yaya ni tampoco has querido creer en mí. Para no culpabilizarte.

—Ah, muy bien. Perfecto si crees eso. Pues os dejo a solas, entonces. ¡Así os alimentáis con tonterías la una a la otra! —exclama con frustración—. Pero yo no quiero ser partícipe de nada de esto.

Mi madre está tan ofendida que sale de la cocina con su hermoso rictus airado. Oigo cómo toma algo de la percha, su chaqueta, seguramente. Abre la puerta de la casa y se va.

No me gusta que se marche así. No me gusta que salga de casa triste y enfadada. Me levanto y apago la vitro para que no se queme el

fricandó. Ya lo acabaré de hacer yo después.

Cuando me doy la vuelta, Venus está haciendo un garabato demasiado negro en la libreta. Ella siente las emociones, las expresa poniéndole colores, y creo que ha sabido plasmar muy bien la discusión entre nosotras. Cuando nos peleamos, es como si la oscuridad hiciese un nudo que después cuesta mucho deshacer. Con el tiempo se afloja, pero nunca desaparece del todo.

—No lo paso bien cuando me peleo con ella —admito muy afectada.

—Ella tampoco. Tu madre es muy cabezota, pero tiene muy buen corazón. Le cuesta gestionar las cosas. Se habrá ido a caminar hasta la playa y a llorar. Las cosas no han sido fáciles para ella desde que murió tu padre.

—Lo sé… —Detengo la manita de mi hija, que no deja de presionar la cera contra el cuaderno—. Ya está, Venus. —Le doy un besito en la cabeza—. No te pongas nerviosa. Los mayores también nos peleamos. Es como cuando te regaño porque te portas mal. Pues la abuela también me regaña a mí.

Venus asiente como si lo hubiese entendido.

—Pero tú no has hecho nada malo —reconoce mi yaya—. En casa de las Parisi somos demasiadas mujeres —resume—. Mucha lengua viperina junta.

—Ya… —Me froto la nuca y observo a mi abuela entre mis espesas pestañas—. Mi madre les tiene mucho miedo a tus cartas… ¿Cuántas cosas has llegado a adivinar, yaya?

—Muchas más de las que puedo recordar, pero muchas menos de las que me hubiese gustado saber. Venga, vamos al salón. —Baja a Venus de sus rodillas y yo tomo la mano de la pequeña—. Vamos a echarte las cartas por primera vez. Te voy a demostrar que hay tiradas que no se pueden prestar a interpretación. Dicen lo que dicen, y esto solo puede ser la verdad.

Y con esa sentencia, sigo a mi abuela, que camina renqueante hasta el salón para que yo pueda participar activamente, por vez primera, en una tirada de cartas.

Las dos estamos sentadas frente a la mesa. Venus está viendo los Cantajuegos en el televisor, y mi abuela y yo tenemos los ojos fijos en la superficie del mueble. He cortado la baraja y yo misma he elegido las cartas en las diez tiradas que me ha hecho.

Para mi completa estupefacción, en las diez han salido las mismas. Mi abuela me ha dejado claro que estas no adivinan, que conversan y

sugieren, que de esto se sacan conclusiones.

—Del mismo modo que tú intentas sacar conclusiones de tus sueños, Ares, con las cartas sucede más o menos lo mismo. Tenemos que leer los símbolos, su contenido y los mensajes que podemos extraer de ellas —me dijo.

Me ha hecho diez tiradas de cuatro cartas. Una respondía a qué me estaba pasando, otra a qué podía desencadenar, una tercera a algo que no estaba teniendo en cuenta en todo aquello y la última a cómo podía integrar todo para solucionar lo que sucedía.

Alguien debería explicarme por qué han salido las mismas cartas en todas las tiradas.

El Tarot que ella usa es muy viejo. Dice que tiene más de un siglo y que se lo legó su madre, o sea, mi bisabuela.

—He hecho la misma tirada frente a tu madre cinco veces pensando en ti. ¿Crees que ha variado alguna? —me pregunta esperando la respuesta.

—¿No?

—No ha variado. Te sale El Demonio, La Torre, La Emperatriz y El Sol. Estás imprimada, Ares.

—¿Y eso qué significa?

—Que tienes elementos potentes a tu alrededor. Elementos místicos e invisibles que te han marcado, por eso tus cartas no varían. Lo que está sucediendo es fuerte y también lo son las energías que se están moviendo.

—¿Y qué es?

—Para empezar, ¿qué te está pasando? Te ronda el Diablo —señala el arcano número quince—. Te ronda de verdad, energética o físicamente. En el astral y en la realidad. Y es cierto. Llevas soñando con él dos noches seguidas. Lo bueno es que, de alguna manera, él no te puede ver. Te cerca, te busca, pero no te encuentra por el motivo que sea. Pero es posible que tú sí puedas encontrarlo a él.

—¿Por qué iba a querer encontrarlo? —digo asustada.

—Tal vez esté en tu sino, Ares. Tu madre me ha hecho prometerte que no puedo contarte más de lo que dicen las cartas. —Me señala la baraja—. Tendrás que averiguar por qué todos los caminos te llevan a él.

—¿Qué pasa si lo encuentro?

—Si lo encuentras, te viene La Torre. Arcano dieciséis. Una con fuego… Puede presagiar el caos y la destrucción de algo. Es parecido a tu sueño, ¿no crees? Quieres llegar a ese lugar, que es como una torre, ¿no?

—Parecido, sí.

—Y quieres ir allí a encender el fuego que se ha apagado. Tu vestido está prendido.

—Sí —digo como si lo viviera de nuevo.

—Habrá un enfrentamiento. Puede que sufras. Pero él, también —musita como si las cartas fueran libros abiertos para ella—. Después está la carta de lo que no estás teniendo en cuenta, Ares. La Emperatriz, arcano mayor número tres. Te ha salido boca abajo. La Emperatriz es un poder oculto en ti. Representa el poder femenino, la fertilidad y la sexualidad. La atracción que vas a despertar por ser quien eres, pero aún no lo sabes. Aún no es momento de saberlo, porque falta la revelación —reconoce—. La Emperatriz habla de posibles amantes a la vista y de algo que estás descuidando, que hay una parte indispensable de ti para que La Emperatriz brille que no estás alimentando. No te olvides de tu feminidad, Ares. Esta carta puede hablar de un desamor, y eso abrirá la puerta a otra cosa que te será esencial para conseguir tu propósito y vencer al Demonio o a lo que sea que tanto te está inquietando. Y la cuarta carta es cómo puedes unificar todo lo que te estoy diciendo para que se resuelva de la mejor manera para ti. Te ha salido El Sol, y siempre trae buenos pronósticos. Pero para llegar a esto, antes tienes que entender estas tres y enfrentarte a ellas. El Sol significa la luz, la transparencia, el alumbre, el fuego. Puedes conseguir todas tus respuestas y lograr lo que deseas, pero vas a tener que luchar por todo ello. No va a ser fácil.

—Es que, a ver, toda esta simbología es complicada de asumir para mí —digo entre susurros, mirando de reojo a Venus para que no sienta curiosidad por nada de esto.

—Ares, hay algo que es imposible negar. Una mujer puede soñar con un hombre cornudo y una flauta una vez. Y ya de por sí es extraño. Pero si una Parisi sueña exactamente lo mismo con él dos noches seguidas, entonces, estás marcando esta casa.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que hay que protegerse. Tu cuerpo se protege del Demonio de manera inconsciente, ¿sabes cómo? —Sonríe como una pillina—. Sangrando. —El pelo blanco de mi abuela reposa sobre su hombro derecho y su rostro alumbrado por la claridad que entra del jardín rezuma tanta sabiduría que no puedo no creerla—. Al Demonio le gusta poseer y dejar semillas. Es un colonizador. Si sangras, como sabrás, su semilla no sirve de nada. Tu cuerpo cuida de ti, es tu mayor protector.

—Dios mío, yaya… —Todo lo que me está contando me deja sin palabras—. ¿Cómo sabes tantas cosas? Sé que eres bruja y que…

—No soy bruja —asevera—. Solo un poco. A las que son como yo

nos llaman de otras maneras desde la antigüedad. Las mujeres de nuestra familia son sabias. Sabían de quién debían protegerse. Tengo sus conocimientos, que han pasado de generación en generación. —Toma mi mano y me da unos golpecitos leves—. Tal vez, algún día, toda esa información te sea legada. Y espero que sea pronto. Lo único que puedo decirte es que no es la primera vez que en esta tierra, en nuestra ciudad, un demonio quiere a una Parisi. Hay muchas historias de nuestros ancestros que hablan de algunos episodios y de enfrentamientos con él.

—Cuéntamelas. ¿Por qué va en busca de una Parisi?

—No. Tienes cuatro cartas. —Señala la mesa con los naipes boca arriba—. Debes saber darles un sentido. La Emperatriz dice que sigas tu intuición y que hagas lo que creas que debes hacer. Y, con el tiempo —señala la carta del Sol—, este arrojará luz en tu camino.

—Me aterra todo lo que me cuentas —reconozco tan nerviosa que casi me echo a temblar.

—Porque lo crees. Porque eres una Parisi y algo en ti sabe que digo la verdad. Escúchame, por ahora no tienes nada que temer. Yo te ayudaré. Pero, cariño, no siempre voy a estar a tu lado y tendrás que hacer parte del camino sola.

Se me seca la garganta y poso la mano libre sobre las de mi abuela.

—Abuela, tú… ¿tú tampoco me creíste? —Me humedezco los labios —. ¿No me creíste cuando dije que me habían violado?

Las cejas de mi abuela se inclinan hacia abajo y contemplo cómo los ojos se le llenan de lágrimas.

—Mi niña… Recuerdo como si fuera ayer la noche que llegaste de la carrera Endemoniada. Días antes de que te pasase eso, le dije a tu madre que estaba a punto de acontecer algo terrible. En las tiradas se aparecía la Muerte —me explica recogiendo las cartas de la mesa, atribulada por el recuerdo del pasado— y solo te me venías tú a la cabeza. Se lo conté y ella se enfadó tanto conmigo que me dejó de hablar unos días. La pobre no dormía por las noches pensando en que pudiera pasarte algo. El día de la carrera, por la tarde, oí un gallo cantar a deshoras. Eso anuncia la muerte inminente de alguien cercano. La verdad, Ares, es que ese día yo tenía mis dudas de que volvieras a casa. —Chasquea la lengua—. Las cartas y el gallo me dijeron que la muerte venía a por ti. Cuando llegaste a casa malherida, ¿recuerdas que tu madre estaba con ansiedad y no podía dejar de llorar por mucho que le dijeras que te encontrabas bien?

No me acordaba de ese detalle, pero ahora que mi abuela lo menciona, es verdad que lo recuerdo. Le tuve que repetir a mi madre unas veinte veces que ya estaba recuperada del traumatismo. Entonces

yo no sabía que no lo estaba ni tampoco las consecuencias de proporciones inimaginables que me traería el incidente nueve meses después.

—Sí, me acuerdo.

—Ese día regresaste de la muerte, Ares. Tu madre vino hacia mí toda enfadada y me dijo que, a partir de ese momento, no quería oír ni un augurio mío más en esa casa. Que estaba comprobado que mis cartas se podían equivocar. Pero no se equivocaron —jura uniendo todas las cartas en un taco y guardándolo en una bolsita de terciopelo azul oscuro—. Esa misma noche, volví a hacer una tirada pensando en ti y me salió el arcano número veinte. La Resurrección. Era como si hubieses muerto y resucitado.

—Biológicamente pude haber muerto cuando me quedé inconsciente. Estuve en coma. Y después reviví al recuperar la consciencia —intento darle una explicación a eso.

—Fuera lo que fuese lo que te sucedió, la muerte era tu destino. Pero está claro que la esquivaste —asume feliz—. Nunca más volvió a salir La Resurrección en ninguna de tus tiradas. Como te he dicho, tu madre y yo volvimos a discutir al día siguiente y me obligó a no echar más las cartas en casa; estuve una larga temporada sin hacerlo. Hasta que nació Venus… Cariño —suspira con mucho pesar—, yo sé que te pasó algo. No sé quién hay detrás, no sé qué fue lo que sucedió exactamente, porque las tiradas no dicen tanto. Anuncian peligros, visitas de muerte, traiciones, amores…, lo que tú quieras, pero no son un oráculo ni una bola de cristal donde ver con todo lujo de detalles el porvenir. Tu madre no querrá creérselo nunca, porque le destrozaría descubrir que sí te pasó algo realmente feo, que ella lo sabía porque yo se lo dije y que, por no creer en ello, no te retuvo en casa. Le pasó lo mismo que con su marido. Ella podría haberle dicho que no cogiera la bicicleta ese día. Pero no lo hizo. Lo que no entiende, y eso es lo único que la puede liberar, es que hay cosas que no se pueden detener ni remediar. Todo lo que le pasa a tu madre es que se culpa de su pasividad ante todo lo que yo le decía. No puede ser la salvadora de nadie. Y tú también tienes que comprender eso. Porque tú y ella sois muy parecidas y os sentís responsables de todo.

Ese reconocimiento de mi abuela me deja un tanto tocada emocionalmente.

Según ella, debí morir el día de la carrera, pero sigo viva. Eso refuerza mi decisión de seguir adelante con lo del tema de la chica muerta. No quiero dejarlo ahí.

—Está bien, yaya. Lo entiendo.

—¿Y me crees?

Por muy sorprendente que sea todo esto, me doy cuenta de que la creo a ciegas. Porque pienso que hay personas que sostienen una verdad más allá de análisis empíricos, de pruebas físicas, del ver para creer. Y mi abuela es ese tipo de verdad que te eriza la nuca, que hace que te pique la nariz y se te enfríen los pies. Por eso estoy tan asustada, porque no sé cómo negar esto que estoy sintiendo y puede que, en el fondo, no pueda ni deba hacerlo.

—Está bien, yaya. Te creo. Me sirve lo que me cuentas porque es mejor que no tener nada a lo que aferrarse —asumo—. ¿Y qué debo hacer ahora?

—Solo te puedo decir lo que has visto en la tirada: luz —repite—. Necesitas verter luz para esclarecer los hechos. Hay que alumbrar zanjas e iluminar lo que permanece en las sombras para saber enfrentarte a ello. —Me acaricia el rostro—. Desenterrar secretos. Quienes fuimos una vez no es muy distinto de quienes somos hoy, solo tenemos que desenterrar las ruinas para descubrirlo. Y tienes que empezar a hacerlo ya.

—¿Vas a ayudarme con los sueños? Son muy desagradables, es como si estuviera presa en mi propia cabeza.

—Lo sé, ya te he dicho que no eres la primera Parisi a la que le sucede eso. Voy a hacer lo posible para que el Demonio te deje dormir tranquila. A ti y a todas las mujeres de esta casa. Voy a tener que desempolvar algunas cosas que funcionaron mucho antes. Antes, incluso, de que esta tierra fuese la que es hoy —confirma con vehemencia. Cuando mi abuela habla así, sé que no debo dudar de ella.

—¿Qué crees que debo hacer con lo de la fotografía? ¿Sigo adelante? ¿Busco ayuda?

—Eso solo lo sabes tú. Ahí ya no me meto.

—¿Me ayudarás?

—Tengo ochenta y cinco años, niña. Hay cosas que no puedo hacer porque me faltan ganas y juventud. Es evidente que esto es algo que te va a movilizar y que te afecta a nivel personal. No te voy a prohibir nada porque está claro que debes hacerlo, lo dicen los naipes. Pero sí puede que sepa cómo orientarte. Creo que sé por dónde puedes empezar a buscar.

—¿Por dónde?

—Las cartas hablan claro. El Demonio no solo está en tus sueños, como has visto, también está involucrado en lo que te preocupa. No solo ronda tu cabeza y tu mundo astral. Está ahí, aunque no lo puedas ver.

—¿En qué sentido?

—La hiedra es la planta del Demonio, Ares. Esa hoja inconexa que me has enseñado al lado del cuerpo sin vida de esa chica se llama hiedra del Diablo. Y tú dices que también tenías un par de ellas al despertarte después del incidente. No vas a poder enfrentarte a tu diablo si no conoces sus mismas armas. Hay un dicho entre las Parisi que reza: «Solo un demonio puede vencer a otro. Solo un demonio puede quemar a otro fuera del Infierno». Por ahí debes empezar.

Cuando estoy muy nerviosa me da por estirarme las mangas de las camisetas hasta cubrirme las manos, que se quedan frías. Como ahora.

—¿Sugieres que busque a un demonio? ¿Que invoque a un demonio? —digo horrorizada—. ¡¿Cómo voy a hacer eso?!

—No, tonta, no vas a invocar a nadie; es una manera de hablar. Puedes ver al Diablo en sueños, pero en la vida real se camufla muy bien entre las personas. Puede actuar a través de la malicia de los demás, ellos son sus brazos ejecutores. Gracias a ellos nunca asoma su patita de cabrío. Así que vas a tener que ir un paso más allá. No pienses en brujos, brujas ni hechiceros. Piensa —se señala la sien repetidas veces— racionalmente, pero no dejes nunca de lado la oscuridad que sabes que existe. Sé taimada como él. ¿Quién crees puede saber mucho sobre el Diablo?

Medito durante unos segundos.

—¿Sus enemigos? ¿Un cura? ¿Un exorcista?

Mi abuela entorna los ojos.

—No importa lo que sea ni a qué se dedique mientras sea un demonólogo versado que conozca el Infierno. Creo que debes buscar a alguien experto en rituales paganos, un teólogo que sepa de la naturaleza de los demonios. Si quieres continuar con lo de la chica para remover tu pasado, hazlo. No seré yo quien te prohíba nada. Para eso ya está tu madre. —Sonríe a sabiendas de que es algo que no se puede remediar—. Pero sé consciente de que ya no se trata de un asunto baladí, Ares. El mal existe y está ahí, entre la hiedra.

VIII

Un demonólogo versado, pienso mientras observo, tumbada en mi cama, el símbolo que me ha dado mi abuela para poner sobre las puertas de la terraza de mi habitación y de mi estudio. Venus se está echando la siesta en mi cama. Es mi Trankimazin.

Nos comimos el fricandó que terminé de hacer. Mi madre volvió a la hora de almorzar con los ojos hinchados y rojos. Siempre hace lo mismo. Después de una discusión así, intenta hacer como si nada hubiese pasado al cabo de unas horas. Han sido muchas veces las que me he acercado para suavizar las cosas y hablar con ella, pero con el tiempo he aprendido que debo dejar que su fuego amaine. No vamos a hablar de lo sucedido otra vez. Ya lo sé. Cada una tiene su manera de lidiar con los conflictos, y ella es así. De manera que no voy a tensar más la cuerda.

Continúo mirando la tablilla de madera con ese símbolo grabado en un mosaico. Parece antiguo, porque los colores están muy desgastados. Es un ojo, como el de la mano de Fátima, pero esto no tiene mano, sino un pene apuntando al iris. Sí, tal cual. Un falo gigante. Mi abuela dice que me protegerá del mal de ojo y también de la mirada del Diablo.

En realidad, la tablilla la he puesto yo, porque no quería que ella se subiese a las escaleras. He clavado un clavo en la pared, cinco dedos por encima del marco blanco de la puerta de la terraza, y he dejado el protector recto y listo.

Y no es lo único que me ha dado —es que me muero de miedo solo de pensarlo—, además, me ha hecho entrega de un artilugio que se llama *fascinus*. Y es un falo de metal, alado. Uno muy grande. Al principio pensé que era el Satisfyer romano, pero no. Resulta que en Baetulo estaban obsesionados con los falos. Mi abuela me ha dicho que se ponían en las casas y en edificios contra la mala fe y las miradas malignas, pero que también era un símbolo de fertilidad.

Me da mucha vergüenza tenerlo en la cama, pero mi abuela me ha pedido que lo deje sobre el cabecero para alejar al Demonio de los sueños.

Se parece bastante al dibujo de mí que hizo Venus en mi casco. Pero la niña me ha preguntado antes qué era eso y le he dicho que era un pájaro cabezón. La respuesta le ha parecido bien.

Para mí es inaudito estar pensando en buscar a un investigador demonólogo, la verdad. No creo ni que eso exista. Además, ¿qué tengo que considerar exactamente? ¿Un investigador especializado en cosas paranormales? ¿Por qué? ¿Debería acudir directamente a alguien relacionado con la Iglesia? Si no sé aún qué hay de paranormal en todo esto, excepto que la chica muerta no existe y parece que alguien no quiere que exista, pero yo sé que era así. Y que lo que le pasó tiene connotaciones muy similares a lo que me sucedió a mí en la Endemoniada. Vamos a ver, que yo no soy policía. No sé qué pasos hay que dar en estos casos ni cómo pasar desapercibida.

No sé, igual es una exageración. Pero si todo tiene que ver con un posible carácter ritual de los acontecimientos, entonces sí debería buscar a alguien especializado.

—Solo un demonio puede vencer a otro —repito en voz baja acariciando el pelo sedoso de Venus. Cubro sus piernecitas con la manta de croché de color violeta y rojo intenso y hunde la cara en mi pecho—. Solo un demonio puede quemar a otro fuera del Infierno.

Estos momentos son impagables para mí. Son puro amor y cuando me sujeta de esta manera, tengo la sensación de que sería capaz de matar por mantenerla a salvo.

Tiene el pelo castaño oscuro, muy suave y liso. Así lo tenía yo cuando era niña. Ahora lo tengo mucho más largo y oscuro.

Me pongo a buscar con el móvil investigadores privados que me puedan echar una mano. ¿Cómo voy a involucrar a la policía? No quiero meter en problemas a Hugo ni a nadie. Debo hacerlo de otro modo. Sí, un investigador puede que sea lo mejor.

Pero ¿cómo lo busco? Hay un montón de detectives privados en internet. Necesito a Scully o al equipo de *Fringe*. Esos me irían de lujo.

La cuestión es que, al final, meto en el buscador «investigación parapsicológica y rituales Barcelona y Badalona». No pensaba que fuera a obtener algo. Pero lo hago.

Me salen muchos enlaces y me cuesta encontrar entre la paja al alfiler que necesito. Hasta que, al cabo de media hora, doy con uno que me interesa mucho y que es sobrio y serio. Nada de ovnis, fantasmas o vampiros en la presentación. Se trata de una web con el fondo negro, el logo en rojo y en el centro, unas letras en blanco y en versalitas que rezan:

«¿Está pasando algo raro a tu alrededor o en tu ciudad que no tiene explicación racional? Llámanos, te ayudaremos a averiguar qué

demonio está operando».

Hago clic sobre la frase y me sale un número de teléfono. Es todo muy secreto.

No hay un «quiénes somos» ni información sobre el dominio. No hay fotografías de quiénes están trabajando allí ni nada por el estilo. Todo muy anónimo.

Dios… Dejo caer la cabeza sobre la almohada y me quedo mirando el techo. Soy una pringada. ¿De verdad estoy haciendo esto? Pues sí. Además, ¿qué puedo perder? Mi abuela dice que me persigue el Diablo. ¿Qué puede haber más increíble que eso?

Registro el número móvil en la agenda y aprieto los ojos con fuerza porque pienso que, si le doy a llamar, lo habré hecho sin querer.

Pero le he dado de verdad. El teléfono da la señal de llamada tres veces y a la cuarta, descuelgan y una voz de hombre contesta:

—¿Sí?

—Ho-hola… —Me incorporo en la cama. Qué poco corporativa ha sido esa respuesta. Debe ser un solo investigador. De esos que hablan en plural para dárselas de empresa, pero luego es solo un matado—. Le llamo porque he encontrado su número de teléfono en una web. Estoy buscando un investigador privado.

—¿Para qué lo necesitas?

—En la web pone que si está pasando algo raro a mi alrededor o en mi ciudad que no tiene mucha explicación, puedo contar con vosotros para cazar al…, bueno, al Demonio que hay detrás de todo el misterio.

—Sí.

—Solo para asegurarme: esto no es un juego de rol, ¿verdad?

—No.

—¿Y un *escape room*?

—Tampoco.

—Ni una broma de mal gusto para pirados, ¿a que no?

—Somos serios, señorita.

—Tenía que asegurarme —rio muy nerviosa—. ¿Son investigadores privados titulados?

—Sí. Si tenemos la posibilidad de acordar una visita, le enseñaré la Tarjeta de Identidad Profesional.

—Ah, muy bien.

—¿Quiere una cita?

—Quiero saber los honorarios.

Hay un silencio muy largo en la línea.

—Se los diré si tenemos una cita oficial.

—¿Y no quiere que le cuente qué está pasando antes?

—Esas cosas no se explican por teléfono —dice cortante.

—Sí, me parece bien. —Tiene lógica—. Eh…, sí, me gustaría citarme con usted.

—Dígame dónde y allí estaré.

Bueno, eso está mucho mejor. Más cómodo para mí y me sentiré más segura.

—Está bien.

—¿De dónde es?

—De Badalona.

—Qué casualidad. Yo estoy cerca. ¿Dónde quiere que quedemos?

—Vaya, mejor. ¿Le parece bien en el Antillana de la Rambla?

—Sí, lo conozco. ¿Mañana le va bien?

—Por la tarde, sí. Sobre las seis.

—De acuerdo. ¿En la terraza o adentro?

—Dentro mejor.

—Perfecto. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Bueno, ya está. Ya lo he hecho.

Mañana hablaré con alguien más sobre lo que está pasando, a nivel de investigación, y espero que me ayude a esclarecer los hechos.

Estoy como un flan.

A las ocho he recibido la visita sorpresa de Hugo. Se nota que ha dormido y ha descansado porque ya tiene mucha mejor cara que durante la madrugada.

Viste con un polo Lacoste azul oscuro, unos pantalones de pinza claros y unas deportivas blancas.

Hugo siempre será un hombre de buen ver, con un aspecto atractivo. Eso lo reconozco. Es amable y considerado, y es mucho más de lo que vi ayer por la noche en la fiesta, donde la mayoría eran una copia de *Élite* pero treintañeros.

Excepto por el desconocido, que me tiró de la moto y me salvó de acabar drogada, todos me parecieron unos salidos pasados de rosca.

Por cierto, debería llamarlo para volver a darle las gracias, pero estará con su novia de pelo rojo, seguro.

No sé ni por qué pienso en eso.

Cuando abro la puerta de casa y Hugo entra, me abraza y me da un beso en los labios. Yo se lo devuelvo y me animo a abrir más la boca para que nuestras lenguas se toquen, solo para probarme. Me fuerzo a ofrecer un poco más porque pienso que, al final, me acabará gustando.

Y sé cuánto le encanta eso porque se ha tensado, sorprendido por mi atrevimiento fugaz. Me cuesta mucho abrirme después de lo que

me pasó y creo que tengo la libido por los suelos. En ese instante, la carta de La Emperatriz invertida me cruza la mente. Dice, entre otras muchas cosas, que debo abrazar mi feminidad y dejar salir mis deseos, mostrar quien realmente soy.

Hugo me rodea con más fuerza y profundiza el beso, hasta que al final me aparto y acabamos los dos intercambiando nuestros alientos. Lo miro a los ojos marrón claro, que me sonríen con complicidad.

Lo único que pienso es en que el forense le ha mentido con la chica. Y en que puedo demostrar quién es, pero no si las de la panadería siguen negando que allí hubiese alguien más trabajando con ellas. No quiero sentir que le miento, pero no puedo evitarlo.

—Ares… —susurra contra mi boca—. Me están empezando a gustar mucho estos recibimientos.

Yo asiento sin darle más importancia que la que tiene. Ojalá sintiera su excitación, sus ganas, su ímpetu…, pero no es así. Y eso me hace sentir miserable.

—Ven, entra a saludar a todas.

Hugo es de esos hombres con los que mi madre es un amor y se deshace en cuidados. Es un tío viril, nada amenazante, confiable y con cara de no romper nunca un plato. A ella la tiene fascinada. Mi abuela, en cambio, pasa de todo, pero lo saluda con respeto.

Hugo se queda a cenar, pero antes me acompaña a acostar a Venus, que ya ha comido y se va a dormir, porque mañana tiene que levantarse temprano para ir a la guardería.

La meto en la cama y le doy su Bebé Llorón, con el que duerme desde hace un año.

También he puesto otro ojo protector en el marco de las puertas de su terraza. Es la misma que la mía, dado que nuestras habitaciones están pegadas por si acaso; es más, tienen una puerta que conecta la una con la otra. Mi abuela me ha dicho que va a montar un atrapasueños para Venus con un falo. Y le he contestado que ni de coña va a poner una polla gigante sobre la cabeza de una niña de tres años. No voy a pasar por ahí.

Me he quedado sorprendida con la cantidad de ojos y de objetos de falos con alas que no había visto en mi vida que tiene mi abuela, legado de las Parisi. Eso hace que piense mucho en el pasado y en por qué mis ancestros requerían todos esos protectores. Por el Demonio, vale, eso lo he entendido. Y más a sabiendas que Baetulo era una ciudad romana donde también coexistía la brujería. Pero ¿por qué? ¿Por qué el Demonio tenía fijación con las Parisi? ¿Qué somos nosotras para él?

De algún modo, todo eso todavía me suena a leyenda. Creo que

aún no soy consciente de que, en este caso, las leyendas pueden ser muy reales.

—Ese bebé tiene cuernos —señala Hugo, apoyado en la pared, a un metro de la cama.

—Es un Bebé Llorón… —digo cayendo en la cuenta del tipo de animal que es—. Es un bebé disfrazado de cabra.

—Un bebé llorón cabrito.

—Es Drimi —anuncia Venus hundiendo la naricita en el pelo rosa del muñeco.

—Ah, Drimi…, qué bonita. —Hugo pone voz dulce, pero con Venus no acaba de congeniar. Ella no lo ve bien. Y es extraño porque, en general, es simpática. Excepto con los hombres. Con los hombres no lo es mucho.

Venus me mira, me pone morritos para que le dé un beso de buenas noches y me abraza con fuerza por el cuello.

—Buenas noches, mi amor. —Le peino el flequillo largo con los dedos—. Que duermas muy bien y te acompañen las hadas.

—Te quiero, mami.

—Te quiero, corazón. —Beso su frente y me espero a que cierre los ojitos.

Me quedo con ella cinco minutos, que son los que necesita, por suerte, para quedarse frita. Venus nunca ha tenido problemas para dormir y sé que eso es un regalo divino.

La acabo de arropar, le dejo la luz de la mesa tenue y rosada encendida, y Hugo y yo nos vamos en silencio de la habitación.

Entonces Hugo vuelve a abrazarme por la espalda y a llenarme el cuello de besos.

—Hugo… —digo incómoda.

—Ares… —susurra para que no nos oiga nadie—. Dime cuándo.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo haremos el amor tú y yo. Lo estoy deseando desde hace tanto tiempo… —Sus manos se deslizan por mi vientre y ascienden hasta cubrirme los pechos.

Este grado de intimidad, en mi casa, para mí es demasiado. Pero no porque no quiera ese contacto, sino porque me temo que no lo quiero con él. Y eso hace que me sienta un ser deleznable porque Hugo siempre ha sido muy bueno conmigo y me ha ayudado en muchas cosas. Pero no quiero agradecérselo con sexo. No quiero sentirme en deuda con él por eso. Sé que cualquiera querría darse un revolcón con él, para una noche o más de una vez. Pero no es mi caso. Debo asumir que me equivoqué al aceptar su proposición de salir juntos.

Sigo siendo una mujer. Soy joven. No soy frígida, aunque tenga

miedos más que justificados. Pero el sexo me sigue apeteciendo, solo que la libido no se me despierta con él. El problema es que necesito sentirme muy atraída y no probar por probar. No quiero sacarme un desbloqueo sexual solo por confiar en un hombre. No quiero hacerlo solo porque él es bueno. No quiero conformarme con eso, porque no es justo para Hugo.

Él está enamorado de mí. Lo sé, es evidente.

Pero, aunque lo he intentado, yo no estoy enamorada de él. He tratado de abrirme, besarlo, tocarlo…, quería enamorarme. Pero me cuesta hacer todo eso solo por conveniencia y por acostumbrarme a estar con alguien que no suponga ningún tipo de amenaza, pero tampoco ningún tipo de estímulo.

Quiero que seamos amigos, solo eso. No debo alargarlo más. Antes del incidente, siempre sentí deseo hacia los hombres. Y me niego a que eso también me condicione y me cambie ahora. Quiero volver a ser quien era. Lo estoy consiguiendo en muchos ámbitos, pero pretendo conseguirlo en todos.

Y, no voy a mentir, algo de todo lo que ha pasado estos últimos días también ha hecho que tome esta decisión, pero aún me gustaría averiguar qué es exactamente. Sé que él siempre ha hecho lo que considera correcto y es muy diplomático, pero a mí la diplomacia, en las personas, me parece bien hasta cierto punto.

A Margarita esto no le va a gustar.

A Hugo tampoco.

Pero yo me voy a quitar un peso de encima ahora mismo.

—Hugo. —Tomo sus manos y las retiro poco a poco de mis pechos —. Tenemos que hablar.

Hugo se queda muy quieto tras de mí. Puedo percibir cómo se ha tensado ante esas palabras.

—¿De qué quieres hablar, preciosa?

Me doy la vuelta y le dirijo una mirada que le transmita seguridad y no condescendencia o pena.

—Creo que lo nuestro, como pareja, no está funcionando.

Hugo no se esperaba nada así. Esa es otra: siempre está muy seguro de lo que hace y cree que, si hace el bien, nada malo le puede pasar. Supongo que es una consecuencia de ser políticamente correcto, que nadie te desaprueba.

Lo mío es que no me atrae como debería. Es genial que sea tan bueno y que me quiera como amigo. Pero no puedo darle más, porque no lo siento.

—¿Por qué no? Yo creo que estamos muy bien. Sé que te gusto. — Intenta acercarse a mí para sujetarme por la cintura, pero yo le pongo

la mano en el pecho para detenerlo.

—Me gustas como amigo. Eres un hombre guapo, es evidente —admito—. Pero no siento lo suficiente como para ir a más.

—Pero te gusta besarme.

—Te beso porque he intentado sentir cosas por ti —reconozco—, pero no me sale. Siento muchísimo decírtelo, Hugo. —Su cara es un poema. Se mueve inquieto y no sabe qué hacer.

—Date tiempo. Tal vez si seguimos…

—Podría intentarlo y el resultado sería el mismo. Has sido mi amigo todo este tiempo y yo he querido darnos esta oportunidad porque pensaba que podías ser lo mejor para mí. Pero quiero volver a sentir cosas —admito—.Y no percibir que sigo dañada solo porque no me siento cómoda con que me toquen. Al principio, pensaba que era por mis miedos y por lo que me pasó, cosa que tú nunca negaste por mucho que se rieran de mí. —Aunque tampoco le dio continuidad a la investigación, y no lo culpé, porque no había nada que seguir—. Solo por eso valías la pena. Pero es que no siento nada, y no es honesto por mi parte continuar con esto. No es retributivo para ti.

—No sabía que el amor y las muestras de cariño se daban esperando una retribución —dice avergonzado.

—No. Pero sí debe haber caricias y muestras de cariño de vuelta, en el mismo lenguaje. De lo contrario, hay un fallo de comunicación y no se habla el mismo idioma. Llevamos dos meses, somos adultos, y no quiero ir a más contigo.

Hugo resopla en desacuerdo.

—No tomes una decisión todavía.

—Ya la he tomado —digo, esta vez más condescendiente.

—Bueno, pues no la acepto. A mí me gustas mucho, Ares. Desde hace mucho tiempo. Estoy enamorado de ti y no me importa esperar a que estés preparada —sentencia con sus ojos fijos en los míos, con más carácter que nunca—. Sé que estamos hechos el uno para el otro, aunque tú no lo veas aún.

Uf, eso sí que no me lo esperaba. No esperaba esa profundidad emocional ni esa promesa fugaz en sus palabras. Y digo «fugaz» porque estoy muy lejos de pensar lo mismo que él.

—¿No la aceptas? —Arqueo las cejas y se me escapa una risa nerviosa—. ¿Cómo que no la aceptas?

—Pues que no. Yo voy a seguir ahí.

—Hugo, estoy cortando contigo como pareja.

—Bien, perfecto —añade conforme, como si no fuera importante—. Pero voy a seguir contigo, a tu lado y siendo tu amigo, hasta que entiendas que soy el hombre adecuado para ti.

—Hugo, no me lo pongas difícil. —Esto está siendo embarazoso.

—No te lo estoy poniendo difícil. —Se encoge de hombros—. Vale, ahora no estamos saliendo. Pero vamos a seguir viéndonos igualmente.

—Claro, eres mi amigo. Pero solo si a ti no te incomoda… —convengo.

—Perfecto. Con eso me basta por ahora. Aunque no te voy a mentir, voy a seguir queriendo besarte cada vez que te vea. Estoy loco por ti, casi desde el primer momento en que entraste a la comisaría para poner la denuncia. Y eso no va a cambiar jamás. Aquí estaré para ti.

Bueno, es mejor que nada. Al menos, no lo veo destrozado ni abatido. Tiene esperanzas de recuperarme, pero eso no va a suceder. No obstante, sí quiero que sigamos siendo amigos porque lo aprecio mucho.

Lu y él son mis pilares.

—¿Nos damos un abrazo? —me pregunta abriendo los brazos.

Yo asiento. No me importa, porque para mí es como abrazar a un peluche. Él no lo percibe así, estoy convencida, pero ni puede darme más ni quiere entender más.

Está bien. Me hace sentir cómoda. Huele bien, él siempre huele a colonia.

—¿Quieres quedarte a cenar? —pregunto contra su hombro—. ¿O es inapropiado?

—A la tortilla de patatas con cebolla de tu madre no se le dice que no.

Sonrío porque estoy de acuerdo con él. Es la más rica de Badalona. Seguro.

—Vamos a estar bien, Ares. Tranquila. —Me acaricia la espalda y yo me relajo.

—No sé si darte las gracias —contesto. Me aparto de él y tiro de su muñeca para bajar a cenar—. No me ha quedado claro que lo hayas entendido.

—Ah —mira al techo—, pero sí lo he entendido. Vuelvo a estar en la zona amigos. Vuelvo a ser un pagafantas. Solo —alza el dedo como un sabiondo— hasta que deje de estarlo.

Lo miro de soslayo y digo que no con la cabeza.

No. No lo ha entendido.

Hemos cenado los cuatro en armonía.

Hugo ha estado hablando de las incidencias de este fin de semana

y, como me imaginaba, no le ha dado ninguna importancia al cadáver del río. Ha vuelto a reportar que se trataba de una yonqui y ha confirmado que la van a incinerar, dado que nadie ha reclamado el cuerpo y no se puede identificar.

Siento que voy tarde en esto, que aun teniendo información privilegiada, poco o nada podré hacer, y menos si ya no hay cuerpo que comparar.

Es desesperante.

Después se han puesto a hablar de relaciones. Mal tema, porque acabo de romper con él.

Sé que mi abuela amó profundamente y mi madre también. Y me gusta oírlas hablar de cómo eran mi abuelo y mi padre.

—¿Estáis enamorados? —pregunta mi abuela con su franqueza característica.

—Yo sí —dice Hugo provocando que me sonroje—. ¿Quién no va a estar enamorado de Ares, con esa carita que tiene?

—Hugo, para —le pido por lo bajini.

—Pero ella aún no me quiere como yo la quiero. Así que esperaré —dice con deje de humor, provocando la risita conciliadora de la yaya.

Ella me observa y me dice con la mirada: «Va a tener que esperar sentado, ¿verdad, niña?». Y tengo ganas de reírme, pero no lo hago por respeto.

Mi madre, en cambio, no deja de mirarme, porque sé que se siente mal por nuestra discusión. Y yo odio saber que ella no está bien y que soy responsable indirectamente. Ojalá todo fuese más sencillo entre nosotras.

Pero no puedo pedirle peras al olmo. Mi abuela ya me ha dejado claro que incluso con ella la relación tampoco es fácil, porque es una mujer rota.

Rota, precisamente, por la pérdida de su gran amor. No sé qué se siente y tampoco creo que quiera ese tipo de vinculación, ya que cuando uno ama y quiere tanto como ella a mi padre, puede perderse en el otro y no volver a ser el mismo. Y eso es aterrador.

Nunca he estado enamorada. Mi madre sí. Mi abuela también.

¿Cómo de necesario es el amor en una persona? Siento pasión por mi trabajo y por mi hija. Y siento pasión por la vida, a pesar de que me la haya jugado más de una vez, pero ese amor romántico, apasionado y visceral que ellas han sentido, no lo he experimentado. Dicen que tiene que ver con la condición de las Parisi, que son de sangre muy caliente.

Yo sé que también lo soy, porque hago las cosas y discuto con

pasión. Soy así. Pero no sé muy bien a qué se refieren.

Sea como sea, en la actualidad hay mucha confusión al respecto, como si por querer un amor intenso nos perdiésemos como mujeres libres. Hay miles de mensajes sobre relaciones tóxicas y dependientes y, en cierto modo, estoy de acuerdo con ellos. Con los evidentes.

Pero también sé que hay pasiones arrolladoras, necesidades químicas y fisiológicas que, cuando son correspondidas, pueden convertirse en un volcán en erupción. ¿Cómo se le pone freno a eso? ¿Cómo se le pone nombre? Al deseo, a la necesidad, al llenarse de endorfinas con lo narcóticas y lo adictivas que son… ¿Cómo una persona, total y absolutamente enamorada de otra a todos los niveles, sabe de qué color es la bandera de su relación si incluso para algunos el sexo es desenfrenado, pasionalmente hardcore y muy lícito, y para otros eso es sinónimo de ser excesivamente dominante y animal. Unos viven su sexualidad y sus necesidades con naturalidad, y otros las temen.

Siempre he creído que el amor es dual: maravilloso y también doloroso. Porque una persona enamorada y que quiere, no está feliz todo el día. Porque descubre que hay cosas que le duelen y le molestan, y es normal, porque lo que siente es indetenible. El amor destruye lo que una vez creímos que era amar y nos reconstruye todos los días al convivir con él, al adaptarnos a las necesidades de uno y de otro.

El amor no duele, escuché una vez.

Sí duele muchas veces. Que se lo digan a mi madre o a mi abuela. Que se lo digan a alguien que ha perdido al amor de su vida. Claro que duele, porque era amor y el vacío de la pérdida duele.

Lo que no hace es cortarte las alas y ponerte cadenas. Las mujeres somos suficientemente inteligentes como para saber que si tu novio, ese hombre de quien estás enamorada por lo que sea, en quien debes confiar y con quien tienes una relación, te pega, te tienes que alejar. Que si te insulta continuamente y te hace de menos, te tienes que alejar. Que si te controla y no te deja hacer tu vida, te tienes que alejar. Que si dice que está celoso hasta el punto de ser violento porque te quiere, te tienes que alejar. Que si todo te duele con él, incluso en la cama, y te lo sigue haciendo a propósito, tienes que cortar. Todo eso lo sabemos. Yo, al menos, lo sé. Lamentablemente, muchas no saben ni pueden cortarlo a tiempo y se ponen en manos del monstruo, que será así toda su vida.

Pero ¿qué hay de todo lo demás? Cuando una relación se calienta, cuando hay discusiones y luego reconciliaciones, cuando se ponen sobre la mesa los deseos y los caracteres sin miedo a ser prejuzgados

ni juzgados… ¿Qué pasa, entonces? ¿Qué pasa cuando te expones y te abres tanto a una persona, con plena confianza, que muestras tus aristas, tus cicatrices y de qué están hechos tus sueños?

Eso sí es amor. Uno pasional. Y con el tiempo podrá evolucionar en algo mejor o peor dependiendo de los involucrados. Pero ese amor existe.

Y es el que siempre he rehuido porque de todos es el que me haría más vulnerable. Y es tan normal temerlo como cobarde no vivirlo.

No sé qué pasa con las Parisi de mi familia, ni sé qué leyenda negra hay sobre ellas. Lo que sí sé es que han amado con todo su corazón y el fuego de sus entrañas, y que también saben lo que es perderlo.

Y yo sé que no quiero ganar una vida cómoda al lado de un hombre solo porque sea bueno, pero tampoco quiero ese fuego por miedo a las quemaduras.

Cuando Hugo se ha ido, mi madre y yo nos hemos quedado en el porche de la entrada. Yo apoyada en la pared, cruzada de brazos. Ella ha salido para darle un trozo de bizcocho para que lo desayune mañana. Es que lo trata como si fuera su hijo o mi marido.

Al final, nos quedamos las dos en la entrada para despedirlo. El Audi TT se aleja y mi madre dice:

—Hugo es un buen hombre. Sería perfecto para ti, Ares. No lo dejes escapar.

Yo sonrío con desidia, la miro taimadamente y digo:

—Pues lo acabo de dejar.

Mi madre entreabre la boca, sin saber qué contestar.

Yo sonrío con satisfacción y entro en casa con un peso menos sobre los hombros.

Haré lo que sea mejor para mí, no lo que crean los demás que debo hacer.

IX

Esta noche no he tenido pesadillas. He dormido bien y no me duelen los ovarios ni he sangrado por la nariz.

Por lo visto, los objetos de mi abuela sí sirven para ese tipo de acechanzas astrales. El *fascinus* y el ojo son protectores, y si se usaban en la antigua Baetulo, era porque había peligros místicos y reales. No los pienso quitar y se van a quedar ahí de por vida. No descarto dejar que mi abuela haga un atrapasueños especial para Venus, como dijo, aunque tenga penes.

Hoy es un día de acontecimientos.

Tengo la comida con Random Cómics y una cita por la tarde con un investigador privado que cree en los demonios.

Mi madre se ha ido la primera a trabajar a Luces Sacras, pero antes nos ha dado un beso a todas, no sin desearme suerte con la cita editorial. En eso nunca falla. Tiene en cuenta todo lo que le explico y se acuerda de todo lo que le digo. Además, se preocupa. En eso nunca tendremos problemas de comunicación. Sobre lo de mi cita con el investigador, no le he dicho nada. Pero ni a ella ni a mi abuela. Mientras no tenga nada que contarles, no quiero preocuparlas.

Estoy preparando el desayuno para Venus, y mi abuela ya está atacando sus tostadas con mermelada de melocotón. A Venus le preparo un vasito de cereales para que lo coma de buena mañana en casa, pero no mucho, porque sé que desayuna en la guarde. Por si acaso, siempre le pongo un zumo y un bocadillito de brioche con jamón dulce y queso en la mochilita que tiene de *Ladybug*. En carnaval hizo que me disfrazara de Ladybug y la verdad es que la niña alucinó.

Mi abuela lleva hoy su moño incorruptible. No hay una mujer que se lo haga mejor que ella. Además, no suele vestir como una señora mayor. Mi madre tampoco, que quede claro.

Mi abuela lleva tejanos, botas Panama y jerséis de punto anchos. Siempre le digo que parece una montañera. Además, cuando sale a la calle, va con su parca verde oscura. Nadie diría que tiene ochenta y cinco años.

Y mi madre, a sus cincuenta y cinco, es una especie de reina

criogenizada. Tiene un cutis perfecto, sin apenas arruguitas, excepto las de expresión, que con todo y con eso no están muy marcadas. Siempre hemos bromeado porque a las dos nos gusta una película que se titula *El último mohicano*, y ella nos recuerda a la actriz. Es así. Con su pelo negro un poco ondulado y sin canas, porque se las cubre.

Siempre va de punta en blanco. Todavía se atreve con ropas ajustadas y vestidos, y le encantan las botas altas. Es como una amazona.

La verdad es que puedo presumir de la genética maravillosa de la familia Parisi.

—Cariño —mi abuela me mira de arriba abajo—, tendrían que contratarte solo por guapa.

Me echo a reír y le digo que no. Llevo un pantalón ajustado de cuero sintético, unos zapatos de tacón que no suelo ponerme y que me van a doler mucho después, pero como voy a ir en coche, no me importa. Completo el look con una blusa blanca y me pondré una blazer también de color negro.

No deja de ser una comida de trabajo y no quiero ir casual. Aunque tampoco es que vaya excesivamente arreglada.

—Espero que no sea solo por eso —contesto a mi abuela.

—Has dormido mejor. —No es una pregunta.

—Sí, muchas gracias por tu ayuda. No sé por qué funciona —aclaro —, pero está claro que lo hace.

—Hay tantas cosas que no sabes… —murmura en voz baja—. Pero ya te enterarás, Ares.

—Odio cuando haces eso —gruño—. Es como dejar una serie a medias.

—¿Has encontrado a alguien que pueda ayudarte en tu tema? —Me mira por encima de la taza de café con leche. Siempre que hace eso pienso que ya sabe la respuesta.

—Algo tengo —digo haciéndole las coletas a Venus, que se está comiendo los cereales. Hay que ahorrar tiempo como sea.

—Si no te sirviera, tengo un contacto en el monasterio.

—¿Un contacto en el monasterio? —Me siento al lado de Venus y apoyo sus Nike blancas sobre mi muslo derecho. Le estoy atando bien los cordones—. ¿En cuál?

—En el de San Jerónimo de la Murtra.

—¿Qué contacto tienes tú ahí?

Ella se encoge de hombros, pero no me responde.

—Tengo muchos años y muy buenas amigas —contesta—. Algunas todavía viven, como yo. Pero San Jerónimo es su casa.

—¿Tu contacto misterioso vive en el claustro? —pregunto

concentrada en el nudo—. ¿Quién es? ¿Una monja?

—Bueno, una antigua religiosa que vive allí en retiro permanente. Si la necesitas, házmelo saber, que acordaré una cita con ella. Se llama madre Mariagna.

Bueno, está bien, me haré un apunte mental con su nombre. Nunca se sabe de quién más tendré que tirar para continuar con mi investigación paralela a la de la policía.

Hago que Venus se lave los dientes, le cojo la mochilita, le pongo el abrigo y antes de irme, le digo a mi abuela:

—Yaya, hoy Venus se queda a comer. No estaré para recogerla. Ahora tengo que ir a hacer un par de recados con el coche y después comeré con el director del sello de cómic. Pero cuando salga, he quedado con alguien que me puede ayudar con todo lo que os conté ayer. No volveré hasta la tarde. ¿Pasarás a recogerla?

—No, la dejaré allí para que se la lleve el mejor postor.

—No bromees con eso —le advierto con una medio sonrisa.

Ella asiente, tomando nota de todo. Es increíble que sea partícipe de todo esto y que de verdad apruebe lo que hago.

—Solo ten cuidado.

—¿Me dices eso porque has vuelto a echarme las cartas?

—Te lo digo por lo que te lo digo. Ten cuidado, Ares. Nada de lo que está pasando es un juego. Es serio.

—¿Crees que no lo sé? Yaya, en mi vida he tenido tanto respeto por nada.

—Bueno, ya me entiendes. No eres una chica que vaya a pasar desapercibida, precisamente.

—No te preocupes. Si veo que todo se enturbia demasiado, daré un paso atrás.

—No. Eso no lo vas a hacer. Si te metes de lleno en lo que sea que sucede, no saldrás hasta averiguar lo que pasa en realidad. Lo sé. Eres obsesiva.

—¿Y por qué crees eso? ¿Porque soy una Parisi?

—No. Porque eres hija de tu madre, y ella era como tú. No atendía a razones cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—Sea como sea, no me va a pasar nada. Todo va a estar bien.

—Si el Demonio te ha buscado en sueños, es porque quiere llevarte al Infierno, Ares, y simbólicamente puede significar muchas cosas.

Mi abuela y sus tonos, que me dejan con el corazón helado.

—Te prometo que no haré nada que me pueda poner en peligro.

—Eso espero.

Sonrío, le doy un beso en la frente, Venus le da otro y salimos las dos cogidas de la mano.

La llevo a la guardería El Patufet, que está al lado de nuestra casa y no tardo más que dos minutos en ir y volver.

Después de dejarla allí a las ocho de la mañana, cojo el coche y me voy a la imprenta para imprimir unos bocetos en DIN A3 que creé ayer por la noche. Quería ir a la reunión con algo, no solo mostrar la idea que tenía pensada. No suelo tener problemas en hablar y desarrollar el proyecto durante una comida, pero pensé que lo mejor sería enseñarles lo que había estado ideando. Y ayer, antes de acostarme, me entró un arrebato creativo y estuve dibujando hasta las dos de la mañana.

He creado un personaje. No sé de dónde viene, no sé quién es, pero sí sé lo que hace.

Se llamará Dana, tendrá una línea parecida a las mujeres Marvel, a las que adoro dibujar. He hecho una mezcla entre la Viuda Negra y Jessica Jones. Me he inspirado en Scarlett Johansson, pero le he añadido el estilo un poco *dark* de Jessica.

Les llevaré algunas escenas y he preparado una pequeña sinopsis argumental de lo que va a ser una trilogía.

Por ahora, lo único que sé de ella es que se llama Dana, que tiene una estrecha relación con el fuego y venga a mujeres que han sufrido maltrato a manos de los hombres.

Esa es la base. Creo que las ilustraciones transmiten muy bien la fuerza del personaje y lo cabrona que puede llegar a ser.

Me encanta dibujar mujeres, imprimirles carácter y fuerza y dotarlas de algo más que un buen cuerpo y unas buenas tetas. Lo bueno de haber dibujado para grandes como DC y Marvel es que aprendes de los mejores. Y lo bueno de ser mujer en ese mundo es que le das tu propio toque, uno menos sexual y mucho más femenino.

Con todo y con eso, ponme a Batman o a Superman y los voy a dibujar todo lo sexis que son, pero con mala leche. Me gustan los personajes así, más duros, más oscuros. Héroes, sí, pero con su lado villano. Al fin y al cabo, las personas podemos ser héroes o villanos según nuestro comportamiento a lo largo del día.

Después de eso, he ido a ver al gestor para que esté al día de todas las facturas que he ingresado en el último trimestre. Es lo que tiene ser autónoma.

Me gano la vida como ilustradora. ¿Me hago millonaria? Por ahora no, pero ya empiezo a tener muy buenos ahorros y, además, un buen fondo de pensiones, que nunca se sabe. Cobro muy bien porque empiezo a tener un caché y, al ser tan joven, con el currículum que me estoy forjando, no me falta trabajo.

Además, puedo hacer muchas cosas y no solo gano dinero de los

cómics, sino también de mi arte. En Estados Unidos los cuadros personalizados y únicos de superhéroes se pagan excesivamente bien, así que los sigo haciendo. Me han pagado desde cinco mil a treinta mil dólares. Allí se pirran por este tipo de arte; además, siempre hay millonarios excéntricos que quieren exclusividad.

Pero no puedo enseñar esos dibujos por las redes por tema de derechos y porque no quiero que nadie los copie y haga lo mismo, o mis clientes se sentirán estafados.

Una vez, un californiano que luego descubrí que era un actor famoso, me pidió que hiciese un cuadro de dos por dos metros de Wonder Woman sentada en el Trono de Hierro, con Superman haciéndole de hombre mesa y ella con los pies apoyados en su espalda, como una reina de los universos.

Pero también me pidieron otras muchas cosas, algunas muy eróticas. Esos dibujos se pagan más caros. Así que he descubierto que a los ricos les pone tener murales y obras de arte con sexo a lo bestia en sus salones y oficinas, y les gusta que yo se los haga, porque el boca a boca funciona muy bien en esos lares.

Por eso voy a comer con Random Cómics. Soy española, soy de Barcelona y tengo un buen cartel. Eso es bueno.

En el trayecto hasta la Diagonal, me llama Lu por el manos libres, así que se lo cojo.

—Pero ¡¿qué ven mis ojos?! —bromeo—. ¡Por fin das señales de vida!

Lu se echa a reír.

—Qué mal —asegura—. Parecía un buen tío, treinta y dos años, más o menos guapo, con piso propio, CEO de una empresa de ahora no recuerdo qué… —enumera—, hasta que me levanto el domingo por la mañana y me encuentro a su madre en la cocina preguntándome qué quiero para desayunar. Y no solo eso, después va y le lleva los calzoncillos dobladitos y recién lavados a la habitación y ¡se los guarda ella en el cajón! ¡Es un mamitis!

Me da un ataque de risa. Pobre Lu. Le suelen pasar estas cosas.

—Y ¿entonces?

—Entonces, *bella ciao*.

—¿Ya no lo verás más?

—No. Pero el sexo estaba bien. Bueno, escucha, es que tampoco te llamo por eso…

—Un momento. —Miro por el retrovisor y veo que tengo el coche de atrás muy pegado—. ¿Qué haces, tonto? —pregunto en voz alta—. ¿Te quieres meter en el maletero?

—Estás conduciendo, ¿verdad?

—Sí.

—Te pones así cuando conduces.

—Barcelona para conducir es como Esparta. Y algunos conducen fatal.

—Sí, y tú eres una histérica. En fin… He estado cotejando el plato que encontré y que has dibujado. Ha sido como jugar al ahorcado.

—Y ¿qué has descubierto? —Encima uno me pita ahora cuando no es a mí a quien tiene que pitar.

—Bueno, es algo realmente fascinante. Y no es para nada habitual.

—Qué intriga…

—Mucha. Creemos que hace referencia a Coelia Concordia. Una *Vestalis Maxima*.

—¿Quién?

—Coelia Concordia era la vestal más conocida de Roma. Dimitió en el año 384.

—Vestal… —susurro, pensativa—. ¿Qué es una vestal, exactamente?

—Eran sacerdotisas. Tenían que ver con la protección de los hogares. Ellas guardaban el fuego sagrado, la llama de la ciudad de Roma. Si se apagaba, esta dejaría de ser próspera y sucumbiría a la oscuridad.

—¿En serio?

Recuerdo mi sueño. No puedo evitar relacionar lo que me ha dicho con él. Es curioso que tengan tanto en común. Mi vestido estaba prendido, y el fuego se había apagado. Pero ese ser no me dejaba llegar a aquel lugar…

—¿Me oyes, Ares?

—Perdón, ¿qué?

—Que es muy interesante haber encontrado algo así en Baetulo. La ciudad fue fundada por los romanos en el 300 antes de Cristo. Intentaban expandir su conquista por toda Europa. En España estaban los íberos, y después vinieron los layetanos… Pero los romanos querían frenar a los cartagineses y ocuparon toda la península ibérica. De ese modo, entre el siglo I y II antes de Cristo, España ya era de ellos. Entonces, alrededor del año 100 antes de Cristo, los romanos, con ayuda de los autóctonos, decidieron crear fundaciones de tipo urbano como Baetulo, que se convirtió en la más importante, próspera y poderosa de la Vía Layetana. Ahora bien, aunque parece que sepamos mucho, tampoco conocemos demasiado de Baetulo. ¿Te estoy aburriendo?

—Para nada. —Me encanta oírla hablar.

—Bien. Lo normal es que haya cerámica o monedas dedicadas a

Vesta, pero no a una vestal. Esto lo que nos dice es que la sociedad baetuliana de entonces podría haber adoptado los mismos comportamientos que la romana, donde las vestales eran importantes, se oraba a otros dioses, no a los cristianos, y donde había una serie de tradiciones paganas que regían las creencias sociales. Siempre he creído que Baetulo estaba plagada de paganismo y brujería. Hemos encontrado muchísimos objetos que nos lo confirman y siempre he defendido que era una mini-Roma —conozco esos objetos porque mi abuela tiene muchos de ellos—, igual de abierta, perversa y decadente que la original. Encontrar un plato en el yacimiento de la alfarería es lo más común del mundo, pero uno de estas características dedicado a una personalidad mujer, no. Y menos a una vestal.

Lu está tan eufórica y le apasiona tanto el tema del que está hablando, que me transmite su energía.

Es muy inquietante la información que me acaba de pasar.

—Coelia Concordia… Siglo IV —repito lentamente—. ¿Qué has dicho que era?

—La Suma Vestal. Para que lo entiendas, fue la última conocida en Roma porque se cerraron todos los templos de oración a otros dioses tras su caída, ya que se abolió la religión tradicional romana y llegó el cristianismo. Y chao*, pescao*.

—Muy interesante todo, Lu.

—Seguiremos trabajando en el yacimiento y sacando todo lo que podamos. El *domus* que hay es muy grande y de características parecidas a la Casa de los Delfines. Ojalá podamos encontrar algún mosaico romano. Me encantan. Representan mucho sus vidas y aquello en lo que creían.

—Pues me alegra mucho que estés disfrutando tanto de ello.

—Sí. ¿Vas a la reunión de trabajo?

—Sí. Voy a ver qué me ofrecen y si les gusta lo que tengo pensado.

—A ti te dirían que sí, aunque pintaras un pepino con patas.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Espero que se centren más en cómo dibujo, que ya lo saben. No son tontos, antes de quedar con alguien, estudian su progresión.

—Me imagino. ¿Nos vemos esta tarde?

—No puedo. Tengo algo que hacer. —A Lu no le he dicho nada del investigador privado, ni siquiera de lo que sé. De repente, es como si no quisiera hacer partícipe de esto a nadie más porque, si es verdad que me estoy metiendo en boca de lobos, prefiero saber hasta qué punto lo estoy haciendo y lo que va a implicar—. Pero te llamo para vernos uno de estos días o si quieres que te dibuje algo más.

—Vale, *amore*. Un besote y mucha suerte.

—Un beso. Adiós.

Subo la música que suena en la radio. «Bad Habits», de Ed Sheeran.

Y me gusta.

—*My bad habits lead to late nights endin'alone*… —Tamborileo los dedos contra el volante.

Coelia Concordia, pienso. Suma Vestal.

Toda una celebridad.

Badalona está a un tiro de piedra de Barcelona; están pegadas. En metro se llega en nada, unos veinte minutos. En coche puedes llegar a tardar una hora por los atascos.

Hemos quedado para comer en el Antigua, en la calle Marià Cubí.

La cocina es de diseño y los platos no son muy abundantes, pero están muy ricos.

Nos han reservado una mesa un poco retirada solo para nosotros: el director del sello, Rodolfo; su editor, Carlos, y yo. Son dos hombres de unos cuarenta y tantos. Los conozco porque en el mundillo, al final, nos conocemos todos. Tienen un trato fácil y saben lo que quieren. Rodolfo tiene el pelo rasurado, ojos negros y perilla blanca. Carlos es más *grunge*, con el pelo espeso y algo largo y gafas de ver de pasta negra. Ambos son interesantes y me gusta conversar con ellos porque hablamos de lo que nos apasiona: la ilustración.

En la esquinita donde estamos, la luz es muy tenue, pero lo suficiente como para vernos y apreciar el ambiente íntimo del lugar. Las paredes son de piedra y la decoración es muy acogedora; da la sensación de que estás en una casona clásica con tintes románticos, como las típicas masías señoriales de montaña.

Me agrada estar ahí.

Quieren pedir vino para mí, pero lo declino.

—No, gracias. No voy a beber. —Además, el vino en sí no me gusta demasiado—. Una Pepsi Zero, gracias.

—Eres de cafeína —asume Rodolfo cuando el camarero se va con nuestro pedido.

He optado por un canelón trufado de ricota y salmón que me ha recomendado el mismo camarero, y también pulpo. Ellos se han pedido de primero un arroz meloso con rabo de buey y steak tartar de segundo.

—Soy de cafeína. —Sonrío y me coloco la servilleta sobre las piernas—. Sube menos que el vino.

Han querido saber muchas cosas sobre mí. Qué tal fue mi experiencia en Estados Unidos, cómo eran los editores allí, si he ido a

convenciones, si me han invitado a estrenos de películas de *Los Vengadores* y demás… Les he tenido que decir que sí a todo.

Se han quedado de piedra cuando les he dicho que tengo una hija de tres años, pero han sido discretos y no han preguntado más. Mejor, porque mi vida privada es mía.

Y, después, la pregunta estrella:

—Tienes los ojos más alucinantes que he visto en mi vida. ¿Son lentillas?

—No —contesto echándome a reír.

—¿Quién tenía los ojos de ese tono violeta?

—¿Audrey Hepburn? —pregunta Carlos mirando con detenimiento los dibujos que le he traído perfectamente encuadernados.

—Elizabeth Taylor —contesto yo.

—Son muy bonitos, espero que no te ofenda —sugiere Rodolfo con mucha educación—. Que ahora con todo el tema del *me too*, uno ya no sabe si se propasa, es poco ético o no es adecuado decir estas cosas.

—Bueno —rio un poco incómoda—. Creo que la campaña no iba por ese tipo de observaciones. Pero no me ofende, gracias. —Sonrío.

El camarero trae el vino y la bebida. Me sirven a mí la Pepsi y, después, a ellos el vino tinto que se han pedido. Uno caro, porque allí no hay Don Simón.

—A ver, Ares. —Se nota que está adoptando el tono de director y que vamos a hablar de mi proyecto—. Eres una ilustradora con muchísima proyección internacional.

—Aunque aquí no me conozca nadie —añado, provocando sus risas.

—Nosotros sí, que es lo más importante —contesta Carlos—. Y hemos sido los más rápidos.

—Hemos seguido tu trabajo —añade Rodolfo—; hemos visto el tipo de línea que dibujas y que tienes un estilo muy tuyo, de fríos y cálidos. Y te queremos en nuestro sello.

—Tienes una línea muy elegante y se nota tu influencia de Marvel y DC. Tus dibujos —reconoce Carlos con mucha sinceridad— son impecables. Y me encantan.

—Muchas gracias —contesto.

—No es adulación, es sinceridad —aclara Carlos—. Creo que Dana puede encajar mucho y muy bien en la línea editorial que más vende ahora en novela gráfica comercial. Una heroína, una mujer empoderada, crítica social, la venganza y la justicia de fondo… ¿Sabes más o menos por dónde vas a querer ir?

—Todo empezará con el asesinato de una mujer que está relacionada con Dana. Ella se tomará la venganza por su mano y

descubrirá que tiene una habilidad especial que pondrá al servicio de todas las mujeres que le pidan ayuda.

—¿Un don paranormal?

—Sí, relacionado con el fuego —digo mirando los dibujos que aún están abiertos sobre la mesa.

—De ahí sus manos con llamas.

—Exacto.

Carlos asiente varias veces. Se sube las gafas por el puente de la nariz regordeta y hace un mohín de conformidad.

—¿Y Dana tendrá un amor, un héroe o un villano?

—Dana puede tenerlo todo si quiere —contesto—. Pero tendrá un compañero inesperado del que no puede enamorarse.

—¿Cómo va a ser ese compañero?

—Lo estoy meditando. Aún debo darle la forma adecuada.

—La desgracia del héroe y su camino solitario —conviene encogiéndose de hombros—. Me gusta mucho, Ares. Yo digo sí. Quiero esto. —Señala el pequeño dosier DIN A3 que les he entregado—. Estaríamos hablando de tres novelas gráficas que saldrían a partir de junio del año que viene, con una diferencia de seis meses entre ellas.

—¿Cuándo debería entregar el primero? —quiero saber.

—No tengo las fechas aquí, pero posiblemente a finales de este año. ¿Lo ves bien de tiempo? Puedes modificar tú el calendario si lo prefieres. Prepárame uno a tu medida y nos adaptamos a los tiempos.

—El que me has dicho no me parece mal. Pero cuando me adjuntes el calendario y la hoja de ruta, si tuviera que modificar algo, te lo diría. —Tengo tiempo de sobra para ir preparando las novelas, estructurar tramas y trabajar en los diálogos y hacer los dibujos. Además, también me permitiría continuar realizando trabajos particulares para otros.

—Lo que tú digas. También hablaremos de cómo vamos a promocionarte a ti y a las novelas y demás. Te mandaremos en un email todo lo que tenemos pensado para ti, promociones y lanzamientos en Comic Con. Esta comida es para conocernos mejor y cerrar nuestra colaboración de cara a un futuro inmediato.

—Sí, lo entiendo. Cuando lo tengáis todo, ya me lo pasaréis —contesto tomando un sorbo de mi bebida.

—Entonces ¿te haría ilusión trabajar con nosotros?

—Sí —reconozco—. Hasta ahora, todo mi trabajo ha sido internacional. Pero me encantaría estar en una casa grande, en mi país, donde me cuiden y sepan venderme, y donde pueda trabajar cómoda. Porque tengo miles de ideas y conozco mucho a los consumidores de cómics y sé lo que quieren; al menos, los que me

siguen.

—Tienes cien mil seguidores. Son muchos —dice Rodolfo admirado.

—Y muy fieles —aseguro.

—Entonces te pasaré hoy mismo el contrato que estoy preparando para ti. Léetelo todo y, si te parece bien, cuando puedas, nos lo firmas. Y si hubiera alguna cláusula que quisieras modificar, también nos lo dices y te lo reenviaremos con los cambios solicitados.

Sí, menos mal. No quería hablar de cifras comiendo. Los números se me atragantan. Prefiero leer las remuneraciones en papel y decidir si es un buen contrato o no.

—De acuerdo —convengo.

—Bien. —Rodolfo sonríe con mucho orgullo—. Entonces ¿podemos brindar por el nuevo fichaje?

Alzo la Pepsi con una disculpa, porque sé que hay que brindar con vino.

—Brindemos.

—Por Ares y por una relación que espero que dure muchos años.

—Por nosotros —digo yo.

Carlos bebe de su copa y dice:

—¿Qué hay de cierto en que te propusieron hacer un cameo en *Wonder Woman*?

Yo me echo a reír e inmediatamente corto el tema. En redes se dicen tonterías y lo peor es que la gente que las lee, las lee mal, se repiten y cuando esto ocurre, parece que muchos se lo toman como verdad. Es ridículo.

—Es una leyenda urbana —contesto—. Soy ilustradora, no actriz.

Al final, hemos estado muy a gusto conversando del sector y de otros muchos rumores sobre mí, algunos de los cuales no sabía ni que existían, y sobre el metaverso Comic Con.

Sé que mi mundo, el que me apasiona y que también es mi profesión, es pequeño y raro, pero es fascinante la cantidad de chismorreos que también se originan alrededor.

Carlos se ha quedado los bocetos y he salido con el tiempo justo para llegar a la hora concertada con el investigador, cuyo nombre desconozco.

Por cierto, la comida deliciosa y el pulpo muy jugoso.

Aparcar por el centro de Badalona es una misión imposible. Pero he tenido suerte y he encontrado aparcamiento en una de las calles perpendiculares a la calle del Prim. He dejado el Mini ahí y me he ido

andando hasta el Antillana, que hace esquina con Prim y la Rambla.

Es un restaurante que ocupa parte de la Rambla con su terraza y, por la noche, ponen copas y música.

Entro y me siento en una mesa que hay pegada a la pared, en un pequeño altillo. Me quito la americana y ojalá pudiera descalzarme y quitarme los tacones. Pero no puedo.

Dejo el móvil sobre la mesa y me paso las manos por el pelo.

Está siendo un día movidito y no he parado desde que me he despertado. Pero mentiría si dijese que no he estado pensando continuamente en esta reunión.

Porque de todas las cosas que he hecho en mi vida conscientemente, esta es la más extraña.

X

Me estoy tomando un agua, porque hoy voy servida ya de cafeína, como ha dicho Rodolfo.

Estoy nerviosa y no sé muy bien cómo actuar.

Tampoco sé qué aspecto tiene el investigador. Debería habérselo preguntado.

Sea como sea, ya le he escrito y le he dicho que estoy sentada en una de las mesas que hay contra la pared.

Empiezo a mirar el móvil, nerviosa. Abro la fotografía del cadáver de la chica y dudo si enseñárselo o no. Porque lo único que tengo es la explicación de Hugo de cómo la encontró él supuestamente.

Me he hecho una lista mental de lo que le quiero explicar y cómo quiero contárselo.

Solo espero que me entienda y no me tome por…

—¿Hola?

La voz me resulta muy familiar, pero cuando levanto la mirada del móvil, enmudezco, porque no entiendo lo que está pasando ni qué hace aquí y por qué hemos vuelto a encontrarnos. Me tiró de la moto el viernes, me salvó de beber droga el sábado y hoy lunes me lo encuentro en el Antillana cuando voy a quedar con el investigador. Se me queda la boca seca al verle y un sutil estremecimiento me recorre la columna vertebral.

No puede ser. Miro hacia la puerta esperando a que entre el hombre con el que he quedado.

—Hola —contesto con educación—. Ya te lo dije el sábado, pero de verdad que parece que me estés siguiendo. ¿Eres un *stalker*?

Mueve la cabeza ligeramente, inclinándola hacia abajo y entorna los ojos amarillos. Me gusta mucho cómo viste. Lleva un pantalón tejano ajustado de los que marcan pierna y cortos de abajo, unas deportiva negras y un jersey gris oscuro de manga larga. Cuanto más lo miro, más alto y corpulento me parece. En el cuello lleva una especie de chal gris oscuro enrollado, como si fuera una bufanda.

—¿Ares? —pregunta con las cejas alzadas.

Eso me pone en guardia.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Creo que me has llamado. Y aquí adentro no hay nadie más, excepto tú.

—¿A ti? No. Yo no te he llamado.

—Yo creo que sí. Dices que te han pasado cosas extrañas…

Durante varios segundos no reacciono, ni siquiera parpadeo. Hasta que mis pestañas titilan y me aclaro la garganta al comprender quién es. ¡Venga ya! ¡No me fastidies!

—Esto tiene que ser una broma.

—No —contesta con el rictus solemne.

Lo miro de arriba abajo, más impresionada que nunca.

¿Se está quedando conmigo? ¿Cómo va a ser él el investigador?

—A ver, que me aclare —digo moviendo las manos sin ocultar mi nerviosismo—. ¿Tú eres el de la web?

—Sí. —Toma asiento, disfrutando mucho de mi estupefacción absoluta—. Me llamo Adonis.

—¿Adonis? ¿Ese es tu nombre? —repito sin saber si tomármelo en serio.

Adonis, el joven amante de Afrodita, sumamente hermoso. El nombre le complementa, aunque este tiene un atractivo más salvaje y menos dulce, excepto que es bello de un modo insultante.

—Sí, me llamo Adonis. ¿Pasa algo? —pregunta observándome detenidamente—. Tú te llamas Ares. Dios de la guerra. Afrodita era tu amante favorita, ¿verdad? Parece ser que nos acostamos con la misma mujer.

Frunzo el ceño y pienso que es rápido de mente y ocurrente, pero con la gracia de los que tienen un palo metido en el recto anal. Avisa a la camarera y, con gesto muy educado, pide una botella de agua.

Apoya su inmensa espalda en la silla y vuelve a mirarme de un modo que parece muy intimidante.

—¿Cómo tienes la rodilla?

—Bien. —Me aclaro la garganta y, por fin, vuelve a llegarme el riego a las extremidades y al cerebro.

—No me has llamado para que nuestros seguros se pongan de acuerdo —señala.

—Todo está bien. No ha hecho falta.

La chica le trae el agua y una copa, y él le da las gracias sin mirarla, porque solo me atiende a mí.

—¿Y tu moto está bien?

—Sí. No tiene ningún rasguño. —Sacudo la cabeza sin entender muy bien la situación.

—¿Y llegaste bien a casa la noche del sábado? Te vi salir a pie de

la fiesta.

—Sí, todo bien.

—¿Te pasaron a buscar?

—Sí. ¿Podemos centrarnos un momento? —Me presiono el puente de la nariz y elevo las cejas—. ¿Eres investigador privado de verdad?

Adonis desvía la mirada a su alrededor, muy disimuladamente. Los mechones de pelo negro que le caen por delante juegan a acariciar sus pómulos. Solo hay dos camareros en la barra.

—Me gustaría que siguiera siendo privado, así que baja la voz.

—Por favor —digo.

—¿Cómo?

—Baja la voz, por favor —repito.

Él cuida mucho las expresiones. No es para nada expresivo y mide mucho sus gestos y los temblores de sus músculos faciales. Su lenguaje no verbal es hermético.

—¿Sabías que era yo? —le pregunto.

—No. Tengo otro móvil para estos… menesteres.

—Menesteres —repito sin poder evitar reírme—. Has debido de recibir una muy buena educación —apruebo.

—No estamos aquí para hablar de mí. Cuando te caíste de la moto…

—Cuando me tiraste, querrás decir.

—Sí. Hiciste la llamada perdida a mi móvil personal, no a este. No sabía que se trataba de ti.

—¿Y si lo hubieras sabido?

—Habría venido igual —contesta—. Si hay un problema, hay un problema —dice sin más.

—No sé —resoplo sin creérmelo mucho—. Esto parece cosa de brujas —intento bromear.

—O de demonios. —En ese momento entrelaza los dedos de las manos y las apoya sobre la mesa.

Sí, sin duda es mucho más adecuado el tema de los demonios.

Sonrío sin estar nada convencida. Esto es muy tenso.

—Ahora, en serio. ¿Eres investigador de verdad?

—Sí.

—¿Vives de esto?

Adonis entreabre la boca y se muerde suavemente la lengua con los dientes.

—No vivo de esto —contesta como si le hubiese preguntado una estupidez—. Pero mis honorarios no son baratos. Además, las preguntas las debería hacer yo. ¿Todavía quieres seguir adelante o, ahora que sabes que soy yo, prefieres dar marcha atrás?

—Esto es muy extraño —reconozco en voz baja—. Tienes aspecto de cualquier cosa menos de investigador.

—Es una vocación a la que le dedico algo de mi tiempo, ni mucho menos todo —explica moviendo los hombros como si estuviera contracturado—. La gente de mi círculo no sabe que hago esto como hobby. Y así debe ser.

—Entiendo que, si es una afición, no te lo tomarás muy en serio —asiento, absorbiendo cada palabra.

Se mira el reloj fugazmente, aburrido.

—¿Quieres mi ayuda o no?

—Aún no lo sé.

Él exhala y se lleva la mano a la cartera del bolsillo del pantalón.

—No quiero incomodarte, Ares. Puedo darte el contacto de otro investigador para que te eche una mano con lo que sea que te pasa. Si no quieres hablar conmigo y quieres que me vaya, me voy. No me gusta perder el tiempo.

Eso último ya lo sé. Es como si tuviera prisa para todo.

Está a punto de levantarse, pero yo lo evito rápidamente.

—No, no —le pido—. Por favor, no te vayas.

—Bien. Entonces dejemos los aspectos personales a un lado y empecemos por el principio. —Vaya, directo a la cuestión—. He venido porque me has pedido ayuda. ¿Cierto?

—Cierto.

—Quieres saber qué soy. Soy investigador privado y estoy especializado en ritos paganos y demonología. Licenciado en Criminología y con un grado en Teología.

—Pues sí que tienes estudios… —susurro—. Así que ¿querías ser policía y no te cogieron?

—No. Nunca he querido trabajar para nadie. No quiero placas ni símbolos. Me gusta hacer las cosas solo, a mi manera.

—Pero has dicho que no te dedicas a esto, que no es tu profesión.

—No lo es —me repite—. Si has entrado en mi *landing page* —su inglés es perfecto—, has leído lo de los demonios y, aun así, has seguido adelante y te has puesto en contacto conmigo, es porque… —mueve la mano, esperando a que yo empiece a hablar.

—Es porque… —En cuanto lo diga ya no habrá vuelta atrás para mí—. Porque creo que está pasando algo a lo que no le sé dar explicación.

—Relacionado con qué.

—No estoy segura.

—¿Muertos?

—¿A qué tipo de muertos te refieres? ¿A los vivientes?

—No. A los de verdad.

—Hay un cadáver, sí.

Adonis asiente satisfecho, se pasa la mano por el pelo y toma su vaso de agua.

—Cuéntame en qué crees que puedo ayudarte.

Al final, me armo de valor y le explico lo que está sucediendo tal y como lo he visualizado mil veces en mi cabeza, en el mismo orden.

Para mí el tema del incidente es muy delicado y no quiero hablarle de ello todavía, pero sí le menciono lo de las fotografías, aunque no se las enseñe. Quiero que sepa que las tengo en mi poder y que es más que evidente que se trata de la misma chica, la misma que niegan las panaderas y que, además, Hugo cree que no se puede identificar.

Adonis me ha escuchado con mucho interés y concentración, y mentiría si dijese que no me ha puesto nerviosa tener esos ojos grandes y lobunos fijos en mí.

—¿Y ese vídeo en el que dices que sale la víctima del río Besós, lo tienes en el carrete? ¿El que te eliminaron de Instagram?

—Sí.

—¿Y cuándo te lo eliminaron?

—La notificación me llegó este sábado pasado. El vídeo lo subí el miércoles.

—¿Cuál es tu Instagram? —pregunta de repente, apuntándose las cosas en una libretita con cubiertas de cuero.

—Ares Avenger.

—Ares Avenger —repite alzando esa mirada de bronce deshecho en mí—. ¿Como *Los Vengadores*?

—Sí.

Parece alzar un poco la comisura del labio, o tal vez soy yo que me lo estoy imaginando.

—¿Quién te envió la foto del cadáver del río?

—Eso… no lo puedo decir —contesto.

—¿Y quién te ha filtrado lo del forense?

—Tampoco lo puedo decir.

Adonis asiente sin estar muy conforme.

—Información clasificada —digo. Todavía no estoy cómoda.

—Dices que la chica tenía marcas en las muñecas, como si la hubiesen atado, y que en sus brazos no había pinchazos ni jeringas alrededor, pero la información que manejas del forense menciona todo lo contrario.

—Sí.

—Hablas de una pulsera de plata con hojas de vid en su muñeca y que desapareció según el forense.

—Sí. La tengo, quiero decir… —corrijo rápidamente—, la víctima la tenía puesta en la panadería y también en la foto inicial que me mandaron. Después, según mi contacto, ya no tenía nada en las muñecas. Dijo que, probablemente, se las habrían robado los yonquis.

—De acuerdo. —Apunta las palabras rápidamente en la libreta—. Y hablas de hiedra natural en… —Vuelve a alzar los ojos, como si me desafiara.

—Sí. Una hoja de hiedra, como si se le hubiese caído de entre los dedos. La tiene pegada a la cadera. Pero en el informe tampoco se menciona. ¿Quién se iba a fijar en eso?

—Tú, por ejemplo. Y cualquiera podría si fuese observador e hiciera bien su trabajo.

—No sé si has estado por esa parte del río… No hay hiedra. —Me retuerzo las manos, nerviosa—. A mí me parece extraño. Tampoco sé quién eliminó el vídeo de Instagram.

—Instagram no facilita esos datos. Te dicen por qué te han suspendido la cuenta, pero no quién hace la denuncia. Por privacidad y seguridad.

—Ya…

—Necesito que me enseñes los archivos audiovisuales de los que dispones.

—No te los voy a pasar —aclaro.

—Vale. Pero si los tienes en tu teléfono, quiero verlos. Solo para cerciorarme de que hay un caso real y no es un mundo imaginario.

—Créeme que tengo mucha imaginación, pero no tanta.

Tomo mi iPhone 13. Busco la foto, ocultando la galería para que él no vea nada, y cuando la encuentro, se la enseño.

—Esta es la foto del cadáver que tomó la persona que encontró a la chica.

Adonis lo estudia todo con esos ojos animales e inteligentes.

—¿Qué te parece?

—No tiene mucho parecido al panorama que te describió tu contacto de la policía.

Asiento y abro el vídeo que grabé el miércoles pasado. Se lo enseño y le doy al play.

—¿La ves? La chica del mostrador. ¿Le ves la pulsera? ¿La cara? —Adonis asiente a todo—. Es ella.

—Sí, es ella.

Que él me lo confirme hace que libere un peso que no sabía que llevaba a la espalda. Es como si alguien me hubiese dado un golpecito cariñoso entre los omóplatos para decirme: «No estás loca».

Me guardo el móvil y, por fin, me relajo.

Adonis suspira, cierra la libretita de apuntes y apoya las manos sobre ella. Después, con mucha lentitud, saca un paquete de caramelos de menta y se mete uno en la boca.

—¿Quieres? —me ofrece.

—No, gracias.

Continúa observándome, valorando todo lo que le he contado y pasándose el caramelo de carrillo a carrillo. Es un caramelo muy fuerte porque el olor mentolado llega hasta mí.

—Ahora, la pregunta más inquietante de todas: ¿por qué te interesa esto? No conoces a esa chica, no tenías relación con ella, ¿no?

—No.

—Entonces ¿qué interés tienes? Si es verdad que nadie ha denunciado su desaparición, ¿qué relevancia tiene para ti?

—Me puede la curiosidad. Solo eso —miento.

—No. —También sabe que miento—. No es por eso.

—¿Importa el motivo si te voy a pagar igual? —respondo, tan desafiante como él.

—La verdad es que no. Debo reconocer que es un caso extraño. —Sin más dilación, se guarda la libreta en la cazadora.

—¿No te importa que no tenga que ver con demonios?

Adonis sonríe. Tiene una sonrisa perfecta. Hasta le salen hoyuelos.

—Todos tenemos demonios, y todo lo malo tiene que ver con ellos. Lo difícil es saber en qué forma se presentan. Los exorcistas continúan existiendo y haciendo su trabajo por algo.

—No creo en los exorcistas. La verdad es que me está costando creer en todas estas cosas.

—Y, sin embargo, has llamado a un investigador formado en demonología, ¿por qué?

—Me has parecido el más serio de todos —contesto.

—¿Hay algo más que no me cuentas? ¿Algo raro que… te esté pasando a ti?

¿Como que sueño con flautas, seres diabólicos y fuego?, pienso amargamente.

—No.

—¿Vas a decirme la verdad o vas a seguir dando rodeos? Si me has buscado es porque crees que todo esto tiene que ver con algo paranormal, ¿por qué?

Bebo de mi vaso de agua, sin apartar la mirada, y asumo que espera que se lo revele todo, aunque no tengo intención de hacerlo.

—Eres demonólogo. Dímelo tú.

Está meditando qué decirme. Conoce la respuesta perfectamente, pero por algún motivo, desconfiamos el uno del otro.

—Es por la hiedra. —Capta mi atención inmediatamente. Dispara con bala—. Te llama la atención, has puesto mucho énfasis en la hoja y en la pulsera. ¿Es porque es el pothos? ¿Porque es el ivy del Diablo? —Que me hable así ya me deja ver que conoce las plantas—. No será por eso, ¿no? —¿Se está burlando de mí? Me lo parece—. Porque es una obviedad. El Demonio tiene muchas plantas, no solo esa.

—Tú solo dime si te interesa o no lo que te he contado.

—Todavía tengo que valorarlo. Tienes que darme todos los datos posibles. Me atrevería a decir que algo de todo esto te toca muy de cerca.

Se me ha ido la sonrisa de los labios, porque que se acerquen tanto a tu talón de Aquiles siempre da miedo. Él no sabe ni quién soy ni qué me pasó, pero por un momento me ha dado la sensación de que podría averiguarlo sin problemas. Me siento violentada y tengo ganas de irme.

—No es asunto mío —rectifica él al percibir mi nerviosismo—. Te lo he preguntado solo porque me gusta entender qué mueve a la gente a querer buscar ayuda para alguien que ya no la necesita porque está bajo tierra y a la que, además, no le une ninguna relación.

—Quiero saber qué está pasando —digo sin más—. Y no quiero tener problemas, porque sea quien sea quien me eliminó ese vídeo, sabe que yo sé quién es la chica muerta y dónde obtener información sobre ella.

—Es decir, crees que quien borró tu vídeo está detrás de la muerte de esa mujer y temes que te pueda hacer algo a ti solo porque tienes más información de la que dispone la policía. Por eso lo quieres descubrir antes.

—Sí. —Omito decirle que, si sé quién está detrás del vídeo y quién le hizo eso a la chica, podría conducirme hasta quien abusó de mí hace cuatro años por la similitud de lo que nos sucedió a ambas—. ¿Te vale esa respuesta?

—Por ahora sí. —Tamborilea los dedos de la mano derecha sobre la mesa—. Te informaré casi todos los días de lo que vaya descubriendo.

—¿Eso quiere decir que sí vas a ayudarme?

—Si aceptas mis honorarios, sí.

—¿Y cuáles son?

—Seiscientos euros a la semana.

Abro los ojos como platos y se me desencaja la boca.

—¡Menudo robo! ¡¿Es en serio?!

Adonis se muestra absolutamente inflexible.

—Sí.

—¿Eres Sherlock Holmes?

—No. Soy Adonis Russo.

¿Russo? Incluso su apellido es muy masculino y viril.

—Eres insultantemente caro. No tiene sentido.

—Dame una semana y verás lo que puedo hacer por ti. Soy caro porque soy bueno —asevera con una seguridad en sí mismo que parece hasta fría.

—No creo que seas tan bueno como para valer seiscientos euros semanales —señalo, desaprobando su precio.

—¿Eso crees? —Es impasible.

Me encojo de hombros.

—Con razón tienes los coches que tienes si sableas así a todo el mundo…

—No me gano la vida con esto, ya te lo he dicho. Pero soy muy bueno leyendo las sombras e identificando la oscuridad. Muchos lo llaman «intuición».

—Creo que eres un charlatán —digo empezando a perder la paciencia.

—No soy ningún charlatán. —Eso sí parece ofenderle.

—No lo tengo claro.

—¿Quieres ver lo bueno que soy? Hagamos una prueba —me desafía de modo soberbio—. Por un lado, la persona que te ha facilitado los datos del forense y ha compartido contigo esa información es alguien muy cercano a ti a quien no quieres perjudicar, alguien que ocupa un lugar de poder dentro de la policía, y al que tampoco le has dicho que ibas a investigar su caso por tu cuenta porque no quieres que crea que no te fías de él. Por otro lado, la persona que te ha facilitado esa foto es alguien a quien quieres, por el modo en que has dicho que su identidad no la ibas a revelar. Se te han suavizado los rasgos al pensar en ella. Posiblemente sea una hermana o… —Me señala como si pudiera ver a través de mí. No me creo esta inspección ni el descaro con el que me está descubriendo, así, en un abrir y cerrar de ojos—. No, una amiga. Es una chica. Tal vez sea tu… ¿mejor amiga? —Hostia, que es un mentalista—. Pareces alguien muy independiente y fuerte, y si esto se tratase solo de ti, no estarías tan preocupada. Pero tienes miedo porque hay alguien más de quien debes hacerte cargo, alguien a quien quieres proteger por encima de todas las cosas… Puede ser una persona mayor, tu madre… —Entorna los ojos—. No. Por el modo en que te brillan los ojos ahora debe ser alguien más pequeño. Tu hermana pequeña, ¿tal vez? —Su mirada oscila y me mira de reojo con gesto impertérrito—. Es muy pequeña todavía. Mucho. Tu casco de la moto… —recuerda achicando la

mirada—, debes de quererla mucho para llevar un casco tan caro garabateado con un dibujo infantil hecho con rotulador. Estás emocionalmente atada a ella. Y es una niña, por los colores del dibujo y las florecitas. —Enumera con la precisión de un cirujano—. Y tú, además de ese perfume afrutado que llevas con toques a nube de azúcar, hueles a algo más. —Se inclina sobre la mesa para mirarme fijamente a la cara, como si fuera un animal—. Hueles a Nenuco y a polvos de talco. ¿Tienes una hija, Ares?

Me levanto de la mesa de golpe porque sus suposiciones son tan certeras que hacen que me ponga a la defensiva. Lo hago con tanto brío que casi se cae la botella de agua. ¿Cómo puede ser que un hombre así, de repente, me haya hecho una radiografía? ¿Por qué me ofende que haya nombrado a mi hija?

Porque no me gusta que nadie meta el hocico en mi vida, porque soy celosa de nuestra privacidad. Podría decirle que se equivoca en todo, pero ya sé que con él eso no va a colar.

Me cuelgo el bolso al hombro y estoy dispuesta a irme como la maleducada que no soy, pero me ha puesto los nervios de punta.

—He acertado, ¿verdad? —dice sin mostrar ni un poco de reparo.

—Eso ha sido invasivo —admito sin querer fijarme en su mirada—. No he venido aquí para que me investigues. Solo quiero que me ayudes con…

—No ha sido mi intención ofenderte. —Adonis se levanta y me sujeta la muñeca para que no me vaya—. No pretendía hacerte sentir amenazada. Pero me has pedido una demostración —se explica—, y a veces soy muy impetuoso con mi… habilidad.

—Eso no es una habilidad. Es pura brujería, joder.

—No es brujería. Es psicología. Ares, todo lo que me cuentes, todo lo que averigüe, no saldrá de aquí. Yo no voy a decir nada a nadie sobre ti. Tranquilízate. Ni a mí me interesa que sepan lo que hago ni a ti las cosas que sabes.

Deslizo los ojos hacia sus dedos, que rodean mi piel, y él capta mi tensión. Me suelta suavemente.

—Perdona —se disculpa con la solemnidad con la que habla y se mueve.

Lo que no sabe Adonis es que yo también sé crear perfiles. Y ya me estoy haciendo a la idea del suyo. Me froto la muñeca, aún asombrada por su capacidad.

—No pasa nada. Me has tomado por sorpresa.

—Eres muy honesta. Podrías haberme dicho que no a todo, y no lo has hecho.

—Me has dejado tan en shock que he pensado que no servía de

nada no decirte la verdad.

—Quiero ayudarte —reconoce con más humildad que toda la que ha tenido desde que lo vi por primera vez—. Me interesan los enigmas. Dame esta semana —me pide—, y veré lo que puedo averiguar. No te la cobraré por haber sido descortés.

Aún estoy de pie, pero él se ha sentado. Me señala la silla vacía para que tome asiento de nuevo, pero creo que lo más apropiado es irme. Tengo ganas de estar en casa con Venus, como si la quisiera proteger de algo malo que ni yo sé lo que es.

—Creo que me voy a ir —prefiero ser sincera.

Adonis asiente sin más, aceptando el hecho de que si me largo así es por su culpa.

—Esta semana trabajaré para ti gratis.

—No hace falta —convengo un poco más tensa que al principio—. Te pagaré. No quiero favores.

—No. No me vas a pagar. Esta semana no. Pero tienes que hacerme caso en un par de cosas.

—¿En cuáles?

—Que tu actividad en Instagram siga siendo la misma de siempre, que no hagas preguntas de más a tu contacto de la policía, tiene que parecer que lo has olvidado. Y no le menciones a nadie que me has contratado. No me nombres ni nada por el estilo. No le digas a nadie quién soy. Ah, y no se te ocurra volver a pasar por esa panadería ni volver a preguntar nada a nadie. Dile a la persona que te envió la foto que la elimine de su móvil. Y lo que tienes que hacer es guardar el vídeo y la foto en un disco duro. Esas imágenes no pueden seguir en tu teléfono. ¿De acuerdo?

Asiento, concentrada en sus directrices.

—Eso es más de un par de cosas.

—Pero debes tenerlas en cuenta. ¿Trato? —Me ofrece la mano.

Cuando se la estrecho, tengo la sensación de estar pactando con un lobo.

—Trato. Bueno…, pues seguimos en contacto.

Adonis asiente y vuelve a mirarme de arriba abajo, de esa manera tan suya que hace que me ponga muy nerviosa.

—Adiós, Ares.

—Adiós —respondo y doy media vuelta.

No me había dado cuenta del poco oxígeno que había ahí adentro hasta que salgo a la calle y respiro aire profundamente otra vez.

Adonis Russo ya no me parece un gilipollas.

Me parece un misterio peligroso, con un magnetismo muy difícil de ignorar y con cartelitos de advertencias por todas partes, de esos que

me atraen como la luz a las polillas.

Y es increíble porque sigo sin saber apenas nada de él, pero sin yo decirle nada, ha descubierto a lo más bonito de mi vida: Venus.

XI

Cuando ayer llegué a casa, achuché a Venus todo lo que pude y le pedí perdón en silencio por exponerla así. Adonis la descubrió, y yo me quedé helada. No me gustó.

Ella estaba feliz, muy contenta de tenerme. Dibujamos, jugamos a hacer galletas y luchamos. Sí, es una niña a la que le encanta ensuciarse, pelear y hacer cosas supuestamente de niños y, como yo era así, pues me encanta que ella también lo sea. Además, le enseño cosas de krav magá, pero no tiene ni idea de hacerlas, como es normal. La niña es un poco salvaje y le gusta tirarse por el suelo, hacer volteretas y jugar a la pelota. Jugamos al fútbol en el jardín y eso pone de los nervios a mi abuela, que siempre teme que, de un pelotazo, se pueda romper alguna de las ánforas romanas de cerámica llenas de flores que decoran las esquinas secretas de nuestro patio interior. O que les demos golpes a las hortensias trepadoras que cubren de arriba abajo y de lado a lado el muro que delimita nuestro jardín.

Después la bañé y le hice la cena. A mi monito le encantan los guisantes con un poco de jamón. Se los come a cucharones. Con un añito los cogía uno a uno y se echaba a reír diciendo: «¡*Bustan*!».

Después de cenar la acosté, le di a su inseparable Drimi cabrito y dejé la luz rosa encendida.

Cuando bajé a cenar con mi madre y mi abuela, estuvieron preguntándome sobre la reunión de trabajo. Y les dije que todo había ido bien, que querían mi trilogía y que me tenían que mandar el contrato con los adelantos y demás que querían pagarme.

También les hablé de la vasija que dibujé. Que se trataba de Coelia Concordia y, mientras mi madre guardó silencio, mi abuela insistió en preguntarme si las pesadillas empezaron antes o después de tocar la extraña vasija.

Sé que para ella esa pregunta tiene un sentido metafísico y espiritual al que yo no llego.

Le respondí que antes, y sus ojos avispados titilaron como si viera el futuro. Pero no me dijo nada más. Tampoco he querido que me

tirase las cartas de nuevo porque ya tuve suficiente con la última tanda y creo que me estoy haciendo cargo de lo que me dijeron.

Lo místico y lo mágico o demoniaco me viene bastante grande y me da el respeto suficiente como para no querer ahondar más o, al final, me meteré en un agujero profundo y oscuro que tengo la sensación de que estoy muy lejos de comprender.

Por ahora, ya me va bien que alguien indague por mí. Aunque esa persona sea Adonis. Esta noche no ha venido el Diablo a visitarme en sueños.

Pero ha venido un demonio igualmente: él.

Es en lo que pienso ahora, después de haber dejado a Venus en la guardería, mientras me tomo algo en la cafetería que hace esquina frente a Pompeu Fabra.

Me he traído el iPad y estoy dibujando a Dana, la protagonista, realizando sus WIP con varias expresiones y poses, mientras pienso en el sueño.

Sí que oía la flauta y algo parecido a unos tambores. Y estaba él, Adonis. Yo corría por el bosque; bajo los pies notaba los pinchos de los pinos que aguijoneaban las plantas y la humedad de la hierba. La noche caía sobre nosotros y ocultaba todo lo que sucedía bajo las copas de los árboles, como un velo a otro mundo que privase de acceso a los incrédulos.

Y él corría tras de mí. Me sentía como un cervatillo a punto de ser cazado por un depredador. No estaba asustada. No tenía miedo. Era como un juego maldito y siniestro que se acabaría cuando él me cazase. Y solo sé que me sujetaba por la espalda, me inmovilizaba y decía: «Mía».

—Hola, bonita.

Alzo la cabeza y me encuentro con Hugo, que lleva las gafas de sol puestas, pantalones oscuros y una chaqueta tejana. Estoy en la planta de debajo de la cafetería y no le ha sido difícil encontrarme, dado que me suelo poner en el mismo lugar, frente al gran ventanal que da a la plaza, en la mesa que hace esquina una vez bajas las escaleras y has pasado por todo el mostrador.

Me ha llamado y me ha propuesto vernos.

No sé nada de él desde el domingo y no quiero perder su amistad. Así que le he dicho que sí.

—Hola, *bonic*.

Me da un beso en la mejilla y se sienta frente a mí. Se quita las gafas de sol y me mira de frente.

—¿Qué tal todo?

—Muy bien. Aquí estoy, trabajando y dibujando a mi chica.

Hugo se queda mirando la pantalla y dice:

—Caray… qué sexy y ardiente con tanto fuego…

—Lo es —asumo con orgullo.

—¿Qué hiciste ayer?

—Tuve una reunión editorial y después, ya sabes, con Venus para arriba y para abajo. —Omito absolutamente mi cita con Adonis.

—¿Ah, sí? —pregunta con curiosidad.

—Sí.

—¿Y qué tal la reunión?

—Muy bien. Muy fructífera. —Asiento feliz—. ¿Y tú? ¿Has podido descansar de todo el finde?

—La verdad es que no —contesta un poco triste—. No he dejado de pensar en ti. —Se encoge de hombros.

Dejo el *pen* imantado al iPad y lo miro de frente.

—Hugo… —No quiero esto. No quiero ni verlo mal ni que me haga sentir mal a mí. Es un grandísimo amigo y me ha ayudado mucho. Pero que nuestra aventura como proyecto de pareja se haya acabado no implica que deba acabarse lo demás.

—No he venido a agobiarte. Tranquila que, aunque me hayas roto el corazón —adopta un tono cómico para quitarle fuerza a la verdad de sus palabras—, aquí estoy, vivo y fuerte, como Belén Esteban.

Me hace sonreír. A veces es un poco payaso. Lo prefiero así a que esté deprimido.

—En realidad, venía a invitarte a una fiesta.

—¿Una fiesta? —pregunto con interés.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy. Bueno, en realidad no es una fiesta como tal…

—¿Entre semana?

—Así es. —Me roba un cuerno del cruasán y yo tengo ganas de arrancarle la mano, porque me gusta comérmelos—. Hoy por la noche se celebra un evento en la parte alta de Badalona. Me han invitado porque le hice un favor a uno de los organizadores. ¿Te gustaría venir conmigo? Como amigos —aclara.

—¿Qué tipo de evento es?

—Uno al que no estoy muy acostumbrado a ir. Por eso necesito que me acompañes. El que lo organiza es un coco de Badalona y ha cerrado el Molino de Cal Dimoni para los invitados. Se va a hacer una puja de obras de arte y los beneficios irán a parar a obras benéficas.

Arte. Eso me gusta. No todo, obvio, pero todo lo que sean cuadros

y lienzos me llaman mucho la atención.

—Qué altruistas son los ricos.

—Eso mismo pienso yo. —Se echa a reír—. Sé que no me va a dar para comprar ningún cuadro, pero tú sabes de arte y seguro que me explicarás qué estamos viendo.

—Sé lo justo para diferenciar un Rembrandt de un Velázquez.

—Pues ya sabes muchísimo más que yo —reconoce sonriendo tímidamente—. Quiero estar cómodo, no conoceré a demasiada gente y he pensado que podrías venir conmigo. Nos tomamos algo, disfrutamos del paisaje de la masía… y nos despejamos un poco.

—¿Hay código de vestimenta?

—Tú sabes vestir. Ponte lo que quieras. Y de paso, me dices cómo debo ir yo, porque no tengo ni idea.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla rasposa…

—Pobrecito, Hugo. Camisa y americana, combínalo con lo que quieras.

—A la orden. ¿Eso es un sí?

—Vale, sí. —Entorno los ojos—. Te acompañaré.

No es que me apasione. Solo pensar en que me tengo que poner algo elegante me estresa porque mi cabeza se pone a hacer combinaciones. Con lo cómoda que voy yo con mis zapatillas, mis chaquetitas y mis tejanos rotos.

—Te pasaré a buscar sobre las ocho.

—Es pronto.

—Lo sé, pero no volveremos demasiado tarde. Lo prometo.

—Vale.

—Perfecto. —Se apoya en la mesa y me da un beso en la mejilla—. Ahora te dejo trabajar, que sé que no te gusta que te molesten.

—¿Dónde vas a ir?

—A mirarme una americana para estrenar. —Me sonríe por encima del hombro—. A las ocho.

—Sí.

—Nos vemos.

Cuando sale de la cafetería, me quedo mirando la puerta de la calle. Hugo no tiene por qué confundirse por estas cosas. No estamos saliendo y hemos retomado nuestra amistad donde la dejamos.

Yo lo tengo muy claro.

Espero que él también.

Al mediodía he comido con mi madre y con Venus. Solo la dejo a comer en la guardería los viernes.

Mi abuela se ha ido a tomar un café a la cafetería de la plaza con sus amigas. Siempre que queda con ellas le digo que son «el aquelarre», o las viejas nornas de la mitología escandinava. Así que hemos comido nosotras tres juntas.

Y he tenido que cambiar a Venus porque ella y el arroz a la cubana son amor a primera vista y ha acabado con granitos por toda la ropa.

La relación que tengo con mi madre nunca ha sido mala. Ahora no lo es, pero está tensa y han pasado tantas cosas que ninguna esperaba de la otra que me temo que, aunque nuestro vínculo y nuestro amor es incondicional, nos hemos desengañado. Y, con todo y con eso, nos miramos y seguimos sabiendo lo mucho que nos queremos.

—Esta noche voy a asistir a un evento de arte en la Masía del Demonio.

—¿Por trabajo?

—Bueno, le estoy haciendo un favor a Hugo. Me ha pedido que lo acompañe y le dije que sí.

—Tenía entendido que lo habías dejado.

—Y así es —confirmo.

—Entonces ¿por qué vas con él como su acompañante? ¿Sabes que los hombres se confunden con estas cosas?

—Creo que todo está muy claro entre los dos. No se va a confundir.

—Ares —mi madre niega con la cabeza—, se va a hacer ilusiones. Cuando le dices a un hombre que no quieres nada con él, tiene que aprender a recuperar su espacio y tú a dárselo. Si volvéis a estar juntos y a salir casi al día siguiente, él se va a pensar cosas que no son. Porque el amor es así. Uno no deja de sentir de la noche a la mañana.

—Pues espero que no me incomode.

—¿Por qué lo has dejado con Hugo, a ver? —quiere saber mientras corta una rodaja de pan.

A mí la pregunta no me toma desprevenida. Siempre quiere saber las cosas y luego se monta sus películas al respecto, decide creerlas o no.

—Porque con Hugo, a pesar de tener muchas cosas, me falta algo.

—¿Qué te falta?

—El deseo de estar con él —le dije dándole el Petit Suisse a Venus. Le gustan los de fresa y plátano.

—¿El deseo de estar con él… físicamente?

—Sí.

—Ares, cariño, tienes veintisiete años. Eres bonita y talentosa. Pero no siempre serás joven. Una mujer como tú debe tener alguien que la cuide.

—Hoy por hoy, me sé cuidar sola. No necesito a nadie para eso —

contesto dirigiendo mis ojos hacia ella.

—Pero no tienes por qué hacerlo todo sola. ¿Por qué no le das otra oportunidad a Hugo? El amor puede aparecer si se le insiste. ¿No era así tu dicho? ¿Ese que tenías de pequeña sobre tu cama en letras grandes?

Me da la risa al recordarlo porque, además, es que mi madre se inventa los refranes.

—No decía eso. Decía: «Insiste, el amor existe». Es muy diferente.

Mi madre suelta una carcajada y yo me la quedo mirando embobada porque cuando se ríe así, es como si tuviera treinta años.

—No sé, me da pena Hugo… Se le ve tan buen chico y te ayudó tanto.

—Va a estar bien.

—No todos son tan buenos, Ares. Y se te acercarán muchos lobos con piel de cordero.

—Mamá, tienes cincuenta y cinco años y eres guapísima y nunca has vuelto a estar con otro hombre después de lo de papá. Han pasado veinticuatro años. ¿Es porque crees más en los lobos que en los hombres?

—No. Es porque —suspira, pelando la naranja— cuando una conoce el amor y este se va, el siguiente ya no es igual.

—Pero, al menos, lo has sentido, ¿verdad? —incido—. Pues yo no.

—Es mejor estar con un hombre del que no te enamores locamente. Créeme, con las Parisi es mejor así. —Le da un mordisco a la hogaza de pan—. Acabamos todas viudas antes de tiempo.

—Joder, mamá —murmuro.

—Es verdad. Tu abuela me llenó la cabeza de tantas cosas y leyendas de las Parisi… —reprueba con tristeza—. He crecido con tanto miedo e historias… —Me quedo sorprendida porque nunca me habló de nada de eso.

—¿Qué historias?

—Dice que estamos malditas y que el hombre que nos deja embarazadas, que siempre es nuestro primer amor, o desaparece o muere. Sin más. Y así es… Mira a tu abuelo, se le cayó una maceta en la cabeza. A tu padre lo arrolló un camión. Al bisabuelo, lo embistió una cabra y se rompió el cuello al caer de espaldas… Y el padre de Venus desapareció —se calla de golpe.

Es que no es consciente. No se da cuenta de que dice lo que piensa en voz alta ni de que mi caso no es, ni de lejos, el suyo. Todavía cree que me quedé embarazada del amor de mi vida o que tuve un desliz con un hombre del que estaba enamorada y este se escapó y me dejó tirada. Porque pensar cualquier otra cosa es mejor que saber que

alguien me violó y abusó de mí.

—Venus no tiene padre, eso para empezar —digo hablando entre dientes, queriendo zanjar la conversación ahí—. Y espero de verdad que esté muerto y que esa supuesta maldición Parisi, en mi caso, se cumpla. —Cojo en brazos a Venus, que ya se ha acabado el Petit Suisse.

—Ares, no hables así —me ordena mi madre, agraviada por mi beligerancia—. No se le desea la muerte a nadie.

—Mamá, en vuestro caso tuvisteis hijos de vuestro primer amor y la mala suerte quiso que se fueran mucho antes que vosotras. En mi caso, lo más bonito que tengo no me lo dio mi primer amor —le recuerdo ofendida—. Soy la excepción que rompe la regla. Haz el favor de eliminar esa película que tienes montada en la cabeza, porque ya me estoy cansando. Venga, cariño —le digo a Venus mientras ignoro a mi madre—, hay que llevarte a la guardería.

Prefiero salir de la cocina antes que continuar escuchando el negacionismo de mi madre y volver a discutir con ella.

En realidad, mis días son de rutinas.

Hago krav magá tres veces a la semana. Lo necesito para quitarme el estrés. Algunas veces salgo a correr por el centro, llego hasta la Rambla y vuelvo. Tardo treinta minutos en hacer ese itinerario.

Me gusta ver el mar y contemplar los diamantes de luz que se crean en su superficie al titilar por los rayos de sol y el movimiento de la marea. Y, además, me sirve para meditar y para renovar mi creatividad.

Después de eso, he vuelto, he recogido a Venus, y he estado toda la tarde con ella, hasta que me ha tocado prepararme para asistir a esa cena.

He mirado el móvil para ver si tenía alguna noticia de Adonis y si ha avanzado en algo de la investigación. Pero aún no me ha dicho nada.

Acabo de echarme un último vistazo en el espejo.

Los eventos con venta de arte de por medio están frecuentados por las élites y por personas de gustos muy caros y pudientes.

Elijo un vestido corto de color crema que se me ajusta a los muslos y por encima llevo una blazer Polo de color negro con los botones dorados. Esta vez no pienso ponerme taconazos, que aún me duelen los pies de ayer. Así que opto por unos botines negros hasta el tobillo, que no tienen un tacón excesivo.

Me he dejado el pelo suelto. Miro el móvil de nuevo y sigo sin

recibir noticias de Adonis. En cambio, Hugo me escribe para pedirme que salga, que está abajo ya.

Está bien. Me muevo el pelo a un lado y al otro, me pongo unas gotas de perfume estratégicamente detrás de los lóbulos, entre el escote y en el interior de las muñecas y dejo mi habitación.

Cuando salgo de casa no tengo que dar ninguna directriz. Siempre les digo que me llamen para cualquier cosa que tenga que ver con Venus.

Hugo está en el coche y, cuando me ve llegar, me hace un barrido de pies a cabeza, y sonríe como si viera algo muy bonito.

Una vez dentro me dice:

—Esta noche te van a querer comprar. Tú sí eres una obra de arte.

Dejo escapar una risita y pongo los ojos en blanco.

—Eso ha sido muy fácil.

Hugo se encoge de hombros, no parece para nada avergonzado.

—Podría decirte cosas más burdas, pero soy un caballero. ¿Nos vamos?

—Nos vamos. —Coloco mi bolsito tipo bandolera negro de Karl Lagerfeld sobre mis muslos y bajamos por la calle del hospital municipal hasta Vía Augusta.

Un evento mezclado con pujas de arte y con cariz benéfico no es algo que hubiera pensado hacer un martes por la noche. Pero, aunque me gustan mis rutinas, también me adapto a las sorpresas.

Badalona tiene mar y montaña, un centro neurálgico muy dinámico, y la plaza del ayuntamiento es la sede de muchos eventos, pero no del tipo al que voy a asistir.

En la Rambla hay un sinfín de restaurantes y bares de copas, por donde la gente pasea y corre, delimita los municipios costeros y abarca toda la costa badalonesa. Podrías llegar de Badalona a Empuria Brava recorriendo el paseo marítimo. Eso sí, tardarías unos días.

A lo que me refiero es que Badalona tiene de todo, y ya lo decía Serrat: es muy bonita. Por un lado, tenemos la zona costera y, por otro, la zona de montaña.

Pues bien, Cal Dimoni o la Masía del Demonio está en la parte alta de la montaña. Ciertamente, es un lugar perfecto para todo tipo de celebraciones como bodas y comuniones, porque tiene muchas terrazas y jardines y un aparcamiento para más de doscientos coches.

Cuando llegamos, no hay un solo vehículo que no cueste menos de sesenta mil euros.

Hugo ha dicho esta mañana que alguien está muy agradecido con

él por sus servicios y que ha querido invitarlo al acontecimiento.

—Tu contacto debe tener mucho dinero y ser alguien poderoso. ¿Político, tal vez?

—Sí. No le falta dinero. Pero él no es el que ha organizado esto. Solo otro invitado más que, a su vez, podía invitar a alguien de su elección.

—Ah, ya…, invitaciones piramidales.

Él se ríe, pero no lo niega.

—Pero, al menos, ¿tienes idea de qué tipo de obras de arte se van a pujar?

—Sinceramente, no. Solo estoy aquí por compromiso.

Hugo sale del coche.

Me ha hecho caso y va vestido como le he dicho. La americana le queda muy bien.

—¿Puedes ir de mi brazo, por favor? —me pide—. ¿O prefieres que te estén molestando toda la noche?

—Creo que exageras.

—No, no exagero —reafirma—. Cógete a mí.

—Está bien —contesto y paso la mano por el hueco de su codo.

Nos adentramos en los jardines por el caminito de arena. La masía es una casa típica de montaña de fachada blanca, muy grande, con buganvillas que salpican sus muros y abetos circunvalando su manzana. El terreno de la propiedad es muy grande, de varias alturas, terrazas cubiertas por domos, sobre todo las cimentadas, y jardines con vistas espectaculares al mar y a la montaña.

Es en uno de esos jardines donde se ha dispuesto un cáterin para todos los invitados. En una mesa hay una cascada de copas con champán y en otro lado, un barman ofrece una cata de vinos exclusiva.

Todavía no están sirviendo la cena, solo las bebidas. Hay unas cincuenta sillas dispuestas en dos líneas frente a un atril, colocado sobre una tarima de madera a ras de césped.

Hay mucha gente alrededor, unos se saludan con más euforia que otros, pero Hugo no va a hablar con nadie. Eso sí, los saluda de lejos con un gesto de su barbilla.

—Los conoces —asumo.

—No de un trato personal, pero a algunos de vista sí.

Aquí hay personas que no he visto en mi vida. Políticos y personalidades del mundo del espectáculo, asiduos a este tipo de eventos… Los invitados son muy distinguidos y las mujeres, sin duda, son hermosas, elegidas como si respondieran a un tipo de patrón. Después veo a otras parejas más consolidadas, más maduras, que

disfrutan de comprar arte juntos y también de pasar un buen rato en compañía de los suyos, de los que entienden sus excentricidades y saben que el mundo es como ellos quieren que sea.

Muchos de los asistentes son extranjeros: italianos, ingleses y alemanes. Por supuesto, también hay españoles, pero me llama la atención la poliglotía del grupo. Además, me he dado cuenta de otra cosa: hay pequeños dispositivos de grabación, sujetos a trípodes, que enfocan el atril.

—¿Puede ser que esta puja también se emita en *streaming*? —pegunto en voz baja.

—Puede ser —contesta Hugo mirando lo mismo que yo.

—Oye…, no sé mucho de esto —susurro—, pero ¿qué tipo de cuadros se van a vender aquí? Parece una puja extraña y clandestina. Dudo que estés metido en algo relacionado con el mercado negro.

Hugo suelta una risotada.

—Si esto tuviera tintes delictivos, yo no estaría aquí, ¿no crees? —Me mira con condescendencia—. Sé que se exponen cuadros nunca vistos de autores de renombre. Pertenecen a colecciones privadas de personalidades que, cada vez que parpadean, ingresan un millón de euros en sus cuentas.

—Entonces debo suponer que las obras que se expongan se comprarán por cantidades indecentes de dinero.

—Sí. Ese es el espectáculo. Por eso quería traerte. Sé que tú has estado en fiestas en Estados Unidos y que has visto mundo, Ares —dice hablándome cerca del oído—, pero los que hoy están aquí, esos hablan su propio idioma.

Creo que es atractivo e insultante ver cómo otros se gastan millones de euros, que una no tiene y no va a tener en su vida, en cuadros inéditos. Pero sé que el arte se paga muy caro. Sin embargo, estar aquí me hace sentir mejor con lo que hago. Los cuadros que dibujo nada tienen que ver con líneas clásicas ni frescos al óleo… Y si en algún momento creo que los cobro caro, solo tendré que recordar lo que voy a ver hoy aquí. Nada es lo suficientemente caro para quien está dispuesto a pagarlo.

Hay música en directo. Un pianista y una chica rubia que viste como una helénica y toca la flauta travesera están versionando grandes hits actuales, desde el «Shallow», de Lady Gaga, al «Grenade», de Bruno Mars, y también temas de Rihanna… Me llaman la atención esas versiones. Creo que las edades de los integrantes son dispares, pero todos disfrutan de esas canciones. Nadie se va a poner a bailar, y menos en un cónclave de este calibre. Pero la melodía que emana de la flauta travesera acompañada de las notas del piano es realmente

evocadora e invita a que te relajes entre tanto poder y dinero.

El jardín se llena de invitados y no puedo evitar observar todo cuanto me rodea. ¿Quiénes son? ¿Qué historia hay detrás de cada acompañante? ¿Qué piensan pagar por un lienzo? ¿Y de qué son los cuadros?

Un hombre de pelo blanco peinado hacia atrás sube a la tarima y se coloca detrás del atril para hablar. La subasta va a empezar. Muchos de ellos ya tienen sus números para alzar la mano en caso de querer proponer una oferta.

No sé qué se debe sentir al ser capaz de comprar cualquier cosa, tenga el precio que tenga.

—Buenas noches, bienvenidos a todos —empieza diciendo el martillero—. Como sabéis, la subasta de hoy es de la colección de tipo Lucifer Renascens, que cuenta con diez cuadros renacentistas de autores que representaban al Demonio.

Se me pone el vello de punta, como a los gatos.

Cuando mi abuela me dijo que me perseguía el Diablo, lo decía con mucha razón. Sin quererlo, estoy involucrada en cosas que tienen que ver con él. Y no me gusta nada.

—Empezamos con la subasta.

Ciertamente, estoy hipnotizada. Los lienzos se presentan en marcos dorados de molduras artesanales muy ostentosas.

Me fijo en los dibujos, en los frescos, que me parecen inquietantes y obscenos. No entiendo qué tipo de persona querría coleccionar esas escenas tan lúgubres y pervertidas.

En los lienzos aparecen representaciones varias del Diablo, cada uno distinto según lo veían los artistas, involucrado en diferentes escenas de la vida cotidiana. Uno tentador y que sale vencedor en los conflictos; otro que altera y estimula a las masas. Uno que anima en las orgías, rodeado de mujeres bellas y de vino… El Diablo en la representación del génesis y, después, mucho vino por todas partes, cuernos y colas.

Ante mí, los pujadores levantan los números obra tras obra, esperando ofrecer la cantidad definitiva.

El más barato de todos ha costado un millón de euros, y ha sido el primero. De los demás no recuerdo las cifras, para ser sincera. Es todo tan escandaloso para mí que solo me fijo en lo que dice el martillero: «Adjudicado al número sesenta por dos millones de euros; adjudicado al setenta y tres…, adjudicado al diez…».

—La última obra —dice el martillero al presentar la joya de la corona— se titula *El hijo del Demonio*. Su precio de salida es de dos millones de euros.

Los brazos empiezan a levantarse uno tras otro y la cifra comienza a subir ostensiblemente. Todo es tan mareante.

Me fijo en el cuadro y no puedo evitar pensar que hay algo en esa imagen que me parece incluso tierna.

Es un niño sentado en un trono. Un trono con cornamentas y pinchos por todas partes, como si fuera un erizo.

Él está ahí sentado, solo, con una túnica blanca y una corona de hojas de parra en la cabeza. Tiene dos cuernos y cola. Mira aburrido, desde su trono, a las mujeres que le llevan ofrendas de todo tipo. Los ojos dorados de ese niño tienen vida, su pelo es negro y con rizos, sus mofletes mullidos y tiene una copa en la mano, parecida a un grial de ceremonia. Una copa de vino.

—Tres millones a la una. Tres millones a las dos… ¡Tres millones a las tres! ¡Adjudicado al número sesenta y nueve!

¡Plas!

El martillazo me saca de la imagen del cuadro y busco con la mirada al número sesenta y nueve, que se mueve entre la multitud lentamente para saludar al martillero y cerrar la compra detrás de bambalinas.

Va vestido con un traje de chaqueta negro de corte italiano y una camisa blanca debajo. Va acompañado de una mujer de pelo rojo y rizado que acapara también la atención de los asistentes. Cualquiera con el pelo del color del vino tinto llamaría la atención.

Él le da la mano al maestro de ceremonias y, solo por unos segundos, se gira hacia los asistentes.

Sé quién es antes de verle la cara. Lo sé por su complexión, su estatura, su manera de caminar… Su pelo negro y brillante, recogido de ese modo que ya casi no se estila, con la mitad suelto y la otra sujeta a una coleta.

Me está mirando, pero su gesto no dice nada. Como si no me reconociera.

En cambio, yo sí estoy sorprendida e incómoda de encontrármelo en un lugar así.

Es Adonis.

XII

Quince minutos después del cierre de la subasta, Hugo y yo nos retiramos a tomarnos una copa de cava y a recibir las atenciones de los del cáterin. Están sirviendo todo tipo de entrantes y canapés, han sacado además una fuente de chocolate muy grande con un variado de frutas… No se privan de nada.

El pianista y la flautista están interpretando ahora un tema de Backstreet Boys. Qué surrealista. «The Shape of my Heart».

Hugo se comporta como si estuviera incómodo y adopta una actitud muy protectora conmigo. Y yo no dejo de pensar en quién se va a tragar que un investigador privado, como dice Adonis que es, tenga la capacidad de gastarse semejante dineral en una obra de arte que habla del Diablo. Una obra que me ha dado la sensación de que era la joya de la corona de la exposición. ¿Me está tomando el pelo? ¿A qué está jugando?

—Buenas noches, Hugo. —Ambos nos damos la vuelta para ver a quién pertenece esa voz de hombre—. Me alegra ver que has venido.

Es un señor vestido elegantemente con un esmoquin. Sujeta una copa de vino en la mano y tiene un sello de oro en el anular cuyo símbolo no logro distinguir, pero intuyo que el anillo pesa varios quilates.

—Hola, señor Masdeu. Sí, al final he podido venir.

—Y muy bien acompañado, por lo que veo.

El hombre me mira con mucho interés. Sea quien sea, no es el tipo de persona con las que yo trato. Tiene el pelo corto y rizado, de color castaño pero con canas, y los ojos negros.

—Ella es Ares —me presenta.

—Señorita. —El señor Masdeu toma mi mano. La noto muy delicada y fría. Me besa el dorso y lo primero que pienso es en que eso es totalmente inapropiado y de otra época—. Es usted un encanto para la vista.

Mis cejas negras se arquean levemente, me humedezco los labios con incomodidad.

—Gracias.

—¿Le gusta el arte?

—Ares estudió Bellas Artes y es ilustradora —interviene Hugo. No me gusta que diga las cosas por mí.

—Sí, me gusta el arte. No soy una experta —aclaro—. Como dice Hugo, me dedico a la ilustración.

—Si es ilustradora, entonces es artista; y si es artista, le gusta el arte. Y, por supuesto, debe ser culta.

Me obligo a sonreír.

—¿Qué le han parecido las obras expuestas?

—Inquietantemente demoniacas. Pero hermosas.

El señor Masdeu sonríe y muestra una paleta torcida sin ningún pudor. ¿Cuántos años tendrá? ¿Cincuenta?

—He comprado la obra número dos. *La sobremesa del Demonio*. Me gustará ponerla en mi salón, sobre la mesa del comedor. —Se le hincha el pecho al presumir de su dinero.

—Ah, sí —murmuro—. El lienzo donde un apuesto demonio sujeta una copa de vino y ante él hay una bandeja con uvas.

—Qué observadora, señorita Ares. —Sin ningún tipo de apuro, se lleva la mano al bolsillo de su americana y me da una tarjeta de visita —. Aquí está mi número de teléfono. Tengo varias galerías de arte. Si alguna vez desea exponer su trabajo, no dude en contactar conmigo.

—¿Así? ¿Sin más? ¿Sin ver mis obras? —Tomo la tarjeta con algo de vergüenza.

—Se sabe mucho del artista solo por ver cómo habla y cómo interactúa. No dudo de que su arte debe ser exquisito.

—Muchas gracias —contesto.

Él me sonríe una última vez, desvía la mirada hacia Hugo y este asiente como si se despidiese de él.

—Hugo, seguimos en contacto.

—Gracias por la invitación.

Cuando el señor Masdeu se aleja de nosotros, hay dos o tres hombres acompañados de sus mujeres que también nos rodean. Ni ellos ni ellas sienten reparo alguno en observarme. Me pongo tan nerviosa que le digo a Hugo:

—Oye, ¿es que voy manchada o algo? —le susurro.

—No —contesta él tan normal.

—Tengo la sensación de que me están mirando.

—No es una sensación. Es una realidad —asegura muy congratulado por ello.

—El señor Masdeu tiene mujer, esposa o…

—La tiene. Como la mayoría.

—No veo a muchas esposas por aquí.

—Es que la mayoría no lo son.

Desvío la mirada hacia las chicas jóvenes que acompañan a algunos de los hombres que hay presentes. Algunos parece que son de su edad, pero a otros se los ve mucho más mayores.

—Que tengan mujer no les prohíbe tener amantes o amigas.

—La barra libre de siempre —digo disgustada.

—Le has gustado. Al señor Masdeu. Ese hombre puede…

—Paso. No me interesa nada que tenga que ver con favores a cambio de otros —espeto tomando un sorbo a la copa y buscando a Adonis entre la multitud—. Y, además, no busco ese tipo de publicidad. No la quiero.

Las chicas parecen modelos, pero otras, las más jovencitas, son más terrenales, más reales y, en cambio, tienen una actitud increíblemente pasmosa y segura de sí mismas, como si se creyeran emperatrices. Claro que sí, empoderamiento al poder, pero espero que los hombres que las acompañan sean sus padres y no sus *daddys*.

—¿Qué te une al señor Masdeu?

—Le hice un favor con un tema de seguridad de una de sus galerías. Quedó muy agradecido.

—¿Y me has querido invitar a este evento para ampliar mis contactos? ¿Para hacerme un favor a mí?

—Créeme, Ares, en el mundo todo son contactos y es mejor tenerlos que no tenerlos.

—Está bien. Lo que tú digas —suspiro oteando entre las cabezas de todo el bullicio—. Necesito ir al baño, Hugo. —Le doy mi copa.

—¿Te acompaño? —pregunta, solícito.

—No hace falta. Ya lo encuentro yo. Vuelvo en diez minutos.

Dicho esto, salgo del jardín y busco el camino de acceso al interior de la masía. Tiene tantas salas que doy gracias a que haya un cartelito de indicación de acceso a los baños.

Entro en la casona y veo una puerta a mano derecha. Es el baño de chicas. Cuando me interno no hay nadie, solo yo. Me miro al espejo y me quedo pensando no en el señor Masdeu ni en Hugo, sino en Adonis. En cómo me ha dejado de bloqueada el verlo allí. Y ¿cómo se habrá quedado él al encontrarme en ese lugar exclusivo para un tipo de élite que ni siquiera conoce la élite? Abro mi bolsito de mano y me pongo un poco de pintalabios porque se me ha ido con el cava.

Una de las puertas que estaban cerradas del baño se abre y sale una chica con un vestidazo de noche negro y precioso. Rubia y de piel muy blanquita, con mucho maquillaje pero bien distribuido por toda la cara, me mira de reojo y se queda contemplando mis muñecas. Por ese gesto, yo me obligo a mirar las suyas disimuladamente.

Un fulgor atrae mi atención hasta que identifico la pulsera que ha titilado por el reflejo de la luz.

Doy gracias a Dios de tener buena vista, a veces cansada desde que trabajo tanto en el iPad, pero buena. Esa pulsera es tan familiar que me estremezco y se me acelera el corazón. No puede ser… Es una pulsera de hojitas de vid diminutas, toda plateada y con brillantes. La misma que llevaba la víctima.

Trago saliva y hago algo que no hago nunca: entablar una conversación con una chica desconocida en el baño, excepto cuando he ido borracha, hace muchos años.

—Qué lienzos más interesantes, ¿verdad? —La miro a través del espejo.

Ella me sonríe y se afana en lavarse las manos.

—Qué pulsera más bonita. ¿Dónde la has comprado? —insisto.

Me mira de frente y se encoge de hombros:

—*Scusa. Non parlo spagnolo*. —Se seca las manos con la toallita del dispensador y lo tira a la basura.

Hablo inglés, pero chapurreo algo de italiano. Lo justo para seguir conversaciones sin vocabulario demasiado técnico.

—*Mi piace il tuo braccialetto. Dove lo hai comprato?*

Ella me mira con más interés todavía, observa cómo me lavo las manos, mis muñecas, pero no oculta su inquietud.

—*È un regalo. Ciao*.

Cuando me quedo sola en el baño, tengo un sentido de la ubicuidad erróneo. Estoy en el lugar incorrecto en el momento menos apropiado, o puede que sea justo lo contrario. Esa chica lleva la misma pulsera, exacta, que la víctima del río.

Sea como sea, tengo que hablar con Adonis y hacérselo saber.

Pero esa es otra: investiga por hobby, probablemente porque podría ser quien quisiera y hacer lo que le diera la gana, con tanto dinero como tiene.

Me seco las manos con otra toallita del dispensador y salgo del baño cabizbaja, sumida en mis propios pensamientos, más inquieta de lo que me gustaría.

Y entonces choco con un cuerpo muy duro y antes de levantar la cabeza, ya sé que es él por cómo huele. A menta, a limpio, a fresco.

Adonis me agarra de la muñeca y me aparta de la zona del baño para arrastrarnos a los dos hasta un recoveco, que parece un pasillo sin salida, donde están almacenando cajas de vino. No puedo negar que es muy dominante y que algo de todo esto me parece muy provocador.

—Explícame qué estás haciendo aquí —dice hablando entre

dientes. Parece enfadado y ni siquiera sé por qué lo está.

—Pues no lo sé muy bien. Me invitó un amigo.

—¿El hombre rubio que está a tu lado como si fuera un apósito?

Frunzo el ceño, enfadada con su tono.

—La pregunta no es esa, Adonis. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? ¿Y quién…? ¿Quién eres tú, eh? —Abro los brazos frustrada—. Has comprado un cuadro por tres millones de euros… ¿Qué eres? ¿Un jeque? ¿Un príncipe? Lo que estoy segura es que no eres un investigador. La mayoría de los investigadores no tienen ni para chicles. Es muy raro que…

Adonis me cubre la boca con la mano y me aplasta contra la pared.

Sé que es extraño, pero no me siento amenazada ni asustada. Es un hombre repleto de fuerza, muy masculino, muy viril, y con una clara tendencia a la dominación.

Sus ojos salvajes y claros me están lanzando una advertencia, como su lenguaje no verbal. Pero no me asusta. Me siento espoleada de un modo inaudito y extraño.

—Habla en voz baja —me ordena—. Sigo siendo investigador y más vale que no lo digas en voz alta. No sé qué estás haciendo aquí esta noche, pero te han hecho un flaquísimo favor.

Le retiro la mano de mi boca con un gesto brusco.

—¿Sabes que podría denunciarte por esto? Estás siendo un poco agresivo. Apártate y toma distancia de mí, gracias.

Adonis pega más su cuerpo contra el mío, solo unos segundos; estamos tan juntos que es como si me robase el aire para respirar. En este momento, con nuestros torsos tan imantados, tengo la sensación de que quiere jugar conmigo. Y todo me desconcierta porque mi cuerpo parece que lo reconozca y que no le importe la cercanía piel con piel. Estas sensaciones me asustan. Me está provocando para ver cómo reacciono; nos miramos sin decirnos nada hasta que se retira sin más, como si nada de eso hubiese pasado. Se estira la americana y se recoloca el cuello de la camisa.

—Disculpa.

Observo que mi ropa esté toda en su lugar. Me bajo un poco la falda ajustada del vestido. Eso ha tenido un punto o dos más de intensidad de la esperada.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—¿Qué importa eso?

—¿Cómo se llama, Ares? —repite.

—Hugo.

—¿Hugo qué más?

—Hugo Simó.

—¿Es tu novio? ¿Tu pareja?

—¿Puedes dejar de usar ese tono tan exigente?

—Ares, contéstame. ¿Lo es? —Sus cejas negras se elevan esperando una contestación.

—No. No lo es.

—¿Tienes algún tipo de relación íntima con él?

—Somos amigos. Además, ¿a ti qué te importa? —le increpo.

—Necesito manejar todos los datos posibles.

—Los de él y los míos no te hacen falta. Te estás desviando.

—¿Y cómo ha recibido una invitación para la puja?

—¿No vas a parar? —lo miro decepcionada.

—Esto es importante.

—Y dale… Un propietario de una galería le debía un favor, ¿contento?

Él encaja esa información en su cerebro y parece relajarse, como si saberlo le gustase más.

—Estas subastas no son accesibles para personas que no puedan comprar. Debió de ser un muy buen favor para hacerle partícipe de este evento.

—¿Qué más da eso? —No sé si mirarlo a la cara—. Este lugar es muy bonito, pero el evento y la gente que hay me da grima. Y tú formas parte de esto. No lo entiendo.

—Lo que haga con mi tiempo y mi dinero tampoco te debe importar. Soy el hombre que has contratado para investigar lo que me pediste.

—¿Y has descubierto algo?

—Han cerrado la panadería.

Trago saliva y las manos se me quedan heladas.

—¿Cerrado? ¿Para siempre? ¿Ha pasado algo?

—Dicen que en una semana volverán a abrir. Estoy investigando qué ha podido pasar y me he metido en los datos de la Seguridad Social para saber si ha habido alguien más trabajando con ellas estas últimas semanas. No hay nadie más dada de alta, Ares.

—¿Y si la contrataron en negro?

—Podría ser. Por ahora quiero saber sobre las chicas, las panaderas. Y también estoy averiguando por si hay algún registro de cámaras que puedan verificar que la joven estuvo entrando y saliendo de ese lugar en los últimos días.

—Mi vídeo no miente, Adonis —le aclaro—. ¿Qué más pruebas necesitas? No tengo ningún interés en inventarme nada…

—Lo sé. Pero quiero saber si la llevaba alguien en coche, si iba andando o si tenía su propio vehículo. Pero, Ares, tienes que

distanciarte de esto y dejarme a mí. Verte aquí hoy, en este lugar, no es bueno.

—¿Bueno? ¿Qué quieres decir con eso? Estoy aquí por pura casualidad.

—La casualidad existe, pero, a veces, no conviene.

Él me mira de ese modo que aún no sé descifrar. Es complicado porque cuando alguien está modelado en granito, una no sabe en qué está pensando.

—Vámonos. —Me sujeta del codo suavemente.

—No me voy. —Me cruzo de brazos.

—¿No?

—No. He coincidido con una chica en el baño, era italiana. ¿Y sabes qué? Llevaba una pulsera exactamente igual a la víctima del río. La misma, joder.

Él se humedece los labios y acto seguido aprieta la mandíbula. Creo que no le ha gustado lo que le he dicho.

—¿Me has oído?

—Sí.

—La misma pulsera —repito con obviedad—. ¿Qué probabilidades hay de que eso pase?

—Te estoy dando una semana de investigación gratis, déjame todos esos detalles a mí. Tú no llames demasiado la atención —vuelve a mirarme de arriba abajo—, y vete a casa con tu amigo. —Dice «amigo» como si Hugo fuese solo un niño—. Créeme, es mejor.

—No, lo que es mejor es que sigas el rastro de esa maldita pulsera.

—Eres irritante.

—¿Perdona?

—No te metas, ya te lo he…

—Hola.

Los dos volteamos la cara y la dirigimos a la mujer que ha aparecido en aquel recoveco. Es la mujer antorcha, la de pelo rojo, su acompañante y, seguramente, novia, y está echando fuego por sus ojos azules. Creo que le molesta muchísimo ver a Adonis en ese rincón conmigo.

Normal. Si yo fuera su novia, eso me haría sospechar mucho y, posiblemente, haría que me pusiera así. Pero no querría arrancarle la cabeza a la chica, querría arrancársela a mi novio, que es el que me debe dar todas las explicaciones.

—Tania.

Ah, ya tenemos un nombre. Se llama Tania. Perfecto.

—¿Qué haces aquí, vir?

—Solo estaba hablando con una amiga.

—¿Con ella? —Me contempla con ojos penetrantes—. La miras mucho últimamente.

Abro un poco los ojos, sorprendida por esa información. ¿Qué ha querido decir?

—Tania, solo son negocios.

¿Negocios?, pienso.

—Es la misma chica del Instagram. Te he visto husmeando en su perfil. Te vi ayer, varias veces, cuando… cuando descansábamos de nuestras sesión…

—No seas imprudente —le advierte. Su tono es como un azote, seco y certero.

¿Cuando descansaban? ¿Ha dicho eso? No me imagino que haga referencia a cuando descansaban entre series de burpees y abdominales, la verdad. Me lo he llevado todo al plano más sexual y crudo.

Tania se obliga a morderse la lengua y, de repente, se le llenan los ojos de lágrimas. Me siento fatal porque no quiero que piense cosas que no son. No soy nada competitiva y creo que no soy celosa en absoluto, pero eso no me impide que empatice con el dolor de otras.

—Me llamo… —me quiero presentar para rebajar la tensión, pero Adonis me lo prohíbe tajantemente.

—No —niega sin mirarme—. No tienes que darle explicaciones. —Observa a Tania, que tiene una actitud un tanto infantil y caprichosa, pero se nota que está dolida. Me sabe fatal—. Tania, tu comportamiento está siendo muy irreverente y eso va a traer consecuencias.

—¿Es que te gusta? —Le tiembla la barbilla. Entrelaza sus dedos por delante de su vestido rojo y mira hacia abajo—. ¿No soy suficiente para ti, vir?

—Creo que me voy a ir. —Casi siento la necesidad de disculparme.

Tania me dirige una mirada velada entre sus espesos rizos rojos y juraría que me está asesinando de maneras muy retorcidas en su cabeza.

—Tania —la regaña Adonis—, ve al coche y me esperas ahí.

—Pero…

—He dicho que vayas. No tolero este comportamiento, ¿me has entendido? —Es inflexible.

¿Qué tipo de relación tienen estos dos?

Tania agacha la mirada de nuevo.

Y es justo en ese momento cuando adopta una actitud sumisa. Le miro los dedos entrelazados pintados de rojo y veo el accesorio que cubre su muñeca y que se está convirtiendo en una obsesión para mí.

Lleva la misma pulsera plateada con hojas de hiedra. Maldita sea, ¿qué está pasando?

Cuando lo advierto, intento no mostrar ni un ápice de emoción, pero creo que no me sale. Levanto el rostro para enfrentarme a Adonis, el cual, esta vez sí, focaliza toda su intimidación en mí. Sabe que me he dado cuenta, sabe por qué le estoy mirando así. Los músculos de su mandíbula tiemblan ostensiblemente, porque está apretando los dientes.

Yo también los aprieto, pero es porque estoy asustada.

—Me voy. Disculpa. —Me deslizo entre la pared y el musculoso cuerpo de Adonis, que tiene sus ojos clavados en mí, y después esquivo a Tania, que no me da facilidades para que me retire. Todo muy amistoso.

Solo quiero correr, alejarme de la Masía del Demonio. Me siento en inferioridad de condiciones, como si estuviera atrapada en una tela de araña con la que me he topado sin querer. Pero aún no veo a la araña en cuestión.

Salgo al jardín y encuentro a Hugo, que continúa apartado de todo el mundo mientras se come una croqueta, con su aspecto relajado y sujetando mi copa y la suya con una mano.

—Hugo, vámonos —le pido al llegar hasta él.

—¿Te quieres ir ya? —Se traga lo que le queda de la croqueta—. Ahora es cuando viene el DJ y esto se convierte en Pachá —bromea.

—Ya, pero me duele un poco la cabeza.

—Mira, han traído unos canapés de…

—Hugo, vámonos —insisto, comportándome de un modo del que no me siento orgullosa.

—¿Estás bien? —Mira a mi alrededor como un lobo al acecho—. ¿Ha pasado algo? ¿Alguien te ha hecho sentir incómoda?

—No, todo está bien. Solo es la migraña ocular —miento.

Hugo alza la cabeza y se queda mirando un punto fijo en el horizonte. Volteo los ojos y por encima del hombro atisbo que está mirando a Adonis; él no se corta y también le devuelve la mirada.

Tania ya no está con él. Seguramente, esté esperándolo en el coche.

Adonis va a decirle algo a alguien que no identifico y ambos se retiran, pero continúa mirándome de reojo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —digo, todavía sin saber cómo me siento—. Llévame a casa, por favor.

Hugo asiente, deja las copas sobre una de las mesitas circulares y altas de color blanco que han colocado por todo el jardín para dejar las bandejas del cáterin. Me toma de la mano de manera posesiva.

Adonis no deja de mirarme. Veo cómo sus ojos se dirigen a nuestras manos entrelazadas y, después de eso, retira su atención y se centra en el señor con el que se ha encontrado.

No me gusta esta sensación. Hace que me sienta insegura.

Este evento me ha dejado más dudas de las que ya tenía y, aunque no soy muy dada a las intrigas, sé que, como dice Adonis, las casualidades pueden ser fatales.

Una siempre cree que estas vienen marcadas por el destino. Nada de esto estaba planeado. Pero mi abuela siempre me ha dicho que si quieres hacer reír a Dios, que le hables de tus planes.

Es su modo místico de decir que las cartas están echadas desde hace tiempo.

Pero uno siempre decide cómo quiere jugarlas.

Y me temo que yo no las estoy jugando bien, porque esto cada vez va de mal en peor.

Una vez en el aparcamiento, me doy cuenta de que hay un vehículo encendido con las luces puestas; es el Rubicon de Adonis. En su interior, Tania está llorando desconsoladamente.

Me siento mal por ella, pero cuando se da cuenta de que soy yo la que pasa por delante, sus ojos azules, con el rímel corrido hasta los pómulos, me desafían y veo cómo sus labios pronuncian una palabra: «Zorra».

Hugo no se da cuenta, pero yo sí.

Cuando nos metemos en el TT, me pasa un brazo por encima y hace que voltee la cara y lo mire directamente a los ojos.

—¿No me vas a contar lo que ha pasado?

—No hay nada que contar, Hugo.

—¿Seguro? Te conozco. Sé cómo eres. ¿Conocías a alguien ahí adentro y te ha hecho algo?

—¿Qué? No. Estás exagerando. —Me obligo a suavizar los gestos y a relajarme como puedo.

—Tengo la impresión de que me estás ocultando algo.

—Hugo —le paso la mano por la mejilla y digo que no con la cabeza—, gracias por preocuparte por mí, pero de verdad que es solo la migraña.

Está frustrado. Une su frente a la mía y dice:

—Nunca dejaré de estar preocupado por ti. Te quiero, Ares. —Me sujeta la cara sin mucha fuerza y me besa en los labios.

No. ¿Qué hace? Me aparto y lo empujo un poco por el pecho.

—Hugo, ya te lo he dicho. No quiero esto. Entre nosotros, no.

—No puedo evitar sentir lo que siento. —Se agarra al volante y mira al frente muy enfadado consigo mismo.

—Entonces será mejor que no nos veamos tanto, ¿no crees?

—No puedo no verte —contesta alzando un poco la voz—. No sé hacerlo.

Me muerdo el labio inferior porque no quiero tanta intimidad con él. Sé que me ha dicho que me quiere en el sentido romántico y no en el de amistad. Posiblemente, deba mantener las distancias un poco con él, hasta que sus sentimientos se enfríen.

—Pero yo no quiero estar contigo, Hugo. Te quiero como amigo. Ya está. Y si no lo entiendes y vas a sufrir, va a ser mejor que…

—No lo digas —me corta encendiendo el motor del coche de malas maneras—. Te voy a llevar a casa. Dejemos la conversación aquí.

No digo nada más. Prefiero mantenerme en silencio porque ahora sí que está empezando a dolerme la cabeza.

Hoy he llevado a mi pequeña a la guarde y he decidido trabajar en el personaje masculino de la trilogía, el compañero de Dana. Pero hay algo que me ronda la cabeza y necesito respuestas. ¿Qué suelo hacer cuando no sé de algo? Me meto en Google. Y ahora estoy buscando pulseras plateadas con hojas de hiedra. Quiero saber si se venden y dónde se pueden encontrar. Pero no veo ni una igual, no con esos detalles ni esos brillantitos que parece tener en las puntas de sus hojas. Debe ser cara. No es una baratija cualquiera.

Dejo lo de la pulsera a un lado y me centro en Adonis.

Si es verdad que ha mirado mi Instagram como dijo Tania, si es verdad que estuvo observando mis fotos varias veces, será que él tiene una cuenta. Mientras me tomo un café bien cargado para trabajar, indago en los perfiles que me han dado a «me gusta» desde el lunes. Hay muchos. Subo contenido casi cada día, y hoy he subido una imagen de mi mano dibujando la de Dana… Mis seguidores quieren saber en qué ando metida, pero aún no puedo decir nada y todo debe permanecer bajo secreto y con confidencialidad editorial.

Lo mejor del día es que me ha llegado un nuevo pedido a mi email. Un encargo. Es algo extraño, pero me gustará mucho dibujarlo. Me ha dicho que me pagará lo que le pida. Es estadounidense.

Quiere que dibuje a Mefisto, el Diablo de Marvel, sexualmente sometido por la Bruja Escarlata. Me he tenido que reír en cuanto lo he leído, pero pronto me han empezado a surgir imágenes de la escena y ya estoy deseando ponerme con ella. Mi cliente se llama señor Landon y es de Los Ángeles. El lienzo que me pide es de los caros. Perfecto para mis arcas, y algo sin importancia para las suyas. Es caro por el tipo de dibujo y porque tendrá muchos detalles. Me gustan las

imágenes sórdidas y desafiantes. Suelo ser muy atrevida en mis interpretaciones y en mis dibujos y no me da miedo lo obsceno en todo lo que tenga que ver con el arte y la creatividad.

En la vida real, lo obsceno me asusta.

Tengo la sensación de que no me puedo quedar quieta. Y no solo eso: de que no puedo confiar en nadie. Adonis sabía lo que era esa pulsera, la había reconocido y no me dijo nada. ¿Por qué en el evento de arte la llevaban dos chicas más? Y una de ellas era su novia.

Estoy poniéndome otro café abajo en la cocina. Mi abuela está en el jardín, acicalando las flores o, como dice ella, poniéndolas guapas.

En ese momento recibo un mensaje.

Miro el móvil. Es un wasap de Adonis.

No lo abro. Lo de ayer me hizo sentir muy violenta y despertó mucha desconfianza en mí, y ahora me siento atrapada porque sé algo gordo y turbio y él sabe que lo sé y, para colmo, creo que está metido en el ajo.

—Ares, veo la nube negra en tu cabeza, desde aquí —musita mi abuela, que acaba de entrar en la cocina—. ¿Sigues durmiendo bien?

—Psé…

—Estás indagando en el tema de la chica, ¿verdad? Te afecta —dice preocupada.

—Me afecta, me preocupa… Siento que me toca de lleno —respondo mirando de reojo el móvil. Le doy vueltas al café.

—¿Hay algo que debamos saber? ¿Has descubierto algo más?

En realidad, sí lo hay, pero para qué las voy a preocupar. ¿Para qué les voy a decir todo lo que sé si ellas no pueden hacer nada al respecto y yo tampoco?

—No. Nada. ¿Por qué? ¿Hay algo que quieras decirme?

Mi abuela tiene las manos llenas de hierbajos que va a tirar a la basura. Me mira con ojos sabios y sonríe con tristeza.

—Siempre hay cosas que quiero decirte. Pero no puedo poner todas las cartas boca arriba todavía. Solo te pido que abras bien los ojos y tengas cuidado.

—Yaya, no te preocupes. —La abrazo para tranquilizarla, aunque ella no puede hacerlo por tener los guantes manchados de tierra—. Cuando vea al señor con cuernos y rabo, me alejaré.

—Eso es lo que me preocupa. Que te aceche el Diablo no significa que venga él mismo. Porque puede tener muchas máscaras y tratarse solo de energías, de personalidades, de ascendencias… Puede que ya esté en tu círculo y tú no lo sepas.

La abrazo con fuerza y me quedo mirando el jardín.

—Tendré cuidado. Lo prometo. ¿Es verdad lo que me dijo mamá?

—¿El qué?

—Que las Parisi estamos malditas. Que los padres de nuestros hijos acaban muriendo —digo oliendo su pelo blanco, esta vez, recogido en dos trenzas.

Mi abuela se aparta para mirarme a la cara.

—Hay cuatro generaciones de Parisi bajo este techo. Y bajo él vivieron y murieron muchas más. Y también sus maridos. Muchos antes de tiempo y otros más tarde de lo deseado —sonríe un poco mezquina—. Pero si es verdad que a ti te pasó algo terrible hace cuatro años, entonces, nada deseo más que él esté muerto.

Sonrío de oreja a oreja y la achucho con fuerza.

—Eres de las mías. Siempre serás de las mías.

—Siempre, niña. No lo olvides.

El móvil empieza a sonar. Lo agarro solo para darme cuenta de que es Adonis.

Qué insistente.

Me grabé los dos números, el de su supuesto trabajo y el suyo personal. Me está llamando desde el del trabajo, así que sale en el móvil como «Sherlock».

—¿Quién es? —pregunta mi abuela.

—Nadie.

—¿No le vas a coger el teléfono a nadie?

—No. —Le quito el sonido y me lo guardo en el bolsillo trasero del pantalón.

Mi abuela se va al jardín de nuevo, pasa por el salón y se detiene de golpe, llevándose la mano al pecho para mirar el reloj de cuco que canta las horas.

Adonis no deja de llamarme, así que al final le cojo el teléfono.

—Qué quieres.

—Esta tarde, tú y yo. Te envío ubicación.

—No pienso quedar contigo.

—Tienes que quedar conmigo. Hay algo que tengo que decirte.

—No. Creo que voy a hablar con Hugo y…

—Ni se te ocurra —me advierte—. Ares, no puedes hablar con nadie. No debes hacerlo.

—A mí no me puedes prohibir las cosas como a esa chica, a Tania.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Sé que estás contrariada por lo de anoche. Vamos a quedar y a hablar.

—Te he dicho que no. Creo que me voy a mantener alejada de ti y de todo esto.

—No. Ya no puedes.

—¿Qué quieres decir?

—Si quedamos, te lo explico. Además, no creo que seas de las que deja nada a medias. Y esto es delicado. Has enseñado la patita y la has metido hasta el fondo. Pero si quieres más información, yo te la daré. Solo acabas de empezar, así que ven y te diré lo que sé hasta ahora.

Le cuelgo, porque me da rabia que tenga el poder de hacerme cambiar de opinión. Sin embargo, lo que me dice siempre me pone en guardia y me deja con ganas de saber más.

Recibo la ubicación.

Está en Canyet. En la montaña.

—Capullo. —Me guardo el teléfono en el pantalón bastante malhumorada.

Pero no sé por qué me enfado, dado que, conociéndome, no pienso dejar esto así y voy a ir para ver qué me cuenta.

XIII

Me iba a llevar a Venus, pero después he pensado que no quiero que algo tan puro se mezcle con algo tan turbio y oscuro, así que le he pedido a mi abuela que se quede con ella esta tarde. Que volvería en un par de horas para darle el bañito, hacerle la cena y acostarla.

He cogido la moto porque me apetece que me dé el aire en el cuerpo y hace que me sienta un poco más libre. Sigo la dirección de la ubicación mientras circulo por el interior de la montaña, hasta que me encuentro la entrada de una propiedad que parece sacada de una revista de casas de millonarios. No tendría que sorprenderme, porque ayer vi cómo Adonis compraba un cuadro por tres millones de euros sin despeinarse, pero lo hago, porque es un caserón en medio de la montaña de Badalona, oculto entre sus bosques y pinos.

Canyet dispone de varias masías típicas de la zona, la Masía del Demonio es una de ellas. Algunas están en mejor estado que otras, pero hay doce que forman parte del patrimonio histórico de Badalona. También cuenta con zonas más urbanas en las que se han construido complejos urbanísticos y casitas de veraneo. Es un buen lugar para vivir si te gusta estar alejado del mundanal ruido.

Recorro el caminito de arena hasta la entrada de la casa, que dispone de una verja con timbre electrónico, cámara y micrófono.

No tengo ni que llamar. La puerta se abre sin más. La moto circula mucho mejor por el pavimento de piedra lisa y grisácea, rodeada de un césped raso y verde eléctrico que ya quisiera un campo de fútbol. El sendero me guía hasta el interior de la propiedad de Adonis y, mientras avanzo, encuentro abetos que ayudan a delimitar sus muros, erigidos en piedra y madera, imposibles de rebasar a no ser que se hiciera una torre humana, como los castellers.

El caminito acaba donde empieza la plaza central, en la que hay una fuente con una mujer sentada sobre un ánfora y con un rodillo de lana entre las manos. Sujeta el extremo de ese hilo con gracia y sonríe, como si te estuviera tomando el pelo. Le sale agua de los pezones. Muy ocurrente.

Sin embargo, hay algo más que me deja enmudecida. La casa es

como un castillito escocés, hecha con un gusto exquisito. Una la ve y puede imaginarse a los *highlanders* subiéndose a las torres para fornicar con las señoras del castillo. Pero no estamos en Escocia. Estamos en Badalona y presenciar algo así en la montaña, algo que nunca había visto, me demuestra que una no sabe nunca dónde vive realmente ni lo que tiene alrededor. Conozco muchas masías de la zona y como Canyet es el barrio más grande del municipio, pues una sabe que en la zona hay casas grandes y elegantes, pero aquello me deja sin palabras.

Las puertas del castillo se abren y tras ellas aparece la silueta de un lobo gigante, enorme, que me convierte en piedra.

Me quito el casco con mucho cuidado y cierro los ojos para asegurarme de que no es un espejismo. Y no lo es. Es un lobo, un lobo enorme del tamaño de un poni con una cabeza gigantesca. En mi vida había visto un animal así.

Pero el hombre que lo sigue también es digno de admirar. Adonis parece vivir ajeno a todo lo que inspira, a su poder, a su dinero, a su porte entre angélico y demoniaco. Es como si el mundo no fuera con él y, con todo y con eso, parece que se lo tome todo demasiado en serio como para fingir que nada le importa. Va vestido con un pantalón negro y una camisa blanca arremangada hasta los antebrazos y con los dos primeros botones abiertos. De ese modo se le ve la poderosa clavícula y el pecho marcado. Es imponente.

El lobo es su protector, su escudero, se nota en cómo le ronda y da vueltas a su alrededor como si fuera un cachorro. Tal vez lo sea, aunque no lo parezca por las patas que tiene y esas pezuñitas gruesas y gordas que miden como una de mis manos. Parece un animal de un mundo de fantasía donde el invierno está llegando. Pero su aspecto es tan intimidante que, aunque sea aún una cría de lobo, hay que ser precavido. Su pelaje es negro y muy frondoso y tiene los ojos amarillos. Porque no es posible, si no, pensaría que Adonis y él son hermanos gemelos.

—Dime que eso no muerde —le ruego sujetando el casco contra mí.

—Lobo es el ser más inofensivo que hay en toda la tierra —contesta Adonis y se mete las manos en los bolsillos—. Bienvenida, Ares.

Lobo se acerca a mí y me huele las piernas y las deportivas blancas que acaba de babear, hasta que empieza a lamerme la mano. Pienso que, si le diera por morderme, me arrancaría el brazo de cuajo.

—Hola, bonito —susurro un poco nerviosa—. Es casi tan alto como yo. Da un poco de respeto.

—Es un perro lobo checoslovaco. Si se pone de pie, mide dos metros.

—Como los perros de *Juego de Tronos*.

—Exacto. Es de esa raza —contesta.

—¿No me va a morder, entonces?

—No —contesta, tenso.

Asiento y le dirijo una mirada desconfiada.

—¿Y tú?

—¿Quieres saber si yo te voy a morder? —Entrecierra los ojos; cuando hace eso, se ven más amarillos y salvajes que nunca, porque quedan enmarcados por sus espesas pestañas, largas y oscuras. La luz siempre resalta entre la oscuridad.

—No, quiero saber si estoy a salvo contigo —respondo con mucha seriedad—. Lo de ayer no me gustó nada y me ha dejado muy desequilibrada. Necesito respuestas, Adonis, y que me expliques de qué va todo esto. ¿Qué eres? —Miro su castillito en medio de Canyet y me imagino lo que esconderá el terreno que lo rodea. Piscina, piscina climatizada interior, sauna, sala de cine, un aparcamiento con más de un coche… Todos los lujos habidos y por haber están ahí, con toda seguridad—. ¿Quién eres?

—¿Quieres entrar y tomar algo? —sugiere con un ademán principesco.

—No sé si quiero entrar —admito—. Te he dicho que me siento un poco insegura.

—No es de mí de quien te tienes que sentir insegura.

—No lo puedo evitar. Tú sabías que la pulsera que llevaba la víctima la llevaba también Tania. ¿Por qué te callaste cuando te lo dije? Me estás ocultando información. ¿Tienes que ver algo en todo esto?

Lobo se acaba de tumbar entre nosotros, como si supiera que no pienso moverme de ahí.

—Me callé porque nunca imaginé que te involucrarías en nada de esto. Nunca pensé que coincidiría contigo en… ese tipo de eventos. Sí, le regalé la pulsera a Tania. Pero solo a ella. No tengo nada que ver con la chica del río.

—Pero… ¿ella tiene que ver con algo en lo que tú estés relacionado? —No entiendo nada—. Adonis, no soy tonta. Sé que está pasando algo. Y sé que ayer más de una chica llevaba esa pulsera y, entre ellas, tu novia.

—Tania no es mi novia —asegura con vehemencia.

Me río un poco de él.

—No, claro. Te va a montar ese numerito celoso y posesivo solo

porque sois amigos… Esa chica me miró como si quisiera matarme. Y no solo eso. Me la encontré llorando en el coche cuando me fui y me llamó zorra. Parecía atacada de los nervios.

—Es muy… intensa. Mis disculpas.

Ese tonito de estirado me pone de los nervios.

—No, eso no es ser intenso, eso es estar superado por las emociones.

—Como sea. Tania es complicada y esto es difícil de contar.

—Cuéntamelo. A eso he venido.

—Ayer por la noche entraste en escena y llamaste la atención de gente que no te interesa que se fijen en ti. Que estuvieras ahí me puso en un serio aprieto.

—Pues tú estabas allí. ¿Qué dice eso de ti?

—No dice nada bueno. Pero yo no soy como ellos. Ares, es posible que ya te estén siguiendo.

—¿A mí? ¿Quién me va a seguir y por qué? ¿Por lo del vídeo que subí y me borraron?

Dejo el casco sobre el sillín de la moto y me dirijo a la fuente para sentarme sobre la piedra.

—Por eso y por presentarte en sociedad anoche. Había cámaras grabando el evento y gente interesada en ver lo que había y quiénes asistieron a la subasta.

—Eso son chorradas. No le intereso a nadie…

—Ni te lo imaginas —susurra ocultando demasiada verdad.

—Nadie me sigue. ¿Qué son esas pulseras?

—Parece que quieres creer que estoy implicado en el asunto, y no es así. Tengo relación, pero no por lo que tú te crees.

—Ya no sé en lo que creer —digo un poco rebasada por todo.

—No puedo contarte todo lo que sé porque puede ser peligroso para ti.

—Mira, estoy un poco cansada de que todos queráis protegerme. Me sobra. —Acaricio un resorte de la piedra de la fuente. Eso no tendría que haberlo dicho, pero a veces, cuando estoy frustrada, me cuesta bastante morderme la lengua. Debería hacer más ejercicios de contención—. Si no me cuentas ahora mismo todo lo que sabes, te juro que me voy con todo lo que tengo a los Mossos, se lo enseño a Hugo y…

—¿Hugo? —Levanta la cabeza y esconde una sonrisa impertinente —. Ese es tu contacto de los Mossos. Hugo Simó, ¿verdad? Así me dijiste que se llamaba. ¿El indiscreto que te habló del cadáver? ¿Qué es? ¿Inspector? ¿Subinspector?

—Déjalo en paz. Él no sabe nada.

—Mientes. Ya sé que es él. Ares, hay mundos que deben permanecer cerrados para muchas personas. Pero si los abres, debes aprender la primera norma: «En los círculos, todos saben de todo».

—No sé a lo que te refieres…

—Claro que no. Solo mantén los ojos abiertos y no te fíes de nadie.

—¿Sabes? Ese mismo mensaje me lo ha dado hoy otra persona.

—Una que te querrá mucho, supongo. —Se cruza de brazos y se sienta a mi lado. Yo me aparto un poco—. ¿Tienes miedo de que te ahogue en la fuente? —Alza una ceja negra y me mira de reojo—. ¿Tanto te asusto ahora? No soy ningún asesino. Soy de los buenos.

—Hay asesinos que se creen que son buenos. Como Dexter.

—Yo no mato. —Las comisuras de sus labios se elevan y tengo la sensación de que le gusta marear la perdiz—. Pero está bien que no te fíes de nadie. Ni siquiera de mí.

—Hugo es mi mejor amigo. De él sí me puedo fiar, aunque digas que no.

—Hugo ayer te agarraba de la mano y te sacó de allí porque quería dejar claro a todo el mundo que eras suya —me contesta con un tono uniforme y principesco.

Lo sabía. Sabía que se había fijado en ese detalle.

—Eso es una memez. Yo no soy de nadie —repongo ofendida—. Él y yo teníamos una relación, pero ya no. Lo dejé hace unos días.

Adonis deja caer la cabeza hacia atrás, su pelo negro baila sobre sus hombros y mira al cielo jactándose de mis palabras.

—Ese hombre nunca va a aceptar que no le quieres. Siempre va a hacer todo lo posible para que volváis a estar juntos.

—¿Y tú qué sabes? No lo conoces.

—No me hace falta. Lo que sé es que él nunca debió invitarte a ese evento. Y si lo hizo, fue por una razón, porque ahí se va siempre por un motivo, además de por el arte.

—Cuando quieras puedes empezar a explicarme las cosas sin tanta adivinanza —lo animo como si nada.

—Prométeme que nunca dirás lo que hablemos tú y yo. Es muy importante —me advierte.

—No se lo voy a contar, pero como me enredes y descubra que hay algo mucho más gordo detrás de todo esto, te juro que me voy con la documentación que tengo a una comisaría y hago que monten una investigación aquí a lo grande. Puede que eso no te guste tanto —lo amenazo.

—Si lo hicieras, no vas a conseguir nada, no te imaginas la de hilos que son capaces de mover.

—¿Quiénes son capaces de mover hilos? ¿De qué estás hablando?

—Nada —dice frustrado—. Lo que tienes que saber es lo siguiente: el cadáver del río, la chica que encontraron, se movía en estos círculos. Ella podría haber estado ayer noche entre los presentes. Las chicas con esa pulsera son las mujeres de un vir, a quien pertenecen.

—¿Que pertenecen? ¿Qué quiere decir eso? ¿Que son esclavas?

—No. No son esclavas —me explica frotándose la nuca—. Son mujeres educadas para complacer la voluntad de un vir. Voluntades sociales y también… carnales. —Vuelve a mirarme de soslayo.

Frunzo el ceño y me miro la punta de las deportivas, sobre las que Lobo ha decidido reposar su enorme morro. ¿De qué estamos hablando? ¿Un vir? ¿Eso qué es?

—Te refieres a sexo.

—Es sexo, sí. Pero es mucho más que eso. Forman parte de un círculo selecto de personas que buscan mujeres a medida para sus juegos y sus… filias. No eligen las mujeres al azar. Algunas tienen pedigrí y otras… otras no.

—Tú tienes a Tania —asumo—. ¿Eso es lo que haces con ella? ¿Sexo? ¿La… la instruyes?

—Es más que eso… no solo sexo. Es difícil de explicar. Pero nada de eso te importa. Lo que yo hago aquí es solo asunto mío. Lo único que a ti te conviene saber es que el cadáver pertenecía a alguien del círculo virtuoso.

—Del círculo virtuoso… Es que me suena a magia, hechicería y sociedades secretas —espeto con desagrado—. Es de locos.

—Es que puede serlo perfectamente. Pero no te puedo contar mucho más porque es confidencial y, para ello, tienes que estar dentro. Eso es lo que menos debe importarte ahora. Además, tú estás buscando respuestas a tu vídeo y a la foto que tienes. Y yo te las estoy dando. Esa chica no es una mujer invisible. Tenía un trabajo, venía de un lugar, con una familia, y pertenecía a un vir.

—¿A qué vir?

—Eso es lo que sigo indagando. No los conozco a todos. Hay eventos en los que se encuentran con sus chicas, pero aún no conozco a todos los miembros y no todos asisten a todos los eventos.

—Y son chicas de todas partes del mundo. —Entiendo. Debe ser así porque en el de anoche había una italiana.

—Sí. Porque ellos también pueden ser de todas partes. Pero en este lugar —confiesa crípticamente—… Aquí fue donde empezó. Es como un centro neurálgico.

—¿El qué empezó?

—Todo. Nació aquí.

—¿A qué te refieres con que nació aquí?

—No puedo contarte nada más, Ares —sentencia.

—Vale. —Lo voy a respetar por ahora—. Entonces ¿es como un club?

—Sí. Muy grande. De membresía selecta.

—¿Ideales sectarios?

Adonis hace un movimiento con los hombros que me indica que podría ser así.

—La cuestión es que he estado investigando más cosas. Te eliminaron el vídeo de Instagram y te lo denunciaron desde una cuenta anónima. Estoy intentando que me den la dirección IP desde la que fue denunciada. Porque es muy difícil seguir el rastro de Instagram. Sé el día que te lo vetaron y la hora. Pero con la IP puedo encontrar la ubicación desde la que lo hicieron.

—¿Puedes hacer eso? —No salgo de mi estupefacción—. Pareces un pulpo. Tienes tentáculos por todos los lados.

—Puedo hacer muchas cosas. Pero tampoco necesitas saberlas. No es necesario, dado que lo que nos atañe y nos une es un pacto laboral. Tú me pediste ayuda y yo te la estoy ofreciendo.

Vuelvo a otear a mi alrededor. Obvio que puede hacer muchas cosas. Alguien con tanto poderío puede acceder a muchas informaciones vetadas para los mundanos.

—Ya…

—En la Seguridad Social no consta que hubiera nadie trabajando en la panadería, aparte de las dos chicas que conoces. Sin embargo, me han asegurado que el archivo ha sido modificado hace seis días.

—Eso fue el viernes, cuando mi conocido hizo la foto. Por la mañana. La habían matado ya y entraron en la Seguridad Social para borrar los historiales.

—Sí —dice admirado por mi agilidad mental.

—¿No sabes nada más? ¿Quién lo modificó?

—Mi contacto lo está investigando desde dentro.

Resoplo sin ocultar mi admiración.

—Debes de pagar mucho…

—O, tal vez, me deban muchos favores.

—Pero sigo sin comprender… Las chicas del Forn Maria aseguraron que allí no había trabajado nadie más. ¿Por qué? Yo sé que eso no es verdad y ahora tú también. Pero ellas parecían tan convencidas… ¿Cómo es posible?

—Ares, hay cosas a las que no podrás darle explicación. Muchas. Algunas superan nuestro entendimiento porque se acercan mucho a lo que no comprendemos. A lo que muchos temen o a cosas que no creen. Pero yo estoy aquí para buscar respuestas desde las pruebas y el

empirismo.

—Pero ahora ya sé que habrá cosas que no me querrás contar, porque formas parte de ese mundo…

—Estoy dentro, pero no como tú crees. Vas a tener que confiar en mí. Y yo también querría confiar en ti. Quiero saber por qué estás tan interesada en esto, por qué no eres capaz de dejarlo pasar. Este mundo no te pertenece.

¿Y él qué sabrá de mi mundo y de adónde pertenezco? Él no sabe nada de mí.

—Me interesa. Y ya está. Ya no lo puedo dejar pasar. ¿Crees que a esa chica la mató alguien de ese círculo virtuoso del que formas parte?

—Dices círculo virtuoso como si te burlaras de él.

—Me parece pedantesco y envanecido. Parece que os creáis dioses.

Adonis asiente y tensa la mandíbula. Sé que lo que le estoy diciendo y cómo se lo estoy diciendo le ofende y le sienta mal, como si tuviera que ver con él más de lo que desearía.

—Entonces ¿lo crees? ¿Alguno de esos hombres pudo matarla?

—Puede ser. Seguiré investigando y si descubro la identidad de la chica y qué fue lo que pasó realmente con ella, te lo diré. De todas formas, te informaré en cuanto tenga algo más.

Creo que Adonis sabe demasiado. No puedo confiar en él como me gustaría porque no me cuenta toda la verdad. Pero yo tampoco se la digo a él. Así que estamos en paz.

—Tus dibujos son increíbles. Tienes un talento superlativo. Y eres muy fotogénica —reconoce sin pudor, mirando al frente. Acaricia a Lobo detrás de las orejas, con todo el amor y el cariño que estoy segura de que no expresa a ningún otro ser humano del planeta—, Ares Avenger. —Entorna los ojos lo suficiente para parecer un diablo taimado.

Es su manera de hablar. Es difícil encontrar a personas cuya cadencia y cuyo tono puedan afectarte sin necesidad de ser expresivos. Pero a veces le brillan los ojos; en ocasiones parece que sonría y en otras parece que marca sin tocarte… Adonis es brujería.

—Entonces Tania tenía razón. Se enfadó porque estuviste viendo mi perfil.

—Tania es posesiva, celosa y exagerada. Ya entró en cólera cuando nos encontró hablando en la fiesta del Mas Ram.

—Y ¿puede hablarte así si eres un vir de esos? ¿Qué es ser un vir?

—No voy a hablarte más de lo que soy ni de lo que hago. No trasciende —dice cortante.

—¿Eres consciente de que ahora voy a buscar toda la información posible sobre el tema?

—No vas a encontrar nada que explique qué es el círculo virtuoso. Por eso es una sociedad secreta. Además, debes mantenerte muy lejos de ese mundo… —Nuestros brazos están en contacto el uno con el otro y parece que él se esté apoyando en mí—. ¿Me has entendido?

—Por suerte —digo alzando la mirada para encontrarme con sus penetrantes ojos amarillos—, no tengo mucho que ver con Tania y a mí no me puedes ordenar lo que debo hacer.

—Lo digo por tu bien —conviene. Su mirada se desliza por mis pómulos, mi nariz, hasta llegar a mis labios, donde se imanta—. Y por el mío. Esto es serio. No puedo ni quiero decirte más. Pero confía en mí, por favor. Mi objetivo es seguir ahondando y descubrir la IP desde donde se denunció tu foto. Tal vez así lleguemos hasta alguien relacionado con la muerte de la joven.

Asiento y me conformo con eso.

—Tendré paciencia.

—Tengo una duda —dice Adonis—. ¿Qué harás cuando sepas quién fue?

—Aún no estoy segura. Pero quiero saber quién está detrás de esto. Ya decidiré qué hago con la información.

Él inspira profundamente y mira hacia el cielo del atardecer.

Me quedo mirando su perfil y me descubro admirándolo. Hay una corriente entre nosotros, una calma extraña que encuentro incluso en su mirada turbulenta, en su constante estado de alerta, en el viento que nos mece como quien sopla sobre una herida para lograr que deje de doler, que enfríe la quemadura.

Me siento así a su lado. No me fío. No puedo confiar, porque es obvio que conoce mucho más de lo que yo podría llegar a imaginar siquiera. Su mundo es extraño, hermético, de lujos y lienzos únicamente al alcance de la sangre más azul y dorada. Todo él es un misterio, es un fulgor constante, pero no sabes si detrás hay sol o solo una ilusión fatídica propia del destello de un foco. El viento mece las hojas de los árboles y su baile se convierte en un rumor, como si hablasen entre ellas para burlarse de nosotros.

O solo de mí, porque en el fondo, no sé con quién estoy ni de parte de quién está él. Y tal vez solo me está engañando.

—Tu tono de llamada —digo acariciando a Lobo. Él se deja; es tan manso y dócil que me encanta.

—¿Qué pasa con él? —quiere saber intrigado.

—Es el aullido de tu lobo, ¿verdad? —En un principio había pensado que se las daba de animal y me pareció ridículo. Pero ahora he entendido que solo grabó el aullido de su querido perro lobo. Y hubiera preferido no saberlo, porque me parece enternecedor.

—Sí.

—Tu perro es precioso y muy bueno.

—Gracias.

Paso los dedos por debajo de su morro, le rasco el cuello y, por un momento, Adonis pasa su mano por la zona que yo acaricio, y me roza a mí también, pintando un sueño en mi piel que siento por todo el cuerpo. Madre mía, es como si me encendiera cuando me toca. Retiro la mano rápidamente y juraría que él oculta un gesto auténtico parecido a una sonrisa.

—No hay fotos de tu hija en tu perfil de Instagram.

Es como un pistoletazo de salida que hace que quiera irme de ahí inmediatamente. Pero me aguanto, aunque me pongo nerviosa porque no quiero hablar de Venus con él. Ni con nadie.

—No. Uso las redes sociales solo por mi trabajo, a nivel profesional. No a modo personal.

Él parece comprenderlo.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Tenemos que hablar de ella? No hemos llegado a ese grado de intimidad.

Adonis retira la mano del cuello de Lobo y apoya su puño cerrado sobre el muslo. De repente, ya no está tranquilo. Lo veo tenso.

—Es solo una pregunta.

Exhalo enfadada conmigo misma. No sé si debería dejar de estar tan a la defensiva.

—Tres. Los cumplió el… el 10 de enero.

—Tres… —repite meditabundo—. Es muy pequeña.

—Sí. —Me levanto y me limpio las palmas algo frías en los tejanos.

—Y tú muy joven, Ares —observa—. Tienes veintisiete ahora, ¿me equivoco? No me mires así —murmura un poco incómodo—. Lo he leído en Wikipedia. Parafraseando lo que dicen de ti, de las pocas mujeres ilustradoras junto a Belén Ortega, del mundo Marvel y DC, con un éxito rotundo y una legión de admiradores.

—Pues sí que me has investigado.

—Es mi trabajo.

—De ti, en cambio, no hay nada en absoluto en internet. Adonis Russo no existe. Pero tienes redes sociales, de lo contrario, no habrías visto mi perfil.

—Las tengo. Pero son secretas —sonríe, y se le marcan unos hoyuelos que me matan y me parecen de delito. Sin embargo, la sonrisa no llega a sus ojos. Le cuesta—. ¿Tenías veintitrés cuando te quedaste embarazada?

—Sí. ¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta. ¿Cómo se llama tu hija? —me lanza una mirada de consternación—. Es solo su nombre. No voy a averiguar nada sobre ella, relájate, señorita Parisi.

—Venus. —Levanto la mano para que se detenga—. Y no voy a decir ni una palabra más, porque haces juegos de mentalista que no me gustan ni un pelo. Tú no me cuentas nada sobre ti y yo tampoco voy a hacerlo.

—Está bien —se disculpa y se levanta para que pueda comprobar, por enésima vez, que es altísimo—. Te invitaría a entrar —su brazo se extiende con la palma de la mano hacia arriba y señala la impresionante puerta de entrada de su hermoso castillito—, pero no estás lista para ver mi castillo.

El comentario me hace gracia.

—¿Acaso tienes mazmorras y salas de tortura?

—Tengo eso y mucho más. Incluso altares y mesas de sacrificio.

Trago saliva, pero disimulo que su respuesta me ha puesto nerviosa. ¿Lo ha dicho en serio?

—No entro, no porque no esté lista, sino porque no quiero hacerlo. —Alzo la barbilla.

—Algún día querrás.

—¿Es una amenaza? —Lo oteo sin demasiado respeto.

—No. Es una afirmación. El único modo de conocer a un hombre es cruzando las puertas de su fortaleza.

—Lo poco que sé de ti me inquieta bastante como para estrechar más lazos.

—Y yo creo que tú te equivocas si crees que no soy de fiar.

—Tengo un esbozo mental de ti y creo que serías como una especie de Loki.

—¿De Loki?

—Sí, el dios timador de la mitología nórdica.

—¿Ah, sí? ¿Crees que me conoces? —Al mismo tiempo, parece divertido y seducido por la idea de que yo sienta curiosidad y, además, me haya hecho una idea de su persona.

—Posiblemente no sea tan buena como tú haciendo perfiles. No sé meterme en la cabeza de los demás, pero soy observadora.

—Con eso ya tienes mucho ganado. A ver, prueba —dice sin creer ni un ápice en mí—. Dime cómo eres de buena creando a personajes.

—De acuerdo —digo envalentonada, acercándome ligeramente a él —. Tienes mucho poder adquisitivo y te viene de herencia o por trabajo personal, eso no lo sé. Lo que sí sé es que la mayoría de las personas que son como tú nunca hacen las cosas gratis. Podrías hacer lo que quisieras, vivir la vida a lo loco, pero no eres un derrochador.

Al contrario; tus gestos, tu comportamiento, tu manera de hablar, denota un autocontrol envidiable, porque eres meticuloso y te gusta supervisar hasta el último detalle de lo que emprendes. Pero no eres frío, no como pretendes aparentar. Escondes muchas cosas a los demás, pero sobre todo, te escondes a ti mismo. Tienes un conflicto con tus propios demonios. Posiblemente, uno que venga del pasado. Por eso estudiaste Teología y eres demonólogo, porque eres culto e inteligente; te apasiona porque crees firmemente en ello, en esas energías y en esa oscuridad, en las sombras de los seres humanos, dado que convives con ellas a un nivel personal y emocional, y eso te contraría, porque crea un conflicto contencioso en ti y da lugar a una batalla constante en tu interior entre el bien y el mal. No obstante, siempre gana el mal, porque no te importa rebasar los límites si con ello consigues tu objetivo. Porque eres poderoso y llegas hasta donde quieres y juegas con quien quieres. Vienes, absolutamente, de vuelta de todo. Te gusta desafiar a los demás y tras tu manera de ser arrogante y altiva, hay rabia, despecho y desprecio hacia algo que solo tú conoces y también un poco hacia ti mismo; hay irreverencia y rebeldía hacia el poder más abusivo, venático y funambulesco, y lo has convertido en una lucha personal. Sin embargo, formas parte de ello, no solo porque a una parte muy tuya de ti le guste y se sienta identificado, sino porque es tu medio para conseguir algo más. Por eso participas de ese círculo de virtuosos que, en el fondo, sabes que es decadente y peligroso. Los perfiles como el tuyo pueden ser rebeldes o villanos, pero nunca héroes, porque hace muchísimo que dejaste la inocencia atrás y porque la mayoría de los rebeldes y villanos están movidos por la venganza. A ambos los separa una línea fina. La verdad es que —asumo rindiéndome a la evidencia— no sé quién eres. Pero he entendido que tú no estás aquí por casualidad o porque, de repente, te hayas enamorado del Maresme o de las montañas de Badalona. Debes tener casas infinitamente más grandes que esta repartidas por todo el mundo. Pero te has asentado aquí, a tus treinta años. La edad perfecta. Estás aquí por algo más, algo muy grande y a lo que le das una importancia casi divina. Por eso tienes una página web, porque quieres advertir cualquier anomalía en esta ciudad, porque la quieres tener controlada. Tú, Adonis Russo, estás aquí con un objetivo. Y ese objetivo no es salvar a nadie de los demonios que dices que existen. Estás aquí para jugar a tu propio juego y para imponer tus propias normas, aunque tengas las cartas marcadas, taimadamente, como haría un sátiro —concluyo dibujando una sonrisa conforme en mis labios— o un dios del engaño.

Adonis no mueve ni un solo músculo de su cuerpo. Sus ojos

refulgen como si empezaran a verme de verdad, como si hasta ahora solo hubieran visto de mí la punta del iceberg. Sé que está sorprendido, pero desconozco cuánto de mi construcción del personaje es real o no. No obstante, por su postura corporal, creo que me he acercado bastante.

—Señorita Parisi. —Me hace una reverencia falsa e insultantemente perfecta—. Encantado de conocerte, por fin.

—Aún no me conoces.

—Tú a mí un poco más, por lo que veo, pero has errado en alguna de tus observaciones.

—¿En cuál?

Se acerca a mí, hasta eliminar la distancia entre nosotros, alza su mano y me acaricia las puntas de mis mechones con los dedos. Después, como si se hubiera quemado, deja de tocarlos.

—No estoy aquí para jugar a ningún juego. Pero estoy disfrutando de la partida —dice en voz baja.

Sé que lo hace adrede. Me desafía, me turba y quiere desorientarme, y así es imposible que me pueda fiar de él como quiero. Pero lo hace a propósito y quisiera saber por qué.

Carraspeo y me aparto de su cercanía dando un paso hacia atrás.

—¿Hoy no tienes a Tania para… educarla a tratar contigo?

Adonis no sonríe, solo aletea un poco las pestañas.

—No. ¿Por qué? ¿Quieres sustituirla?

Niego lentamente.

—No creo que me haga falta educación, gracias.

—Depende de para qué te instruyan, señorita Parisi.

No tengo ganas de seguir tensando la cuerda. Ni siquiera sé por qué me molesta que un hombre con el poderío y la personalidad abrumadora de Adonis esté con una mujer con un comportamiento tan infantil como Tania.

—¿Quién es? —señalo a la mujer de la fuente, solo para cambiar de conversación y aflojar el trato.

—Es Ariadna. Con su hilo —añade sin dejar de mirarme incisivamente—. ¿Sabes quién es? ¿Conoces la leyenda del hilo de Ariadna?

—Sí. La conozco.

No soy investigadora, pero puedo documentarme muy bien y, de hecho, es lo que suelo hacer para realizar mis ilustraciones. Y lo que tendré que hacer para la novela gráfica.

Quiero saber más cosas sobre Adonis. Y voy a tirar del hilo, como Ariadna, todo lo que pueda, para comprender cuál es el nexo entre él y todo lo que está sucediendo a mi alrededor, porque sé que no ha

llegado a mi vida por casualidad.

Nada de lo que dice o hace Adonis es casual, y tengo la sensación de que está deseando que lo descubra por mí misma. Necesito saber quién es.

Un hombre como él no puede pasar desapercibido y menos en un municipio como Badalona. Puede ser un ermitaño millonario que adora estar escondido en las entrañas de Canyet y que solo es accesible para los de su misma clase.

O puede ocultarse para no llamar la atención y actuar desde las sombras, no como un héroe, pero sí como un demonio justiciero. Pero ¿por qué querría hacer justicia?

Al fin y al cabo, Loki también es el héroe en algún momento de su historia.

Me pongo el casco, me agacho para acariciar a Lobo y despedirme de él. Cuando miro a Adonis, no sé muy bien qué hacer, así que me monto en la moto y le digo:

—Seguimos en contacto. Avísame si tienes cualquier novedad. —Voy a arrancar, pero él me detiene.

—Señorita Parisi.

—¿Qué? —Apoyo un pie en el suelo para no caerme y perder el equilibrio.

—No hables de esto con nadie. Y esto sí es una orden.

—No me gusta que me hables así —lo censuro.

—Me da igual. Hazme caso, por el bien de los dos. Y otra cosa: no es normal que alguien como Hugo asista a un evento como el de ayer. Pregúntate qué tipo de favor le haría al dueño de las galerías. Y pregúntate —insiste con algo de malhumor— por qué te llevó.

Frunzo el ceño, sin comprender la insinuación, pero esa fijación que tiene con él empieza a molestarme.

—No.

—Entonces pregúntaselo a él.

—Tú eres el investigador. Si quieres saberlo, averígualo tú. Yo no voy a poner en tela de juicio a nadie de mi entorno —le advierto.

—Deberías hacerlo. Yo puedo hacer mi trabajo, pero tú también deberías hacer el tuyo.

—Y eso haré. —Y tanto que lo voy a hacer. Para empezar, si tengo que buscar información sobre alguien, será sobre él, no sobre Hugo.

Dicho esto, esta vez sí, pongo en marcha mi Super Soco y me voy sin hacer ruido. Las puertas de la casa se abren sin más y, cuando miro por el retrovisor, ni Adonis ni Lobo aparecen en el reflejo.

XIV

Al bajar por el camino de arena me ha pasado algo muy incómodo. Debo tener cuidado porque mi moto tiene ciento veinticinco cilindradas pero las ruedas no son de trial y podría resbalar, y más viendo cómo están los senderos en Canyet, que algunos son estrechos, empinados y desiguales.

Subía al mismo tiempo un Volkswagen escarabajo descapotable negro. Y cuando he visto quién lo conducía y hacia dónde se dirigía, he notado una desazón inaudita en la boca del estómago.

Era Tania. Me ha mirado con curiosidad, pero no ha podido saber que era yo, dado que llevaba el casco y la visera oscura delantera. Sin embargo, sí se ha fijado en que era una chica y ha puesto cara de arpía. Creo que no se fía nada de Adonis. O es una celosa patológica y repleta de inseguridades que, sencillamente, odia que el viento roce el cuerpo de ese hombre.

Ese tipo de personas son muy peligrosas y tóxicas y cuanto más lejos, mejor.

Pero no la culpo. ¿Por qué iba a fiarse de él? Una vez más, me acaba de demostrar que es un mentiroso. Porque me ha dicho que hoy no iba a ver a Tania y es falso. Ha ido a visitarlo, seguramente para hacer lo que sea, para acostarse, tener sexo salvaje o no… e instruirla. Cuando pienso en ello, se me vienen imágenes incómodas a la cabeza que no quiero imaginar, pero me salen solas.

Por eso, al llegar a casa, me he quedado con Venus y nos hemos dado un bañito. He llenado la bañera, le he puesto jabón, burbujas que no falten, y he metido un par de muñecos.

Las dos disfrutamos de ese instante y hablamos mucho de todo lo importante en el mundo como, por ejemplo, el nuevo juguete de Diana, la diadema de Tasia, la *Patrulla Canina* y la película *Encanto*.

—La casa es mágica —me dice, enjabonándome el pelo. Le encanta.

—Sí, es mágica.

—La yayita hace magia.

—¿La de *Encanto*?

—No, la mía —se ríe como si yo dijera tonterías.

—¿Por qué dices eso? ¿La has visto hacer magia? —Paso la esponja lila claro por su cuerpecito, atenta a su respuesta.

La niña se encoge de hombros, pero no me responde.

—Pone pájaros por la casa.

Me da un ataque de risa que no me aguanto. Que la niña llama pájaros a los *fascinus*, a los falos con alas.

Venus es un soplo de aire fresco, es pura luz.

—Y *también* ojos. Muchos. Sí —asume tomando mi cara entre sus manos. Está a punto de meterme el jabón en los ojos, pero me da igual —. ¿*Po* qué?

—¿Por qué pone pájaros y ojos? —digo mordiéndome el labio inferior para no echarme a reír otra vez.

—Sí. No me gustan.

—Porque ella cree que nos ayudan a estar protegidas para que nada malo nos pase. Como la casa de *Encanto*, que ayuda a que todos estén bien. ¿Lo entiendes?

Venus asiente y me pasa la manita por la mejilla.

—¿Y esos pájaros echarán al hombre malo?

El agua de la bañera está caliente, pero la siento fría de golpe, como mis hombros, que se quedan helados. Mi sonrisa me desaparece de golpe del rostro.

—¿El hombre malo? ¿Qué hombre malo, cariño? —La tomo de la cintura y me entra una sensación devastadora de desamparo y de terror que no sabría definir, pero si fuera un dibujo, sería un borrón negro como los que hace Venus.

—El hombre malo. Del balcón —añade en voz baja.

—Venus —se me rompe la voz por el miedo. Sujeto el rostro diminuto de mi hija, le retiro el pelo de la frente y le digo preocupada —: ¿Ves a un hombre malo? ¿Cuándo lo ves?

—Por la noche.

¡Por el amor de Dios!

—¿Cuando estás durmiendo lo ves, monito? —A lo mejor tiene pesadillas y piensa que lo ve, pero en realidad es un sueño. Aun así, es inquietante y no me gusta nada.

—Sí, me despierto y está ahí, en el balcón.

—¿Cuándo lo has visto?

—Mañana.

—¿Mañana? —Mi hija confunde ayer y mañana, así que supongo que se refiere a ayer—. ¿Ayer?

—Sí.

—¿Y qué hace ese hombre que ves?

—Nada. Está ahí. Mira adentro. Pero no *pede* entrar.

Madre mía. Es que se me para el corazón y me muero de angustia. Es difícil escalar la casa y llegar al balcón, así que lo que dice no puede ser verdad. Debe ser una pesadilla, pero me preocupo igual.

—¿Y lo has visto algún día más?

—El *divendres*, mamá. —Venus también habla catalán y, a veces, lo hablamos entre nosotras cuando surge. Dice que el viernes. Pero no sé si lo dice porque es su día favorito de la semana o porque es verdad. El viernes tuve la primera pesadilla con el ser oscuro de la flauta.

—El viernes… ¿Y cómo es ese hombre que ves?

—Es negro.

—¿Negro? ¿Negro como quién? —Mi hija es pequeña y no sabe explicar si el color de piel es claro u oscuro—. ¿Como Tiana? —La princesa Disney afroamericana, pienso.

—No. Es negro como la Bagheera.

—¿Como la pantera de *El libro de la selva*?

—Sí, mamá. Así.

Eso es ser muy negro. Muy oscuro. Se me pone la piel de gallina. Como el de mi sueño.

—¿Y qué más? ¿Cómo es?

—No sé, mamá. No me gusta. *Cerro* los ojos y *muermo*.

Inhalo profundamente y la abrazo con fuerza contra mi cuerpo.

—No pasa nada, cariño. Todos tenemos sueños malos. Pero cuando vuelvas a tenerlo, vendrás corriendo a mi cama y me despertarás, ¿vale?

Venus no dice nada, pero parece que me da la razón como si no quisiera no dármela. Está resignada.

—Vale —dice sin más, para centrarse de nuevo en las burbujas que pueblan la superficie del agua—. Mira, mamá, ¡*bombollas*!

Me quedo en silencio, observándola con atención y sumamente afectada por lo que me ha contado.

Este viernes no tengo sesión con Margarita, pero tal vez le pida hora para hablar con ella. No sobre mí, sino sobre Venus.

La pequeña empieza a reventar las burbujas y, tal y como las va petando, empieza a entonar una melodía que sume mi mente en pensamientos sombríos y atenazan mi quietud, acechándome como un eco lejano del que no me puedo desprender.

No tengo explicación para eso, y todo lo que no tiene explicación me sobrecoge.

—Venus…, ¿dónde has oído esa canción? —le pregunto con la mirada perdida en mis propias fobias.

—No sé, mamá.

Hundo mi cuerpo en el agua y solo dejo media cara en la superficie.

Yo sí sé dónde la he oído.

Y no sé la respuesta, me da un pavor terrible saberla, pero no entiendo cómo Venus puede canturrear con su vocecita angelical y un poco siniestra ahora mismo, la música exacta que escuché en el sueño recurrente.

El sonido de la flauta travesera.

¿Acaso ella también la ha oído?

¿Qué significa eso?

—Esta noche —digo en la cena— Venus y yo vamos a dormir juntas, ¿verdad, monito?

—¡Sí! —exclama contenta mientras se come la crema de verduras.

Mi madre ha tenido mucho trabajo y viene agotada de Luces Sacras. Y mi abuela está un poco más callada de lo normal, como si estuviese sumida en su propio mundo. Pero me gusta que cenemos juntas, como siempre, y que hablemos, aunque sea en este corto espacio de tiempo y de cosas banales. Sin embargo, lo que acontece no es nada banal para mí.

—¿Y eso? —pregunta mi madre con desaprobación. A ella no le gusta nada que los niños duerman con los padres, eso crea dependencia y también cansancio.

—Creo que la niña tiene terrores nocturnos.

Mi abuela levanta la cabeza alertada.

—¿Qué ve? —quiere saber.

No me gusta hablar de eso estando mi madre delante, pero si está pasando y es una realidad, quiero que ambas tengan constancia.

—Dice que ve un señor en el balcón. Un señor oscuro.

—Madre de Dios… —susurra mi madre santiguándose—. A ver si va a ser que han querido entrar en casa y no nos hemos enterado.

—Esta casa es grande, tiene tres pisos —contesto—. No han podido escalar la fachada tan fácilmente.

—Entonces pondremos cámaras como las que tengo en la tienda. Y dentro de casa también… —dice muy nerviosa—. Por si acaso. Las podemos controlar con el móvil y envían notificaciones si entra alguien indebido.

—Me parece bien —respondo.

—¿Las puedes pedir tú por Amazon? —me pregunta.

—Sí. Esta noche mismo las compraré para que lleguen mañana.

A mi madre es mejor no incomodarla más de la cuenta. Ya sé que

no va a creer en nada que tenga que ver con cosas que no se pueden ver. Yo tampoco creía hasta hace unos días, pero los acontecimientos me dicen que debo empezar a cambiar de parecer o podría llevarme alguna que otra sorpresa.

Es de inteligentes querer comprender el entorno, los sucesos y todo lo que no tiene explicación.

—Esto me ha aflojado el estómago. Voy a ir al baño —dice disculpándose.

Me quedo mirando cómo mi madre sale de la cocina y en cuanto desaparece de la escena, me inclino sobre el oído de mi abuela que, como es de esperar, necesita más información.

—Venus tararea una melodía —le digo en voz baja a mi abuela—. La de mi sueño, con el ser extraño y la flauta, que yo no he cantado en absoluto.

La yaya asiente consternada y toma mi mano. Siento sus dedos fríos y su gesto cansado, y me preocupo por ella inmediatamente.

—Yaya, ¿estás bien?

—Sí, solo estoy cansada. Ares, Venus es muy sensible. Los niños pueden percibir todo tipo de emociones, incluso conectarse con sueños que crees que son solo tuyos. Los niños pueden ver más allá del velo. No sé si es un terror nocturno o algo más real que solo ella puede ver y que tú solo puedes soñar. Está conectada contigo.

—Estoy harta de esto. Todo me afecta, todo me hace dudar, y todo es muy ambiguo. ¿Es o no es? Todo parece real pero también subjetivo, y me harta que lo que sucede en mi vida, en mi cuerpo o en mi mundo astral tenga que estar relacionado con lo mismo, con algo en lo que se puede creer o no. ¿Demonios? —digo en voz alta—. ¿En serio van a ser demonios de verdad? Hace que me sienta como una loca.

—Pero está pasando, Ares. No tienen por qué ser demonios con cuernos y rabos que vienen del Infierno. Hay humanos que son demonios de por sí, y es de ellos de los que te tienes que cuidar. Ya te lo he dicho. Mira —busca mis ojos con los suyos—, en la vida hay que tomar decisiones impopulares y, a veces, si quieres ver las fauces del lobo, tienes que atreverte a meterte en el bosque. Debes ser osada y no hacerte un ovillo. Porque del Demonio no se huye. Hay que hacerle frente. Pero no puedes hacerlo sola, ya te lo dije. Todo está relacionado. Todo. —Mi abuela me habla más alto y claro que nunca, como si tuviera prisa por darme esa información—. Lo que te pase en tu día a día, lo que ves en tus sueños, lo que experimentas en tu cuerpo… forma parte del mismo ovillo de lana, aunque ahora esté enredado. Te he dado amuletos de protección para que esta casa esté

libre de influencias y aquí no entre nadie indebido. Le daré un brazalete a Venus. Uno especial. Lo tengo que buscar, pero en cuanto se lo ponga, que no se lo quite hasta que soluciones el conflicto que se avecina con tu demonio. ¿Queda claro?

No sé por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas, porque me la creo.

—No lo entiendo. No entiendo por qué están pasándome estas cosas. No entiendo por qué siento que es real, que es verdad, aunque no pueda verlo, aunque no lo pueda demostrar.

—Hay velos que nos separan de un mundo y de otro. No los vemos, pero están ahí. No creer en ellos solo te hace más vulnerable ante su virulencia. Porque siempre tendrán ventaja sobre ti. En cambio, si te adentras en la boca de tu lobo, entonces tendrás más poder, podrás conocer sus puntos débiles y lo verás venir. Aprenderás a percibirlo, aunque seas la única. Recuerda, Ares: el conocimiento es poder. Y necesitas conocerte, saber quién eres y qué papel juegas en esta casa, en esta familia…, en este lugar. ¿Cómo vas con tu investigación? ¿Cómo vas con eso? —insiste tosiendo levemente—. ¿Qué estás descubriendo?

—Cosas nada buenas. Que me turban.

—Pero ¿les estás encontrando el sentido?

—No lo sé… No lo tengo claro.

—Tienes que atar lo que te sucede, tienes que vincular los acontecimientos, los hechos, las pruebas, las sensaciones… Todo importa. Debes ser como Ariadna.

—¿Cómo dices? —Que me nombre a Ariadna después del encuentro con Adonis y saber que la mujer de su fuente es ella vuelve a romperme los esquemas y a demostrarme que sí, que hay cosas que son invisibles y que nunca comprenderé, pero pasan.

—Como Ariadna —repite—. Hílalo todo bien y recuerda dejar un señuelo en el laberinto que te viene para que no te pierdas entre las brumas, entre la niebla y la distracción. Vamos a estar aquí, de tu parte, siempre. Incluso tu madre lo está, aunque aún no lo entienda. Sigue adelante con lo que estás haciendo, Ares. Ahora no te detengas.

Sus palabras me dan tanto aliento que lo que me parecía muy grave hace un momento, ahora no me lo parece tanto. Aunque hay algo que no puedo evitar sentir.

—Pero es que no sé hacia dónde voy —admito muy perdida—. No sé si puedo demostrar lo que quiero, porque no sé si lo que sospecho es contundente o no.

—Olvida las pruebas y las evidencias. Muchas no serán reales. Vas hacia un lugar donde solo se adentran las valientes. A conquistar tu

destino —sonríe apretándome las manos con sus fríos dedos—. A descubrir la verdad y la de muchas otras. No te eches atrás, por mucho miedo que te dé, Ares. Es tu momento, y el de todas. ¿Has encontrado a tu demonio ya?

—¿Cómo?

Ella sonríe, pero está perdiendo la paciencia.

—Que si has encontrado a tu demonio, niña. Ya te lo dije. Necesitas a un demonio de tu parte, alguien que te ayude. Porque…

—Solo un Demonio puede vencer a otro. Solo un Demonio puede quemar a otro fuera del Infierno —susurro recordando lo que me dijo.

Me señala con el dedo.

—Vas a tener que elegir bien. Porque, Ares —me da dos golpecitos sobre la palma de la mano—, de lo que no hay duda es de que vas a tener que elegir. Es inevitable. Que Venus duerma esta noche contigo. Vais a estar bien. Yo os prometo que vais a estar bien. Ahora y más adelante.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque la yaya siempre estará con vosotras, y no dejaré que ninguna energía negativa entre en nuestro hogar.

—No me gusta que me hables así. Tengo la sensación de que te vas a esfumar entre mis dedos, como el humo —admito con preocupación —. Y últimamente lo haces mucho.

—Te prometo que jamás me iré sin despedirme. Que, cuando me vaya, lo sabrás, niña de ojos lilas —musita con cariño—. Además, no puedo irme sin legarte lo más importante.

—¿Qué? ¿Otro amuleto? ¿Otro pene? ¿Algo que acabe con lo malo que merodea sin ser visto?

—No. Hay algo apagado en ti, Ares. Nunca me iré sin prenderlo antes. Porque ya ha empezado. Y te tienes que preparar.

—¿Qué ha empezado?

—La guerra antigua —susurra.

Toma mi rostro y me besa la frente y, después, le da otro beso a Venus.

—Me voy a acostar, niñas, pero antes, a ver si encuentro el brazalete. Creo que he cogido frío.

—Buenas noches, abuela —digo, todavía montando el rompecabezas de frases estilo Gandalf que me ha soltado.

—*Nanit*, yayita —dice Venus.

—El reloj del comedor va lento —le dice mi abuela a mi madre cuando se cruzan en la puerta.

—Entonces mañana le cambiaré la pila —le contesta mi madre dándole un beso en la frente—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija.

Mi madre se sienta, aún con el susto en el cuerpo, y me mira expectante.

—¿Has pedido las cámaras?

—No.

—Pues pídelas —me ordena—. Vamos a tener seguridad aquí en casa… —Se cruza de brazos y apoya la espalda en el respaldo de la silla, disconforme—. No quiero que nada ni nadie nos ronde, y menos que asuste a mi pequeña. —Pasa la mano por el pelo de Venus y esta le sonríe, y después mi madre me sonríe a mí—. No quiero que nada ni nadie nos aceche a ninguna.

Demasiado tarde, pienso.

Sé que me he acostado en mi cama con Venus. Sé que la he abrazado y ella se ha dormido en un suspiro, y yo también. Que me encanta oler su pelo con ese olor a limpio y a champú, que en nuestra cama también está Drimi apretada contra mi pecho y el de ella. Y adoro saber que todo lo bueno y todo lo que está bien se encuentra aquí, conmigo, bajo la manta.

Sin embargo, aun sabiendo eso, también sé que estoy escuchando una canción que me gusta y que, a veces, me pongo para dibujar. Es «Nuvole Bianche».

Estoy soñando, pero estoy consciente. Sigo la melodía y mis pies bajan las escaleras de casa hasta la planta inferior, donde el fuego de la chimenea del salón está encendido. Y ante el fuego, se encuentra él. Adonis.

Me detengo en el último escalón y deslizo mi mano por el guardamanos hasta sujetarme en el final.

Su rostro percibe el alumbre de la llama controlada y así, con ese fulgor, es aún más arrebatador que bajo la luz del sol. Parece que le sienta bien el fuego.

—Estoy soñando —digo sin más, activando todo el protocolo de sueños lúcidos—. Hola.

Él inclina la cabeza a un lado y me mira de pies a cabeza con una lentitud lánguida y seductora que me enciende.

—¿Qué haces en mi sueño?

—Vengo a asegurarme de que hay leña dentro.

—¿Leña dentro?

—Para que haya fuego, la leña debe arder. —Tiene las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones negros y lleva una camisa oscura de corte italiano. Junto con el pelo y los ojos, cada vez se me

asemeja más a una pantera.

Adonis estira el brazo con la palma de su manaza hacia arriba.

—Ven.

Miro a mi alrededor. Es mi casa, mi terreno, mi hogar. Aquí controlo yo el sueño. Nadie más, pienso, mientras mis pies se arrastran hasta él.

Cuando mi mano se posa sobre la suya, noto la misma sensación que sentí por la tarde cuando nuestros dedos se rozaron. Es como un escalofrío.

Adonis tira de mí hasta que mi torso queda pegado al suyo y, suavemente, me rodea con sus brazos.

Siento calor, alivio y también una extraña necesidad que mancha mi alma.

El piano de Ludovico parece que toque mi piel, pero no es eso, son los dedos de Adonis que se mueven como los de un pianista a lo largo de mi columna vertebral.

—Bailas conmigo —me dice Adonis al oído— porque aquí no me tienes miedo. Aquí, bajo la morada guardiana de las mujeres como tú, ni los sátiros ni los faunos pueden entrar —susurra pasando sus labios por el lóbulo de mi oreja.

Cierro los ojos, mecida por la melodía y por sus palabras. Siento su carne caliente y tan real que necesito apretarle los hombros y comprobar que hay vida en el sueño, que la materia es sólida y responde a la física. No lo puedo oler, porque me cuesta evocar los olores en los sueños, a diferencia de los colores, el recuerdo de las palabras, la cadencia de la música o el tacto de piel con piel. Eso lo tengo más que asimilado.

—¿Tocas el piano, Adonis? —pregunto. Puedo preguntar en mis sueños y, en muchas ocasiones, descubrir cosas a las que no puedo acceder en la vida real. ¿Cuánto hay de mi mente y cuánto hay de verdad? No lo sabría decir.

Adonis sonríe y pasa los labios por el lateral de mi garganta hasta que noto su lengua y también un leve mordisco de sus dientes blancos y rectos que pellizcan mi piel estremecida. Siento. Lo siento a él. Y el vello se me eriza.

—Vas a tener que elegir —parafrasea las palabras de mi abuela—. Vas a tener que elegir a tu acompañante demonio, señorita Parisi. —Desliza su boca por mi mandíbula, por mi barbilla, hasta mordérmela también. Abro los ojos para observarlo entre las pestañas, que se entrecierran como abanicos, solo para contemplar el lienzo hermoso de mi sueño.

Es él. Él es hermoso.

—No sé de quién me debo fiar —digo con voz débil.

—Pero sí sabes a quién debes alejar y a quién quieres atraer. —Sus manos ascienden por mi columna vertebral hasta colarse por debajo de mi espesa melena oscura—. Y yo quiero atraerte a mi reino —admite posando sus labios sobre los míos.

El beso parece tan certero que me quedo quieta al principio, hasta que disfruto de la experiencia. Me sujeta la cabeza con dominancia y me la inclina para encajar la boca como desea en la mía. Nuestras lenguas se saludan y ambas empiezan a frotarse suavemente hasta que la suya se vuelve más exigente. Mi gemido llega a su garganta, pero reverbera en mi pecho. Él sonríe contra mis labios.

—Sí —dice satisfecho, pasando la lengua por ellos, para después sujetarme el inferior con sus dientes—. Esta es la Ares que quiero.

—¿Y cuál es tu reino, Adonis? —pregunto temblando de deseo entre sus brazos.

—Mi reino es el Infierno.

Cuando me vuelve a besar, no hay nada suave en él.

Todo es ardor, todo es virulencia. Me entrego a él, a sus necesidades y a su propuesta. Su boca me posee, se apodera de mí, de mi voluntad. Sus manos se vuelven exigentes y, cuando sus dedos se enredan en mi pelo, yo también me embrollo en él, con mis brazos, con mis manos, besándolo como él me besa, tirando de su pelo como él tira del mío.

Es un beso demencial. Tengo la necesidad de frotarme contra él, de liberar mi cuerpo de la insignificante protección de las ropas. Quiero tocarle y deslizo mis manos por su ancha espalda hasta posarlas en ese culo tan duro que tiene. Es que todo él parece hecho de piedra. Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos hasta que la detengo en su paquete.

Adonis gime contra mi boca y, a toda prisa, me obliga a retroceder hasta que mi espalda choca contra la repisa de la chimenea y el cuadro de la romana se cae.

Lo miro arrepentida y pienso que es una antigüedad de la familia. Pero menos mal que es un sueño, pienso.

Sin embargo, cuando voy a besar de nuevo a Adonis para continuar con lo que estamos haciendo, él ya no me atiende a mí.

Sus ojos ámbar y claros, amarillos como los de un animal fantástico, observan con curiosidad el lienzo del suelo, boca abajo.

—La emperatriz boca abajo —dice Adonis.

Me recuerda a la tirada de cartas de mi abuela. A lo que me advirtió. Me retiro un poco para ver el cuadro por atrás. Él levanta la mirada, que se asoma entre sus mechones negros y la fija en la mía.

—Eso es lo que no tienes en cuenta.

—¿Qué? ¿El qué? —pregunto.

—El detalle que se te escapa. El que te va a completar para que decidas qué tienes que hacer. —Adonis sonríe y me da un beso tranquilizador en la mejilla—. Ya empieza, Ares. —Frunzo el ceño—. Ya empieza la guerra antigua.

XV

Mi abuela está en el sofá del salón.

Le he puesto una mantita por encima porque se siente destemplada. Con la lista de sustos que nos ha dado últimamente, voy a trabajar en el salón con ella. Es la gran ventaja de hacer muchas cosas en digital, que puedo trabajar desde donde quiera con mi iPad.

Antes de llevar a Venus a la guardería, mi abuela la ha llamado. La niña ha ido feliz, como siempre que va con su yayita.

—Bebé mío —le ha dicho—. Esta pulserita es para ti. Era mía cuando era como tú. Y antes de ser mía, perteneció a otras. —Yo la escuchaba atentamente, observándolas desde la puerta de la entrada. Siempre me ha fascinado el vínculo que se crea entre los más mayores y los más pequeños, como si se entendieran a la perfección, aunque estuvieran en líneas de tiempo completamente distintas—. No te la puedes quitar nunca. Así llevarás a la yayita contigo siempre.

—¿Aquí dentro? —había preguntado mi hija mirando el abalorio.

Mi abuela le había devuelto una sonrisa afable y llena de amor y le respondió:

—Aquí. —Tocó el único abalorio de la pulsera, que era una campanita—. Y aquí —le puso su mano en el pecho. Después, Venus la abrazó con mucha fuerza—. Te quiero mucho —dijo mi abuela. Murmuró algo en voz muy baja en su oído, durante muchos segundos, que yo no pude oír.

Venus asintió.

—Te quiero, yayita —le había contestado.

Dejé a la niña en la guarde y ahora ya he vuelto a casa. Mi abuela está mirando el patio interior de la propiedad, tumbada en la parte de la *chaise longue*, contemplativa y serena, como una emperatriz anciana.

Tomo el iPad, y me siento a su lado.

—Yaya, ¿necesitas algo? ¿Te encuentras bien?

Ella inspira profundamente, observa el reloj de cuco del comedor con mucho detalle. Hoy no ha salido el gallo a cantar a deshoras. Efectivamente, hay que cambiar la pila.

—Hazme un favor —dice mirándome agotada. Es como si le costase respirar—. Ven aquí, a mi vera.

—Me estás preocupando. —Pongo la mano en su frente—. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que llame a un médico?

—No, nena. No va a hacer falta que llames a nadie. Yo estaré bien. Es solo un día malo, de dolor de huesos y cansancio. Es normal, tengo ochenta y cinco años. Ya no soy una jovenzuela.

—Tú siempre serás una jovenzuela —bromeo—. Al menos, en espíritu. —Me siento a su lado y le tomo la mano, que sigue teniéndola muy fría.

—¿Has dormido bien esta noche? ¿Hay algo que deba saber? —incide.

No sé qué quiere que le cuente. El sueño que he tenido con Adonis no se lo voy a contar, porque ha sido medio erótico y aún estoy analizando el porqué y lo que me ha dicho.

—La verdad es que he dormido bien. Y Venus también. Ha dormido del tirón.

—Porque ha dormido contigo, y tú te estás protegiendo.

—Pues no lo sé. Pero, tal vez, solo ha sido algo puntual, tanto lo mío como lo de la niña.

—No —niega mi abuela—, tienes que dejar de pensar así, Ares. Ya nada es puntual ni casual. Y cuanto antes se te meta en la cabecita, mejor. Te lo dije ayer. Ha empezado.

«Ha empezado», también me lo repitió Adonis en el sueño.

—¿Qué te pasa? —le pregunto—. Te noto intranquila.

—No lo puedo demorar más.

—¿El qué?

—Creo que no puedo mantener la promesa que le hice a tu madre. La de no contarte nada más —parpadea sin vergüenza ni remordimientos—. Tengo que hacerlo porque, si no lo hago, no sabrás cuál será tu camino ni sabrás cómo tienes que proceder. Las cosas que están pasando no son fruto del azar y es momento de que sepas la verdad, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya me estás poniendo nerviosa otra vez.

—La noche que sangraste por la nariz y que te bajó la regla…

—¿Sí?

—Esa noche no pudo suceder sin más. Sufriste un despertar. Es un acontecimiento antiguo, conocido entre las mujeres Parisi desde hace muchas generaciones.

—¿Un despertar?

—Sí. En nuestra familia, como sabes, hay un gen recesivo. Una mutación que provoca la Génesis de Alejandría. Muy pocas lo

desarrollaron a lo largo de los siglos. Y las que lo hicieron, fueron consideradas brujas y perseguidas. Dice la leyenda Parisi que una mujer de ojos lilas volvería a prender la llama para alejar al Demonio de nuestra gente y de nuestras tierras. Es una profecía, un cuento de hadas, una leyenda, llámalo como quieras —enumera—. Pero ha sido transmitida oralmente de generación en generación entre las descendientes, porque estaban seguras de que esa elegida nacería en nuestro seno. Y esto es lo último que tengo que contarte. Ares, venimos —asegura vehementemente— de unas mujeres protectoras de la tierra y del lugar en el que viven. En nuestras venas corre sangre de vestal.

—¿Una mujer…? ¿Qué…? —Frunzo el ceño y sacudo la cabeza—. ¿Vestales…?

—Las vestales eran sagradas para el pueblo romano. Ellas guardaban la llama de Roma y procuraban que esta no se apagase, porque, si eso sucedía —alza el dedo manteniendo la pausa perfectamente. Mi abuela siempre ha sido una excelente cuentacuentos—, Roma caería y sería engullida por la oscuridad. Las vestales eran muy respetadas por el pueblo, pero también eran objetivos de los demonios, de los humanos y de los que poseían a los humanos. Y eran su manjar favorito, precisamente, porque eran virginales, poderosas, independientes, sacerdotisas… Ellas representaban la pureza y la luz. El fuego redentor. No el fuego infernal. Eran mujeres que estaban en contacto con la diosa Vesta. Cuando se fundó Baetulo, aquí había mucho poder, pero también muchos excesos y abusos y se temía que la ciudad cayera presa de la oscuridad por todo lo que parecía convivir con nosotros. Había cacerías, persecuciones, desapariciones, orgías, bacanales, sacrificios, asesinatos, violaciones… Pero todo se celebraba fuera de los muros de la ciudad, aunque las víctimas eran de dentro. Se empezó a extender una corriente oscura que las *sagaes*, que es lo que yo soy, y que eran las antiguas sanadoras y hechiceras romanas, querían contrarrestar como fuera. Así que, junto con el pueblo, decidieron elegir a sus propias vestales, dado que los terratenientes y los *dominus* no tenían intención de nombrar a nadie como protector del templo de Baetulo porque, de algún modo, condenarían y vetarían sus excesos. Si había mujeres protectoras, entonces, todo lo que ellos deseaban hacer, todos sus excesos bizarros, serían condenados —explica dándole todo el sentido a su conclusión—. Así nacieron las vestales de Baetulo. Mujeres destinadas a cuidar las llamas de sus hogares y la del templo, ubicado bajo las ruinas de la iglesia de Santa María. Las vestales protegerían la ciudad de las incursiones del Demonio, de sus

violaciones, de sus vejaciones, de todo lo que mueve en los instintos más bajos de los demás. Y así fue durante un tiempo, hasta que acabaron desapareciendo. Porque cuando el Imperio romano cayó Baetulo también lo hizo y se empobreció, y la ciudad, sus cultos populares y sus excesos, de algún modo, quedaron sepultados por las ruinas. El culto a los dioses, a las vestales, a los demonios… a los que aquí supuestamente se oraba, las huellas de todo eso, de esa época de esplendor, pero también de oscuridad y hermetismo, las ha borrado el tiempo. A pesar de eso, aunque no se sepa ni se entienda el pasado como fue realmente, no quiere decir que toda esa oscuridad no siga presente ahora. Lo está. Vuelve cada poco. Y tú, Ares, mi nieta rebelde y salvaje, eres el claro ejemplo de que la noche oscura se acerca, la guerra antigua, ambigua, taimada, secreta y temeraria, pero cruel y sanguinaria, como la de siglos atrás.

Estoy sudando de los nervios. Se me ha secado la boca y tengo los pies y las manos fríos. No quiero interrumpirla porque se me vienen barbaridades y todo tipo de tacos a la boca.

—La leyenda dice —continúa con su relato— que para que una vestal despierte, debe ser aprobada antes por otra vestal.

—Pero si dices que ya no hay vestales y que las descendientes están en nuestra familia y que yo… que yo puedo ser una de ellas, ¿qué vestal me va a tocar? —Sacudo la cabeza. Estoy en negación.

—No lo entiendas todo de un modo físico y figurado. Es todo más sutil y, al mismo tiempo, evidente. Piensa…

Estoy pensando en ello. Lo juro.

—Piensa, Ares… —repite mi abuela—. ¿Te pasó algo el viernes? ¿Algo que tuviera que ver con el pasado, con una posible vestal? Nos lo contaste.

—Un momento —digo abriendo mucho los ojos—. Sí, claro. El viernes, Lu me dejó tocar una vasija. Me dijo que era especial, porque era la primera que se encontraba en Baetulo y que hacía referencia a una mujer vestal. Era una vasija con una representación de… de Coelia Concordia.

Mi abuela cierra los ojos y exhala como si acabase de sacarse una tonelada de peso de los hombros. Da la sensación de que, durante mucho tiempo, se ha estado guardando todo lo que me quería decir, en parte, cohibida por mi madre, pero supongo que también por mi reticencia a escuchar sus historias. Cuando los abre de nuevo, parece estar emocionada y se muerde el labio inferior.

—La última vestal de Roma —susurra—. Celia. La última vestal reconocida. ¿No lo entiendes, Ares? ¿Aún no lo ves?

—¿Qué quieres que vea? —Apenas me sale la voz y me retuerzo los

dedos entre mis manos.

—Es tu bautismo. Tú eres el relevo.

—No, yaya. No soy relevo de nada —digo levantándome de golpe, angustiada. Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar siquiera en que algo de eso sea cierto—. Esto es solo…

—Ni se te ocurra decir que es una coincidencia. Sabes que no lo es. Ares, siéntate —me ordena alzándome la voz.

Me quedo callada, sorprendida por su tono, pero no me siento. No sé estar quieta, porque soy un manojo de nervios.

—En la antigüedad, las familias que trabajaban en la alfarería podían hacer todo tipo de cosas. Esto es algo que no se puede demostrar y, para descubrirlo, deben cavar mucho más allá de donde lo están haciendo en Badalona, mucho más profundo. Una de las familias de las alfarerías de Baetulo era Parisi, y esa es una información que solo transmitimos oralmente entre familias, entre nuestros ancestros y las descendientes. Por tanto, sí puede ser que esa vasija exista y tal vez haya muchas más. Aunque, por esa época, se sabe que era muy difícil que se representase el rostro o el busto de una mujer sola, a no ser que tuviera muchísimo dinero y mandara hacerlas.

—Esto es una locura… Es solo una vasija.

—¡No! ¡No es solo una vasija! Estás rodeada de vestales, Ares. Ellas te hablan. Tu sueño —incide como si de repente estuviera llena de energía—. Tu sueño con el vestido prendido en llamas. ¡Recuérdalo! ¡Tienes que darte cuenta! Buscas como sea encender el fuego…, pero te persigue el Demonio. ¿No lo ves? ¿Tanto te cuesta comprenderlo? Cariño…

—Es que no sé qué quieres que diga. —Me dejo caer en el sofá y me cubro la cara con las manos.

—Mírame. —Mi abuela me las retira para que la vea—. La vestal Emilia se quedó dormida mientras cuidaba que el fuego de Vesta no se apagase. Despertó histérica y llorando, rezando y suplicando a la diosa que lo encendiese de nuevo. Pero vio que la parte de debajo de su túnica estaba prendida por los rescoldos del fuego del templo, así que lo usó para reavivar la llama. Ella lo tomó como una señal divina de Vesta, y le dio las gracias por escucharla. Si el fuego se apagaba mientras lo cuidaba una vestal, esta era castigada con la muerte. ¡Tu sueño! ¡Es tu sueño! Y, después, está ella… —Señala el cuadro que hay encima de la chimenea—. Esta no es una mujer romana cualquiera. Siempre has mirado este cuadro sin ningún interés. Sin ninguna curiosidad. Pero siempre ha tenido que ver con nosotras. Llevo esperando años a que me preguntes de corazón por ella, con una

curiosidad auténtica y pura. Pero esta jamás despertó. Hasta ahora, que te están pasando tantas cosas. ¿Quieres saber quién es? —pregunta esperanzada.

Asiento, compungida y temblorosa por las revelaciones.

—¿Quién es? —quiero saber sin dejar de sentir miedo y respeto.

—Es Rea Silvia, la primera vestal. Y este cuadro es una herencia de hace generaciones, parte del legado de las Parisi, junto con esta casa y todos los objetos paganos que guardo en el jardín, en la vinoteca y también en el cofre de mi habitación. Y que serán tuyos, de Venus y de tu madre cuando yo ya no esté.

—Yaya…

—Eso no importa. Atiende. Sucede que, en realidad, Rea Silvia era una sacerdotisa consagrada a Vesta. Las vestales debían ser vírgenes y célibes durante al menos treinta años. Pero Rea no pudo cumplir su misión porque la violaron. Unos dicen que fue Marte; otros, que fue Hércules, y muchos otros la adjudican a un ser desconocido y oscuro, un sátiro o un demonio. En cambio, Rea siempre decía que se quedó embarazada por concepción divina, como la Virgen María. Lamentablemente, no fue así —me mira con evidencia, como si tuviera que sonarme la historia, y lo único que hace es remover mi pasado más traumático. Si eso es lo que me tiene que provocar, entonces, lo está haciendo bien—. ¿Y qué hijos tuvo? Rómulo y Remo —señala el lienzo—, los dos lobos que la acompañan. Que no son otros que los fundadores de Roma. Con Rea empezó todo. —Tose y se pone la mano en el pecho. Creo que está muy acatarrada. Ella dice que no, pero yo llamaré al médico por si las moscas, que no será la primera neumonía que coge—. Sé que es demasiado, Ares. Sé que no sabes por dónde empezar. Y no te estoy diciendo que tengas que hacer nada. Simplemente que sigas adelante con lo que estás haciendo —me ruega—, pero sabiendo quién eres. Te has metido en algo y sé que tiene que ver con nosotras y con el Demonio. Lo que no sé es cómo nos relaciona, no sé qué ficha eres en todo esto. Y tendrás que descubrirlo. Porque eres tú. Has despertado ahora. El Demonio te busca y las vestales te invocan para que protejas al pueblo, a sus mujeres, y para que ilumines los senderos más oscuros. —Se encoge de hombros, como si para ella todo eso fuera más que evidente—. Esto tiene que ver con el fuego y con la llama que cuida de todos nosotros. No hay más ciego que el que no quiere ver.

—No soy ninguna heroína, yaya. No tengo nada especial. No soy virginal ni pura, he tenido una hija de un acto aberrante que no puedo demostrar. No tengo poderes mágicos, no… ¡Y sigo sin saber qué pasos debo dar ni qué tengo que hacer! Estoy confundida. Pero claro

que sé que algo está pasando a mi alrededor, no soy tan necia como para negarlo. No estoy ciega. No soy como mamá.

Mi abuela me atrae entre sus brazos y me obliga a apoyar la cabeza sobre sus piernas.

—Ay, tu madre, pobrecita… Ella también se dará cuenta. No le quedará otra. Yo ya sé que no eres una superheroína, aunque sepas dibujarlas de maravilla —sonríe con ternura—. Pero eres mi nieta valiente, mi niña de ojos lilas, con un fuego en su interior que cuando se encienda, arderá Baetulo con todos sus demonios. —Me acaricia el pelo con la mano—. No puedes darle la espalda a esto, Ares. Está pasando de verdad. Al final, los héroes se distinguen de los humanos normales porque sí aceptan los desafíos y se enfrentan al mal, aunque crean que no tengan nada con lo que vencerle. ¿Qué es lo que crees y lo que sientes que tienes que hacer? ¿Qué te dice la intuición?

—Que me prepare. Eso me dice. Y que no estoy equivocada. El cadáver del río sí tiene relación conmigo y hay muchas cosas detrás que no sé adónde me van a llevar. Pero siento el caso como mío y no tengo más explicación que esa. Pienso que sí puede abrirme la puerta de mi pasado, de lo que me ocurrió.

—Entonces, ve con todo, Ares. Si lo crees y lo sientes, es porque es así. Averigua y adéntrate para descubrir todo lo que puedas.

—Es todo extraño y oscuro. He pedido ayuda a un demonólogo, como me dijiste. Lo encontré por internet —digo nerviosa—. Ya sé que es ridículo, pero es así. Y resulta que lo conozco, que es el hombre que me tiró de la moto y me lo he encontrado tantas veces que me confunde; doy con él donde no debo encontrármelo y me ayuda cuando creo que no puede hacerlo… —digo irritada—, sabe tantas cosas y es tan poderoso… Aparece en los lugares más insospechados. —Como en mi sueño de anoche—. Y está haciendo que me cuestione muchas cosas. No sé si fiarme de él. No sé de quién debo fiarme.

—Pones un tono extraño cuando hablas de él. Nunca te lo había oído antes…

—Es… inquietante —No sé aún cómo describir a Adonis.

—¿Quieres hablarme de esas cosas? ¿Quieres hablarme de… de él? —me pregunta con la mano temblorosa. Está débil.

—No. Pero ayer fui a verlo a su casa. Vive en Canyet. Tenía una figura de Ariadna en una fuente. Y después, tú me hablaste de ella… y me quedé loca. Y… —resoplo—, están pasando muchas cosas, y todas parecen estar conectadas.

—Comprendo —musita sin dejar de acariciarme el pelo—. Creo que estás aprendiendo a ver el hilo…

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no cierres los ojos. Recuerda, Ares, que tienes una decisión que tomar en breve. Lo dicen las cartas. Es una elección. ¿Podría tener ese hombre misterioso algo que ver con eso?

—No lo sé. Estoy… un poco nerviosa y agitada —me incorporo y la miro con atención—. No sé cómo actuar o cómo vivir con esto que me has explicado, yaya. Me supera. ¿Mi madre conoce la historia?

—Sí, pero ella siempre la ha negado y la ha ridiculizado. Actúa así por el dolor. Ya te lo dije. Hay que comprenderla. Pero sé que cambiará…

—Pues espero que no sea demasiado tarde, porque no somos inmortales y el tiempo pasa.

—Dímelo a mí —lanza una mirada disimulada al reloj de madera —. Ares…, yo creo en ti. Todas vamos a estar contigo, para que hagas lo que sea que tienes que hacer… —Mira el cuadro y asiente—. ¿Verdad, Rea? —Hace un gesto de dolor.

—Ay, abuela… —murmuro acariciándole la cabeza de pelo blanco —. Te encuentras mal, ¿verdad? ¿Es un bajón de azúcar? ¿Te duele algo? ¿Qué te traigo?

—No. No es un bajón. Solo me duele la espalda un poco. Si quieres, ve a la farmacia y me compras paracetamol, por favor, que en casa no hay. Y naranjas. Me apetece zumo de naranja.

—Está bien. —Me levanto inmediatamente—. Voy ahora mismo.

—Espera, antes de que te vayas, prométeme que vas a abrazar el fuego, Ares. Prométemelo. Y prométeme que saldrás del laberinto. Que correrás todo lo que puedas…

Eso no lo entiendo. Por un momento, parece ida.

—¿Abuela? ¿Qué dices?

Me mira de nuevo, como si acabase de aterrizar en la realidad.

—Escúchame bien —me sujeta de la muñeca—, si algún día falto, Ares, y te sientes muy perdida, prométeme que irás a Sant Jeroni. Allí hay una mujer llamada Mariagna.

—La madre Mariagna, me hablaste de ella, sí.

—Dile que eres una Parisi. Pregúntale lo que sea que te inquiete. —Suspira agotada—. Sabe muchas cosas de Baetulo. Podrá ayudarte.

—Abuela, te tengo a ti para eso. —Le doy un beso en la cabeza y le digo—: Ahora descansa. Que me estás preocupando. Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Y yo a ti más, no lo olvides —me contesta sonriéndome melancólica.

—Jamás. Voy a comprarte el paracetamol. Vuelvo en diez minutos.

Me afano en salir de casa para traerle a mi adorada abuela lo que me ha pedido. La leyenda de las vestales y de las Parisi retumba en mi

cabeza y pienso que nos irá bien que compre un analgésico, porque yo también quiero tomarme uno.

Vestales, repito mentalmente.

¿Será verdad? Y, si lo es…, si yo fuera una, que desciendo de ellas, ¿en qué me convierte?

¿Cómo debo actuar a partir de ahora?

¿Qué rol tengo en todo esto?

Voy a la farmacia de Martí Pujol, que me queda un poco más cerca. El centro, como en cualquier ciudad, está repleto de farmacias.

Cuando entro, pido la tanda, porque hay cola.

Tengo a tres personas delante de mí. Y eso me da tiempo para rememorar la charla con mi abuela de principio a fin.

Tengo nombres en la cabeza, imágenes, retazos de mis sueños, retazos de Adonis, de su figura de Ariadna, de las fotografías del cadáver, de las pulseras de las chicas de la puja, de la pulsera de Tania, de las hojas de hiedra, la flauta de Venus, la melodía del Demonio… Dios mío, estoy muy saturada y en mi interior se arremolinan emociones tormentosas y ansiedades que sé que me van a acompañar por mucho tiempo. No es como cuando me dijeron que tenía la Génesis de Alejandría y que por eso era rarita. Ni se parece a que te digan: «Te gusta pintar porque en la familia había pintores». No. Mi descendencia y mi peculiaridad genética conllevan traumas y responsabilidades. Al Demonio, siempre lo he querido bien lejos. Porque es malo, asusta, da miedo y tiene poderes, y yo no tengo nada de eso.

Pero hoy descubro que hay una leyenda en las Parisi sobre una chica de ojos violeta que va haciendo fueguitos para ahuyentar a la oscuridad de su casa y de su ciudad natal. No entiendo nada.

Recibo una llamada de móvil y cuando la atiendo, descubro que es mi madre. Descuelgo el teléfono para ver qué quiere.

—Hola, mamá.

—Ares. —Ya sé que está enfadada por el tono que usa conmigo.

—¿Qué pasa ahora? —refunfuño.

—La abuela no se encontraba bien hoy. ¿Cómo has permitido que venga sola a Barcelona para venir a verme?

Frunzo el ceño y sujeto el móvil con más fuerza.

—Perdona, ¿qué estás diciendo? —digo pasmada.

—La abuela acaba de salir de Luces Sacras. Ha venido, estaba rara —me explica disgustada—. Me ha dicho que le gustaría que encendiera el altar del jardín a partir de ahora. Que ella procurará que

nunca se apague. Y me acaba de decir que hay que llevar a arreglar el reloj —estoy escuchándola, atentamente, y tengo la sensación de que mi cuerpo se está cargando de electricidad— porque se acerca una nueva era. Me ha dado un beso y me ha dicho que me quería. Que solo quería pasar a saludarme y que nos veríamos en casa. No he podido ir tras ella porque tengo la tienda llena con un autocar de jubilados alemanes. ¿Me puedes decir qué está pasando?

—Mamá… —Trago saliva y se me para el corazón—. Eso es imposible. La abuela no ha podido estar ahí.

—Oye, te digo que me acaba de decir adiós y que nos vemos en casa. ¿Dónde estás tú?

—Mamá… —Noto que se me hace un nudo en el pecho y que se me para un poquito el corazón. Se me rompe la voz y una vaga sensación de desamparo me abraza—. Hace cinco minutos he dejado a la abuela en el sofá, se encontraba mal y estoy ahora en la farmacia.

Las dos nos quedamos en silencio. Son solo unos segundos. Pero es el tiempo suficiente como para que reaccionemos igual.

—¡Ay, no! ¡No! —Se pone a llorar—. ¡Corre, Ares! ¡Corre! —dice mi madre gritando. Le sale un sollozo de la garganta que me rompe el alma.

Pero cuando ella me da la orden, ya hace varios segundos que he salido escopeteada de la farmacia, dejando a todo el mundo anonadado por mi abrupta salida.

Nunca había corrido tan rápido. Me salto los semáforos en rojo, los coches me pitan, y cuando llego a la plaza y veo la puerta de mi casa, la siento más lejos que nunca. Como si supiera que mis piernas, por muy veloces que fueran, ya no llegarían a tiempo.

Entro en casa como un huracán y corro hasta el salón. Y entonces, me paro en seco cuando la veo.

Está tumbada, con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre las piernas y una expresión pacífica en el rostro. Hoy lleva el pelo blanco suelto, como si quisiera ser libre.

Arrastro los pies hasta el sofá.

—¿Yaya? —pregunto sollozando.

La manta que ella misma hizo sigue cubriendo la parte inferior de su cuerpo, pero su pecho no se mueve, su caja torácica no se expande. La claridad que entra del jardín recorta su perfil y la hace parecer serena, como una dama.

—¿Yaya? Por favor, contesta. —Cuando llego hasta ella, me arrodillo en el suelo y poso mis manos sobre las suyas.

No voy a preguntarle nada más. No voy a obligarla a responderme porque nadie contestaría desde el más allá.

Mi abuela acaba de morir, y ha sido tan buena que no ha dejado que yo lo viera. En su lugar, me ha echado de casa con la excusa de ir a comprarle medicinas.

Ella siempre ha sabido las cosas mucho antes que los demás. Probablemente se lo dirían sus cartas o habrá interpretado cualquier otro mensaje del viento. Siempre nos dijo que, cuando se supiera muy malita y entendiera que era momento de irse, lo haría sin hacer ruido. Sin molestar. Con tantos ingresos como había tenido últimamente, ella decía que no quería morir en un hospital, que lo quería hacer en la calma de su hogar.

Y así ha sido. Nos ha engañado y ha sabido ocultar su malestar para que no nos movilizáramos y la sacáramos de casa para meterla en una habitación de urgencias.

Pero que ella se haya ido así, sin decir nada, abrazando su final en su último aliento consciente, no mitiga el dolor y la pena.

Nada va a mitigar mi aflicción ni mi sorpresa.

Mi abuela se ha ido y me ha hecho prometerle que iba a asumir mi responsabilidad acerca de quién soy y lo que tengo que hacer. Que debía hacerlo por ellas.

Ha debido ser la única mujer en el mundo que ha podido controlar las embestidas del toro de la muerte para fallecer en el ruedo, cuando ella ha querido.

Y no se ha ido sin más, lo ha hecho a lo grande. Yendo a ver a su hija incrédula y escéptica a su Luces Sacras, para que comprenda que, aunque no crea en leyendas de demonios, fantasmas, dioses o maldiciones familiares sin haber visto nada de eso y sin tener intuición ni una sensibilidad especial, cuando se presencia algo sin explicación, como el fantasma de su madre despidiéndose de ella con mensajes subliminales, entonces es momento de empezar a creer y de abrazar la posibilidad de que siempre habrá algo de verdad en el pasado, en las leyendas y en las palabras de su madre.

Esa ha sido, es y será mi abuela Clara. Genio y figura hasta la sepultura.

Nada va a ocupar el vacío que me deja ni el cachito de corazón que me ha arrancado con su adiós.

Por eso hundo mi rostro en su torso, abrazo su cuerpo, todavía muy caliente, y dejo que mis lágrimas empapen su ropa.

—Hasta siempre, yaya.

Susurro dejándome arrasar por la pena.

Su partida deja nuestra mesa coja y tambaleante.

XVI

Cuando alguien a quien has querido mucho se va, se crea un agujero en el centro del pecho. Porque ahí, ahí es donde todas esas personas que amamos y que se han vinculado a nosotras dejan su candado en forma de corazón anclado a nuestro puente. Un puente que cruzamos para verlos, para hablarles, para saludarles y tocarlos todos los días. El candado es el señuelo que nos dejan para que pensemos en ellos en vida. Pero cuando se van, este se cae, y solo queda la marca perenne que dejó al agarrarse durante tanto tiempo a nosotros. Mi puente hoy está más vacío porque he perdido un candado: el que le di a mi abuela incondicionalmente por quererme y ayudarme a ser la mujer que hoy soy.

No tenemos mucha familia, solo conocidos y allegados que se han acercado a despedir a «la Clara». Vecinos de Dalt la Vila que están presentes, en silencio, mientras cierran apropiadamente el nicho de mi abuela con cemento, donde ya se ha dejado su caja fúnebre, en un columbario repleto de Parisi a los que jamás conocí.

Ya nos han dado el pésame muchos a los que solo he tratado de vista, o de haber cruzado unas palabras con ellos. No hay tíos, no hay abuelos lejanos… Nada. Solo mi madre, mi hija y yo como familiares más cercanos. Y ya es suficiente.

Lu y Hugo han venido al entierro. Están detrás de mí, como apoyo moral y emocional. Agradezco el detalle, el gesto y la compañía.

Seguro que se pondrá a llover en cualquier momento. Típico de abril, y típico de un día triste, porque los ángeles lloran.

De ayer a hoy han pasado muchas cosas y no solo que mi abuela, uno de los pilares de mi vida, ha trascendido. Todo fue un drama desde que llamé a mi madre para decirle que había muerto hasta que vino la ambulancia para llevarse el cuerpo y cuando fui a recoger a Venus a la guardería, por la tarde, para hacerme cargo de todo y ayudar a mi madre con cualquier preparativo. Al pasar a recoger a Venus, ella me miró con sus ojos enormes y casi ámbar y me dijo:

—Mami, ¿ya se ha ido la yayita?

La pregunta me tomó tan desprevenida que la cogí en brazos, la

abracé fuerte y me eché a llorar. Lloré con ella todo el camino hasta llegar a casa, incapaz de preguntarle cómo sabía que la abuela se había ido. Cuando me armé de valor y se lo pregunté al llegar a casa, me contestó:

—Me lo ha dicho en el sofá. Me ha dicho que se iría al *celo*.

Así que entendí que eso era lo que mi abuela le había dicho al oído a mi hija antes de que la llevase a la guardería. La había preparado y se había despedido.

Cuando mi madre nos vio en la entrada de la casa, abrió los brazos y se fundió en un abrazo con las dos, formando una piña.

No ha hablado casi nada desde entonces.

Ha sido un robot, como cuando tiene mucho trabajo y se concentra en hacerlo todo lo mejor posible.

Ahora, en el cementerio, la miro de reojo y la veo llorando, en silencio, haciendo pucheros… Pero se mantiene digna, estoica y lejanamente bella, tal y como es. Sin embargo, también capto la corriente de decepción y arrepentimiento que la corroe, como si le hubiese faltado decirle muchas cosas.

Y entonces, pienso que ha perdido a su madre.

Yo no querría perderla a ella y pensar que nunca le dije todo lo que la quería, que no hablé con ella lo que hubiese querido solo por miedo a discutir o a nuestra predisposición actual a estar en corrientes opuestas. La relación de mi abuela y de mi madre ha sido poderosa, fuerte, llena de amor, pero también de encontronazos, porque las Parisi tenemos carácter. Somos así.

Dicen que es porque también tenemos sangre italiana y por eso somos temperamentales. Pero empiezo a creer que el fuego también viene por quiénes somos, no por el lugar donde nacemos.

Tengo a Venus en brazos, que no entiende por qué tanta tristeza. Ella ha llorado a la yayita, pero aún no es consciente de que no la volverá a ver. O eso creo, porque a veces Venus me da unos bofetones de realidad y de madurez con solo tres mocosos años que me dejan sin palabras.

Me he vestido de negro, con unas botas de agua, un vestido de falda ajustada que me llega por encima de las rodillas y mi chaqueta de cuero. No he querido que Venus venga de oscuro porque no sabe lo que significa. Y porque mi abuela jamás querría verla así.

Mi madre lleva un traje de chaqueta y pantalón negro que resalta su figura, todavía esbelta. Así será hasta los noventa. No tengo ninguna duda. Se ha recogido el pelo en un moño alto que favorece su perfil y las líneas elegantes de su cara.

El velatorio fue a las diez. El entierro ha sido a las doce.

La gente se está yendo. La ceremonia ha acabado y todo ha pasado volando.

Ayer mi abuela estaba hablando conmigo de las vestales en el sofá. Hoy está en su tumba, tras su nicho, durmiendo el sueño eterno.

Hugo se ha mostrado muy solícito y cariñoso con nosotras, y se lo agradezco de corazón. Pero tengo la sensación de que está ahí porque sigue creyendo que, en el fondo, seguimos juntos, y eso me hace estar muy incómoda.

Lu tenía que irse a trabajar para ayudar a seleccionar más objetos de los yacimientos. Y Hugo quería estar ahí, solemnemente, cuadrado, como mi pareja. Como el hombre. No solo como amigo. Advertirlo me ha puesto nerviosa.

—Vete, Hugo. Te llamaré después. Vamos a estar solas las tres un rato —le digo con suavidad—. Necesitamos estar juntas.

—¿Os espero en el coche y os llevo después?

—No, hemos venido con el mío. Tranquilo.

—Está bien. Cualquier cosa que necesites, Ares, lo que sea, me lo pides.

—Sí, no te preocupes. Vamos a estar bien.

—Te llamaré más tarde para ver qué tal estás.

—De acuerdo.

Hugo asiente, me da un beso en la mejilla y se despide educadamente de mi madre, que le dice adiós y le agradece su presencia.

Por fin nos quedamos las tres solas.

Venus no tiene mucho interés en ver nichos ni en estar ahí, como es normal. Pero mi madre está poniéndole las flores bien a la yaya, para que luzcan.

—Tu abuela era muy quisquillosa con las flores —dice mi madre sorbiendo por la nariz—. Le gustaba que estuvieran todas perfectas.

Sonrío sin quitarle razón. La he visto muchas veces arreglando el jardín. Es duro saber que no la veré nunca más.

—Perdóname, mamá —dice posando la mano sobre el nicho de piedra—. Perdóname por tantas cosas… Pero, sobre todo, por haberte negado y haber dado la espalda al mundo que me ofrecías, a toda tu sabiduría. Perdóname por haberte dado tan poco… —Está llorando como nunca la he visto llorar.

Me acongojo al oírla hablar así y apoyo mi mano en su hombro.

—Mamá, no digas eso. La abuela tuvo una vida muy feliz y estaba muy contenta contigo. Te quería mucho.

—Yo sé lo que me digo —susurra apenada—. Voy a tener que… que revisar mis credos y mis convicciones porque, posiblemente, no

han sido los adecuados. —Coloca su mano sobre la mía y me la aprieta con cariño. Como si lamentase también las cosas que han pasado entre nosotras.

Está empezando a llover.

—Llueve —anuncia Venus feliz.

Pero ni mi madre ni yo osamos movernos de ahí.

Noto el frescor de las gotas humedeciendo mi pelo, mis manos y todo lo que esté al descubierto. No he traído paraguas y mi madre tampoco. No hemos pensado en ello.

—Mamá, nos vamos a empapar —indico con los ojos llenos de lágrimas.

Y entonces, la lluvia cesa de golpe y nos resguarda una tenue oscuridad.

Cuando me doy cuenta, siento la presencia de alguien a mi espalda. Me doy la vuelta, extrañada, y tengo que alzar la mirada para ver quién es, aunque ya lo he descubierto solo por su olor. Como siempre.

Es Adonis. Va vestido con una chaqueta negra tres cuartos, unos pantalones oscuros y un jersey azul oscuro de cachemir. Me mira intensamente y en silencio, y nos cubre a las tres con su enorme paraguas negro.

Venus lo mira con muchísima curiosidad y actúa como no ha hecho con ningún hombre, medio sonriendo como una princesita.

Mi madre no tiene ojos para nadie ahora mismo, pero sí le ha hecho un repaso disimulado.

—Lo lamento mucho. —Adonis da el pésame como es él. Con una educación y un respeto que parece mucho más real que cualquier otro «te acompaño en el sentimiento».

Sabe lo que ha pasado porque se lo conté ayer por la noche. Me llamó porque tenía información que darme, pero no estaba preparada para hablar con nadie y no se lo cogí. Así que le expliqué lo que había pasado por WhatsApp y reconocí que necesitaba un par de días para recomponerme y seguir con el tema, porque no estaba bien. Sé que mi abuela querría que continuase con lo que tengo entre manos y que no lo detuviese por ella, pero el dolor se me hace insoportable y no quiero estar llorando cada dos por tres en presencia de nadie, y menos de Adonis. No quiero mostrarme vulnerable ante él, es demasiada información para alguien acostumbrado a leer a las personas.

—Gracias —digo de pie ante él, mirándolo de frente—. ¿Cómo has sabido…?

—He ido al tanatorio.

—Ah… —Observo de soslayo a mi madre, que continúa hablándole en silencio a mi abuela—. No puedo hablar ahora…

Adonis sacude la cabeza. Ese comentario no le ha gustado.

—No he venido a hablar. He estado en la ceremonia. He visto que no llevabais paraguas y sabía que iba a llover. Quedaos con este. Yo ya me voy.

Este hombre me tiene descolocada. No comprendo sus detalles. No comprendo cómo aparece de la nada para hacer tambalear mi mundo. No entiendo por qué me besa en sueños. No entiendo nada, porque no concuerda lo que hace con lo que parece que es. No olvido que me mintió y que hace dos días me dijo que no iba a verse con Tania y sí lo hicieron.

Pero no tengo derecho a enfadarme. No tengo derecho a nada, excepto a saber la verdad.

—Pero ¿y tú, Adonis?

—Ya me lo devolverás. No te preocupes. Tengo el coche aquí mismo.

Sus ojos amarillos no aceptan un no por respuesta. Me obligan a tomar la ofrenda.

—Está bien. —Tomo el paraguas y me muerdo el labio inferior—. Gracias.

Adonis toma aire por la nariz. Parece que quiera decirme muchas cosas, pero sabe que no es ni el momento ni el lugar. Sin embargo, sí se ve impaciente.

—¿Te puedo llamar esta noche?

Asiento lentamente, porque no me importa hablar con él y sé que debo hacerlo.

Él levanta la mano y no me espero el gesto. Tengo a mi hija en brazos, que continúa observándolo como si fuera un príncipe de cuento de hadas. Y entonces, con el pulgar, me retira una lágrima de la mejilla. Esa leve caricia, tan sutil, tan insignificante, reverbera en todo mi cuerpo y me expone de un modo que no me gusta.

Como no sé cómo reaccionar y esto me ha tomado de sopetón, me quedo inmóvil.

Él inclina la cabeza hacia un lado, sus mechones negros le acarician la cara y parte del cuello de la chaqueta. Tiene una mandíbula tan dura y unos rasgos tan felinos que parece no ser humano del todo.

—Me retiro. Adiós.

Mira a Venus como si fuera una especie en extinción, entre maravillado y curioso, y la niña le dice:

—Llueve. —Señala al cielo.

Venus jamás habla con nadie que no conozca hasta que pasa un buen rato y toma confianza. Y va y se pone a hablar con el menos

indicado de todos. Menuda es mi monito.

Adonis le sonríe con vergüenza, y ese gesto provoca una sensación azucarada en mí.

Vamos mal.

Él se va, dejándome con su paraguas en la mano y con la palabra en la boca. Observo cómo se aleja por el camino lateral de los nichos y pienso en lo que sea que me tiene que contar.

Camina sin demasiada prisa, como si no le importara mojarse.

No sé de qué está hecho aún, si de hielo o de fuego; pero la lluvia afecta a ambos por igual.

Al llegar a casa, mi madre y yo nos hemos puesto a limpiar.

Ella quiere recoger la habitación de la yaya y quiere guardarlo todo en cajas. No ha aceptado mi ayuda porque dice que quiere reconciliarse bien, entre sus cosas, hablándole en caso de que ella siguiese ahí.

Después de un rato, Venus y yo hemos merendado bajo el porche del jardín. Son las seis de la tarde de este viernes triste y el cielo luce encapotado, un poco como el corazón central de mi familia.

La niña es como Campanilla, andando de un lado para el otro con su pulsera de cascabel. Mi abuela se la puso porque dijo que ahuyentaba a la oscuridad, viniese en forma de enfermedad, de mala suerte o de malas influencias. Y no pienso quitársela jamás. Porque, para mí, desde hace un tiempo, lo que decía mi abuela iba a misa.

Venus desperdiga todos sus juguetes por el suelo de madera del porche. Es un trasto inquieto. Mi abuela ha sido mi única confidente y mi único apoyo en toda esta trama de asesinatos, demonios, secretos y vestales en la que me he metido sin quererlo. Ella era mi brújula y, ahora que no está, voy a tener que hacer caso de mi intuición o buscar otros apoyos. Tendré que buscarme la vida.

—Ares.

Levanto la mirada y me encuentro a mi madre en el porche.

Tiene los ojos hinchados de llorar, pero parece más serena. Por encima de los hombros, se ha colocado el chal de mi yaya. Es lila oscuro con ribetes dorados. Verla es captar a mi abuela de joven en el cuerpo maduro de mi madre. Como si ella quisiera tomar ahora el testigo. De su hombro cuelga una bolsita de tela de color beige.

—Dime, mamá.

—¿Me ayudas?

—Claro, ¿a qué?

—A encender la llama del altar del jardín. Con un gesto de la

barbilla, señala el fondo de la pared de nuestro patio, sepultado tras hermosas enredaderas que se prodigan desde el suelo del muro hasta la parte superior y que ocultan no solo el fresco que hay pintado en ella, sino también el hermoso *lararium* al que nunca prestamos atención y que decidimos mantener allí porque era historia antigua y romana de las demás generaciones Parisi—. Mi madre defendía que una llama en casa protegía el hogar de las malas influencias. Y me pidió que la mantuviese prendida. Quiero empezar a hacer todo lo que no he hecho hasta ahora.

Sonrío, porque es justo lo que me dijo mi abuela antes de dejarla en el sofá.

—¿A qué te refieres con hacer lo que no has hecho hasta ahora?

—A creer en todo, a respetar el pasado y a darle su lugar.

—Mamá… —Me levanto y la miro de frente. Soy casi igual de alta que ella ahora que está un escalón por encima—. ¿La viste? ¿Viste el espíritu de la abuela?

Se le llenan los ojos de lágrimas y asiente, mordiéndose el labio inferior.

—La yaya vino a despedirse y dejó un olor afrutado en la tienda, como a naranjas. Fíjate cómo era de fuerte y consistente su aparición, que creí que había estado ahí de verdad. Noté hasta su beso en la mejilla.

—Vaya… —digo asombrada—. Le encantaban las naranjas —musito frotando la espalda de mi madre—. Antes de irse, me pidió que le fuera a comprar una bolsa para hacer zumo.

Ella suelta el aire por la nariz.

—Muy típico de la yaya: enredar para salirse con la suya, aunque, fuera para morir sola y en paz, sin provocar dolor.

—Sí.

—Nunca me había pasado nada parecido, al menos, no así, tan evidente e irrefutable. Solo cuando era pequeña… —me explica abrigándose más con el chal—, pero me afané en borrarlo de mi cabeza, porque todo me daba miedo. Las intuiciones, los presagios, las percepciones… La yaya decía que podía llegar a ser como ella; de hecho, lo creía firmemente. Sin embargo, yo no quería ser así. Decía que era una *sagae* —asiento de acuerdo con ella. A mí también me lo dijo—. Quería una vida normal, un marido vivo, una familia sin estigmas y gente a mi alrededor que no se pensase que era una bruja… Por eso quería despreocuparme de maldiciones o antepasadas extrañas a las que jamás comprendería. Pensé que, si le daba la espalda a todo eso —reconoce muy afectada—, entonces, nada sería verdad. A mí no me pasaría. Me cerré en banda, me prohibí a mí misma advertir

nada… Pero supongo que lo que es no se puede negar. Pasa igualmente, lo creas o no. Y me ha costado mucho comprenderlo. Posiblemente —tuerce la cabeza morena para mirarme con arrepentimiento—, también me haya costado comprenderte a ti en muchas ocasiones. Prometo hacerlo mucho mejor, Ares. —Enlaza su mano con la mía—. Me va a costar remontar y entender todo lo que ha pasado y cómo he vivido todo este tiempo sin fustigarme y sin culparme. Pero te prometo que voy a remediarlo.

—No tienes que culparte por nada. —Agacho la cabeza, afectada por su sinceridad.

Ella me sonríe con calidez y me alza la barbilla para mirarme como hace mucho que no sentía que me miraba. Sin decepción. Solo viéndome a mí.

—Tengo mucho por lo que culparme, Ares —asegura—. Os resarciré, lo prometo.

Quiero creerla con todas mis fuerzas y también me gustaría poder consolarla para que deje de sentirse tan mal. Pero sé que no lo voy a conseguir, porque todos tenemos nuestros procesos de sanación y ahora mi madre necesita reaccionar y arar la tierra para arrancar las malas hierbas.

—Ayúdame con el larario —me pide. Mete la mano en la bolsa—. Tú llevarás la lucerna.

Observo el objeto y me recuerda mucho al que me enseñó Lu. Pero esta vez, tiene forma de falo con testículos, sin cortarse y sin escatimar en detalles. Es obsceno, pero sé que también es protector. En Roma, en Baetulo, en Pompeya y en todas las ciudades romanas excavadas se encuentran objetos así, salpicando las capas de tierra más profundas.

—Tu abuela tiene un montón de objetos antiguos y reliquias en el baúl de su habitación. Hay de todo tipo.

Cruzamos el jardín y Venus me sigue con curiosidad.

—¿*Onde* vas, mamá?

—Vamos a ayudar a la yaya —le digo agarrando su manita.

Mi madre introduce la mano en la bolsa de nuevo y le da un platito.

—Esto es para ti, cariño. Tú vas a llevar la patera. El plato para las ofrendas.

Vamos las tres juntas, como en una procesión: la madre, la hija y la nieta, como una tríada perfecta de generaciones.

El larario romano que tenemos en el jardín es de hace muchos siglos. Estos se hallaban en los *domus*, las antiguas viviendas romanas. Eran atrios no muy grandes donde las familias oraban y hacían ofrendas a sus dioses y espíritus protectores del hogar.

Cuando lo miro detenidamente, soy consciente de todos los detalles que pasé por alto antes, cuando lo estudiaba sin ningún interés, como si fuera un trasto viejo sin utilidad.

Es como un templo pequeñito, pero tapiaron su interior con puertecitas de madera. Mi madre sostiene la llave que las abre. Mi falta de curiosidad me avergüenza, por no advertir jamás que teníamos algo histórico en nuestra casa, por no querer saber de qué se trataba ni qué había en su interior.

Cuando mi madre introduce la llave metálica, negra y pesada en la cerradura y las puertas se abren, no puedo evitar detectar el olor a incienso. Y mis ojos se quedan grabados en la excelsa figura incrustada en la pared, tan grande como el larario, que mide casi un metro. Parece que el atrio se haya construido alrededor de ella.

—Vesta —dice en un susurro—. La virgen protectora del hogar y de la llama sagrada. La protectora de la familia, la vida doméstica, el orden, el Estado… —enumera de memoria mirándome de reojo—. Aunque no quisiera creer las historias de la abuela, no quiere decir que no le prestase atención cuando me las explicaba. Era difícil no escucharla, porque lo contaba todo demasiado bien. Te envolvía, te hechizaba… —admite, sus palabras cargadas de admiración—. Por eso me las aprendí de memoria.

—La abuela era un poco como Netflix —admito provocando una risita en mi madre.

—Más o menos.

Vesta es una figura de alabastro, con un pie en el que está escrito ESTIA. Está frente a un altar particular que le llega hasta la cintura. En él hay una llama. Vesta sujeta una lucerna como si echase aceite o si avivase el fuego con ella.

—Aún hay cenizas de la quema de las ofrendas de hace siglos —murmura mi madre fascinada.

—Me parece increíble que sigan ahí…

—Todo sigue ahí. Donde hubo fuego, siempre quedarán cenizas.

—Supongo. Las cenizas de Baetulo —murmuro para mí misma, como si fuera el título de una novela.

Mi madre empieza a sacar los objetos de la bolsa.

—Lucerna —la toma de mis manos—, el *turibilum* para quemar, el incienso, la patera —se agacha y toma el plato de las manos de Venus —, el contenedor de la sal, la *acerra* para el incienso y el *gutus* para el vino o la leche.

Ella lo dispone todo como si supiera cómo hacerlo bien. Y, al final, toma un marco del interior de la bolsa. En él hay una foto de mi abuela.

—Y nuestra guardiana. —Coloca la foto en su interior—. La yaya. —Acaricia la imagen con la punta de los dedos.

Venus pide que la coja en brazos, y eso hago. Parece que capta que es un momento de introspección, reverencia y recuerdo. Apoya su carita en la mía para mirar el larario.

—Es una casita de muñecas… —me dice al oído.

—No… —le contesto en voz baja—. Pero se parece.

—La yaya *muerme* ahí —dice satisfecha. Venus nos sorprende cuando, del bolsillo delantero de su peto tejano, saca una camita de Pin y Pon de unos cuatro centímetros de largo, de color rosa y blanco. Y se la da a mi madre para que la coloque en el altar.

Ella sonríe enternecida y la coloca justo al lado del plato de ofrendas.

—Es la mejor camita del mundo, para que pueda descansar. —Besa la frente de Venus y coloca su brazo por encima de mis hombros, observando la llama que prende e ilumina el larario, jugando a hacer sombras y luces en la figura de Vesta—. He mandado el reloj a arreglar. Se había estropeado, como si no tuviera más vida que dar. Le van a poner un circuito nuevo, como si empezase también una época renovada en nuestro hogar. Como dijo la yaya. Y también —añade muy predispuesta— voy a arrancar todas estas hortensias trepaderas de la pared, que atraen muchos bichos, y voy a dejar que se vea el mosaico del muro. Nunca lo vi —asegura—. La abuela siempre decía que una no debía sentirse avergonzada de su historia ni de sus raíces, porque para saber quiénes somos, debíamos conocer de dónde veníamos. Y yo he sentido tanta vergüenza, tanta negación y tanta rabia por haber nacido en una familia así… que pensé que, si las cosas estaban ocultas, era mejor dejarlas así. Ella quería quitar las hortensias trepadoras, pero yo no porque me parecían bonitas. Luego pensé que suficiente teníamos con el larario histórico que manteníamos en secreto como para que, además, tuviéramos un mosaico romano en la pared. Si era algo de interés histórico para la ciudad, deberíamos avisar al Museo de Badalona y, no sé, me dio por hacer conjeturas… Cuando, en realidad, lo que me pasaba era que no quería saber nada más. Así que optamos por no hacer nada con ellas y permitimos que las hortensias trepadoras siguiesen ahí, creciendo y ocultándolo todo, como la hiedra. Todo por mi problema de aceptación.

—Mamá, deja de castigarte. —No me gusta que se mortifique así. No está diciendo ninguna mentira, pero no ha matado a nadie.

—Me va a llevar un tiempo dejar de hacerlo y empezar a sentirme bien conmigo misma —asume afligida—. He decidido que voy a cerrar

la tienda una temporada —espeta.

—¿En serio? No te veo dejando el trabajo así como así.

Ella se encoge de hombros.

—No pasa nada por no cobrar un mes. Tengo dinero ahorrado y la paga de tu padre siempre ha sido considerable. Trabajé tanto para no pensar demasiado, para no echar de menos, para no temer… porque con la mente ocupada, nada preocupa. Me refugié entre lámparas y luces, pero dejé de alumbrarme a mí misma. Ahora… necesito estar de luto por mi madre. Necesito hacerlo bien y poner en orden todas mis ideas. Y quiero estar aquí, en casa. Estar con Venus y también —dice con algo de timidez— ayudarte en todo lo que necesites, Ares. Si… si me dejas. Lo necesito —reconoce.

Rodeo a mi madre por la cintura con mi brazo libre. Jamás le diría que no, y menos cuando la veo necesitada de estar con nosotras y de recuperar su lugar emocional conmigo. Yo también lo necesito.

—Yo nunca te he alejado —le digo en voz muy baja, admitiendo que sí hay un océano entre nosotras, aunque yo no lo nadé.

—Lo sé, cariño. Lo arreglaré —asevera con sus ojos negros, fijos en la figura de Vesta—. ¿Sabes por qué tu abuela quiso irse en esta casa? ¿Sabes por qué no dijo nada de que se encontraba tan mal y no nos permitió llevarla al hospital? —me pregunta mi madre.

—¿Por qué? —pregunto tragando saliva, emocionada de nuevo.

—Cuando se creó el muro de Baetulo, se prohibió enterrar a los muertos en los *domus*. Sin embargo, algunas familias desafiaron las reglas y continuaron haciéndolo, a pesar de que eso conllevase el paso de la vida y la muerte a la ciudad. Para ellos, tener muertos dentro de los muros era también tener fantasmas, y les daba miedo, porque no todos los espíritus eran buenos. Con el tiempo, eso dejó de hacerse, se crearon las necrópolis en el exterior y empezaron los entierros cristianos… Pero, los baetulianos sabían que, si uno moría en su hogar, se convertía en el espíritu guardián de la familia y de la casa. Por eso tu abuela ha querido asegurarse de morir aquí. Por eso no dijo nada y aguantó los días que le quedaban de la manera más digna. Su corazón fallaba, tenía dolores, y lo sobrellevó hasta que se le detuvo. Quiso morir aquí para protegernos y quedarse con nosotras. Si eso no es amor infinito y eterno, dime entonces qué lo es.

Mi barbilla tiembla acongojada y me quedo mirando la expresión feliz e inteligente de mi abuela en su fotografía. Sé que no tengo dones, que no tengo habilidades extrasensoriales, que no veré a mi abuela nunca.

Tampoco sé si mi madre volverá a verla alguna vez.

Lo que sí sé es que, en mi casa, ni la oscuridad ni el Demonio van a

entrar. No solo porque aquí no son bien recibidos, sino porque «la Clara» los va a reventar a escobazos si se atreven a cruzar sus puertas.

XVII

Es curioso porque, aunque siento la pérdida, también percibo la paz. Como si mi abuela hubiese dejado en todo lo que nos rodea su estela y, ahora, gracias al larario, también su bendición y protección.

Estoy ayudando a revisar todo lo que tenía en uno de sus baúles antiguos de la habitación. Lo separamos todo por objetos. No sé ni para qué sirven la mitad de ellos, pero sí sé que hay bastantes lucernas y *fascinus*. Incluso tiene collares, relicarios con abalorios diminutos de falos alados, otros con delfines y algunos más con cascabeles parecidos a los de Venus.

He decidido colgarme uno con cascabel del cuello. Y mi madre también. Ahora las tres llevamos el mismo. Me hace gracia que se llene la casa de ese tintineo, porque no es molesto en absoluto. Así siempre sabremos dónde estamos y nos veremos venir.

—Dios mío…, son tantas cosas… —dice mi madre sacando un atrapasueños romano—. Y deben de ser tan antiguos. Reliquias de Parisi de otras épocas —musita con una ensoñación patente.

Venus casi está metida dentro del baúl, con lo menuda que es. Entonces, se incorpora, y saca la mano con un rótulo metálico.

—¡Oh! ¿Qué es?

—¡El escudo de armas de la familia! —exclama mi madre muy feliz —. El original. Me lo enseñó la abuela una vez —arguye pasando los dedos por el fuego en el centro del blasón y las dos serpientes a cada lado de la llama.

«¿Cómo no?», pienso sintiéndome inútil. Todo es muy evidente, el fuego está por todos los lados. Me da vergüenza descubrir nuestra historia a los veintisiete años. Me da reparo ver que las evidencias siempre han estado ahí, pero yo nunca las vi ni las entendí. Pero mejor tarde que nunca.

—¿Crees que a Lu le gustaría revisar algo de todo esto? Por si se lo quiere llevar al museo —sugiere revisando las cajas que está llenando —. No nos lo vamos a poder quedar todo, a no ser que reservemos una parte de la casa para hacer nuestra pequeña colección privada.

—No sería mala idea… ¿Qué son estas cosas? —pregunto tomando

un muñeco de barro con clavos por todas partes. Parece vudú.

Mi madre lo coge, lo observa sin demasiada gracia y lo deja en una de las cajas.

—Pues no me gustan, pero a saber para qué los usarían. Físicamente asustan.

—Un poco sí.

—La abuela parecía una coleccionista guardando todas estas cosas así. Estos van aquí. Los pondremos todos juntos.

—Vale.

Ding dong.

El timbre de casa suena y voy yo a ver quién es. La habitación de mi abuela estaba en la planta de abajo porque ya hacía mucho que no podía subir escaleras. Así que estoy ante la puerta en unos segundos.

Cuando abro, es Hugo quien está al otro lado. No parece muy contento, más bien luce nervioso y contrariado. Su pelo rubio y muy corto está mojado por la lluvia que cae tímidamente, y sus ojos parecen turbulentos.

—¿Hugo?

—Quería verte para saber cómo estás —dice sin más—. ¿Quieres que tomemos un café?

—No, Hugo. Gracias por preocuparte, pero no me apetece. Estoy ayudando a mi madre a empacar cosas de mi abuela.

Él asiente, como si lo comprendiese. Pero, de repente, se frota la nuca y hace un mohín incómodo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. —Lo veo nervioso.

—Estaba en el cementerio. Me quedé un rato hablando con Lu… Y después estuve esperando a que salierais, solo para asegurarme de que estuvierais bien.

—Hugo, siempre tan protector —sonrío con agradecimiento.

—No. En serio. Vi a un hombre salir de la zona de los nichos Parisi. ¿Qué tienes que ver tú con él?

—¿Con él? —digo sin entender la pregunta. ¿Me ha estado espiando?—. ¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, dímelo tú —parece ofendido.

—Hugo…, solo es un conocido que vino a darme el pésame.

—¿Es que tienes relación con ese tipo de personas, Ares? ¿Sabes quién es?

—¿Por qué parece que tú sí lo sepas? —replico.

—Ese tío estaba en la puja de arte de la Masía del Demonio. Fue el que pagó la suma más grande por ese cuadro tan cutre… Forma parte de esa panda de friquis elitistas con ínfulas de grandeza.

—Friquis que tú conoces —señalo—. Y a los que has hecho favores, como al señor Masdeu.

Esa respuesta lo deja descolocado, pero sabe salir rápido del apuro.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No lo sé, Hugo, dímelo tú —le imito.

—¿Qué insinúas? ¿Y qué haces tú codeándote con alguien así, Ares? Sabía que en la puja pasó algo. Estabas rara. ¿Fue por él? ¿Te viste con él?

—No me gusta el tono con el que me lo estás diciendo. Ni este interrogatorio. ¿Cómo que si me vi con él? ¿Qué tipo de pregunta es esa? Se ha muerto mi abuela y estás haciendo que me sienta muy incómoda.

—Ares. —Hugo da un paso adelante y me sujeta del antebrazo con bastante fuerza. Sus dedos son muy exigentes—. Por tu bien, hazme caso. Te vas a mantener alejada de ese tipo, ¿me has oído?

Hugo nunca ha sido así conmigo. Jamás. Nunca pensé que pudiera actuar de este modo y lo único que me viene a la cabeza es que pueda estar celoso, pero nada de lo que haya podido ver entre Adonis y yo en el cementerio puede hacerle sentir así, por eso no comprendo su actitud.

—¿Qué haces? —le digo entre dientes apartando el brazo con fuerza, pero él no me suelta.

—Ares, no es broma. Ese tío es peligroso. No te puedo decir por qué lo sé, pero es así. Jamás te he mentido. —Me mira suplicante—. No te vas a acercar a él otra vez.

—Hugo, lo que me estás diciendo está fuera de lugar. ¿Me puedes soltar?

—Después no digas que no te he avisado —musita entre dientes.

—Si quieres decirme algo, háblame claro y no a medias tintas. Si sabes algo de él, dímelo, aunque no me importa —disimulo—, porque entre él y yo no hay ninguna relación como la que imaginas.

—Sí, la hay. ¿Te lo estás tirando? —pregunta amenazadoramente.

—¡¿Qué?!

—¿Sabes lo que hace? ¿Sabes lo que es y lo que mueve? ¿Tienes idea del monstruo con el que estás?

—No lo sé. —Levanto la barbilla para demostrarle que no me achanto ante eso—. ¿Lo sabes tú? Parece que a ti te importe más que a mí. Solo hablo con él por trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Pero ¿y a ti qué te importa? Hugo, te he dicho que me sueltes.

—Pregúntale, Ares. Pregúntale por el Abismo, a ver qué te dice. Es la peor calaña que te puedas encontrar —me advierte—. Un puto

depravado. El mismísimo demonio.

Se sorprendería si le dijera que el Demonio y yo nos hablamos desde hace unos días.

—¿Has acabado ya?

—No me estás escuchando —dice, rojo y enfurecido—. ¿Te gusta ese tío? ¿Y ese rollo te gusta?

La puerta de mi casa se abre; mi madre nos encuentra en esa situación incómoda. Tengo la sensación de que ha estado escuchando detrás de la puerta todo el rato.

—Hola, Hugo. ¿Pasa algo, querido? —pregunta con falsa amabilidad y sus ojos negros clavados en su mano, que sujeta con rabia mi antebrazo.

Hugo me libera como si el simple contacto le hubiese quemado, pero porque no quiere quedar mal ante mi madre, no porque yo se lo haya pedido. Me froto el brazo y lo miro como si no le conociera. Porque así es. Jamás lo había visto en ese estado, tan posesivo, tan dominante y celoso. Hablándome así. Lo veo mal.

—No, está todo bien —contesta él atribulado.

Bueno, eso tendría que decirlo yo.

—¿Entras, Ares? —me pregunta mi madre, aún con su atención plena en Hugo. Y está muy lejos de mirarlo bien o con consideración. Esta vez no. No parece tener buenos ojos hacia lo que él representa en ese instante.

—Sí. —Mi madre mantiene la puerta abierta hasta que paso al interior de la casa. Miro hacia atrás, sorprendida con la beligerancia de Hugo.

—¿Querías algo más, Hugo? —Tamborilea las uñas contra el marco de la puerta.

—Solo deciros que siento lo de la abuela. —Y seguro que hasta parece arrepentido.

A mi madre no le acaba de convencer, pero asiente como la señora educada que es, y le devuelve una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Gracias, querido. Buenas noches.

Cuando mi madre cierra la puerta, sus ojos oscuros buscan los míos de color violeta y me preguntan muchas cosas, pero, sobre todo, quieren advertirme de algo:

—No vas a poder ser su amiga. Lo sabes, ¿verdad?

Hasta este momento, pensaba que sí podríamos serlo. Pero empiezo a dudarlo mucho.

—No sé qué mosca le ha picado.

—Una muy mala. Una con testosterona, posesividad y celos malos. No puede ser tu amigo porque quiere que seas suya, Ares. Y no sabe

mantenerse al margen. Cuidado con este tipo de personas.

Toma mi antebrazo y me mira la piel.

—¿Te ha hecho daño?

—No ha sido nada —la tranquilizo.

—Dale espacio y tiempo. Y no hables con él en una larga temporada —me pide. Cuando se cerciora de que solo ha sido un agarrón, añade—: Otra cosa. ¿Quién era el hombre del cementerio? ¿El que nos ha dado el paraguas?

—Me está ayudando a averiguar mis cosas, mamá…

Ella exhala y mira al techo.

—Debí suponer que no ibas a parar.

—Claro que no.

—¿Me lo quieres contar?

Sacudo la cabeza de un lado al otro.

—Mejor no. Aún no, hasta que atisbe las conexiones posibles.

Ella asume la respuesta con deportividad.

—De acuerdo. ¿Y crees que puedes confiar en él?

—No lo sé. Eso espero.

Mi madre se cruza de brazos y me estudia mientras levanta su ceja derecha de manera inquisitiva.

—¿Aceptas un consejo?

—Conozco tus consejos —musito.

—Esta vez es solo una advertencia. Ese hombre tiene ojos de lobo y de fuego. Deberías tener cuidado.

—No va a pasar nada en absoluto.

—Eso es lo que tú te crees. Piensas que puedes jugar con fuego —me da un golpecito en la nariz—, hasta que, un día, te acabas quemando.

El viernes pasado estábamos cenando las cuatro con Lu, celebrando nuestra noche de chicas. Hoy no hay ganas ni humor para mucho, aunque mi madre me ha asegurado que no debemos dejar de hacer lo que hacíamos, porque la abuela se enfadaría con nosotras.

Mi madre y Venus están en el salón. Vamos a pedir algo para cenar.

Voy a encargarlo por Glovo, pero recibo una llamada.

Es del móvil de Adonis.

Me froto la cara porque aún sigo agitada por el encontronazo que he tenido con Hugo y lo que me ha dicho de Adonis, como si lo conociera.

Estoy en un momento de mi vida en el que dudo de muchas cosas y

desconfío de otras, y a lo único que me agarro como a un clavo ardiendo es a lo que me dijo mi abuela sobre lo que tenía que hacer. No debo dar un paso atrás.

—¿Ares?

—Hola —digo un poco nerviosa.

—Tenemos que hablar. Tengo información y es importante que la sepas cuanto antes. Supongo que no es buen momento para ti por la pérdida de tu abuela, pero es urgente. ¿Quieres que nos veamos?

Me humedezco los labios y miro a mi madre y a mi hija, que están entretenidas jugando en el sofá. Sí, tengo necesidad de saber y de empezar a atar cabos, y lo hago por mi abuela, por todo lo que me dijo, pero también por ellas, porque cuanto antes entienda lo que pasa, antes podré regresar a mi vida con más tranquilidad.

—De acuerdo.

—¿Te paso a recoger?

—No sabes dónde vivo.

—Dame la dirección.

Está bien. Es una indiscreción. Seguramente no debería, pero se la acabo dando porque no me apetece coger ningún coche. Y porque ha tenido muchas oportunidades de matarme si hubiese querido, y no lo ha hecho.

—¿Puedes estar lista en veinte minutos?

—Sí.

—Bien. ¿Has cenado?

—¿Qué?

—Que si has cenado.

—No.

—Entonces cenaremos. Hasta ahora.

Carraspeo y me coloco el pelo detrás de la oreja.

—Hasta ahora. —Cuando cuelgo, mi madre me mira por encima de la cabecita de Venus, que está sentada encima de ella.

—Te tienes que ir —asume.

—Sí. ¿Puedes quedarte con…?

—Ni me lo preguntes. La yaya te ha ayudado a veces con Venus, pero yo no podía porque necesitaba estar en Luces Sacras. Aun así, ambas hablábamos de lo responsable que has sido con ella y de la poca vida social que tenías porque preferías encargarte de su educación y de pasar tu tiempo a su lado. Has sido una madre trabajadora admirable. No eres una persona acostumbrada a pedir favores, y menos a mí porque he sido dura… —Agacha la cabeza al reconocer lo que he sufrido estos años con ella—. Quiero ayudarte como sea, Ares, y si eso significa quedarme con Venus cuando tú no

puedas, pues que así sea.

—Gracias, mamá. —Ni se imagina el bien que me hace oírla hablar así.

Ella asiente feliz de poder echarme una mano.

—Supongo que es mejor para las dos que no sepa demasiado sobre lo que sea en lo que andas metida. Pero dime una cosa: ¿la yaya estaba de acuerdo con lo que te traes entre manos?

Sonrío, un poco más desahogada.

—La yaya fue quien me animó. Si lo hago, es por ella.

—Siempre fue tu *hooligan*.

—Sí. —Me echo a reír por la palabra que ha usado para definirla.

—Prométeme que, te hayas metido donde te hayas metido, tendrás cuidado. Sé todo lo que ella decía que podías ser, que éramos todas, y estaba muy intranquila porque afirmaba que si el Demonio te rondaba, era porque podías ser peligrosa para él. «Quiere algo de la niña», repetía. Tú eras su niña. No tengo los dones de ella, no los quise —reconoce un poco apologética—. Pero ella… ella no solía errar. Y la única vez que no acertó, lo celebré como una loca, porque tú, gracias a Dios, seguías viva. Fue la noche de la carrera de la Endemoniada. Espero que un día me cuentes todo lo que está sucediéndote, hasta donde me puedas contar. Me gustaría ayudarte, no como una bruja o como una *sagae*, como ella se proclamaba, pero sí como tu madre —admite con ojos vidriosos.

Asiento y sonrío, agradecida por sus palabras. Ojalá ese día llegue pronto.

No he querido arreglarme demasiado para ver a Adonis. Lo nuestro es una relación laboral. Es mi informador. Sin embargo, me he puesto un vestido negro de manga larga y falda corta, unas botas negras de puntera afilada, plataforma oculta y tacón de aguja no demasiado alto, y mi chaquetita tejana oscura.

Podría ir muchísimo más sexy, pero también mucho más dejada. De este modo, transmito que quiero estar cómoda; no para estar por casa, pero tampoco para ir a ningún lugar en especial.

Pensaba que vendría él a buscarme. Pero, en vez de eso, ha venido un Mercedes negro, un Cabify, a por mí.

No me lo esperaba.

El Cabify me ha dejado en un restaurante italiano diminuto con solo cuatro mesas para pocos comensales, perdido en algún punto de Sant Fost de Campsentelles.

Parece que lo haya reservado solo para nosotros.

Es una casita pequeña tipo masía, con un solo salón muy acogedor y vistas a las montañas de la Conreria.

Al menos, ya no va a llover más y han salido las estrellas.

Entro en el restaurante y Adonis está sentado, de frente a mí, como si se creyera el rey del mundo.

Me escanea con la mirada y no reacciona excepto por sus pupilas, que se dilatan un poco. Es verdad, es como un animal.

He asumido que, se ponga lo que se ponga este hombre, la percha es él y todo le queda bien.

Me gusta más así. Cuando va como un motero que, en el fondo, no lo es. ¿O sí? No lo sé. No lo conozco tanto. Aunque, si tuviese una moto, con toda seguridad sería una de las mejores.

El lugar es como una casa italiana. La luz tenue ayuda a que el ambiente sea más íntimo. Es un lugar perfecto para traer a una pareja, a una amante, para que tenga lugar una cena de la camorra o para revelar secretos. Tanto da.

—Buenas noches, señorita Parisi. —Se levanta y me retira la silla.

La mesita en la que estamos es cuadrada. Hay una vela dentro de un vaso de cristal rojo. El mantel es delicado, de color violeta, y la cubertería y las copas se ven caras, además de que están dispuestas de un modo exquisito.

No estoy acostumbrada a estos detalles. La última vez que un hombre me retiró la silla fue… nunca. Por otro lado, soy bastante procaballeros, pero sin ser petulantes.

—Buenas noches. No conocía este restaurante. No hay gente —observo.

Adonis sonríe y abre una botella de vino tinto.

—No hay gente porque yo no quiero. Este restaurante es mío. Me he tomado la libertad de reservarlo todo para mí.

Vaya, información de más y sin preguntar.

—¿Y te va bien?

No le da importancia al hecho de si gana dinero o no, pero responde:

—No me va mal. —Me mira compasivo—. ¿Cómo estás?

—Estoy triste —contesto con honestidad.

—¿Estabas muy unida a tu abuela?

Asiento y me incomodo porque no quiero emocionarme, pero cuando pienso conscientemente en ella, me abraza el amor y el dolor a partes iguales. Es la herida del echar de menos y de saber que no volverás a ver a alguien.

—¿Estaba enferma?

—Sí, bueno —carraspeo y me remuevo en la silla—, habíamos

estado unos meses de hospitales y hemos tenido bastantes sustos este último año. Sabía que le quedaba poco tiempo, no se encontraba bien…, pero no nos dijo nada porque quería estar en casa. No respiraba bien, tenía líquido en los pulmones y… sencillamente, se le paró el corazón; se murió de una angina.

Adonis escucha con una liturgia subyacente, con generosidad, con educación… Y tengo la sensación de que podría hablar con él toda la vida, solo por ser escuchada así.

—Lo que llevas en el cuello ¿era de ella?

Asombrada, me llevo la mano a la campanita que suena como un cascabel. Me la he puesto en una cadena fina de oro porque la cuerda de la que colgaba no me gustaba. La llevo con orgullo.

—¿Por qué haces eso? —lo reprendo.

—¿El qué?

—Advertir detalles tan pequeños en los que nadie se fija.

—Soy observador, ya lo sabes. Suele pasar que, cuando hay una pérdida, la persona que se queda aquí necesita llevar algo de la que se ha ido solo para sentirla más cerca. Y esa campana que portas no la llevabas antes. Es muy antigua. Mucho… —Estira el brazo como si quisiera observarla bien—. ¿Puedo?

—S-sí —contesto.

Los dedos de Adonis rozan mi piel desnuda, pero sujetan la campana con delicadeza.

—¿Era de ella o no? —me pregunta para reafirmarse.

—Sí.

—¿Sabes lo que es?

—Sí. Es un protector contra las malas influencias y contra el Demonio.

—Muy romano.

Ah, que también sabe de Roma.

—Toda mi familia tiene raíces romanas.

Eso interesa mucho a Adonis. Lo sé por cómo le brillan los ojos, que se ven dorados bajo el fulgor de la vela. Y por el modo que tiene de mover la cabeza como cuando un perro escucha. Su mirada se imanta a la mía.

—Amuleto y talismán —susurra—. ¿Sabía tu abuela de brujería antigua?

—Algo, sí.

—¿Sabe que te has metido en líos?

Resoplo y abro y cierro los dedos de las manos. Es como si no pudiese ocultarle nada.

—Era una mujer muy intuitiva. Sabía de muchas cosas. Y sí, estaba

informada de lo que pretendía con tu contratación.

—Me hubiese gustado conocerla. Parece que hayamos estado alineados.

Lo peor es que tengo la sensación de que a ella también le habría encantado conocerle.

—¿Qué quieres decir con alineados?

—Que hayamos pensado en lo mismo. Te he traído algo. Es solo un detalle y creo —suelta la campanita y sonríe cuando el cascabel de su interior suena— que te complementará muy bien.

—¿A mí? ¿Me has traído algo?

—Sí —contesta sacando una cajita del bolsillo de su cazadora.

—¿Por qué? —No entiendo por qué me regala nada.

—Porque te ayudará.

Tomo la caja de terciopelo y la abro con mucha expectación. Es un anillo de oro con un ojo blanco en el centro y el iris con un brillante grande y rojizo.

—Para los envidiosos, lo que ves. El bien para los buenos. —Toma mi mano con suavidad y me obliga a extender los dedos—. El mal para los malos. —Me coloca el anillo en el dedo anular de la mano derecha—. Es una frase que hay en un mosaico apotropaico en Túnez con un ojo parecido a este. En la antigüedad, estaban obsesionados con la protección contra la envidia, el mal de ojo, los fascinadores…

Retiro la mano suavemente y trago saliva. Es demasiado íntimo. Y demasiado caro. No sé mucho de joyas, pero esto es oro de verdad.

—No puedo aceptarlo. —Me lo quiero quitar.

Adonis se niega y posa su mano sobre la mía, contra la mesa.

—Quédatelo. No supone nada para mí. Ni tampoco para ti. No te asustes. Solo acéptalo. Estos detalles son más poderosos cuando los recibes de otra persona.

—¿Tú crees en eso?

—Soy demonólogo, no lo olvides —sonríe, y sus dientes destellan de un modo que me obliga a mirarle ensimismada la boca. Tiene unos labios increíbles y una dentadura envidiable—. ¿Qué tipo de demonólogo sería si no creo en energías, hechizos, sortilegios, amuletos, brujería…? —menciona soltándome la mano poco a poco—. Y ahora, hagamos lo que hemos venido a hacer. El motivo por el que te he citado aquí.

—¿Tienes información?

Adonis me llena la copa y, esta vez, no le digo que no. Porque un día es un día y, aunque no disfruto demasiado del vino, me apetece.

—Tienes un problema, Ares.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Qué problema es?

—Hugo.

—Vaya…, él me ha dicho lo mismo de ti.

Aquello no sorprende a Adonis, es como si ya lo supiera.

—He estado investigando. —En la silla de la mesa de al lado hay un sobre. Adonis lo toma y lo deja frente a mí.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Las conexiones que tengo hasta ahora.

Lo abro como puedo, porque los nervios me vuelven torpe, y Adonis empieza a hablarme.

—La semana pasada, el jueves, denunciaron un posible homicidio en Tiana. —Me explica mientras me peleo con el sobre—. La llamada entró en una comisaría de los Mossos, ubicada en la Morera. Una vecina había visto a un hombre sacar a una chica de su casa, inconsciente. La mujer dijo que la chica tenía los ojos cerrados, el pelo negro y las manos atadas a la espalda. Que la metieron en el maletero de un Audi Q4 negro.

Dentro del sobre hay un informe sobre eso, sobre la entrada de la llamada, la transcripción y el número de teléfono desde la que se realizó. Lo miro todo con atención.

—El número de teléfono pertenece a Marina Born. Cincuenta años, vecina de Tiana. Era una mujer normal y corriente que denunció algo que había visto con sus propios ojos, pero, repentinamente, la policía la trató como una esquizofrénica.

—¿Por qué hablas de ella en pasado?

—Porque está muerta. Se suicidó el sábado.

—Dios mío… Adonis… —Sacudo la cabeza angustiada—. No sé qué es todo esto. Y no sé cómo has podido conseguir toda esta información.

—Puedo conseguir muchas cosas. Espera. Déjame que te cuente cómo se hila todo. El agente al cargo de tomar la denuncia a Marina Born fue Hugo Simó. Tu amigo. Y, aunque fue a verla, la desestimó porque, de repente, atribuyó a Marina problemas mentales. Así, sin más, cuando los archivos médicos de la mujer nunca presentaron este tipo de patologías ni comportamientos suicidas. Excepto estrés laboral.

Frunzo el ceño. Tengo la sensación de que no hay suelo bajo mis pies, es muy desasosegador.

—Continúa —le pido.

—Marina vio algo desde su casa. Me han dado la ubicación de la llamada y es en este lugar. —Aparta una hoja y me enseña la siguiente, con una vista desde el aire de la zona montañosa de Tiana y

sus complejos—. Esta es la casa de Marina —señala—. Y la única que tiene cerca es esta otra de aquí. —Apunta otra casa de diseño en forma cúbica—. ¿Sabes a quién pertenece?

Digo que no con la cabeza.

—Al propietario de las galerías de Arte Masdeu. Al señor Masdeu. —Sus ojos son tan intensos y vehementes que no puedo no creer lo que me dice.

—No me jodas… —susurro cubriéndome la boca con las manos—. ¿Cómo has recopilado…?

—Eso no importa. Como te digo, puedo conseguir cualquier cosa. Pero no es trascendente para lo que nos concierne. Y eso me lleva a la identidad del cadáver. El viernes, ese amigo tuyo corredor le hizo una foto en el río, mucho antes de que llegara Hugo al lugar de los hechos. Es obvio que el cadáver fue manipulado para hacer creer que era solo una yonqui sin nadie que se preocupara por ella. Una muerte por sobredosis fácil de archivar. Pero tú y yo sabemos que no fue así. El señor Masdeu forma parte de este grupo de élite, de esta sociedad de vires, que te mencioné el otro día. Es, en realidad, una Corte especial.

—La misma Corte a la que tú perteneces —le increpo con algo de inquina.

—Sí, es cierto. Las mujeres que eligen estar con los vires, esas que ellos se adjudican para que les sirvan en todo, para que los complazcan…

—Esto me empieza a dar mucho asco… —espeto interrumpiéndolo.

—No. Escúchame. Hay una lista donde están registrados los vires y sus mujeres. Es difícil acceder a ella, pero no para mí. Conozco a muchas de esas parejas.

—¿Por qué las conoces? ¿Por qué tienes tú esa información? —lo miro de frente. No le voy a ocultar que tampoco confío en él—. ¿Qué eres? ¿Del CNI? ¿Infiltrado? ¿O solo un millonario altruista y filantrópico que adora desentramar misterios y los juegos sexuales?

—No soy ni una cosa ni la otra. Pero sí soy un vir —sentencia. Es como si me lo quisiera dejar muy claro.

—¿Y qué es eso?

—Significa varón. Un hombre con poder sobre el placer, el cuerpo y el deseo de la mujer. Así se nos define en la Corte.

—¿Y por qué lo eres? ¿Por placer? ¿Qué les hacéis a las chicas? ¿Las matáis? —gruño desquiciada. Me viene a la cabeza lo que me pasó y pienso en atrocidades que me debilitan y me humillan. Nunca sabré qué me hicieron. Se me llenan los ojos de lágrimas—. ¿Entiendes que no me puedo fiar de ti porque resulta que tú estás relacionado con los vires y toda esa parafernalia sectaria? ¿Eres como ellos? ¿Por qué

estás metido en esa Corte? ¿Por vanidad? ¿Ninfomanía?

—Por placer, por responsabilidad o por lo que me dé la gana. Podría contestarte cualquier cosa y ni siquiera me acercaría a la verdad, y es mucho mejor que no la sepas.

—¿Por qué?

—Porque no me vas a poner en compromisos, Ares. Ya veo que puedes ser incendiaria y no quiero preocuparme de más. Pero tiene que quedarte claro que para ti soy un vir. Y te estoy ayudando con algo que jamás debería haberse filtrado. A mí no me gustan los abusos de ningún tipo y sea lo que sea lo que le pasó a esa chica no ha estado bien. La mujer que acompañaba al señor Masdeu en las noches de la Corte, se llamaba Fanke Lius. No era española. —Detrás de las hojas hay un pasaporte rumano con la identidad de la joven y una fotografía suya—. Y no puedo decirte nada más hasta que no acabe de atarlo todo bien.

Miro la foto y me seco las lágrimas de los ojos. Estoy desquiciada, hecha un manojo de nervios, pero verla a ella, ver que existe y que no me lo inventé, me hace sentir mejor en medio del mar de mierda y sospechas que se está tejiendo a mi alrededor.

—¿Qué le hicieron? ¿Lo sabes?

—Está claro que fue víctima de un ritual. Fue una ofrenda.

Mi abuela tenía razón. La hiedra forma parte de los rituales.

—¿Por qué lo sabes? ¿Por qué fue un ritual?

Levanto la mirada y mis ojos oscilan por todo su rostro. Tomo la copa de vino y hago lo que jamás he hecho antes. Me la bebo de golpe, por sentir algo que no sea el entumecimiento supino de quien ha sido abrazada por el terror.

—¿Ares? No hagas eso.

—¿Qué más sabes?

—Por ahora, nada más.

—¿Qué más sabes, Adonis? —Estiro la mano y lo sujeto por la muñeca. Soy atrevida, nadie querría tocar a un lobo peligroso, menos yo, que soy una incauta y corro con demonios—. Llevas ocultándome cosas desde el principio y has aparecido en mi vida de una forma cuando menos inesperada. Sé que me estás ayudando, pero… me ocultas información. Tú no estás aquí solo por placer ni por dinero. Ya te lo dije. Estás aquí y formas parte de esto por algo más. Dime todo lo que sabes.

Adonis estudia mi mano, que lleva su anillo, sobre su muñeca. Es tan ancha y gruesa que no puedo abarcarla con los dedos.

—No puedo. Debes mantenerte al margen —contesta zanjando la conversación—. Tú, sobre todo. Porque es posible que el caso de

Fanke no sea el único. Podría haber alguno más.

—Maldita sea… Sabes mucho. —Tomo la botella de vino antes de que él me la quite y me lleno la copa de nuevo—. Es muy sospechoso por tu parte. ¿Y si me diera por creer que has tenido que ver con su muerte?

—Saber de rituales no implica ser un asesino. Saber de demonios no significa vivir en el Infierno. Solo sé que Fanke ha sido la primera. Pero no la última.

Le suelto la muñeca suavemente, en shock por esa información.

—¿Qué?

—Habrá más. Porque las ofrendas deben ser varias. Nunca es solo una, y menos en estas fechas.

—¿Por qué? —¡Fiu! Segundo hidalgo que hago con la copa de vino. No me gusta, no siento placer al beberlo…, pero si lo hace la gente es por algo—. ¿Qué pasa con estas fechas? ¿Y cómo se puede demostrar que ha sido el señor Masdeu?

—Por ahora no se puede. Hay que esperar. Y tú deberías guardar las distancias con Hugo.

—Hugo dice lo mismo de ti, Adonis. Tal vez él no tenga nada que ver con lo que dices y solo se limita a hacer su trabajo. Si vio a la mujer desquiciada y loca, probablemente lo tendría en cuenta para no tomarse la declaración en serio. Y si llegó más tarde para ver el cadáver de Fanke, se la encontraría ya con todos los elementos distractores.

—¿Quieres creer eso? ¿Te sientes mejor así?

—No me siento bien con nada. Él me dijo que eras el mismísimo demonio, un depravado, y me pidió que te preguntase sobre el Abismo para que yo supiera el tipo de calaña que eras.

Eso no le gusta nada. Se inclina hacia delante y musita amenazadoramente:

—¿Le has dicho lo que hacemos tú y yo?

—No. ¿Por quién me has tomado?

—Si se lo dices, vas a ponerme en una tesitura muy delicada. Nadie puede saber que estoy investigando esto. Nadie puede enterarse de lo que sé.

—No diré nada. Excepto si, en algún momento, esa información me pone en peligro.

—Ares, no eres consciente, pero tú ya estás en peligro. Tienes al lobo más cerca de lo que crees.

XVIII

—Me estás asustando adrede.

—No te asusto. Es la realidad. Desde que te borraron el vídeo de Instagram hasta el momento en el que formaste parte de la puja de arte… La Corte no olvida las caras bonitas y sexis, y resulta que tú la tienes. No todos los hombres que forman parte de la Corte son depravados y malignos, pero hay algunos que sí lo son, y mucho. Nunca debiste participar en esto —murmura contrariado—. Nunca debiste interesarte por esa chica. Te lo has tomado como algo personal y quiero saber por qué. Si tú no me dices la verdad, tendré que descubrirla.

—¿Por qué no me dices la verdad tú a mí? ¿Por qué pides que confíe en ti, pero no me cuentas todo lo que sabes? Está claro que eres millonario, que tienes poder y que te mueves en los círculos de esas personas. Pero quieres hacerme creer que estás al margen y que no formas parte de nada de eso. Y, sin embargo, me das toda esta información, con la que se podría abrir una investigación sin problemas y con la que podría hacer lo que quisiera.

—Pero no lo harás —sentencia—. Porque eso supondría admitir que no me crees y que me tienes miedo y si te equivocases, estarías vendida, no solo de cara a los que no les interesa que nada de esto se sepa, sino de cara a mí. No quieres arriesgarte. Porque, si me traicionas, no tendrás bosque suficiente para correr. Seré yo el peligro.

—No me hables así. Me estás coartando.

—Te lo he dicho. Te ayudo mientras no pongas en riesgo mi papel.

—Dame algo más. Háblame del ritual que dices que le hicieron a Fanke.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber qué le hicieron.

Adonis entorna la mirada. Intenta comprender como sea de dónde viene mi curiosidad.

—Es un ritual sexual que acaba con la muerte. Murió, en realidad, la noche del jueves al viernes.

—Es decir, ¿seguía viva cuando la vecina denunció el

avistamiento?

Adonis asiente.

—Mis contactos forenses me han dicho que tenía estramonio en el interior de la vagina y en el ano. Marcas en las muñecas de haber sido atada con un tipo de planta trepadora, probablemente hiedra. Había consumido vino y también sangre. Fanke tenía al menos dos muestras distintas de semen tanto en el útero como en el recto anal. Murió ahogada, por asfixia posiblemente, mientras abusaban de ella.

—No puedo con esto —digo agachando la cabeza, sintiéndome confundida—. ¿Estramonio en el ano y en la vagina? ¿La violaron dos hombres?

—Sí. Al menos, dos.

—¿Por qué estramonio?

—Es una planta asociada al Demonio —me explica con voz monótona—. En la antigüedad, se decía que las brujas untaban un ungüento con estramonio en el palo de su escoba y luego se lo introducían en la vagina. Y era así como decían que volaban sobre el palo de la escoba, porque las alejaba de la realidad. Actualmente, se dice que esa planta crece allí donde el Demonio ha tenido hombres para trabajar en su nombre, sin ningún testimonio.

—¿Por qué le harían algo así a esa chica?

—Para dársela como ofrenda a un demonio. Todo, en ese ritual, tiene que ver con él. Hay algunos que van de dioses y otorgan deseos. Si los veneras y haces lo que piden, te dan muchas cosas a cambio. Salud, dinero, poder. —Alza el meñique, el anular y el corazón—. Lo que quieras. Hay gente que cree en eso.

—Hiedra —murmuro sin parpadear.

—¿Cómo?

Me viene un flash de las dos hojas de hiedra que encontré entre mis dedos, al abrir los ojos después de la agresión. Sentía el cuerpo extraño y tenía marcas en las muñecas. Y no solo eso…

—Por favor —pido con el rostro inclinado hacia abajo, cubierto por los mechones de mi melena oscura—. ¿Puedes llenarme la copa otra vez?

—Es mejor que no bebas más.

—Llénamela, anda. Hace mucho que no tengo padre.

Adonis asiente y hace lo que le pido.

—Hugo no es ajeno a la Corte, Ares. Eso ya te lo puedo verificar. Me ha estado investigando, claro. Y a ti te ha estado siguiendo. Sabe que tenemos una relación. Está nervioso y celoso. Ese policía no es protector, es controlador. Nunca lo olvides. Y sabe casi tanto como yo. Y ya no te puedo contar más. No te fíes de él.

—¿Y tú de qué lado estás? ¿En el suyo o en cuál, Adonis? —le recrimino.

—Estoy solo en el mío —responde—. Y, de momento, soy la única persona que te puede ayudar. Hasta ahora. —Su rostro se torna serio y decidido—. Por lo que a mí respecta, ya no tienes nada que hacer en este caso. Te he dicho lo que hay, lo que ha pasado, pero tienes que dejarlo aquí.

—¿Y si no quiero?

—Tendrás que hacerlo. ¿No te das cuenta de que esto va más allá de ti o de lo que tú quieras? ¿Que es muy serio? Han asesinado a una mujer en un ritual de ofrenda, ahí hay más de una mano metida. Dos chicas que, extrañamente, no se acuerdan de que han trabajado con la víctima y, además, su panadería ha cerrado de manera inesperada. Hay una mujer que hizo una denuncia y se ha suicidado de la noche a la mañana. El vir que tenía a Fanke de pareja está en el ajo y ahora está buscando a una nueva mujer. Eso seguro. Porque va a querer otra.

—¿Por qué?

—Porque se acerca algo muy grande para la Corte. Algo que se celebra cada cuatro años. El señor Masdeu se fijó en ti en la puja gracias a tu amiguito Hugo, que te llevó para presumir, porque es un quiero y no puedo. El galerista es un hombre poderoso y tiene contacto directo con Hugo porque le hizo un favor. ¿Qué tipo de favor crees que le hizo? ¿Por qué Hugo? ¿Cuántos más le habrá hecho? Cuanto más te metas, más te expondrás. Tienes que estar ciega para no ver lo que está pasando.

—No estoy ciega. Lo veo, pero quiero tirar de la manta todo lo que pueda.

—Aún no.

—No me quedo tranquila sabiendo que Fanke ha sido la primera y que podría haber más. Si eso es así, hay chicas que podrían estar en peligro ahora mismo. Hay que detenerlos.

—No, tú tienes que detenerte aquí. Ahora —me ordena—. Hasta este momento, quienes sean, no se imaginan todo lo que sabes, todo lo que sabemos. Pero si lo descubren… No será bueno para ti y no podré cuidarte. Tienes que desentenderte.

—Vete a la mierda, Adonis. No quiero que me cuides. ¡Quiero que lo denuncies! Tienes medios, dinero y poder para que te tomen en cuenta. ¿Cómo puedes quedarte tan tranquilo sabiendo que puede haber más chicas como Fanke por no sé qué evento que sucede cada cuatro años y no hacer nada para evitarlo?

—Porque no puedo hacer nada. No me hables como si estuvieras enfadada conmigo. El malo no soy yo —dice muy calmado. Odio el

autocontrol que tiene cuando yo estoy tan frustrada que volaría este restaurante por los aires—. Si fuera el malo y estuviera involucrado en esto tan turbio, podría haberte quitado de en medio de mil maneras diferentes, y lo único que estoy haciendo es guardarte las espaldas.

—¿Por qué? ¿Por qué te preocupas por mí así?

No me va a contestar. Fija sus ojos en el cascabel que llevo al cuello y después en el escote de mi vestido.

—Porque me recuerdas a alguien —dijo sin más.

—¿A quién?

—Eso no importa. He decidido que voy a cerrar nuestro convenio aquí.

—No hablas en serio.

—Sí. Ya no voy a trabajar para ti. Tienes que dejar de meterte en todo esto, al menos hasta que me digas por qué tienes tanto interés. Te dije que no te cobraría y no lo haré. Es por tu bien. Se acabó. Todo acaba aquí, esta noche. No podemos seguir.

—¿Se acabó? —Me cruzo de brazos, ofendida por que sea tan tajante—. ¿Así? ¿Sin más? ¿Porque tú lo dices?

—Sí, porque es lo mejor. Mantén otro perfil, uno más bajo, Ares. Si continúas removiendo más mierda, lo vas a echar todo a perder.

—¿Qué voy a echar a perder?

—Nada. Te he dicho que no voy a seguir más con esto.

Me sienta muy mal. ¿Cómo puede saber qué es bueno y qué no? ¿Por qué se cree con el derecho de prohibirme seguir adelante con todo esto?

—¿Te puedo invitar a cenar, al menos? —Toma la servilleta de tela, la abre y se la pone sobre las piernas—. Aquí hacen los mejores fetuccini a la trufa que vas a comer en tu vida.

—No quiero cenar —espeto con rabia. No me cabría nada en el estómago. Estoy furiosa. No puede dejarme a medias. No puede apartarme así de golpe cuando ya ha descubierto tantas cosas. ¿Por qué?

—¿Seguro? —Alza una ceja negra, que se arquea de manera perfecta y demoniaca.

—¿Quieres dejarlo aquí, Adonis?

—Sí. Ya te lo he dicho. No nos vamos a ver más. Al menos, hasta que pase un tiempo prudencial y todo esto se enfríe. Estás bien, tienes una vida buena, tranquila, has perdido a tu abuela hace un día y tienes que centrarte en ti y en tu familia. En esa hija tan pequeña que tienes.

—Ni se te ocurra nombrarla —le advierto escupiendo las palabras como puñales—. A Venus la dejas al margen. Y a mi familia también.

Esto va solo de mí.

—No. Eso es lo que tú te crees. Pero cuando uno está metido en problemas, al final, salpica a todos los que le quieren. Estoy tomando la decisión más responsable para ti. Alguien tiene que hacerlo.

Asumo su respuesta con una deportividad fingida que estoy muy lejos de sentir.

—Está bien. Ya que no vas a cumplir con el contrato, me gustaría que, al menos, me llevases a un sitio. Y, si me dices que no, Adonis, te juro que denuncio esto donde sea. Hablo de la gente del Abismo, de los vires, de la sociedad secreta de varones y enfermos que jugáis a adiestrar chicas para no sé qué, y de los rituales de mierda que os rodean y que provocan asesinatos.

—Esos rituales no nos rodean. Los conozco por lo que soy. Pero no forma parte de quiénes somos ni de lo que hacemos. Lo que haya hecho el señor Masdeu no va conmigo. Además, no tienes nada y no lo puedes demostrar. Eso te pondría en peligro a ti y a tu familia. Nunca harías eso.

—No me pongas a prueba —advierto.

Adonis se cruza de brazos y apoya su ancha espalda en el respaldo de la silla de modelo italiano. Los dos estamos ahora en la misma posición. Está muy enfadado conmigo, pero también consigo mismo. Me da igual. Al menos, el enfado es una emoción y lo hace parecer más humano.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta con interés.

Me bebo lo poco que me queda de la tercera copa de vino y contesto:

—Llévame al Abismo. Quiero saber por qué Hugo habla así de ti y de ese lugar, y decidir yo misma el tipo de demonio que eres.

No voy borracha. Pero sí muy achispada y relajada a pesar del cóctel informativo que golpea mi cabeza. De estar sobria, todo me parecería más terrorífico. Pero prefiero sentirme así para no evidenciar en mi carne el pavor de convencerme por fin de que mi pasado sí tiene que ver con este presente. De que mi incidente sí tiene que ver con el hallazgo del cadáver de esa chica.

Hay cosas íntimas que nunca comprobaron en mi cuerpo, porque si vas al hospital diciendo que me he dado un golpe en la cabeza y he perdido el conocimiento, no suelen mirarte la vagina ni el útero.

Pero sí noté esas diferencias en casa. No me hicieron ningún tipo de exploración en el hospital más allá de las radiografías en la cabeza. Pero al ducharme, percibí una sustancia verde que me encontré en el

flujo, como si alguien me hubiese triturado una planta en el interior. También advertí el dolor en las muñecas y en partes íntimas de mi cuerpo, propias de un mal uso o un sobreesfuerzo. Son evidencias y reminiscencias de una experiencia que pudo ser muy traumática de haber estado consciente. Pero tengo el total convencimiento de que, hace cuatro años, a mí me intentaron hacer lo mismo que a Fanke. Debía morir, como dijo mi abuela. Lo decían las cartas. Lo decía su intuición. Pero fuera quien fuese quien lo intentó, lo hizo mal y me dejaron viva, con una contusión importante en el cráneo, una amnesia absoluta sobre lo sucedido y migrañas que duraron meses.

Hasta que descubrí que estaba embarazada.

Me lo hicieron. Me hicieron lo mismo. Pensar en eso hace que mis manos se pongan a temblar, que el pulso se vuelva inestable. Me lleno de rabia, de rencor, de frustración…

Adonis me lleva en su coche, en el Rubicon. Estoy sentada donde hace unos días vi a Tania llorando. Cuando pienso en ella, observo el perfil perfecto y viril de Adonis y vuelvo a sentirme inestable.

No sé por qué le creo cuando sé que me ha mentido en otras cosas.

—Me dijiste que no ibas a ver a Tania… —El vino ha provocado que sienta un calor gustoso en la parte inferior del cuerpo y debilidad en las piernas.

—¿Qué?

Adonis conduce serio y siempre perfecto. Es como si estuviese hecho de hielo o de piedra. A veces, tengo la sensación de que ni siente ni padece.

—El otro día, cuando salí de tu castillo tenebroso —bromeo—, vi a Tania en su coche. Iba a tu casa. Me mentiste. Si me mientes en esas cosas, ¿por qué no me ibas a mentir en otras?

Adonis tuerce la cabeza para dedicarme una mirada velada y peligrosa.

—Tania se presentó por sorpresa. No contaba con ello.

—Ya… —Miro a través de la ventanilla, ubicando el camino entre la montaña que me va a llevar a un lugar apto solo para círculos secretos llamado Abismo—. ¿Hicisteis las paces?

Adonis mira por el retrovisor un instante y después contesta:

—¿Por qué no me preguntas lo que quieres saber realmente, señorita Parisi? No sueles ir tan de puntillas. ¿Quieres preguntarme si me acosté con ella? ¿Es eso?

Su respuesta es más directa de lo que me esperaba. Sé que, a raíz de nuestro interludio en el restaurante, algo ha cambiado entre nosotros. Podría decirse que, al despedirse a sí mismo para, supuestamente, ayudarme y mantenerme alejada de todo este

embrollo de novela negra, ya no hay formalismos ni vínculo profesional. Entonces ¿qué hay?

—En realidad, no quiero saberlo. Me da igual. —En verdad, miento. Porque descubro que me importa más de lo que me gustaría. Eso me tiene descolocada.

—Dejé a Tania la noche de la puja. Vino sin avisar el día que viniste a mi casa. Intentó convencerme para que volviera con ella, pero no lo logró.

Ah. Vaya, así que ha dejado a la pelirroja guapa. No me voy a preguntar por qué me sienta bien. Pero es así.

—¿Por qué la dejaste?

—Como vir, no puedo permitirme numeritos ni llamar la atención más de la cuenta. Además, su actitud iba a hacer que tú te expusieses más, porque no le habría importado señalarte públicamente y eso no me interesa, ni a ti tampoco —me explica con una mano relajada sobre el volante. Se le flexionan los músculos de los antebrazos y se le ven a través de la tela. Tiene volumen, pero también una definición estética exquisita. De repente, lo veo como uno de mis personajes y pienso que disfrutaría mucho dibujándolo.

—Ya, ¿así que la dejaste para protegerme? —me burlo un poco.

—No. La dejé porque no era una buena compañera para mí. Poseo el Abismo, un lugar frecuentado por los miembros de la Corte. La compañera del vir tiene que ser virtuosa, una mujer ejemplar, digna de adoración. Y la actitud de Tania me enerva porque ha mezclado las emociones en todo lo nuestro. Se ha convertido en una mujer celosa, insegura, posesiva, malcriada… Obsesiva y adicta.

—¿Adicta? ¿Adicta… a qué? —me burlo un poco—. ¿A ti?

—Adicta a lo que le hacía sentir —explica sin poder decirme mucho más—. Lo mejor que podía hacer, por su bien, era liberarla y romper nuestra relación.

Vuelvo el rostro hacia él.

—Estaba enamorada de ti y eso te molestaba.

—Sí.

—¿Y tú no sentías nada por ella?

—No. Solo responsabilidad.

—¿Por qué? ¿Es que no puede existir el amor entre una pareja de virtuosos? —hago un juego de palabras muy malo. Es el vino.

—Sí puede. Pero conmigo no. No es la compañera de quien me enamoraría. Soy un vir estricto, metódico, inflexible…

—Solo es sexo para ti —entiendo impactada—. Nada de amor. Solo sexo.

—En la relación de un vir y su compañera, no tiene por qué haber

amor. Es sexo como nunca lo has experimentado, pero lo utilizamos con otro objetivo. Es difícil de explicar, Ares. Y eso es lo que se practica en el Abismo.

—¿El señor Masdeu mató a Fanke practicando ese sexo?

—No mezcles las cosas. El señor Masdeu trajo a Fanke algunas veces al Abismo para hacer lo que hacen todos: copular, adiestrar y experimentar. Por eso supe quién era. Nunca la vi antes, sin embargo, tengo una lista de admisiones y cámaras que graban a las parejas y a los grupos que hacen uso del templo.

—¿Tienes un vídeo del señor Masdeu y de Fanke entrando en el Abismo? ¿Follando?

—Sí. Pero lo tengo bajo sumario.

—¿Grabas los encuentros íntimos? ¿Eres un mirón?

—Los grabo por seguridad. No pienso permitir que suceda nada malo en mi local.

—Es que no lo entiendo… —susurro—. ¡Pero si lo tienes todo a mano! ¿Por qué no denuncias tú al señor Masdeu y que lo investiguen para que todo se destape?

—Porque eso no va a pasar —asegura—. No sé cómo tienes tanta fe en la policía si sabes que Hugo ha podido ayudar a cubrir los flecos sueltos… —Me mira con condescendencia—. No sabes hasta dónde puede llegar esta gente para silenciar sus asuntos. Hay vires muy duros, algunos agresivos que llevan al límite a sus compañeras, pero todo está firmado bajo consenso previo. En mi templo, nunca permitiría que ningún hombre o mujer sufriese algún dolor. Pero que el señor Masdeu sea, probablemente, un psicópata fuera del Abismo no nos hace a todos abusones y asesinos. No tiene nada que ver.

Entreabro los labios. Entiendo lo que me dice. Pero las sociedades secretas y elitistas me despiertan mucha desconfianza. Para mí, en todas se hacen cosas malas. Si no, no serían secretas.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Hazla.

—¿Nunca te has enamorado de una virtuosa?

Él mira al frente, concentrado en el trayecto.

—El amor está sobrevalorado. He aprendido a vivir sin necesidades. —Las luces de las farolas que alumbran la carretera juegan a acariciar el rostro de Adonis.

No me puedo creer lo que me está contando. Que él diga que ha aprendido a vivir sin necesidades cuando tiene todo lo que quiere…

—¿Y qué hacéis exactamente los varones con vuestras chicas? Necesito que me quede claro. ¿Qué son ellas para vosotros? ¿Putas con las que encontrar un placer físico?

—No hables así. La compañera del vir es lo más sagrado para él. En el Abismo no hay putas. Puede que en otro lugar sí, pero allí no.

—Claro, por eso Fanke ha muerto. Por ser sagrada.

—Guárdate la ironía para otro momento, señorita Parisi. A mí no me sienta bien. Ya te he dicho que no todos los vires son violentos o tienen tendencias psicopáticas. Es como todo. Hay vires buenos a quienes les gusta la ética, la cultura y filosofía que practican, y hay otros malos. Exactamente como en todo. Punto final.

La respuesta me ha dejado como un baño de agua templada.

—¿Y qué voy a ver ahí adentro? —digo cruzándome de brazos para sentir un poco de calor—. ¿Sodoma y Gomorra? ¿Voy a ver un juego de rol entre hombres y mujeres? ¿Sado? ¿Gang bang? ¿Intercambios de parejas?

Adonis me dirige una mirada provocativa de soslayo.

—Dependerá de cómo de abierta tengas la mente. ¿Eres atrevida en el sexo, señorita Parisi? ¿Entiendes el sexo más allá de la penetración?

Parpadeo un par de veces, porque tengo la sensación de que me ha hipnotizado sin querer. Nunca fui vergonzosa o cortada. Siempre tomé de los hombres lo que quería y nunca me dio miedo probar nada nuevo. Hasta el incidente. Desde entonces, no me he vuelto a acostar con nadie. De eso ya hace cuatro años. Son muchos para una mujer joven como yo. No obstante, nadie me despertó el interés suficiente como para querer ir más allá. Antes sí disfrutaba del sexo, sí me calentaba y sentía deseo… Ahora me cuesta. Pensé que podía conseguirlo con Hugo. Pero nada más lejos de la realidad.

—Puedo entender muchas cosas. Pero debo verlas y que me las expliquen.

La comisura del labio derecho de Adonis se eleva, y me imagino un colmillo asomar entre sus labios, como un depredador o un vampiro, que no lo es.

—Las verás. Yo te lo explicaré. Pero no juzgues a la ligera. Nadie sufre, nadie siente dolor. Todo es consentido. Todo forma parte de la pareja.

—¿Y por qué un hombre como tú tiene un lugar como el Abismo? ¿Cómo fuiste a parar ahí?

—El Abismo es solo un negocio más. Un medio. No tengo ganas de contarte una historia que no es —reconoce.

—Un medio para qué.

—Para conseguir mi propósito. Para mi fin.

Su propósito…, ni siquiera intuyo cuál es. No sé si es bueno o malo y eso me pone en el lugar de una equilibrista.

Sin embargo, la emoción que palpita en cada una de mis células, la

anticipación, es nueva para mí. Parece que va a ser una noche de emociones fuertes.

—¿Cuál es tu fin?

—Si lo digo, no se va a cumplir. Es mucho mejor que no lo sepas.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero distracciones. No quiero que nadie me desvíe del objetivo. Y me temo, señorita Parisi —desacelera y entra en un recinto, muy en el interior de la montaña, iluminado por luces leds ancladas al suelo—, que puedes ser la mayor distracción de todas.

—Vaya, señor Russo —lo señalo y achico los ojos en una línea delgada escudriñadora—, ¿me lo parece o te preocupas auténticamente por mí? —Tengo el tono burlón de las piripis. Qué mal.

—Me preocupa porque me siento responsable. Jamás debí involucrarme en tu caso. Y me preocupa lo que pueda pasar si te asomas más al abismo.

—¿A este? —Señalo el poderoso edificio que tengo enfrente, muy parecido a un templo romano, de forma rectangular.

—No. A otro muy diferente. De este Abismo se sale. —Apaga el motor y pone el freno de mano—. Del de verdad, no.

Me bajo del coche antes de que Adonis me abra la puerta y por poco me abro la cabeza. No recordaba que el coche fuera tan alto.

Menos mal que él me sujeta del codo para que no me vaya al suelo.

—Ostras, qué torpe… —digo en voz alta.

Sin embargo, no tengo tiempo para lamentarme. ¿Para qué? Cuando tengo ante mí un ejemplo del hedonismo y la megalomanía a lo grande.

El Abismo es un templo romano y desconozco a qué dioses oran, pero lo que sí sé es que todo el mármol blanco que lo viste tiene mosaicos de hojas de vid, griales de vino y panteras.

—¿Cómo puede existir un lugar así en Badalona?

—Del mismo modo que hay una ciudad enterrada bajo tierra, hay muchos otros lugares ocultos sobre ella.

Es un edificio magnánimo y sobrecoge verlo con esa iluminación tan delicada que hace resaltar los relieves de las columnas del pórtico delantero y amaga las sombras de las caras demoniacas que copan la parte superior de cada una de las columnas. Caras de hombres con barba, orejas puntiagudas y algunos, incluso, tienen cuernos.

—¿Son demonios? —los señalo.

—Sí.

Subimos los peldaños de las escaleras hasta llegar a la entrada.

—Pensaba que en los templos se oraba a las divinidades.

—Hay demonios que se hacen pasar por dioses, ¿no lo sabías? —me pregunta casi al oído.

Me estremezco al estar ahí.

El frontón en forma de triángulo del edificio es liso, pero tiene inscripciones que no atino a leer. También observo las pilastras que se reparten entre los espacios. Es un templo de corte romano perfecto. Lu se volvería loca si lo viera.

El Abismo es silencioso por fuera, solo se oye a los grillos. Y estoy a punto de descubrir qué se cuece dentro.

Adonis tiene una especie de llave magnética. La pasa por el lector y las puertas se abren de par en par, como si entrásemos en un lugar secreto.

Y en cierto modo lo es. Porque muy pocos pueden acceder a él.

El interior me deja sin palabras.

Hay antorchas de verdad encendidas y ancladas a la pared. El fuego titila y baila sobre las figuras de las panteras acomodadas sobre sus altares, todas ellas en diferentes posturas. Sentadas, recostadas, boca arriba, en actitud perezosa, altivas…

Pasamos lentamente entre ellas y observo las puertas cerradas a mano derecha e izquierda. Cuento unas diez salas. Oigo gemidos, rugidos, bramidos, sollozos y gritos de hombres y de mujeres que salen de su interior. En el centro del pasillo hay una sala circular con sofás blancos y cojines dorados y, en medio, un jacuzzi redondo en el que puede caber muchísima gente.

—¿Aquí hacéis BDSM? ¿Es eso?

—No —dice muy seguro y sabedor de lo que significan esas siglas —. Hay más variantes en el sexo, además del BDSM —murmura desilusionado—. Te lo mostraré.

—¿Qué? —Me detengo en seco.

—Te mostraré lo que se hace en el interior de las salas —me explica—. Para eso, tenemos que entrar en una.

—Una sala vacía, supongo.

—No. Una ocupada.

—¿Estás de coña? ¿Vamos a ver cómo folla una pareja?

—Por ahora sí. Es lo que quieres, ¿no? Me has dicho que necesitas verlo y que te lo expliquen para comprenderlo. Quieres ver lo que se hace en el Abismo, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues vamos. —Adonis me toma de la mano y no sé ni cómo reaccionar. Lo único que pienso es que la tiene caliente y que es

enorme—. Yo también tengo ganas de que veas que aquí no se hace daño a nadie, a no ser que lo pidan expresamente.

—No me lo puedo creer… —digo. Siento mucha vergüenza y estupor.

—No creo que seas tan mojigata —musita, divirtiéndose por primera vez lanzándome una puya.

—Ah, que ahora no ser voyerista es lo mismo que ser mojigata.

—No me refiero a eso. Eres atrevida, irreverente, no aguantas las órdenes ni las privaciones, eres inconsciente, intrépida, audaz y arrogante. No me creo que algo de esto te vaya a desequilibrar.

—¿Todo eso soy? ¿Te ha faltado algo más?

—Sí. A veces, eres impertinente y tienes incontinencia verbal. Y eso es un problema para alguien que, como yo, no suele hablar mucho.

Adonis y yo nos detenemos frente a la última puerta al final del muro del interior del Abismo. Mentiría si dijera que no estoy excitada, que no me puede la curiosidad y que los nervios y el vino no son una malísima combinación.

Adonis tiene la llave maestra para cada una de esas salas privadas. Y cuando la abre y ambos entramos, lo primero que advierto es que también hay fuego en las paredes. Desde luego, la inmersión la hacen excelente.

Hay un altar de piedra en el centro de la sala y, en la pared, hay una escultura grabada de unos dos metros de alto o puede que más. Es medio hombre y medio animal. Tiene la cabeza de una pantera, el cuerpo es musculoso y lo que me deja en shock es el miembro dorado, que sobresale de la pared, grueso y ancho; es lo único de la escultura que tiene otra rugosidad y otro color. Hay un olor extraño alrededor, como a cardamomo. Mi mente registra muchísimos detalles que para otros no tendrían importancia, dado que lo más importante de ese lugar está pasando ante mis ojos, en movimiento, gimen y gritan, y el sonido de la carne contra la carne y la humedad de la excitación retumba en las paredes como unas castañuelas.

Entreabro los labios y mis ojos se quedan imantados en ellos. Ambos tienen los ojos tapados por una cinta de cuero.

Se trata de un hombre y de una mujer. Son jóvenes. Están desnudos. Y estoy convencida de que saben que alguien los está mirando, pero les da igual.

Ella está de cara a la escultura, a cuatro patas sobre el altar. Pienso que debe estar incómoda y que le deben de doler las rodillas, pero su compañero también está de rodillas, detrás de ella, empalándola con su miembro de un modo que me deja atónita. Me acabo de dar cuenta de algo. Debajo del altar hay un hueco donde parece que hay algo

listo para prenderse. Como si allí se pudiera hacer fuego.

Pero entonces, todo se desdibuja ante mí al ser demasiado consciente de Adonis. Me ha movido no sé cómo y nos ha retirado a ambos a la esquina de esa sala.

Se ha apoyado en la pared y yo, sin comerlo ni beberlo, estoy delante de él, de espaldas, apoyada en su pecho ancho, tan duro como el hierro, pero más caliente.

Intento apartarme, porque me parece demasiado intenso e íntimo, pero él me toma de las caderas y vuelve a acercarme a su torso.

—No digas nada. No los interrumpas —me susurra al oído—. Están ejercitándose.

Pestañeo un par de veces, absorta por la escena sexual y descarnada que veo ante mí. La chica está húmeda entre las piernas. Él impulsa las caderas hacia delante y los músculos de sus glúteos se contraen salvajemente. Gimen y gritan, como si sufrieran.

¿Dónde demonios estoy?

—¿Qué es esto? —susurro temblorosamente.

—El Abismo. Mi templo —dice suavemente en mi oído. Juraría que me ha rozado el lóbulo con los labios. Dios, cómo huele su colonia. Me narcotiza.

—Están follando —señalo. Como si él fuera un potro y ella, una yegua.

—No es solo follar —me explica él y me ejerce presión en las caderas con los dedos—. En este templo se dan las condiciones perfectas para practicar mucho más que sexo.

Oh, Dios mío…

—¿Mucho más? Yo veo solo sexo ahí, perdona.

—Para nosotros es algo más.

—¿Qué pasa, que el sexo mundano no os va? —digo mirándole de reojo.

Me ha llamado intrépida, impertinente y desafiante. Y sí lo soy. Con él me doy cuenta de que esos rasgos afloran con más naturalidad. También soy así con mis ilustraciones. Tal vez esos rasgos despiertan con las cosas que más me atraen.

Y Adonis… Bueno, Adonis.

Me encuentro desquiciada a su lado.

Con miedo, pero con una curiosidad que va más allá del instinto y del saberse frente a algo igual de hermoso como peligroso.

—No me entiendas mal —me dice él—. Me gusta el sexo de cualquier manera. En público, sucio, rudo, permisivo, dominante —sus dedos acarician la carne por encima de mis caderas, a través del vestido— sumiso, dulce, tierno… Pero aquí, en el templo, todos

entendemos que el sexo es una iniciación. No se viene solo a follar. Para eso, tienes otros lugares de *swingers*, o de BDSM, puticlubes, tu casa o la habitación demasiado usada y mugrienta de un hotel de carretera… Lo que quieras. En el Abismo el sexo no es el fin, es el medio, porque todo está preparado para que se convierta en algo más.

—Eso se parece mucho a lo que me has dicho sobre por qué estabas en la Corte. Era tu medio para un fin —digo inclinando la oreja a su boca, como si la buscase a propósito. Cierro los ojos al sentir su aliento entrando hasta el tímpano—. ¿Qué fin? ¿Por qué tienes en propiedad un lugar como este y te codeas con…? —Señalo con un gesto de la barbilla a la pareja que está fornicando ante nosotros—. ¿Con ellos? Será porque también compartes sus ideales, ¿no?

Él calla unos segundos y atrae mi trasero a la parte superior de sus muslos. Creo que noto algo más que sus cuádriceps. Me parece que su ingle está muy próxima al inicio de mi rabadilla. Se me ponen los nervios de punta.

—Comparto muchas cosas con la Corte, con su modo de ver el sexo y de llevar las cosas hasta el final… —contesta. No lo comprendo, pero esa ha sido su respuesta—. Yo también llevo las cosas hasta el final, Ares. Compartir el cuerpo es sagrado —continúa explicándome —. Para nosotros no solo es un polvo, no solo es un orgasmo. Nos gusta practicar el sexo con consciencia… sabiendo que liberamos energía y no una cualquiera, sino la energía de la creación, de la vida… Es mágica, por eso no se puede malgastar a la ligera. Porque si la entiendes y la dominas, puedes acceder al nirvana.

Su voz me mece, me subyuga y entre el olor a especia, a sexo y la escena tan erótica que tengo ante mí, me encuentro atraída, enredada en su tela de araña.

—Venimos aquí a ofrecernos como instrumentos, a aprender de nuestro cuerpo, de nuestro placer, de nuestra energía sexual para conseguir algo más juntos. —Sus manos empiezan a bailotear por mi vientre, a deslizarse como si fueran alas de mariposas prendidas en fuego. Me humedezco los labios y se me dispara el corazón—. La confianza con nuestra compañera, la total libertad de pedir, de obtener, de desear, de empujar cuando no se pueda más… Todo está permitido. Porque queremos mucho más, queremos sentir el poder de follar y sentirnos, tocar nuestra propia energía. Y no podemos hacerlo solos. Necesitamos a nuestra compañera, a nuestra virtuosa para alcanzar nuestra mejor versión. Y ella también nos necesita a nosotros. ¿Te has corrido alguna vez con tanta fuerza, *bambina*, que hayas perdido hasta la conciencia?

¿*Bambina*? Adonis me ha llamado *bambina*, y mi útero se ha

contraído. ¿Qué tipo de brujería es esta? ¿Es que habla italiano?

—Adonis… —susurro muy nerviosa al sentir cómo sus manos descienden hasta la parte de debajo de mi vestido negro. Me está subiendo la falda y ni siquiera soy capaz de decirle que no, porque es que no quiero.

Hace tanto que no siento esa sensación. Hace tanto que no tengo deseo, que no me burbujea el corazón ni se me agita la piel por nadie… Hace tanto que no he tenido necesidades de ser tocada o incluso colmada…

Porque la verdad es que he vivido demasiado tiempo con miedo. Con inseguridad. Pero bajo las manos de este hombre, las dudas se disipan, la cohibición se esfuma y parece que todo haya sido una broma de mal gusto, que nada de eso hubiese existido. Porque me siento como un volcán en erupción. Mi cerebro está sufriendo un chute de endorfinas y oxitocina como nunca ha recibido.

Me muerdo el labio inferior y Adonis apoya su barbilla en mi sien.

Me está mirando.

—¿Te gusta lo que ves? ¿Te gusta ver cómo la penetra y ella lo recibe?

—No me gusta mirar a nadie —digo con la voz muy débil.

—¿Te sientes mal por mirar?

Sacudo la cabeza y digo que no.

—No sé si ellos se sienten bien con que les estemos mirando…

—Hace tiempo que no sienten nada, solo se dejan llevar, se concentran en el bombeo, en la penetración, en dar y recibir… Algunos logran focalizarse y evadirse mejor que otros. Ya no están aquí. Están en un lugar ellos dos solos, más allá de estas paredes. Conectando con un espacio de poder, clarividencia…, éxtasis, ese es el objetivo. Dime, Ares, ¿te asusta? ¿Te da miedo el sexo? ¿Ves qué salvajes son?

—No es eso…

—Nos encanta el sexo —su voz suena ronca—. Me encanta el sexo, Ares.

—Creo… creo que esto está fuera de lugar… —digo abrumada.

—Hay tantas cosas que están fuera de lugar en el hecho de que tú y yo hayamos coincidido. Pero no voy a negar lo evidente. No es que me preocupe por ti, es que siento una atracción descarnada hacia ti —sus susurros me erizan la piel—, y ya ni siquiera me cuestiono por qué, dado que saberlo no va a hacer que lo que siento y lo que me perturba desaparezca.

—Adonis… —Dejo caer las pestañas al mirar hacia abajo. Su mano izquierda me ha subido la falda y los dedos de la derecha se están

colando por la parte delantera de mis braguitas oscuras.

—¿Quieres que pare? —me pregunta sujetándome con posesividad por la cadera—. Si quieres que pare, dímelo. Te sacaré de aquí, te devolveré a tu casa y haremos como si nada de esto hubiese tenido lugar aquí. Y nunca más volveremos a tener contacto. Ya no podemos volver a vernos, Ares. Esta será la última vez.

Me muerdo el labio inferior porque oírle hablar así me entristece. No sé por qué me sienta mal, por qué me molesta. Lo que me ha dicho en la cena iba en serio. Quiere que dejemos cualquier tipo de relación aquí. Quiere que acabemos aquí.

Algo en mi interior se rebela ante la idea de apartarme. No quiero.

—Pero podemos tener aquí, en este momento, algo que atesorar… Un secreto compartido entre tú y yo. Solo de los dos. Así que dime, ¿paro o, de lo contrario, quieres que nos quitemos esta tensión de encima? —Inhala profundamente—. Solo una vez. Solo por hoy, que el vino te ha relajado lo suficiente como para bajar la guardia y dejarte llevar. Tienes que contestarme, Ares. —Exhala. Sé que le duele la erección, que aprieta contra mi sacro. Y es bastante considerable y dura. Lo debí suponer, Adonis sería todo un Adonis—. Tienes que hablarme claro.

Yo continúo en silencio, porque tengo la sensación de que si hago o digo lo que quiero decir, firmaré un pacto invisible con el Diablo.

—Yo…

«Hazlo, hazlo», dice mi diosa interior. «No tienes nada más que perder».

—Hace mucho que yo no…

—Te cuesta hablar, ¿eh? —Su ternura me derrite—. Hablaré claro yo primero. —Inhala mi pelo—. Te doy mi palabra de que te follaría aquí mismo si supiera que estás lista para mí, para asumir lo que eso conlleva con alguien como yo. Pero no te lo voy a preguntar siquiera —sus labios presionan el lóbulo de mi oreja y su lengua me acaricia el antihélix. Se me ponen los pezones de punta hasta que me duelen—. No es justo para ninguno de los dos, sobre todo cuando te he dicho que ya no volveremos a tener contacto. Pero quiero tocarte, Ares… Ahora —gruñe suavemente—. Quiero tocarte ahí abajo, en tu parte más íntima. No llevas medias, joder. Tienes unas piernas increíbles —asegura como si diera las gracias—. Y estás tan suave aquí… —Su mano me cubre todo el pubis—. ¿Qué hago? ¿Puedo tocarte? —Su dedo corazón se posa sobre el inicio de mi vagina y se cuela un poco entre los labios exteriores.

Me tenso como una vara y le sujeto la muñeca con fuerza.

—Dios… —Cierro los ojos y ruego por darle la respuesta correcta.

Pero mi cuerpo me está diciendo que me quite esto de encima, que debe haber una primera vez después del incidente, y que me parta un rayo si alguna vez sentí tanto deseo hacia alguien como el que siento hacia este hombre al que apenas conozco.

—¿Qué hago, Ares? —me apremia provocándome, haciendo bailar el dedo arriba y abajo—. ¿Sigo?

Si hay un momento para mí, para volver a sentirme capaz de abrazar el sexo otra vez, por ganas, por tensión y por necesidad, es este. Y no me lo voy a negar. Sea por el vino y porque debe ser él, voy a lanzarme al abismo.

Ya lloraré mañana. Hoy no.

—No pares —le pido en voz baja, sin soltar su muñeca.

XIX

Ese «no pares» es justo lo que él quiere oír y lo que yo necesito decir.

Desde el principio, Adonis ha sido un misterio para mí. Hay algo entre nosotros, un magnetismo físico y también una atracción mental que siento a pesar de la distancia. Cada vez que cruzo la mirada con él, cada vez que me mira mientras hablo, con esa atención que me pone nerviosa.

Y tengo derecho a abrumarme, a respetarlo, a tener mis reparos, pero como mujer, también siento que debo abrazar ya esa parte de mí y que puedo sentir ese anhelo y deseo por ser tocada por alguien como él sin necesidad de sentirme culpable. Sé que es un hombre de quien no sé ni sabré si me puedo fiar completamente. Pero luego pienso que la mayoría de las personas, hombres y mujeres, se enrollan con desconocidos por las noches, en discotecas, en fiestas, porque confían en ellos sin conocerlos y porque nadie quiere vivir sabiéndose rodeado de psicópatas. Porque, si hubiese tanto miedo, al final, se perdería la magia, el instinto y el juego de la atracción espontánea.

Llevo muchos años con una inseguridad en mi interior y, ahora que florece mi necesidad de vivirla, aunque sea en este lugar de pecado, de sexo, de fuego y de un hedonismo sin parangón, quiero experimentarlo.

Adonis dice que él y yo ya no vamos a tener más contacto. Que no vamos a tener más relación, porque es lo mejor para los dos. Puede que no nos veamos más si él así lo quiere, porque es evidente que tiene el poder para desaparecer y no permitirme ahondar más en este mundo que yo sí quiero destapar. Pero lo que no sabe es que, aunque esto se acabe, tendrá continuidad en mis sueños, como la noche anterior. Adonis siempre podrá visitarme y besarme como hizo en el mundo astral y siempre podrá advertirme.

—Abre las piernas, *bambina* —me ordena suavemente.

Esa orden me calienta en un periquete. Estoy nerviosa, excitada y no quiero que se detenga.

—Eres tan sexy —me dice al oído— que ni siquiera eres consciente del poder que tienes… —Su mano sujeta mi sexo, lo cubre por

completo y le sobra, porque tiene las manos grandes. Hay admiración en sus palabras, respeto y también ternura. Su dedo corazón empieza a hacer círculos hasta que se introduce en mi hendidura—. Oh…, joder —murmura con aprobación—. Mira cómo estás. Estás húmeda…

Cuando empieza acariciarme el clítoris, cierro los ojos y me acabo relajando contra su torso. Mi mano continúa sujetando su muñeca y la otra está tensa, a un lado, pegada a mi cadera.

—No te voy a hacer daño —me dice—. Míralos, Ares. No cierres los ojos —me pide deslizando el dedo hasta mi entrada.

No sé qué tipo de imagen estoy ofreciendo, pero la veo claramente en mi cabeza. Mi mano libre se levanta y sale disparada hacia su nuca, colgándose de su cuello.

—Eso es. Sujétate a mí. —Cuando su dedo corazón entra en la parte interna de mi vagina, no lo hace fácilmente—. Estás muy apretada —dice con cuidado y muy sorprendido—. Eres muy estrecha.

—Adonis —murmuro incómoda con esas descripciones. Él no sabe que no he tenido relaciones sexuales desde el incidente.

—¿Cuánto hace que no estás con nadie? Casi parece que… que seas virgen.

—No te importa —gruño clavándole los dedos en la nuca.

—Es verdad —asegura él mordiéndome la parte superior de la oreja con delicadeza—. No me importa, porque ahora estás conmigo. Abre más las piernas y relájate.

Uy, cómo le gusta mandar.

Pero lo hago, porque quiero.

Cuando abro más las piernas, Adonis introduce el dedo corazón hasta la segunda falange. Sus manos son elegantes, pero son dedos masculinos y gruesos.

Gimo y me muerdo el labio, porque estoy muy excitada.

Él sonríe contra mi sien y desciende los labios por mi cara hasta el lateral de mi garganta.

—Eso es —dice felicitándome. Y entonces vuelve a la carga e introduce el dedo mucho más, hasta el nudillo.

Entreabro los labios y me quedo sin aliento, sorprendida por la invasión. Pero empieza a mover el dedo lentamente, arriba y abajo, lo rota con delicadeza, lo curva… Y su palma me roza el clítoris y empiezo a sentir mucho calor entre las piernas.

—He querido hacerte esto desde que te caíste de la moto.

—Me… me tiraste —le recuerdo, perdida entre las sensaciones. No sé ni cómo puedo hablar, porque ese dedo me está licuando el cerebro.

Él vuelve a sonreír y me pasa la lengua por la piel.

—Ah… —se me escapa.

—Ah…, sí —celebra Adonis como un conquistador—. Es difícil acercarse a mujeres como tú. Intimidas mucho, y a más de uno le debes de encoger los huevos. Eres una mujer solo para valientes. Pero a mí no me intimidas.

No, claro que no. A él no hay nada que lo intimide. Si supiera que no lo hago a propósito… Que esa barrera se crea sola, tal vez por mi aspecto o por lo que sea, pero no la propago a mi alrededor. Aunque para alguien como yo, es mejor mantener las distancias, así te ahorras muchos disgustos.

—Dios… —musito empezando a mover las caderas contra su mano.

Adonis me muerde la carne de la garganta y después la succiona con suavidad. Madre mía, si tuviera el pelo rizado, se me habría alisado en un momento.

Él introduce más el dedo con maestría y roza esa parte de mi interior que manda pinchazos eléctricos y llenos de placer por todo mi vientre hasta mi columna vertebral.

—Voy a hacer que te corras. ¿Quieres correrte?

—S-sí.

—Míralos.

Mis ojos se entreabren para mirar cómo la pareja está entregada a ese acto carnal y sexual. Él la posee, la penetra con fuerza, los testículos chocan con su sexo con virulencia. Ella parece que se va a correr, no aguanta más.

El dedo de Adonis está causando estragos en mi interior. Mi cuerpo empieza a temblar. Él deja de sujetarme la cadera con la otra mano y asciende por mi torso hasta posarse sobre uno de mis pechos, que cubre en su totalidad.

—¿Te molesta que te toque aquí?

Digo que no con la cabeza. ¿Cómo me va a molestar que me manosee un seno si tiene el dedo en mi vagina? Por favor, si toda mi mente se concentra en lo que me está pasando ahí abajo.

—Un poco más, Ares —dice introduciendo más el dedo—. Déjame entrar un poco más y te gustará más.

No sé qué hace con él, pero parece que me expanda toda la vagina, que llegue a todos los recovecos… Le clavo las uñas en la muñeca y él deja de tocarme el pecho para subir la mano hasta mi garganta, donde la posa suavemente, pero no deja que me mueva, me mantiene ahí, con el rostro un poco elevado hacia el techo, donde veo una escena romana de una mujer poseída por un hombre con un falo gigante.

Están obsesionados con esa parte de la anatomía. Jamás me imaginé que iba a ver tantos penes en Badalona y, en pocos días, he visto un montón: de piedra, de metal, en mosaicos, con alas, gigantes,

dorados, apuntando a los ojos…

Él abre los labios y me muerde de nuevo el cuello, propagando cientos de alfileres de placer en todas las direcciones que se arremolinan en mis pezones y se concentran en mi útero.

Entonces… exploto. Me empiezo a correr y no me atrevo ni a gritar, porque no quiero molestar a los del altar, pero tengo la sensación de que me voy a caer al suelo. Sin embargo, su mano, con el dedo insertado en mi sexo como un gancho, no deja que me caiga. Las sensaciones son muy intensas y el orgasmo se alarga… se alarga, me barre de arriba abajo y me abandono a la liberación.

Cuando el placer cesa, es como una ola que se aleja y vuelve a la orilla, lentamente, apacible, dejando marcas tangibles en mi cuerpo, que luego desaparecerán como si jamás hubiesen existido.

Eso ha sido esta experiencia para mí. Eso ha sido esta entrega inconsciente, espoleada por la sobredosis de vino que no estoy acostumbrada a ingerir y por las pizcas de arrojo y deseo que desconocía que aún me sazonaban.

Despacio, saca el dedo de mi interior y lo miro hipnotizada, porque se lo lleva a la boca y lo chupa. Ni siquiera soy capaz de parpadear ante ese gesto. Me parece erótico, pero, además, lleno de aceptación y de admisión, como si ese hombre fuese capaz de tomarlo todo de mí. Quiero besarle. Espero, al menos, recibir un beso, que nuestros labios se unan, pero él no hace nada a pesar de que me mira la boca muchas veces, como si lo desease.

—Esencia de *bambina* —susurra dándome un beso en la sien, después me mira el rostro con atención y añade—: Estás guapa con las mejillas sonrojadas. Eres guapa, mujer, con esos ojos, tus lunares, la forma de tus cejas…, tu boca —gruñe dándome otro beso en el cuello —. ¿Estás bien?

Estoy apoyada en el cuerpo de Adonis. Asiento; aún respiro entrecortadamente.

Él me recoloca bien las braguitas y me baja la falda del vestido. Todavía no sé ni qué decir. ¿He hecho esto? ¿Yo?

¿Cómo me las apaño ahora para mirarlo a la cara como si nada? Cuando mi interior aún se estremece por la explosión, por el orgasmo que solo él me ha provocado.

Ha dejado las otras veces que me he corrido en solo meras anécdotas.

Estoy tan nerviosa y me siento tan descompensada ahora mismo que creo que solo tengo ganas de que me lleve a casa.

—Oye…, ¿estás bien? —me pregunta preocupado.

Vuelvo a asentir. Me aparto de él con dignidad y finjo que controlo la situación, me echo el pelo hacia atrás y suspiro. Cuando me doy la vuelta para encararlo, él está apoyado contra la pared, observándome como un animal al acecho, con las manos en los bolsillos y una erección obscena y enorme que empuja a través de la bragueta de su pantalón.

La miro y trago saliva.

—No te preocupes —me asegura—. Se relajará. No he querido tocarte con la intención de que luego tú me lo devuelvas.

Exhalo, pero no me tranquiliza. Creo que podría hacer algo más con Adonis. Muchísimo más, de hecho, pero tengo la sensación de que la que tiene mucho que perder soy yo. Él ha hecho que me corra sin despeinarse, y yo estoy ahora como mantequilla líquida. Tiene muchísimas tablas.

—Tenía muchas ganas de darte un orgasmo, Ares —dice sin más, reconociéndolo abiertamente—. Eres muy atrayente para mí. Pero no me extraña —se encoge de hombros y se aparta de la pared—, porque lo eres para cualquiera.

—Creo que exageras.

—No.

En ese momento escucho una bofetada. Una palmada fuerte de carne contra carne.

—¡No, nena, no! Aguanta… —gime el hombre del altar.

—No puedo más —contesta la mujer de pelo negro recogido en un moño, que se está deshaciendo. Aprieta los dientes con mucha frustración.

—Tienes que aguantar. Resiste, joder. —Apenas le salen las palabras.

Si fuera un dibujo de anime, ahora mismo tendría la cabeza gigante, una sombra azul sobre los ojos y un moco colgando. Me he olvidado por completo de ellos dos, de esa pareja que sigue follando como si no hubiera un mañana.

¡Plas! Le vuelve a dar en el culo, con la mano abierta, hasta dejarle la marca de los dedos.

Abro los ojos como platos. ¿Le acaba de dar una bofetada? ¡Eso tiene que doler!

Adonis me agarra del codo y en un par de segundos, nos saca de ahí a los dos. Una vez fuera, aún estoy consternada por lo que acabo de ver.

—¿Qué ha sido eso? ¡La estaba riñendo! ¡Le ha pegado!

—Eso no es pegar a nadie, por Dios. Una cachetada sexual no es

violencia, haz el favor.

—Pero…

Él sonríe y sus ojos brillan un poco como los de un borracho, pero me miran a mí.

—Te he dicho que el sexo que se practica aquí es para instruirse. Se instruyen los dos.

—Pero… ¿eso es… legal? —Frunzo el ceño.

Y es en ese momento cuando Adonis, por fin, sonríe de verdad. Me regala una sonrisa de oreja a oreja con hoyuelos, y me deja noqueada, con las rodillas temblando y con la cabeza en una playa, creando castillos de arena en los que pudiésemos vivir él y yo.

Es ridículo. Soy una mujer adulta, con responsabilidades. La vida me ha enseñado que las historias de amor de novela, las románticas, no existen, y menos en ámbitos tan oscuros como en el que estamos metidos él y yo.

Pero no lo he podido evitar. Además, aún siento su dedo en mi interior. Dios…, quiero volver a casa.

—Todo está permitido. ¿Crees que a ella eso le ha dolido? Son estrategias que acuerdan entre los dos…

—Pero es que parece que no se quieran correr —apunto sin entenderlo.

Adonis se acerca a mí, me toma de la mano y finalmente dice:

—Enhorabuena, señorita Parisi. Has entendido lo que se hace en el Abismo.

—¿Eh?

—No se quieren correr. Y si lo hacen, quieren hacerlo bien, de un modo que ni imaginas. Se asoman al abismo del orgasmo y se mantienen ahí.

—Entonces… ¿es este un lugar para tener sexo sin correrse?

—No. —Me recoloca la chaqueta sobre los hombros de un modo muy paternal y protector—. Es un lugar para aprender lo que es el orgasmo, para usar tu cuerpo y canalizarlo, para instruirte en las artes sexuales y tener dominio sobre ti, tu energía y tus necesidades. —Me alza la barbilla con dos dedos e inclina su rostro de adonis hacia el mío—. ¿Te parece obsceno?

Él sí me lo parece.

—No lo sé… Muy común no es. ¿Por qué… por qué retrasar lo inevitable?

—Porque hay una lección detrás del sexo, una puerta que se abre ante lo que se intuye… —Pasa los dedos por mi mejilla—. Un final en el túnel que es mucho más luminoso que lo que nos rodea.

Sí. Ya sé lo que me está sucediendo. Me enreda con su voz, con su

oscuridad y con el fuego de sus ojos… Es una serpiente del Edén.

No sé por qué Adonis Russo regenta este lugar. No sé cuándo empezó a sentir curiosidad sobre este tipo de actos sexuales, no sé cuál es su fin para estar involucrado con la Corte… Tal vez no haya nada que saber y está aquí porque él es la Corte, pertenece a ellos. Sin embargo, insiste en alejarme. Es él quien quiere romper el vínculo.

Y si lo hace, me va a dejar a medias. Necesito saber qué me pasó y por qué me hicieron eso. Necesito saber si forma parte de algo más, porque ahora entiendo que no es algo de una sola vez… Me ha abierto la puerta de un mundo en el que es mejor no entrar. Me ha dejado que me asome para ahora echarme y cerrarme la puerta en las narices.

Y para colmo, es evidente que respondo ante él de muchas otras maneras que aún no me atrevo ni a analizar ni a ponerles nombre.

No es justo para mí. Nada es justo.

—Te llevaré a casa. Es demasiado para ti. —Adonis me toma de la barbilla de nuevo con una mano y parece que me va a besar en la boca. Pero se lo piensa, cambia de opinión y me da un beso en la frente—. Y no quiero hacer algo de lo que los dos nos podamos arrepentir.

Ah, claro, porque que me haya masturbado y haya provocado que me encienda así es algo sin importancia para él… Algo liviano, común, que, seguramente, hace a diario. Debe estar acostumbrado.

Pero yo no. Esto es algo excepcional para mí y me da rabia que piense o sienta que no ha significado nada.

—¿Y si ya es demasiado tarde para eso? —pregunto apretando los puños. Estoy frustrada y acongojada. ¿Cómo puede ser?

—No, señorita Parisi. —Habla como si algo de esas palabras le dolieran—. Nunca es tarde para huir del fuego. —Adonis me agarra de la mano, pero yo me suelto rápidamente. No sé por qué, pero no quiero que me toque ahora.

Lo sigo a través del templo y me dispongo a salir viva del Abismo.

Mi abuela, en una de sus lecciones magistrales de *sagae*, o visionaria, me dijo hace poco todo lo contrario: «No huyas del fuego».

Pero Adonis no quiere darme la oportunidad de seguir. Él podría ayudarme, podría acompañarme en toda esta aventura. Pero, en vez de eso, es él quien huye y me da la espalda.

Sé que esta noche no voy a descubrir por qué.

Pero nadie me va a quitar el derecho de desenmascarar al individuo o a los individuos que abusaron de mí en abril de hace cuatro años. Porque no soy tonta y me he quedado con lo que me ha dicho Adonis en la cena. Escucho y no pierdo detalle, aunque él me despiste con esa apariencia varonil y sexy que tiene.

Me ha dicho que cada cuatro años pasa algo. Que habrá más mujeres.

Justo los años que han pasado después de mi incidente.

—Sí, llévame a casa —digo, secamente, mirando al suelo.

El trayecto al salir del Abismo podría haber sido más distendido. Pero no ha sido así, porque estoy cabreada, porque no quiero dejar de verle, porque necesito que me siga informando. Porque ahora, no solo es algo que me incumbe a mí, también debería incumbirle a él, también debería preocuparle saber que un miembro de la Corte que, además, usa su Abismo, haya podido quitarse de en medio a su compañera, así como así. Debería tener ganas de denunciarlo y de desenmascararlo, y me asusta pensar por qué no quiere hacerlo. Me aterra creerlo cuando dice que lo hace por mí, para no levantar sospechas y para protegerme, como dice, de esa gente que puede ser muy peligrosa. Porque si no es cierto y lo hace porque no le interesa destaparlo, dado que él también tiene que ver con la trama, entonces me derrumbaré y me castigaré por mi estupidez una y mil veces. Y ahora no quiero saber nada de Hugo, entre otras cosas, por la influencia que ha ejercido Adonis en mí.

¿Y si, en realidad, solo hace su trabajo? ¿Y si él no sabe nada más allá de lo que le dicen las pruebas? ¿Y si me advierte de Adonis con razón?

Estamos bajando por Martí Pujol con el coche. Dentro de poco, entraremos en la plaza de la Font. Allí me dejará, y allí, en un principio, se acabará todo.

Y creo que estoy congelada.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te moleste?

Lo miro de reojo.

—Claro. En las despedidas se puede preguntar todo lo que no hayas tenido tiempo de preguntar antes. Total, es la última vez que nos vemos, ¿no? —Ojalá me sintiera tan despreocupada como desenfadado suena mi tono.

—¿Dónde está el padre de Venus?

Joder…, pienso agotada.

—Fue un error. Alguien de una noche que no volveré a ver en la vida. Se desentendió y yo lo preferí así.

—¿Y decidiste tener a Venus? —Sé que no le cuadra la historia con la imagen que tiene de mí.

—Me di cuenta tarde de que estaba embarazada… Mi cuerpo jugó al despiste.

—¿Eso puede pasar? —pregunta sin creer mi versión, mirándome como si dijera tonterías.

—Sí. A mí me pasó y no quiero hablar más del tema.

—Pues no hablaremos —asume tenso. Si por él fuera, indagaría más en mi vida, pero ya no tiene derecho porque ahora es él quien se está desentendiendo de mí—. ¿Por qué has estado tan callada todo el camino? —me pregunta muy fríamente.

Exhalo y me paso la mano por el pelo.

—Porque me cuesta creer que hayas decidido pararlo todo y que quieras dejarme a medias con todo lo que te he contado. Me cuesta creer que puedas echarte la manta a la cabeza y seguir adelante. Eso se acerca mucho a ser indiferente.

—No soy indiferente.

—Si tú lo dices… Siempre creí que los malos no ganan porque sean malos, sino por la indiferencia que muestran los buenos ante sus actos. Y eso convierte a los buenos en cómplices.

Él niega varias veces con la cabeza. Se muestra inflexible con su decisión.

—Me da igual que me acuses o me culpes, Ares. Para mí no hay vuelta atrás. Mi relación contigo se acaba aquí. Tienes que alejarte un tiempo. No sabes qué tipo de ojos pueden estar vigilándote. Los círculos en los que me muevo son pequeños, pero controlan muchísimas cosas. Y son individuos, hombres y mujeres, coleccionistas. Si ven algo que les atrae, hacen lo que sea para tenerlo. Por eso debes permanecer oculta. Nunca debiste aparecer en la puja.

—Ya, bueno…, eso ya no lo puedo deshacer.

—Esperemos que solo se haya quedado en una anécdota y no haya nada más detrás de tu asistencia.

—¿Qué quieres decir? Yo no hice nada por…

—No lo digo por ti. Lo digo por quien te invitó.

—Bueno, Hugo por ahora solo me ha demostrado que es un amigo, excepto estos últimos días que está más celoso porque le he hecho daño al cortar nuestra relación.

Adonis no está de acuerdo.

—No lo justifiques. Acepta mi consejo: aléjate de mí, de todo esto, pero también de él. Concéntrate en las cosas buenas que tienes en la vida. Seguro que es amable y llena de bondad. Una vida exitosa con tus ilustraciones.

—No estés tan seguro. A mí también me pasan cosas malas sin tener que estar en Cortes de ningún tipo —le recrimino—. A las personas buenas les pasan cosas malas, Adonis. No sé en qué mundo has vivido tú, pero mi vida no es ni ha sido de color de rosa. Tu

preocupación y tus advertencias llegan tarde.

El coche se detiene en una de las esquinas que dan a la plaza. Hay mucho silencio porque es la una y media de la madrugada. Las luces de las casas que la rodean están apagadas y los vecinos duermen.

—¿Qué quieres decir con eso? —Adonis impide que salga del coche, aunque ya tenga la puerta abierta—. ¿Qué te pasó?

No quiero echar toda mi mierda sobre él. Y menos estando decepcionada y enfadada. Ni tampoco quiero desvelarle mi pasado a Adonis; no me apetece que sepa que pasé por algo así, porque la verdad es que no confío en él como me gustaría.

Ojalá lo hiciera, pero estoy confundida porque me está apartando.

—¿No nos veremos nunca más? —le digo antes de bajarme del coche—. Ya sabes dónde vivo. Y yo sé dónde vives tú. ¿De verdad vas a hacer como si nada hubiese pasado entre nosotros, como si no estuviese pasando nada raro en mi ciudad ni hubiera muertos dentro de tu círculo?

—Sí, al menos por un tiempo.

—¿Qué tiempo? ¿El que tú decidas hasta volver a tener contacto conmigo?

—Es posible.

—¿Y mientras qué? Dices que crees que Fanke no será la primera, que puede haber más. ¿Qué va a pasar? ¿Por qué lo sabes? ¿Porque las ofrendas nunca vienen solas? ¿Es por eso? ¿En serio? —Lo miro como a un mentiroso—. No, tú sabes algo más. Pero prefieres callarlo.

—No es nada que te haya ocultado. Te he dicho que sé cosas que es mejor que tú no conozcas. Y que lo que hago es un medio para un fin, no es lo que soy. Tal vez, más adelante, retomemos el contacto, pero no ahora. Y aquí nos despedimos. Buenas noches, señorita Parisi.

—Que te den, Adonis. —Cierro la puerta del coche con fuerza y me voy andando hasta mi casa con pasos poderosos y furiosos. Evidentemente, Adonis no ha dejado que me lleve el sobre con todos los documentos que ha recopilado. No quiere que tenga nada con lo que pueda ir a la policía.

Me ha dado mucho estos días, sobre todo, un hilo que poder conectar con lo que me pasó, pero en un arrebato premeditado, me lo ha quitado todo.

No quiero sentirme así.

Y no sé si es porque me acaban de excluir de una investigación que me ayudaría a cerrar heridas y a meter a quien tenga que meter en la cárcel o porque, después de todo, no quiero dejar de ver a Adonis.

¿Y qué dice eso de mí, cuando no puedo afirmar que él sea inocente en todo esto?

¿Por qué tengo esta lucha interior tan intensa por creerle?

XX

La gran noticia es que he dormido bien. Muy bien. No recuerdo haber soñado nada y tengo la sensación de que mi abuela, o lo que sea que ha quedado de ella, está haciéndose cargo de nuestra vigilia. Creo firmemente que ella nos protegerá y se asegurará de que ningún demonio de los sueños se aproxime a las suyas, ni a su casa, porque será nuestra guardiana para siempre.

Mi madre también ha dicho que ha dormido muy a gusto y Venus se ha levantado con muchísima energía, con su campanita haciendo tilín por cada rincón por el que pasa y más que dispuesta a desayunar churros, como casi cada sábado.

La mala noticia es que me siento extraña, como si me hubiesen reconectado después de mucho tiempo viviendo de forma disfuncional. Tengo ese tipo de percepción sobre mí misma que afirma que ya no soy la misma de ayer.

Y lo peor es que sé a qué es debido.

Adonis desbloqueó mi protección y reactivó mi cuerpo, mis necesidades. Si he sido un juego para él, ya ha pasado una de mis pantallas.

Según Adonis, debería estar tranquila, centrarme en todas esas cosas que valen la pena de mi vida y fingir que no sé nada para no llamar la atención, porque esto se ha vuelto peligroso.

Sin embargo, no me siento así. Venus me ayuda a disfrutar más del día: damos un largo paseo bajo el sol que hoy sí hace y llegamos hasta el Puente del Petróleo, hasta su mirador, para quedarnos embobadas con el fondo del mar y con lo bonita que se ve la playa de Badalona y su Rambla desde allí. Mi pequeña siempre me distrae y me hace reír, como cuando ha visto al mono que espera sentado pacientemente en la entrada del puente con una botella de anís —Anís del Mono, claro —. Se ha sentado a su lado y ha dicho:

—*Poble* señor mono, está solito.

Después de eso, la he llevado un ratito a los columpios de Pompeu, donde hemos comprado los churros en una caravana que se suele poner por allí los fines de semana, sobre todo cuando hay feria

gastronómica.

Sin embargo, aunque Venus es mi distracción, no dejo de pensar en Adonis. ¿Cómo voy a hacerlo? Todo lo que me explicó, todo lo que experimenté con él en el Abismo, resuena en mi cabeza como una canción fijada, de esas que repites en bucle y que no puedes dejar de tararear mentalmente.

Al llegar del paseo, traigo, además de los churros, un par de turnemis para mi madre.

Está trabajando en el jardín, limpiando la pared del fondo y eliminando las hortensias trepadoras para que se vea el mural, el mosaico que rodea al larario y que ha estado ahí desde que esa casa existe, incluso mucho antes.

Cuando Venus y yo vemos lo que escondían las hortensias, nos quedamos las dos mirando el increíble mosaico, asombradas. Porque intimida pero, al mismo tiempo, es como si aquello fuese a cuidarnos; incluso podría dar miedo a quienes quisieran hacernos daño.

—Mira, mamá. —La niña señala lo que vemos—. ¡Son *persientes*!

Hay un ojo, muy parecido al de mi anillo, y a cada lado, dos serpientes extrañas, rojizas y negras…, muy grandes, pero no parecen amenazantes, aunque su aspecto lo sea. Me siento bien al mirar el mosaico porque tengo la sensación de que el dibujo es sanador y protector. De eso no tengo ninguna duda. El fuego del larario sigue encendido y sonrío al pensar que el espíritu de mi abuela, que jamás veré, cuida del fuego de nuestro hogar, tal y como prometió.

—Niñas, ayudadme —dice mi madre cargando con dos bolsas de basura industriales llenas de las trepadoras que ha quitado.

Agarro las bolsas y las saco inmediatamente a la calle para dejarlas en los contenedores.

Cuando vuelvo a entrar en casa, mi madre está sentada en el sofá, descansando, con la frente perlada de sudor. Lleva un pañuelo en la cabeza, se ha quitado los guantes de podar y los ha dejado sobre la mesita del salón.

—¿Te traigo algo de beber, mamá? Debes de estar agotada de tanta planta.

—Uf, ha costado —asegura—, pero mira qué espectáculo. Está en muy buen estado, ¿verdad?

Desde el interior de nuestro salón podemos ver el mosaico romano. Y queda muy bien como paisaje entre el porche, el verde del jardín y el larario encendido y con olor a incienso de naranja, en honor a la abuela.

La gran mayoría de los mosaicos romanos que se han descubierto al excavar suelen tener zonas levantadas o picadas, pero el nuestro no.

El nuestro está muy bien.

Me quedo mirando el mural y pienso que todo en nuestra familia habla de quiénes somos y de dónde venimos, pero le he prestado tan poca atención que nunca curioseé. Como el blasón de armas familiar. Es evidente que habla de un apellido ligado al fuego y, además, con el mismo tipo de serpientes a cada lado de la llama. Me gustaría saber qué significan.

Preparo todo para desayunar en el porche. Llevo el zumo de naranja recién exprimido, los churros, los turnemis, la leche, los cereales…, todo para una buena primera comida del día. Sí, es verdad. Somos una familia de dulces. Todo por culpa de la yaya y de mi madre, que adoran las pastitas y los pastelitos y que han hecho que nosotras también las comamos, pero sin abusar.

Cuando suena el timbre de la puerta, mi madre ya sabe quién es, y yo también. Hoy viene a desayunar Lu con nosotras. La niña está muy contenta de verla, así que da saltitos, feliz, porque su tía favorita, y la única, ha venido a casa.

Nos damos un fuerte abrazo en el recibidor. Como siempre, lleva una camisa con tirantes y unos pantalones abombados con estampado de colores. Dice que es como va más cómoda, que no le aprieta nada. Yo digo que esa combinación solo la puede llevar ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta al oído.

—Bien —contesto—. Asumiendo.

Lu me acaricia el pelo suelto y asiente, porque lo entiende a la perfección. Ella perdió a su abuela hace un par de años y también estaba muy unida a ella.

—Vaya…, ¡cómo huele a naranja! —exclama dibujando una sonrisa en sus labios—. Parece que la abuela Clara esté por aquí.

Cuando Lu entra en el salón, la niña sale disparada del porche y corre a los brazos de su tía.

—Hola, melón. —Lu la coge en brazos para darle un fuerte achuchón—. Uy, cómo pesas ya…

Venus se ríe y señala el porche.

—¡Mira, Lu! ¡Son *persientes*!

—¿*Persientes*? ¡¿Dónde?! —grita fingiendo estar asustada.

Lo que no finge es su cara de sorpresa cuando ve a lo que se refiere Venus.

Camina lentamente, con mi hija en brazos, sin parpadear hasta el porche. No puede apartar la mirada del mural de la pared de fondo que delimita nuestro jardín.

—No es posible… —susurra dejando a Venus en su silla y acercándose a abrazar a mi madre—. Nieves —le dice con ternura—,

¿cómo estás, cariño?

—Estoy, que ya es mucho.

Lu besa en la mejilla a mi madre, pero acto seguido vuelve a quedarse embobada mirando la pared. Nos ignora por completo, como si no existiéramos, y apoya las manos en las caderas y se queda como un pasmarote, frente al larario, levantando la cabeza para ver el mosaico al completo.

—Te dije que iba a pasar de nosotras —le recuerdo a mi madre.

Ella asiente y sonríe mientras muerde un churro.

—¡Que tenéis un larario auténtico y un mosaico romano en el jardín! ¡¿Cómo coño yo no sé esto?! —exclama dándose la vuelta hacia nosotras y señalando la pared con el pulgar—. ¡¿Cómo puede ser?!

—La vida —me encojo de hombros—, que es un misterio —bromeo.

—¡¿Sabéis qué tipo de mosaico tenéis?! ¡¿Sabéis lo que es eso?!

—Lu, ven. —Mi madre aparta la silla vacía a su lado, para que se siente entre ella y yo—. Come y nos lo explicas.

—Es… es… —Se pasa las manos por el pelo, fascinada con lo que está viendo. Se sienta con nosotras en la mesa, pero no puede dejar de otear el muro—. Es un agatodemon.

—¿Qué es un agatodemon? —pregunto con mucha curiosidad.

—Joder…, es… No son serpientes como tal. Míralas, parece que tengan pelo y barba. Los romanos oraban a divinidades, a sus lares del hogar y también a un tipo de demonios: los buenos y protectores. Sabían que existían los demon, los malos e infernales, y creían que podían protegerse de ellos, invocando a los buenos. Los representaban así, como si fueran serpientes. Lo que tenéis en esa pared —dice emocionada— es un símbolo de protección brutal y, además, sugiere que quien fuera que residió sobre estos cimientos pedía protección a los agatodemon. Esos eran sus lares. Posiblemente, porque se sentían muy amenazados por los demon reales.

Mi madre y yo nos miramos y nos hablamos sin necesidad de pronunciar palabra. Tengo la sensación de que Lu acaba de resumir nuestro legado familiar, nuestra leyenda. Nuestro apellido, Parisi, está ligado a las vestales, y estas protegían a la ciudad del mal, ¿cómo? Cuidando la llama sagrada y procurando que no se apagase.

—¿En serio? —finjo ignorancia, como si me acabase de caer de un peral—. ¿Qué tipo de demonios?

—Pues a los que ellos considerasen. Se parece mucho al que hay en el altar de la casa del jardín encantado de Pompeya. Mucho —repite entusiasmada—. Es increíble. Los romanos podían orar también a los

demonios, y está visto que aquí, en Baetulo, también. Qué impresionante. —Lu toma el vaso de zumo de naranja que le ha dado mi madre y se lo bebe como si fuera cerveza. Después ataca a los churros y, señalando a los agatodemon con uno de ellos, espeta—: Y encima tenéis un larario con base, pero incrustado en la pared… Deberíais dejar que lo documentase para llevarlo al museo. Esto debería reportarse y…

—No. Es nuestra intimidad, cielo —contesta mi madre tajante—. Es algo que pertenece a las raíces familiares y no lo quiero exponer.

—Pero, Nieves —intenta convencerla Lu—, esto es historia. Es pura arqueología y, además, sin necesidad de haber excavado. Míralo, ¡está perfecto! —exclama escupiendo un trozo de churro por la boca.

Venus la señala con una carcajada.

—Perdón —se disculpa y recoge el tropezón para llevárselo a la boca otra vez—, es la euforia. Tenéis la suerte de que el jardín de vuestra casa está en un nivel inferior al del suelo de la calle, por eso, el muro emerge tan bien y no se ha cubierto por la tierra. Además, los que antes vivían aquí han trabajado mucho para mantener esa obra de arte intacta y a flote. ¿Por qué la habéis mantenido vosotras tras todas esas trepaderas?

Lu no para de hablar y divagar con mi madre, que frena su entusiasmo cuando cree conveniente.

Yo, en cambio, no puedo apartar las palabras de mi abuela del pensamiento.

«Solo un demonio puede vencer a otro».

«Solo un demonio puede quemar a otro fuera del Infierno».

Ella lo sabía.

Maldita sea, mi abuela sabía que, en algún momento, los demonios llegarían a Baetulo en sus múltiples formas. Sabía que yo tendría que ver con ellos y que, sin lugar a dudas, iba a necesitar la ayuda de otro demonio para enfrentarme a ellos. Un agatodemon.

El problema es que quiero hacerlo, pero el único hombre que me puede ayudar, el único en quien me estaba apoyando, me ha sacado de la carrera y ya no me deja competir.

Así, ¿cómo voy a hacer lo que se supone que debo hacer como Parisi?

Así, ¿cómo voy a hacer justicia? Quiero justicia para mí, para Fanke…, para otras que puedan pasar por lo mismo.

Sé que ya estoy en el mapa, que ya existo para quienes sean esos demonios, adopten la forma que adopten.

Pero ¿qué debo hacer?

¿Apartarme? ¿Ocultarme?

Me llamo Ares. Y si obedezco a Adonis, no haré honor a mi nombre.

Soy el dios de la guerra, no del escondite.

En ese momento de divagación, llaman a Lu al teléfono. Ella lo coge enseguida y contesta haciendo burlas a Venus, que se parte de la risa.

—¿Sí…? Ah, hola, Mar… —El rostro de Lu palidece y me mira con gesto asustado—. No puede ser… —susurra—. No puede ser, Mar… ¿Dónde? ¿Cuándo? Si ayer hablamos… No puede ser… —Le tiemblan las manos. Está muy afectada por lo que sea que le están contando—. ¿Hoy? Sí, sí, claro. —Sus ojos se llenan de lágrimas y se cubre el rostro con la mano—. Lo siento mucho, Mar. Muchísimo… No me lo puedo creer. Adiós…

Cuando cuelga, mi madre y yo sabemos que hay una mala noticia al caer.

—Ares… —gime Lu.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Es Ramón. Han encontrado su cuerpo en… en las vías del tren de Sant Adrià. Ha muerto.

Mi corazón se detiene y se crea un vacío en el estómago que me provoca hasta vértigo. Él lo empezó todo al enviar esa foto oscura y repleta de muerte a Lu, y ella me la reenvió a mí. Ahora, Ramón, está muerto. ¿Casualidad o consecuencia?

—¿Cómo puede ser?

—No sé… —contesta con la voz rota—. Su madre me ha dicho que se fue a correr, como cada día, y que no entiende cómo ha acabado ahí así… La mujer está en shock. —Lu se seca las lágrimas, incrédula ante lo que acaba de oír—. Dios…, pero si ayer por la noche estuve hablando con él por teléfono.

—Pero… ¿ha sido un accidente? ¿Cómo ha sido?

—No lo sé. Su madre no me ha sabido decir nada. El velatorio está programado para esta tarde a las seis. Por Dios. —Lu se levanta de la silla y se cubre la cara con las manos—. Qué fuerte… No lo entiendo.

—¿Lu? —Yo no tenía relación con Ramón. Lu, sí. No lo conozco, así que no siento nada más allá de la tristeza de saber que alguien joven ha perdido la vida.

—Me voy a ir… —anuncia nerviosa—. Me voy a ir a casa y después iré al velatorio.

Yo asiento y la abrazo fuertemente, como también hace mi madre.

Después la acompaño y, cuando está en la puerta de la entrada, no puedo evitar pedirle que se cuide.

—Lu, cuando sepas algo más, me lo cuentas.

Ella vuelve a asentir, se seca las lágrimas y se va.

Cuando cierro la puerta tras de mí, me apoyo en ella para pensar que me gustaría explicárselo a Adonis, pero él no quiere que insista y ha cortado la comunicación conmigo. Así que soy un mar de dudas, con muchas sospechas e ideas retorcidas sobre lo que le ha podido suceder a Ramón.

Y ahora estoy todavía más asustada, porque el único que sabía lo de Ramón, por otro lado, es Adonis. Porque se lo he contado yo.

¿Y ahora qué?

¿Y si…? ¿Cómo ha podido descubrir quién era Ramón? ¿Cómo…? ¿Y si no ha sido él? ¿Quién ha sido? ¿Ha muerto porque se ha caído a las vías del tren? ¿Así de golpe? No me lo creo. Ramón era un corredor experto, competía en maratones, según me contó Lu. ¿No va a saber que hay una vía del tren cerca?

Sé que es mucho sospechar, que no tengo pruebas, pero no lo puedo evitar. Juego con el anillo del ojo que me regaló Adonis ayer noche, que supuestamente es otro protector para mí.

Creo que debería ir a verle, explicarle lo que acaba de pasar y mirarle a la cara para cerciorarme de que estoy confiando en la persona correcta.

Pero, por otro lado, una sombra inunda una esquina de mi mente a la que no quiero ir, porque es la que me dice que, tal vez, de quien siempre he debido protegerme es de él.

No puedo mentirme más a mí misma.

Necesito hablar con Adonis, pero me he llevado una sorpresa muy desagradable al intentar ponerme en contacto con él. Me ha bloqueado. No quiere que le escriba ni quiere que le llame.

Mi madre, mientras tanto, ha puesto el canal de Badalona. Quiere saber si dicen algo de Ramón para enterarse de lo sucedido.

Me siento a su lado sin poder esconder mi agitación interna.

—Ese anillo que llevas —me habla mirando a la pantalla—. ¿De dónde lo has sacado? Nunca te lo había visto. Parece una joya cara.

Me quedo mirando el ojo.

—Me lo regaló ayer el hombre del cementerio. Fuimos a cenar porque tenía que contarme algunas cosas —explico con incomodidad.

—Es él, ¿verdad? —murmura—. Él es quien te está ayudando con lo de la chica muerta y…

—Sí. Es él —contesto sin más.

—¿Y está valiendo la pena? Te lo digo porque esa cara que traes no te la he visto nunca.

Carraspeo, me cruzo de brazos y me acomodo en el sofá. Venus está dibujando en la mesita de centro. Y dibuja serpientes, a su

manera. Agatodemon.

¿Si vale la pena? No lo sé. Puede haber sido mi mejor decisión o la peor de todas y aún no estoy segura.

—No lo tengo claro.

Mi madre me mira de reojo. Está tan preocupada como yo.

En la televisión aparece una nueva noticia. Sale en la pantalla una imagen de una chica que reconozco de inmediato. Siento que la sangre se me va del cuerpo.

Es Tania.

—Sube la voz, mamá —le ordeno.

Ella obedece inmediatamente. La voz del informativo anuncia:

—Se sigue sin tener noticias de Tania Soler, hija de los propietarios de las viñas Soler. Tania lleva cuarenta y ocho horas desaparecida, vive sola en un ático de Masnou y lo último que se sabe de ella era que tenía que asistir a la presentación de Satir, el vino nuevo que saca la franquicia, en El Celler. La esperaban ayer y no apareció. Su móvil está desconectado, sus padres están desesperados y han pedido a la ciudadanía que les ayuden a…

Me inclino hacia delante, consternada.

La nuca me hormiguea y se me cubre de un sudor frío. Oigo en la lejanía al periodista que da la información como si se fuera perdiendo el sonido gradualmente. Me pita el oído y el corazón se me acelera.

Tania era la compañera de Adonis en sus jueguecitos extraños de vir, su compañera en esa Corte de excesos y sexo. Adonis me dijo que la dejó, que acabó la relación que lo unía a ella el miércoles, pero que no le sentó nada bien. Y ahora está desaparecida.

Todo… todo, absolutamente todo, tiene que ver con Adonis y mis dudas crecen, pero mis esperanzas de continuar creyendo en él menguan.

Me levanto del sofá y me seco el sudor de las palmas en el tejano.

¿Y si… y si Adonis es malo? Una voz aguerrida en mí exige su cabeza, la otra me dice que si me quisiera muerta, ya lo estaría, y un rincón muy oculto y egoísta en mí susurra que no importa si es malo, sino que tiene respuestas sobre lo que me pasó.

«Vas a tener que elegir», recuerdo que me dijo mi abuela. Y entiendo que se refiere a que tendré que elegir a quién creer. Esa es mi elección. O a Adonis o a Hugo. Hay un zorro entre los dos y debo averiguar cuál de los dos miente.

Cojo a Venus en brazos y la abrazo con fuerza. Ella sonríe y me devuelve el abrazo feliz.

—Te quiero mucho, Venus.

Ella une su mejilla a la mía y responde:

—Y yo a ti, mami.

Normalmente, esas palabras me hacen sentir mejor y me alejan de los pensamientos oscuros. Pero esta vez… no se van.

Y me quedo en una habitación sin luz, sin saber ni qué hacer ni hacia dónde ir.

Después de comer, Venus se ha quedado dormidita conmigo en el sofá. Y mi madre se ha quedado frita en la *chaise longue* tapada con la manta de mi abuela.

El día está siendo nefasto y los acontecimientos me están poniendo los pelos de punta. Dos personas que conozco han desaparecido. Una ha muerto y la otra lleva casi cuarenta y ocho horas desaparecida.

Tania es otra compañera de vir, como lo era Fanke. Pero esta vez de Adonis. ¿Otra mujer de esa Corte envuelta en un nuevo peligro? Adonis lo dijo: «Fanke no será la primera». Sigo sin saber por qué sabe todas esas cosas, como si fuera un paso o dos por delante del resto o peor, como si él mismo lo planease todo y fuese el que orquestase… las desapariciones y los asesinatos.

Ding dong.

El timbre ha despertado a mi madre, pero Venus sigue durmiendo a mi lado.

Me levanto con cuidado de no molestarla y le digo a mi madre:

—Voy yo. No te muevas.

Salgo hasta el recibidor, abro la puerta y me encuentro a Hugo con aspecto serio. Tras él hay un compañero con el mismo rictus. Ambos me miran y me siento bastante juzgada.

—Hola, Ares —me saluda Hugo. Lleva puestas unas gafas de sol y va vestido de calle—. Siento molestarte un sábado a estas horas. Seguro que estabas descansando.

—Sí, lo estaba. —Hugo conoce mis rituales porque él no ha sido ajeno a esta casa. Lo es desde hace unos días, por todo lo que ha estado pasando entre nosotros. Nunca ha sido un extraño para mí.

Hugo se quita las gafas y me enseña la placa por primera vez desde que nos conocemos. La lleva en el interior de su cartera negra de piel.

—Me entristece tener que pedírtelo así, pero me gustaría que nos ayudaras.

—Pues no me lo pidas así —le contesto—. ¿Qué necesitáis?

—¿Sabes dónde vive Adonis?

Mis cejas se elevan con sorpresa.

—¿Tú no?

—Aunque no lo creas, Ares, yo no he tenido contacto con ese

hombre. Solo sé cosas, pero desconozco muchas otras. Nos gustaría ir a su casa a hacerle una visita. Tania Soler y él tenían una relación. No sé si lo sabes, pero los padres de Tania han denunciado su desaparición. Quisiera ir a interrogarlo.

Mierda. Claro, es obvio que quieran hacer su trabajo. Las palabras de Hugo son como un despertador para mí. De repente, es como si fuera consciente del peligro real que hay alrededor de Adonis. Y yo he estado bailando con él, como quien nada en un río lleno de cocodrilos.

Carraspeo y asiento con nerviosismo.

—Sí, sé dónde vive. En el interior de la montaña —contesto—. Es en una calle sin número.

Hugo asiente, confundido y también preocupado por mí.

—¿Es fácil de acceder? ¿Sabes la dirección?

Pienso que no. El castillito de Adonis es como una minifortaleza en el lugar más inesperado y no es fácil de encontrarla.

—No hay dirección ni número.

—Entiendo —cavila y me mira de arriba abajo—. ¿Nos puedes acompañar?

Bato las pestañas, sorprendida por la invitación. Podría pasarle directamente la localización que me envió, pero no solo me ha bloqueado, sino que ha eliminado todas nuestras conversaciones. Como si nunca hubiesen existido.

—Sí, claro. Déjame que vaya a coger mis cosas y salgo en un par de minutos.

—Te esperamos en el coche. —Señala el vehículo del trabajo que suele llevar, que ha dejado aparcado sobre la acera, detrás del hospital. Un Seat Ibiza negro.

—Vale.

Me meto en casa, cojo las llaves, el móvil, beso a mi pequeña en la frente y miro a mi madre, que ya no está dormida, sino de pie, frente al sofá. Es como si tuviera un sexto sentido e intuyera los problemas antes de que se presenten.

—¿Qué pasa, Ares? ¿Ese es Hugo?

—Sí —contesto.

—¿Qué quiere ahora? ¿Ya os habláis?

—No exactamente. Me ha pedido que vaya con él un momento. Necesita que lo acompañe a un lugar. Está relacionado con una… investigación.

Mi madre se retuerce las manos. Su expresión lo dice todo. No quiere que me vaya.

—¿En qué lío estás metida? ¿Tiene algo que ver el hombre del cementerio? —Está afilando la intuición.

—Más o menos —admito, nada convencida—. No va a pasar nada. Solo necesitan orientación para ir a un lugar que no es de fácil acceso.

—¿Y tú sí sabes cómo ir?

—Sí. Estuve el otro día. —Me encojo de hombros, sin darle más explicaciones.

—¿Volverás pronto?

—Eso espero —murmuro—. Es solo un momento. Te llamaré cuando esté de camino a casa, ¿vale?

—Sí. —Me da un beso en la mejilla—. No sé por qué, pero estoy intranquila…

Sujeto a mi madre por los hombros y la obligo a serenarse.

—No es nada. Voy con la policía. No me va a pasar nada malo.

—Lo sé, pero ten cuidado igualmente.

—Sí, mamá.

Le doy un abrazo, miro una última vez a Venus y salgo de casa sin el convencimiento de que lo que voy a hacer sea lo correcto. Pero no me queda otra. Hugo me ha hablado como policía, no como amigo ni como exnovio celoso. No tengo pruebas para sospechar de él porque, ciertamente, no las tengo. Y si tengo que ayudar a la justicia, es evidente que no me voy a negar. Hay una chica desaparecida en juego y debo ayudar en lo que pueda.

Voy en la parte de atrás del coche. Es el vehículo que usan para hacer seguimientos. Hugo ha abierto una botellita de agua y me ha ofrecido otra a mí.

—¿Quieres?

—Sí. —La tomo y la abro para dar largos sorbos. Estoy ansiosa y tengo la boca seca. Ayer, el hombre al que la policía quiere ir a buscar tuvo un acercamiento muy íntimo conmigo en su Abismo. Hoy lo quieren interrogar por la desaparición de la excompañera con la que practicaba esas actividades sexuales en su local.

¿Y si hubiese sido yo? ¿Y si estaba quemándome en el fuego y no me daba cuenta?

—Por ahora solo son unas preguntas, nada más, Ares.

Los ojos marrones claros de Hugo me miran por el retrovisor. Ese es el Hugo que conozco, el empático, el tranquilizador, el que sabe cómo me siento y no necesita preguntarme nada porque me conoce. Hacía días que no lo veía.

—Estoy esperando a que me digas: «Te lo dije». —Hago un mohín de disgusto.

Él me dirige una mirada comprensiva y amable y niega con la

cabeza.

—Es pronto para decírtelo. Mi intuición dice unas cosas, pero tengo que demostrarlas. Y no va a ser fácil. Esto es algo rutinario. Y lo estamos haciendo con todos los que han tenido que ver con la desaparecida. Pero, es evidente que no has estado en la mejor compañía últimamente.

Miro a través de la ventanilla y me intento concentrar en algo que no sea la incertidumbre que siento al respecto y la posibilidad de que Hugo siempre haya tenido razón, aunque haya lagunas a su alrededor que también me hagan dudar.

—¿Su casa está en dirección Canyet? —quiere cerciorarse Hugo.

—Sí —contesto.

Su compañero permanece serio, mirando al frente, más tenso que una vara de hierro.

—Sí. Muy en el interior —le explico—. Hay que pasar de largo Sant Jeroni e incluso el restaurante de Els Castanyers.

—¿Colindando con Sant Fost?

—Más o menos —digo—. No sé si llega a ser Sant Fost, pero sí, por ahí.

Hugo toma la dirección correcta con el coche y su compañero empieza a escribir algo en el móvil.

—Este es Rafa —me lo presenta—. Hace poco que está en la comisaría.

Observo a Rafa. Encaja en el mismo perfil de Hugo, a excepción de que parece un poco más estirado y no tiene cuerpo de policía. Sé que lo que pienso es demasiado superficial y que hay de todo en la casa del Señor y en todos los colectivos. Rafa sería un fofisano muy fino. Me fijo en sus zapatos, que puedo ver desde donde estoy sentada. Lleva mocasines. En mi vida he visto a un poli de guardia en mocasines. Tiene la sirena pegada a su pie izquierdo, conectada a un cable, por si deben encenderla.

—Es por ahí… —le digo a Hugo.

Sin embargo, Hugo toma otra dirección.

—Si es por los Castanyers —me dice—, hay otro modo de llegar antes y no dar tantas vueltas.

—Ah… —Me parece extraño, pero asumo que tiene razón, porque él conoce mejor la zona—. Bueno, como veas.

Me quedo mirando la botella de agua, que apoyo sobre la rodilla. La abro y le doy otro sorbo. Es extraño porque ya no me siento tan agitada como al principio.

—¿Cómo es que estás de guardia este fin de semana también? Nunca os ponen dos seguidos —digo mirándolo a través del retrovisor

mientras cojo el móvil.

—El subinspector que debía estar trabajando está de baja, así que lo he suplido yo.

—Ah… —murmuro volviendo a mirar a Rafa—. Y tú estás en el mismo grupo que Hugo.

—Sí —contesta sin más.

Vaya… qué explícito.

Entonces me fijo en mi pierna. La siento húmeda, justo donde he dejado la botella apoyada. La levanto y veo un cerco muy pronunciado. ¿Cómo me he mojado? Frunzo el ceño y le doy la vuelta. Mierda, pierde agua.

—Hugo… me has dado una botella que está ro…

Me doy cuenta de que algo empieza a ir mal en mí cuando no me sale la palabra que quiero pronunciar. Se me duerme la boca, la lengua y siento las extremidades completamente laxas.

Agarro el móvil con fuerza y presiono como puedo para apagarlo porque no doy para más. Está pasando algo muy malo, lo sé.

Tengo la energía suficiente como para buscar los ojos de Hugo a través del retrovisor, los cuales me miran con expectación y un brillo maléfico e inesperado en su expresión. Mi cerebro aún cavila para comprender lo que me está sucediendo.

La botella estaba agujereada. El agua no era solo agua. Y lo que fuera que había dentro me está afectando, mareando y narcotizando.

—¿Hugo? —¿En serio me está haciendo esto? ¿Por qué?—. ¿Qué has he… cho?

Segundos después, caigo de lado en el asiento trasero y la botella se vuelca sobre el suelo. Todo se vuelve negro y oscuro y me encuentro en un abismo del que sé que no voy a poder salir.

Acabo de descubrir quién es el zorro que mencionaba mi abuela. El zorro taimado de las máscaras.

Es él.

El subinspector Hugo Simó.

XXI

Debo reconocer que no tenía fe en volver a abrir los ojos.

Que la sorpresa de saberme drogada me ha dejado desencantada, decepcionada y muy cabreada con Hugo, con quienes estén detrás de estos rituales por el motivo que sea y con la vida en general.

Pero los abro y veo a través de la diminuta rejilla que forman mis pestañas. Espero unos segundos hasta sentir de nuevo mi respiración, mi cuerpo, mis manos, que están atadas a mi espalda. Estoy sentada en el suelo y noto que mi columna reposa sobre algo frío y duro. Es una reja.

Por fin, abro los ojos. Hay una luz sobre mi cabeza. Estoy dentro de una jaula, en lo que parece ser una furgoneta.

Mierda. Mierda.

Me remuevo e intento hacer algo para liberarme, pero no soy capaz, así que me pongo a gritar.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me saque de aquí! ¡Socorro! —grito tantas veces como puedo hasta que me quedo sin resuello, sin aire y sin demasiadas esperanzas.

No sé cuánto he estado gritando. Han podido ser tanto treinta segundos como diez minutos, porque tengo la percepción del tiempo y del espacio aún muy distorsionada. Desconozco qué droga me han dado.

Entonces, las puertas de la furgoneta se abren de par en par y me encuentro a Hugo entrando en ella con el gesto más serio y lúgubre que nunca. Y me pongo a pensar en si, tal vez, siempre miró así y yo nunca me di cuenta. Sea como sea, él me ha hecho esto y le odio con todas mis fuerzas.

—¡Hugo! ¡Hijo de puta! ¡Suéltame!

—De nada te sirve gritar, Ares —me dice tranquilamente.

Se coloca delante de mí, al otro lado de la reja y se acuclilla para mirarme bien. El mango de la pistola se le clava en la cadera y su cuerpo grácil se curva a la perfección sobre esa jaula para perros en la que me han metido.

—¡Hijo de puta! ¡Suéltame! ¡¿Qué crees que estás haciendo?! —

grito, dando una patada como puedo a la reja, a la altura de su cara.

—No gastes fuerzas, las vas a necesitar —me asegura colando los dedos entre los barrotes. Chasquea la lengua y cierra los ojos consternado—. Ares, Ares, Ares… No esperaba esto para ti.

—Hugo, para, por favor… —le ruego. Se me llenan los ojos de lágrimas—. No sé qué es esto, no sé por qué lo haces, pero… por favor, suéltame.

Él niega con vehemencia y exhala cansado.

—No puedo soltarte. Ya no. Ya no puedo… He intentado alejarte de todo, Ares. Llevo años protegiéndote, encubriéndote… Pero creo que no debí hacerlo. Porque, por haberte cuidado, por haberme enamorado de ti, sabes cosas que no debes. Creo que tienes que seguir tu proceso natural, el que deberías haber seguido hace un tiempo. Ellos lo ignoran. Nunca permití que te siguieran el rastro, pero yo sí sé quién eres.

Frunzo el ceño, ahogándome con mi congoja.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —No entiendo nada.

—No lo comprendes, ¿verdad? No lo ves venir, Ares, porque es impensable, porque los hilos y los tentáculos a nuestro alrededor están tan enterrados y ocultos como las ruinas y los credos de esta ciudad. Pero todo esto es más grande que tú y yo. Ni te lo imaginas.

Alguna vez lo vi guapo. Siempre pensé que era un hombre agraciado y que no tenía problemas en gustar. Ahora lo veo artificial y maquiavélico.

—Hugo, por favor… ¡Por favor! —Golpeo la reja con el pie, con fuerza, como un caballo cabreado—. ¡Sácame de aquí! ¡¿Qué me vas a hacer?! ¡¿Por qué hablas así?! Tengo una niña de tres años, no puedes…

De repente, Hugo deja ir una risotada que me duele en lo más profundo, en el amor que una madre le tiene a su hija, y le odio todavía más.

—Ah, sí, tu niña… —dice con desprecio—. No le gusto a Venus —asiente.

—Y ahora entiendo por qué —contesto elocuentemente—. Mi hija es mucho más intuitiva que yo. Tal vez ella vio la oscuridad en ti que yo no supe ver.

—Gracias a ella te conocí. Eso es lo único bueno de Venus. Que tu embarazo te trajo hasta mí. Y lo peor —se encoge de hombros— es que me enamoré. Me enamoré de ti casi inmediatamente, como por arte de magia —añade incrédulo—. Mi madre ya me lo decía, que era romanticón y un poco obsesivo. Pero por amarte, Ares, te he mantenido oculta todo este tiempo. Te he protegido pensando que me

podrías corresponder en algún momento, que verías que, a mi lado, nada malo te sucedería. Yo cuidaría de ti y de la mocosa.

—Cabrón resentido —espeto.

—Pero he visto el cambio en pocos días… No me habría importado tener competencia con Adonis —sugiere, creyendo que podría ganar una contienda de ese calibre—. Te llevé a la puja pensando que a lo mejor podría impresionarte, como él os impresiona a todas. Que podía estar ahí, pertenecer a la Corte. Adonis, El Príncipe del Abismo, así se hace llamar —se burla—. Pero ya me ha aclarado que el contacto que tenéis es profesional. Le gustan tus dibujos y te ha encargado un cuadro de Mefisto y la Bruja Escarlata…, ¿es así?

¿Cómo ha dicho? ¡¿Qué?! ¿Que Adonis es el señor Landon? ¿Él es el supuesto millonario americano que me ha pedido el último caprichito? Pero ¡qué cabrón manipulador! Al menos, eso me sirve para no mentirle. Si él es Adonis, puedo decirle perfectamente a Hugo que sí, que nos une solo una relación profesional, y no lo que de verdad tenemos, que me está ayudando a investigar todo lo que acontece con el cadáver de Fanke.

—Te lo dije. Solo es trabajo. Le gusta Marvel —respondo.

—Y le gustas tú. Le gustas a varios de la Corte que se fijaron en ti en la puja. Pero ninguno te tendrá.

—¿Tú y Adonis tenéis trato? —No entiendo nada—. ¿Cuándo habéis hablado?

—No lo tenemos. Sé quién es y conozco su Abismo porque algunos miembros de la Corte hablan mucho de él. Pero hoy sí hemos tenido una charla.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. He ido a su casa. Solo para asegurarme y preguntarle también por Tania, que también nos preocupa.

Entorno los ojos. Está mintiendo. Se ha reído al hablar de Tania. Además, Hugo no tiene ni idea de que Adonis sospechaba de él y de sus maniobras.

Lo que me lleva a la única conclusión posible: Adonis tenía razón sobre Hugo.

—Así que lo de venir a buscarme para que os lleve a donde él vive… ¿ha sido una artimaña para poder secuestrarme?

—Sí. Lo lamento mucho. Como digo —repite como si realmente estuviera afligido—, no quería esto para nosotros, Ares. Siempre me imaginé otra vida. Siempre he querido cuidar de ti. Desde el día que llegaste a la comisaría, hace tres años y medio, para denunciar algo que dices que te pasó durante una carrera. Con tu gesto orgulloso y desafiando a cualquiera que insinuara que decías tonterías… Yo

apenas hacía un mes que estaba en el cargo…

—¿Qué es esto? —lo interrumpo medio riéndome de él—. ¿Una declaración de culpabilidad para limpiar tu conciencia, Hugo?

—No. Pero no soy tan malo como crees. Solo quiero que entiendas lo que he hecho. Es lo justo para ti. Cuando llegué al cargo solo tenía ganas de hacerlo lo mejor posible, de dar ejemplo a los míos y de ayudar. Por eso nos hacemos policías…, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Venía a suplir el puesto del subinspector anterior, que había quedado libre. De hecho, lo mataron por haber hecho mal su trabajo. Aunque eso lo supe más tarde.

Me tenso por completo. «Ellos lo mataron». ¿Quiénes?

—Cuando sus intermediarios vinieron a mí para ofrecerme la labor del anterior subinspector, no lo dudé. El sueldo no es gran cosa, al menos para mí, que siempre he querido algo más. Me ofrecieron un sobresueldo por trabajar para ellos que triplicaba el que ganaba en los Mossos. No me lo pensé. Solo tenía que estar ahí cuando la camarilla me necesitara.

¿La camarilla? ¿Quiénes eran? ¿También eran miembros de la Corte?

—Para limpiar los trapos sucios y los delitos, ¿verdad, Hugo? —apuntillo con rabia.

—He conseguido ahorrar mucho dinero, Ares —asegura orgulloso —. Lo he hecho pensando que algún día tú y yo podríamos tener una vida tranquila. Juntos.

—Estás loco, Hugo.

—¡No me llames loco, joder! —exclama mutando la expresión a una totalmente ida—. ¡No sabes todo lo que he hecho por ti!

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—¡Te he ocultado de ellos! —Sacude los barrotes como un salvaje —. He tenido que borrar tantas cosas y eliminar archivos y… Ni te lo imaginas. Hace cuatro años dejaron un cabo suelto, tú, y yo procuré que nadie lo supiera. Viniste a mi comisaría, pusiste una denuncia cinco meses después de lo ocurrido. En ese momento yo no sabía nada de castas, camarillas ni de Cortes. Pero me enamoré de ti, sin más. Esos ojos tuyos… son cautivadores. Inolvidables. Ya debes saberlo. Cuando vinieron a mí, me ofrecieron formar parte de esto y me explicaron qué era lo que hacían y qué debía hacer yo, entendí que tu relato, tu denuncia, formaba parte de una acción mal ejecutada por su parte. Por eso mataron al subinspector anterior, por no haber podido encontrarte ni haber acabado bien la faena. Tu denuncia tenía sentido, posiblemente sí te pasó lo que intuías, pero tu final debió ser otro.

Algo hicieron mal y tú habías sido el error.

Tal y como dijo mi abuela: «Debiste haber muerto esa noche. Lo decían las cartas».

—Entonces… ¿todo este tiempo has sabido que yo tenía razón? ¿Que sí me había pasado algo?

Hugo se encoge de hombros.

—Sí. Como no quería que ellos supieran que te había encontrado y que tú eras el cabo suelto, me limité a borrar tus denuncias y a hacer como si nada de lo que me hubieras contado tuviera importancia.

—¿Las borraste? —Por eso no había investigación—. Eres un farsante, un mentiroso… Me has tenido engañada durante años, haciéndote pasar por mi amigo, convenciéndome para que hiciese terapia, ignorando el delito y el abuso que habían cometido contra mí. —La voz se me rompe y apoyo la frente sobre las rodillas encogidas—. Hijo de puta… Lo sabías. Tú lo sabías.

—Sí. Me encargué de hacer todo lo que estuviera en mis manos para que nunca llamases la atención, para que no supieran que existías. No tenían nada, no sabían quién había sido la chica que sobrevivió. Me aseguré de que jamás te encontraran. Pero… tuviste que meter las narices en el cadáver de Sant Adrià, así, de la noche a la mañana, y lo aceleraste todo. Enviaste a la mierda todos estos años de trabajo cuando subiste ese vídeo a Instagram.

Levanto la cabeza de golpe y lo miro horrorizada.

—¿Qué? ¿Cómo… cómo sabes?

—Sé que subiste un vídeo de la panadería Forn Maria donde salía la víctima del río y tuve que eliminártelo.

Abro los ojos y parpadeo para limpiarlos de mis propias lágrimas.

—Fuiste tú… Tú denunciaste el vídeo.

—Sí. —Se acuclilla de nuevo y me vuelve a mirar de ese modo diabólico que elimina cualquier brizna de bondad en él. ¿Este es Hugo de verdad? Dios, ¿cómo he sido tan poco observadora? Y yo que me consideraba buena haciendo perfiles de personajes—. Pero no sabía que sabías más cosas hasta que el otro día, en el entierro de tu abuela, me quedé charlando con Lu. Hablamos del trabajo sobre todo. Pero la notaba nerviosa, como si supiera que había hecho algo malo y que no podía mentirle a la policía. Y ya sabes cómo es…, cuando se pone nerviosa, habla más de la cuenta.

Frunzo el ceño y se me congela el pecho. No quiero que hable de Lu, no quiero que le haga nada.

—Me dijo que tenía un amigo corredor de maratones, Ramón Saplana. Que había hecho la maldad de fotografiar el cadáver de la chica del río porque le gustaban esas cosas, al parecer. Le pasó la foto

y ella te la pasó a ti. En cuanto me lo dijo, supe que no podía dejarlo pasar por alto. Porque eres expeditiva. He tenido mucho tiempo para conocerte en estos años y sabía que no ibas a ignorar esa imagen, y más con lo que te había pasado.

—No he hecho nada con esa foto.

—No me mientas, Ares. Sé que la tienes y que esa imagen desmiente todo lo que te conté acerca del cadáver de esa chica. Me he tenido que encargar de Ramón, pero antes le obligué a que borrase los archivos. Me aseguró que lo había subido a su nube personal, a la que pude acceder a través de su móvil. Pero después de eso, tuve que silenciarlo. Lo maté y lo dejé en las vías, en una zona de poca visibilidad para que el tren no pudiese frenar y no tuviera tiempo de maniobrar.

Por Dios…, tengo ganas de vomitar. Lo ha matado él. ¡Que lo ha matado él!

—Estás enfermo, Hugo… —contesto abatida.

—No. No confundas enfermedad con saber lo que tengo que hacer para vivir mejor. Me pagan muchísimo como para dejar cabos sueltos, eso sí que no puedo hacerlo. Pero si te sientes mejor creyendo que los que hacemos maldades estamos enfermos, pues piénsalo. Ahora entiendo por qué me hacías tantas preguntas sobre el cadáver del río…, tenías información. Eres demasiado curiosa y eso es peligroso para ti.

—No soy demasiado curiosa, quiero justicia —replico—. Y si tú no hacías tu trabajo y nadie movió un dedo por mi causa, al final tuve que hacerlo yo.

Hugo sacude la cabeza. Está en desacuerdo.

—Siempre tan apasionada… Tengo tu móvil. —Se lo saca del bolsillo y me lo enseña—. Está apagado. —Lo sacude ante mis ojos—. Dame la contraseña.

—No —digo.

—Ares… ya sabes que no te voy a dejar salir viva de aquí.

Oírlo hace que me derrumbe y que piense solo en Venus y en mi madre.

—Hugo, no puedes hacer esto…

—Claro que puedo. Puedo hacer lo que quiera. No te imaginas el tipo de gente que vela por mí y que me cubrirá las espaldas. Son… invencibles. Apagaste el móvil en el coche, ¿verdad? Dame la contraseña —exige— y haré que tu madre y Venus no sufran. Había pensado en dejarlas tranquilas, pero sin que piensen en ti… Que no te recuerden.

—¿Que tú harás que no me recuerden? ¿De qué hablas?

—Sé lo que digo. Si no colaboras, tal vez ni siquiera las deje con vida. Eso es lo que hago con los que no colaboran. Los elimino.

—¿Como Ramón? ¿Como la vecina del Masnou que hizo la denuncia sobre el señor Masdeu y que se suicidó repentinamente? ¿Por qué las chicas de la panadería donde trabajaba Fanke no la recuerdan? Has insinuado que podrías hacer lo mismo con mi hija y mi madre… ¿Qué coño hacéis? ¿Quiénes os habéis creído que sois?

—Hostia… —susurra enmudecido de repente—. ¿Cómo sabes todas esas cosas? ¿Quién coño te está ayudando? ¡¿Quién más sabe todo esto?! —Hugo abre la jaula y me saca agarrándome del pelo—. ¡Es imposible que tú sola hayas conseguido toda esa información! ¡¿A quién más se lo has dicho?!

Los aguijonazos en el cuero cabelludo me duelen tanto que se me saltan las lágrimas. Me levanta y me obliga a ponerme de puntillas.

—No me pongas esto más difícil… ¡Dime quién te está ayudando!

Estoy literalmente temblando por el shock, incapaz de controlar los espasmos de mi cuerpo, todavía dentro de la furgoneta. Mi amigo —o quien creía que era mi amigo— será mi verdugo. Y, además, habla de hacerles daño a mi hija y a mi madre.

Estoy vendida. Y no puedo defender a quienes más quiero. Sé que tengo que pensar rápido porque es lo único que puedo hacer, ya que no soy capaz de moverme con las manos atadas a la espalda.

Entonces tomo una decisión: si no salgo viva de aquí, mi madre y mi hija estarán expuestas. Hugo les hará daño igualmente, lo sé. Pero nunca sabrá todo lo que sabe Adonis. Al menos, alguien intuirá lo que ha pasado. No sé si hará algo al respecto, todavía desconozco a qué está jugando, pero ahora sé que no está con Hugo y por eso no pienso delatarlo. Adonis podría haberle contado la verdad cuando lo visitó por la mañana, pero se guardaba el as de la ilustración en la manga para hacer nuestra relación más creíble y menos inquisitiva de lo que era. Debería haberme dicho que el señor Landon era él.

Sí. Como suponía, es inteligente y lo tiene todo preparado. Va siempre un paso por delante.

—Nadie me está ayudando —aseguro—. Solo hay que informarse bien y buscar en los sitios correctos.

—Y una mierda, Ares. ¿Quién es tu informador? ¿Es un hacker? ¿Quién es? Dame el nombre o tus últimos instantes de vida serán una tortura para ti. No tendré clemencia contigo porque te juro que pienso participar en el juego de hoy. Nunca lo he hecho, pero te tengo ganas… —Me sujeta las mejillas con fuerza—. Y si lo hago, además, podré entrar en la Corte, como Masdeu. Puta. —Me lame la mejilla y me da tanto asco que quiero vomitar—. Te juro que vas a pedirme a

gritos que te mate.

Estoy asustada. Muerta de miedo. Todo se ha vuelto en mi contra, pero hay otra emoción que también me recorre con igual o más fuerza que el terror: el odio hacia él.

Así que le escupo y espeto:

—Estás asustado. —Hugo tiene los ojos cerrados por culpa de la saliva—. Estás acojonado porque sabes que tú también has dejado cabos sueltos y que te han descubierto… Y si haces las cosas mal, a ellos, a los que te contratan, tampoco les sirves. No puedes decirles nada de lo que está pasando porque cavarás tu propia tumba. —Sonrío a sabiendas de que eso es lo único que le puede hacer daño—. Y vas a tener que darte mucha prisa para eliminar las pruebas, Hugo. Hay vídeos, denuncias, fotografías… y, sobre todo, estoy yo. ¿Cómo les vas a decir a tus jefes que llevas callando que soy yo el cabo suelto de hace cuatro años y que no has dicho nada porque querías acostarte conmigo y que yo te quisiera? ¿Ves lo patético que eres?

Hugo abre los ojos y veo el brillo cruel y asesino en ellos. Entonces siento su puño golpearme el estómago con fuerza y caigo al suelo, sin respiración.

Hugo empieza a maltratarme. Me arranca la camiseta que llevo, me quita el calzado y los pantalones, y me deja solo en braguitas y en sujetador.

—No me amenaces, porque no te sirve de nada. Ellos pueden conseguir cualquier cosa y saben bien cómo hacerlo, cómo eliminar pruebas, testigos, o teorías de la conspiración como las tuyas. Estás perdida y en nuestras manos. Asúmelo. —Se pasa la lengua por el labio inferior y me sonríe—. Vas a ser mía. Voy a disfrutar cazándote, brujita. —Me acaricia las mejillas con el dorso de los dedos—. No llores. Conseguiré encender el móvil y veré con quién has tenido contacto. Te prometo que cogeré a la persona que te está ayudando. Lo que no te puedo prometer es que no haga daño a Venus y Nieves. Y a Lu, ella también me molesta. Igual hasta me lo paso bien con ellas.

—No conseguirás nada. Sé lo de Fanke, lo de su relación con Masdeu… Sé que él la mató. Sé que puede haber otras chicas… Lo sé todo, Hugo. Y esa persona también. Si les pasa algo a mi madre y a mi hija —miento—, lo destapará todo. Así que piénsate bien si quieres ponerles un dedo encima.

Él me repasa con desdén.

—Claro que sabes que puede haber otras chicas. Hoy es la noche. Esto tiene que pasar sí o sí. ¿Y sabes qué? Tú eres una de ellas.

No puedo ni hablar. Me levanta por el pelo de nuevo, me amordaza y me coloca un pasamontañas negro de licra en la cabeza que ni

siquiera tiene buena visibilidad por los ojos porque parece que tenga una extraña rejilla. Abre las puertas de la furgoneta y me obliga a salir de ella a trompicones.

Sé que es de noche por el frío y la humedad. Estoy en medio de la montaña porque mis pies tocan tierra y hierba.

Pienso en mi madre, que debe estar muy preocupada. Pienso en Venus, en si volveré a verla…

Hugo me empuja para que camine. Oigo ruido a mi alrededor. Parece que estamos en llano. Un búho ulula en la lejanía y siento su cantar como si me animase a escapar de allí.

—Colocadlas aquí —oigo que dice una voz.

La reconozco, la he oído antes. En la puja. Es el señor Masdeu.

Ha hablado en plural, así que asumo que hay más chicas conmigo. Se me seca la garganta y el corazón está a punto de salirse de mi pecho.

Oigo más pasos tras de mí. Como mínimo, debe haber un hombre más junto a Hugo y al señor Masdeu.

—Adelante, Edmundo —ordena este último.

Siento un pinchazo en el cuello. Es repentino, pero no doloroso.

—Esto os pondrá a tono a las tres —sugiere Masdeu.

Oigo un par de gemidos más. Acaban de pinchar a las otras chicas. Confirmo que hay dos más, aparte de mí.

—Habéis sido elegidas. Lo que os pase esta noche será un honor para vosotras y para vuestras familias. La caza os permite huir. Os dejamos dos minutos de ventaja. Veremos si podéis escapar.

No sé en qué mundo vive este tío. Para mí, honor, ninguno. Y dos minutos…, ¡qué hijos de puta! Con las manos atadas y sin poder ver bien con estos pasamontañas… no vamos a poder escapar. Y ellos lo saben.

—¡Cazadores! —clama el señor Masdeu—. Prepárense.

Se oye el sonido de una corneta de aire. Y a continuación, dice:

—Que empiece la caza de brujas.

—¡Corred! ¡Corred! —nos urge Hugo.

—¡Que empiece la caza! —grita el otro. Ya sé quién es. Es el supuesto compañero de Hugo, que nunca se llamó Rafa. Obviamente era mentira. Y es el que nos ha pinchado.

No sé qué nos ha inyectado, pero el corazón me va a mil por hora. A una velocidad que no creo que sea sana en absoluto, pero eso me impulsa a correr a ciegas. Intento ver a través de las rejillas, pero todo está muy oscuro. Hay muchos árboles. Sin embargo, mis piernas corren y tengo la sensación de que vuelo. No sé si a Hugo se le ha olvidado que me encanta correr. Pero con las manos a la espalda es

más complicado moverse con agilidad, esquivar troncos y saltar escollos. Así que pienso que lo mejor es detenerme unos segundos. Me oculto tras una roca y me tumbo en el suelo para pasarme las manos atadas por el trasero. Me hago un ovillo todo lo que puedo para llevarlas por detrás de las rodillas. No respiro bien porque tengo la boca tapada, pero hace tiempo que aprendí a correr y a respirar por la nariz. No sé cómo estarán las demás chicas.

Cuando consigo pasar un pie por el interior de mis brazos, me siento eufórica, porque inmediatamente seguido al primero, viene el segundo. Joder, lo he conseguido.

En nada tendrán que venir a por nosotras. Me quito el pasamontañas y me arranco el esparadrapo de los labios. Siento la boca dormida y el cuerpo excesivamente despierto. No sé qué me han inyectado, pero es muy extraño.

Me ha sujetado las muñecas con el esparadrapo plateado, el mismo que me había puesto en la boca. Así que me limito a morderlo mientras arranco a correr de nuevo. Convierto mis dientes en una sierra hasta que corto el apósito y, por fin, libero las manos. Ahora la mecánica de correr es más perfecta.

A mí no me van a cazar, esa es la única certeza que tengo.

«Corre, Ares, corre todo lo que puedas…», esas fueron las últimas palabras que me dijo mi abuela antes de irse para siempre. Y las repito en mi cabeza como un mantra.

Pero vuelvo a oír la corneta de nuevo y sé que vienen a por nosotras. Empieza la carrera para darnos caza.

Vislumbro un cuerpo pálido a través de los árboles, a mi derecha. Es una de esas chicas que, como yo, se han convertido en presas.

Puedo escapar. Sé que puedo conseguirlo y que estoy acostumbrada a correr por montaña, pero eso no hará que pueda huir definitivamente de ellos. Hugo irá a por mí. A por mi familia.

Y después están esas chicas. Al menos, veo a una. Tal vez pueda ayudarla. Pero si no lo hago, ¿en qué me convierte eso?

Corro a través de la espesa arboleda hasta que la intercepto. Ella grita, pero sus voz queda amortiguada por el esparadrapo que seguro que tiene en la boca.

—Chist… —le digo en voz muy baja, sujetándola por los hombros y obligándola a acuclillarse—. Soy una de vosotras. Me he liberado. No grites, por favor, no grites.

La chica se queda inmóvil, temblando como tiemblo yo por la adrenalina y no porque sintamos el frío nocturno de las montañas de Badalona.

La corneta vuelve a sonar, esta vez un poco más cerca.

La obligo a que se dé la vuelta y me agacho para morderle el esparadrapo que le sujeta las muñecas.

Cuando la libero, le quito el pasamontañas y, a continuación, un espeso pelo rojo y rizado cae a través de su espalda desnuda. También está en ropa interior de color blanca.

Tiene la piel pecosa y una silueta hermosa.

Se quita el esparadrapo de la boca y se da la vuelta para mirarme.

Me quedo tan bloqueada como ella se queda al verme a mí.

Es Tania Soler. Y no está desaparecida.

Y están a punto de cazarnos a las dos.

XXII

—¿Tania?

—Joder… —dice ella con las pupilas dilatadas—. ¿Tú? ¿Qué haces tú…?

—No hay tiempo para hablar.

—Eres la chica nueva de Adonis, ¿verdad? Me ha dejado por ti.

¿De qué habla esta mujer? ¿Y por qué piensa en Adonis cuando su vida está en peligro? ¿Tan enamorada está?

—No soy la chica nueva de nadie. Tenemos que escapar de aquí, venga.

—Nos van a matar —dice haciendo pucheros—. No se puede escapar de ellos. Es imposible.

Estamos las dos agachadas.

—Escaparemos. ¿Y la otra chica? ¿Sabes quién es? —le pregunto—. Éramos tres.

Ella me dice que no con la cabeza.

—Está bien. —Ellos aún no están cerca, pero ya veo el haz de sus linternas barrer la superficie del bosque—. Hay que correr mucho —le advierto—. Sígueme el ritmo. ¿Estás lista?

—S-sí.

—Vamos —la agarro de la mano y arranco a correr con ella.

Sé que voy deprisa y que ella no tiene mi condición física. Pero me da igual. No es momento para tener consideración. No me importa que no pueda seguir mis zancadas, como si me la llevo volando, pero si puedo salvarle la vida, lo haré.

Volvemos a avanzar unos metros, creo que tomamos distancia, hasta que ella se detiene abruptamente y deja ir un grito de dolor que me hiela el alma.

Me la quedo mirando horrorizada porque, si la oyen, sabrán ubicarnos mejor. Pero cuando le miro el pie, me doy cuenta de que ha gritado con razón. Se le ha quedado el tobillo atrapado en una trampa metálica de inmovilización, de esas que muerden con sus púas la carne y apresan a las bestias provocándoles muchísimo dolor.

No me lo puedo creer. Parece nueva…

No me jodas. Barro la superficie con la poca visibilidad que tengo de noche y me pongo en lo peor. Han colocado trampas para animales, para cazarnos a nosotras. No solo nos han querido drogadas y en inferioridad de condiciones. Además, nos quieren humillar y herir de maneras deleznables.

—Dios mío… —murmuro. Busco algo alrededor para hacer palanca, pero no encuentro nada que pueda abrir unas púas de ese calibre. Se le han clavado en el hueso y la sangre sale a borbotones. La herida me impresiona.

Tania cae al suelo, mareada por el dolor y se sujeta la pierna como puede.

—Voy a intentar cargarte —le digo. Hasta que me doy cuenta de que no puedo hacerlo. La trampa está sujeta a una cadena que, a su vez, tiene su amarre clavado en el suelo. No puedo sacarla. No puedo liberarla.

Me cubro la cara y me pongo a llorar por la desesperación. ¿Qué puedo hacer?

—No sé cómo sacarte, Tania… No sé qué hacer.

—No me dejes, por favor —me suplica con el rostro pálido—. No me dejes. Me matarán.

—No quiero dejarte, pero no sé cómo puedo liberarte —le digo entre hipidos.

Ella se pone a llorar y sigue gritando porque no aguanta el dolor.

—¡Me duele!

—Lo sé…, lo sé… Baja la voz —le pido. No sé de qué va a servir que la baje, seguro que ellos ya saben dónde han colocado cada trampa y solo tendrán que revisarlas para ver si han cazado a alguien.

—¡Joder! —gruñe asimilando su realidad—. Mierda… —No puede hablar bien. Le castañetean los dientes—. Diles a mis padres que lo he hecho lo mejor que he podido. Díselo…

—¿A tus padres?

—Sí. Si escapas, diles que he sido la mejor hija posible para ellos y que espero que se sientan orgullosos de mí. Que no tienen culpa de lo que me ha… ha pasado.

No, no…

Entonces los oigo llegar. Han sido muy rápidos y yo me he entretenido demasiado intentando liberar a Tania.

—¿Se lo dirás? —insiste.

—Sí. Sí. Lo… lo siento —le digo alejándome.

Camino a cuatro patas por el suelo para buscar cobijo detrás de algún árbol o de algún refugio inesperado que me ofrezca la naturaleza.

La zona en la que estoy es frondosa, verde y húmeda… Pinares y madroñales se alzan ante mí y conforman una espesura que me priva de ver más allá y de ubicar una salida por la que escapar airosa. Esto me recuerda mucho a Sant Fost, y si lo es, forma parte de La Conreria. Lo sé porque de pequeña iba muchas veces a comer a Els Castanyers con mi madre y mi abuela y antes hacíamos caminatas por los alrededores, pero la zona ha cambiado mucho y de noche todo es más complicado.

Siento las luces de las linternas casi encima de mí, así que repto como puedo hasta el saliente de una roca y me imanto a ella, ocultando todo mi cuerpo por completo.

Los escucho llegar hasta Tania, están ahí mismo, y yo debo de estar a unos veinte metros retirada de ellos.

Me asomo un poco solo para verlos. Son tres, como intuía. Y llevan máscaras de lobos.

—Ya tenemos a la primera —dice el señor Masdeu—. Levantadla y quitadle la trampa del pie —ordena—. Yo me encargo de ella. Separaos e id a por las otras dos. Hugo, encárgate de la chica que has traído, quiero saber quién es y verle la cara.

Reconozco el cuerpo de Hugo. Están los tres vestidos de negro, como si fueran uniformados.

—Te gustará —asume Hugo.

¿Cómo? Pienso entumecida y muy confundida. ¿Que no sabe que soy yo? ¿Qué soy? ¿Una sorpresa?

—Tenemos a Tania Soler —anuncia el maestro de ceremonias—. ¿Quién te ha liberado, Tania? ¿Lo has hecho solita? Qué aguerrida…

Ella cierra los ojos muy afectada y dolorida y no hace nada para impedir que ese hombre la coloque y la manipule como quiera. La ha puesto a cuatro patas sobre el suelo y ahora, de una bolsita negra de tela que lleva colgada a la espalda, ha extraído un cordel de hojas de hiedra, un frasco con algo verde en su interior y una cámara. La coloca delante de su cara para grabarla en primer plano.

—¿Te han instruido bien? —pregunta ese individuo repugnante bajándose los pantalones y sacándose el miembro—. ¡Id a por las chicas! —ordena iracundo a Hugo y al tal Edmundo—. ¡¿Qué coño hacéis aquí mirando?! ¡Id a por vuestra bruja, joder!

Edmundo, que es más alto pero está menos en forma que Hugo, se va en la dirección opuesta a este. Sé lo que me dijo Adonis. Sé lo que es ese frasquito verde. Es estramonio y compruebo con horror cómo el señor Masdeu le arranca las braguitas a Tania, que está en shock, se unta los dedos con esa crema verdosa y la empieza a penetrar con ellos, como si quisiera vaciar el tarro en su interior.

Después, le ata las manos a Tania a la espalda con el cordel de hiedra y la obliga a pegar los hombros y la mejilla derecha en el suelo. A continuación, la agarra bien de las caderas y le levanta más el trasero desnudo.

Aunque sé que debo protegerme y mirar por mí, aunque sé que no soy capaz de enfrentarme a esos hombres y salir vencedora, me siento miserable y mezquina por no defender a Tania. Por no salvarla. Pero si pudiera… ¿y si pudiese? ¿Y si lo ataco por la espalda, por sorpresa? No me veo capaz de no hacer nada.

Hugo me está buscando y yo tengo que escapar, pero ahora debo poner todos mis sentidos en el terreno y en intentar que ninguna trampa me muerda el tobillo. Palpo el suelo hasta encontrar una piedra que pueda cumplir mi función.

Cuando la encuentro, camino acuclillada y me acerco al lugar donde el hombre está violando a esa chica indefensa y herida. La está penetrando con el miembro mientras mira al cielo y habla en latín… No sé lo que dice, pero juraría que no tardará mucho en correrse.

Esquivo los helechos que me cortan el paso y estudio el terreno con cautela.

Ahora está ahogando a Tania. La está asfixiando. Y siento que a mí también me falta el aire. Mierda, tengo que darme prisa.

Estoy casi a cinco metros de donde está él.

Maldito violador asqueroso. No puedo ir más veloz sin que él me vea, no puedo hacer mucho ruido.

Me acerco sigilosamente comprobando que no haya trampas escondidas en la tierra; me parece que pasa una eternidad hasta que llego junto a él, pero lo consigo. Me he ocultado detrás del árbol frondoso que tiene a la espalda. Tomo aire, salgo de mi escondite y doy cinco pasos hasta tenerlo a mano. Sujeto la piedra con tanta fuerza como puedo y entonces, alzando el brazo, le doy con toda mi rabia en la cabeza. Sé krav magá, podría hacer algo más, pero no quiero que él emita ningún ruido de alerta a los demás porque eso provocaría que vinieran a buscarme.

El sonido es atroz, hueco, y también ha sonado a hueso roto.

Suelto la piedra cuando veo que el señor Masdeu cae hacia delante como peso muerto y tira la cámara al suelo. Sepulta a Tania bajo su cuerpo. Creo que le he interrumpido el orgasmo.

Temblando y completamente al borde de una crisis nerviosa, si no la tengo ya, intento apartarlo para salvar a Tania. Pero cuando la miro a la cara, el gesto de horror de su rostro me dice que es tarde para ella. El señor Masdeu la ha asfixiado. Le busco el pulso en el cuello y no lo encuentro, no noto el corazón.

Ha muerto.

Acabo de presenciar una persecución, una caza, una violación y un asesinato.

Sin embargo, yo sigo aquí. Debo vivir por Venus y por mi madre. No quiero que a ellas les pase nada. Ni yo correr el mismo destino que Tania.

Me aparto de los dos cuerpos que tengo ante mí y me levanto con las rodillas temblorosas y el espíritu quebrado.

Y pienso en Adonis. De saber lo que me iban a hacer, ¿me habría ayudado? ¿Habría venido a por mí? Es mi único cómplice, el único aliado que he tenido.

Pero cuando me incorporo por completo y miro al frente, lo veo.

Al lobo que me persigue.

Hugo está a unos cincuenta metros de donde yo estoy con el rostro enmascarado fijo en mí. Es como la imagen de una película de terror, como *La purga* o *Scream*. Puedo verlo todo con absoluto detalle. Estudia la situación, intentando comprender por qué el señor Masdeu está inconsciente.

Entonces, cuando parece comprender lo que ha sucedido, arranca a correr como un animal desatado tras de mí, y yo hago lo mismo, bajando por el bosque, esperando que, en mi carrera, en algún momento, como en las películas, llegue a una carretera y un coche me encuentre para ayudarme, aunque tenga que frenar en seco para no atropellarme.

Pero nada de eso va a pasar. Me he metido yo sola en la boca del lobo. A pesar de las advertencias y de las señales de alarma, no he sabido alejarme de todo esto y ahora puedo acabar muerta en el juego macabro de estos desalmados.

Mis piernas corren tanto como puede bombear mi corazón. Sé que la droga que me han dado es un estimulante, pero no sé de qué tipo.

El miedo puede ser un paralizador o un motor. Depende de qué lo motive.

Me pongo a correr, no por miedo a que Hugo me haga nada a mí, sino por miedo a que, en un futuro, a Venus le pueda pasar lo mismo. Temo que se quede sin protección, porque no quiero dejarla sola en un mundo como este, donde hay hombres que pueden hacer lo que quieran y no pagar por sus pecados y en el que las élites juegan con las personas porque tienen muchísimo más poder que los demás.

Por eso corro, porque me gustaría poder decirle que no todo el mundo es bueno. Quisiera abrazarla con fuerza y decirle al oído que deberá desconfiar incluso de los más amables, porque no todos tendrán buenas intenciones.

Pero para eso, tengo que escapar.

—¡Ven aquí, zorra! —grita Hugo a tan solo unos metros detrás de mí.

Debí suponer que Hugo sería buen corredor, porque es alto y tiene buenas piernas. Este es un policía de verdad, corrupto, lamentablemente, pero con buenas facultades. No es un caimán ni un funcionario de oficina. Asumo que no podré mantener mucho tiempo más las distancias. Pero si quiere detenerme, va a tener que alcanzarme y placarme, porque no pienso resbalar, ni tropezar ni tampoco caer en una trampa por la falta de visibilidad.

—¡No puedes escapar de mí!

Mierda, lo tengo pegado a la espalda.

El placaje llega antes de lo esperado. Hugo se tira a por mis piernas y las alcanza.

Caigo hacia delante y me golpeo el cuerpo contra el suelo.

Hugo repta por encima de mí, me agarra de los hombros, me da la vuelta, se sienta encima de mi vientre y, aunque intento quitármelo de encima, me abofetea.

—¡¿Qué coño le has hecho a Masdeu, insensata?! ¡Hija de puta, me vas a arruinar la vida! —Me abofetea una segunda vez y esta me duele más que la primera. Noto el sabor de la sangre en la boca. En defensa propia, alzo la rodilla y le doy en los testículos. Sé que le he hecho daño porque se ha encogido, pero vuelve a inmovilizarme las manos por encima de mi cabeza.

—¡Para, joder! —¡Bum! Otro puñetazo entre las costillas. Me ha dejado débil, sin aire y muy mareada—. ¿Sabes lo que te ha inyectado Edmundo? —me dice riéndose como un monstruo—. ¿No? ¿No lo notas en cómo tiemblas, en cómo te humedeces entre las piernas y en el dolor de los pezones? Estás estimulada, no por la adrenalina —dice cerca de mi lóbulo izquierdo, mordiéndome hasta hacerme sangre. Grito por el dolor—. Estás cachonda por el afrodisíaco. La adrenalina y el estar en peligro aumentan tu libido y te disparan el corazón. Necesitas que algo te llene entre las piernas y correrte tantas veces como puedas. Así que o te mueres por lo que te voy a hacer o te mueres de sobredosis. Voy a follarte, Ares, voy a violarte como me dé la gana y vas a ser mía. Y lo voy a grabar. Después, como te he dicho, me encargaré de tu madre y de tu hija. Y también de Lu. Tú vas a ser mi primera ofrenda y voy a entrar en la Corte por la puerta grande al ofrecerles a quien se les escapó cuatro años atrás y arreglando todo lo que salió mal entonces.

Grito por la impotencia y aunque lloro, continúo luchando.

—Eres una corredora excelente. Pero soy un hombre. Más fuerte

que tú. Pelea lo que quieras, que para mí es mejor, se me pone dura solo de ver cómo te contoneas. Vamos a empezar —indica antes de darme la vuelta sobre el suelo lleno de agujas de pinos, hierba, tierra y musgo—. A ver…, tengo que hacerlo como Masdeu me dijo… —murmura descolgándose la bolsa de tela negra que lleva colgada a la espalda—. Primero te ato las manos con la hiedra, después te lleno el útero de estramonio y a metértela hasta que te mueras. Hay algunos que las matan al primer orgasmo, como le ha pasado a Masdeu. Pero sé que otros hacen que dure lo impensable, porque así la ofrenda y el sacrificio es mayor. Me he aprendido hasta el discurso en latín… —Me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás—. Y después de esto, la gloria y el poder para mí —se felicita—. A ti no te lo voy a poner nada fácil, Ares Parisi. ¿Entiendes que nuestra vida juntos ya no puede ser? ¡Y todo por tu culpa! ¡Por meterte donde no te llaman! Esto ya te pasó una vez, pero estabas inconsciente. Quien te lo hizo, creyó que te había matado. Yo me voy a asegurar de que estés viva hasta que me harte de eyacular dentro de ti, perra.

Me quiero morir ahí mismo. Estoy débil por los golpes y no tengo fuerzas para pelear en esa posición. Hugo me dobla los brazos a la espalda y me hace daño en el codo izquierdo. Vuelvo a gritar por el aguijonazo.

Sujeta mis muñecas con una de sus manos y me las pega en la parte superior del trasero. No puedo culebrear como quiero porque me duele el cuerpo de los golpes. Si consigue atarme, ya no habrá esperanzas para mí. Ni para mi madre ni para Venus. Y mucho menos para las que vengan, si es que hay más.

Entonces Hugo se coloca bien detrás de mí y me levanta las caderas, obligándome a quedarme de rodillas, con los hombros y la cara sobre el suelo, tal y como vi que le hicieron a Tania, y saca el cordel de hiedra para empezar a atarme las muñecas.

Y, de repente, se oye un grito de hombre en el bosque. No el de una mujer. El de un hombre. Es un gemido ronco y desgarrado.

Me quedo mirando al frente, con los ojos abiertos como platos, sin pestañear.

Hugo se paraliza y mira hacia atrás, como si pudiese ver a través de la espesura.

¿Ese ha sido Edmundo?, pienso.

Y entonces se escucha un aullido. El aullido de un animal de la noche, de uno de verdad, no de esos sucedáneos que no llegan a hombres y que van de carnaval con sus máscaras lobunas.

El silencio del bosque ha sido ocupado por el sonido de una bestia real. Una a la que los hombres deberían temer. Cuando, de repente,

escucho un gruñido salvaje entre los matorrales de alrededor. No me lo puedo creer… Parece que, sea lo que sea, lo tengamos encima.

—Mierda —dice Hugo. Reconozco su voz y sus movimientos. Está asustado y tuerce el tronco y la cabeza a un lado y al otro para encontrar lo que sea que se esconde en el bosque con nosotros.

Siento cómo se lleva la mano a la cintura y saca la pistola. Nos rodea la niebla, que se desliza por el suelo como si de una arboleda norteña se tratase; parece que el mismo bosque quisiera ocultar lo que acontece en sus entrañas.

Hugo me coloca el cañón de la pistola en la cabeza. Quita el seguro.

Y me dice:

—Tal vez no te folle. Pero te voy a matar igual.

Cierro los ojos con fuerza y rezo para que el espíritu de mi abuela, si es verdad que está en nuestra casa, en el larario, invoque a los agatodemon y protejan a mi madre y a mi hija. Porque está claro que a mí no me van a poder salvar.

Pero los giros inesperados se dan en las situaciones más inverosímiles. Creo que inspiro por última vez en la vida, las lágrimas se deslizan por las comisuras de mis ojos hasta el suelo y, entonces, el gruñido se hace ensordecedor y dejo de sentir a Hugo detrás de mí, aunque percibo que algo ha sobrevolado por encima de mi espalda.

Lo que ven mis ojos parece fruto de una alucinación. Tengo ante mí a un lobo gigante, enorme, de color blanco y ojos amarillos. Un lobo que es más grande que Hugo y cuya cabeza es cuatro veces mayor. Ha clavado las fauces en la parte inferior de la mandíbula y en la parte superior del cráneo del policía y está ejerciendo presión. No soy capaz de dejar de mirar.

Hugo parece un muñeco de trapo mientras el lobo lo sacude de lado a lado; tiene un propósito claro y lo consigue cuando sus fauces superiores e inferiores se unen en un bocado perfecto que le extirpa la cara a Hugo y parte de su estructura ósea.

La sangre del acto visceral y gore salpica mi rostro. Mis ojos se cierran por un mero reflejo, pero después vuelven a buscar esa escena con ahínco.

Hugo está muerto, sin cara, y parte del cerebro le asoma por la frente que ya no tiene. Puedo verle el interior sin ninguna complicación, porque el mordisco ha sido perfecto y limpio, como suele ser todo lo que hace un depredador.

De repente, el lobo se pasa la lengua por el hocico y se acerca a mí.

No soy capaz de mover un solo músculo de mi cuerpo. ¿Esto es real? Se agacha, por completo y se estira, como una esfinge frente a

mí. Estoy paralizada por la impresión, por el miedo, por el shock… y, sin embargo, sigo sacudiéndome y temblando como una hoja.

El lobo repta poco a poco y percibo que no quiere asustarme, que lo hace para no intimidarme, pero eso es imposible porque le chorrea sangre de los dientes.

Y entonces, une su nariz a la mía, cierro los ojos pensando que va a morderme o hacerme algo como lo que le ha hecho a Hugo, pero en vez de agredirme, me pasa la lengua por la cara una vez. Dos veces, hasta tres…

—Remo, aquí.

Conozco esa voz autoritaria. Y oírla hace que me libere de la tensión.

Es Adonis. Adonis está aquí. No sé cómo me ha encontrado, no sé por qué ni tampoco de dónde ha salido ese animal propio de *Animales fantásticos,* de Rowling.

—Deja a Ares —le dice con ternura al animal, que no deja de lavarme—. Ya está bien la nena. Ven.

¿La nena? ¿La nena soy yo?

Siento las manos de Adonis sobre mis caderas y son tan distintas a las de Hugo… que quiero gemir de agradecimiento. Las suyas las siento como fuego, cálidas, dominantes, inflexibles pero bondadosas.

Y cuando comprendo que ha venido a protegerme, que me ha salvado, que no me quiere herir, una oleada de fuego me baña por dentro, como si yo misma quisiera dejar de sentir frío, y entonces me desmorono.

Lloro desconsoladamente. Mis hombros se estremecen y me falta el aire.

—Está bien, Ares… —Adonis me desata las muñecas y, a continuación, me coge en brazos sin ningún esfuerzo.

Me duele el cuerpo y el corazón me va demasiado deprisa. La melena me cubre el rostro parcialmente, pero consigo mirarlo por entre mis largas hebras oscuras. Me cuesta admirarlo a través de las lágrimas, aunque percibo que está serio y muy cabreado. Y está así por mí. Por haberme encontrado en ese estado. Está enfadado, pero no conmigo, sino con ellos. Con el mundo. Yo también estoy disgustada y muy decepcionada con el mundo.

No puedo hablar. No sé qué decirle. Mi mente no piensa con claridad y siento el cuerpo extraño. Me agarro a su cuello y oculto el rostro en su hombro porque necesito desahogarme. Solo quiero llorar y quedarme callada.

—Vamos, *bambina* —susurra él apoyando su mejilla sobre mi cabeza—. Estás a salvo. Nadie te va a hacer daño otra vez. Tranquila

—me pide con la voz rota—. Tranquila, *bambina*…

Es atento y dulce. Me sujeta contra su cuerpo con fuerza para transmitirme su cercanía y su calor. Adonis mira al frente, como si buscase a alguien más. Me quedo mirando su perfil poderoso y pienso que es y será el hombre más increíble que he visto y veré en mi vida. Me deja sin aliento.

Entonces, sus labios se unen y emiten un silbido.

Y se queda muy quieto, esperando unos segundos, hasta que aparece un segundo lobo gigantesco de pelaje pardo con las fauces igualmente manchadas de sangre, la cual gotea a través de su cuello anchísimo.

—Vamos, Rómulo. Al coche —ordena.

Es subyugante ver a un hombre como Adonis, vestido de negro, con botas militares, una chaqueta oscura de tres cuartos y el pelo negro y suelto al viento, caminar escoltado por dos lobos que deben de pesar unos doscientos kilos cada uno, sin exagerar. Es que no parecen reales, ni siquiera de este mundo. Sabía que Adonis tenía un cachorro de perro lobo checoslovaco llamado Lobo. Lo que no sabía era que tenía dos más que eran sus propios vengadores. Rómulo y Remo. Los fundadores de Roma, hijos de la vestal violada, Rea Silvia. Como la del cuadro de casa y sus animales. Los animales son iguales, del mismo color, pero ambos tienen los mismos ojos de Adonis. Como el cachorro.

Es de locos… Parece que todo forme parte de un juego maquiavélico del destino en el que nada, ni siquiera los nombres, se elige al azar. Donde la fantasía, la leyenda y la cruda realidad se entremezclan hasta hacerme dudar de lo que es y de lo que no es.

—Hay que hacer algo con esos temblores, Ares… —me dice al oído —. Te voy a ayudar a que te encuentres mejor, pero tenemos que ir a mi casa. En este estado, es mejor que no te lleve a la tuya.

Tomo aire por la nariz, entre hipidos… Me cuesta incluso respirar por lo sobrecogida que me hallo. Y lo peor es que me duele el cuerpo, la entrepierna, los pechos, el útero…, me duele de un modo que no soporto y que me obliga a cerrar las piernas con fuerza.

Caminamos por el bosque, con calma y con cuidado.

—Las trampas… —atino a decir—. Los lobos…, que tengan cuidado —sugiero.

—No te preocupes, ellos nos guían. Están adiestrados para localizarlas.

Exhalo y vuelvo a sucumbir al temblor súbito e involuntario de mi cuerpo.

—Me duele, Adonis —digo desesperada, haciéndome un ovillo

entre sus brazos. No sé ni qué tocarme porque, sencillamente, todo me molesta—. Me duele mucho. Ayúdame.

—Lo sé —lamenta como si le doliese a él—. Yo me encargo de ti. Vas a estar bien.

Sé que no debería, pero me siento a salvo en sus brazos, como si supiera que va a cuidar de mí.

Cruzar el bosque de noche, con media luna en el cielo y agarrada al cuello de un príncipe del Abismo, sería el sueño de cualquier lectora de novela romántica y gótica. O, sencillamente, sería el sueño oculto de muchas mujeres.

Lo mío no es un sueño. Es real.

Llegamos a un claro en el que hay un Jeep Gladiator de color negro y un Land Rover Defender de color gris plateado. De este último salen dos hombres, uno mulato y el otro tan blanco y rubio que parece ruso. Ambos vestidos de negro y muy discretos. Tienen aspecto de militares y llevan guantes de látex oscuros.

Adonis los mira y les dice:

—Hay tres hombres y dos mujeres. Encargaos de todo. Tenéis bastante trabajo. Registrad que las cámaras no hayan grabado ni transmitido nada en *streaming*…

—No es posible —asegura el mulato—. No hay nada de cobertura.

—Recogedlo todo y no dejéis ni una prueba que puedan rastrear. Ubicad los vehículos en los que han venido y haceos cargo.

—Sí —asume el rubio.

—¿Solo hay dos chicas? —pregunta el mulato, como si esperase una respuesta afirmativa. Tiene los ojos negros y las ojeras muy marcadas.

—Sí.

—¿Hay alguna viva?

Adonis dice que no con la cabeza, lamentándolo profundamente.

—Limpiad la zona, no dejéis huellas y preparad un relato que se pueda oficializar.

—Descuida. Va a quedar todo limpio. Mejor de lo que ellos lo hacen —responde el rubio.

—Bien. Cuando lo hayáis cerrado todo, llamadme.

Los dos hombres asienten sin más y se internan en el bosque para llegar a esa zona maldita de la que nosotros huimos, donde el horror, la violencia y la tragedia sesgan la vida y donde esta se hace pasar por ofrenda.

No sé quién es Adonis. No lo conozco y no sé si llegaré a hacerlo algún día, pero tengo claro que no es como ellos. Y no sé si eso lo convierte en bueno o no, pero sí que a mí me basta para dejar de

temer por mi vida.

Sé que hay muertos tras de mí, que ha habido asesinatos, que creo que he matado a un hombre y que me han intentado violar y matar a mí. Pero no es lo mismo matar por defender a otros que están siendo injustamente agredidos que matar, agredir y herir por el puro placer de hacerlo.

No entraré a valorar las muertes de Hugo o del señor Masdeu ni de ese tal Edmundo. Por mí, que ardan en el Infierno. No merecían vivir. Y encuentro satisfacción en el hecho de que hayan pagado por sus pecados.

Rómulo y Remo se suben de un salto a la parte trasera del Gladiator. Es evidente que están acostumbrados a ir en ese lugar. Siguen relamiéndose la sangre de los colmillos y a mí todo me parece bizarro.

Adonis abre la puerta del copiloto y me deja en el asiento. Me retuerzo porque tengo la sensación de que mis pechos y mi útero están en llamas, sufren espasmos involuntarios que no puedo controlar.

Siento que estoy ardiendo.

Adonis me pone la mano en la frente y gruñe algo que no entiendo. Después, sube corriendo al coche y arranca a gran velocidad.

—Vámonos. Hay que cuidar de ti —dice en voz baja, más furioso de lo que él mismo querría transmitir, pero no lo suficiente como para que me asuste.

No voy a tener miedo de Adonis nunca más.

XXIII

Nunca me había encontrado tan mal y tan intranquila. Tengo taquicardias cada poco tiempo, no dejo de temblar, la temperatura de mi cuerpo sube y baja a su antojo y me duele la piel, los ovarios y el útero de una manera que nunca había sentido. Es un sufrimiento que me arrasa la cordura.

No lo sé explicar.

Adonis me ha traído a su casa. Los perros han salido corriendo por el jardín y ni siquiera sé hacia dónde han ido, pero Lobo ha venido a recibirme, juguetón y cariñoso, como si supiera que necesito ayuda. No quiero salir de los brazos de ese hombre, me siento bien en ellos.

Estoy tan mal que ni siquiera he advertido que estaba dentro de su castillo, ni he mirado para curiosear, más que nada porque no he despegado la nariz de su cuello en todo el trayecto porque su aroma, el olor de su piel, hace que me sienta cuidada, que me alimenta.

Y es como si estuviera borracha, pero sin estarlo; como si hubiese fumado marihuana, pero sin fumarla; como si me hubiese metido una raya sin haberla consumido.

Y no sé si lo voy a aguantar mucho más tiempo. Puede que se me pare el corazón.

Adonis me ha dejado tumbada en una cama de grandísimas dimensiones, con colchas tan suaves como una caricia, oscuras y brillantes. Es una habitación masculina, sin demasiadas virguerías, pero con mucho espacio y una alfombra grande en el suelo de pelo marrón oscuro frente a los pies de la cama. En la pared hay un cabezal empotrado que parece de yeso y que simula unas puertas cerradas cuyo pomo es la cara gigantesca de un demonio, pero no parece cruel ni maléfico. Tiene cuernos y es tan hermoso como Adonis. Es más, si pudiera concentrarme mejor, creo que podría decir que se parece a él. Pero los retortijones no me dejan centrarme en nada que no sea la opresión que siento en la vagina y el útero. Estoy sudando, mojada, como si acabase de salir de la ducha.

—Ares.

Tomo una bocanada de aire porque siento que me falta. Levanto la

cabeza lo que puedo y veo a Adonis solo con un pantalón negro holgado y el torso descubierto.

Por el amor de Dios…, ¿qué hechicería es esta?

Ese torso es perfecto para dibujarlo, para delinearlo, para lamerlo… ¿Qué me pasa? ¿Por qué solo puedo pensar en algo sexual cuando acabo de vivir una experiencia al borde de la muerte?

El brillo de sus ojos amarillos es tan puro que me paraliza y creo que podría obligarme a hacer lo que quisiera. A nada le diría que no.

—Te han inyectado una cantidad de afrodisíaco en el cuerpo que puede matarte y te está colapsando. No la puedo bloquear con nada porque es una sustancia de diseño complicada de rebajar y difícil de eliminar si no es a través del sudor y liberando otro tipo de hormonas para contrarrestarla. Te han metido rush líquido y te está causando estragos en la circulación y en las hormonas. Es la droga del sexo, una variación del popper mucho más peligrosa. Te la han metido porque querían abusar de ti durante horas y para que dilataras para ellos. Ese es su procedimiento.

Me humedezco los labios y trago saliva; me cuesta respirar.

—Me imagino… Ayúdame a… a encontrarme bien —le pido—. Creo que me voy a volver loca.

—Es lo que voy a hacer. Pero tienes que confiar en mí. —Se acerca a la cama hasta que sus rodillas chocan contra la parte más alta del colchón—. Tienes que sudarla. Y la única manera de contrarrestar lo que te han inoculado es liberar hormonas como la oxitocina, la endorfina y también adrenalina. Son vasodilatadores y te ayudarán a que la sangre circule mejor y empieces a drenar la droga correctamente.

Cierro los ojos porque necesito concentrarme en lo que me dice.

—No soy tonta, Adonis. Sé a lo que te… te estás refiriendo —gimo de nuevo, encogiéndome hacia un lado y sujetándome el vientre como buenamente puedo, apretando las piernas buscando un alivio que no encuentro.

—No voy a forzarte —me aclara—. Ni voy a penetrarte ni a tener sexo contigo. Pero te ayudaré igualmente.

—No te sigo.

—Me voy a hacer cargo de ti, Ares. No quiero que te pongas nerviosa. Has pasado por algo traumático y no quiero que tu mente te juegue una mala pasada ni que me mires como los has mirado a ellos. Tiene que quedarte claro que no soy como ellos.

Asiento para tranquilizarlo y también para sosegar mi corazón, que corre desbocado hacia ningún lugar en concreto.

—¿Sabes que no soy como ellos?

Afirmo con un movimiento de la barbilla.

—Dímelo.

—Sé… sé que no eres como ellos.

—Bien. —Alza el mentón duro y su nuez se mueve arriba y abajo, mirándome de soslayo. Está tenso. Lo sé por los puños cerrados—. Voy a darte placer y a darte los orgasmos que necesites para eliminar todo el rush de diseño de tu torrente sanguíneo. Te tienes que dejar en mis manos. Jamás te haría daño.

Abro la boca levemente, porque ni siquiera tengo los reflejos suficientes como para contestar de manera apropiada.

—Pero…, Adonis —me obligo a retomar el hilo en la cabeza, a pensar con algo de claridad, aunque poca—. Necesito comprender cosas… —Me tiembla la voz y estoy a punto de echarme a llorar otra vez—. Necesito saber cómo supiste dónde estaba, cómo me has encontrado y… y…

En dos segundos lo tengo encima de mí, con todo su cuerpo presionando el mío, inmovilizándome contra el colchón, tan distinto a la actitud de Hugo. ¿Cómo he podido compararlos alguna vez? Su pelo negro cae sobre mi rostro y sus ojos están fijos en mi boca. Sus caderas han abierto mis piernas sin problemas y ahora tengo su miembro grande, grueso y duro presionando contra mi sexo, drogado de rush.

—Te prometo que te lo explicaré todo. Pero antes, deja que te ayude a que te encuentres mejor.

—Estás… estás con una erección…

Mueve la cabeza en una negativa y sus ojos parece que sonrían ante la observación.

—No. Aún no —asegura—. Pero, como te he dicho, no soy yo quien necesita ayuda. Eres tú. Y voy a hacer que te sientas bien. Después, ya hablaremos. Ahora… —Se apoya en las manos y se levanta sobre mi cuerpo, colocándose a cuatro patas, enmarcando mi silueta con rodillas y manos. Es muy sexy y muy grande, como sus lobos…, es irresistible, maldito sea. Y no le pienso decir que no.

Si no se lo dije en el Abismo, y entonces no estaba en riesgo de sufrir un paro cardiaco, no se lo pienso decir ahora, que mi salud está en juego.

—Hazlo —le digo—. Por favor —corrijo de golpe—, hazme lo que me tengas que hacer.

—No quiero que te asustes.

—No voy a asustarme. —Pfff, menuda trola.

Él considera que se puede fiar de mi palabra y, acto seguido, se baja de la cama, se coloca de rodillas a los pies de la estructura y estira los brazos para agarrarme los muslos como un gancho y tironear

de ellos de golpe hasta llevar mi trasero al límite del colchón.

Su rostro está a la altura de mi sexo, cubierto por mis braguitas negras. Me retira la ropa interior, concentrado en su labor, y lanza la prenda al suelo.

—Yo… no… no hago estas cosas nunca —aseguro cubriéndome los ojos con el antebrazo—. No es algo que…

—Chist —me dice mordiéndome suavemente el interior del muslo derecho—. No te he pedido explicaciones. No tienes que dármelas. Solo soy yo haciendo que te sientas mejor. Solo eso —susurra contra mi piel, con los ojos hambrientos clavados en mi vagina expuesta.

Se me eriza la piel y tengo la sensación de que podría correrme solo con eso.

Después me abre bien los muslos y me inspecciona.

—Ares…

—¿Sí?

—¿Te puedes quitar el sujetador?

Estar completamente desnuda ante él, después de estar tantísimo tiempo sin intimar con un hombre, después de vivir una experiencia cercana a la muerte, debería extrañarme y repelerme. Pero con Adonis no me sucede. No experimenté rechazo en el Abismo y tampoco lo experimento ahora, en su cama, ni en su castillo.

Me retiro el antebrazo de los ojos, me llevo las manos a la espalda y desabrocho el sostén. Mis pechos se liberan y parece que agradezcan el aire frío de la habitación, como si los besara.

Él levanta el rostro para mirarme.

Yo lo miro a él, respirando agitadamente.

Sus ojos se deslizan por mi torso desnudo, por mis caderas, por mis pechos, mis clavículas, mi vagina…, por todas partes hasta detenerse en mi cara.

—Eres tan hermosa —asegura. Sin embargo, su gesto se tuerce y se llena de dolor al vislumbrar las heridas de mis rodillas, del labio y la mejilla—. Está bien…, va a estar bien, tranquilo. —Esto último se lo dice a sí mismo, como si él también necesitase tranquilizarse, y su efecto es un abrazo para mi alma.

En el fondo, sé que está haciendo esto para salvarme la vida, aunque su expresión esconde una promesa. Me temo que también lo va a disfrutar y se va a recrear en mí y en lo que me hace.

Adonis se recoge el pelo con una goma que lleva en la muñeca. Los mechones largos de delante le caen por la cara y por los ojos, pero no le molestan. Ni a mí tampoco, porque le hace parecer más salvaje de lo que es. Tiene los hombros anchos y musculosos, un pecho perfectamente bien delineado y trabajado y los abdominales con

volumen y muy marcados, eso sin hablar de los oblicuos. No es carne de culturista, porque no tiene el volumen bestial de los toros, pero su forma es excelsa, armónica y tan fuerte que intimida.

Me abre las piernas mejor con las manos y, antes de posar su boca sobre mi vagina, sonríe como un asaltador.

Esto está fuera de toda ética, de toda razón; mi comportamiento podría ser incluso libertino y depravado, pero no me puedo culpar porque estoy bajo los efectos de una droga potente que… ¡joder!

Me quedo sin aire en cuanto noto su boca justo ahí y su lengua me abre los labios exteriores para pasearse por todo mi interior, dibujar y reseguir mis pliegues más íntimos.

Me agarro a la colcha porque estoy segura de que puedo salir de ahí levitando… y me doy cuenta de que, a cada lametazo, el dolor mengua…, mengua y se arremolina, todo a la vez. Podría volverme loca.

Adonis succiona el clítoris unos segundos y después vuelve a pasar la lengua entre mis labios interiores. Creo que está siguiendo un circuito, memorizándolo con la lengua para encontrar mi sabor y mi textura… Hace una ruta que me enciende una vez tras otra y que no me da la posibilidad de explotar, aunque me está preparando para ello. Y entonces, dice:

—Estas ardiendo aquí abajo, *piccola*… ¿Te duele mi lengua?

Por Dios. Que me hable así me pone cardiaca perdida. No me consideré nunca una mujer muy sexual. Es decir, me ha gustado el sexo. Supongo que como a todos. Pero, ahora mismo, mi cerebro es un pozo de perversión…

—Sí —susurro.

—Es porque estás hiperestimulada.

Y vuelve otra vez a poner su boca en mi vagina y a azotar mi clítoris con la punta de la lengua hasta que estoy tan hinchada que no lo aguanto. Y sin esperarlo, mi primer orgasmo explota contra su lengua y él lo recoge encantado, saboreándolo y celebrándolo, acompañándolo hasta la última oleada.

—Este es el primero…, va a ser una noche larga —dice soplando contra mi sexo para enfriarlo de nuevo.

Tengo el pecho y la frente perlados de sudor y soy incapaz de cerrar las piernas. Incapaz, porque los hombros y la cabeza de Adonis me impiden hacerlo.

—¿Quieres dedos, Ares? ¿O prefieres que te lo haga con la lengua? —Apoya la mejilla contra el interior de mi muslo y me quiero morir porque me parece tan íntimo y al mismo tiempo tan impersonal que parezco una bipolar perfecta y encantada de la vida.

Menuda mierda.

—Adonis…

—Estás sonrojada. Eres puro pecado así.

—Para. No digas esas cosas… Estoy drogada. —Me muerdo el labio inferior porque vuelve el dolor y necesito que me coma—. No te rías.

—¿Reírme? ¿Crees que algo de esta noche me parece divertido? —Su tono se vuelve arisco—. Nada me lo parece. Te han drogado y te han preparado para que otro te viole y te mate. Y por eso, porque estás en inferioridad de condiciones, no puedo hacerte todo lo que quiero. Porque no es justo para ti. Y no pienso abusar de tu situación. Así que dime: ¿qué quieres que haga? Porque no quiero hacer nada que te tense o te haga sentir demasiado mal. Quiero que disfrutes y que te lleves algo bueno de esta noche.

¿Algo bueno de esta noche? Me llevo lo mejor, pienso: la vida.

—Sigue haciendo lo que me haces —le pido volviendo a agarrarme el vientre por otro espasmo duro del útero.

Adonis reacciona rápido al ver mi dolor, me aparta las manos de la barriga y me las sujeta a cada lado de mis caderas.

—Relájate. Así. Yo te cuido —me asegura.

Y vuelve a lamerme como antes. Me pasa la lengua de arriba abajo, la introduce en mi interior y la noto larga y ágil. Y cuando vuelve a sacarla, la desplaza de arriba abajo, chupándome como a un helado.

—Sabes tan bien…

Siento su voz reverberando en mi interior. Me libera las muñecas y me sujeta por las caderas con posesión hasta que su lengua vuelve a azotarme y provoca un segundo orgasmo. Él aprovecha para introducírmela y mecer mis estremecimientos, moldeándome por dentro.

Estoy gimiendo, agarrada a la colcha negra, que siento mojada por el sudor y también por el placer.

No sé qué me está diciendo. Solo sé que la colcha ya no es suficiente, así que mis dedos se agarran a su pelo que, aunque está recogido, me sirve para anclarme.

Y siento cómo su dedo corazón grueso entra en mí al tiempo que su lengua vuelve a dibujarme, a aprenderme, a beberme… Sé que estoy inflamada y que ese tratamiento que me está dando me va a irritar, pero me da igual. El único modo de que desaparezca el dolor es con el placer que me otorgan su boca y sus dedos, que actúan como un analgésico y un antiinflamatorio.

Así que me abandono a él, a lo que me tenga que dar y ofrecer, y mañana… Bueno, mañana ya veré.

Pero ahora solo quiero su dedo entrando en mí, curvándose,

frotándome por dentro y empapándose de mí, y su lengua cuidándome tal y como me había prometido.

No es hacer el amor. Esto no es hacer el amor. Lo sé.

Pero es abrirme al sexo con un hombre como nunca lo he hecho. Sí, por culpa del rush. También lo he entendido. Pero no puedo negar que Adonis no es cualquier hombre, es quien me ha salvado y también el hombre por el que me estoy interesando más de lo que me gustaría admitir. Y el verbo «interesar» se queda corto.

Me siento atraída hacia él como la mariposa que va hacia la luz de una lámpara y que olvida que su fuego le puede quemar las alas.

No estoy preparada para el amanecer, no estoy preparada para él ni para sus explicaciones, ni siquiera para darlas yo, pero lo único para lo que mi cuerpo sí está listo es para esto.

Esto es fácil. Un intercambio, un favor… y me gustaría que no implicase nada más allá de lo que es. Ambos lo hemos aceptado. Él se ha ofrecido a dármelo y yo a recibirlo.

Estoy lista para que me salve del afrodisíaco que ha estado a punto de matarme.

De lo que no estoy tan segura es de poder asumir las consecuencias de todo lo que esta noche va a conllevar.

En eso estoy pensando cuando mi espalda se curva dibujando un arco perfecto al sentir el tercer orgasmo provocado por su dedo muy dentro de mí y su lengua en mi clítoris.

Nuestras miradas se cruzan, solo por unos segundos, se fijan, y somos conscientes de quiénes somos y de lo que está sucediendo.

Pero esa fijación no dura porque Adonis prefiere cerrar los ojos mientras yo le sujeto el pelo y me come como lo hace. Y yo también prefiero cerrarlos y dejarme abrazar por la oscuridad.

Sé que esta dulce tortura está muy lejos de finalizar y, antes de que se me licue la mente por completo, pienso que, de poder elegir, elegiría morir así.

Convulsionando de placer.

Bajo las atenciones de un domador de lobos.

Es confuso.

Es terrorífico.

Y también es descorazonador.

Mis ojos abiertos están clavados en el techo de la amplia alcoba de Adonis, muy sobria y adecuada a su castillo. No hay ni un gramo de droga en mi cuerpo, me duelen las ingles de haber tenido las piernas abiertas toda la noche. Me escuece el sexo, irritado de tantas

atenciones, inserciones de dedos y succiones.

El sol se cuela a través de las puertas del balcón de la habitación y me alumbra, me da los buenos días y noto los rayos calurosos de abril en el rostro.

No obstante, me siento vacía de miedos. Como si Adonis, con todo lo que me ha hecho esta noche, los hubiera absorbido y borrado.

Sé que están ahí, porque no me olvido absolutamente de nada. Pero la sensación que ahora me recorre es la de estar tan consumida que no tengo tiempo ni para sentir mi propia devastación. Ha sido como el comecocos. Se ha comido mis fobias, mis miedos y los ha limado, suavizándolos hasta el punto de que puedo pensar en lo sucedido sin querer tirarme por el balcón.

Huelo a él. Mis manos huelen a su pelo: el único amarre viable al que tenía acceso durante la noche, durante la tortura, durante el tratamiento que me ha brindado para curarme. Ha sometido y sosegado toda la ansiedad y el dolor.

No es fácil para mí asumir cómo me siento. En otro momento, habría pedido pastillas al médico y habría ido corriendo a hablar con Margarita. Pero ahora nada de eso tiene sentido porque he comprendido que nunca estuve loca, que no me inventé nada y que todo lo que sospechaba no solo es verdad, es que además parece ser la punta del iceberg de algo que estoy muy lejos de comprender, pero que existe.

Toc toc.

—¿Sí? —Me cubro con la colcha, sí, ahora me va a dar por ser tímida cuando es muy posible que Adonis me conozca mejor que mi ginecóloga.

—¿Señorita?

Es la voz de un hombre mayor. Me convierto en gárgola al instante. ¿Cómo que hay un hombre ahí? ¿Quién es?

—¿Sí? —repito.

—¿Puedo entrar? El señor Russo me ha pedido que le traiga unas toallas y ropa.

¿En serio? ¿El señor Russo? Bueno, también debí suponerlo. Es el típico hombre que tendría mayordomo, como Batman. Porque también es un poco héroe de la noche. Ya estoy divagando…

Necesito urgentemente ver a Venus y a mi madre. Pero tengo que salir de esa cama.

—Sí, entre —le pido.

El hombre no lleva uniforme. Va vestido con un pantalón gris, una camisa blanca, un chaleco gris oscuro encima y mocasines negros. Tiene el pelo rizado y blanco y los ojos azules. Tal vez ronde los

sesenta.

Cuando abre las puertas correderas de color gris envejecidas, entra y no me echa ni un solo vistazo.

—Le está esperando abajo, en el salón. Espera que desayune con él.

—Muy bien, muchas gracias.

No salgo de mi asombro. Actúa con mucha discreción. Deja la ropa y las toallas sobre la silla de corte clásico que hay apoyada junto a la pared y se va, pero antes añade:

—Con su permiso, señorita.

Me levanto de la cama con la colcha rodeándome el cuerpo y arrastro los pies por el parqué hasta que noto que me duelen. Ayer corrí descalza por el bosque y seguro que tengo alguna herida.

Cojeo un poco, tomo la ropa y me doy cuenta de que la habitación es una suite con su propia chimenea, un televisor de plasma gigante en la pared y un baño en el que se podría celebrar una comunión.

Sigo diciendo que es espartana, porque no tiene más elementos visibles. No hay armarios ni cómodas. Supongo que Adonis debe tener una habitación igual o más grande que le sirva de vestidor. Me lo puedo imaginar.

En fin, me doy prisa y me meto en el baño. El lavamanos es blanco, como el mueble largo y rectangular que lo sostiene. La ducha es gigantesca, a ras de suelo, y tiene una parte de piedra antideslizante blanca y otra que está fuera con láminas de madera tipo paneles. Las paredes son de un color gris oscuro. Sí, todo muy elegante y masculino. Es obvio que en su vida no hay ninguna mujer. Aunque a mí no me desagrada su estilo en absoluto.

Como sea, hoy tengo que reaccionar, debo ducharme, obtener todas las explicaciones posibles y saber qué debo hacer a partir de hoy, porque Hugo ha hecho que tema no solo por mí, sino por mi familia, y no pienso ponerlas a ellas en peligro.

Por eso, cuanto antes salga del castillo y entienda las consecuencias de lo sucedido, mucho mejor para poder hacer una toma de decisiones correcta.

El agua caliente y el jabón pueden llevarse muchas cosas del cuerpo, pero no del alma. Me ha sucedido algo en la ducha. Me he vuelto a desmoronar, a echarme a llorar desconsolada, como si hubiese tenido un pequeño cuadro de depresión. Ayer pudo haber sido el final para mí y agradezco estar viva, pero he revivido algunas secuencias de lo sucedido, de la charla con Hugo, de la caza…, de Tania… Y me han entrado hasta ganas de vomitar.

Sin embargo, no sé cómo, he logrado recomponerme.

Me he secado el pelo un poco y me he puesto la ropa que me ha traído Adonis. Desde luego, ha clavado mis medidas y también mi estilo. Llevo un tejano agujereado por los muslos, una camiseta gris de manga larga que se ajusta a mi cuerpo sin apresarlo y unas deportivas blancas.

Bajo las escaleras y deslizo los dedos por el pasamanos. El aire de esta casa es presumido, pero sin ser pedante. Exclusivista, pero sin llegar a emitir ondas presuntuosas. No hay lámparas de araña que evoquen tiempos antiguos ni que hablen de un linaje aristocrático y petulante. No hay estatuas metálicas de caballeros con armaduras guardando entradas ni esquinas, ni blasones prepotentes que saquen pecho por su origen en lo más alto de las paredes. Tampoco hay obras de arte tétricas y oscuras que pendan de los muros de piedra, exquisitamente pulidos. Todo está colocado en su lugar con armonía, sin decoraciones de más ostentosas ni esnobs. Es bello y hermoso por dentro tal y como está.

Los espacios son muy anchos, al igual que la escalera curva, y entiendo que la habitación de Adonis está en una torreta. En el techo, hay una ventana a través de la cual se filtra la luz. Mi abuela decía que todo tiene un espíritu y que todo habla. Si escucho el interior de ese castillo, me dice que tiene poder, pero que no quiere hacerme sentir incómoda.

Cuando llego a la planta inferior, me doy cuenta de que en la entrada hay una vidriera policromada circular que representa una escena de caza. Son lobos, como Rómulo, Remo y Lobo, que rodean un fuego.

Por Dios…, tantos simbolismos, tantos mensajes velados, me vuelven loca.

Continúo caminando sin saber muy bien hacia dónde dirigirme porque el castillito, de «-ito» tiene poco.

—Señorita —oigo al mayordomo tras de mí y después carraspea suavemente—. ¿La acompaño hasta el señor Russo?

—Por favor —pido educadamente con una sonrisa de disculpa—. ¿Cómo se llama? —le pregunto a riesgo de parecer indiscreta.

—Soy Antón, para servirla.

—Encantada, Antón. Me llamo Ares —contesto.

Él camina delante de mí, se vuelve para mirarme y asiente agradecido por la presentación.

—Encantado de conocerla.

Antón me guía por una pasarela llena de luz debido a los pequeños vitrales de la pared.

—Es vidrio grabado al ácido —me explica Antón al ver mi interés por sus dibujos y sus colores.

—Es precioso.

—Lo es.

Huele bien. Huele a cruasán. Llegamos a un arco abierto con columnas de doble giro que me recuerdan a las del interior de la Sagrada Familia. De hecho, ahora que lo pienso, el interior de ese edificio tiene un aire al estilo de Gaudí, sin dragones ni salamandras. Pero sí con lobos, fuegos y… demonios.

Cuando cruzo el arco para entrar en el salón, Antón no me acompaña y advierto que es porque Adonis está esperándome frente a la ventana que da a una parte del bosque y del jardín, de espaldas a mí. Tiene las manos cruzadas apoyadas sobre el coxis.

Lleva el pelo suelto, una camiseta de algodón gris oscuro, unos tejanos azul claros muy desgastados y unas Jeezy de color gris y negro.

Aquí es donde debe desayunar y leer el periódico como un lord.

La sala es ancha, luminosa, también tiene su propia chimenea, estanterías empotradas llenas de incunables, un rincón decorado con sofás Chester de color rojo donde tomar whisky y charlar de negocios, un televisor en otra esquina, igualmente sujeto a la pared.

En la esquina de la mesa rectangular hay un café y, al lado, un portátil MacBook Pro negro, el más grande, abierto, como si lo hubiese estado ojeando. Además, hay zumo de naranja, cruasanes, pan, mantequilla, mermelada y leche…, supongo que para mí. La mesa está plantada frente al único cuadro que hay justo sobre la chimenea. El que él compró por la barbaridad de tres millones de dólares: *El hijo del Demonio*.

Miro la obra de arte con cierto recelo y no olvido que, de un modo que no comprendo, forma parte de esa Corte. Aunque asumo que Adonis entiende que me sienta así.

Porque, después de todo lo que sé y de lo que he vivido en estos diez días, es para dudar de todo y de todos.

—Gracias, Antón. —Adonis no necesita decirle nada más para que el mayordomo se vaya.

Visto así, con esa pose, me intimida más si cabe, porque me demuestra que controla muchas cosas, que medita sus movimientos y que es, posiblemente, más poderoso de lo que imaginaba. Y es un hombre cuyos lobos son máquinas de cazar y matar.

Sé que tengo que decirle algo, pero no sé ni por dónde empezar. Tengo tantas cosas en la cabeza… Aun así, lo primero es lo primero. En el coche, de camino a su castillo y a pesar de la droga que tenía en

el cuerpo, le rogué que le escribiese a mi madre con su teléfono para decirle que todo estaba bien y que volvería por la mañana.

—¿Te contestó mi madre al mensaje?

—Sí. Quiere que la llames por la mañana. —Adonis sigue sin darse la vuelta.

—¿Pusiste lo que te dije?

—Sí. También recuperé tu móvil. Está encima de la mesa. Hugo no tuvo tiempo de manipularlo ni de hacerle nada, así que está limpio. Puedes usarlo.

—Ah… —murmuro. ¿Cómo sabe todo eso? Bueno, ¿cómo sabe tantas cosas?—. ¿Dónde lo encontraste?

—Estaba en la furgoneta en la que te tenía secuestrada.

Me humedezco los labios con la lengua y me acerco lentamente hacia él.

—Gracias… —Es lo primero que me sale—. Gracias por salvarme, Adonis. Dos veces —añado—. Por liberarme de Hugo y después…, bueno. —Muevo las manos con nerviosismo—. Por hacerme todo lo que… Esto es violento —confieso pasándome las manos por el pelo.

Él se da la vuelta y sus ojos, de ese color tan animal, refulgen un poco al mirarme. Y pienso que ha estado toda la noche comiéndome, satisfaciéndome.

—¿Ayudándote a eliminar la droga? —Su ceja diabólica se levanta y sonríe como si le divirtiese mi agitación.

—Sí. Eso. —Me paso la mano por la cara—. Gracias.

—¿Quieres que te mienta y te diga que no lo he disfrutado?

—No. No quiero más mentiras —carraspeo.

—Perfecto. Porque ha sido un placer. —Me mira de arriba abajo—. ¿Cómo te encuentras ahora? —Se acerca a mí hasta eliminar la distancia que nos separa—. ¿Estás mejor?

—Sí. —Alzo la barbilla para mirarlo.

—Me gusta cómo huele mi champú en tu pelo.

Parpadeo un poco, impactada por ese reconocimiento. Me parece bonito y desubicado. Adonis es tan impredecible…

—Gracias. A mí también me gusta cómo huele.

—¿Cómo tienes los pies?

—¿Qué? —¿Qué pies?

Él esconde una sonrisa picarona.

—Los pies. ¿Te duelen?

—Ah, no… Bueno, un poco —corrijo—. Pero no mucho. La ducha me ha ido muy bien. En fin, que… gracias por todo. No sé cómo voy a poder devolverte to…

—No me tienes que devolver nada. Volvería a hacerlo, *piccola*.

Cuando me llama así, por ese mote, se me contrae el pecho.

Bambina y *piccola*. Resoplo y me presiono el puente de la nariz, porque estar con él me sobrepasa. ¿Cómo puede estar tan sereno y yo tan histérica?

—Adonis…, tal vez tú estés acostumbrado a estas cosas, pero yo no.

—No sé a qué te refieres.

Vaya que no. Su cara me lo dice todo. Sin embargo, si prefiere hacerse el inocente, perfecto. Yo tengo que centrarme en lo mío.

—Necesito respuestas. Necesito comprender tantas cosas…

—Lo sé. Siéntate y desayuna mientras te cuento todo lo que…

—¡No, Adonis! —exclamo un poco alterada—. No… —Me obligo a tranquilizarme y a respirar, porque siempre acaba distrayéndome—. Ya he esperado mucho. Quiero saberlas ya. Por ejemplo, ¿cómo me encontraste? ¿Cómo sabías dónde estaba?

Adonis me sujeta la mano y me muestra el anillo con el ojo, el que me regaló y que no me quité.

—Tiene un sistema GPS en su interior. Emite una señal en cualquier latitud y longitud y se puede hacer un seguimiento en directo a través del móvil. Es un diseño de un amigo mío. Corté la comunicación contigo, pero no pensaba dejarte sin protección, y menos sabiendo todo lo que acabé por descubrir.

Mi boca se abre lentamente. Mis ojos se achican y le dirigen una mirada entornada.

—¿Me estás diciendo que me pusiste un localizador?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque todavía no me fiaba de ti y me daba miedo que estuvieras de parte de Hugo. Yo también tengo mis incertidumbres y mis sospechas, Ares. Lo que estoy haciendo aquí no me da margen para confiar en nadie. Sin embargo, ahora sí confío en ti.

—¿Y qué estás haciendo aquí exactamente, Adonis? ¿Por qué dices que ahora confías en mí? —insisto ansiosa por obtener una respuesta clarificadora.

—Lo que te voy a explicar no va a ser fácil de comprender para ti, ni de asumir.

—Me da igual. Me han sucedido cosas demasiado fuertes estos últimos días y sigo estando todo lo cuerda que puedo estar. Así que voy a intentarlo. Pero dime la verdad. —Lo miro con una súplica abierta en mi rostro—. Quiero creer en ti. Quiero confiar. Y necesito una explicación a todo esto. A ti, a tu castillo, a que hables italiano, a que sepas tantas cosas de la Corte y formes parte de ella, a tu Abismo,

a los medios de los que dispones y que hace que vayas siempre por delante del resto, a tus criaturas fantásticas y a tus pactos con el Diablo. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Quién… quién eres, Adonis Russo?

XXIV

—Me llamo Adonis Russo —empieza él, muy sosegado y tranquilo, como si no tuviera nada que ocultar. Toma asiento en su lugar de la mesa y, con el pie, retira la silla que hay a su lado para que yo me siente. Acepto la invitación silenciosa y ocupo mi lugar—. Nací en Badalona hace treinta años, aunque nunca me censaron aquí. —Toma la jarra de zumo de naranja y me llena el vaso vacío—. Porque, nada más nacer, mi madre, Evelina, me llevó a Italia. —Ahora entiendo sus palabras en italiano—. Mi padre biológico murió mientras mi madre estaba embarazada de mí. Se quedó sola y decidió irse a vivir con parte de su familia que tenía en la Toscana. Allí podrían cuidar de ella y de mí, podría labrarse un nuevo futuro y se buscaría un porvenir. Y así fue. En la Toscana se enamoró de mi padre adoptivo, Umberto. Dos años después, se casó con él y un año más tarde mi madre murió. Yo tenía tres años.

La edad de Venus, pienso con tristeza.

—Lo siento. ¿Puedo… puedo preguntarte qué le pasó?

—Se suicidó —contesta con los ojos fijos en la pantalla del portátil. Evita mirarme a mí, porque es algo que le duele mucho y que le llena de rabia.

Debió de ser durísimo para Umberto y para él. Al ser un niño de tres años, ya era muy consciente y dependiente de la figura de una madre.

—Lo lamento.

—Pasó hace mucho —contesta él—. Mi padre tuvo que criarnos y ocuparse de nosotros desde bien pequeños.

—¿De vosotros? ¿De quiénes?

—Mi padre tenía una hija de dos años cuando conoció a mi madre. Mi hermana, Alana. Nadie se esperaba la muerte tan repentina de mi madre, pero lo cierto es que dejó a mi padre con un niño de tres años y una niña de cinco a los que debía educar y cuidar, más allá de sentir el dolor de la pérdida de la mujer de su vida. Mi padre estaba muy enamorado de mi madre —explica con ternura—. Jamás se volvió a casar, nunca tuvo una amante y dedicó su vida en cuerpo y alma a

nosotros. Por suerte, no era un hombre cualquiera, era un italiano poderoso e influyente, hijo de una española y un italiano, con muchas propiedades y tierras que se había comprado su propio título nobiliario en Italia, un magnate de los negocios, un gran productor de vino y, además, erudito en mitología, historia, rituales paganos y cultos al Demonio. Tenía medios para salir adelante y darnos lo mejor. —Se detiene y mira mis manos vacías—. Desayuna, Ares, por favor —me pide con una educación que me deshace—. Tienes que comer.

Miro lo que tengo delante. La verdad es que no tengo hambre, aún siento el estómago cerrado por los nervios, pero no pienso quedarme a medias en esa historia que me está contando, así que agarro un cruasán recién hecho de la bandeja y empiezo a comérmelo rompiendo los cuernos. Y, para que se quede contento, le doy un sorbo largo al zumo natural que, por cierto, está delicioso.

—Así que nos pagó los mejores colegios, las mejores universidades y nos dio todo lo que estaba en su mano para que no nos faltase de nada. Siempre cuidó de nosotros, siempre nos protegió. Fue él quien estimuló mi gusto por los negocios y mi interés abierto hacia el Demonio y sus cultos. Y, por consiguiente, hacia la criminología.

—Lo he supuesto.

—Nunca he practicado cultos de ese estilo ni él tampoco —me asegura—, pero los conozco y estoy familiarizado con ellos porque es lo que he estudiado. Él perteneció a la élite italiana por méritos propios. De joven lo consideraban parte de esa sociedad de los nuevos ricos que no llegaban a lo más alto por sangre, sino por golpes de suerte o por sus propios talentos. Así que, al adquirir su altísima posición económica, conoció los círculos más poderosos de Italia. Además, siempre tuvo don de gentes. Él siempre me hablaba de hermandades, grupos secretos que iban muy lejos en su adoración a los demonios y que obtenían poderes y favores gracias a lo que hacían en nombre de ellos. Me dijo, me advirtió, que el mundo estaba controlado por seres muy oscuros que tenían poco de humanos. —Adonis tuerce el rostro hacia el cuadro del niño con cuernos y cola—. Gobiernos invisibles que jamás saldrían a la luz, que jamás serían reconocidos, pero que ejecutaban y ordenaban todo lo que acontecía en la sociedad. Sabían cómo manipularla, cuándo crear tendencia con algo, cuándo empezar una guerra, cuándo acabarla, cuándo dejar ir una enfermedad o crear una pandemia… Me enseñó a creer, advirtiéndome sobre ellos, porque esos demonios siempre acababan captando a la gente con más dinero. Y me educó para que les tuviese respeto, que supiese cómo identificarlos y vislumbrar su *modus operandi*, orbitando y moviéndome siempre a su alrededor, pero

siempre manteniéndolos bien lejos mental y materialmente. Me decía: «Ten cerca a tu amigo, pero más aún a tu enemigo» —parafrasea, alzando un dedo sin mucho énfasis—. «Mantente lo suficientemente cerca como para verlos y para hacerte pasar por ellos, pero nunca te conviertas en uno de ellos». Me dijo que entre esos poderosos también había clases y niveles, que conformaban una oligarquía bien estructurada y definida pero que todos, sin excepción, desde el primero hasta el último, oraban a la oscuridad. Ninguno había llegado hasta allí por creer en dioses benévolos o en ángeles. Todos, de manera directa o indirecta, habían vendido su alma. Todos rendían culto a entidades que se inclinaban más a hacer el mal para sacar beneficios.

Sin darme cuenta, ya llevo medio cruasán y la mitad del zumo. Debí imaginarme que, con ese aspecto de príncipe de la oscuridad, sería un orador excelente y magnético. Y lo es, mucho.

—Crecí sabiendo todo eso. Creyendo en todo eso. Y comprobé que era verdad. Mi padre puso mucho interés en mi formación demonológica. Pero también debía cursar la carrera, así que mi hermana y yo estudiamos fuera de Italia, en Inglaterra, y nos graduamos. Ambos éramos muy distintos. Al volver a Italia, mi hermana adoraba la vida social y salir con mi padre en las fotos de eventos sociales y demás. Pero yo no. De mí no hay una sola foto en internet, en ninguna cena benéfica, ni siquiera frente a las empresas de mi padre. Tenía una relación excelente con él, adoraba sus enseñanzas y nuestras charlas y caminatas largas entre los viñedos, pero me desentendí de sus negocios. Me he limitado a vivir en el anonimato y lo he hecho siempre casi inconscientemente. Él nunca me presionó y me dio facilidades para que continuase permaneciendo oculto. Soy un auténtico desconocido para la alta sociedad italiana, Ares. Como tú bien dijiste el otro día, no existo en Google.

—Me sorprende mucho, la verdad —murmuro, mirándolo de hito en hito. Si supieran quién es, si le reconocieran, coparía las revistas de sociedad como un soltero de oro, rebelde y sin causa. Perfecto para estimular las fantasías románticas de la mayoría de las mujeres.

—Pero así es. Me limité a estudiar, a viajar, a formarme y a centrarme en otras cosas que no tuvieran que ver con socializar ni con la vida de alto *standing* que mi hermana adoraba y mi padre debía seguir manteniendo por el bien de todo su patrimonio y relaciones. De hecho, en Italia, todavía creen que soy una leyenda porque nadie me ha visto jamás. Mi padre insistió alguna vez en llevarme con él a sus empresas para que me hiciera cargo de todo cuando él faltase, pero me negué porque sabía que esa vida no sería la adecuada para mí. Y

como sabía que sería un heredero nefasto porque no me interesaba su patrimonio y no prolongaría la continuidad de sus negocios, decidí emprender por mí mismo. Con veinte años, aún cursando criminología, hice mis propias inversiones en monedas y en desarrolladores *peer to peer* y conseguí ganar mucho dinero. Metí miles de dólares en Bitcoin cuando tenía un valor de 0,01 dólares. —Se mira la correa de su reloj para asegurarse de que la hebilla está bien colocada. Es un Bvulgari Octo de color negro.

No estoy muy al día de las criptomonedas, pero sí sé que el Bitcoin está a unos 44.000 dólares. Tampoco soy muy buena con los números, pero asumo que la cantidad que ha ganado, como mínimo, supera las nueve cifras.

—¿Cuánto llegaste a invertir?

Adonis se encoge de hombros y dice:

—Mucho para lo que valía entonces. Además, animé a mi hermana y a mi padre a invertir también. Y bueno, ellos no invirtieron tanto como yo, pero ganaron muchísimo.

—Madre mía… —susurro—. ¿Eres… billonario? ¿Eres una de esas… orcas, ballenas? —pregunto—. Se hacen llamar ballenas, ¿verdad? Esas a las que odian los pequeños inversores.

Adonis se echa a reír.

—No. Yo no juego así. En fin, el dinero es lo de menos, pero abre puertas y, como la comida, atrae a las moscas. Creé mi propia fortuna sin ayuda de mi padre. Sin embargo, si la vida se tratase solo de tener dinero, no estaría aquí —espeta, viviendo, por unos segundos, más dentro de su cabeza que fuera. Lo que daría por estar ahí y ver lo mismo que él—. En Italia, el apellido de mi familia tiene mucho poder, no te voy a mentir. Pero también está atado a la tragedia.

—¿Por qué?

—Hace ocho años, cuando Alana tenía veintisiete, se enamoró de un hombre al que nunca conoció en persona. Un hombre con el que contactó por medio de una red social de personas de élite con mucho poder adquisitivo. Decía que era productor de vino. Mi padre también poseía tierras con vid y pensó que sería un buen partido para mi hermana. La cuestión es que nosotros nunca lo conocimos. Le dije a mi hermana que, antes de ir a verle, le invitase a nuestra casa para que nosotros pudiéramos verle la cara, tener trato con él, que no me parecía correcto que fuese a la aventura de ese modo. Pero no me hizo caso —añade con un gesto expresivo muy decepcionado—. Desapareció hace ocho años, después del viaje que hizo para conocer a ese vinicultor desconocido del que nunca más se supo. Y de ella tampoco. Nunca más volvimos a verla. Mi padre enloqueció porque no

podía dejar de pensar en todo lo malo que podría estar sucediéndole a Alana. Creía que se la habían llevado, que la habían secuestrado para extorsionarnos. Pero cuando pasaron los meses, nos dimos cuenta de que nadie llamaba para pedir dinero por liberarla, así que empezó a asumir que o estaba muerta o la habían vendido en algún mercado para prostituirla, porque es lo que pasa con las mujeres desaparecidas.

—¿Tu hermana desapareció? —repito, sorprendida pero muy afectada por su relato.

—Sí. Intenté mantener cuerdo a mi padre, apoyándolo para que investigase los pasos de mi hermana, pagando a mucha gente para que nos ayudaran a encontrarla. Pero él se había sumido en una depresión enorme. No había pistas que seguir y ya habían pasado seis meses desde su desaparición. Un día de principios de noviembre, mi padre recibió una llamada que aseguraba que la habían visto en el sur de Francia. No tenían pruebas, no mandaron imágenes, pero fuera quien fuese quien lo llamó, a mi padre le dio la confianza suficiente como para ir a su encuentro. Sin embargo, nunca llegó allí. Su jet privado se estrelló al cruzar la frontera francoitaliana. —Hace una pausa y vuelve a tomar café con la mirada perdida, pero el pulso muy firme.

—Dios mío…, Adonis. —Mi mano se posa sobre la suya, que descansa sobre la mesa formando un puño—. Es terrible lo que me estás contando.

—Durante un tiempo —prosigue—, perdí el rumbo. No sabía lo que debía hacer. Mi padre era quien había dirigido toda la investigación para encontrar a mi hermana y él, con toda su influencia, no encontró nada. Y eso nos frustró. Le frustró a él y también a mí. Recuerdo que me dijo: «Se la han llevado. Se la han llevado, Adonis. Los demonios la querían y la tienen». —Suspira y baja la mirada, porque siente dolor y pesar por esas conversaciones—. Siempre creyó que Alana había formado parte de uno de los juegos macabros de estas sociedades… Pero no lo pudimos demostrar. Después de su muerte, yo era el único heredero, pero no estaba listo para heredar ni para aparecer en sociedad como mi padre esperaba. No quería hacerme cargo de sus cosas ni tomar un lugar que sentía que no era el mío. Otras empresas ocupaban mi mente, como la desaparición de Alana y el extraño accidente de su jet privado que acabó con la vida de mi padre después de haber recibido una llamada anónima que ubicaba a mi hermana desaparecida en Francia. Asumí que todas las personas que quería se habían ido. Me las habían quitado —reconoce. Es en ese momento cuando veo que no es indiferente, pero sí ha aceptado su sino, como si aquello hubiera ocurrido porque se trataba de él y se lo mereciera—. Así que decidí que quería comprender por qué. Por eso tomé la

decisión de continuar con la investigación de mi padre para encontrar a mi hermana, pero, esta vez, con mis propios métodos. Si por el camino legal, mi padre no encontró nada, yo lo haría por el ilegal, porque no tendría reparo alguno en desviarme si con ello encontraba la justicia que no le habían dado ni a ella ni a mi padre. Si él nunca quiso mezclarse con los demonios que aseguraba que se la habían llevado, yo no tendría miedo de hacerlo. Yo sí era capaz de meterme. Por ese motivo, empecé a tener contacto con hackers que se pasaban el día en la Deep Web. ¿Sabes lo que es?

—Sí. —Retiro la mano de su puño, que continúa cerrado con fuerza. No se va a relajar hablando de este tema, por mucho que intente modular su voz y parecer calmo.

—Ahí contacté con dos hombres que habían desarrollado un programa de identificación. Eran los mejores rastreadores que podía encontrar. Ellos me aseguraban que mediante una imagen 3D del rostro de mi hermana, podían hacer una búsqueda en la red para ver si había similitudes y encontrar archivos donde una cara parecida a la de ella estuviese interactuando, ya fuera como imagen fija o en movimiento. —Ya me he comido el cruasán, pero no me entra nada más. No sé por qué, pero el relato de Adonis, aunque sigue siendo magnético, empieza a parecerme aterrador. Intuyo que lo que viene a continuación no me va a gustar nada—. Si salía una coincidencia en los archivos, sería muy malo —asegura—. Con el programa activo se localizó una web que presentaba una interacción en movimiento, o sea, un vídeo, de una mujer que se parecía a mi hermana en un noventa y ocho por ciento. Me aseguraron que, entre el noventa y el cien, el programa nunca fallaba. —Adonis da un sorbo a su café y aprieta la mandíbula con rabia—. El dominio se llamaba Palabra de Bacus, y parecía una web donde ofrecían vinos, los más caros del mundo y los más raros que puedas imaginar. Vinos con nombres de mujer y descripciones de ellas y de cómo sabían. Pero para poder comprarlos y verlos, tenías que estar registrado y, para ello, te obligaban a pagar suscripciones muy caras. Entré con una cuenta e identidad falsas que mis hackers me facilitaron porque me sugirieron que sería lo mejor. Pagué cien mil euros a modo de suscripción semanal. Una vez dentro, mis contactos, a través del código y los datos que facilitaba su aplicación, localizaron el vídeo que tenía la coincidencia. —Hace una pausa larga y bastante dramática—. Abrirlo me cambió la vida. Me… me hizo algo por dentro, Ares —me explica mirándome con los ojos de color oro helados—. Porque tú puedes saber que tu hermana ha desaparecido o intuir que le ha pasado algo terrible, pero lo que nunca deberías ver es cómo murió ni quiénes la

mataron.

La sentencia me paraliza.

—Dios… —Se me seca la garganta y trago con aire compungido—. ¿Qué había en ese vídeo?

—Ahí encontré la violación y el asesinato de tres mujeres. Las tres con las manos atadas a la espalda con cuerdas de hojas de hiedra y con esa pulserita plateada distintiva con hojas de vid. Las tres fueron drogadas, se les vació un frasco entero de estramonio en el interior de la vagina y murieron por asfixia mientras las violaban una y otra vez. Eran muertes rituales. Ellas eran los sacrificios.

—Dios mío…

—Los tres hombres llevaban máscaras de lobos y pronunciaban un juramento en latín, una ofrenda al Dios que veneraban. Una de ellas murió en el río. Las otras dos, en la montaña; una entre viñedos y la otra en el interior del bosque. La de los viñedos era mi hermana.

—Joder… —Estoy empezando a hiperventilar.

—Y sí, efectivamente, eran viñedos en el sur de Francia. Quien fuera que llamó a mi padre le dijo la verdad. Pero no les interesaba que continuase metiendo las narices en sus asuntos, así que lo atrajeron hasta ellos para quitárselo de en medio.

—¿De verdad crees que a tu padre también lo mataron? ¿Que no fue un accidente?

—No tengo ninguna duda. Descubrí que, en esa web, cada cuatro años se subían vídeos de ese tipo, grabados en varias partes de Europa, en la misma fecha, a principios de abril. Se trata de un comportamiento sectario, de la celebración de una organización creyente y seguidora de un demonio muy especial. Uno que concede deseos si le oras, que exige ofrendas, que se hace pasar por Dios benevolente, pero no hay dioses buenos cuya corte esté conformada de sátiros —añade muy incrédulo—. Solo los demonios y los sátiros se entienden porque su naturaleza es muy parecida. Así que identifiqué los rituales, las ofrendas, las festividades… Y di con la sociedad secreta que estaba detrás del asesinato de mi hermana.

—¿Y cuál es? —Noto la voz estrangulada por la impresión.

—La Corte de Bacus. Mi padre me habló de ella como si fuera una leyenda y me dio todo tipo de información que había recopilado en esas charlas clandestinas entre millonarios italianos. Está formada por setenta y dos miembros de todo el mundo, ocultos tras el nombre de un demonio.

—¿Cómo dices? —digo anonadada. Demonios, cómo no.

—Así me lo contó mi padre, y yo lo he comprobado. Él me explicó que, al parecer, esa Corte tiene dos vertientes: una guardia nueva y

una vieja guardia, más purista y estricta con los ritos. En principio, la guardia nueva se centra en la adoración a Bacus como el dios sexual de las bacanales y del vino, no como un demonio. Están interesados en la adoración a sus cultos, la práctica de sus rituales sexuales, la participación en sus festividades y la celebración de su deidad y sus favores. Sin embargo, hay otra vertiente, la vieja guardia, que se tomaba muy en serio los sacrificios y las ofrendas y que, de la Corte, eran los que más favores de poder, salud y dinero recibían y adquirían en poco tiempo. Dicen que el mismísimo demonio elige a los miembros de esta para representarlo a él en la tierra. Y que, si le honran bien y le dan lo que pide, él los recompensa.

Me quedo en silencio porque intento asimilar lo que me está diciendo. A su hermana la mataron en el mismo ritual en el que me han intentado matar a mí. En el mismo en el que me intentaron matar hace cuatro años. A principios de abril.

—La Corte de Bacus —repito anonadada—. En el museo de Badalona tienen una exposición especial dedicada a él. No dicen que sea un demonio.

—Es un dios taimado de la diversión, las fiestas, las bacanales, las orgías, la violencia, los deseos, el vino, el sexo… Piénsalo. No por nada dicen que es el dios de las violaciones y los borrachos. Para mí, Bacus es un demonio, no un dios. Y para ellos, para la Corte, también. De hecho, hay tratados demonológicos que dicen que Bacus fue expulsado del Olimpo por su afición a las bacanales, perdió su condición de Dios y quedó condenado a vagar por la tierra, perdido, hasta que desapareció con sus sátiros, donde espera a los que le veneren entre las tierras de las hojas de la vid.

—Qué bonito… —musito con ironía.

—Sabía cosas de la Corte, sabía que esa mano dura estaba detrás del asesinato de mi hermana Alana, pero necesitaba saber todavía mucho más para llegar hasta ellos. Tenía dos opciones —prosigue inhalando profundamente—. La primera, que era denunciar, no me iba a servir de nada, excepto para que esa web se disolviera y los asesinos huyeran y se les perdiera el rastro. O, con todo el conocimiento que tenía sobre rituales paganos y demonología, podía continuar investigando e infiltrarme en ella hasta llegar a donde quería llegar. Podía ser parte de la Corte. Porque, a esas alturas, no me quedaría a gusto si solo le ponía las manos encima al asesino de mi hermana. Lo que quería de verdad era llegar al origen y joderles desde dentro. Porque era capaz, tenía medios, dinero, poder y conocimientos. Y podía hacerme pasar por uno de ellos. Así que contraté de forma permanente a los hackers que me ayudaron con la Deep Web para que

me echaran una mano para infiltrarme con la identidad que me habían dado al registrarme en Palabra de Bacus. Ellos me ayudaron a crear mi historia, parecida a mi vida real, pero desarraigada de mi apellido familiar. Lo único que me llevé de casa de mi padre fueron los libros y a su mayordomo, Antón, leal a la familia. Él me acompaña desde entonces y vive conmigo. —Ese dato me gusta. Adonis tiene poca gente en la que puede confiar, pero se aferra a Antón porque no quiere que nadie se lo lleve—. John y Nicolaus, de la Deep Web, son ahora parte de mi equipo, como mi familia. Ellos son quienes se encargaron de todo en el bosque ayer por la noche.

—¿El rubio ruso y el mulato?

—Sí. Estuve años investigando a la Corte, viendo los vídeos que habían colgado en la web… y metiéndome en foros ocultos e incluso en la Deep Web, donde se compartían secretos de esta sociedad y donde yo hablaba con los usuarios que moderaban las conversaciones. Conozco la estructura que tienen y sé cuál es su hoja de ruta. Sé cómo es la Corte desde dentro, su oligarquía y también sé todo lo que tienen pensado hacer. ¿Quieres más zumo?

—No, gracias.

Adonis asiente y se levanta de la silla, como si fuera incapaz de seguir sentado y quieto.

—Pero para llegar hasta aquí, debía formar parte de ellos, no solo hablar en el foro. Debía poder estar ahí, en el meollo. Ya sabía que, cada cuatro años, del 1 de abril al 10 de mayo, la Corte opera con todo su poderío. Es cuando hacen el circuito de Bacus en una ciudad romana elegida, donde, durante esas semanas se reúnen guardia nueva y vieja a venerar a Bacus, programar todo tipo de celebraciones y ejecutar distintos rituales. Esta época se conoce como el Sabbath, durante el que la vieja guardia invita a los elegidos a sus eventos particulares y acepta a nuevos integrantes, pero solo a quienes se lo merezcan. Sin embargo, yo ya estoy dentro gracias a que me gané la confianza de uno de los moderadores de la Deep Web que era un captador real de la Corte —señala entre comillas—. Su nombre es Drugia. Y la primera vez que nos vamos a ver las caras, será en este Sabbath. El Abismo ha atraído a la Corte, a la nueva guardia, pero también los usuarios de la vieja han hecho uso de mis instalaciones. Mi Abismo me ha dado identidad y reconocimiento. Soy un claro aspirante a conocer el círculo de la vieja guardia, a entrar en él. Y, si lo consigo, por fin podré encontrar al asesino de mi hermana y detonar la secta desde dentro. Y más ahora que ha habido una baja entre uno de sus demonios.

—Entiendo que es el señor Masdeu…

—Sí.

—¿Conocías su nombre de demonio?

—Sí. Se hacía llamar Gresil, así es como se registró en mi Abismo. El Demonio de la impureza. Hugo y ese tal Edmundo no estaban en la Corte, pero querían entrar esta misma noche. Por eso querían participar en la caza de brujas. Masdeu los invitó y los promocionó como posibles miembros de la vieja guardia de la Corte de Bacus.

Tomo aire profundamente y me humedezco los labios.

—Pero… ¿cuándo se reúnen? ¿Cómo sabes cuándo empieza todo?

—Porque hoy es 10 de abril y ya ha empezado con la muerte de esas tres mujeres.

—Sí, ya —murmuro un tanto descolocada—, pero ellos, digo…

—Lo tengo todo controlado y marcado en el calendario. De eso ya me encargo yo.

—Y ¿qué tienes pensado hacer cuando estés entre ellos celebrando el Sabbath?

—Llegar hasta el final. Y acabar con todos ellos —sentencia con voz de acero—. Sin embargo, no puedo dejar pasar algo por alto: tú, Ares. —Se da la vuelta y camina de nuevo hacia la ventana. Allí, mirando al exterior, vuelve a meterse las manos en los bolsillos delanteros—. Has estado a punto de joderme la tapadera que he construido durante años. No contaba contigo.

—No sabía nada, lo siento —me apresuro a decir.

—Llevo tres años viviendo en este lugar, la tierra en la que nací, pero no es mi hogar. Estoy aquí para afianzar mi personaje en todo este juego demoniaco de venganza. Y… —sacude la cabeza, contrariado— he estado a punto de echarlo todo a perder por ti. El trabajo de hace años casi se evapora entre mis dedos por ti. Y no quiero hacerlo más. No quiero estar pendiente de nadie. Por eso corté toda la comunicación contigo, porque cuanto más te involucrabas, más responsable me sentía de ti.

«Me recuerdas a ella». Me dijo la noche del viernes. Tengo la sensación de que estoy molestando a Adonis en más de un sentido. Que le estoy impidiendo hacer las cosas como él quiere. Pero no me puede culpar. Yo tampoco tenía planeado encontrarme a nadie como él en mi vida.

—¿Te recuerdo a tu hermana, Adonis? ¿Por eso te sientes responsable?

Veo cómo los músculos de la barbilla le tiemblan.

—No te pareces a ella en nada. Pero sí, inevitablemente, te miro y pienso en lo que le pasó a ella. Porque le advertí que se alejara, que no se fuera con ese hombre y no me hizo caso. Y contigo he hecho lo

mismo y tampoco me has escuchado. —Deja caer la cabeza hacia atrás y su pelo negro le acaricia el centro de los omóplatos—. Encontrarte ayer noche en esa tesitura con Hugo me ha hecho revivir toda esa mierda, Ares. Ha sido como ver el vídeo de mi hermana. Y aún me siento convulso. Te juro que no tenía planeado volver a verte ni a contactar contigo.

—Lo sé. Créeme que he notado cómo me has apartado en pocas horas. —Se lo recrimino porque, para mi sorpresa, me afecta emocionalmente. Esto me coloca en una situación comprometida con él—. Me bloqueaste y borraste todos los mensajes que compartimos.

—Te dije que lo haría —replica muy serio.

—Sí. Me lo dijiste. Pero, al mismo tiempo, buscaste la coartada perfecta con Hugo y te hiciste pasar por un comprador de uno de mis cuadros, señor Landon —le increpo levemente.

—Necesitaba una tapadera por si el malnacido chupapollas de Hugo se entrometía. Ese hombre estaba loco por ti. Me hice pasar por el señor Landon para que se creyera el ardid. Pero no comprendía por qué una mujer que tenía una vida exitosa por delante y una hija de la que cuidar estaba decidida a inmiscuirse en algo que se intuía muy peligroso desde bien lejos. Hasta que lo descubrí.

Aguanto la respiración unos segundos y espero a que continúe.

—¿Qué descubriste?

—El viernes por la noche, cuando saliste del coche, entendí por qué no podías dejar pasar todo esto. Lo comprendí cuando me dijiste que ya era tarde. Hasta entonces, había pensado que me estabas tomando el pelo. Llegué a creer que tú y Hugo sabíais quién era yo y que me estabais tendiendo una trampa. Pero, al mismo tiempo, no lo quería creer.

—¿Y cuándo pensaste eso? —pregunto un poco decepcionada—. ¿Mientras dejaba que me tocaras de ese modo en tu Abismo, Adonis? —Estoy triste—. ¿Cómo pudiste creer que…?

—Ya no sabía ni qué pensar —admite—. Pero, no podía creer que me estuvieras engañando. —Me mira por encima del hombro y sus ojos, que hacía un rato estaban helados, vuelven a emitir calor—. Una mujer que miente no se entrega como tú te entregaste en el Abismo.

¿Me quiere avergonzar? ¿Me quiere hacer sentir mal? ¿Con qué tono lo está diciendo?

—No te estoy diciendo nada malo. —Ah, claro, que también lee mentes—. Te estoy diciendo que me gustó mucho, tanto como a ti. Y que te creí. Ahí sí. Y eso me hizo sentir mejor porque yo también quería confiar en ti. Y entonces, cuando nos despedimos y te dejé en tu casa, lo hilé todo.

—¿Qué hilaste? —Me tiembla la voz.

Exhala y mira al suelo.

Me acerco a él por la espalda y me coloco a un palmo de su cuerpo. No quiere continuar hablando, pero ni loca me voy a quedar a medias, no con todo lo que ahora sé. Mirar a Adonis es como presenciar una escena de una película de suspense en directo. Así que me siento a su lado desde que ha empezado con su narración.

—Adonis…, ¿qué hilaste? No me dejes así porque te prometo que yo no he hecho nada, ni me he inventado nada ni…

—No eres tú —sentencia—. Es lo que te han hecho.

Me quedo callada y tan cortada que no sé ni qué expresión estoy poniendo. ¿A qué se refiere? ¿A lo que me pasó anoche o a qué?

—Como te he dicho, cada cuatro años la Corte de Bacus celebra el Sabbath. Unas olimpiadas del sexo, la lujuria y la perversión tan macabras y bizarras como la naturaleza de su dios. Hace ocho años fue en Arles, Francia. Ahí murió mi hermana —señala con tacto—. Cuatro años atrás, la ciudad de Baetulo fue la elegida. Porque para la Corte, es importante que las ciudades tengan nombres romanos. El Sabbath —explica detenidamente dándose la vuelta para mirarme y quedarse a solo un palmo de mi torso— tiene un pistoletazo de salida. Y es un ritual. Se trata del sacrificio de tres mujeres, con todo su procedimiento macabro y sexualmente abusivo: una mujer virtuosa y respetada de la Corte, una repudiada de la Corte y otra de fuera de la Corte. Mi hermana estaba fuera de la Corte. Este sacrificio abre el velo para que los demonios campen a sus anchas durante todo el Sabbath. Como si tuvieran permiso de su dios demoniaco para que tenga lugar su culto y sus festividades. Cuarenta días, en total. Deben ser tres mujeres porque tiene que ver con el símbolo de Hécate, la bruja más poderosa. Una que represente a una anciana; otra, a una madre y la última, a una doncella. Si esas tres muertes no han podido tener lugar antes del 10 de abril, se celebra la caza de brujas. Ayer viviste la tuya, Ares.

—Pero has dicho que cada cuatro años el Sabbath se celebra en una ciudad romana distinta. Si la vez anterior fue Baetulo, ¿por qué ha vuelto a elegirse este año?

Adonis me dirige una mirada compasiva pero llena de evidencia.

—Porque hace cuatro años a ti te pasó algo, Ares. Y eso provocó que el Sabbath dejase de celebrarse. Lo detuviste tú sola, porque debiste ser una de esas tres mujeres que abrían el velo. Eras la mujer de fuera de la Corte, como lo fue mi hermana. Pero, contra todo pronóstico y por primera vez en la historia de la Corte, el velo no se abrió. Porque sobreviviste y no te pudieron encontrar jamás.

XXV

Es muy duro escuchar esas palabras en boca de Adonis cuando nunca he hablado de ello, excepto con mi psicóloga. También lo fue oírle admitir a Hugo que sabía que mi incidente era real y que yo tenía razón. Habían abusado de mí. Con Hugo me he sentido muy traicionada, muy manipulada, y por su culpa me va a costar volver a confiar en alguien. Pero que Adonis lo sepa hace que me sienta avergonzada y demasiado vulnerable.

Nunca había querido que él conociera el incidente.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Te dije que me contaras la verdad y no lo hiciste. Lo he tenido que averiguar por pura intuición y sacar mis conclusiones personales. Hasta que lo he podido confirmar.

—¡¿Que cómo sabes lo que me pasó?! —le grito asustada, formando puños con las manos y enmudeciéndolo de golpe—. ¡¿Desde cuándo lo sabes?!

—No lo sabía, hasta que el viernes por la noche, al llegar a mi casa de madrugada, me puse a indagar.

—¡¿Y por qué tengo que creerte?! ¡Hugo también lo sabía y, según él, tuvo que hacer malabares para ocultarme y mantenerme a salvo! —Las lágrimas me humedecen las mejillas. Mis rodillas, inestables, empiezan a temblar—. ¡¿Por qué lo sabes tú si no tenías relación con Hugo y yo no te lo he contado?!

—Ares, tranquilízate… —me pide posando sus manos sobre mis hombros.

—¡No me quiero tranquilizar! ¡Que me digas por qué lo sabes!

Adonis frunce los labios con frustración y vuelve la cabeza hacia el ordenador.

—Hace cuatro años se subieron los vídeos de los tres asesinatos de la caza de brujas de Baetulo a Palabra de Bacus. Los vi y, como siempre, los descargué con ayuda de Nicolaus y los guardé. Sin embargo, había una anomalía. De los tres vídeos, eliminaron uno. Y suspendieron el Sabbath en Baetulo. Se armó un buen conflicto entre los miembros de la Corte y tuvieron que hacer limpieza de la

camarilla.

—La camarilla —repito entre dientes—. Hugo me la mencionó.

—Son los agentes externos que no pertenecen la Corte pero ejecutan sus órdenes; está formada por civiles, policías, enfermeros, jueces, psiquiatras, forenses., etc. Mi contacto administrador en la Deep Web, Drugia, me explicó que el Sabbath se había anulado porque, según el Demogorgon, un brujo que representa al genio de la tierra y es una pieza fundamental de la oligarquía interna, Bacus y sus sátiros no tenían el velo abierto, dado que un sacrificio no se había completado. —Mi rostro empieza a palidecer—. De los tres vídeos que subieron, uno era el de una chica a la que nunca se le vio el rostro porque la cámara estaba mal ubicada y el lobo que la violaba no tuvo cuidado como para enfocarla bien. Ciertamente, la mujer parecía que estaba muerta. Pero, además, el individuo tuvo que cortar la grabación porque muchos corredores se aproximaban a su zona para intentar descansar o hacer sus necesidades. Como si fuera un lugar ubicado en el circuito de una carrera. Así que en el vídeo se ve cómo lo recoge todo, limpia la superficie y deja el cuerpo de la chica, vestido, tumbado en el suelo, como si nada le hubiese sucedido antes de salir del lugar. Aunque realizó el ritual completo.

Por supuesto que formaba parte de una carrera. Me tiembla la barbilla y sorbo por la nariz, porque soy incapaz de no sentir dolor ni rabia ante lo que estoy oyendo. Está hablando de mí, joder. ¿Sabe que está hablando de mí?

—El vídeo que eliminaron porque no lo dieron como válido fue el de esa chica. Es algo de lo que se avergüenzan en la Corte, haber fracasado así porque no pudieron rendirle culto a Bacus. Según dice mi informador, el agente al cargo para limpiar el cuerpo y modificar la escena no encontró ningún cadáver.

—El agente al cargo era el subinspector de entonces, al que mataron.

—Sí, y Hugo aceptó su cargo después. No se hizo ninguna denuncia, como si nada de eso hubiese sucedido. Así que le perdieron el rastro a la víctima y el velo que se podía haber abierto por completo el día de la caza de brujas se cerró. Es el fracaso más sonado en la Corte. Algo que nunca había pasado antes. Pero… —teclea el portátil— me ha costado entender que tenía la pieza que faltaba ante mis narices. —Antes de darle la vuelta a la pantalla me observa, pidiéndome permiso en silencio para hacerlo—. Ares, esto va a ser muy duro para ti, pero… tú eres la chica del vídeo. Es tu pelo, es tu cuerpo, ahora lo conozco —asegura—. Por eso Hugo dijo que te había estado protegiendo. Nunca hubo registros de denuncias a tu nombre.

—Sí, denuncié. Cinco meses después, cuando advertí que estaba embarazada. —Me lanza una mirada de no poder creérselo—. No me mires así, es largo de explicar. Pero Hugo eliminó las declaraciones. Además, yo no me acordaba de nada de lo que me había pasado, aunque mi cuerpo no lo olvidaría jamás.

—Vaya… —admite con algo de inquina—. Sí estaba enamorado de ti. Sabía que si les decía que te había encontrado, irían a por ti. Por eso te ocultó.

—Hasta que me metí en su investigación y apareciste tú.

—Y ahí salió su demonio, su verdadera naturaleza, y decidió exponerte. Además, también ha querido joderme a mí; por eso secuestraron a Tania, para que me salpicara por haber sido su vir y haberla rechazado. Cuando un vir rechaza a su compañera debe informar a la Corte. No lo hice y por eso me podían sancionar y pedir explicaciones, y más cuando Tania era muy deseada y popular en la Corte. Hugo lo aceleró todo al secuestrarla por orden del señor Masdeu. Lo tenía todo pensado para que tú desaparecieras y que a mí me sacaran de la Corte, porque quería matar a Tania y que pareciese que todo había sido culpa mía. Pero lo que no sabe Hugo es que eres una auténtica rareza y una amenaza para la Corte.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nadie escapa de las garras del Demonio, Ares. Tú lo hiciste esa vez. Y anoche lo hiciste de nuevo. Ya van dos veces. Ayer pudieron grabarte de nuevo y no fue así. John y Nicolaus requisaron las cámaras de *streaming* que llevaban, pero no había cobertura para emitir nada. Además, tampoco pudieron grabar.

—Pero entonces la Corte sabrá que han vuelto a fracasar, volverán a detener el Sabbath y…

—No. No lo sabrán. No me lo puedo permitir —niega con vehemencia—. Nada puede detener mi propósito. Hemos preparado nuestros propios vídeos e imágenes para que parezca que la caza de brujas se llevó a cabo. Tenemos el cuerpo de Tania y el de la otra chica, que aún debemos identificar. En realidad, con el cadáver de Fanke, ya hay tres mujeres muertas. Son suficientes para que el velo se abra según el rito. John sabe cómo subir los montajes a la web y con qué identidades. Hemos requisado el móvil de Masdeu y tenemos sus claves de Palabra de Bacus. Él ya dio los nombres de Hugo y de Edmundo para que participaran en la caza de brujas.

—Pero… ¿y las muertes de Edmundo, del señor Masdeu y de Hugo? ¿Cómo vais a cubrir eso? Si forman parte de la camarilla, supongo que los van a echar de menos.

—Lo dejaremos todo listo y les haremos creer que los tres

regresaron juntos en la furgoneta y sufrieron un accidente aparatoso. Todo seguirá adelante. De todas esas cosas ya se están encargando los chicos —me asegura para tranquilizarme—. Esa información y cómo se debe tratar está en buenas manos. Y de ti no sale absolutamente nada, Ares. Puedes quedarte tranquila.

Eso es lo más surrealista de todo.

—¿Que me quede tranquila? Puede que me ayer me salvaras de la violación, pero no de la de hace cuatro años. ¿Cómo voy a tranquilizarme si sé que tienes en tu poder el vídeo de mi violación? —pregunto a punto de romperme. No quiero oír nada más. Para mí está más que claro lo que ha pasado: un cúmulo de mala suerte, rituales mal elaborados, protectores no elegidos, intenciones e intereses desviados, caprichosas casualidades y un destino muy hijo de puta.

—Lo tengo. No he hecho nada con él —contesta con misericordia —. Pero no tienes que verlo.

—Enséñamelo —le ordeno de manera inflexible.

—Ares…

—Adonis, enséñamelo —le vuelvo a ordenar furiosa—. Tengo derecho a verlo con mis propios ojos. Me pasó a mí. Necesito verlo.

Él serena el gesto, su nuez sube y baja y, finalmente, me muestra el portátil. Abre un archivo mp4 de una carpeta donde hay nombres de mujeres y de vinos. Supongo que esos son los archivos que ha mencionado de la página de Palabra de Bacus.

Hasta que encuentra el mío. Sin nombre.

—¿Estás segura?

—Sí. —Me inclino y me agarro a la mesa con las manos. Mis ojos de color violeta se imantan a la pantalla y cuando le da al play, me quedo hipnotizada por completo.

Es como si saliese de mi cuerpo.

Estoy en el bosque, tumbada, inconsciente, con los pantalones cortos y las braguitas bajadas. Ya había empezado a lloviznar.

Mis ojos me ven, me reconocen y el pecho se me congela hasta que empieza a arderme. Hay un hombre alto, escuálido, que coloca mi cuerpo como si fuera el de una muñeca. Y se tambalea tanto… Es mi agresor. Mi violador. Y va tan borracho que es imposible que pueda recordarme siquiera. Se levanta un poco la máscara de lobo que lleva y bebe de una bota de vino que extrae de una bolsa de tela negra. Mira hacia la cámara, con curiosidad, como si quisiera ofrecer un plano bueno, hasta que lo consigue. Sin embargo, esta se mueve porque el trípode parece estar mal colocado y la perspectiva cambia ligeramente cuando empieza a penetrarme, por atrás, como un potro.

No se da cuenta porque el alcohol hace que no tenga los sentidos a pleno rendimiento.

Cuanto más avanza el vídeo, más asco me da. Casi no me veo. Mi cuerpo está absolutamente lacio y el violador, cuya identidad se desconoce porque está oculta por la máscara, hace con él lo que quiere. No me puedo defender mientras él hace conmigo exactamente lo que el señor Masdeu le hizo a Tania y a Fanke. Pero no me estrangula. ¿Para qué, si se supone que estoy muerta? Va tan ebrio que, cuando acaba y sale de mí, vuelve a levantarse un poco la máscara para poder vomitar. Y esta vez vislumbro una pequeña sombra bajo su barbilla, como una mancha en la piel. No es muy grande, pero yo la veo.

Dios, eso ha sido como tener sexo con un cadáver. El cadáver soy yo. Y nunca le di permiso para que me hiciera eso. Es terrible, triste, bochornoso y humillante…

No me doy cuenta de que estoy llorando y de que hiperventilo hasta que arranco a correr sin dirección fija por el salón, porque necesito salir de ahí. Me falta el aire.

XXVI

Quiero huir. Quiero escapar, como si corriendo pudiera dejar atrás esa pesadilla y entrar en un agujero de gusano donde nada malo me hubiera pasado.

Pero no es dolor todo lo que siento, sino también alivio. Sé que es contradictorio y sorprendente, pero mentiría si no dijera que, durante estos años, un gigantesco nudo me oprimía la boca del estómago por la vergüenza, por intentar aceptar que los demás pensaran de mí que era una mentirosa. Ese nudo, al ver el vídeo de mi violación, se ha deshecho de golpe. Sujetaba muchas cosas, hasta mi propio autocontrol, pero ahora todo se ha liberado. La zozobra, las dudas, la inseguridad, incluso la culpabilidad de pensar que ojalá no me hubiera sucedido, porque entonces Venus no existiría… Todo se ha desatado en mí como una tormenta perfecta difícil de capear.

Abro la primera puerta que encuentro y salgo a un jardín que no es el de la fuente de Ariadna. Es otro distinto donde solo hay césped y árboles. Un bosquecito privado perfecto para perderse.

Los lobos gigantescos reposan ocultos entre los árboles, pero en cuanto me ven, se levantan para saludarme. El de pelo negro, Lobo, es un cachorro. Pero el blanco y el pardo, Remo y Rómulo, son adultos. Sin embargo, las tres bestias caminan a mi alrededor y me permiten acariciar su pelaje con los nudillos de las manos, hasta que se tumban a un metro o dos de mi cuerpo. Me siento una domadora de bestias, aunque sé que no los he adiestrado. En todo caso, son benevolentes y no les gusta intimidarme. Son protectores, no tengo ninguna duda.

Los hombres son los malvados. Son los demonios de los que me tengo que cuidar.

Intento robar oxígeno a la vida, absorber aire tantas veces como puedo, pero nada es suficiente. Estoy hiperventilando, me agobio y entonces… Siento unos brazos poderosos a mi alrededor y el cuerpo caliente de Adonis a mi espalda.

Me está abrazando tan fuerte que soy incapaz de liberarme. Y lo comprendo: me está conteniendo, sosegando, calmando las aguas para que su torrente no me arrase por completo.

—Chist…, Ares —me susurra al oído—. Está bien, *piccola*, tranquila.

Sacudo la cabeza negando sus palabras y dejo ir un grito que hace eco en la montaña. Es el grito que no pude dejar ir cuando abusaron de mí, porque no me dieron esa posibilidad. Es el grito de una injusticia, de una invasión, de una decisión que tomaron por mí y que me cambió la vida, como la de ser mamá cuando no estaba entre mis planes serlo, ni siquiera en un futuro. Es el grito de protesta por todo lo que he callado estos cuatro años y por cada vez que no pude defenderme correctamente de las miradas acusatorias y los juicios abiertos por ser madre soltera y sin pareja. Y es el grito en nombre de Venus, porque ella se merecía un papá bueno.

—Déjalo ir…, grita, está bien. —Adonis no me suelta—. Grita lo que necesites. Desahógate. No te voy a soltar. Aquí estoy.

Y no quiero que lo haga. No quiero que me libere. Lo necesito. Lo necesito más de lo que él se imagina y más de lo que es bueno para mí.

Me da la vuelta entre sus brazos y me acuna contra su pecho. Me pierdo en su ternura y empatía inesperadas, en su olor y su calidez. Y pienso que este hombre, que también ha perdido mucho, puede comprenderme, y más cuando su hermana no pudo vivir para contarlo como yo sí puedo hacerlo.

Me agarro a su espalda y hundo mi rostro en su pecho. Permite que me quede en silencio, contra él, un buen rato.

No sabría decir cuánto, pero se me hace eterno y sanador.

—Ares…, eres una superviviente. No tienes nada que achacarte. Nada que recriminarte y nada por lo que culparte.

—Ser una superviviente no hace que me sienta mejor. —No. Lo que quiero es matarlos a todos. Matarlos de verdad. Ese es mi primer instinto.

Adonis apoya la barbilla en mi cabeza y me dice:

—No sé en qué estás pensando. Pero seguro que tampoco hará que te sientas mejor.

—No pondría la mano en el fuego.

—Ares… Esto debería acabar aquí para ti. Deberías dejar todo atrás. Déjame a mí luchar contra ellos. Déjame desenmascararlos a todos. Vete con Venus y con tu madre y olvídate de toda esta historia. Tu identidad y tu secreto están a salvo. Con Hugo, Edmundo y el señor Masdeu fuera de juego, nadie te va a molestar. Va a ser como si no existieras. Y yo estaré más tranquilo si sé que no estás cerca.

—¿Por qué ibas a estarlo?

—Porque, por algún motivo que no comprendo, me preocupo por

ti. —Sus manos me acarician la espalda.

Esto es tan íntimo… y se siente tan bien.

—Ojalá pudiese. Pero no puedo olvidarlo. No soy capaz. He visto la malicia en los ojos de esos hombres y sé que son capaces de todo. Hugo llegó a insinuar que era capaz de hacer olvidar a mi madre y a Venus que yo alguna vez existí. No sé qué tienen en mente, no sé cuáles son sus herramientas, pero esa vieja guardia de la Corte… —Niego con la cabeza—. No pueden seguir haciendo esto. No viviría tranquila si huyo y le doy la espalda a mi ciudad y a las mujeres que viven en ella.

—Esto no solo pasa aquí. Ya has visto que van eligiendo distintas ciudades romanas… Pero la Corte nació aquí, eso no te lo puedo negar.

—Hay tantas cosas que no sé…, hay tanto que quiero saber. Y no quiero olvidar nada.

—Debes alejarte —contesta malhumorado—. Es lo mejor para ti.

—¿Como tú? Estás aquí porque no puedes olvidar. Por eso has llegado tan lejos.

—Estoy aquí porque no tengo nada que perder. Me lo han quitado todo. Pero tú sí puedes perder mucho más que yo —me aclara—. Aléjate.

Adonis no me conoce. Incluso puede que yo, hasta ahora, tampoco me haya conocido del todo, pero sí sé que no soy una cobarde y que tengo una necesidad de venganza y de justicia tan imperiosa como la suya.

Adonis no sabe nada de mi legado familiar, no sabe nada de las leyendas de las vestales ni mi relación con el Demonio. Pero no pienso darle la espalda a esto.

Quiero encontrar al hombre que me violó, quiero saber quién fue y acabar con él con mis propias manos.

No voy a permitir que Adonis, en su afán de sobreprotección, me aparte. No ahora que sé que siempre tuve razón y que conozco lo que está pasando. Además, si las tres mujeres muertas son solo el principio, no quiero imaginarme lo que puede pasar a lo largo de todo el Sabbath. No soy capaz de darle la espalda a esto.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunto abrazada a él, con la mejilla contra su pecho.

—Seguir adelante con lo que teníamos planeado. Conozco todo lo que tienen pensado hacer estos días, sé cuál es su hoja de ruta y no me pienso desviar. Estaré ahí, me mezclaré sin convertirme en uno de ellos, pero me haré pasar por uno y atacaré en el momento más álgido y de mayor debilidad. No solo quiero al violador y al asesino de mi

hermana. Quiero que todos ardan en el Infierno.

Esa es la frase que necesito oír en su boca.

—Pero… eres un vir sin virtuosa. Dijiste que la Corte se tomaba en serio las parejas de virtuosos para sus juegos, sus eventos y demás, y tú te has quedado sin compañera. Lo de Tania te puede pasar factura.

—No. Porque no voy a tener responsabilidad. Lo achacaré a un atrevimiento de Masdeu. Han actuado tan rápido, tan mal y sin pensar que sigo con mi reputación intacta, y ahora más, que seré un vir victimizado por la caza inesperada a su virtuosa. Me ofrecerán otras mujeres y yo tendré que elegir.

Escuchar eso no me gusta nada. Hay algo en mí que se retuerce al pensar que pueda exponerse y jugar con otra mujer. Nunca tuve un lado posesivo o celoso. Y ahora entiendo que nunca me sentí así porque, en el fondo, jamás nadie me interesó lo suficiente como para desarrollar ese tipo de emoción e inseguridad.

—Lo solucionaré. —Parece tenso—. Tengo cinco días para formar a una mujer e instruirla en el mundo de los varones de la Corte. A un hombre como yo se le presupone siempre un as en la manga, y más teniendo en propiedad un lugar como el Abismo.

Yo me aparto de sus brazos, me seco las lágrimas con las puntas de los dedos y exhalo, mirándolo con decisión. Sale de mi cajón donde guardo el arrojo y la valentía.

—Adonis, elígeme a mí.

Frunce el ceño y tensa la mandíbula. No esperaba para nada mi propuesta.

—No.

—Adonis —repito dando un paso al frente—. Elígeme. Quiero hacerlo. Puedo hacerlo.

—¿Estás loca? Te he dicho que no. Vete a tu casa, con tu familia, y olvídate.

—No voy a hacerlo. No quiero ni puedo hacerlo, porque no estaré tranquila. Llévame a mí como tu virtuosa. —Alzo la barbilla—. Quiero ayudarte. Siento que esta también es mi batalla y mi responsabilidad. No quiero dejar a mi ciudad expuesta a esos cabrones. Ni hablar.

—Esto no es un juego, Ares. No sabes lo que dices.

—Adonis, me violaron una vez, me arruinaron la vida —aclaro rabiosamente—. Y han estado a punto de hacerlo una segunda vez, además de que por poco me matan. Llevo años engañada y manipulada por alguien a quien creía mi amigo. Y ha amenazado a mi hija y a mi madre. Hasta a mi mejor amiga. Sé que me aseguras protección y que puedo irme lejos y olvidarme de todo. Pero… —se me rompe la voz—. No quiero hacerlo. Porque le hice una promesa a

mi abuela y no pienso dar un paso atrás en nada de esto.

—No me cabrees, no he hecho nada de esto para meterte en el Infierno. —Me está desafiando.

—Ya estamos en él —espeto sin intimidarme—. No quiero vivir en un mundo donde hay demonios y pasan estas cosas. Quiero ayudarte a detenerlos y a vengarme. Me has dicho que no me conocen, que no me vieron… Y el hombre que me violó iba tan borracho que dudo que se acuerde de mí. Además, era una carrera nocturna, apenas se veía nada. Adonis, no me niegues esto. Si me apartas, te prometo que haré lo posible por volar tu tapadera o por entrar yo misma en la Corte. Y sabes que podré encontrar un modo.

—No te atreverás —aprieta los dientes con frustración.

—Puedo hacerlo. Sabes que soy capaz.

—Ares, joder. —Me agarra de la barbilla para que lo mire bien—. Aquí hay que atreverse, hay que arriesgarse y exponerse. Hay que follar, hay que estudiar, actuar y tomarse el rol en serio. Y no puedes estar dividida pensando en nada que no sea yo, que no seamos nosotros. Tienes una hija y…

—No me des sermones. Amo a mi hija, pero me niego a hacer la vista gorda ante esto. Las mamás también pueden ser superheroínas.

—Sí, y tu hija también puede ser una huérfana.

—No —niego rotundamente—. No vas a permitirlo. Ahora lo sé —sentencio con seguridad.

—Entonces ¿ya confías en mí?

Su intención es intimidarme, pero no lo va a lograr. Confío en él como hasta ahora no lo he hecho.

—Me has hecho cosas que no me han hecho en años, Adonis. Sí, confío. —No le gusta la respuesta porque le pone en un compromiso —. Mañana empieza Semana Santa. Mi madre se ha tomado un mes por el luto de mi abuela. Puedo pedirle que se vaya a la casita de montaña que tenemos en la Cerdaña. Que se vaya a desconectar allí con Venus. Voy a echar de menos a mi hija a morir —aseguro—, pero esto también lo hago por ella. Además, estaré más tranquila si las dos están juntas y a salvo, lejos de aquí, al menos, hasta que finalice el Sabbath.

—Eso es un mes entero. ¿No será demasiado para ti? —quiere que me arrepienta y que me sienta miserable.

—¿Sabes lo que es demasiado para una madre, Adonis? —Me coloco las manos en las caderas—. Saber que mi hija vaya a crecer en un mundo donde pasan estas cosas. Quiero que sepa que, aunque los demonios existen, siempre habrá gente buena que se enfrente a ellos. Como su mamá. Por eso quiero ayudarte a vencerlos.

La mirada de Adonis se ha vuelto muy intensa. Me suelta la barbilla suavemente.

—Más vale que te lo pienses bien —reniega, cada vez menos convencido.

—No hay nada que pensar. Es lo que quiero. Toma la ventaja de lo que te ofrezco, Adonis. A mí ya me conoces, tu tapadera es muy importante para mí, como lo puede ser la mía, y ya sé la verdad. Puedo meterme en el papel y seré muy aplicada en la instrucción. Daré lo mejor de mí para que, juntos, hagamos el papel de nuestras vidas en la Corte.

Él alza el mentón, y tengo la sensación de que se le afilan los colmillos ante la idea. Aunque lo disimule.

—No seas inconsciente, Ares. No soy ningún maestro. Seré tu vir, tu *dominus*, en muchos ámbitos en los que no podremos olvidar jamás la interacción. La mayoría de las virtuosas han sido educadas desde muy pequeñas, antes de ser elegidas o entregadas a un vir.

No sé bien a qué se refiere, pero tendrá tiempo para explicarme todo lo que se avecina y cómo funciona la Corte.

—Aprendo muy rápido —replico.

Adonis da un paso al frente y está tan cerca que necesito echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Voy a tocarte cuando quiera —suena exigente—, a ordenarte lo que quiera, a follarte cuando y como quiera mientras nos hagamos pasar por miembros de la Corte. ¿Eso lo entiendes?

—No me asusta que me hables así. Si hago todo eso a cambio de vencer a los demonios, habrá merecido la pena. —No pienso achantarme. Esta es una batalla dialéctica que necesito ganar.

—Vamos a jugar a todo lo que tengamos que jugar y a participar en cualquier actividad para la que nos elijan. Sea la que sea. ¿Estás dispuesta? Porque si dices que sí, hoy mismo te llevaré a tu casa para que hables con tu madre y te despidas de tu hija y de ella. E inmediatamente, te mudas a mi casa.

—¿Aquí? —Miro a los lobos y al castillo.

—Si vas a ser mi compañera —explica—, no pienso arriesgarme contigo. Hay que hacer un intensivo y te vas a quedar bajo mi mismo techo. Necesito tenerte vigilada.

—Está bien. —Asiento—. Puedo aceptarlo.

Él achica su mirada y convierte sus ojos en dos finas líneas amarillas.

—Será irrevocable. Tendremos que estar juntos hasta el 10 de mayo, cuando termine el Sabbath.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —dice él incrédulo—. ¿Sabes dónde te estás metiendo? —Revisa mi rostro, como si se lo quisiera aprender.

—Sí.

—¿No quieres retractarte?

—No.

—Último aviso. —Tuerce la cabeza hacia un lado.

—No —sentencio.

—Muy bien, entonces, redactaremos nuestro acuerdo y en cuanto estés lista, te llevaré a tu casa para que hables con tu madre y tu pequeña. Si es tu última palabra, que así sea.

Asiento orgullosa y feliz por haber podido convencerle de que yo soy la mejor opción para entrar con él en la Corte. Llevo toda la vida dibujando superhéroes, pero puede que haya llegado el momento de imitarlos.

—Espero convertirme en la fiel escudera del dios Adonis, por el que todas acaban suspirando —me burlo, pero no del todo. Me imagino que, en la Corte, Adonis es el más deseado. Seguro que no voy mal encaminada.

Él sonríe de ese modo que me pone nerviosa y que advierte que tenga cuidado con él.

—Ares… No me llamo Adonis por el dios de la belleza.

Eso sí que me sorprende. Conozco la historia de Afrodita, Venus, Adonis…

—¿Ah, no?

—No, *piccola.* —Alza la mano y sujeta un mechón de mi pelo negro entre los dedos—. Me llamo Adonis porque soy un demonio de la Corte. ¿Y sabes lo que significa?

—¿Qué? —susurro convertida en piedra.

—El que hace arder.

Dicho esto, se da media vuelta y se dirige de nuevo al interior de la casa. Pero se detiene a medio camino y me dice:

—¿Vienes?

Digo que sí, por decir algo.

Aunque mi mente va a tardar en recomponerse por ese último dato que le da sentido a todo.

La voz de mi abuela retumba en mi cabeza, como si la tuviera justo ahí, a mi lado, sonriéndome y diciendo: «Te lo dije. Solo un demonio puede vencer a otro. Solo un demonio puede hacer arder a otro fuera del Infierno».

En el sueño que tuve con Adonis, me dijo que iba que tener que elegir a mi acompañante demonio. Pues es evidente que ya he elegido.

Me quité de encima al zorro y, a cambio, ha aparecido un Adonis.

Mientras le sigo arrastrando los pies, entiendo lo que he tenido todo este tiempo delante de mí y que no había advertido todavía. Maldita sea.

Las vestales necesitan a su agatodemon. A su demonio protector.

Yo acabo de encontrar al mío.

Y juntos estamos a punto de entrar en una Corte que ora a Bacus; para unos, deidad del vino, de la lujuria y de las bacanales. Demonio para muchos otros.

Me debo mentalizar para la instrucción.

La Corte de Bacus nos espera.

Agradecimientos

Una historia así no me hubiera salido jamás de no haber nacido en un lugar como Badalona, con tanta historia antigua en sus entrañas. Un lugar donde un demonio está muy presente y se quema cada año y donde el vino y Bacus están tan arraigados.

Agradezco al museo de Badalona por haberme hecho el tour para explicarme tantos datos importantes, a Montserrat, Clara y Esther por su predisposición.

Agradezco tener tantos lectores exigentes que me animan a superarme y a no estancarme jamás, porque ellos hacen que «me rompa los cuernos» para idear y ofrecer historias como esta.

A Carmen, Ariane y María de Penguin Random House por su trato conmigo y por estar tan o más emocionadas que yo con este proyecto.

Dedico este libro a mi padre y a mi madre, que me han hecho querer a Badalona como si de una persona viva se tratase, una entidad con corazón. ¡Y vaya si la tiene!

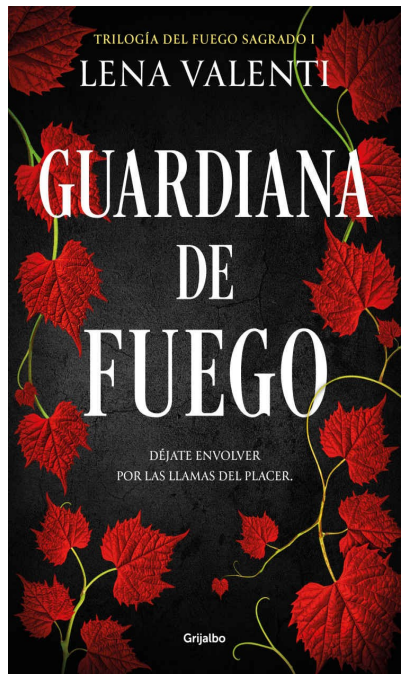
Y se lo dedico a todos mis lectores, que las llamas de esta trilogía enciendan vuestro corazón y no lo apaguen nunca.

¡Desde Badalona, *pa'l* mundo!

Engánchate a la Trilogía del Fuego Sagrado.

El romance que te incendiará.

Vuelve Lena Valenti, autora *best seller* con más de 500.000 ejemplares vendidos.



Él le abrirá las puertas del Infierno.

Marcada desde su nacimiento con unos extraños ojos violetas y un enigmático legado familiar, Ares Parisi ha vivido siempre como una chica normal, hasta que descubre que su historia está envuelta por más secretos y misterios de los que nunca pudo imaginar. Será entonces cuando decida pedir ayuda al atractivo Adonis, que la llevará de la mano en una investigación hacia un mundo oscuro y sensual donde las leyendas conviven con la realidad.

Rituales. Sexo. Demonios.

La autora best seller Lena Valenti, con más de 500.000 lectores en

todo el mundo, regresa a las librerías con su novela más adictiva, primera entrega de la Trilogía del Fuego Sagrado: una saga llena de intriga y erotismo desde la primera página, que enganchará sin remedio a todo aquel que se atreva a adentrarse en ella.

Déjate envolver por las llamas del placer.

Lena Valenti (Badalona, 1979) se dedica a la escritura profesional desde hace más de una década y ha publicado más de sesenta novelas de género romántico adulto y de subgéneros como la mitología, la fantasía urbana o el thriller erótico y paranormal.

Además, ha vendido los derechos audiovisuales de varias de sus sagas y sus libros han sido publicados en España, Alemania, Italia, Bulgaria, México, Brasil y Argentina.

Muchas de sus creaciones son consideradas obras de culto por sus legiones de seguidores.

Primera edición: enero de 2023

© 2023, Lena Valenti
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada e imagen: Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6476-1

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Instagram: @penguinenamora
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Guardiana del fuego

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

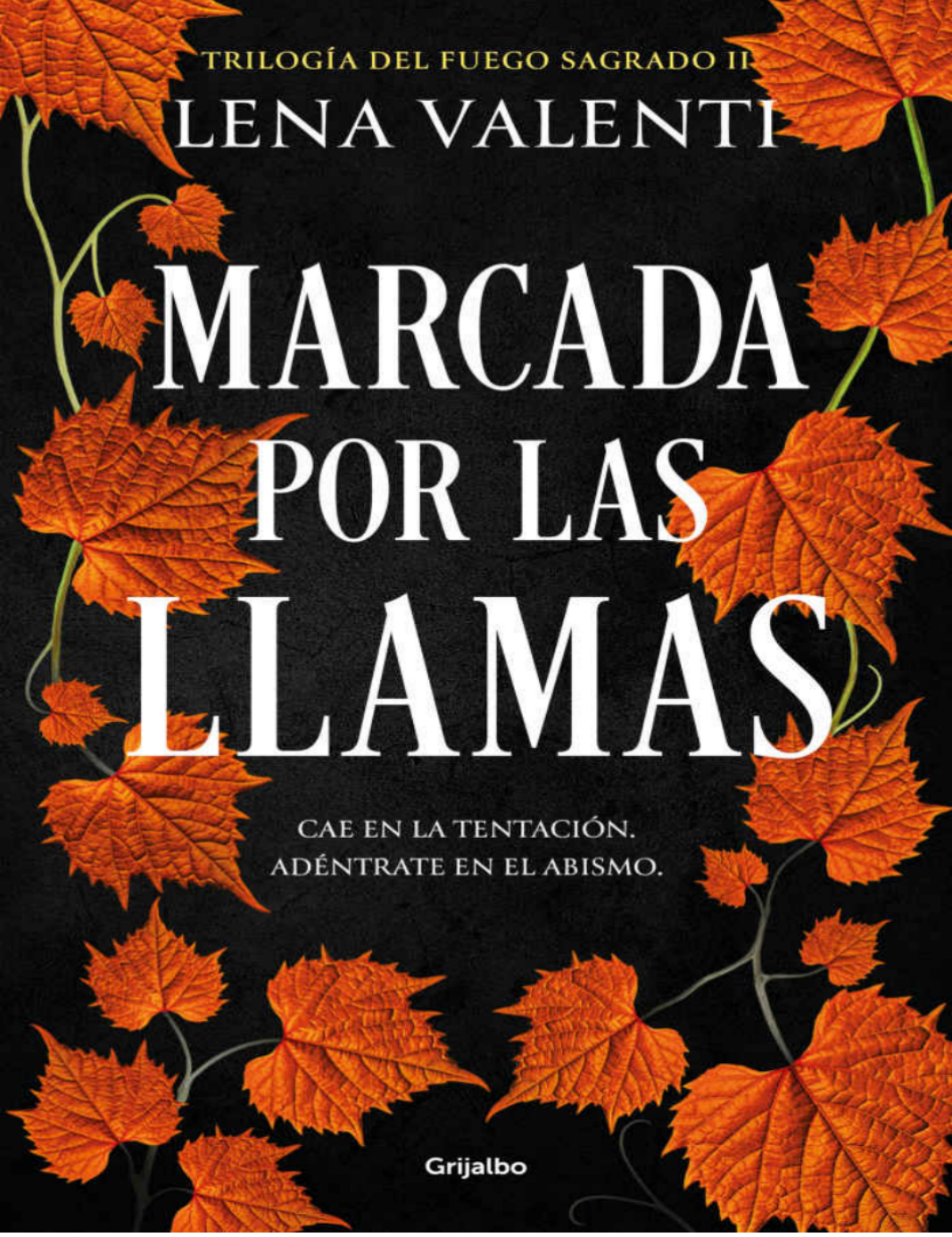
Capítulo XXVI

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lena Valenti

Créditos


TRILOGÍA DEL FUEGO SAGRADO II
LENA VALENTI
MARCADA POR LAS LLAMAS
CAE EN LA TENTACIÓN.
ADÉNTRATE EN EL ABISMO.
Grijalbo

LENA VALENTI

Marcada por las llamas

Grijalbo

Dedicado a los que creyeron, creen y creerán en mí.
A los que me quieren.
Y, sobre todo, a los buscadores de tesoros. A todos aquellos que no se dejaron llevar por la marea y fueron osados y valientes como para dejarse abrazar por lo atípico y especial

ADVERTENCIA

Esta novela contiene escenas de alto contenido sexual que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

I

¿Quién me iba a decir a mí que, en diez días, mi vida iba a dar un vuelco así hasta dejarme revolcándome en las arenas movedizas del limbo de la incredulidad y la certeza y cuestionándome lo que es real y lo que no?

Sigo entera y consciente, no se me ha ido la cabeza y eso que tengo motivos. Pero todo este embrollo espeluznante en el que me he metido sin querer y del que muchos saldrían corriendo me ha ayudado a sanar una herida profunda de hace cuatro años. Y me está dando la oportunidad de vengarme, de hacer algo más por mí y por todos los que se han visto involucrados y, a diferencia de mí, no tienen la suerte de contarlo. Al menos, por ahora.

He descubierto que todo es real.

Todo lo que me imaginé: la violación a la que me sometieron, mis miedos, mis fobias y las energías diabólicas que hoy sé que se mueven a mi alrededor y que estoy intentando mantener a raya con la ayuda de mi difunta abuela Clara. Todo es verdad. No se trata de creer o no. Se trata de evidenciarlo, de darme cuenta, de abrir los ojos y de admitir que lo que no tiene explicación empírica, no la tiene, y depende de cada uno afrontarlo.

Yo lo hago como me nace, como sé. Toda la información que he recibido estos días ha transformado la verdad familiar en la que me apoyaba y también ha hecho tambalear los cimientos de mi propia identidad, de esa a la que todos nos aferramos para ser quienes somos o quienes creemos ser.

Pero no sabía nada.

Soy una Parisi. Mi familia desciende de las antiguas vestales que protegían el templo de Baetulo y cuidaban la ciudad de las incursiones de los excesos demoniacos. Excesos que, a día de hoy, continúan existiendo y que se acometen en el más absoluto silencio.

He descubierto que existe una sociedad llamada la Corte de Bacus, constituida por setenta y dos individuos de la altísima sociedad con nombres de demonios que se hacen llamar vires y que toman compañeras.

En esa Corte hay dos tipos de facciones: la dura y la suave, o como se hacen llamar, la nueva y la vieja guardia. La primera, según tengo entendido, es un grupo de personas creyentes que se centran más en el aspecto ritual y de celebración que confiere Bacus como dios. Es decir, no tienen mucho que ver con su lado oscuro y viven ajenos a lo que hace la otra facción. Sin embargo, la vieja guardia comete todo tipo de delitos porque cree que Bacus es, en realidad, un demonio de sacrificios.

La Corte actúa por muchas ciudades romanas de Europa desde hace siglos y cada cuatro años celebra una especie de Olimpiadas, unos ritos «tuneados» de eventos sacros durante los que sus miembros se reúnen para venerar al demonio que les representa y, para ello, cometen actos deleznables. Sacrificios que suelen camuflar con lujos, megalomanía, mucho glamour y un aire elitista insufrible e inimaginable para cualquier persona mundana que suficiente tenga con llegar a fin de mes.

Siempre han existido las clases y como ellos están en otra esfera de la sociedad, se creen con el derecho de hacer lo que quieran, de jugar con vidas que no son las suyas y de hacer lo que hacen solo para que su existencia sea aún más pedantesca y exclusivista de lo que es. Porque tienen la firme creencia de que, si actúan en nombre de ese dios caído al que reverencian, él les concederá sus deseos y les otorgará todo tipo de favores.

Para que estas celebraciones y reuniones de la Corte se den, antes debe caer un velo místico e incorpóreo que implicaría la liberación de las fuerzas demoniacas que propiciarían la presencia de su ídolo. Nadie ve estas fuerzas, excepto algunas personas, las más sensibles. Yo misma he percibido esta energía de un modo inquietante; reside a nuestro alrededor e incluso puede poseernos como un virus silente.

Según ellos, el velo se difumina con la violación y el sacrificio de tres mujeres antes del 10 de abril. Si esas tres mujeres no han sido sacrificadas como procede según la liturgia satánica, esa misma noche se celebra una caza de brujas a manos de los miembros de la camarilla. Un acto igualmente terrible donde unas mujeres secuestradas tienen que huir de sus cazadores a través del bosque nocturno.

Tania, Fanke y otra chica más de la que aún no sabemos el nombre han sido las víctimas. Una virtuosa de dentro de la Corte, una que ya no pertenece a ella y una de fuera de la Corte.

Evidentemente, ninguna de esas tres mujeres ha salido viva. Excepto yo. No solo me he escapado de las garras de la camarilla una vez, sino dos.

Hace cuatro años me hicieron lo mismo que a esas chicas, cuando me apresaron en un lugar tan inesperado como una carrera popular nocturna de montaña. Creyeron que me habían matado. Me dejaron en el bosque para que el responsable de borrar las pruebas y los cuerpos se hiciera cargo de mí, que yacía con un traumatismo en la cabeza y había perdido la conciencia. Pero mi violador no estaba en las mejores condiciones y no lo hizo bien. Desperté y pude escapar de mi destino.

De ese acto abominable nació mi hija, Venus, lo más luminoso de mi vida. Es contradictorio. Obvio que lo es. Pero ese ha sido mi sino y mis circunstancias.

Durante años me he sentido mal, desorientada y confundida por la incapacidad de demostrar lo que sabía que habían hecho conmigo y también con la imposibilidad de sentir odio porque, al ver a mi pequeña, el resentimiento y la repulsa desaparecían.

Hace cuatro años me salvé de milagro, por obra divina, la providencia, como sea que se llame…, pero ahora también sé que fue porque mi violador estaba tan borracho que no pudo hacer bien su trabajo y cerciorarse de si seguía viva o no. Ni siquiera pudo grabar bien el acto, con lo cual mi identidad continuó siendo un enigma para la Corte, que seguro me buscaría para terminar con lo que no pudo acabar el asesino.

No obstante, nunca me encontraron. Por ese motivo, el brujo de la Corte, el Demogorgon, no oficializó la caída del velo y los ritos de Bacus no tuvieron lugar en Baetulo y se detuvo la cita en Badalona paralizando, por primera vez, el circuito europeo.

Fue un escándalo, dado que nunca antes había sucedido.

Yo no sabía nada de esto, suficiente tenía con entender mi situación, así que busqué refugio y el apoyo de la justicia en la figura de Hugo. Y durante ese tiempo se hizo pasar por mi amigo. Tal vez, a su manera lo era, porque formaba parte de la camarilla y él sí supo quién era yo cuando fui a denunciar lo sucedido a la comisaría en la que él trabajaba. Pero se enamoró de mí y, por su propio egoísmo, por quererme solo para él, decidió mantenerme en el anonimato y borrar cualquier dato mío que la Corte y el resto de la camarilla pudiesen rastrear.

Esta semana pasada se cumplían cuatro años de mi violación y la camarilla quería actuar de nuevo en Baetulo para preparar la llegada de la Corte y zanjar lo que no pudieron llevar a cabo cuatro años atrás.

Y esta vez sí, Hugo iba a entregarme y a formar parte activa de los rituales con mi sacrificio porque yo ya sabía muchas cosas y estaba

siguiendo el rastro de un nuevo asesinato en el río que tenía muchas similitudes con lo que me pasó a mí. Se sintió acorralado y quiso quitarme de en medio, pero no contaba con que Adonis me estaba ayudando, mi propio agatodemon, el demonio que me ayudará a ahuyentar al Demonio, el hombre que se ha cruzado en mi vida para provocar un incendio en mis creencias y envolver mi existencia en llamas.

Él está en la Corte porque busca venganza: su hermana Alana fue víctima de la secta hace ocho años, en la ciudad francesa de Arles, y cree que también mataron a su padre por indagar demasiado en sus asuntos. Ahora, Adonis se hace pasar por uno de sus demonios y, aunque en este momento no forme parte de la Corte oficialmente, sabe que va a entrar en la vieja guardia y, desde ahí, quiere ir a por el asesino de su hermana y acabar con toda la logia diabólica.

Y yo pensando que Adonis era un ángel, un dios de la belleza, y resulta que no, que forma parte de los setenta y dos demonios y su nombre significa: «el que hace arder».

Sin él, no habría llegado a todas estas conclusiones; no sabría que existe una Corte de Bacus llena de individuos que se creen demonios, ni lo que hacen, y no tendría la prueba irrefutable de que me violaron. Porque esos cerdos graban a sus víctimas y comparten las grabaciones en un dominio de la Deep Web que se llama Palabra de Bacus, donde venden vinos con nombre de mujer que, en realidad, son los vídeos de las víctimas violadas.

Y sin él, ahora no tendría la posibilidad de formar parte activa de la Corte, a su lado y, tal vez, encontrar al hijo de puta que me violó y cuya identidad desconozco. Sé que solo he visto la punta del iceberg, sé que esto, como dijo mi abuela Clara, es parte de una guerra antigua en la que las leyendas toman forma y esconden verdades. Una guerra entre mujeres protectoras, de las que desciendo, de la llama sagrada de la ciudad y agresores y adoradores demoniacos, una batalla que acaba de estallar ante mí y que yo he ayudado a volatilizar. Un enfrentamiento que se fragua en el más absoluto hermetismo desde hace siglos.

Y también soy consciente de que, para seguir adelante, solo puedo hacerlo desde dentro, al lado de Adonis, como su compañera de juegos y su virtuosa. Aunque él no sabe nada de mi descendencia ni de las leyendas de las Parisi.

No sé lo que significa ser una virtuosa. En realidad, no sé todo lo que debo aprender y, ni mucho menos, todo a lo que debo acostumbrarme a hacer y a aceptar para representar bien mi papel, pero tengo muy claro que no voy a dar marcha atrás.

Estoy decidida. Y también concienciada.

Adonis me afecta de modos que no comprendo y me estimula constantemente, aunque también hace que me sienta insegura en ocasiones y temerosa de que llegue el día en que se quite la máscara y me muestre que es un demonio de verdad. No sé por qué pienso así porque me ha salvado varias veces, pero no me puedo desprender de esa sensación.

Sé que es un demonio, de un modo metafórico, y que no le importa rebasar ciertos límites para conseguir su propósito. Y sé que quien no le tiene miedo a nada es alguien a quien no le importa hacer el mal si considera que con eso hace un bien. En ocasiones, eso se acerca mucho a un personaje rebelde y cruel. Y es lo que más me asusta. Porque a veces el fin no justifica los medios.

Sin embargo, a pesar de ello, voy a formar parte de su infierno.

Estoy pensando en todas estas cosas ahora, recapitulando, meditando con actitud casi quimérica, fascinada con el hombre que, tras el inmenso escritorio de su oficina, acaba de imprimir un contrato de confidencialidad entre nosotros.

Se lo toma todo muy en serio y me ha asegurado que el acuerdo debe ser formal no solo de cara a nosotros, sino también a la nueva guardia de la Corte, que exige que haya un registro de la voluntad de la futura virtuosa.

Está de pie, al otro lado del escritorio, con las manos apoyadas sobre la superficie caoba. La luz de la ventana trasera recorta su silueta y proyecta un halo a su alrededor que podría hacer que lo confundieran con un ángel.

Pero no lo es. Ni yo tampoco.

Ayer vino a buscarme. Me salvó porque, en el anillo con el que juego a dar vueltas en el dedo, hay un localizador. Adonis sabía que esa noche iba a haber una caza de brujas y, a esas alturas, ya estaba enterado de que había sido Hugo quien había denunciado el post que subí a Instagram desde un locutorio cercano a la comisaría porque tenía en su poder los vídeos de él saliendo del local a la misma hora en la que se puso la denuncia del que subí yo.

Lo miro de reojo; hay tantas cosas que quiero preguntarle… Y hay tanto por lo que aún estoy muy nerviosa…

—¿Tenías pensado intervenir en la caza de brujas? Aunque yo no estuviera, quiero decir.

—No. Habíamos pinchado el teléfono del señor Masdeu y ya sabíamos dónde tendría lugar, aunque no debía intervenir.

—Pero… ¿no ibas a hacer nada por las demás aun sabiendo que estaban en peligro? ¿Solo fuiste a por mí?

—Sí. Sé cuál es mi deber y, para conseguirlo, no puedo detener el proceso. Tú eres inocente, Ares. Nunca pediste ni buscaste nada de esto. Como te dije, el mundo de la Corte es muy grande y esconden muchas cosas. Esas chicas sabían en qué estaban metidas.

—Pero… es que es horrible. No todas son conscientes. Hay una inocente entre ellas.

—Sí. Lo sé. Es un daño colateral —aclara con pesar—. No nos dio tiempo a salvarla.

Me observa como quien mira a alguien que está muy verde en un tema y que es muy ignorante.

—Lo importante es que tú estás viva. Tania, Fanke y la otra chica a la que John está tratando de identificar son daños colaterales y una muestra de que todo sigue adelante para ellos.

—Haces que parezca tan… impersonal —musito en voz baja—. Has compartido muchas cosas con Tania y ¿no sientes nada de pena por lo que le han hecho? Has intimado con ella, eso implica un mínimo de confianza y de relación. ¿Cómo puedes ser tan frío?

—¿De verdad crees que soy frío? —replica ocultando el malhumor tras su correctísima educación—. Que no sea tan emocional como tú no significa que no sienta las cosas. Además, te equivocas en cómo enfocar esto. Te crees que todos son buenos e inocentes, incluso las víctimas —apunta con voz muy dura—. Olvídate de eso. Si la Corte está conformada por demonios, ¿cómo crees que serán aquellas que se promocionan para ser sus mujeres? Aquí los únicos buenos e inocentes son las víctimas de fuera de la Corte. Como la chica que han encontrado muerta. Como tú. Como mi hermana. Vosotras sois las inocentes. Pero —reconoce— por supuesto que me entristece lo que le ha sucedido a Tania.

Me parece terrible. No sé ni la mitad de lo que sabe él, así que no puedo opinar al respecto. Sin embargo, sí hay algo que me parece que no debe admitir a debate.

—Los asesinatos, las violaciones y los abusos son sucesos horrendos, se lo hagan a quien se lo hagan. No sé cómo eran Tania y Fanke ni quién es la otra víctima. Pero no voy a dejar de sentirlo menos por ellas.

La mirada que me dirige es complicada de leer incluso para mí.

—Eres una justiciera, Ares. Una vengadora, de pies a cabeza.

—No. Solo soy una mujer que odia que abusen de otras mujeres.

Él hace un mohín conforme. Quiere dejar el tema zanjado en este mismo momento.

—Quiero que te leas las cláusulas bien —me ordena—. La Corte es como un club y todos los que entran y pertenecen a ella deben dar el

visto bueno mediante una firma por todo lo que se va a hacer en estos días. Debes consentir. —Carraspea mirándome fijamente—. Eres una mujer y, en este caso, se fijan más en mí como avalador. Pero vamos a hacerlo bien.

—¿Algo más?

—La discreción es básica. —Se encoge de hombros—. Sigue actuando en tus redes con normalidad e informando de tu trabajo y comiendo chuchos como haces.

—Se llaman turnemis —le recuerdo.

—Solo en Badalona.

—Bueno, soy badalonesa.

—Como sea. Necesito que, hasta el 10 de mayo, adoptes el papel de una novata en la Corte. ¿Crees que serás capaz de seguir el juego?

—Sí —contesto sin pensarlo dos veces—. De hecho, lo soy.

—No lo eres. Has escapado dos veces de ellos. Y, con lo inquisitiva que eres, es probable que tu curiosidad y tu atrevimiento te metan en más de un problema. Vas a tener que acostumbrarte a obedecerme.

—No voy a meter la pata. Me mueve la rabia y la venganza, igual que a ti. No estoy nada interesada en reventar mi tapadera tan pronto. Haré lo que tenga que hacer.

—Pero no tienes sangre fría. Y se necesita para esto.

—¿Y tú qué sabes cómo tengo la sangre?

—Lo sé. Tienes fuego dentro. —Me mira de arriba abajo y se mete las manos en los bolsillos delanteros—. Tan solo hay que verte.

Me remuevo con inquietud.

—Para mí lo más importante es que ni mi madre ni mi hija estén en peligro. Hugo me asustó al decirme que iba a ir a por ellas —reconozco muy insegura, tomando las hojas y acercándolas más a mí para revisarlas—. Me da miedo que le haya dicho algo a alguien sobre ellas o sobre quién soy…

—No lo ha hecho. Ni siquiera el señor Masdeu sabía que tú estabas bajo la capucha. Tenía intención de decirlo, sí —admite Adonis—, aunque le pudo la teatralidad. Hugo te dijo eso porque sabía cómo hacerte daño. Pero nadie más lo va a saber. Sigues siendo un misterio, Ares, y así seguirá siendo.

—Y ¿por qué a mí? ¿Por qué intentaron hacerlo conmigo?

—Porque te tocó. Sin más. No debes preocuparte. Tus seres queridos estarán al margen y yo me aseguraré de que sigan a salvo.

Suspiro y muevo el cuello en círculos. Estoy tensa.

—Bien. Gracias.

—No me las des —asegura Adonis con ese tono deliciosamente malvado, pecaminoso y perverso que ya empiezo a identificar—. Es un

acto irresponsable por mi parte, pero debo hacerlo porque no me estás dando otra opción. Que formes parte de esto y que yo te lo permita no es nada bueno, Ares.

—Nada lo es —contesto. Me humedezco los labios mientras tomo el boli que él mismo me ha dejado para firmar los documentos.

—Léete el acuerdo.

—No pienso perder el tiempo leyéndome nada. Vas a instruirme como tu compañera, ¿no?

Sus ojos amarillos titilan desafiantes.

—Así es.

—Entonces, por la cuenta que te trae, me lo contarás todo bien, me explicarás lo que necesitas de mí y cómo puedo ofrecértelo.

—¿Te ves capaz de aprender en cinco días lo que muchas mujeres aprenden desde pequeñas?

Eso vuelve a llamarme la atención.

—¿A las virtuosas se las educa desde pequeñas?

—Sí. Es algo que se desconoce por completo, una tradición muy oculta entre las familias de mucho poder. A muchas de las mujeres de la Corte, las que se consideran virtuosas por pleno derecho y están ya casadas con vires o comprometidas con ellos, se las educa para ello. No es tu caso.

—Por supuesto que no. ¿Y sí lo era el de Tania? ¿O de Fanke?

—Ellas estaban dentro, no hay duda. Hay detalles de la Corte que se me escapan, pero no pienso pasar nada por alto. Solo quiero que, como al igual que yo, adoptes bien tu papel. Tania ya no es mi pareja, ahora lo serás tú. Y ella, al margen de lo celosa, voluble y obsesiva que era, tenía un protocolo exquisito y creo que la había preparado bien para los días de Bacus. Fui un vir generoso.

No me gusta cómo habla de ella. Sé que no tenían ninguna relación romántica, pero se me antoja difícil llegar a alcanzar las virtudes de esa chica.

—Lo debiste hacer bien para que ella se enamorase de ti —contesto sin demasiado ímpetu.

—A ti no te va a suceder —sentencia sin mirarme—. Tania era una inconsciente y una caprichosa. Tú tienes más sentido común. No cometerás el mismo error que ella.

Ese comentario tampoco me ha gustado nada. ¿Siente que si se enamoran de él, es un error? ¿O lo dice porque en el fondo es un demonio canalla incapaz de sentir una emoción así por nadie?

—No voy a enamorarme de ti, Adonis —asevero molesta.

Él asiente, con un gesto ilegible para mí.

—Solo te puedo decir que daré lo mejor de mí —le prometo,

alzando la barbilla—. Soy consciente de que lo que vamos a hacer es un riesgo y de que podemos ponernos los dos en peligro. Pero lo haré bien —sentencio—. Tengo mucho que perder si no es así.

Sus labios dibujan una sonrisa de agradecimiento nada pronunciada, aunque lo suficiente para que yo la vea.

—Bien. Eso es lo que quiero oír, señorita Parisi.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—Las virtuosas… ¿esperan que los vires se enamoren de ellas? Quiero decir, todas sirven al vir, pero ¿con la intención de qué? ¿De recibir una propuesta de matrimonio por parte de ellos?

Eso hace reír a Adonis.

—A algunas las educaban con ese objetivo. Unas lo consiguen y otras no…

—Y las que no, ¿son desechadas? Por ejemplo, ¿qué le iba a pasar a Tania después de que tú la dejaras?

—¿A Tania? Nada. Iba a presentar una hoja de renuncia y a liberarla. Otros futuros candidatos a vir la habrían elegido. Como te he dicho, no pasaba inadvertida. Muchos la deseaban.

—Y ¿por qué la han matado? Si era deseada, si lo hacía bien, si tenía buena educación y muchos vires hubiesen apostado por ella… ¿Por qué? No tiene sentido.

—Como te digo, necesito confirmar datos.

—Sabes que todo esto apesta, ¿verdad? Haces que parezca una competición donde las mujeres forman parte de una puja, como un trozo de carne.

—Ares, ya te he dicho por qué estoy en la Corte. Solo te explico cómo funciona. A mí tampoco me gusta, pero esto es algo que existe desde hace milenios. Lo único que me gusta del culto a Bacus es lo sexual de sus rituales, lo místico, espiritual y abrumador que pueden llegar a ser. Me he instruido en ellos, sé lo que es ser un vir, cómo debo tratar a mi compañera y qué espero de ella. Pero todo lo he hecho para llegar hasta el asesino de mi hermana y destruirlos desde dentro. Por ese motivo tengo el Abismo, porque es un lugar donde se perfeccionan muchas técnicas de los coitos y los ritos de Bacus y porque es mi carta de presentación y aceptación en la Corte. Todos me tienen en cuenta.

—El Príncipe del Abismo… —repito las palabras de Hugo.

—Así es. —El músculo de la mandíbula le palpita beligerantemente.

—Ya… —asumo bajando la cabeza—, pero sigo sin entender cuál es el papel de la mujer en todo esto. ¿Servir al hombre? ¿Ser una

fuente inagotable de virtudes romanas? ¿Tienen un papel sumiso? ¿Son esclavas?

—No. No se trata de eso. Ellos saben que sus compañeras son las únicas que pueden darles el éxito, por eso nunca osarían menospreciarlas ni hacerlas sentir de menos. Así que es normal que estés confundida y con tantas preguntas. —Adonis rodea la mesa y se ubica ante mí—. Vamos a hablar con tu madre. Te acompaño. Y después, cuando ya estemos de vuelta, podremos seguir con esta conversación. Ahora necesito que estés tranquila y no lo estarás hasta que la veas.

Tiene razón. Mi cabeza es un pozo insondable de curiosidad, pero también de preocupación. Soy consciente de que debo despedirme de Venus por unos días.

—De acuerdo —firmo las hojas sin leérmelas. Él alza una ceja de incredulidad al ver que no le he hecho caso y las deslizo por la mesa hasta que tocan los dedos de su mano—. Aquí tienes.

—Te gusta desobedecerme —me reprueba—. ¿No quieres prepararte antes? Leer el compendio de la virtuosa te ayudará a que mañana nada sea demasiado impactante para ti. Porque tu instrucción empieza mañana, Ares. Te estoy dando este día de margen para que lo asimiles.

Niego con seguridad.

—Eso me va a poner más nerviosa. No quiero saber qué esperar, así mi mente no divaga ni imaginará cosas que no van a suceder.

—O tal vez sí —insinúa él—. El mundo de los demonios de la Corte puede superar con creces tu imaginación y tus fantasías.

Sonrío rindiéndome a la evidencia.

Todo ha superado a mi imaginación, así que me espero cualquier cosa.

—Ya veremos —presumo.

Cuando avanzo por su oficina y salgo de allí, aún me hago cruces de cómo ha cambiado mi vida y por la situación en la que me encuentro.

Y sé que esto solo es el principio.

Solo es un aperitivo de lo mucho que va a cambiar de ahora en adelante.

II

Es inverosímil.

Estoy subida en el mismo coche que me arrolló hace diez días, ese Porsche antiguo, perfectamente cuidado por dentro, como si fuera nuevo. Mi rodilla ya está bien y el rasguño casi está curado, pero lo que nunca va a recobrar la normalidad es mi vida en sí tal y como la conocía. Porque, en caso de que lo que vayamos a hacer Adonis y yo tenga éxito, sé que esto me va a cambiar. Ya lo está haciendo.

He aceptado ser la compañera de este hombre. He firmado un acuerdo con él que no me ha apetecido nada leer porque, pusiera lo que pusiese, sé que no me iba a gustar y me iba a impresionar mucho. Si en el Abismo de Adonis un vir y su compañera practican el tipo de sexo que imagino, entonces puedo intuir por dónde van a ir los tiros y las condiciones de nuestro trato. Es un sexo agotador, sacrificado y mucho más intenso que un polvo de aquí te pillo y aquí te mato. Eso es lo que creo suponer de todo esto.

Y está bien si es con él, porque en cuatro años mi cuerpo solo ha reaccionado de un modo afectivo y necesitado con él. No me pasó con Hugo y eso que creía que era mi mejor amigo. Ni con nadie más. Al final, mi cuerpo es mucho más inteligente e intuitivo que yo porque a Hugo nunca lo vi venir. En cambio, Adonis lo ha despertado con su cercanía, su educación y su misterio, y con eso me basta para fiarme. Hasta que me demuestre lo contrario. Aunque no soy ingenua, sé que es un salvaje. Un hombre con ojos de lobo tiene que serlo.

Apoyo la cabeza en la ventana y miro a través de ella.

—¿Cuándo sabréis la identidad de la otra mujer que estaba con nosotras?

—John y Nicolaus se encargan.

—Ah… —contesto mirándolo de reojo—. Oye…, ¿qué son ellos exactamente para ti? ¿Qué relación os une? Quiero decir, sé que los encontraste en la Deep Web y que aceptaron trabajar para ti, pero…

Adonis se pasa la mano por la barbilla sin dejar de sujetar el volante con la otra. Sabe que vamos a tener que hablar de muchas cosas y dado que estaremos juntos durante semanas, no va a poder

esquivar los temas.

—Son rastreadores. Eran hackers que ofrecían sus servicios para encontrar a personas desaparecidas. Hay muchos de ellos que ofrecen sus servicios en la Deep Web… No estoy hablando de TOR, sino de una red de páginas mucho más ocultas en las que no se puede entrar sin un proxy adecuado.

—No sé de lo que me estás hablando… —Me señalo—. Pero bueno, he entendido que solo unos pocos son capaces de acceder a ese lugar, ¿es así?

—Sí. Es el paraíso para todos los que quieren defraudar, corruptos, delincuentes, proxenetas… Pero también para todos aquellos que viven fuera de la ley como la conocemos. Por eso también es donde hurgan los vengadores. La Deep Web es todo lo que está mal. O todo lo que está bien, dependiendo del límite entre el bien y el mal de cada uno y de lo que quieras conseguir. Está llena de individuos que operan de forma anónima porque saben que lo que hacen no es ni medio legal. Y yo busqué en ella porque necesitaba personas con altos conocimientos sobre ciberseguridad, hackeo de cuentas, páginas, direcciones, cualquier cosa… Los encontré porque son un tándem y operan juntos; pedí ayuda en un foro sin explicar qué era lo que necesitaba, pero sí diciendo que iba a estar muy bien pagado. Entonces se pusieron en contacto conmigo. Necesitaba que alguien rastrease la llamada que recibió mi padre sobre el paradero de Alana, cualquier cosa que me colocase sobre el rastro que quería seguir. Ellos tenían formación militar, además de ser expertos en redes informáticas, pero no aceptaban cualquier encargo. Necesitaban trabajar por algo en lo que creyesen. Les dije que les explicaría mi caso en persona con mayor profundidad. Me costó mucho que aceptasen mi ofrecimiento, pero quedamos en Milán, en la cafetería Giacomo Caffè, en la plaza del Duomo. Hacen el mejor *capuccino* del norte de Italia —divaga como si lo saborease. No puedo ignorar el modo en que pronuncia *capuccino* ni fingir que no me parece muy sexy cómo habla italiano—. Les expliqué lo que estaba pasando e hicimos clic.

—¿Hicisteis clic? ¿Qué quiere decir eso?

—Sí. Es cuando se crea una concomitancia. Un sincronismo.

Me gusta cómo paladea las palabras. Cómo se deslizan entre sus dientes y cómo las acaricia con la punta de la lengua. No puedo evitar pensar así cuando está tan cerca de mí, en ese espacio tan pequeño, con su perfume drogándome, aunque me esté hablando de algo tan serio.

—¿En qué os sincronizasteis?

—En su historia y en lo que les movía a hacer su trabajo.

Espero a que continúe, pero él sigue mirando al frente.

—¿Tengo que adivinarlo? —pregunto escrutándolo de soslayo—. Vas a tener que acostumbrarte a contarme las cosas bien, al completo, y a no dejarme a medias.

Él me lanza una mirada de cautela.

—No me gusta hablar de la vida íntima de mis amigos. Hace que me sienta como un chivato.

—Yo no le voy a contar nada a nadie, Adonis. Solo quiero saber. —Me encojo de hombros—. No voy a hacer nada con esa información.

—Es delicado y muy comprometido.

—Todo lo es desde hace unos días, ¿no crees? Todo esto también es delicado para mí. Hace un rato he visto el vídeo de mi violación, Adonis. Lo tengo grabado aquí. —Me señalo la sien—. Todo. ¿No crees que me merezco sinceridad y confianza absolutas? Solo quiero conocer a quienes se van a hacer cargo de la seguridad de mi madre y de mi hija. ¿Es mucho pedir?

Él intenta rehuir mi mirada y, al final, contesta:

—No. Está bien.

—Gracias —suspiro.

—John y Nicolaus eran exmilitares españoles.

—¿Son españoles?

—Sí.

—Con esos nombres que tienen, pensaba que eran extranjeros.

—No. Son sus apodos de la Deep Web. Me acostumbré a llamarlos así.

—Ah…

—Trabajaban para el departamento de ciberdefensa. Ambos hablan varios idiomas y son muy inteligentes. Genios —resume—. Sufrieron acoso severo dentro del ejército por ser pareja.

—Caramba… Rompiendo estereotipos.

—Sí.

—Uf, menudo giro. Nunca lo hubiera dicho.

—¿Por qué no?

—No sé. Es por la energía que irradian. Parecen dos jaguares, viriles y muy hetero.

—Son viriles, pero no hetero. —Se le escapa una sonrisa divertida —. Son rudos, fríos e inflexibles cuando tienen un objetivo. Son fieles y unos excelentes amigos en los que puedo confiar y sé que irán conmigo hasta el final. Porque buscamos lo mismo.

—¿Qué les pasó? Algo tuvo que ocurrirles para que busquen lo mismo que tú. ¿A quién están vengando?

—Su hija Maya fue asesinada por una red de pederastas hace diez años.

—Dios mío… —Me cubro la cara con la mano.

—Tenía solo once años. La adoptaron con ocho y les costó mucho conseguir la adopción. Tres años después, se la arrebataron. Lo más duro fue saber que quien se la llevó era un conocido. Resultó ser el coordinador jefe que les hacía la vida imposible en el departamento. Se llamaba Martín.

—No puede ser…

—Sí. Lo fue. Los odiaba y no quería que dos maricones estuvieran ahí trabajando para ellos. Era un homófobo, un fascista. Pero ¿sabes por qué?

—No.

—Porque se odiaba a sí mismo y no podía reconocer que estaba enamorado de John.

—Un homosexual que odia a los homosexuales.

—Exacto. Así que decidió castigarlos yendo a por su pequeña.

—Qué cabrón malnacido… —gruño conmocionada—. ¿Cómo fue capaz?

—Este hombre era hijo de un importante cargo político del Ministerio de Defensa. Y el ejército, que no quería escándalos de ese tipo, lo encubrió. A mis amigos nunca les dieron la oportunidad de probar que había sido Martín porque no querían remover mierda y como no se sabía el paradero de la pequeña ni tenían pruebas, pues archivaron el caso de Maya. Pero ellos sí lo sabían. Supongo que la paternidad te da un sexto sentido respecto a todo lo que concierne a tu hijo.

—Supones bien —certifico—. Hay cosas que sabemos que han pasado o pasan, sin que nos las digan y sin necesitar pruebas de ello.

—A ellos les pasó eso. Su hija estaba desaparecida y sabían que o la habían vendido o la habían matado por ser quienes eran dentro del departamento. El secuestro no fue fruto del azar. Así que, con Martín como sospechoso, hackearon todas sus cuentas, sus emails, sus números de teléfono, sus señales IP, todas sus contraseñas, buscando la confirmación de sus sospechas. Y siguieron el rastro de sus movimientos hasta que encontraron que había subido un archivo a otro servidor distinto a los usuales en la Deep Web. —Adonis traga saliva, afectado—. Era un vídeo de su hija.

—No quiero saber nada más —le ruego. Escuchar todo eso hace que me imagine a Venus en situaciones parecidas y no lo soporto. Me destroza el corazón.

—No te voy a contar detalles. Pero se subió a un dominio de tráfico

de menores. Así fue como entraron en las profundidades de la web y descubrieron esos dominios creados por grupos ocultos de individuos a los que les gustaba ese tipo de contenido. Y no tienen nada que ver con las páginas de pederastas que suele bloquear la policía. No —sentencia con expresión cortante—. Esto es otro nivel. Otra cosa. La mayoría de los niños desaparecidos acaban en esos lares y solo unos pocos los conocen.

—Y ¿por qué tus amigos no los han denunciado? —pregunto.

—Por el mismo motivo por el que yo no pido ayuda a los estamentos oficiales de la justicia. Porque denunciarlos haría que se esfumasen y eso les impediría vengarse. John y Nicolaus querían hacerse cargo de Martín y de todos los pederastas que vieron en esos vídeos. Querían ser ellos quienes los cazaran. Algunos, como en la Corte de Bacus, eran personalidades conocidas, usuarios simpatizantes de esos actos. Aunque no participaban en los vídeos directamente, sí estaban ahí, viéndolo todo, consumiendo ese producto. Al final, no sabes qué mueve a las personas a ser así, no sabes cuánta oscuridad tienen en su interior, ni sus fobias ni sus filias ni sus ismos… Es algo muy retorcido y escabroso.

—Es repugnante. Aberrante y…

—Demoniaco. —Al final, él usa la mejor palabra para describirlo—. Pero sucede. Más de lo que imaginamos. Y en diferentes grados. Niños, mujeres, adolescentes, animales, ancianos, no importa su condición. Todos tienen sus propios demonios, sus propios consumidores, obsesivos y llenos de odio.

—Y ¿qué hicieron John y Nicolaus? —quiero saber. Ojalá los vengadores de la pequeña Maya hayan impartido justicia.

—Fueron a por Martín. Enviaron todas las pruebas contra él al Ministerio de Defensa de manera anónima. Su padre quedó contra las cuerdas y dimitió. Mis amigos cazaron a Martín y se dedicaron a castigarlo.

—¿Cómo?

—Lo cortaron a pedacitos y lo mantuvieron vivo hasta el último suspiro.

—¿De verdad hicieron eso?

—Sí. —Adonis sonríe como si lo visualizara. Le gusta imaginárselo.

—¿No te horroriza?

—En absoluto. Se lo merecía. Todos se merecen su persecución. John y Nicolaus tienen formación militar, son auténticos perros de presa —se encoge de hombros—, y saben torturar y cómo infligir el máximo daño posible. También saben cómo no dejar huellas en ningún lado y desaparecer del radar de quienes quieran perseguirles.

Semana a semana enviaron una parte del cuerpo de Martín al departamento en el que trabajaban para que todos los que hubieran intuido que era un cabrón pederasta se supieran directamente amenazados por ellos. Y no contentos con eso, empezaron a trabajar en un proyecto para desarrollar el software avanzado de reconocimiento facial. Uno que podría valer cientos de millones de euros y con el que encontré a Alana. Pero ellos no se lo van a dar a ningún gobierno porque creen que todos están corruptos. Lamentablemente, los hombres que actúan en la web de Palabra de Bacus y suben vídeos de sacrificios, abusos y violaciones se cubren el rostro con máscaras de lobo para ocultar su identidad. Con lo cual, el software para descubrir quiénes son los asesinos no me vale. Pero sí me ayudará una vez los tenga a todos delante, sin máscaras, dado que habrá momentos así en el circuito de Bacus. —Recuerdo a mi violador. Llevaba una, pero en el vídeo se le ve una mancha de nacimiento debajo de la barbilla. Como un lunar. Eso es lo único que tengo yo como prueba diferencial, porque del resto no se apreciaba nada más, solo que era alto y muy delgado. Y pálido—. Una vez tenga sus caras registradas, el programa me ayudará a identificarlos y a obtener absolutamente todo lo que necesito saber de ellos. Cuentas bancarias, direcciones, participaciones en otros vídeos o imágenes. Lo quiero todo. Mientras tanto, John y Nicolaus usan el software para continuar la purga contra esos pederastas a los que van localizando, torturando y eliminando. Cuando les expliqué lo sucedido con mi hermana, en nuestra primera reunión en Milán, fue como un encuentro entre almas gemelas con propósitos parecidos. Pongo mi fortuna y mis medios a su disposición, y ellos ponen sus conocimientos y su buen hacer a la mía. Un equipo perfecto —sentencia—. Ellos son mis limpiadores, mis rastreadores, mis cazadores…

—Tus asesinos a sueldo.

Adonis se tensa ante la acusación, pero no parece que le ofenda en demasía.

—He matado a una persona… —digo en voz baja, sintiéndome incómoda con el modo con el que él habla de segar vidas y matar, por malos que sean y por mucho que se lo merezcan—. Le di al señor Masdeu con una piedra en la cabeza tan fuerte que…

—No lo mataste —me aclara Adonis.

—¿Cómo que no? —Lo miro de hito en hito.

—Tú no lo mataste. Lo dejaste inconsciente. Hugo y Nicolaus se encargaron de él.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? No he estado bien pensando que… —¿Entiende Adonis que son demasiadas cosas que asumir?

—No murió por lo que le hiciste. —Me mira con compasión—. Quédate tranquila con eso.

Exhalo y me cubro el rostro con las manos. Me siento muy sobrepasada. No estoy acostumbrada a esa indiferencia ante la vida y la muerte, aunque supongo que no lo estoy porque no he tenido pérdidas violentas como las de ellos que te hacen replantearte lo que es justo y lo que no. Lo que merece la pena y lo que no.

Mi abuela murió en la calma de nuestra casa, serenamente. Mi padre murió cuando yo era demasiado pequeña como para ser consciente de ello.

Las personas que Adonis o sus dos compañeros perdieron fueron arrancadas de sus vidas de cuajo, provocando una herida profunda solo comparable al vacío que dejaron. Un vacío que han llenado con ansias de venganza y con un odio infinito hacia los que les hicieron daño.

—No era una persona.

—¿Cómo? —digo sin comprenderle.

—El señor Masdeu. Era un hombre de aspecto, pero en el fondo, de espíritu, era un demonio —insiste Adonis—. Tienes que verlos como monstruos, Ares. Ellos no son como tú. No son buenos ni nobles ni tienen tus principios. No son ciudadanos ejemplares. Sé que es difícil pensar así sobre la gente, pero ya te lo dije una vez: los demonios no son tan evidentes como para ir con cuernos y colas. Están camuflados. Son personas reales a las que les consume la oscuridad, escondidas tras sonrisas confiables y condescendientes. Son nogales.

—¿Nogales?

—Sí. Como árboles de nueces. No permiten que haya vida bajo su sombra. Nada puede crecer en ella. Es terreno infértil, propicio solo para crear más oscuridad.

Me quedo pensando unos segundos sobre ello, pero Adonis no tarda en añadir:

—¿Qué vas a hacer con tu madre? ¿Qué le vas a explicar?

Me muerdo el labio inferior, cavilando sobre ello.

—No sé si quiero contarle la verdad. Pero no me queda otra… A mi madre no se le puede engañar. Sabe que estaba indagando sobre el cadáver de Fanke y que te había pedido ayuda. De alguna manera, tengo que decirle lo que me pasó ayer, lo que le sucedió a Hugo y también confirmarle lo que me sucedió hace cuatro años. Pero no quiero enseñarle el vídeo de mi violación. Eso la destruiría. Solo necesito que entienda lo que voy a hacer y por qué quiero que ellas estén a salvo y lejos de aquí.

—¿Y si tu madre no accede?

—Espero que lo haga.

Adonis mira al frente; no parece muy convencido de que salgamos de mi casa con un sí por su parte.

—¿Tu madre y tú sois parecidas?

—¿Por qué?

—Porque si es como tú, no va a abandonar el barco. No se va a querer ir de la casa ni alejarse de ti así.

—Pues debe hacerlo. ¿O hay otra alternativa? —Lo miro con curiosidad, porque tengo la sensación de que sí puede haber otra.

—Déjame que la conozca, Ares, que vea si va a estar receptiva —me pide educadamente— y valoraremos cuál es la mejor opción.

La mejor opción para mi madre y mi hija debería valorarla yo. No obstante, Adonis transmite toda la calma que yo no tengo, y controla mucho mejor la situación.

Después de lo que me pasó ayer por la noche, de todo el proceso traumático de esta mañana y de lo preocupante de la situación y lo peligrosa que va a ser la empresa que tenemos entre manos, soy como una ficha de parchís deseando llegar a casa, al lugar que pertenezco.

Abro la puerta y, cuando entro, escucho a mi pequeña:

—¡Mami! ¡Mami!

—¡Monito!

Me agacho para recibirla con los brazos abiertos y Venus, que lleva un chándal del Joventut de Badalona, el equipo de baloncesto de nuestra ciudad, y tiene a Drimi el cabrito en brazos con la cara manchada de comida, se lanza contra mí para sumirnos en un abrazo. Y agradezco volver a oler la piel de mi hija, a limpio, a niño y a Nenuco.

Pero ella es muy observadora y cuando me ve la cara, pese a que me he maquillado las marcas que me dejó Hugo anoche lo mejor que he podido, su gesto cambia por completo a uno de profunda preocupación.

—Mami, ¿qué te ha pasado?

—Me caí y me di un golpe, pero ya estoy bien —le explico abrazándola fuertemente contra mí.

—Oh, pobrecita —musita dándome un beso en la mejilla que está un poco hinchada. Acto seguido, alza la cabecita y vuelve a mirar a Adonis de ese modo tan extraño y revelador en un niño, como si estuviera viendo a un príncipe. Y Adonis lo es, pero de las Tinieblas.

—Hola —dice ella muy atrevida. Me está dejando sin palabras. Jamás fue tan abierta con nadie y lo va a ser con este, que es el

demonio.

—Hola —contesta Adonis inclinando la cabeza a un lado, observándola como si no hubiese visto un niño en toda su vida. Me entran ganas de reír, pero al mismo tiempo, me fascina cómo interactúan sin conocerse apenas.

—¿Te *busta* pintar? Tengo colores.

Adonis entrecierra un poco los párpados y medio sonríe.

Oh, pero bueno. ¿Está coqueteando con la niña? Pero ¿esto qué es?

—¿Sabes dibujar bien? —le pregunta él.

—Sí, muy bien. Como mami.

—¿Te llamas Venus? —le pregunta con diversión.

Ella asiente y oculta medio rostro entre mi cuello y mi hombro.

—Yo me llamo Adonis. —Le ofrece la mano como un caballero. Y, sin quererlo, una olita de ternura recorre el centro de mi pecho. No. No me gusta. Esto no. Venus me mata cuando le toma el dedo índice y se lo estrecha, firmando su presentación oficial entre vergonzosa y pizpireta. No entiendo nada.

Entonces, lo veo. Veo lo fácil que le resulta tejer su red, que hipnotice como sabe hacer. Lo que no me imaginaba era que pudiera hacerlo igualmente con una niña.

—Monito, vamos al comedor. ¿Dónde está la yaya? —pregunto nerviosa.

—Aquí. —Mi madre aparece bajo el arco que separa el recibidor del salón. Tiene los ojos hinchados y me mira aliviada. Lamento mucho ponerla en ese estado de ansiedad.

Ella me mira y después a Adonis, y se acerca lentamente hacia nosotros.

—Mamá —digo cuando la tengo delante. La abrazo y ella me devuelve el gesto sin ocultar la angustia que ha sentido por mí. Porque puede que no sea como mi abuela, puede que haya negado muchas cosas a las que no le puede dar explicación, pero no es tonta y sabe que ayer salí de aquí con Hugo y que hoy vuelvo con Adonis y marcas en la cara—. Tengo que hablar contigo.

Ella asiente y mira de reojo a Adonis.

—Soy la madre de Ares. Me llamo Nieves.

Venus no suelta el dedo de Adonis. Me está cortocircuitando el cerebro.

Adonis le ofrece la otra mano a mi madre y ella la acepta.

—Adonis —contesta él agachando la cabeza, mostrando, una vez más, su deliciosa educación—. Encantado, señora Parisi.

Parece que estemos jugando al Twister entre abrazos y manos cruzadas, como si nos estuviéramos anudando entre todos.

Mi madre agradece el respeto. A ella eso de que la llamen «señora», con lo espléndida que está, le da igual.

La conozco y sé que la presencia de Adonis le llama la atención tanto como su atractivo. Ahora debe de estar elucubrando una telenovela sórdida y de misterio en su cabeza.

Y es importante estabilizarla. Lo veo en la manera en que me mira, en el mohín tembloroso que forma con los labios y en cómo me pide sin palabras que le cuente qué está pasando.

Mis ojos buscan a Adonis y él me devuelve la mirada.

No necesito su permiso para explicarle todo a mi madre, pero su gesto me da a entender que está bien que lo haga.

—Vamos a sentarnos, mamá. Te lo voy a contar todo.

III

Mi madre está rota. No puede dejar de llorar después de haber escuchado todo lo que tenía que decirle. Y no me he dejado nada, excepto mis encuentros sexuales con Adonis, que no necesita saberlos. Incluso le he mencionado lo del vídeo. Sé que no es justo que la preocupe así, pero no pienso enseñárselo.

Estoy llorando como ella y le sujeto las manos, que se han quedado frías y temblorosas. Sorbo por la nariz y permanezco en silencio.

Sabe que Hugo nunca fue mi amigo en realidad, pero su obsesión hacia mí me ayudó a estar protegida y a que no volvieran en mi busca para acabar lo que empezaron.

Sabe que Tania Soler y otra chica más murieron ayer a manos de la camarilla de la Corte y que yo habría corrido la misma suerte si no fuese por Adonis.

—Dios mío… —susurra mirándose los pies enfundados en sus zapatillas de estar por casa. Se pasa el dorso de la mano derecha por las mejillas para secarse la humedad de las lágrimas que siguen cayendo sin remisión.

Mi madre desvía la mirada hacia él. Está en el porche, sentado sobre uno de los escalones de madera, mirando todos los dibujos que le está enseñando Venus. Ha tenido el detalle de salir y entretenerla para que mi madre y yo hablásemos, y eso que sé que nunca ha estado tan cerca de un niño en su vida.

—La abuela decía que Baetulo era tierra de demonios. Algunos buenos y otros no. Cuánta razón tenía.

—La abuela acertaba en tantas cosas…

—Es una locura… —susurra volviendo el rostro hacia mí—. El día de la carrera dijo que te pasaría algo horrible. Yo no quise creerla y cuando llegaste viva, en mi fuero interno celebré que no se cumpliera lo que había visto. Me lo tomé como una victoria contra ella. Pero resultó que tenía razón. Solo que tú supiste salir de las llamas y continuar con vida. Es increíble.

—Lo que está sucediendo no es nada fácil de asimilar ni de comprender. Pero todo lo que te cuento es cierto, mamá —le aseguro.

Mi madre continúa retorciéndose los dedos de las manos con mucha ansiedad.

—¿Y Hugo…? ¿Ayer noche intentó hacerte lo mismo ese malnacido?

—Sí… —digo pasándole un brazo por encima de los hombros—. No llores, por favor. Estoy bien. Al final no me sucedió nada.

Ella asiente como si le doliera en el alma.

—¿Cómo he podido estar tan ciega todo este tiempo?

—A mí también me engañó.

—Y yo queriendo que te arreglaras con él. —No se lo puede creer —. ¿Esa rata traidora está muerta? —Sus ojos negros se convierten en dagas frías y calculadoras.

—Sí, mamá. Lo… Bueno, se lo comieron los lobos de Adonis. — Esto es tan surrealista que me hago cruces de estar diciéndole estas cosas a ella, así, en crudo.

Ella se limpia los mocos en la servilleta de papel y desvía la mirada hacia el jardín, donde Adonis se ha levantado para admirar el mural de los agatodemon en la pared. La niña no se despega de él y ahora le está enseñando la camita de la yayita de dentro del larario. ¿Cuándo ha sido Venus tan dicharachera con nadie?

—¿Qué tipo de demonio es Adonis? —pregunta sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué crees que lo es?

—Un hombre con esa aura, con tanto poder y magnetismo, no hace que creas en los cielos. Un ángel no es. Más bien parece que quiera llevarte al Infierno.

Mi madre ni siquiera imagina lo acertada que es su suposición.

—Creo que es de los buenos —contesto observando cómo le pregunta a Venus qué es cada dibujo.

—¿Vas a estar con él estos días?

—Sí.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Dios me prive de decirte nada, Ares, porque está claro que siempre me he equivocado. No eres policía, eres ilustradora y tienes una carrera en ciernes…, una niña. Es arriesgado —asume humedeciéndose los labios por los nervios.

—Soy consciente. Más que nadie. Pero tengo que hacerlo. No me perdonaría nunca no involucrarme.

—Yo también soy consciente de eso y de que no voy a hacerte cambiar de opinión. —Se levanta y me toma de la mano para que haga lo mismo—. Eres tan cabezona como yo, pero voy a hacer lo que no he hecho en mucho tiempo —exhala—. Estar aquí y apoyarte, por poco que me guste lo que tú y ese hombre tenéis pensado hacer.

Aunque no pienso irme. De aquí no me muevo.

—¿Cómo? —Sabía que esto podía pasar.

—Esta es nuestra casa, Ares. Nuestro templo. Aquí está tu abuela y nuestros protectores. —Señala el muro con las serpientes gigantes y el larario—. Venus y yo vamos a estar bien.

—No quiero que estéis solas.

—Tú misma has dicho que no te conocen. Por ahora todo está bien, ¿no? —pregunta dubitativa.

—Sí… —contesto con seguridad—. Pero la Corte tiene sus medios para extorsionar si lo necesita y yo no quiero que vosotras os expongáis, porque si algo va mal y me descubren, podrían hacerme daño a través de vosotras.

—Si esa Corte es tan poderosa como dices, no estaremos más seguras en la Cerdaña que aquí. Irnos de casa es abandonar nuestro hogar, nuestro refugio. No pienso darte la espalda y dejarte sola otra vez.

En el fondo no me sorprende su respuesta. Mi madre tiene carácter y ya empieza a asomar la patita.

—Como quieras —digo malhumorada—. Pero si prefieres quedarte aquí, vais a tener vigilancia e inquilinos. John y Nicolaus se quedarán con vosotras. Y no me vas a decir que no.

—Si así te sientes mejor, de acuerdo. —Asiente como una señora.

Eso me sorprende gratamente.

—¿No te importa que digan que la Nieves tiene a dos hombres viviendo con ella? —insinúo entrecerrando los ojos de color violeta.

—A mí lo único que me importa es que tú estés bien. ¿Entendido? Todo lo demás, sobra. —Me acaricia la mejilla con el pulgar, me atrae y me da un abrazo tan fuerte que consigue romperme emocionalmente. Vuelvo a llorar contra ella y la siento de nuevo como mi puerto seguro, mi confidente que nunca debió faltarme y que siempre debió creerme. La siento como la madre que fue hasta que todo se quebró—. Lo siento tanto, Ares… —me susurra al oído llorando conmigo—. Siento que hayas tenido que cargar con eso sola sin el apoyo que te merecías… —Ni siquiera puedo hablar. Me hace tanto bien lo que me dice que prefiero que solo hable ella—. No voy a perdonarme jamás mis prejuicios. Pero te quiero, te quiero hasta el infinito. Más que a mi propia vida. ¿Me crees?

Vuelvo a asentir y abrazarla con fuerza contra mí. Necesitamos ese abrazo mudo, mecidas por la energía de nuestros cuerpos, como cuando era un bebé y ella me acunaba mientras cantaba sus nanas.

Ella no lo sabe, pero me está dando la fuerza que necesito para continuar, con el valor y la seguridad de saber que, quienes me

importan, me apoyan.

—Necesito estar tranquila estos días y ayudar a Adonis —susurro contra su hombro mientras ella me acaricia el pelo—. Y tengo… tengo que aprender muchas cosas. —«Sí, cosas perversas y lascivas, me temo; es mejor que no las sepas, mamá», pienso—. Quiero quedarme tranquila sabiendo que estáis bien y en buenas manos.

—Lo estaremos, Ares. —Me besa la coronilla.

Un rato después, por fin nos despegamos y la miro a los ojos húmedos y enrojecidos con una sonrisa de vergüenza.

—Qué tontas —murmuro.

Ella me besa la frente y me dice que no.

—Ahora, necesito hablar con ese hombre. —Me rodea los hombros con el brazo y vamos juntas andando hasta el porche.

—¿Qué le quieres decir? —No sé si me gustan las charlas de mi madre y menos cuando está en ese modo «mamá loba».

—Solo quiero hablar con él. Vamos.

—Mi yayita *muerme* ahí.

Eso es lo que le está diciendo Venus a Adonis cuando llegamos hasta ellos. Le señala la camita de Pin y Pon que ella colocó.

La expresión de Adonis es de sorpresa y estupefacción. No pierde detalle de lo que hay dentro del larario ni tampoco del espectacular mural de nuestro jardín.

Es evidente que nada de eso le es ajeno. Puedo escuchar perfectamente cómo el engranaje de su cerebro actúa para ubicar todo eso en el perfil que tiene hecho de mi persona.

—¿Es una cama? —le pregunta Adonis a la niña, mirándonos de reojo.

—Sí —dice Venus—. *Adondis*, ¿vamos a pintar?

—¿Adónde vamos a pintar? —pregunta mirando a mi hija con fascinación.

Consigo que la carcajada que tengo en la garganta se quede ahí, callada.

—No, *Adondis* eres tú. No es un lugar —le explico con un gesto divertido.

—Ah… —Él observa el gesto sonriente de Venus. Dios, cómo la mira… Como si fuera un dragón precioso y magnético a topos rosas.

Me parece fascinante la estampa que forman los dos. Y también inquietante.

Ella se ve diminuta a su lado y él es una especie de príncipe de las hadas oscuro.

—Ven, Venus —le digo cogiéndola en brazos.

—Son agatodemon —se limita a decir Adonis señalando la pared—. Y tenéis un larario con Vesta en su interior. ¿Me he perdido algo? —pregunta mirándome fijamente.

Nunca le he explicado nada de lo que me contó mi abuela. No conoce mi historia familiar. No sé qué reacción esperar de él cuando se lo cuente.

—Somos Parisi. Descendientes de antiguas familias de Baetulo que oraban a Vesta —dice mi madre sin más. Es la primera vez que la oigo reafirmar sus raíces así—. Según la intrahistoria familiar, nuestras antepasadas romanas hacían la labor de las vestales en Roma. Protegían a Baetulo de la oscuridad. Eran cuidadoras de la llama del *forum*, del templo.

Los ojos amarillos de ese hombre se endurecen y se afilan como navajas.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunta mirándome duramente y sin ocultar sus facciones pétreas. Se siente engañado.

—No lo he hecho a propósito —me defiendo—. En realidad, me enteré el jueves cuando murió mi abuela. Me lo explicó todo antes de morir y me dijo que… que estaba donde tenía que estar. Que no podía ocultarme más y que, bueno, que necesitaba a mi agatodemon al lado para cumplir con mi legado. Porque el Demonio me estaba rondando. Eso es lo que ella veía en las cartas.

—Así que tu abuela era bruja —susurra volviendo a mirar la foto de su larario.

—No —contesta mi madre—. Era una *sagae*. Nuestra familia es un poco atípica y peculiar. Portamos el gen de Alejandría que, en el caso de mi hija, sí se ha desarrollado. —Señala mi rostro—. Y también, de vez en cuando, en alguna generación asoman otras mujeres con capacidades singulares. Y mi madre lo era. Era una mujer muy especial que podía ver mucho más allá de las simples apariencias.

—Entiendo. —Adonis asiente con aire críptico. Ya lo empiezo a conocer y sé que no va a hablar de nada de lo que está pensando en realidad. Intuyo que tendremos una charla más adelante—. Y yo era el extraño por ser demonólogo —dice con ironía.

—Supongo que es algo de lo que hablaréis largo y tendido, aunque quiero ser totalmente sincera contigo porque, llegados a este punto, no vamos a ir con paños calientes, ¿a que no? —El tono de mi madre es muy dulce, pero su mirada es mordaz.

—Estoy de acuerdo con usted. Hay que hablar con claridad. —Me dirige una mirada de soslayo.

Pfff. Claro, como si él hubiera sido muy sincero conmigo desde el

principio.

—Bien. No sé quién eres, Adonis, ni de dónde has salido y cómo te has cruzado en la vida de mi hija así. Pero sí sé que le has salvado la vida y no una, sino dos veces. —Levanta el índice y el corazón formando una uve—. Por algún motivo, estás aquí, Ares se fía de ti… y debo reconocer que nunca he visto a Venus acercarse a un hombre como hace contigo; eso tiene que significar algo.

Venus sigue mirando a Adonis como si quisiera que fuera su mejor amigo. Yo no sé dónde meterme. Por Dios, es una coqueta.

—Mamá, no hace falta que…

—Calla un momento, cariño —me pide y vuelve a dirigirse a él—. Como madre, no te puedo estar más agradecida y eso me vale para confiar en ti por ahora —aclara—. Sé que vas a estar con ella y que te la vas a llevar para hacer algo terriblemente peligroso y, si es su decisión, la voy a respetar, aunque me quite el sueño. Pero voy a pedirte dos cosas y quiero que me des tu palabra de que las vas a cumplir.

Adonis alza la barbilla y la mira con solemnidad.

—¿Qué necesita?

—Quiero que sigas cuidando de mi hija como hasta ahora. Que la protejas, que no permitas que nadie le haga nada o le ponga un dedo encima. —Mi madre no tiene ni idea, pero quien me va a poner los dedos encima va a ser precisamente él—. Que cuando todo esto acabe, ella vuelva a casa sana y salva.

Adonis asiente con vehemencia, como si estuviese haciendo una promesa.

—Es posible que tú seas una de esas serpientes para mi hija. —Señala la pared con los agatodemon—. Un demonio, aunque uno protector —puntualiza—, porque incluso tú estás en tu propia cruzada para vengar a los tuyos. Por eso te pido que procures que los dos salgáis de esto bien. Y, segundo, esto es algo que te pido a título personal. —Los ojos negros de mi madre se entrecierran y da un paso hacia él sin ningún miedo ni pudor—. Prométeme que tus lobos o tus demonios, lo que sean, me da igual, van a encontrar a quien violó a mi hija y lo van a destrozar.

—Mamá —digo asombrada en voz muy baja.

—No —me prohíbe que la interrumpa—. Prométemelo, Adonis. Quiero que lo mates, que le hagas sufrir o que me des la oportunidad de matarlo con mis propias manos.

Dios mío. Nunca la oí hablar así.

—¿Quiere que se lo traiga? —le pregunta ocultando una sonrisa maliciosa y cómplice.

Ella se encoge de hombros, mira al larario y sentencia:

—Quiero que ese hombre deje de existir. Quien toque a mi hija así, me toca a mí. Y una madre herida es más vengativa y peligrosa que cualquier otro demonio.

—¿Sabe que no tengo a la justicia de mi parte y que todo esto lo hacemos a nuestra manera?

—Lo sé. Cada vez creo menos en ella. Así que me importa poco cómo lo consigáis ni cómo os metáis en esto.

—Entonces queremos lo mismo, señora Parisi. —Asiente tranquilo y satisfecho de oírla hablar así—. Soy igual de vengativo que usted. Cuando tocan lo mío, mato —dice lapidariamente.

No me gusta esto. Ha sonado como si mi madre estuviera contratando a un sicario.

—Creo —intervengo un poco desubicada— que esta conversación no debería haber tenido lugar en la vida…

—No hagas caso a mi hija en esto —insiste mi madre mirando a Adonis—. Ella es mucho más compasiva que yo. Lo ha sido siempre.

Adonis sonríe y asiente en silencio. Mierda, se van a entender y se van a caer bien. Esa es la conclusión a la que llego. Todo demasiado contraproducente para mí.

—Le doy mi palabra de que todo esto no tiene nada que ver con lo que había planeado en un principio —dice Adonis—. A mí también me ha sorprendido la irrupción de Ares en mis objetivos, pero no la voy a dejar sola. De algún modo, somos responsables el uno del otro. —Vuelve a mirarme de reojo y a mí me sube la temperatura—. Sé lo que tengo que hacer. Conseguiré que la Corte pague, por mi hermana y también por su hija.

Mi madre le ofrece la mano para formalizar ese trato homicida.

—¿Tenemos un pacto?

—Lo tenemos. —Adonis acepta su mano y se la estrecha con convicción.

—Que te quede claro que haces un pacto conmigo. Con una Parisi. No tenemos nombres de demonios ni lo somos, pero nos las traemos. Mi advertencia —atrae a Adonis hacia ella sin soltarle y se pone de puntillas— también se extiende a ti. Si le haces daño o si la hieres de algún modo, yo seré el perro de presa. E iré a por ti.

Esta vez, no sonríe. Parece una guerrera, una mujer fría de la Camorra. Observo que Adonis la mira con mucho respeto y cómo toma la mano de mi madre, la alza hasta su boca y le da un beso en el dorso como un caballero de brillante armadura.

—Será un honor cumplir mi palabra y proteger a su hija, señora Parisi.

Mi madre resopla y se ríe como si fuera una colegiala. Toda la tensión desaparece y lo contempla como si conociera todos sus trucos. Después medio sonríe cuando vuelve la vista hacia mí y espeta:

—Madre mía, hija. No sabes dónde te estás metiendo.

Me he despedido de Venus.

Le he dicho a mi pequeña que la quiero muchísimo, pero que me voy de viaje unos días por trabajo. Ya sé que ella no entiende eso de que me vaya de su lado y que no vayamos a vernos en unos días. Yo tampoco lo voy a saber sobrellevar.

Pero es lo mejor. Debo hacer inmersión en la Corte, en su mundo, su vocabulario, sus rituales y en mi presentación en sociedad como virtuosa a su lado. Me espera un curso intensivo en el castillo de Adonis. Una formación que promete ser exhaustiva y agotadora y no necesito distracciones.

La vuelta en coche está siendo un poco tensa.

Sé por qué está enfadado y no tengo que preguntárselo porque él me lo dice primero.

—Debiste explicarme estas cosas, Ares —me regaña Adonis—. Debiste decirme que tenéis algún tipo de conexión con las vestales. Soy demonólogo, ¿no crees que podría haber encontrado conexiones? ¿No crees que era una información relevante para todo lo que tiene que ver contigo?

—No te dije nada porque me enteré tarde de la historia familiar y, además, no sabía si fiarme de ti. ¡No me fiaba de nadie!

—¿Hugo sabía algo de esto?

—No. Él nunca se enteró de nada. Nunca hablé con él de lo que me estaba pasando.

Él sigue en silencio con la mandíbula tensa y una expresión ofendida.

Exhalo porque no me gusta la tensión entre nosotros. Necesito que comprenda mis motivos.

—Mi abuela me tiraba las cartas —le explico al final mientras me muerdo las uñas—. Me advertía sobre lo que me estaba pasando. Fue ella la que me aconsejó que acudiera a un demonólogo. Me avisó de que había un zorro a mi alrededor que me estaba engañando, y era Hugo. Y que solo un demonio puede hacer arder a otro fuera del Infierno. Entonces llegaste tú. —Sonrío con incredulidad—. También me dijo que tenía que hacer una elección, y ya la he hecho; he aceptado el reto al creerte. Ella se consideraba una *sagae*, una sabia anciana, y guardaba un montón de objetos romanos, como mi colgante

—añado y le enseño la campana.

»Me preguntaste si había tenido algún tipo de experiencia paranormal… —Él tuerce el rostro hacia mí, con mucho interés, y yo intento aguantarle la mirada todo lo que mis nervios me lo permiten —. He tenido sueños con el Demonio, he escuchado melodías, he corrido por el bosque con el vestido en llamas… Ella me dijo que el Demonio me estaba buscando y que las vestales me invocaban para tomar el lugar que me pertenece, pero no sabía qué debía hacer y yo tampoco. —Dejo de morderme las uñas, e intento relajar las manos sobre los muslos—. Sin embargo, todo tenía que ver con el fuego, con la llama que cuida de nosotras y que todas las vestales necesitan. Ahora ya sé lo que debo hacer. Y sé que te he elegido a ti para ello. Tú eres mi agatodemon, Adonis.

Él traga saliva y observo cómo sujeta el volante con más fuerza de la cuenta hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—¿De verdad crees que me has elegido tú a mí? ¿Crees que soy un demonio protector?

—Por ahora, lo creo —le aseguro—. Quiero confiar en ti y ni siquiera sé dónde nos vamos a meter ni qué es lo que voy a tener que hacer. Pero siento que tengo que estar aquí. Contigo. —Contemplo su perfil y me parece tan bello que retiro la mirada—. No supe nada de esto hasta el jueves, antes de que ella muriese. Te lo juro que fue así. Llenó la casa de objetos de protección, de falos con alas, de ojos, de serpientes, y nos dio a cada una un colgante como este.

—Venus lleva otro, también lo he visto.

—Sí. Ella también necesita protección. Por eso mi madre no quiere irse de casa, porque es nuestro templo. Porque mi abuela está ahí, cuidándonos. Por eso quiso morir bajo su techo.

—La casa puede estar protegida para según qué energías más holísticas, pero no contra personas de carne y hueso. Si el Demonio te persigue, como decía tu abuela, encontrará la manera de alimentar a otros y poseerlos.

—Por eso vas a llevar a John y a Nicolaus, ¿no? Ellos serán su protección de carne y hueso.

—Sí.—confirma—. Mientras tanto, estos días tendremos el castillo para nosotros solos. Y para los lobos… y Antón. Para él también.

—Está bien. Batman no puede vivir sin su mayordomo —musito tomándole el pelo.

Estamos entrando en las tripas de las montañas de Canyet, llegando al caminito que nos llevará hasta su casa.

—¿Sigues creyendo que soy el bueno, Ares? —Su tono es más íntimo y busca una respuesta sincera.

—No —contesto con firmeza—. Creo que no hay buenos en esta historia. Ni siquiera creo serlo yo. Pero sí que eres el menos malo.

Él me mira de reojo y alza la comisura del labio.

—Espero que nunca olvides esto que me has dicho. Que, haga lo que haga, sigas creyendo que soy bueno. Porque no va a ser fácil para ti. Ni para mí.

—Me lo imagino. Por eso espero que me prepares lo mejor posible, porque quiero hacer un buen papel y ayudar a atrapar a todos esos hijos de perra.

—¿Cueste lo que cueste?

—Cueste lo que cueste.

Sé que lo he dicho muy rápido y que pretendía estar muy segura con la respuesta. Pero no soy una ilusa.

Sé que tengo mucho que perder en este juego y voy a procurar protegerme lo mejor posible y no solo de la Corte, también de este hombre que tengo al lado.

Porque he visto lo que ha hecho con mi madre y con Venus en una mañana. Se las ha metido en el bolsillo en un suspiro.

No me imagino todo lo que puede hacer conmigo en veinticuatro horas durante siete días.

Sin embargo, debo asumir que es mi decisión y que vamos a salir de esta, si no los dos, al menos yo, aunque con más de una quemadura.

IV

Creo que esto va a ser como vivir con un *laird* o con un marqués.

Él, todo lo que le rodea, rezuma un poderío difícil de ignorar que podría subyugar a cualquiera que estuviese más interesado en el músculo económico que en la persona en sí.

A mí la persona me tiene nadando en ríos agitados e intento no sucumbir a las arenas movedizas que se arremolinan a su alrededor como si tejieran cuentos y leyendas que uno no sabe si creer. Todo lo que tiene que ver con él irradia un aire gótico de fábula y fantasía. Y de terror, solo si te asustan los hombres con ojos de lobo y alma de diablo.

Adonis no me asusta, pero eso es lo que más temo de todo, valga la redundancia.

Nada en mi vida está bien. Aunque podría estar peor. Podría no tenerla. Podría haber muerto. Adonis me está dando la posibilidad de enfrentarme a mis miedos, a los demonios. De vencerlos, aunque sea a través de la venganza y la visceralidad. Porque se va a erigir como el guardián de Venus y de mi madre, y me siento más segura sabiendo que van a estar protegidas.

Nunca nada me había removido tanto. Es la primera vez que siento que el fuego solo se apaga desde dentro, desde el origen, y para eso tengo que atreverme a quemarme.

Pero en el fondo también lo hago por todas las mujeres que conozco y que sé que, en un futuro, podrían ser las próximas víctimas. Y lo voy a hacer, no solo por mí y porque quiero que los que me han sumido en la oscuridad estos años atrás paguen, sino por mi hija, mi madre y Lu. Hugo no le hizo nada porque la iba a dejar para el final, pero ella me metió en esto y también iba a pagar de manera inconsciente.

No me siento una heroína. Me siento una vengadora, y las vengadoras no podemos ser heroínas porque actuamos por egoísmo, para acallar las voces salvajes y reactivas de nuestro interior a las que no les importa buscar su propia justicia. Y a mí tampoco me importan las consecuencias, me dan igual. Solo quiero llegar hasta el final. Y sí,

calmar la sed de venganza y poder mirar a mi hija y decirle que es lo más maravilloso de mi vida, pero que he tenido que enterrar al que la engendró.

He llegado a un acuerdo con Adonis. Quería mi propia habitación, un espacio en el que poder aislarme de él y de todo. Él ha accedido y, aunque sé que la idea no le ha convencido en absoluto, ha sido flexible.

La habitación que me ha dejado está en la otra ala del castillo, en la segunda torreta. La mansión tiene dos. En una está su habitación y algo más que no he descubierto por falta de tiempo. En la otra está la mía, que es como la de invitados, entiendo. Una suite con todo lo que cualquier persona necesita para sentirse cómoda, sea hombre o mujer. Un baño grande, una cama amplia, un buen televisor y bonitas vistas. Todo decorado con colores neutros.

No podría decir cuánto me inspiraría su mansión para escribir novelas de *highlanders* esnobs y modernos. Sin embargo, la realidad supera la ficción y si fuera novelista, me limitaría solo a hablar de él, sus lobos, su casa y su Corte…, que ya de por sí es todo mucho más atractivo y fantástico que cualquier libro de escoceses de pelo largo en faldas.

Me he traído una maleta llena de ropa y calzado, pijamas, ropa interior y todo lo que voy a necesitar. Aunque Adonis ha insistido en que no me hará falta nada de eso, que él me proveerá de lo que requiera. Me la he traído igualmente porque no sé qué ideario de moda tiene en su cabeza y sea la que sea, prefiero la mía.

También he metido el iPad y el portátil en la maleta para continuar trabajando en la novela ilustrada. No puedo obviar mis responsabilidades ni darles la espalda a mis proyectos laborales. Además, quiero distraerme en mi tiempo libre y no pensar solo en la instrucción ni en formaciones, porque Adonis puede ser muy absorbente y necesito paz mental.

Por otro lado, seguiré en contacto con mi madre y Venus. Las tengo a mano, muy cerca, y ya sé que John y Nicolaus van a echarles un ojo. Eso me deja más tranquila, pero mentiría si dijera que saber que no voy a abrazar a la niña en días no me llena de ansiedad.

Hemos llegado antes de la hora de comer. He tenido tiempo de acomodarme en mi alcoba y también de llamar a Lu.

Solo quería oír su voz y saber cómo estaba. Lo de Ramón la dejó en shock y no la he visto desde entonces. Si le llego a explicar todo lo que ha pasado con Hugo y lo que he vivido este fin de semana, a la pobre

la encierran. Por ese motivo, creo que es mejor no decirle nada por el momento, porque podría sentirse muy culpable por lo sucedido dado que yo no estaría en este problemón si ella no me hubiese pasado la foto de Fanke por WhatsApp. Eso fue el detonante y no quiero que se sienta mal por ello. La he notado muy triste y me ha pedido que nos veamos pronto esta semana. Le he dicho que voy a andar muy ocupada, pero sea como sea, haré por verla. Está mal y yo también. Nos necesitamos.

Querría investigar la casa, darme una vuelta, ver qué lujos y qué detalles esconde, pero nos hemos citado en el salón a las dos y media.

Adonis es muy estricto con las horas. Por suerte, no soy nada impuntual.

Cuando entro al salón, Adonis está de pie frente al televisor junto a Antón. Ambos están absortos en las noticias.

Qué estampa más extraña forman los dos. Qué fuera de lugar me siento en esta casa, y más sabiendo el motivo por el que me quedaré aquí con el señor Russo.

Me acerco a ellos y carraspeo. Nada más verme, el solícito Antón me pregunta si quiero tomar algo.

—Agua fresquita, por favor —le pido.

Él me hace una medio reverencia que no espero y se marcha del habitáculo para dejarme a solas con Adonis.

Este sube el volumen para que escuche bien la noticia.

Me quedo abstraída con las imágenes y en lo que cuenta el periodista del informativo en directo.

—El siniestro ha ocurrido en la carretera de la Conreria cuando un vehículo todoterreno negro se ha salido de la calzada y ha caído por el precipicio hasta que ha explotado, creando un incendio ya controlado por los bomberos en las faldas de la montaña. Los cuerpos que se han podido recuperar corresponden a tres varones que la policía forense ya ha identificado. Se trata de un importante galerista de Barcelona y dos agentes de los Mossos. Dadas las marcas de los neumáticos, se cree que el vehículo perdió el control al intentar esquivar un coche que se metió demasiado en el carril contrario, propiciando un volantazo que los sacó de la carretera y les hizo perder el control del coche.

Me apoyo en la mesa hasta escuchar el relato del periodista al completo. John y Nicolaus se han encargado de eso, de que esa sea la información que llegue a la prensa y que la muerte de esos tres engendros satánicos se considere como un mero accidente inoportuno para la Corte. Y lo han hecho muy bien.

—Dios mío…, ¿cómo lo han conseguido? —pregunto asombrada.

Adonis sigue mirando el televisor con mucha satisfacción.

—Ya te lo he dicho. Son limpiadores. Mis todo en uno —espeta orgulloso.

—Debes pagarles tan bien… —murmuro.

—Seguramente se merecen mucho más. —Apaga el televisor—. Esta noche se emitirá la noticia de la muerte de Tania Soler. Y también la de Beatriz Morales.

—¿Ese es el nombre de la otra chica que sacrificaron ayer por la noche?

—Sí. Era una joven estudiante de padres de clase baja. Sin vínculo alguno con la Corte. Una de dentro de la Corte: Tania. Otra repudiada de la Corte: Fanke. Y una de fuera de la Corte: Beatriz —enumera recordándome las reglas rituales.

El sacrificio está completo.

—Esa pude ser yo hace cuatro años, la de fuera de la Corte —reconozco y me quedo destemplada ante la idea. Es muy duro hablar así sabiendo que una vez fui la elegida. Hace que me entren ganas de llorar. Tomo asiento y agacho la cabeza muy contrariada—. Supongo que ese brujo de la Corte os tiene que comunicar de algún modo que el velo ha caído y que el circuito de Bacus sigue adelante, ¿no?

Adonis asiente, me mira fijamente y ocupa la silla en el extremo de la mesa. Yo estoy sentada al otro lado, como si fuéramos un matrimonio de una novela de época. Con el cuadro de *El hijo del Demonio* observándonos como si se jactara de nosotros.

—Así es. La Corte se comunica a través de su propia red. Posiblemente, el viernes o el sábado sea el primer encuentro en Baetulo para inaugurar el circuito de Bacus.

—Y ¿cómo van a proceder cuando vean que tres de sus miembros han muerto en un accidente de coche?

—Eso no es problema para ellos. Otros ocuparán su lugar. Lo único que les incumbe es que el sacrificio se haya realizado y la caza de brujas haya llegado a buen puerto.

Resoplo con fuerza.

—Cuánto asco me da todo —musito cubriéndome el rostro con ambas manos—. ¿Qué historia os habéis inventado para las muertes de Tania y Beatriz de cara a los medios?

Adonis se encoge de hombros.

—El cuerpo de Tania lo encontrarán en una casita de montaña en Rubí. La secuestraron para pedir una extorsión económica a la familia Soler, pero la asfixiaron en una mala manipulación. Ya la habrán limpiado para que los forenses no noten ningún tipo de residuo de estramonio en la vagina ni rastro de semen… Será algo que resonará durante unos días, pero la policía no tendrá ningún hilo del que tirar

ni sabrán a quién perseguir, con lo cual la Corte se librará sin problemas. A Edmundo, en cambio, no le dio tiempo a hacerle casi nada a Beatriz porque mi lobo no se lo permitió, pero entre los nervios y la fuerza que usó para someterla, le rompió el cuello. Así que la historia será que la chica salió ayer por la noche a una fiesta en Pomar, como asegura su Instagram, y que fue atropellada en algún lugar de la zona de la Riera, dado que la fiesta se hacía en una casa particular. Beatriz no tenía coche, así que llegó en autobús y de camino hacia allí, un conductor irresponsable la arrolló y se fugó. Se rompió el cuello y el cuerpo quedó oculto entre la maleza, fuera del sendero. Hoy mismo encontrarán el cadáver. Ya han llamado de manera anónima para que la policía vaya para allá.

—Es increíble. Lo controláis todo —digo con asombro—. Demasiados contratiempos para Badalona —murmuro—. Aquí no suelen pasar cosas de estas.

—Pasan —asegura—. Aquí y en muchos otros lugares. Lo que sucede es que a vosotros os lo cuentan de otra manera. O nunca os enteráis porque muchas de esas personas desaparecidas jamás se encuentran.

Me sorprende mucho la frialdad con la que habla de la muerte o del fatídico destino de esas mujeres.

—¿No sientes nada cuando hablas de ellas, Adonis? ¿Ni siquiera pena ni reparo?

A él la pregunta no parece sorprenderle.

—Claro que lo siento. Pero no puedo permitir que me afecte porque no puedo desviarme de mi objetivo —contesta cruzando una pierna sobre la otra de un modo muy masculino—. Todos los días muere gente, Ares.

—Lo sé —contesto desafiándolo—. Mi abuela se fue hace tres días —le echo en cara.

Percibo que él aprieta la mandíbula y retira la mirada, arrepentido.

—No pretendía parecer indiferente. Sé que estás muy afectada. Lo lamento.

—Yo no tengo que estar acostumbrada a estas cosas como tú. Cuenta los cadáveres que hemos dejado atrás con toda esta mierda en solo diez días. ¿Lo has hecho? —Apoyo los codos en la mesa y me incorporo hacia delante—. Ocho. Ocho personas han perdido la vida.

—Lo sé, Ares. Yo tampoco estoy acostumbrado a esto, no soy un maldito enterrador. —Es la primera vez que noto que está ofendido de verdad con mis insinuaciones—. No soy yo quien los mata. Excepto —aclara alzando una mano para que no le diga nada— a los tres individuos de anoche. —Deja escapar el aire entre los labios—. Lo que

quiero decirte es que lo sobrellevo. Mi causa es mayor y no voy a detenerme. Cueste lo que cueste.

Trago saliva y asiento. Ya no me sorprende su beligerancia. La entiendo, porque en su lugar yo haría exactamente lo mismo. Buscaría acabar con los asesinos de los míos y se las haría ver de todos los colores. No me educaron con la filosofía de poner la otra mejilla.

Y veo que a Adonis menos.

—Señorita Ares.

Antón es silencioso y de repente lo tengo a la espalda con una botella de agua de cristal muy fría una mano y una copa en la otra.

—Madre mía. —Me llevo la mano al corazón—. ¡Te mueves como un ninja!

Adonis sonríe mirando a su mayordomo.

—Yo también se lo he dicho alguna vez.

Antón hace como que no nos escucha, se da media vuelta y se va.

Cuando volvemos a quedarnos solos, el modo en que el señor del castillo me observa me inquieta y provoca que me remueva en la silla.

—¿Te gusta tu habitación?

Bebo unos cuantos sorbos de agua y asiento.

—Sí. Está todo bien.

—Estupendo. —Se pasa la mano por su magnífico pelo negro y espeso que tan bien enmarca su rostro apolíneo—. Porque no tenemos tiempo que perder y creo que vamos a empezar tu formación esta noche.

Menos mal que no estoy bebiendo agua porque se la habría escupido con un estertor.

—¿Esta noche? —Eso es ya. Es muy pronto. No estoy lista. Pero en una carrera contrarreloj eso tampoco importa.

—Sí. Hay mucho que preparar y cuanto antes te metas en el papel y entiendas el rol, mejor. No hay tiempo que perder.

—Me había mentalizado para mañana.

—Entonces haz un ejercicio para mentalizarte para esta noche. Antón te va a preparar algo de comer. Tómate tu tiempo para familiarizarte con el castillo, con el terreno… Él te proveerá de lo que necesites en mi ausencia.

Se levanta de la silla y yo me levanto con él.

—¿Es que te vas?

—Tengo que hablar con John y Nicolaus sobre la seguridad de tu madre y tu hija. Quiero que instalen las cámaras que me ha dicho que compró. Y también las nuestras. Te bajaré la aplicación en el móvil para que puedas verlas cuando lo necesites. Y lo caparemos contra todo tipo de vigilancia.

—No entiendo.

—Para que no te puedan espiar.

—Ah.

—La Corte desarrolla interés por todas las virtuosas disponibles. Al señor Masdeu le gustaste y es obvio que podrías atraer a muchos más. Vamos a ser precavidos.

—Cámaras, móviles capeados, lobos… Me vas a aislar con tanta protección —asumo.

—Para aislarte hay que encerrarte y que nadie te vea. Tú, precisamente —asegura más tenso de lo normal—, vas a estar muy expuesta. Eres una neófita en el mundo de la Corte y… —Desliza los dedos por la superficie de la mesa—. No pasas desapercibida. No me culpes por querer que no te pase nade.

Estudio su expresión. Esa declaración me parecería hasta tierna si no intentase ocultar su verdad tras esa fachada helada y escarchada de autosuficiencia. ¿Cómo un hombre que dice hacer arder puede parecer tan frío a veces?

—Está bien. —Quiero que entienda que aprecio sus esfuerzos por protegerme—. Muchas gracias por cuidar de mí.

—Bien. —Carraspea y se sacude levemente. No le gusta la amabilidad ni la intimidad, y menos cuando él no la controla—. En cuanto tenga la constatación de que todo sigue adelante y en regla, pondré en marcha tu formación.

Me lo imagino ansioso frente a su portátil, esperando ese comunicado del Demogorgon.

—Esta no va a ser la tónica —se excusa.

—¿A qué te refieres?

—Que no voy a ir y venir. Me vas a dar mucho trabajo como para ausentarme —incide deslizando sus ojos amarillos por mis caderas y mis piernas—. Solo hoy.

—Está bien. No te preocupes. Haz lo que tengas que hacer —le disculpo—. Yo también tengo trabajo. Quiero seguir dibujando y preparando mi trilogía y además debo continuar con…

—¿Mi Mefisto y mi Bruja Escarlata? —Alza una ceja negra inquisitiva.

—¿Lo quieres de verdad o solo fue una tapadera para que Hugo no husmease?

—Lo quiero de verdad. Que tenga dinero no implica que regale diez mil euros así como así. Me gusta cómo dibujas, Ares. Y me gusta lo exclusivo. Y quiero algo tuyo ahora, antes de que tus obras valgan cinco veces más. —Me mira como si confiase en que eso fuese a suceder en un futuro—. Te pagaré el resto cuando la acabes.

—Ya… —¿Me está tomando el pelo?—. ¿Y si te hubiese pedido el doble?

Adonis inclina su rostro sobre el mío y dice con voz baja:

—Te hubiera pagado el triple.

Retiro la cara para poder mirarlo bien a los ojos. Está sonriendo; parece que el interludio le gusta. En su casa está más relajado y aunque no es demasiado, sí es lo suficiente para que no parezca tan letal y se suavicen sus aristas.

—Estaré aquí al anochecer. Disfruta de la estancia. —Me mira de soslayo—. Y si vas con los lobos, llévales chucherías. Te los ganarás en nada. Aunque seguro que están deseando verte. —Sonríe con vergüenza y se aparta de mí rápidamente para ocultar su expresión—. Les has gustado.

Dicho eso, me quedo de pie mirando al frente, a su silla vacía, mientras él se aleja de mí y huye del salón.

«Les has gustado». A mí sí que me ha gustado esa cara que ha puesto.

Vuelvo la cabeza para observar por encima del hombro cómo se aleja, pero él ya no está.

Continúo escuchando las noticias sin prestar mucha atención. En unos días empieza la Semana Santa, pero también tengo la sensación de que comienzan las curvas de la mayor aventura de mi vida.

Una aventura que, acabe como acabe, bien o mal, sé que me va a marcar para el resto de mis días.

V

Estoy hecha un manojo de nervios mientras intento no pensar en las palabras de Adonis: «Esta noche». Por suerte, Antón me acompaña. El cuadro de *El hijo del Demonio* está frente a nosotros. Es inquietante, porque realmente parece que los ojos del niño estén vivos.

Hablar con el mayordomo es como escuchar a un doblador de novela.

Y lo escucho, embebida, absorta en él y en sus maneras, aunque intente esquivar mis preguntas o contestarlas con una superficialidad moteada de excelente educación y palabrería. Otra podría sentirse satisfecha con eso, pero yo no.

Y como sabe que estoy en esa casa por lo que estoy y es conocedor de todos los embrollos en los que Adonis ha metido la cabeza, yo tampoco tengo paciencia ni tiempo para ir con ambages. Por eso le corto de inmediato:

—Antón —digo tragando el trozo de entrecot con espárragos a la brasa que me ha traído—. Sabes por qué estoy aquí, ¿no?

Él asiente en silencio y me mira con comprensión.

—Y ¿sabes por qué lo estaba la señorita Soler? ¿Tania? —añado inquisitivamente.

—Sé lo que hace el señor Adonis. Sin embargo, déjeme señalar que usted y la señorita Soler no tienen nada que ver. Ella nunca pasó una sola noche aquí. Y no están aquí por las mismas razones ni motivaciones. Que haga esta excepción con usted es algo muy refrescante y para tener en cuenta.

Dios mío, Antón ha debido ver de todo.

—¿A qué te refieres?

—A que usted no es un juego para él. Debe importarle. Han dormido juntos, ¿no?

Dejo los cubiertos a cada lado del plato y me animo a pedirle lo que realmente llevo intentando preguntarle desde que nos hemos sentado:

—Háblame de él, Antón.

—Señorita Ares, debo ser precavido. Mi discreción en todo lo que

abarca al señor Adonis es inquebrantable. Así que le pido que no sea demasiado insistente. Usted es amable y me cae bien.

—Solo quiero saber cosas, Antón. Sé muy poco de él e intuyo que habrá información que nunca querrá facilitarme porque es inaccesible.

—Debió aprender a serlo desde bien pequeñito, señorita Ares —lo defiende.

—¿Por qué? Tuvo una buena vida, ¿no? Lo de su madre fue una tragedia, pero él era muy pequeño cuando sucedió. Después, se quedó con un padre adoptivo que le dio todo cuanto necesitaba y…

—Su padre —dice abruptamente—. No hay otro para él.

—Sí, perdón.

—Nada fue sencillo para el señor Adonis.

—Eso es lo que me gustaría conocer. Su historia… Me contó que su madre se fue a la Toscana, donde ella tenía familia y allí conoció a su marido…

—El señor Umberto, que en paz descanse.

—Sí. Solo quiero saber cómo era Adonis de pequeño. ¿Quién es su padre biológico? ¿Lo sabes?

—Ese es un tema del que nunca se ha hablado en la familia. Y no seré yo quien cambie las reglas.

Resoplo y me paso la mano por la nuca.

—Pero ¿sabes algo? —insisto arqueando las cejas con curiosidad.

—Algo.

—Cuéntame algo más. Algo que sepas que no me contaría, pero que me ayude a comprenderlo y tratarlo mejor. Por favor —le pido.

No quiere hablarme de ello, pero le he hecho una encerrona y le pueden más los modales, por eso no quiere levantarse de la mesa y escapar.

—Adonis era un niño muy bueno. Muy cariñoso y juguetón, a pesar de su condición.

—¿Su condición? —Frunzo el ceño—. No entiendo.

—Tenía algunos problemas físicos —explica con mucha seriedad y cautela—. El señor Umberto ayudó mucho a la señora Evelina con todo el tema de las operaciones. Gracias a él, Adonis consiguió tener una vida normal.

—Pero ¿qué le pasaba?

—Un problema en los huesos —explica sin más—. Adonis goza hoy de una salud de hierro. Jamás enferma y tiene un metabolismo único. Pero no siempre fue así. Eso, sumado a una depresión posparto muy pronunciada, fue muy duro para la señora Evelina y se vio superada… —musita sin ahondar más—. En fin, fue muy… —Busca la palabra correcta—. Delicado.

—¿Qué problema tenía en los huesos?

—Nada que no se pudiera solucionar, afortunadamente. La operación no fue sencilla y el postoperatorio tampoco. Tuvieron que tratarle un problema en la cabeza que le provocaba terribles dolores desde muy pequeño. No podía dormir ni comer por la neuralgia. Y además, se le manifestaba la misma afección en la parte baja de la columna y alcanzaba hasta los nervios de las piernas. Sus padres creyeron que iba a quedarse inválido. Pero el señor Umberto tenía muchísimo poder y los mejores doctores a su disposición, así que lograron reconducir la situación. La recuperación del señor Adonis fue durísima y se alargó durante muchos años. Aprendió a moverse con normalidad y a caminar a una edad muy tardía porque necesitó de varias terapias génicas para recuperar la movilidad de una de las piernas. Tenía una cojera muy pronunciada hasta entonces. hasta los siete años no pudo empezar a correr.

—¿Empezar a correr? ¿Estuvo en silla de ruedas?

—Solo al principio. Debió estarlo más tiempo, pero era imposible controlarlo. Era un niño con una fuerza vital que no se podía apaciguar. Caminaba ayudado de sus muletas por todo el terreno y muchas veces intentaba correr con su hermana, tropezaba y llegaba al castillo con las rodillas magulladas —rememora con melancolía—. Era incorregible. Por suerte, los esfuerzos de su padre y de él dieron resultados, y las terapias por fin surtieron efecto. A los seis años empezó a caminar con normalidad. A los siete, ya corría por los viñedos de la Toscana. Superó sus problemas, la cojera, las cefaleas… Y se convirtió en el hombre fuerte y robusto que hoy conoce.

Vaya. Eso no me lo imaginaba. Al verlo, nadie imaginaría que fue un niño postrado en una cama, con dolores y dificultades para moverse.

—Umberto tuvo que ser una especie de salvador para la madre de Adonis. Llegar a Italia con un niño con esos problemas no debió ser nada fácil.

—Sí. No lo fue. La señora Evelina todavía estaba recuperándose del parto, que fue muy complicado, cuando llegó a Italia en busca de una nueva vida. Y, aun así, ella tenía mucha luz. Era una mujer muy hermosa, una luchadora, ¿sabe?

—Parece que le tenías mucho aprecio.

—Por supuesto. La familia Russo es mi familia —me aclara sin subterfugios—. El señor Umberto se enamoró de ella nada más verla. Y no dudó en darle lo que necesitaba para que ella y su hijo saliesen adelante. Era un hombre muy generoso. Adonis también lo es.

—No lo dudo.

—¿Se va a comer los espárragos? —dice de repente, desviando su atención a mi plato—. Se le van a enfriar.

Continúo comiendo para que Antón no se enfade, pero sigo meditando en todo lo que me ha dicho y en las dificultades de Adonis en su infancia. Me lo imagino como el soldado Steve Grant Rogers antes de convertirse en Capitán América.

—La aflicción del señor le hizo ser como es. En Italia siempre estuvo oculto. —Qué maravilla que Antón continúe con su relato—. El señor Umberto intentó protegerle desde pequeño de las habladurías y las burlas, pero cuando él ya estuvo bien, el señor Adonis prefirió seguir viviendo a la sombra. Se acostumbró a la soledad y a no tener amigos. Creció como un niño muy sensible e inteligente, pero introvertido y con un claro rechazo a la vida en sociedad. Prefería mil veces estar con un buen libro y rodeado de sus perros que ir a los eventos o a las fiestas a las que invitaban a la señorita Alana. Eran muy distintos. —Antón parece estar tomándole gusto a lo de hablar. Creo que a él tampoco le suelen dar mucha conversación.

—Ha debido sufrir mucho —entiendo. Me gustaría verle para abrazarlo en este momento. Sé que es cursi, pero tengo la necesidad de hacerlo. Hay personas a las que la vida les trata mal sin merecerlo. Y él conoció el dolor desde que nació.

—Sí. Toda la familia quedó marcada por la tragedia. Se fueron yendo de su vida uno a uno. Sus pérdidas enterraron una semilla de venganza en él muy difícil de desarraigar. Sigue habiendo bondad en su interior —me asegura—. En sus ojos sigo viendo al niño que, en ausencia de su padre y mientras su hermana jugaba en los jardines de la casa, observaba con añoranza el exterior, con anhelo. Pero también sonreía agradecido cuando yo le acercaba un buen libro para leer. El señor Russo es un excelente lector, ¿sabe? ¿Ya le ha enseñado la biblioteca? Es, para mí, el mejor lugar de todo el castillo.

Me dicen «libros» y «librería» y mis orejas se ponen de punta como las de un elfo.

—No he visto mucho del castillo —sonrío con sinceridad—, pero desearía ver esa biblioteca con todas mis ganas. Soy una apasionada de los libros.

—Entonces, señorita Parisi —me mira con amabilidad, como a una niña pequeña; Antón me gusta—, haremos un pacto: se come todo lo que tiene en el plato, acepta un postre y la llevaré a ver la biblioteca. Necesita comer.

Tiene razón. No he comido mucho estos días. Los nervios, el estrés, estar en una situación de vida y muerte y tener una droga de diseño corriendo por mis venas han provocado que el estómago se me haya

cerrado un poco. Pero yo hago cualquier cosa por ver, oler y tocar libros.

Así que acepto el pacto con Antón.

Además, tengo que ceder con él igual que él ha accedido a contarme algunas cosas de Adonis.

Y siempre es bueno tener un amigo en un castillo.

Estaba en lo cierto.

La biblioteca de Adonis es, con mucha diferencia, el paraíso personalizado de letras e incunables más cautivador que he tenido la suerte de contemplar en mi vida. Y sé lo que me digo porque amo leer, los libros y me gusta coleccionarlos.

Me siento como Bella y, en cierto modo, así es, porque vivo en un castillo rodeada de lobos y con una bestia camuflada de hombre hermoso o, en su defecto, de un hombre hermoso que es una bestia.

Este lugar es la librería que soñé alguna vez, la que ideé de pequeña cuando buscaba un refugio en el que perderme para leer mis libros, mangas o cómics. Me deja sin palabras que tenga un lugar así.

Es una sala enorme y diáfana con doble altura. Hay columnas en las paredes que dividen el conjunto de anaqueles. La parte de arriba se asoma como un balcón a la de abajo, lo que divide la sala en dos ambientes que siguen formando parte del mismo cuerpo con techos mágicos y curvos por todos lados con formas casi gaudianas. En la parte superior hay vidrieras de colores a través de las cuales se cuelan los rayos del sol para teñir la estancia con tonalidades de fantasía, alumbrando cada estantería de un matiz como si así pudiera separarlas por géneros, pero solo es un efecto óptico. Porque es obvio que para Adonis no hay géneros, solo tesoros.

Hay un diván de estilo barroco, tapizado en negro y de estructura dorada, con cojines borgoña, mullidos y grandes que cubren el respaldo. Me lo quedo mirando con fascinación.

—El señor Adonis decidió traerse algunos enseres que pertenecían al señor Umberto. Ese diván es del siglo XVIII y perteneció al rey Umberto I.

—Supongo que lo eligió por el nombre del rey —bromeo.

Él sonríe y asiente.

—Estaba en la oficina de la villa de la Toscana. A Adonis le gustaba sentarse ahí a leer mientras su padre trabajaba.

Me enternezco al imaginármelo. Debía de sentirse muy unido a su padre.

—¿Hay fotos de cuando él era pequeño? —pregunto a Antón.

—Solo a partir de los siete años.

Cuando se sintió ya recuperado y como un niño normal, pienso un poco afectada. Dios, hay tantas cosas que quiero saber… Adonis dijo que nació en Badalona. ¿Qué hacía Evelina aquí? ¿Quién era la familia de Evelina en Italia y cómo un hombre millonario como Umberto coincidió con ella y en qué condiciones?

Sin embargo, aunque mi cabeza es un hervidero de hipótesis y preguntas sin responder, no puedo evitar maravillarme con todo lo que ven mis ojos. Quiero quedarme a vivir aquí.

—Señorita Ares —me dice Antón a mi espalda, atento a mi mirada entusiasmada—. El castillo entero está a su disposición. Excepto la alcoba del señor y la puerta roja.

—Ya he estado en la alcoba del señor —murmuro sin pensarlo.

Antón se sonroja, aunque no puede evitar sonreír.

—Me refiero a entrar sin su permiso.

—Ah —carraspeo—, entendido. ¿Y la puerta roja? ¿Qué es? ¿La puerta de Grey?

—Perdóneme, desconozco quién es Grey —admite sin comprender.

Entorno los ojos. Es obvio que ese señor tiene un talante fuera de lo común.

—No importa.

—Supongo que el señor se la mostrará en otro momento. Hasta entonces, no puede entrar.

—No vayas al ala oeste, Bella —parafraseo en voz baja, apreciando la perfección de las garras de la gárgola.

—Eso es de *La Bella y la Bestia*.

Me quedo sorprendida y miro a Antón por encima del hombro.

—¿No conoces a Grey pero sí *La Bella y la Bestia* de Disney? Eres una caja de sorpresas.

—Ah, pero no la conozco por Disney. La conozco por Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve, que es su autora. —Hace una leve reverencia cómplice y antes de dejarme a solas en la biblioteca, añade —: Si necesita cualquier cosa, señorita Parisi, no dude en pedírmelo.

—Gracias, Antón. Por todo —reconozco—. Por comer conmigo y por contarme cosas que sé que no estás autorizado a decir.

Él alza la barbilla con orgullo.

—Tal vez no sea que no esté autorizado. Puede que nadie se haya acercado tanto al señor Adonis como para querer saber más de él. La familia hablaba mucho entre ellos, pero nunca hablaron de más con los demás. Es estimulante tener a alguien auténticamente curioso alrededor. ¿Quién sabe? Tal vez pueda sacar de su caparazón a la bestia del castillo.

Sonrío abiertamente porque eso me llena de esperanza, como una tonta. Estoy en un lío emocional con Adonis, lo sé.

—Para mí es un placer tenerla aquí —reconoce—. Me retiro.

Parpadeo, agradecida por sus palabras. Antón es un amor y me va a ayudar a sentirme bien aquí.

Me quedo a solas y doy una vuelta sobre mi eje para asegurarme de que esto es real. Tardo poco en decidir qué hacer. Quiero indagar, curiosear, fisgonear cada esquina y leer cada título. Quiero tocarlos, sentir cómo pesan en mis manos y darme cuenta del mundo interior tan rico que ha absorbido Adonis desde que es pequeño.

Esto no solo hace que crezca mi interés hacia él, también provoca que lo admire.

Detrás de un buen hombre, siempre hay una buena educación llena de buenas personas y valores.

Pero detrás de un hombre con una conversación fluida, una mente despierta y mucha riqueza interior, hay una biblioteca enorme.

Una como esta.

Ese ha sido el alimento de Adonis. Y quiero conocer su menú.

Porque si somos lo que comemos, quiero saber cómo es él.

Después de merodear un buen rato entre las estanterías y empaparme de los títulos y autores que Adonis ha leído (a veces en más de un idioma), me entran ganas de dibujar, así que decido pasear por el jardín y trabajar en las ilustraciones con el iPad.

La semana que viene tengo una reunión editorial con Random y no voy a dejar de lado mis responsabilidades laborales. Firmaré el contrato y quiero ofrecerles algo con lo que abrir boca.

La experiencia que estoy viviendo me ayuda a estructurar la novela gráfica, porque mi realidad está superando la ficción con creces.

Dana, mi protagonista, tiene un demonio vengador de su lado, como yo. Y es justo lo que estoy haciendo ahora: dibujarlo. Y sí, no dudo ni por un segundo que tiene un aire a Adonis muy revelador y evidente. Aunque no le pienso enseñar nada a él.

Estoy apoyada en uno de los árboles del terreno del castillo y, como siempre que me concentro tanto en lo que hago, la realidad se desdibuja a mi alrededor y el tiempo se desvanece. Solo existo yo, fluyendo, escuchando, admirando y dando forma a mis personajes.

No me doy cuenta de que tengo a Remo y a Rómulo tumbados a mi lado, disfrutando del cobijo que nos da el castaño, hasta que el lobo blanco se estira y me empuja el muslo con la pata.

Y no solo eso. Tengo a Lobo comiéndose los cordones de mis

zapatillas.

Pero ¿cuándo ha pasado esto? ¿En qué momento han venido las bestias? ¿Cuándo se han creído que soy una más de la manada?

—Lobo…, ¿me vas a comer el pie? —le pregunto rascándole detrás de las orejas—. Qué bonito eres, chiquitín. —La lengua que tiene es gigante, como me la pase por la cara me hace un *lifting*.

Dejo el iPad en el suelo para que los perros no me lo destrocen.

Lobo es un cachorro y no tiene conciencia de lo gigante que es, por eso se me echa encima de las piernas ante la curiosa mirada de Rómulo y Remo. Son tres machos. Ni una hembra.

La única en el castillo, por lo visto, soy yo.

Cuando miro el reloj y veo la hora qué es, me quedo perpleja.

Llevo cuatro horas dibujando sin apenas darme cuenta.

Son las ocho de la tarde. Cuatro horas en las que no he pensado en Hugo, en la muerte de esas chicas, en lo que me pasó anoche ni en el hecho de que voy a convivir con Adonis. Cuatro horas en las que no he pensado en Lu ni en si ha visto ya las noticias sobre la muerte de Hugo, en las que no he echado de menos a Venus ni he pensado en la seguridad de mi madre, aunque siempre las siento. Es extraño lo relajada que estoy por saber que Adonis se va a hacer cargo de todo. ¿Cuándo he empezado a confiar tanto en él? ¿Cuánto hace que no dejo que nadie haga nada por mí? ¿Cuánto hace que no delego? Y ¿por qué con Adonis sí me lo permito?

Cierro los ojos y suspiro, apoyando la cabeza en el tronco del castaño. Este lugar, lejos de ponerme nerviosa, me mantiene centrada y tranquila, aunque una emoción sutil se arremoline en el centro de mi pecho al pensar en todo lo que va a acontecer en los días venideros.

En todo lo que pueda pasar a partir de esta noche.

—La manada te ha aceptado.

Cuando miro al frente, veo a Adonis de pie ante mí, con las piernas y los brazos abiertos como un gladiador.

Y es tan sexy que incluso mirarlo me pone nerviosa y hace que se me seque la boca.

—¿Cuánto hace que estás ahí?

—Un buen rato. Te abstraes muchísimo cuando dibujas —contesta con una media sonrisa, estudiándome a mí y a sus lobos—. Chicos, venid.

Los tres lobos gigantes se levantan y corren a saludar al alfa. Porque es él, no tengo ninguna duda. Les hace unas cuantas carantoñas y después les dice:

—¡Antón tiene chicha!

Los tres animales se ponen en guardia, mirando hacia el castillo, pero no osan moverse. Hasta que, en la lejanía, se escucha un silbido.

—¡A cenar! —exclama Antón desde algún lugar de la mansión.

Las tres bestias salen disparadas y desaparecen de nuestra vista. Me echo a reír, porque me parece cómico el modo en que han salido escopeteados.

Adonis, en cambio, no deja de mirarme fijamente.

—¿Has cenado?

—No.

Hay una tensión muy palpable entre nosotros. Yo la capto y él, también.

—¿Quieres cenar?

—No tengo hambre ahora. —Claro que no. Se me ha vuelto a cerrar el estómago al sentir la fuerza de sus ojos amarillos en mí—. ¿Qué te han dicho John y Nicolaus? ¿Dónde están?

—Han colocado las cámaras de seguridad. Y según tengo entendido, tu madre les está preparando un gazpacho andaluz.

Entreabro los labios y me paso la mano por la cara. Típico de mi madre, conquistar a los hombres por el estómago.

Adonis me ofrece la mano y yo se la acepto, para levantarme. Me la sujeta solo unos segundos antes de soltarla.

—Te instalaré la aplicación en el móvil para que tú también puedas vigilarlas si así te sientes mejor. No les va a pasar nada, Ares —me tranquiliza—, te lo aseguro.

—No estoy acostumbrada a estar separada de ellas.

—Lo sé. Pero es lo mejor. Te necesito muy concentrada en esto.

—Lo entiendo —digo yo esta vez.

—También están investigando una coincidencia entre la mujer que se suicidó en Tiana y las trabajadoras de la panadería —sentencia—. Mañana te lo podré contar mejor con los datos en mano. Ahora solo es una conjetura que nace de algo más que de una casualidad.

—¿Qué casualidad? ¿Nacieron el mismo día? —pregunto tomándomelo a broma.

—No. Tiene que ver con sus informes analíticos.

—¿Tienes acceso a los informes analíticos de esas mujeres? —No doy crédito.

—Tengo acceso a todo lo que quiera, Ares.

—¿Sabes lo ilegal y obsceno que suena que hables así?

A él le divierte mi incomodidad. No me toma nada en serio.

—Apenas estoy intentando encajar el puzle que tengo ante mí y es muy enrevesado. No conozco cómo procede la vieja guardia de la Corte de Bacus, no sé en qué andan metidos exactamente ni cómo se

mueven… Conozco sus rituales, sus fiestas, sus excesos durante el Sabbath. Pero si hago esto, es para entenderlos desde dentro y saber qué hilos mueven y quiénes los manejan. Confío en que llegaremos al fondo de la cuestión. Por otro lado, ya tenemos la confirmación del Demogorgon.

—¿Y? —Espero que diga que todo va a seguir adelante.

—El Sabbath va a celebrarse. El velo ha caído. El viernes empieza todo para nosotros. ¿Sabes lo que eso significa?

Inspiro profundamente y asiento con la cabeza.

Eso solo quiere decir una cosa: comienza el puterío.

—Sí.

—¿Estás lista? —Me levanta el rostro apoyando dos de sus dedos bajo mi barbilla—. Contéstame.

—Sí, lo estoy. Te he dicho que lo haría y lo haré —le aseguro.

—De acuerdo. Sígueme. —Se da media vuelta y añade—: Empieza tu aleccionamiento.

VI

La famosa puerta roja de la que me habló Antón es una simulación de la puerta más antigua del mundo.

—Es una réplica de la puerta del panteón de Adriano —me explica —. A excepción de que esta es plafonada de color rojo y no tiene los siete metros de altura que mide la original.

—Me estoy dando cuenta de que te gusta hacerlo todo a lo grande y de que eres amante de las adaptaciones —apunto admirando la manufacturación de esa entrada. Cada puerta tiene dos picaportes dorados con forma de cara de pantera. De sus bocas cae una aldaba en forma de aro.

—En realidad, soy un apasionado de lo original —me corrige—. Pero no puedo robarlo —sonríe taimadamente.

—Pensaba que podías hacerlo todo.

—Cierto. Pero no tengo alma de ladrón.

«Obvio, tiene alma de demonio», pienso.

—Cuando cruces esta puerta, tienes que evadirte de todo lo que hay afuera y tendrás que obedecerme en todo, Ares. —Se saca una llave del bolsillo delantero del pantalón y la mete en la cerradura—. Voy a ser tu vir y lo que te pida o lo que te diga te va a impactar. Es posible que te moleste porque no te han educado para esto. No eres así. Es un riesgo entrar en el Sabbath con una virtuosa rebelde y no preparada —reconoce—. Por eso necesito que des lo mejor de ti —me pide mirándome contrito, como si él mismo se estuviera arrepintiendo de lo que va a hacer en el interior de ese lugar conmigo.

—Soy mayorcita. Me has advertido muchas veces y, después de lo de anoche, ya sé que no estoy en un cuento de hadas. Pero he firmado el pacto contigo y te he dado mi consentimiento.

—Y no te has querido leer ninguna cláusula —refunfuña abriendo la puerta finalmente.

—Quiero que me lo expliques tú todo. Es mucho mejor que leerlo en un papel. Además, quiero verte la cara mientras lo haces.

Eso lo llena de curiosidad, se detiene antes de entrar y dice:

—Te vas a hartar de verme la cara.

Se me seca la garganta, pero no de miedo, sino de anticipación.

—Está bien. No perdamos más tiempo. Adelante.

El interior de la sala tiene un pasillo pequeño nada más entrar, con luces automáticas en el suelo que se encienden en cuanto detectan movimiento y marcan el sendero al verdugo y a su víctima. Así lo veo yo dentro de mi mente creativa.

El pasillo, que acaba en una puerta con forma de arco, no mide más de cuatro metros de largo y las paredes son lisas y marmóreas de un color tordo. Cuando salimos de él, me hallo en una sala con el mismo revestimiento que el pasillo. En el centro hay una cama con colchón. En la pared, justo enfrente, hay una vinoteca con libros y, a sus pies, una alfombra. En una esquina hay una piscina de agua caliente, como si se tratase de un baño turco. No entra luz del exterior, es toda artificial, modulable y se puede cambiar de colores a placer. Y lo más imponente es que en cada una de esas zonas diferenciadas hay una estatua de unos dos metros y medio que simula ser un guardián. Es la figura de un hombre con el pelo rizado, cuernos, rabo y un miembro viril muy grande. En todas mira contemplativo al objeto principal: uno, la piscina; otro, la cama y el otro, la vinoteca, pero con un gesto sátiro muy elocuente en sus labios.

Adonis se mimetiza perfectamente con la estancia, vestido todo de negro con un pantalón fino y ajustado que le marca las piernas potentes, una camiseta de manga corta del mismo color —adoro cómo se imanta a sus hombros, su pecho y sus bíceps— y unas zapatillas Yeezy también oscuras. Va sencillo, pero todo él parece muy complicado.

Se da la vuelta y me mira, esperando una reacción por mi parte. El problema es que no entiende que, después de lo que me pasó anoche, ver estatuas, camas y vinos no me amedrenta.

—Entiendo que este hombre con cuernos y hojas de parra en la cabeza es Bacus —señalo con curiosidad.

—Sí. He tenido que adecuar toda la casa como si fuera un culto a él para que la camarilla y la Corte, en caso de que tuvieran que venir a visitarme, comprobasen que soy un vir auténtico y que creo en su veneración y en sus ritos. Todos los vires, los que practican el culto, tienen distribuidas referencias a Bacus por sus propiedades.

—Vino —señalo la vinoteca—, sexo —señalo la cama—, y Bacus. ¿Y la piscina?

—Es solo para relajarnos.

—Ah…

—Lo primero que tienes que entender es que hay un protocolo para las virtuosas en el Sabbath para vestir, uno de conducta social y otro

sexual —me explica muy serio.

—Hay tres códigos. Muy bien. Lo memorizo.

—Esto no es una broma, Ares.

—Te prometo que si sueno a broma, no lo hago a propósito. Estoy nerviosa. Lo siento.

—Lo entiendo. —Él también parece nervioso—. Como te dije, a las virtuosas se las educa desde pequeñas según estos tres códigos. Nacen en núcleos de familias abanderadas por Bacus o tenidas en cuenta en la Corte por su estatus social. Son mujeres elegantes, predispuestas y sumisas según los códigos del virtuosismo.

—Perfectas señoritas de la alta sociedad.

—Son… ejemplos de virtud —me corrige—, o de lo que los romanos antiguos creían virtuoso.

—¿Tania era un ejemplo de virtud? —pregunto incrédula—. No parecía controlar muy bien su temperamento.

—A Tania la educaron según esos códigos. La familia Soler estaba muy interesada en la formación de su hija porque no eran ajenos a todo lo que Bacus mueve. Ella debía ser la mujer de un vir. Tenía la educación, la clase, la cultura y la vocación —asegura—, pero le faltaba formación báquica sexual y necesitaba iniciarse.

—¿Su familia estaba al tanto de lo que hacía?

—Sí. Sus padres vinieron al Abismo con ella y me pidieron expresamente que me ocupase de su instrucción.

—Entonces no estarán muy contentos contigo cuando sepan que la dejaste antes del Sabbath.

—Tania era muy orgullosa y no les dijo nada. Le pedí que me dejase arreglarlo, que yo la ayudaría para que tuviera a otro vir. Pero se cerró en banda porque decía que estaba convencida de que podría recuperarme otra vez. De cara a sus padres, yo cumplí con mi trabajo. La ayudé, la formé…

—Pero ella se enamoró, se volvió posesiva y se complicó todo para ti —entiendo—. Y después vino Hugo con sus celos y fueron a por ella para joderte la reputación y culparte a ti de su muerte.

—En realidad, sé que hay algo más detrás de todo esto. La Corte sabe que fue Masdeu quien iba a realizar la caza de brujas. Entonces debía estar de acuerdo con que una de las sacrificadas fuese Tania. Es una información confusa —reconoce sin poder atar todos los cabos como quisiera—. Hay una pregunta que me ronda por la cabeza: ¿quiénes y cómo eligen a las virtuosas que se van a sacrificar para que se abra el velo? ¿Se le comunica antes a la Corte? ¿Las elige la Corte? Sea como sea, la vieja guardia ya no podrá hablar con su camarilla, dado que están muertos. Aún quedan piezas por conectar. Tania era

egoísta, malcriada y un poco oscura, pero no quería perjudicarla. Lo único que sé es que no sabían que yo había roto con ella antes porque no lo notifiqué. No quería hacerlo sin que ella tuviera otro vir para no ponerla en peligro ni exponerla demasiado. Y Tania, por orgullo, tampoco se lo dijo a nadie, así que a mí me consideran una víctima.

—Eres un *virudo* —espeto con un sentido del humor cogido por pinzas—. Ya sabes, una mezcla de viudo y vir…

Él se muerde el labio inferior porque se aguanta un poco la sonrisa que le asoma. Pero eso es hacerme demasiado feliz, así que se pone serio de inmediato.

—Por eso tengo derecho a elegir a la virtuosa que quiera. Porque, de algún modo, se me ha ofendido con lo sucedido.

—Y ¿cómo vas a conseguir que me acepten? No tengo el estatus de Tania ni el carácter sumiso y delicado que ellos tanto veneran.

—Hay dos maneras de ser considerada una virtuosa: por pedigrí y educación o bien por algo innato a lo que le llaman «entusiasmo», que es tener a Bacus y al fuego dentro. Yo haré que lo tengas.

En ese momento, solo pienso en mi abuela y sus palabras retumban en mi cabeza como un tambor. Tengo el fuego dentro, soy su guardiana holística. Pero a Bacus no.

—En unos días serás mi compañera, mi nueva joya como Príncipe del Abismo, y estaré en contacto directo con Drugia y con la vieja guardia. Me he ganado el derecho a entrar y a ser respetado.

—¿No te parece todo asqueroso? —digo sin más—. ¿No te parece todo terrible? ¿Inmoral o…?

—Satánico. La palabra que buscas es «satánico». Aunque para ellos, todo es solo báquico o no báquico. Siento mucha repulsa hacia lo que son y lo que hacen, pero no deben sospecharlo jamás si queremos llegar al fondo de todo esto. Recuerda que estoy aquí con un objetivo. No por mis credos. Sé de demonios, sé de la Corte, pero no soy uno de ellos.

—Sí, ya lo sé —admito mirando hacia otro lado.

—Es algo oculto y muy secreto, de conversaciones susurrantes e hipogeas, pero la humanidad se asustaría de la cantidad de individuos que siguen ritos de este tipo y que están en los estratos más altos de la sociedad. Que lo están, posiblemente, gracias a las fuerzas oscuras que mueven en esos ritos. Al final —suspira con recelo—, uno no sabe qué es la causa o la consecuencia de su éxito o de su poder. Uno puede creer o no.

—¿Tú crees que es porque el Bacus demoniaco al que oran existe y les da todo lo que piden?

—Yo creo que un demonio, venga de donde venga, no mata solo.

Necesita manos humanas para ello y es a esas manos a las que hay que culpar. Como sabes, los de esas esferas buscan enlazarse con gente de su misma clase, pero mandan mensajes disfrazados de accidente. Buscan enlaces entre familias que rindan culto a Bacus pero, para ello, buscan virtuosas a su medida. Cuando llegué a Badalona, ya había preparado a Drugia, mi contacto de Palabra de Bacus, para que informase de que el Abismo era un lugar de práctica báquica. En cuanto se corrió la voz por el círculo, muchos iniciados en el culto y miembros de la guardia nueva de la Corte se animaron a entrar. Los tenía cerca, podía estudiarlos, ver cómo procedían, cómo actuaban todos esos hombres de poder… Elegían a mujeres y las llevaban allí para instruirlas, esperando que, algún día, pudieran convertirse en virtuosas y fueran partícipes del Sabbath. Así conocí a Masdeu y a muchos otros. Y tú me trajiste a Hugo. Sin embargo, no conozco personalmente a los cabecillas de la Corte. Y quiero tenerlos enfrente, mirarlos a la cara —dice apasionado— y jugar con ellos hasta que les revele quién soy. No me importa mancharme las manos. La venganza reclama sangre en casi todas sus formas.

No puedo desmentirle. En otra época, le hubiera dicho que la venganza no va a ninguna parte y la violencia, tampoco. Hasta que entendí que hay muchas personas violentas, más fuertes, y que solo entienden ese lenguaje. Si huyes, ellos ganan porque siguen haciendo lo mismo. Si los enfrentas con diálogo, ellos ganan porque vierten su violencia en ti y te eliminan. Solo puedes hablarles del mismo modo, pero con más inteligencia.

—Entonces… supongo que hasta el viernes o el sábado —concluyo limpiándome las manos de sudor en los pantalones—, cuando empiecen los juegos, no podremos saber nada más.

—Así es —asiente mirándome de arriba abajo.

—Bien. Pues… —Abro los brazos y miro a mi alrededor—. Empieza a formarme. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que te lea algún libro o que haga alguna prueba de apnea en la piscina? —bromeo solo para destensarme un poco.

Sus ojos se oscurecen.

—No. Quiero que te acerques, te pongas ante mí y te desnudes.

Parpadeo y entreabro la boca con sorpresa.

—¿En serio?

—A partir de este instante no quiero más bromas ni más chascarrillos. Y, como vir, tengo derecho a hacerte lo que quiera porque estás en mis manos. Porque entiendes que siempre tomaré las mejores decisiones para los dos y porque soy el *dominus*, el que manda. Sé que te cuesta adoptar este papel porque no eres sumisa ni

dentro ni fuera de la cama y porque que un hombre te diga que quien manda es él, debe incomodarte.

—Te pisaría la cabeza —digo entre dientes—. No soy un puto florero.

—Ese comentario podría conllevar un castigo por mi parte —dice entornando los ojos amarillos—. Una reprimenda. Yo tampoco soy un vir, un amo o un dominante, pero estamos adoptando un papel. ¿Lo entiendes? —Aprieto los dientes con rabia—. ¿Lo entiendes, Ares? Contéstame.

—Sí.

—Aquí no jugamos a BDSM, pero puedo ser todo lo que quiera en cualquier momento. El *dominus* puede castigar, someter si le apetece, porque debe mostrar siempre una imagen de virilidad ante el resto, como los antiguos romanos. ¿Sabías que se consideraban virtuosos y honorables si eran los activos?

—¿De qué hablas?

—Se dividían entre activos y pasivos. Un *dominus* podía follarse a su esclavo y eso no lo convertía en homosexual. Podía follarse a quien quisiera, hombre o mujer, como forma de castigo y correrse dentro de ellos solo por darles una lección. Y su reputación seguía intacta y valerosa, llena de virilidad y virtuosismo porque eran los activos. Eran los que penetraban. En cambio, si el *dominus* aceptaba que el esclavo o cualquier otra persona le penetrase o le diera placer, eso lo convertía en pasivo y perdía todo el honor ante la sociedad romana.

—Estaban enfermos, en serio.

—El vir abarca muchas condiciones, pero todas son dominantes en sus formas más básicas. Los de la vieja guardia están muy cómodos con esa naturaleza. Los de la nueva son distintos, más flexibles, y les gusta el sexo báquico y compartirlo con otros sin necesidad de dominar de un modo violento.

—Creo que he entendido que la vieja guardia es la que manda y son los malos malísimos. Y la nueva guardia son unos ilusos que solo están ahí para follar como dice Bacus.

Él eleva las cejas. Parece que le ha gustado mi síntesis.

—Una visión muy sencilla pero certera —reconoce—. Por eso, es posible que veas algunas escenas incómodas en el Sabbath, no solo entre los vires y sus virtuosas, sino entre ellos y las mujeres y hombres que también estén presentes en esos eventos. Para ellos son ritos sagrados y comportamientos sociales dentro de su culto y de su círculo. Puede ser violento en ocasiones.

—Solo te digo una cosa, Adonis. —Alzo el dedo para dejárselo muy claro—. Si te atreves a ponerme una mano encima de manera violenta,

te corto los huevos —amenazo sin titubeos—. Voy a pasar por alto muchas cosas porque te estoy ayudando y porque quiero estar ahí. Pero me niego rotundamente a que uses algún tipo de violencia conmigo. Si en algún momento te atreves a humillarme o a hacerme daño frente a esos monstruos, no me quedaré callada ni quieta. Te aviso.

No parece haberle gustado nada mi discurso. No porque tenga intención de hacerme daño, sino porque sabe que si en algún momento debiera aleccionarme porque es lo que tiene derecho a hacer un vir, voy a poner su papel y el mío en un serio aprieto, porque no voy a ser virtuosa en absoluto.

—Ares, te he dicho que no soy como ellos. Jamás te haría daño a propósito o porque lo sintiera. Tengo un autocontrol envidiable, te lo aseguro —contesta solemnemente—. Pero no me des motivos para que me sienta obligado a reaccionar así. No me pongas entre la espada y la pared. Porque si soy un vir ante ellos, lo seré con todas las consecuencias.

—Eso no va a pasar.

Está inquieto y tengo la sensación de que ahora se le presentan muchas dudas. Espero que entienda que mi carácter y mi integridad son lo primero.

—No sé si eres del todo consciente de dónde nos estamos metiendo. Ya sabes que esta gente mata y sacrifica a otros para su propio beneficio, pero lo que verás es la expresión más extrema de la lascivia, la ninfomanía… y tú y yo tendremos que estar ahí en esa mierda, haciéndonos pasar por uno de ellos. ¿Lo entiendes?

—Ya sé que donde sea que nos metamos no habrá luz. No temas, lo entiendo —quiero tranquilizarle.

Él inspira profundamente y vuelve a serenarse, a tomar el control.

—Lo que te enseñe servirá para instruirte y para que te admiren, te deseen y te acepten en la Corte como mía. —Es su tono autoritario el que me deja sin palabras—. A todos ellos les encanta lo nuevo y también te querrán, como le pasó a Masdeu o a Hugo.

—Estoy preparada para lo que venga —digo, aunque sé que no estoy plenamente convencida.

—Perfecto. Me vas a hacer caso en todo, Ares.

Trago saliva y asiento sin más alzando la barbilla. Ha sido una orden.

—No. No alces la barbilla. No quieras desafiarme —me corrige cruzando los brazos como un superhéroe—. La virtuosa siempre adopta una actitud graciosa, acatadora y servicial para con su vir. Recuerda, es su *dominus*. Él manda.

—Vale.

—Vale, no. Vale es una palabra que no oirás en una virtuosa. A partir de ahora, cuando me contestes, siempre dirás: «Sí, vir». Dilo.

—Sí, vir.

—Bien. Desnúdate ahora mismo —dice con dureza.

Está bien. Empieza el juego. Voy a morderme la lengua, a tragarme todo lo que pienso y, simplemente, voy a obedecerle y a aprender todo lo que pueda sobre el comportamiento de las virtuosas.

—Sí, vir.

Sus ojos miran cómo me levanto la camiseta y expongo mi vientre y mis pechos.

—En los eventos del Sabbath y en las reuniones que tengamos, vas a ir vestida con las ropas que yo elija —continúa con voz rasposa—. Y muchas de ellas te expondrán, porque a los vires les encanta mostrar a sus mujeres con orgullo para que otros las vean y admiren. Una mujer adecuada y graciosa al lado es sinónimo de envidia ajena y también de gran virtuosismo por parte del hombre.

Me quito la camiseta. Acto seguido, me desabrocho el sujetador y noto el suave peso de mis pechos sobre la piel. Después me libero de las zapatillas y los calcetines.

Adonis se queda en silencio, como si hubiese perdido el hilo de lo que decía.

Me empiezo a desabrochar los pantalones y, aunque lo estoy escuchando con mucha atención, me pregunto cuánto hay, en realidad, de vir en él.

—Debes sentirte cómoda con tu desnudez ante mí y ante todos y todas los que miren. Es tu cuerpo y debes amarlo y lucirlo. Una virtuosa, aunque te parezca una controversia, se sabe poderosa y se quiere. Se siente deseada y sabe gustar. Es una seductora, pero a quien seduce es a su vir. Todo lo hace para llamar su interés, que él solo tenga ojos para ella y se centre en ella.

—Entonces… ¿vamos a estar desnudos frente a más personas? —pregunto bajando el pantalón y deteniendo las manos en las caderas.

—Puede que suceda —contesta esperando a que me quite la prenda por completo—. Es lo más probable. Espérate cualquier cosa en esos eventos. Cada situación reclama algo distinto dependiendo de lo que se vaya a hacer. Todos los eventos son muy activos.

Me quito los pantalones, memorizando cada palabra, y me quedo solo con las braguitas negras que él me ha comprado.

—No, no te las quites aún —me pide sentándose sobre el colchón —. Acércate.

Le obedezco y me paso todo el pelo sobre el hombro derecho. Esto

me está costando la vida. Nunca he sido tan atrevida ante nadie ni me he expuesto así, como un trozo de carne, y nunca he deseado ser más hermosa y seductora que en este momento. Así, con la luz de la sala, cualquier mujer se sentiría insegura ante sus imperfecciones.

—Tienes un cuerpo precioso, Ares. Eres poderosa. Entiendo que muchos vayan a la guerra por ti.

Sonrío con una naturalidad fingida que ni por asomo experimento.

—Eres hábil con las palabras. —«Y con las manos también», pienso.

Adonis se abre de piernas y me dice:

—Ven aquí.

Qué fácil es mandar para él. Cuánta autoridad tiene. Se nota que está acostumbrado a ello. Pienso en que Tania hizo lo mismo y todo se me remueve. Miro esa cama y también me los imagino juntos. Pero sin darme cuenta, ya estoy donde él me solicita.

—El vir puede tocar a su virtuosa cuando quiera en el momento en que lo necesite. Delante de otros, a solas, en situaciones comprometidas… Tu cuerpo es mío para adorarlo y obtener placer de él —sentencia alzando la barbilla levemente para mirarme a los ojos —. Si quiero hacer esto —desliza sus manos calientes por mis caderas y las acaricia arriba y abajo con los pulgares—, lo haré, porque estoy en mi derecho. Si quiero hacer esto —asciende sus manos como llamas por mi torso hasta posarlas sobre mis pechos, cubriéndolos por completo—, lo haré. Porque eres mía.

Inspiro y aguanto la respiración un poco.

—La posesividad extrema es tóxica —apunto arrepintiéndome al instante de haber abierto la boca.

—Ares… —Entrecierra los ojos—. Métete en el maldito papel.

—Perdón, vir.

Eso provoca que su malhumor se desvanezca. Le brillan los ojos y juraría que está emocionado por tenerme así.

—Señorita Parisi… —musita pasando las manos por mis nalgas—. Eres deliciosa.

—Madre mía —digo entre dientes al notar cómo se me eriza la piel. Mi cuerpo es un chivato.

Me aprieta las nalgas y sonríe.

—Eres muy sensible. Y tienes un cuerpo grácil y muy atractivo. Está marcado donde debe marcarse y es suave en los lugares más deseados. —Lleva los ojos a mi colgante y cuando toca la campana, esta tintinea suavemente. Después, pega la nariz a mi esternón e inhala fascinado—. Hueles tan bien…

Él también huele bien. Me cubro la cara y resoplo avergonzada.

—En serio —quiero huir de ahí—, esto es demasiado íntimo.

—¿Qué dirás cuando venga todo lo demás? No quiero que te cubras nunca ante mí. Ni la cara ni los pechos…, nada, y menos cuando estemos en el Sabbath con todos los ojos de la Corte mirándonos. —Sujeta mis muñecas y tira de ellas hacia abajo—. Debes estar deseando provocarme, preparada para mí en cualquier momento, para mi invasión…

—Como un vikingo.

—Te voy a poner un bozal —me advierte—. Tienes que estar preparada para que te toque. El Sabbath es como un parque de atracciones para el vir y la virtuosa. Es donde tienen la posibilidad de demostrar cuán conectados están, cómo es su compenetración y cuánto han llegado a controlar el éxtasis báquico. Al fin y al cabo, eso es lo que practicamos en el Abismo.

—El orgasmo —comprendo.

—Debes confiar plenamente en mí y estar segura de que nunca te haría daño.

—No me lo harás, ¿verdad? —pregunto; quiero creerle. Cierro los ojos por el placer de sentir sus dedos acariciando mis pezones con suavidad—. No me lo hagas, por favor.

—Te prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para que ninguno de los dos salgamos heridos —dice ensimismado en mis senos —. Tú y yo ya hemos tenido contacto íntimo. Mis dedos y mi lengua han estado dentro de ti.

—Adonis…

—Vir. Aquí, vir, y en el Sabbath también —me explica con paciencia. Pero mientras lo hace, vuelve a pasar los pulgares por mis pezones y estos se hinchan con impertinencia.

—No es fácil para mí. Y estoy muy dispuesta, que conste. Pero… esto es otra cosa.

—Anoche te dije que estaba deseando hacerte mil cosas y sufrí mucho por mantener a raya mi autocontrol. Sigo deseándote, Ares. Mucho —dice con una franqueza que me eriza la piel—. Sigo queriendo hacértelo todo. ¿Yo te agrado? ¿Te gusto?

Es el perfecto caballero preguntando cosas íntimas. Y debo reconocérselo. Porque me gusta mucho, más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Sí.

—Entonces ponte en mis manos en esto, confía en mí —me ruega —. Y ambos lo pasaremos bien.

Me humedezco los labios y observo su rostro con detalle. Quiere que me ponga en sus manos. Lo quiere todo bajo su control y bajo sus reglas.

—¿Qué se me está permitido hacer a mí como virtuosa? Es decir, me has dejado claro todo lo que se espera de mí, pero… ¿y en el sexo?

—Lo que yo te diga que hagas. Si practicamos, no hará falta que te diga mucho.

—¿Entonces? ¿Qué hago con los impulsos espontáneos?

—¿Impulsos?

—Impulsos, sí. ¿O es que tengo que quedarme como una estatua? Si quiero tocarte, ¿puedo hacerlo? —pregunto dubitativa y me aventuro a rozarle el hombro con el dedo índice. Lo veo un gesto muy atrevido a tenor de lo que él me está explicando.

—Solo si yo te doy permiso. Yo ordeno y tú obedeces.

Retiro el dedo de su piel y dejo caer la mano muerta.

—¿Y los besos? Quiero decir, ¿puedo besarte?

Su expresión muda a una mucho más peligrosa.

—No. No vas a besarme y yo a ti tampoco. Es mejor de cara a la Corte. Es un símbolo de debilidad para el vir. Si solo es sexo, si solo es un intercambio físico sin besos —arguye sin emoción alguna—, todo será más fácil.

Involuntariamente, doy un paso atrás, como si quisiera apartarme, porque ese detalle me deja muy fría. Me doy cuenta de que me muero de ganas de besarle, que llevo tiempo queriendo hacerlo y que no lo hemos hecho en ningún momento.

Excepto en mi sueño tórrido. Y no era real.

—No te alejes —me ordena sujetándome de las caderas.

—¿Es así con todas las parejas de la Corte? ¿Nunca se besan?

—No. Cada una estipula sus normas. Si te hubieras leído el contrato que firmaste, habrías visto que hay una cláusula que pone expresamente que no va a haber besos entre nosotros en el Sabbath ni en tu instrucción.

Resoplo y asiento, asimilando esa información y poniéndola en orden en mi cabeza.

—Me alegra no ser una virtuosa ni tener a un vir como pareja —espeto con sinceridad—. No sirvo para recibir órdenes ni tampoco para quedarme con las ganas.

—Esto es solo un papel que debemos representar. No lo olvides.

—Y ¿cómo eres tú, Adonis? Parece que el virtuosismo funciona contigo.

—Yo soy como soy. —Se encoge de hombros—. Tengo mis demandas y mis límites. Pero no estamos aquí para hablar de mí, ¿verdad? —Arquea una de sus imponentes cejas negras—. No quiero besos porque no quiero que vean ni una sola grieta en mi fachada. Necesito presentarme como uno de los suyos, metódico, frío y un

cabrón sin escrúpulos, solo un apasionado de Bacus. Soy el infiltrado. Quiero saber cómo demonios eligen a las mujeres, cómo las traen, cómo provocan amnesia en los testigos, quiénes participan y qué más sucede en el Sabbath. Soy yo quien quiere vengar a mi hermana y a mi padre. Tú solo eres una acompañante con una incómoda leyenda familiar sobre los hombros y un violador al que cazar, y no quiero que te pase nada.

Bato las pestañas y me muerdo el carrillo interior derecho. Tiene razón. No soy policía ni investigadora ni nada por el estilo. Solo soy una ilustradora que estuvo en el momento y lugar incorrectos. Pero aunque mis motivos de venganza son otros, para mí son igual de esenciales. Ahora estoy tan metida en el ajo que he pensado que es mejor hacer alioli.

—¿Podrías estar con otra mujer en el Sabbath?

—Podría ser.

—Hostia puta… —murmuro. Me siento muy ofendida y no sé si tengo derecho a estarlo. Creo que Adonis y yo estamos en momentos y estados distintos—. Entonces no eres exclusivo para mí.

—Tú solo puedes estar conmigo, al menos hasta la Liberalia, que ya te contaré lo que es. Yo, si quisiera jugar con otra mujer, podría hacerlo en cualquier momento. Porque soy el *dominus*.

—Puro patriarcado —murmuro con rabia—. Y si eso llegase a suceder, ¿en qué lugar me deja a mí? ¿A expensas de cualquiera de esos cabro…?

—No. Nunca llegarías a eso. Si se da una situación así, decidiremos cuál es la mejor opción. Pero debes mantenerte fría, Ares. Pase lo que pase. —Desliza las manos por mis brazos hasta las muñecas—. Aunque lo que veas te parezca terrible, necesito que confíes en mí. Es un mundo obsceno, libertino y caliente, pero debemos mantenernos serenos y no dejarnos llevar por su volatilidad. Porque habrá ojos puestos sobre nosotros. Será inevitable con tu… con tu aspecto y esa aura extraña que te traes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Solo hay que verte. Tu familia desciende de antiguas vestales, vas a estar en una Corte de demonios y resulta que según lo que te dijo tu abuela, tu destino es eliminarlos a todos. Sea real o no, no son datos que deba saber ningún miembro de la Corte. Y mucho menos el brujo Demogorgon. Le llamaría mucho la atención a nivel místico y pasarías a ser un más que probable y apetecible objetivo a eliminar. Ellos creen mucho en las señales y las leyendas porque la Corte nació de ellas.

—No pienso mencionarlo —aseguro—. Solo lo sabéis tú y mi

madre. Nadie más.

—Y así debe ser. —Vuelve a deslizar sus manos por mi torso y a acariciarme los pechos y yo me derrito—. La práctica de hoy es que aceptes estar desnuda ante mí. Que seas consciente de mi mirada y de tu poder. —Me da por pensar en la tirada de cartas de mi abuela y en lo que me dijo sobre la Emperatriz invertida. Me dijo que podía significar una decepción o un desamor. Es evidente que la decepción ha sido Hugo. Pero también me dijo que me obligaría a abrazar mi feminidad y a alimentar mi cuerpo y mi seducción. Ahora, en el castillo de Adonis, entiendo más que nunca a qué hacía referencia—. Quiero que te sientas libre de moverte por toda la sala si quieres informarte sobre Bacus y la Corte. ¿Ves ese libro de tapa negra y dorada? —Me señala un estante.

—Sí.

—Es mi compendio sobre la Corte y sobre todo lo que he aprendido de ellos en estos años. Puedes empezar a leer ahora mismo. —Hace un gesto hacia la alfombra de pelo negro y oscuro. Al lado de la librería hay una chimenea eléctrica empotrada en la pared.

—¿Ahora?

Adonis se levanta y me mira fijamente. Al estar los dos de pie, el uno frente al otro, advierto que me saca más de una cabeza. Entonces dice en voz alta:

—Encender chimenea. —¡Flas! Esta se enciende—. Reproducir Hans Zimmer Álbum. —Una melodía empieza a invadir la sala tímidamente—. Siéntete como en tu casa. Haz lo que quieras. Te voy a estar mirando y si me acerco a ti a tocarte, no quiero que me apartes, solo que te relajes. Aunque hoy voy a ser bueno y no voy a molestarte. —Y, sin embargo, cuela los pulgares bajo mis braguitas y me las baja hasta los tobillos. Me apoyo en sus hombros para levantar un pie y luego el otro y me quedo completamente desnuda ante él. Me quiero morir. Adonis está acuclillado, pero ha centrado toda su mirada salvaje en mi sexo, descubierto.

Por fin veo algo en él que me dice que no es tan fuerte como parece. Veo que su nuez sube y baja y vuelve a cerrar los ojos y a susurrar algo en italiano que me ha parecido entender como: «*Controlla i tuoi demoni*». Cuando se levanta de nuevo, tiene mis braguitas en un puño. De repente, se deja caer en la cama con ese aire soberbio y poderoso que lo hace parecer un dios, apoya la espalda en la enorme almohada y empieza a jugar con la prenda y a pasársela entre los dedos. Mira hacia la librería, donde yo aún no estoy, y añade:

—Señorita Parisi, es para hoy. Ponte a estudiar.

Es tan pervertido y a veces tiene una mirada tan caliente y lasciva que me deshago sin quererlo.

La conversación que hemos tenido no me ha dejado tranquila. De hecho, me ha molestado más de lo que debería. Sin embargo, he dado mi palabra y estoy muy decidida a adaptarme al papel a la perfección.

Voy a ser una buena compañera y una excelente virtuosa, aunque sea lo último que haga, para verles la cara a esos cerdos misóginos y machistas cuando me vengue.

Camino gloriosamente desnuda hacia el estante y tomo el compendio que me ha mencionado Adonis.

Es evidente que me va a estar mirando mientras leo y si tengo que aprender a seducirle, daré lo mejor de mí.

VII

Mi abuela captaba energías.

Yo no. No tengo ni una sola de sus habilidades. Sin embargo, no puedo decir que no haya percibido los ojos de Adonis en mí en todo momento, como si me tocara, como si pudiera sentir las puntas de sus dedos sobre cada centímetro de mi piel expuesta ante él con el atrevimiento de quien no tiene secretos. Pero sí los tengo.

Hay secretos que él no debe saber, como por ejemplo, lo que me hace sentir. Si pretendía ponerme nerviosa, lo ha conseguido. No hago nudismo y, como muchas personas, no me siento cómoda yendo en cueros delante de nadie y menos si tengo que sentirme sensual o transmitir una seguridad en mí misma en la que estoy trabajando. Por eso no ha sido fácil. Sin embargo, siento una fuerza mayor que me impele a seguir adelante con todo este despropósito. Quiero saber y, como Adonis, necesito verles la cara a los demonios y desvelar sus identidades.

La vergüenza y la incomodidad han ido desapareciendo con el paso del tiempo, a medida que iba creciendo mi interés en lo que estaba leyendo.

El manuscrito de Adonis, el que habla de la Corte de Bacus, es realmente instructivo. De manera mágica, me ha abstraído de él, del castillo, de la sala, y me he visto inmersa en sus palabras mientras asimilaba aquel conocimiento como si hubiese estado deseando aprender algo así en algún momento de mi vida.

Dos horas después de quedarme desnuda ante este hombre, sé mucho más de la Corte y de sus protocolos que en un principio.

Y de Adonis sé que le gusta mucho lo que ve, porque se le nota la erección a través de los pantalones y ha estado incómodo en todo momento.

Más allá de eso, sí. Hay setenta y dos demonios en la Corte de Bacus, hombres poderosos ocultos bajo nombres satánicos con diferentes cualidades y papeles en el mundo de la sociedad.

Ya sabía que el Demogorgon era el brujo, un hombre instruido en artes oscuras y que ve mucho más allá de los velos, por eso es el que

decide si los sacrificios se han hecho de manera adecuada y si las muertes propician las condiciones para que los demonios y los sátiros de Bacus campen a sus anchas en el Sabbath.

También está Drugia, un demonio femenino conocida como la Peste. Adonis nunca la ha visto físicamente, pero entiendo que debe de ser una mujer.

A estos dos, hay que añadir a Masdeu, que aunque formaba parte de la camarilla y preparaba el terreno para el Sabbath, también estaba en la Corte y a quien conocían por el nombre de Gresil, el demonio de la impureza. Masdeu movía el arte entre los miembros de la sociedad, cuadros prohibidos, robados o desaparecidos para que este grupo selecto fueran los únicos que pudieran adquirirlos. Y ahora no está.

Cuando un demonio falta, otro ocupa su lugar en la Corte y también asume su mismo nombre.

Se desconoce quiénes forman parte de la vieja guardia y quiénes de la nueva. Lo que es evidente es que puedes entrar y formar parte de ella como camarilla al realizar sacrificios, como iban a hacer Hugo y Edmundo, o por poseer una fortuna, una grandísima.

Ahora mismo tampoco se sabe quién es el líder de esa Corte. Sin embargo, Adonis cree algo firmemente: que el hecho de que la nueva guardia no se manche las manos de sangre, no quiere decir que no conozcan esos procedimientos. La comitiva demoniaca en sí parece tener una dependencia clara a esas iniciaciones y parafernalias báquicas y, aunque sea una facción de los demonios quienes los lleven a cabo y hagan el trabajo sucio, cree que el resto conoce plenamente la liturgia y también se beneficia de lo que sea que eso mueva. Son cómplices, de los que se cubren oídos y ojos. No hay ni uno inocente en este entramado. Porque si sabes algo, no lo denuncias y permites que traten así a las mujeres, tienes la misma responsabilidad que si las matas.

Para él es lo mismo. Y para mí también.

He entendido que todos los demonios de la Corte poseen tierras en realidad. Tierras en las que poder plantar vid. Esa es otra de las peculiaridades de la membresía. Están obsesionados con los viñedos.

Adonis no se deja ni un detalle de los ritos. Él ya lo conocía todo: el uso de la hiedra, el estramonio, las pulseras con hojas de parra, las manos atadas a la espalda, las violaciones… Como experto demonólogo, está al día de lo ceremonial. La idea de esos rituales báquicos es que la mujer llegue al éxtasis antes de morir, por eso se la droga con estimulantes sexuales y afrodisíacos. Y había muchos más ritos en el libro que hacen que ese parezca casi un juego de niños, aunque espero no verlos nunca.

Esa Corte está repleta de sociópatas y adoradores del sexo, el alcohol y el dolor. Lo más curioso es que creen venerar a las mujeres porque las necesitan para lograr sus objetivos, pero yo veo una clara inclinación a la misoginia, a la opresión femenina y a la dominación despótica hacia cualquier hembra. Los romanos eran así, dicen. Y sí, también se lo he oído decir mucho a Lu, que es experta en el tema. Las mujeres en esa sociedad debían ser virtuosas porque, de ese modo, ellos no se sentían amenazados. Porque querían a una mujer perfecta en sus hogares, dado que en la calle ya tenían a mano a las *fellatrix* —expertas en hacer felaciones— o a las prostitutas.

Cuando llego a ese fragmento, no puedo evitar decir en voz alta:

—Lu es arqueóloga y me ha enseñado un montón de objetos romanos de los yacimientos. —Adonis, tumbado sobre los cojines, me mira con ojos brillantes y cargados de deseo—. Han desenterrado una gran cantidad de piezas que reflejan una imagen parecida a las del rito, con hombres de piel rojiza o cuernos. Es cierto que tienen aspecto demoniaco.

—Bacus se puede representar de muchas maneras. Como un genio, un fauno, una cabra o como un sátiro con cuernos… Eso es lo que ha hecho que individuos como los de la Corte defiendan su naturaleza demoniaca. Pero también lo han representado como una pantera o como un delfín. Por eso en el Abismo las figuras que hay son panteras. Es un templo alzado en nombre de Bacus en su adoración más sensual.

—Hay un mosaico en la calle Pujol —recuerdo cuando ato cabos—. Lo mostraron en una exposición del museo y hay representadas hojas de vid, una cabra y las patas de una pantera. Pero esta está destruida y apenas se ve. Lu me dijo que creen que con la llegada del cristianismo, intentaron borrar cualquier representación al dios.

—Hay muchas ciudades romanas importantes claramente marcadas por él; la Corte y su culto es muy antiguo y se mueve por toda Europa desde hace mucho tiempo. Baetulo es una de ellas. Aquí Bacus era muy venerado por ser tierra de vinos —explica, y se coloca las manos detrás de la nuca sin dejar de observarme.

Continúo leyendo sobre la Corte y sus semejanzas con la vida de la antigua Roma. La palabra *vir* significaba varón, pero con el tiempo, se convirtió en «virilidad». Por ese motivo ellos pueden someter sexualmente, porque es una demostración de hombría y masculinidad.

Si eres activo, eres todo un macho te folles a quien te folles, sea hombre o mujer.

Si eres pasivo y dejas que otros te penetren o que la mujer te someta, entonces eres una vergüenza para la sociedad y te tachan de afeminado. La homosexualidad, el amor entre hombres, en Roma no

estaba mal vista, pero si el *dominus* se dejaba penetrar, entonces dejaba de ser viril y masculino y perdía su virtuosismo.

En la Corte, en cambio, las mujeres deben encumbrar la *pudicitia*, reflejar la virtud sexual y la modestia. Puede ser una virtuosa por nacimiento, por sangre y por pertenecer a la Corte o una elegida por «entusiasmo», aquellas mujeres con cualidades excepcionales e innatas para ser virtuosas. Aunque, como bien dijo Adonis, se ven pocas. Y él pretende convertirme en una. Estoy dispuesta a fingir lo que quiera y a interpretar el papel, pero en mi naturaleza nunca existirán ese tipo de relaciones en las que la mujer no puede ser dominante y donde no hay igualdad emocional ni física.

Y después de las virtuosas están todas las demás, como las ménades, las matronas y las *dominas*; las meretrices y las *fellatrix* están en el escalón más bajo, aunque todas pueden formar parte del Sabbath y de las fiestas a Bacus porque, de hecho, Bacus incluía a todo tipo de mujeres en sus famosas bacanales, sobre todo a las prostitutas. Prostitutas, vinos, borrachos, infidelidades, violencia, orgías… Caray, Bacus es un dechado de «virtudes» relacionadas con lo pecaminoso, lo oscuro, los vicios y lo venático. Intuyo que veré cuánto de demente y obsceno hay en sus festividades. Cada vez comparto más la idea de que sea un dios caído, un demonio rodeado de sátiros.

También he aprendido un montón de maneras en las que el vir y su virtuosa pueden tener relaciones sexuales. Cualquier cosa les vale. Hay varias posturas, por ejemplo, ella de rodillas para dejar que el miembro de él le entre en la boca hasta la garganta. «Hasta que alimente su estómago», dice.

Él encima de ella, él detrás de ella, ella bocabajo y él aplastándola mientras la penetra por detrás, por cualquier orificio. Porque claro, la sodomía a la mujer, la penetración anal, también la aprueban: «Para ellos es importante la supremacía y la dominancia del macho». «Ella debe aceptar todo lo que el vir quiere hacerle y debe confiar en todo lo que él le vaya a dar, porque es para despertar su placer».

—No entiendo cómo los vires se creen que tratan bien a sus mujeres… No lo comprendo. —Adonis espera expectante mi razonamiento—. Por ejemplo, en el aspecto sexual, no hay ni una postura en la que ella tenga el control. En todas, ellas se someten. Fíjate —señalo el libro—, pueden atarlas, hacer lo que ellos quieran con sus cuerpos, con sus vaginas, con sus pechos… Pero las mujeres a los hombres no, a no ser, y cito lo que hay aquí escrito: «que el vir esté dispuesto a ser benévolo y quiera disfrutar de un intercambio en el que la virtuosa se convierta en la activa, aunque ese es un gesto de debilidad que refleja sentimientos vinculantes». «O también se puede

dar ese trato a modo de preliminares o de preparación antes del intercambio para alcanzar el abismo coital». «Es contraproducente dejarse llevar por la pasión y la energía sexual y eyacular sin más en el interior de la virtuosa, porque eso retrasa la apertura de las puertas del abismo». Es decir, que tener sexo por desearlo y por hacer el amor y alcanzar el orgasmo rápido, en la Corte de Bacus y el «virtuosismo» no se contempla.

—Sí. Eso es.

—Pero ¿sucede algo si alguien eyacula o si la mujer alcanza el orgasmo?

—No te castigan por eso. Y menos si se desea. Pero para el hombre, eyacular es perder energía porque la saca y materializa en forma de semen. El hombre da. La mujer, en cambio, recibe. Y si se corre, aunque puede eyacular de otra manera, no crea esa sustancia creadora que es el semen. Por eso, en un evento de Bacus, eyacular puede perjudicarte, porque pierdes poder y energía. En mi Abismo, enseño a controlar el orgasmo para que la energía se acumule de otro modo sin perderla y para correrno hacia dentro. Para implosionar en vez de explotar. A veces se consigue, pero muchas otras no, dado que es una técnica muy complicada de perfeccionar. Lo que se busca en esos eventos báquicos es una comunión sexual absoluta donde la energía fluya y el éxtasis sea generalizado. Donde se concentre la energía y el orgasmo se convierta en una supernova que no irradie hacia afuera, sino hacia el interior de cada uno. Es como una iluminación. Ese es su rito sexual. Por eso se hacen las bacanales, donde todo el mundo tiene sexo no solo por follar, sino por entrar en comunión con su dios. Por eso, cuando estuviste en mi Abismo, la pareja que viste se hacía *spanking,* para que ella no se corriera, para distraerla. Así es como ellos creen que conectan con Bacus y reciben todo su poder. Así es como le rinden pleitesía y le ofrecen lo más poderoso, un poder de creación y de alimento: el orgasmo interior.

—Eso lo puedo entender. Es como una especie de sexo tántrico o ayurvédico. He leído sobre el tema, aunque no lo he practicado.

—¿Nunca has tenido un orgasmo interior, Ares?

Se levanta de la cama por primera vez desde que se estiró y camina hacia mí como un felino perezoso. Observo cada uno de sus movimientos y, aunque estoy tumbada en la alfombra mostrándole todo mi trasero y mi primer impulso es cubrirme, no puedo.

Adonis se acuclilla delante de mí y yo inclino mi rostro hacia arriba. Él pasea los ojos desde la punta de los dedos de mis pies hasta mi coronilla. Es muy extraño y sensual.

—No he tenido un orgasmo interior.

Se muere de ganas de tocarme. Se lo noto. Me ha hecho tan consciente de su presencia y de sus expresiones que empiezo a darme cuenta de cuándo desea ponerme la mano encima.

—¿Nunca has soñado que estabas teniendo sexo y te has despertado al correrte?

Si hago memoria, sí. Sí me ha pasado.

—Sí —contesto.

—Eso es un orgasmo interior —sentencia—. Y que te haya pasado, significa que estás capacitada para conectar con esa parte de tu cuerpo y estimular su energía hasta que puedas correrte sin que te penetren. Puedes activar esa parte sexual interna. Es un chakra. ¿Lo sabías?

—Sí, sé lo que son los chakras. Sé que hay siete y dos son muy sexuales.

—Bien. —Parece orgulloso—. Será fácil que lo entiendas, entonces. Pero es algo de lo que nos empezaremos a hacer cargo mañana. Hoy solo quiero que te aclimates a mí.

Me humedezco los labios y asiento, hipnotizada por su voz y su cadencia. He perdido el hilo de lo que quería decirle, pero lo recupero.

—Lo que no entiendo es por qué no dejan que la mujer también haga lo suyo y se exprese como quiera con su vir. ¿No se trata de que ella lo seduzca?

—¿Por qué crees que es? —me pregunta él con diversión.

—¿Porque tienen miedo de parecer afeminados si la mujer lleva la batuta?

—No. No es por eso —contesta—. Es porque una mujer activa hace que el hombre se corra en unos segundos. —Dibuja una sonrisa de oreja a oreja—. El hombre no puede ser estimulado por la mujer en los ritos. Los preliminares destrozan a algunos y hacen que exploten antes de tiempo. Somos débiles. —Se encoge de hombros.

—¿A ti te pasa?

Él inclina la cabeza a un lado y detecto un destello de desafío y burla en sus iris amarillos.

—Nunca me ha pasado.

Ambos nos quedamos mirando durante largos segundos, en silencio. Me siento osada y ni siquiera sé por qué. Es porque nunca nadie lo ha vuelto loco como para que se deje llevar. Inmediatamente vuelvo a centrar mi atención en el libro y murmuro:

—Entonces es por miedo a no durar. No porque no lo deseen.

—Exacto. Si se corren a la primera y varias veces, no podrán alcanzar el abismo, el éxtasis, la conexión con lo divino de los ritos. Lo hacen así porque a la que una mujer les toque la polla, se deshacen. Somos hombres —asume sin pudor—. Estamos hechos de instintos

primarios.

Con lo educado que es, me sorprende que hable así. Hasta que recuerdo que es un atrevido, un pervertido y regenta un local donde la gente folla para no correrse, para torturarse, para conectar con la energía de Bacus y todo lo que él les pueda aportar, así que la sorpresa se me pasa.

—¿Estás cómoda, señorita Parisi? —me pregunta de golpe—. Tienes un culo precioso.

La temperatura de mi cuerpo aumenta un par de grados y se refleja en mis mejillas ardiendo.

Adonis sonríe de manera perversa y niega con la cabeza mientras se aleja de nuevo y retoma su posición en la cama.

Unas horas más tarde, con la chimenea artificial encendida, el libro de Adonis reposando en la alfombra oscura, un vino y un agua, me encuentro gloriosamente desnuda frente a ese hombre y me sorprendo porque estoy disfrutando de la cena y de él.

No me parece el mejor lugar para comer porque, entre otras cosas, he tenido que apoyar la espalda en la estantería para estar cómoda y me siento totalmente expuesta. Pero algo me dice que, aunque le hubiese dicho que prefería vestirme y sentarme en una mesa, no habría accedido.

No diría que es extrovertido, pero tiene una conversación que me gusta y hoy, por fin, ha empezado a hacerme preguntas más íntimas que no me esperaba pero que entiendo que surgen cuando dos personas interactúan de este modo.

Quiere saber cosas sobre mi trabajo. No se me da muy bien hablar de ello, pero está claro que siente respeto por lo que hago. Ha pagado miles de euros por una de mis ilustraciones y siente mucha curiosidad sobre cómo me inspiro o cómo he encontrado mi línea de dibujo. Hace preguntas que no suele hacerme nadie, señal de que observa lo que los demás no ven. Tengo un cojín encima de las piernas cruzadas donde apoyo el plato. Uno que no deja que muestre mi parte más íntima. Es una licencia que me he tomado y él no ha decidido amonestarme. Me he cubierto los pechos con la melena oscura, pero él me lo ha retirado con suavidad y lo ha colocado detrás de los hombros sin dejar de hablar.

—Así que ahora estás enfrascada en los dibujos de tu novela gráfica y te estás inspirando en lo que estás viviendo.

—No lo hago conscientemente, pero las situaciones límite de vida o muerte te obligan a ser muy creativa. He encontrado una vía de

escape apacible y estimulante en esta historia.

—¿Cómo se va a titular?

—*Las cenizas de Baetulo*. Bueno, ese será el nombre de la trilogía —aclaro—. Cada tomo tendrá un título particular.

—Y ¿tienes libertad para hacer y decidir?

—Sí. —Asiento, con satisfacción.

—¿Puedes enseñarme los dibujos que ya has empezado a hacer?

—No —contesto antes de llevarme el tenedor lleno de aguacate y tomate con salsa pesto a la boca—. No me gusta enseñar los trabajos hasta que no están acabados.

—Entonces ¿tampoco puedes enseñarme nada de Mefisto y la Bruja Escarlata?

—Tampoco —lo repruebo—. Una obra no se muestra hasta que se da la última pincelada. —Sonrío por encima del vaso de agua—. ¿Sabes que eres el primero que me pide una ilustración de esos personajes, además, en esa tesitura? —Arqueo las cejas con curiosidad —. ¿Por qué?

—Porque es como debe de ser.

—¿El qué?

—La vida —contesta misteriosamente—. Los demonios aplastados bajo el tacón de una mujer. De una bruja poderosa como ella —explica con calma. Toma un sorbo de vino blanco y una rebanada de pan recién hecho.

Me gusta esa visión. Es muy empoderada para ser la de un hombre que tiene que obligarse a comportarse como un vir para vengar a su hermana.

—¿Puedo hacerte una pregunta más íntima?

—¿Pudor a estas alturas…? —apunto disfrutando de la lubina. No tiene ni una espina. Las odio.

—He pensado mucho en el hecho de que no supieras que estabas embarazada hasta el quinto mes. Y no lo entiendo —dice con sinceridad.

—Es por mi genética. La que hace que tenga estos ojos. —Los señalo—. Mi ciclo es muy irregular y hay meses en los que no tengo la menstruación. Simplemente, no tenía síntomas ni engordaba. Solo tenía la sospecha de que algo estaba cambiando en mi interior. Pero cuando me hice la prueba de embarazo, fue a los tres meses y las gonadotropinas no se detectan en la orina cuando ha pasado tanto tiempo, así que dio negativo. Al quinto mes me noté el vientre más abultado y fui al ginecólogo porque tenía sensaciones extrañas en los ovarios. Y me dio la noticia… —contesto con toda la naturalidad de la que soy capaz—. No fue un acto de dejadez o de irresponsabilidad —

aclaro.

—De ti nunca lo pensaría.

—Gracias —contesto—. Soy muy consciente de las peculiaridades de mi cuerpo y de cómo funcionan mis ciclos. Simplemente, a mí me sucedió así. Además, no engordé mucho en el embarazo.

Adonis se ha acabado el pescado y asiente, muy concentrado en mis palabras.

—No tienes nada de vello en el cuerpo.

—Es por la Génesis de Alejandría —le cuento—. Solo tengo pelo en las cejas y en la cabeza. Nada en las axilas, en las piernas ni en los brazos…

—Ni en tu sexo.

Carraspeo y trago antes de que me atragante.

—No. Ahí tampoco.

Su rictus se hace más flexible y se atreve a transmitir ternura para conmigo. No entiendo nada. No sé en qué está pensando. Me miro las uñas de los pies pintadas de rojo y me quedo callada, cohibida porque sé que no deja de mirarme con hambre, y eso que estamos cenando.

—¿Venus tiene el gen?

—En principio no. Es portadora, pero es un gen recesivo, durmiente en ella. Hasta ahora, la edad más tardía en la que se ha manifestado ha sido a los dos años y Venus tiene tres años y cuatro meses, así que ya no creo que lo haga.

Asiente pensativo.

—Eres una mujer peculiar —dice admirado—. Todo lo que te rodea es… extraño, casi mágico.

—Ahora prueba a decirlo sin que me sienta una mutante —bromeo, llevándome a la boca el último trozo de aguacate.

Eso provoca que él se ría con autenticidad.

—No ha sido mi intención.

—Ya. —Lo señalo con el tenedor vacío—. No te lo tendré en cuenta.

—Gracias —replica contrito.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna peculiaridad extraña además de que eres mentalista? —pregunto esperando a que me cuente algo de lo que me ha revelado Antón. Sería una manera de empezar a confiar plenamente en él y de sentir que de verdad se está abriendo a mí.

—No. Excepto que me llevo muy bien con los lobos —contesta de modo maquiavélico.

No le voy a tener en cuenta que no suelta prenda. Es posible que lo pasara muy mal de pequeño y que sea algo que le incomoda mucho y de lo que prefiere no hablar.

—Y te gusta el arte, el vino y el sexo… El carácter hedonista de la Corte va contigo.

—No. —Se muerde el labio inferior—. A mí solo me gusta mi propia justicia, pero esos elementos no me desagradan. Me educaron con lujos y he aprendido a disfrutarlos, aunque sería perfectamente capaz de vivir sin ellos. He aprendido que el hombre rico no lo es por sus posesiones ni su exterior, sino por todo lo que atesora en su interior.

—Qué bonito —me burlo—. Pero eso díselo a quien no tiene un euro para llegar a fin de mes.

—Todos acarreamos con nuestras propias cruces. Precisamente, yo, que tengo mucho, puedo asegurarte de que eso no lo es todo. Muchos problemas se solucionan con dinero, es fácil. Lo complicado es solucionar los que no requieren billetes. El dinero no te puede devolver a las personas que han muerto, reparar algo que quebraron en ti o algo que rompieron o quemaron.

Lamento haberle dicho eso; sé que es billonario, pero también ha perdido a los pilares más importantes de su vida. Y, a no ser que estés hecho de piedra y solo te guste el tacto de los billetes, ese tipo de pérdidas debe afectarle mucho a cualquiera.

—Tienes razón. Yo no aceptaría una cuenta millonaria a cambio de todo lo que tengo —reconozco—. Me gusta mi vida, porque hace que me convierta en la persona que soy. Y seguro que puedo mejorar muchísimo en varios aspectos, pero no querría perder mi identidad.

Adonis toma aire por la nariz y retira los platos vacíos que tiene delante.

A continuación, acerca un bol de fresas y se lleva una a la boca de un modo demasiado sexual.

—Eres íntegra. Es algo que supe desde el principio. Acábate la cena, que voy a darte fresas.

Dejo el plato vacío y una rebanada de pan mordida.

Adonis toma una fresa y me la ofrece. Abro la boca para aceptarla y la muerdo. La mastico saboreándola sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Estoy por ponerte lentillas —dice nervioso.

—¿Qué?

—Sí. Así llamas mucho la atención.

—Pero no puedo llevar lentillas, me dan alergia, se me ponen los ojos como a los de *South Park*.

Adonis hace un mohín de disgusto y después clava la mirada en un punto de mi barbilla. Estira la mano, me sujeta el mentón con dedos exigentes y acerca su cara a la mía para decirme sin más:

—Pues es una faena. —Tira de mi barbilla y abre la boca para

succionármela. Noto sus labios y la punta de su lengua en mi piel. Por Dios. Este hombre me deja débil. Cuando se aparta, murmura sin mirarme—: Tenías una gota de fresa deslizándose hacia abajo.

—Ah… —Se me ha hecho la boca agua y, para colmo, se me han erizado los pezones. Y eso es algo que él va a notar a la perfección.

Adonis se levanta de golpe. Tiene los puños tensos y está buscando algo por la sala que ni siquiera él sabe qué es.

—Tengo que salir un momento. Acábate las fresas y vístete. Te espero en mi habitación.

Lo veo caminar apresurado hacia la puerta. Se abre y se internarse en el pasillo, donde las luces se encienden automáticamente. Luego, oigo cómo se cierra de inmediato.

No sé qué le ha pasado. Me quedo mirando el bol de fresas, pensando en si he hecho algo que le ha incomodado.

Pero es imposible saberlo.

Sea como sea, he pasado un buen rato y he comido muy bien.

Voy a tomar su palabra al pie de la letra y no pienso salir de aquí hasta que me haya comido esas fresas deliciosas. A ver si así se me empieza a pegar algo del sibaritismo de la Corte.

VIII

Me he vestido para nada.

Ese pensamiento me acompaña mientras subo las escaleras de la torreta y miro hacia arriba. A través de la cristalera que hay en el techo puedo contemplar las estrellas. Ya ha anochecido y la ansiedad me abraza al saber que no voy a estar con Venus, que no le voy a dar las buenas noches como quisiera. No tengo prohibido hablar con ellas ni hacer un FaceTime, pero si lo hago ahora, me echaré a llorar porque la situación me está hipersensibilizando. No es sencillo estar alerta todo el día, como estoy desde que acepté el trato de Adonis, aunque me haya dejado espacio para prepararme.

Cuando llego a la puerta de su habitación, llamo suavemente con los nudillos. Anoche estuve aquí, drogada, en su cama, aceptando todas sus atenciones, corriéndome presa del placer de sus dedos y su boca. Pero soy consciente de lo que me ha dicho Antón: nunca nadie se ha quedado a dormir. Y yo ya lo he hecho una vez. ¿En qué me convierte eso? ¿En un proyecto conveniente o en alguien especial?

—Adelante.

Adonis se encuentra de pie en calzoncillos ajustados tipo bóxer de color negro al otro lado de la cama, pero de cara a mí. Su cuerpo permanece bañado por la luz azulada de la luna que entra por las puertas de la terraza y es realmente escandaloso e intimidante lo bien hecho que está. El atractivo de sus hombros anchos, el pecho musculoso, esos abdominales tan bien delineados y sus bíceps hinchados sin parecer exagerados provoca que contenga un poco la respiración. Sus piernas me secan la boca; me parecen tremendas y portentosas. Todo él es un portento y aún no lo he visto desnudo, aunque por lo que he intuido, también intimida.

Me he vestido, como digo, para nada, porque sé que voy a desnudarme otra vez.

Lo veo en sus ojos, que parecen destellar en la oscuridad como los de un lobo.

—Quítate la ropa y acuéstate en la cama conmigo. Quiero que estés en el lecho, desnuda, a mi lado.

Por Dios… Sí, eso ya lo sé, pero que lo diga así, me pone a temblar como una hoja.

—Soy muy friolera. No estoy acostumbrada a dormir así…

—No estás habituada a muchas cosas, pero yo te ayudaré. —Asiente sin perder el control de la situación—. No vas a pasar frío.

—Y ¿vas a hacerme algo? —pregunto quitándome de nuevo la ropa ante él con mucha lentitud.

—Solo dormir y estar en contacto —dice sin más—. Y si se me van las manos… —Se encoge de hombros—. Ya haré para que vuelvan a su sitio.

—¿Por qué ibas a hacer eso? Esto es una instrucción. —Me quito el sujetador y noto el frío en los pechos.

—Sí. Pero te he dicho que hoy es solo para que empieces a acostumbrarte a estar cerca de mí, para que sepas que puedo verte, tocarte y estés lista para eso. Mañana empezará todo lo demás.

—Mañana empiezan las cochinadas —me limito a responder. Me quito las braguitas y me meto en la cama con rapidez.

Adonis me dedica una caída de párpados y medio sonríe.

—No puedes sentir vergüenza. Y deberías haberte quitado la ropa más lentamente.

—¿Por qué?

—Porque, Ares, a mí nada me gusta más que verte desnuda… Eres bonita. —El modo en que lo reconoce con esas palabras me obliga a no perderme ni un detalle de sus facciones—. Tienes poder, y también lo tendrás sobre todo el que te mire. Aprende a controlarlo, alarga la agonía, alimenta el deseo de tu vir. Esa es la actitud virtuosa.

Adonis se mete en la cama, recoge la colcha y nos cubre a los dos con ella. Nos quedamos tumbados de lado, cara a cara. Poso mi mano debajo de mi mejilla y, por un instante, disfruto del momento, del ambiente de la habitación, de la tensión entre los dos. Del silencio y la paz provocativa que solo él me produce.

—¿Por qué me has dado una habitación si desde que he entrado a tu castillo las noches las paso aquí, en tu cama? —recalco.

—Porque es bueno que tengas tu espacio para que lo uses cuando te convenga.

—Mmm… y ¿por qué llevas calzoncillos? En todo este tiempo nunca te he visto desnudo ni he podido contemplarte. Y tú me has visto así demasiado.

—Los calzoncillos no van a desaparecer de donde están, *piccola*. Es una medida de seguridad.

—Solo es una tela. —Tengo ganas de reírme.

—Lo sé. Y no puedes tocarla ni hacer nada. ¿Entendido?

Es porque no se fía de su control. Por eso me avisa. Entonces advierto algo en lo que hasta ahora no me había fijado: él tiene poder, pero yo también. Yo también tengo algo que decir en todo eso, aunque estoy siendo buena y obediente porque quiero aprender y hacerlo bien. Sin embargo, él manda porque yo cedo.

Tal vez, algún día no sea así. Tal vez, algún día las cosas entre nosotros puedan ser distintas.

—Sí, vir —contesto finalmente.

—Bien. —Asiente, pero no me cree ni un pelo—. Ahora, ven aquí. —Adonis extiende la mano y me rodea la cintura con el brazo para atraerme de golpe contra él—. *Starai bene. Vai a dormire, piccola* —susurra contra mi coronilla.

Su mano se desliza arriba y abajo por mi columna vertebral, acariciándomela con cuidado. No es difícil entender lo que ha dicho. Que voy a estar bien y que me duerma.

¿Por qué tiene que ser tan cariñoso y atento? ¿Por qué su voz puede arrullarme o encenderme sin más?

Siento su mano tan caliente como una estufa. Uno mi frente a su pecho; quisiera hacerle mil cosas. Quiero tocarle, abrazarlo, acariciarlo… Hace tanto tiempo que no disfruto del deseo y de mi propia sexualidad que me sonrojo al notar las viejas emociones. La Emperatriz me posee, bocabajo o bocarriba, me da igual como esté, pero percibo su despertar en mí. Todas las mujeres tenemos una que responde a nuestra sensualidad, a nuestro poder interior… y yo la estoy dejando hacer. Froto su pecho con mi nariz, huelo su esencia, esa mezcla de perfume de hombre y su fragancia innata y masculina, y me hago un ovillo contra él. Y es ridículo porque ¿cómo alguien puede sentirse tan a salvo con un hombre con espíritu de demonio y ojos de lobo?

Soy consciente de que voy a dormir con un depredador, con el fuego mismo. Sin drogas, sin estimulantes, solo porque es lo que hoy debo hacer.

Y siento que es aquí donde debo estar.

No me olvido de mis papeles esenciales, porque sé que soy madre, sé que soy hija…, pero también soy mujer y hace mucho que me olvidé de eso, que le di de lado. Tengo una misión personal, todos la tenemos. Es un rol vital, y este es el mío.

Y, si por alejar a los demonios que rondan mi ciudad, tengo que aprender a dejar que las llamas me quemen, que así sea.

Son las ocho de la mañana y me he levantado sola, con el lado

contrario de la cama vacío. Adonis no está. Debe madrugar mucho o, a lo mejor, se fue a medianoche, incómodo con la intimidad. A saber… Pero cuando he abierto los ojos, me he sentido muy bien y muy descansada. No he pasado nada de frío y eso que nunca he dormido desnuda porque mi temperatura corporal baja muchos grados por la noche, como si fuera una vampira.

Tengo ganas de hablar con mi madre y con Venus, así que las llamo mientras sigo en la cama. Y cuando aparece la carita de Venus tan sonriente, se me expande el corazón.

Está pletórica, jugando en el jardín, mientras mi madre sirve el desayuno en el porche. Se ha tomado un respiro para hablar conmigo y ponerme a mi pequeña.

—Buenos días, cariño —digo.

—¡Hola, mami!

—¿A qué juegas, monito?

—*Uego* con *Chon* a las muñecas.

Me imagino el percal. Venus ya tiene a esas dos moles en el bolsillo y seguro que hace y deshace con ellos a su antojo. A veces pienso que no es necesario que estén ahí, pero por otro lado, cuando soy consciente de lo que verdaderamente está sucediendo, me entran todos los miedos y creo que cualquier protección es poca. Nunca se sabe por dónde puede asomar el hocico del mal.

—Hace nada han estado hablando con Adonis —oigo que dice mi madre. La niña está sentada sobre sus piernas, en los escalones.

—Ah…

—Mami, ¿cuándo *venes*?

—En unos días, cariño. Ya prontito estaré ahí.

—¡Hoy no voy a la guarde! —exclama maravillada.

—No, claro que no. Estos días no irás porque es fiesta.

—¡Sí! —Aplaude y da saltitos sobre las piernas de su abuela—. Mami, adiós.

En un santiamén, Venus desaparece de la pantalla y me deja ahí, plantada. ¿Cómo que «Mami, adiós»?

—¿Dónde ha ido? —le pregunto a mi madre, que ya me está mirando fijamente, analizando todo lo que hay a mi alrededor.

—John le está montando una comunidad de casas en formas de seta, como la de los pitufos. Hay algunas entre las plantas. Es muy gracioso.

—¿En serio?

—Sí. Ay, Ares… Estos chicos son un amor.

—No me lo imagino… —susurro. Si le dijera que matan y limpian escenas de crímenes, igual no pensaba lo mismo.

—Y Nicolaus ha ido a comprarle pitufos.

—¿De verdad?

—Sí. La están malcriando. Ya han conectado las cámaras y me han dicho que siempre que salgamos, ellos vendrán con nosotras. ¿Te lo puedes creer?

—Madre mía, mamá, lo que van a pensar de ti las vecinas… —bromeo—. Se creerán que te has montado un trío con esos dos maromos.

—Que piensen lo que quieran. Además, ¿sabes que son novios?

—Ah, ¿te lo han dicho?

—Me han contado su historia. Lo que les pasó en el ejército y lo que sucedió con su pequeña. Se me ha partido el corazón, Ares. Es muy triste. Creo que los quiero adoptar.

Mi madre se emociona, pero yo estoy conmocionada. Que esos dos militares perdonavidas han conectado con mi madre y le han contado su vida como si se tratara de su mejor amiga. Estoy alucinando.

Aunque no me extraña, mi madre suele conectar mucho con las personas. Con quien no lo hacía era conmigo.

—No puedes.

—¿No?

—A ver… —Frunzo el ceño y me masajeo la sien—. Me alegra que te guste tenerlos allí.

—Sí. No tengo ningún problema con eso. Además, he llegado a un pacto con ellos.

—No adivino cuál puede ser.

—No hace falta que lo sepas. Es algo entre ellos y yo.

Tengo que centrarme y preguntarle las cosas que quiero saber.

—¿Venus ha dormido bien? ¿No ha tenido pesadillas?

—No. Además, he dormido con ella y las dos hemos descansado muy bien. Las protecciones de la yayita funcionan. Es nuestra guardiana, pero de verdad. La siento por aquí, Ares. —Mira alrededor emocionada con los ojos negros brillantes—. No la he visto otra vez, pero la siento.

Saberlo sosiega mi inquietud. Mi abuela sigue estando ahí, aunque no la vea.

—Me alegro mucho, mamá.

—Y yo.

—Y ¿Venus está comiendo bien?

—Sí. Te echa de menos, como es normal. Pero no te preocupes por nada, Ares. Haz lo que tengas que hacer. —Entrecierra los ojos—. ¿Estás en la cama?

—Eh…, sí, acabo de abrir los ojos.

—Y ¿cómo estás tú? ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Seguro? ¿Se está portando bien contigo ese hombre?

—Sí. —Ni loca le voy a contar los detalles de mi acuerdo—. Mamá, ¿has dicho que Nicolaus y John han hablado hace un rato con Adonis?

—Sí.

—Y ¿sabes de qué?

—No. No lo he escuchado bien. Si no he oído mal, tenía que ver con algo de un laboratorio. Pero poca cosa más.

—Bueno, está bien. Con lo que sea, por favor, me llamas, ¿de acuerdo?

—Cariño, no te preocupes. Si sucede algo, te avisaré de inmediato. Tú cuida de ti todo lo que puedas.

—Dale un beso muy grande a Venus. Dile que la quiero.

—¡Mamá, te quiero! —la oigo gritar.

Sonrío de oreja a oreja porque mi hija está en todo. No pierde detalle de lo que sucede a su alrededor.

—¡Te amo, monito!

—No va a venir —me deja claro mi madre—, está entusiasmada jugando con John.

—Es una chaquetera. Tengo que colgar. —Necesito desperezarme e ir a desayunar porque hoy viene otro nuevo día de formación.

—Un beso, te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando cuelgo, estiro todos los músculos del cuerpo como si fuera un gato, bostezo y me levanto de un salto.

Tengo que vestirme. Asombrada, me fijo en que Adonis me ha dejado una bata yukata rosa de seda en el respaldo de una silla. Es larga hasta medio muslo, preciosa, si no fuera porque tiene caras rojas de demonio con barba negra y cuernos puntiagudos por todos lados. Y me gustan, esa es la realidad. Y esta me parece genial. Porque de verla en un escaparate, sería la que compraría. Este tipo de prendas suelen tener estampados de dragones o de truchas, pero que tenga la cara de un demonio japonés es una genialidad.

Adonis tiene sentido del humor, solo hay que empezar a conocerlo para descubrirlo.

Bajo la silla hay unas zapatillas. Ha pensado en todo, incluso ha dejado una nota:

> Póntelo y baja a desayunar.
>
> Fdo.: A.

No se explaya. ¿Para qué? Tiene claro lo que quiere y no se anda con rodeos. Cubro mi cuerpo con la bata y me anudo el cinturón bien colocado alrededor de la cintura.

Cuando entro en el baño, hay otra cosa que me sorprende. Se ha traído mi neceser, el que había en la habitación de invitados, y lo ha dejado al lado del lavamanos para que yo lo vea. Todo un detalle.

Salgo de la habitación con la cara limpia, porque odio llevar potingues tan temprano si no tengo que ir a ningún sitio, y bajo a desayunar. Estoy muerta de hambre.

Cuando llego al salón, me encuentro a Adonis frente al portátil. Su móvil reposa sobre la mesa y sostiene una tacita de café solo. Cuando posa los ojos sobre mí, me hace un barrido muy lento de la cabeza hasta los pies. Creo que le gusta cómo me queda la bata.

—Buenos días, señorita Parisi. —Deja el café. Se levanta y retira la silla que hay justo a su lado, esperando a que me siente en ella.

Cuando llego hasta él, contesto:

—Buenos días, Adonis.

Y entonces, él vuelve a recoger la silla y a pegarla a la mesa. Parece disgustado, pero también muy provocador. Hasta que caigo en mi error.

—Buenos días, vir.

La sonrisa que me regala de oreja a oreja lo hace matador. Es terrible. Este lío en el que estoy es tremendo.

Va vestido con un pantalón negro de estos que le gusta tanto llevar —solo apto para hombres con piernazas y culo como el de él—, sus deportivas negras y una camiseta de manga corta Levi's de color azul oscuro que, en realidad, no realza nada porque no lo necesita. Aunque le queda demasiado bien.

—Así sí —dice orgulloso.

Lo miro de reojo con ganas de estamparle el plato de cruasanes en la cabeza.

—Gracias.

—De nada.

Vuelve a tomar asiento en la mesa y en tres segundos tengo a Antón a mi lado, inclinado solícitamente y mirándome con ojos benevolentes.

—¿Ha descansado bien, señorita Parisi?

—Muy bien, gracias, Antón. ¿Y tú?

—¿Yo? —parece sorprendido—. De maravilla. ¿Quiere algo distinto de lo que hay en la mesa para desayunar?

—No, todo está bien.

Antón se retira y nos quedamos en el salón Adonis y yo solos.

Inmediatamente, él me pone su mano sobre el muslo desnudo y yo me erizo como un puercoespín. ¿Dónde va esa mano?

—No te tenses, señorita Parisi.

—Es imposible que no lo haga. Ya sé que tengo que acostumbrarme y que es algo que harás cuando estemos con todos esos locos en el Sabbath… —resoplo. Sé que me he vuelto a poner roja como un tomate—. Pero no es fácil. Mi cuerpo responde igualmente.

—Me agrada que responda. —Acerca su rostro al mío y me dice al oído—: Y esa bata es perfecta para ti. Solo tú puedes lucirla como si fuera preciosa.

—¿Te gusta cómo me queda?

Él asiente, pero ya no dice nada más. Querría preguntarle si lo de mi neceser en su baño significa que me quiere en su habitación todas las noches. Sin embargo, no me atrevo porque no quiero que me deje cortada. No quiero ilusionarme con tonterías ni ideas románticas.

—He hablado con John y Nicolaus. Han confirmado algo que sospechábamos.

—¿El qué?

—Como te dije ayer, Marina, la mujer de Tiana, y las chicas de la panadería tienen algo en común que sale registrado en el historial de la Seguridad Social de sus tarjetas sanitarias. Las tres mujeres sufren de fuertes migrañas. Y visitaban, entre otros, a un mismo neurólogo.

—No entiendo nada. No sé qué tiene que ver con esto.

—A las tres —continúa pidiéndome paciencia— les habían recetado la misma pastilla para que los dolores desaparecieran: Senyl. —Le da vueltas al café y me mira de reojo como quien sabe más que Dios—. ¿Sabes qué más he descubierto? Que las tres empezaron a medicarse casi al mismo tiempo, cuatro años y medio después de que aceptaran participar como conejillos de Indias en una vacuna experimental llamada Influenza para prevenir todo tipo de enfermedades pulmonares a cambio de percibir una buena cuantía de dinero. Les pagaban dos mil euros por someterse a toda la tanda de inyecciones y al ensayo completo.

Frunzo el ceño sin comprender ni una sola palabra. Y ¿qué tiene que ver esto con lo que tenemos entre manos?

—No te sigo, Adonis.

—Por algún motivo, esa vacuna provoca una inflamación del cerebro que origina las migrañas. Más de dos mil personas de Badalona tuvieron acceso a ella, aunque todavía no está aprobada y sigue siendo experimental. John y Nicolaus están hablando con un experto de un laboratorio extranjero para que les ayude a analizar el compuesto de la medicación y también puedan conseguir una vacuna

para poder pasarla por el crisol. Por lo visto, las migrañas provocaban cambios de percepción y todo tipo de pensamientos intrusivos, y eso les dio mucha ansiedad, así que tuvieron que facilitarles una consulta de psicología conductista que les ayudase a mantener la calma y a controlar los nervios cuando tuvieran ese tipo de brotes.

—Pero me contaste que no hay ningún informe que dijese que Marina sufriese una fuerte depresión o que tuviera impulsos suicidas…

—Y no los tenía. Silvia y Montse tampoco tienen cuadros depresivos o ansiosos. No pone nada de eso en sus fichas médicas. Sin embargo, Marina solo visitó al neurólogo dos veces y después tuvo un seguimiento psicológico muy espaciado en el tiempo. Pero las que sí siguen yendo de manera religiosa son las dos chicas del Forn Maria, que ahora están de baja precisamente por esas migrañas. En los últimos doce días, han ido dos veces a terapia por tener un pico fuerte de ansiedad y de estrés. Qué raro que haya coincidido con la desaparición de Fanke, a la que niegan haber conocido, ¿verdad? —Adonis me llena el vaso de zumo y él mismo me prepara la taza de café con leche porque yo estoy demasiado atenta al relato que me cuenta dado que no sé por dónde cogerlo—. Son chicas fieles y de costumbres y, desde hace cuatro años, siguen yendo a la misma psicóloga, una terapeuta reconocida y especializada en ansiedad, psicología social y en una técnica basada en la transformación de pensamientos negativos en positivos. Su nombre —tiene la mirada entornada y parece incómodo— es Margarita Valls.

Me levanto de golpe de la mesa, pero él me sujeta de la muñeca suavemente y me obliga a sentarme.

—Y una mierda.

—No. Ares, tranquilízate.

—Estás de coña.

—Solo te estoy dando esta información. Piénsalo, tiene sentido. ¿Quién te recomendó a Margarita?

Palidezco y me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Hugo. Fue Hugo.

—No tienes nada que temer, porque, por tu historial, sabemos que nunca te inocularon con Influenza y que jamás te pusiste otra vacuna.

—Es por la Génesis de Alejandría —digo en shock.

—Lo sé.

—No enfermo. Me hace inmune a casi todo.

—También lo sé.

—Ni mi madre ni mi abuela se han pinchado nada parecido jamás. Siempre han estado en contra de ofrecerse para esas cosas. Pero dos mil euros… es mucho dinero. Entiendo que mucha gente quisiera

participar en el ensayo.

—Miles de personas residentes en Badalona lo hicieron. Y el mismo neurólogo que los trató y cuyos servicios entraban en el paquete del ensayo, redirigía a una cuarta parte de esas personas a Margarita, una de las cuatro psicólogas en nómina de este proyecto. Hugo te la recomendó porque sabía que era buena y porque así también tenía controlados tus recuerdos.

—Margarita nunca me hizo nada —explico conmocionada—. Sé que trabaja con hipnosis y demás y que alguna vez me sugirió otras terapias para reactivar mi memoria, pero yo me negué.

—Ella te trató como una paciente más. Hugo nunca le reveló nada y creo que sé las razones. Porque si Margarita es una psicóloga que trata a personas como Marina o como las chicas del Forn María, es una asalariada de quien sea que esté detrás del ensayo, y si este tiene algún tipo de conexión maquiavélica con la Corte, ella debía dar sus informes a alguien que, posiblemente, sí podría ponerte en peligro. Sea lo que sea lo que haya detrás de este hallazgo de la Influenza y del Senyl, Margarita lo conoce. Y, como buena psicoterapeuta, debe tener el informe de sus pacientes grabado en un ordenador. —Él mismo toma el vaso de zumo y me lo pone en la mano—. Bebe, Ares. Y que no se te cierre el estómago cada vez que algo te sobresalta.

—No lo hago a propósito. Es que me cuesta pensar en Margarita como alguien que esté involucrada en el lado oscuro.

—Tendremos pruebas de ello cuando podamos acceder a su ordenador. Y estaría bien hacerlo hoy mismo.

—¿Cómo? Es lunes —contesto—. No creo que tenga hora para hoy.

—Podrías pedirle una consulta de urgencia.

Parpadeo confusa. Hasta que entiendo lo que me quiere decir.

—¿Por Hugo? ¿Por la muerte de Hugo? —pregunto con disgusto.

—Sí. Si le hablaste de él y sabía que estabais unidos, le extrañará que no la llames para pedirle una cita desesperada. La noticia de su fallecimiento ya ha trascendido. Ella también estará un poco sorprendida.

—Tienes razón —asumo—. Podría llamarla para verla hoy mismo y que me dé buenos consejos para superar el duelo de esa rata traidora.

A Adonis se le escapa una sonrisa cómplice.

—Por ejemplo. Llevarás un aparato que se conecte al ordenador de Margarita vía Bluetooth y John y Nicolaus lo hackearán desde una cafetería cercana a su consulta. La tiene en Canonge Baranera, ¿me equivoco?

—No. No te equivocas. Llevo yendo a ese lugar los últimos viernes de cada mes desde hace casi cuatro años —confirmo y pregunto

rabiosa—: ¿Y cómo pensáis obtener una confesión por su parte?

—Las confesiones se requieren cuando queremos que los malos acaben entre rejas. Nosotros no buscamos eso.

—¿Y qué haréis?

—No lo sé, pero meterlos entre rejas, desde luego que no. No tardarían en salir y eso si entran. Como ya te he dicho varias veces, estamos ante una Corte de megalómanos que protegen hasta cierto punto a sus eslabones más pequeños, que son los que hacen el trabajo sucio. La cárcel no es una opción para ellos.

Trago saliva y tomo el vaso de zumo para empezar a beber. Sé lo que implica esa afirmación. Pero lo que acaba de revelarme es demasiado inquietante como para pasarlo por alto. ¿Es una casualidad que Marina y las panaderas que trabajaron con Fanke hubiesen participado en el ensayo y acarreasen las mismas secuelas para que fueran redirigidas a Margarita o estamos hablando de un *modus operandi*, de un patrón?

Adonis me ofrece una tostada con mermelada y mantequilla y descubro que me apetece más que el cruasán, así que la acepto.

A continuación, me agarra las solapas de la bata y tira de ella ligeramente para mirarme los pechos desnudos. Yo ni siquiera tengo tiempo a sobresaltarme. Estoy aturdida por la noticia.

—Son preciosos… —susurra fascinado con mi cuerpo—. A primera hora ha venido un transportista con toda la ropa que he comprado para ti, para que los deslumbres en el Sabbath. La he dejado en el vestidor. Creo que he acertado en las medidas.

—Seguro que sí —digo entre dientes.

—Cuando acabes de desayunar y te cambies, saldremos. Hoy tenemos trabajo —anuncia concentrándose de nuevo en el artículo que está leyendo en el portátil, como si no me hubiera estado mirando los pechos hace unos segundos.

—No le harás nada, ¿verdad?

—¿A quién?

—A Margarita.

—Hoy no creo —contesta con sinceridad—. Dependerá de lo que encontremos en su ordenador. De las pruebas que la incriminen y que confirmen su implicación consciente en todo esto. Es imposible que dos mujeres olviden a una persona así como así. No tiene ningún sentido. Tampoco que Marina se suicidase de repente después de haber denunciado al señor Masdeu. Queremos conseguir la lista de todas las personas que participaron en el ensayo y si siguen inoculando el compuesto. Dependiendo de lo que descubramos, necesitaremos encontrar el laboratorio original del que ha salido todo

eso y dar con los titulares. Porque sabemos qué centros participaban en el ensayo y quiénes suministraban esas vacunas, pero no los laboratorios que la crearon.

Vuelvo a morder la tostada y me quedo con la mente en blanco y la mirada perdida.

Que me corten el cuello ahora mismo si alguna vez pensé que Margarita había estado jugando conmigo, al tanto de lo que hacía Hugo o implicada en todo el tema de Fanke y las chicas de la panadería. Siempre la creí íntegra.

Cualquier suposición en este momento, cualquier elucubración, me parece perfectamente plausible. No me gusta pensar mal y acertar. Pero visto lo visto y la seguridad con la que Adonis me ha señalado a Margarita, no pondría la mano en el fuego por ella.

IX

Observar la alfombra de la consulta de Margarita me deja con una sensación de irrealidad muy incómoda. Es esa sensación que te queda en el pecho cuando sabes que has vivido una mentira, que has sido poco menos que un títere en manos de otro. Margarita me ha tenido ahí treinta y siete veces haciéndose pasar por alguien confiable, por una persona amable y especializada que quería ayudarme.

Lo sabe todo de mí. De mi familia. De mi hija. No le he escondido nada.

Pero ¿cuánto sabe en realidad de lo que hace la Corte? ¿Tiene idea de por qué le envían a todas esas personas del ensayo? ¿Sabe lo que hay detrás de la ansiedad y las migrañas de Silvia y Montse?

Estoy sentada frente a ella, llorando. Ella se cree que es por Hugo, pero no. Lloro por ella, por lo que voy a tener que hacer para descubrir cómo de metida está en todo esto. Me miro los pies, embutidos en mis Converse blancas que se mimetizan con los círculos del agujero tridimensional de la alfombra. Antes, me parecía un puntazo. Ahora tengo la sensación de que es otro elemento disuasorio de su terapia, que todo forma parte de un ardid.

Ella permanece en silencio, observándome compasivamente, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos reposadas sobre su libro de apuntes. Lleva una blusa blanca y una falda negra y su pie, oculto en un zapato de tacón bajo y de color negro, continúa moviéndose a la velocidad de su corazón. Arriba y abajo.

Bum. Pausa larga. Bum.

Está muy tranquila. Como siempre. La que se siente muy alejada de la calma soy yo.

Margarita ha recibido mi llamada con cierto alivio, porque esperaba que me pusiera en contacto con ella. Me ha dado hora de inmediato.

Recuerdo cuando Hugo me dio su teléfono. Me dijo:

—Es la mejor para episodios ansiosos o depresivos. Y creo que hace PNL. Tiene mucha clientela. Yo mismo se la recomiendo a mucha gente que ha puesto denuncias por ser víctimas de violencia de todo

tipo y que pasan por situaciones traumáticas.

Normal. Si Adonis está en lo cierto, ha debido de hacer muchos controles a esas personas que han tenido pensamientos… ¿cómo los ha llamado? Ah, sí. Pensamientos intrusivos. Como si fueran ajenos a uno. Al formar parte de la camarilla, Hugo sabía que ella estaba en nómina para el control post ensayo clínico. La pregunta definitiva era: ¿formaba Margarita parte de ella? ¿O también la estaban utilizando?

—¿Te sientes mejor? —Me ofrece una caja con clínex—. Llora lo que necesites… Esto es totalmente inesperado.

Por supuesto que lo es.

—Cuéntame cómo te sientes, Ares —me pide con dulzura—. Yo también conocía a Hugo, él tenía mucha confianza en mi trabajo. —Alzo el rostro y le dirijo una mirada fugaz. Si antes lo pienso…—. Me enviaba a muchísima gente para que les ayudase —reconoce como si me hubiera leído la mente—. Lo que le ha pasado es terrible.

—Sí, lo es. —Sorbo por la nariz. Estoy entumecida y visiblemente nerviosa por el pequeño audífono casi invisible que tengo en el interior del oído derecho. Por ahí, Adonis me está dando directrices, y Margarita no nos oye.

—Acabamos de conectarnos a su ordenador —me dice Adonis—. Tranquila, Ares.

—¿Sientes rabia, pena o dolor? Hacía poco salíais juntos —incide ella con todo el tacto del que es capaz—. Y ha sido tu mayor apoyo. Tal vez sientas que te has quedado coja.

—No sé ni cómo sentirme. Estoy en blanco.

—Estás en shock —afirma—. Si te sirve de consuelo, a Hugo le importabas mucho. Quería hacer un seguimiento de tu evolución y me preguntaba a menudo, pero —se encoge de hombros con timidez y hasta me la creo— no puedo revelar nada, es secreto profesional. Lo que sí te puedo decir era que esperaba que, en algún momento, superases tu bloqueo y fueras capaz de poner en palabras lo que te sucedió y quién te agredió.

Eso hace que me ponga a la defensiva y más sabiendo todo lo que sé. Tengo ganas de cerrarle la boca y dejarla muda, pero no debo.

—¿Hugo no creía en mí?

—No, no me malinterpretes —corrige rápidamente—. Claro que creía en ti. Como yo. Ninguno de los dos negamos tu incidente. Ambos teníamos la opinión de que te bloqueas porque reconocer lo sucedido supone un conflicto doloroso en ti. Pero yo no estoy aquí para hacer juicios, solo para ayudar.

—Pues se equivocaba —contesto con un tono más seco de lo previsto—. Y te equivocas, Margarita. Llevo cuatro años visitándote y

ahora me doy cuenta de que puede que nunca hayas tenido claro cómo ayudarme.

Eso la afecta.

—Estás enfadada —señala muy comprensivamente—. Vas a desfogarte en mí.

—No, por supuesto que no. No sé cómo Hugo tuvo un accidente así, ni siquiera conozco a los hombres con los que iba. Estoy enfadada porque se ha ido —miento y finjo que lo siento cuando no es verdad, pero debo hacerlo para que Margarita se crea mi papel—. Y me da rabia que, si otro conductor tuvo algo que ver, se haya ido de rositas.

—Sí, eso es algo que también he pensado yo —reconoce más como amiga que como terapeuta—. ¿Quieres un vaso de agua?

Me viene a la mente el momento en el que Hugo me ofreció una botella con droga en el coche y digo que no con la cabeza. No voy a aceptar nada de nadie en mucho tiempo.

—Está bien. ¿La relación de Venus y Hugo era buena?

—No tenían relación apenas. A Hugo no se le dan muy bien los niños. Se le daban —corrijo—, no se le daban. Y Venus es muy selectiva.

—Entonces no hay que preocuparse por la pequeña si nunca fue una pieza importante para ella.

—No. Para Venus hay otras piezas fundamentales. Mi abuela murió el jueves de la semana pasada, Margarita.

—Oh, por Dios, Ares… Son demasiadas cosas en poco tiempo —reconoce con mucho pesar. Juraría que de verdad lo siente por mí—. Demasiadas pérdidas importantes. ¿Cómo fue?

—Estaba mayor y no tenía bien los pulmones ni el corazón. Al menos, me pude despedir. La vida, supongo. Ley de vida, ¿no dicen eso?

—Pero las pérdidas duelen igual.

—Claro que duelen, joder. —Vuelvo a emocionarme—. Al menos, me queda la paz de saber que le decía que la quería todos los días.

—Eso es sanador —asegura—. Sin embargo, lo de Hugo va contra natura. Esas muertes son muy inesperadas y provocan un sentimiento de culpa por no poder despedirse ni haber dicho lo que una hubiera querido decirle de tenerlo vivo, ¿no? Siempre nos bombardean las mismas frases: si llego a saber que te iba a pasar esto, te habría dicho lo importante que eres para mí, lo feliz que me hacías, lo mucho que me gustaba hablar contigo…

—Sí, todo lo que nunca decimos porque nos creemos inmortales.

—Sí. —Sonríe con tristeza—. Y dime, ¿qué estrategia vas a seguir ahora para sentirte bien? Permítete llorar, permítete pasar el duelo y

estar triste, Ares. Hugo siempre estuvo ahí para ti y lo vas a echar de menos.

Rechino los dientes sin que ella se dé cuenta. Por supuesto que estuvo ahí para mí, para controlarme en todo momento. Me gustaría decirle que le haría el luto si no hubiese querido violarme y matarme durante sus últimas horas de vida. Pero claro, no lo puedo revelar.

—Ares —dice Adonis por el pinganillo. Tengo miedo de que el aparato me estalle y me reviente el tímpano—. Ya está. Ya lo tenemos y estamos copiando toda la información.

—Sí, lo haré. —Miro el reloj de reojo y sé que ya se me ha pasado el tiempo. Son cincuenta minutos de visita. Bien. Perfecto, ya puedo irme.

—¿Vas a asistir a su funeral?

Mierda. No he pensado ni siquiera en eso.

—Es hoy por la tarde. Llamé a la comisaría para preguntarlo. ¿Tú no?

—Sí. Lo sé. Pero no sé si estoy lista —me excuso levantándome de la silla—. Iré si estoy preparada. —Asiento serenándome todo lo que puedo.

—Es comprensible. Tómate tu tiempo.

Margarita vuelve a ofrecerme la caja de clínex y yo le robo uno del dispensador.

—Gracias por recibirme. Siempre me ayudas mucho.

—Por supuesto, Ares. Esta pérdida nos afecta a las dos, pero a ti muchísimo más. Solo quiero que sepas que eres muy fuerte y que lo vas a superar. Como todo lo que te ha pasado en la vida. Tienes a gente que te quiere a tu alrededor y una niña pequeña y maravillosa que te necesita. Apóyate en ella.

Me hace gracia que hable de Hugo como si hubiese sido mi novio de diez años o mi marido. No, Margarita. Lo dejé hace unos días y solo salimos dos meses. Punto final. Creí que era mi amigo, pero no. Y por poco me mata.

—Gracias.

Me posa la mano sobre el hombro para mostrarme su apoyo y yo asiento falsamente agradecida.

—Nos vemos pronto. —Me acompaña hasta la puerta.

—Sí, adiós.

—Adiós.

Cuando salgo de la consulta me quito el comunicador del oído. En mi vida he usado estas cosas, pero se parece a unos auriculares inalámbricos que tengo. Aunque este es pequeño e imperceptible.

Adonis, John y Nicolaus me esperan en la cafetería Bertrán de

Canonge Baranera. En cuanto me ven, recogen el portátil, Adonis paga y deja a los de la barra enamorados. Cuando John y Nicolaus me ven, dicen:

—Lo has hecho bien.

—¿Tenéis lo que necesitáis?

—Sí. Vamos a analizar toda la información y Adonis te informará.

—John. Nicolaus —les digo antes de que se alejen. Ellos jamás se entretienen, no tienen ganas de interactuar con nadie. Van a lo suyo y fin.

Ambos se dan la vuelta y me miran con interés.

—Están las dos muy bien —me asegura John muy serio.

—Lo… lo sé. Es solo que… —digo retorciéndome las manos—. Gracias por jugar con Venus.

Nicolaus se relaja, pero sin perder el gesto serio. Mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

—Es un placer.

Supongo que un militar nunca deja de serlo. Sin embargo, debe de ser duro estar con una niña sabiendo lo que perdieron.

Cuando me doy la vuelta, me choco contra el pecho fornido de Adonis, que parece divertido con mi torpeza.

—Cuidado, señorita Parisi. —Me entrega mi casco, un NZI negro—. Vamos.

En ese momento, recibo una llamada y la atiendo porque es Lu. Sé lo que tiene que estar pensando y por qué me llama.

—Hola, guapa —la saludo.

—Ares… —Su voz suena temblorosa. Ha estado llorando y, además, parece asustada—. Que Hugo ha muerto, joder. —Se pone a llorar—. ¿Qué coño está pasando?

—Lo sé, Lu.

—Y ¿por qué no estás destrozada? ¿Por qué no me has llamado? ¿Por qué me tienes abandonada?

Soy la peor amiga de todas, lo reconozco, pero no sé qué puedo contarle a Lu y qué no.

—Lo siento, Lu. Entre la muerte de mi abuela y la de Hugo… no sé ni dónde vivo.

—¿Y yo? —me replica—. Albert también ha muerto, joder. A Hugo le expliqué lo de la foto del cadáver del río porque estaba preocupada y nerviosa, era policía… ¡Y ha muerto! ¿Sabes lo que eso quiere decir?

—Lu, tranquilízate, estás hiperventilando.

—¡Que estamos malditas! Yo moriré y tú también. Te dije que la foto traería desgracia, como en *The Ring*…

—Lu, no, cálmate. —Adonis frunce el ceño, interesado por mi

conversación.

—Necesito verte y hablar contigo, por favor. Veámonos —me ruega.

Miro a Adonis implorándole. Quiero hablar con Lu. Ya sé que tenemos cosas que hacer y una formación que aprender, pero Lu es mi mejor amiga, es la hermana que no tuve. Ocultarle lo que está pasando hace que me sienta ruin y mal. Y sé que lo hago por su bien, para que no esté en tensión permanente como lo estoy yo. Pero me siento mal igualmente.

—Un momento, cielo. —Cubro el altavoz con la mano y le digo en voz baja a Adonis—: Sé que lo ideal es que no haga vida social y me centre en ti y en el virtuosismo —aclaro como una niña obediente—. Pero es mi mejor amiga, lo estamos pasando mal. También conocía a Hugo y…

—¿Lu es la arqueóloga? ¿La del museo?

—Sí. —Asiento.

—Está bien. Dile que se venga a comer con nosotros.

—¿Perdón? ¿A comer con nosotros?

—Sí. A comer. Nos inventaremos algo que contarle. —Parece que se esté autoconvenciendo de que eso es lo mejor. Conociéndole, sé que sacará tajada de esto, sea lo que sea—. Creo que hay un buen restaurante por aquí cerca… Voy a reservar mesa. —Distraído, empieza a buscar la dirección en el móvil.

Todavía no salgo de mi asombro. Adonis quiere comer con Lu. Lu va a ver a Adonis por primera vez. No sé de qué va esto. Tengo que empezar a idear algo en mi cabeza.

Retiro la mano del altavoz y digo finalmente:

—Oye, Lu…, ¿te parece que comamos juntas?

Badalona tiene una buena carta de restaurantes de todo tipo, además de hamburgueserías y frankfurts para dar y regalar. De mis favoritos, Caño 14, Piccola Roma y un clásico de Badalona por su historia: el Frankfurt de la plaza de la Vila.

Pero Adonis ha elegido Can Frai. La próxima vez, como él me ha dicho, elegiré yo.

Este restaurante es como una vieja masía de paredes de piedra. Nos han colocado en un comedor interior que tiene un pozo rectangular original muy antiguo. Lo han decorado con plantas, gnomos y muñecos muy extraños en las paredes, pintadas de un color verde pastel, en las que también se muestran rastrillos y objetos de arado. La mitad está revestida con azulejos con hojas de vid (cómo no) y flores.

La mantelería es roja y las sillas de madera son caoba. Entra muchísima luz por el techo y parece que estemos comiendo en un lugar exterior. Me gusta.

Nos han dado una mesa de cuatro, así podemos dejar los cascos. Tengo a Lu sentada frente a mí. Adonis y yo estamos el uno al lado del otro. Él mantiene una expresión indescifrable en la cara que suaviza cuando Lu lo mira. Y lo hace a menudo. De hecho, la expresión de mi amiga es para fotografiarla.

Se ha recogido el pelo castaño ondulado en lo alto de la cabeza, no va maquillada y lleva la ropa con la que ha ido a trabajar al yacimiento.

Nos han traído pan de coca, huevos de corral con jamón ibérico para compartir y un entrecot para cada uno. Bebemos agua y vino, menos Lu, que se ha pedido una cerveza.

—No entiendo nada de lo que me has contado. ¿Es… es en serio? —Nos mira a uno y a otro—. Vuelve a explicármelo.

Al final, he acordado con Adonis que no puedo mentirle a la gente que quiero. A mi círculo. Confío plenamente en Lu, sé que no va a decir nada porque todo esto me atañe a mí.

Adonis me ha dicho con ese humor negro que a veces le caracteriza que espera que esté en lo cierto o tendrá que matarla. Eso me ha puesto un poco nerviosa. Y a ella la ha hecho palidecer.

—Pues todo empezó cuando subí el vídeo a mi Instagram…

Lu me detiene y mueve la cabeza negativamente.

—No necesito que me lo cuentes todo. Solo para asegurarme de que lo he entendido. —Se inclina hacia delante para hablar en voz baja—: ¿Dices que hay un grupo de personas que hacen sacrificios en la montaña para venerar a Bacus y Hugo no solo lo sabía, sino que además los ayudaba porque le pagaban por ello?

—Sí, más o menos.

—Y ¿Adonis es un infiltrado que quiere delatarlos a todos y te salvó de que Hugo y esos otros dos individuos te mataran?

Asiento.

—Y fue culpa mía —dice arrepentida—, porque yo le dije lo de la foto.

—No. No fue culpa tuya —la corrige Adonis—. Posiblemente, con el tiempo y al ver que Ares no iba a volver con él, Hugo habría decidido dejar de protegerla y entregarla a la Corte como regalo, dado que es la mujer que evitó que hace cuatro años se llevase a cabo el Sabbath aquí. Y como nadie lo sabe, sería un regalazo para ellos.

—¿Y hace cuatro años tuviste la mala suerte de que uno de ellos te cogiera y te dejara embarazada, Ares? —Está en shock.

—Sí.

—Y ¿hay vídeos porque esta gente comparte sus aberraciones en una red alternativa donde trabaja esa secta?

—Exacto. Así es —sentencio—. Veo que te has quedado con todo.

—Como para no quedarme.

A Lu la confirmación la destroza y provoca que se eche a llorar como una niña pequeña. Adonis me mira incómodo, pero sé por qué es. Se siente culpable.

—Soy una amiga de mierda, Ares. Nunca te creí del todo…

—Lu, no pasa nada. Es normal. —Le acaricio el antebrazo—. Lo que contaba era demasiado rocambolesco.

—Pero… pero tú sabías la verdad. Y yo debería haberte creído, porque si mi mejor amiga dice que le pasó eso, es que así fue.

—Basta, por favor… No te lo he contado para que te flageles.

—Pero estoy en mi derecho de flagelarme. Cuando llegue a casa, me daré cabezazos contra la pared. —Se suena los mocos en su pañuelo. Tiene los ojos marrones tan hinchados que se le han hecho pequeñitos—. ¿Podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar, en serio. Nada. Has estado a mi lado todo este tiempo. También has perdido a tu amigo. Es más que suficiente.

Ella apoya su mano sobre la mía y mueve la cabeza afirmativamente, aunque no se va a sentir bien hasta que pasen los días. Es demasiado.

—Y ¿cómo hacen todo eso sin que nadie los denuncie ni los investigue? ¿Por qué lo hacen?

—En eso es en lo que estamos —sentencia Adonis—. En averiguarlo todo.

—¿Y tú vas a llevar a mi amiga a esas fiestas para haceros pasar por activos?

—Creo que lo has entendido todo muy bien —reconoce él.

Lu no puede cerrar la boca. Apoya la espalda en la silla y se queda mirando fijamente a Adonis, como si fuera mi guardaespaldas.

—Y ¿cómo sé que no le vas a hacer daño? ¿Cómo sé que no formas parte de ellos? Dios mío, esto es una locura… Es como vivir una película. Siempre creí que Hugo sería incapaz de matar a una mosca. Y, aunque le faltaba sangre, pensé que sería bueno con Ares. Lloré su muerte. Y resulta que ese cretino… —gruñe rabiosa dando un fuerte golpe en la mesa; se le aguan los ojos de nuevo— mató a mi amigo Albert. Y por poco hace lo mismo con Ares. ¿Y si tú eres igual, Adonis?

—Si fuese así —asegura él mirándola como el animal frío que

puede llegar a ser—, muchos estaríais bajo tierra hace días, porque sois un incordio desafortunado.

—Tu amigo es un encanto —murmura ella con ironía.

Lu se cubre la cara, superada por toda la historia. La entiendo, así que estiro el brazo y le rodeo una de las muñecas con la mano para que me mire a los ojos.

—Lu, no va a pasar nada más. Adonis tiene un equipo que lo apoya y estamos muy bien cuidados. Confía en nosotros.

—Es increíble lo que me has contado… Y lo es más todavía saber que hay una sociedad activa que ora a Bacus. No es extraño que lo vean así, como un demonio, porque sus interpretaciones son muy confusas y es cierto que todo lo que representa y lo que hay a su alrededor es obsceno y facineroso… Pero nunca imaginé la historia que me has contado. No cambia nada de lo que hemos descubierto —dice para tranquilizarse—, porque es solo una interpretación báquica, como hay cientos de ellas… Sin embargo, es perturbador. Ahora veré cada fresco que haga mención a Bacus, cada objeto que encontremos, cada vasija, ánfora y demás… y miraré sus grabados donde toca a las mujeres, las persigue o le hacen felaciones de otro modo. Tiene mucho sentido —murmura sumida en sus propias divagaciones—. Le daré una vuelta…

En ese preciso momento, la mano izquierda de él se posa en mi muslo cubierto por un pantalón blanco fino y roto por la parte superior como si Lobezno me hubiese acariciado.

Pero se trata de él. Y no es la primera vez que me lo hace por debajo de la mesa. Su mano asciende lentamente y siento la sangre acumularse en mis mejillas.

Lu frunce el ceño otra vez, como ya ha hecho otras veces.

—¿Tienes calor, Ares?

—No.

—Estás roja.

—No sé.

—Tienes calor.

—Joder, que no —contesto con una risita nerviosa.

—Es que no hace calor —insiste Lu mirando de soslayo a Adonis.

—Ahora quiero que hablemos de algo que nos interesa a todos. —Él está tan normal, como si en ese preciso momento no estuviera acariciándome entre las piernas con suavidad, así, distraídamente, como quien no quiere la cosa—. Eres arqueóloga.

—Sí. Historiadora y arqueóloga.

Yo doy un respingo y resoplo al sentir el modo en que desliza su dedo por encima del pantalón. Es increíble lo sensible que estoy y

cómo lo siento. Sabía que no me podía fiar y ya me lo había advertido: me iba a tocar cuando quisiera y como quisiera, y yo debía asumirlo.

Lu me vuelve a mirar.

—¿Qué te ha dado, Ares?

—Nada. ¿Y a ti? —contesto muy seria. Vamos, ni muerta puede saber Lu lo que este hombre hace por debajo de la mesa.

Tomo la copa llena de agua. Me tiembla el pulso por los nervios. Miro el cuchillo que hay sobre la servilleta y me imagino clavándoselo en la mano.

Mi amiga sabe que me está pasando algo, no es tonta. Claro que no. Debe intuir que me están haciendo un Mecano.

—Tal vez necesite tus conocimientos más adelante, Lu —sugiere Adonis. Entonces por fin retira la mano y se levanta—. Sabes mucho de Baetulo; me interesa.

—Os ayudaré en lo que sea necesario.

—Me alegra oírlo o tendría que obligarte.

A Lu la mandíbula se le cae hasta la mesa. Yo pongo los ojos en blanco y río saturada ya de tanta tensión y manoseo.

—Está bromeando.

—Qué gracioso —murmujea Lu con cara de palo.

Adonis le dirige una sonrisa connivente y hace que las dos nos relajemos.

—Disculpad, voy al servicio —comenta sin más.

—Claro. —La discreción de Lu brilla por su ausencia y cuando él ya no la ve, le da un repaso que me sonroja hasta a mí. En cuanto desaparece de nuestra vista y se mete en el baño, su rictus cambia al de investigadora privada con histeria, me agarra de la muñeca con fuerza y tira de mí—. ¿Qué me estás diciendo? ¿Te estás acostando con ese dios de los pecadores?

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—¡No hace falta, señora! Pero ¡si se ve a leguas! ¿Por qué no me lo has contado?

—No me estoy acostando con él. Es todo más complicado que eso…

—Ares, tú lo sabes todo sobre mí. ¿Me enrollé con un perdedor en la fiesta del arquitecto y, mientras, tú estabas jugando con ese tipo?

—Yo no hice nada. Él solo me advirtió de que un imbécil me había puesto algo en la bebida.

—Encima es un superhéroe. ¿Me explicas dónde han horneado a ese bollo? Me cuesta hasta prestarle atención cuando habla —asegura nerviosa.

—Lu, por favor… —digo riéndome muy agitada y sofocada.

—¿Te estaba tocando por debajo de la mesa? —Arquea las cejas castañas y me observa con burla—. Tenías cara de estar en un lío.

—Bueno…

—Pero es que lo estás. O sea, joder. —Me suelta la muñeca y vuelve a mirar hacia atrás—. Es que es de libro. Es un personaje de fenómeno fan. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Que sí. Lo entiendo todo, Lu, cálmate ya.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? ¿Sabes lo que estás haciendo, Ares?

—Voy al día. Al momento. —Me encojo de hombros—. Tengo muy claro lo que quiero.

—Sí, muy bien. La historia de la venganza y de hacer el bien es maravillosa. Pero me refiero a ti y a él. ¿De qué vais? ¿A qué estáis jugando? ¿Tú entiendes que con un tío como ese tienes que meter el corazón en una fortaleza?

—Yo solo sé —reconozco en voz alta por primera vez— que me gusta. Que me estimula mucho estar a su lado y que me ha ayudado.

—¿Estimular? —Me mira como si estuviera loca—. Como un vibrador, supongo.

—Podría haberse desentendido y no lo ha hecho. Pero, además, lo he puesto entre la espada y la pared y le he hecho chantaje para que no me aparte y acepte mi ayuda y yo la suya. Lu, estamos hablando del hijo de puta que abusó de mí… Un hijo de puta que pensó que me había dejado muerta y todo le pareció bien. Adonis me está dando la oportunidad de dar con él y no solo eso, de detener todo ese enjambre loco de abusos y ritos que llevan a cabo. Podrían coger a cualquiera, a cualquier chica. ¿Y si fueras tú?

—A mí no me acojones, que ya tengo suficiente. Que me he pasado once días creyendo que la niña del pozo iba a venir a buscarme. Me encanta excavar, pero no despertar maldiciones.

Me río, porque ver a Lu en este estado paranoico es muy gracioso.

—¿Tú no harías lo mismo que yo? ¿No irías a por tus monstruos?

Ella resopla y mira hacia el techo.

—Viene un hombre así, con lobos gigantes, con esa voz, esa educación y esa mirada y me dice que me vaya unos días de vacaciones con él a su castillo para que aprenda cómo jugar a ser su pareja y engañar a todos esos sátiros y no tomo aire ni para responder. Pero —apunta esta vez hablando más en serio— eso no puede hacerte perder de vista que esta puerta que has abierto es peligrosa. No solo porque los individuos que te puedas encontrar no van a ser buenos, sino porque lo más arriesgado va a ser estar tanto tiempo con él sin enamorarte completamente. Este sí es tu tipo. Porque soy tu amiga,

Ares, y en mi vida te he visto los ojos como los tienes hoy.

—Y ¿cómo los tengo?

—Con esperanza y más despiertos que nunca. Como antes de todo lo que te sucedió. Llenos de sueños e ilusiones y con ganas de enamorarse. Me encanta verte así. Y quiero que sigan así mucho tiempo. Pero necesito que te cubras, que te cuides de todos y también de él, porque no parece que sea un hombre de los que se quedan.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el talón de Aquiles de los superhéroes son sus parejas, su amor. No va a permitirse bajar la guardia o no podrá realizar su labor. Si ve que su misión está comprometida, es posible que tome una decisión dolorosa y te aleje.

Podría pensar en lo que me ha dicho. Hay mucha tela que cortar ahí porque es cierto. Pero el amor hace que los superhéroes consigan realizar gestas extraordinarias.

Sin embargo, hay una verdad que no le he dicho a Lu. Aunque a veces vea a Adonis como un superhéroe, sé que no lo es. Es un demonio de la venganza que viene a hacer arder al resto.

Incluso a mí.

Y yo misma he accedido a ello.

X

Ir en moto me encanta. Me gusta conducirla, pero ir de paquete con Adonis no está nada mal. Me puedo relajar, rodear su cintura con calma y aplastar mis pechos contra esa espalda gigantesca que el Diablo le ha dado. Me sé el trayecto hasta el castillo, por eso me extraño cuando se desvía y toma otro camino en la montaña.

Su moto es, cómo no, una Ducati Diavel toda de color negro. Se levanta polvo como una estela cada vez que pasamos por uno de los senderos de tierra. No es el mejor terreno para un monstruo como este, porque a mí me pondría nerviosa saber que se está manchando continuamente.

En realidad, no sé a dónde nos dirigimos hasta que llegamos a la torre de vigilancia en ese excelso mirador desde el que ver muchísimo más que Badalona.

El mismo lugar en el que me violaron durante la carrera.

Deja la moto detrás de la torre, se quita el casco y mira hacia atrás, a mí.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto cuando termino de quitarme el casco.

—Llévame. —Él vuelve el rostro hacia delante, para otear el horizonte.

—¿Adónde?

—Al lugar exacto donde te pasó.

La única vez que he estado ahí con alguien fue con Hugo, cuando me acompañó después de alguna sesión con Margarita. Pero esta vez, ir con Adonis es distinto.

Me bajo de la moto con su ayuda y sujeto el casco con fuerza contra mi pecho. Me humedezco los labios con la lengua y carraspeo. No sé si estoy cómoda, ni siquiera si estoy lista. Porque cuando he visitado el sitio después de cada viernes de terapia, ha sido tras un trabajo mental importante. Pero esto ha ocurrido de repente.

Sin embargo, lo llevo hasta allí. Tenemos que bajar un pequeño terraplén cubierto por la espesa arboleda de la zona hasta el lugar, más plano, donde me desperté conmocionada y con una herida en la

cabeza.

Adonis observa el terreno con mucha atención y centra sus ojos salvajes en cada detalle, en la brisa del mediodía, en la poca visibilidad que ofrece la vegetación y vuelve a mirar hacia arriba, al lugar que hemos tomado para bajar. Yo me quedo quieta, tomo aire profundamente y permito que las sensaciones de miedo e inseguridad me abracen, pero sin colapsarme. El problema es que he visto mi propia violación como si fuera una película y ahora estar aquí es distinto. Vuelve a hacerme daño cuando llevo mucho trabajando en ello y las heridas estaban cerrándose. O eso creía.

—Fue allí —dice Adonis caminando hasta un punto que señala en el suelo. Está muy cerca de la roca sobre la que me he sentado tantas veces para aceptar lo que solo yo sabía que me había pasado.

Me acerco a él y estudio el modo en que sus dedos señalan unas plantas ajenas a aquel suelo lleno de hierbajos y claros de tierra.

—Mira. Allí donde actúa el Diablo… —me recuerda.

—Crece el estramonio. —Estoy consternada. Nunca me había fijado en eso, aunque entonces no sabía todo lo que ahora sé.

—Sí —asume muy serio arrancando su flor—. Si fuéramos a los lugares donde se sacrificaron a las otras dos mujeres hace cuatro años, también lo encontraríamos en el punto donde fueron violadas. Si fuéramos al viñedo donde mi hermana murió, habrá estramonio en ese lugar —añade con voz dura—. Si en un tiempo vamos a Sant Fost, donde Tania y la otra muchacha fueron asesinadas, también lo veríamos crecer. El compuesto machacado que usan tiene semillas.

—Como la semilla del Diablo. —Él asiente en silencio—. Es curioso que una planta que representa algo tan maquiavélico dé una flor tan bonita —digo con tristeza. Trago saliva. No me encuentro bien. Porque soy muy consciente de lo sucedido, de lo que estoy viviendo… Tengo el vídeo en bucle en mi mente.

—A ti te pasó. De algo muy malo nació algo hermoso. —Adonis se incorpora con lentitud y se da la vuelta para mirarme—. Venus. Al final, incluso los sucesos más horribles pueden darnos algo bueno.

—Sí —asumo emocionada. Mis ojos se llenan de lágrimas y él se tensa—. Lo siento —me apresuro a decir dándome media vuelta para que no me vea llorar—. Estar aquí, después de haberme visto en un vídeo, es muy complicado.

Y, de repente, la inestabilidad desaparece y mi cuerpo recibe un cobijo inesperado. Sorprendentemente, Adonis me rodea por la espalda y me estrecha contra su pecho con una fuerza controlada, como si supiera que una suave contención es lo mejor para mí en este momento. Sus antebrazos cubren la parte superior de mi clavícula y

mi cintura, como si fuera la extensión del cuerpo de una serpiente rodeando a su presa. Une su mejilla a la mía con una ternura que me deja totalmente desarmada.

—Ares, te he traído aquí para que des un portazo a lo que te pasó. Porque, para avanzar conmigo y con lo que estamos haciendo, vas a tener que dejar de temer el sexo. De temerme a mí, como hombre. Tenemos que seguir, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

Y esto es de lo más considerado. Ya le dije que accedía a todo, que quería aprenderlo todo. Porque es cierto, no temo a Adonis. Tal vez debería, pero una parte inconsciente y oculta en mí solo quiere darle la bienvenida. Mi Emperatriz es una rebelde. No obstante, él me está preparando para ese momento.

—Estoy lista. Lo sé desde que estuve en el Abismo contigo. —Mis brazos están tensos a cada lado de mi cuerpo—. No estoy asustada.

Juraría que acaba de sonreír, como si le hubiese gustado escuchar esas palabras.

—Lo que te pasó fue el acto perpetrado por un cobarde miserable. —«Un borracho que se tambaleaba», pienso amargamente—. Pero te has sobrepuesto y has demostrado el tipo de carácter que tienes, el tipo de mujer que eres. Eres admirablemente fuerte y luminosa. Y no quiero que pierdas eso.

—No lo voy a hacer. ¿Por qué me dices esto ahora? —Sorbo por la nariz.

—Porque no quiero que nada de lo que hagas, nada de en lo que te veas envuelta, agriete esa alma tan bonita que tienes. Mantén tu luz prendida. Cuando estás con demonios, casi todo se queda a oscuras, incluso nuestras convicciones.

Vaya por Dios. Me voy a poner a hipar y todo del sofocón. Mis manos se alzan y me cubro el rostro con ellas, acongojada, pero Adonis no aparta el suyo.

—Llora, saca toda la rabia y transfórmala en frialdad para enfrentarte a todos ellos. Transfórmala en fuego helado. Lo vamos a hacer juntos —me asegura—. También quiero decirte otra cosa —susurra para tranquilizarme—. Tenía la convicción de que lo mejor era que no le dijeses nada a nadie sobre lo que estábamos haciendo. Quería encerrarte en el castillo y que no salieras para que tu inmersión fuera completa. Pero no te puedo hacer eso. Porque necesitas a los tuyos, aunque solo sea para decirles la verdad y después desaparecer. Mi convencimiento se ha ido al garete y me he visto cediendo a tus necesidades, aunque no me las hayas pedido.

—Y… ¿por qué has dejado que lo haga? —Me descubro la cara y apoyo la parte trasera de mi cabeza en su pecho. Quiero disfrutar de la

sensación, porque aquí, con él, este lugar ya no parece tan frío ni tan repugnante. Es como si hubiese sido una tumba pagana, el lugar donde me enterraron y algo de mí murió para siempre. Pero con Adonis, mi cuerpo y mi espíritu se están liberando. Él ha abierto mi tumba.

—Porque lo necesitas. No sabes mentir. Eres una persona de núcleos y quieres que los tuyos sepan quién eres y lo que haces. Eres increíblemente íntegra y leal. Por eso permití que le revelases la verdad a tu madre y ahora a Lu. Porque sé que vas a estar tranquila después de esto y quiero que confíes en mí y en que esto es lo correcto. Pero ellas van a ser las únicas, Ares. Nadie más debe saber nada. A partir de ahora, máxima discreción.

—Mis círculos son muy pequeños y solo las tengo a ellas. Los demás son figurantes en mi vida, conocidos que me puedan caer mejor o peor, pero no tengo necesidad de contarle nada a nadie más.

—Bien. —Adonis se mueve conmigo bien sujeta y ambos quedamos frente a ese espacio del suelo cubierto de estramonio—. Ahora quiero que mires dónde ha crecido la planta del Diablo. ¿Las ves?

—Sí.

—Métete esto en la cabeza: lo que pasó aquí no te ha matado. Eres una superviviente. Y vamos a asegurarnos de que esto no suceda de nuevo ni en esta ni en otra ciudad. De ahora en adelante, hagamos lo que hagamos y pase lo que pase, nunca olvides que nosotros somos los buenos. Y los buenos llegan hasta el final.

—Sí —susurro y me paso el dorso de las manos por las mejillas—. Hasta el final.

Él me da un beso en la sien, tan inesperado como toda esa reacción hacia mí, y entonces me suelta poco a poco. Y yo, debo admitirlo, también me enamoro poquito a poco. Los flechazos existen; la pasión y el sexo salvaje, también, pero el amor se alimenta con una semilla de paciencia y aceptación, y lo que hace Adonis es cocer a fuego lento.

No quiere besos, pero me ha dado uno muy noble y sanador.

Si me estoy enamorando, que alguien me salve de estas sensaciones, que alguien me advierta y me diga que no lo haga. Porque voy hacia Adonis de cabeza. Y creo que mañana ya será demasiado tarde. Hoy, de hecho, ya lo es.

—¿Estás lista para ir al castillo?

—Sí.

No. Claro que no. No estoy lista para esto que estoy sintiendo. Pero nadie está listo nunca para lo peor ni lo mejor de su vida. Simplemente, lo sobrelleva como puede y lo acepta como viene. A veces, no hay que estar preparado.

Solo hay que vivirlo. O sobrevivirlo.

Nos alejamos de allí y Adonis me toma de la mano como un caballero que quiere ayudarme a subir el terraplén. Le echo un vistazo a las flores blancas de estramonio y un pensamiento se afinca en mi mente para siempre: si hay demonios buenos, entonces, de lo malo siempre puede crecer algo bonito. Y llegar a esa conclusión con un convencimiento que llevo días sin sentir provoca que el pecho se me expanda y que el nudo que he tenido ahí tantísimos años se afloje y deshaga.

Hoy empiezo a sanar de verdad.

Adonis me ha citado en nuestra sala. Ya la empiezo a ver como de uno de nosotros.

Ya había estado desnuda por completo frente a él, acostumbrándome a su mirada y también a mi desnudez, a mi feminidad.

Hoy, al entrar, él estaba de pie frente a la librería, mirando al frente, hacia mí. Se nota que me estaba esperando.

—Hola, señorita Parisi.

—Hola, vir.

Adonis se acerca y da una vuelta a mi alrededor como un león enjaulado. Me he duchado al llegar al castillo y ahora llevo un pantalón de algodón largo y cintura baja y una camiseta gris de tirantes. No llevo ni sujetador ni braguitas. Mi pelo aún está húmedo del baño. Adonis toma un mechón de mi melena y se lo lleva a la nariz para olerlo.

—Me encanta tu olor… —murmura complacido.

—Gracias, vir.

—Ven. —Adonis sujeta mi mano con la suya y me lleva hasta la cama. Se sienta y abre las piernas para que yo me coloque de pie entre ellas. Siempre lo hace—. Hace mucho que no estás con un hombre.

—Es verdad.

—¿Te ves capaz de tener sexo delante de la gente? ¿De seducirme y permitir que te haga lo que desee delante de otros?

Tomo aire profundamente.

—Mientras seas tú, sí.

—Durante el Sabbath —me explica posando sus manos sobre mis caderas—, hay días señalados muy importantes. No es que ocupemos todos los días reuniéndonos y fornicando. También se hacen actividades. Eventos, reuniones, cenas… El carácter de todas esas citas es muy sexual. A Bacus le gustan las orgías y las bacanales. Si el vir

quiere compartir a su virtuosa, puede hacerlo. Y ella debe aceptar.

Aquello me sienta como un jarro de agua fría. Estoy dejando que Adonis me toque, pero porque es él. No voy a permitir que otro lo haga.

—¿Y si me niego? —pregunto con voz temblorosa.

—Entonces tendrás que ser castigada en público. Cualquier desafío a un vir es malo para él y su acompañante. Recuerda la jerarquía. —Está tan tenso como yo con este tema.

—¿Qué tipo de castigo?

—No lo decide el vir, sino el maestro de ceremonias. Van desde azotes, humillaciones, sodomizaciones… Y el vir, como persona autorizada, debe ejecutar el castigo. —Lleva las manos a mi trasero y lo acaricia—. Te dije que no era un juego.

—Sé que no lo es —contesto de mal humor.

—En la medida de lo posible, procuraré que nada de eso nos pase, pero para ello, ya sabes lo que debes hacer…

—Sí, obedecerte en todo, vir —digo mirando al frente con estoicismo.

—Eso es. No quiero que nada te haga daño.

—Entonces, no me lo hagas —digo sin más.

—La virtuosa debe estar preparada físicamente, y eso es lo que voy a hacer. Prepararte. Tu cuerpo necesita entrenamiento. —Sus manos se introducen bajo el pantalón con mucha facilidad y entonces me lo baja. Antes de pasarlo por los tobillos, me quita las zapatillas negras de estilo surfero que llevo. Estoy descalza, desnuda de cintura hacia abajo.

—Quítate la camiseta.

Lo hago muy lento. Adonis habla de un modo extraño, como si estuviera emocionado y, al mismo tiempo, queriendo controlarse.

Completamente desnuda ante él, mis ojos buscan los suyos, pero él los rehúye.

No podré besarlo. Maldita sea, las ganas que tengo de hacerlo me vuelven loca… Y eso no me gusta, me hace sentir en inferioridad de condiciones.

Adonis se levanta y vuelvo a sentirme pequeña, porque cuando estamos tan cerca y yo quedo tan expuesta, a él lo veo muy grande.

Entonces, se quita la camiseta de algodón azul oscuro. Es como si lo viera por primera vez. Cuando estuve en su habitación y él se quedó solo con los calzoncillos, no pude contemplar su cuerpo como hubiese querido. Y ahora sé lo que me parece: es un maldito gladiador de formas sublimes que transmiten disciplina y una fuerza excelsa.

—Adonis…

—¿Quién es Adonis? —pregunta alzando una ceja negra y perfecta mientras se desabrocha el pantalón.

—Vir… —me corrijo. Tengo su clavícula y su pecho a la altura de los ojos—. Tienes un cuerpo… —Alzo las manos para tocarlo, pero me detengo—. ¿Puedo?

Él se queda sorprendido. Se está pensando la respuesta; no está seguro. Hasta que asiente y yo dejo ir un grito interior de victoria.

Paso las manos por su pecho. Está tan duro, tan caliente, lo tiene tan hinchado y con una forma tan delineada… Tengo ganas de pasar la lengua por él, de morderlo.

—¿Está mal que una virtuosa demuestre lo mucho que le gusta su vir? —La pregunta me ha salido sin pensar y ya no puedo borrarla.

Adonis se baja el pantalón y se lo quita dando una sacudida con el pie.

—No. No está mal. De hecho, es algo bueno.

—Pero ¿besos no? —aclaro.

—Besos conmigo no —confirma—. Y no puedes ser excesivamente cariñosa.

Mis manos descienden hasta sus oblicuos. Qué piel tan perfecta, joder… Y qué bien le quedan los calzoncillos. Paso los dedos por la cinturilla y, entonces, él cierra los ojos y me apresa las muñecas.

—He cambiado de opinión.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que hoy no me vas a tocar. Déjame a mí.

—¿Por qué?

—Porque es mejor así. Esto es para ti. No para mí.

—Pero…

—No, señorita Parisi.

—¿Puedo, al menos, quitarte el bóxer? —Quiero verlo. Quiero ver lo que siempre esconde con tanto celo, eso que no deja salir y que no me enseña—. Por favor, vir.

Él me mira con intensidad. No está muy convencido, pero me da igual.

—Suéltame las muñecas —impero.

—No puedes darle órdenes al vir, señorita Parisi. Estamos en tu entrenamiento. Compórtate como si estuviéramos en la Corte.

Rechino los dientes sin que él se dé cuenta y lo intento otra vez.

—¿Puedo quitarte esto, vir? —Tironeo de las gomas de su ropa interior—. ¿Por favor?

Le palpitan los músculos de la mandíbula en los maxilares. Es tan atractivo e intenta ser tan considerado que, aunque se esforzase, nunca le tendría miedo. Y eso es lo que me anima a ser más atrevida,

más valiente.

—Está bien —accede al final.

Sonrío porque no quiero ocultarle mi felicidad. Introduzco los dedos por el interior de la goma y le bajo los calzoncillos lentamente. Está tan duro que no deja que se deslice la misma tela. Entonces su miembro queda expuesto y sale disparado hacia arriba. Está semierecto, ni siquiera empalmado del todo.

Jamás en mi vida he visto nada igual. Me imaginé que estaba bien dotado porque lo había notado alguna vez contra mi cuerpo, pero verlo es otra historia.

Acabo la faena y retiro la tela por sus tobillos. Cuando me incorporo de nuevo, miro hacia abajo. Se me ha secado la boca. Es impresionante.

—¿Estás asustada?

—Asustada no es la palabra… Es que me parece imposible que quepas. —Me encojo de hombros con sinceridad y sonrío asombrada —. Esto no es ni medio normal.

Quiero alargar la mano para acariciarlo con los dedos, pero él me sujeta la muñeca con suavidad.

—No. No me toques. —Tiene el puente de su nariz un poco rojo, señal de que está excitado. Y le brillan los ojos.

—Pero quiero hacerlo.

—No. —No añade nada más. Un «no» es más que suficiente. Adonis se sienta en la cama y me arrastra con él hasta que me quedo acomodada sobre sus caderas—. Solo disfruta de todo lo que te voy a hacer, señorita Parisi.

Me agarro a sus hombros y él me acuna el trasero entero con las manos. Mientras me lo masajea suavemente, inclina la boca hacia uno de mis pezones y lo empieza a succionar y a lamer con una pericia que me debilita. De repente, sus labios lo son todo. Es el centro de mi placer y el foco de toda mi concentración.

Adonis lame y succiona con dedicación, a veces con fuerza, y otras con ternura. Sus labios, sus dientes y su lengua se conjuntan a la perfección y provocan que se me hinchen los senos y que mis pezones se vuelvan demasiado sensibles.

—Me encantan, señorita Parisi. Eres muy receptiva.

Y vuelve al ataque, como si fuera su plato favorito y los degustara con adoración. Me quedo sentada a horcajadas sobre él de modo que mi sexo entre en contacto con su miembro. Él mismo empieza enseguida a moverme arriba y abajo, a mecerse, y es su vara la que me excita, la que me toca y me acaricia entre las piernas. La noto caliente, gruesa, suave y palpitante y, a veces, su vello púbico me hace

cosquillas.

Me abrazo a su cuello y permito que me torture lo que quiera. Todo me da placer, todo me gusta. Su boca, sus manos en mis glúteos, él frotándose contra mí, humedeciéndome. Es muy erótico.

Pienso que en el Sabbath lo único que puede cambiar entre nosotros es que haya más gente mirando, gente que estará haciendo lo mismo, entiendo. ¿Me importará entonces? No lo sé, porque como me mantenga en el limbo como hasta ahora, no creo que sea capaz de ser consciente de nada más.

De repente, una de sus manos va hasta mi vagina y empieza a juguetear con los dedos.

—Me gusta que estés así —reconoce con el pezón entre los dientes —. ¿Te estás preparando para mí, señorita Parisi?

—Ah… —digo al sentir cómo uno de sus dedos se desliza en mi interior muy despacio.

—Contéstame.

—Sí, vir.

Satisfecho con la respuesta, decide mover el dedo en todas direcciones para relajar mi interior, para hacerse hueco. Sinceramente, no sé si va a salir bien.

Es que es grande y grueso. Tiene una punta roma perfecta y está tan fuerte como él.

Su dedo me da tanto placer… Solo sentirlo así y su lengua lamiéndome los pezones…

—Estás hinchada —señala pasándome el pulgar por el clítoris.

¿Por qué habla tanto? Parece un narrador. No me disgusta, pero me obliga a concentrarme en sus preguntas y yo solo quiero correrme. Porque no aguantaré mucho más. No sé qué me hace, no sé qué es lo que me provoca, pero me lleva al punto de no retorno a una velocidad inusitada.

La presión se vuelve más intensa con el segundo dedo en mi interior. Y cómo los mueve, madre mía. Los introduce hasta los nudillos y los saca un poco hasta adaptarlos a un ritmo hipnótico y cadencioso.

Me olvido del tiempo y entre su boca, su pulgar y sus dedos en mí, se me escapa el orgasmo sin querer.

Es tan potente y duro que me tengo que sujetar a sus hombros y obligarme a respirar. Mi gemido retumba en toda la sala y seguro que hasta ha hecho vibrar el agua de la piscina. Aún continúo estremeciéndome, abrazada a él y disfrutando de los temblores, cuando retira los dedos poco a poco y la boca de mi pezón.

—¿Me quieres dentro?

Adonis se lleva la mano al pene y lo embadurna con mi propia humedad. Pero, además, coge un frasco que hay debajo de la cama. Es lubricante transparente. No puedo hacer otra cosa que no sea mirar mientras se echa un chorro generoso por todo el miembro y después lo extiende arriba y abajo, desde la base hasta la punta.

—Es hipoalergénico.

Un dato que no me importa ahora mismo.

—¿Estás lista?

Miro hacia abajo y meneo la cabeza disconforme.

—No estoy segura.

—Yo me haré cargo —me promete—. Iremos poco a poco. Si te duele, paro.

—Sí, vir.

Con una mano me sujeta el trasero y con la otra, se agarra el pene y empieza a rozar el glande por todas partes. Me recoloca para que mi entrada quede justo encima de su prepucio.

Sus ojos encuentran los míos y, entonces, me deja caer un poco hacia abajo.

La presión es enorme, igual que él. No entiendo cómo va a poder ser que… Es que me parece imposible. Y, de repente, introduce la punta y estira mi carne más íntima, tensando mis paredes hasta insertar la parte principal.

—Adonis, Adonis… —gimo impresionada, clavando las uñas en sus hombros—. Espera, espera… Deja que coja aire.

—¿Te duele?

—¡Claro que me duele! Por Dios —Cierro los ojos consternada—. ¿Qué pregunta es esa? ¿Te has visto?

—Sí —contesta muy sereno, ocultando una risita en su afirmación. Tiene los músculos del cuello muy tensos—. Relájate.

Sin embargo, no me hace falta, porque con el lubricante se empieza a deslizar hacia dentro incluso sin yo estar plenamente preparada. Adonis me sujeta por el trasero para evitar que me duela más.

Pero no soy virgen. Antes me gustaba el sexo. Y me gusta todo lo que tenga que ver con este hombre por peligroso o salvaje que parezca.

Por eso me empiezo a mover y a acomodarlo en mi interior.

—Ares, has dicho que…

—Déjame a mí.

—Vir. —Me da un azote en todo el culo. Tiene el ceño fruncido—. Siempre se te olvida.

—Déjame a mí, vir… —repito como un robot sin sentirlo ni un poco, porque estoy completamente perdida en esta sensación increíble

que embarga mi cuerpo.

Me dejo caer y permito que me penetre, centímetro a centímetro. Es doloroso, pero en cada punzada de dolor hay un eco de placer.

Y me aferro a ello, al gusto, al cuerpo de Adonis. Él se retira un poco solo para volver a avanzar más hasta que, después de repetirlo varias veces, lo noto por completo en mi interior.

Siento que me llega al estómago. Y es demasiado sobrecogedor.

Adonis me observa mientras intento tomar aire.

—Quédate quieta —ordena.

—Como si pudiera moverme… —mascullo abrazada con fuerza a él.

No se mueve; yo tampoco. Sus manos me acarician la espalda, tranquilizándome. Pero ¿quién calma a mi corazón desbocado? Cuando miro hacia abajo, a su espalda musculosa, me quedo sin palabras. Toda su piel está marcada por la cara de un demonio de piel roja y ojos amarillos, con aros en las cejas y la nariz y cuernos que se arquean hacia los hombros. Tiene la lengua fuera y la rodean pequeñas llamas. Dios mío, ¿cómo no lo he visto antes? Pues porque Adonis nunca me ha dado la espalda estando desnudo. Entonces recuerdo lo que le dijo a Antón: «Yo nunca le doy la espalda a nadie». Siempre ha procurado estar de frente ante mí. Ocultando su otra cara.

Es increíble.

—Tienes un demonio en la espalda… Te cubre toda la piel.

—Sí —contesta él hundiendo su rostro en mi hombro.

—Nunca te lo he visto.

—Nunca te lo he enseñado.

Ambos nos callamos y mis dedos se aventuran a acariciar su columna y sus omóplatos. Él se estremece y observo sus músculos contraerse.

—¿Quién es?

—Asmodeo. El demonio de la lujuria.

—¿Es así como te ves? ¿Cómo un demonio de la lujuria?

Él se mueve un poco en mi interior y yo vuelvo a sisear.

—Asmodeo se encarga de llevar a todos sus seducidos a su Infierno.

—¿Es eso lo que quieres hacer? —le pregunto abrazándolo más fuerte sin darme cuenta. Sé que es un gesto de cariño, pero no lo puedo evitar—. ¿Llevarme a tu Infierno, Adonis?

Él no responde, solo me acaricia la espalda.

Lo que él quiere de mí es que lo ayude y que no lo exponga. Y es lo que me debe quedar claro.

—Por ahora, solo quiero que disfrutes.

¿Por qué es tan poderoso? ¿Por qué me siento yo igual al abrazarlo

así? Me da la impresión de que nadie lo ha abrazado así nunca. O que este gesto íntimo es solo un deseo.

—Señorita Parisi.

—¿Sí, vir?

—Voy a moverme. ¿Estás preparada?

Asiento. Vuelvo a aferrarme a él con fuerza porque no quiero mirarle a la cara y que vea lo afectada que estoy por esta intimidad y cercanía física con él. La verdad es que no quiero ver que nada le afecta, que le es indiferente, y que esto es solo un trámite más de esta aventura. No soy especial, otra podría estar en mi lugar perfectamente.

Sí. Soy una cobarde.

Cualquier pensamiento se esfuma en mi mente cuando Adonis se empieza a mover en mi interior. Juro que tengo la sensación de que voy a explotar, de que me están horadando.

—Oh… Dios… —gruño contra su hombro.

—Sujétate fuerte.

Es que si no lo hago, me desintegro.

Adonis se mece en mi interior y me obliga a moverme al ritmo de sus caderas. A recibir cada embestida. A aguantar todo lo que él me dé. Penetrándome sin remisión.

Me tiene así bastante rato hasta que me acostumbro todo lo que puedo. Cuando ambos nos compenetramos, la emoción y la sensación se hacen uno y estallan detrás de mi ombligo de un modo abrumador.

Estoy gritando.

Estoy gimiendo.

Y me corro, convirtiéndome en polvo de estrellas…, en el origen, para volver a reconstruirme.

Este orgasmo es una locura.

Sin embargo, después de un largo rato disfrutando del placer, me doy cuenta de que ya no soy yo. No volveré a ser esa persona acobardada, cerrada y asexual en la que me habían convertido el dolor y la confusión.

Adonis lo ha hecho volar todo por los aires como un terrorista del sexo y un pirómano de la pasión.

Por ahora, en este juego, él es el maestro y yo la aprendiz. Hasta que un día, la Emperatriz bocabajo se ponga bocarriba.

Hasta entonces, me toca aprender de esta nueva naturaleza que acabo de redescubrir en mí.

Y asumiré cada lección y me protegeré para que estar con él no se me vaya de las manos.

Aunque, tal vez, siendo honesta, ya se me ha ido un poco.

XI

No ha eyaculado en mi interior. Yo me he corrido dos veces, pero él ninguna. Y continúa erecto dentro de mí.

Respiro agitadamente en un intento desesperado de recuperar el aliento y el oxígeno perdido.

Cuando consigo reunir el valor suficiente para mirarlo a la cara, parece satisfecho conmigo, porque me observa como si fuera algo inaudito, una criatura extraña.

—¿Por qué no te has corrido? —pregunto. Para mí no tiene sentido que no lo haga. Me tomo la píldora desde que tuve a Venus, así que no entiendo por qué se ha prohibido el orgasmo—. ¿No te ha apetecido?

Me sujeta por la cintura, tiene la mandíbula muy tensa y me levanta hasta que su miembro sale de mi interior, tieso y húmedo, hacia un lado.

—No digas tonterías, señorita Parisi —contesta con esa educación indiferente que empieza a molestarme.

—¿Entonces?

—Hoy —sube un poco las manos por los laterales de mi cintura y me acaricia la piel arriba y abajo—, esto es solo para ti, para romper esa barrera del sexo conmigo y para que la rompas tú. Además, quiero que te acostumbres poco a poco porque sé… sé que puedo ser incómodo.

—¿Incómodo? —repito a modo de mofa. Me doy cuenta de que este tema le inquieta de verdad. Es curioso, porque la mayoría de los hombres que tuvieran las dimensiones de Adonis se jactarían de tener pollas grandes, pero él, en cambio, parece más preocupado por mi bienestar—. No es esa la palabra que yo usaría para describirte. Eres grande, vir. Seguro que muchas mujeres —añado entre dientes— han disfrutado jugando contigo.

—¿Tú has disfrutado? —pregunta batiendo pestañas inocentemente.

Pero ¿quién es este Adonis? Con lo impermeable y lo seguro que es de sí mismo, me sorprende esta reacción.

—Creo que es evidente —replico sonriente, orgullosa de mí misma.

Hacía mucho que nada entraba en mí, y menos un hombre. Darme cuenta de que puedo sentir el sexo así de nuevo, que puedo regocijarme en él y dejarme llevar, ha reventado mi teoría sobre mis traumas, mis miedos y mis temidas disfunciones. No soy disfuncional. Puedo volver a percibir mi feminidad y mi deseo como algo natural y no usurpador. Y es gracias a este hombre que no se ha corrido.

—Y ¿cómo te sientes ahora? —vuelve a preguntar con un interés culpable.

—¿Quieres saber si me siento sucia por esto, vir? —Le acaricio la mandíbula con los dedos. Él asiente lentamente. Tiene miedo de que la respuesta sea afirmativa—. Soy mayorcita. Sé lo que he venido a hacer aquí, contigo. Yo misma te he puesto en este atolladero y soy responsable y consecuente con mis decisiones. Sabía que íbamos a tener sexo. Y no me siento mal ni sucia ni pervertida. Ni corrompida —añado resuelta—. ¿Sabes cómo me siento?

Dios, lo besaría ahora mismo. Sentado en la cama, desnudo, sujetándome de este modo, mirándome sin esa máscara de certeza sobre todo y todos, lo siento más humano y más cerca que nunca. Porque siempre he tenido dudas de si este hombre era real o hijo del fuego. Y sí, lo tiene en su interior, pero también dudas y, hasta ahora, no había visto una sola grieta en su armadura infranqueable.

—¿Cómo?

—Me siento dolorida de ese modo delicioso. Irritada. —Si me dejase, le tocaría. Lo acariciaría y le daría todo el placer que él me ha dado. Pero no quiere. El control es su sello más consciente. Nadie puede pasar por encima de eso—. Pero… bien.

Él se relaja al oírme hablar así y se levanta conmigo encima, obligándome a rodearle las caderas con mis piernas.

—El lubricante tiene un elemento calmante que te ayudará con la irritación.

—Qué bien, piensas en todo, vir.

—Por supuesto.

—¿Adónde vamos? —pregunto oteando toda la sala.

—A la piscina.

Adonis desciende las escaleras que nos llevan al interior del agua templada para sumergirnos poco a poco, hasta que se detiene en una zona donde nos cubre hasta el diafragma.

Siseo levemente al sentir el contacto del agua en mi sexo, pero también lo agradezco, porque siento que me arde un poco.

Él da vueltas sobre sí mismo y yo me sujeto a su cuello. A mí no me sobra imaginación, por eso no me cuesta fantasear con que esto no es parte de la formación, sino la necesidad de estar juntos en un lago

oculto, abrazados y en el silencio que ofrece la complicidad de los amantes reencontrados.

Si llevo la fantasía un poco más allá, podría pensar que esa manera de dar vueltas que tiene él mientras me abraza es porque estamos bailando.

Pero no soy una ilusa. Adonis tiene mil máscaras, como Bacus, y no quiero dejarme llevar ni permitir que a mi corazón le salgan alas así, de repente. Y, por otro lado, al corazón no se le puede prohibir nada, porque hace lo que le da la gana. Por eso no quiero culparme de más por empezar a sentir estas cosas por él. Soy realista y no voy a montarme historias donde sus sentimientos puedan ser recíprocos. Este hombre en lo último que piensa es en enamorarse. No quiere esos lazos.

—Señorita Parisi…, vamos a entrenar tus músculos pélvicos y a familiarizarte con la retención y la explosión del orgasmo. —Es por eso por lo que no me hago ilusiones. Adonis habla de darme placer como si fuera un cirujano. Sin embargo, en él baila una energía contraria que ni siquiera sé si es consciente de que lo recorre: sus ojos brillan divertidos y apasionados mientras me habla así, ajeno a esa chispa. Cuela su mano entre nuestros cuerpos y guía su miembro erecto hacia mi interior otra vez—. Estos días voy a darte placer, pero necesito que te concentres en algo.

—¿En qué?

—En la sensación de antes de correrte. Quiero que ubiques dónde se concentra la energía, dónde nace. Cómo surge. Quiero que la sientas. —Adonis empieza a deslizarse en mi interior con mucho cuidado. Aún estoy inflamada por el orgasmo, pero mi cuerpo le hace sitio, no sin esfuerzos—. Relájate —me dice en voz baja, mirando hacia abajo—. ¿Quieres ver cómo entro?

Me retiro un poco solo para ver cómo esa vara gruesa se abre paso entre mis pliegues, cómo lo engullo. Y me lastima, porque aún tengo que amoldarme a él, pero al mismo tiempo hace que sienta placer. Adonis no se detiene hasta que está completamente dentro, y yo dejo escapar un gemido lujurioso que soy incapaz de detener.

—Ares… —susurra fijando sus ojos amarillos en mi boca—. Estás ardiendo por dentro.

—Dame unos segundos… —le pido apoyando la frente en su hombro, tomando aire profundamente. Me tengo que mentalizar para lo que va a venir. Ese miembro moviéndose dentro es sobrecogedor.

Él se detiene, obedeciéndome al instante. Lo último que quiere es hacerme daño.

—Concéntrate en el orgasmo. En la parte baja de tu cuerpo. Voy a

hacer que te corras muchas veces.

Asiento, hipnotizada por su voz y por estar conectada a él de este modo. Siento la vibración de su tono entre mis piernas.

—Sé consciente de cada centímetro que ocupo y disfruta del éxtasis, pero no pierdas de vista el origen. Porque es sobre ese punto sobre el que vamos a trabajar en los próximos días y tendrás que obedecerme. El abismo báquico es muy complicado de encontrar y requiere mucho entrenamiento y mucho trabajo. —Me está hablando con los labios pegados a mi sien. Me parece muy tierno—. Mañana ya no habrá contemplaciones.

—Sí, vir.

—Bien. —Adonis me sujeta de las nalgas y empieza a moverme al ritmo de sus caderas—. Ahora, disfruta de mí. Es todo para ti.

Y con esa promesa disfrazada de orden, me empieza a poseer en la piscina y a provocar todo tipo de oleajes a nuestro alrededor mientras no solo sacude mi interior, sino que también profana mi cuerpo y se ocupa de que todas mis convicciones, de que todos los credos que tenía asumidos en cuanto al sexo, a los orgasmos y al placer, se derriban con cada estocada.

Lo abrazo, y me abrazo a mí, porque pase lo que pase, nunca más volveré a ser la misma. Pero me hago la promesa de que, en todo caso, todo lo que nos suceda me sirva para aprender y para ser mucho más fuerte.

Hoy disfrutaré, hoy me quemaré en su Infierno y me dejaré llevar. Gritaré cada orgasmo hasta quedarme ronca y me desahogaré con cada liberación.

Mañana ya no habrá orgasmos.

Mañana empieza lo más duro.

Así que hoy abrazaré el dolor y el placer, por todas esas horas venideras en las que no sepa acunarlos.

Recuerdo que Adonis me llevó en brazos a la habitación.

Recuerdo que estaba mojada por la piscina, pero me puso la bata y cargó conmigo hasta su alcoba. Recuerdo vagamente que me peinó y me secó un poco el cabello.

Y después, me dejó desnuda de nuevo para abrazarse a mí en la cama y… no recuerdo nada más.

Ahora, al despertar, siento el cuerpo dolorido por dentro y también por fuera. Drogada de endorfinas. Me duelen las ingles y los músculos que rodean toda mi entrepierna.

Cuando corro o hago krav magá, me quedo exhausta. Pero este

nivel de cansancio es muy diferente. Estoy deshecha, laxa, débil…, siento mi cuerpo como si fuera gelatina. Me hormiguea el vientre y todavía tengo la sensación de que estoy hinchada y llena de él.

No sé cuántas veces me corrí en esa piscina. Perdí la cuenta.

Adonis no paró, se volvió exigente. Después de un orgasmo quería otro y otro sin dejar que descansase. Hubo un momento que se volvió ilógico y me empujó hasta unos límites que no sabía ni que había trazado. Los rebasó.

Pero en todos y cada uno de ellos, yo respondí y alcancé mi objetivo. Sé que me animaba, que me decía cosas al oído y me hacía sonreír, aunque mientras me hablaba, no se detenía. Estaba colapsada por él, perdida en un mundo de sexo acuático inclemente que parecía infinito.

Por suerte, aquello cesó en algún momento lúcido en el que me tuvo un poco de compasión.

Ahora, ya despierta, sentada en la cama vacía donde él y yo hemos dormido, recuerdo que nunca se corrió. Nunca se dejó ir.

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede tener ese aguante? ¿Cómo se puede reservar el orgasmo mientras yo lo exprimía, presa del mío?

Sobre la mesita, advierto su libro formativo sobre el culto a Bacus. Hay una nota sobre él. Me pide que siga leyendo y estudiando, que cuando él llegue, me preguntará. Y no me va a costar hacerlo porque, en cierto modo, todo lo que cuenta el libro me parece muy interesante.

Me levanto, me aseo y en cuanto estoy vestida para afrontar ese nuevo día en el castillo, cojo el libro y me dispongo a bajar al salón para desayunar.

Hoy hace muchísimo sol. La gente disfruta de las fiestas de Semana Santa y, aunque siento tristeza por no poder estar con mi monito y con mi madre, no puedo decir que me desagrada estar ahí. Mentiría como una bellaca si lo hiciera, porque creo que no he hecho nada más estimulante que esto en toda mi vida.

¿Es arriesgado? Sí.

¿Es obsceno? Puede.

¿Es perverso? Bastante.

Y, sin embargo, a pesar de tener todos esos adjetivos, no voy a obviar los que lo acompañan en contraposición: es una aventura revitalizante, tonificante para mi naturaleza y hace que me sienta más viva que nunca.

Tal vez me esté convirtiendo en una adicta a todo cuanto rodea a Adonis. Pero, por ahora, no quiero desintoxicarme de su mundo. Lo que necesito es saber más y más. Porque cuanto más descubro de él y

de la Corte, más aprendo sobre mí misma.

Al llegar al salón, Antón está pasando el aspirador por la alfombra.

—Buenos días, señorita Ares —me saluda sin mirarme.

—Buenos días, Antón. ¿Dónde está Adonis?

—Ha salido. Tenía unos asuntos que tratar con John y Nicolaus. Aunque no tardará en llegar.

—Ah, está bien. ¿Has desayunado?

Él asiente con una sonrisa complacida.

—Sí, señorita.

—Entonces ¿no te puedo obligar a que te tomes un café conmigo y sigas contándome cosas sobre Adonis?

—Hoy no puedo. Tengo mucho trabajo. En teoría, estas cosas debería hacerlas el servicio, no el mayordomo —refunfuña—. Pero ellos vienen dos veces por semana y mientras tanto, soy yo quien debe mantenerlo todo en orden. Además, el señor no está conforme con tener a gente merodeando por aquí en una época tan… —me mira de reojo— delicada.

Sé que ambos sabemos a qué se refiere y que él conoce todo lo referente al Sabbath.

No quiero hacerle más preguntas porque no pretendo ponerle en un compromiso. Antón es muy amable y sé que no me negaría ninguna respuesta dado que es muy educado. Pero no deseo que, por mi culpa, tenga algún problema con Adonis.

—Gracias, Antón.

Me siento en la silla que suelo ocupar al lado de Adonis en la mesa, como si ese fuera mi lugar. Los humanos somos animales de hábitos y costumbres, supongo.

Por eso, mientras desayuno yo sola, decido que sea el libro escrito por Adonis el que me acompañe. En el fondo, es como tenerlo a él cerca porque ese es su modo de hablar. Incluso puedo oír su voz.

«Los setenta y dos comparten un mismo sello que tiene que ver con Salomón. Tienen títulos y rangos entre los que se encuentran: caballero, presidente, duque, conde, marqués, príncipe y rey. Todos los simpatizantes de la Corte y todos los que ansían entrar en ella como activos, son reconocidos como caballeros, el título más básico».

El señor Masdeu lucía un sello dorado en un dedo. Y, aunque tenía nombre de demonio, no sé si tenía título de caballero. Entiendo que a los de la camarilla, entonces, los reconocerían como «caballeros» por ayudar y ser simpatizantes de la Corte o por pertenecer al rango más inferior.

La imagen de Margarita Valls cruza mi mente. ¿Y ella? ¿Sabría de todo esto? ¿Formaba parte de la camarilla? Desearía saberlo con todas

mis fuerzas.

«Los títulos se otorgan por la sangre, la antigüedad, el tipo de servicio a la Corte o sus aportaciones para financiar todo lo que tenga que ver con ellos y con sus negocios».

Es decir, que si tienes mucho dinero y pagas debidamente, te ganas un título y un rango en la Corte. Adonis pagó tres millones de euros por el cuadro de *El hijo del Demonio* y me dijo que eso podía darle entrada directa al círculo.

«Una vez cada cuatro años, la Corte al completo se reúne en ciudades romanas para ejecutar el Sabbath. El Sabbath comprende desde el 1 de abril al 10 de mayo. Pero, para que puedan reunirse y el Sabbath tenga lugar, debe haber caído el "velo". Este velo solo se abre si antes se ha ofrecido a Bacus la vida de tres mujeres. Una de dentro de la Corte, una de fuera y otra de más allá de los muros de la ciudad».

Adonis me ha contado estas cosas y prefiero obtener otra información como, por ejemplo, qué es lo que celebran y cuándo.

«La Corte se hospeda en la ciudad elegida y durante los días restantes a la caída del velo se reúnen en lugares señalados para llevar a cabo sus fiestas y sus ritos. Esta reunión tiene su culmen el 10 de mayo. Dicho esto, es el Demogorgon quien comunica a todos los miembros de la Corte, a sus allegados y simpatizantes dónde deben reunirse, qué deben llevar y qué tipo de cultos ejecutarán. Pero el Demogorgon es solo la mano derecha de a quien todos llaman "el Rey" de la Corte, pero cuyo nombre no se pronuncia».

—El innombrable —susurro—. Como Voldemort.

«Los miembros de la Corte parecen tener una clara relación con la vid, dado que todos ellos poseen tierras donde trabajan su propio vino. El vino simboliza sangre y poder para ellos».

Después de leer este fragmento, me viene a la cabeza una pregunta. Si no recuerdo mal, el padre de Adonis tiene viñas en Italia. Ahora le pertenecen a Adonis, aunque aún no las haya reclamado para preservar su identidad.

«Así, hay eventos señalados que tienen que ver con festividades antiguas romanas en las que tiene lugar un completo descontrol y se permite el abuso. Los sacrificios tienen luz verde, pero solo los ejecutan la vieja guardia de la Corte, que son los que ejercen el poder absoluto y la toma de decisiones a nivel grupal».

Después de estas palabras hay imágenes tomadas de manuscritos antiguos donde se ejemplifican todo tipo de rituales sexuales, estrambóticos y groseros, donde las mujeres son poseídas por hombres con cuernos y con penes gigantes. Parece que muchas disfrutan de que

las penetren varios individuos a la vez, se besan y se hacen el amor entre ellas; otras también hacen daño a mujeres, los vires violan a otros hombres para darles una lección y se sodomiza como castigo. Incluso se golpea, se azota, se pega si es necesario. Veo violaciones, el vino correr como la sangre y la escenificación de hombres bebidos maltratando a mujeres. Veo orgías bizarras y bacanales que se inician con el sonido de un cuerno de aire cuyo propietario es un individuo bípedo con cara de carnero, cuernos, una corona de hiedra y cola de animal como dando a entender que, a su orden, como si se tratara del inicio de una batalla, todos se dispusieran a desnudar sus instintos más bajos para dejarlos libres. Como si se permitiesen ser corrompidos y abusados por ese lado maligno de las personas. Y, contemplando esa bacanal, escondido detrás de un árbol, se ve a un demonio tocando una flauta.

¡Plaf!

Cierro el libro de golpe porque la imagen me recuerda demasiado a mi pesadilla. Una que no he vuelto a tener desde que tengo al alejademonios colgado del cuello.

Sujeto la campanita con los dedos, la acaricio y me da la sensación de que mi abuela me acompaña y que está a mi lado repitiéndome: «Sigue adelante, no te detengas. Haz lo que tienes que hacer. La guerra antigua ha empezado».

Sí, haré lo que tenga que hacer.

Y no voy a olvidar lo más importante: esto no es un juego. Es una guerra. Y sé que estoy en el bando de los buenos.

Pero, para dar lo mejor de mí, debo aprender la jerga. Quiero estar preparada para todo y, por ese motivo, necesito leer este libro. Lo releeré si hace falta, porque pienso ser la mejor compañera para Adonis y me niego a exponerme y ser un blanco fácil para todos estos individuos.

Ellos no lo saben, pero van a meter al enemigo en casa.

He estado toda la mañana leyendo y después he pasado un rato con los lobos. Les gusto. Y ellos a mí. Ha sido amor a primera vista.

Me han seguido por todo el terreno y me he dispuesto a descubrir los rincones de la propiedad junto a ellos. A Lobo le encanta que le ponga la mano sobre la cabeza mientras caminamos juntos. Me fascina observar cómo mis dedos desaparecen entre su increíble pelaje y esa cabeza descomunal cuatro veces del tamaño de la mía.

Son animales hermosos y me encantan.

No es un castillito excesivamente grande, aunque se nota que es la

propiedad de alguien adinerado, con mucho gusto y celo de su privacidad, dado que los muros que la rodean, híbridos de piedra y láminas de madera, no dejan ver nada de lo que hay en el interior.

Ha dejado entrar parte del bosque natural en el terreno y los jardines están excelsamente cuidados, tanto que haría la croqueta una y otra vez sobre la hierba.

Tiene una piscina exterior y una zona *chill out* en la que poder tumbarte y leer hasta dormirte. Pero hay algo que me ha gustado mucho y es el gimnasio, tan solo cubierto por una pérgola de madera con un techo retráctil por si llueve.

Este Adonis piensa en todo.

En cuanto he visto el saco de boxeo colgado, no me lo he pensado dos veces y he decidido ejercitarme un rato.

Ahora le estoy dando puñetazos y patadas, imaginándome a un contrincante ante mí. Me viene a la cabeza el señor Masdeu una y otra vez. No se lo he dicho a Adonis ni a nadie, pero no dejo de pensar en si pude hacer algo más por Tania y por la otra chica. Sé defenderme, sé pelear. Y cuando lo tuve a tiro, solo pensé en abrirle la cabeza con una piedra.

Puñetazo. Patada. Puñetazo. Patada.

Después, pienso en Hugo. Pude haberlo enfrentado. Sin embargo, lo único que me venía a la mente era que estaba drogada y que no me sentía estable para pelear y, además, él podía tener una pistola… No me sentía con todas mis facultades disponibles para plantarle cara.

Patada voladora. Otra patada coladora. Puñetazo. Puñetazo. ¡Zas!

Vuelta a empezar.

Aunque he aprendido krav magá a raíz de la violación y soy muy buena en ello, en una situación tan extrema como la que he vivido, con droga en el torrente sanguíneo, lo único en lo que pensé fue en correr y en sobrevivir.

No pensé en la cantidad de técnicas de estrangulaciones que conozco, ni en mataleones ni en luxaciones. Solo eché a correr. Y correr se parece mucho a huir.

Y eso me avergüenza. Los tres lobos están tumbados como esfinges sobre el suelo de madera del gimnasio, observando con curiosidad cada movimiento y preguntándose por qué quiero matar al saco de boxeo.

—Señorita Parisi.

Me detengo y busco a Adonis con la mirada. Está justo detrás de mí. Y parece estar disfrutando de la vista. Llevo un pantalón corto negro y un top del mismo color. Y además me he puesto unas deportivas blancas.

No sé cuándo ha llegado ni en qué momento se ha cambiado. Va vestido con un pantalón negro corto y una camiseta que muestran los músculos de sus espléndidas y poderosas extremidades. Adonis se depila. Es algo que ya sé. Tiene la piel de las piernas y el pecho dura y suave. Pero no se depila en otros lugares ni en zona íntimas.

Me lo imagino levantando pesas, aunque me da la sensación de que para tener ese cuerpo, debe de hacer algo más. No solo fuerza.

—A mis lobos les gusta verte entrenar. Rara vez están tan tranquilos los tres juntos hasta el punto de que prefieren continuar mirándote a venir a saludarme.

—Lo siento. —No sé por qué me disculpo—. He… he estado leyendo toda la mañana. —Le señalo el libro que reposa sobre el banco de pesas—. Y me han entrado ganas de dar golpes para desfogar…

Él asiente y da un paso hacia mí.

—Supongo que hay imágenes del libro que te han incomodado.

—Supones bien —digo retirándome un mechón del rostro con los guantes que he encontrado dentro del banco de herramientas. Tenía tres pares distintos y he elegido el que más se ajustaba a mis manos, unos rojos Leone, aunque me van grandes igualmente.

—No pensaba que tuvieras energía para entrenar después de lo de ayer. —Se le oscurecen los ojos y se frota la barbilla suavemente—. Estás en muy buena forma.

—Lo de ayer no fue para tanto —bromeo y sé que eso le gusta y le tranquiliza. Empiezo a conocer a Adonis y me doy cuenta de que se preocupa mucho por mi bienestar y lo último que quiere es hacerme daño. Es muy consciente del cuerpo que tiene y teme incomodarme más de la cuenta. Por supuesto que me he despertado como si me hubiera pasado un camión por encima, pero no se lo diré—. No seas tan presuntuoso.

Desliza sus ojos por mis piernas y mi vientre y da un paso más hacia mí, hasta que nos separan solo dos palmos. Se agarra de la cadena de la que cuelga el saco y ese olor a desodorante que me gusta levita hasta mi nariz.

—Estabas golpeando con rabia. No quisiera ser el objeto de tu furia.

—No lo eres.

—¿En qué piensas?

Y ahí están de nuevo sus trucos de mentalista. Es imposible escapar de su instigación.

Por fin, los lobos se levantan para besuquear a su amo y él los recibe sin rencores, solo con un amor inmenso hacia ellos. Me gusta

ver cómo los trata y les sonríe. No sé si los lobos admirarán la sonrisa que tiene, pero a mí me noquea. Un hombre con esos hoyuelos es demasiado peligroso.

—Pienso en que quiero estar más alerta y en forma. En que me gustaría poder responder mejor a un… —Cojo una gran bocanada de aire—. A una agresión así, como la que sufrí.

—No puedes sentirte mal por no haber usado tus armas secretas contra Hugo.

—Llevo cuatro años practicando krav magá. Me culpo por no haber podido reaccionar ni echar mano de todo lo que sé hacer…

—Ares. —Adonis posa la mano sobre mi cabeza como si fuera uno de sus lobos, y no sé cómo sentirme al respecto—. La droga que ingeriste provoca que la sangre inflame tus partes más sexuales. En ese momento no puedes pensar con claridad y tampoco tienes la posibilidad de defenderte, porque tus habilidades están mermadas. Suficiente hiciste con correr como lo hiciste. Parecías una gacela.

—Y aun así pude haber corrido mucho más, pero me sentía mal y…

—Hugo te atrapó —sentencia.

—Sí.

Él me pasa la mano por la cola alta con la que me he recogido la melena oscura. La acaricia y mi pelo cobra vida.

—¿Quieres entrenar conmigo?

—¿Qué?

—Entrenar conmigo. ¿Por qué crees que me he vestido así? —Abre los brazos—. Me irá bien ejercitarme. Hoy no he hecho nada todavía.

¿En serio? Adonis me aplastaría como a una mosca. Aunque algún daño podría hacerle y, como le sujete bien y lo inmovilice, incluso podría llegar a dejarlo sin conocimiento. Pero esas probabilidades son escasas. La diferencia entre los dos es brutal, no porque sea una mujer y él un hombre y se le vea ágil y atlético, sino porque no es un hombre cualquiera.

—¿Haces deporte todos los días?

—A primera hora de la mañana. Siempre. Es como una religión. Le doy al saco porque me gusta el boxeo. Llevo practicando lucha grecorromana desde pequeño.

—Lo sabía.

—¿El qué?

—Que sabías luchar.

—Empecé a los ocho años —me explica—. Era un niño bastante frágil y necesitaba hacerme fuerte y aprender a defenderme.

Eso me cuadra con la historia que me contó Antón sobre su

enfermedad y sus problemas físicos. Sin embargo, es evidente que es un tema delicado para él porque no menciona nada más. Como si fuera tabú. Como si ese episodio de su niñez se hubiese borrado.

—A esa edad todos somos frágiles —aseguro.

Él se encoge de hombros.

—¿Tienes algo que contarme de tu encuentro con John y Nicolaus? ¿Qué han averiguado del ordenador de Margarita? ¿Qué más sabemos?

Él sonríe y me da un golpecito en la nariz con el índice. No sé por qué hace esas cosas tan tiernas. Siempre me deja descolocada.

—Primero los golpes. Después la información —aclara.

Me levanta las muñecas y él mismo me desata los guantes para liberarme las manos.

—No pienso dar golpes sin protección. No voy a ser una virtuosa con un ojo morado y los nudillos rojos. Pareceré una pandillera.

Eso le hace sonreír.

—No voy a pegarme contigo, ¿de dónde has sacado esa idea? ¿Quieres que te noquee?

—¿Y si te noqueo yo a ti? —le advierto alzando la barbilla en un gesto desafiante.

—Señorita Parisi, qué bravucona eres. Venga, un uno contra uno —me anima—. Solo sujeciones y llaves —aclara.

—Llevas muchos más años practicando lucha grecorromana que yo krav magá y soy muy mala perdedora —le advierto.

—Bueno. Entonces solo enséñame lo que sabes hacer. —Adonis se recoge el pelo en una cola alta con una goma que se saca del bolsillo del pantalón y se quita la camiseta.

Los dos tomamos distancia y nos colocamos en el centro del gimnasio, donde el suelo de madera hace de tatami.

Caminamos en círculos el uno alrededor el otro.

—No tengo tela de ropa de la que sujetarte —observo.

—Y yo tampoco. Esto es igualdad —sugiere provocándome.

Los lobos siguen mirándonos con curiosidad sentados a un lado.

—Los lobos no van a comerme si te hago daño, ¿no? —pregunto.

—He dejado de ser su persona favorita. Creo que me morderían antes a mí por hacerte daño. Imagínate que soy un agresor, que va a querer hacerte cualquier cosa en el Sabbath… ¿Qué harías para reducirme?

—Adonis, no estoy jugando. —Me muerdo el labio inferior, porque me siento emocionada y nerviosa—. Si te cojo bien, te puedo hacer daño.

—Bien, *piccola*. Hazme daño… —me anima a que vaya contra él—.

No te cortes. Haz lo que le harías a él.

—Vas a llorar.

—Seguro. —Se ríe porque no me cree—. Palabras, palabras…

—No voy a ir. Ven tú —le aclaro. Ni loca voy a perder mi posición defensiva.

XII

En mis entrenamientos me he enfrentado a hombres muy fuertes. Sé que puedo causar daños permanentes con esta modalidad, pero en los ojos de Adonis veo que quiere combatir de verdad. Su cuerpo es dos veces mayor que el mío, además de musculoso y portentoso. Cualquiera diría que estoy en desventaja por ser más pequeña y ser mujer.

Pero eso no importa si sabes hacer las cosas bien. Si sabes dónde hay que dar.

—No solo quiero que te defiendas. Quiero que me ataques.

—Adonis, no sabes lo que dices.

Caminamos los dos en círculos, manteniendo la distancia, midiendo nuestros gestos.

—Voy a ir a por ti, señorita Parisi. Y voy a ir con todo. Sin contemplaciones. Solo así podrás defenderte de verdad. No importa cómo de fuerte me des. Lo soportaré.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, Ares. Esos hombres no tienen consideración, ya lo sabes. ¿Cómo vas a reaccionar si en algún momento uno de ellos te hace una encerrona y quiere algo de ti que tú no le quieras dar? —Adonis estira el brazo para intentar sujetarme, pero yo se lo aparto rápido con un golpe seco lateral a la muñeca.

—Para, no estoy jugando.

—Yo tampoco. ¿Cómo te defiendes de mí…? ¿Huyendo? —Me está provocando, cada vez camina más rápido y vuelve a acercarse para intentar agarrarme, y esta vez me aparto por los pelos.

—Adonis…, no quiero hacerte daño.

—No te defiendas, no vas a poder hacerlo si te agarro, Ares. Me tienes que tumbar antes. El krav magá tiene ataques letales, ¿verdad? Venga, enséñamelos… Hazme lo que no pudiste hacerle a Hugo, lo que no supiste hacerle al señor Masdeu…

—Pero ¿vas en serio? —Intento guardar una distancia de seguridad.

—Claro que sí. Si te agarro yo antes, te pondré en un aprieto…

Vamos, no seas gallina…

Me estoy poniendo nerviosa. Y sí, me siento provocada.

—Vamos, guapa. Hazme lo que tu violador no te permitió que le hicieras.

Eso ha sido un golpe bajo.

Adonis se lanza sobre mí y le hago un quiebro lateral para colocarme en el lado contrario. En ese momento, le cubro el oído derecho con la mano izquierda y con la derecha abierta, le golpeo de lleno en el oído izquierdo. Sé lo que eso provoca dentro de la cabeza. Es una sensación de vacío y desorientación importante. Los tímpanos le tiemblan y pierde el equilibrio.

Adonis está tan sorprendido como yo, pero no quiero que se quede solo en ese golpe. Voy a dejarlo fuera de juego. Aprovecho su momento de vulnerabilidad para asestarle un golpe con el lateral de la mano, la «mano cuchillo» se llama, justo en el costado del cuello. Esos impactos son inesperados y dejan inconsciente al oponente si se realizan bien porque se dan en puntos vitales.

Él cae hacia al lado, desmayado, como un muñeco de trapo gigante. Los perros ni se inmutan, pero yo sí. Es para reírse y tendría un punto cómico si no fuera porque dejar inconsciente a alguien es algo muy serio.

Y así lo acabo de dejar, ¡por el amor de Dios!

—¡Ay, joder! —Me arrodillo en el suelo a su lado y le sujeto la cabeza para asegurarme de que está bien. Compruebo que respira. Le paso los dedos por la frente y entonces veo a ambos lados dos líneas muy finas, casi imperceptibles, a la altura del nacimiento del cuero cabelludo. Son cicatrices, muy bien curadas, por cierto.

No obstante, la agonía de ver que no abre los ojos me consume.

Pasan unos veinte segundos y no responde. Sé que despertará, pero me siento mal ahora mismo. Madre mía… ¿y si me lo he cargado? No. Sé muy bien cómo ejecutar las técnicas.

De repente, abre los ojos y me observa como si no diera crédito a lo que acaba de pasar.

—¿Estás bien? —le pregunto muy preocupada.

—¿Me he dormido? —murmura todavía desorientado.

—Te has echado un sueñecito —digo inocentemente—. ¿Estás bien?

Ya no estoy en guardia y él aprovecha para sujetarme de la cintura y tirarme con fuerza contra el suelo. Adonis se coloca encima de mí y me inmoviliza, porque también sabe mucho de eso.

Coloca la cintura entre mis piernas y mis manos por encima de mi cabeza; las sujeta con los dedos como si se trataran de unas esposas.

—Señorita Parisi… —Sacude la cabeza, aún mareado—. ¿Me has dejado inconsciente?

—¡Ha sido culpa tuya! ¡Te he dicho que parases!

—¿Qué eres? ¿Una máquina de matar?

—¡Te he dicho que no era un juego! —replico.

—Qué poco respeto le tienes a tu vir.

—Me estabas subestimando…

—Me has enviado a dormir.

Entrecierro los ojos muy cabreada y él se echa a reír.

—*Pazza*…

—¿Qué significa eso?

—Loca. Eres una pequeña loca. *Pazza piccola*.

—Te lo mereces. Me has asustado —reconozco—. Pensaba que te había matado.

—Al Demonio no se lo mata así —admite—. Maldita sea… Me pitan los oídos.

—Es por las bofetadas… Se te irá en un rato. Puede que estés un poco mareado.

—Vaya…, pues sí eres capaz de defenderte —reconoce y parece que me ve con otros ojos—. Eres un arma letal. Pero mira, has mostrado clemencia y ahora estás bajo mi cuerpo. Deberías haberme dejado aquí, dormido.

—¿Estás loco? ¿Te dejo inconsciente y te traigo un cojín y una manta? Estaba preocupada. —Miro hacia otro lado.

Él adelanta las caderas hacia delante y se frota contra mi entrepierna.

Abro los ojos consternada.

—¿Qué haces así?

—Es por la adrenalina y por despertar del minicoma. Toda la sangre está empezando a ocupar partes de mi cuerpo.

—Y ¿por qué se va toda ahí? Primero tiene que regarte el cerebro, vir.

Tenemos los rostros tan cerca que, si levanto la cabeza un centímetro, mis labios se pegarían a los suyos.

Y me muero de ganas de hacerlo. Pero Adonis no quiere besos. Y yo solo pienso en eso. Es un desastre.

—¿Esto es una llave grecorromana?

—No. —Sonríe otra vez y desliza sus ojos por mi cuello y mis pechos—. No voy a usar ninguna llave contigo. Yo sí te haría daño.

—Te he dejado sordo e inconsciente de dos golpes. No lo olvides —le recuerdo.

Él toma aire y después se muerde el labio inferior. No sé en qué

está pensando. Pero me temo que piensa demasiado y que muchas veces no hace lo que quisiera hacer de verdad, y eso me frustra, porque quiero creer que le gustaría hacer lo mismo que a mí. Pero nunca lo sabré, porque Adonis parece un hijo de Hermes.

Me suelta las muñecas y se levanta, como si el contacto con mi cuerpo le quemase. Acto seguido me ofrece la mano y yo me apoyo en ella para levantarme.

—Sé que el krav magá engloba muchas disciplinas. Pero yo quiero enseñarte algunas llaves grecorromanas. Para luchar desde el suelo.

—¿Me vas a dejar inconsciente?

—No. Al menos no así —contesta escondiendo una promesa en esas palabras—. Vamos a entrenar —me anima—. Y, después, comeremos. Antón ha preparado *spaghetti alla bolognese* y una *insalata caprese* con tomate confitado.

—Lo dices como si te encantara.

—Es que me encanta —admite—. Son de mis platos favoritos. ¿Estás lista, señorita Parisi?

—¿Me vas a hacer inmovilizaciones y yo me tengo que liberar?

—Sí.

—Está bien. —Me encojo de hombros.

—Y vosotros —dice a los lobos que están entretenidos oliéndose el culo entre ellos—, traidores, no la defendáis. Que me ha dejado inconsciente y no habéis hecho nada.

Los tres lo miran, lo oyen, pero en realidad ignoran lo que les dice.

—¿Esto forma parte del entrenamiento de una virtuosa, vir?

—No, pero me apetece divertirme. ¿A ti no?

Adonis vuelve a ponerse en posición de ataque y a adoptar esa expresión de lobo feroz que tanto me estimula.

Y entonces, me empieza a dar la risa porque viene a por mí como si quisiera jugar de verdad.

Maldito.

Salgo de la zona del gimnasio y echo a correr por el jardín con los lobos detrás de mí. Parecemos una pareja de tortolitos que juegan a perseguirse. Pero no lo somos.

Adonis es el primero que me alcanza.

Y no va a ser el primero de los placajes que me va a hacer. Porque disfruta de esta lucha cuerpo a cuerpo conmigo.

No puedo ocultar que me regocija saber que disfruta estando conmigo, más allá de mi formación en la cama y en la alcoba. Me hace creer que no será solo sexo lo que nos una.

Mis castillitos, ahora mismo, empiezan a ser gigantescos.

Después de entrenar, nos hemos duchado. Por separado.

Y ahora llevamos ropa más liviana para comer. Me encanta cómo huelen estos espaguetis a la boloñesa. Y la verdad es que tengo hambre porque el cuerpo a cuerpo con Adonis me ha abierto el apetito.

—Espero que no me salgan cardenales —digo, y tomo un sorbo de agua—. Se van a pensar que tengo a un vir sadomaso.

—Los hay. Pero no es mi caso. Te dolerá el cuerpo, aunque no he apretado lo suficiente como para dejarte marcas —contesta mientras compartimos la ensalada caprese.

Ya entiendo por qué es de los platos favoritos de Adonis. Está deliciosa. El tomate confitado y la albahaca le dan un sabor riquísimo y muy especial.

—El Demogorgon ha escrito. Nos ha mandado a todos una hoja de ruta del Sabbath.

Lo escucho con atención.

—El viernes asistiremos a la Mansión Aventino. Ahí haremos nuestra presentación en sociedad.

—¿La Mansión Aventino? ¿Sabes dónde es?

—No. Nos enviarán la ubicación el mismo sábado. Lo han llamado así porque el culto a Bacus se realizaba en un bosque sagrado entre el monte Aventino y el Tíber. Hay código de vestimenta para todos. Las mujeres llevaréis un vestido transparente y largo, zapatillas de tiras romanas y un antifaz negro. Los hombres iremos vestidos de esmoquin con un antifaz dorado con cuernos. Será solo una noche social donde se hará algún tipo de juego báquico. Pero estaremos preparados para cualquier cosa.

Trago saliva y asiento. Solo pensar en esa noche ya me pone nerviosa.

—Después, el día 17, se celebrará la Liberaria, una fiesta romana —continúa Adonis cortando un trozo de queso y pinchando también parte de un tomate— o también conocida como la Liber Pater. Más tarde, vendrán las Lupercales el día 22; la Floralia, de la noche del 27 al 28. La Noche de las Bacantes aún no tiene fecha. Y finalmente, el Backheia que caerá en 10 de mayo y es con lo que concluyen el Sabbath. Esas son las fechas de los rituales.

—Va a coincidir con la noche en la que se quema al Demonio en Badalona —observo.

—Muy apropiado. —Sonríe tenso.

—Bien, entonces ya tenemos fecha de inauguración del gran ardid. —Pretendo aligerar la tensión. Creo que a ninguno de los dos nos

alegra saber que tenemos la entrada de la puerta al Infierno tan cerca. Adonis está acostumbrado a ser un demonio. Pero yo no. De hecho, por naturaleza y por legado familiar, soy todo lo contrario.

Él no dice nada. Solo se queda en silencio. Hasta que lo rompe al añadir:

—Esta mañana he estado con John y Nicolaus. Creo que te conviene saber lo que han descubierto sobre Margarita.

—¿Y qué es?

—Como te dije, Margarita se encarga de hacer un seguimiento a esa cartera gigantesca de clientes a los que la Influenza les ha dado efectos secundarios. Hemos descubierto que Tania Soler también asistió una vez a hacer un control con ella. Margarita envía los resultados de sus chequeos a través de una aplicación privada en una especie de intranet.

—Dios mío…

—Fanke está registrada en la base de datos de ese programa desde hace ocho semanas, pero nunca visitó a Margarita.

—No lo entiendo… A Fanke la mataron hace dos semanas. ¿Acaso recibió esa vacuna hace relativamente poco tiempo?

—Eso parece.

—Entonces es que la siguen inoculando.

—Así es.

—¿Y seguís creyendo que Margarita forma parte de eso? ¿Que es plenamente consciente de lo que está haciendo?

—Eso es lo que necesitamos confirmar.

—Pero… ¿cómo puede una vacuna contra las afecciones pulmonares provocar que dos mil personas deban ser atendidas por un neurólogo y después por un terapeuta?

—John y Nicolaus tienen los resultados de las pruebas que le hicieron al vial. Trata problemas pulmonares, pero al parecer, provoca algo peor. Y créeme que incluso los especialistas en biología molecular y los bioquímicos que hemos contratado para que nos ayuden se han quedado muy sorprendidos. No lo entiendo. Por ese motivo, mañana le haremos una visita a Margarita. Y después iremos a ver al neurólogo para que nos explique qué es lo que sucede exactamente. Por último, buscaremos el origen, el laboratorio del que sale la vacuna y quiénes lo dirigen.

—¿Haremos? —digo en un estado de alerta visible—. ¿Quiénes?

—John, Nicolaus y yo.

—Y yo también.

—No, tú no.

—Adonis, no vas a hacerle nada a esa mujer sin estar antes muy

convencidos de que no es inocente. —Aprieto con fuerza el tenedor—. No quiero cargar con el peso de la muerte de nadie y menos saber que vais a hacerle algo. Voy contigo.

—Si vienes —contesta muy sereno sin desviar la mirada del plato —, no puedes abrir la boca en ningún momento. Vamos a ir encapuchados y la asustaremos para que hable. Si oigo mi nombre en algún momento o solo una exclamación de sobresalto por tu parte, te saco de la ecuación rápidamente.

—¿Serías capaz de asesinarme? —Acabo de palidecer.

—*Pazza*… —susurra mirándome de un modo muy taimado—. A veces creo que piensas que soy un demonio de verdad. Capaz de cualquier cosa. No voy a asesinarte, deja de decir tonterías.

—Deja de decir eso. —Lo señalo con el tenedor. Me pone de mal humor que esté tan calmado y yo me sienta como una histérica al saber que van a torturar a Margarita—. Y deja de hablar como si fueras un sicario, así yo no pensaré mal. —Me empiezo a pelear con los espaguetis. Suelo tener problemas al enrollarlos en el tenedor.

—Vendrás al interrogatorio si es lo que deseas. Pero estarás en completo silencio. —Observa de reojo cómo mato a la pasta en el plato—. Ella nunca debe saber que has estado ahí. ¿Entendido? Y no hablemos más de esto, nos estamos adelantando a los acontecimientos. Ares, deja de hacer esa escabechina. —Se levanta de la silla y se coloca a mi espalda. Se inclina hacia delante hasta pegar su mejilla a la mía.

—¿Qué haces?

—¿Yo? ¿Qué haces tú?

Adonis toma mi mano derecha y me ayuda a sujetar el tenedor correctamente. Después, me apoya la cuchara en la izquierda y también me ayuda a sostenerla.

—La cuchara no es solo para las cremas y las sopas. No eres un auténtico romano si no comes la pasta así. Mi virtuosa come la pasta como una *piccola*.

¿Me está regañando? Empujo el interior de la mejilla con la lengua para golpear la suya levemente, solo para ver su reacción.

Él sigue impertérrito, aunque percibe muy bien lo que le estoy haciendo.

—Eres muy payasa —dice sin más.

—Y tú muy mandón y demasiado corrector.

—Ares, con la cuchara recoges los espaguetis. ¿Ves? —Qué didáctico es todo—. Sin levantarla, pinchas y empiezas a dar vueltas con el tenedor lo que hay en ella.

Lo escucho, pero no puedo dejar de mirarlo. Me absorben sus

facciones, esas mejillas tan bien afeitadas. Me quedo embobada con su voz y su perfil. Si le diera un beso en la mejilla ahora mismo, ¿qué pasaría?

Lo peor de todo es que Adonis ha delineado tan bien los límites que no debo cruzar que no sé si atreverme; no quiero llevarme un planchazo.

—Muy bien. Abre la boca —me ordena con el tenedor lleno de espaguetis enrollados como serpientes.

Hago lo que me pide y dejo que guíe mi mano y me introduzca el tenedor en la boca.

Cuando pruebo ese exquisito bocado italiano, cierro los ojos y me muero del gusto ahí mismo.

—¿Están ricos?

Asiento y mastico deleitándome con cada mordisco.

—Tremendos.

Él ríe complacido.

—Díselo a Antón. A su ego le encanta que le reconozcan su buen hacer en la cocina.

Adonis me mira fijamente el labio inferior y sin que pueda disfrutar de lo que va a hacer, recoge algo de mi comisura con el pulgar y se lo lleva a la boca.

Juro que he tenido un espasmo entre las piernas al ver cómo el dedo ha desaparecido entre sus labios.

Sin más, se aparta de nuevo. Siempre que hace eso, siempre que se aleja, tengo la sensación de que cualquier acercamiento espontáneo entre nosotros me lo he imaginado, como si nunca hubiese pasado.

Él vuelve a sentarse a la mesa, a mi lado, y asiente feliz al ver que sigo sus instrucciones con la pasta. Es ridículo lo congratulado que parece, y eso lo hace parecer hasta infantil.

—Comamos, Ares.

—Comamos, vir.

Y así es como Adonis consigue que deje de discutir con él con cosas de las que no debo preocuparme, porque él sabrá cómo ocuparse del asunto al día siguiente.

El Demonio sabe más por viejo que por demonio.

De nuevo, me hallo desnuda frente a él.

La bata está en sus manos. Me la ha bajado por los hombros y me la ha retirado de la piel.

Hay maneras de quitar capas. Y Adonis es un experto, porque sabe mantener la tensión, cómo mirarme para que me encienda. Las

dimensiones de este desastre que está teniendo lugar entre los dos pueden ser catastróficas, por el amor de Dios.

Pero me he metido hasta el fondo del hoyo, hasta las profundidades de la cueva, y lo único que me puede pasar ahora es que la bestia me devore.

Él pasea la mirada por cada rincón de mi cuerpo expuesto. Aprieta la mandíbula, como quien empieza a salivar.

—Quiero que te estires en la cama.

—Sí, vir.

Es curioso, porque Adonis se cree que voy a sentirme cómoda con él desnuda, que lo normalizaré. Pero no pienso hacerlo, eso no va a suceder. Si él no me atrajese de esta manera, igual no me importaba. Pero no solo es atracción; además, mis necesidades y deseos están escritos en mi cuerpo y revelan mi verdad. Lo hace con el modo en que mi piel se eriza cuando está cerca o me mira. Es incontrolable.

Jamás me había pasado con nadie. Sí, es evidente que Adonis es el hombre de mis primeras veces y mis nuncas.

Me estiro en el colchón, apoyo la cabeza en la almohada y lo observo esperando una nueva orden.

Él se acerca a mí y me dice:

—Levanta un poco la cabeza.

Lo hago y él esparce mi melena negra por toda la almohada. Sé que le encanta mi pelo. Y creo que yo también le gusto mucho, pero está luchando contra eso.

—Admiro tu melena, Ares. Es preciosa. Me complace verte así —admite esa obviedad sin más preámbulos.

—Lo sé, vir.

No le digo ni gracias. Él es sincero, yo también.

—Voy a estimular tu chakra básico y el sexual. —Posa los dedos sobre mi vientre y añade—: Lo ubican aquí, entre el pubis y el ombligo. Muy adentro, alineado con la columna vertebral. Todos los demás pueden abrirse mediante la meditación o las asanas. Pero estos dos, que están tan abajo, se pueden estimular en pareja. Y si sabes dónde y cómo tocar, es mucho mejor. Yo puedo estimularlos con el roce y el contacto. El chakra básico se encuentra entre el ano y la vagina, en la zona perianal.

—Hablas como un proctólogo o un ginecólogo.

Adonis me dirige una mirada de advertencia.

—El chakra sexual está más arriba. Los dos se pueden encender por el pensamiento o por contacto físico. Es imposible que tú, sin haber meditado antes, los puedas activar con la mente, pero sí puedes ser consciente de ellos en cuanto yo te empiece a tocar. El abismo báquico

es el sueño que todos los miembros de la Corte quieren conseguir. Es una leyenda real. Si el hombre y la mujer consiguen ir a una, conectar sus chakras y retener sus orgasmos, estarán a las puertas del abismo. Eso no significa que se prive el orgasmo. Se trata de disfrutar plenamente del placer, de la corriente de energía que se crea entre los cuerpos al practicar sexo, que es sagrado para ellos. Si aprendes a disfrutar de él, de cómo se estimulan según qué zonas, entonces para ellos estás más cerca de todos los secretos de su dios. Por eso usan el sexo como herramienta de iluminación y de conexión con lo divino. Si alcanzan ese punto, si se logra esa simbiosis en la pareja en la que el orgasmo consigue incendiarlo todo y alejarnos incluso de nuestro yo hasta el punto de vaciarnos la mente de cuajo, entonces el universo entra en ella como una estampida. Y si eso sucede, entraremos en el abismo báquico, donde cualquier cosa puede pasar. Donde la realidad se desdibuja y ves más allá.

Entiendo el concepto de vaciar la mente, de retrasar el orgasmo para que dé más placer, de sobreestimular las zonas erógenas, de disfrutar de nuestros cuerpos con total libertad. Pero sigo sin comprender adónde quieren llegar con eso.

—Y si consiguen toda esa comunión de la que hablas, ¿qué es lo que puede pasar? ¿Qué harían con eso?

—No lo sé exactamente. Eso lo averiguaremos en el Sabbath —contesta Adonis acariciándome el vientre plano con ternura—. Ver quiénes llegan a ese abismo y qué hacen con ellos.

—¿Tú lo has conseguido?

—Tengo mucho autocontrol, Ares. Soy muy disciplinado y puedo tener orgasmos tántricos. Sin embargo, aquí se trata de lograrlo en pareja. Y para ello, debe haber una confianza plena del uno con el otro y disfrutar del camino, de los preliminares y de la sensación de vivir y estar en el cuerpo del otro.

—¿Ni siquiera con Tania?

—No. Ni siquiera con ella —contesta con seguridad.

No decimos ni una palabra más durante unos segundos. Exhalo y miro al techo con ansiedad y un poco de preocupación.

—¿Cómo vas a estimular mis chakras?

Adonis se sube a la cama, pero en vez de cubrirme con su cuerpo, me abre las piernas y desciende lentamente hasta posar su cara a un palmo de mi sexo.

—Voy a encenderte y a inflamarte. No quiero que te corras, Ares. Quiero que te concentres en mi lengua, en mi boca, en mis manos y en cómo se concentra tu energía entre tus piernas. ¿Me has oído? Te correrás cuando yo lo diga. Nunca antes.

—Sí, vir.

—Nuestra forma de tener sexo aquí, cómo nos aprendamos, cómo nos movamos, se reflejará en el Sabbath. Voy a aprender lo que te gusta, aunque creo que algunas cosas ya las sé.

—Yo creo que eres un presuntuoso.

Adonis agacha la cabeza para que no lo vea sonreír. Quiere seguir manteniendo el papel de vir inflexible, pero a veces hago que su fachada se debilite.

Y, con todo y con eso, puede que la que me equivoque sea yo. Adonis se incorpora un poco, mete la mano por debajo de la almohada y saca unos grilletes.

Abro mucho los ojos.

—¿A quién piensas detener con eso? —le pregunto espantada.

—Estas son para ti. No quiero que me apartes en ningún momento, ni siquiera cuando creas que no puedes soportar tanto placer.

—¿Qué tontería es esa? Si me das placer, no pienso apartarte.

—Esa sí que es la afirmación de una persona presuntuosa —augura colocándome los grilletes alrededor de las muñecas. Me levanta las manos por encima de la cabeza y encaja las esposas en algún lugar del que ya no pueden liberarse si no es con ayuda—. El dolor más deliciosamente insoportable es el del placer. ¿No lo sabías, *piccola*?

—Esto podría dar un poco de miedo.

—¿Tienes miedo? —Adonis estudia mi expresión a dos dedos de mi cara—. Si me temes, no puedo seguir con esto. ¿Me tienes miedo? —repite.

Se me seca la garganta y carraspeo. A estas alturas, eso sería ridículo. Adonis podría haberme destruido en cualquier instante y no solo no lo ha hecho, sino que además tiene la paciencia suficiente como para explicarme las cosas.

—No. No te tengo miedo.

—Debería ponerte los grilletes en los tobillos, para que no cierres las piernas. Pero eso lo probaremos mañana.

—Me parece bien —digo agradecida.

—Aunque te pondré esto otro. —De debajo de la almohada, saca también una cinta negra—. Voy a cubrirte los ojos con ella para que te concentres en lo que te hago y no te distraigas. Solo estoy yo, mi lengua y mi cuerpo. ¿Puedo?

Me la enseña para que le dé mi conformidad. Nunca he jugado a privaciones sensoriales de ningún tipo. Este es el sexo más atrevido que estoy viviendo. Y me parece inquietante que me cubra los ojos.

—¿Empezamos?

—Claro, no te cortes, vir. Aquí estoy, encadenada y ciega para ti.

—Mi tono no puede ser más suspicaz.

—Sigues siendo una insolente. No se te ocurra hablarme así delante de nadie en el Sabbath.

—No lo haré, vir.

Adonis suelta el aire entre los dientes. Vuelve a descender por mi cuerpo hasta ubicar su cara en mi sexo.

—Quiero que aguantes, Ares. Todo lo que puedas. Voy a estar una hora calentándote y no voy a dejar que te corras. ¿Estás preparada?

—No. —Me da un bocado leve en el interior del muslo y yo grito de sorpresa—. ¿Me has mordido?

—El vir puede hacer cualquier cosa que quiera. Deja de bromear, Ares. ¿Estás preparada?

Cierro los ojos con fuerza, resoplo y contesto:

—Sí.

—Perfecto. Bienvenida al Infierno.

El vientre me va a estallar. Se me están saltando las lágrimas y no sé si es que lloro porque quiero, por el placer o por el dolor de no poder liberarlo.

No sabía que una tortura podía ser así.

—Lo estás haciendo muy bien.

Adonis me abre los labios externos y me vuelve a soplar por enésima vez el clítoris inflamado y tan estimulado hasta el punto de que me duele. No lo soporto. Lo está enfriando, y lo tengo en llamas. Pero eso es peor, porque cuando vuelve a chuparme con la lengua y a lamerme de arriba abajo y en círculos, todo se convierte en un espanto de placer y de gusto insatisfecho. Me ha estimulado, me ha introducido dedos y lo ha hecho todo a la vez… Y no sé cómo lo hace, pero detecta el momento en el que estoy a punto de correrme y en el que el placer se arremolina en mi interior. Entonces, se detiene y se aparta, dejándome en el limbo de las abandonadas, en el desierto de la impotencia. Toda la sangre de mi cuerpo se acumula entre mis piernas. Hace mucho rato que estoy a punto de explotar, con un orgasmo que no sale y Adonis me deja al borde del precipicio constantemente.

Sigo sin ver nada.

Introduce la lengua tan profundamente en mí que cuando vuelve a salir y a subir hasta mi clítoris, aún la siento dentro y es como si estuviera llena. Pero se queda ahí y, de repente, dos dedos suyos me invaden hasta el fondo. Gimo y sacudo la cabeza de un lado a otro, porque o me corro o me vuelvo loca.

De verdad, no sé qué demonio hay detrás de estas torturas sexuales, pero es retorcido. Será su tatuaje de Asmodeo, que lo posee.

—Siente toda la tensión y toda la energía entre tus piernas. Siéntela detrás del ombligo. —Me succiona los labios internos y después vuelve a cebarse con mi botón de máximo placer—. Tienes que sentir el pulso palpitando en esas zonas. Tu corazón acelerado. A ti. Todo… Familiarízate con esa sensación. Ahí está tu abismo. —Pasa la lengua por el clítoris y mueve los dedos con mucha lentitud—. Ahí está. Quieres correrte ya.

—Sí… —lloriqueo incapaz de sostener mi lamento.

—Pues no puede ser, *piccola*. Tienes que aguantar más. Ahora tienes que abrirte para mí.

Adonis saca los dedos y su lengua deja de martirizarme. Quiero llorar de rabia porque no me va a dar el orgasmo, pero también de alivio porque voy a tener un respiro y voy a dejar de tensar los músculos del estómago, que me duelen y me arden.

Hasta que me doy cuenta de que no se ha detenido. Al contrario, está recolocándose entre mis piernas. Siento sus manos apresándome el trasero y levantándome de la cama para que mi espalda casi dibuje un arco.

Siento cómo se desliza su miembro arriba y abajo por mi sexo hasta que se detiene en mi entrada, donde empuja con insistencia hasta que introduce su ancha cabeza roma en mí.

Estoy hinchada y, aunque esté lubricada, le cuesta entrar. Pero Adonis se cierne sobre mí, me aprieta el trasero con las manos y siento cómo toda su longitud y su grosor resbala hasta entrar en mi interior por completo y ocupar cada centímetro de mi vagina y encajar en el cuello del útero. Creo que hasta me ha golpeado el cérvix. Me asusto por la impresión y por las sensaciones.

—¡Adonis…, para! ¡Para!

El orgasmo está solo a un movimiento de estallar. Él se detiene sin dudar.

—¿Te he hecho daño?

No puedo ni hablar, aunque hago un esfuerzo.

—Para… Esto es… Me siento muy extraña.

Percibo que sonríe y noto sus dedos acariciar mis pechos desnudos.

—¿Estás asustada?

—No lo sé… —digo con voz trémula.

—Te sientes extraña por retener el orgasmo. Lo has hecho muy bien, Ares. Tienes que aguantar un poco más.

Me siento ridícula por sentirme bien con esas palabras que me ha dedicado. Tiene que reconocer que me estoy esforzando. Y lo hace.

—Debes tolerarme. Voy a llegar justo hasta aquí. —Con dos dedos roza una zona debajo de mi ombligo—. Justo en la pared que hay debajo de esto tan bonito. Me vas a sentir ahí.

Y no pierde más el tiempo.

No me ha soltado el trasero desde que me ha penetrado, y no lo va a hacer ahora.

Cuando empieza a embestir, soy plenamente consciente de que nada ni nadie ha llegado tan hondo en mi cuerpo. Y me aterra pensar que me vaya a dejar secuelas, no físicas, sino emocionales, porque a saber qué puertas abre tener sexo de esa manera. Sin límites ni restricciones.

Su miembro bombea y bombea en mi interior. Oculto el rostro en mi brazo y aprieto los dientes porque tengo la necesidad de esconderme de esto, de él.

—Concéntrate en ese lugar, Ares.

—Dios mío. —Me muerdo el brazo y él me regaña.

—¡No te muerdas!

—Me quiero correr… No lo aguanto más.

—¡No! ¡Aún no!

Recuerdo a la pareja del Abismo, el modo en que él le hablaba y le reñía para que no se corriese. Cómo la azotaba… Y el pensamiento me excita más. Pero como me azote, le doy un cabezazo. Porque ahora estoy sensible y no lo voy a soportar.

Así que esta vez, le muerdo a él y como tengo los ojos tapados, no sé si es un hombro, el cuello, el brazo o la oreja. Pero me da igual.

Y ¿qué hace él a cambio? Acelera las embestidas y las hace más profundas hasta que me parece una locura insoportable.

—¡Adonis! Por favor…, por favor… —le suplico. Se me están saltando las lágrimas—. Oh, Dios mío… Por favor, ¡por favor!

—No soy Adonis. —Empuja hacia delante hasta que noto sus testículos golpear el trasero y el impacto de carne contra carne. El sonido es inquietante—. Pídemelo apropiadamente. Como si estuviéramos rodeados de gente, viendo cómo te poseo, Ares. —Me acaricia los muslos y los glúteos y lo saca un poco solo para volver a introducirlo hasta emitir el mismo sonido.

La imagen se forja en mi mente, pero está tan embotada de placer que ni siquiera me incomoda.

Me humedezco los labios.

—Por favor, vir. Haz que me corra. Por favor…, te lo suplico.

Adonis se detiene sin salirse de mí.

Y entonces se vuelve a mover en mi interior. Bombea y bombea, arriba y abajo, en círculos, como cree que es mejor, hasta que agarro

el orgasmo y esta vez, ya no lo suelto.

Vuelvo a morderlo porque soy incapaz de no hacerlo y empiezo a tener el orgasmo más descomunal que he sentido en mis veintisiete años. Mayor que la explosión del volcán de Pompeya… Es tan increíble que siento unas chispitas blancas en los ojos y, por un momento, temo que vaya a perder el conocimiento. Pero no. No quiero desmayarme. No llego a eso.

Me corro con el miembro pesado de Adonis dentro de mí, tan profundo que creo que está creando otro conducto solo para él.

Y no sé cómo de largo es este éxtasis. Solo sé que tendré suerte si sigo viva después de esto.

XIII

No sé cuándo me ha quitado los grilletes.

Ni cuándo ni cómo nos hemos metido en el agua de nuevo. Solo sé que no me equivocaría si dijera que las atenciones sexuales de Adonis me han torturado durante casi dos horas. Dos horas perdidas en un limbo de necesidades irreprimibles que sí han reprimido hasta que han explotado de un modo en el que me he sentido avasallada, superada por el gozo, encumbrada a la cota más alta de la fascinación más sensual.

Pero ¿qué es un orgasmo de unos sesenta segundos después de dos horas de estimulación?

Siento que me han vaciado, que me lo han quitado todo. Que me lo han robado todo.

Y es agotador.

En la piscina, sus brazos a mi alrededor, que me sujetan amablemente, pretenden ser calmantes. Y en cierto modo lo son.

Notar el agua entre las piernas me refresca, pero también hace que advierta lo irritada que estoy. Y es una sensación muy bipolar. Es gustoso y también incómodo.

Siempre he pensado que el tema de los lubricantes, de la irritación y esa incomodidad por el exceso tenían que ver más con las ganas de exagerar que con la realidad. Pero eso era antes de Adonis. Ahora entiendo que pueda ser verdad si te encuentras con un martillo pilón de las dimensiones de este hombre. Y si, además, la zona más vulnerable de tu cuerpo queda expuesta a unas atenciones intensas y profundas como las que he recibido. El roce, el ardor…, la constancia disciplinada crea fricción, quema y al final puede doler.

Y lo peor de todo es que solo he tenido un orgasmo. Uno de esos que me ha hecho llorar después, de un modo incómodo. Me ha parecido poco, pero ha sido tan increíble. Querría muchos más así.

Sin embargo, estoy destruida y no tengo ganas ni fuerzas para hacer otra cosa que no sea mantenerme abrazada a este hombre y flotar en el agua de esta piscina que creo que tiene algún tipo de narcótico, porque siento que levito.

Solo lloro en silencio, demasiado avergonzada como para mirarlo a la cara. ¿Cómo es eso después de haber tenido sexo y un orgasmo así? Nunca me ha pasado.

Adonis sabe que estoy llorando y lo respeta. Intenta calmarme con su abrazo mientras me sostiene y camina conmigo por toda la piscina. Creo que él también está buscando su propia paz, porque no se ha corrido y aún sigue duro.

¿Por qué se hace eso? ¿Por qué no lo disfruta? ¿Por qué no se quiere dejar ir? ¿Cómo puede soportarlo? ¿Tan adiestrado está para prohibirse disfrutar y liberarse? Al fin y al cabo, estamos entrenando.

—Las lágrimas de la tortura —susurra sobre mi sien—. Son catárticas, *bambina*. Déjalas ir. No te reprimas. Es normal que llores. Estas experiencias de la privación del orgasmo acumulan mucha tensión emocional y todas explotan tras el éxtasis.

Sorbo por la nariz y no añado nada. No sé ni qué decir. Ha sido un martirio, pero ha sido delicioso, porque también me ha barrido un placer excelso.

Entonces ¿por qué me siento tan enfadada con él?

¿Por qué estoy tan contrariada?

¿Qué me está pasando?

—¿Por qué no te has corrido? Estamos entrenando, vir. —Sorbo por la nariz. No quiero que suene a reproche, pero he fracasado de lleno.

Él inhala profundamente. Siento cómo su pecho desnudo se expande contra el mío, y después, suelta el aire como si él también estuviera abatido.

—Que no me haya corrido no quiere decir que no lo haya disfrutado. ¿Es eso lo que te preocupa?

Observo el modo en que el agua dibuja ondas a nuestro alrededor antes de orillar en las paredes que delimitan la piscina.

—No sabía que un hombre podía aguantar toda esa presión sin eyacular. Pensaba que eso solo lo hacen los actores porno.

—¿Tú ves porno, Ares? —pregunta con interés.

—Todos vemos porno de un modo o de otro —contesto con la mejilla apoyada en su hombro, sin mirarlo—. El sexo está en todos lados. Está en los anuncios, en las series que están completamente desmelenadas… Lo percibo en la manera que tienen muchos hombres de mirar a las mujeres. Y también en muchas mujeres cuando miran a los hombres. Y veo vídeos porno de vez en cuando —añado sin más—. Pero no me gustan los feos y peyorativos.

—Entonces, no sé qué ves. El porno suele ser así.

—Algunos son asquerosos. Esos los odio —confirmo—. Yo veo

otros más románticos. O, al menos, los actores me hacen creer que hay cuidado y amabilidad entre ellos.

Adonis intenta echar la cabeza hacia atrás para mirarme mientras hablo, pero no se lo permito. Me abrazo con más fuerza y vuelvo la cara.

Siento que sonríe porque sabe que no quiero que me vea tan vulnerable.

—No hay un porno bonito, *piccola*. El porno es sexo básico y burdo entre personas, en carne viva.

—Bueno, creo que hay niveles. Soy más de porno *love*.

Adonis suelta una risita incrédula.

—Has creado un nuevo género.

—Da igual. Te has desviado del tema. ¿Por qué no te corres? —insisto—. ¿Es que no te apetece?

—Ares… —Sé que le parece una tontería lo que le pregunto, pero para mí es un enigma—. ¿Te preocupa que no me corra porque crees que no te deseo o no me gustas?

—Me preocupa porque creo que eso es malo para ti. Debes tener los testículos morados.

Adonis vuelve a reírse. No es que no me agrade que le haga gracia lo que le digo, ni que no me guste oírlo reír, porque me encanta, maldito sea. Pero… al final, yo me he corrido. Y él no.

—¿En el Sabbath no te vas a correr ni una sola vez? —Paso un dedo por encima de uno de los cuernos del demonio del tatuaje de la espalda.

—Solo cuando lo exijan los juegos.

Aguanto unos segundos lo que quiero decirle. Pero al final las palabras se me escapan.

—¿Y aquí? ¿Conmigo?

—No.

—No me creo que nunca te hayas corrido con Tania o con otras… —le echo en cara.

—Sí me corro, Ares. Sí me he corrido con otras. Te he dicho que con Tania nunca logré el abismo báquico. Eso es muy difícil de conseguir, se requiere mucha práctica y mucha compenetración. Pero sí me he corrido con ella. Soy un hombre, tengo que evacuar en algún momento.

—¿Y conmigo no? —le reprocho ofendida.

Adonis me aparta suavemente, aunque sigue sujetándome por las caderas.

—Ares, mírame. La energía sexual es vital para el Sabbath. No quiero perderla ahora. Me ayudará a estar más centrado. Más en

sintonía. Más alerta en la Corte. Recuerda lo que te expliqué: el hombre libera energía y se queda vacío. La mujer la recibe.

—Yo también me quedo vacía. Si tú no te corres, ¿qué es lo que recibo yo? —Me estoy enfadando.

—El placer. La fricción enérgica entre los dos. El orgasmo. Y cuando estés presente en tu orgasmo, cuando seas capaz de correrte y ser consciente de ese caudal de energía que explota en tu vientre y riega cada terminación nerviosa y cada rincón de tu cerebro, entonces podrás disfrutarlo de un modo infinito y se te abrirá otra puerta.

—Me siento como en un globo, estoy hasta mareada y parece que me haya arrollado un camión. ¿Qué he recibido yo? Para mí el sexo tiene un sentido bidireccional. Tú das y yo doy. Yo recibo y tú recibes. Entiendo lo que me cuentas del Sabbath y lo que quieren conseguir con el orgasmo… Pero no creo que sea como si allí, si todos se aguantan y explotan cuando ya no puedan más, se vaya a abrir una puerta dimensional a la divinidad. —Lo sé, me estoy burlando un poco del tema—. Además, para entender cómo funciona, supongo que antes debes haberte corrido mucho. Y tú no lo estás haciendo conmigo. Deberíamos conocernos el uno al otro, pero no me dejas. ¿Vas a hacer que me corra solo yo y tú no vas a dejarte ir ni una vez? ¿Es eso?

—Es mi intención, sí. —Una sensación de decepción me abraza y me deja muda—. Ares, hoy has experimentado el aguantar el orgasmo y retrasar la explosión hasta que se convierte en una bomba atómica entre las piernas. Mañana vas a tener que estar presente en cada orgasmo que te dé para que te familiarices con tu propia energía. Te estoy entrenando como una virtuosa, empujándote hasta tus límites y haciendo que encajes en lo que se exige de mí como vir. Te dije que esto no iba a ser fácil.

¿Por qué un hombre como él, al estar con una mujer, no querría disfrutar de su orgasmo? Es lo que no llego a entender. Aquí estamos solos él y yo. En cambio, ¿sí se va a correr cuando estemos delante de todos? Es de locos. Y me sienta mal. Hay algo en mi orgullo que se retuerce ante la idea.

¿Tanto miedo tiene Adonis a alcanzar otro tipo de intimidad y confianza? ¿Es eso?

¿Por qué? ¿Tiene miedo de dejarse llevar conmigo?

Me gustaría ver cómo llega al orgasmo. Me gustaría conocer sus expresiones y cómo recibe esa energía. Y no me lo va a permitir.

—Entonces no podré conocerte completamente, vir —señalo, ocultando lo mucho que me molesta todo esto—. Pensaba que estábamos aquí para aprender los dos juntos el uno del otro.

—Yo no tengo que aprender nada —me responde afiladamente—.

Quisiste estar aquí a pesar de todo. Te estoy formando. Has hecho un muy buen trabajo, Ares. Los maratones del Sabbath requieren de resistencia. Y sé que lo vas a hacer muy bien. No olvides nuestro objetivo —añade al final, para evitar confusiones.

Es como si me hubieran dado un manguerazo de agua helada en toda la cara. ¿Me acaba de decir que no me monte películas ni fantasías? ¿Que no deje volar mis ilusiones? Sí. Creo que lo ha dicho.

Entonces, ante su imperturbabilidad, debo recomponerme. Debo recordar por qué estoy aquí porque, en algún momento, entre las embestidas y su increíble mirada lobuna, el objetivo de mi inmersión báquica se me ha borrado de la mente.

Y no puedo caer en ese error. No debo dejarme arrobar por su mundo, su modo de tocarme, de hablarme o de mirarme… Porque creo que es un embaucador de verdad.

Adonis hace que muchas veces me sienta como el único ser en el mundo del que quiere toda su atención. Me hace sentir hermosa, increíble, sensual y única. Pero ese es su encanto. Esa es la brujería demoniaca que teje.

Y querer algo más allá de eso hará que no pueda sentirme ganadora en esta aventura. Hará que cualquier esfuerzo parezca inútil.

Todo es peligroso para mí.

Sobre todo, él.

Ayer por la noche me quedé dormida entre sus brazos.

No hablamos de mucho más después de la sesión en la sala de la puerta de Adriano. Yo no tenía ganas y respondía con monosílabos a sus preguntas.

¿Tenía hambre? No mucha.

¿Pedía al menos un yogur con frutos rojos y cereales para mí? Sí.

¿Necesitaba algo más? No.

¿Quería dormir? Sí.

El orgasmo, el sexo con él, me habían dejado bastante agotada. Y cuando me metió en la cama, me obligó a acurrucarme contra él. En realidad, él fue quien se acurrucó contra mi espalda. Y eso me desorientó más de lo que ya estaba, porque es un gesto tierno que provoca en mí unas necesidades que él no va a satisfacer.

Por eso me asusto tanto cuando estoy a su lado. Porque, aunque me ha dejado claro que esto es solo una relación de conveniencia fruto de mi extorsión —debo aclarar—, en ocasiones me busca; busca mi contacto y mi cercanía, como si realmente disfrutase de ellos y los necesitase. Como si ni él tuviera claro lo que estamos haciendo o lo

que quiere de mí.

Y es desesperante para una persona como yo, que no le gusta que la mareen o que la confundan.

Pero cuando me abrazó y se imantó a mi cuerpo, me removí y me di la vuelta para mirarlo a la cara.

Él me observó extrañado, esperando a que yo le dijese algo.

Hay dos cosas que sé sobre él a ciencia cierta. La primera es que si se pega a mi espalda, se excita, y más si estamos desnudos en la cama. Lo noto, aunque duerma con calzoncillos y a mí me obligue a dormir sin nada. Pero eso también me sucede a mí. Yo también me caliento con él cerca, así que nada que reprochar. La segunda cosa es que su habitación nunca está completamente a oscuras, porque siempre deja que la luz de la noche se cuele a través de los cristales de las puertas del balcón.

—¿Hay mucha luz? ¿Quieres que baje las persianas? —me preguntó.

—No —contesté con otro monosílabo.

Mi mano izquierda ascendió hasta su mejilla y después mis dedos se colaron entre su espeso pelo negro y largo, por el nacimiento de la frente. Adoro su pelo, me gusta el tacto sedoso que tiene a pesar de la forma en que se le ondule.

Y ahí está. El gesto defensivo de Adonis en cuanto toco con la yema las finísimas cicatrices en el lado izquierdo y derecho de su frente. Se retiró, pero procuró que su rechazo no fuese muy evidente. Sujetó mis manos con suavidad y me las apartó.

—En tu casa no hay fotos tuyas de cuando eras pequeño —le dije.

—Es porque esta no es mi verdadera casa. Solo es una vivienda más.

—Es otro ardid. Otra fachada más —convine, encogiendo los dedos de las manos.

—Sí. —Sus pestañas larguísimas aletearon al mirar mis labios—. Aunque, en mi hogar, en Italia, tampoco es que haya demasiadas fotos de niño ni de adulto.

—No te gusta verte en las fotos —asumí, y menos en el pasado. Pero va mucho más allá. Cuando pienso en él de pequeño, postrado en una silla de ruedas, se me encoge el corazón. Adonis tiene un problema, hay algo más que no acepta de sí mismo y aún no sé lo que es. Puede que no quiera mostrarse débil.

—Tú eres fotogénica y muy bella, Ares.

—Claro, y ¿tú no? —murmuré con sarcasmo.

—Te sientes cómoda al verte y con que te vean. Pero yo no. Casi me crie en la sombra porque era un niño diferente a los demás. Porque

quería estar alejado de la sociedad.

En realidad, esta historia tiene similitudes con la de Antón.

Pero Adonis me oculta lo más importante. Sé por qué se escondía, por su condición, y sé por qué su padre lo sobreprotegía.

Me mordí el labio inferior y lo pellizqué entre los dientes. Debía armarme de valor para intentar horadar un poco esa coraza.

—Tienes dos cicatrices muy finas en el nacimiento del pelo. Apenas se ven —recalqué con algo de inseguridad.

Mudó por completo la expresión y se convirtió en una más fría y mortal.

—¿Cómo las has visto?

—Mientras luchábamos, cuando… cuando te dejé inconsciente. Te aparté el pelo de la cara. Solo… solo fueron unos segundos. —Me estaba incomodando—. ¿Por qué me miras así?

—Tuve un accidente cuando era un bebé —explicó sin demasiada emoción—. Me caí del carrito mientras ayudaban a mi madre a subir unas escaleras. Caí de frente y tuvieron que ponerme puntos.

Cuando Adonis me miente así, no solo siento pena por él. También por mí, porque no me considera alguien de confianza como para revelarme qué le pasó y cómo lo vivió. Sé lo que me dijo Antón. Que había tenido problemas neuronales y en la columna vertebral. ¿Por qué no lo reconoce? ¿Por qué prefiere contarme algo así?

Cerré los ojos decepcionada y dejé que Adonis me liberase las manos poco a poco.

—Debiste darte un buen golpe. —Le seguí el juego con indiferencia. Es evidente que necesita mucho más para abrirse.

—Sí —contestó él.

Me gustaría haberme quedado mirándonos cara a cara, pero se sentía incómodo y yo un poco triste, la verdad. Es como si hubiera cruzado una línea prohibida; percibí muy bien cómo se alejó para volver a zona segura.

Y sí, sigo enfadada. También estoy ofendida. Pero mis sentimientos no son compatibles con cómo debo comportarme. Lo que siento no debe ser un impedimento para seguir adelante. Quiero saber más cosas de Adonis, pero no le puedes pedir peras al olmo. Y, sin embargo, sé que aunque soy muy consciente de ello, esta angustia, esta necesidad que aumenta con cada hora que paso con él, no va a desaparecer. Y debo aprender a convivir con ella, porque el Sabbath está a la vuelta de la esquina.

Por ese motivo, le di un beso en la mejilla. Un beso que en ningún momento me pidió y que sé que no quiere. Inmediatamente, le di la espalda y me hice un ovillo para fingir que iba a dormir porque no

quería más reproches.

Tardó unos segundos en acercarse a mí otra vez, a cubrirme con su cuerpo y a ponerse en posición de cucharita.

Antes de dormir, me imaginé que, con el tiempo, se irá acercando a mí cada vez más, que se dejará ver, porque tenía claro que mi curiosidad no iba a desaparecer.

Recuerdo todo eso ahora, cuando ya estoy preparada para bajar a desayunar.

Me miro en el espejo de cuerpo entero.

Llevo un pantalón de pitillo negro, una camiseta violeta de un tono oscuro y una chupa. Me he dejado el pelo suelto y me he calzado unas Air Max 90 de color negro.

He hecho una videollamada con mi madre y con Venus. Están bien. De hecho, John y Nicolaus les están poniendo las cosas muy fáciles y las tratan como a reinas. Me está dando envidia perderme eso. Cada día que paso sin abrazar a Venus, me duele. Tengo ansiedad por estar con ella, por verla. Aunque Adonis sabe que soy muy familiar y que necesito a los míos cerca, me ha dicho que contactarlas ahora es contraproducente para mí, que estos días mi concentración debe estar aquí, en este castillo. Que no necesito distracciones para que todo salga bien en el Sabbath.

Y estoy en ello.

Hoy será otro día de descubrimientos, de contacto íntimo con Adonis y también de enfrentamiento, porque vamos a hacerle una visita a Margarita. No sé cómo se va a dar ni qué vamos a hacer con ella, pero tengo la necesidad de estar presente porque no tengo claro que esté involucrada conscientemente en todo.

Eso es lo que pienso. Sé que Adonis difiere.

Bajo las escaleras que van de su torre a la planta baja y observo los tonos que se cuelan por la vidriera de colores. Este lugar cada día me parece más hermoso y especial.

Al salvar el último escalón oigo las voces de Adonis y Antón. Están discutiendo, o eso me parece. Así que me detengo y me escondo como una alcahueta experta.

—Solo quiero saber si le has hablado de mí —le recrimina Adonis.

—He conversado con ella. La señorita Ares es confiable.

—Antón —lo corta—. Ares me hizo una pregunta anoche. Sobre las cicatrices de la frente. Es muy inquisitiva e inteligente, no le puedes dar información de más. No quiero que sepa nada de mi infancia. Nada. Es increíblemente despierta y curiosa y, además, tiene esa extraña energía a su alrededor que hace que resuelva cosas casi sin querer. Sabe cómo obtener respuestas y cómo atraerlas. No me

interesa que Ares sepa nada más de mí.

—No hay nada malo en usted, excepto que es un rompecabezas incluso para sí mismo.

—Si hay algo malo o no, solo lo decido yo.

Un silencio incómodo se instala entre ellos hasta que Antón dice:

—No tiene por qué ser así. No tiene por qué huir siempre y darle la espalda a todo.

—No te metas donde no te llaman, Antón.

—No es que esté metiéndome en cosas que no me conciernen, señor. —Su voz sonó recta y estricta, como marcando el territorio—. No soy un desconocido. Su padre me dejó a cargo de su casa y de usted. Estoy aquí para recordarle que, en su camino ciego hacia la venganza, puede que haya dejado de ver a quién se lleva por delante. Se molesta porque Ares se ha fijado en las cicatrices de la frente. ¿Y no ha advertido la cicatriz de la parte baja de la columna? No, claro, porque se la cubrió con el tatuaje.

—No se ha fijado porque nunca le doy la espalda a nadie.

Esa frase me hiere, dice tantas cosas de él… Y también de lo que piensa sobre mí. Como si temiera que alguien le diera una puñalada trapera. Pero yo jamás sería esa persona.

—Asuma que esas cosas suceden cuando deja que una mujer como ella se acerque a usted. No puede controlarlo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes —¿Le está tuteando? Qué atrevido—. Te conozco. Nunca has dormido con nadie. Nunca has tenido en consideración las emociones o las necesidades de los demás. Y, de repente, la llevas a ella a tus dependencias personales. Duermes con ella. Dormir —repite impresionado—. Y además de verdad. Sin píldoras —recalca—. La tratas de un modo distinto, la miras a los ojos cuando habla, interactúas con ella, la proteges constantemente… ¿No te das cuenta de lo que te está pasando? ¿Estás ciego o solo asustado?

—No sé a qué te refieres. No es nadie especial. Solo lo hago para que se sienta más cómoda. Este mundo es nuevo para ella. Nada más.

Escuchar esa afirmación reivindica mi propósito de no construirme castillitos en la cabeza. Aunque me molesta y me duele mucho.

—Este mundo sería nuevo, oscuro e incomprensible para cualquiera que no acepte ese tipo de roles. Pero, te repito, ella no es como las demás. Y espero que te des cuenta antes de que sea demasiado tarde.

—La venganza es dulce y no engorda —contesta Adonis exhalando —. Solo estoy disfrutando de la experiencia. Pero me lo pones difícil con esos arrebatos de cargos de conciencia.

—Si le dices la verdad, su reacción podría sorprenderte.

—No digas tonterías. Nadie debe saberlo.

—Lo único que te pido es que abras bien los ojos y que no expongas a esa chica a un sufrimiento innecesario.

—Yo me ocupo de Ares. La estoy protegiendo. —Alza la voz—. No le va a pasar nada ni a ella ni a nadie a quien quiera. Le he dado mi palabra.

—Pero, Adonis…

—Señor Adonis —lo corrige inclemente—. Deja de tutearme y mantén las formas, Antón.

—Señor, tiene que entender que lo que hace afecta a las personas. Que interactuar con ellas así puede crear vínculos. Lo sabe.

Claro. Adonis debe inspirar eso en las mujeres a las que trata y con las que se acuesta. Todas quieren más de él. Y él no quiere nada con ninguna. Lo único que me diferencia a mí de las demás es que yo conozco su tapadera, que le he obligado a aceptarme y eso lo hace sentir inseguro.

—Siempre he dejado las cosas claras. Y también lo he hecho con Ares.

—Hasta hoy —sentencia—. ¿Usted las tiene claras? Porque no lo parece, y debe saber por qué le está pasando esto. Ignorar los lazos que se puedan crear entre ustedes y hacer como si nada… acabará mal. Ella es auténtica de verdad —dice con rabia—. Tiene otros valores. Es natural y pura. Es una virtuosa innata. —Creo que voy a jurarle amor eterno a Antón. Lo quiero en mi equipo siempre—. Y lo peor es que, si le hace daño, acabará hiriéndose a sí mismo. Y si eso ocurre, tal vez sea demasiado tarde para arreglarlo. ¿No lo ve?

—¡A mí no me pasa nada, joder!

Trago saliva acongojada y me pego contra la pared, como si quisiera mimetizarme con ella.

—Tiene que decirle la verdad, están juntos en esto.

—Ya la sabe.

—No. No toda. No sabe quién es. Eso lo cambia todo —responde Antón volviendo a provocar un intenso silencio entre ellos.

—Basta —lo censura él—. No seas más indiscreto, Antón.

—Soy un Leone. Jamás lo sería.

—No podemos volver a tener una conversación como esta. Todos guardamos secretos y si ella los descubre, no quiero que malinterprete nada y eche a perder mi misión. ¿Queda entendido, Antón?

—Sí, señor.

—Te doy mi palabra de que voy a cuidar de ella, quédate tranquilo.

—Yo estoy tranquilo. Es usted quien no lo está.

—No puedo exponerme más con esa chica. Sabe más de lo que cualquier persona de mi círculo conoce sobre mí. Es demasiado —concluye con frustración. Doy un pequeño respingo por esa afirmación. Parece enfadado consigo mismo por haberme revelado sus verdades, o parte de ellas—. No quiero que haya malentendidos.

—Ocultar también es fuente de malentendidos.

—Suficiente. Por favor, déjame solo.

—Como desee. Pero no diga que no le he avisado.

Sé que la conversación ha acabado porque oigo a Antón retirarse. Me dispongo a salir con naturalidad al pasillo, aunque mi corazón se ha quedado frío.

Cuando por fin tengo contacto visual con él, me esfuerzo en fingir que no he oído ni una sola palabra, que no sé nada.

Adonis tiene el cuello echado hacia atrás y mira al techo. Parece mentalmente agotado.

—Buenos días, vir —lo saludo como si nada.

Él se da la vuelta de inmediato y sus ojos amarillos brillan de nuevo con interés. No sé si hubiera preferido no haber escuchado el interludio, porque ahora tengo la sensación de que todo él es una campaña de publicidad y dudo de que el producto sea real.

—Buenos días, señorita Parisi. ¿Cómo has amanecido?

Ahora lo odio un poco. Parece que de verdad está interesado, que se preocupa por mí. Y sí, sé que se va a encargar de protegerme, pero ahora he confirmado que me esconde algo incómodo para él y también para mí. Sé que soy una más. Ya es suficientemente malo interactuar con un grupo de personas en el Sabbath, posiblemente todas con ínfulas megalómanas y desvíos sociopáticos y que juegan al escondite social, como para ser consciente también de que el mayor enigma de todos lo tengo ante mí.

Soy sincera conmigo misma. Adonis siempre ha sido el verdadero misterio. El problema lo tengo yo, que siento cosas por él que aún no sé nombrar, porque son novedosas para mí. Pero lo remediaré. Solo que aún no sé cómo.

—Muy bien, gracias, vir. —Asiento con un ademán principesco.

Él parece divertido con mi gesto.

—Vamos a desayunar fuera.

—¿Dónde?

—A una cafetería que hay cerca de donde vive Margarita. Hemos accedido a su calendario y hoy por la mañana no tiene ninguna sesión.

—¿Y si no está en su casa?

—Lo está. Le tenemos pinchado el teléfono.

—Por Dios…, ¿puede ser todo más ilegal?

—Podría. —Sonríe soberbio—. Según una conversación que ha tenido con su madre, estará en su casa hasta la hora de comer. Vamos a hacerle una visita.

—¿Y cómo vais a entrar?

—Está todo planeado.

Claro. Adonis lo tiene todo estudiado al milímetro. No deja nada al azar.

Mientras proceso lo que está por venir, él simplemente coloca la mano en la parte baja de mi espalda, mostrándome el camino hasta la puerta.

De acuerdo.

Voy a estar presente en un interrogatorio a Margarita. Y quiero estar ahí solo para asegurarme de que no hacen ninguna tontería ni de que le vayan a hacer daño y menos si, al final, resulta ser inocente.

Casagemes es otro barrio del centro de Badalona que da a la costa. Me he bañado varias veces en su playa de cristal y en la de la «butifarreta» y, además, de pequeña fui al colegio Artur Martorell y jugué mucho en los parques de Can Solei y Ca l'Arnús.

Venir aquí siempre me trae recuerdos agradables.

Hemos bajado en moto y después de aparcar en una de las calles que da a la plaza de Casagemes, nos disponemos a desayunar en una cafetería pequeña y acogedora.

—¿Has hablado con tu madre y con Venus? —me pregunta Adonis tras darle un sorbo al café solo después de haberse comido media barra rústica de jamón en cinco minutos. No sé cómo puede engullir tan rápido.

Creo que percibe algo distinto en mí, fruto de la decepción y de la desconfianza. Siempre soy yo quien suele hacerle preguntas, pero hoy me estoy mordiendo la lengua.

—Sí, esta mañana. Creo que no van a querer que John y Nicolaus se vayan de la casa.

Adonis sonríe y deja el café largo sobre la mesa.

—Mis amigos son así. Dan miedo. Pero con los niños son distintos.

—Sí. Lo sé. Suele pasar —murmuro—. Los que tienen esas corazas inexpugnables y más asustan son luego los más tiernos.

Lo miro de soslayo y callo durante unos segundos.

—¿Estás preocupada por Margarita? Si es inocente, no le pasará nada.

—¿Qué ocurrirá después? —Me acabo el sándwich y bebo algo de

zumo natural de naranja.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo os vais a asegurar de que Margarita no hable de esto?

—Necesitamos saber qué hace en las terapias con personas afectadas por la Influenza y que nos dé un nombre.

—¿Qué nombre?

—El del neurólogo que le deriva los pacientes. Sabemos que trabaja desde un centro privado, pero no sabemos nada más de él o de ella. Cuando lo tengamos, posiblemente lleguemos hasta el laboratorio que desarrolló esas vacunas. Y de ahí puede que obtengamos la identidad de las personas que lo fundaron.

—Sigo sin entender qué tiene que ver el tema de estas vacunas experimentales con la Corte.

—Bien, por eso necesitamos interrogar a Margarita.

—¿Y si ella lo sabe todo y es consciente de lo que sucede?

Adonis calla, mira hacia otro lado y se encoge de hombros.

—Entonces estaremos frente a alguien que ha ayudado a la camarilla a mantener todo este tema bajo llave.

—¿Y qué quiere decir eso?

Él desvía la mirada hacia mí, la entorna y dice:

—Yo no tengo los escrúpulos y la compasión que tú tienes, Ares.

—Eso lo sé de sobra —contesto con la mirada fija en el zumo.

—En la vida debe haber personas que se encarguen de estos conflictos. Personas que sepan que, de la cárcel, todos los involucrados por la camarilla o salen o bien los silencian para siempre para que no puedan decir nada. Antes de que otros los maten, John y Nicolaus lo harán, pero después de obtener toda la información necesaria para seguir tirando del hilo.

—Entiendo —asumo con un carraspeo. John y Nicolaus son sicarios, les da igual matar a los malos. Es terrible saberlo y hace que me sienta muy culpable, aunque yo no tenga nada que ver—. Hoy quiero seguir avanzando en mis dibujos. Sé que tú yo tenemos nuevas prácticas —digo desanimada—. Pero después de esto, me gustaría ir al castillo y centrarme en mi proyecto. No puedo dejar mi trabajo de lado.

—No te he dicho que lo hagas. —Frunce el ceño.

—Bien. Tampoco te haría caso. Tengo vida más allá de esto. —Me humedezco los labios y alzo la mirada para encontrarme su expresión especulativa—. Vida que pienso retomar en cuanto este intensivo acabe.

Adonis frunce el ceño de nuevo y el amarillo de sus ojos se expande porque sus iris negros se encogen.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —contesto con naturalidad.

—Estás tensa.

—Estoy bien.

Adonis recibe un mensaje en el móvil. Le echa un vistazo y añade con una media sonrisa:

—Vamos. John y Nicolaus ya lo tienen todo listo. —Ambos nos levantamos de la mesa y él sujeta mi antebrazo con suavidad—. No tienes que subir si todo esto te hace sentir violenta. Quédate aquí y yo te contaré todo lo que ha pasado.

Pienso: «A mí me violentas tú, no “todo esto”».

—No pasa nada. Quiero estar ahí.

Dicho esto, Adonis paga la cuenta y salimos de la cafetería. No sé dónde vive Margarita, nunca he estado en su casa, pero dudo que alguna vez vuelva a sentirse bien en ella después de esto.

Y sí, tengo escrúpulos y conciencia, y pienso que si es inocente, el daño será irreparable. Aunque si es culpable, entonces nada podrá salvarla.

XIV

Suponía que Margarita viviría en una casa como esta. Un ático dúplex en un edificio de obra nueva modernista, de espacios amplios, con todos los lujos y las comodidades que una mujer independiente, de éxito y psicóloga conductista como ella podría necesitar. Los jarrones de porcelana y los colores estucados de los cuadros tipo Pollock en la pared blanca contrastan con la estética impoluta. Sus aparatos eléctricos son de última tecnología, y tiene unas buenas vistas del mar y a la Rambla. Una estupenda vivienda de alguien a quien la vida le va bien.

Y, a pesar de ello, por muy bien que vivas y tengas todas las comodidades posibles, me sorprende lo fácil que es allanar una morada e invadir la intimidad de una persona. Pero más me enmudece y me tensa la imagen que tengo ante mí. No es más dura de lo que fue ver lo que le hicieron a Tania o de lo que yo misma estuve a punto de sufrir. De todos modos, menudo panorama, es propio de una escena de novela negra.

Margarita va vestida con las zapatillas de estar por casa y una bata rosa. Se encuentra de espaldas a mí, sentada en una de esas sillas tipo nórdicas y muy caras de tonos blancos. Tiene la cabeza tapada con una bolsa de tela negra y le han atado las manos a la espalda.

Está temblando y se siente nerviosa. No deja de llorar y de decir que se lleven lo que quieran, pero que no le hagan daño.

Frente a ella, está Adonis. Como un ángel vengador, igual de frío. Vestido con tonos oscuros y el pelo negro de ese estilo que solo les puede quedar bien a los hombres muy atractivos y viriles.

Solo han dejado encendida en el salón la luz de la mesita auxiliar de al lado del sofá negro de tres plazas. Por eso la expresión de él queda oculta, medio recortada por las sombras, y eso hace que sus ojos amarillos reluzcan más.

Mientras tanto, John está mirando al exterior entre las pequeñas rendijas que deja la persiana bajada de las puertas de la terraza, y Nicolaus se ha quedado parapetando la puerta de entrada.

Antes de entrar, nos han dicho que no había cámaras en la

vivienda y que no han tenido que desconectar nada. Después de esto, cada vez tengo más claro que una de las mejores ideas que ha tenido mi madre es poner cámaras en la nuestra.

—Te llamas Margarita Valls. Ejerces como psicóloga —empieza Adonis con gesto críptico y severo. Si a mí me mira así, me convierto en una figura de sal.

—S-sí. ¿Cómo sabe…?

—Silencio —interrumpe Adonis.

Margarita enmudece de golpe.

—Tienes dos opciones. Si nos das la información que necesitamos, seremos buenos. Si no nos dices todo lo que sabes, es posible que hoy no salgas viva de aquí. ¿Vas a colaborar?

—No sé qué quiere que…

—¿Vas a colaborar sí o no?

—S-sí.

—¿Conoces el proyecto Influenza?

Parece que no esperaba una pregunta como esa. Pero, al cabo de unos segundos, asiente lentamente.

—Sí.

—Háblame de él.

—No puedo hablarle de él… Firmé un contrato de confidencialidad y si lo incumplo…

—Si lo incumples, puede que vivas.

—Dios mío… —susurra echándose a llorar de nuevo.

—Deja de llorar y céntrate en mis preguntas. Quiero que me digas qué sabes y por qué haces un seguimiento en consulta a una parte de a quienes les inocularon esa vacuna experimental. Quiero que me cuentes cómo empezó y cómo te ficharon.

—Yo… s-solo sé que se puso en contacto conmigo una empresa que se dedica a dar servicios de pruebas y laboratorios. Me-me dijo que necesitaba a una psicóloga conductista especializada para tratar a los voluntarios de una vacuna por si sufrían algún efecto secundario. Estaban tra-trabajando con todo tipo de profesionales para cubrir todos los campos. C-como la vacuna era experimental, querían registrar todos los efectos se-secundarios.

—¿Qué empresa? ¿Cómo se llama?

—N-no me acuerdo.

—¡Que cómo se llama! ¡Esto no es una broma!

—B-Biovir.

—¿Quién te contactó?

—Uno de sus comerciales.

Está tartamudeando por culpa de los nervios.

—¿Qué es lo que tienes que hacer exactamente?

—Tratar a los p-pacientes que pasasen por crisis nerviosas o algún episodio ansioso.

—Si la vacuna era para prevenir enfermedades respiratorias, ¿por qué iba a afectar al comportamiento de los pacientes?

—Yo… n-no lo sé. No soy química. No lo sé. Solo sé que algunos experimentan p-pensamientos extraños. Un tanto oscuros.

—¿Qué pensamientos?

—S-son muy parecidos entre ellos, como si todos estuvieran c-conectados a una red —reconoce.

—¿Qué tipo de pensamientos, Margarita? —repite Adonis.

—Tienen un miedo irracional a la muerte, al bosque, a los faunos y… al Diablo. Es muy extraño. Vienen nerviosos a la consulta porque dicen que lo ven.

—¿A quién ven?

—Al Diablo.

—¿En sueños? —pregunta Adonis.

—No, no…, en la realidad. Son episodios muy puntuales, p-pero cuando sucede, es como si les pasara a todos. Creen que lo ven ante ellos.

¿Al Diablo? Estoy de pie, tras ella, y miro de frente a Adonis. A mí jamás me han inoculado ninguna vacuna. Nunca. No me he prestado a experimentos, pero sí he tenido sueños extraños estos últimos días. Sin embargo, son solo pesadillas y no he sufrido ningún tipo de trastorno. Y sé que estoy marcada por una leyenda histriónica sobre las vestales.

—¿Y qué haces cuando vienen estas personas a tu consulta?

—Hago un informe y los ayudo a encauzar su estado anímico lo m-mejor que puedo. Les digo que son etapas pasajeras, efectos secundarios del tra-tratamiento con Influenza. Que la mente, cuando está estresada, es incontrolable y puede generar pensamientos sin sentido.

—¿Y es verdad lo que les dices?

—Es c-cierto que el estrés puede hacer mucho daño a nivel mental, físico y anímico. Lo que no es normal es que todos t-tengan la misma línea de pensamientos intrusivos. No parecen de ellos. No creo en la brujería, de lo contrario, pensaría que Badalona está poseída por el Demonio.

—Entiendo —murmura Adonis pensativo.

—Pero yo solo hago el trabajo para el que me han contratado. N-nada más. Se lo juro. Solo ayudo en lo que puedo.

—¿Y ya está?

Achico la mirada; sé que Adonis no cree lo que le está diciendo.

—Soy terapeuta y formo parte del equipo del proyecto Influenza que lleva a cabo Biovir desde hace poco más de cuatro años. No todos los pacientes han necesitado acudir a mí. Solo una cuarta parte de los voluntarios tienen esos episodios esporádicos. Los controlan bien con mi ayuda.

—¿Son esporádicos?

—Sí. Por algún motivo que desconozco, se pronuncian mucho al llegar la primavera.

—Es decir, que en abril y en mayo esos episodios se disparan.

¿En abril y en mayo? Esto no me gusta nada. Nunca me ha gustado, de hecho. Coincide con las fechas del Sabbath.

—Sí. —Asiente.

—Pero solo a una cuarta parte. —Adonis quiere que lo confirme.

—Exacto.

—Mientes.

Aguanto la respiración y veo que Adonis le hace un gesto a John, que aparece de pronto con unas tijeras de cocina.

—¡¿Qué?! ¡No miento! —grita ella.

No quiero ni mirar. Me llevo las manos al rostro, pero entre los dedos, observo el modo en que Adonis se mueve, como si estuviera disgustado.

John se coloca detrás de Margarita, cuyos temblores son ya abrumadores. Le sujeta el dedo gordo de la mano derecha y abre las tijeras para dejar la primera falange entre las dos hojas.

—Mientes. Hay tres terapeutas más trabajando con Biovir. Os dividisteis los pacientes entre los cuatro. Los efectos secundarios de la vacuna los afecta a todos en mayor o menor medida. En el ordenador de tu consulta grabas los informes de esos pacientes. Pero ¿qué haces con ellos? Tienes que enviarlos para que hagan el control. ¿Dónde y cómo lo haces?

—¡¿Cómo sabes eso?! ¡¿Cómo sabes todo eso?!

—Quiero que contestes a todo o empezarás a perder los dedos de las manos.

—¡Por favor, no, te lo ruego!

—Entonces, ¡dime la verdad! Tienes una cuenta en una billetera de criptomonedas, Margarita, y desde hace cuatro años recibes un pago de cien mil euros en Bitcoin. En este tiempo has amasado una fortuna que no estás declarando. ¿Cómo una terapeuta como tú recibe tantos ingresos? ¿Quién te pagó? ¿Y qué haces con la información que sacas de los inoculados? ¿Qué haces con los informes de esos pacientes?

John empieza a ejercer presión en el dedo pulgar de Margarita y yo me doy la vuelta para no verlo. Estoy a punto de desmayarme.

—¡Para! ¡Para! ¡Me pagaron ellos, vale! ¡Ellos me pagaron! ¡Son pagos de fidelidad! ¡Sí, es verdad! Somos cuatro terapeutas y no hay ni un paciente que no haya sufrido efectos secundarios. ¡Todos tienen cefaleas, mareos, desorientaciones y pensamientos intrusivos! ¡Todos! ¡La vacuna les hace algo y no es bueno! ¡No puedo hablar o me obligarán a devolverlo todo!

Eso me da a entender que se está vendiendo por dinero, a pesar de saber que la vacuna les hace daño a los pacientes. A ver si va a resultar que Adonis tiene razón y la terapeuta no tiene ética. Me va a sentar mal el desayuno.

—La información de los pacientes, cómo la compartes —exige saber Adonis.

—Hay un programa. Pero lo t-tengo aquí porque no quería usarlo en la consulta. Se llama Vaccheck. Está conectado a una intranet. Entro con mi contraseña y les envío el informe a la empresa de control de datos explicándoles qué están experimentando los inoculados.

—¿Es el MacBook que está sobre la mesita del salón? —señala Adonis.

—Sí —dice abatida.

—Bien.

Nicolaus ya lo está trasteando y ha introducido un USB para empezar a obrar su magia en el sistema informático.

—¿Cómo informas sobre los pacientes?

—Cada uno tiene un código que concuerda con el número de serie del vial que les pusieron. Así es fácil identificarlos. Introduzco los números en el Vaccheck, se abren los historiales, añado con qué pensamientos han venido a la consulta y luego los envío.

—¿Y qué hacen ellos una vez lo reciben?

—¡Yo qué sé! ¡Supongo que estudiar los datos para hacer un control! No sé nada más. Ese es el único modo que tengo de contactar con ellos. Los informes los revisa un neurólogo que también trabaja para el proyecto de Biovir. Después de eso, no sé nada más. No sé qué más hacen.

—El nombre del neurólogo.

—No lo sé —vuelve a lloriquear.

—¡El nombre del neurólogo, ahora! —le grita a la cara, aunque ella no lo pueda ver.

—Iban Arrufat. Tiene una consulta privada en B-Barcelona. No sé n-nada más. Lo juro. —Le cuesta hasta respirar.

—¿Seguro? ¿No sabes nada más sobre Biovir ni sobre quién hay detrás?

John vuelve a ejercer presión hasta hacerle un cortecito en la

primera falange.

—¡Lo juro! ¡Para! ¡Para! ¡Te lo suplico! —Margarita da saltos en la silla como si así pudiera escapar. Debe doler mucho lo que le está haciendo John. La sangre empieza a chorrearle por la punta de la uña pintada de blanco perla—. No sé quiénes son, no sé cuál es la naturaleza de la vacuna ni sé por qué les pasa eso. ¡Yo solo ayudo a recopilar datos!

—Pero los ayudas, conscientemente. A sabiendas de que lo que se inoculó en toda esa gente, les puede hacer mucho daño a nivel cerebral. Los está desequilibrando.

—¡No les hizo daño recibir dos mil euros por aceptar la prueba! Sabían que podía haber daños colaterales.

Este comentario me hace ver cómo es Margarita en realidad. Y no parece muy justa ni muy empática. Una buena terapeuta no puede ser así. Y la he tenido durante cuatro años.

De repente, algo empieza a arder en mi interior. Es cólera, indignación, rabia… No me creía capaz de hacer daño a nadie ni de albergar deseos de torturar a nadie. Pero ahora empiezo a tenerlos. Y no me avergüenzo. ¿Qué hago? ¿Dejo que la ira me consuma? ¿O me la vuelvo a tragar, tal y como llevo haciendo sin ser consciente desde hace tanto tiempo?

—Eso no justifica que se les manipule y se juegue con ellos así —dice Adonis leyéndome la mente.

—S-solo hago mi trabajo.

—No. Tu trabajo no es ese —le recuerda Adonis—. Tu trabajo es denunciar algo que no es ético y que está jugando con la salud mental pública. Pero no te interesa. No haces preguntas, miras hacia otro lado y, a cambio, recibes mucho dinero. Eres una vendida.

—Por favor… No he hecho daño a nadie.

«¡Lo haces con tu silencio!», pienso indignada.

—Lo haces cuando te callas. —Adonis tiene conexión mental directa conmigo.

Aprieto los puños con rabia y me quedo hipnotizada viendo las hojas de las tijeras medio hundidas en la carne de Margarita. Se está formando un charquito de sangre en el suelo.

Mientras tanto, los dedos de Nicolaus levitan sobre el teclado.

—La semana pasada recibiste una llamada de Hugo Simó.

¿Cómo sabe eso Adonis? ¿Hasta dónde llegan sus sicarios? Es impresionante.

—¿Quiénes sois? —Margarita no entiende cómo han obtenido todos esos datos. Aunque la culpable está detrás de ella. He sido yo—. Hugo está muerto. ¿Por qué hacéis preguntas sobre él?

—Nadie. No somos nadie —replica Adonis—. ¿Qué fue lo que te pidió?

—Quería saber cuál era el número de una de mis pacientes de la Influenza.

—Entonces ¿Hugo conocía el proyecto? —Adonis me mira con evidencia.

—Sí.

—¿Por qué lo conocía?

—T-todos los terapeutas que formamos parte del proyecto trabajamos con un observador. Hugo Simó era el mío. Alguien que podía supervisar casos específicos.

—¿Y quién es tu observador ahora que Hugo ha muerto?

—No lo sé. Supongo que nos lo tendrán que asignar.

—¿Y a ti no te extraña que un agente de la ley tenga constancia de datos personales de los voluntarios de una vacuna experimental? Datos privados, por cierto.

—Ya te dije que no hago preguntas.

—Pero sí le facilitaste la información confidencial.

—Sí. Le di el número de serie de una paciente.

—¿De quién?

—De Marina Born.

Joder. Se me desencaja la mandíbula. En mi cabeza no dejan de repetirse en bucle las palabras de Hugo, cuando me dijo que podía hacer que mi familia me olvidase. ¿Cómo pensaba hacerlo? ¿Tendría que ver con las vacunas? ¿Cómo puede ser?

—¿Y qué hizo Hugo con esa información? —Adonis continúa con su interrogatorio.

—No lo sé. Lo desconozco.

—Es verdad, que tú no haces preguntas, solo cobras. ¿Sabes que Marina Born se suicidó?

Sé que la noticia le impacta por cómo se le tensan los hombros envueltos en la bata rosa palo de estar por casa.

—No lo sabía. Es una noticia muy triste.

—También es triste lo tuyo, Margarita. Y es injusto. —Adonis se acuclilla delante de ella—. Una última pregunta. Es sobre Ares Parisi.

—¿Ares?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella? No tiene nada que ver con esto.

Me humedezco los labios nerviosa y animo a Adonis a que le siga preguntando.

—¿Alguna vez diste algún informe sobre ella a alguien?

—¿De Ares? ¿A quién le va a importar esa chica? Tiene un trauma

por un supuesto abuso. Solo le hacía un favor personal a Hugo, pero ya le dije que lo de ella no tenía solución.

Cabrona. Perra. Rechino los dientes.

—¿Nunca informaste a nadie?

—No. —Ahora sí que parece estar perdida—. ¿Sobre qué? ¿Qué importa Ares? El único que quería saber de ella era Hugo porque estaba enamorado. Quería que pasara página para estar con ella. Estaba ansioso por llevársela a la cama. Aunque con el trauma de esa chica, cualquiera se le acerca.

Sus palabras son sentencias de muerte para mí.

Porque confirman que nunca creyó en mí y que todo lo que me ofreció en su consulta era palabrería barata. Y porque ahora sé que estoy a salvo de cualquier sospecha y que mi inmersión en el Sabbath será total. Margarita no pasó ningún informe y lo único que le decía a Hugo era que yo no recordaba nada.

Estoy limpia en ese sentido.

También evidencia que nunca sospechó de nada de lo que le conté y que no tiene conocimientos sobre la Corte. Solo la ha contratado Biovir. Que, por cierto, es un nombre muy apropiado para el mundo del virtuosismo.

«Con el trauma de esa chica, cualquiera se le acerca…». Me avergüenza que lo haya dicho delante de Adonis. Porque no solo se me ha acercado. Me está haciendo lo que no sabía que podían hacerme. Y eso lo va a endiosar más de lo que ya está.

Sea como sea, esta visita a Margarita no va a acabar bien. No puede contar nada en absoluto de lo sucedido y los sicarios de Adonis no van a dejar cabos sueltos, y mucho menos van a perdonarle la vida a alguien con tan poca ética y sin valores.

Soy consciente de que estoy presenciando, con toda probabilidad, los últimos minutos de vida de Margarita Valls. Y debería trastornarme. Pero no lo hace, porque algo en mí se ha roto. Como si mi código personal, el que hacía que pensara que uno siempre debía confiar en los demás hasta que se demostrase lo contario, se acabase de quebrar sin más.

No. No todo el mundo tiene ética ni moral.

Y sí, el dinero lo compra absolutamente todo si uno no tiene una buena base.

Adonis se incorpora y John también. Le da una orden al moreno con solo un asentimiento de su barbilla y después de eso, se acerca a mí y me dice en voz baja:

—Vámonos.

No oso preguntarle nada. Asumo que John y Nicolaus van a hacer

el trabajo sucio que tanto les gusta; se alimentan de su venganza interminable y de implantar su propia ley.

Solo echo un último vistazo a Margarita y lo único que me cruza la mente es que, en el fondo, pensé que había avanzado en esos años con ella. Y resulta que no, porque me trató como a una mentirosa. No me creyó.

Por eso, cualquier sentimiento de agradecimiento hacia ella, ha desaparecido en mí.

Su destino ya está sellado.

Que le pase lo que le tenga que pasar. Debe asumir sus propios actos y las consecuencias de ser cómplice de un delito contra la salud púbica.

Margarita es una villana disfrazada de mosquita muerta, una de las que no se manchan las manos; solo colabora y no hace preguntas. Hugo era un villano que sí se manchaba las manos.

Empiezo a ser muy consciente de que me estoy metiendo de lleno en un mundo de villanos donde la conciencia heroica se difumina por completo. Y el bueno es, en realidad, el menos malo.

Tal vez, ni siquiera yo sea una heroína.

Pero voy a pensar en mí. No pienso mirar atrás.

Cuando Adonis cierra la puerta de la casa de Margarita, tengo la certeza de que el sonido es el mismo que ha emitido la puerta ingenua de mi interior, la que aún me hacía creer que, en el fondo, el ser humano era bondadoso.

Que, por naturaleza, todos somos buenos.

No. Ya no pensaré eso nunca más.

Hacerlo sería cavar mi propia tumba y ponérselo demasiado fácil a la Corte.

He cumplido mi palabra.

Adonis quería que comiéramos fuera y le he dicho que no. Que quiero tiempo para mí, para trabajar… Aunque en el fondo, lo que quiero es tomar distancia de él.

Porque cuando estamos juntos me intoxico, me quedo absorta en necesidades que no sabía que tenía y como es él quien me las despierta, es a él a quien quiero reclamárselas.

Pero no puedo hacerlo. Ni voy a hacerlo.

Mi personaje, Dana, me tiene abstraída. Concentrarme en su historia e hilarla de algún modo con lo que me está ocurriendo me ayuda mucho a relativizar y a desahogar la tensión, el miedo y las dudas.

Adonis me dijo una vez que se preocupaba por mí.

No necesito a nadie que lo haga; ya me preocupo yo. De él no quiero su cuidado ni su guardia. Ahora ya sé que no voy a conseguir lo que quiero.

Él es impenetrable. Inflexible. Y tiene muy claro lo que hay que hacer. Las emociones, los sentimientos románticos, no forman parte de ninguna de sus ecuaciones en su fijación por entrar en la Corte. Y no quiero ser un estorbo.

Quiero ayudarle, porque si lo hago, me ayudaré a mí misma.

Nuestra trama no va de pequeñas afrentas que deban vengarse, ni siquiera de historias familiares. No es una novela romántica rosa pastel y llena de azúcar, ni por asomo… Va de torturas, asesinatos, abuso de poder y humillaciones. Y, ante eso, no podemos bajar la guardia.

Me ha ido muy bien concentrarme en la trilogía. Ciertamente, creo que podré hacer un muy buen trabajo porque el desarrollo de los personajes y sus lienzos me está ayudando a desarrollar sus sinopsis argumentales individuales.

He encontrado mi lugar del castillo. Sí, es la biblioteca.

Me gusta estar aquí, rodeada de todos estos libros increíbles que tiene en su carísima colección. Es un lugar que me abraza y me cobija, cuyo silencio calma mi angustia y los pensamientos negativos.

Tengo muy claro que he perdido a mi terapeuta. Sé que ya no está viva. No sé cómo, no sé qué le han hecho, pero sí que Margarita estaba trabajando de manera ilícita y corrupta. Que se había hundido en el lodo de la inmoralidad y el maleamiento.

Era una demonia menor.

Si hay una lista negra de demonios, en estos días ya se han tachado algunos de ella. Pero habrá más. Y lo que más me incomoda es darme cuenta de que no me ofende saberlo, que no me preocupa. Mi conciencia está tranquila, porque no estamos hablando de gente que haya perdido el norte en su vida por haber hecho algo malo y que aún se le pueda dar una segunda oportunidad. No.

Estamos hablando de individuos oscuros, poseídos por el mal, sedientos de violencia y depravación. Tienen los tentáculos tan largos que, como dijo Adonis, nunca acaban entre rejas porque, por algún motivo, tienen contactos en otros organismos. Hay gente que se autogobierna. Personas más fuertes e inteligentes, como John, Nicolaus y el mismo Adonis que, aunque se tomen la justicia por su mano, sí pueden hacer que los malos acaben bajo tierra. Porque de la cárcel se sale, pero del cementerio no.

Mis principios, mi moral, ya no juzgan si algo está bien o no. Lo

único que pienso es que es mejor que los demonios y los monstruos no campen por mi ciudad ni cerca de mi casa. Y agradezco que un equipo de limpieza se asegure de ello.

Tengo muchas preguntas que hacerle al propietario de este castillito.

Aún hay demasiadas cosas que no sé. Puede que sean detalles que no necesite conocer, aunque me gustaría mucho saberlos. Por ejemplo, ¿por qué su padre estaba tan interesado en la demonología? ¿Por qué sabía tanto sobre ese mundo y la Corte? ¿Porque tenía dinero? He entendido que a esas esferas no llegas si eres una persona de clase media baja, ni media alta, y ni siquiera alta. Son inalcanzables para la gran mayoría. Ahora bien, su padre amasó una gran fortuna y eso le permitió moverse por lares en los que, si te ponías a escuchar tras las puertas, oías historias de la Corte. Pero ¿entonces? Si nunca formó parte de esta, si nunca se mezcló con ellos, ¿por qué dio la gran casualidad de que su hija acabó en sus manos? ¿Lo conocían entonces? ¿Lo tenían en el punto de mira a él y a su familia? ¿Por qué? Siempre escondió a Adonis, siempre lo protegió. ¿Por qué? ¿Porque el niño era introvertido? ¿Por su condición convaleciente?

Cuando miro el reloj, me doy cuenta de que es la hora. Y, sin darme cuenta, advierto que el protagonista masculino de mis libros, el demonio real que va a ayudar a Dana, tiene toda la cara de Adonis. Con cuernos y rabo.

—Maldito seas —susurro guardando la imagen en el Procreate—. Sal de mi cabeza.

A las ocho debo estar lista en la puerta de Adriano, en la salita de adiestramiento virtuoso.

Al menos, Adonis ha respetado mi necesidad de estar sola y no ha aparecido para distraerme.

No sé si estoy de humor para prácticas ni para más torturas. Creo que no. Porque, en el fondo, estoy enfadada. Estoy molesta por cómo le ha hablado a Antón esta mañana y por las cosas que le ha dicho sobre mí, por todas las que no le ha dicho y que me hubiese gustado escuchar.

Por eso, mi actitud debe ser otra a partir de ahora. Me he estado concienciando toda la tarde. Adonis es mi medio para averiguar la identidad de mi violador y para detener toda esta locura del Sabbath en mi tierra.

Y yo soy la pareja perfecta para él, porque sé quién es y qué es lo que quiere.

A ambos nos mueve la venganza. Por ese motivo, debo aparcar cualquier emoción, porque no quiero pasarlo mal.

Debemos ayudarnos mutuamente.

XV

Soy muy obediente.

Nada más entrar en la sala, ya acicalada y preparada como debo estar, me planto ante Adonis.

Él solo lleva un pantalón liviano negro y el torso descubierto para mostrar su forma escultural y los valles y montes que dibujan sus músculos. Se ha recogido la mitad del pelo en una coleta y sus ojos amarillos claros están concentrados en algo que tiene en las manos. Cuando me doy cuenta de lo que es, se me seca la garganta. Es un dilatador pequeño, negro, en forma de cono, con el extremo circular decorado con una piedra brillante.

Alza la mirada y me sonríe peligrosamente. Yo carraspeo y miro el objeto con actitud desafiante.

—¿Eso para qué es, vir?

—Es para ti, señorita Parisi —contesta—. Es un *plug* anal.

Sonrío con incredulidad y exhalo muy agobiada.

—No. Ni hablar.

—No puedes decir que no. Mi virtuosa debe estar preparada e iniciada en todos los placeres. Porque en los eventos durante el Sabbath se va a jugar, Ares —me advierte—. Y debemos poder hacer de todo con nuestros cuerpos.

—Vir, eso es totalmente inapropiado. —Señalo el instrumento—. Nunca he practicado sexo anal. No quiero hacerlo.

Adonis alza la barbilla, parece disgustado.

—No vas a ir al Sabbath sin saber qué es esto y sin estar preparada para cualquier actividad. ¿Quieres que sospechen de nosotros? ¿Lo quieres pasar mal?

—Claro que no lo quiero pasar mal. Pero esto… —bufo—, es excesivo.

—¿Excesivo dices? Ares —da un paso hacia mí hasta que nuestros cuerpos se tocan—, has leído mi libro sobre la Corte, todas sus prácticas y lo que pueden llegar a hacer… Para ellos, el sexo y el exceso van de la mano. Habrá litros y litros de vino, sexo completamente abierto y obsceno, aberraciones, sodomizaciones… A

ellos les da igual. No van a pensar si a ti te parece bizarro o no. Joder… —Se pasa la mano por la nuca, muy frustrado—. Te creía más mentalizada.

De repente, la expresión que pone no me gusta nada. Es como si le estuviera decepcionando y como si se preocupase, más que nunca, por el futuro de su infiltración. No quiero poner en peligro nuestra misión. Y quiero que sepa que voy a hacer todo lo que sea necesario para que la Corte nos deje llegar hasta sus entrañas, hasta esa mano dura. No voy a mostrarme mojigata ni cobarde. Soy adulta y tomé una decisión. No me pienso bajar del barco ahora.

Así que tomo aire por la nariz, echo los hombros hacia atrás y me retiro la bata poco a poco hasta quedarme desnuda ante él.

Adonis no puede evitar deslizar sus ojos por mi cuerpo. Su reacción siempre me toma por sorpresa porque, aunque parece impasible, sé que aprieta los dientes por el modo en que le palpita el músculo de la mandíbula. Y también advierto el gracioso tono rosado que aparece sobre el puente de su nariz.

—Estoy mentalizada —aseguro tirando la bata al suelo de mala manera—. Pero, al menos, deja que me sorprenda y me horrorice con las cosas que me propones… —le echo en cara—, vir. A mí el sexo nunca me ha disgustado y creo que lo disfrutaba bastante, hasta que me pasó lo que me pasó, pero eso no quiere decir que todas hayamos hecho de todo. Mi puerta de atrás está cerrada, que por ahí entran ladrones.

Adonis se relaja. Parece que entiende que se sobreexcede y que se pone más nervioso de la cuenta.

—Necesito que estés preparada, Ares —reconoce un poco incómodo—. No voy a saber sobrellevar que pases por un mal trago y que no pueda hacer nada para que lo evites. Porque en el mejor de los casos, seré yo quien te lo haga. Y en el peor…

—Ni siquiera lo digas. —Alzo los dedos y cubro su boca con dos de ellos. Tiene los labios suaves y esponjosos.

Él me los retira delicadamente.

—Una vez estás dentro y juegas a sus juegos, llegas hasta el final, ¿comprendes? —Cuando vuelve a mirarme, el rictus de su cara me deja sin palabras. Quisiera abrazarlo, tengo ese pensamiento ridículo. Quisiera decirle que no se preocupe, que vamos a estar bien, pero Adonis y las muestras espontáneas de afecto y algo más no se llevan bien.

—Lo sé. Te he dado mi palabra de que voy a esforzarme y a dar lo mejor de mí. Y lo pienso hacer.

—Gracias. —Las arruguitas de la frente se le están suavizando—.

Prometo que voy a intentar que sea lo menos incómodo para ti.

—Te lo agradezco, vir. —Asiento, aunque no las tengo todas conmigo, ni mucho menos.

Es curioso porque la vergüenza de estar desnuda frente a él se ha atenuado mucho con el paso de los días y las experiencias. Sigo siendo muy consciente de mi desnudez, pero no me disgusta. No obstante, esta vez se trata de mi trasero. Y me parece una perversión de por sí. Sin embargo, pienso que si debo experimentar algo así con alguien, prefiero que sea con él. Porque sabe mucho, porque conoce mi cuerpo. Y parece que, a veces, lo conoce mucho más que yo.

—Colócate en la cama.

—¿Cómo?

—A cuatro patas. Quiero que levantes el bonito culo que tienes y que pegues el torso al colchón.

Pero, por Dios… Que hable con esa voz es terrible para mis hormonas.

No oso pronunciar ni una palabra, pero obedezco completamente. Las sábanas vuelven a estar limpias y huelen a suavizante. Bien, porque cada día que pasamos aquí, acaban empapadas.

Me pongo tal y como él me ha pedido y cierro los ojos. Me cubro el rostro con las manos porque estoy muy colorada.

—Esto es lo más humillante que he hecho voluntariamente en mi vida —murmuro.

—¿Esto? —¡Plof! Adonis ha destapado un botecito de lubricante—. ¿Por qué te parece humillante? Es solo sexo —dice pasando su manaza por mis glúteos—. Conmigo. La mayoría lo practica. Voy a hacer que disfrutes, aunque al principio te duela un poco. Pero prefiero que te duela y te acostumbres aquí a que tengamos que hacer algo para lo que no estés preparada en una de las reuniones del Sabbath. —Me acaricia con delicadeza y se me calienta la piel—. No quiero lastimarte delante de nadie.

—Qué considerado… —digo entre dientes.

A Adonis ese comentario le ha parecido un tanto extraño. Sostiene el lubricante en el aire y, después, vierte un chorro justo sobre mi rabadilla para que se deslice hacia abajo y empape todo el orificio.

Está frío y la sensación es difícil de describir.

—Te haría otra cosa para prepararte mejor, Ares. Aunque viendo lo esquiva que eres con este tema, es mejor hacerlo así.

—¿Lo esquiva? Claro, lo dices porque a ti nunca te ha entrado nada por atrás. Un vir no se lo puede permitir, ¿verdad? Sería una señal de debilidad y poca hombría según las leyes de la Corte y del virtuosismo. Tú solo puedes dar, no recibir.

Adonis se está riendo. No lo puedo ver bien porque lo tengo a la espalda, pero percibo su energía.

—Te voy a tocar ahí. ¿Estás lista?

—No, aunque lo vas a hacer igual.

—Cierto —contesta—. Tú solo relájate. ¿O tengo que atarte los pies? ¿Me vas a apartar de una coz?

—No te prometo nada.

Él inclina su rostro hasta mis nalgas y empieza a dejarme una ristra de besos por los glúteos. Al principio son besos delicados, pero después, también noto su lengua y… la sensación me deja debilitada.

—¿Adonis?

—¿Hum?

—¿Qué estás haciendo? —digo hundiendo el rostro en el colchón.

—Tratarte bien. ¿Te gusta? —Sus dedos empiezan a colarse entre la abertura de mis nalgas.

Noto cómo la punta de uno de ellos empuja a través del anillo duro de mi ano. Entre los besos y la presión, siento que esa energía conocida empieza a calentarme el vientre. De repente, comienzo a ser muy consciente del lugar en el que nace todo, en el que se crea la chispa. La fuente de la que nace el orgasmo. Sé que me está trabajando con los dedos por atrás y, aun así, percibo el origen de todo por delante, debajo del ombligo y cuatro dedos más debajo de este. Tomo aire con la boca y asiento con la cabeza.

—¿Estás sensible?

—Sí —contesto con sinceridad.

—Dime qué sientes. Me gusta que me lo cuentes.

—Es como… Sé dónde está entrando tu dedo meñique —digo ahogando medio gruñido.

—Relájate.

—Lo intento.

—Sigue contándome…

—Pero la… la sensación se me va hacia delante. Dentro de la vagina.

—En tu chakra inferior.

—Sí. Creo que sí. Y en el perianal también. Como si las terminaciones nerviosas… —Se me escapa un gemido al sentir que su meñique se desliza hacia dentro con todo el lubricante—. No…, espera…

—Tranquila. Cálmate. No me voy a mover.

Mi vagina sufre un espasmo porque se siente vacía. El músculo apretado de mi orificio trasero también palpita y tiembla. Siento que me quema un poco.

—Desde el ano, también se pueden estimular los dos chakras sexuales, Ares —explica volviendo a besar mi piel lentamente—. ¿Por qué crees que muchas mujeres y hombres se corren con ese tipo de penetración? Porque puedes golpear la misma pared, el mismo punto donde todo nace. Por eso da tanto gusto cuando te acostumbras.

—Yo solo sé que… esto es raro.

—El *plug* no es grueso. Es pequeño —me asegura—. Hace unos dos dedos meñiques de ancho.

—¿Mis meñiques o tus meñiques?

Él se ríe contra mi nalga derecha y apoya su mejilla rasposa en ella.

—Los míos.

—No es buena idea.

—Es como una peonza. Sentirás una zona más gruesa que te estirará, pero la base es más estrecha y se quedará en tu interior. Quiero que tus músculos traseros se estiren, trabajen y se cansen. Que reconozcan el movimiento.

Adonis retira el dedo meñique poco a poco, pero no pierde el tiempo antes de empujar con el dilatador. Abro los ojos asombrada por la presión, me agarro a las sábanas e intento relajarme.

—No te pongas tensa. Va a entrar.

—No creo…

—Sí. Ya verás. El lubricante ayuda mucho, estás empapada y el músculo que se resiste ya ha sido vencido una vez. Ahora solo hay que presionar un poco más.

Me ha prometido que tendría cuidado. Y lo está cumpliendo. Sí que es incómodo y duele, pero entiendo que, al ser pequeño, es fácil de soportar. Sin embargo, esta es mi primera vez, soy una *rookie* y lo estoy tolerando como puedo.

Cuando introduce el bicho por completo, intento escaparme de él, como si fuese mejor huir que quedarse. Me impacta tener ese espacio ocupado y la sensación me pone nerviosa.

—Oh, Dios…

—Ares, tranquila. No te vayas —dice entre risas.

No sé de qué se ríe. No sé por qué le hago tanta gracia. Me dejo caer sobre el colchón y muevo las piernas como si me estuviera dando una pataleta.

—Eso no puede estar bien ahí.

—Sé que tienes la sensación de que necesitas ir al baño, pero solo es momentánea. La fricción provoca eso porque los músculos lo asocian a cuando vas de vientre… Pero no te va a pasar nada.

—Duele. —Se me están saltando las lágrimas.

En ese momento, siento el cuerpo enorme de Adonis sobre el mío.

Me sujeta las manos y las coloca por encima de mi cabeza. Su pecho impacta contra mi espalda desnuda, su rostro contra el mío, su erección empuja contra mi trasero…

—Tranquila —me dice al oído—. Tranquila…, relájate. Solo déjalo estar ahí.

Tomo aire por la nariz e intento hacerle caso. Me da pavor pensar que debamos practicar sexo anal en el Sabbath. No sé si voy a ser capaz.

—No quiero que temas nada. Yo me encargaré de todo. No pienses en lo peor ni te adelantes a los acontecimientos…

—Deja de leerme la mente.

Adonis me sujeta las dos muñecas con una mano y, con la otra, me retira el pelo del cuello para exponer mi nuca.

Sus labios rozan mi piel y vuelve a besarme el cuerpo. Me desconcierta. No sé por qué lo hace. Besar es besar, aunque no sea en la boca. ¿Se da cuenta de cómo se comporta conmigo? ¿De lo delicado y lo cariñoso que es incluso cuando quiere hacerse el duro? Se me saltan las lágrimas y esta vez es por él. Porque me hace daño que le diga esas cosas a Antón y que luego me trate así cuando estamos a solas.

Sé que él también debe de estar sorprendido de su propia actitud, que todo esto le ha tomado por sorpresa, pero no quiero que me siga mareando.

No soy tonta. Sé cuándo los comportamientos de las personas cambian.

—*Piccola*… —me dice con mucha ternura al oído—. No llores. Seguro que ya no te duele.

—Sí me duele. —Aunque no me refiero al dilatador. Al contrario, me refiero a todo lo que él me está haciendo emocionalmente. Soy patética.

—Ven. —Adonis se tumba a mi lado y la sonrisa le llega a los ojos al mirarme—. Voy a hacer que te sientas muy bien. —De repente me coge, como solo él puede hacer, y hace que me siente sobre su pecho. Pero no es ahí donde me quiere—. Deja que te coma. Acércate a mi cara y ofrécete a mí.

Si mis ojos son el espejo de mi alma, tienen que estar diciendo: «No me lo digas dos veces, que voy». No obstante, solo pensar que va a tener la cara entre mis piernas y que voy a poder verle los ojos mientras me lame, hace que me sienta poderosa y que no se me pase por la cabeza negarme.

—No dudes, señorita Parisi. Haz lo que te digo. En el Sabbath vas a tener que…

—Ya sé lo que voy a tener que hacer en el Sabbath. Deja de repetírmelo —gruño enfadada. Todo, absolutamente todo, tiene que ver con el Sabbath. No debo olvidarlo. Enmarco su cabeza con mis rodillas y me agarro a las barras del cabecero.

—Eso es. Sujétate. Déjate caer. Esta vez quiero que te dejes llevar y que sientas por dónde viaja el estremecimiento. Da igual cuántas veces alcances el orgasmo. Pararé cuando crea que deba. Necesito que sientas cómo tu energía va y viene. —Me besa por encima del inicio de mis labios exteriores—. Es el único modo que tienes de conocerte y de entender cómo funciona tu cuerpo y tu placer. Si lo ves venir, si lo ves llegar, sabrás domarlo. Pero ahora… quiero que te corras tantas veces como puedas.

Solo puedo escucharlo atentamente.

Adonis mira hacia abajo y entonces, me sujeta del trasero y me acerca a su boca para que esté en la posición y a la altura que él quiere.

Con el primer lengüetazo, al contraerme, noto el dilatador, y es desconcertante. Al igual que el modo en que me mira mientras me saborea y me succiona, pasando la lengua por todas partes, recogiendo mi néctar. No seré capaz de alcanzar el orgasmo con ese artilugio de placer clavado detrás.

Evidentemente, creer eso es no confiar en el inmenso poder de persuasión sexual, en el dominio de las artes amatorias del demonio que tengo entre las piernas.

Acabo apoyando la frente en los barrotes, con una mano agarrada a uno de ellos y la otra hundida en el pelo negro de Adonis, que parece disfrutar con aquello mucho más que yo. Me mira, y yo a él.

Por un segundo, en esta postura, parece que yo sea su vir, su *domina*, pero es solo un espejismo. Esto es solo un juego para él. Uno que él me permite con condescendencia.

Ese modo que tiene de batir las pestañas, de entornar los ojos cuando me mira, es turbador, porque siento que me desnuda. No solo de cuerpo.

Para él esto es solo follar. No soy distinta a ninguna de las que hayan pasado por su Abismo y por su salita.

Cualquier pensamiento, cualquier reproche, desaparece de mi mente cuando percibo el modo en que su lengua se interna en mi vagina, me la llena, y yo, sin más, me dejo llevar y empiezo a disfrutar del orgasmo como me ha pedido. Y, maldita sea, he sentido el placer más salvaje palpitando en todo mi recto. Qué locura. Qué subyugante.

—El primero, señorita Parisi —dice antes de darme un lametazo de arriba abajo, abriéndome los labios exteriores con los pulgares—.

Vamos a por muchos más.

No tenía ni idea de lo que le estaba pasando a mi cuerpo. He sentido los orgasmos por todos lados. Por el clítoris, la vagina y el recto. Adonis me ha estado martirizando hasta el punto de que casi colapso encima de él y, cuando creía que ya habíamos parado y que me estaba recuperando del último éxtasis, se ha incorporado, me ha sentado sobre su erección y me ha penetrado.

Lo que me ha sucedido a continuación es que creía que iba a explotar, porque el *plug* anal me hacía presión por detrás y su miembro me rellenaba por delante. Era como si me costase prestar atención y centrarme en un solo punto.

De lo que estaba segura era de que no quería mirarlo a él. Porque, si lo hacía, me imantaría y me afectaría. Adonis me gusta mucho, me atrae, parece casi hechicería. Y me hace sentir cosas que no quiero sentir.

Sin embargo, mientras se movía en mi interior, me lo ha repetido muchas veces. «Mírame, Ares». «Mírame a los ojos». Lo único que he hecho ha sido abrazarme a él, acunar su cabeza y ocultarme de su mirada para esconder lo perdida que me siento a su lado.

Con él siento que me encuentro y después me extravío. Es difícil de comprender, pero me ha dado la impresión de que, al estar tan sensible aunque sin olvidar que seguía enfadada por lo que escuché en la escalera, si lo hacíamos cara a cara, me iba a desmoronar.

Porque es duro sentirse una más.

Y no he querido rendirme así.

La experiencia en su catacumba de lujo ha vuelto a dejarme sin palabras. Es tan intenso que creo dejar un poco de mi antigua yo en cada instrucción.

Me estoy convirtiendo en otra persona. Lo noto.

En lo esencial, sigo siendo la misma, pero con todas las decepciones de los últimos tiempos, sé que me estoy endureciendo.

Y también quiero hacerlo con Adonis porque, de todas, él podría ser mi decepción más dolorosa. Y no estoy lista para eso.

Creo que nunca estuve preparada para nada de lo que me ha sucedido, y mucho menos para él.

Acabo de darme una ducha. Después del sexo, esta vez no ha habido nada más. Nos hemos quedado en la cama, cogiendo aire como podíamos, sobre todo yo. De nuevo, Adonis no se ha corrido. Y me revienta saberlo, me revienta saber que tampoco soy especial en eso.

Soy una maldita vestal, descendiente de vestales, y no sé hacer

nada con mi Emperatriz. Al parecer, mi fuego interior no quema, porque no soy capaz de enloquecer al hombre que me vuelve loca.

Con el antebrazo sobre los ojos, tumbado boca arriba y empalmado, Adonis solo me ha hablado para decirme:

—No te quites el *plug*. Lo haré yo después.

—De acuerdo.

—Lo has hecho bien —aseguró, todavía sin mirarme—. Estás aprendiendo a controlar tu orgasmo, Ares. Eres muy buena aprendiz. Y sabes obedecer las órdenes. Nos irá bien en el Sabbath.

Su pecho subía y bajaba; aún necesitaba oxigenarse. Una suave capa brillante de sudor le cubría toda la piel. Ha pretendido felicitarme y también tranquilizarme.

Pero me ha dado igual. Porque eso no es lo que más me preocupa o me molesta en este momento.

Él quiere que lo mire a los ojos cuando lo hacemos. Y no me da la gana. Porque no significa nada. Yo solo miro a los ojos si hago el amor con la persona de la que estoy enamorada y si es recíproco. Las miradas conectan las almas y solo faltaba que, además de mi corazón, él tuviera la capacidad de robarme el alma.

He asentido con frialdad y en vista de que no nos íbamos a decir nada más, me he puesto la bata y, con todo el sofocón, he salido de allí para ir hasta mi habitación.

Ahora estoy secándome el pelo. Quiero quitarme el maldito *plug*. No me gusta sentirlo ahí, pero le he dicho que esperaría a que él lo retirase.

Me miro en el espejo mientras pienso en todas las preguntas que continúan bombardeándome el cerebro. Son muchas, y necesito respuestas concluyentes.

Toc, toc.

Ya tengo el pelo seco, así que apago el secador y me dirijo a abrir la puerta de mi impresionante alcoba.

Pensaba que sería Antón, pero es Adonis. Él también se ha duchado. Aún tiene parte del pelo húmedo y se ha envuelto el cuerpo con una bata negra de algodón. Yo llevo una de color fucsia. Voy descalza.

Adonis me mira los pies y yo frunzo el ceño.

—Deberías ponerte zapatillas para no resfriarte.

—Tu casa tiene calefacción en el suelo —contesto aguantando la puerta—. ¿Qué haces aquí? ¿Necesitas algo?

—Antón va a llevar la cena para los dos a mi habitación.

—Ah, ¿hoy cenamos allí?

—Sí —asiente—. ¿Estás lista?

—Dame unos minutos…

—Vas bien así —dice sin más, sabiendo que estoy desnuda bajo la bata.

—Ya, bueno, había pensado que… —Espero que no le siente mal—. Que podía dormir sola aquí. Hoy.

La mirada que me dirige es indescifrable. No sé si está triste o cabreado. No se esperaba la propuesta.

—Lo siento. Duermes conmigo.

Me quedo boquiabierta. No ha dudado ni un segundo en negar mi sugerencia.

—A la orden, vir. —Finjo conformismo con una sonrisa falsa.

—Te espero. La cena estará en media hora.

—De acuerdo.

Adonis se da media vuelta y se aleja de mi ala bajando las escaleras.

Cierro la puerta suavemente. No puedo marcar distancias si me obliga a dormir con él. Sé que no debería hacerlo, tal vez es hasta inmaduro por mi parte, pero hay algo en mí que se rebela ante esos imperativos.

No solo voy a llegar tarde. Voy a quitarme yo misma el juguete erótico.

Me da igual que se enfade.

Había visualizado que cenaríamos dentro de la habitación. Pero no. En vez de eso, vamos a la increíble terraza de su torreta con un mirador al bosque y a su jardín, donde pululan los lobos que, de vez en cuando, se meten en las gigantescas casetas.

No hace nada de frío. En el cielo se ven cientos de estrellas titilantes porque aquí no hay tanta polución como en la ciudad.

En la mesita hay una ensalada y una lasaña de láminas de calabacín para compartir, bollitos de pan caliente y una jarra de cristal azulado con agua. Además, hay unas antorchas encendidas que rodean el círculo de la torre y, en la mesita, un par de velas en un frasquito amarillo con citronela.

Es como cenar con un *laird*.

—Tienen que hacerle un monumento a Antón. Espero que le pagues muy bien —comento cuando salgo a la terraza.

—No tiene quejas —contesta Adonis retirando mi silla.

Tomo asiento y carraspeo.

—¿Tienes hambre? —pregunta y se sienta frente a mí.

—Sí. ¿Antón siempre come solo? ¿Lleva él todo el castillo?

—Solo mis cosas. La comida, la ropa, mis… temas. —Toma la servilleta de raso blanca y se la coloca sobre las piernas.

—Es tu mayordomo barra secretario —digo sin más.

—Más o menos.

—Pero después de tantos años estando contigo y con tu padre, entiendo que también es un amigo, ¿no? ¿O tampoco creas vínculos con quienes has estado toda la vida?

El tono no es el adecuado, pero no lo he podido evitar. La ceja negra de Adonis sale disparada hacia arriba mientras me sirve un poco de lasaña.

Me enfurecen muchas cosas. Sé muy bien que, a estas alturas de este thriller con tintes de misterio, aire gótico y demasiado romántico en el que vivo, aunque solo sea de manera unilateral, no voy a salir bien parada.

Lo sé porque no soy indiferente a nada. Hace unas horas, mientras Adonis me poseía y me comía como si fuera un helado durante más rato de lo que dura la película de *El señor de los anillos*, él solo hacía su trabajo y yo construía en mi cabeza fantasías de esas que quieres que acaben bien y donde no solo es sexo, sino algo más.

Pero solo me pasa a mí. ¿Que este hombre se me ha metido debajo de la piel? Sí. No estoy enfadada con él, estoy enfadada conmigo misma por haberlo visto venir y no haberlo remediado.

Envalentonada, al principio le dije: «No me voy a enamorar de ti».

Bien, no quiero creer que sí estoy enamorada. Aunque sí me afecta todo lo que tenga que ver con él.

—Has estado algo arisca todo el día —me dice de repente—. ¿Por qué? ¿Quieres que hablemos de algo? ¿Necesitas decirme algo? ¿He hecho algo que te haya sentado mal o te haya ofendido?

En realidad, sí, pienso. Sin embargo, no es algo que pueda contarle porque se trata de lo que le dijo a Antón; yo solo escuchaba a hurtadillas.

Tengo que salir de este bucle, disfrutar lo que pueda de la experiencia, lograr mi objetivo y, después, ya decidiré qué hacer con mi vida y con esto que me engarrota el pecho cuando miro a Adonis.

—¿Qué haces para divertirte, Adonis?

La pregunta lo toma por sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—A si tienes hobbies, si hay algo que te guste hacer, además de instruir a las mujeres, perseguir a los malos y leer sobre demonios.

—¿Crees que no me estoy divirtiendo contigo, señorita Parisi?

—Seguro que sí —digo mordiéndome la punta de la lengua—. Pero… un hombre con tantas propiedades, tanto poder, con un

imperio a sus espaldas… debería tener muchas aficiones. —Me encojo de hombros.

—Debes considerarme un hombre aburrido. —Se lleva un trozo de lasaña a su apetitosa boca.

—No sabemos mucho el uno del otro, más allá de por qué estamos aquí y lo que queremos conseguir con esto. Sabes que me gusta salir a correr, que hago krav magá, que soy ilustradora, que tengo una niña, que sobre mi cabeza pesa esa extraña leyenda de las vestales, que me gustan los animales…

—Sé muchas más cosas de ti de las que te imaginas, Ares. Me basta con observar. —Asiente como un caballero.

—Yo también sé cosas de ti.

—No lo dudo. —Sonríe como un lobo—. También sabes observar.

—Haces lucha grecorromana. Hay algo del mundo de los demonios que se identifica mucho contigo y no te sientes turbado por su oscuridad. En cierto modo, algo en ella te gusta. Tienes un tatuaje en la espalda que oculta algo mucho más poderoso que solo tu piel. —Frunce el ceño—. Eres distante. Y metódico. Intentas que nada te afecte y por eso te sientes superado cuando algo te toca la fibra. Te gusta cuidar las cosas. Te encanta leer, te apasionan tus lobos, eres muy culto, hablas muchos idiomas y sabes de vinos. Te involucras con causas nobles y eres leal a los que te son leales. Pero vives con un escudo permanente. Sé que me dijiste que nunca te habías enamorado. Y ahora entiendo por qué es cierto: para enamorarte, tienes que dejar que los demás se acerquen lo suficiente a ti como para que les abras la puerta de tu casa. Y eres un buen anfitrión, pero no dejas que nadie se quede más de lo que tú les permites. Siempre serán tus normas y tus reglas por encima de todo lo demás. No te interesa tener en tu vida a nadie que no las acate.

Él se aclara un poco la garganta antes de replicar:

—Soy filántropo. Tengo protectoras de animales y muchas casas de acogida para mujeres y niños por todo el mundo. —Permanezco impasible, pero oír eso me deshace. Maldito, ¿por qué tiene que decir esas cosas?—. Siento mucha curiosidad hacia el mundo de la vinicultura, como mi padre. Me gustan los cómics. De pequeño coleccionaba muchos. Leía muchos libros, pero me gustaban los dibujos y me entretenía leyéndolos. —Claro, pienso. Sobre todo, porque estaba postrado en una silla y los cómics eran lo único, además de los libros que le daban entre su padre y Antón, que lo hacían viajar más allá de la ventana. Adonis no quiere contármelo. Y eso me molesta—. Leía *Hellboy*.

—¿El demonio bueno? —Arqueo mis cejas por la sorpresa.

—Sí.

—Te pega —contesto—. El demonio al que le cortaron los cuernos.

—Sí… Y después me enganché a *Etrigan el Demonio*.

Sonrío gratamente.

—Oh, la historia de Jason Blood, el demonólogo atado a un demonio. Es sorprendente que de pequeño ya te sintieras muy identificado con lo demoniaco. ¿Por qué? ¿Estabas poseído? —insisto en saber, tirando de humor.

—Son historias muy buenas.

—Es cierto.

—Más allá de los dibujos, me gusta lo que cuentan y cómo lo cuentan. Sus tramas. No me interesan las historias simples.

—Será porque eres complicado.

Él se echa a reír y se relaja un poco.

—Me gustan mucho tus ilustraciones. Compré los cómics en los que has trabajado.

—Vaya. —Eso me deja sin palabras—. Gracias, supongo.

—Son más baratos que la ilustración que te he pedido.

—Lo tuyo es exclusivo, señor Landon. —Le guiño un ojo—. Aunque no has pagado por mi cuadro lo que has llegado a pagar por *El hijo del Demonio*.

—No he pagado por el arte. He pagado por una entrada directa a la Corte y a la vieja guardia. Y me ha costado tres millones de euros.

—Lo sé —digo saboreando la lasaña—. De verdad…, hay que darle un trofeo a Antón, el cuchillo de oro o algo. Todo lo que hace está riquísimo. —Me paso la lengua por el labio para recoger un poco de la salsa de tomate.

—Irán a mi colección.

—¿El qué? —digo sin comprender.

—Tus cómics. También son pequeñas obras de arte.

—Eres muy amable. —Que piropeen mi trabajo siempre hace que me sonroje.

—Toco el piano, me gusta luchar y el boxeo, soy accionista del Virtus de Bolonia, un equipo de baloncesto. Me gustan los coches antiguos, como el de mi padre, pero también los todoterrenos. Tengo una clara tendencia a ir rápido, me apasiona la velocidad y probar comidas nuevas. Y me gusta el cine. No hay nada más interesante que contar, Ares. Me gusta la buena comida, me gustan las comodidades, pero no se me caen los anillos si hay algo que deba hacer.

¿Toca el piano? ¿Es accionista del Virtus? ¿De dónde han salido todos esos datos de repente? Vaya…, esto sí que me ha noqueado. Sé que debo tener cara de pasmada, así que reacciono lo más rápido que

puedo.

—Te has olvidado de lo más importante: te gustan las mujeres y el buen vino —bromeo—. Eres un sibarita.

Él inclina la cabeza hacia un lado, inspeccionándome como quien mira algo a través de un microscopio.

—Solo quiero lo mejor. No me conformo con menos.

Asiento y me aclaro la garganta. Bebo un poco de agua y evito mirarlo directamente a los ojos.

—¿Te parece suficiente todo lo que te he contado? —insiste.

—Sí. Gracias —digo sin más.

—Bien. Ahora, recítame de nuevo los nombres de los setenta y dos demonios de la Corte y lo que significan. Y dime las festividades del Sabbath y qué días se celebran. Sigues en formación.

Suspiro aliviada. Todo eso ya me lo sé. Lo he aprendido y tengo buena memoria. Además, responderle me ayudará a centrarme en algo que de verdad controlo y no en lo que no puedo dominar, como los latidos que mi corazón se va perdiendo por el camino.

XVI

Hace un rato que nos hemos metido en la cama. No hemos hablado de nada más personal. Todo el diálogo ha ido encaminado a la Corte y a todo lo que ya sé, desde sus saludos, sus costumbres, sus protocolos… Es muy contradictorio que me sienta más cómoda hablando de estos temas que de nosotros. Pero también es menos dañino, porque me recuerda la naturaleza de nuestra relación. Y ya está bien de soñar con perdices.

Adonis y yo permanecemos en silencio. No ha tardado ni dos segundos en pegar el torso a mi espalda y en rodearme con uno de sus brazos. No sabía lo que estaba haciendo hasta que he notado cómo hurgaba en mi trasero con sus dedos. Se ha detenido en seco cuando no ha palpado el extremo con el brillante del dilatador.

—¿Por qué no está? —Su voz ha sonado exigente.

—Me lo he quitado en la habitación, vir. Me han entrado ganas de ir al baño —miento. Me froto la mejilla con el antebrazo—. Lo siento.

Él no dice nada más. Esperaba una bronca, una regañina, que me echase en cara el haberle desobedecido… Pero en vez de eso, ha estrechado más su brazo a mi alrededor y se ha callado.

Intento cerrar los ojos y dormir, pero siento su respiración en el oído y su cuerpo me quema la piel del calor que transmite.

—No me has preguntado nada sobre Margarita.

Me quedo mirando un punto fijo en la pared.

—No quiero saber nada.

—¿Quieres saber si sigue viva?

—Sé que no lo está. No me importa cómo lo habéis hecho. Sé que John y Nicolaus son limpiadores especialistas y crean muy bien los relatos de defunciones. Solo espero que lo tengáis todo controlado y no dejéis ningún fleco suelto. No quiero volver a pensar en ella.

—Está todo bajo control. Nadie va a sospechar nada. Margarita se tomó unas pastillas y se quedó en el sitio.

—¿Es esa la versión que habéis dado?

—Sí. Eso es lo que ha pasado.

Ambos sabemos que no se ha tomado nada voluntariamente. Aun

así, asiento y continúo en silencio. No necesito saber la verdad. Después de descubrir lo que hacía y lo que callaba, ha dejado de importarme.

—Entiendo que ahora necesitáis contactar con el neurólogo que llevaba todo el proyecto. Ese tal… Iban Arrufat.

—Sí, llegaremos al fondo de este asunto. Lo que sabemos hasta ahora es muy inquietante y necesitamos entender cómo se entrelaza este tema con la Corte. Sin embargo, los chicos ya se han puesto manos a la obra. El señor Arrufat está de viaje y regresará a Barcelona este viernes. Él es el enlace que nos hace falta para descubrir quién está detrás del proyecto de Biovir y qué laboratorios están involucrados. Si averiguamos todo eso, desenmascararemos a algún que otro demonio de la Corte. Y sabremos qué hacen y por qué.

Adonis hunde la nariz en mi nuca y me huele el pelo y la piel.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —me pregunta.

—¿Por qué me obligas a dormir contigo? Antón me dijo que nunca habías llevado a chicas a tu habitación a pasar la noche y que jamás habías dormido con nadie pasado la noche.

—Antón tiene la lengua muy larga. ¿Qué más te ha dicho?

—Nada más —miento—. ¿Por qué lo haces conmigo, Adonis? No creo que vayamos a dormir en el Sabbath.

—Jamás he formado a nadie en cinco días. Dormir juntos desarrolla la confianza.

Resoplo y me muerdo el interior del carrillo. ¿Por qué no me dice la verdad? No puede ser eso, no puede ser así de fácil.

Y aquí estoy. Sé que la situación, en lo que a mí respecta, es desesperada, porque necesito formarme, pero sigo sin comprenderlo. Necesita el contacto tanto o más que yo, y es turbador.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos porque hace que dude, que desee, que quiera. Cuando sé que esto no significa nada para él.

—Buenas noches, vir —le digo en voz baja.

—Buenas noches —contesta él con tono rígido.

Debo dormir. Debo descansar.

Mañana es el último día de formación y, todo lo demás, todo lo que venga a partir del viernes, será en la cueva del lobo.

Necesito estar fuerte. Agarro la campanita que pende de la cadena de mi cuello y la rodeo con los dedos.

«Buenas noches, yaya».

Me despierto a medianoche porque tengo la sensación de que hay algo muy pesado sobre mi pecho que impide que respire bien. Hay algo muy ancho encima que me obliga a separar las piernas. Es un peso muerto que me clava al colchón.

Intento abrir los ojos; no puedo verlo bien.

Me estoy poniendo nerviosa, me agobio. No puedo mover ni un solo músculo del cuerpo.

Algo me está haciendo daño en las nalgas. Cuando por fin puedo vislumbrar lo que es, me encuentro unas manos completamente negras y resbaladizas, con garras, que se clavan en mi piel.

Intento gritar y no puedo. Intento pedirle ayuda a Adonis y no puedo.

Cuando miro al frente, veo un rostro diabólico sobre mí. Unos cuernos negros y largos le sobresalen en la frente, sus ojos son amarillos y sus dientes tienen forma de sierra. Dios, su piel es oscura como la de una sanguijuela.

Me está intentando hacer algo. Uno de sus muslos empuja contra mi entrepierna y me sonríe malignamente.

Por detrás de él, aparece algo que parece una serpiente. Pero no lo es: se trata de una elongación de su cuerpo. ¡Es un rabo, como el de una rata! La punta se dirige hacia mi sexo, quiere entrar por algún sitio.

—Abre la puerta, que voy a entrar —me dice con voz de ultratumba.

Me pongo tan tensa que sé que estoy temblando. Y antes de que me pueda hacer nada, una luz brota tras él. Y sé que es mi abuela.

Ella lo saca de la habitación con un movimiento de las manos. Lo expulsa, lo hace volar como un boomerang más allá de las puertas del balcón, como si la noche insondable se lo tragara. Sujeta algo entre sus dedos, pero no sé qué es.

La miro y se me llenan los ojos de lágrimas. Quisiera levantarme, quisiera abrazarla con fuerza, porque la echo muchísimo de menos y no sé si estoy haciendo bien lo que me propuse conseguir, lo que ella me animó a hacer. Pero sigo sin poder moverme.

—Ares —me dice acercándose a mí, con ese gesto de amor incondicional en sus ojos—. El fascinador te busca. Tienes que usar estos. —Me enseña un muñeco extraño de barro con cuernos y cola—. Debes aprender a usarlos y las tablillas. Ve a hablar con la madre Mariagna. Ve a su encuentro. Ella lo sabe todo.

Quiero articular algún sonido, pero soy incapaz de hacer algo más que mirarla.

—¡¿Ares?! ¡¿Ares?! —Mi abuela se desvanece y siento que me están

sacudiendo por los hombros—. ¡*Piccola*, despierta!

Es mi propio grito el que hace que abra los ojos. Me incorporo como si me costase respirar y me encuentro a Adonis arrodillado a mi lado, aún más asustado que yo.

—Coge aire —me pide posando la mano en mi pecho—. Respira. Vamos… Respira. Ha sido una pesadilla.

Me da igual lo que piense, me da igual si esto es comprometedor para él, pero estoy demasiado asustada como para hacerme la valiente y desechar un abrazo.

Así que me aprieto a él con fuerza y lloro en silencio. Y él me agarra fuerte y me envuelve con sus brazos como necesito.

Mierda, lo he pasado muy mal. Ha sido muy real. He visto a mi abuela. Mi abuela ha sido la que me ha protegido de ese ente y me ha dado un mensaje: necesito ir a ver a la madre Mariagna. Debo hacerlo lo antes posible.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has soñado?

Tiemblo como una hoja y mis hombros se estremecen por el llanto.

—He soñado con un demonio.

Adonis me acaricia el pelo y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Solo ha sido una pesadilla.

De repente, siento un beso en la coronilla. Es rápido y delicado, pero es un beso al fin y al cabo. Él mismo se ha tensado porque se acaba de dar cuenta de lo que ha hecho.

Me está volviendo loca.

Podría recrearme en ese gesto de cuidado y preocupación, pero no pienso hacerlo.

Adonis me tumba en la cama y nos quedamos cara a cara, en silencio. No puedo dejar de sorber como una niña pequeña.

—Chist… —Me recoge una lágrima de la mejilla—. Estamos solos tú y yo. Aquí nadie va a hacerte daño.

—Ha sido tan real.

—Sé cómo pueden llegar a ser las pesadillas de reales. Deja de temblar —me suplica—. Ya está. Estás conmigo. Nada te va a pasar aquí. —Hunde los dedos en mi pelo y me masajea el cuero cabelludo con una suavidad que para mí es inaudita en él—. ¿Son las pesadillas que tienes últimamente? ¿Esas de las que te protegía tu abuela?

Asiento, pero le aclaro el sueño.

—Sí, pero esta vez ha sido diferente. El demonio quería violarme. Estaba aquí, en esta cama. Encima de mí. Tenía rabo y cuernos. Lo movía como si fuera una serpiente. Quería hacerme algo… —No hace falta que le explique el qué—. Pero llevo la campana —explico volviendo a sujetarla en el interior de mi mano—. Mi abuela… En fin.

—Suspiro y me callo, porque lo que sea que me hace en la cabeza, está funcionando. Después del sofocón, mi corazón se ralentiza y poco a poco voy recuperando la normalidad. Acompaso la respiración a la de Adonis y también al latido lento de su corazón. Es un remanso de calma.

—Yo también tenía pesadillas de pequeño. A veces, aún las tengo —reconoce.

—¿Cuáles?

Él se encoge de hombros sin darle demasiada importancia.

—Sueño de forma recurrente que me persiguen. No sé dónde estoy, ni siquiera sé quién es… solo que quiero que me dejen en paz. Acabo en una iglesia, frente a un altar… y me meten en una tina de agua. Siento que me ahogo y cuando abro los ojos, estoy empapado en sudor. Pero no es real. Solo es un sueño. La vida real no es así, *bambina*.

Sé que las pesadillas no son solo un mal sueño. He aprendido la lección.

Me quedo pensando en su historia, medio dormida. ¿Por eso necesita pastillas para dormir?

Da igual. Sé que preguntar no serviría para nada. Si él no me lo quiere contar, no voy a insistirle.

Además, huele tan bien, las sábanas están tan limpias y me gusta tanto lo que me hace en la espalda y en la cabeza… Me siento genial entre sus brazos, protegida. Y me da igual si una parte de mí se enfada por pensar así. Porque ahora esto es justamente lo que necesito.

Su voz es como el arrullo lejano de una canción de cuna, y me calma tanto que pierdo el hilo de lo que me cuenta.

Porque vuelvo a quedarme dormida.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, no sé ni qué hora es. De lo que sí soy consciente es de que no estoy sola. Adonis no está en la cama, sino completamente vestido frente a mí, inclinado sobre mi lado.

Está aseado, listo para todo lo que tenga que hacer ese día. Me gusta el olor de su desodorante y su perfume. Es muy embriagador y masculino.

—Ares, arriba.

—Buenos días. —Miro el reloj un tanto aturdida. ¿Las diez? ¿En serio?—. ¿Cómo he dormido tanto?

Está incómodo, lo percibo en el modo en el que me mira. ¿Será por lo de anoche?

—¿Pasa algo?

—Nos tenemos que ir.

—¿Adónde? —pregunto con curiosidad.

—No te pongas nerviosa —me advierte.

Cuando una frase empieza con «no te pongas nerviosa», es algo muy malo. Así que me incorporo y lo observo sin parpadear.

—¿Qué ha pasado? ¿Es Venus? ¿Mi madre?

Adonis apoya una mano en mi rodilla y contesta:

—Es Venus. Está bien, no te alteres —me aclara antes de que lo bombardee a preguntas—. Se ha caído en el parque y se ha hecho una herida en la cabeza. La tienen en el municipal, ya la están atendiendo.

Me levanto como un toro de la cama y me quedo de pie ante Adonis, con la sábana cubriendo mi cuerpo.

—Vámonos. Cinco minutos y estoy.

Me muevo como un tornado por la habitación. Pensar que mi hija se ha hecho daño y no estoy ahí para tranquilizarla me ha hecho sentir mal y culpable.

Solo tengo ganas de verla y de estar a su lado.

Resulta que John ha sido quien ha llamado a Adonis para informarle porque mi madre estaba histérica y, si me hubiese llamado ella, me habría puesto mal sin necesidad.

Aun así, de camino al hospital municipal de la Vía Augusta, sigo muy nerviosa.

—Ares, es solo un corte —intenta tranquilizarme un solícito Adonis.

—Venus es muy fuerte, pero es muy aprensiva. En cuanto ve sangre, siempre pregunta si se va a morir. Y mi madre, no te digo nada… —Apoyo la frente en la mano.

A él le nace una sonrisita divertida en los labios.

—Es graciosa.

—Sí. —Miro su perfil con atención.

La verdad es que se está portando muy bien y me está dando facilidades. Me ha dicho que sí a todo. A ir al hospital, a estar con la niña, a comer en casa de mi madre y compartir un tiempo con ella y los guardaespaldas. Y se lo agradezco. Con lo inflexible que es para unas cosas, al menos, en lo que tiene que ver con mi maternidad, es muy comprensivo. Y más teniendo en cuenta que hoy es el último día de formación.

Cuando llegamos al centro, tan solo a unos metros de mi casa, encontramos aparcamiento de puro milagro. Bajamos del coche

rápidamente y, dentro, nos encontramos con John y Nicolaus.

—¿Dónde está? —les pregunto sin aire. Soy una dramas, lo sé, pero es mi hija.

Los dos están muy tranquilos, como si considerasen que lo sucedido no ha sido nada grave.

—En el segundo compartimento a la derecha, nada más entrar —me explica John—. Ares, están bien. Las trajimos aquí a las dos de inmediato.

—¿A las dos?

—A tu madre le dio un bajón de tensión por el disgusto… —me aclara Nicolaus con cara de circunstancias.

—Dios mío. —Me cubro el rostro con una mano. Imaginarme la escena es peor—. Voy a ver.

—¿Puedo entrar? —pregunta Adonis con el gesto muy serio.

Frunzo el ceño, sorprendida por su ofrecimiento.

—Si quieres —digo adelantándome.

Cuando pasamos al compartimento, el panorama es desternillante. Mi madre está tumbada en la camilla con los pies en alto y con los ojos tapados por el antebrazo. La otra mano la tiene entrelazada a la de Venus, que está sentadita, con los pies colgando y una piruleta en la otra mano.

—Monito. —Abro los brazos y a mi pequeña, cuando me ve, se le iluminan los ojos. Espera ansiosa a que la coja.

—¡Mami!

La abrazo con fuerza contra mí y miro con atención los apósitos, que parecen puntos, que tiene en el lado derecho, en la frente. Se le está inflamando un poco y tiene húmedo parte del pelo castaño oscuro. Huele a una mezcla de colonia, sangre, alcohol, Betadine y lágrimas.

—Cariño. —Pego mi mejilla a la suya—. ¿Qué ha pasado? ¿Te duele?

—Sí, un poco.

—Bueno, monito, ya verás como se te pasará. ¿Y esa piruleta?

—Me la ha dado la *doctrora*. Por portarme bien.

—Así me gusta, mi pequeña campeona.

—Se tiró por el tobogán —me cuenta mi madre desde la camilla, aún afectada—. Cayó de pie, pero con la inercia, tropezó e impactó de cabeza en el suelo. Y mira… No me quiero ni acordar.

Paseo la mirada entre las dos. Venus parece que está bien, pero la que peor está es mi madre. Y, entonces, sin pretenderlo, me da la risa.

Levanta la cabeza y me dirige una mirada perdonavidas.

—Si ya sabía yo que te ibas a reír de mí. La he visto con sangre en

la cabeza y llorando y me han fallado las rodillas. Soy una floja, hija. Ley de vida. Hola, Adonis. ¿También has venido a ver el circo que he montado?

Y eso hace que me ría con más ganas. Es que… menudo panorama.

—¡*Adondis*!

De repente, Venus hace lo más impensable.

Alarga los brazos hacia Adonis y él, que es incapaz de rechazar a una dulce niña que lo mira con ojos brillantes, la toma en brazos.

No entiendo nada. No consigo comprender cómo Venus confía en él de ese modo si apenas se conocen. Es muy raro para mí ver a mi hija en brazos del hombre que me vuela los sesos y me encoge el estómago todos los días. Hace que piense en cosas que no debo, que me haga ilusiones que en mi mente quedan preciosas, pero en realidad son una mierda.

Mi madre pone la misma cara que yo, como si nos hubiéramos perdido algún capítulo de nuestras vidas.

—¿Qué te ha pasado, Venus? —pregunta Adonis. Su mirada amarilla refleja cuánto la adora. Yo es que me derrito.

—Me he tirado por el *togobán* y me he dado en la *cabesa*. Mira. —Se señala los apósitos y el chichón.

—Vaya…, qué leñazo.

La niña se echa a reír por lo que ha dicho.

—¿Y el suelo está bien? —continúa él.

Dudo que Venus entienda sus bromas, pero le hace gracia. Se ríe como si fuera muy chistoso. Qué coqueta es.

—El suelo está bien —asegura—. Mi yaya no, *porbre*. Se ha caído.

—¿Y le ha dado al suelo? Pobre suelo, cuántos golpes se ha llevado.

Venus se cubre la boca y suelta una carcajada.

—*Porbre* suelo.

Me muerdo el labio para no reírme de mi madre, pero es que es muy cómico.

—¿Y ya estás bien? ¿Ya te podemos sacar del hospital?

—Yo sí —contesta Venus—. ¿Quieres? —Le ofrece la piruleta.

Esto es el colmo. Que la niña está pasando de mí y quiere compartir la comida con él. Y no cualquier comida, ¡una piruleta! Pero ¡¿esto qué es?!

—No, *diavoletta*, eso es para ti.

¿*Diavoletta*? Venga ya. ¿Me quiere matar?

—No, tú puedes. —Venus le pinta los labios con el rojo de la piruleta—. ¿Vamos al parque, *Adondis*? —Le sujeta la cara como si fuera de juguete—. ¿Vamos, mami? —Me mira sonriente—. ¡Ya estoy

bien! —exclama feliz.

—Ya podemos irnos —dice mi madre obligándose a incorporarse sobre la camilla—. Si la que lo está retrasando todo he sido yo. A la niña la han atendido enseguida —añade echando mano a su bolso de asas negro—. Me ha impresionado tanto ver la sangre que me ha bajado la tensión. Mira, me han dado hasta un zumo de piña. —Señala el cartoncito de la mesa camarera.

—Te suele pasar. —La sujeto del codo para ayudarla a levantarse —. ¿Qué te ha dicho la doctora?

—La niña está perfecta. Le han hecho unas pruebas para asegurarse de que no tuviera ninguna fractura, pero está todo bien. Solo es el corte y el golpe. Que la observemos durante el día. Si vomita o se marea, tenemos que volver a traerla.

Es el protocolo normal para golpes en la cabeza.

—Está bien. ¿Lo tienes todo? —le pregunto.

—Sí. —Mi madre mira a Adonis y a la niña, y luego desvía la mirada hacia mí. Su expresión no me gusta y su sonrisa ladeada tampoco—. ¿Y tú lo tienes todo?

¿Qué tipo de pregunta es esa? Entrecierro los ojos lilas y me aclaro la garganta.

—¿Puedes llevar a Venus, Adonis?

Sin embargo, antes de que pueda mirarle a la cara para hacerle la pregunta, él ya ha apartado la cortina para salir con Venus en brazos.

¿Por qué?

¿Por qué tiene esa habilidad? Es un hombre muy atractivo y sí, irradia un aura de poder a su alrededor. Pero no hace tonterías, no se gana a nadie siendo amable, no finge ni hace el payaso para provocar sonrisas. Al contrario, suele ser muy serio y frío. Aunque nada de eso afecta a mi hija. Es el primer hombre con quien de verdad le apetece estar y a quien le gustaría adoptar como amigo. Se acercó a Nicolaus y John porque no le quedaba otra y se han metido en nuestra casa. Pero esa caída de ojos, mi niña solo se la hace a Adonis.

Es desconcertante.

Todo, todo en mi vida es desconcertante ahora mismo.

—¿Os quedáis a comer? —Mi madre se pone las gafas de sol con mucha dignidad. Nada le avergüenza más que su debilidad ante la sangre.

Asiento y, mientras ella entrelaza su brazo con el mío, no pierdo de vista a ese gigante moreno que arranca suspiros a las enfermeras y que sujeta a mi hija como si fuera un tesoro delicado.

Se está sorteando un corazón hecho añicos, y tengo todos los números para que sea el mío.

Mientras Venus convence a Adonis para jugar frente al larario con su comunidad de casitas de setas y pitufos, ayudo a mi madre con la comida.

—Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? —pregunta añadiendo el caldo al arroz.

—Una paella de verduras.

—Ya sabes a lo que me refiero, no te hagas la tonta. No sé por qué te tiene en su castillo ni qué te está enseñando para que entréis en esa Corte. —Levanta la mano—. Ni lo quiero saber. Ya eres adulta y tú sabrás. Pero hay una energía que va y viene entre vosotros.

—¿Ahora captas energías?

—Ahora estoy abierta a captar cualquier cosa. No hay que ser bruja ni *sagae* para ver lo que te está pasando. Soy tu madre. Noto esas cosas. A ti te gusta ese hombre, Ares. Te gusta como jamás te gustó Hugo ni nadie que hayas traído a casa desde que eres una mujer.

—Mamá, baja la voz.

—¿Por qué? ¿Crees que Adonis no se ha dado cuenta? Ese hombre sabe perfectamente lo que provoca a su alrededor.

—No es nada. Solo… solo es atracción —intento convencerla, a ella y también a mí misma.

—Sí tú lo dices. Pasas demasiado tiempo con él como para que no te afecte. Me afecta a mí y le doblo la edad —aclara removiendo el arroz ligeramente con una cuchara de palo—. Solo espero que se porte bien contigo. Voy a estar de su parte mientras te proteja y te cuide.

—Se está portando bien. —Ni muerta añado más.

—Y también espero que tú te portes bien.

—¿A qué viene eso?

—A que te conozco. Eres impulsiva y, cuando te sientes amenazada, no eres de las que se esconden. Vas a morder. Con ese hombre, hay que pensarse las cosas dos veces.

—¿Por qué lo crees? —Tomo la copa de sangría con trocitos de melocotón y le doy un sorbo.

—Porque puedes sobrevivir a un enfrentamiento con cualquier hombre, pero con ese exactamente… —Niega con la cabeza—. Con ese no. Así que todo por lo que estés pasando, el estrés, la ansiedad, el dolor, la aventura, el descubrimiento…, más vale que todo te merezca la pena. Pero si un día te revuelves y atacas, porque es lo que necesitas hacer, ve a morder, Ares —une su hombro al mío y choca su copa con la mía—, muerde de verdad. No te quedes a medias. Hay hombres que necesitan las cosas muy claras y que no reaccionan hasta

que los provocan. Otros no, otros son pacientes y delicados y te tratarán como a una princesita en todo momento. Te lo pondrán facilísimo. Para esos, siempre tendrás oportunidades y estarás a tiempo de conseguir uno así. Luego están los demonios guapos y tiranos, como Adonis. Los que están envueltos en una crisálida de espinas y que por dentro son todo pasión, fuego y corazón. Estos solo llegan una vez, solo se entregan una vez. Pero, para llegar a ellos, debes estar dispuesta a pincharte de vez en cuando. Si quieres a uno como él —lo señala distraídamente—, vas a tener que quemarlo un poco para que note que estás viva de verdad y que también te gustan las llamas.

Nunca imaginé a mi madre hablarme así. Con esa pasión, con esa entrega y esa confianza.

—¿Cómo sabes tanto de repente?

—Porque sé lo que hace un amor así. Y no te lo puedes perder. Tu padre era un poco tirano, hasta que conseguí que comiera de la palma de mi mano. Lo echaré de menos todos los días de mi vida, pero no me arrepiento de nada. Volvería a vivir la historia que tuve con él, incluso sabiendo que la muerte me lo arrebataría pronto.

Trago, compungida por la intensidad de sus palabras y el recuerdo amoroso en sus ojos. Siempre supe que mis padres se amaron hasta el último día. Se amaron de verdad. Eran de esas parejas irrompibles, incorruptibles; les encantaba estar juntos, porque juntos lo tenían todo.

—Tendré en cuenta tu consejo, mamá.

—No te he dado muchos, pero este es de los mejores que puedo ofrecerte. La vida es muy corta para dejar de hacer cosas por miedo. Miedo a fracasar, miedo a decepcionar, miedo al qué dirán… Yo he vivido así muchas veces. Estamos rodeados de ambigüedad, hay cosas que están bien para unos y para otros, no. Todo está polarizado. Pero hay personas que no se mueven en lo ambiguo. Son lo que son. Mandan, están acostumbrados a vivir así. Y es importante dejarles claro lo que quieres. Llegará el momento en el que tengas que hacerlo con Adonis, Ares. Porque la mayoría de los hombres que dominan y tienen poder necesitan que las valientes los conquisten. Él es así y espera que un día lo seduzcan.

—¿Y quién te ha dicho que él me haya conquistado?

—Cariño —resopla—, soy tu madre. Te brillan los ojos cuando él está cerca.

—Es alergia.

—Mentira. Y míralo. Venus está embobada con él. Fíate de su barómetro. La niña sabe quién vale la pena, por eso nunca quiso saber

nada de Hugo. No como tu madre, que no sé quién será, que estaba atrofiada.

Eso es cierto. Le paso un brazo por encima de sus hombros y le doy un beso en la mejilla.

—Solo había que echarte tres en uno.

En algún momento tengo que separar a mi hija de Adonis. John y Nicolaus están sentados en la mesa de madera, trabajando con sus portátiles, pero mi pequeña ha monopolizado al hombre de los ojos de lobo.

Están frente al muro donde luce el impresionante agatodemon. Aunque más impresionante es el de carne y hueso. Venus se encuentra de pie entre las piernas de Adonis, que está sentado en el suelo, escuchando la historia que le cuenta.

Me quedo embobada y me siento una extraña al interrumpirlos.

Hasta que veo cómo él se retira el pelo de la frente para enseñarle algo.

Me acerco un poco más solo para escucharlos.

—Yo también tengo marcas, ¿ves?

La niña se queda ensimismada cuando las ve. No tengo derecho a enfadarme, pero a mí no me deja verlas ni tocarlas y, en cambio, a Venus sí. Aun así, agradezco que sea así con ella, me llena de ternura.

—Hala…, ¿te duelen? —Venus pone sus deditos sobre ellas.

—No. A ti te va a quedar una así. —Une el índice y el pulgar—. Muy muy chiquitita. Como tú. Casi no se verá.

—Yo ya soy grande. Tengo tres años. —Levanta los dedos como puede.

—Yo también tengo tres. Y un cero.

—El cero no es nada —asegura Venus.

—¿Ves? Por eso tengo tres.

A mi monito le ha descuadrado. No comprende por qué alguien tiene tres años y es tan grande y alto.

—No. —Venus le coge la cara otra vez—. No tienes tres, no. *Adondis*, ¿tú eres un *pardre*?

Abro mucho los ojos. ¿Cómo se ha atrevido a preguntarle eso?

—No. No soy padre.

—¿Quieres ser un *pardre*?

—Niños, a comer —les digo a los dos, nerviosa por la dirección que está tomando la conversación. O los interrumpo o veo capaz a Venus de preguntarle si quiere ser su padre. No quiero escuchar la respuesta.

Las dos estamos muy bien y no me gustaría que se hiciese ilusiones

al respecto. Ya tenemos suficiente con que a mí se me vaya la cabeza.

Adonis se levanta del suelo, se sacude el pantalón con las manos y la niña se pone a dar saltitos a nuestro alrededor como una ninfa de los bosques.

—¿Qué tal la charla? —le pregunto—. Me gustaría decirte que Venus es así de intensa siempre. Pero te mentiría.

Él esconde una sonrisa socarrona. Parece que le gusta saberlo.

—Venus y yo somos buenos amigos.

—¡Sí, mami, amigos! —exclama ella corriendo hacia el porche. La mesa ya está preparada y ya nos podemos sentar a comer.

Adonis y yo nos quedamos mirando fijamente. Me cruzo de brazos y apoyo el peso de mi cuerpo en una pierna.

—Ahora dime la verdad: ¿la has embrujado? Lo de Venus contigo no tiene ninguna explicación racional. No lo entiendo.

Eso hace que vuelva a dibujar una sonrisa peligrosa de oreja a oreja. Se le marcan unos hoyuelos alucinantes; eso, añadido al surco profundo de su barbilla varonil, lo hace matador.

Adonis me adelanta, pasa por mi lado y se inclina para decirme al oído:

—*Bambina*, un caballero no habla de sus conquistas.

Así, sin más, se dirige hacia el porche para reunirse con sus amigos, con mi madre que querría ser su suegra y con la niña que desearía que él fuese su padre.

Y, mientras tanto, yo lucho contra otra necesidad mucho más primitiva, más intensa: reclamarlo como mío.

No lo voy a negar más. Me estoy enamorando de Adonis.

Si no lo estoy ya, hasta el tuétano.

XVII

Durante la comida me he dado cuenta de que, más allá del mundo turbio en el que Adonis y yo nos hemos metido, mucho más allá del sexo y las lecciones, de la indudable violencia y de la oscuridad que acecha inclemente, aún puedo disfrutar de momentos increíblemente familiares como este, con gente a la que es posible que no hubiese conocido en mil vidas de no haber sido por la serendipia cuando Adonis me arrolló con su Porsche.

John y Nicolaus tratan a mi madre con mucha educación y respeto, pero hay algo subyacente en el tono con el que le hablan: le tienen cariño. Se sienten agradecidos cuando las agradecidas deberíamos ser nosotras al recibir su protección. Venus está a gusto con ellos y mientras sigan tratando a mi madre y a mi hija así, yo también lo estaré a su lado.

Es como si Adonis supiera encajar en todos lados. Porque su educación exquisita y su porte no dejan que nada le sorprenda o le haga actuar de manera indebida. Pero eso es pura fachada. Lo sé. A veces, algo en su interior, esa parte más de demonio que de príncipe, se asoma para mostrar al canalla divertido y graciosamente soberbio que también es pero al que nunca deja salir porque está encadenado a lustros de autocontrol y de preparación en su cruzada de venganza personal. Como si su ofuscación y sus miedos hubiesen sepultado su parte más luminosa y relajada.

Y, en ocasiones, yo la veo. Veo esa parte y me siento afortunada.

Sé que Adonis ha hablado con John y Nicolaus sobre todo lo que tienen entre manos y de lo que no me enteraré a no ser que a él le apetezca contármelo. Lo han hecho de un modo discreto, para que nos sintiéramos cómodas y para que creyéramos que era un día normal en las vidas de todos. Como si, durante esas horas, el mal no trabajase.

Cuando nos hemos despedido, eran ya las cinco y media de la tarde. Mi madre me ha rogado que siga cuidándome y en contacto con ella. Que estarán bien en casa, y no lo dudo. Puedo certificar que mi abuela sigue por aquí, como protectora de nuestros sueños, a través de nuestros amuletos, el larario y las protecciones. Ella se quedó aquí. Lo

sé, aunque no la vea.

Venus le ha hecho un dibujo a Adonis. ¡Cómo no! Y se lo ha dado con una sonrisita. Cuando lo he mirado, se me ha caído el alma al suelo.

Según ella, eran «la mami y *Adondis*». Dos seres humanoides, una con el pelo negro larguísimo y otro con el pelo a lo Eduardo Manostijeras. Creo que estamos cogidos de la mano. Es cursi y ridículamente bonito.

—Qué guapa me has dibujado, monito —le he dicho mientras la cogía en brazos, le daba un achuchón larguísimo y le llenaba la cara de besos—. La mami se va a trabajar otra vez. En unos días ya estoy aquí contigo —le aseguro. Al mirar de soslayo a Adonis, él continuaba de pie, observando el dibujo muy serio y sobrecogido.

—Muchas gracias, *diavoletta*.

Venus lo ha cogido del cuello con un bracito y le ha puesto morritos. Definitivamente, le ha hecho algo a mi hija. Y sea lo que sea, no lo voy a descubrir. Adonis le ha sonreído, ha dejado que la niña le diera un beso en la mejilla y luego él le ha dado un beso en la frente.

Demasiado para mí.

Una vez en el coche, después de ponerme el cinturón, me siento en paz y agradecida por haber pasado un día como este. Sin embargo, mis emociones son una montaña rusa respecto al hombre que tengo al lado. Que me toque, que me acaricie, que se meta dentro de mi cuerpo como lo hace, es imposible que me resulte impersonal y superficial.

Sé que solo es sexo para él. Yo también pensé que solo lo sería para mí. Pero estaba muy equivocada. Infravaloré mucho mi capacidad para enamorarme. Y me siento estúpida, porque siempre me he reído de las películas y de las novelas donde las mujeres se enamoran de los peligrosos, de los chicos malos, de los que están llenos de traumas y tienen adicciones. De los capullos, vamos.

Siempre consideré a esas protagonistas unas descerebradas.

Adonis no tiene adicciones, no es malo, pero sí puede ser muy peligroso. Es posible que arrastre algún trauma de la infancia por su condición física. Pero no es un capullo. No odia a las mujeres, no las trata mal ni tiene filias que yo no pueda aceptar.

No obstante, cuando lo conoces más a fondo, él mismo te advierte del peligro y se asegura de que lo veas bien con carteles luminosos y parpadeantes. Como cuando te encuentras en un cruce de caminos, hay un cartel que te lleva al Infierno y tú vas y lo eliges, aunque te lleve ante el mismísimo Demonio. Y, si eso pasa, por muy guapo que sea, no le vas a entregar una gran parte de tu corazón, ¿no? ¡Porque es el Demonio, joder! ¡¿Eres tonta?!

Pues bien, sí lo soy. Aquí, Ares Parisi, soy una descerebrada más.

Al menos, aún soy capaz de reírme de mí misma.

—¿Qué quieres que hagamos? —me pregunta de repente.

Volteo la cabeza y lo miro con sorpresa.

—¿A qué te refieres? ¿No vamos al castillo a continuar con las lecciones? Mañana es la presentación y…

—No. Hoy no. Hoy solo quiero que estés tranquila. Llevamos unos días muy intensos.

Frunzo el ceño. Es cierto que después del susto de Venus, no tengo el *mood* adecuado como para acostarme con él porque estoy muy sensible.

Sin embargo, juraría que él mismo también se siente un tanto desequilibrado. Supongo que estar en contacto cercano con un núcleo familiar ha podido alterarlo un poco, aunque en su coraza perfecta no haya ni una grieta que me haga sospechar tal cosa.

—¿Qué harías tú en un día como hoy? —vuelve a preguntarme sujetando el volante con firmeza—. Iremos donde tú digas.

—¿Yo? —Sonrío taimada—. ¿Me estás dando el poder?

—¿Cuándo no lo has tenido?

Como me ponga a hacer una lista no acabo, así que prefiero responder rápido, no vaya a ser que retire la propuesta.

—Hoy juega la Penya. Supongo que, como eres accionista del Virtus de Bolonia, te gustaría ver un partido de baloncesto.

—El Joventut de Badalona —dice sin despreciar para nada la idea —. Nunca he ido al pabellón.

—Pues yo era socia. —Arqueo las cejas repetidas veces—. De hecho, antes formaba parte del club de animación Demonios Verdinegros. Hasta que me fui a Estados Unidos y tuve que dejar de ir a los partidos.

Él escucha mis palabras, pero, en realidad, está estudiando mis facciones como si quisiera dibujarme. Así miro yo las cosas que me fascinan. Es interesante ver la misma reacción en él y más aún, saber que se la provoco yo.

—Ares y los demonios… Siempre han estado en tu vida, ¿te das cuenta?

—Ahora más que nunca, ¿no crees? —Lo tanteo con la mirada—. Incluso la mascota de animación del equipo es un demonio de piel roja, cuernos, barba y pelo negro. —Asiento con certeza—. Como tu tatuaje de la espalda. Como Asmodeo.

Adonis mira al frente porque no me aguanta los ojos, arranca al coche y dice:

—Vamos a ver a los Demonios Verdinegros.

Badalona tiene su club de baloncesto profesional que ha ganado muchos títulos ACB y alguna Champion. Los que nacemos aquí, sobre todo más por el centro, mamamos baloncesto y la Penya desde muy pequeños. Aquí todo gira en torno a este deporte, los pabellones como la Plana o lo que antes era Sant Josep se llenan de público los fines de semana para ver los equipos de cualquier categoría o de la liga EBA. Últimamente el pádel está empezando a ganarle terreno como deporte más practicado, pero en lo que respecta a ligas de equipos escolares, federados o semiprofesionales, todos crecen con una Spalding bajo el brazo. El partido es a las ocho, así que le he obligado a hacer un poco de tradición de barrio, como ir al Frankfurt de la esquina.

Lo que más me gusta de Adonis es que no es ningún estirado. Este no es, ni mucho menos, su hábitat ni su círculo social, pero sabe mezclarse y adaptarse. El Joventut está lleno de fumadores en la puerta y sé que eso le molesta. A mí también. Algunos ya han bebido más de la cuenta y como no advierten que no voy sola, se exceden en su manera de mirarme. Eso es algo de lo que soy consciente, porque este tipo de hombres no sabe disimular. A mí me da igual, lo hacen conmigo y con muchas otras; no nos vamos a pelear y a dar de tortas con todos.

No sé si Adonis les ha dicho algo o no, porque no quiero que lo haga. Pero he escuchado a uno decir en voz baja: «Lo siento, tío», como pidiéndole disculpas.

Lo miro por encima del hombro, curiosa por saber qué ha pasado. Sin embargo, él mira al frente, estoico, al cartel con el menú. ¿Está disimulando? Creo que los ha congelado con sus ojos lobunos.

Se ha pedido una cerveza, el bocadillo y yo una Coca-Cola Zero y otro bocadillo. Nos hemos sentado en una de las pocas mesitas de fuera para comerlo tranquilamente y hacer tiempo hasta que empiece el partido.

—¿Por qué no sabía que te gustaba el baloncesto? —me pregunta antes de darle el primer sorbo a su cerveza.

—Porque no me has preguntado, vir. —Sonrío y le doy un bocado al bocadillo—. Me conoces en varios aspectos, pero hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Dicen que una vida no es suficiente para conocer a una persona.

—Pues imagínate, tú y yo solo hace dos semanas que nos conocemos.

—No sigo la liga ACB. ¿Cómo va la Penya?

—Bueno —me encojo de hombros—, van terceros. El equipo ha

sido la cuna de jugadores estrella que luego van a la NBA, pero ha visto tiempos mejores. —Lo miro con interés—. Tú eres billonario, ¿no, Adonis? —le pregunto en voz baja—. ¿No te interesaría comprar el club y convertirlo en una máquina de ganar títulos?

Eso le provoca una sonrisa muy divertida.

—¿Me estás ofreciendo un negocio de inversión?

—Solo es una sugerencia.

—Mis inversiones están centradas en otras cosas.

—¿En las criptomonedas?

—Con ellas conseguí mi fortuna muy al principio, antes de que explotaran —aclara—. Ahora las he destinado a otros asuntos. Aunque… —nos acaban de traer unas patatas fritas—, gracias —le dice al camarero—. Me lo pensaré.

—¿Te gusta el kétchup y la mostaza? Yo soy más de kétchup y mayonesa.

Adonis asiente.

—A mí también me gusta más así.

—Uy, cuidado, vir. —Me gusta tomarle el pelo un poco. Hace que sienta que tengo algo de control en esta relación y que no sea tan grave que él me guste tanto—. A ver si resulta que estamos hechos el uno para el otro. —Le guiño un ojo y, al momento, me arrepiento. La comisura de su labio está ligeramente alzada, pero su mirada es muy intensa.

—En el mundo hay siete mil quinientos millones de personas. Ponle que la mitad sean hombres y la otra mitad, mujeres. La probabilidad de que haya una persona hecha a medida de otra, que exista un alma gemela y que la encuentres, es ridícula e improbable. ¿La vas a encontrar tú en tu vida? ¿La voy a encontrar yo? ¿Por qué iban a ponerte las cosas tan fáciles? ¿Por qué iban a aumentar tus probabilidades de encontrar ese tipo de felicidad así como así? Ya lo ves a tu alrededor. El mundo está lleno de infelices, de personas que se casaron con el no indicado, de quienes luchan por conseguir un divorcio, una orden de alejamiento, la custodia de sus hijos, la pensión vitalicia, la media pensión… Ese tipo de amor del que hablas es una quimera. Y si en algún momento crees que lo has encontrado, es solo un espejismo, una táctica de la química de tu cerebro que te convence para iniciar una relación.

—No crees en el amor, ¿verdad? —le pregunto compadeciéndolo —. Contigo Mr. Wonderful se iría a pique.

—No sé quién es. Soy más de estadísticas. Solo hablo de la realidad.

—Bueno, estaba bromeando —le aclaro comiendo patatas para

llenarme la boca con algo que no sea la bilis de la amargura—. Ya sé que no eres capaz de enamorarte, Adonis. Hay que ser muy valiente para eso y tú tienes demasiadas defensas. —Creo que el comentario no le ha gustado, pero no me importa—. Yo sí veo amor a mi alrededor. Y en muchas formas. Tal vez no sea el amor romántico de esas almas gemelas de las que hablo, pero creo que hay parejas que pueden quererse de otra manera, ser felices y sentirse satisfechos con eso. Con el respeto, con el cariño, con la ternura… Pasado el tiempo, eso es lo que debe quedar. Y si han sobrevivido a este, supongo que han tenido éxito. No son una mayoría, pero existen.

—El amor vuelve locas a las personas. Nada debería tener tanto poder sobre nadie —asegura con la mirada un tanto perdida—. Hace que pierdan sus objetivos, que se pierdan un poco en el otro y que, si faltan, puedan llegar a desear morir y a restarle sentido a sus vidas.

—Pero eso no lo hace el amor, Adonis —digo afectada por el tono de su voz—. Eso lo hace la poca preparación emocional a la pérdida. La dependencia. Me dijiste que no te habías enamorado nunca —le recrimino—. ¿Es eso verdad? ¿En serio? Porque hablas del amor como si realmente lo conocieras. Alguien te ha tenido que romper el corazón para no querer formar vínculos. Porque no los quieres —le echo en cara—. Es evidente que rehúsas sentir ese tipo de afecto. No quieres que te lo den, ni lo quieres dar.

—Te dije la verdad. Nunca he tenido una relación sentimental con una mujer, pero sí he tenido muchas relaciones. —Se encoge hombros, un poco incómodo—. Nada más.

—Me las imagino —susurro entre dientes—. Solo sexo.

—También es lícito, mientras se deje todo muy claro.

—Entonces, solo me explico que pienses así si, en tu familia, tus más allegados han sufrido mucho por amor. Que hayas mamado el dolor desde pequeño. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Por qué no me explicas por qué eres así?

—No hay nada que contar, señorita Parisi. No me hagas terapia. —Sonríe con malevolencia.

—No pretendo hacértela. Es solo una conversación entre amigos. Porque… —Lo miro por encima de mi copa llena de Coca-Cola—. ¿Somos amigos al menos, Adonis? ¿O solo somos socios con derecho «obligado» a roce?

—Somos amigos —contesta muy serio. Parece ofendido de que lo dude—. Y tengo muy pocos.

—Entonces lo valoraré —asiento con la cabeza.

—No lo digo como si tuvieras que estar agradecida. Que te tenga en cuenta no es nada bueno. Pero me… me siento responsable de ti —

dice con una sinceridad que me agrada y me impresiona—. Me ha pasado desde el principio de conocerte. Tengo la necesidad de… —evita mirarme a los ojos— de cuidarte. Eres una persona especial, Ares. Y voy a hacer lo posible para que todo esto salga bien.

Al menos, eso es algo más. Obvio que Adonis tiene pocos amigos; todo él es una coraza inexpugnable, no se deja conocer y tampoco él hace por conocer a fondo a nadie. Ni falta que le hace, porque tiene la extraña habilidad de mentalista de leer a las personas a la perfección. No necesita escucharlas para conocerlas. Y resulta irritante, pero es así. Aunque yo también tengo mis habilidades y ahora sé más de él, de cómo es y cómo siente, algo que nadie ha sabido antes.

Se preocupa por mí. Quiere cuidarme. En otras culturas eso bastaría para contraer matrimonio. Pero en mi mundo, eso nunca sería suficiente.

—¿Sabes qué creo, Adonis?

—¿Qué? —quiere saber intrigado.

—Que solo tienes miedo. Miedo de que enamorarte te haga perder el control en el que has estado trabajando durante tantos años, tanto tuyo como para cada detalle que te rodea. Yo sí creo que estás capacitado para amar con pasión y que tú también necesitas cariño.

—No le quieras desear ese mal a nadie —sentencia con frialdad.

—¿Mal? —Frunzo el ceño. No lo entiendo. ¿Será que Adonis cree que enamorarse de alguien es condenar a la otra persona? ¿Hacerle daño? ¿Él no es digno de sentir amor? Esto es nuevo y me ha dejado descolocada—. No. Tú no eres malo, tu amor tampoco. —Me acerco a él, con más complicidad e intimidad—. Yo solo veo mal una cosa en ti. Y eso sí es dañino.

Traga saliva y me dirige una de esas miradas que petrificaría a cualquiera, menos a mí, porque me ha lanzado otras y sigo muy viva.

—¿Quieres saber qué es? —Poso mi mano sobre la suya. Lo sé, es demasiado confiable y atrevido, pero quiero hacerlo.

—Dímelo.

—Que para ser un demonio destinado a hacerlo todo arder, Adonis, te obligas a vivir en un congelador en el que el hielo sofoque tu fuego. Ese no eres tú. Y mientras sigas bajo cero, nunca llegarás a mostrar tu verdadero yo ni sentirás con todo tu potencial. Estás en ese congelador por decisión propia, pero que tu trampa no se convierta en tu cárcel. No vale la pena pasar tanto frío.

Vuelvo a atacar las patatas con mucha tranquilidad. Me gusta decirle las cosas claramente.

Adonis exhala y se recompone. Ha absorbido como una esponja mis palabras, aunque es libre de desecharlas cuando quiera.

De repente, enreda su pie a la pata de mi silla y, de un tirón, la arrastra y me acerca a él hasta que mis rodillas quedan entre sus piernas.

Abro mucho los ojos y, del movimiento tan brusco, se me ha resbalado una patata casi hasta la mejilla y ha dejado un reguero de salsa por mi piel.

—No seas condescendiente conmigo, señorita Parisi. No confíes en los demonios. Tú, que estás destinada a cazarlos, deberías ser la primera en procurar que siga en el congelador. Porque podría ser un pirómano. Todo lo que venga de mí podría causar destrucción. ¿Quién iba a querer sujetar los instintos de alguien así? ¿Quién estaría dispuesta a arder por él? ¿Tú? —Su actitud animal es muy desafiante, pero también bastante estimulante. Parece hablar con mucha honestidad. Como si tuviera totalmente claro lo que es.

—Creo que te tomas demasiado en serio tu papel para la Corte, vir —intento quitarle leña al fuego, nunca mejor dicho.

—¿Y si no es un papel?

—¿Qué?

—¿Y si no es un papel? —repite con más lentitud.

Parpadeo, algo aturdida.

—¿Ahora quieres asustarme? —le reprocho—. No eres un demonio.

—¿Y tú no eres descendiente de vestales?

—Para ya. ¿Ahora quieres hacerme creer que eres un demonio de verdad?

Es esa sonrisa aviesa y al mismo tiempo nebulosa la que me advierte de que no puedo tomarme tantas confianzas con él, la que vuelve a marcar distancias. Antes de que me dé cuenta, Adonis me sujeta la nuca con la mano y pienso que me va a besar. Y, Dios, el corazón se me dispara.

Sin embargo, aunque estoy deseándolo como nunca he deseado nada en mi vida, desvía los labios y recoge con la punta de la lengua el pegote de salsa de la comisura izquierda de mi boca. Me deja un beso suave ahí, o tal vez es solo mi imaginación.

—¿Y si lo fuera? —me susurra al oído.

Aún sigo impactada por el roce de su lengua tan cerca de mi boca. Él se aparta y su rostro se queda a un centímetro del mío.

Y entonces… ¡meeec!

Un gracioso hace sonar una trompetilla verdinegra casi en mi oído.

—*Força Penya!* —grita.

La madre que me parió. El susto que me acaba de dar…

Me llevo la mano al corazón y Adonis se ríe de mí. Claro, a él nada le asusta, nada le da miedo.

Él es quien quiere dar miedo.

Pero conmigo no lo consigue. Que me hable así, que me diga esas cosas, solo estimula más mi curiosidad. Quiero saber más de él y entender por qué se ve a sí mismo de este modo.

Me quedan días por delante y pienso descubrirlo.

Dice que somos amigos. Bien, si los amigos no se cuentan los secretos, los descubren.

Hemos visto el partido y ha ganado el Joventut. Obviamente, la Penya siempre compite, y sabe jugar muy bien tenga la plantilla que tenga. Supongo que tiene que ver con la filosofía que se enseña desde sus filiales, por la cultura de juego que hay.

Mis tiempos de *supporter* y de demonio verdinegro se han apoderado de mí y he acabado vitoreando al equipo como solía hacer.

Adonis se ha llevado una buena sorpresa. Dice que le divierte verme gritar. Que no entiende por qué no subo fotos mías así a Instagram.

Le he contestado que con los turnemis y los dibujos ya tengo suficiente. A nadie le importa lo que haga más allá de comer chuchos o mostrar los bocetos que realizo como ilustradora de cómic.

Después de eso, hemos llegado a casa. Es ridículo porque digo «casa» como si fuera mía. Ya sé que no lo es, pero es un espacio donde asocio que él y yo estamos juntos.

Hoy no he trabajado nada; no he tocado los dibujos ni he vuelto a leer el libro de la Corte. No sé cuál es el plan de Adonis ni qué quiere hacer. Apechugaré con lo que él me pida, porque sigo en formación y mañana por la noche es la presentación en la Corte. Habrá que empezar a hacer el paripé.

Sin embargo, Adonis no tenía intención de ir a la salita de juegos báquicos. No tenía demasiada hambre, así que me ha dicho de ir a la habitación.

Le respondí que antes quería darme un baño. Me he duchado y ahora, por fin aseadita y con el pelo ya seco, acabo de entrar a su habitación.

La bata sexy de demonios estampados me acompañará toda la vida, lo sé. Cuando todo esto acabe, la guardaré como oro en paño porque me fascina el modo que tiene Adonis de mirarme cuando la llevo puesta. Está entre entretenido y hambriento.

Y no me voy a acostumbrar nunca a ese modo de escanearme. Tampoco a estar desnuda frente a él, porque no solo dejo mi piel al descubierto. Al menos, yo no. Este tiempo de instrucción me ha

enseñado muchas cosas.

He entendido lo que significa actuar como una virtuosa, como la compañera digna y poderosa de un vir: se trata de seducir como manera de vivir. De respirar atracción, elegancia, sutileza, predisposición y deseo no solo hacia ti misma, también hacia tu compañero. Se trata de ser un faro, un imán y una llama.

La virtuosa rezuma poder, y los vires las muestran como trofeos.

Sí, habrá parejas que se amen y que participen en los juegos báquicos. Habrá algunas comprometidas. Y otras que practiquen juntos sin más deuda entre ellos que no sea la de conseguir sus objetivos.

Adonis y yo estamos en otra categoría. En la de «vamos a destapar toda la mierda que sabemos que hay detrás de tanta ceremonia».

Para mí no va a ser difícil adoptar esta actitud de virtuosa, porque solo tengo que fingir y hacer creer a todos que le tengo respeto a mi vir y que lo venero, como se supone que él debe venerarme a mí.

De este mundo de la Corte y del virtuosismo, solo me quedaría con el aprendizaje sobre mi cuerpo y sobre la energía sexual, sobre cómo intentar aprovecharla y no gastarla así como así. Todavía no la controlo, ni mucho menos me he iluminado, porque es imposible aprender en unos días artes que otros tardan en años en dominar. Pero sí me ha ayudado a ser más consciente de mí misma, de mi centro de placer, de mi sexo y de todas las entradas a mi cuerpo, a mi mundo interior, donde hay una fuente inagotable de poder que puede abrir otras puertas. Puertas, para mí, aún desconocidas.

—¿Vamos a cenar otra vez aquí? —pregunto deteniéndome frente a él.

Adonis también se ha duchado. Lo sé porque tiene las puntas del pelo un poco curvadas por la humedad.

Está guapísimo. Lleva una bata negra, tipo satén, pero debajo sé que solo lleva calzoncillos.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que no. Con toda la adrenalina que he descargado en el partido —sonrío un poco avergonzada—, ahora solo quiero descansar.

—Bien. Descansaremos. —Asiente muy serio. Otra vez está en su papel de vir—. ¿Necesitas ir al baño?

Entreabro los labios. Y no me hace falta saber más. Sé por qué me hace esa pregunta. Y querría no haberla escuchado. Pero, por otro lado, algo en mí se remueve y está a la expectativa.

—No. —Trago saliva.

—Entonces, ven. Te volveré a poner esto. —Del bolsillo de la bata,

vuelve a sacar el *plug*.

—¿Lo has cogido de mi habitación?

—No. Tengo más. Tranquila. —Sonríe taimadamente—. Todas mis herramientas son nuevas.

—Claro, cada una de tus virtuosas debe tener sus propios juguetitos —insinúo con acidez.

Él inclina la cabeza a un lado. La piedra brillante del dilatador refulge, pero Adonis no dice nada más.

—¿De verdad es necesario? —insisto.

—Sí, señorita Parisi. Lo es.

Se sienta en la cama frente a mí y añade:

—Acércate y apóyate sobre mis piernas con el trasero en pompa.

—¿Qué? ¿Tiene que ser así? ¿No es un poco humillante?

—¿Te parece humillante lo que te pide tu vir? —pregunta con más dureza. No se me ha olvidado el rol ni lo que he aprendido durante la instrucción, aunque estas situaciones me sigan poniendo nerviosa. Sigo en el juego—. Todo lo que te propongo y te ordeno es para que estés más cómoda en la Corte.

—De ninguna manera lo voy a estar si en algún momento uno de esos sátiros intenta acercarse a mi culo. ¿Estás loco?

—No me hables así —gruñe muy desafiante—. Si lo haces frente a ellos…

—No pienso hablarte así ante nadie.

—¿Y si soy yo quien tiene que jugar contigo por atrás? —Su mirada amarilla se convierte en una fina línea inquisidora.

Dios mío. No me lo quiero ni imaginar. Tuerzo el rostro y aparto la vista. Estoy muy mentalizada para todo lo que tenga que venir, pero igualmente me he puesto tensa y no sé cómo contestar a esa pregunta.

—No estoy diciendo que vaya a pasar —aclara Adonis, intentando tranquilizarme—, pero, si es así, necesito que tus músculos estén algo entrenados, ¿lo entiendes? Podría dolerte mucho si no practicas antes.

—Eres demasiado explícito —musito con los dientes apretados.

Él exhala y mira al techo.

—Ares, no me lo pongas más difícil. Ven ya. Va a ser fácil.

Aprieto los ojos con rabia, pero al final cedo, con las manos formando puños y la espalda muy recta.

Adonis me agarra y me coloca sobre sus piernas como quiere. Me levanta un poco la bata y expone mis nalgas desnudas. Pasa la mano por encima de ellas de un modo suave y cuidadoso.

Y sí, su método es delicado y ya lo conozco. No es un salvaje, no es brusco. Nunca lo he visto perder el control, aunque cada uno de sus músculos, su presencia y su actitud denoten una potencia más que

intimidante. Nunca lo he visto dejarse llevar y disfrutar solo de mí, de mi cuerpo y de él.

No, Adonis no está aquí para eso. Eso ya lo sé.

Unta el dilatador con forma de torpedo pequeño pero grueso, con la base más ancha que la punta, con el lubricante transparente. Como siempre, el brillante quedará expuesto, como un tapón perfecto.

Y todo lo demás ya me lo sé. La presión, el vaivén rítmico, el escozor…, la forma en que mis músculos se estiran, las palabras susurrantes del demonio y su sabiduría en su proceder. Todo es familiar.

Adonis me acaricia la parte baja de la espalda, como si fuera preciosa para él. Quisiera creer que en verdad sí lo soy, que una parte de él siente que soy especial. Dice que tiene la necesidad de cuidarme. Pero, en el fondo, no es nada nuevo en Adonis. Es mi agatodemon, un demonio protector. Él cuida y protege, pero cómo lo hace es lo de menos.

—Coge aire —me pide—. Eso es, si estás relajada y no te resistes… —Presiona un poco más, hasta que el dilatador se desliza en mi interior.

Se me escapa un gritito de sorpresa y también de dolor inesperado, y le clavo las uñas por debajo de su poderoso muslo. Pero la sensación es más liviana que la última vez. Parece que mi cuerpo también se acostumbra a ese tipo de trato.

Adonis me da una cachetada suave en la nalga.

—Ya está, señorita Parisi. Te queda precioso.

Suelto todo el aire y me levanto poco a poco hasta que me quedo de pie entre sus piernas, observándolo con mis ojos violetas entrecerrados.

—¿Disfrutas con esto? —le pregunto humedeciéndome los labios.

—Te mentiría si te dijera que no. Soy un hombre al que le gustan las mujeres, Ares, y tú eres… —Desliza la mirada por mi cuerpo—. Solo hay que verte.

—Yo creo que a ti, en el fondo, nada te afecta —le digo—. Me acabas de poner un *plug* como quien mete una pizza en el horno.

Adonis sonríe y se muerde el labio inferior.

—¿Eso crees?

—Sí.

Sacude la cabeza, un poco contrariado, pero entonces, se pone de pie y yo me veo obligada a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Adonis me agarra la mano y la posa sobre su entrepierna. Es evidente que está excitadísimo.

—Te dije que hoy estarías tranquila —me recuerda—. Y es lo que

pretendo. Ahora, podemos acostarnos. —Señala la cama—. Mañana es el día y quiero que estés descansada.

Eso suena a que mañana va a ser agotador.

—¿De verdad lo quieres?

—Sí. He pensado —dice algo incómodo, como si la propuesta le diera vergüenza— que podríamos ver una película.

—Una película —repito como un robot. ¿Quiere ver algo conmigo?

—Sí, Ares. Soy cinéfilo.

—Menos mal. —Oteo la habitación—. Pero aquí no tienes televisión así que no sé…

Adonis toma un mandito pequeño de la mesita y le da a un botón. De repente, en el techo se abre una rendija larga y fina, y de ella sale un televisor de plasma de unas setenta pulgadas. Tiene todas las plataformas, pero abre Netflix.

Entreabro los labios con sorpresa. Eso le encanta.

—Podemos ver la que tú quieras. —Se tumba en la cama, cruza una pierna sobre la otra y espera a que yo me estire con él.

—Está bien —suspiro. Sin dejar de mirarlo, me quito la bata y me quedo desnuda frente a él. A Adonis no le importa mostrar su erección a través de los calzoncillos.

Me meto en la cama y me tumbo a su lado. Adonis me arrastra contra su cuerpo, pega su torso a mi espalda, cuela uno de los brazos por debajo de mi almohada y uno de sus muslos increíbles y rudos entre los míos, como suele hacer desde que duermo aquí con él.

Vamos a ver una película y difícilmente me voy a concentrar en ella teniendo a Adonis tan cerca de mí, escuchando su respiración y recibiendo alguna de sus caricias inesperadas y no intencionadas.

No. Nada de estar con él es fácil.

XVIII

Pensaba que estaba soñando. Recuerdo que hemos visto una película entera, en silencio. Nos ha dado por ver *300*. Me gustan las películas románticas, pero no quería ver ninguna de esas con él porque me da vergüenza. Así que la de los espartanos me pareció muy bien, nada muy intenso, nada demasiado emotivo. Todo bien.

Durante la película, he notado que sus manos bailoteaban por mi cuerpo de vez en cuando. Ni siquiera sé si era consciente de eso. También he percibido que se removía, intranquilo, contra mi espalda y mis nalgas.

No recuerdo haber visto el final porque me he quedado dormida. Para ser sincera, estaba excitada y pensaba que él iba a hacer algo más. Pero ya entendí que en esa cama no va a querer tener sexo; no es el lugar adecuado.

Por eso tenía la sensación de que estaba soñando.

Hasta que he abierto los ojos y me he encontrado con el techo.

Una sensación subyugante entre las piernas me ha hecho gemir incluso antes de ser consciente de lo que me estaba pasando.

No sé qué hora debe ser, tal vez las dos de la madrugada. Lo que sí sé es que las manos de Adonis me están acariciando los pechos y su cara está sepultada entre mis piernas, lamiéndome y torturándome de un modo inesperado.

¿No habíamos quedado en que no iba a hacer nada hoy?

Me está volviendo loca con su lengua, así que vuelvo a gemir y miro hacia abajo. Él desvía la mirada hacia mis ojos y sé que está sonriendo diabólicamente. Hunde la lengua aún más profundo en mí, y me muerdo el labio inferior. Quiero agarrarle del pelo mientras me come, pero no puedo. No solo tengo las muñecas esposadas a la pared, sino también los tobillos.

—¿Adonis? —pregunto despertándome de golpe—. ¿Qué…? ¿Por qué estás…? —Intento liberar las muñecas y no puedo—. ¿Me has inmovilizado?

—Sí —dice él concentrado en su labor.

—Dijiste que no íbamos a…

—Ayer no. Técnicamente, hoy ya es otro día. —Da una larga pasada con la lengua de arriba abajo, por toda mi vagina, y aprieto los dientes del gusto.

—¿Por qué estoy atada?

—Porque no quiero que te muevas. No quiero que te corras de ninguna de las maneras. Quiero que aguantes.

—Entonces deja de hacerme eso.

—No —gruñe contra mi entrepierna—. Vas a estar así hasta que yo lo diga. Vamos a trabajar bien tus chakras y tu autocontrol.

Dejo escapar el aire entre los dientes y yo misma me agarro a las cadenas de las esposas de cuero como puedo. Ya tengo ganas de correrme y no sé cuánto rato piensa tenerme así este sádico.

De repente, Adonis repta por mi cuerpo hasta encajar las caderas contra mí. Parece desesperado, como si tuviese prisa por estar dentro de mi cuerpo.

Lo miro a los ojos, extrañada por su necesidad.

—No me gusta estar así —le digo—. No me gusta hacerlo así. No puedo moverme ni hacer nada, es incómodo…

—Ese es el objetivo. Cuanto más cómoda estés, antes te correrás. Y yo quiero que te quedes expuesta, que no puedas evitar que yo esté aquí y que no te corras. —Adelanta las caderas y con una mano se ayuda para empezar a introducirse en mi cuerpo. Tomo aire por la boca y echo el cuello hacia atrás. Es demasiado. Él siempre va a ser demasiado y, aun así, mi cuerpo se abre y lo acepta, deseoso de que llene cada centímetro. Está loco.

—Espera… Deja que me prepare.

Hunde el rostro en mi almohada y se agarra de las esposas. Y entonces, adelanta de nuevo las caderas para enterrarse hasta la empuñadura.

Abro mucho los ojos y dejo escapar un gemido que retumba en la habitación. Adonis también toma aire y esta vez, sí se detiene.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja, uniendo su mejilla a la mía.

Me aclaro la garganta y respiro tan fuerte como él. Ni siquiera sé por qué estoy así, igual de acelerada que él. Esto es del todo inesperado.

—¿Por qué me tienes así? —le pregunto. La verdad es que no me gustan las inmovilizaciones, no poder rodearlo con las piernas, no poder tocarlo. Con el paso de los días, mi hartazgo se ha hecho más evidente. Tantas prohibiciones me hacen sentir de menos y siempre en desventaja.

—Ya te lo he dicho —gruñe él empezando a mecer las caderas

como la máquina que es—. La Corte nos reúne esta noche para hacer la presentación en sociedad e inaugurar el Sabbath. No quiero que te olvides de qué va todo esto. —El modo que tiene de impulsarse dentro de mí es enloquecedor.

—¿De verdad te crees que lo… lo voy a olvidar? —Se me escapa un sollozo al sentir su miembro encajarse muy en el fondo.

Él se retira un poco y vuelve a internarse.

—No, no lo vas a olvidar —me dice al oído.

—Tengo el *plug* puesto. Sé un poco más suave… —le pido. Aunque sea intenso, el placer se arremolina igual. Es como si fuera incapaz de hacerme daño, por muy duro que le dé.

Sin embargo, ha sonado como una orden. Y no le ha gustado. Me arrepiento al instante. En la cama no es mi amigo, ni siquiera mi amante. Es mi vir.

—Ares… —Siento la vibración de su pecho en el mío. La estocada es tan profunda que me clavo las uñas en las palmas y aprieto los ojos con fuerza. Y, aun así, al final, cuando se retira unos milímetros, vuelvo a sentir el lametazo de placer. Ahí, en ese punto, se está cociendo un orgasmo a fuego lento—. A esto me refiero con que no se te puede olvidar lo que somos, lo que hacemos ni lo que queremos… —Sus caderas se mueven con autoridad y arrasan con todo.

Se me están saltando las lágrimas. Me concentro en el techo, en no gritar, en no gemir, ni siquiera en sollozar o llorar. Estar así, atada, sin poder hacer nada que no sea recibir su cuerpo y aceptar el placer, me debilita. Porque las acciones no se corresponden a lo que siento.

Pero no soy una niña. Me he comprometido con esto y voy a seguirle el juego.

—No te corras. ¿Me oyes?

—Sí, vir —gimo.

—Siente el punto de placer y abandónate a él. Pero no te dejes ir. Míralo, concéntrate, mécelo…, pero contrólalo tú. Que no te controle a ti.

—Por Dios… —digo apretando los dientes—. Estoy a punto de correrme. No sé…

Adonis se retira y apoya las manos en el colchón, para mirarme de frente.

Nuestros cuerpos están unidos, él sigue dentro mí, duro, largo y grueso. Entonces, coloca la mano en mi vientre, ejerce presión y a mí se me escapa una exclamación. Entre el dilatador, él y sus manos, es como si fuera a explotar.

—Para —le ordeno.

—Tú no le das órdenes a tu vir. Aceptas lo que él te da y disfrutas

poniéndote en sus manos. —Sus caderas se mecen de nuevo y me penetra una y otra vez hasta licuarme el cerebro.

—Para o me corro —lloriqueo.

Él niega con la cabeza. Así, ante mí, es como un espartano. Como un salvaje que arrasa por donde pasa. Yo incluida.

—Vas a tener que aguantar más y ganar resistencia, Ares. No puedes avergonzarme en la Corte. Tienes que tolerarme y controlarte. El orgasmo es una debilidad. Sí, es placer supremo, poder, pero también un punto débil. En la Corte, los virtuosos lo controlan, los placeres báquicos juegan con esa energía, pero esta no los domina. Si me fallas esta noche, si me fallas ahora y no lo aguantas, no habrá servido de nada todo lo que hemos hecho y lo que has aprendido.

—Eso es injusto, vir… —digo entre dientes—. Creo que no tienes motivos para dudar.

—No es injusto. Ahora empieza lo serio. Estos días te he estado enseñando. Así que demuéstrame que eres capaz de dominarlo y que no vas a hacer que nadie nos señale a ninguno de los dos. Tenemos que ser una pareja de virtuosos perfecta. ¿Puedo confiar en ti, señorita Parisi?

Su mano se cuela por detrás de mi espalda y sujeta el extremo del dilatador.

Me quedo sin aire cuando empieza a moverlo en mi interior mientras sigue meciéndose por delante. Las sensaciones son pura locura. Puro descontrol. Puro placer inquietante y excesivamente intenso.

Adonis se cree que la voy a fastidiar. Creo que, en el fondo, sabe que ha tenido pocos días para prepararme y no confía en que sea capaz de aguantar el tipo frente a toda esa Corte de demoniacos y desalmados. Pero si piensa eso después de todo por lo que he pasado desde que lo conozco y de las arenas movedizas en las que he decidido internarme, entonces es que aún no sabe quién soy. No me conoce.

Y no pienso hacerlo. Me he fallado a mí misma por sentir algo por él cuando es de primero de carrera: no te enamores del Demonio.

No voy a fallarles a las chicas que podamos salvar ni a las víctimas indirectas. No voy a echar por tierra la única posibilidad que tengo de encontrar a mi violador ni de que Adonis vengue a su hermana y a su padre. Tampoco pienso fallarle a mi abuela ni a la leyenda que recae en nosotras. En mí.

Así que tomo aire y lo miro de frente, aunque tenga los ojos llenos de lágrimas de placer.

—Bésame, Adonis.

Él se queda bloqueado sobre mí.

—¿Qué?

—Que me beses. ¿Quieres que te haga caso? Bésame —le pido muy decidida—. Deja de mirarme la boca de esa forma y bésame.

—No. Tú no ordenas al vir. El vir no recibe órdenes, ¿no lo entiendes?

Eso me enerva y me enfada. Vuelvo a sentirme rechazada.

—¿No? —le increpo con un tono más desafiante. Él frunce un poco el ceño al oírme, pero eso lo espolea más—. Haz lo que tengas que hacer, que no vas a lograr que me corra. —Me acerco a su rostro—. Ni en sueños.

—No vas a estar sin correrte toda la noche. Te correrás cuando yo te diga —me aclara, como si eso me tranquilizase, al tiempo que tensa todos los músculos de los hombros y el pecho.

—No. Tú no te corres conmigo —le dejo claro—. No tengo ese poder. Pues bien, tú tampoco lo tendrás sobre mí. No me pienso correr, ni aunque me lo ordenes. ¿Me oyes? Ya me puedes atar y hacer lo que te dé la gana. Ya no me apetece. No eres irresistible, vir.

Desafiarlo abiertamente es de lo mejor que he hecho estos días. He estado adoptando un perfil lo más bajo posible para entender este mundo, para participar en sus juegos, para involucrarme con él y reconocer mi propio cuerpo también.

Pero ya no me puede enseñar nada más ni sobre él ni sobre mí misma.

A veces, actuamos así por supervivencia y porque es lo mejor. Esperamos que nuestra parte más visceral asome la cabeza cuando sea más adecuado.

Después de esto, de amanecer atada, de que dude de mí, de que me ponga a prueba constantemente y me lo prohíba todo, el perfil bajo debe desaparecer. Tarde o temprano, deberé asumir las riendas. Sean las que sean.

Adonis solo folla conmigo y se cree el amo y señor de mi cuerpo, que es el único capaz de ostentar el poder porque solo él conoce los abismos báquicos y los rituales de la Corte. Pero ahora yo también los conozco.

Las cosas van a cambiar a partir de este momento. Ya no soy su aprendiz.

No pienso soltarme ni alcanzar el orgasmo, aunque me esté deshaciendo.

Lo más incómodo es a la mañana siguiente.

Es extraño. Me acuesto con un hombre, intento no entregarle nada

más allá de mi cuerpo, fracaso estrepitosamente y, al abrir los ojos, tengo que hacer como si nada de eso hubiese sucedido, como si no hubiese sido importante ni relevante. Como si no me hubiese inmovilizado a la cama, una cama que él solo quería para dormir y donde nunca llevó a ninguna otra mujer. Solo a mí.

Sé que miles de millones de personas están acostumbradas a interactuar así con otros. En la cama, solo sexo. Nada más. Y, a la mañana siguiente, si te he visto, no me acuerdo.

Y aunque no lo hago porque no me sale, tengo que repetírmelo como un mantra. Solo es sexo, Ares, me digo. Ya está. Solo eso. Piensa en todo lo que estás aprendiendo. Piensa en la oportunidad que te está brindando.

Y eso he hecho. Esta vez no me ha sido tan difícil relativizar. Me concentré tanto en no correrme, en no rendirme, que horas después, Adonis se desplomó encima de mí y, sin decirme casi nada, me liberó de las sujeciones y se calló.

No. Él no venció. Y yo tampoco. Solo ganó mi orgullo. Yo, en cambio, me pasé temblando toda la noche sin poder dormir, inflamada y vacía entre las piernas, deseando una liberación que no tendría.

Adonis intentó que me corriese. Me tocó como me gusta, jugó con mis pezones, los succionó, incluso me acarició el cuerpo y, en muchas ocasiones, mientras embestía, me miraba fijamente, sujetándome la cara con las dos manos. Como si fuera importante para él. Como si fuera su mundo.

No sé cuántas veces me repitió que me corriese. Aquello se convirtió en un desafío personal. Pero mi cerebro dejó de escucharlo. Se desconectó por completo de lo que estábamos haciendo. Si mi mente se imaginaba que él y yo hacíamos el amor, que él me dejaba tocarlo y besarlo como deseaba, entonces, el placer volvía y parecía que estaba a punto de explotar. Por eso me vi obligada a pensar en otras cosas. Por eso, mientras él me miraba, yo cerraba los ojos. Cualquier pensamiento valía con tal de alejar el placer y el ardor insatisfecho.

Y cuando la tortura cesó, después de retirarse de mi cuerpo, me dijo:

—Tócate. —Robaba oxígeno a la habitación para devolvérselo a sus pulmones.

—No. —Me di la vuelta, le di la espalda, tan sudada como él, y cerré los ojos sin decirle nada más.

—Ya me has demostrado que no voy a lograrlo. —Me obligó a enfrentarlo de nuevo cara a cara—. Ya veo que eres muy resistente. No lo dudo, pero quiero asegurarme, Ares. Esto no lo hago para

molestarte, sino para protegerte. Ya te he dicho que esto dejará de ser un juego en cuanto crucemos la línea.

—Deja de repetírmelo, no soy gilipollas, vir.

—Nunca he pensado que lo fueras. Eres la persona menos tonta y gilipollas que he conocido en mi vida, señorita Parisi. —¿Es orgullo eso que oigo en su tono? Es que lo odio—. No te enfades conmigo. —Parece que quiera ganarse mi perdón así. Pero ni siquiera sé de qué tiene que disculparse cuando las cosas entre nosotros están tan claras que hasta hay un contrato de por medio—. Tócate, Ares y háztelo tú misma.

—No.

—Si no dejas que yo te dé ese orgasmo que pugna por salir de tu cuerpo, háztelo tú. Tócate y enséñame cómo lo haces. —Sujeta mi muñeca suavemente, guiándola entre mis piernas. Le brillan los ojos con interés.

—Te he dicho que no. —La retiro y vuelvo a darle la espalda para hacerme un ovillo—. No pienso tocarme delante de ti. Ni de nadie —le aclaro.

—Todos esos prejuicios y negativas que te estoy permitiendo darme se te tienen que borrar de un plumazo en cuanto estemos entre demonios. Ahí no podrás decir nunca que no o tendremos un problema con la Mano Dura. El Demogorgon presidirá los eventos y los juegos y a él no se le puede negar nada.

—Allí será otra historia y si me obligan a hacer algo que yo no quiero, tendré que hacerlo para no hacer volar por los aires nuestra tapadera. Pero no he hecho el esfuerzo de aguantar que me poseyeses así para liberarme ahora. En la Corte todos veneráis la energía del orgasmo, ¿no? Pues no pienso correrme. Yo también valoro controlar mi cuerpo y mi voluntad. Ni mucho menos voy a correrme porque tú estés entre mis piernas y me lo ordenes, vir.

Lo oí suspirar y susurrar algo en italiano.

Me cubrí con la sábana y me tapé medio rostro. No quería cruzar ni una palabra más con él.

Después de eso, nos quedamos dormidos al cabo de mucho rato. Los dos estábamos en tensión.

Y ahora, mientras desayunamos, sé que ambos seguimos nerviosos, porque esta noche es la gran noche para nosotros. Una vez nos presentemos en la Corte, formaremos parte de ella hasta el 10 de mayo. La noche en la que el Sabbath se acaba. La noche en la que el Demonio arde en Baetulo.

—Hoy tenemos sesión de vestuario. —Adonis rompe el silencio—. Deberías probarte todos los vestidos que tengo preparados para ti.

—En cuanto acabe de desayunar. —Asiento y lo miro de reojo.

—Gracias.

Me hace gracia que me lo agradezca. No he sido una mala aprendiz. He hecho todo lo que me ha pedido, he leído, he memorizado nombres, conceptos, conozco prácticas rituales y sexuales que nunca hubiera descubierto de no ser por él… Pero me acaba de dar las gracias como si fuera un grano en el culo.

No me parece justo.

—¿Estás nervioso? —pregunto después de darle un sorbo al zumo de naranja.

—No —contesta.

—Yo sí —reconozco.

—Estás más que preparada, *piccola*. No tienes nada que temer. Y, además, yo voy a estar contigo. También dispondremos de los ojos de halcón que nos han preparado Nicolaus y John para camuflarlos en nuestras máscaras. Se grabará todo. Al menos, lo que sea importante.

Asiento conforme con la explicación, pero sigo intranquila. Y también ansiosa de que empiece todo.

—Me da miedo encontrarme sola allí.

—Nunca lo estarás —me asegura con vehemencia y posa su mano sobre la mía. Hay momentos en los que olvida su temperamento de vir y empatiza conmigo y con mis nervios, aunque parezca inexpugnable e insensible en ocasiones—. No voy a dejarte sola ni un instante. Ahora solo tenemos que infiltrarnos y representar nuestro papel lo mejor que sepamos. Sabes lo que tienes que hacer. Ya no… —carraspea y me suelta la mano—, ya no tengo nada más que enseñarte. Hemos practicado y sabemos a lo que hay que jugar.

Me obligo a sonreír, aunque por dentro me siento un poco decepcionada.

—Entonces… ¿damos por acabada la instrucción?

Se le muda la expresión a una un tanto melancólica, pero asiente y se toma el café con calma.

—Tu instrucción ha finalizado, *bambina*. Sé que estás lista.

—Yo he confiado en ti para hacer todo esto. ¿Confías tú en mí?

—Me basta con que no te niegues a nada y te dejes llevar por mí en la Corte. —Me dirige una mirada de soslayo que no sé discernir—. Espero haber sido un buen instructor y no haberte hecho sentir demasiado incómoda.

No quiero sonreír, pero se me escapa el gesto porque lo que dice es absurdo.

—Ha sido incómodo, Adonis. Tener sexo sin emociones —por su parte, claro—, voluntariamente en estas condiciones, bajo presión y

después de tanto tiempo con un hombre como tú… no es fácil.

—Lo siento. —Parece afligido—. He intentado que estuvieras cómoda y que fuera lo menos…

—No. No, perdona… —me corrijo con rapidez—. No me malinterpretes. No es por lo que crees. Eres grande, pero como cualquier hombre como tú. No es por el tamaño. Es por lo que supone intimar contigo. Por los tabúes que me has obligado a echar por tierra. Sobre mí, sobre lo que me gusta, sobre lo que me puede llegar a gustar —murmuro agachando la mirada—. Ha sido difícil, pero has ayudado, con tu forma extraña de ser, a que no sea más violento de la cuenta. En ningún momento me he olvidado de por qué estamos haciendo esto, pero también ha habido lugar para la camaradería. No me has hecho sentir mal ni que fuera nada sucio. Y eso… —me encojo de hombros—, lo agradezco. Podrías habérmelo hecho pasar mucho peor, teniendo en cuenta que te coaccioné y te obligué a aceptarme como virtuosa cuando tú no querías. Y has intentado que todo fuera fácil para mí a pesar de lo intimidante de la situación.

Él continúa con ese gesto contrito y casi vergonzoso que me deja perdida y con ganas de acariciarle detrás de las orejas como a un felino bueno.

—Sé que no lo crees. Sé que puedes sentirte decepcionada. Te he dado más de lo que le he dado a ninguna mujer, Ares. —Su voz es tan solemne que me obligo a mirarlo. Y cuando nuestros ojos colisionan, siento que me duele un poco el corazón. Porque está hablando con sinceridad, pero verifica lo que ya sé: que no es capaz de dar más—. Nunca he compartido tanto tiempo con ninguna. Nunca he sido contigo como sí he sido con las demás. Lo he hecho lo mejor que sé porque… porque tú no te mereces que nadie te trate mal. No quiero que sufras ni quiero hacerte sufrir.

Aquello me fracciona por dentro. No quiero amar a este hombre. No quiero sentir lo que siento. Pero, contra todo pronóstico, lo siento.

—Has dado lo único que puedes —asumo, no sin dolor ni pena por él—. Está bien, Adonis. Tenía muy claro lo que venía a hacer aquí. No te he pedido más. —Aunque me he quedado con las ganas. No lo he hecho porque las cosas han estado bien claras desde el principio—. No eres culpable de nada de lo que me suceda. No tienes nada que ver con ellos. Lo único que has hecho hasta ahora ha sido salvarme, ayudarme y hablarme de un mundo que no sabía ni que existía. Yo seré la única responsable de lo que me pase.

Mi explicación no le convence. Parece estar seguro de que es su culpa y me gustaría que dejara de pensar así; odio que se fustigue de esa manera.

—Como digo, ambos lo hemos hecho lo mejor que hemos sabido. Y hoy empieza nuestro examen.

—Sí. Así es. —Fija la vista en el plato—. Recibiremos la ubicación de la Mansión Aventino media hora antes de la hora acordada. No debe de estar muy lejos —conviene.

—Bien, entonces —me apresuro para acabar el desayuno lo antes posible—, no perdamos más tiempo. Tengo muchos vestidos que ponerme y muchos peinados, maquillajes y tutoriales que probar. Aunque me temo que necesitaré ayuda.

—¿Ayuda para cambiarte?

—No. Para peinarme —le explico—. Hay recogidos que me gustaría hacerme y necesito más manos.

—Yo no sé —admite—. Y Antón tampoco.

—Eso ya lo supongo. Por eso quería pedirte permiso para que Lu venga y me ayude, solo en eso. Ella tiene mucha maña para el maquillaje y los peinados. Y es de confianza. Ya sé que el plan es que nadie sepa dónde vives y que no te gusta que tu casa la pisen desconocidos. Pero es Lu. Y ella ya sabe lo que está pasando. Bueno —corrijo—, más o menos.

Adonis lo medita unos segundos y, finalmente, asiente.

—Está bien. La mandaré a buscar y la traeré. Y después la dejarán de nuevo en su casa.

—Gracias —resoplo. Me he quitado un peso de encima.

Hoy va a ser un día muy ajetreado.

Adonis y yo no estamos con el mejor humor. Quiero creer que es por los nervios y por no saber qué pasará.

Aunque, muy en el fondo, sé que el desafío de anoche nos ha dejado un sabor agridulce a ambos. Me entristece haber acabado la formación con él, pero por otra parte lo agradezco, porque todo ha sido demasiado intenso y tener tanto contacto físico con él cuando solo yo siento algo más es descorazonador.

Creo que nos irá bien recuperar nuestro espacio y el dominio de nuestros cuerpos.

Sin embargo, Adonis parece incómodo, irritado y un poco luctuoso. Es como si él mismo no estuviera de acuerdo con esta situación pero no tuviera otra que aceptarlo.

En el fondo, me hace gracia pensar que tal vez esté triste por dejar de tocarme.

Ya no habrá razón para dormir juntos, ni para desnudarme frente a él, ni para que sigamos follando como lo hacemos. Y me gustaría creer que todo eso le afecta igual que a mí.

Es una tontería, obvio, porque él más que nadie está deseando que

todo esto acabe y librarse de mí. No me lo dice por educación, pero sé bien que lo he incomodado mucho.

No me olvido de que lo obligué a aceptarme y lo coaccioné con soltar todo lo que sabía. Y, para colmo, he violado la intimidad de su castillo y sé cosas privadas de él que no me ha contado.

Para mí es evidente que molesto a Adonis y que no me quiere ni me necesita cerca. Sin embargo, me va a proteger igualmente.

Porque es mi agatodemon. Y esa parte suya, aunque no lo quiera, sí me pertenece, por tradición y por leyenda.

XIX

Me he probado todos los vestidos. Absolutamente todos.

Y a cada cuál más espectacular, expuesto y desafiante.

Lo cierto es que me aburre bastante ir de compras y no me gusta probarme las cosas, porque lo que compro suele quedarme bien.

Sin embargo, estar frente a Adonis y pasearme delante de él con cada uno de los modelitos sexis que me ha comprado, es otra experiencia. Es distinto.

Es vestidor es impresionante, más grande que el salón de mi casa. Tiene un habitáculo para la ropa, otro para el calzado y otro más para los accesorios, y todo eso lo remata con un espacio lleno de espejos en el que poder mirarse desde todos los ángulos. La luz se asemeja lo suficiente a la diurna para que pueda verse cualquier imperfección y mientras me cambiaba, a través de los altavoces ha empezado a sonar todo tipo de música. Canciones actuales, más rockeras… Quería que me animase y me pusiera en situación. Él se ha sentado en una silla tipo tudor, Antón le ha servido un whisky y mientras removía la copa balón, esperaba pacientemente a que saliera.

He tenido la sensación de que me vestía para él. No para la Corte. Él era el consumidor final, no los ojos depravados de esos perversos millonarios a los que voy a conocer. Y me he sentido poderosa, porque me contemplaba hambriento, poseído. Deslizaba la mirada por cada centímetro de mi cuerpo y tragaba saliva en cuanto veía cómo mi silueta asomaba por algún rincón sin tela o cómo mi cuerpo llenaba los espacios estratégicos de cada prenda. Nunca, ni en mil vidas, me hubiera puesto semejante oda al hedonismo y al exhibicionismo como estos vestidos endiablados que voy a llevar.

No son groseros ni chabacanos. Son el epítome de la elegancia, pero también de la seducción más refinada, del peligro, de la lascivia y el deseo.

Los ojos amarillos de Adonis se incendiaban cada vez que salía con un modelito nuevo. Me obligaba a dar una vuelta, a caminar por el vestidor, a mover mi cuerpo, a levantarme el pelo solo para su disfrute. Puede que no me quiera, que no tenga sentimientos

románticos hacia mí, pero hay algo que sé con toda seguridad: le atraigo y le gusto. Sé que me desea. Y eso ya hace que sienta muchísimo poder y que parte de la impotencia que me ahoga porque no sabe amar, porque no se atreve a hacerlo ni a dar más, se esfume porque algo sí le afecto.

Me he probado siete vestidos.

El último ha sido el que me voy a poner esta noche.

Y madre mía, qué belleza y qué atrevimiento.

Cuando he salido con él bañándome la piel y me he colocado ante Adonis con el antifaz de filamentos negros que, además, hace formas abstractas y muestra dos cuernos sobre la parte superior, me habría gustado inmortalizar su expresión.

Ha suspirado y se ha levantado de la silla. La copa de whisky ya estaba vacía.

Se ha acercado a mí y ha andado a mi alrededor para, al final, pegarse a mi espalda y quedar ambos de cara al espejo.

—Señorita Parisi…

—Vir —lo saludé siguiéndole el tono, mirándolo a través del reflejo —. Tienes buen gusto con los vestidos.

—Es la percha, tu elegancia —aseguró con voz ronca—. No es la ropa.

—Entonces… ¿te gusta lo que ves? —Me pasé las manos por el vientre para alisarme la tela oscura y transparente—. Nunca me he vestido así. Es como si fuera de gala, pero también de carnaval, de incógnito y de Halloween. Todo a la vez. Es… extraño. El atrezo de la Corte es muy osado y… pecaminoso.

El vestido se recoge en la nuca. Tiene un escote largo y pronunciado hasta el ombligo. Unas cenefas tupidas y llenas de brillantitos negros se arremolinan sobre mis pechos, como si fueran lenguas negras que me cubren los pezones y los laterales de las costillas. A la vez, dejan expuestas mis caderas, la parte baja de la espalda, el vientre y el ombligo para después volver a aparecer y ocultar mi entrepierna y mis nalgas. La tela se abre en las piernas y las muestra por completo, lo que me permite tener una libertad de movimientos total.

Este vestido debió de diseñarlo el sastre del Diablo.

Adonis no me contestó. Solo se dispuso a mirarme fijamente, a hablarme con sus ojazos. Me dejó petrificada.

—Estás sin maquillaje, con el pelo suelto, al natural —susurró pasando el dorso de los dedos por la piel desnuda, expuesta, de mi hombro derecho—. Y eres bonita y sexy, Ares. Haces que quiera arrancarte el vestido.

—Eso se lo dices a todas. A todas las que han pasado por aquí —aclaré. Quiero mantener la compostura, que nada de lo que diga me afecte, pero no me sale.

—¿Tú crees? —preguntó sin quitarme los ojos de encima.

—Ya no sé qué creer —reconocí e hice un gesto disconforme con los labios.

—Si te digo que no, no me creerás igualmente —asumió—. Eres el juguete que todos querrían pervertir. Es difícil no mirarte, maldita sea —gruñó como si la idea le pusiera nervioso—. ¿Sabes lo que va a pasar cuando seas consciente de ti y muestres tu actitud virtuosa ante toda la Corte?

—¿El qué?

—Que no podrán hacer otra cosa que no sea mirarte y desearte. Querrán probarte. Me envidiarán y a ti te anhelarán. Por un lado, voy a sentirme muy orgulloso. Pero por otro —sacude la cabeza reprobando la idea—, me confunde y me pone nervioso. Me imaginaba el impacto que podrías tener, pero hasta ahora no sabía cuánto. No sé si esto que vamos a hacer es buena idea. —Deslizó sus ojos por mis pechos y mi vientre.

—Demasiado tarde para echarse atrás.

—No pensaba hacerlo.

—¿Por qué pareces enfadado? Estos trapitos los has elegido tú. —Pongo los brazos en jarras sobre las caderas.

—Ya lo sé —dice enfurruñado.

—¿Por qué te pones así, vir? —lo tanteo, expectante ante su respuesta. Cuando actúa así, es cuando más me confundo—. ¿Por qué te pones nervioso? ¿La idea no era llamar la atención de la Mano Dura? Si quieren que formes parte de ellos, tendrás que llevar una virtuosa acorde a sus expectativas.

—No sé por qué no me gusta —dijo él con sinceridad, retirando los dedos de mi hombro—. No todo tiene un motivo ni una réplica. A veces, las cosas son así.

—Yo creo que todo tiene una explicación —contesté—, pero no todos quieren oírla.

Él dio un paso atrás y cuando volvió a mirar mi reflejo en el espejo, todo ese fuego peligroso en sus ojos se había desvanecido. Ya había retomado las riendas, volvía a tener el control.

—Te prometo que estaremos bien.

Me entraron ganas de reírme. Parecía que se lo estaba prometiendo a él mismo, como si necesitase tranquilizarse.

—Eso espero —contesté.

—Bien —carraspeó y se dio la vuelta para salir del vestidor—.

Cámbiate si lo necesitas. Y pídele a Antón que te prepare algo para comer.

Me giré y lo miré extrañada.

—¿Te vas?

—Sí. Debo ir a comprobar unas cosas con John.

—Ah… ¿No vendrás a comer?

—No. —Adonis se detuvo antes de abandonar el vestidor y me miró por encima del hombro—. Llegaré a la tarde, antes de que nos preparemos para ir a Aventino. Antón mandará un coche para buscar a Lu.

—Ah, está bien —contesté decepcionada al saber que se iba y que no me llevaba con él.

—Nos vemos luego, señorita Parisi.

Asintió con la cabeza, como un caballero educado pero desconocido, y se fue. Me dejó sola, en el castillo, mientras me imaginaba nuestra entrada en la Corte e intentaba averiguar a qué se refería y por qué no me lo contaba.

Lu ha llegado al castillo y su expresión es de cuento.

Le he enseñado el terreno y la casa en sí, pero no toda. Mi amiga se santiguaba, parecía hasta intimidada.

Después de ver a los lobos y de presentarle a Antón, nos hemos dirigido a mi habitación.

Allí me ha maquillado como le he pedido. Quería algo sexy, oscuro, pero sin pasarme de fantasía. No me ha dejado hablar mucho mientras hacía su magia en mi cara y cuando ha acabado, se ha cogido una de las sillas de la habitación y se ha sentado frente a mí.

Lu está preocupada por mí. Se siente tan sobrepasada como yo por la muestra ostentosa de poder de Adonis y, sobre todo, por lo que vamos a tener que hacer.

—Dime la verdad. Adonis es Bruce Wayne.

—No, pero casi. —Dejo escapar una carcajada.

—Sé que hay casas preciosas por la montaña, pero esta está escondida y es… es una pasada. Es como la mansión de un *highlander* moderno.

—Sí. El castillito está muy bien.

—Dime al menos que este hombre tiene algún defecto.

—Sí los tiene. Como yo. Es hermético, impermeable, rudo a veces. Es peligroso. Pero tiene un fondo muy bueno.

No sé qué tipo de cara estoy poniendo, pero la de Lu es de comprensión y también de serias reservas.

—Ares, dime que te estás cuidando —me dice muy decidida, sujetándome las rodillas con las manos.

—¿A qué te refieres?

—Condones, pastillas anticonceptivas…, corazoncito bajo llave. Esas cosas.

Pongo cara de circunstancias. No usamos condón porque para eso nos hicimos un análisis. Y sí, me tomo la pastilla anticonceptiva desde que tuve a Venus.

—Está todo bien y controlado —le aseguro.

Lu no se lo cree. Me mira de arriba abajo y sacude la cabeza consternada.

—Vas a atraer todas las miradas, nena. Eres un imán —alza mi barbilla suavemente—, y vas a tener que controlar la situación. ¿Llevarás ese vestido? —Señala el vestido negro que he dejado colgado en la percha sobre la pared.

—Sí.

—Madre mía. —Se cubre los ojos con la mano. Está mucho más nerviosa que yo—. Sufro por ti.

—Lu, tranquila.

—No. No voy a estar tranquila hasta que todo esto acabe y me asegure de que todos estemos a salvo.

—Creo que lo vamos a hacer bien y que Adonis lo tiene todo muy estudiado.

Ella suelta el aire entre los dientes.

—No sé qué vais a hacer esta noche ni qué tipo de fiestas depravadas os esperan, pero si tiene que ver con la antigua Roma…, no es un juego de niños. O sea, si hablamos de Bacus, de las bacanales, del sexo y los romanos… Es tremendo.

—Lo sé. Llevo días preparándome para no quedarme desubicada —aseguro.

—Me parece increíble que te atrevas a hacerlo.

—El objetivo vale la pena.

—¿Y qué harás si, al final, tienes la posibilidad de enfrentarte a tu violador? Por favor, Ares, no seas inconsciente. Piensa en Venus, en que…

—No lo soy. En ella es en lo único que pienso todos los días, Lu. Es mi hija. Por nada del mundo quiero que crezca en una sociedad donde se permiten estas cosas. Donde hay gente tan mala manipulando a otras. Y si puedo ayudar a que eso no pase aquí, en mi ciudad, en mi tierra, haré todo lo que esté en mi mano. Badalona es preciosa, no tiene culpa de que los demonios la quieran para sus juegos —explico muy reivindicativa—. Me he imaginado el momento en que descubra

a mi violador muchas veces, cuando me encuentre con él cara a cara y sé que, a la hora de la verdad, mi reacción puede ser distinta, inesperada. Aun así… —miro hacia otro lado—, haré lo que tenga que hacer.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

—Hasta donde haga falta. Esto no es solo por mí. También es por Venus, por ti y por todas las mujeres que puedan caer un día en las garras de esos abusadores. No quiero eso para ninguna, ¿entiendes? He sobrevivido a ellos dos veces. Dos —digo apasionada—. Las demás no han tenido tanta suerte. Joder, ni siquiera Tania Soler. Y ella venía de una familia de dinero. De poder. Parece que nadie está a salvo de ellos.

Lu suspira y toma mi cara entre sus manos.

—Me parece increíble que esto esté pasando aquí.

—Pasa en muchos otros lados. No solo aquí. Sucede en ciudades romanas importantes. El circuito de Bacus es una realidad. Las sectas, los rituales, las logias…, todo existe, solo que los ciudadanos de a pie están tan lejos de esas esferas que no pueden ni atisbarlas.

Ella se muerde el labio inferior y me estudia con admiración.

—Eres una valiente. Una superheroína, Ares. Y te estoy agradecida, en nombre de todas las que no tienen ni idea de lo que está pasando y de las que, como yo, lo sabemos pero no tenemos el valor de meternos en la boca del lobo. Gracias.

—No me queda otra, Lu. —Me encojo de hombros—. Es lo que quiero. Y siento que es lo que debo hacer. Es mi manera de vengar lo que me sucedió a mí y a las que ya no pueden contarlo.

Entiende mi postura, pero eso no hará que deje de sentir miedo.

—¿Y qué tal se está portando Adonis contigo?

—Bien —contesto.

—¿Ya lo sabe?

—¿El qué?

Sé lo que está pensando. La conozco y por cómo me mira, también sé que a ella no le puedo mentir.

—¿Sabe que sientes algo por él?

—¿Que me gusta?

—No. No solo eso. Es muy obvio. A cualquiera con ojos en la cara le gustaría. Tú estás enamorada, guapa. Te has enamorado. Admítelo.

—No. No lo sabe —contesto con sinceridad—. Pero lo que yo sienta no tiene nada que ver con esto.

—¿Perdona? Lo que sientes lo cambia todo.

—No. Adonis, las emociones y los sentimientos no se llevan bien. Es un cóctel explosivo.

Pone los ojos en blanco.

—Se hace el duro. Es imposible que no le despiertes nada.

—Sí lo hago, o eso creo. Pero él no tiene ni idea. No quiere saber nada de relaciones emocionales. Es… un búnker.

—Eso es muy sexy. Y muy frustrante.

—Lo único que quiero es que todo pase y todo nos salga bien. Soy muy consciente de que lo que vamos a hacer lo hacemos al margen de la ley. No es una buena idea. Pero Adonis, John y Nicolaus han formado un equipo indestructible. —Es de ilusos negar tal evidencia —. Y, aunque parezca ridículo, me siento segura con ellos.

Lu suspira y me mira de arriba abajo.

—Has perdido peso estos días.

—No mucho. Me he sentido estresada, a veces. Adonis no me ha dejado que me salte ni un solo plato de comida. Está obsesionado con que me alimente.

—Eso es porque sabe que te tiene agotada.

—Bueno, ha sido muy intenso. No ha resultado fácil. He tenido que… dejarme llevar. Y me temo que ahora viene lo peor.

—¿Qué tal es en la cama?

Mi cara es de evidencia máxima.

—¿En serio?

—¿Es bueno? —Sus cejas castañas se arquean y se ríe como una pillina.

—¿Qué quieres que te diga?

Se le escapa la risa.

—Dime que no es la mitad de bueno de lo que parece.

—Lo siento. —Me encojo de hombros—. Si te digo eso, te miento.

—Nena…, estás perdida. Pobrecita.

Lu me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Entonces… ¿qué tengo que hacer? ¿Le odio o me tiene que caer bien? Dímelo.

—No le odies. No es culpa suya exudar ese encanto oscuro y esa atracción perversa —respondo y me dejo mimar—. A veces creo que ni siquiera él se da cuenta de todo lo que es. Se ve de una manera que creo que no es la correcta.

—Bueno, el tiempo nos dirá si es bueno o no. Solo te pido que tengas cuidado, ¿vale? Esto se aleja mucho del mundo que conozco. Ya sé que hay corrupción y que hay maldad en las personas, pero en realidad, este submundo se escapa a mi comprensión.

—No es el submundo. No está por debajo. Está por encima de todos —aclaro; yo sí lo comprendo—. Los que están en el poder, uno que no podemos ni intuir, son los que mueven este tipo de hilos. Son

inalcanzables hasta que se ponen a tiro. Y para eso, tienes que acercarte mucho y hacerte pasar por uno de ellos. Adonis lo ha hecho. Tiene la presencia, los medios y la paciencia necesarios y me está dando la posibilidad de acercarme y quitarles la máscara.

—Sea como sea, tened cuidado. Más le vale que te proteja y cuide de ti.

—Sí, Lu. Cálmate. Me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy.

—Perdona. —Lu se coloca detrás de mí y mira el recogido que me ha hecho—. Estás espectacular. Eres una locura.

—Gracias. —Sonrío con algo de vergüenza.

—Pones mi heterosexualidad en un compromiso.

—Para ya —me río.

—En fin. Le he dado a Antón un informe que me ha pedido tu demonio —anuncia como si nada.

—¿Un informe? —¿Por qué no me lo ha dicho antes?—. ¿De qué se trata?

—Quería planos antiguos de la ciudad y de los alrededores. Necesitaba ubicar los terrenos de vid, cómo estaban distribuidos en Badalona. Ya sabes…, Baetulo era rica en vino, la mayor exportadora para los ricos y también para las tropas romanas de toda Europa. Los terrenos deberían estar mejor delimitados, pero hablamos de un pasado muy remoto y casi todo está borroso.

—¿Y eso se sabe? ¿Puedes ayudarle?

—Algo he conseguido. —Se encoge de hombros—. Todo apunta a que solo pueden estar en las montañas. Hay masías con viñedos, sobre todo en Canyet, y aunque algunas de esas tierras ya no se trabajan, los terrenos de vid siguen estando en el subsuelo. Le he ayudado en lo que he podido.

—Gracias por echarnos una mano. —Desconocía que Adonis le hubiera pedido nada a Lu, pero imaginaba que tarde o temprano lo haría. Ella es arqueóloga y conoce los entresijos de la ciudad antigua de Baetulo.

—Haré todo lo que pueda. ¿Necesitas que te ayude a ponerte el vestido?

—No —contesto—. Pero quiero picar algo ligero. ¿Quieres que comamos algo? Antón cocina como los ángeles.

—¿Comer? Siempre.

La tomo de la mano y me la llevo al salón.

Necesito distraerme y dejar de pensar en que, en un par de horas, Adonis y yo haremos la presentación en la Corte.

Como una pareja de virtuosos.

No estamos comprometidos.

No estamos casados.

A mí me verán como una amante, como la mujer a la que el vir le enseña los juegos báquicos, y no podré reclamarlo como nada más.

Deberé estar lista para cualquier cosa.

La formación ya ha acabado.

Ahora empieza el juego de verdad.

Tengo la sensación de que hoy todo va a cambiar. Que todo lo hecho hasta ahora es solo la preparación a este momento de la verdad, al pistoletazo de salida.

Adonis alza la mirada para no perderse ni un movimiento mientras bajo las escaleras. Se me olvida lo que llevo puesto porque es como si no llevase nada. Él está tan arrebatador que se me encoge el pecho solo de contemplarlo.

Lleva una especie de frac de corte moderno, ajustado a su cuerpo, con la levita larga por atrás, una camisa blanca clásica y un antifaz negro sencillo con unos pequeños cuernos rojos por encima de los ojos.

Su pelo luce suelto y salvaje, como él.

Veo cómo su nuez sube y baja cuando me planto ante su escrutinio.

Sonrío tímidamente.

—Toda tú eres un problema andante —reconoce con un suspiro—. Estás… estás bellísima.

—Tú también estás muy guapo. Esos cuernos te favorecen mucho. Son muy… tú. —Me obligo a sonreír.

Ambos nos miramos en silencio durante unos segundos.

Adonis carraspea y se saca una cajita del bolsillo. Antón se acerca, sostiene la caja de terciopelo negro y Adonis saca de su interior una pulsera de hojas de parra. Como las que llevaban Tania, Fanke o la chica italiana con la que coincidí en el baño de la Masía del Demonio.

No es un anillo. No es un colgante. No es un regalo que me haga porque le apetece. Es lo que tiene que darme para que me reconozcan como una virtuosa en la Corte. Suya, pero no de su propiedad. Con este brazalete sabrán que conozco los ritos de Bacus, que estoy dispuesta a obedecer a mi vir en todo lo que me pida. Y como no soy su pareja, no estamos comprometidos ni soy su esposa, soy accesible incluso para otros. Aunque Adonis ya me ha dejado muy claro que no va a permitir que eso suceda.

—Tu brazalete —susurra.

Yo alzo la muñeca y permito que él me lo coloque. Antón cierra la caja de golpe, con fuerza, y se oye un ¡plop! seco y contundente. Un

gesto airado, sin duda.

Sé que hay cosas que no le gustan, que se preocupa por mí y que está en desacuerdo con Adonis respecto a su modo de actuar y de sobrellevar la situación.

Me aseguró que Adonis hacía conmigo lo que no había hecho con ninguna, pero tengo la sensación de que me va a presentar ante la Corte como una más de su séquito.

Así va a ser.

Adonis pasa el pulgar por encima del brazalete y sus abalorios; también me acaricia la piel. Después focaliza su atención en el anillo que me regaló voluntariamente, en ese ojo que todo lo ve, para protegerme, para tenerme vigilada.

Creo que se siente más tranquilo al ver que lo llevo y, en el fondo, yo también. No me lo pensaba quitar, porque eso sí me lo dio voluntariamente.

—¿Estás preparada?

Tomo aire por la nariz y asiento. Mentiría si no dijera que también estoy triste, porque sea lo que sea lo que suceda a partir de esta noche, puede que ya nada sea igual.

—Vamos. —Adonis me ofrece el brazo.

Enlazo mi mano a su alrededor y ambos salimos del castillo decididos a interpretar el papel de nuestras vidas.

La venganza se sirve en plato frío.

Y nosotros seremos ese plato frío entre tantas llamas.

Nicolaus es el chófer que nos lleva a esa ubicación desconocida de la Mansión Aventino. Me ha dicho que me quede tranquila porque John está con mi madre y con Venus, pero no ha añadido nada más. Es parco en palabras.

Mientras tanto, Adonis y yo miramos por la ventana en silencio, sentados en los asientos de piel en la parte de atrás. Una botella de champán reposa en la cubitera y espera a que alguien se digne a abrirla.

Pero a mí no me apetece. Y creo que a él tampoco.

—¿No hay nada que quieras decirme? ¿Nada que debas advertirme?

Adonis tuerce el rostro hacia mí y su mandíbula se tensa.

—Estás más que preparada. Sabes cuál es el código de comportamiento, cómo son los demonios de la Corte y todo lo que pueden llegar a practicar. Sabes cómo dirigirte a ellos. No puedo enseñarte nada más. Ahora, todo depende de ti. Y yo confío en que lo

harás perfecto —me reafirma.

—Gracias. —Exhalo aliviada—. Necesitaba oír eso.

—Solo quiero que tengas algo en cuenta, Ares —añade cabizbajo.

—¿El qué?

—Pase lo que pase, recuerda que los malos son ellos. Esos hombres y mujeres serán increíblemente amables y educados, te seducirán, te regalarán los oídos, pero son demonios. No pierdas de vista lo que hacen. Sé que soy un aspirante a la vieja guardia y eso hará que deba comportarme como se espera de mí. No olvides que es un papel —me ruega—. Y que tenga éxito también depende de que desempeñes el tuyo. Debemos mantener la coartada hasta el final. Y vas a tener que seguirme el juego.

Asiento sin más, aunque por dentro, los nervios se me retuercen.

—Me ha quedado claro.

—Hoy observaremos. Tenemos ojos en todas partes —me aclara señalándose los cuernos.

—¿Qué quieres decir?

—Los antifaces que usemos tienen unas microcámaras inalámbricas. Nicolaus va a estar grabando a los invitados y todo lo que veamos. Se quedará en el coche, alejado del aparcamiento, controlando que la señal sea correcta y que no haya errores en las imágenes.

—¿La mía también? —Poso mis dedos sobre el antifaz tipo encaje de color negro que llevo—. ¿Yo también tengo cámara?

—No. Tu antifaz es muy fino para un dispositivo así. Se vería. Pero el mío sí la lleva. Vamos a documentarlo todo, Ares. Por eso digo que no vas a estar sola en ningún momento. Ni cuando creas que lo estás.

Lo que me acaba de decir es para cogerlo con pinzas. Empiezo a estar intranquila.

—Hoy vas a conocer por fin a tu contacto de Palabra de Bacus. A Drugia. ¿No se llama así?

—Sí —dice muy seco—. A Drugia, al Demogorgon, a todos los demás individuos con sus avatares demoniacos. Por fin voy a verlos cara a cara.

—Crees que Drugia es un demonio femenino, según tu compendio de la Corte.

—Así es.

—Y es el demonio que te va a abrir la puerta de la vieja guardia, ¿verdad?

—Esa es mi intención, sí. —Adonis se estira las mangas de la camisa con un gesto brusco y tenso.

Me muerdo el interior de la mejilla y pienso en ello más de lo que

me gustaría.

—Sea como sea —intento cambiar mi humor, que se está ofuscando poco a poco—, esta noche la Corte va a conocer a Adonis. Un agatodemon entre demonios. Pero ellos no lo saben. —Él asiente y después alza la barbilla—. ¿Estás nervioso?

—No. Conozco la naturaleza de esa gente como la palma de mi mano. —Sus palabras no ocultan su tono mordaz—. Sé lo que esperan. Les voy a dar lo que quieren, ni más ni menos.

—¿Y qué crees que va a pasar? ¿Qué crees que te va a ofrecer Drugia? ¿Crees que hablaréis esta misma noche de tu entrada en la vieja guardia?

—No estoy seguro —aclara muy incómodo. Se remueve en el asiento—. Habrá que esperar a los acontecimientos y a estar preparados para cualquier cosa.

Adonis abre la palma de su mano y la coloca boca arriba sobre su muslo. Mueve los dedos y me dirige una mirada cómplice que me transmite seguridad, pero que también me deja claro que sabe más de lo que me dice.

Y eso me irrita.

Aun así, decido acceder a su petición. Poso mi mano fría sobre la suya, que está mucho más caliente. Él mira al frente y sujeta mi mano con firmeza.

—Confía en mí y en que todo lo que haga será por el bien de los dos.

—Está bien —digo con la boca pequeña.

No sé cuántas veces me ha repetido lo mismo y, esta vez, es la primera que no estoy convencida de ello.

XX

Siempre había creído que conocía la cara de la jet set. Como ilustradora de cómic muy bien remunerada, con una buena marca y popularidad en el extranjero, creía que ya había conocido ese lado del dinero y de la fama. Conozco a actores, a productores, a guionistas, a grandes empresarios… Al final, las presentaciones, los eventos, las premieres de cine abren puertas y un mundo lleva a otro si le pones ganas e interés.

La gente de dinero se codea con gente con dinero. Esa es la máxima de estar en un círculo de alto *standing*: no bajas de ahí, excepto para que te sirvan. Y yo conozco a muchos de esos.

Vi otra cara aún más elitista cuando estuve en la subasta de los cuadros en la Masía del Demonio. Allí no les importaba comprar un cuadro por una millonada, porque se trataba de sacársela y enseñar quién la tenía más grande.

Y la más grande era la de Adonis. Sin embargo, lo miro a la cara y no veo que sea como ellos. Es una cota inalcanzable para cualquier mundano, incluso tiene más poder monetario que muchos de los que estén ahí. Lo lleva con naturalidad y sin estar demasiado corrompido por dentro. Eso es lo que quiero creer y lo que me dice el corazón.

Y ahora, al llegar a esta mansión, ver lo que me rodea y vislumbrar a los hombres y mujeres que deambulan por aquí, no veo una clase alta ni aristócrata.

Para mí esto es otro universo, ostentoso, corrupto, frívolo y rebosante de glamour con ademanes principescos y miradas repletas de subterfugios. Y no. No son prejuicios. Es como si mi cuerpo rechazara la cercanía de cada una de esas personas.

Apestan a dinero. A supremacía. Apestan a frivolidad. Es terrible.

He bajado del coche, me he agarrado al brazo de Adonis y, para mí, respirar el mismo aire que ellos ha sido como un bofetón. Nunca tuve la intuición ni los dones de mi abuela, pero es inevitable darme cuenta de que cada una de mis células se han puesto a la defensiva, como si supieran que aquí soy una presa. Aunque no estoy indefensa. Porque sé a lo que he venido, lo que tengo que hacer y cómo me debo

comportar. Y ellos no lo saben.

Debe de haber unas ciento cincuenta personas en este lugar.

La mansión está en lo alto de una montaña. Hemos tenido que subir mucho con el coche y, a sus pies, la ciudad se atisba desde el mirador.

La casa me recuerda mucho al Atlantic Club de Barcelona. Parece hecha casi por el mismo arquitecto, igual de modernista, con una construcción muy peculiar y en forma de torre con varias alturas y miradores. Toda la fachada está iluminada por luces de diferentes tonalidades, pero predominan el lila y el rosa. Las normales enfocan los jardines y salen de los leds del suelo.

La torre está rodeada por jardines y terrazas. En cada una de esas zonas, hay carpas y pérgolas para ocultar a quienes deseen ocupar ese espacio. Una piscina de focos cambiantes en forma de estrella es la atracción del jardín central, el más grande de todos.

No han dejado nada al azar.

Hemos accedido al interior a través de una alfombra roja que cubre una pasarela de piedra para que las parejas de virtuosos, todos enmascarados y ocultando sus identidades, caminen por ella y se sientan como la élite que son.

Cuando la cruzamos y llegamos a la amplia sala interior circular, nos reciben todo tipo de esculturas de cristal y mármol de hombres y mujeres en posturas muy explícitas elevados sobre pequeños altares. Entonces me doy cuenta de que no son esculturas. Son personas reales, con el cuerpo pintado como si hubieran nacido del mármol y la purpurina. Es muy artístico y, visualmente, el efecto está muy logrado. Nos presentan en voz alta, como si fuésemos los invitados de un rey. El hombre que hace las presentaciones es un señor fornido, con el pelo recogido en una coleta, máscara completamente negra y trajeado como un pingüino. Después de que Adonis le dijera nuestros nombres en voz baja, llena los pulmones de aire y exclama:

—¡El vir Adonis y su señorita Parisi!

En ese instante, las esculturas de carne y hueso se mueven y realizan una nueva secuencia sexual y bizarra. Una postura más del *Kamasutra*. Me acuerdo cuando, una vez, Lu hizo que escupiera un chupito entero porque me dijo que el libro decía que, te pusieras como te pusieras, te iban a follar. Sonrío al recordarlo.

Las miradas se vuelcan sobre nosotros dos; percibo que gustamos entre ese grupo de varones y virtuosas de la Corte. No me siento orgullosa de ello, pero saber que nos aprueban nos ayudará a acercarnos más a la vieja guardia de depravados.

Me doy cuenta de que muchos de esos hombres son más mayores

que sus virtuosas y que ellas, en su gran mayoría, son realmente hermosas. Parecen modelos, maniquís. También hay parejas de la misma edad, más o menos, pero no son demasiadas.

Sin embargo, me fijo en las mujeres porque ni una sola de ellas da la impresión de que estén a disgusto o que teman lo que pueda pasar durante el Sabbath. Tal vez, como dijo Adonis, a muchas las han educado durante años para ostentar ese lugar de poder al lado de un varón acaudalado. Es como un evento donde se promocionan. Y me daría igual si no supiera que en esta Corte hay violadores y asesinos, y que muchas de sus víctimas habrían elegido vivir si les hubieran preguntado. Como todavía no sé cuál es la convicción de cada una de ellas, no puedo juzgarlas ni criticarlas. Tampoco puedo ponerlas sobre aviso, dado que debo ejecutar mi papel a la perfección y hacerles ver que lo único que quiero es complacer a Adonis, que todo me parece sexy y maravilloso.

Advierto que no todas las chicas tienen un brazalete de hojas de parra y eso me incomoda. Luego me fijo en que lucen anillos de compromiso con su vir y, probablemente, en otros casos, sean ya marido y mujer.

Se nos acercan camareros con bandejas repletas de copas de champán y Adonis toma una para él y otra para mí.

—Bebe con calma —me dice en voz baja.

Tomo la copa y sonrío sibilinamente.

—¿Qué te crees? ¿Que voy a emborracharme nada más llegar? ¿O lo dices porque hay algo en la bebida? —Miro la copa con curiosidad.

—Por fin nos conocemos, príncipe Adonis.

Esa voz de mujer hace que una sensación incómoda me recorra toda la espina dorsal. No me gusta, y mucho menos cuando me doy la vuelta y poso mis ojos en ella.

Va vestida de un rojo muy llamativo. Es una mujer de excelsa belleza, como muchas de las que hay aquí. Es joven, no tendrá más de treinta o treinta y pocos.

Lleva medio antifaz del mismo color, con plumas que cubren parte de su frente y sus sienes. Sus labios, perfectamente delineados, sonríen con frialdad y superioridad. Tiene los ojos marrones muy claros; contrastan muy bien con su pelo pelirrojo butano. Podría parecer feo, pero en el rostro y con la presencia de esa mujer, no lo es en absoluto. Su piel es blanca, marfileña y perfecta. Diría que, a pesar de su juventud, se ha hecho algunos retoques estéticos que resaltan aún más su atractivo natural.

Sin embargo, la belleza, sin calidez y sin carisma, muchas veces no es hermosa, sino más bien hueca, y da respeto. Eso es lo que me

sucede con ella.

Obviamente, no hace falta que se presente. Ya sé quién es.

Adonis tenía razón. Es Drugia. Es ella. Uno de los pocos demonios femeninos de la Corte de Bacus. Una princesa, en realidad. La mujer que ha estado en contacto de forma anónima con Adonis a través de Palabra de Bacus. La mujer que administra ese dominio terrible y sádico y que parece una relaciones públicas, un vínculo entre todos los miembros de la Corte, la camarilla, la casta y todo lo que tenga que ver con este mundo ritualístico y tenebroso.

Para mí es evidente que tiene poder y, además, se asegura de irradiarlo.

Todos observan con mucho interés nuestro encuentro con Drugia; parece que interactuar con ella se paga muy caro. Y eso, como pareja, nos pone más en la diana del cotilleo de esta noche. Sé cómo funciona este mundo. Es todo ego, vanidad, querer ser el más bello y el más seductor o el más seducido.

Y, aunque ya la odio, reconozco que su interés y que se haya tomado la molestia de venir a saludarnos personalmente nos beneficia.

—El placer es todo mío, princesa Drugia —contesta Adonis. Toma su mano como un galán y le besa el dorso.

Observo que tiene unas manos muy bonitas, de esas que ordenan ejecuciones pero nunca se manchan de sangre. Tiro de ironía para no vomitar ahí mismo.

—Ella debe ser tu nueva virtuosa. —Me mira sin ocultar su agrado hacia mí. Me pone los nervios de punta—. La señorita Parisi, ¿verdad? Es un placer. —Se acerca y une su mejilla a la mía. El beso es tan sutil que parece que no ha tenido lugar.

—El placer es totalmente mío, princesa. —Sé cómo debo saludarla. Debo mostrar mi respeto absoluto hacia alguien superior. Inclinar la cabeza y no mantener contacto visual durante demasiado tiempo.

Ella es como un virtuoso, pero en mujer. Sería una *domina*, una mujer vir. Y, sin embargo, parece ostentar más poder que muchos de los que están hoy aquí.

Drugia me aprueba y desliza su mirada por todo mi cuerpo.

—Te felicito, Adonis. Es deliciosa.

La rabia hace que me sonroje, aunque ella sonríe porque cree que es porque me da vergüenza que me halaguen.

—Se le han subido los colores —dice alzándome la barbilla con dos de sus dedos—. Qué tierna.

—Gracias, Drugia. —Adonis asiente satisfecho.

De repente, ella me mira de reojo, como si me pusiera a prueba, y se acerca a Adonis con más osadía de la cuenta.

—¿Estás feliz de tener a este vir? Adonis es muy codiciado. —Coloca la mano sobre su antebrazo y no se me escapa cómo lo acaricia con interés—. Te está dando una oportunidad única.

—Por supuesto —contesto—. Estoy muy agradecida.

—Debes estarlo. Es un honor estar aquí.

Asiento y sonrío fugazmente.

—Salgamos a las mesas de la terraza —le dice Drugia en voz baja a Adonis—. Tengo ganas de hablar contigo. Cenaremos fuera, bajo la carpa. Hace muy buen clima. Me he ocupado personalmente de que estemos en la misma mesa.

—Un detalle, gracias —le agradece Adonis.

—Nosotros cenaremos un tanto retirados del resto. Necesitamos más intimidad, ¿no crees? —Sus ojos marrones claros se oscurecen con interés—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Tomo aire por la nariz y finjo que nada de lo que dice me interesa lo suficiente como para prestar atención.

Adonis, en cambio, asiente y le dirige una mirada depredadora, parecida a la de ella.

Mierda. No me gusta nada esta situación.

—¿Me acompañáis afuera? —Drugia nos invita a que la sigamos.

La terraza está al otro lado del salón, así que debemos cruzar toda la sala. Siento las miradas de todos sobre nosotros.

No soy una inculta. Sé que este tipo de fiestas se celebran en muchos círculos sociales en los que el noventa y nueve por ciento de la población mundial no estaría invitada. Existen desde antes de *Eyes Wide Shut*. Mucho antes del *Pizzagate*. Es decir, desde siempre. En la vida hay clases sociales, estatus y castas. No es algo que me deje sorprendida, pero sí me intimida mucho. Es fácil ver documentales sobre este tipo de logias, leer libros, informarse, sentir curiosidad. Resulta obvio que están ahí. Sin embargo, yo no he venido para disfrutarlo. He venido a consumar una venganza personal. Aunque eso no quita que no me fascine ver el mundo desde dentro, el increíble lujo, el alarde megalomaníaco, la ostentosa bravuconada de opulencia y la cacicada que supone pertenecer y estar en un lugar así. Aquí todos sacan pecho por ello. Pero lo hacen siempre ocultos tras sus máscaras.

Posiblemente, en el *petit comité* que derive de este círculo reducido, se desenmascaren para negociar los próximos ascensos en la Corte, las siguientes bacanales, cadenas de favores y actos terribles para ganarse el favor de Bacus. Mientras tanto, aquí no se revelará nadie. Les gusta el morbo de ocultarse tras las máscaras, como al dios al que veneran, que tiene muchas.

La reputación de Adonis le precede. El Príncipe del Abismo tiene su título y rango propios aquí. Juraría que algunas mujeres me miran con algo de rabia y envidia, pero no por mí, sino por estar con él. Es normal. Con mucha ventaja, es el hombre más enigmático y atractivo de este cónclave.

Les diría a todas que se relajasen, que se echaran atrás, que se quisieran un poco más, pero no puedo. Conozco mi papel al dedillo. Soy una virtuosa, debo alzar la barbilla porque estoy orgullosa de ello.

Porque él me pasea, pero yo también le paseo a él.

La terraza a la que salimos es circular, muy amplia y está cubierta por una carpa blanca bordeada con antorchas para calentar a los comensales. En el centro hay un pequeño escenario de madera regentado por la figura inconfundible de Bacus, que come uvas con un gesto eufórico.

En las mesas, cubiertas por mantelería roja, hay botellas de vino sin abrir. Cuando me fijo en la variedad que han dispuesto, el estómago se me encoge un poco. Es una maldita broma de mal gusto.

Satir. El vino de la familia Soler. La mentalidad de estos individuos es muy retorcida, sin duda.

La mesa en la que estaremos sentados, por cómo está ubicada, parece la presidencial.

Drugia nos guía hacia ella. Me siento junto a Adonis y ella, a su otro lado.

—Haremos algo de tiempo, si os parece —nos dice, aunque en realidad solo lo mira a él.

Se lo está comiendo con los ojos. ¿Qué está pasando aquí?

—El Demogorgon no hará acto de presencia hasta dentro de media hora. Él inaugurará el Sabbath con un discurso de bienvenida a la Corte.

—Bien —contesta Adonis. La contempla como si coqueteara con ella. Conozco ese modo de jugar, de mirar, y sé que tengo que estar preparada para todo, pero saberlo no hace que me siente bien—. Estoy deseando que empiece.

—Y yo, querido —contesta Drugia y le coloca una mano sobre la rodilla—. Llevo años esperando este encuentro contigo, aunque debía asegurarme de que estabas realmente interesado en entrar. Muchos quieren acceder a la Corte, pero no todos están capacitados para pertenecer a ella.

—Solo he seguido tus sugerencias. Sabes que hace años que espero mi oportunidad.

—Lo sé. —Sus labios se curvan y sus pestañas largas aletean coquetamente—. Eres mi aspirante más firme para formar parte de la

Cúpula de la Corte. Cuando conozcas al Rey, podrás entrar oficialmente en nuestro círculo. Sin embargo, ya sabes que mi aprobación es una entrada directa a nuestra pequeña esfera. —Pasea la lengua entre sus dientes—. Sin embargo, no va a ser gratis. La compra de *El hijo del Demonio* solo te ha colocado en lo más alto del pódium. Pero aún no estás dentro, Príncipe del Abismo.

—Haré lo que tenga que hacer. Estoy más que decidido.

—Bien. Me gusta saber eso. —Desliza la punta del índice por su muslo y, sin dejar de hacerlo, Drugia me dirige una mirada entornada —. ¿Y tú? ¿Estás dispuesta a hacer lo que sea por tu vir, señorita Parisi?

Trago saliva y retiro mi atención del dedo caprichoso de Drugia.

—Haré lo que mi vir me pida —contesto.

Drugia deja ir una risita.

—Es adorable, Adonis. Hiciste una buena elección con ella. Al parecer, tu Abismo es una cantera de virtuosas.

—Las mujeres que asisten están preparadas para experimentar el sexo bajo la orden de un vir. Y quieren experimentar el abismo báquico. Poder sustituir a mi virtuosa anterior con una de cualidades tan excepcionales ha sido un favor de Bacus. Por ello le estoy agradecido.

—Fue un movimiento muy inesperado, desde luego —asegura Drugia.

—Tuve que moverme deprisa —contesta él con toda tranquilidad —. Lo de Tania me tomó por sorpresa. Deberían haberme informado sobre que iba a ser una de las elegidas para abrir el velo.

Drugia entrecierra los ojos de color whisky.

—No lo vi venir. También fue una sorpresa para mí —aclara sin mucha parafernalia—. Hay acuerdos que incluso pueden cerrarse a mis espaldas. No lo controlo absolutamente todo. Pero casi. —Le guiña un ojo y suelta una risita macabra—. Gresil recibió la misiva y la camarilla lo ayudó. Subieron los vídeos a nuestro dominio y… —Se encoge de hombros—. Después, todos nos enteramos de la triste noticia sobre el fatal accidente que sufrieron. Hemos perdido a buenos activos, desde luego. Aunque, como descubrirás, en la Corte no hay nadie insustituible.

—No me dijiste nada —le reprocha Adonis.

—Lo sé. Aun así, actuaste con diligencia y tienes a una nueva virtuosa al lado. Reaccionaste muy rápido y eso también dice mucho de ti, de lo sobradamente preparado que estás. Suficiente para seguir siendo el firme aspirante a la Corte.

Frunzo el ceño con disimulo. ¿Está insinuando que no sabía lo que

le iba a pasar a Tania pero que los que mandan por encima de ella sí? ¿Y no le dijeron nada? Entonces ¿Hugo no eligió a Tania solo para poner en un compromiso a Adonis? Lo hizo porque seguía una orden. Y el señor Masdeu, Gresil, la obedeció. ¿Por qué a Tania? ¿Por qué ella si era una virtuosa popular y también deseada?

Cómo me gustaría decirle a esa demonia que los vídeos que subieron a Palabra de Bacus fueron un montaje. Y que Adonis y sus perros se cargaron a Gresil y a la camarilla. Pero, evidentemente, debo continuar callada.

—Tu nueva virtuosa llama mucho la atención, Adonis. ¿Es de Baetulo?

—Sí.

—De la tierra de nuestro Señor. —Me mira como si fuera una yegua—. Baetuliana.

«Badalonesa», pienso rabiosa.

—Tienes un gusto exquisito con las mujeres. La señorita Soler también era muy bella.

—Era una gran virtuosa —confirma Adonis.

—Lo sabemos. Pero esta jovencita… Con ese pelo negro y brillante, su cuerpo… Esa cara. Y esas lentillas… La hacen una chica de fantasía. —¿Lentillas? Esta es tonta. Son mis ojos—. Debes ser preciosa sin antifaz —me dice muy interesada—. Tengo muchas ganas de verte sin él. Y sin vestido también.

Qué perra. No necesita mucho tiempo para empezar a intimidar. Entiendo que también le gusta jugar con mujeres.

—¿Estás satisfecho con ella, Adonis?

Él me dirige una mirada entornada y contenida, manteniendo la actitud indiferente que ha adoptado desde que hemos puesto un pie aquí. Finge estar mucho más interesado en Drugia que en mí.

—La señorita Parisi es una virtuosa muy sobresaliente. Sus aptitudes son innatas y naturales. Tiene una educación exquisita, conoce el culto a Bacus, está formada, habla idiomas y es una seductora implacable. Tiene una vida independiente a través de su arte. Sería la pareja perfecta de cualquier vir.

—La has instruido bien, entonces… —augura Drugia lanzándome una mirada perversa—. Aunque eso ya lo comprobaremos a partir de mañana. —Arquea las cejas de ese color naranja extraño y me mira con mucha más curiosidad—. Tu vir habla maravillas de ti, señorita Parisi. Solo por ser la virtuosa del Príncipe del Abismo, ya llamas la atención, y muchos y muchas querrán jugar contigo. ¿Estás lista para que te reclamen y avasallen? Conocerás a todos los miembros de la Corte, harán fila para contemplarte. ¿Quién sabe? Tal vez tengas éxito

y salgas del Sabbath con un vir en propiedad real. Ese es el objetivo de todas. Pero a este… —me sonríe y toma a Adonis de la barbilla—, solo lo puede reclamar una igual.

Aprieto los dientes, ofendida por sus palabras y furiosa con Adonis. Me da rabia que hable así de mí, como si fuera mercancía. Pero esto es un papel. Un juego oscuro y cruento que debo ser capaz de seguir. ¿La igual es ella? Drugia acaba de evidenciar que quiere a Adonis y parece que él ya conocía su voluntad. ¿Cuánto han hablado entre ellos y de qué en todo este tiempo?

Con esas palabras, ya está dejando claro que Adonis no va a ser ese vir, que solo soy su aprendiz, nada más. Que no le intereso lo suficiente como para que me reclame.

—A partir de mañana, Drugia, las promesas deben cumplirse. —Adonis le sonríe como si le gustase mucho lo que ve en ella—. Mientras tanto, no intimides a mi virtuosa. Quiero que dé lo mejor de sí estos días.

Ella se echa a reír y finge adoptar un carácter más afable que, por supuesto, no tiene.

—Todo a su debido momento. Esta noche es para disfrutar. ¿Vino? —Drugia toma la botella y se la ofrece a Adonis para que haga el honor de abrirla.

—Satir —Adonis lee el nombre en voz alta y accede a descorchar la botella—. Después de lo que ha pasado con su hija, ¿se les está haciendo un favor a la familia Soler comprando su vino?

—¿Un favor? Es mucho más que eso, querido. Ahora, el señor Soler y su mujer han pasado a formar parte de la Corte. Van a sustituir al señor Masdeu en calidad de Gresil. Los Soler han entrado en la Corte por la puerta grande —le explica directamente a él.

Ambos intercambian una serie de miradas que van más allá de las palabras. Como si Adonis tuviera que entender el sentido de lo que ha mencionado Drugia.

Y sé que él lo entiende, porque se ha tensado mucho. Y verlo en esa tesitura hace que me sienta mal. De repente, tengo la sensación de que tras lo de Tania se esconde algo muy turbio en relación con sus padres.

Algo incomprensible para mí, pero habitual en esos círculos.

—Entiendo entonces que se trató de un favor por otro —dice Adonis llenándole la copa a Drugia y después a mí.

Ella desvía su mirada hacia mí y calla por completo.

—¿Estás seguro de que la señorita Parisi es discreta? ¿Te obedece al cien por cien? ¿La tienes bien adiestrada?

Hija de puta. No soy un perro.

—Tan seguro como que, si fuese indiscreta, te la entregaría para que le hicieras lo que quisieras —contesta Adonis, muy convincente—. Es mi virtuosa. Se debe a mí y a la Corte. Nada de lo que hablemos aquí saldrá de su boca.

Drugia toma un sorbo del vino tinto y aprecia las notas de su sabor.

—En realidad, no se ha hecho nada que no se hiciera antes —asegura Drugia en voz baja, mirando solo a Adonis. No le interesa compartir nada conmigo. No estoy a su nivel, según cree—. Había que sanear las cuentas de los Soler. Estaban en bancarrota y a punto de perder los viñedos. Y son buenos, créeme. Un seguidor de Bacus no puede perder terrenos, ¿comprendes? Toda la tierra de vides que pisamos es de él —sentencia con pasión y admiración hacia esa deidad que ellos han hecho demoniaca—. El padre de Tania estaba desesperado y le pidió al Rey ayuda. Este consultó al Demogorgon y el Demogorgon habló: Bacus ofrecía la prosperidad de los Soler a cambio de la vida de su hija pequeña.

Se me congela el corazón. Juro que lo tengo helado.

No quiero beberme el vino. Está manchado de sangre. Esta mujer acaba de decir que los padres sacrificaron a su hija para obtener el favor de Bacus. Que la cedieron voluntariamente para recuperar la prosperidad. ¿Qué estará pensando Adonis?

—Para una familia iniciada en Bacus, tener una virtuosa y ofrecerla en sacrificio es un honor. Por eso aceptaron la petición —continúa Drugia—. El Rey y el Demogorgon decidieron que Tania sería honorablemente entregada. Desde entonces, las acciones de los viñedos Soler se han catapultado y, además, el matrimonio virtuoso ha entrado a formar parte de la Corte. Al parecer, hicieron un buen trato. De haber sabido con anticipación la decisión del Rey y el Demogorgon, te habría advertido, Adonis. Pero hay asuntos de palacio que permanecen en secreto hasta para la Cúpula. El Rey y su Reina son los que tienen la última palabra, los que tienen una relación más estrecha con Bacus. Pero un rey demonio no es nada sin su Tridente. Yo soy una de sus púas. —Se sacaría las tetas ahí mismo para mostrar lo orgullosa que está de sí misma—. Sin embargo, que tu virtuosa fuera la elegida nos tomó por sorpresa. No tuve tiempo para maniobrar y hablar contigo.

—Comprendo —contesta muy serio. Adonis bebe de su copa con el gesto petrificado—. ¿El Demogorgon creyó que lo mejor era usar a mi virtuosa para abrir el velo y que Bacus por fin reinara en esta tierra? Me gustaría saber qué es capaz de ver ese hombre para tomar ese tipo de decisiones.

—Es un brujo, Adonis —dice ella con evidencia—. Su palabra es

ley. El Rey no hace ni ordena nada sin su aprobación. Él es el fascinador de la Corte. Por eso, la Cúpula de la Corte toma muy en serio lo que él vea, sugiera o vaticine.

Me sudan las manos. La conversación me está poniendo enferma y de muy mal humor.

—El Sabbath, sin el Demogorgon, no tendría mucho sentido. Iríamos perdidos. Él es nuestro maestro de ceremonias. Ve mucho más allá de lo que hay. Y siempre acierta. Al día siguiente de la muerte de Tania, los viñedos Soler recibieron una cuantía importante de dinero para la exportación internacional de sus vinos. La Corte se metió en su venta para promoverlo en tiempo récord entre los contactos de sus círculos y, en pocas horas, le dieron la reputación del vino de los ricos. Han multiplicado su valor en bolsa más de un cuatrocientos por ciento. Sus cuentas están saneadas y ellos se han vuelto insultantemente millonarios. Lo que la Corte te quita, Bacus te lo da. En este Sabbath, le tocó a tu virtuosa ser la sacrificada en común acuerdo con sus padres para abrir el velo. Es todo consentido. Esta vez, le tocó a la tuya.

Recuerdo el sueño con mi abuela. Me dijo que el fascinador me busca. Drugia acaba de decir que el Demogorgon, el brujo, es el fascinador de la Corte.

Acabo de descubrir cuál es mi amenaza: el Demogorgon quiere algo de mí. Me inquieta saber que un brujo hace de las suyas y que pueda hostigarme. ¿Por qué? ¿Para qué me quiere?

Pienso en Tania y en sus ganas de vivir. Lo sé, lo vi en sus ojos cuando intenté liberarle el pie de la trampa para animales en la que había caído. Pero ahora está bajo tierra con el beneplácito de sus padres. Es todo tan frío, tan falto de humanidad…

Antes de que se me llenen los ojos de lágrimas, carraspeo y miro hacia otro lado, como si la conversación no me interesase en lo más mínimo cuando, en realidad, siento un asco tan profundo que podría vomitar.

—Estoy deseando tu aprobación en la Corte, Adonis. Lo deseo mucho —dice Drugia acercándose más a él—. Pronto nos reuniremos y hablaremos de lo que realmente nos importa. Hay mucho de lo que me gustaría hacerte partícipe. Espero que no me falles. —Le pasa el índice por la mandíbula y después por sus labios.

Adonis sonríe, pero aún no se muestra tan cariñoso como ella.

—Todo a su debido tiempo. Mi participación en vuestros negocios deberá merecer la pena y quiero estar informado de todo. Soy adorador de Bacus y anhelo venerarle como los demás, pero el proyecto del que me hables debe ser atractivo.

—Cariño —maúlla como una gata—, a ti te pone cachondo el dinero y el poder tanto como a mí. Vas a ser incapaz de decir que no. Eres un hombre inteligente. Y no sabes cuánto me satisface tenerte aquí en carne y hueso. Eres todo un portento físico. —Se muerde el labio inferior mientras le hace un repaso de cuerpo entero—. Creo que vamos a pasarlo muy bien juntos.

—Negocios y placer —añade Adonis entreabriendo los labios para morderle suavemente el dedo—, esa es la mejor combinación.

Me va a sentar mal el vino y la cena. Me va a sentar mal todo. Sé que no debo, que no tengo derecho, pero odio que esa mujer esté cerca de él, que él le siga el juego, y no soporto que Drugia me mire constantemente para provocarme y haga ver que me considera poco menos que nada.

Necesito más distracciones. Al menos, no puedo seguir aquí entre los dos, como un pasmarote, en silencio, mordiéndome la lengua para no despotricar, o estaré demasiado incómoda toda la noche como para adoptar una actitud de virtuosa complaciente y sumisa.

—Buenas noches.

Me doy la vuelta para ver quién es el propietario de esa voz masculina. Me encuentro con dos hombres trajeados como Adonis. No vienen acompañados por nadie, no hay virtuosas a su alrededor.

Son intimidantes, altos, rubios. Con facciones marcadas y angulosas.

El más alto tiene ojos negros y el pelo rubio y liso engominado peinado hacia atrás. Tiene la espalda ancha y huele muy bien. El otro tiene rasgos muy parecidos. Juraría que son hermanos. Sus ojos son un tanto marrones, pero lleva la cabeza rasurada por completo; una perilla rubia le cubre la barbilla. Una piedra brillante blanca destella en el lóbulo de su oreja derecha. Un pendiente.

Son guapos, como una escultura de rasgos marcados y labios perfectos.

—Vamos a compartir mesa —dice el más alto de los dos.

Dios no ha escuchado mis plegarias. Me está pidiendo que me largue de aquí.

A estos me los ha traído Bacus que, como yo, quiere que también aprenda a jugar y a desplegar mi encanto. O no, tal vez haya sido Vesta, que también está de mi parte y me está pidiendo que mueva ficha pronto.

Adonis juega. Drugia también.

Debo observar, pero también puedo actuar estratégicamente. No estoy aquí solo para odiar a esta mujer y para sentirme ofendida con Adonis. Estoy aquí porque quiero encontrar a mi violador. Y con la

rabia que siento por todo lo que he oído, estoy más decidida que nunca a dar con él.

XXI

Adonis se pone en pie con educación y me toma de la mano para ayudarme a mí también, pero antes de que lo haga, el rubio de pelo largo interviene.

—Oh, no, por favor, no se levante, señorita —me dice con una educación exquisita.

Me siento de nuevo y me hago la vergonzosa.

Sin embargo, sí le da la mano a Adonis y se presenta:

—Soy el príncipe Belial. —Su apretón de manos es firme—. Es un placer conocerte al fin, Príncipe del Abismo. Los simpatizantes han hablado muy bien de ti y de tu templo. Estoy deseando conocerlo. —Belial desvía la mirada hacia mí y me sonríe para dejarme claro que no me ha ignorado. Espera a que Adonis haga las presentaciones mientras Drugia lo mira todo con mucho entretenimiento.

—El placer es todo mío —asegura Adonis.

—Yo soy el príncipe Angol. Es un placer, príncipe Adonis. —También me dirige una mirada entornada y se sonroja. ¿En serio? ¿Un demonio de la Corte? Qué actitud tan extraña. Parece tímido y para nada muestra una actitud autoritaria y de mando como sí refleja Belial y como, por supuesto, exuda Adonis por cada una de las células de su cuerpo.

Después del rey, el título con más jerarquía es el de príncipe. Ergo, estos tienen poder y están en otros escalafones.

Adonis sigue siendo un vir. Un caballero, aunque es un futuro príncipe de la Corte y es conocido como tal, como señor del Abismo.

En los siguientes escalafones están los duques, varones, marqueses, caballeros, presidentes…

Recapitulo todo lo aprendido estos días.

Drugia es el demonio femenino. La Peste. Bien mirado, el nombre le va como anillo al dedo, porque es una asquerosa.

Angol es el demonio de las drogas y el alcohol. Se dice que es amigo de los gobernantes de las ciudades, que estimula al ser humano a ser borracho y drogadicto para que así los pueblos no sean demasiado inteligentes y resulten fáciles de manipular. Alimenta las

bajas pasiones de los hombres y de las mujeres.

Y Belial es un príncipe del Infierno, el señor de la arrogancia. Se lo considera el amo de la sodomía, cuya alma se rinde fácilmente al vicio. Se dice que es hermoso por fuera, pero por dentro está podrido de maldad y excesos. Le encanta provocar dolor.

Ambos parecen angelitos rubios que nunca han roto un plato, pero llevan máscaras oscuras con cuernos. Y sí, según los cartelitos que veo en la mesa, van a compartir cena con nosotros.

—¿Y la hermosa dama? —pregunta Belial sin cortarse un pelo.

—Es mi virtuosa, la señorita Parisi —contesta Adonis mirándome de un modo extraño.

—Señorita. —Belial se inclina casi con una reverencia, toma mi mano y besa el dorso—. Es usted una virtuosa muy hermosa.

Sonrío, como si el piropo me encantase.

—Gracias, vir Belial.

—Por favor, para usted, solo Belial. —Sonríe con afabilidad. No dudo ni un poco siquiera que sea uno de los vires más deseados de la Corte y el que más éxito va a tener después de Adonis.

—Lo mismo digo. Llámeme Angol. —Copia el gesto de su compañero y también me besa la mano. Dios, esto está pasado de moda, pero está claro que a esta gente les gusta el protocolo—. Señorita Parisi, un placer conocer a la virtuosa del vir Adonis.

—Un placer conocerle, Angol. —Asiento agradecida por la familiaridad con la que quieren que les trate.

Si no estuvieran corrompidos y fueran unos sádicos sociópatas con ansias de controlar el mundo, a lo mejor hasta me caerían bien.

—Caray. —Drugia adopta una actitud de aburrimiento—. No han tardado nada en venir a conocerte. Y no serán los únicos, querida —asegura la Peste. Se levanta y enlaza su mano al brazo de Adonis—. Te dije que soy uno de los pinchos del Tridente del Rey. Aquí tienes a los otros dos que faltaban. Somos parte de la Cúpula. El Tridente de los Reyes.

—Teníamos ganas de conocerte —asegura Belial.

—Yo también a vosotros —contesta Adonis.

—Habrá tiempo para que hablemos de todo lo que procede. Eres un firme aspirante a la Corte —sugiere Belial.

Adonis sonríe soberbio. Cuando hace eso, sé que lo que viene a continuación es una de sus muchas muestras de poderío de mentalista. No se va a achantar ante ellos, no va a adoptar un perfil bajo. A esta gente hay que hablarle en su mismo idioma y Adonis lo conoce muy bien.

—No estoy aquí para servir a la Corte —dice de repente, tomando

de nuevo la copa de vino. Lo miro de reojo y trago saliva—. Eso ya lo llevo haciendo desde hace tiempo al prestar mis servicios con el Abismo, formando a parejas de virtuosos para que conozcan las prácticas y el Sabbath sea memorable; he guardado silencio sobre todo lo que sé de Palabra de Bacus, he aceptado que me arrebatéis a mis virtuosas solo porque Bacus las quiere y he invertido en obras de arte inflando con creces su valor solo para que una parte de ese dinero vaya a las arcas generales de la Élite y de todas vuestras cuentas. No soy un mecenas ni un filántropo. Soy un inversor. Y no vengo aquí a que nadie me acepte. Ya soy un vir por derecho propio. Ya estoy en la Corte. Soy un activo, no un simpatizante. Y quiero mi título oficial de príncipe.

El cambio en Angol y en Belial es automático. Se sienten provocados por la actitud de Adonis; no están acostumbrados a que nadie les hable así. Drugia está cachonda, abiertamente interesada en él y en su magnetismo.

Adonis es un alfa.

Lo está dejando claro. Eso hace que le tengan respeto, que lo escuchen.

—Es… —Belial sacude la cabeza con sorpresa. Toma una copa vacía y se la llena de vino—. Es muy estimulante oírte hablar así. Parece que tienes las cosas muy claras.

—¿Y qué quieres sacar de este Sabbath exactamente? —pregunta Angol acariciándose la perilla.

—Quiero entrar en la Cúpula y que me pongáis al día de todo. Sabéis la fortuna que tengo, todo lo que puedo ofrecer y, además, soy un adorador más como vosotros. La sangre de Bacus —alza la copa para menear el líquido rojizo que hay en su interior— también corre por mis venas. Quiero ser un precursor, pero no meteré el dinero en ningún sitio ni haré lo que me digáis hasta que conozca los proyectos de la Corte de cabo a rabo. Lo quiero saber absolutamente todo.

Drugia sonríe admirada.

—Os dije que mi hombre iba en serio. No se va a conformar con formar parte de la Corte como príncipe. Quiere estar más arriba.

—Eso lo decidirá el Demogorgon. Y los Reyes, en última instancia —contesta Belial, hablando con el mismo tono que Adonis. Los dos son de idéntica estatura e irradian el mismo tipo de aura—. Sin embargo… —desliza sus ojos negros por mi rostro y cuando vuelve a centrarlos en Adonis, añade—: te promocionaremos.

—¿Tengo vuestros votos?

—El mío sí —asegura Drugia.

Claro, ¿cómo no iba a tenerlo si parece que está a punto de darle

las bragas?

Adonis asiente conforme. Después estudia a Belial y a Angol.

—¿Y el vuestro?

Angol y Belial se miran el uno al otro y, acto seguido, me sonríen de modo confidencial.

—El nuestro también. Pero no será gratis —responde Belial. Sus labios dibujan una sonrisa lobuna y su mirada se vuelve algo siniestra —. Espero que seas generoso con nosotros.

Adonis se tensa. Ellos no lo notan, pero yo sí, porque le conozco. No le gusta nada lo que insinúan ni tampoco el interés abierto que tienen en mí.

A mí tampoco me gusta el que muestra Drugia en él y no puedo hacer ni decir nada. Aunque el motivo por el que me molesta no tiene nada que ver con el suyo.

Yo me he enamorado. Siento cosas por él y, como mujer, me cabrea ver lo que sucede aquí. Me duele.

Adonis es protector. No quiere que me hagan nada y me ha dado su palabra de que nadie me pondría una mano encima. No entiendo cómo lo va a conseguir.

El único modo de que nadie se atreva a tocarme, excepto si los dos lo deseamos, es que me convierta en su prometida o su mujer. Porque al ser solo su virtuosa y sin estar «emparejados», soy solo mercancía, una chica más con la que acostarse, una más a la que compartir.

Es terrible.

Sin embargo, es algo a lo que debíamos estar preparados. Ya habíamos hablado de ello. Me dijo que confiara en él.

Pero soy mayor, adulta, una mujer. Sé qué hago aquí y a lo que estoy jugando. No puedo dejarle toda la responsabilidad a él.

Como señorita Parisi que soy, como virtuosa, también debo mostrar interés hacia los demonios y este mundo tentador que tengo ante mí.

—Seré generoso —asegura Adonis.

Belial y Angol parecen muy conformes. Le ofrecen la mano para cerrar el trato por adelantado. No sé qué comporta su generosidad, aunque me lo puedo imaginar. Y me revienta.

En ese momento, todos los invitados de la Corte salen a la terraza y empiezan a tomar asiento en sus respectivas mesas, ajenos a la conversación que está teniendo lugar en la nuestra.

Somos cinco: Drugia, Adonis, Belial, Angol y yo.

Nadie más vendrá.

Y tengo toda la atención de los varones, excepto la de Adonis, que deja que Drugia lo agasaje y coquetee con él. Esta mujer es una avalancha, no se corta un pelo.

Debo tener muy poco valor para ella para que sea tan poco discreta.

Lo único que puedo hacer por el momento es dejar que Belial y Angol me colmen de atenciones y me muestren su interés. Esta noche no va a suceder nada físico, no habrá sexo. Pero hoy se empieza a cocer todo.

Durante la cena, no ha pasado ni un minuto en el que Drugia y Adonis dejaran de hablar. A mí, Belial y Angol tampoco me han permitido estar en silencio.

Son insistentes. Están exquisitamente bien educados, saben cómo seducir, qué preguntar y cómo hablar para que me sienta cómoda. E intento estarlo.

Mientras charlan, los estudio no solo a ellos, sino su modo de comunicarse, sus gestos y también la energía de alrededor.

Es evidente que la Corte los tiene en alta estima y, además, les profesan un gran respeto. Los tres son jóvenes. Ricos. Millonarios. Y unos hijos de perra propensos a mezclar alcohol, drogas y sexo hardcore y libertino con masacres y escabechinas de mujeres inocentes. Solo espero que, después de esa apertura del velo, después del sacrificio y del asesinato de las tres chicas, una de fuera de la Corte, otra de dentro y repudiada, y otra virtuosa de la Corte, no se necesiten más sacrificios ni haya más muertes.

Angol es un hombre más bien tímido, pero parece inofensivo. Habla poco y todo lo hace con mucha amabilidad y tacto. Sobre todo cuando sabe que lo miran. Sin embargo, cuando no, sus ojos marrones observan a las virtuosas como si fueran comida. Tengo la sensación de que debe controlar sus impulsos. Los nervios lo comen por dentro. Se lo noto en el modo en que le bota la rodilla por debajo de la mesa, como si fuera un tic. En cambio, cuando me contempla a mí, es distinto. Detiene el movimiento compulsivo.

Le cuesta mantenerme la mirada. Como si rehuyera el contacto directo.

Belial muestra más control de la situación. Mira de manera perezosa y oculta todo tipo de intenciones en esos ojos negros. Es atractivo. Sería un hombre que me gustaría. Además, tiene una conversación muy rica.

—Así que posees habilidad para la ilustración… —me dice sentado a mi lado derecho.

—No es una habilidad, vir. Soy ilustradora —aseguro con naturalidad, provocando una sonrisa en él.

—Belial… —me repite él con simpatía—. Tu, por ahora, vir puede ofenderse. —Lo del «por ahora» ha sido muy revelador.

—Cierto, Belial. Pero todos los vires merecéis todo mi respeto.

—Es agradable oírlo.

—Eres la primera virtuosa que conozco que tiene una profesión —murmura Angol sorprendido—. La mayoría proceden de familias adineradas o solo quieren dedicarse al virtuosismo.

Claro, eso sin nombrar a las que ellos deciden cazar y matar solo porque les viene bien.

—Virtuosismo profesional —repito alzando las cejas negras—. Más conocido como: cómo cazar a un vir. —Me muerdo el labio inferior con timidez y tanto como a Belial como a Angol se les escapa una risita.

Adonis advierte el ambiente entre nosotros tres y sé que no le gusta, que está preocupado. Aunque mejor que no se alarme por mí y sí lo haga por la hiena que tiene al lado.

—Eso ha sido una manera muy directa de decirlo. —Angol alza su copa de agua como si brindara por mí. No bebe vino. Es curioso, yo que pensaba que todos los de la Corte lo tomaban como si fuera agua —. Eres muy natural, señorita Parisi. Es muy refrescante conocer a una mujer con tu perfil.

—Gracias, Angol —digo—. ¿No le gusta el vino?

Él se echa a reír y mueve la cabeza negativamente.

—Me encanta. A la que no le gusta es a mi úlcera. Debo ser un poco conservador al respecto.

—Ah, vaya… —musito sorprendida.

Drugia suelta una de sus risitas insolentes.

—Al parecer, has hecho un gran trabajo con tu virtuosa, Adonis. Tiene a los dos príncipes comiendo de su mano, monopolizando toda su atención.

—Eso es porque no queremos interrumpir el ambiente íntimo entre vosotros —aclara Belial recogiendo el guante—. Y también porque la señorita Parisi nos tiene hechizados —admite alzando su copa de vino y obligando al resto a hacer lo mismo—. Por la señorita Parisi y su agradable irrupción. Esta cena habría sido tediosa sin su presencia. Ya ves que Drugia está más que decidida a absorber a Adonis.

Me humedezco los labios, hacemos chinchín y miro fugazmente a Adonis, que me lanza una advertencia muda con sus ojazos amarillos. Me está diciendo: «Tranquila». Yo ya lo estoy, lo que necesito es dejar de sentir que me ha dado de lado.

Así que lo ignoro.

Nos han traído todo tipo de entrantes y canapés. Como primer

plato, presentado de forma minimalista, nos acaban de servir un rodaballo *maître d'hôtel* al estilo francés, obvio. Lo sirven con mantequilla, limón y perejil, y la verdad es que está rico. Pero te lo acabas de un bocado.

La música que suena en la terraza es muy actual y está al volumen perfecto para que se pueda hablar con tranquilidad sin alzar la voz y también puedas mecerte con su melodía. Lana Del Rey, Lady Gaga, Adele… Las reconozco a todas. También me he dado cuenta de que todas las canciones son de mujeres.

Belial y Angol me hablan de sus viajes. De todas las partes del mundo que han visto y lo que han aprendido. Es evidente que con el poder y la influencia que tienen, pueden visitar cualquier lugar. Ni una puerta se encuentra cerrada para ellos. No sé cuáles son sus nombres ni sus apellidos, tampoco a qué se dedican ni cuáles son sus ingresos, y así seguirá a no ser que lo descubra o que ellos me lo digan más adelante en caso de que nuestra incursión en la Corte dé los frutos correctos.

Lo que sí está claro es que tienen propiedades en distintos países y, como es normal, viñedos.

Mientras me hablaban de todo lo que poseen, nos traen el segundo plato. Es un turnedó Rossini.

Yo también he sido curiosa toda mi vida, he viajado y aprendido de todos los lugares en los que he estado. Ya sé que a estos hombres lo que más les gusta es demostrar que ellos saben y han visto más, aunque tengo la sensación de que los dos se sienten más cómodos con mujeres que también les respondan. Que conversen, no solo con educación, sino de manera más relajada. Tal vez porque son jóvenes y no tan retrógrados como el resto.

—¿Te gusta la comida que están sirviendo? —me pregunta Belial.

—El turnedó está delicioso. ¿Sabéis que hay una leyenda sobre este plato? —Lo señalo con el tenedor.

Ambos parecen sorprendidos. Incluso Adonis y Drugia que, de repente, también quieren oírme hablar.

—Por favor, señorita Parisi —Belial me anima a que la cuente—. Me encantan las leyendas y las anécdotas.

—Gioachino Rossini solía ir al Café Anglais de París —explico—. Tenía buen comer y adoraba los platos novedosos. De hecho, también le encantaba organizar cenas como esta con literatos y músicos al aire libre. Un día, estaba en la cafetería y le dijo a Adolphe Dugléré, el cocinero y a quien Rossini apodó como el Mozart de la cocina, que le encantaría ver cómo cortaba el filete delante de él y que preparase el plato delante de los comensales. Pero Dugléré era vergonzoso, así que

le dijo que para él era incómodo trabajar delante de los invitados. Y Rossini le respondió: *«Eh bien, faites-le tourné de l'autre coté, tournez-moi le dos!»*. Le pidió que lo hiciera del otro lado y le diera la espalda a los clientes, pero que lo preparase en el comedor. Y así lo hizo. El nombre de turnedó Rossini viene de «*tourner le dos*», o lo que viene siendo, dar la espalda.

—Nunca había oído esta historia —reconoce Angol con interés—. Me gusta aprender cosas nuevas, señorita Parisi. ¿Y a usted? ¿Es curiosa? ¿Le gusta probar cosas nuevas?

Corto el solomillo con suavidad. Está meloso.

—Si no fuera curiosa, Angol, no habría tenido la suerte de conoceros esta noche.

Angol y Belial parecen disfrutar con mis palabras y sé que es justo lo que quieren oír. Son hombres vanidosos, acostumbrados a los halagos, pero siempre han oído los mismos. Yo intentaré regalarles los oídos de un modo más inteligente.

—Tienes los ojos más impresionantes que he visto en toda mi vida —espeta Belial de repente. Esa mirada negra no solo me contempla los ojos, también la boca y el escote que se asoma por mi vestido abierto hasta el ombligo. Es difícil no sentir que voy desnuda con este tipo de repasos.

—¿No son lentillas? —pregunta Angol muy sorprendido—. Pensaba que lo eran. Nunca había visto unos ojos así.

Niego con la cabeza. A Drugia eso le sorprende porque daba por hecho que eran lentillas para quitarme importancia.

—Son míos.

—No mentiría si dijera que eres la virtuosa más magnética que hay aquí esta noche —reconoce Belial.

—Muchas gracias, vires. ¿Puedo preguntar algo, aunque parezca indiscreto? —digo con entusiasmo.

—Nada de lo que preguntes podría serlo —asegura Belial, que tiene un tono de rubio más claro que Angol.

—¿Por qué no os acompaña ninguna virtuosa? Sé que formáis parte de la Cúpula, pero ni Drugia ni vosotros tenéis acompañante. El resto sí. Y es evidente que sois muy atractivos y muy… interesantes.

Belial oculta una sonrisa y mira a Angol de soslayo. Prefiere que conteste él.

—Queremos una virtuosa a nuestra medida. Aún no ha llegado la adecuada. Mientras tanto, nos gusta conocer a las de los demás. Podemos acceder a todas las que queramos si sus vires nos dejan. Adonis es famoso en la Corte por poseer el Abismo y fomentar la educación del sexo báquico —reconoce abiertamente—. En su templo

se han formado virtuosas, mujeres interesadas en el culto. Teníamos mucho interés en conocer a la suya, y más después de lo sucedido con su compañera anterior. Y, de repente, te saca a ti de la nada y nos deja a todos con los dientes largos. —Belial se acerca a mí y toma uno de mis mechones entre sus dedos—. Tu efecto es deslumbrante. Es inevitable no reconocer el gusto impecable que ha tenido al elegirte. Y es una suerte para nosotros que no estéis comprometidos como pareja de virtuosos.

—¿Y eso por qué, Belial? —digo coqueteando. Estoy deseando que hable abiertamente de lo que quiere y que Adonis lo oiga. Yo ya sé lo que es. Soy una mujer y tengo intuición para eso.

—Porque eso permite que podamos acceder a ti y que podamos elegirte durante el Sabbath. Estoy deseando que lleguen los juegos. Porque quiero probarte —dice concentrado en el color de mi mechón.

Pues sí ha sido directo. Se me enfría el pecho y se me forma un nudo en el estómago. Es evidente que me ven como a una presa con la que jugar. Adonis no puede mostrarse posesivo conmigo porque no soy nada para él y porque tiene su propia estrategia, que ahora entiendo que es acercarse a Drugia.

No estar comprometida, pedida, por mi vir me convierte en una diana para el resto de los vires que no tienen pareja.

—¿Nos equivocamos, Adonis? —inquiere Angol muy interesado en escuchar su postura.

—¿En qué? —pregunta Adonis distraídamente.

—En que la señorita Parisi no es exclusiva tuya, en que no es tu elegida y que serás permisivo para que todos los demás podamos…, ya sabes, interactuar con ella. —Le da un sorbo a su copa de agua y le dirige una mirada propia de un animal de rapiña.

Mierda. Es todo muy violento.

Creen que van a tener sexo conmigo porque apuestan que Adonis me va a dejar en sus manos y a ordenarme que lo haga. Me asusta pensar que llegue a ceder para no echar por tierra su tapadera. Es evidente que Drugia cree que yo no soy nada para él y es cierto. No soy su amor, no soy su pareja ni su mujer, pero nos une una relación de amistad y espero que no sea capaz de entregarme a estos buitres.

No se lo perdonaría jamás. Y no pienso comprobar hasta dónde es capaz de llegar ni ponerme en esa tesitura.

—La señorita Parisi está muy preparada y muy bien formada para ser la compañera perfecta de cualquier vir. Estaré encantado de enseñároslo yo mismo cuando sea el momento.

—Esa no ha sido la pregunta que te ha hecho. Dime, ¿nos dejarás participar? —insiste Drugia con más malicia que los otros dos.

Que ella insinúe que quiere tocarme, me pone enferma.

—Si es vuestro deseo, lo permitiré —sentencia Adonis.

—¿Y por qué no ahora? —pide Angol dejando la servilleta blanca encima de la mesa.

Lo miro. Esta noche no es para divertirse ni para practicar los juegos báquicos del Sabbath. Adonis toma aire por la nariz, dispuesto a responder.

—No —contesta Belial antes que él—. El circuito del Sabbath empieza mañana oficialmente. Por ahora, seamos caballeros. No nos pasemos de ansiosos. Es el Demogorgon quien dice qué se permite y qué no en cada una de las noches que vamos a compartir. Al final, las reglas las pone él.

Angol hace un gesto de desdén pero se obliga a recomponerse de su decepción. Torna la expresión en una mucho más dócil y complacida.

—Hablando del Demogorgon… —Drugia le sonríe a Adonis y le hace un gesto con la barbilla para que mire en la dirección que indica.

Todos desviamos la vista hacia el escenario central, donde Bacus reposa comiendo uvas. Luce unos cuernos, la tiara de hojas de parra y tiene una pierna de carnero. Es inquietante y demasiado dual y confuso. Pero la deidad es así.

Ante esa figura, hay un hombre muy alto y delgado de brazos finos y tatuados cubierto con una túnica negra con los hombros descubiertos. No tiene masa muscular apenas, ni tampoco se le puede ver el rostro, ya que lleva una máscara completa que simula, al parecer, la calavera de un dragón o de algún tipo de animal que escupe fuego. Es blanca, pero tiene unos cuernos negros inclinados hacia el exterior y que brillan porque están cubiertos por diamantes oscuros. Sostiene un báculo con un tridente, como si fuera el mismísimo Demonio.

—El Demogorgon… —susurro fingiendo fascinación.

—La primera vez que se ve al fascinador siempre impresiona —me explica Belial en voz baja, acercándose mucho a mi oído—. Con él empieza la leyenda y el rito.

—Un demonio ancestral que convive con el caos y la eternidad —digo siguiéndole el hilo—. El brujo de la Corte que todo lo lee y todo lo decide. —El mismo fascinador que me está buscando, como me dijo mi abuela. Y aquí estoy, frente a sus narices. Aunque él aún no haya dado conmigo ni averiguado quién soy en realidad.

Ya no podemos decir nada más porque el Demogorgon alza la mano y se hace un silencio limpio y cargado de respeto.

Adonis y yo nos miramos de refilón.

No ha sido cariñoso conmigo en ningún momento. No ha hecho

nada para que yo me relajase, para que los demás vieran que me tiene aprecio o que le gusto. Tampoco lo hace ahora. Mantiene las distancias y se muestra frío en exceso. Me está costando mucho recordar lo que me dijo: pase lo que pase, él es el bueno.

Entonces, un foco ilumina al Demogorgon como si fuera un actor de una obra de teatro. Empieza a concentrar la atención de todos los presentes, que lo escuchan como si fuera un dios.

—¿Lo oís? —Se toca el oído con aire teatral—. Es el aliento de Bacus, que todo lo inunda y todo lo envuelve. —Hace una pausa para mirar a todas las mesas y se demora más en la nuestra porque, evidentemente, en ella está la parte de la Cúpula junto a dos invitados importantes: Adonis y yo. El Demogorgon nos observa con curiosidad, pero continúa con su relato—: Lo que oléis, lo que percibís, lo que eriza vuestra piel, es él, Bacus, que siempre ha estado aquí, en esta tierra, en esta ciudad y en muchas otras desde la Antigüedad. Estamos aquí por él, para venerarlo y porque es tiempo de cosecha y de vid. Estamos aquí para alimentarlo, para que vuelva a correr y a cantar por los bosques con sus sátiros. Estamos aquí porque quiere darnos algo a cambio de rendirle culto y honrarlo. Esta es la historia que solo unos pocos conocemos, los marcados por Bacus, los afortunados por su favor. Y es momento de rememorarla antes de que, oficialmente, se inicien los juegos báquicos.

El Demogorgon es un orador excelso. Se nota. Sabe cómo mantener intrigado al personal, y a mí también que, además, me encanta escuchar historias.

—Todo empezó con el famoso anillo del rey Salomón. —Muestra la banda dorada con un pentagrama y símbolos extraños alrededor que lleva en el dedo corazón. Belial, Angol y Drugia también tienen uno—. Un anillo que dicen que recibió del arcángel Miguel para controlar a los demonios a través de unos sellos mágicos. Este conocimiento permitió a Salomón, iniciado en el arte de los demonios, que estos trabajasen para él y construyesen el templo de Jerusalén. Desde Ornias a Belcebú, pasando por los decanos hasta controlar a Renfán y Moloch. Y no solo a ellos. También al gran Asmodeo, que estaba obsesionado con cazar y sacrificar a todas las mujeres vírgenes de Jerusalén. —Asmodeo, el demonio que tiene tatuado Adonis en la espalda—. Así, con la ayuda de su anillo y los sellos, encerró a todos los demonios en un ánfora con inscripciones mágicas y los puso a trabajar a su servicio. Gracias a eso, Salomón podía convocarlos como y cuando quería, tener al que fuera, lo que quisiera cuando y como se le antojara. Hasta que se sintió corrompido y ya no percibía su propia alma. Se sentía tan perdido que dejó de usar el anillo y lo guardó

todo, su sabiduría sobre los sellos, la alianza y el ánfora en su templo. Pretendía que ese conocimiento jamás saliese de allí, pero un saber tan increíble siempre debe ir a parar a las manos adecuadas. Tito Flavio Vespasiano y sus legiones romanas destruyeron el templo de Salomón en el año 70. El ánfora se hizo añicos y los demonios escaparon de su encierro. Nosotros somos la representación de esos demonios liberados. Sin embargo, cuando Tito y los suyos regresaron a Roma, entre sus tesoros trajeron un anillo y unos pergaminos con sellos extraños. En Roma, uno de los brujos fascinadores del emperador se hizo con los pergaminos de Salomón, su conocimiento y el anillo. Él es el primero que inició a los siguientes fascinadores en el culto a los demonios y a los sellos. Hasta que las tropas romanas empezaron a extenderse por Europa y llegan a España. La legión que se instaló en estas tierras estaba comandada por un terrateniente que no hacía nada sin la recomendación de su fascinador, experto en la magia negra y en la nigromancia. Este llevaba con él el anillo y los pergaminos porque tenían un proyecto en común: juntos querían fundar Baetulo y que se convirtiera en una ciudad próspera y de referencia en toda Europa. El fascinador decidió poner en marcha su conocimiento sobre los sellos y los demonios e invocó a una entidad que los ayudase a hacerse ricos y a conseguir el máximo de esas tierras para explotarlas y darles visibilidad en Roma. ¿Y quién creéis que acudió a la invocación?

—Salve, Bacus —exclaman todos alzando su copa de vino.

Vaya, el comportamiento es sectario y ritualístico, sin duda. Pero estoy tan metida en la historia como los demás. El hombre pálido y delgado, posiblemente con una cabeza más grande y larga de lo normal, mantiene la intriga y hace unas pausas perfectas.

—Exacto. Bacus, decían, había sido expulsado del Olimpo por su gran afición al vino y a las bacanales. —Alza el dedo índice—. Consideraban que sus gustos no eran divinos, sino demoniacos. Y nuestro Señor vivía exiliado entre bosques y tierras de vid, como el gran adorador del vino que es, buscando el modo de seguir disfrutando de las mujeres y de sus fiestas, de hacer feliz al pueblo, pero nadie lo entendía. Él quería ayudarles y nadie le escuchaba. Hasta que el sello invocador del fascinador lo atrapó. Y cuando Bacus se presentó ante él, el terrateniente romano y el brujo no se lo podían creer. Los sellos habían funcionado y tenían ante ellos a un dios que pocos querían y que muchos aseguraban que era el alter ego de Dionisio. Fue entonces cuando Bacus pactó con los primeros miembros de su Corte. Les prometió que les enseñaría cómo trabajar la vid, tener tierras en propiedad y destilar el mejor vino a cambio de que hicieran

fiestas, sacrificios y bacanales en su honor. El abismo báquico albergaba a todos los que quisieran entrar en su reino. A las mujeres dispuestas a aceptarlo. Él solo necesitaba y se alimentaba de esa energía, del sexo, del orgasmo. Quería su liberación —Ahora está dando clases de moral—. Después de pactar con Bacus, empezó la Corte destinada a engrandecer la ciudad, a hacerla poderosa, a cambio de mantener al dios contento con mujeres, sexo, orgasmos, vino y sacrificios. Y así fue. Baetulo se convirtió en una ciudad próspera, ¿gracias a qué? —pregunta a los presentes.

—¡Al vino! —exclamaron todos.

—Adora el vino de Bacus, su sangre —dice ceremoniosamente—, y él te dará todo su poder. Eso es. Del brujo, el terrateniente y de todos los que les ayudaron a hacer cumplir la palabra de Bacus, descendieron familias, generación tras generación que, con el paso del tiempo, se convirtieron en las más poderosas no solo de Baetulo, sino también del resto de Europa. Fue así como empezó el culto en esta ciudad a unos elegidos, los únicos conocedores de la tradición de los sellos. Puede que otros libros hablen de ellos y del poderoso Salomón, sí. *La clavícula de Salomón*, el *Grimorio de Armadel*… Juegos de niños que no están completos. —Se oye una risotada generalizada—. Se necesitan más cosas para invocar a los demonios y obtener su gracia y su obediencia. Hace falta que Bacus corra por tu sangre, porque no todo es teoría. Los manuscritos originales del templo los obtuvo nuestro primer fascinador. Y ese es nuestro verdadero poder, nuestro conocimiento más preciado.

»Lamentablemente, no a todo el mundo le gustaba lo que sucedía en la ciudad. Una vez, no hace mucho, unos pescadores que creemos que eran descendientes de *sagaes*, les robaron el compendio de los sellos salomónicos a una de las familias herederas de los terratenientes y los fascinadores originales. En Baetulo existe una guerra antigua entre fascinadores y *sagaes*, pero es obvio quiénes ganamos. —Se encoge de hombros y todos aplauden—. Esos hombres creyeron que si quemaban el libro en la playa, acabarían con una dinastía y un culto milenario. Pero los fascinadores de la Corte ya tenían ese conocimiento más que interiorizado y habían hecho más copias de ese libro. Para las *sagaes*, dar con el libro y verlo arder fue una victoria, y lo convirtieron en un día festivo y popular. Era el 10 de mayo, la noche de San Anastasio, un santo de las *sagaes* —añade con desprecio —. Esa noche, metafóricamente, los baetulianos queman un demonio en la playa para eliminar todo lo malo y lo negativo de sus vidas —se burla, y todos se ríen—. Su demonio es Bacus. Lo temen, pero no saben quién es. En realidad, no lo hacen arder. Porque nadie puede

quemar a ningún demonio si no conoces su nombre. Para nosotros fue la muestra de que nada podía detenernos y nos burlamos de ellos. Decidimos adoptar ese día en el que quemaron el libro en la playa como el más importante para nosotros, la culminación del Sabbath, donde también hacemos arder lo que no nos sirve. —Sonríe y todos se echan a reír—. El culto empezó prodigándose en pequeños comités y ahora el Sabbath es una celebración hermética solo apta para los que se lo merecen. Para la Corte y sus simpatizantes. Todos los que estamos aquí, de algún modo, seremos bendecidos por Bacus. Somos unos afortunados por estar en contacto con un dios de verdad. Por disfrutar del vino, de nuestros cuerpos, por ser libres para hacer lo que queramos, para vivir el éxtasis y abrir las puertas del abismo báquico. Por tener la posibilidad de entrar en su reino y conocer todos los misterios paganos. —Abre los brazos y se da la vuelta para mirar la figura de Bacus—. ¡Sed todos bienvenidos al Sabbath! ¡Y disfrutemos el doble, esta vez, por el que no pudimos celebrar cuatro años atrás! —Me remuevo inquieta en la silla. Si él supiera… que la culpable de que el velo no se abriese fui yo—. ¡Desquitémonos con ganas, que hoy los sueños y las señales me dicen que Bacus está contento y de nuestra parte! —Cuanto más grita, más lo vitorean y se levantan a aplaudirle —. ¡Este Sabbath será la gloria y van a pasar cosas muy grandes! ¡¿Sabéis por qué?! ¡Porque Bacus busca a su mujer! ¡Busca a su virtuosa! ¡Busca a su Afrodita y a su Ariadna! ¡Clama por sus ménades, sus entusiastas, sus compañeras! —grita golpeando el báculo con fuerza contra la tarima, agitando al personal—. ¿Serás tú? —Señala a una virtuosa, de piel muy pálida y pecosa, al lado de un señor mayor —. ¿Serás tú? —Apunta con el báculo a otra virtuosa de pelo muy rubio y ondulado y antifaz negro, que aplaude ante la idea—. O puede que… —Da una vuelta sobre sí mismo, como si jugara a la ruleta rusa y, cuando se para en seco, me mira y me señala con el báculo—. ¿Tal vez seas tú su Ariadna?

Me quedo petrificada y arrugo el vestido negro con los dedos por debajo de la mesa sin que nadie me vea. Sin embargo, asiento con la barbilla, como si estuviera dispuesta a aceptar el guante.

El Demogorgon no se imagina lo que pienso de todo lo que ha contado. Sí, es interesante, muy paranormal y misterioso todo lo del tema del anillo y los sellos. Es digno de estudio y ojalá pudiera ahondar más. Me parece terrorífico que alguien haya podido filtrar esa información tan peligrosa y se hayan hecho libros como *La clavícula de Salomón* o el *Grimorio de Armadel*.

Sin embargo, más allá de toda la palabrería y las medallas que se ponen, el Demogorgon omite lo peor. Los simpatizantes de Bacus que

no conocen bien la Corte disfrutarán de estos días e incluso puede que se mezclen en los eventos; Adonis ya me lo había contado. Disfrutarán y pensarán que están en las mejores fiestas privadas a las que puedan asistir. Pero en su habilidad para contar leyendas, el brujo no dice nada sobre que una facción de la Corte tiene las manos manchadas de sangre y la otra es su cómplice.

No hay nada divino ni mágico en sus rituales.

Sí demoniaco.

Sí perverso.

Bacus no es un adorador de mujeres. Al menos, los que le rinden culto no lo son. Que no me jodan.

Y yo no me siento para nada afortunada de estar aquí.

Ahora, más que nunca, necesito que esta cena se acabe e irme a casa.

Y si puede ser a la mía, mejor.

XXII

Tengo la cabeza a punto de estallar.

Ahora mismo, toda la información de lo que he oído y visto no deja de pasearse por mi mente como si fuera un disco rayado.

Estamos en el coche, de vuelta a casa. Adonis y yo nos hemos sentado detrás en silencio. Nicolaus se ha encargado de recibir la señal de la cámara del antifaz de Adonis; lo ha grabado absolutamente todo, como si fuera una película.

Sin comerlo ni beberlo tenemos una declaración de Drugia afirmando que los Soler llegaron a un acuerdo para que su negocio saliera a flote. La vida de Tania por los viñedos. Y eligieron los viñedos.

No solo eso, sino que tenemos la confirmación de que las muertes eran necesarias para que se abriese el velo.

Y después está toda la historia de la Corte y de los sellos demoniacos para convocar a Bacus, grabada a viva voz y con la escenificación del mismísimo Demogorgon.

Con todo y con eso, aún no tenemos nada. No podemos pretender que en la primera noche resolvamos todos nuestros objetivos. Sería demasiado fácil. No sé quién es mi violador ni conozco las identidades de los enmascarados, tampoco sabemos qué van a hacer, qué va a pasar en el Sabbath y Adonis todavía no ha descubierto quién mató a su hermana y quien orquestó el accidente aéreo de su padre.

Pero sí sabemos algo: que la Cúpula está muy interesada en mí.

Y que Adonis va a llegar hasta el final con Drugia o, como mínimo, la va a tener más que pendiente de él porque necesita que se lo cuente todo y en qué andan metidos.

A pesar de eso, a sabiendas de que hemos salido vivos la primera noche, soy incapaz de ser objetiva porque la verdad es que estoy asqueada y rabiosa.

—No me has dicho nada desde que hemos salido de Aventino —dice Adonis colocándose la máscara encima de la cabeza.

—Y tú no me has dicho nada en toda la noche. —Me paso la mano por la frente. No quiero ser de esas. No quiero echarle nada en cara ni

protestar porque no me da lo que quiero. Tengo el antifaz reposando sobre las piernas, igual que mi corazoncito, que descansa en paz otra vez al estar alejado de tanta malignidad. No voy a ser una arpía ni una víctima con Adonis, aunque me tenga que hacer heridas en la lengua para no dejarla suelta—. Creo que lo hemos hecho bien, ¿verdad?

Adonis me está mirando fijamente, pero yo solo contemplo la ventana. Prefiero perder la vista entre la oscuridad espesa del bosque a enfrentarme a un lobo en un espacio tan reducido. Y no por él. Sino por mí, porque me falta poco para comportarme de una forma que no quiero. Y lo último que necesito es humillarme.

Después de la cena y de la narrativa del Demogorgon, este reclamó a Adonis. Drugia lo ha acompañado para presentárselo. Y, mientras tanto, Angol y Belial han seguido a lo suyo. Cortejándome sin cesar. Sin pausa.

He sido educada, atenta y he intentado aprovechar el tiempo a solas con ellos para conocerlos mejor. Para averiguar cosas.

Belial es mucho más comedido y creo que tiene más control del entorno que Angol. Podría decir que son familia por la estructura de sus caras, aunque sus expresiones y sus ademanes no se parezcan en nada.

Han querido hablar tanto conmigo que creo que se han ido un poco de la lengua. Ellos ya saben dónde se celebrarán los eventos de los juegos báquicos. Todos ellos.

Me han dicho que mañana sábado cierran un famoso local del centro solo para ellos. Hace honor al nombre del emperador Tito, quien se llevó los tesoros de Salomón: el anillo y los sellos. Es una manera de honrar a Bacus y a toda la Corte al ser quien lo empezó todo.

Como no me chupo el dedo y algo de latín sé, conozco perfectamente qué lugar van a usar. Y es un sitio público.

—Mañana se celebra la fiesta romana —murmuro.

—Sí —dice Adonis—. Tenemos que recibir la notificación para saber dónde va a ser.

—Se celebra en Titus —le corto. Me gusta saber más que él—. En la Carpa de Titus.

—¿Cómo lo sabes?

—Belial y Angol hablan mucho. Dicen que se celebra en un local que hace honor al emperador. Tito es Titus en latín.

Ni siquiera sé qué expresión ha puesto porque sigo sin mirarlo.

—Eso nos da margen para prepararlo todo, ¿verdad, Nicolaus?

El pluriempleado asiente y me mira por el retrovisor.

—Eso nos da mucho con lo que jugar. Colocaremos cámaras y

drones. —Adonis asiente satisfecho—. No esperaba una confesión como la de Drugia.

—¿Cuál de ellas?

—Pensaba que lo de Tania había sido un impulso, un error del señor Masdeu. Pensaba que la habían elegido a ella por un capricho del gilipollas de Hugo. Pero no fue así, en realidad. Los Reyes y el Demogorgon habían pactado su muerte con sus padres. —Parece horrorizarle la idea. Normal. A mí me ha dejado de piedra—. Estaba todo preparado. Hugo y Masdeu solo obedecieron órdenes. Los Soler antepusieron la economía familiar a la vida de su hija. Y por ese sacrificio, su fortuna se ha multiplicado exponencialmente, sus acciones están por los aires… Y ellos van a entrar como pareja de virtuosos para sustituir al demonio que encarnaba Masdeu en la Corte. Es…, joder, menuda mierda. Pensar que no es la primera vez que lo hacen me pone enfermo. En la Corte se acepta el parricidio como sacrificio a Bacus. Y para colmo, las víctimas son veneradas y consideradas heroínas con todos los honores. Que se pacten así las muertes… Eso no me lo imaginaba.

—Es delito, está mal igualmente —insisto—. Tania quería vivir.

—Lo sé. Claro que es delito y está mal. Los pactos no los hacen con todas. La chica de Pomar fue una inocente a manos de esos cerdos. Fanke, que lo empezó todo, aún es una desconocida y está por ver qué hacía con Masdeu. Es decir, sabemos que hay tres tipos de víctimas y debemos entender los móviles detrás de cada muerte.

—Han dicho que el Demogorgon decidió que fuera Tania. ¿Por qué crees?

—No lo sé. —Suspira torciendo el cuello hacia un lado para crujírselo. Ha estado muy tenso, aunque no me lo ha parecido—. No sé qué ve ese fascinador en sus vaticinios. Ya lo tengo entre ceja y ceja, ¿sabes? Él da el visto bueno a los sacrificios. Ergo él aprobó también la violación y el asesinato de mi hermana hace ocho años. —Sacude la cabeza, muy apesadumbrado—. Es muy duro tenerlos tan cerca y no poder acabar con todos ellos. Los miro y quiero retorcerles el pescuezo uno a uno. El mundo no los echaría de menos. —Exhala y mira al techo—. Sin embargo, solo estamos ante la puntita del iceberg. Estamos muy cerca de saber toda la verdad.

—Sí. Eso espero.

—Tú… —Me mira de reojo—. Lo has hecho muy bien, Ares. Los has dejado muy impresionados. —Abre y cierra las manos, como si las tuviera dormidas. Eso también lo hago yo cuando estoy muy tensa.

—Me sorprende que te hayas dado cuenta. Te has pasado mirándole las tetas a Drugia toda la noche.

Maldición. No tengo que decir este tipo de cosas.

Él no sabe cómo reaccionar a mi pulla. Me da igual, yo sigo mirando por la ventana sin muchas ganas de nada, solo de dormir y de alejarme de su presencia un poco.

—¿Estás molesta?

—No. Para nada —miento.

—Mañana, antes de las fiestas romanas, he quedado para comer con Drugia —anuncia sin más—. A solas —aclara—. Quiero que lo sepas.

—¿A solas y sin nadie más?

—Sí. Quiere hacerme ya partícipe del negocio. Al menos, que esté dentro antes de la Liberalia.

—Es la semana que viene.

—Sí. Le pediré a Nicolaus que te lleve allí en coche. Nos veremos en la puerta para entrar juntos. ¿Te parece, Nico? —le pregunta Adonis.

—Por supuesto —contesta el conductor.

Asiento, sin tenerlas todas conmigo.

—¿Has recibido bien la señal de lo que grababa la máscara? —inquiere Adonis.

—Todo perfecto y nítido. John ya lo está montando todo.

—Bien. —Es una preocupación menos para él.

Cierro los ojos sin que se dé cuenta y tomo aire para armarme de paciencia.

—No me sorprende que Drugia te quiera a solas. El tipo de contacto que tenías con ella en la plataforma de Palabra de Bacus…, ¿cuál era? Parece que estabais deseando encontraros para quitaros el calentón.

Adonis agacha la mirada y se quita la americana. No sé de dónde le viene el calor, porque yo hace rato que estoy fría.

—Drugia es solo un medio, ya lo sabes. Todo en este maldito juego lo es.

—Como yo.

—No, como tú no —replica con rapidez.

—Pfff…

—¡Ares! —La mano de Adonis sale disparada y me obliga a mirarlo agarrándome de la barbilla. El gesto impetuoso me sorprende—. Te dije que pasase lo que pasase, no olvides que el bueno soy yo.

—¿Que el bueno eres tú? ¿Qué quiere decir eso en realidad? Soy tu virtuosa. Pero te comportas conmigo como si fuera una desconocida total… —le echo en cara—. Me has dejado toda la noche a merced de esos dos.

—Me has dicho que no estabas molesta. ¿A qué viene esto?

—Pues mira, un poco molesta sí estoy —repongo.

—Aunque hablase con ella, estaba a tu lado en todo momento. Nunca has estado sola.

—¡Pues me he sentido como si lo estuviera! ¡Me has ignorado por completo! ¡No has tenido un solo gesto de aprecio conmigo en toda la noche! ¡No he visto a un solo vir pasando así de su virtuosa en toda la cena! —Alzo el dedo índice y me acuerdo de mi abuela porque cuando se enfadaba hacía lo mismo—. Eres muy parecido a ellos. Es como si encajaras en sus esquemas a la perfección. Como si fueras la pieza que les hace falta para continuar con sus fechorías. ¡Suéltame!

Él aprieta ligeramente los dedos en mis mejillas.

—Ni por un momento creas que tengo algo que ver con ellos —espeta con los dientes apretados—. No es así. Pero Drugia es una mujer y sé que tiene interés en mí. Voy a tener que jugar con ella para llegar al fondo de otros asuntos. Sabía que esto pasaría. Solo estoy siguiendo el guion establecido.

—¿Y no podías haberme informado? Me dijiste que estabas en contacto con ella, que te ayudó y te orientó para ser un vir destacado, que te explicó muchos entresijos. Lo que no sabía era que tenías otro tipo de interés. No sabía que os habíais visto antes.

—Nunca la he visto. Es la primera vez que la veo en persona.

—Pero vosotros dos habéis hablado de algo más… Esas cosas se perciben, Adonis. Deberías haberme dicho lo que querías hacer. ¿Vas a estar coqueteando con ella en todos los eventos? ¿Cuál es tu plan? Deberías habérmelo contado.

—¿Por qué? No iba a cambiar nada. Y llevo planeando esto antes de que aparecieras tú.

—¿Cómo que por qué? Para estar preparada, al menos. Podrías haberme dicho que Drugia quería algo contigo. Que ibas a centrarte e ir a por ella. Me ha dejado muy claro que no tendrías ningún interés en mí y que ella es lo que necesitas —gruño encolerizada. Se me llenan los ojos de lágrimas. Adonis me suelta y yo retiro el rostro. No quiero que me vea así—. Joder, Adonis —espeto muy enfadada—, he hecho esto, he practicado contigo todos estos días pensando que no me ibas a dejar sola entre tantos sátiros. Pero ahora… —Me tiemblan la voz y las manos—. Ahora sé que no vas a estar conmigo como espero que lo estés. Cuando me advertías sobre la posibilidad de jugar con otros, lo decías en serio. Aunque me has repetido muchas veces que no ibas a dejar que eso sucediese. —Me encojo de hombros y me froto los ojos con la yema de los dedos—. Hoy les has dicho a Angol y a Belial que ibas a ser generoso con ellos. Entregándome a mí,

entiendo.

—No. Eso no va a pasar.

—No veo cómo vas a evitarlo.

La culpa es mía. Por montarme historias en la cabeza. Por creer que él, en el fondo, sí sentía cosas por mí. Un hombre que siente algo por una mujer no deja que otros jueguen con ella. Es de primero de instinto. De primero de educación sentimental. De primero de territorialidad. No me entra en la cabeza ni en mi código. Yo tampoco lo puedo permitir. Nunca he tenido esta sensación de celos, aunque tampoco he estado enamorada antes. Esta emoción ni siquiera se acerca un poco a la atracción que haya podido sentir en algún momento hacia alguien. Por eso me molesta lo que hace Drugia con él. Por eso entiendo que si Adonis puede jugar con quien quiera, si asume que voy a tener que hacerlo y que él, como mi vir, lo va a permitir para no levantar sospechas, es porque no siente nada por mí.

Antón está equivocado, y yo también. Da igual cómo me mire Adonis, que me abrace para dormir y que no necesite pildoritas para conciliar el sueño conmigo a su lado; no importa que me mire como si fuera un rompecabezas para él o una *rara avis*. Este hombre es incapaz de sentir nada por nadie.

Se lo ha prohibido a sí mismo. Ni siquiera él se quiere. Y no entiendo por qué.

—¿Por qué lloras? —Se siente mal por verme así. Si tuviera valor, me abrazaría y me haría creer que sí le importo, al menos, un poco. Pero es que le da hasta cosa tocarme ahora, como si tuviera miedo de mí—. Ares, me destruye verte llorar… No llores, *bambina*.

—Deja de llamarme así, por favor —le ordeno. Las palabras me salen como un latigazo—. Es por la tensión. Solo estoy descargando. Lo siento.

—Tienes que confiar en mí, Ares. Te dije que no iba a dejar que nadie te hiciera daño ni llegase demasiado lejos contigo.

—¿Y qué es, según tú, ir demasiado lejos? ¿Eh? —le increpo—. Porque igual para ti ir demasiado lejos es besarse. Tú sientes terror a los besos, ya me lo has dejado claro. ¡Y en cambio a follar no le das importancia! ¡Es absurdo!

Adonis se queda mudo ante mi recriminación. Está en shock. Tengo la sensación de que nadie le ha hablado así antes o de que nunca había pensado que su postura no fuera la correcta.

—¿Qué es demasiado lejos, Adonis? ¿Me pueden follar mientras que no me corra? ¿Eso está bien? Dímelo para estar lista o, al menos, para no quedarme bloqueada cuando me toque hacer algo o tenga que permitir que me lo hagan. Porque hasta ahora, creía que me ibas a

proteger y que lo que tuviéramos que hacer en público lo haría contigo, no bajo tu supervisión. Son dos cosas muy diferentes. Dime, ¿qué es ir demasiado lejos? ¿Que masturbe a alguien con la mano? ¿Una mamada? ¿Que otros vengan y me coman? ¿Que le coma la boca a alguien? ¡¿Qué?! ¿Que me deje dar por detrás? —A estas alturas, es mejor ir de frente y ser sincera. No tengo por qué tener cuidado. Somos adultos—. ¿Por delante? ¿Por los dos sitios a la vez? ¿Que me tire a una mujer? ¿O nada de eso es ir demasiado lejos porque tú nunca le has dado importancia al sexo y para ti son tonterías? ¿Voy a tener que hacer esas cosas contigo o delante de ti? ¡Dímelo! ¡Háblame!

Adonis aprieta los dientes. Dios, está tan frustrado que me entusiasma verlo así porque es muy difícil que le afecte algo. Lo que le he dicho sí parece haber hecho algo de mella en él. No sé si para bien o para mal.

Entonces da un puñetazo contra el asiento del copiloto. ¡Pam! Con fuerza. Y me doy cuenta de que ha sido para mal.

—¡Tenemos un maldito contrato! ¡Siempre he sido claro contigo, Ares! ¡Siempre! ¡No sé qué te pasa, pero te dije que no vieras cosas donde no las hay! ¡¿Qué es esto?! ¡¿Por qué te comportas ahora como una niña?! ¡Te dije que no te confundieras conmigo! —Vuelve a dar un puñetazo en el sillón de delante—. ¡Joder! ¡Este ataque de celos no te pega nada!

Uf. Eso sí que me ofende y me avergüenza. Es obvio que estoy celosa. Eso ya lo sé. Pero lo peor es que se haya dado cuenta y que no le dé importancia. Que no le importe. Porque, al final, con esa actitud, lo que me dice es que tengo razón. Le hago gracia, soy una buena compañía y nos llevamos bien, pero no siente nada más. Si ni siquiera me deja besarle, abrazarle o… No le he tocado aún íntimamente. No le he hecho nada. Todo me lo ha hecho él a mí. Dios, es que cada vez me ofende más pensarlo. Un hombre que ama a una mujer, que la desea, ansía que ella lo acaricie y se lo demuestre.

—¡¿Vas a poder continuar con esto?! ¿Vas a poder seguir adelante? —insiste Adonis—. Si no eres capaz, dímelo y me las apaño para sacarte de la ecuación. Mañana mismo le comunico a la Corte tu baja, te largas con tu madre, tu hija y con John a la torre que tienes en la Cerdaña y no sales de ahí hasta que todo acabe. No voy a poder seguir haciendo esto contigo.

Sonrío sin ganas y los ojos se me llenan de lágrimas.

—¡No harás nada de eso! —le advierto—. ¡No me trates ahora como a una paria! Estoy aquí por lo mismo que tú. ¡Siento enfadarme, siento estar asustada y siento sentir las cosas que siento! Ya ves, no puedo follar ni dejar que me toquen sin sentir nada. ¡Lamento no

saber hacerlo! Pero no estoy dando marcha atrás, quiero seguir adelante. Solo te pido que me hables claro.

—Llevo hablándote claro desde que empezamos. Nunca te he mentido. La Corte romana de Bacus no es una broma ni un juego. Ahí se va a jugar y a follar, Ares. Se va a follar duro, en grupo, con otras mujeres, con hombres; se va a ser sometida y sometidos, se va a ser atada, a beber, a liberarse, a consumir y a cumplir cualquier fantasía depravada llena de filias y fobias. No hay nada prohibido, por duro o violento que te parezca. Esto solo acaba de empezar y ni siquiera te han tocado. No eres mi prometida, no eres mi compañera, no eres mi mujer. Y no lo vas a ser nunca. —Aguanto la respiración y oigo cómo algo se me rompe en el pecho. Parece arrepentido por haber dicho esto último, pero ambos sabemos que es demasiado tarde para retractarse—. Te aprecio, pero eres solo la chica que llevo como mi virtuosa. La chica que el destino y el chantaje me obligan a llevar conmigo. Y debe seguir siendo así. ¿Me oyes? Así que, por favor, replantéate cuál es tu papel y no me lo pongas más difícil.

Se arremanga la camisa y se desabrocha algún botón del cuello. El cabreo hace que nos suba la temperatura.

Sorbo por la nariz, indignada ante tanta sinceridad. Pero no solo es culpa mía estar así. No soy una mujer que se haga fantasías de la nada y que se enamore perdidamente de un tío que sabe que es inalcanzable y que no le hace caso. No sé lo que le pasa a Adonis ni por qué es así, pero él también es responsable de que esté confundida y de que las cosas me duelan.

—Soy como Tania, ¿verdad? Te he montado un número como hizo ella. —Me avergüenza darme cuenta—. Sé cuánto odias estos comportamientos. Sé que te ponen nervioso. Lo siento, no volverá a ocurrir. —Me paso los dedos por las mejillas húmedas—. Pero, a partir de ahora, deja de comportarte conmigo como si yo fuera diferente, como si realmente te importase.

—Es que sí me importas.

—Cállate. Deja de decirlo. No me hace bien. —Es mi manera más directa de decirle que siento algo, que me he enamorado y que deje de marearme—. Deja de decir que soy especial y que conmigo haces cosas que no has hecho con las demás. No necesito tu amabilidad ni tu camaradería. No necesito más instrucción. Ya lo hemos practicado todo y no soy una mojigata para saber cómo se hace lo que aún me quede por aprender. Solo quiero que nos mantengas a salvo. Nada más. Te prometo que haré lo que sea, que de verdad me comportaré como una virtuosa y que también intentaré avanzar por mi parte e indagar para descubrir a mi violador. Prometo que no esperaré nada

de ti y que haré lo que me pidan. Solo es sexo, ¿no? —aseguro con voz temblorosa. Me siento muy mal y decepcionada—. Puedo hacerlo. Igual que millones de personas al día. Tu papel conmigo es el que es y voy a ir con todo, Adonis. —Cuando estoy suficientemente serena, vuelvo a mirarlo a los ojos—. Lo único que quiero es vengarme. Solo necesito que cuides de mí para salir viva de todo esto. ¿Tengo, al menos, tu protección?

—Eso no ha cambiado, Ares. La tienes desde el primer momento.

—Me da igual lo que tenga que hacer. Me da igual lo que me hagan. Solo quiero cazarlos y salir viva de este laberinto.

Adonis toma aire y asiente buscando un poco de paz entre tanta tensión emocional.

—Por favor… —Cierra los ojos e intenta tranquilizarse—. Necesito que te calmes. Ya estamos de vuelta, lejos de la Corte.

—Cálmate tú —mascullo entre dientes—. Yo estoy bien.

Nicolaus me lanza una mirada y atisbo una chispa de diversión en él, como si nunca hubiese visto nada parecido. Pero, en el fondo, está preocupado. Por los dos. Se aclara la garganta y mira al frente de nuevo.

Mientras tanto, Adonis no vuelve a decir nada. Prefiere buscar cualquier imperfección en su máscara, aunque no la tenga.

Lo peor de todo para mí es que, aunque sé que tengo derecho a sentirme así, me siento mal por verle tan cabizbajo.

Él no debería estarlo si piensa que lo está haciendo bien, que es consecuente con lo que cree y lo que siente y si sabe que está haciendo lo correcto.

Tal vez también deba hacer de tripas corazón para seguir adelante.

Estoy tumbada en la cama. En mi habitación. En mi torreta.

Esta es mi última noche aquí. Después de mañana, después de la fiesta romana que se celebrará inequívocamente en Titus, habré cumplido mis días de formación con Adonis y podré seguir con mi vida —es una manera de hablar—, aunque deba estar presente junto a él en todos los demás eventos que nos quedan del Sabbath. Porque nuestra investigación no va a cesar. Llegaremos hasta el final. Aunque, para entonces, no tengamos que compartir castillo.

Y lo agradezco. Porque estar en este lugar con él teniendo en cuenta lo que siento, me asfixia y me hiere.

He cerrado la puerta de la habitación con pestillo. Le he dicho que quiero dormir sola, sin él. Así de claro. No quiero que entre. No quiero que me moleste. Adonis me afecta al cuerpo y a la mente y me

despierta cuando no quiero que lo haga. Así que cuanto más lejos, mejor.

Sucede que, desde que me he tumbado, se me saltan las lágrimas por las comisuras de los ojos y no puedo pararlas. Es el agua que sale de los desgarros de mi alma. Esto que siento por Adonis es terrible. Y lo peor es que ahora que sé que le va a dar igual que me acueste con alguien delante de él, que otro me bese y me toque, sigo sintiéndolo mucho por los dos. Porque tengo la sensación de que nos estamos perdiendo algo por su culpa. Mejor dicho, de que él me está perdiendo a mí. Y yo me estoy perdiendo todo lo que no me enseña de sí mismo.

Me vienen a la mente muchas escenas entre él y esa arpía de Drugia. No me gusta cómo lo toca ni cómo lo mira…, con esa familiaridad. Es la actitud típica de alguien que sabe que se va a llevar al otro a la cama.

Y no me cuadra para nada la frialdad de Adonis en todo este asunto. No lo comprendo. Me tiene muy desorientada. Él ha sido cariñoso conmigo, hemos hablado de muchas cosas, me ha abrazado cuando menos lo esperaba, me ha dado besos en la frente y ha tenido unas muestras de afecto que van más allá del aprecio… Sí que es cierto que nunca he hecho que pierda el control en el sexo ni se ha dejado dominar por mí, nunca lo he sometido físicamente y jamás he podido echar por tierra esa muralla física y emocional que impide que lo mapee como quiero. Adonis todavía no se ha corrido conmigo. Nunca me ha besado. No me ha dejado acariciarlo siquiera.

Es evidente que no soy yo la persona que lo va a lograr. Él siempre lleva la batuta. No sé si alguien será capaz de conseguirlo alguna vez. Pero sí sé que, quien lo consiga, será la chica adecuada para él.

Me duele el corazón de pensar que no seré yo.

¿Cómo se puede sentir tanto por alguien en tan poco tiempo? No he elegido esto. Es en lo último en lo que pensaba. Pero ha pasado. ¿Y ahora qué? Solo hace dos semanas que nos conocemos. Vale, sí, en este tiempo parece que hemos vivido mil vidas porque ha sido muy intenso, pero al fin y al cabo, han sido únicamente catorce días.

Pensar en que me quedan por delante tres semanas más con él para intentar desengranar a toda la Corte, desenmascarar a los que han cometido afrentas contra nosotros y a los que joden a mi ciudad y asistir a las seis fiestas del Sabbath, hace que me sienta como si estuviera ante una prueba de Ironman.

Mañana empieza la primera. La fiesta romana.

Trago saliva y me cubro los ojos con el antebrazo. Iré del brazo de Adonis, pero solo para entrar en Titus. Una vez dentro, sé lo que va a pasar. Seré apta para todos. Veremos qué tipo de juegos tiene

preparado el Demogorgon y qué se hace en esas celebraciones. Aunque me lo imagino todo muy bien.

—¿Puedo dormir contigo?

Me incorporo de un brinco y me quedo de rodillas en la cama. Adonis está de pie, al otro lado, mirándome con gesto ansioso y preocupado, recortado por la luz azabache de la noche y rodeado de ese halo que lo hace parecer un príncipe misterioso. Me tiene harta. Me cansa que me afecte así.

—Pero… —Agarro el cojín y se lo lanzo a la cara—. ¡¿Tú me quieres matar del susto o qué?! ¡¿Estás loco?! ¡Por Dios…! —Miro a mi alrededor, sin comprender cómo ha llegado aquí—. ¿Por dónde has entrado?

Adonis lleva el torso descubierto y solo unos calzoncillos negros, como siempre que duerme conmigo. Con el pulgar, me señala una puerta en la pared del frente, muy pegada a la del lateral. Una puerta que no existe en realidad, porque es de esos accesos tipo secretos que yo ni sabía que tenía la habitación.

—Conecta las habitaciones entre las torres —me explica—. La hice construir.

Llevo mi ridículo pijama de tirantes corto y azul claro con el logo de Wonder Woman estampado en el pecho. Lo metí en la maleta, aunque no me lo he puesto desde que estoy en el castillo. ¿Cómo iba a darle uso si este hombre me ha hecho dormir desnuda con él todas las noches?

Desliza sus ojos por mi cuerpo y sonríe cuando ve el símbolo de la Mujer Maravilla.

—¿Has entrado por ahí?

—Sí —contesta sin más. Es evidente que el castillo es suyo y que puede hacer lo que le dé la real gana—. La puerta oficial está cerrada —señala—. Por dentro.

—Sí. —Alzo la barbilla.

—¿Puedo dormir contigo? —vuelve a preguntarme.

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza sin comprender su actitud. ¿Por qué tiene esa necesidad? No sé qué le pasa, nunca me cuenta nada, pero le gusta dormir conmigo. Y no lo hace como un amigo, sino como algo más, pero luego ante la Corte no soy nada para él y me ha dejado muy claro que nunca seré su mujer. Pensar en todas esas cosas me desanima.

—No te entiendo —digo sin más, abatida, buscando sentido a su actitud—. ¿Por qué quieres dormir conmigo? No es necesario.

—Porque… —contesta sin mirarme a los ojos—, mientras estés aquí, esas son las normas.

Entreabro los labios y me quedo sin palabras. ¿Qué tipo de explicación es esa?

—Ah, es una orden. ¿Así que me vas a obligar a dormir contigo hoy también? ¿Es eso?

—No. Te estoy pidiendo que me dejes dormir contigo. Es distinto.

—Pero no me dejas decirte que no. Al menos dime por qué quieres hacerlo. No me vale esa respuesta ridícula de «porque lo digo yo». —Me siento sobre los talones.

—Mañana no va a ser un día fácil —reconoce. No sé leer su expresión. No sé si es que está preocupado, arrepentido por la discusión del coche, asustado por mí y por lo que me pueda pasar mañana o si es por todo a la vez—. Quiero descansar. Y… —Se pasa la mano por el pelo y después por la nuca—. No sé por qué razón, pero dormir contigo me sienta bien. Me hace bien. Quiero dormir esta noche contigo, por favor.

Se me seca la garganta y, de nuevo, se me forma un nudo en el pecho.

—¿De verdad soy la única mujer con la que has dormido, Adonis? —le pregunto.

Él afirma con la cabeza, pero continúa con su gesto solemne y sus ojos suplicantes fijos en mí.

—Es la última noche que paso aquí contigo, vir —le dejo claro—. La última. Después de mañana, me vuelvo a mi casa. Ese era el trato. Estaría aquí solo durante la formación. Y ya ha acabado.

Él clava la mirada amarilla en mi maleta. Está preparada al lado de la puerta de entrada de la habitación. Mañana solo tendré que guardar mi neceser y el pijama y lo tendré todo listo para irme.

—¿Ya has preparado la maleta?

—Sí.

—¿Te quieres ir?

—No hay motivos para quedarme, ¿no?

No dice nada. Se mantiene callado pero pensativo.

—No tienes por qué marcharte. Puedes seguir quedándote aquí.

Niego y me cierro en banda.

—No. Necesito estar en mi casa, en mi espacio. Con los míos. Aquí me siento muy desubicada, no sé cuál es mi lugar —le aclaro.

—¿A qué te refieres?

—A que me confundo contigo —reconozco emocionándome—. Me confundes, Adonis. Me estás volviendo loca. No quiero equivocarme y confundirme más de la cuenta. Será más fácil si hacemos lo que tenemos que hacer durante las fiestas. Pero, mientras tanto, es mejor no vivir juntos.

—¿Por qué crees que te mareo?

Me muerdo el labio inferior y se me escapa una sonrisita incrédula que no quiere crear conflicto, sino suavizarlo.

—¿No te das cuenta de cómo te comportas conmigo? ¿En serio? —le echo en cara con más dulzura de la que pretendía—. ¿De verdad no te das cuenta?

—Sea lo que sea, no lo hago a propósito. No es por hacerte daño o confundirte.

—Pero no es solo a mí a quien hace daño tu comportamiento. También te haces daño a ti mismo. Y no lo estás advirtiendo. No me tratas como a ninguna de las chicas con las que has estado. ¿Verdad? —Noto que los músculos de su barbilla se tensan—. ¿Verdad, Adonis? —insisto más imperativamente.

—Verdad.

—Duermes conmigo cuando no lo haces con ninguna. Compartes tiempo conmigo más allá del sexo; sí, el sexo contigo es intenso y muy bueno, pero no me dejas que te toque o que pueda ir más allá. Marcas los límites, me los marcas a mí —enumero llevándome la mano al corazón—, pero anoche te olvidaste de ellos, me ataste a la cama y me follaste mirándome a los ojos como si quisieras colarte bajo mi piel, como si me hicieras el amor. —Me tiembla la voz—. Me juras y me prometes que no dejarás que nadie me haga nada, pero te olvidas de decirme que tú podrás hacer lo que quieras con quien quieras. Dices que quieres que llamemos la atención como pareja de virtuosos, pero no me miras ni una sola vez en toda la noche y ahora todo el mundo ha visto que quien te interesa es Drugia. ¿Cómo me deja eso a mí? Si no muestras interés, si te has dado tanta prisa en demostrarle al resto que no sientes nada por mí y que no te importo tanto como para reclamarme, ¿por qué los otros iban a tratarme mejor? Me has consolado muchas veces y me has hecho creer que siempre dices lo adecuado, lo que me hace sentir bien, como si estuvieras hecho para calmarme. Pero no lo estás. Solo me enervas y me pones nerviosa constantemente.

Adonis agacha la mirada. Forma puños con las manos y frunce el ceño. Creo que le duele algo de lo que le he dicho. Lo dejo muy contrariado.

—¿Y no te has parado a pensar que todo lo hago por tu bien? ¿Que si te alejo es por algo? —pregunta sin mirarme—. Hay muchas cosas de mí que desconoces. Y es mejor que no las sepas, Ares. Incluso aunque creas que te hago daño con mi actitud, te protejo. Porque no es a la Corte a quien más debes temer. Sino a mí.

Me presiono el tabique nasal. Me frustra muchísimo que se las dé

de malo. A veces, creo que el personaje se come a la persona.

—Insistes en que crea que eres malo. ¿Eso quieres? ¿Quieres que lo piense? Entonces demuéstramelo. Haz algo para que vea lo terrible que eres, Adonis, porque por ahora, lo que has hecho no funciona para que cambie de parecer. Y no te creo. Insistes en apartarme. Muy bien. No puedo obligarte a que te comportes de otra forma conmigo si no lo sientes. —Abro los brazos—. Pero haz algo para apartarme de verdad. ¿Eres malvado? —digo agotada—. ¿Eres el Demonio? Pues, adelante, selo. Así dejaré de creer en ti y me alejaré, como es natural. Pero deja de jugar conmigo.

Adonis bate las pestañas y fija sus ojos en mí.

—No estoy jugando. No quiero hacerte daño. Solo hago lo que creo que es mejor para los dos. Confía en mí. Ahora viene lo más importante, Ares. Conseguiré que ambos tengamos lo que queremos.

—Deja de pensar por mí. Yo ya sé lo que es mejor para mí, ya sé lo que quiero, no lo decidas tú.

Durante unos segundos, no cruzamos ni una palabra más. El silencio invade la distancia entre los dos. Hasta que toma la palabra.

—Entendido, Ares —afirma levemente, zanjando la discusión ahí mismo, sin darme oportunidad para continuar con mi reprimenda—. ¿Me dejas dormir contigo?

Esto es una locura. Es tremendo. Que un hombre así me pregunte hasta tres veces si puede dormir conmigo como si estuviera desvalido, me rompe el corazón.

—Solo dormir —remarco advirtiéndoselo con la mano alzada—.No se te ocurra hacerme lo mismo que ayer. Ni me toques.

—No.

—Lo digo en serio. No quiero que me toques.

Él asiente y espera a que lo invite a estirarse en el colchón.

Me muevo, repto por la cama y me acomodo en mi lado.

—Puedes dormir conmigo —digo finalmente, apoyando el lado izquierdo de la cara en el colchón para darle la espalda.

Adonis se tumba a mi lado e inclina su cuerpo hacia el mío, colocándose como una cucharita pegado a mí.

Me maldigo por ser tan débil. Sería tan fácil disfrutar de él, de su increíble cuerpo, de su hermosa cara, de lo bien que se mueve cuando está dentro de mí. Sería solo sexo.

Pero con él nada es solo algo.

Con él es mucho más, y tengo que empezar a desintoxicarme.

Sin embargo, mi afán por guardar las distancias no sirve de nada. Me rodea la cintura con el brazo y me arrastra hasta pegarme a su torso por completo.

—Adonis, te he dicho que…

—Así mejor, Ares —me susurra—. Así mejor —exhala aliviado—. Solo esta noche.

Dios, me quiere volver loca. Me sujeto al brazo con el que me envuelve con mis manos. ¿Cómo puedo temer a una persona, amarla y odiarla al mismo tiempo?

—Confía en mí —me repite por enésima vez—. Haré que arda todo. Por ti y por mí. Por todo lo que nos han quitado.

Quiero llorar y se me llenan los ojos de lágrimas que no pienso derramar.

—Y… —Hunde la nariz en mi melena negra—. Me encanta cómo te queda este pijama.

No me atrevo a moverme ni a pronunciar ni una palabra.

Solo exhalo, cansada de estar ofendida y de resistirme, y me relajo gradualmente.

Hasta que nos dormimos.

XXIII

Espero que Adonis haya dormido bien.

Porque yo no.

He tenido pesadillas, no con el Demonio. Bueno, depende de cómo se mire, porque Adonis lo es. He soñado que se acostaba con Drugia en mi cara. Ella le hacía todo lo que a mí no me deja hacerle. Me ha hecho daño. No me quiero ni imaginar lo que pueda pasar si realmente los veo haciendo algo de eso en público. Es que me va a matar si eso pasa.

Ayer le dije que si de verdad es malo, que me lo demostrara. Que dejara de desconcertarme. Porque hasta ahora conmigo no lo ha sido y todo lo que ha hecho ha sido por mi bien, por protegerme. Sí, se le intuye crueldad y frialdad para con los demás, para con quienes se lo merecen. Y es misterioso, obvio. Todos tenemos secretos. Pero conmigo, hasta que descubrí el percal en la caza de brujas, siempre ha ido de frente. Por eso me aturde que se vea de ese modo y que, por su distorsión, no sea capaz de ver las cosas buenas que tiene.

Solo quiero que el día de hoy pase rápido, mentalizarme para ir a la fiesta de Titus y, después, dejar el castillo.

No he visto a Adonis desde esta mañana.

Y mejor. Creo que ayer, sin decirle abiertamente lo que siento por él, se lo di a entender. No me es indiferente y las cosas que hace me afectan. Y tengo miedo por él, por mí, y por lo que esto nos pueda hacer.

Él sigue igual de hermético. A veces se comporta de un modo que me deja mirando a la luna y contando estrellas. Pero eso desaparece por la mañana, cuando vuelve a actuar como si entre él y yo no hubiese nada de lo que intuyo o me gustaría que hubiera. Cuando desaparece como una bomba de humo.

Lo entiendo. Él hace sus cosas. Tiene sus normas. Yo también debo tener las mías.

He hecho una videollamada a mi madre y a Venus. Me he quedado tranquila al ver que la peque está bien, que el golpe se está curando y que mi madre la cuida como lo haría yo.

He trabajado en la ilustración de la Bruja Escarlata y Mefisto y cuando he acabado, le he pedido a Antón que coma conmigo.

El hombre se siente cohibido porque sabe que le saco información. Aunque creo que, en el fondo, es solo un papel, que en realidad está deseando que lo haga. Puede que sea así porque ambos pretendemos ayudar a Adonis y sacarlo de su caparazón.

Ha preparado ensalada y pescado a la plancha. Ahora estamos los dos juntos, uno al lado del otro, intentando obviar cualquier tema sobre Adonis. Sé que le ha prohibido que hable de él conmigo y pensaba que Antón iba a ser más reticente a obedecerle. Así que me sorprendo cuando, muy preocupado y consciente de la situación, rompe el hielo primero.

—He visto que tiene preparada la maleta. ¿Se marcha hoy, señorita Parisi?

—Eh, sí… Hoy dejo de ocupar la habitación en el castillo.

—Por eso ha hecho el pedido de nuevo… —contesta, meditabundo.

—¿Qué pedido? No he pedido nada.

—No, usted no. El señor. Ha vuelto a pedir las pastillas para conciliar el sueño. Me encomendó que se las consiguiera ayer por la noche. Se le agotaron hace casi una semana, pero no volvió a pedirlas porque estaba usted. Al parecer, le hace bien.

Sacudo la cabeza en una negativa.

—No insistas con eso, Antón. No seas casamentero.

—No lo soy, es la verdad. Lleva tomándoselas desde los siete años, por sus pesadillas. Y también por los dolores de las intervenciones a las que lo sometieron. Después, en su adolescencia, las dejó durante un tiempo. Pero tras la muerte de Alana y de su padre, las volvió a tomar. Nunca se olvida de hacerlo. Excepto desde que está usted aquí. No las necesita.

—Eso no significa nada.

—Yo no estaría tan seguro. No creo que le guste la idea de que deje de estar usted por aquí. ¿Tanto necesita irse, señorita Parisi?

Miro a Antón de soslayo.

—Lo sabes mejor que yo. Llegar hasta Adonis no es fácil.

—Abandonarlo tampoco es la mejor opción.

—¿Abandonarlo? ¡Él es el que me empuja a hacerlo! Sus mensajes son contradictorios y nunca lo veo venir. No me siento a gusto. Es como si no pudiera bajar la guardia con él porque siempre hace algo que me hiere. Hace y deshace a su antojo y en realidad no me tiene en cuenta.

—La comprendo. Sé a lo que se refiere. Debe ser difícil asumir el papel que han adoptado juntos cuando se empiezan a gestar

sentimientos.

Carraspeo y me obligo a comerme el pescado que tan delicadamente ha preparado. No sé si quiero seguir con el tema porque me emociono como una tonta.

—Pero… usted… —insiste Antón—. Usted es diferente. Es decir, a él nunca lo he visto así. Y llevo muchos años a su lado.

—¿Así cómo? —quiero saber.

—Lo he visto sonreír más veces que en toda su vida, señorita Parisi. Y usted debe de tener algo que ver. Adonis lleva años cazando sombras y preparándose para el momento en que estas se conviertan en carne y hueso. Está dispuesto a hacer lo que sea para dar con ellas. Y lo va a conseguir. Las tiene en sus manos. Solo le pido que no desista. Que no se rinda con él —me suplica con educación.

—No sé a qué te refieres, Antón —digo nerviosa.

—Yo creo que sí. Si uno quiere disfrutar de las vistas más increíbles de su vida, debe ser capaz de llegar a la cima.

—Me alejo, precisamente, para estar tranquila y ser capaz de llegar a una cima algún día, sea la que sea.

—No seré yo quien la juzgue. Adonis es un hombre complicado, blindado a nivel emocional y tiene miedo de que vean su verdadero yo.

—¿Y quién es? —digo dejando los cubiertos de mala gana al lado del plato—. Solo es un hombre, Antón. Parece creer que es malo, un monstruo. Solo tiene sombras, como todos.

—Las personas no somos solo una cosa, señorita Parisi. Y Adonis no es solo un hombre. Además de un niño asustado, es una persona marcada, un alma magullada, un misterio, una leyenda e incluso una maldición. Puede ser todo esto.

—Yo también sé de maldiciones y de leyendas. Y no por eso voy apartando a todos de mi vida. No los alejo.

—No es lo mismo. A veces, hay secretos que no se deben desenterrar por todo lo que pueden desencadenar. Sin embargo, creo firmemente que lo mejor que puede pasar es que sean revelados de una vez —espeta con aire malhumorado—. Sin embargo, no puedo ser yo quien lo haga. Creo que si no es usted la indicada, nadie lo será.

—Me tienes demasiada fe, Antón. Yo he desenterrado todos mis secretos en muy poco tiempo. Mis sombras, miedos, demonios y leyendas. Todo. Y sigo aquí. Viva. Nada puede ser tan malo como para apartar a las personas que valen la pena de su vida por miedo a ser juzgado. Sé que lo quieres y que te preocupas por él… Pero no pienso quedarme ni luchar por alguien que no me considera una igual y que admite abiertamente que no significo nada para él.

—Sabe que eso no es cierto.

—Os oí a escondidas. Sí, sé que está mal. Pero lo hice. Y anoche me lo dijo a la cara. Nunca seré nada suyo. Solo soy la chica que se hace pasar por su virtuosa.

Él parece afligido.

—No lo tenga en cuenta. Se pone a la defensiva cuando le señalan sus flaquezas y las verdades. Ya debería saber que usted es alguien especial para él.

—¡No! ¡No lo sé! Aunque me lo diga, aún no entiendo cómo. Y no voy a quedarme aquí esperando a que se decida a contarme la verdad sobre quién es en realidad. Sobre esos secretos que dices que guarda. Adonis va a ir con todo a la Corte sin pensar ni un segundo en mí o en cómo me va a hacer sentir nada de lo que tenga que hacer. Y no quiero quedarme atrás. Quiero dejar de jugar a lo que sea que está jugando conmigo. Porque no es justo para mí. Sé que se preocupa de un modo protector e inaudito para él —admito; reconozco lo que Adonis me demostrado no solo con palabras, sino con acciones—, pero ni siquiera él sabe lo que le pasa y yo no puedo ayudarle a descubrirlo. No puedo exigirle que me lo confiese, porque está perdido.

Antón abre los ojos con sorpresa y después dibuja una sonrisa que forma arruguitas en las comisuras de sus labios.

—Entonces… usted le importa. Le importa de verdad.

—Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo, querida. Si a usted también le importa, si va a ser usted, encienda el fuego.

—¿Cómo dices? —Me quedo sin palabras. ¿Acaso sabe algo de la leyenda sobre las vestales?

—Los lobos siempre rondan el fuego. Enciéndalo y haga que se acerque. Señorita Parisi, solo usted puede hacerlo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque si con usted es capaz de dormir, también podrá soñar. Un hombre sin sueños está muerto, señorita. Adonis lleva muerto en vida demasiado tiempo. Pero creo que usted hace que quiera cosas inalcanzables, incluso para un hombre como él. Deseo y quiero que no se rinda, señorita. Tengo fe en usted.

—Me estás responsabilizando demasiado de algo sobre lo que no tengo control.

Antón se encoge de hombros y me llena la copa con la jarra de agua.

—Entonces tome el control. No es tan difícil. Atrévase.

Sus ojos azul claro son muy inteligentes. No me está diciendo nada

distinto a lo que me dijo mi madre hace unos días. Ella sugirió que, con hombres como Adonis, tenía que ir a por él y demostrarle que no le tenía ningún miedo, que debía dejarle claro lo que quería.

Tengo la sensación de que Antón ve mucho más allá.

Joder, estas cosas son las que me confunden. Porque creo que él es la persona viva que mejor conoce a Adonis y que me diga que soy la indicada para su protegido provoca que las mariposas de la esperanza revoloteen en mi interior.

Y no quiero hacerme daño. Juro que no quiero, porque tener fe e ilusionarse siempre comporta un riesgo: el del desengaño.

Me gusta Antón. Me cae bien. Es el típico hombre confiable con aspecto de mayordomo, pero no de los típicos de Agatha Christie. Este, al final, no es capaz ni de matar a una hormiga.

Yo ya no puedo decir lo mismo de mí. Durante mi aventura con Adonis, mientras voy descubriendo poco a poco todo el entramado de la Corte y mientras intuyo la naturaleza de todos los implicados, la idea de matar no me parece tan mala.

¿Me convierte eso en un monstruo? ¿Soy una mala persona? Ni lo sé ni me importa. Se ha plantado una semilla en mí parecida a la de Adonis. Una semilla que ansía venganza contra todos los que alguna vez me hirieron, contra los cómplices, contra los que miraron hacia otro lado… Una semilla que germina y brota con una fijación: tengo ganas de encontrarme con mi violador. Contra él irá destinada toda mi furia y todo mi fuego. Sé que sueno como una vengadora, y está bien, porque me siento así. Al fin y al cabo, la Corte tiene tentáculos infiltrados en las fuerzas y cuerpos de seguridad, así que no puedo contar con ellos. No podemos ni debemos denunciar. Y eso nos obliga a solucionar las cosas por nosotros mismos, con nuestros recursos.

Lo poco que sé de mi violador es lo que vi en el vídeo. Iba borracho como una cuba, tenía unos espasmos extraños en los dedos y posee una mancha oscura debajo de la barbilla. Se le asomaba por detrás de la máscara, y estoy segura de que es como una mancha de nacimiento.

Sin embargo, no sé nada más. Va a ser difícil dar con él. Y si no está en la Corte, porque no estamos cien por cien seguros de que lo esté, voy a indagar todo lo posible para averiguar su paradero. Por ejemplo, Hugo formaba parte de la camarilla, pero no tenía una posición en la Corte. Sea como sea, tengo la intuición de que, en algún momento, daré con él. No estoy aquí por casualidad. Estoy convencida. Y si se me da la posibilidad de cerrar un ciclo, no voy a

desaprovecharla.

He intentado hacer tiempo para no pensar en que Adonis y Drugia están juntos. No quiero suponer ni elucubrar nada. Mi imaginación es muy vívida y no debo alimentarla más de la cuenta. Pero estoy preocupada. Esa mujer es mala. Lo sé. Irradia una energía perniciosa y nociva. Como un ácido corrosivo que nunca querría tener cerca. Me da miedo lo que le pueda pasar a Adonis y me asusta pensar que Drugia lo acorrale.

Por mi salud mental y mi bienestar emocional, es mejor distraerme.

Ahora estoy en la habitación. Observo fijamente el segundo vestido de esta noche. Sin lugar a dudas, voy a parecer una auténtica romana de bien. Es precioso.

Es de color crema, largo y sin mangas. Sobre mi hombro izquierdo se alza un único tirante decorado con una hombrera metálica dorada muy fina y de formas elegantes que se acoplará perfectamente a mí. El otro hombro está completamente descubierto. La falda se abre por delante en dos franjas largas. Mis piernas se asomarán mientras camine, pero la tela no se abrirá lo suficiente como para enseñar nada más. Cubre lo justo. Insinúa lo justo. Me encanta. Está claro que los eventos de la Corte están hechos para que las mujeres lleven estos trapos de fantasía. En cambio, los hombres van siempre más sobrios. Al menos, por ahora. Hoy no necesitaré a Lu porque ya sé qué tipo de maquillaje voy a ponerme y he decidido llevar el pelo suelto. He hecho un pequeño *sketch* creativo en el iPad para visualizar cómo voy a quedar. Es la ventaja de ser ilustradora, que puedo dibujarme. Tampoco quiero estar contándole mis penas continuamente y, además, aunque de alguna manera ya la he hecho partícipe de todo, no quiero que se pasee demasiado por aquí. Necesito mantenerla lo más al margen posible.

Estoy contemplando el dibujo del maquillaje en el iPad cuando me suena el móvil.

Me sorprende que sea Nicolaus.

—¿Sí?

—Ares. Baja al salón.

—¿Cómo? —Miro el reloj. No son las siete todavía. Se suponía que el guardaespaldas debía acompañar a Adonis para grabar toda la comida con Drugia, así que me extraña que ya esté aquí.

—Estoy aquí. Baja, que quiero enseñarte algo.

Su voz suena exigente, así que no lo dudo ni un segundo.

—De acuerdo.

Salgo de la habitación de la torre, bajo las escaleras y un minuto después estoy en el salón. El rubísimo Nicolaus está sentado en la

mesa grande donde suelo comer con Adonis. Antón le está sirviendo una copa y cuando me ve llegar, me dice:

—¿Quiere que le traiga algo, señorita?

—No, gracias.

Mis ojos están fijos en el portátil abierto sobre la mesa. Esto me recuerda a cuando Adonis me enseñó mi violación y se me revuelve el estómago.

—Hola, Ares.

—Hola, Nico.

—Adonis me ha pedido que te enseñe todo lo que ha recopilado de la cita con Drugia.

—Ah… —Miro a mi alrededor—. Y ¿él dónde está?

—Sigue con ella, acabando de cerrar unos flecos.

No sé cómo tomarme eso. Pero siento que quiere que vea cuál es su interacción con Drugia para que me quede tranquila.

Me siento frente al ordenador y Nicolaus se queda tras de mí, de pie, como el antiguo militar que es.

—Adonis necesita que estés informada. Quiere que dispongas de la misma información que él para que esta noche sepas dónde dirigir tu atención, qué preguntar y qué buscar. Quiere que veas el vídeo y lo escuches todo atentamente. No tiene desperdicio —asegura muy convincente—. Drugia ha llevado a dos hombres con ella para que le hagan de guardaespaldas y se aseguren de que no hay ningún dispositivo de grabación cerca. Es muy celosa de su seguridad y sus secretos.

—Ah…, y ¿cómo lo ha grabado entonces?

Nico se señala el ojo.

—Una lentilla. Adonis es el inversor principal de este producto revolucionario. Llevan unos años en desarrollo y el primer modelo ya está aceptado. Pronto saldrá al mercado bursátil.

—No deja de sorprenderme todo lo que le interesa y a lo que quiere darle forma. Es muy inquieto.

—Lo es. Verás a Drugia, pero a él no, ¿entendido?

—Sí. De acuerdo.

Asiento y, sin más, le doy al *play*. Tengo las manos frías por los nervios.

Para empezar, solo veo a Drugia sentada delante de él. Están en el restaurante de Adonis, en la Conreria. Una parte de mí se siente traicionada. ¿Por qué la lleva al mismo sitio que a mí? No me gusta.

Aunque no puedo dejar de sentir rabia, cualquier pensamiento y emoción se esfuma en cuanto observo la estructura facial de esa mujer que ahora muestra su belleza fina y edulcorada sin máscaras. No sé

quién es. Juraría que no la he visto en mi vida.

Sí. Es hermosa. Pero hay algo en ella demasiado oscuro, algo que se intuye tras su sonrisa angelical. Su pelo largo y naranja, sus ojos de ese color marrón rojizo, sus labios granate. Es evidente que se siente cómoda y valorada con él. Me da la impresión de que actúa con la seguridad de quien sabe que gusta mucho al otro, de que lo tiene bajo su influjo. No quiero que piense eso de Adonis, porque a él nadie puede cazarlo. Es huidizo y esquivo.

Están bebiendo vino Satir, cómo no. Entiendo que Adonis tuvo que comprar varias botellas para su restaurante.

Ella viste con un traje de pantalón y levita negra sencillo. Pero el body que lleva debajo es blanco y no usa sujetador, con lo cual se le ven y se le marcan los pezones de un modo obsceno. Me parece una osadía ordinaria. O el atrevimiento de alguien que sabe que está por encima de las modas y de cualquier juicio de valor. Sus uñas me ponen nerviosa. Son de esas acabadas en garras como si fuera una mujer lobo. Es que la odio. Se las ha pintado de plata.

Le doy al volumen para oír bien todo lo que dicen.

—Siempre es bueno tener un nuevo valedor. Alguien en quien podamos confiar. Supongo —dice ella cortando el solomillo que le han preparado— que eres consciente de que si filtras cualquier información de lo que te cuento, la Corte irá a por ti y a por todo lo que te importa. Te destruiremos, Adonis —asegura observándolo con interés a través de sus tupidas pestañas rojizas—. Y sabremos que has sido tú, porque más allá del pequeño círculo que lleva esto, no lo sabe nadie más.

—No tengo secretos. Y nadie me importa lo suficiente como para anteponerlo a la Corte.

—Sí, eso también lo sé. Te hemos investigado.

—Contaba con eso —asume con naturalidad.

Entiendo que Adonis también se ha cuidado de que todo lo relacionado con él que salga en internet, datos personales, cuentas bancarias o demás, solo cuenten lo que él quiere. Me dijo una vez que el dinero podía hacer desaparecer la huella digital histórica de cualquier individuo. La suya estaba más que cubierta. Y no solo eso: el dinero podía hacer que te desvincularas completamente de tu familia, como él había hecho. Nadie imaginaría que es hijo de Umberto ni el hermano de Alana. También me contó que todavía no había reclamado los terrenos de vid que había heredado de Umberto, pero siguen siendo de su propiedad. Sin embargo, se había hecho inversor privado de sus propios terrenos para que ese vínculo no constase en ningún sitio.

—Es evidente —prosigue Drugia— que eres un erudito natural de Bacus, un hombre de negocios que posee una inmensa fortuna. Eres el perfil perfecto para la Corte, para la Cúpula.

—Llevo años en contacto contigo, Drugia. Creo que te he demostrado que mi interés es real. Que puedes confiar en mí.

A Adonis no lo atisbo en ningún momento. Es como si estuviera dentro de él viendo a través de sus ojos. Me recuerda a los vídeos de *Equipo de Investigación*.

—Sí. Por eso te he elegido y nos hemos reunido en tu restaurante pequeño y acogedor. Porque quiero que nuestro idilio sea real.

¿Idilio? ¿No podría haber elegido otra palabra?

—Tenemos algo muy gordo entre manos. Algo que llevamos probando desde hace un tiempo. Es el futuro —asegura—. La cuestión es que necesito un socio como tú. Alguien en quien pueda confiar. Alguien que esté a mi lado, que pueda financiar los proyectos que estén por venir, que los supervise. Y lo que viene —asevera haciendo una pausa dramática— es muy grande. Yo estoy al frente de este proyecto, pero me respalda la Cúpula, como comprenderás.

—Cuéntamelo —la anima Adonis—. Y si me interesa, sea lo que sea, te apoyaré y te financiaré.

Drugia asiente y bebe de su copa de vino.

—¿Qué dirías si te dijera que hemos encontrado la manera de conseguir el control absoluto total? Un control inimaginable, Adonis. El control mental individualizado. La verdadera clavícula de Salomón. Un control que nos permita de algún modo trabajar para Bacus y la Corte, hacer y deshacer, sin ser detectados jamás.

Oigo a Adonis soltar una risita.

—Siempre me ha sorprendido el hecho de que podáis hacer desaparecer a chicas sin que nadie investigue ni denuncie. Como si se las tragase la tierra. Como si jamás hubiesen existido. No sé cómo lográis esa impunidad total. Sé que la Corte tiene mano en todos lados y que es fácil paralizar investigaciones y archivarlas cuando hay dinero de por medio. Pero ¿cómo se acalla a las víctimas colaterales? ¿A las que sufren esas pérdidas?

—Hasta hace poco, nuestros métodos han sido más rudimentarios. A efectos mágicos y místicos en los que la Corte cree vehementemente —aclara—, el Demogorgon nos ha ayudado mucho con su nigromancia y los Reyes le tienen un alto afecto y mucha confianza. Pero a efectos más materiales, el dinero y nuestras camarillas han hecho el resto. Sin embargo, hace unos años, decidimos que debíamos ser aún más silenciosos y desarrollamos un proyecto muy especial —confirma y le guiña un ojo maleado—. Lo hemos llevado a cabo en las

ciudades romanas más fetiche para nosotros. Baetulo, por supuesto, está entre ellas. Es algo que se implantará en el futuro, pero nosotros lo estamos adaptando a nuestras necesidades báquicas. Y lo hemos logrado —celebra feliz—. El Demonio siempre está de nuestra parte, ¿no lo sabías?

—No lo dudo. Por favor, no alargues más el misterio. Cuéntamelo.

Ella le acaricia la barbilla, burlándose de él.

—Qué impaciente… Nos servimos de una nanotecnología única. Esa es nuestra piedra filosofal. La que nos ayuda a hacer esto, a continuar con los ritos a Bacus sin que nadie pueda reclamarnos ni denunciarnos. Ya no nos manchamos las manos. Dejamos que el Demonio posea a nuestras víctimas. —Se encoge de hombros—. Que él lo haga todo.

—Parece que hables de magia negra.

—Bueno, para muchos lo es.

—Cuéntame más, Drugia. A estas alturas ya sabes que me tienes cachondo con tanto secretismo.

Ella deja ir una risotada.

—Te tengo cachondo desde hace años, guapo. Desde que en el foro te dije que era una mujer. —Drugia estira la mano hacia delante y los ojos de Adonis miran hacia abajo. Le está tocando el paquete—. Las ganas que tengo de probarte no son normales —reconoce y se muerde el labio inferior—. Madre mía…, eres todo un semental. Todo un Príapo —lo adula de manera perversa—. Los juegos van a ser un espectáculo contigo.

Se me encoge el estómago. La rabia y la angustia que siento al ver esto me provocan ardor.

—Pero de todos es conocido que lo primero los negocios y después, el placer —se lo dice todo ella solita—. La cuestión es que empezamos a desarrollar el proyecto hace ocho años, aunque decidimos llevar a cabo la implantación acelerada de nuestro proyecto de emprendimiento personal por lo que sucedió hace cuatro años. El Sabbath no se pudo celebrar porque el velo no se abrió. La mala praxis de uno de nuestros catecúmenos, los iniciados en los rituales báquicos, impidió que la Corte viajase a Baetulo para celebrar su evento más importante.

Ahí está. Va a hablar de mí. Lo sé. Aguanto la respiración.

—¿Qué sucedió exactamente? —indaga Adonis.

—Tuvimos que retirar el vídeo del sacrificio de una de las víctimas necesarias para la apertura del velo, dado que la joven nunca se encontró. Esa chica no murió. El Demogorgon nos lo confirmó. Y no tuvimos modo alguno de dar con ella. Se la tragó la tierra. Era

imposible, y la frustración por haber dejado un cabo suelto nos obligó a acelerar y a asentar el ensayo que estábamos preparando para tenerlo todo bajo control y que un descuido así no volviese a ocurrir. Y es así como el proyecto Influenza se convirtió en realidad.

—¿De qué se trata?

—Lanzamos una campaña de vacunación experimental contra virus que pudiesen afectar al sistema cardiorrespiratorio en las ciudades romanas elegidas de toda Europa. Nos encargamos de remunerar a los pacientes experimentales y a ofrecerles cobertura médica y seguimiento para contrastar los efectos secundarios. Dos mil personas se inocularon solo aquí, en Badalona —celebra. La verdad es que parece que se esté riendo de todas ellas—. Lo que no sabían era que habíamos implantado un nanocircuito complejo en la vacuna, microtecnología de última generación.

—¿Un nanocircuito? ¿Para qué?

—Porque es tan pequeño que solo se ve a un nivel muy microscópico. Sin embargo, es realmente eficaz. Es como un microrrúter. Nos enseña la ubicación de las personas a tiempo real y, a través del nanocircuito, podemos emitir unas frecuencias que afectan al comportamiento de los individuos. Este corre por la sangre y al estar magnetizado busca acoplarse al órgano que emita más impulsos eléctricos del cuerpo.

—El cerebro —asume Adonis.

—Eso es. El cerebro es como un interruptor, un controlador. ¿Sabías que crea la energía que necesita una bombilla para encenderse? —No dudo que Adonis lo sepa. Es demasiado inteligente —. Una vez el microrrúter se implanta en el cerebelo, podemos empezar a emitir impulsos eléctricos orientados. Crea un patrón de ondas cerebrales y se comunica con las neuronas con esos impulsos, iguales a los que crean naturalmente entre ellas. Los patrones cambian según lo que pensamos. Así que el microrrúter puede resetear el cerebro y no solo implantar ideas foráneas, sino también eliminar recuerdos y pensamientos. Por supuesto, los inoculados no saben lo que tienen dentro. Recibieron el dinero y se dejaron hacer. Pero es obvio que muchos pueden sufrir efectos secundarios. —Vuelve a cortar un trozo de solomillo demasiado sanguinolento para mi gusto. Eso está muy crudo—. Cefaleas, vómitos, incluso miocarditis porque parte de esas micropartículas que parecen de cerámica pueden llegar hasta el corazón provocando incisiones fatales. Pero lo que más genera son mareos, desorientación y trastornos graves de ansiedad por esos pensamientos intrusivos que añadimos. De ahí que necesitemos hacer un seguimiento médico de todos los pacientes. No solo para controlar

su evolución, sino también los ensayos que vamos ejecutando.

—Y ¿cómo lo hacéis? ¿Cómo añadís esos pensamientos a cada paciente?

—A distancia, a través de un ordenador central que maneja todos los datos y envía señales a todos los receptores de los microrrúteres. Así los vamos influenciando, implantando pensamientos intrusivos sobre el Demonio, ritos, bosques, faunos, pensamientos suicidas, etc. —Lo que dijo Margarita—. Los alimentamos con todo tipo de necesidades. Creen que el Demonio les habla, que lo ven, que les pide que vayan solos al bosque, que olviden a sus familiares, que se quiten la vida… o se la quiten a otro. Es el futuro, Adonis. Y funciona. Hemos puesto en marcha el plan, no solo para algunas elegidas para nuestra Corte, sino para sus círculos. ¿De qué nos sirve inocular a una chica si no podemos controlar a sus padres o a su entorno más cercano? Podemos dominarlos a todos o bien centrarnos en conseguir otras más aisladas de círculos sociales, sobre todo para aquellas de fuera de la Corte que atraeremos al Sabbath. Si en algún momento alguna de nuestras acciones saliese mal y nos pusiera en riesgo de ser descubiertos, solo tenemos que echar mano del programa a distancia y eliminar el problema insuflándoles ideas suicidas y extrañas. El microrrúter, en última instancia, tiene un modo de autodestrucción. Si se activa, el cerebro sufre una descarga, un ictus que mata a los sujetos en el mejor de los casos y, en el peor, los deja vegetales. Jamás se vería en una autopsia.

Por eso Margarita dijo que los pacientes tenían pensamientos intrusivos. Como la mujer de Tiana. Todos los que se hayan inoculado estarán a merced de estos demonios.

—El control mental… Ese es el objetivo —medita Adonis.

—No solo para la Corte, querido. También para las altísimas esferas de todas las logias secretas a nivel mundial. Los microrrúteres serán el futuro.

—Me imagino. ¿Y todas las mujeres que entran en la Corte están supervisadas por ellos?

—No todas. Por ejemplo, yo no —sonríe coquetamente—. Pero las que traeremos a la noche del Backheia, sí. Las necesitamos para alimentar a Bacus. Y todas las que captamos de otros países para servir a un vir, también.

Adonis se queda callado unos segundos.

—¿Las que traeréis en el Backheia? ¿Vendrán más mujeres?

—Por supuesto —asegura ella—. Las necesitamos a todas. Cuantas más haya, los favores y la salud que nos concederá nuestro Señor serán mayores. Todas serán usadas y sacrificadas. Será el final —se

estremece con gusto— de una gran fiesta.

—No lo dudo —murmura Adonis fingiendo el mismo placer sádico —. Entonces ¿cómo funciona? Dices que captáis mujeres para servir a un vir. ¿Cómo lo hacéis? ¿Inoculáis a todos sus familiares y controláis todo su entorno?

—No. Más fácil. Son chicas que buscan papeles en regla para vivir aquí y la mayoría no tienen a nadie que les ayude. Así que lo hacemos por métodos tradicionales. Les prometemos que les damos trabajo mientras siguen aprendiendo sobre el virtuosismo. No les importa con quiénes se acuesten porque se les da dinero, se las forma, los vires las tratan bien, les hacen regalos… También lo hacemos con mujeres de aquí sin recursos o de la calle. De repente tienen una vida que no les parece mal porque es mucho mejor que la que tenían. Suelen estar contentas. No les falta de nada. Lo que no saben es que son como ganado. Una vez las tratamos y las tenemos aquí, ya están bajo nuestra Influenza y si tenemos que alimentarlas para comérnoslas después, pues eso hacemos —dice haciendo un juego de palabras demoniaco.

—¿Y siempre sale bien? Quiero decir, ¿qué porcentaje de error tiene?

—Un dos por ciento. Por ejemplo, una de las mujeres que sacrificó Gresil para este Sabbath era rumana. Se llamaba Fanke. Buscaba trabajo en España. La captamos mediante un anuncio. Le dimos trabajo en una panadería, donde las chicas tenían la Influenza. También la inoculamos con la excusa de que debía vacunarse para trabajar. El ensamblaje funcionaba bien. Podíamos obligarla a hacer cualquier cosa, le borramos incluso recuerdos, la dejamos incomunicada con su país. Podríamos haberla sacado del banco de mujeres que usan otras sociedades para sus juegos, pero no nos interesa mezclarnos. —¿Ha dicho un banco de mujeres? ¿Mujeres a la venta? ¿Mujeres que nadie va a reclamar?—. Pero su cuerpo rechazó el microrrúter. Prácticamente lo deshizo por una proteína que tenía en la sangre. Cuando empezó a ser consciente de que le pasaba algo por las lagunas que le habíamos provocado y de los pensamientos perversos y recurrentes sobre entregarse al Demonio, se asustó y quiso volver a su tierra. Pero Gresil no se lo permitió. Por eso la sacrificó para Bacus antes de que ella pudiera hacer ninguna denuncia y llamar la atención.

Ahí está. La declaración del asesinato de Fanke, la mujer del río. Entiendo que a la Corte les da igual de dónde sean las mujeres que quieren usar si son para que los vires o futuros vires se ejerciten. No les importan su nacionalidad, sus familias, sus miedos… Una vez están

inoculadas, ya forman parte del enjambre. Jamás pensé que algo así pudiera existir, que fuese real. Pero vaya si lo es.

Doy gracias por mi genética. Por no haber accedido jamás a probar una vacuna experimental. Ya sé que no todas son una treta para controlar mentalmente a los individuos, pero me da que pensar.

—Sin embargo, aunque lo tenemos todo controlado, están pasando acontecimientos que escapan de nuestro conocimiento.

—¿A qué te refieres?

—El accidente de la camarilla en el que perdimos a Gresil no ha sido algo aislado. Eso fue una jugada fatídica del destino, aunque el Demogorgon nos asegura que todo tiene un porqué. Sin embargo, hemos perdido a una de las patas que sostiene el proyecto Influenza en Baetulo. Al parecer, se suicidó.

—¿De quién hablas?

—El apoyo médico que ofrecemos es mediante cuatro psicoterapeutas que tenemos en nómina. Margarita Valls se encargaba de una cuarta parte de esos pacientes. Hugo Simó la tenía bien controlada, pero la hallaron muerta en su casa. Se tomó muchos narcotizantes. Estaba claro que quería acabar con su vida. Ahora habrá que repartir esa cuarta parte entre los otros tres profesionales más el director de Influenza. Se llama Daisha y forma parte de la Corte. Pero él también necesita ayuda y supervisión.

¿Daisha? Es el nombre de un gran general del Infierno. Solo alguien capaz de meterse en la mente de otros puede descubrir todos los secretos.

—Esta noche te lo presentaré, Adonis. Estará en Titus. No ha podido venir antes porque llegó ayer de un viaje a Europa para controlar la Influenza en otras ciudades y se encontró con la defunción de Margarita. Ahora está muy ocupado asegurándose de que los programas que usaba para conectarse con la intranet y facilitarle los datos de los pacientes estén a buen recaudo y ella no sea objeto de ninguna investigación. Le diré que podrá contar contigo para que lo ayudes. Es uno de los mejores neurobiólogos de Europa.

Estoy segura de que Adonis ha llegado a la misma conclusión que yo: Daisha debe ser Iban Arrufat.

Joder, menuda locura todo esto. Por eso Hugo me dijo que podía hacer que mi familia me olvidase. Sabía lo de la Influenza y todo lo que conlleva.

Hijos de perra. Escuchar a Drugia hablar sobre cosas que he intuido o que ya sé me llena de satisfacción; siento que vamos por delante.

Pero por otro lado, la historia que cuenta sobre el tráfico de mujeres me indigna tanto que se me aguan los ojos de la frustración y

de la ira por no poder detener a estos individuos ni a su dictadura del mal.

—¿Te interesa ser socio de la Influenza, Adonis?

—Sin duda. Pero… —Sus dedos repiquetean sobre la mesa con impaciencia—. Si formo parte del proyecto, los errores humanos deben ser castigados.

—¿A qué te refieres?

—Conmigo, lo sucedido hace cuatro años con una de las víctimas tendría un castigo ejemplar. Por ejemplo, con el catecúmeno que realizó el ritual con tantos errores…, el que dejó a la víctima libre. ¿Dónde está ella? ¿Cómo puede ser que, con el poder que tenéis, no la hayáis encontrado?

—El Demogorgon dice que todo tiene un motivo y que será revelado tarde o temprano.

—¿Y a él? ¿Dónde está ese dechado de virtudes que formó tal despropósito con una víctima que escapó? Yo lo despellejaría vivo. ¿Por qué no le disteis caza y lo matasteis? Podría haber expuesto a toda la Corte.

Se me eriza la piel cuando escucho el tono tan solemne que usa.

Drugia se echa a reír y niega con la cabeza.

—No pudimos hacerlo. Nadie, excepto la Cúpula, sabe de quién se trata. Era el primero en el que participaba.

—¿Lo estás excusando? ¿Sabes quién es y aún sigue vivo? Su torpeza merece ser castigada.

Un sudor frío me recorre el cuerpo. Drugia sabe quién es. Puede que esté más cerca de dar con mi violador de lo que creía.

Drugia se muerde el labio inferior con deseo y se come a Adonis con la mirada.

—Me gustas demasiado. Eres perfecto para mí y piensas como yo. Yo misma lo hubiese estrangulado en aquel entonces. Pero no podemos hacer nada. Es un protegido del Rey. Es intocable. Además, el pobre desgraciado me cae bien —dice con sinceridad—. Es impetuoso, inconsciente… y tiene una pequeña gran adicción que debe tener bajo control. Si está sereno, puede estar en sociedad. Pero cuando no, es un verdadero demonio. Es un ser poseído y no atiende a razones. Su mayor error lo cometió hace cuatro años y, desde entonces, ha tenido alguna recaída, pero está vigilado.

—Quiero saber quién es. No me gusta relacionarme ni invertir dinero en nada que tenga que ver con gente con adicciones y fuera de sí.

Drugia le acaricia el rostro con sus uñas de criatura salvaje.

—Eres tan sano, Adonis… —dice jocosamente—. Pero está bien.

Puedo concederte ese deseo. Si quieres saber quién es…, tendrás que darme algo a cambio. Esta información es confidencial y solo se la daría a mi futuro vir. ¿Quieres serlo tú?

XXIV

El vídeo que me ha enseñado Nicolaus se cortó justo ahí. No pude ver nada más. Cuando cerró el portátil le pregunté:

—¿Ya está?

—Sí —contestó él, siempre tan recto—. Quería que fueras con todos estos datos a la fiesta romana.

—¿Dónde está él ahora?

—Sigue ocupándose de sus asuntos con Drugia. Como te dije, se encontrará contigo en Titus.

Asiento, pero en realidad sigo con la mosca detrás de la oreja.

Todo lo que he oído es horrible. El tráfico de mujeres para Bacus y sus vires, lo que sea que tengan organizado para ellas en el Backheia y que no acabará bien, el proyecto Influenza, los microrrúteres, la manipulación mental. Parece sacado de una película de terror. La influencia del maldito Demogorgon, que parece que lleve la voz cantante en todo… Son demasiadas cosas. Y la que más me obsesiona es Drugia. Drugia y que conozca la identidad de mi violador. Drugia y su obsesión con Adonis… Drugia y sus uñas de rata.

Luego regresé a mi habitación y ahora, que ya estoy completamente preparada para ir a la fiesta romana, miro el resultado de mi puesta en escena en el reflejo del espejo mientras las palabras de Drugia reverberan en mi cabeza como un eco: «Si quieres saber quién es…, tendrás que darme algo a cambio. Esta información es confidencial y solo se la daría a mi futuro vir».

El Sabbath de verdad empieza para mí. Comienza mi interacción con todos y, aunque Adonis no lo crea, llevo días mentalizándome para lo peor. No para volver a ser la víctima, sino para saber salir de todo tipo de embrollos y defenderme sin ponerme en evidencia ni llamar demasiado la atención. Acaricio el anillo, y también la pulsera de hojas de vid que me certifica como virtuosa. Aunque no soy de nadie. Ni siquiera de Adonis, porque él no me quiere. En cambio, Drugia desea ser su pareja. Es evidente.

Cuando bajo y Antón y Nicolaus me ven vestida, los dos se envaran y se miran de reojo.

—Señorita Parisi… —dice Antón—. Ojalá pudiera ser yo su acompañante esta noche. Si no fuera casi como su abuelo, lo intentaría.

—Gracias, Antón.

—Tenga mucho cuidado, por favor. Y no se separe del señor Adonis.

—Ese no va a ser el problema. Me temo que a él lo separarán de mí. —Mi respuesta provoca que Antón frunza el ceño.

—No lo creo.

Me encojo de hombros y miro a Nico de frente:

—Estoy lista. ¿Nos vamos?

Nicolaus asiente y ambos salimos del castillo.

Una vez dentro del BMW oscuro y de cristales tintados en el que suele llevarnos a Adonis y a mí como si fuéramos famosos, permanezco en silencio, sentada a solas en los asientos traseros.

He ido a Titus muchas veces. Para mí, es un lugar familiar. Para todos los del centro, de hecho. Y nunca había tenido esta sensación de inquietud que tengo ahora: Tito trajo parte de los tesoros del rey Salomón. Y estos atrajeron a los demonios, primero para controlarlos y después para dejarlos libres a cambio de favores. Esta noche, esos demonios tendrán su primera fiesta romana en un lugar que lleva el nombre del emperador romano que trajo los sellos y toda su liturgia a Baetulo.

A la Corte le encanta que todo cuadre.

—Ares —me llama Nico.

—¿Sí?

—Abre la guantera que tienes delante. Adonis me ha pedido que te lo entregue y ruega que te lo pongas.

Hago lo que me dice y saco una cajita de terciopelo negro. Cuando la abro, me encuentro con una gargantilla que va a juego con mi anillo. Tiene un ojo del mismo color y con el mismo brillante. La cadena es plateada.

—Póntelo, por favor.

Le obedezco. No voy yo ahora a negarme a hacer nada de lo que diga Adonis solo porque no me guste ni un pelo lo que sea que haya entre él y Drugia.

Me abrocho la gargantilla como puedo. Me queda muy ajustada al cuello. Hay un espejito enfrente y reviso cómo me queda.

Es bonito. Y no desentona para nada con el vestidazo romano y de firma que llevo.

Cuando llegamos a Titus, espero a que Nico me abra la puerta.

He sido muy puntual; es justo a la hora acordada: las doce de la

noche.

La hora bruja.

Me abre la puerta, me hace una pequeña reverencia y me dice por lo bajini:

—Suerte esta noche.

—Gracias.

El coche parte y me quedo yo sola frente a la alfombra roja que, como un sendero de sangre aterciopelado, se desliza hasta la entrada de la famosa discoteca badalonesa.

Hay seguridad alrededor de todo el recinto. No hay ni un solo coche en el aparcamiento, completamente desértico, dado que todos los asistentes vienen en limusina.

La música suena con fuerza.

Es el «Cold Heart», la versión de Dua Lipa y Elton John.

Nunca vine a Titus tan arreglada y siempre pagué mis consumiciones. Hoy la entrada es gratuita y las bebidas también, pero habrá un precio a pagar por estar aquí. Nada que tenga que ver con euros y todo lo que tenga que ver con la dignidad y el amor propio.

Cuando llego a la entrada, me encuentro al mismo hombre de la noche anterior. El que hacía las presentaciones. Parece reconocerme nada más verme.

Se cuadra y anuncia por el micro que tiene pegado a la boca.

—¡La señorita Parisi!

Por dentro, me muero de la vergüenza, Pero por fuera voy vestida para provocar y que me piropeen, así que debo mostrar una actitud soberbia, elegante y atrevida sin llegar a resultar creída ni demasiado pedante.

Seré todo lo natural que pueda. Quiero encontrarme con Adonis, sobre todo, para saber si Drugia le ha revelado la identidad del hombre que me violó. Porque, si es así, me va a costar muchísimo fingir que no estoy calculando la manera adecuada de matarlo.

Titus es grande, posee una carpa central blanca exterior y varios ambientes. El interior está decorado con buen gusto, por eso siempre tuvieron derecho de admisión. Uno que a veces se entiende y otras, no, como con todo. Pequeñas luces de colores enfocan las barras centrales y laterales que hay repartidas por toda la sala y crean un clima de fantasía donde, a simple vista, las virtuosas están espléndidas y parecen mujeres de revista y los hombres son perfectos caballeros. Yo sé que son todos unos sátiros.

Sin embargo, hoy veo a muchísima más gente que ayer. Entonces caigo en la cuenta de que a los eventos del Sabbath podían ir simpatizantes, adoradores de Bacus que, sin ser de la Corte, sí creen y

practican los juegos báquicos. Ayer era la presentación de la Corte; hoy empiezan las Olimpiadas en las que plebeyos y aristócratas se mezclan para formar una sociedad ficticia donde todos creen que son iguales. Pero no es cierto: los plebeyos son solo hormiguitas al lado de la Corte y, como les toque jugar con algún vir, se darán cuenta de ello.

Ya me imagino la orgía que puede tener lugar en el pódium.

Ahora mismo, muchos de esos vires y sus virtuosas me observan con curiosidad y hambre. Miro al horizonte y lo oteo como un periscopio, esperando encontrar a Adonis. Según él, me recibiría en la puerta, pero no está. Empiezo a ponerme nerviosa en cuanto veo que me va a tocar lidiar con el papel de virtuosa abandonada y libre para la manada.

Me estoy enfadando mucho con Adonis.

Inspiro por la nariz y entro con aire decidido en la zona de baile, donde muchos ya están empezando a moverse de manera sinuosa, como si practicaran sexo, pero todavía vestidos, al ritmo de «Rumbatón», de Daddy Yankee.

No sé a qué DJ han contratado, pero sabe muy bien lo que poner para que la gente se anime.

No doy ni dos pasos cuando noto una mano en la cintura. Me doy la vuelta, sorprendida, y me encuentro con el guapo de Belial. Me sonríe afable y yo le devuelvo la sonrisa.

—Buenas noches, señorita Parisi.

—Buenas noches, vir. —Agacho la cabeza como gesto de respeto.

—Belial —me corrige con dulzura.

—Es verdad. Lo siento, es la costumbre.

—¿Te puedo invitar a una copa?

—Por supuesto —digo sin cortarme un pelo.

Belial no me quita la mano de la cintura y me guía a través de la multitud hasta la barra que hay al fondo de la discoteca, la más retirada de todas y que, sin embargo, está muy concurrida.

Cuando llegamos, me doy cuenta de que están sirviendo una cata oficial de vinos entre vires y simpatizantes. Las botellas tienen nombre de mujer. Se me pone la piel de gallina cuando, entre todas las que se exponen con gusto en la pared en un intento de vinoteca improvisada, hay uno que me deja bloqueada: Alana.

Dios mío, ¿lo habrá visto Adonis? Espero que no. Es algo muy dañino y destructivo. Quisiera leer la etiqueta y ver cuántos años tiene la botella, porque si pone ocho, entonces no hay duda de que hace referencia a la hermana de mi vir.

Sin embargo, Belial vuelve a acaparar toda mi atención. Tengo que averiguar cosas sobre él.

Verlo sin máscara hace que admire más sus rasgos fisonómicos. Parece un vikingo rubio. Es muy atractivo, aunque es una belleza fría, sin demasiado carisma. No como la de Adonis, que es puro hechizo.

—¿Te sientes mal sin tu vir? Pareces algo murria.

—No. Es solo que pensé que entraríamos juntos. —Me obligo a cambiar el semblante. Estoy pálida por lo de los vinos, no porque me sienta desvalida sin Adonis—. Había quedado con él, pero veo que no está por aquí.

—Está con Drugia. Tenían que hablar de negocios y cerrar acuerdos.

Como si no lo supiera.

—Lo sé.

—¿Has desarrollado sentimientos hacia tu vir, señorita Parisi? —Belial le indica al chico de la barra que nos sirva dos copas vacías. El ponche está en una fuente enorme de piedra que la carga un sátiro. Han decorado todo Titus con figuras báquicas y la verdad es que tiene un efecto muy intimidante y sensual—. No quiero incomodarte con la pregunta, pero me interesa saberlo.

—No. Adonis es un excelente formador de virtuosas —aclaro, forzando un tono desinteresado—, pero no quiere comprometerse con ninguna. Tampoco iba a hacerlo con Tania, que Bacus la tenga en su gloria —repito lo mismo que he oído cuando han hablado de ella.

—Lo sé. Parece que tiene las cosas muy claras. Tal vez por eso vaya a ser tan buen vir y un miembro reconocido de la Corte como príncipe. Porque cuando elija virtuosa y se comprometa con ella, será de verdad. Bueno, mejor para mí que no tenga interés en formalizar nada contigo. —Sonríe de un modo pícaro y me ofrece la copa llena de ponche que él mismo me ha servido.

Lo que lleva esa fuente es un misterio. Ya desconfío de cualquier bebida que me ofrezcan por mis últimas malas experiencias.

Aun así, la acepto. No puedo decirle que no a este vir.

—¿Por qué es mejor para ti?

—Porque a mí sí que me interesas, señorita Parisi. Tengo el rango de príncipe, como él, incluso sin que la Corte lo haya aprobado oficialmente. Sé que es precipitado y que falta que nos conozcamos más, pero me pareces fascinante —reconoce. Suena muy sincero—. Por eso… —Se mete la mano en el bolsillo delantero de su americana negra y saca un abalorio con un gancho. Tiene una piedra rojiza y una placa diminuta con el nombre de Belial—. Quisiera ponértelo en la pulsera, si me lo permites.

Sé lo que significa la entrega del abalorio de un vir a una virtuosa, que está interesado y la quiere elegir. Es una muestra de cortejo serio,

no solo sexual. Con ello, Belial me está diciendo que le gustaría interactuar conmigo en los juegos y que quiere ser mi vir.

—Es el primero que recibes —añade pasando los dedos cálidos por el interior de mi muñeca—, pero estoy seguro de que no será el último. Solo espero que me tengas en cuenta.

Sonrío con timidez y asiento.

—Me siento muy halagada, Belial.

Toma mi mano y me besa el dorso.

—Solo quiero que te sientas reconocida. Que Adonis tenga otro objetivo en mente no significa que no seas la virtuosa más excepcional e interesante que hay aquí. El martes, en la Liberalia, tendrás más abalorios en la pulsera. Para entonces, sabes que tendrás que elegir para empezar los juegos báquicos. Y yo —sonríe contritamente— espero que me elijas.

—Te tendré en cuenta. Por supuesto.

Belial y yo hacemos chinchín con nuestras copas y nos miramos fijamente a los ojos. Tengo el corazón en la garganta, no voy a mentir. Pero prefiero tener las atenciones de Belial que las de cualquier otro.

Si le gusta mi personalidad, le gustará que vaya de frente con él.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que pocos se van a atrever a darme sus abalorios después de ti. Eres de la Cúpula e inspiras respeto. Si miras alrededor, la mayoría de los vires ya están hablando con otras virtuosas y se está empezando a crear una interacción propia a los juegos báquicos. Pero a mí te has acercado tú. Fíjate, es como si todos procurasen guardar las distancias.

—¿Y te preocupa que me tengan respeto?

Digo que no con la cabeza.

—Me fascina. Eres como el alfa de la manada. —Después de Adonis, claro.

A Belial el piropo le llena de orgullo.

—Gracias, señorita Parisi. Es justo lo que pretendo transmitir para que nadie husmee en lo que quiero para mí.

—No lo he dudado ni un segundo. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—No me pidas permiso para preguntarme nada —me sugiere—. Dispara y ya está.

—¿Angol y tú sois hermanos? Tenéis rasgos muy iguales.

Él agacha la cabeza e intenta ocultar una sonrisa.

—Eres muy observadora.

—Me fijo mucho en las caras. Es por mi vocación, ya sabes.

—Ilustradora.

—Sí. Me alegra que te acuerdes.

—Te aseguro que recuerdo todo lo que me explicaste ayer. Y sí. —

Vuelve a darle un sorbo a su copa de ponche—. Angol y yo somos hermanos. Él es el pequeño.

—Vaya…, parece mayor que tú.

—Debe de ser por la barba. —Se ríe—. Hace un tiempo que la lleva.

Voy haciendo apuntes mentales de todo lo que me está explicando.

—Hermanos y de la Cúpula —murmuro—. Os parecéis, pero también sois muy distintos. Tú eres más accesible.

—Angol es mucho más intenso que yo. Más voluble. Ya lo conocerás.

No. Ni ganas, pero eso no se lo puedo decir.

—¿Quieres que bailemos? —me pregunta.

—Sí. ¿Sabes bailar?

La ceja rubia de Belial sale disparada de manera altiva.

—Me ofendes, querida.

A mí se me escapa una sonrisa, y esta es de verdad.

Así que Belial me saca a la pista.

No es que sepa bailar. Es que hace un par de movimientos que, para bailar pegados, siempre funciona. Cuela una pierna entre las mías y mece las caderas a un lado y al otro. Al menos, es muy rítmico. Y sí, con eso parece que sabe moverse, no un pollo sin cabeza o un tronco como la mayoría de los vires.

El movimiento es de por sí muy erótico. Después de esa seguimos moviéndonos al ritmo de «La conocí bailando» y luego con «Besas tan bien».

—Nunca imaginé una fiesta romana al ritmo de Daddy Yankee, K-Narias, Farruko… —le digo al oído, sujetándome a sus hombros.

—La Corte se moderniza. No somos unos carcas. Nos gusta la buena música, la fiesta y… los excesos —contesta mirando cómo muevo las caderas—. Señorita Parisi…, bailas muy bien. —Clava los dedos en mi piel—. Como todo lo hagas así…

Me da vergüenza que me diga esas cosas. Que me las diga cualquiera. No estoy acostumbrada a ser tan directa en este ámbito.

Belial suaviza su expresión.

—Qué dulce… ¿Te has puesto roja? —pregunta asombrado.

Carraspeo y miro hacia otro lado.

Pero me sujeta la barbilla sin dejar de moverse y clava sus ojos negros en mis labios.

—Adoro que seas tímida. No finges. A las demás chicas les cuesta mucho sonrojarse y a ti se te llenan las mejillas solo con decirte que te mueves bien. Eres una sorpresa y estoy deseando que llegue la Liberalia.

—Y yo —contesto. Aunque es mentira. No lo deseo. Le tengo pavor.

Belial me da un beso en la mejilla y después pasa el pulgar con suavidad por mi labio inferior.

—No puedo besarte hasta que no me aceptes el martes. Adonis aún es tu vir, hasta que os desvinculéis oficialmente. Y lo respeto.

—Gracias —digo reconociendo su gesto. Me pone muy nerviosa cómo me mira, no estoy cómoda. Belial es tan depredador como lo puede ser cualquiera en esa Corte a pesar de su exquisita educación, sus buenos modales y su simpatía y cuidado sospechosos. No me fío de nadie. Es mucho mejor así—. Necesito ir un momento al servicio.

—Por supuesto. —Me libera, pero me sujeta los dedos de una mano y añade—: Te espero.

Me dirijo hacia los baños de chicas. Incluso parecen distintos, decorados como en la antigua Roma.

Sin embargo, antes de entrar, una mano me sujeta de la muñeca y me detengo para mirar quién me ha interceptado así.

Lo reconozco sin máscara. Su look es muy peculiar e inconfundible. Con el pelo rasurado y la barba tan rubia, también llama la atención a su manera. Parece un poco agitado.

—Buenas noches, Angol —lo saludo educadamente.

—Buenas noches, señorita Parisi. —Pero no me mira a mí. Sus ojos marrones están clavados en el abalorio de Belial, en mi pulsera de hojas de vid—. Perdona, no quería asustarte.

—Ah, no lo has hecho.

—Tenía muchas ganas de volverte a ver.

—Vaya…, me siento abrumada.

Angol se humedece los labios.

—Me gustaría hablar contigo en un lugar a solas. Tal vez, después podamos ir a la sala contigua —sugiere.

La idea no me gusta en absoluto. Es una habitación cerrada y estoy viendo a mucha gente, vires, virtuosas y simpatizantes, entrar muy alegres con sus ponches y sus racimos de uvas, predispuestos a hacer cualquier cosa, incluso la más prohibida. Mientras no sea estrictamente necesario u obligado, no me voy con nadie a solas a ningún sitio. Además, Angol parece muy ansioso, como si tuviera mucha prisa. Y no sé por qué.

—No creo que estemos a solas —digo con una sonrisita.

Él me la devuelve. Me toma la muñeca de nuevo, introduce la mano en el bolsillo del pantalón negro y dice:

—No quiero que me malinterpretes. Puedo jugar con muchas, pero no jugaría contigo si no es para algo más. —Entonces, añade a mi

pulsera otro abalorio de un color distinto al de Belial. El suyo es marrón oscuro y también tiene una plaquita diminuta con su nombre grabado—. Quiero que me tengas en cuenta. Me gustas mucho, señorita Parisi. Muchísimo.

—Vaya…, me siento muy halagada. —Finjo que me encanta.

—Veo que mi hermano se ha adelantado. Ese… cabrón avaricioso —gruñe por lo bajini.

Ese es un comentario muy auténtico y desproporcionado; refleja frustración y competitividad entre los dos. Es un dato a tener en cuenta. Además, acaba de revelarme que son hermanos sin yo preguntarle. Se nota que es de sangre caliente y visceral.

—¿Te llevas bien con Belial? —le pregunto amigablemente.

—Siempre se ha creído superior a los demás —dice sin filtro—. ¿Lo vas a tener en cuenta a él?

—Por ahora, al único a quien debo tener en cuenta es a Adonis. Es mi único vir. No sé qué va a pasar el martes.

—Olvídate de él. Debe de estar follándose a Drugia —me echa en cara con un tono dañino—. O Drugia se lo está follando a él. Son tal para cual.

Agacho la cabeza porque arrojadas así, las palabras me hieren. No me ha revelado nada que no haya pensado, pero me molesta que lo crea con tanta firmeza. Adonis no se acostaría con Drugia así como así fuera de la Corte.

—Mi vir es libre de hacer lo que quiera. Soy yo la que no puede hacer nada hasta que él me libere o me dé su consentimiento para poder… yacer con otros vires.

Él parece arrepentirse de sus palabras.

—Lo sé. No quiero presionarte. Escucha. —Posa una mano en mi hombro descubierto—. Olvídalo. Tu vir no te merece. Deberías ser la prometida o la compañera de alguien que te valore de verdad, señorita Parisi. A mí solo me ha hecho falta una cena a tu lado para… descubrirte y enamorarme.

—¿Enamorarte? —digo sin dar crédito.

—Sí. —Asiente muy seguro—. No necesito más. Esta noche he soñado contigo…

—Ah, caramba… Espero que haya sido un buen sueño.

—De los mejores. De los que hacen que te levantes como un mástil. —Se pasa la lengua por el labio inferior—. Hacía años que no me sentía tan bien. —Qué explícito es.

—Eso es bueno.

—Mucho. Creo que me he enamorado de ti. Espero que mi ímpetu no te incomode ni te supere. Tengo muy claro lo que quiero y voy a ir

a por ello.

—Bueno, no… Gracias por decírmelo.

—El martes es la Liberalia y tendrás que elegir, dado que tu vir te ha vuelto a dar la espalda en público dejándote sola en las fiestas romanas. Prácticamente está gritando que alguien te elija. Y no te mereces eso. Necesitas protección.

Libero la mano suavemente, pero el comentario ha sido muy desafortunado y me ha tensado mucho.

—Por favor, considera mi ofrecimiento.

Asiento con firmeza. Debo hacerle creer que valoraré su reclamo, pero ahora mismo no tengo muchas ganas de seguir hablando. Quiero un momento a solas para pensar.

—Así lo haré, Angol. Gracias por el abalorio.

—Puedo esperarte si quieres y te invito a tomar algo.

Mierda.

—Está bien. Iremos donde tu hermano, que también me está esperando.

—Estás muy solicitada. —Se obliga a sonreír, pero ni mucho menos el gesto le ilumina los ojos.

Me despido de él con un movimiento de la cabeza y una vez dentro del baño, me encierro en uno de los compartimentos.

Tengo una pulsera de virtuosa con abalorios que indican que dos hombres quieren reclamarme.

Ninguno es de Adonis.

No quiero creer lo que ha dicho Angol. No tengo derecho a sentirme celosa ni traicionada, pero ¿por qué Adonis iba a acostarse con Drugia cuando nada le obliga a hacerlo? Estoy segura de que no va a llegar a tanto.

Sin embargo, no pensaba en que fuera capaz de dejarme a mi merced en Titus. Y lo ha hecho. Apoyo la frente en la puerta y suelto el aire entre los dientes.

Menudo bajón.

Diez minutos después, he conseguido recomponerme un poco.

Cuando salgo, espero encontrarme a Angol. Pero no está aquí. Sin embargo, a pocos metros de donde me encuentro, ante mis ojos se desarrolla una escena muy llamativa. Él y Belial están discutiendo.

Me acerco sigilosamente para escuchar lo que se dicen. No advierten mi presencia en absoluto. La gente va y viene a su alrededor y eso me ayuda a camuflarme un poco.

—Te dije que me interesaba —le recrimina Angol—. No has

tardado nada en pedírtela. Siempre me estás jodiendo.

—No digas tonterías, Angol. No le he dado mi abalorio para joderte.

—Sí, pero no dejas que sea feliz… Siempre me estáis prohibiendo cosas. Estoy harto.

—Angol, contrólate. —Belial lo sujeta del brazo con autoridad. Es más alto que su hermano pequeño, pero no mucho—. No formes ningún escándalo —advierte masticando las palabras con inquina—. Eres experto en eso, joder. ¿Vuelves a las andadas? ¿Qué te pasa?

—La quiero —murmura apasionadamente—. La quiero para mí.

—Angol… —dice entre dientes—. Tus obsesiones no son buenas. Ya lo sabes. Cuando te obcecas con algo, hay consecuencias. Siempre. Así que no me cabrees. Te recomiendo que controles a tu demonio y que lo tranquilices. No molestes de más a la señorita Parisi y no te sobrepases con ella bajo ningún concepto, ¿me has oído?

—Deja de darme órdenes. —Se zafa con rabia de su sujeción—. No soy un puto niño pequeño. Estoy en la Corte y tengo el derecho a reclamar lo que quiero.

—Estás en la Corte porque siempre ocultamos tus mierdas. Por eso. Ahora haz el favor de tomarte las pastillas…

Su hermano sonríe con desdén y le dirige una mirada con una promesa de venganza.

—Hace tiempo que no me las tomo.

Aquello sorprende a Belial, y no para bien.

—No puedes hacer eso.

—Sí, puedo. Ahora tengo yo el control.

—No. Nunca tendrás el dominio sobre tu demonio, Angol. —Da un paso al frente y se encara con él disimuladamente—. Yo ya te he advertido. Como nos pongas en un compromiso, tendrás que pagar. Y no se te ocurra ponerle un dedo encima a la señorita Parisi. Hasta la Liberalia, no se la puede tocar, ¿entendido?

—¿Y por qué tengo que hacerte caso? ¿Para que te adelantes tú?

—Porque son las reglas de la Corte. Ella es de Adonis por el momento, hasta que él diga lo contrario. ¿Entiendes eso? Son las normas. ¿O quieres que se ofenda y te desafíe a un duelo? Eso también es lícito —le recuerda—. Si te pasas, me va a dar igual que seas mi hermano. Y a papá le dará igual que seas su hijo. Está harto de tener que solucionar tus problemas. Madura, hermanito. —Le da un golpecito en el hombro al pasar por su lado—. Y medícate de una puta vez antes de que sea demasiado tarde.

Me muevo rápidamente para no ser vista. Belial ha pasado a un par de metros por delante de mí y vuelve al centro de la pista.

Posiblemente porque cree que voy a ir a su encuentro o que ya estoy ahí.

Me quedo mirando a Angol. Tiene un problema y se está medicando. Los hermanos no se llevan bien y veo la brecha entre ellos a la perfección.

Angol es una granada a la que todos, incluso la Corte, temen. ¿Por qué?

Me acerco a él, como si no hubiese escuchado esa conversación. Está cabizbajo.

Pero justo cuando llego a su lado, se da media vuelta con el brío de un caballo y me lo veo encima. No consigo esquivarlo, así que se choca contra mí.

—Señorita Parisi, discúlpame —dice muy preocupado—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No, tranquilo.

Del impacto se le ha caído algo al suelo. Lo tengo justo al lado de mi pie, así que me agacho y lo recojo. Es un frasquito graduado de los que se utilizan en laboratorios. Tiene una etiqueta. La leo muy rápido: tiamina y ácido fólico.

—Toma. —Finjo que no he leído nada.

—Gracias. —Está compungido—. Son… son vitaminas. —Se las guarda deprisa en el bolsillo del pantalón.

—Yo también tomo —asevero siguiéndole el rollo. Esto es tenso, da miedo, pero también es absurdo.

Me sonríe de un modo que me inquieta. No está enamorado de mí. Lo que está es obsesionado. Y un hombre obsesionado es muy peligroso. Se lo noto en el brillo un poco ido de sus ojos; me mira como si fuera un arcoíris y la solución a todos sus problemas. Decirle que yo también me «medico» se lo ha tomado como una serendipia, un mensaje del destino. Miedo me da que me diga: «Si los dos tomamos vitaminas, casémonos».

—Ah, estás aquí. —Belial aparece a nuestro lado, como si no hubiera discutido con su hermano hace un momento—. No te he visto en el centro de la pista.

—Sí, acabo de salir del aseo —contesto.

—Iba a invitarla a una copa —anuncia Angol.

Soy como un trozo de carne entre dos lobos. Así me siento.

En ese momento, el presentador de la entrada anuncia los dos nombres que más he estado esperando oír desde que estoy aquí.

—¡La princesa Drugia y el príncipe Adonis!

Las trompetillas suenan, como en cada introducción. Como en las antiguas cortes. Me sorprende que acaben de llamar príncipe a Adonis

oficialmente.

Y, aunque no estamos ni mucho menos cerca, hace un barrido de todo el interior de la discoteca y me encuentra. Nuestras miradas colisionan y todo mi cuerpo se pone en guardia.

Es evidente que hace un estudio de la situación.

Mira a Angol y a Belial, y después me hace un escáner de los suyos de arriba abajo. Sus ojos se detienen en mi gargantilla. Solo quiere cerciorarse de que llevo lo que me ha dado.

A su lado, Drugia va espectacular. Lleva un vestido de color beige completamente transparente, excepto en los pezones y en la entrepierna. Esta mujer es muy atrevida. Pero con el cuerpazo que tiene y esa presencia dadivosa, solo alguien como ella puede sentirse cómoda con una prenda así.

Adonis le dice algo al oído. Ella asiente y sonríe paseando la vista entre la multitud hasta posarse sobre mí.

Las dos nos medimos. No tengo ningún interés en competir con ella.

Solo quiero hablar con Adonis.

Hoy no le he visto en todo el día.

Tengo mucho que decirle y preguntarle, aunque me aterren sus posibles respuestas.

Cuando por fin llegan hasta mí, él me mira fijamente y se coloca a mi lado. Eso sí, Drugia no se suelta de su brazo.

—Señorita Parisi, lamento haber llegado tarde. —Lo lamenta de verdad. Parece afectado y angustiado. Ojalá pudiéramos estas a solas y hablar.

Está muy guapo. Lleva solo un pantalón negro y una camisa blanca de cuello italiano con las mangas arremangadas. Y sus botines brillan lustrosos. No me quita la mirada de encima y está analizando cada detalle de mi vestido. Entonces se fija en mi pulsera, que yo no hago por ocultar en ningún momento.

—Lo he entretenido un poco —anuncia Drugia—. Espero que no te moleste. —Su falsa camaradería me asquea.

—En absoluto —contesto. Necesito mucha voluntad para fingir indiferencia.

Adonis me toma la muñeca delicadamente y revisa los dos nuevos abalorios que penden de ella. Lee los nombres y me suelta con frialdad, como si le quemase.

—Veo que Belial y Angol se postulan como tus futuros vires —dice con una ira muy controlada que solo yo detecto—. Me alegra ver tu éxito.

—Es porque la has enseñado bien —apunta Drugia adulando a

Adonis.

«Claro, no sea que otra mujer tenga personalidad propia y valga algo por sí misma», pienso sarcásticamente.

—Difiero —dice Belial acercándose más a mí con galantería—. Es porque la señorita Parisi es especial. Tiene su propia luz.

—Concuerdo con Belial —añade Angol. Ya no hay ni un ápice de nerviosismo en él. Ha retomado su compostura inicial.

—Me complace ver que todos habéis visto en ella lo mismo que yo —asegura Adonis—. El martes tendrá donde elegir.

—¿Puede tener otro abalorio esa pulsera?

No conozco la voz del hombre que se acerca a nosotros. Tiene el pelo rizado y algo canoso. Unos ojos azules y grandes resaltan en su tez bronceada. Es un poco más alto que yo, pero es el más bajito de los hombres que me rodean.

—Ah, por fin, querido —celebra Drugia exultante—. Príncipe Adonis, te presento al gran general Daisha.

Me quedo de piedra.

Es Iban Arrufat, el jefe del proyecto Influenza.

—Encantado —contesta Adonis aceptando su apretón de manos.

—Un placer. —Daisha vuelve a fijar la vista en mí—. La pregunta espera ser contestada, belleza. ¿Hay más sitio para otro abalorio?

Adonis se remueve a mi lado. Lo miro de soslayo y, al final, accedo.

—Sí, por supuesto —respondo.

Su abalorio es azul oscuro. Me lo coloca y me da un beso en el dorso de la mano. De verdad, estoy harta de tantas babas.

Ni a Belial ni a Angol les gusta tener competencia, pero es evidente que Daisha no es cualquiera porque está desafiando a los hermanos. Y también que tiene influencia.

—Os dejaré a solas mientras habláis los cuatro —se excusa Drugia enlazando su brazo con el mío. No quiero ni que me toque, pero su intención es apartarme de ahí—. Y, mientras tanto, la señorita Parisi y yo tendremos una reunión de chicas.

—Una virtuosa que tenga la atención de Belial y Angol no puede pasarse por alto —asegura Daisha—. Y ahora entiendo por qué parecen hipnotizados. Es la belleza más magnética de todas. ¿Es tuya, príncipe Adonis? —pregunta con mucho interés. Claro, él no estuvo en la presentación de ayer.

—No —contesta él—. Yo solo la he adiestrado.

Como si fuera una perra. Esa es la respuesta que oigo de Adonis en la lejanía.

Es verdad, no soy suya ni él es mío.

Solo me ha enseñado y me ha introducido en el mundo báquico. Nada más.

—Ven, guapa. —Con el hacer de una hiena, Drugia me lleva hasta la cata de vinos, donde muchos continúan probando botellas con nombres de mujer—. Es evidente que tienes estrella para estar aquí. Belial, Angol y ahora Daisha… Mis felicitaciones.

—¿Hay algo de eso que te moleste, Drugia? —le pregunto con educación, pero con toda la intención de dejar claras las cosas.

Ella se ríe y niega con naturalidad. Su pelo, recogido en una cola de caballo corta, se remueve como si limpiara el polvo de sus hombros.

—Nada de lo que puedas ofrecer tú, muchachita, me preocupa. Estamos en cadenas alimenticias muy distintas. Y por eso quiero enseñarte algo, para que te quede claro el lugar que nos corresponde a cada una.

—Creo que es bastante obvio.

—Para que no haya ninguna duda. Por favor —le pide al barman —. Dos chupitos de whisky. Vamos a hacer que esta chica se convierta de golpe en una mujer.

No le voy a decir que no. Odio el whisky, pero me niego a hacerme de menos ante la vampiresa.

—¿Y será instructivo lo que me vas a enseñar? —la desafío—. No me gusta perder el tiempo con tonterías, princesa Drugia. El tiempo es muy valioso, ¿no crees? —La miro de frente.

—Oh, sí es instructivo. —Abre el bolsito de mano y me enseña su móvil—. Quiero que lo veas con esos ojos raros que tienes. Y que lo veas bien. En alta definición. Toma, bonita. Disfruta de esto.

Drugia deja ante mí su teléfono. Le ha dado al *play*.

Y empiezo a ver el vídeo más flagelante de toda mi vida.

El vídeo de mi violación fue destructivo, pero, al mismo tiempo, liberador porque confirmaba todas mi sospechas.

Pero este vídeo de Drugia es flagelante porque me hiere de muchas maneras.

Me está obligando a ver cómo Adonis y ella follan como salvajes sobre la mesa donde una vez cené con él.

Y tengo la sensación de que se abre un agujero negro y muy oscuro en mi pecho, justo donde tengo el corazón.

XXV

Se me están aguando los ojos con las imágenes que estoy viendo.

Siento un dolor tan punzante en el pecho que me cuesta hasta respirar. Este amor que siento por Adonis es frágil y se rompe con escenas como estas.

Destruyen mi feminidad. Son abrasivas para mi alma y mis emociones.

Tengo que contemplar con toda la dignidad de la que soy capaz de reunir y toda la indolencia impostada que me sale, cómo Drugia le hace a Adonis todo lo que yo no he podido. Y me siento engañada y muy traicionada. Le dije a Adonis que hiciera algo muy malo para yo darme cuenta de que no era bueno como yo creía.

Pues ahí está. Eso lo es.

Drugia lo besa, le mete la lengua en la boca, le acaricia y él se lo permite. Cuando a mí no me ha dado ni un beso, cuando yo no se lo he podido dar a él porque me lo ha prohibido.

Drugia se lleva esa parte tan íntima suya a la boca, lo saborea, lo succiona, y yo tengo que verlo, aunque a mí nunca me ha permitido hacerlo.

Drugia le dice que quiere que la monte a cuatro patas y que se corra dentro. Es todo tan burdo, tan feo y tan hiriente que una lágrima rebelde se escapa por la comisura de mi ojo, pero la aparto antes de que esa demonia se percate.

Me obliga a ver cómo Adonis se corre dentro de ella. Y su explosión de placer es mi estallido de dolor interno. Su éxtasis es mi congoja y mi tribulación.

Porque Adonis ha dejado ir con Drugia todo lo que nunca ha soltado conmigo. Y es humillante verlo y saberlo como mujer.

Se ha corrido, ha tenido un orgasmo, cuando lleva una semana conmigo aguantándolo para no perder energía. Y acaba de dejarse llevar con ella. Con la cabrona que está involucrada en la muerte de su hermana.

Maldito mentiroso. Ahora sí que me ha quedado claro que no significo nada para él.

Y estoy vacía. Pero, al mismo tiempo, el quebranto que me ha provocado el vídeo hace que me enrabiete y me envalentone. El dolor me ayuda a focalizar y a concentrarme en lo que he venido a hacer.

No estoy aquí para enamorarme. Y lo he hecho.

No me voy a desenamorar de él por esto porque sé que lo que siento no se va a ir, no así como así, pero juro por mi abuela que me voy a obligar a ser fuerte y a no dejar que Adonis vuelva a tocarme nunca más.

No después de esto.

No sé cómo lo haré. Ahora la furia y la frustración lo opacan todo. Solo espero que la desazón dé paso a la frialdad de mente y me ayude a pensar de maneras más creativas. La decepción me ha quitado la venda de los ojos. Ya sí que nada va a ser igual para nosotros.

No lo va a ser para mí. Y tampoco para él.

Ahora tengo que enfrentarme a esta hiena de pelo naranja cuando todavía estoy temblorosa y mi corazón llora por dentro.

Sorbo por la nariz, alzo la barbilla y le devuelvo el móvil.

—Pensaba que iba a ver algo nunca visto. No me has enseñado nada nuevo, Drugia. —Me obligo a sonreír como si nada—. Tienes un culo muy bonito. No sé por qué me lo enseñas. ¿Quieres mi permiso para subirlo a Pornhub?

Drugia se siente espoleada por mi reacción. Quería destruirme. Y no digo que no lo haya hecho, pero ella jamás lo sabrá.

Así que me sujeta de la muñeca, sonríe libidinosamente y dice:

—El príncipe no puede quedarse con una plebeya. Tú no estás ni estarás nunca a su altura. Porque él y yo nos pertenecemos. —Por el amor de Dios, esta mujer habla como las de las telenovelas—. Lo anunciaremos el martes. Sin embargo, ambos podemos disfrutar de las virtuosas que queramos en los juegos báquicos —sentencia. Se quita un abalorio que lleva en la pulsera y me lo pone en la mía. Es blanco y lleva su nombre—. Esto te deja en el lugar que te mereces. Eres solo un trozo de carne hecho para satisfacernos, señorita Parisi. Estás siendo subastada. Yo también te pido para que Adonis vea cómo juego contigo. Seguro que a él le encanta. Ya has visto que tiene gustos muy exigentes.

Miro la gema como si fuera bonita, aunque en realidad solo quiero tirarla por el retrete.

Sonrío y aleteo las pestañas con diversión.

—Mi pulsera ha quedado muy bonita, ¿verdad? Como una bacanal hermosa.

La mujer se queda un tanto descolocada. Es mala. Una arpía.

En ese preciso momento, el barman nos sirve los dos chupitos de

whisky.

—Brindemos por unos juegos báquicos donde todos encontremos el lugar que nos pertenece. —Me sonríe como una serpiente.

Yo tomo mi vasito, brindo con ella y me lo bebo entero. El whisky me arde, pero no menos que todo lo que acabo de ver. No menos que todo lo que sé sobre Adonis y ella.

Drugia suelta una risita y yo dejo el vaso vacío de golpe sobre la barra.

Cuando la miro, no veo nada más allá de su fachada. Sé que ha tenido a Adonis como yo no lo podré tener nunca, pero está hueca por dentro. Y no la envidio en absoluto.

De repente, todas las luces de la carpa se apagan, la música se silencia y la gente empieza a vitorear como si supiera qué va a suceder a continuación.

Súbitamente, un foco se dirige justo a nuestro lado e ilumina al Demogorgon. No sé de dónde ha salido, no lo he visto venir. Pero ahí está, con la misma máscara y una túnica romana negra que deja expuestos sus brazos, completamente tatuados en un lenguaje que desconozco. Sostiene un báculo cuya punta tiene forma de pene dorado.

Tenerlo tan cerca me intimida, pero al mismo tiempo, me ayuda a prestar atención a otra cosa que no sea la mujer que tengo al lado o el hombre de ojos amarillos que sé que, ahora mismo, me está mirando a una distancia prudencial de donde me encuentro.

Y, maldita sea, el whisky aún me arde en el estómago.

—Bacus me habla. —El fascinador tiene un micro, con lo cual lo que dice se oye perfectamente—. En estas fiestas romanas muchos ya encontráis vuestro propio placer. —Otros focos empiezan a iluminar a tríos fornicando en las esquinas, mujeres arrodilladas haciendo felaciones y otros grupos, sencillamente, disfrutando del placer de tocar y ser tocados. He estado tan inmersa en el vídeo y en lo que me sucedía que he estado ajena a lo que me rodeaba: una fiesta romana donde el sexo se disfruta sin juicios de valor—. Bacus me ha susurrado que quiere poner a prueba a algunas virtuosas no reclamadas ni comprometidas. Aquí tengo la baraja de la Corte. —Con una sola mano, despliega las cartas para que todos las veamos—. En esta baraja hay setenta y dos demonios, además de un par de cartas que nada tienen que ver con ellos, sino con algo que las virtuosas deberán hacer con sus vires o con quienes ellas elijan sin importar que su vir se niegue. Si es lo que les apetece a ellas, así será. Si la virtuosa saca la carta de un demonio, tendrá que hacerle lo que él quiera. Si tiene la suerte de sacar una de las otras dos, deberá hacer lo que la carta

indique con quien ella desee.

Hay mucha expectación al respecto y se oyen murmullos ansiosos alrededor. Creo que todos tienen muchas ganas de jugar.

El Demogorgon ha repartido tres cartas a tres virtuosas distintas. Reconozco a una de ellas; es la mujer con la que coincidí en el baño de la Masía del Demonio. Es italiana. Le ha tocado Astaroth. Así que, ahí mismo, la veo hablar con su vir y con un hombre de unos cincuenta años. De repente, el demonio le baja el escote y se pone a toquetearle los senos. Su vir se une, muy feliz con la estampa.

—Te toca, señorita Parisi.

Vuelvo la cara hacia el otro lado y me encuentro con la máscara esquelética del Demogorgon, que tiene sus ojos marrones clavados en mí. Esa forma de mirar me recuerda a alguien pero aún no sé a quién.

—Eres la virtuosa del príncipe Adonis, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Por tu pulsera veo que estás muy solicitada. Hasta cuatro miembros tienes pendientes de ti. Tendrás una Liberalia muy movida. —Eso provoca las risas de toda la carpa.

—Sí, eso parece —digo con falsa humildad.

—¿Estás nerviosa? Seguro que los demonios están afilando sus cuernos para probarte.

—No. No lo estoy. Será lo que Bacus quiera.

Odio hacer esto. Odio quedar bien. Pero decir lo correcto provoca que todos me aplaudan y me miren con orgullo.

—Procede entonces, señorita. —Me planta la baraja abierta frente a la cara.

Yo resoplo y en lo único que pienso es en mi abuela. Le pido ayuda. Le pido que, por favor, me eche un cable y cuide de mí. Miro fugazmente a Adonis, que tiene una expresión que parece forjada en granito. Como si le importase. No. A él no le importa nada, solo conseguir su propósito. Y yo tengo que aprender a hacer lo mismo.

Al fin, saco una carta. Los ojos del Demogorgon no ocultan su sorpresa. Me mira con más interés que antes y sus labios finos esbozan una sonrisa incrédula.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —dice maravillado—. ¡El beso de la Emperatriz!

Muestra la carta a todos los presentes, que empiezan a silbar y a aplaudir. El Demogorgon no sabe que las emperatrices, que son sacerdotisas, vestales, están muy ligadas a mí, así que espero que solo lo vea como una casualidad. Aunque yo sé que no lo es. Quiero creer que es la mano de mi abuela y la de Vesta, la diosa que me protege, a la que voy a empezar a rezar todas las malditas noches desde hoy

mismo.

A Drugia no le hace ninguna gracia que me haya tocado ese naipe.

Y solo por eso, es una victoria para mí.

—Hay dos cartas que no os entregan a los demonios —me vuelve a explicar—. Una es esta. Y la otra es la boca de la *fellatrix*. No hace falta que diga lo que eso significa. —Todos vuelven a reírse como si el brujo fuera en realidad un cómico de monólogos—. Bien, señorita Parisi, puedes darle un beso a quien tú desees. Puede ser a tu vir o a quien quieras. Sin embargo, será largo, húmedo y todo lo que tú permitas.

—Sí, Demogorgon —afirmo como una buena niña.

Él abre el brazo con el que apoya el báculo y me invita a elegir al vir que quiera.

Tengo muy claro lo que voy a hacer.

Me dirijo hacia Adonis. Tengo la oportunidad de darle un beso que él no va a poder rechazar. Sería lo justo, una buena jugada. Pero ¿qué quiero demostrar con eso? Después del vídeo que he visto, no me pienso comer las babas de nadie, y menos de Drugia.

Me planto frente a él con más osadía de lo normal. El ponche y el whisky me hacen efecto rápido. Es lo que me sucede con el alcohol, que no tengo ninguna tolerancia.

Lo conozco. Está nervioso. Está inquieto y tenso, aunque en su rostro no se mueva ni un solo músculo. Sus ojos parecen helados, de un amarillo más claro de lo habitual.

Lo miro y solo veo a Drugia. Me siento traicionada y sé que esa sensación no va a desaparecer de mí. Veo sus lenguas rozándose, sus labios encajando con hambre, sus cuerpos frotándose y poseyéndose. Le veo a él entrando en ella y a Drugia gritando de placer. Y lo veo vaciándose en su interior.

Supongo que yo no valgo lo suficiente como para que quiera hacer eso conmigo o peor, como para que yo sea merecedora de eso. Así ha hecho que me sienta.

Y, aun así, a pesar del dolor, no se me pasa por la cabeza traicionarle y delatarle, porque entonces yo también perdería la oportunidad de vengarme. Y eso es ahora lo más importante. Quiero hacerlo por mí, por el futuro de mi hija, por el presente de mi madre, por el recuerdo de mi abuela y por la vida que todas tenemos derecho a disfrutar.

Me siento más vengadora que nunca. Esta vez, ante él, lo miro y lo valoro como lo que es, como lo que siempre me ha dicho: un medio para un fin.

Sería tan fácil dejarme llevar y besarlo como tanto me habría

gustado. Tendría la excusa perfecta. El beso de la Emperatriz me da ese poder. Pero creo que dejo las cosas más claras si hago lo que tengo en mente.

Me ha hecho sentir como si estuviera contaminada, como si fuera algo de segunda o de tercera división. «Con Drugia, sí. Conmigo, no», es lo único que repite mi mente. Y cuanto más lo pienso, más furiosa me pongo. Voy a demostrarle que mis besos tampoco serán para él. Y que, si quiero, encontraré los medios para que en la Liberalia, al menos yo, consiga mi propósito.

Este es mi momento. Voy a dejar de lado las emociones y a ser más calculadora y racional. Le vuelvo la cara a Adonis y lo ignoro por completo. La gente empieza a hablar porque eso es poco más que una osadía. Es el Príncipe del Abismo, uno de los solteros de oro, un deseado, mi vir, y yo no quiero darle el beso a él.

Disfruto de los cuchicheos y me armo de valor. Así que miro al resto de los vires como si me gustasen todos.

Paso de largo frente a Daisha.

Paso de largo frente a Angol.

Y, finalmente, me planto ante Belial.

Solo me hace falta una medio sonrisa para que él dé un paso al frente y nuestros cuerpos se rocen.

Voy a besarle. Voy a darle un beso de los que ajustan tornillos y ponen en marcha motores. No sabía que ese gesto pudiera tener tanto poder. A mí siempre me ha encantado besar, pero sabiendo lo que esto significa, voy a disfrutarlo todo lo que pueda.

Belial puede ser un demonio de verdad. No será bueno, no tendrá principios. Pero no estoy aquí ahora para valorar eso.

Paso mi mano por su nuca, lo atraigo sin más hacia mí y aplasto mis labios contra los suyos. Él me recibe con hambre, con deseo y el mismo ímpetu, y nuestro beso se convierte en una declaración de intenciones.

Dejo que sus manos campen por donde él quiera. No opongo resistencia porque sé que la carta permite tocamientos. Podría negarme, pero no me da la gana.

Adonis quería que fuera una virtuosa excelente, que me hiciera con el papel y me mimetizara con la energía de los juegos báquicos. Pues le estoy dando el beso más romano y porno a Belial. Me acaricia las nalgas y me aprieta contra él para hundirme la lengua en la boca y hacerla viajar por cada recoveco.

Besa bien. Es un hombre atractivo.

Podría gustarme si no fuera, con toda probabilidad, un hijo de puta.

Pero no es Adonis. Cuando en medio de este beso larguísimo, después de unos cuantos magreos, es mi vir quien ocupa mi cabeza, me doy cuenta de que estoy perdida.

Así que corto el contacto y me apoyo en sus hombros como si quisiera oxigenarme un poco. Nuestras frentes se unen. Él está excitado, lo noto, y su cuerpo irradia calor.

—Señorita Parisi… —me susurra con voz ronca—. Después de esto, solo espero que me elijas en la Liberalia. Tienes que ser para mí —me dice al oído.

Creo que Adonis lo ha oído, porque Angol y Daisha se han tensado mucho. Y si ellos lo han escuchado, entonces él también.

Tomo aire por la nariz, vuelvo a mirar a Belial y, con el pulgar, le limpio el carmín del labio inferior. Me besa el dedo y hace que me acuerde de un gesto parecido que me prodigó Adonis una vez.

—Ha sido un placer besarte, Belial.

—El placer ha sido todo mío.

Pero corto el interludio con él en ese momento.

No quiero seguir hablando.

No quiero continuar con el juego. No quiero fingir que estoy bien y que soy poderosa cuando la verdad es que me siento un poco en la mierda.

Así que me doy la vuelta y me enfrento a Adonis.

Espero a que reaccione, a que me diga algo.

Pero no lo hace. No sé qué se le pasa por la cabeza, pero no parece muy contento.

—Adonis… —dice Daisha y me mira como si él también pudiera disfrutar de mis atenciones—. ¿Por qué no compartimos todos un momento en la sala contigua? Así podremos conocer mejor a tu maravillosa y seductora virtuosa.

—No. Ya lo he dejado claro antes —responde Adonis muy cortante —. En la Liberalia tendréis vuestra posibilidad. Hoy no. Si la señorita Parisi ha intercambiado atenciones con Belial, ha sido por orden del Demogorgon.

—Pero no te ha dado esas atenciones a ti, vir —señala Daisha—. Se las ha dado a él.

Angol se ríe de Daisha abiertamente.

—Ten más paciencia. Te estás comportando como un baboso, general —espeta Angol con un gesto agresivo que pone en guardia a Daisha. Es evidente que le teme. Tal vez, porque también conoce ese lado irascible y explosivo del rubio. Pero me va bien que le marque el terreno.

—Aquí hay muchas virtuosas —dice Belial abriendo los brazos—.

Disfruta de esta noche, compañero. La señorita Parisi está muy solicitada, pero no para hoy.

Tengo que salir de este atolladero. No quiero estar aquí. Ni siquiera me apetece estar cerca de Adonis.

—Vir. —Me acerco a él sin mirarle a los ojos en ningún momento —. No me encuentro bien. Me duele un poco la cabeza. El ponche estaba muy cargado y el whisky al que me ha invitado Drugia aún me arde en el estómago. —Compongo un gesto alicaído.

—Está bien. Señores —se disculpa con ellos—, salimos a tomar un poco el aire. —Parece que a él también le gusta la idea.

Así que salimos juntos de la carpa y justo cuando cruzamos la puerta le digo sin dilación:

—Quédate tú. Yo no aguanto ni un segundo más aquí.

Él guarda silencio unos segundos. Tengo la impresión de que está conteniendo algo de sí mismo, como si en su interior pugnara por explotar una fuente de cólera y ansiedad.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal. Quiero sacarme esta sensación del cuerpo. Me siento muy sucia.

—Ahora mismo vendrá Nicolaus —dice con gesto comprensivo—. Te llevaré al castillo.

Me abrazo a mí misma y me quedo a un metro de distancia de él. Estamos bastante alejados ya de la puerta, frente a la carretera, en el extremo de la alfombra roja. En el horizonte se ve la gasolinera y la playa, que está a tan solo unos metros.

—No voy a volver a tu castillo. Le he pedido a Nico que lleve mi maleta a mi casa. Desde hoy, me quedaré allí. Ya te lo dije.

—Siento haber llegado tarde… —reconoce él rápidamente—. No estaba en mis planes. Querría haber entrado contigo, pero…

—Pero necesitabas follarte a Drugia, ¿verdad? —le echo en cara mirando al frente. Ni siquiera lo miro.

Adonis no sabe cómo reaccionar a eso.

Se queda sin palabras. Pálido.

—¿Qué?

—Drugia me ha enseñado el vídeo entero. —Mantengo el tipo y las ganas de llorar a raya. No me puedo derrumbar ahora—. Te ha grabado mientras follabais, campeón. ¿No te lo ha dicho? ¿Es un vídeo robado como a Kim Kardashian? O sea, controla que no haya cámaras y ella con dos cojones hace que sus guardaespaldas os graben. Es buen material para subir a una página porno —le recrimino—. Habéis estado un buen rato. Espero que lo hayas disfrutado.

Adonis se pasa la mano por la cara y dice medio gruñendo:

—La muy hija de…

—No te has enterado de nada, ¿eh, Adonis? Besos, caricias… Has dejado que te hiciera lo que quisiera… Y te has corrido más de una vez. En su boca, dentro de ella, encima de ella —enumero como un robot—. Ha sido muy completo. Has debido perder mucha energía, porque te ha drenado a base de bien. ¿Cómo vas a lograr así el abismo báquico, guapo?

—No me hables así.

—¿Que no te hable así? —resoplo temblorosa e incrédula.

—Ares, tienes que confiar en mí. —Intenta acercarse, pero me alejo —. Es complicado.

—Claro, Adonis. —Me llevo la mano al colgante y me lo arranco con rabia. He roto la cadena, pero seguro que no le importa—. Toma… —Se lo estampo en el pecho—. Y toma. —Me saco el anillo y se lo meto dentro del bolsillo del pantalón. Estoy tan enfadada…, tan disgustada. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero me vuelvo a abrazar a mí misma.

—Ares… Te lo ruego, no pienses que…

—No pienso nada. —Me froto los brazos—. Ya he visto todo lo que tenía que ver.

—¿Tienes frío? ¿Te puedo…?

—¡¿Qué haces?! —le increpo, apartándolo. ¿Ahora viene a abrazarme?—. No me toques. Nos pueden ver y pensarán que te preocupas por mí. Se van a extrañar cuando me has dejado completamente sola y a merced de todos esos salidos. Has dejado claro que me consideras poco menos que un felpudo.

—Te equivocas.

—No. No me equivoco.

Parece desvalido. No sabe qué hacer y es la primera vez que lo veo sin herramientas para solucionar lo que le está pasando.

Que me alejo de él voluntariamente. Y de verdad. Ahora mismo me duele estar cerca de él.

El coche de Nicolaus llega hasta nosotros. Abro la puerta antes de que lo haga Adonis, entro en el coche y para impedir que me siga, lo miro con lágrimas en los ojos y le suplico:

—Déjame volver sola a casa, por favor.

—No, voy contigo.

—No. Ahora mismo no soporto estar contigo, Adonis. Por favor, debemos ser discretos. —Miro a mi alrededor—. Deja que Nico me lleve a casa y que pase a recogerte después. Pero necesito estar sola ya. ¿Puedes respetarme en esto?

—Ares… —Adonis sujeta la puerta. Tengo la sensación de que está

temblando—. Sé que no lo crees, pero yo también me siento sucio.

Se me escapa una risa incrédula que, mezclada con las lágrimas, seguro que hacen que me parezca a Harley Quinn.

—Sí, se te veía muy mal. Vete a la mierda, Adonis. Vuelve adentro, todavía es pronto y la fiesta romana aún es joven. Te da para grabar cinco vídeos porno más con Drugia. No te cortes.

—Ares. —No deja que cierre la puerta—. Siento mucho que Drugia te lo haya enseñado. No sé cómo lo ha grabado.

—Pues ya ves. Del mismo modo en que tú consigues tus grabaciones. Será que os parecéis mucho.

—No significa nada. Eso… no ha significado nada. —Sujeta la puerta con fuerza.

—Para mí sí. —Me tiembla la barbilla y la voz me sale entrecortada—. Para mí sí significa algo. Te has estado riendo de mí y me has engañado. Ares, esto no lo puedes hacer. Ares, esto tampoco. No besos, no abrazos, no caricias, no nada… —lo imito—. Es evidente que no crees que me merezca esas atenciones, ¿verdad?

—Es verdad. No te las mereces —dice desesperado.

Las lágrimas caen por mis mejillas hasta formar una gota gigantesca en mi barbilla.

—Qué sincero.

—No es por lo que tú crees…

—No me has estado formando para que hiciéramos esto juntos. —Lo señalo con reproche—. Lo has hecho para que hiciera de cebo para tus objetivos, para que los distrajera mientras tú jugabas con Drugia y te asegurabas la entrada en la Corte por la vía rápida. Era tu plan desde el principio. Estar con ella y conquistarla.

—Por favor, Ares… Ahora no puedo explicártelo. —Mira alrededor para asegurarse de que nadie nos observe—. No es como crees. Déjame subir contigo y acompañarte a casa, al menos.

—Te he dicho que no —se lo prohíbo tajantemente—. Deja que cierre la puerta o te pillaré los dedos.

Adonis retira la mano despacio. Sabe que no podemos montar ningún número frente a la carpa. Los miembros de seguridad desplegados alrededor del recinto son guardaespaldas de unos y de otros, y no queremos habladurías. Hemos mantenido la discusión sin alzar la voz, entre susurros.

Cierro de un portazo y miro al frente.

No voy a echar la mirada atrás.

Estoy decepcionada, confusa y muy herida por lo que acaba de pasar, por lo que he visto. Esas imágenes me van a perseguir toda la vida.

Ya estaba frustrada de antes con sus prohibiciones y la imposibilidad de llegar hasta este hombre que se ha colado bajo mi piel y me ha hecho creer en él hasta el punto de confiar en una bondad que solo yo veo cuando está claro que es otro capullo más.

No obstante, lo de esta noche ha hecho que entre de lleno en el juego al margen de Adonis. He mirado de frente al Demogorgon, a Drugia, he besado a Belial y sé que Angol está obsesionado conmigo. Y Daisha me quiere follar. Es evidente.

Esto hace que vea todo el tablero y observe las posibilidades. Que vaya con mil ojos.

Yo también he averiguado cosas.

Y voy a seguir haciéndolo, con Adonis o sin él.

La Liberalia será decisiva para todos.

XXVI

Levantarme y desayunar con mi madre y con Venus, a solas, es sanador para mí.

Ver la carita sonriente de mi monito hace que me tome las cosas más en serio, pero que disfrute más de todo lo bueno que tengo, que es mucho.

John y Nico no están en casa. Ambos salieron juntos cuando Nico me trajo de madrugada y todavía no han vuelto a casa. Seguramente, Adonis los requiere para una de sus misiones. O igual quiere hacer un cuarteto con Drugia, ya puestos.

Me he bañado con mi hija, le he hecho peinados y después nos hemos ido a dar una vuelta por la playa con mi madre. Ha insistido en que no tenía buena cara. Estaba muy feliz de tenerme ahí, pero, al mismo tiempo, estaba preocupada por mí.

Y es normal. No he dormido casi nada pensando en todo lo que había pasado durante la noche. Tengo los ojos hinchados de llorar. Estoy destrozada. Debí ver venir todo esto, pero tal vez, decidir emprender esta aventura con Adonis fue demasiado osado, demasiado atrevido y muy inconsciente por mi parte. Sin embargo, no voy a echarme atrás por mucho que me haya dolido lo que hizo ayer.

Me sigo sintiendo sucia por el beso con Belial, sobeteo incluido. Me lavé los dientes cinco veces pensando que con una limpieza profunda borraría cualquier rastro.

Pero haberle besado así delante de Adonis, lejos de dejarme satisfecha, hace que sienta vergüenza. Porque yo, a diferencia de él, sí tengo remordimientos y cargos de conciencia cuando hago algo que no es para nada lo que siento. Y lo hice con el pensamiento tonto de que pudiera molestarle. Ahora lo pienso y es ridículo. ¿Por qué iba a molestarle un beso cuando dejó que Drugia le hiciera mamadas?

Lo hice para molestarle, para que se sintiera celoso como yo. Pero para ello, debería sentir cosas por mí y Adonis ni siente ni padece.

Dios, es que es recordarlo y me pongo enferma.

En la playa hemos advertido algo muy inusual. Hemos visto revolotear unas mariposas negras; algunas se posaban sobre las mesas

de las terrazas de la Rambla y otras lo hacían sin más cerca de la arena.

A mi madre esta visión le ha parecido inquietante. Nunca había visto mariposas negras.

Después de venir de la playa, las tres hemos estado dibujando en el salón. Ellas con sus cuadros y yo con mi tablet.

Estos momentos hacen que crea que mi vida puede ser casi normal. Pero no lo es.

No lo es porque, un domingo cualquiera después de comer canelones, no haría lo que estoy haciendo en este instante.

Son las seis de la tarde y acabo de dejar la moto en la entrada del monasterio de Sant Jeroni de la Murtra.

No podía demorar más la visita. Mi abuela me lo dijo en vida y me lo recordó en sueños cuando me advirtió que el fascinador me estaba buscando.

Y ya sé quién. El mismo individuo que ayer se quedó asombrado cuando saqué la carta de la Emperatriz frente a su cara. El brujo que todo lo ve en la Corte.

Lo que no sé es por qué me busca ni qué quiere de mí exactamente. Tal vez quiera acabar lo que empezó hace cuatro años. No sé qué soy para él exactamente. Por esa razón estoy aquí, para buscar respuestas, para encontrar a la famosa madre Mariagna y que me ayude a entender qué tiene que explicarme sobre el Demonio.

¿Cómo me podrá ayudar ahora que estoy en la Corte y en el punto de mira del fascinador? ¿Podrá reconocerme? ¿Y si se entera de que soy descendiente de vestales? Todas estas preguntas me tienen intranquila.

Cuando llego a la Murtra, me acuerdo de que una vez lo visité con el colegio de pequeña, pero no recuerdo apenas nada. A esas edades, no prestas atención ni te interesa la historia de los lugares. Lo único que quieres es pasártelo bien con tus amigos y volver a casa después. Así que es como si visitara el monasterio por primera vez.

Además, algunas veces he pasado corriendo por delante de la entrada, pero no había sido consciente de su relevancia en mi vida hasta que mi abuela me mencionó a la madre Mariagna.

Es evidente que es un lugar de retiro, un monasterio gótico antiguo que ha sufrido alguna que otra reforma en el tiempo ubicado en la sierra de la Marina, entre Santa Coloma y Badalona en el valle de Bethlem. Antes lo regentaban los antiguos jerónimos, pero en la actualidad lo preservan los laicos y un líder religioso.

La paz y el silencio cubren el cónclave con un manto misterioso que invita a cualquier tipo de reflexión. Sé que en este lugar se

encuentra el Ámbito de Reposo Religioso y Cultural Francesca Güell, donde se hacen retiros espirituales en silencio y cuenta con ocho celdas preparadas por hospedar a quien quiera. Es un buen lugar para artistas, creativos y estudiantes porque puedes pasar unas horas o bien hospedarte y disfrutar de una experiencia introspectiva y silente más larga.

En la entrada del monasterio hay un gato negro que está comiendo algo de un papel de plata. Parece atún. He leído que los domingos se celebra la eucaristía y que lo visita mucha gente. Supongo que algunos alimentan a los gatos de por aquí. Yo lo haría.

También hay alguna que otra mariposa negra batiendo alas por aquí. Debe de ser una plaga porque en mi vida las había visto de ese color. Son muy intimidantes.

Al parecer, este lugar recibió a los Reyes Católicos y a Cristóbal Colón después de su primer viaje al Nuevo Mundo.

Edificaron la iglesia, la cocina, el claustro, las ocho celdas y los comedores de los monjes en torno a la antigua masía. La llamaban Murtra por la planta que crecía en ella, el mirto, poseedor de una hermosa flor blanca.

Los monasterios me inspiran respeto. Y este mucho más ahora que sé que en él vive alguien que puede ayudarme en mi cruzada personal.

Cuando entro, hay un par de coches aparcados en la entrada y un señor delgado, pelo canoso y rostro anguloso cargando una cesta de mimbre con vegetales, todavía con las hojas cubiertas de tierra.

Me mira con curiosidad y se dirige hacia mí con una expresión amable.

—Buenas tardes.

—Hola, buenas tardes —respondo.

—¿Buscas algo? ¿Necesitas ayuda?

El gato da un saltito, deja de lado su menú de atún y camina en círculos alrededor de mis piernas, pasando entre ellas y levantando la cola.

—Estoy buscando a la madre Mariagna. Me han dicho que se hospeda aquí.

—¿A Mariagna? —dice sorprendido—. Sí, está aquí. Debes ser la visita que estaba esperando.

—¿Que me esperaba? —digo sobrecogida—. No lo creo.

—Creo que sí. Dijo que hoy vendría a visitarla alguien —asevera con gesto aún muy afable—. Y hace mucho que no recibe a nadie.

—Pero ¿cómo ha sabido que…?

Él sonríe y le brillan los ojos negros.

—Del mismo modo que vaticinó que hoy llegaban las *Ascalaphas*

odoratas.

—Perdón. ¿Quiénes?

Mueve el dedo índice en círculos, como si señalase al cielo.

—Las mariposas negras.

Frunzo el ceño y se me pone la piel de gallina. No sé ni qué decir. Es verdad, hay muchas en Badalona y han aparecido de la noche a la mañana.

—Ven. Te acompañaré y te llevaré hasta ella. —El hombre da media vuelta seguro de que lo voy a seguir.

Y eso hago. Me alejo del gato negro y me froto los brazos para que se me deje de erizar el vello.

—¿Usted vive aquí?

—Sí. Ahora vengo del huerto ecológico que tenemos aquí al lado. Mira qué preciosidad. —Me enseña los tomates—. Huelen de maravilla. —Me acerca uno bien rojo y que huele a tomate de verdad —. Los viernes y los sábados vendemos nuestras hortalizas —me informa.

No es que no me interese lo que me cuenta, es que estoy en este precioso monasterio solo por la madre Mariagna.

El señor me guía hasta el claustro de los monjes donde, según él, está ella.

Es un recinto cerrado muy grande. Tiene una torre de defensa que se alza por el lado sudoeste y sobresale por encima del edificio monumental rectangular.

Me gustaría poder fijarme en todos los detalles, que seguro que son muchos, pero estoy nerviosa por conocer a la madre Mariagna y solo quiero que me lleve con ella.

Me lleva hasta el ala norte, a una sala enorme cuyos techos forman tres bóvedas de crucería y cuya clave central tiene que ver con san Jerónimo. Dice que es el refectorio, el salón comedor de los monjes.

Después me conduce al claustro, ubicado en el centro del monasterio y que se construyó con piedra del Montjuïc.

Me fijo en que hay muchas ménsulas decoradas con bustos de personas, posiblemente de todas aquellas que invirtieron en la reforma siglos atrás. Entre ellas destacan los de Cristóbal Colón y los Reyes Católicos. Queda patente que estos tres personajes tienen una relación estrecha con el monasterio y que tuvieron una reunión secreta en el refectorio para hablar de rutas comerciales futuras. No sé demasiado y lo poco que conozco lo leí ayer por la noche, ya que hoy tenía pensado venir. Me gusta informarme un poco antes de visitar algo.

Desde aquí, el amable desconocido me lleva hasta el jardín del patio. Hay un gran surtidor con cabezas de león en forma de estrella

tartésica, de ocho puntas, de piedra grisácea. En ella, hay una señora sentada con los ojos cerrados, como si estuviese meditando, y justo al lado hay un mirto gigantesco.

La señora tiene el pelo muy blanco y rizado. Debe de tener la misma edad que tenía mi abuela, más o menos. Viste con una sencilla túnica negra de lino y lleva unas menorquinas de color gris en los pies. Tiene las manos arrugadas cruzadas y apoyadas sobre el pubis. Parece que esté aprovechando los últimos rayos de sol.

—Mariagna, tu visita —dice el señor sin más.

Cuando abre los ojos, no es difícil adivinar que de uno no ve, ya que ha perdido todo el color y posee ese tono propio de las cataratas. Sin embargo, su expresión es armónica y toda ella rezuma una paz contagiosa.

—Hola. —Me sonríe y su cara se llena de arruguitas.

—Ho-hola…

—Con permiso. —El señor me deja a solas con ella y se va con su cesta de hortalizas y verduras.

—Gracias por su ayuda —le digo y él asiente con su cabeza repleta de canas. Me centro en la mujer—. Hola, madre Mariagna.

—Hoy sabía que recibiría visita. Una muy especial. —Inclina la cabeza a un lado—. ¿Quién eres?

—Me llamo Ares Parisi. Soy la nieta de Clara…

—Por supuesto. —Une las manos; parece que esté dando gracias por mi visita—. Eres su nieta. Ay, Señor… —Mira al cielo. Dos segundos después, da un golpecito sobre la piedra de la fuente para que tome asiento a su lado—. Tenía razón. Me dijo que llegarías, que nacerías —repite con énfasis—. Ven, siéntate conmigo. Ella ya no está, ¿verdad?

—No. Murió hace unos días. ¿Se lo dijeron?

—No. Entre *sagaes* sabemos cuándo una exhala su último aliento —asegura mirándome con mucho entendimiento.

—Usted también es una *sagae*, entonces.

—Sí. Así es.

—Mi abuela me dijo que viniera a verla. Que usted podía ayudarme con algo relacionado con la… —Trago saliva—. La guerra antigua.

—Hum… —murmura asintiendo—. Por eso han venido las mariposas negras. —Vuelve el torso para que quedemos bien cara a cara y susurra con tono críptico—: Porque los demonios ya están aquí. Han vuelto, ¿verdad? Las mariposas negras anuncian desgracias y malos presagios, como si el velo del más allá hubiese caído.

Sí, pienso. El velo que ha abierto la Corte de Bacus.

—No es la primera vez que sucede, ¿sabes? —me dice muy enterada—. No es la primera vez que las mensajeras de la muerte vienen en masa a nuestra ciudad. Ya sucedió una vez, hace más de un siglo. Y yo sé por qué es.

—¿Por qué?

—Porque nació el primer eslabón, la primera generación, el primer hombre con la sangre adecuada para albergar al demonio al que ellos oran. Las mariposas inundaron Badalona con su presencia. Días después, muchas personas enfermaron y murieron, así como muchos animales. Fue una señal de mala fortuna —explica resignada—. Dar entrada así a un Demonio taimado —sacude la cabeza rechazando la idea—, siempre es mala idea.

Es evidente que la madre Mariagna conoce las leyendas ocultas del Demonio en Baetulo.

—Ahora está pasando algo —aseguro—. Creo que usted es la única que me puede ayudar. Mi abuela, que en paz descanse, se me apareció en sueños y me dijo que necesitaba su ayuda.

—Claro que la necesitas. Porque él te persigue —dice sin más. No necesita más explicaciones—. Le teme a tu fuego, Pero también lo desea —comenta mirando al frente—. Porque… —Acerca su rostro al mío y añade en voz muy baja—: Ares Parisi, eres una vestal.

—Eso decía mi abuela…

—Y yo también. Lo sé. Se presiente… —Su mirada opacada se concentra en la campanita que pende de mi cuello—. Pero si las mariposas están aquí ya, eso no te será suficiente para protegerte y seguir adelante. Que ellas sobrevuelen la ciudad significa que los demonios rondan por aquí.

—Y así es, más o menos.

—¿Qué sabes tú?

—Puede que más de lo necesario.

Entrecierra la mirada añeja y me pide celeridad con las manos.

—Cuéntamelo todo. Dime lo que necesito saber y te ayudaré en todo lo que haga falta. Llevo muchos años escondida aquí, protegiéndome de él y de su Corte infame de sátiros y demonios —admite sin subterfugios ni medias tintas—. Me recluí para alejarme, sobrevivir y ser una carta activa de la baraja si alguna vez se jugaba una última mano, una última tirada. Es evidente —otea su alrededor— que es la tuya, querida. Una vestal real bendecida por Vesta y descendiente de las Parisi. Eres la única opción que nos queda para detener esta guerra antigua, ha llegado el momento.

—¿Por qué ahora?

—Porque el Demonio ya ha nacido.

Me muerdo el labio inferior y asiento con seguridad. Claro que se lo voy a contar todo. La madre Mariagna es una *sagae*, como lo era mi abuela. Tiene intuición y habilidades que yo no poseeré jamás y cualquier ayuda será bien recibida.

Una hora y media después, la madre Mariagna ha escuchado todo con una atención respetuosa, excepto cuando me hacía preguntas para esclarecer algunos hechos.

El sol empieza a esconderse por las montañas y baña el patio central del claustro con la luz anaranjada del atardecer.

La sabia *sagae* mueve la cabeza arriba y abajo, meditando lo que debo hacer.

—Lo primero es anular por completo la influencia del fascinador en ti. Invoca al Demonio, habla con él para que te busque. Por eso habita tus sueños, porque te ronda, te quiere.

—¿Para qué? ¿Para matarme? ¿Para poseerme?

—Tal vez ambas cosas. Han intentado matarte varias veces y no lo han conseguido. Pero sí te violaron. Como a Rea Silvia, de quien abusó un sátiro misterioso, y nosotras sabemos quién fue. —Me guiña un ojo—. Eres una vestal, como ella. Hoy, eres la única capaz de encender el fuego sagrado para proteger a la ciudad del mal y de los demonios. Sin embargo, no te ven. No te encuentran. Has estado delante de ellos y su fascinador sigue sin reconocer tu energía. Y no solo porque lleves las protecciones. —Me señala el collar con la campana espantademonios—. Es posible que sea porque te violaron y dejaste de ser virgen y pura.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tu energía vestal continúa en ti, pero tu cuerpo, que es tu templo, ha sido profanado por uno de ellos. Por eso no te ven. Es como si estuvieras camuflada y eso es bueno, Ares, porque te permite mezclarte entre ellos como un caballo de Troya. No obstante, el fascinador es poderoso —asegura— y necesitas más herramientas para que no te encuentre y no sepa quién eres en realidad. Bacus siempre está buscando a la mujer adecuada.

—Sí, eso dijo el Demogorgon.

—Te voy a preparar una *tabulae defixionum* y un *kolossoi* especialmente para ti. Eso hará que ni el fascinador ni el Demonio te reconozcan ni puedan encontrarte mediante su nigromancia. Entierra el *kolossoi* en el lugar donde te violaron hace cuatro años, ¿entendido?

—Sí.

—Y la *tabulae* tendrás que enterrarla en un cruce de caminos, cerca

de donde sucedió. Deberás hacerlo hoy mismo. No hay tiempo que perder.

—Sí. En cuanto salga de aquí lo haré. Muchas gracias, madre Mariagna.

—Así nunca descubrirán tu identidad, excepto si te arrancan una confesión o haces algo que te delate demasiado.

—Está bien. Se lo agradezco mucho. ¿Puedo… puedo hacerle una pregunta?

—Las que quieras.

—¿Qué quiere decir con que el Demonio ya nació? —pregunto con mucho respeto.

—Conozco el proceder de la Corte. Ares, desciendo de una familia de *sagaes* que intentó, durante siglos, desentramar los sellos salomónicos que utilizan en Baetulo y en todo el mundo para convocar a su demonio. Y gracias al estudio de esos sellos, de algún modo pudieron crear una protección para contrarrestarlos que también funciona. La historia de los pescadores que quemaron un libro en la playa…

—La conozco —digo emocionada—. El Demogorgon habló de ello en la presentación.

—Tu abuela y yo descendemos de ellos. —Sonríe melancólica—. De esos dos pescadores que no eran solo tales, sino protectores de la ciudad y de cuya leyenda nace la festividad de la quema del Demonio. Gracias a lo que ellos descubrieron, aprendí a convocar ese sello de protección; por eso vine a la Murtra, para encerrarme y protegerme de la influencia del Demonio y de su Corte. Ellos siempre han estado cazando a las *sagae* porque somos sus enemigas y quieren eliminarnos de su camino. Pero todo el monasterio está protegido con el mismo sello, el único que nuestros antepasados lograron comprender y gracias al que logramos sobrevivir. Por eso nadie ha venido aquí a por mí, porque estaba oculta. No obstante, hace unas décadas sucedió algo en este lugar. Algo terrible que confirmó todas nuestras suposiciones: era la prueba real de todos nuestros temores. Vi en sueños que el Demonio iba a nacer en esta tierra. Que iba a nacer dos veces en cuerpo. —Alza el índice y el corazón—. No podía ignorar los presagios. Una noche, de madrugada —explica tras hacer una pausa —, vino una mujer desgarrándose la garganta con gritos de dolor en un estado muy avanzado de embarazo. Tanto que había roto aguas, sangraba entre las piernas y estaba a punto de dar a luz. Tenía el rostro descompuesto y pálido, lloraba sin consuelo y pedía que, por favor, le diéramos cobijo y la ayudásemos a sacar a su hijo de sus entrañas.

—Dios… —murmuro sobrecogida.

—Antes de hacer mi retiro en el monasterio, era comadrona —me informa a modo aclaratorio—. Sabía traer bebés al mundo. No podía negarme a ayudar a una mujer, por eso les pedí a los monjes que le abriesen las puertas. La auxiliaría a dar a luz y cuidaría de ella hasta que estuviese recuperada. Era la una de la madrugada, no sabía qué le había pasado ni por qué estaba tan asustada. Parecía que la persiguiese el Diablo —añade haciendo una mueca rara con los labios —. Pero era evidente que el niño llegaba ya y no había tiempo para hacer preguntas. Cuando le dije que llamaríamos a la ambulancia en cuanto estuviese estabilizada y el niño diera signos de estar sano y bien, la mujer se volvió loca y me suplicó de rodillas que, por favor, si esta era la casa de Dios, que la dejasen marchar con su hijo, que no podía permitirse que ese niño cayese en manos de su padre. Porque este era el mismísimo Demonio.

Me da frío y me abrazo, sobrecogida por la historia y la verdad que hay en sus ojos. Mariagna la narra como si estuviera viendo a la mujer ante ella.

—Cuando me lo dijo, supe que debía hacerme responsable de ella y del nacimiento de su hijo. «Este niño tiene que estar lejos. Debo escapar de él. ¡Es malvado! ¡Es el mal!», gritaba agarrándome los brazos con fuerza. Yo la obligué a que bajara la voz y le dije que la ayudaría en lo que fuera posible, pero que necesitaba que me contase la verdad y que dejase de asustar a los dos monjes jóvenes que me ayudaban. «¡Tienes que ayudarme! ¡Tienes que ayudarme!», repetía una y otra vez. «¡Ayúdame a huir de él! El niño que llevo en mis entrañas jamás debe caer en sus manos…». Se tocaba el vientre y lloraba desconsolada. Me llevé a la mujer al interior de una de las celdas y la ayudé a dar a luz como pude con los utensilios de los que disponía. No fue un parto sencillo —recuerda con amargura—. Perdió mucha sangre por los desgarros y el niño… no lo pasó nada bien. Cuando salió la cabeza, di un grito y recé.

—¿Por qué? —pregunto abducida por la historia.

—El pequeño… —Exhala y cierra los ojos—. Tenía dos cuernos puntiagudos en la frente. En la parte occipital, uno a cada lado. Era el rostro de un bebé demonio, Ares. Uno muy hermoso, pero un demonio, sin duda. Sin embargo, sucedió algo increíble. Su piel se tornaba violeta con el paso de los segundos y me di cuenta de que el cordón umbilical lo estaba ahogando. Me extrañó porque, en realidad, no tenía la forma del cordón umbilical. Así que me envalentoné. La madre estaba casi desmayada y el niño se asfixiaba. Introduje las manos como pude y al final lo extraje. Cuando lo tuve en brazos, me

di cuenta de que no se trataba del cordón lo que lo estrangulaba. El niño tenía los puños cerrados de la tensión, de no poder coger aire; había nacido con cola. Le nacía al final de la columna vertebral y se le estaba enrollando alrededor de la pequeña garganta, presionándole la tráquea y el esófago, como si él mismo no quisiera nacer.

—No puede ser cierto… No puede ser verdad.

—Lo es. Ayudé a dar a luz a un demonio. Nació en un lugar protegido como este, un lugar de bien. Sobrevivió al sello de protección. Le retiré la colita del cuello como pude y, después de eso, le entregué el hijo a la mujer. Estaba conmocionada, no sabía qué decirle, era la primera vez que veía algo así. Ella no quería ni verlo, pero en cuanto se lo puse sobre el pecho, el vínculo entre ellos se fortaleció. Era su hijo, por muy demonio que fuese. La mujer solo le decía que lo sentía. Que lo sentía mucho por él. Como si nacer fuera una cruz. Aquello fue… Aún sueño con el alumbramiento —asegura consternada.

Me froto la cara y me aparto de la hermosa fuente. Estoy intranquila. ¿Cómo va a nacer un demonio de verdad aquí, con cuernos y rabo? Es de película de terror.

—¿Cómo es posible?

—Estuvo aquí dos días. Los que necesitó para recuperarse e irse. La ayudé, le facilité el transporte para viajar a su país, le di ropa y mantitas para que cubriera a su hijo y nadie viera sus protuberancias —continúa Mariagna—. Mi presagio, mi sueño, hablaba del nacimiento de un demonio, y así fue. Siempre he dicho que el objetivo del Diablo es parir a su propio hijo en la tierra. Y, al parecer, ya lo consiguió. Ese bebé era hijo del Maligno. Seguro. No sé qué fue de él. Sin embargo, sigo creyendo que un demonio nacido en un seno como este, bajo la protección de los sellos, no sería como los demás.

Dios mío… Tengo tal bombardeo de ideas y tanto miedo que no soy capaz de poner nada en orden.

—No puedo decirte otra cosa, Ares. Lo vi con mis propios ojos, yo lo sujeté. Los monjes no querían tenerlo aquí. Decían que era una aberración, que en un monasterio como este no podían dar cobijo a una criatura así. No era normal. Pero yo les convencí para que esperasen a que la chica se recuperase y después me encargaría de ayudarla personalmente. En esos días, mientras ella amamantaba al bebé, me contó lo que le había pasado. Era muy hermosa, Ares. Había venido a España para trabajar como modelo. Era italiana, pero hablaba muy bien español.

Frunzo el ceño y siento cómo la nuca se me enfría.

—Había conocido a un hombre de negocios en Barcelona en un

evento donde hacía un desfile de vestidos de noche. Se trataba de un hombre muy atractivo y que la había seducido hasta que ella se enamoró de él. Su primer amor, imagínate. Era virgen. Al principio, era un caballero, un hombre perfecto que le prometió que la ayudaría en su carrera en el mundo de la moda dado que tenía muchos contactos. Sin embargo, con el paso de los días, el hombre se volvió muy posesivo con ella. Además, le gustaba practicar una serie de cultos extraños durante los coitos. Dijo que se consideraba una especie de rey entre los suyos. Alguien muy por encima en una sociedad a la que llamaban «la Corte». Ella… bueno, como es normal, se asustó y decidió dejarlo. Y ahí empezó su calvario. Se había quedado embarazada y él le juró que antes de irse de su vida, tenía que darle a su hijo. Que era suyo. Su mayor obra. La encerró en una casa en la sierra de la Marina y dejó que su embarazo avanzara. Al parecer, el hombre era de esta zona. Él solo quería al niño que llevaba en el vientre, no quería nada más de ella. Esa criatura era lo más importante para él. Así que esperó a que ella diera a luz. Sin embargo, la joven logró escapar de la casa y recorrió la montaña en busca de alguien que la ayudase. Temió pedir ayuda a cualquiera, ya que el hombre tenía mucho poder y muchos informantes por la zona y no quería que la delataran. Pasaba los días escondida en pequeños cobijos de la montaña y solo avanzaba por las noches para que nadie la viera. Cuando nos encontró, llevaba tres días de huida. Estaba agotada, deshidratada y muy mal. Había oído de un monasterio de los jerónimos donde la gente podía buscar asilo y nos había estado buscando. La miré de arriba abajo y se me encogió el corazón, Ares. Solo vestía con un camisón blanco y tenía los pies llenos de magulladuras y cortes, además del cuerpo lleno de golpes y heridas que su maltratador le había prodigado. Intenté preguntarle cuál era el nombre de ese hombre, incluso le pedí que me indicara en qué casa había permanecido encerrada, pero estaba muy desorientada, no conocía la zona y no sabía cómo indicarme nada. No quiso decirme el nombre del padre de su hijo por miedo a invocarlo. Porque ese hombre tenía tantas máscaras como pecados, porque todo había sido una mentira y porque para ella, él era el Diablo. Lo único que quería esa muchacha era irse con su hijo muy lejos, a su casa, a Italia. Pero no tenía dinero ni nada, no sabía cómo escapar. Yo lo organicé todo. Conseguí a alguien que la llevaran a ella y a su hijo en coche hasta la frontera de Francia y desde ahí, le pagué el billete hasta su tierra. Se sentía avergonzada y muy humillada y no quería pedir ayuda a nadie de su familia, dado que eran muy humildes. Y mucho menos quería que nadie se acercase hasta Badalona o hasta Francia para venir a

buscarla porque tenía miedo de que su secuestrador la estuviese siguiendo. Al final, ella y su hijo pudieron regresar a su hogar. Al cabo de un tiempo, recibimos una donación económica importante para seguir con la restauración del monasterio y su mantenimiento. Venía de Italia y junto al dinero había una nota escrita a mano: «Gracias por todo, Mariagna. Ahora estamos bien. E. L». Además, había incluido una foto de ella con el bebé, al que ya habían sometido a todas las operaciones pertinentes para solucionar sus… malformaciones.

Parpadeo, confusa. Tengo la boca seca.

—¿E. L? ¿Qué significa?

—Son las iniciales de su nombre y de su apellido.

—¿Y cómo se llamaba? —pregunto con un hilo de voz.

—Evelina. Evelina Leone.

No puede ser.

Ni hablar.

Lo primero que me viene a la cabeza es la frase que le dijo Antón a Adonis: «Soy un Leone. Jamás sería indiscreto».

En cuanto he oído el nombre y el apellido, tengo la sensación de que el mundo se mueve bajo mis pies. Un sudor frío me cubre la frente y las palmas de las manos. Me hormiguean los dedos y me tengo que apoyar en las rodillas porque me estoy mareando.

Mi cabeza está ordenando toda la información de la que dispone hasta el momento. Lo que Antón me contó sobre los problemas físicos de Adonis que le afectaron a la columna y a la cabeza. La fábula que Adonis me explicó sobre sus cicatrices.

«Tuve un accidente cuando era un bebé. Me caí del carrito mientras ayudaban a mi madre a subir unas escaleras. Caí de frente y tuvieron que ponerme puntos».

Recuerdo la conversación entre Antón y él.

«—Tiene que decirle la verdad, porque están juntos en esto».

Empiezo a temblar y se me llenan los ojos de lágrimas. Palidezco tanto que la madre Mariagna se acerca a mí y me sujeta por los hombros.

—¿Estás bien, niña? Parece que la historia te ha removido —dice nerviosa.

—Madre Mariagna… ¿Ti-tiene la foto que le envió esa mujer? ¿Me la puede dejar?

—Ahora te la enseño. Siéntate, aunque sea aquí en el suelo, que parece que te vas a desmayar. Te traeré agua y, de paso, voy a buscar los *kolossoi* y la tablilla de defixión.

Yo asiento y trago compulsivamente.

Me quedo a solas, sentada en el suelo, porque me ceden las rodillas

y pierdo la fuerza para estar de pie.

En el patio ya apenas da el sol. Como en mi vida, que se ha oscurecido de nuevo por completo.

Dios mío. Pero ¿de qué va todo esto?

Evelina, la mujer a la que Mariagna ayudó a dar a luz, era la madre de Adonis.

Evelina Leone.

Evelina era la hermana de Antón Leone, el mayordomo de Umberto.

Evelina pediría ayuda a Antón. Antón, a su vez, se la pediría al señor Umberto, el padre adoptivo de Adonis, y él se enamoraría de Evelina y la ayudaría en todo lo relacionado con las operaciones de su hijo con malformaciones. Entiendo que la cirugía le comportó años de recuperación y puede que lesiones en la columna.

Entonces, Antón es el tío de Adonis.

Adonis es el niño demonio, hijo de un hombre muy poderoso que adoraba los rituales durante el coito y que se consideraba un puto rey en algo a lo que llamaba la Corte.

Por tanto, Adonis es hijo de un hombre de la Corte.

Del mismísimo Diablo.

Y ahora comprendo que no compró el cuadro de *El hijo del Demonio* por casualidad.

Me cubro el rostro con ambas manos y me quedo en esa posición.

Esto es una tomadura de pelo. Adonis me ha engañado. Se ha reído de mí.

¿Será verdad que me he entregado y me he acostado con el hijo del Diablo?

¿Quién es él, en realidad? ¿Un farsante? ¿Un agatodemon? ¿El Demonio en carne y hueso?

¿Qué quiere conseguir?

¿Qué ha estado haciendo conmigo? ¿Por qué me ha ocultado todo esto a sabiendas de todo lo que me había pasado y lo que he estado haciendo a su lado?

¿Conoce toda la historia sobre su madre y su nacimiento? ¿Se la habrá contado Antón? Por supuesto que debe de saberlo todo. ¿Cómo no va a saber Adonis de dónde viene?

No estoy bien.

La reunión con Mariagna me ha dejado con el cuerpo temblando y el corazón en un puño.

Todas esas revelaciones sobre Adonis y su madre han hecho que dude de él, que no le crea y que le tema un poco. Me hace pensar en que, si siempre fue malo, entonces ahora ya sabe que soy una vestal y

querrá entregarme a la Corte, a quien sea que sea su padre.

¿Y si tiene un plan para mí?

Adonis sabe cómo hacerme daño, sabe de Venus, de mi madre… Sabe cuáles son mis puntos débiles y ahora entiendo por qué nunca quiso intimar de más conmigo, porque si descubría su secreto, sabría que él era más demonio de lo que me podía imaginar, apto también para la hoguera final.

Mariagna acaba de traerme un vaso de agua bien fresca y una bolsita de tela con asas.

—Pesa un poquito. El *kolossoi* y la *tabulae* son de barro, por eso parece que cargues con piedras.

Abro la bolsa y miro lo que hay en el interior.

Todo me da respeto. Semanas atrás me parecía impensable creer en nada de esto y ahora estoy aquí, a punto de enterrar un muñeco de vudú del Demonio y un hechizo de ocultación para mí.

Se me caen dos lágrimas gigantes y caen casualmente dentro de la bolsa.

—Mejor con lágrimas tuyas —asegura Mariagna muy empática conmigo—. Más poderoso será el sortilegio. —Me estudia con preocupación—. Por lo que me has contado, tengo la sensación de que estás atada emocionalmente a lo que te está sucediendo.

—Sí.

—¿Y es… unilateral o bilateral? —Retira el pelo de mi cara con actitud maternal.

—Supongo que es unilateral.

—¿Y tiene que ver con el demonólogo que te está ayudando? ¿El que dices que es tu agatodemon?

—Puede ser.

Ella asiente como si lo comprendiese todo.

—Mariagna, ¿cree que el hijo del Demonio también lo es por ser su hijo? —le pregunto de frente.

Ella se encoge de hombros.

—Quiero creer que la maldad no es genética. Que uno decide ejercerla y adoptarla. Pero estamos hablando del Diablo y de sus genes. Es poco probable que un hijo suyo no tenga inclinación para hacer el mal.

—¿Y si hace el mal para hacer el bien? —pregunto muy conmocionada.

—No tengo la verdad sobre todas las cosas. Solo sé que este lugar no hubiera permitido que naciese algo maligno por naturaleza. Por tanto, algo bueno debe tener para que la Murtra del valle de Bethlem lo dejase vivo. Sin embargo, no olvides que un agatodemon sigue

siendo un demonio.

Me sonríe, dejándome claro que ha entendido que Adonis es mi dolor.

Y es cierto lo que ha dicho. Solo que es un demonio que disfruta de la caza y la quema de otros de su especie.

¿Eso convierte a Adonis en bueno? ¿Lo hace alguien confiable?

Según mi leyenda, sí. Pero según lo traicionada y dolida que me siento por lo que hizo ayer con Drugia, confiar en él como antes es altamente improbable. Mucho tendría que contarme y abrirse para que decidiera volver a creer en él.

Es que, en este instante, no puedo. No soy capaz de volver a mirarlo a la cara y hacer como si nada.

Le odio de muchas maneras porque me ha hecho daño de muchas formas, como ha querido, y ahora pienso que lo ha hecho adrede.

Ahora tengo la sensación de que todo ha sido un gran bulo. De que me ha engañado por algún motivo y temo que, por haber estado ciega y haberme enamorado, haya puesto en peligro todo lo que me importa y lo que soy, una vestal. Soy lo que más ansía destruir y poseer Bacus y su Corte de sátiros.

Porque si Adonis es hijo del Demonio, de ese Rey, y él lo sabe, ¿qué está haciendo conmigo en realidad?

¿Me quiere entregar?

¿Cómo voy a confiar en él después de todo?

¿Y si he caído como una tonta en su juego?

¿Y si, como le sucedió a Evelina, las máscaras de Adonis me engañaron?

¿Por qué iba a creer que es diferente a su padre?

Necesito respuestas, necesito saber la verdad antes de continuar con toda esta locura, porque ahora le temo más a Adonis que a la Corte.

Y, a pesar de esto, a pesar de saber quién es, de haber descubierto su secreto y haberle quitado la máscara, sigo sintiéndome en inferioridad de condiciones. Ya es difícil pactar nada con el Demonio como para, además, estar tan enamorada de él como yo lo estoy.

No me oculto. Todo me duele con él porque me importa. Siento mucho y me niego a creer que no sienta lo mismo que yo.

Pero ahora mismo estoy tan molesta. Tan cabreada.

Las cartas se están volteando. Yo soy la Emperatriz en este juego, en una tirada con lobos, demonios, la Muerte, sátiros, *fellatrix*, vestales, ménades, virtuosas, vino y Bacus.

Y una terrible furia incendiaria me arrasa de dentro hacia fuera, ofendida por lo que ha hecho, ofendida por todo lo que ha omitido

conmigo y deseosa de acabar con la Corte. Ellos no tienen compasión con nadie ni reparos en mentir a la cara.

De ahora en adelante, estaré lista para hacer que todo arda a mi paso.

Voy a avivar las llamas, aunque me queme por el camino. Voy a echar leña al fuego.

La Liberalia también será mi liberación.

Y que Vesta nos coja confesados a todos.

Al Demonio, como a todo, hay que cogerlo por los cuernos.

Entró en el infierno dispuesta a perseguir sus demonios.
Nunca pensó que uno de ellos exigiría su corazón.

La vida de Ares ha cambiado en poco tiempo. Ahora sabe el legado que corre por sus venas y conoce su misión: proteger a su ciudad y a su familia de la incursión de una Corte de Bacus plagada de demonios.

Ares quiere venganza y para ello deberá infiltrarse como pareja virtuosa de Adonis en las fiestas báquicas, unos rituales sexuales exclusivos en honor a Bacus. Juntos tendrán que enfrentarse a un peligroso juego que pondrá precio a sus almas, dejándose arrastrar por una espiral de tentación y deseo que jamás habían experimentado.

Pecados. Vicio. Placer.

Únete al fenómeno de la trilogía del Fuego Sagrado de la mano de Lena Valenti, la autora referente de la literatura erótica con más de 500.000 ejemplares vendidos en todo el mundo.

Adéntrate en el abismo.

Lena Valenti (Badalona, 1979) se dedica a la escritura profesional desde hace más de una década y ha publicado más de sesenta novelas de género romántico adulto y de subgéneros como la mitología, la fantasía urbana o el thriller erótico y paranormal.

Ha vendido los derechos audiovisuales de varias de sus sagas y sus libros han sido publicados en España, México, Argentina, Italia, Alemania y Bulgaria. Muchas de sus creaciones son consideradas obras de culto por sus legiones de seguidores en todo el mundo.

Primera edición: abril de 2023

© 2023, Lena Valenti
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e imagen de portada: Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6488-4

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinenamora
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Marcada por las llamas

Advertencia

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Sobre este libro

Sobre Lena Valenti

Créditos

TRILOGÍA DEL FUEGO SAGRADO III

LENA VALENTI

CARICIAS DEL INFIERNO

RÍNDETE A LA PASIÓN.
PREPÁRATE PARA EL FIN.

Grijalbo

LENA VALENTI

Caricias del infierno

Grijalbo

Para todos los que se enfrentan a sus demonios cada día

I

No sé ni cómo me siento ahora mismo.

Me embarqué en esta aventura creyendo que mi compañero era bueno, confiaba en él a pesar de ser consciente de sus misterios.

Me enamoré de él a ciegas.

Sería falso no reconocerlo: estoy enamorada de Adonis, para mi desgracia.

Y ahora es como si me hubieran abierto los ojos para comprobar que el mundo que creía aprendido no es lo que yo pensaba, porque el demonio más peligroso, el más voraz, lo he tenido encima, dentro, al lado y en todas partes imaginables. Saber lo del nacimiento bizarro de Adonis, teñido de fantasía y terror, me ha dejado sin palabras, aturdida y emocionalmente devastada.

Las advertencias estaban ahí en las palabras de Antón, en el secretismo de Adonis, en su dificultad para darle la espalda a alguien, para confiar en mí. Él siempre ha sido un demonio, el problema ha sido mío por pretender creer que, en el fondo, no lo era. Que es bueno, noble y que podía sentir algo por mí. Pero eso también ha sido falso. Solo recordar cómo le hacía el amor a Drugia hace que mi pecho arda con unos celos terribles y una decepción punzante y criminal.

Más allá de esto, que es lo que me tiene la moral comida, y de meditar cuál debe ser mi siguiente paso y cómo protegerme no solo de él, sino de la Corte, es evidente que mi movimiento más inmediato es cuidarme y ocultarme de la brujería del fascinador.

Él, aparte de Adonis, es mi principal amenaza, una más para añadir al saco.

Por eso he salido del monasterio con los artilugios que me ha dado

Mariagna para mi protección: un muñeco de barro *kolossoi* con cuernos y rabo, alfileres en los ojos y en el pene. Recuerdo que mi abuela tenía algunos en su baúl, pero no como este. También me ha dado una *tabulae* con un escrito grabado en latín para proteger a la persona que la entierre. Es decir, a mí.

He seguido sus consejos de inmediato y he ido al cruce de caminos de tierra que hay en dirección a la torre vigía. El mismo cruce donde Adonis me atropelló, donde empezó su más que sospechoso ardid. Porque ahora lo veo todo como un embrollo mental: los miembros de la Corte pueden entregar a sus familiares en sacrificio, como le sucedió a Tania. Si Adonis es de la Corte y es hijo secreto de uno de sus reyes, ¿podría haber entregado a Tania? Si sabe quién soy yo, ¿cuánto tardará en decírselo al Demogorgon y al Rey? ¿Por qué no lo ha hecho ya? ¿Es un paripé lo que está haciendo conmigo? ¿Ha estado riéndose de mí todo este tiempo? ¿Busca venganza o solo la aprobación de su verdadero padre cuya identidad, en realidad, conoce y me oculta? ¿En serio ha sido tan cínico y mentiroso conmigo?

Se me oprime el corazón al pensar así de mal de él, pero sería una ilusa si no lo hiciera. Adonis nació con cuernos y rabo, con el físico de un demonio real, hijo de un miembro de la Corte. Y lo hizo en un lugar sacro, en la Murtra.

¿Qué significa eso? ¿Es bueno o malo? Ya no tengo nada claro.

Casi ha anochecido. Son las nueve y, después de enterrar la *tabulae,* he venido hasta el lugar donde todo empezó y cambió hace cuatro años.

Es curioso, porque la torre sigue siendo un vigilante silente, aunque nada eficaz, dado que aquí no hay nadie que pueda socorrer si sucediera cualquier cosa.

Aun así, ya he superado mi miedo a estar sola. He dejado la moto aparcada arriba y he vuelto a descender el pequeño terraplén hasta llegar al lugar de los hechos.

Está muy bien marcado con el estramonio, que ya ha crecido. La marca del Demonio, según me informó Adonis. Cuando me abrazó hace unos días y me dijo que yo era fuerte y empoderada y que él me iba a ayudar en todo, fue cuando más caí en su embrujo y en su

hechizo de amor. Y ahora tengo la necesidad de romperlo. Pero no es tan fácil. Por eso, en este instante, debo encargarme solo de lo que puedo controlar.

Así que enciendo la linterna del móvil y aprovecho para hacer un agujero justo debajo de donde ha crecido la planta. Escarbo con la mano libre hasta que el hoyo es lo suficientemente profundo como para guardar el muñeco vudú. Huele a tierra húmeda.

—El Demonio nunca dará con la presa que no puede ver. —Esas son las palabras que me ha dicho la madre Mariagna que repita mientras lo entierro—. El Demonio no deseará a la presa que no huele. —Ahora cubro el *kolossoi* con tierra y recoloco el estramonio encima. Repito las frases tres veces.

Cuando acabo, apago la luz de la linterna y me sacudo las manos para limpiarlas de la tierra.

—Una cosa menos, Ares —me digo para animarme.

Pero no lo siento, porque Adonis me ha partido en dos. Me hizo creer aquí mismo que yo era importante para él y que iba a cuidar de mí, y lo único que ha hecho ha sido mentirme, darme de lado y esquivarme para que jamás me acerque lo suficiente a él como para saber que era el hijo del Demonio.

Porque, si lo descubría, le jodía la tapadera. Porque la Corte no sabe quién es, o eso tengo entendido. Ha debido de hacerlo por eso, porque no se me ocurre otro motivo de peso.

Me incorporo lentamente y percibo la humedad en mis mejillas. Estoy llorando por su culpa. Me seco las lágrimas con un manotazo rabioso e inspiro hondo.

Al menos, espero que esto me saque de encima definitivamente al fascinador y a su demonio de los sueños.

—Hola, señorita Parisi. Por fin solos.

Me doy la vuelta sorprendida porque reconozco esa voz de inmediato. Cada célula de mi cuerpo se pone en guardia y cuando nuestros ojos se enfrentan, su presencia me aterra.

Frunzo el ceño y doy un paso atrás para guardar distancias. Está más cerca de lo que quisiera. ¿Cómo ha venido hasta aquí? No he oído llegar ningún coche.

—¿Angol? ¿Qué haces aquí?

No me contesta. Me repasa de arriba abajo y asiente como si lo que viera le gustase mucho.

—Eres muy hermosa, señorita Parisi. Incluso sin ropas de lujo encima, sigues siendo muy atractiva.

Carraspeo, aún aturdida por su presencia incómoda. No lo entiendo. ¿Me ha estado acechando?

—Lo mismo digo —contesto siguiéndole el juego. Angol es un animal inclinado a la persecución. Lo veo, lo intuí desde el primer momento en que lo vi. Sus modales son forzados e impostados porque deben ocultar unos instintos más que cuestionables: los de un sádico y un sociópata. Lleva unas deportivas oscuras, unos pantalones negros tipo Dockers y una camiseta gris oscura de algodón de manga corta. Es tan rubio que el tono claro de su pelo resalta más con los tonos oscuros que usa para vestir. Sus ojos de ese marrón whisky no brillan. Parecen enfadados, como si yo le debiese algo—. ¿A qué has venido?

—Oh, a nada. —Se encoge de hombros de ese modo que denota hastío y también prepotencia. Sus manos están ocultas en los bolsillos delanteros. Fija su mirada en mi muñeca, que ya no luce el brazalete de virtuosa, y eso provoca que frunza el ceño decepcionado—. Solo quiero adelantarme a los acontecimientos. Pero… —mira alrededor, como si el lugar le incomodase—, no acabo de comprender qué estás haciendo en este lugar, escarbando en la tierra. ¿Es un ritual, tal vez?

—Puede.

—Conozco muchos rituales —asegura. Cómo no los va a conocer si está rodeado de brujos y demonios.

—Es secreto —lo corto abruptamente—. Perdona, pero… ¿a qué acontecimientos te quieres adelantar? —pregunto y me preparo para cualquier cosa. Un hombre así no se va a encontrar a solas conmigo, al caer la noche, por pura casualidad. Es obvio que no. Solo tengo mis manos para defenderme en caso de que me quiera hacer algo malo. Que no lo dudo—. Angol, me has estado siguiendo. ¿Por qué?

—¿Por qué no llevas tu brazalete de virtuosa y no muestras mi piedra? Es una falta de respeto a los vires que te la hayas quitado. Las virtuosas no hacen eso.

—He tenido que arreglarla. Con tantos abalorios, se me clavaban en la piel —le miento. Me la he quitado porque me daba un asco tremendo llevarla. Miro a mi alrededor con disimulo por si tengo que echar a correr—. ¿Puedes dejar de responderme con más preguntas?

—¿Qué has venido a enterrar?

—Puede que viejos fantasmas. —Él arquea las cejas rubias sin ocultar su curiosidad.

—Joder… —Se frota la barbilla—. No sé qué haces aquí, es perturbador —dice con una media sonrisa.

—¿Perturbador para mí o para ti? Eres tú el que me ha estado siguiendo.

—Una chica como tú no puede ir sola por estos lares. A veces, pasan cosas. Hay gente mala por todas partes.

—Suelo tener bastante cuidado. —Hasta un ciego vería que la conversación es muy tensa y desconfiada entre ambos—. Angol, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué quieres? —El tono amable ha desaparecido—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque no quiero perder más el tiempo contigo.

—¿Respecto a qué?

—A tu decisión en la Liberalia. ¿Me vas a elegir? ¿Vas a escogerme en el Abismo ante tu vir?

Formo puños con las manos e ignoro la información que acaba de darme sobre la celebración del rito para centrarme en el ahora. Comprendo que le dé la respuesta que le dé, Angol tiene algo planeado para mí.

—No tengo la decisión tomada todavía.

Él medio sonríe y su actitud, de nuevo, se vuelve algo errática y nerviosa. Joder, esto no me gusta nada.

—Pero sí besaste a Belial en la fiesta romana de anoche. ¿Era una declaración de intenciones?

—Angol, tú y yo no deberíamos tener una conversación así a espaldas de mi vir —digo un poco más nerviosa—. Voy a llamar a Adonis.

—No. No lo vas a hacer. —Él saca la mano derecha del bolsillo y me enseña un aparatito negro—. Esto impide que cualquier móvil a mi

alrededor emita o reciba ningún tipo de señal.

Entreabro los labios lentamente. Joder, otro más que se sirve de la tecnología para conseguir sus propósitos. Supongo que los delincuentes y los sociópatas más avanzados y con más dinero se sirven de juguetitos así. Debería dejar de subestimarlos y empezar a ser más curiosa al respecto.

Pero la realidad es que estoy sola ante él. Y aislada.

—¿Por qué llevas aparatos así? Parece más una herramienta de un delincuente que la de un virtuoso culto y honorable de la Corte —le pregunto para ganar tiempo—. Es inapropiado.

—Inapropiado es lo que hiciste anoche después de mirarme cómo lo hiciste. Pensaba que te gustaba. —Su tono es de reproche, incluso infantil. Y sé que detrás de esas actitudes se esconde el temperamento de un desequilibrado caprichoso al que le cuesta mucho aceptar que le digan que no—. Pensaba que me besarías a mí, pero te inclinaste por mi hermano. Siempre él… El jodido niño bonito —gruñe rabioso—. Y tú, una calientapollas vulgar que solo querías ponerme celoso. Estoy cansado de que se rían de mí y que no me dejen ser quien soy ni hacer lo que quiero. —Se rasca la barba rubia por abajo y se cruje el cuello hacia un lado—. No me vas a elegir, ¿verdad? Lo escogerás a él y se reirá otra vez de mí, y yo tendré que contentarme con las sobras. Como un puto tullido, lo que siempre me han considerado.

Cuando observo a Angol, veo de frente todas las banderillas rojas de advertencia de no te acerques porque está enfermo y es malo. Es un reincidente, aunque no diría que tóxico; eso ni se le acerca. Es un ser corrompido de maldad. Tengo la sensación de que estoy ante un yonqui adicto a muchas cosas, y ninguna buena.

—¿Por qué crees que se ríen de ti?

—Tú también lo hiciste de mí ayer, zorra —dice despiadadamente —. No hagas como que eres inocente. Todos lo hacéis. Mis padres, mi hermano, incluso Drugia… Estoy cansado de tanta condescendencia.

—Angol, yo no hice nada de eso. No pretendía humillarte. Solo elegí a Belial para darle ese beso. Pero nada más.

—Me da igual. Lo siento, señorita Parisi, pero antes de que nadie te pruebe, lo haré yo. Esto lo voy a hacer por mí mismo, para que dejen

de burlarse de mí… Para que aprendan —espeta furioso—. Eres a la única mujer a la que le he puesto mi abalorio. No voy a dejar que me humilles rechazándome en público en mi primera vez y, ni mucho menos, voy a permitir que elijas a mi hermano antes que a mí. Soy el favorito de Bacus, soy el que implanta sus juegos, su mejor precursor. Por eso soy Angol. Y tú pretendes ningunearme.

Su primera vez eligiendo a una virtuosa. Me imagino de lo que se habrán librado las demás. Dice que es el favorito de Bacus y Angol es el demonio de los excesos, los alcohólicos y los drogadictos. ¿En qué categoría está él? ¿En todas?

—¿Por qué crees que te consideran un tullido? —Desvío la mirada hacia el suelo, buscando alguna piedra o algún palo con el que poder defenderme en caso de que me ataque. Angol es imprevisible. Esconde mucha rabia y mucho desdén hacia todo y todos.

De repente, un movimiento en él centra toda mi intención; me remueve de un modo que me pone en alerta máxima y hace que me sienta como una niña que abre un baúl creyendo que es el de un tesoro cuando, en realidad, es la caja de Pandora. Son esos movimientos de los dedos, esas compulsiones, ese tic nervioso, los que provocan que algo en mí se rompa.

Que se encienda. Que se prenda.

Veo a Angol ante mí, cuyo verdadero nombre no sé ni si sabré alguna vez. Pero no me importa. Solo es una invención, un hombre disfrazado, una fachada, pero lo veo en su esplendor. Veo lo que es, su esencia demoniaca. Su maldad.

—Me consideran un tullido porque, a veces, me dejo llevar por mis obsesiones y mis adicciones. —Sonríe y se hace un vacío en mi estómago—. Soy impulsivo y eso, dicen, les acarrea algún que otro problema —se burla—. Pero Drugia me ha dicho que me deje llevar. Que no puedo permitir que te rías de mí en mi cara. Ella también vio cómo coqueteabas conmigo… Me dijo que te diera una lección antes de que me humillaras. Y es lo que voy a hacer.

Oh, joder, la maldita zorra de pelo naranja. Drugia le ha metido esas ideas en la cabeza. Es obvio que Angol es muy manipulable y que Drugia es malvada. Debo de incordiarla mucho, ponerla muy nerviosa

para que me quiera sacar de la ecuación. Pero es tonta, tan solo una mujer celosa y esquizofrénica que ve cosas donde no las hay, porque para ser una amenaza para ella y sus propósitos, Adonis debería sentir algo por mí.

Y él no siente nada.

—No has venido a hablar conmigo, ¿verdad? Ni a protegerme de los hombres malos. —Trago saliva cada vez más compungida—. Porque tú eres el hombre malo. Quieres hacerme daño. Drugia te ha dicho que me lo hagas.

—No lo hago por lo que me ha dicho Drugia. Lo hago por mí. Te quiero para mí, señorita Parisi. Y si no eres mía, no serás de nadie. Ni de tu vir, por el que lloraste la noche anterior, y mucho menos para mi hermano Belial. Es hora de que me respeten.

Sigue moviendo los dedos y sus ojos muestran sombras oscuras bajo los párpados. Está más pálido de lo normal. Me recuerda a una persona que se está desintoxicando. Sé que se toma unas pastillas, pero no me ha dado tiempo a investigar para saber de qué son.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido. Desde ayer por la noche, desde que saliste de la fiesta romana llorando y enfadada con tu vir. Hice que siguieran el coche hasta el centro de Badalona y llevo esperando todo el día verte aparecer por la plaza. Yo también conduzco una moto. Es lo más discreto para dar continuidad al seguimiento y moverse por el centro.

Me quedo sin aire al pensar en lo que supone eso. Angol no solo me ha visto llorar y discutir con Adonis, con lo que entenderá que siento cosas por él; además, sabe dónde vivo. Eso hace que sienta que ha profanado mi intimidad y mi casa.

Los movimientos de sus falanges se vuelven más rápidos. Es como si tocase un piano invisible.

—No puedes hacer eso, Angol. Le debes un respeto a Adonis.

—Adonis se pasó el día de ayer follándose a Drugia, hasta la dejó irritada y sin poder caminar bien. Me lo dijo. —Aprieto los dientes con rabia—. Él no te quiere ni te querrá. Es evidente que quiere entrar en la Cúpula y que desea a Drugia. A ti no te tiene en cuenta. —Su sinceridad es tan brusca como dañina—. Yo puedo hacer lo que

quiera, señorita Parisi. Tengo poder y el favor de Bacus.

—Dudo que a la Corte le guste que persigas a una virtuosa por tu cuenta…

—La Corte no conoce nada de lo que hago. No tienen ni idea de que estoy aquí ni que tengo un plan contigo. Drugia ni siquiera sabe que he seguido su consejo. Nadie descubrirá lo que voy a hacerte. El único control que tienen sobre mi persona es asegurarse de que me tome la medicación. Pero ya estoy cansado. Las pastillas hacen que no me sienta… —Se mira las palmas de las manos—. Yo. Ahora mi pregunta es: ¿qué haces aquí y qué has enterrado? —Otea el lugar con desconfianza.

—A ti no te importa lo que hago aquí. Por favor, deja que me vaya. —Necesito ganar tiempo.

Él chasquea la lengua.

—Lo siento, pero no lo puedo permitir. He venido a obtener lo que quiero y a dejarte claro que eres mía. Voy a follarte lo quieras o no, señorita Parisi. Y cuando haya acabado contigo, te entregaré a Bacus. No sé qué mierda tiene este lugar —susurra fijando sus ojos marrones en las copas de los árboles y después en el suelo de estramonio— que lo hace tan atrayente para mí. —Se lleva la mano a la parte baja de la espalda y saca un puñal de mango negro y dorado algo estrafalario—. Pero lo voy a descubrir.

—Yo no soy de nadie, imbécil —espeto ya sin educación—. Y es evidente que no quiero que me pongas un dedo encima. —Lo miro de frente y doy un paso atrás—. Violas y matas, ¿verdad, Angol? A pesar de ser un príncipe, te manchas las manos de sangre. Eres una parte activa de la Mano Dura de la Cúpula. Estás para que te encierren, como todos.

A él la pregunta le pone en guardia. Entonces sonríe sin más y susurra:

—Vaya, vaya…, mira lo que tenemos aquí. Una virtuosa curiosa y juiciosa con la Corte… ¿Sabe Adonis lo que piensas? ¿No eres una adoradora nata de Bacus? ¿No eres una de sus mujeres del Abismo? ¿Ni siquiera tienes la Influenza en tu sangre?

—No. A mí no me han inoculado esa mierda.

—Ah…, pero sabes lo que es. Interesante… Voy a tener que informar de esto a la Corte. —Desliza sus ojos por mis piernas y hace que me sienta desnuda—. ¿Quién eres tú, señorita Parisi?

—Eso es lo que soy. Una Parisi. —Alzo la barbilla—. Y siempre escapo de los hijos del Diablo como tú.

—Y yo soy uno de los hijos del Rey, puta. Cuanto peor me hables, más me ensañaré contigo. —Se pasa la lengua por el labio superior y hace rotar el puñal entre los dedos—. Me muero de ganas de marcar ese cuerpo y esa cara que tienes, virtuosa, para que todos sepan que has sido y eres mía. Será divertido. Ahora, ven aquí.

Igual se cree que me voy a acercar voluntariamente a él. No será así. Doy otro paso atrás y él se echa a reír.

—Soy más fuerte que tú y más veloz.

—¿Quién eres? ¿David el Gnomo? —me burlo de él sabiendo que eso le sacará de sus casillas.

—¿Quieres que te cace? ¿Quieres jugar, maleducada? Bien, más diversión —dice tocándose la entrepierna. Maldito sea, está excitado. Le pone la idea de hacer daño y violar—. Pues prepárate, perra. Que voy a por ti.

En cuanto me dice eso, arranco a correr e intento subir la pequeña colinita para llegar hasta la moto. Sea como sea, estoy en problemas. Si consigo salir viva de esto, Angol ya sabe que siento un ligero desprecio hacia los juegos báquicos y la Corte, y eso me señalará ante los demonios. Ya sabe dónde vivo, dónde viven mi madre y mi hija.

Estoy a punto de bloquearme. Me doy cuenta de que vuelvo a la misma pesadilla en el mismo lugar. Un hombre que quiere abusar de mí, que quiere acabar conmigo, que quiere destruirme. Solo que, esta vez, si me destruye, hará daño a más personas, entre ellas a mi Venus. No permitiré que me deje inconsciente y que abuse de mí. Si me mantengo despierta y consciente siempre podré luchar.

Pero es pensar en mi pequeña y los pies se quedan bloqueados intentando ascender el pequeño terraplén. Si corro, si me escapo, seguiremos en problemas y no solucionaré nada.

Venus se merece una vida sin huir y sin esconderse, y con la Corte tras nuestros pasos, si Angol cierne la sombra de la sospecha sobre mí,

es lo que haríamos constantemente. Porque es evidente que nadie escapa de la Corte.

Debo tomar una decisión.

Angol es un demonio. Soy una vestal.

Es como el sueño recurrente que tuve durante unas noches seguidas en el que iba vestida con un traje blanco en llamas mientras un demonio me perseguía y yo debía, como fuera, ir al templo a mantener la llama sagrada encendida.

Si Angol me caza, si me vence, no habrá llama sagrada que proteja mi ciudad y los demonios volverán a vencer. No está entre mis opciones dejar mi tierra a oscuras.

Sé defenderme, puedo hacerlo.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos y me sujeto al tronco fino de un árbol para seguir ascendiendo, o eso le hago creer a Angol. En realidad, me impulso y lo utilizo para dar una vuelta sobre la base y abalanzarme sobre él para darle una patada en el pecho con tanta fuerza que sale propulsado hacia atrás y cae de espaldas hasta abajo, deteniéndose en la diminuta y asfixiante planicie donde todo sucedió.

Corro hacia él mientras intenta incorporarse, pero no es un luchador, así que sus golpes y sus patadas son inesperadas, inexpertas, pero sorpresivas. Lucha como alguien fuera de sus cabales, sujetándose con fiereza a sus ansias de dominio y de supervivencia. No estudia al oponente, no lo ve venir, solo quiere lastimarlo y acabar con él lo antes posible.

Lucha como un loco. Con la misma rabia.

Esquivo sus golpes y le doy un par de puñetazos en la mejilla izquierda y en la derecha.

¡Ah, mierda! ¡Cómo me duelen los nudillos!

De repente, se tambalea y lanza un cuchillazo al aire que me roza la cadera y me hiere al alcanzarme la piel. Me aprieto la herida con mi mano. No es muy profunda, pero voy a sangrar un poco. En el krav magá me han enseñado a enfrentarme a situaciones con arma blanca y no es algo con lo que no sepa lidiar, pero debo ejecutar los movimientos muy bien.

Él se remueve para lanzar nuevos golpes. Uno de esos mal dados me

alcanza en la boca del estómago y me deja ligeramente sin respiración. Ese instante de desprotección lo aprovecha para agarrarme del pelo y tirarme al suelo.

—¡Ven aquí! —me grita sentándose encima de mí, sobre mis caderas—. ¡¿Dónde has aprendido a dar esos golpes, gatita?! ¿También eres luchadora? ¡No me imaginaba que ibas a presentar tanta batalla! —Apoya la punta del cuchillo en mi mejilla. Su expresión es un rictus de horror y sadismo. Tiene los ojos enrojecidos y muestra los dientes como si tuviera colmillos—. ¡Señor! —Mira al cielo—. ¡Esta es para ti!

Un roznido distrae a Angol y también a mí. Ambos miramos en la misma dirección y vemos a un asno. Sí, un asno de color gris oscuro y parduzco que acaba de aparecer en el lugar, entre los árboles, comiendo hierba. Nos mira fijamente, ajeno o no a la escena de violencia que se desarrolla ante sus ojos animales.

Las masías de alrededor tienen caballos y también burros, pero no me imaginaba encontrar a uno suelto merodeando a horas nocturnas. Debe de pertenecer a algún vecino al que se le ha escapado.

Esta es mi oportunidad. Aprovecho la distracción para reaccionar y detener a Angol.

Le agarro la muñeca de la mano que sujeta el puñal con la derecha, presiono los tendones adecuados y se la retuerzo hasta que él suelta el arma. Su expresión es de sorpresa total; no ve venir lo siguiente que le va a suceder. Con la parte baja de la palma de la mano izquierda, que no es la buena, le doy un golpe seco debajo de la barbilla y en cuanto cae hacia atrás y se quita de encima de mí, me revuelvo, muevo las piernas y me impulso para rodearle el cuello con los muslos sin dejar de sujetarle el brazo para hacer más palanca y conseguir el tipo de estrangulamiento que quiero.

Estoy completamente ciega en este momento. Deseo matarlo. Quiero hacerlo yo, con mis propias manos. Estoy ansiosa de sangre de demonio, ansiosa de venganza. Y si no lo hago yo, nadie lo hará por mí. Nadie protegerá a mi familia de la sed de estos hijos de perra.

Angol los representa a ellos. A sus vicios, sus adicciones, sus inclinaciones satánicas y delictivas, sus desvíos morales…

No sé su nombre. Aún no.

Todavía no sé de qué rey es hijo.

Pero sé que Drugia lo animó a hacer esto.

Y sé, a ciencia cierta, que hoy es su último día como demonio en la tierra.

La mano libre de Angol me golpea el muslo, como si así yo fuese a detenerme, e intenta pellizcármelo, pero lo tengo tan tenso y duro que no lo consigue. Le estoy haciendo un estrangulamiento triangular lateral, usando mis muslos alrededor de su cuello y su propio brazo para ahogarlo.

Me estoy dejando toda la vida en ejercer fuerza con las piernas mientras él se queda inconsciente. La mano con la que me golpeaba el muslo ha caído laxa al suelo.

Pero lo que de verdad quiero es conseguir romperle el cuello y matarlo en el acto. No pretendo dejarlo inconsciente, ese no es mi objetivo. Necesito que cierre los ojos para siempre, para que yo pueda cerrar los míos por las noches y dormir más tranquila.

Pero entonces, de la nada y sin saber de dónde han salido, veo a Adonis y a Nicolaus cernirse sobre mí.

¿Cómo me han encontrado? ¿Cómo sabían que estaba aquí?

La expresión del Príncipe del Abismo, guapo y mentiroso, es de estupor y también de desconsuelo. Su rostro está cubierto por una pátina de sudor y su rictus luce completamente descompuesto y desolado mientras revisa mi cara y mi cuerpo como si buscase una herida mortal.

Apenas los oigo. Solo escucho un pitido en el oído porque estoy concentrada, porque soy capaz de desmayarme de la fuerza que insuflo a mi estrangulamiento.

No sé lo que dicen. Solo sé que quieren salvar a Angol de mi ataque y eso hace que me vuelva loca.

Quiero oír el crac antes de que lo liberen. Necesito escuchar cómo le rompo el cuello a este cabrón, cómo le quito la vida.

Pero ellos lo impiden y, ejerciendo presión en puntos que a mí también me duelen, me obligan a liberarlo cuando es lo último que deseo.

Nicolaus acaba de sujetar a Angol y se lo ha cargado al hombro para subir el terraplén con él.

Yo no sé ni dónde estoy hasta que soy consciente de los brazos que me sujetan por la espalda y me tienen levantada del suelo, inmovilizada.

—Deja de gritar, Ares, por favor —me dice la voz de Adonis al oído —. Pueden oírte… Cálmate, estoy contigo.

Ni siquiera sé que estoy gritando. No sé cuándo he empezado a hacerlo, pero sentir que es Adonis quien me priva de hacer lo que quiero me llena de cólera y me convierte en una fiera entre sus brazos.

—¡Suéltame, hijo de puta! ¡Suéltame! ¡Suéltame! —Que está conmigo, dice. Si lo que quiero es que me deje en paz.

—¡Ares, tienes que tranquilizarte! ¡Para!

—¡Cabrón! ¡¿Por qué le has salvado?! ¡Devuélveme a Angol! —le exijo—. ¡Eres un mentiroso! ¡Un traidor!

—Ares, maldita sea… —gruñe desolado—. ¿Me vas a obligar a hacer esto? —dice contrariado.

—¡Vete al Infierno!

No sé lo que tiene pensado hacerme hasta que percibo un pañuelo fresco contra mi boca que me enmudece y un potente olor narcótico me llega hasta el cerebro para dejarme fuera de juego en menos de tres segundos.

Lo último que recuerdo son mis propias lágrimas cayendo por mis mejillas antes de abandonarme a la inconsciencia.

II

Despierto muy poco a poco, pero aún con la adrenalina por las venas. Nerviosa, me incorporo y miro a mi alrededor en busca de Angol y de Adonis, porque a ambos los considero enemigos.

Sin embargo, advierto que estoy en el sofá de mi casa, en la *chaise longue* donde mi abuela se fue hace días. ¿Qué hago aquí? De pie, apoyado en la chimenea y escoltado por el cuadro de Silvia Rea, un Adonis desafiante a la par que angustiado me mira de brazos cruzados.

Ahí está, el demonio, la serpiente hermosa que miente y oculta. Me levanto del sofá y lo encaro con los puños apretados.

—¡Tú! —le increpo muy rabiosa. Sigo enfadada con él por lo de Drugia, pero, además, a esa emoción se le ha añadido la decepción y la traición—. ¡¿Me has drogado?!

—No llevas ni una hora dormida. El tiempo suficiente como para conducir tu juguete y traerte a casa. —Me observa de arriba abajo y sus ojos de lobo se tiñen de dolor al ver mi cadera—. Vas a necesitar puntos ahí.

—¡Me importan una mierda los puntos! ¡¿Por qué os habéis llevado a Angol?! ¡Me atacó! ¡Ese cabrón de la Corte ha querido matarme! ¡¿Ahora lo proteges?!

—No he hecho nada de eso.

—¡Claro que sí! ¿Es porque es tu amigo? ¡¿Es porque es de los tuyos?!

—¿De los míos? —Sus ojos se convierten en una fina línea dorada.

—¿A él también te lo follas, Adonis?

Las palabras salen volando a través de mi boca y no me da tiempo a

pasarlas por ningún filtro. Él se descruza, decidido a darme una explicación, pero yo no le dejo hablar.

—¡No quiero que estéis en mi casa! ¡Ni tú ni ellos! ¡¿Me oyes?! ¡No os quiero aquí! ¡Quiero que os larguéis!

—Ares, no sé qué ha pasado ni qué sabes, pero…

—¡Lo sé todo! —gruño con los dientes apretados—. Todo. Sé qué eres. Sé quién eres. Y me da asco que me… que me hayas tocado como lo has hecho… —Me miro el cuerpo disgustada—. Me siento profanada por ti. Nunca debí permitir que te acercaras, que me engañaras como lo has hecho.

—Yo no hice nada. Todo lo hiciste tú solita. —Parece muy afectado por mis palabras. ¿Sabrá a lo que me refiero?—. Recuerda que fuiste tú quien insistió en jugar y venir a la Corte conmigo. Yo me negué.

—Pero entonces no sabía que me estabas engañando, no sabía que lo que hacías era atraerme a la tela de araña con tu encanto taimado para ponerme en bandeja a esos cerdos.

—¿Qué?

—Sí, no me mires como si no supieras de qué te hablo. Nos has engañado a todas. A mí, a mi madre y a Venus. ¡Incluso a la niña, que se cree que eres bueno! Eres un puto demonio —escupo disgustada—. Te he descubierto.

—No sé de lo que hablas, Ares —reconoce afligido—. Lo único que he hecho ha sido protegerte.

—Pues no me protejas más. ¡¿Dónde coño está Angol?! —grito con todas mis fuerzas—. ¡No tenías derecho a quitármelo! ¡Era mío!

—Angol no era tuyo —me asegura él con gesto muy severo, cerniéndose sobre mí—. Hubiera deseado que fuera mío, te lo juro. Yo mismo le hubiera arrancado la piel a tiras muy lentamente. Pero le dimos nuestra palabra a otra persona para que se encargara de él. —Adonis parece un toro a punto de embestir.

—¿De qué hablas?

—No, Ares. Angol no era tuyo ni mío. Angol, aunque no lo creas, era de tu madre.

—¿Qué estás diciendo? ¡Deja de mentirme! —Lo empujo con todas mis fuerzas.

Él me sujeta por los antebrazos e impide que me retire.

—No te miento. A tu madre le prometimos que, si dábamos con el hombre que te violó hace cuatro años, se lo serviríamos en bandeja.

Es un golpe de realidad inesperado.

Es una verdad tan devastadora para mí que estoy a punto de desmoronarme aquí mismo: Angol, el hombre que he estado a punto de matar con mis propias manos, me violó hace cuatro años.

Ni siquiera me sale la voz. Y lo peor es que ni siquiera puedo negarlo abruptamente porque, en mi fuero interno, estoy convencida de que lo que acaba de decirme es verdad. No lo puedo refutar.

He tenido esa sensación. La tuve anoche en la fiesta romana y la he tenido hoy al enfrentarme a él, pero no tengo pruebas en las que basarme, solo son meras corazonadas. Y, sin embargo, este hombre que todo lo descubre y todo lo sabe, que todo lo oculta y todo lo enturbia, acaba de darme la razón. Pero no entiendo nada. No sé cómo ha descubierto que fue Angol ni tampoco qué tiene que ver mi madre en esto.

Estoy temblando de la frustración y de la sorpresa.

—¿Dónde está? ¿Por qué se lo habéis llevado a mi madre? ¿Dónde está ella?

Adonis mira hacia el jardín y yo me vuelvo hacia él sin pensármelo. Cuando veo la escena que se desarrolla ante mí, palidezco y se me pone el corazón en la garganta.

Angol está de rodillas frente al larario y a los agatodemons. Mi madre está tras él, de pie, descalza, con el camisón blanco que usa para dormir y su glorioso pelo negro ébano suelto sobre la espalda. Parece una romana orgullosa y deseosa de sangre y de venganza, escoltada por Nicolaus y John, que se han convertido, sin duda, en sus propios agatodemons. Yo tengo el mío, o creía que lo tenía, pero parece que mi madre ha encontrado a los suyos también.

En la mano derecha lleva un cuchillo. Es uno de esos objetos antiguos que guardaba mi abuela en su baúl de los recuerdos romanos. La hoja no está afilada, pero sigue cortando igual si se le aplica la debida presión. Es todo muy ceremonioso y simbólico, y yo estoy muerta de miedo.

Trago compungida y salgo corriendo al jardín.

—¡Mamá!

—Ares —me dice ella con voz firme y autoritaria. Me detengo al instante—. No alces la voz o despertarás a Venus.

¿De qué me está hablando? Tiene a un hombre de rodillas ante ella y me dice eso.

—Mamá, ¿qué crees que estás haciendo?

—Buscar mi propia paz. Y también la tuya —asegura sin darse la vuelta—. No te acerques.

Doy dos pasos intentando recortar la distancia, pero Adonis me sujeta de la muñeca.

—¡Suéltame, joder! —le grito apartando su mano.

—¡Ares! —vuelve a decir mi madre—. No vociferes. No queremos despertar a los vecinos. Y no se te ocurra acercarte a mí para detenerme.

—¿Qué crees que vas a hacer? —No reconozco ni mi voz.

—John y Nicolaus pasaron por algo parecido con su hija, pero lo suyo tuvo un final cruel y destructivo para ellos y para la pequeña. Me dijeron que no descansaron hasta que mataron a los involucrados en la muerte de su niña, aunque sé que el dolor de su pérdida los perseguirá toda la vida. —John y Nico están a su lado, en silencio, como los perfectos cómplices de lo que va a hacer mi madre.

Miro a unos y a otros y niego con la cabeza.

—¡Parad esta locura ahora mismo!

—No —contesta mi madre con rotundidad—. Hace cuatro años tú saliste viva del ataque, pero estuviste a punto de no contarlo. No creí lo que me dijiste. No creí que te hubieran violado. No supe entenderte ni creerte por lo inverosímil que me parecía todo. Pero desde que sé la verdad hay un fuego interno en mí, Ares —me asegura acongojada—, que no soy capaz de apagar. Es una maldita hoguera y necesito darle lo que me pide. A lo mejor yo también soy una vestal —medio bromea, aunque en el fondo no lo siente—. O solo soy una madre en llamas clamando por la ley del talión un castigo acorde a lo que se merece este hijo de Satanás.

Eso ha sido muy categórico.

—Mamá, deja el cuchillo, por favor… John, Nico —les suplico—, apartadla de él.

—No lo van a hacer —me asegura ella—. John y Nicolaus me entienden, y Adonis también. Por eso les pedí que si descubrían quién abusó de ti e intentó matarte, que me hicieran el favor de traérmelo; porque quien toca a mi hija tiene que venir a pedir clemencia, pero no ante la ley, no ante Adonis ni ante ti. No. —Sacude la cabeza y se seca las lágrimas que sé que está derramando con el dorso de la mano con la que sujeta el puñal—. Tiene que rendir cuentas ante mí, que soy tu madre.

Se me hiela la sangre en las venas.

—Por Dios, mamá… No hagas esto, no sabemos si…

—Es él —dice Adonis a mi espalda—. En el vídeo de la violación solo ves a un hombre de su misma altura, borracho, con manos temblorosas y una mancha en la piel debajo de la barbilla. No teníamos más información. Pero Drugia me la dio.

—No me lo recuerdes. Ahora no —le pido afligida.

—Él es tu violador —insiste mi madre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estáis tan seguros? —exijo saber.

—Escúchame. —Adonis me da la vuelta y me obliga a mirarlo—. Ya sé que ahora mismo no tienes muchas ganas de saber nada de mí…

—Eso ni se le acerca. No me puedo fiar de ti, Adonis. Con todo lo que sé, ya no soy capaz de verte igual —reconozco ahogando un sollozo.

A él se le endurece la mandíbula.

—Me da igual lo que sepas o cómo me veas. Pero si hay alguien a quien le puedes fiar tu propia vida, es a mí —sentencia—. Aunque eso ya lo hablaremos luego.

—Suéltame. Mi madre está a punto de ejecutar a un hombre, no me pidas que te preste atención.

—Pues tienes que hacerlo. —Me sacude por los antebrazos—. Deja tu cabreo y tu malestar a un lado y escucha lo que tengo que decirte, Ares. Drugia me dijo que el inepto que propició la no celebración del Sabbath cuatro años atrás tenía un hermano, ambos hijos de un rey. Que tenía problemas por su carácter, también por sus adicciones y que

aún estaba con tratamiento. Pero no me dijo de quién se trataba porque, al final, no quiso revelarme el secreto. No fue hasta después de la fiesta romana que descubrí quién era por mí mismo. Y lo supe gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, llevabas una gargantilla que grababa todo lo que veías. La misma que te dio Nicolaus para que te la pusieras en Titus. Vi tu encuentro con Angol, su discusión con Belial, en la que descubrimos oficialmente que eran hermanos y que Angol, al parecer, la había fastidiado mucho anteriormente y que debido a eso la Corte había ocultado sus «mierdas» en más de una ocasión. Después, también quedó registrado el momento en el que, al chocarse contigo, a él se le cayó un bote de pastillas. Se trataba de tiamina y ácido fólico. El alcoholismo crónico en el hombre se debe a que la concentración de folatos en su cuerpo brilla por su ausencia, por eso se les administra ácido fólico. Igual que la tiamina, que desciende mucho por la enfermedad y que ayuda a absorber los nutrientes de los alimentos. El hombre que te violó hace cuatro años iba borracho como una cuba, tenía tics en las manos y el sistema nervioso hecho una mierda, como Angol. Aún le tiemblan los dedos y es incapaz de estarse quieto.

—Ya lo sé. Me he dado cuenta.

—Y también habrás visto que no bebe vino.

—Sí.

—Porque no puede probar ni una gota de alcohol, y el vino le pierde. Por eso dijo que era el favorito de Bacus. Porque esa es su adicción. Debíamos hilar muy fino y pensaba esperar a tener una confirmación más firme de mi sospecha, pero con el movimiento que has hecho hoy ya ha quedado todo claro. Te has quitado el anillo, la gargantilla, todo —me recrimina—, y te has quedado totalmente expuesta al acoso de cualquiera de ellos. ¡No puedes volver a hacerlo!

—Ni se te ocurra regañarme. —Lo señalo muy enfadada.

—Por suerte, Nicolaus captó ayer que lo habían seguido con un coche hasta tu casa. Intuíamos que tenías a alguien encima, pero no sabíamos que era Angol. No sabía dónde te habías ido —me explica muy incómodo y nervioso. Me voy a creer que hasta lo ha pasado mal,

al final—. Sin embargo, las cámaras de tu casa graban muy bien. Y te he oído decirle a tu madre que ibas a la Murtra. Así que no hemos perdido el tiempo y te hemos seguido, aunque no hemos sido los únicos. Angol también lo ha hecho en su motocicleta. Cuando te ha acorralado en el mismo lugar en el que te violó, él mismo se ha descubierto creyendo que nadie escuchaba. No podía permitir que acabaras con él. Se lo prometí a tu madre y yo cumplo mi palabra.

—Pues será de las pocas cosas que cumples.

Él arruga el ceño, disgustado.

—Ahora, ella tiene a tu violador en sus manos, Ares —reconoce muy solemne—. Lo hemos cogido. Angol llevaba barba para cubrir la mancha de nacimiento y que nadie pudiera reconocerle en caso de que hubiesen visto tu vídeo. Pero nos hemos encargado de afeitársela para que tú misma lo compruebes y la reconozcas.

Me cuesta creer que vaya a tener por fin una certeza. A confirmar que este ser despreciable es mi agresor. He estado hablando con él, fingiendo que me caía bien…

—No tenemos una declaración, no lo ha reconocido —apunto.

—Sí la tenemos. Mientras lo interrogábamos aquí. Una hora da para mucho con un cobarde. Está grabado. Lo ha escupido todo. La Cúpula de la Corte se encargó de protegerle y de ocultar la enorme cagada contigo. Cuando tengas ganas, puedes ver el vídeo.

—Estoy harta de tus vídeos.

—En él confiesa que no te ha reconocido, que sí violó a una chica en la Endemoniada pero que iba tan borracho que no se acuerda de ella. Sin embargo, sí admitió lo del lugar porque lo tenía todo planificado, aunque se le fue la mano con el vino y no lo hizo bien. Por eso estaba tan sorprendido de encontrarte hoy allí, en un lugar simbólico para él.

—Joder…, me están entrando ganas de vomitar. —Poso mi mano sobre la boca de mi estómago.

Entonces veo que Adonis mueve los dedos de sus manos como si le dolieran; advierto que tiene los nudillos enrojecidos y algún que otro corte no muy profundo.

Los ojos se me llenan de lágrimas de nuevo. Estoy superada

emocionalmente. Siempre me imaginé a mí misma matando a ese hombre con mis manos. Pero no me lo han permitido.

Al menos, no me pueden privar el mirarle a la cara mientras pierde la vida. Ni tampoco comprobar que la mancha que tengo grabada en la cabeza es la misma que él ha ocultado.

Me aparto de Adonis y me doy la vuelta para enfrentarme a mi madre y a sus dos demonios protectores.

Me coloco delante de Angol, que está arrodillado en el suelo como si le rezase a mi abuela. Pero cuando le miro a la cara, ya no hay nada apuesto en él. Sus ojos están inflamados y no los puede abrir. Tiene incisiones profundas en los pómulos y en las mejillas y la piel se le ha hecho jirones, sobre todo en las zonas de más hueso. Lo han desfigurado a golpes. Han hecho una *Pasión de Cristo* con él. Sin embargo, eso no me afecta, ni siquiera lo gore de la imagen. Se lo merece, porque sé que ha hecho daño a más mujeres, no solo a mí.

Entonces, alzo los ojos para buscar los de Adonis. Ha sido él. Él ha sido su verdugo. Mi agatodemon taimado no me retira la mirada. Parece orgulloso de lo que ha hecho, no siente ni una pizca de arrepentimiento. Y no lo entiendo.

Tengo a Adonis desdibujado en mi mente. Quiero confiar en él, estoy enamorada de él, pero ahora le odio por lo que hizo con Drugia y por ocultarme la verdad. Una verdad que ha generado en mí toda esta confusión que siento sobre si es bueno o no, toda esta rabia.

Angol es uno de los suyos. Hijo de un rey, como él. Miembro de la Corte. No sé por qué ha hecho esto ni por qué me ha defendido. Ya no sé qué creer. Cuando me lo quitó de encima, pensé que lo había hecho para salvarle la vida e incluso creí que él mismo podría acabar conmigo. A lo mejor Adonis, una vez se enteró de quién era yo, se mantuvo cerca para tenerme controlada. Quizá siempre lo supo. Como Hugo. Tal vez, él mismo quiere acabar lo que Angol no pudo. Joder…, me estoy volviendo loca.

Pero Adonis le ha dado una paliza violenta y cruda y está a punto de supervisar su ejecución, de acuerdo y conforme con todo lo que suceda en mi casa. Eso tampoco lo haría un miembro de la Corte que profesa hermandad hacia todos los demonios que habitan en ella.

Además, también se encargó de Hugo, Gresil y Edmundo, de esa parte de la camarilla.

Ha molido a puñetazos a Angol. Y creo que se le ha ido la cuchilla al afeitarlo porque tiene cortes por aquí y por allá.

Al final, observo la mancha de debajo de la barbilla del miembro de la Corte… y sí. Lo confirmo. Es la misma que tenía el hombre de mi vídeo. Una mancha circular perfecta.

Lo tuve enfrente y no lo reconocí. No me culpo, porque todo lo que me hizo fue estando yo inconsciente.

Pero me ofende no haberlo advertido antes.

—Hoy ha intentado volver a hacerte lo mismo por una segunda vez, Ares —me recuerda mi madre, cuya mirada está rebosante de odio hacia él y de una determinación inquebrantable.

—Lo sé, mamá —digo mientras me doy la vuelta y lo miro a los ojos —. Mírame bien, miserable, porque has intentado acabar conmigo dos veces, y las dos veces has errado.

—Perra… —murmura soltando sangre por la boca.

—Yo soy la razón por la que la Corte piensa que eres un inútil sin valor, sin oficio ni beneficio. Yo fui la chica a la que violaste hace cuatro años. Y mírame bien porque, gracias a ti, voy a haceros caer y arder en llamas a todos.

—Ni tú ni nadie puede de-detenernos. Esto es… es demasiado grande. Somos inalcanzables.

—No. No lo sois —le dejo claro.

—Sé que a los violadores como él —comenta mi madre—, reincidentes, sádicos y malévolos, a los que odian a las mujeres, no se les puede cortar el pene ni vaciar los testículos porque su maldad no viene de la testosterona, sino de aquí. —Con la punta del cuchillo, le señala la sien manchada de sangre—. No hay reinserción posible para ellos. Tienen el espíritu podrido. Lo que quiero es acabar con su vida directamente. Arrancársela de cuajo, como quiso hacer con la tuya.

—Mamá… —Mi hija está durmiendo en su habitación. Me aterra pensar que algo tan puro como ella esté en la misma casa donde vamos a sacrificar a un demonio.

—Lo ha reconocido todo —me aclara mi madre—. Y esta noche lo

hubiera hecho de nuevo, pero sin alcohol en la sangre. No puede haber perdón ni reinserción para un ser así, Ares. Para que viva, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Niego con la cabeza para darle la razón, porque pienso igual. No pienso detenerla.

Angol es así. Tiene el mal y el vicio dentro. Y es perverso y alocado en sus decisiones.

—¿Quieres matarlo?

—Por supuesto que sí.

Ya sé que no voy a hacer que cambie de opinión. No va a dar un paso atrás.

—Entonces —asiento—, hazlo, mamá. Pero déjame estar a tu lado y déjame verlo —le pido tan decidida como ella—. No te dejaré sola en esto.

—No necesitas recordar esto. No te lleves un recuerdo así para el resto de tu vida. Es demasiado violento.

—Mamá, he visto cosas peores y me han intentado hacer cosas horribles… Créeme, estoy curada de espanto. Angol y los suyos no son personas normales. No tienen remordimientos. No poseen alma. Son demonios. Y a los demonios hay que devolverlos al infierno del que han venido.

—Tú no tienes que mancharte las manos de sangre con este engendro, Ares. Pero yo sí. No creo en la reinserción ni en el perdón para un ser como él, ni para los que abusan de niños y los matan, ni para nadie que torture sistemáticamente a alguien más débil. No hay ni debe de haber segundas oportunidades para ellos. Ya están corrompidos.

—Tienes razón. —Sorbo por la nariz. Mi madre cree que no hay justicia para la maldad. Sí para los errores y las equivocaciones puntuales, revisándolo todo mucho, pero no para el mal que ramifica en el interior de las personas. Y existe. Joder, claro que existe.

Ella sonríe levemente y asiente sin más.

Jamás pensé que vería a mi madre en esta tesitura, con la actitud de una emperatriz dispuesta a sacrificar a un traidor. Con ese porte regio que me recuerda a una amazona y con la serenidad y la convicción

que le aporta su madurez.

No creo que vaya a tener pesadillas. Ni yo tampoco. Le brillan los ojos negros, feliz de dar descanso a su mente y a su inquietud.

—Hazlo —la animo por fin.

Ella obedece al instante. Sujeta a Angol de la frente, que se queja por los golpes propinados por Adonis, y añade mirando al larario de mi abuela:

—No sé si esto me dará paz. No creo que ninguna persona decente disfrute de arrebatar la vida a nadie, pero yo sí voy a quedarme a gusto haciéndolo —conviene alzando la barbilla—. Esto lo hago por todos aquellos que no pudieron vengar las muertes de sus hijos a manos de otros. Sé que la abuela está conforme y es lo que quiere. Ella es la protectora de nuestra casa y sabrá devolver a este demonio al infierno del que viene. Nadie toca a mi hija sin pagar un precio.

Esa es la última frase que pronuncia mi madre antes de deslizar la hoja de izquierda a derecha para cortarle el cuello a Angol. Un chorro de color rojo rubí sale disparado de su garganta con un estertor y está a punto de salpicarme. Pero no lo hace.

Tiene los ojos inflamados, así que no veo cómo se le apaga la vida en ellos. Me basta ver cómo cae hacia delante, emitiendo ruiditos de ahogo hasta que deja de moverse y de respirar y, finalmente, muere.

Se hace un silencio largo en nuestro jardín. Me acabo de dar cuenta de que debajo del cuerpo de Angol hay un plástico ya salpicado con la sangre que ha emergido de sus golpes y que ahora se llena con un charco granate.

Lo tienen todo calculado. No quieren dejar pruebas ni que nuestro precioso jardín se manche de sangre impura. Son profesionales.

—Se acabó —dice mi madre, dejando caer el cuchillo al suelo. Entonces abre los brazos para que yo me sepulte en ellos.

Es increíble lo dura y lo fuerte que me parece. Inquebrantable, decidida, sin miedos y llena de un amor y fidelidad hacia su familia que, tal vez, antes no supe valorar, pero que ahora provoca que la quiera más que nunca y que le tenga mucho más respeto.

Paso por encima del cuerpo sin vida de Angol y me abrazo a mi madre.

No sé cómo, empiezo a llorar, porque lo necesito. Necesito dejar ir el odio, la angustia, el miedo y el estupor… Miro a Adonis de soslayo mientras hundo el rostro en el hombro de mi madre. No quiero que esté aquí.

Él parece perdido y tanto o más afectado que yo. Con lo poderoso que es, su expresión desvalida me afecta. Y le odio más por eso.

—John y Nicolaus se encargarán de todo —dice él con voz ronca, sin saber qué hacer ni dónde meterse—. Ares, tú ya tienes lo que querías. Tu misión ya ha acabado y no tiene sentido que continúes. Es lo justo. Tu aventura en la Corte se acabó. Os dejaré a solas.

Agacha la cabeza, se da media vuelta y se aleja del jardín con gesto sereno pero derrotado.

Yo solo quiero disfrutar de la sensación de haber cazado a mi violador, porque es una victoria y un objetivo cumplido. Sin embargo, una parte de mí me pide que vaya tras Adonis, que tengo que enfrentarlo de una vez por todas y que arda Troya, pero bien ardida.

No obstante, necesito estar más fuerte y ahora debo alimentarme de este momento balsámico con mi madre. Seguramente, pasará el tiempo hasta que ambas seamos conscientes de lo que ha pasado hoy aquí.

Pero lo superaremos juntas y nos apoyaremos la una en la otra, como ahora lo hacemos. En eso, hemos ganado.

Mi madre me abraza más fuerte y me dice al oído:

—La leyenda de las Parisi se ha cumplido.

—¿Qué? —La miro sin comprender.

—Él te violó y te dejó embarazada. Biológicamente, es el padre de tu única hija. Y acaba de morir.

La miro atónita. Siempre me dejará asombrada la facilidad con la que mi madre se sirve del humor negro para sintetizar las cosas.

Solo ella puede sacarme una media sonrisa en un momento como este.

—Joder, mamá. Eres única.

Sí lo es. Y la querré siempre por muchas razones. Y el que se haya cargado mi muerto a sus espaldas es la menos importante, pero es la que más respeto y lealtad me hace sentir.

Mi objetivo, el de encontrar a mi violador, ha sido subsanado.

Aun así, no siento que mi aventura haya concluido.

Ahora lo quiero todo. Quiero que la Corte caiga y que el Rey, sea quien sea, abdique.

Quiero que los demonios ardan, quiero que Adonis se abrase con las llamas de la verdad y decirle a la cara todo lo que sé.

Y también todo lo que siento.

He llegado a un punto en mi vida en el que no quiero dejarme nada en el tintero. Mi madre me dijo que con un hombre como él debía ser valiente y dejarle claro lo que quería, aunque ahora no sepa bien qué es.

Pienso hacerlo. Tengo que arriesgarme.

No me queda otra. Le he quitado la máscara, pero también tendré que quitarme la mía.

III

No es un trago agradable ni amable. Es más bien frío y desconsiderado y deja una estela típica de la quemazón que provoca el hielo al contacto continuado con la piel.

He visto el vídeo del interrogatorio rápido y fugaz de Angol a manos de Adonis. En pocos minutos le ha dejado la cara hecha un mapa. El demonio, ante el castigo, ha confesado como un cobarde, admitiendo entre lágrimas sus culpas y sus vergüenzas, pero sin revelar la información de más que le pedía Adonis. Y no se la ha dado porque aseguró que solo el Demogorgon y el Rey saben lo que va a pasar en los últimos juegos báquicos del Sabbath y a quiénes van a ofrecer a Bacus. Oírlo me ha puesto la piel de gallina porque seguimos siendo conscientes de que pueden morir más chicas si no lo evitamos, que los sacrificios siguen en pie.

Pero también me ha afectado la extrema violencia con la que Adonis ha golpeado a Angol, como si el problema y la ofensa hubiera sido perpetrada contra él. Es brutal e inclemente y, aunque me pone la piel de gallina, también me remueve.

Le tenía ganas y, de haber sido las cosas de otra manera, estoy convencida de que hubiera disfrutado torturándolo de mil maneras. Pero aquel privilegio lo había pedido mi madre y no iban a negárselo.

Pienso en ello, en la muerte de Angol, en el vídeo y en lo que sé ahora de Adonis mientras me dirijo a horas demasiado nocturnas al castillo del que todavía es mi vir con mi Super Soco.

Mi madre no me ha hecho preguntas cuando le he comentado que iba a verle. Me ha mirado fijamente y me ha dicho: «Haz lo que tengas que hacer, Ares».

Y eso he hecho.

Tengo algo pendiente con él. Llevo la foto que me ha dado Mariagna en el bolsillo trasero del tejano. No sé qué va a pasar cuando se la muestre a Adonis. No sé cómo va a reaccionar, pero espero que me dé un buen motivo para que deje de desconfiar de él.

Podría desentenderme. Ya tengo lo que quería: haber descubierto a mi violador y su muerte. Mi venganza personal ha sido consumada. Y Adonis no me va a necesitar para nada más. Aun así, lo cierto es que quiero llegar hasta el fondo ahora que la Corte se me ha metido bajo la piel y el fin con el que hago esto es otro: quiero quemar a todos los demonios, no solo a Angol. Porque mi conciencia de vestal me lo exige y no me deja pensar de otro modo.

Para ello, voy a tener que arrinconar de nuevo a Adonis. Voy a tener que chantajearlo.

Por las últimas palabras que me ha dirigido, parece que no cuenta conmigo para seguir adelante con el plan. Ya no sé qué creer ni si debo confiar en él.

Sea lo que sea, no voy a encontrar las respuestas en mi cabeza por mucho que me la coma. Están tras la puerta del castillo en el que ahora me hallo. Los lobos aúllan porque me han oído llegar. Adoro a esos animales, hemos conectado y no quisiera dejar de verlos y si todo acaba aquí, intuyo que Adonis, siendo como es, cortará toda relación por lo sano.

Tengo sentimientos encontrados con él: estoy furiosa y también asustada; triste y rabiosa y muy decepcionada por su comportamiento, por engañarme o por omitir una información tan importante sobre él. Pero le ha concedido un favor a mi madre al alcance de muy pocos. Algo que ella necesitaba hacer sin yo saberlo. También debería estar enfadada por tener secretos con ella, aunque la verdad es que estoy disgustada con él por demasiadas cosas. Y sé que no llego en el mejor estado, que puedo ser muy volcánica y que la discusión se me puede ir de las manos fácilmente. Y me da igual.

Me dispongo a dirigirme hacia la puerta de entrada cuando oigo un gemidito lobuno y, a continuación, la voz de su amo:

—Ares.

Me doy la vuelta y me encuentro a Adonis, vestido con un pantalón largo y negro de deporte, el torso desnudo y sudoroso y el pelo recogido en una cola alta. Por mucho que le odie y que me haya decepcionado, siempre me va a afectar verle. Porque es el hombre más bello del mundo, aunque venga del Infierno. Parece agotado. ¿Ha estado haciendo ejercicio físico a estas horas?

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Vengo a dejarte las cosas claras porque estoy harta de fingir. Sé toda la verdad. La tuya. —Me acerco a él y lo señalo para dar más énfasis a mis palabras.

—¿Y qué verdad sabes? —pregunta muy serio.

—En la Murtra hay una señora muy amiga de mi abuela. Una *sagae* como ella. —Este concepto lo pone en guardia, porque sabe de lo que era capaz mi abuela—. Me dijo que Mariagna me ayudaría, que tenía muchas respuestas y porque sabía mucho sobre el Demonio. Me ha dado un *kolossoi* y una *tabulae* para enterrarlos donde todo empezó. ¿Sabes lo que son?

—Claro que sí. Son protecciones contra el mal de ojo y el Demonio.

—Exacto. Además, me ha contado que el demonio ya ha nacido, justo aquí, en esta tierra. En la Murtra.

Él traga saliva y alza la barbilla.

—¿Sabes lo que te voy a contar? —increpo—. ¿Sabes por dónde voy?

—No —contesta, pero está mintiendo.

—Me contó la historia de una mujer que había estado encerrada a manos de un señor muy poderoso. Un hombre que le gustaba al principio y de quien se enamoró, pero con el tiempo empezó a temerle. Este señor se hacía llamar Rey entre los suyos, tenía muchísimo poder y realizaba eventos extraños con rituales y prácticas sexuales fuera de lo común. Se quedó embarazada y él la ocultó, la encerró, pero ella logró escapar y durante tres días pululó por las montañas de Badalona hasta que, sumida en los dolores de parto, encontró la Murtra, donde fue recibida por… ¡tachán!, la madre Mariagna. Ella, que había sido partera, conocía bien la historia de los adoradores de Bacus y de los protectores de Baetulo y estaba en la

Murtra para ocultarse de los fascinadores que aún perseguían a las descendientes de las *sagaes* de la ciudad, la ayudó a dar a luz. Pero ¿cuál fue su sorpresa cuando vio venir al mundo a un verdadero demonio?

Él palidece, y observo cómo forma puños con las manos. Sus nudillos ya no están tan rojos. Lobo se acerca a él y le lame los dedos apretados; es un animal intuitivo y sensible y sabe que estas palabras le han sentado como un mazazo a su dueño.

—¿Sabes cómo se llamaba esa mujer? Evelina. Evelina Leone. —Ni siquiera espero su respuesta—. Me dijiste que naciste en Badalona y en eso no mentiste. Pero no sabía la intrahistoria. Evelina, para estupefacción de monjes y de la propia Mariagna, dio a luz a un ser con cuernos y rabo en la Murtra, un lugar sacro y protegido. ¡Un puto demonio, Adonis! ¡Con cuernos y rabo! —grito señalándome la frente y el trasero—. ¡¿Cómo se entiende eso?! ¡¿Cómo es posible?! Mariagna ayudó a Evelina a escapar de aquí y le pagó el viaje hasta Italia, donde la esperaban sus familiares. Allí le pidió ayuda a su hermano. ¿Y quién es su hermano? ¡El bueno de Antón! Y esto lo sé por pura chiripa, Adonis, porque escuché que te decía que era un Leone —digo con inquina—, y por eso he podido cuadrarlo todo. Antón era el mayordomo de un multimillonario llamado Umberto. Un hombre que en cuanto vio a Evelina se quedó prendado de ella, porque tu madre era muy guapa. Se enamoró y adoptó a su hijo como si fuera suyo. Un hombre que no dudó en ayudar al niño de inmediato con una cirugía muy temprana y los mejores médicos para que no creciera con estigmas. ¡¿Te digo lo que entiendo de todo esto, Adonis?! Porque esto apesta.

—Me lo vas a decir igual —dice impasible.

—Entiendo que tu padre Umberto aprendió demonología por ti. No fue casualidad de que, de repente, un niño demonio llegase a manos de un demonólogo —me burlo—. Tu padre escuchó la historia de Evelina, vio a su hijo con cuernos y se empecinó en investigar. Y así dio con la Corte. Tú creciste apartado por tu condición y Umberto decidió protegerte y cuidar de ti manteniéndote al margen de su apellido.

La nuez de Adonis sube y baja. Realmente luce como si todo aquello le fustigase por dentro.

—Me has engañado —le echo en cara—. No entiendo qué eres. No sé qué pretendes. Eres uno de ellos, eres hijo de uno de ellos. ¡Eres un demonio! —Esas palabras le hieren. Lo sé por cómo se le han oscurecido los ojos—. ¡¿No tienes nada que decir?! —Tengo los nervios de punta, su silencio me da la razón y eso hace que me sienta peor—. ¿Nada? ¿Quieres que piense mal acerca de todo, Adonis? Porque ahora mismo soy muy capaz y he llegado a muchas otras conclusiones.

—¿Como por ejemplo? —espeta sin emoción.

—Por ejemplo, que has formado parte de la Corte desde el principio. Que eres hijo de tu padre y que lo demoniaco está en tu naturaleza. Podría ser que incluso Umberto, obsesionado con todo el tema y al verte con cuernos, te preparase para la Corte para tomar el lugar que te pertenece. Y que tu hermana, Alana, fuese un daño colateral, igual que lo ha sido Tania para que reconozcan a los Soler y como demonios oficiales. —Su expresión es de desconcierto y de incredulidad total, pero ahora nadie puede detenerme. Lo voy a soltar todo y que sea lo que tenga que ser—. Tal vez descubriste que soy una vestal y que todos sepan que me tienes en tus manos para, de ese modo sibilino que tienes, atraerme a tu red y entregarme a tu padre, un rey de la Corte, que estoy segura de que sabes quién es. Te has acostado con Drugia porque puede ser tu pareja en un futuro, aunque quizá ya lo seáis, porque habéis tenido mucho contacto mediante Palabra de Bacus. Puede que Drugia también esté en este juego que tú solo te has montado, que sepa quién soy, que todos lo sepan, en este ardid laberíntico en el que me he perdido como una tonta al confiar en quien no debía. Solo soy una presa más, y estás jugando conmigo porque soy una vestal. Seguro que sería un sacrificio maravilloso para Bacus y un regalo inconmensurable para tu padre. Y, si esto es así… —Me llevo la mano a la parte trasera del pantalón y, ya muy cerca de él, extraigo la navaja con la que mi madre le ha cortado el cuello a Angol y le coloco la punta de la hoja sobre el corazón. Él se sorprende, pero no mueve ni un solo músculo del cuerpo. Los ojos se me llenan

de lágrimas y me tiembla la voz, igual que la mano que sujeta el puñal —. Voy a tener que acabar contigo ahora mismo.

Mis palabras surten efecto en él, pero de un modo inesperado.

Adonis me agarra la muñeca con fuerza y tira de ella contra su pecho, presionándome para que le clave el cuchillo. Sus ojos arden de frustración y también ofendidos.

—¡Clávamelo, Ares! ¡Venga! ¡Si crees esas cosas horribles de mí, clávamelo! ¡No te lo pienses!

Lobo empieza a ladrar, nervioso por vernos discutir así. El cielo se nubla y comienza a llover como si estuviera en consonancia con nuestro humor. Tal vez esto es lo que pasa cuando una vestal y un demonio se pelean: que el cielo responde.

—¡No te acobardes ahora! ¡¿Crees que te he salvado todas estas veces porque quiero reservarte para el final?! ¡¿Tan retorcida eres?!

—¡Es tu culpa por ocultarme tantas cosas! —le grito a la cara—. ¡Ya no sé ni qué creer ni en quién confiar!

La lluvia empieza a arreciar y nos empapa el pelo y las ropas, o al menos las mías, que estoy más vestida, en pocos segundos.

—¡Estoy aquí para vengar a mi hermana! ¡Para vengarlos a todos! ¡¿Cómo puedes creer que sea uno de ellos, pedazo de tonta?!

—¡A mí no me insultes, Satanás!

—¡Sí te insulto! ¡Te lo mereces! ¡Estoy aquí para vengar a mi madre y a mi padre! ¡Incluso para vengarme a mí mismo! ¡A toda mi familia, víctima de la puta Corte! ¡¿Y tú te atreves a decirme que crees que todo es un papel y que estoy de parte de ellos?! ¡¿Que mi hermana solo fue una ofrenda a Bacus por nuestra parte?! ¡Yo la quería! ¡Los quería a todos! No sé si te has dado cuenta, pero ¡llevo una larga lista de defunciones de la Corte a mis espaldas para estar de parte de ellos! —dice con ironía.

—¡¿Y qué quieres que piense sabiendo lo que sé y viendo cómo has actuado conmigo estos días?! ¡Naciste demonio! —replico—. ¡¿Es eso?! ¡¿Eres un demonio?! —pregunto desesperada. Nunca me imaginé haciendo esta pregunta en serio—. ¡Respóndeme!

Él me sujeta de la barbilla con fuerza y se cierne sobre mí.

—Nací con cuernos y rabo porque el hijo de puta de mi padre

biológico drogaba a mi madre y le inoculaba todo tipo de sustancias porque estaba convencido de que tendría un hijo poderoso, con dones, que lo enviarían desde el mismísimo Infierno. Por las ecografías, sabía que nacería algo especial, porque ya se adivinaban las malformaciones, pero nunca se las enseñó a mi madre. Por poco la mató al nacer por culpa de los cuernos —reconoce afligido—, por eso llegó tan mal a Italia. Sobrevivió de milagro.

—Entonces… —Parpadeo aturdida y asustada—. ¿Eres un demonio, sí o no?

—Nací con cola vestigial, Ares —revela rabioso—. Es como un exceso en la parte baja de la espalda que se asemeja a una cola. Una malformación de la médula espinal debido a lo que le inoculaban a mi madre para crear a su superhijo demoniaco. Es una rareza. Muy pocos nacen así. Pero, al estar tan pegado a la columna y con arraigo en la médula, afectó a la movilidad de mis piernas. Por eso estuve convaleciente muchos años de pequeño.

—Todo eso ya lo sé. Sé que me has mentido sobre tu niñez. Resulta que no te caíste, que tenías cuernos…

—Los cuernos en la frente eran pequeños pero muy simétricos, producidos igualmente por una alteración de los huesos del cráneo. De ahí venían mis cefaleas, unas neuralgias que me dejaban en cama muchos días. No sé qué hechizo vertió ese hijo de perra sobre mí para que naciera así, con esas peculiaridades, pero al llegar a la Toscana, mi padre me vio, me ayudó y me los quitó mediante cirugía. Me salvó la vida. Te dije que estaba maldito, Ares, y no te mentía. Sé cómo nací, pero no sé qué pretendía ese cabrón al drogar a mi madre para jugar a ser un dios de la genética conmigo. Doy gracias a que ella escapó y ahora sé que tengo que darle las gracias a la madre Mariagna por ayudarla. No la conocía. No sabía su nombre. Y resulta que nací en la Murtra y que la comadrona estaba ligada a tu abuela y al mundo de las vestales. —Aún no se lo puede creer—. ¡No tenía ni idea! Siempre me ocultaron la historia de mi origen, supongo que por miedo a que pudiera buscar a los culpables como hago ahora.

Adonis mira hacia abajo, hacia el puñal que sostengo contra su piel. Está esperando mi siguiente movimiento, pero mi cerebro aún está

ordenando la información que me ha facilitado.

—Mi madre se suicidó por mi culpa, porque me miraba y creía que sería un demonio, que lo era de verdad. Estaba convencida de que jamás estaría a salvo de mi padre biológico. No dormía bien debido a las pesadillas, lo veía en sueños y revivía lo que le habían hecho. Mi padre intentó ayudarla de mil maneras distintas, pero no lo consiguió. Así que ella se tomó un bote entero de pastillas para quitarse la vida; no podía vivir con la idea de haber dado a luz a un demonio y temía que alguna vez las tinieblas dieran conmigo. Yo crecí con las historias de la Corte porque mi padre perdió al amor de su vida por ellos, y porque yo estaría marcado de por vida por su culpa. Por eso empezó a investigar cómo ayudarme y de quién debía ocultarme. Por mí. Fue por mí —repite—. Todo fue por mí. Tienes razón. Se obsesionó con la demonología y los rituales báquicos por mi culpa. Pero entonces, mi hermana cayó en manos de uno de ellos y después, mi padre murió en el accidente aéreo que lo llevaba a Arles. Y el resto… el resto ya lo sabes. Te conté la verdad sobre Palabra de Bacus y sobre John y Nicolaus. Te he dicho la verdad desde entonces. De todos los demonios, soy el menos malo —reconoce soltándome la barbilla—. ¡Y no, joder! No me gusta Drugia ni quiero de ella nada más que no sea la información que necesito, pero la alimaña me engañó. Aunque eso no cambia nada —confiesa lamentándolo profundamente.

La lluvia continúa cayendo y su respiración sigue agitada, avivada por su discurso, que no cesa:

—No soy bueno para ti, Ares, porque no puedo negar la verdad. Nací como un demonio y soy el hijo de un rey demonio de la Corte. Un hombre que aún no sé quién es, aunque espero descubrirlo pronto. Ya te lo dije: no pienso dejar a ninguno en pie. Hay un refrán que dice que para ser realmente libre, tienes que matar a tu padre y a tu madre. No sé quién le hizo eso a mi madre, no sé qué pretendían con mi nacimiento, pero voy a tomarme el dicho al pie de la letra. —Vuelve a mirar el puñal con reservas—. Yo ya te he contado la verdad. Ahora haz con esta información lo que quieras. —Toma aire, su pecho sube y baja con movimientos frenéticos—. ¿Qué vas a hacer, vestal? —Presiona mi muñeca con los dedos—. ¿Me vas a matar o no?

—Debería —contesto con la voz quebrada—. Debería matarte por todo lo que te has callado, por no ser sincero conmigo y por haberme expuesto a la Corte así. —Todo lo que me ha contado me está haciendo mella y me parece terrible.

—Te dije que era solo un papel. Una fachada. Te dije que de todos los malos, era el más bueno, aunque no lo pareciese. Y tú por poco lo echas todo por tierra.

—¡Yo no he echado nada por tierra! —me defiendo—. ¡En todo caso, la he removido para saber la verdad que ni tú ni Antón queríais contarme!

—Como sea, no importa. Ya tienes lo que has estado buscando. Tu venganza ha sido consumada. Mañana te daré de baja en la Corte. Ya se nos ocurrirá algo, pero no puedes seguir a mi lado. Ahora no. Angol ha desaparecido y si tenía a Drugia comiéndole la oreja e instigándole para que fuera a por ti, tendremos que idear algo para que su muerte no sea muy sospechosa.

—Angol no le dijo nada a nadie de lo que pensaba hacerme. Tenía serios conflictos con la Corte y mucho odio hacia su hermano y su padre.

—Me da igual. Tienes que salir de la ecuación. Tienes que estar a salvo —pronuncia cada una de sus frases con convicción, como para autoconvencerse de que es lo mejor para él. Pero dudo que lo sea—. Esto se ha acabado.

—¿Qué? —Bajo el cuchillo finalmente.

—Tú, Venus y tu madre os tenéis que alejar ahora que tienes lo que buscabas —dice sin dejar de dar vueltas brioso y airado—. Angol ya es historia. Necesito estar sereno y tranquilo, y contigo cerca me es imposible. Por mi paz mental, voy a anular nuestro contrato. Han estado a punto de matarte, otra vez. Y eso no puede volver a pasar.

—Me he defendido y he sido yo quien iba a acabar con él hasta que entre todos decidisteis dárselo a mi madre como si fuera la madrina de la mafia —replico aturdida por el cambio de dirección de la conversación—. No pienso alejarme ahora. Voy a seguir hasta el final, hasta el Backheia.

Él se da la vuelta y me choco contra su cuerpo.

—¡Ni lo sueñes! ¡Te llevaré a la Cerdaña, aunque sea a la fuerza!

—Ni hablar. Ya estoy metida de lleno. No puedes alejarme. Soy una vestal y, leyenda o no, creo que tengo vela en este entierro.

Sus labios se fruncen, igual que su entrecejo. Es intimidante cuando está enfadado.

—Ares, te pido por favor que no insistas y que no me cabrees. Si no te llego a encontrar, si Angol hubiese hecho contigo lo que deseaba hacer… —Vuelve a ponerse nervioso y a sentirse frustrado—. No me lo hubiera perdonado jamás y a ti tampoco. Ahora vete a casa. Vete y aléjate definitivamente, porque las cosas se van a poner feas y contigo cerca no puedo siquiera ni pensar.

Se da media vuelta, decidido a dejarme ahí plantada. Veo cómo los músculos de su espalda se mueven bajo su piel. Parece que Asmodeo esté vivo y mueva la boca y los ojos, burlándose de mí. «¿Qué vas a hacer, niña?», me dice.

Adonis busca cobijo, ocultarse, y yo ya no sé qué quiero, pero sí sé que su verdad ya no me parece tan terrible y que algo me dice que es todo lo que hay.

De siempre ha existido la verdad de un bando y la del otro. Pero la realidad es que hay una sola, lo demás son solo versiones.

Le creo. De repente, le creo, porque nunca lo había visto tan nervioso ni tan expuesto. Siempre he tenido claro que quería a mi lado a un hombre bueno y amable, que me hiciera sentir en casa y en mi zona de confort y que no me diera dolores de cabeza.

Ahora, después de él y de ver cómo es la vida, no sé qué quiero, pero tengo claro lo que no: no deseo alejarme de él ni quiero que esté solo en la Corte, por muy capaz que sea de seguir adelante sin mí.

Además, lo que me dice me afecta. Me duele que haga eso, que reconozca que le importo y que lo pasa mal por mi culpa con tanta emoción reprimida, como si perderme le destrozase.

—¡No hables como si yo te importase, Adonis! —Un trueno retumba sobre nuestras cabezas y dejo caer el cuchillo al suelo—. ¡Deja de hacer eso! —Lo sigo, medio corriendo a trompicones, hasta la zona ajardinada donde tiene el gimnasio exterior.

—No lo hagas más difícil, Ares. Deja de presionarme. —Al llegar al

tatami veo los guantes de boxeo en el suelo y algunas mancuernas que yo no sería capaz de levantar ni a dos manos. No sé cómo ha podido con los nudillos como los tiene—. Es tarde. Vete.

¿Que es tarde? Como si a mí la hora me hubiese detenido alguna vez.

—No me da la gana. —Lo sujeto de la ancha muñeca—. ¡Mírame!

—Ares. —Adonis dirige una mirada de refilón a la mano que se atreve a sujetarlo—. Será mejor que te vayas.

—¡No! ¡No me voy a ir! ¿Cómo puedes hablarme así y hacerme creer que sientes algo por mí cuando te acostaste con Drugia en tu restaurante? ¡¿Sabes lo que me hace eso?! ¡Deja de fingir y de mentirme! ¡Me estás volviendo loca! —Le doy un bofetón a Asmodeo, en la espalda.

—Mi tapadera debe ser creíble. Tenía que hacerlo.

—¡Conmigo no has hecho nada de lo que hiciste con ella! —le reprendo—. ¡Me engañaste diciendo que te reservabas para el Sabbath, pero con esa arpía psicópata no te reservaste nada! ¡Me estás mintiendo, Adonis! ¡¿A qué juegas?!

Él se da la vuelta con brío, se libera de mi amarre y aprieta los puños porque no sabe qué hacer con las manos. Lejos de amilanarme su actitud dominante, me espolea más.

Me pone verlo tan encendido.

—¡¿Cuántas veces te tengo que decir que no me mereces, joder, Ares?!

Esas palabras me hacen sentir mal y poca cosa. Me rompe el corazón.

—¡¿Y Drugia sí?! ¡¿Por qué soy tan mala para ti?! ¡Me dijiste que no podía ser tu mujer ni tu compañera, jamás, y que esto solo era un papel, un medio para un fin! ¡Que solo me tenías aprecio! ¡Pero te contradices siempre! ¡¿Por qué me haces creer que significo algo y después me apartas así?! ¡Ni siquiera sabes lo que quieres! ¡Cuando haces eso, me arrepiento de haberte conocido! ¡Te odio!

Arranco a llorar desconsoladamente. Esto es terrible, nunca me había sentido así, tan desvalida y vulnerable. Tan rechazada y tan poco válida.

—¡Ares! ¡Maldita seas! —Adonis sujeta con delicadeza mi rostro entre las manos—. ¡Sé perfectamente lo que quiero, pero no lo puedo tener! ¡Lo entiendes mal! ¡Tú no eres mala para nadie! ¡Eres demasiado buena, joder! ¡Como un sueño hecho realidad para mí! —Parpadeo, atónita ante esa respuesta que no entiendo—. Es porque eres tan buena que no mereces que un demonio como yo, impuro, de moral dudosa, hijo de un rey de la Corte, te toque siquiera. Pero he hecho más que eso sabiendo que no debía porque no he podido evitarlo —admite atribulado—. Tú y tus ojos violeta… ¡Tú y tu cara, tus lunares, tu sonrisa, tu inteligencia, tu gracia…! *Ragazza ribelle!* ¡Me obsesionas! ¡¿Cómo crees que puedo luchar contra eso?! —Calla de golpe, y yo lo miro como si lo viera por primera vez—. ¡Yo no esperaba nada de esto! ¡No lo he buscado! ¡Me has explotado en toda la cara! Y, sin embargo, no puedo darte más, no puedo desear más para mí, porque estoy maldito. ¡Mira! —Se levanta los mechones negros y largos de la frente y me muestra las cicatrices—. Aquí tenía dos cuernos. ¡Dos! Estas marcas nunca se irán y siempre me recordarán lo que soy. Aquí tenía una cola. —Sujeta una de mis manos y me la lleva a la parte baja de su espalda para que palpe la larga cicatriz que le desaparece hasta la rabadilla. Nunca la había tocado ni advertido—. No eres buena para mí porque haces que sufra y que quiera cosas que sé que no tengo derecho a reclamar. Cosas que sé que nadie, sabiendo lo que soy, se atrevería a darme jamás.

—Adonis… —Me humedezco los labios y mis lágrimas se mezclan con las gotas de la lluvia.

—Y para colmo —se ríe, pero de sí mismo—, ¡eres una vestal marcada por Vesta! Tu energía y lo que atraes es real, existe. Lo veo y no lo puedo negar, es absurdo. El rebuzno de un asno salvó a la diosa Vesta de ser violada por Príapo, hijo de Dionisio, el Bacus romano. Hoy, un demonio intentó violarte otra vez, del hijo de un rey que lo hace todo por Bacus, y un burro rebuznó para distraerlo y ayudarte a vencer a Angol.

—¿Eh? ¿Qué? No conocía esa historia. No tenía ni idea.

—No lo sabes porque no tienes ni idea de qué eres y de lo que mueves… —Me observa maravillado—. Hay algo impalpable pero

mágico a tu alrededor, un velo como si te acompañase algún tipo de energía que no se puede ver ni tocar, créetelo o no. Para mí es como si el destino se riera en mi cara y me dijese: «Voy a ponerte delante todo cuanto anhelas pero que jamás podrás tener».

—¿Por qué no puedes tenerlo? —El dolor de Adonis me hiere.

—Porque estoy contaminado —contesta con desesperación—. Yo lo querría para mí, pero no… —Me mira, angustiado—. No puedo. ¿Quién iba a querer estar conmigo sabiendo quién y qué soy? —Adonis suelta la mano que tengo apoyada en la cicatriz de su espalda y acuna mi barbilla suavemente—. Ares, no puedo besarte, tocarte ni tomarte como deseo, ni tampoco puedo vaciarme dentro de ti como quiero porque mi semilla y todo lo que venga de mí está corrompido. ¿Entiendes eso? No es justo para ti. Tú eres especial. Y no voy a dejar que mi mierda te salpique. Puedo hacerlo con otras, lo he hecho con otras —reconoce pasando el pulgar por mi mejilla—, con demonias y con mujeres perdidas. Y con Drugia, porque me importa un bledo contaminarla con mi oscuridad y la esencia que haya en mí, porque esa mujer está podrida de por sí y es incluso más oscura que yo. Pero a ti no. A ti no te lo puedo hacer. Tú no eres ni serás nunca como las demás. No te mereces que crea que puedo tenerte como ansío. No me mereces, eres demasiado buena y pura de espíritu. Si te toco como quiero y te hago lo que me muero de ganas de hacerte, siento que profano algo sagrado. Y no es justo para ti. Tú misma me has dicho antes que te sientes así… Y no me extraña. —Me está dando la razón a lo que he dicho en un momento de miedo y rabia.

—Pero… ¿qué estás diciendo? —Me está dejando sin palabras—. No, Adonis. Eso lo he dicho porque no sabía qué pensar. No… no es eso lo que pienso. —A veces, tengo que aprender a morderme la lengua.

—Me he muerto de deseo por ti. Llevo haciéndolo desde el mismo día en que te vi. Como si fueras una enfermedad de la que no puedo curarme. Ayer por la noche, cuando te vi besar a Belial, sentí que me cortaban de arriba abajo y me quemaban por dentro. Nunca he sentido nada parecido. Me gustas tanto que me has creado necesidad hasta el punto de que solo duermo por la noche si te abrazo y te

huelo. Ya ves —se encoge de hombros—, es así de animal lo que me pasa contigo. Me importas de un modo que no sé calificar ni medir. Y te deseo… tanto que no es normal. Nada contigo lo es. —Sonríe muy levemente y a mí se me detiene otra vez el corazón—. Pero he vencido las ansias y me he peleado con él cada día para respetarte. Porque solo soy un demonio perverso y vengativo. —Une su frente a la mía y pasa el pulgar por mi barbilla—. Y ahora que ya sabes la verdad que jamás hubiese querido admitir, por favor, necesito que te vayas a casa. Y que te miren la herida de la cadera y te curen bien. Por favor, vete antes de que cojamos una pulmonía o haga algo de lo que me arrepienta. Como te he dicho, esta aventura se ha acabado para ti. No hay más que hablar.

Juro que estas caricias distraídas y esta declaración han puesto mi mundo bocabajo. Tiemblo por dentro y, al mismo tiempo, mi corazón da saltos de emoción como si quisiera salirse de mi pecho. Nunca, nunca he oído a nadie hablar así, tan desde la verdad que protegen las entrañas.

A Adonis le gusto mucho. Y siente cosas por mí. Y me desea.

Pero se siente sucio y corrompido. ¿De verdad es tan triste lo que le pasa? ¿De verdad se siente tan inadecuado e indigno? ¿Él, que es el Príncipe del Abismo?

Saberlo me hiere y hace que me sienta mal por él, por todo lo que he pensado y le he dicho. No me va a quitar el enfado de lo que ha hecho con Drugia, pero su sinceridad me calma las heridas como un antiséptico.

Sabía que lo provocaba, pero su comportamiento ha hecho que dude hasta de mi propia seguridad femenina.

Hasta ahora. Ya no voy a dudar más.

Él siente cosas por mí a las que no va a poner nombre. Me desea, y le gusto tanto que necesita dormir conmigo y olerme —sonrío internamente y doy palmas—. Yo estoy enamorada de él. Lo tengo clarísimo. Y lo que me acaba de decir y todo lo que me acaba de contar solo reafirma mis sentimientos.

No me he equivocado. Adonis puede ser un demonio, pero ahora sí sé que es de los buenos. Y no pienso dejar que se vaya ni que me dé la

espalda a mí ni a lo que hay entre nosotros.

Por eso lo vuelvo a sujetar de la muñeca antes de que se aleje y tiro un poco de él para que se dé la vuelta.

Él tiene una palabra en la punta de la lengua y un gruñido dispuesto a emerger, pero no dejo que hable.

Y es que me parece tan guapo que se me aflojan las rodillas.

Sujeto su rostro con mis manos, me pongo de puntillas y planto mis labios sobre los suyos para darle un beso con el que empezar a hacer las paces y decirle lo que siento y él no me revela abiertamente.

Le doy uno de esos besos con los que he soñado, pero que nunca se habían hecho realidad.

Hasta esta noche.

IV

Un primer beso puede ser de muchas maneras.

Puede ser salvaje, hambriento, húmedo, dulce, tímido… Lo innegociable es que sea real. Que sea de verdad. Que haya emoción.

Y cuando mis labios tocan los de Adonis y acuno su rostro así, con protección y también con decisión, me embarga esa emoción porque lo siento tan correcto y adecuado que me libera y tengo ganas de llorar. No tiene nada que ver con el beso de mi sueño, porque es más auténtico.

Su boca es suave y sabe un poco a whisky ya que, seguramente, ha estado bebiendo antes de ponerse a ejercitarse como un loco. Su actitud me recuerda a la de un niño asustado, uno que no entiende lo que le está pasando.

Está tan tenso y sorprendido por lo que acabo de hacer que no se atreve a moverse. Le acaricio las mejillas con los pulgares y mi barbilla toca con ligereza la suya, más dura, rasposa, más prominente y que me aguijonea un tanto, pero me gusta.

Me gusta la virilidad y la masculinidad de Adonis. Me gusta porque me hace sentir más sexy y delicada. Me gusta incluso que no sea capaz de reaccionar a un simple beso cuando ha hecho otras cosas muchos más sexuales conmigo y su lengua y sus dedos y su miembro han estado dentro de mí. Es casi ridículo, pero es dulce de lo absurdo que parece. A veces, tengo la sensación de que sería capaz de comérmelo.

—Ares…

—No —le pido sin soltarle el rostro, hablando contra sus labios—. No me niegues un beso. No te apartes.

—Ares…, ¿no has oído nada de lo que te he dicho? No soy bueno

para ti.

—Chis, no digas esas cosas —lo corrijo—. Mira, ¿ves? Te he dado un beso y no estoy maldita ni tampoco me he muerto —bromeo. Del humor hay que tirar de vez en cuando.

Él sacude la cabeza. Parece acongojado y me rompe el corazón. Es un hombre fuerte, hermoso, poderoso e incompasivo con quienes se lo merecen, pero está a punto de echarse a llorar por un beso. Un beso mío.

Siento cómo tiembla impresionado y me deshago por él. No soy capaz de darle de lado ni de apartarlo. No puedo hacerlo; cada célula de mi cuerpo me pide que esté con él y que no me vaya de su lado. Porque es aquí donde debo estar.

—¿Por qué no te marchas? —susurra. No se lo puede creer. Tiene la espalda envarada y la mandíbula pétrea—. ¿No entiendes que dejarme es lo mejor para ti?

—No me quiero ir. —Vuelvo a besarle dulcemente y él se deja, pero no me lo devuelve. No mueve los labios ni hace nada con ellos—. Después de lo de Drugia, me prometí que no te daría un beso jamás. Porque no te los merecías. Pero entonces no sabía lo que sé ahora de ti ni todo el poder que me acabas de dar.

—¿Qué?

Me lo ha dado todo. Así es. Pero aún no lo sabe.

Siempre se ha visto como el malo. Se cree sucio y corrompido. Piensa que está maldito y cree que su esencia es maligna; por eso siempre me ha alejado o ha mantenido las distancias, porque me protegía de él, de su lado más contaminante y perverso según su juicio. De todo eso malo que piensa que lleva su ADN. Y, como lo cree firmemente, no permite que nadie se acerque demasiado a él y menos yo, porque soy la persona que le afecta y le gusta de verdad.

Pero yo ya no soy nadie. Soy Ares. Y conmigo no vale darme la espalda.

—Ahora sé que te doy miedo, Adonis.

—Ares. —Cierra los ojos. Se siente perdido—. Tengo cuernos, aunque no los veas.

—Y yo tengo los ojos de color violeta. —Me encojo de hombros.

—No lo comprendo. ¿No te aterra el mundo en el que estoy? ¿Yo no te asusto? ¿No te da miedo lo que sabes de mí?

—Sí. Mucho —reconozco—. Pero más miedo me da perdérmelo. Prefiero estar contigo sabiendo que tienes cuernos a estar con otros más malos que dicen tener alas. Seguir adelante y no alejarme de ti es una decisión mía, no tuya. No puedes hacer nada contra eso.

Él me mira fijamente. Yo sigo de puntillas, esperando su reacción.

Y espero cualquier cosa, pero nada me ha preparado para lo que viene a continuación.

Deja ir el aire entre su boca abierta y agacha la cabeza para unir su frente a la mía. No sabía que esperaba un gesto así, uno de rendición, no sabía cuánto lo deseaba hasta que me lo ha dado.

—No sé qué más puedo hacer para alejarte —reconoce—, pero bien sabe mi familia, esté donde esté, y bien sabe Antón que he hecho lo posible para que no salgas herida por mi culpa.

—Si eso pasa, no será responsabilidad tuya. Será por mis decisiones. No me pienso alejar de esto. He encontrado lo que buscaba, pero no sabía todo lo que me faltaba por hacer. Ahora tu lucha también es mía, Adonis. Déjame seguir a tu lado. No me apartes de la Corte. No me apartes de ti… Quiero llegar hasta el final.

—No sé qué tengo que hacer. A veces, no tengo claro cómo actuar contigo. Me haces sentir muy inseguro. No calculé cómo sería estar en la Corte a tu lado. Tantos años preparando esto, tanto tiempo investigando y metiéndome en las cloacas humanas para ver cómo todo peligra por ti. Esto es un *via crucis* para mí. No puedo ceder el control así. No puedo perderlo… —Cubro su boca con mis dedos. Oh, Dios mío. Nunca lo había visto así. Solo lo quiero abrazar.

—La Liberalia es el martes por la noche —le digo—. No me puedes dejar a un lado. Están interesados en mí. Drugia, Daisha, Belial, incluso el Demogorgon, que me busca a través de su magia, Adonis. También tienen interés en ti, aunque no sepan quién eres. Es mejor enfrentarlos juntos. —Le acaricio las mejillas y la nuca con las manos —. Pero Drugia dijo que mañana haríais oficial que tú y ella erais pareja. ¿Es eso cierto?

—¿Qué? No lo es. —Me mira con preocupación—. Nunca le dije tal

cosa. Esa mujer es maligna, solo buscaba provocarte. No siento nada por ella, solo asco. Tuve que acostarme con ella porque me dijo que si lo hacía, me revelaría la identidad de tu violador. Y no lo hizo. Es astuta y jugó al gato y al ratón. Pero con la información que me dio y la que tú recopilaste, al final dimos con Angol sin necesidad de que ella me revelase el nombre ni tuviera que utilizarme de nuevo. Siento… —Se aclara la garganta y me mira arrepentido—. Siento mucho haberte hecho daño, Ares. Tienes que creerme.

Oírle decir que no piensa ir a más con Drugia me saca la bolsa de clavos que llevaba cargando a la espalda desde hace varios días. Sí, le creo. Ahora sí.

—Sabías que me iba a molestar —señalo—. Por eso Nicolaus me enseñó vuestra cena, pero nada más. Sabías que me podías hacer daño si descubría que tú y ella habíais tenido sexo y me lo ocultaste.

—Sí. Y lo lamento mucho. —Es la primera vez que lo veo tan arrepentido por algo, que deja atrás su fachada de suficiencia y soberbia que el poder le otorga—. No sé cómo resarcirte por eso. Me tortura que me hayas visto con ella. Fue asqueroso.

—Lo fue —reafirmo—. Yo siento mucho todo lo que he insinuado hace un momento. Pensar que eras malo me ha estado torturando. Pero no quiero alejarme de ti —admito sin decirle claramente cómo me siento por miedo a cómo vaya a reaccionar—, ni de esto. Por eso, debes saber algo: voy a ir a la Liberalia —le dejo claro—. Sé llegar al Abismo, Adonis. Sé que se celebra allí. —Me humedezco los labios ante su silencio. No parece sorprenderle que conozca esa información —. No me apartes de esto —repito—. Porque puedo estar ahí, contigo o sin ti.

—No puedes hacer eso —me regaña, angustiado.

—Sí puedo. No obstante, te propongo algo: demos una lección a Drugia. Y a todos. Juntos, como me prometiste al principio. Para eso me preparaste, para que seas mi vir y yo tu virtuosa. Pero luego te rajaste y te echaste atrás.

—Porque no sabía lo que me iba a pasar ni cómo me iba a sentir. Ha sido duro… —Lo miro fijamente. ¿Se atreverá a decir algo más?—. No soporto la idea de exponerte así, ni soportaba la idea de darte… algo

de mí, rodeada de demonios. Tú eres pura luz y puro fuego. No quiero mancharte ni apagarte.

—Dios… Adonis… Estás tan dañado. —Lo lamento por él y apoyo mi frente en su barbilla—. No me vas a manchar ni a corromper. Pero si vas con Drugia y sigues con tu ardid, entonces sí me vas a molestar y debes entender que yo también tendré derecho a elegir a mi vir, al que más me acerque al Rey y al Demogorgon. Y te juro que escogeré a Belial —le dejo claro. Quiero provocarle algo. Lo que sea—. Me protegeré de él como sea, pero es mi mejor baza.

—Señorita Parisi —la voz le sale ronca y me mira fijamente—, no te vas a quedar a solas con ese hombre, jamás. Ni con ningún otro demonio que no sea yo. ¿Queda claro? Me tomaste por sorpresa en la fiesta romana, pero nunca más. —Lo miro con atención y me aclaro la garganta. Ese Adonis es mucho más posesivo y menos educado de la cuenta. Y también me gusta.

—Tú tampoco volverás a estar con Drugia, entonces —sentencio. Lo dejo sin palabras. Mi madre me dijo que a un hombre como Adonis debía decirle claramente lo que quería de él. Que debía apostar por él sin miramientos—. Adonis, quiero estar contigo en la Liberalia y en todos los juegos báquicos. Es el único modo de conocer a la Élite y de controlar lo que hacen. Quiero que tú seas mi vir y yo, tu única virtuosa. No te quiero ver con nadie más.

Él no pronuncia una sola palabra. Sé que está pensativo y noto el pulso del corazón muy acelerado en su pecho. Soy yo la que le toca, la que lo acaricia levemente y la única que lo ha besado. Él sigue como una estatua de mármol, petrificado por el miedo y la impresión.

—La Liberalia lo cambia todo para ti y para mí, Ares —se pronuncia por fin—. No quiero que pases por nada parecido. No sabes lo que es eso…

—Deja de protegerme —le ordeno—. Ya has visto que sé defenderme solita. Y que el sexo, sea el que sea, no me da miedo, Adonis. —Resoplo desesperada y le agarro la barbilla para bajarla y que me mire a los ojos—. No te centres solo en lo que supone para nosotros hacerlo. Déjame ayudarte a descubrir al asesino de tu hermana. A encontrar a tu padre biológico entre todos los reyes.

Déjame vengar a tus padres. Déjame ser la vestal que tengo que ser, signifique lo que signifique. No me dejes a un lado otra vez. Por favor —le suplico—, confía en mí.

Él me mira como si yo no comprendiese lo que me quiere decir. Entonces me sujeta de la cintura y me aplasta contra su cuerpo, levantándome un palmo y medio del suelo. Me tengo que agarrar a sus hombros para equilibrarme y aun así siento que vuelo.

—Confío en ti más que en nadie en toda mi vida, Ares —asegura sujetándome contra él—. El problema es que no confío en mí mismo para mantener la cabeza fría mientras estés rodeada de todos esos hijos de puta. Porque contigo no sé ser imparcial ni fingir indiferencia. He estado estos días con un palo metido por el culo para hacer ver que no me importabas y que no hay un vínculo entre nosotros para que esos desalmados no huelan la sangre.

—¿Entonces? ¿Reconoces que tenemos un vínculo?

Él se queda callado y después entorna los ojos.

—Fue una mala idea firmar el contrato. Y peor todavía meterte en este mundo. Es algo por lo que me culpo todos los días.

—Para mí ha sido lo mejor que he hecho en mucho tiempo —convengo con seguridad—. Como un despertar brutal. Te he conocido, me he reencontrado, he descubierto a mi violador y tengo la posibilidad de proteger a mi ciudad de los demonios. No hay nada que reprochar.

—No quiero que te suceda nada —resopla y hunde su rostro entre mi cuello y mi hombro, como un lobo preocupado. Yo suspiro extasiada.

—Pues no lo permitas —le digo al oído—. Y yo también te protegeré. Lo nuestro no va de ser la historia de un caballero andante y una princesita. Se trata de cuidarnos el uno al otro y creo que ninguno de los dos tenemos elección en esto. Tú vas a hacer arder a todos los demonios, y yo seré la vestal que se asegure de mantener las llamas bien prendidas. Pero debemos hacerlo juntos. Eres mi agatodemon. Siempre lo has sido.

—Ares, te voy a dar un tiempo para que lo pienses. Un día.

—No tengo nada que pensar.

—Sí. Quiero que lo hagas —repite con firmeza—. La Liberalia es una noche para reclamar o compartir. Y no pienso hacer lo segundo. Así que, si hago lo primero, no hay vuelta atrás para ninguno de los dos. No podrás rechazarme bajo ninguna circunstancia ni en la Corte ni fuera de ella.

—¿Tampoco fuera? ¿Qué quiere decir eso? —pregunto emocionada, aunque sé que no me va a responder.

—Necesito que estés totalmente convencida de que me aceptas como demonio. Déjame darte este tiempo, aunque sea para que me sienta mejor.

Lo abrazo con fuerza y le acaricio el pelo con las manos.

—Adonis, no me vas a hacer daño, no va a pasarme nada…

Él se queda en silencio y me devuelve el abrazo con la misma intensidad. No puede hacerme esto porque cuando se muestra así, hace que me duela el corazón. Pero si darle ese tiempo hace que se sienta mejor, entonces se lo daré, aunque no va a cambiar en nada mi decisión.

—Concédeme esto. Déjame hacerlo bien.

—¿Cómo?

—Dándote tiempo para que puedas huir y correr, Ares, porque si decides quedarte, vas a tener que quemarte conmigo.

Retiro la cabeza de su hombro y lo miro a los ojos amarillos y salvajes. Lo dice en serio. No hay ni un ápice de dudas en sus profundidades lobunas. Entonces asiento lentamente y él me mira la boca con hambre.

—Nos encontraremos el martes en el Abismo. Esta vez no iremos juntos por acuerdo mutuo —me explica—, porque las parejas de virtuosos se confirman allí mismo, durante el juego nocturno, o se diluyen para elegir a otras o para disfrutar y compartirse. Ese día tendrás que venir al castillo al mediodía para vestirte.

—Está bien. Haré lo que digas. —Asiento y devuelvo la mirada a sus labios.

—Bien —dice en voz baja—. Una cosa más. Y esto es innegociable.

—¿Qué?

—Escúchame con atención, porque es algo en lo que me tienes que

obedecer. Tu madre ha matado a Angol.

—Lo sé. Dios, es increíble… —Lo recuerdo muy sobrecogida.

—Sí, lo ha hecho. Angol formaba parte de la Cúpula, con lo cual, era importante para el Rey. Va a estar desaparecido, pero lo van a buscar e investigarán todo aquello que pudiera obsesionarlo o con lo que tuviera algún tipo de fijación. Belial y Drugia saben que estaba muy interesado en ti desde que te vio, y eso quiere decir que es posible que te investiguen porque creerán que así podrán encontrarle. Pero ambos sabemos que eso no va a suceder. Con quienes sí pueden dar es con tu madre y tu hija. Esta vez no se pueden quedar aquí, por su seguridad. No mientras los juegos báquicos estén en marcha. Los datos que di de ti no muestran tus direcciones reales, pero vamos a ser precavidos. Por eso quiero que te tomes el día mañana con ellas, porque vas a estar unas semanas sin verlas. Al menos, hasta que se queme el demonio en Badalona. Mañana por la noche John se irá con ellas a la Cerdaña. Nicolaus los llevará.

—¿Ya has tomado la decisión? ¿Es irreversible?

—Sí. Es lo mejor.

Me duele no poder verlas. Pero en esta ocasión, asumo que es lo más conveniente y que Adonis tiene razón. Ya no solo se huele el peligro, ahora ya se ve la humareda.

—Sé que te cuesta mucho separarte de ellas y de la *diavoletta* —dice con ternura y me hace sonreír—. Y sé que a tu madre también le cuesta, pero la convenceré para que se vayan. Debemos centrarnos en nosotros porque, a estas alturas, ya no hay otro camino. No pienso poner a nadie más en riesgo.

Yo asiento sin más, aunque se me humedecen los ojos. Adonis me mira con compasión y me rodea para abrazarme muy protector.

—Van a estar bien.

—Lo sé.

Me frota la espalda y apoya la barbilla sobre mi cabeza. Este momento es tan íntimo, perfecto y rebosa tanta confianza que no quiero que se acabe.

—Tienes que irte, Ares. Te estoy dando tiempo hasta el martes por la noche. Y quiero ser lo más justo y lo menos ansioso y absorbente

contigo. Te dejo libre hasta entonces.

No quiero soltarle. Quiero que me bese, besarlo, que nos desnudemos y que hagamos el amor. Pero él todavía está asustado, lo percibo. No quiere dejarse llevar, teme las consecuencias para mí como si creyese que me puede hacer daño. Son treinta años de creencias firmes que no pueden destruirse así como así. No soy una persona paciente, pero lo seré por él.

No hay nada que pensar. Es él quien tiene que prepararse para todo ese amor y esa pasión salvaje que cree que no se merece y que va a recibir de mí en cuanto abra la puerta de su templo.

—De acuerdo.

Él exhala aliviado. Me baja poco a poco, deslizando mi cuerpo centímetro a centímetro contra el suyo. He notado la gran erección que tiene y no he podido evitar mirar hacia abajo. Ni siquiera sé cuándo ha dejado de llover.

—Quiero que te quedes, Ares —dice sinceramente—. No sabes cuánto —habla entre dientes y me dirige una mirada de arriba abajo como si me lamiera—. Pero no es justo. Porque si te quedas, no voy a poder respetar el pacto y voy a tocarte como llevo queriendo hacer desde el principio. No quiero influir en tu decisión del martes.

—Adonis, ya influyes desde hace días. Mi decisión es inamovible.

—Lo sé. Pero debes saber que si el martes no te presentas, entonces me encargaré de tu seguridad y de que te vayas con tu madre y tu hija. Eso también es inamovible para mí.

—Eso no va a pasar. Ya te lo he dicho. No voy a cambiar de opinión.

—Pero —insiste. Es evidente que necesita remarcarme las consecuencias de mis actos—, si el martes estás ahí, quiero que sepas que todo va a ser diferente entre nosotros y que no te dejaré tranquila. Ambos estaremos en terrenos desconocidos. Porque a mí nadie me ha elegido sabiendo que soy un demonio y nunca he tenido el deseo de tener a nadie como te deseo a ti. Si me aceptas, no sabré dejarte ir. —Se me eriza toda la piel. Es muy intenso y franco—. Mientras tanto, eres libre, pajarillo, hasta que te vea en la Corte. —Me suelta con suavidad, como la presa que el león deja ir por consideración.

—Lo tengo muy claro.

—No está de más darte ventaja. —Esta vez sonríe un poco, como alguien que sabe que va a ganar y a salirse con la suya—. De este modo, nunca me podrás decir que no te avisé. La Liberalia no va a ser ningún juego para mí. Será mi declaración de intenciones, no solo con la Corte, sino sobre todo contigo.

—Para mí nunca ha sido un juego —aclaro pasando los dedos por su pecho musculoso, húmedo por la lluvia—. Me voy a mi casa porque quiero dormir con mi hija, no porque te tenga ningún miedo.

—Eso lo único que confirma es que eres una inconsciente. Me tengo miedo hasta yo, y nunca he experimentado nada parecido.

Sonrío con timidez.

—¿No me vas a dar ni siquiera un beso? —Lo deseo tanto que me pican los labios.

Él también lo anhela. Se humedece la boca con la lengua, pero mueve la cabeza en una negativa.

—No. Porque si te beso como quiero, ya no podré detenerme y mis buenas intenciones se irán al garete. Sé que te parece palabrería de novela romántica y chorradas de esas, pero lo digo de verdad. No bromeo. Además, si el martes estás ahí, te cogeré con tantas ganas que nadie tendrá dudas de lo que quiero de ti ni de todo lo que me provocas. Llevo mucho reprimiéndome y, sinceramente, estoy agotado. Esto tiene que parar.

Lo dice tan en serio… Está teniendo tanto autocontrol y me parece tan salvaje que me gustaría que fuese martes ya.

Pero lo bueno se hace esperar. Eso dicen. El problema es que, con Adonis, ya no tengo paciencia.

Me acerco a él, me pongo de puntillas y lo beso en la mejilla. Él cierra los ojos con gusto y parece que saborea mi beso. Es tan sexy y tierno.

—Me voy entonces, demonio.

Él medio sonríe y añade a la despedida:

—Conduce la bicicleta con cuidado.

Cuando salgo del castillo, me queda claro que nunca dejará de reírse de mi moto. Él fue quien la llevó hasta mi casa después del episodio

con Angol. Ahora ya sabe que va mejor de lo que pensaba, pero nunca lo admitirá.

Sea como sea, para mí, es una de las mejores apuestas de mi vida.

Y la moto también.

Es lunes de Pascua, el día de la mona.

Pero está siendo algo triste para mí. Ayer por la noche, en cuanto llegué del encuentro con Adonis, me acosté con Venus en su cama, la abracé muy fuerte y me dormí.

Durante el desayuno, mientras mi pequeña se comía los cereales, le he explicado a mi madre la nueva situación. Ella lo ha comprendido porque sabe que hay un cadáver de por medio con el que está involucrada y eso ha disminuido mucho su convicción de quedarse en Badalona mientras dure el Sabbath. Ya no puede quedarse en casa hasta que todo esto acabe. Sin embargo, esperaba verla mucho más nerviosa y afectada por lo sucedido, pero me he encontrado a una mujer muy segura y confiada en sus acciones. Es como si se hubiera quitado un gran peso de encima, como si no tuviera remordimientos por lo que ha hecho. Y, definitivamente, eso me ayuda a estar mucho mejor.

En el jardín no hay ni una gota de sangre, ni rastro del muerto ni del demonio. John y Nicolaus se han encargado de todo y no sé qué han hecho con él. Aunque nada bueno, de eso estoy convencida.

Mientras desayunábamos, Venus ha estado dibujando con colores y haciendo soles de color lila. También me ha preguntado sobre las mariposas, interesada en si se habían ido ya porque le impresionó bastante verlas. La invasión de estos insectos sale en primera plana en el canal de las noticias de la ciudad y ya ha saltado a la parrilla de los noticieros principales de la región que buscan respuestas a la llegada de estas monarcas negras. Según Mariagna, no es nada bueno y coincide con la llegada de la Corte a Baetulo. Todo está comunicado, todo está conectado mística y mágicamente, aunque los más escépticos no lo puedan ni lo quieran creer.

Solo un aquelarre de demonios podría traer consigo una invasión

oscura como esta. Y como ya ha pasado y muchos años atrás dejó muertes tras de sí, esta vez no va a ser diferente. Solo habrá que esperar a los acontecimientos.

Lu ha venido con la mona a la hora de comer. Era una casa de chocolate con algunos perros de *La Patrulla Canina.* Ella es la madrina de Venus y le toca regalársela porque la pequeña no tiene padrino y doy gracias de no haber nombrado a Hugo como tal. Hemos pasado un buen rato las cuatro juntas. John y Nicolaus no estaban; creo que obedecían órdenes directas de Adonis. Supongo que ha adivinado que para despedirme de mi madre y de mi niña, quiero intimidad y me la ha dado.

Pero Lu no solo ha traído eso. Además, llevaba consigo un mapa enrollado como un papiro y me ha dicho:

—Después de hablar con unos vinicultores expertos de Badalona, he dado con algo del interés de Adonis, no solo sobre los terrenos de vid que se trabajaban desde la época romana, sino algo más. Dáselo tú.

Lu me ha dicho que se está tomando tranquilizantes naturales porque todo este tema la está trastornando y le provoca ansiedad. Normal. No lo está pasando bien y lo siento mucho por ella. Sin embargo, ella no me culpa a mí, se culpa a sí misma porque, en realidad, todo empezó cuando me enseñó la foto de Fanke.

Aun así, hemos pasado el día fingiendo que todo volvía a ser normal, que no había muertos ni demonios rondándonos, que mi madre no era una sicaria y que Lu no miraba el mundo romano de Baetulo como si fuera una tierra de fuegos sacros y demonios de Bacus.

Nos hemos obligado a no hablar mucho del tema, aunque el silencio siempre ha estado ocupado por todo lo que no decimos. Pero fingir nos ha dado algo de tregua y creo que nos ha hecho sentir algo mejor; no hace falta que hablemos de lo increíble que parece todo y de lo asustadas que estamos en según qué momentos, porque ya se sobreentiende.

Lu se ha ido hace un rato y le ha dado un fuerte abrazo a Venus y otro a mi madre. Y yo, ahora, le estoy preparando una mochilita a mi hija con sus cosas, sus pinturas, su Drimi con disfraz de cabrito y los

protectores de mi abuela. Mi monito ya no tiene pesadillas ni me ha dicho nada inquietante que me ponga los pelos como escarpias. Vuelve a experimentar con colores y a dibujar como lo hacen las niñas de tres años, sin demonios ni agujeros negros.

Precisamente, me ha hecho un dibujo con corazones por todos lados y un arcoíris. Ha dibujado a cinco personas. Yo no entendía quiénes éramos. Había tres mujeres de pelo negro y una de pelo blanco, y después ella. Cuando le he preguntado al respecto, me ha dejado muerta.

—La yayita, la yaya, la mami —me señala—, yo —se señala a mi lado como si estuviéramos cogidas de la mano— y *Adondis*.

¿Adondis? La tercera mujer de pelo negro es un hombre, y es él, por eso es más grande y alto que las demás. No me jodas, que lo incluye en los dibujos también, y ella sale dándole la mano como si fuéramos una pareja con una hija. Es terrible, mi monito es terrible.

—Es precioso —le he dicho. E, inmediatamente, he colocado el dibujo en la nevera.

Ahora estoy aguantándome las ganas de llorar, porque ya están listas para irse. Nicolaus y John han llegado con el coche grande de Adonis, dispuestos a recogerlas y llevárselas a la Cerdaña.

Me fundo en un poderoso abrazo con las dos y absorbo toda la energía que puedo de ellas, porque sé que la voy a necesitar.

Mi madre me ha mirado con complicidad y me ha acariciado la mejilla.

—Protege el templo. Este —señala nuestra casa— y este —me señala el corazón—. Y enciende el fuego, Ares, hasta que las llamas iluminen Badalona. Que todos las miren y contemplen a mi hija, aunque no lo sepan. —Me vuelve a abrazar y yo a ella—. Estoy muy orgullosa de ti, sé que todo va a salir bien.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque eres una vestal con el corazón de un demonio vengativo en la mano. Un demonio que, creo, haría cualquier cosa por ti. Por eso. —Me da un golpecito en la nariz, besa mi frente y entra en el todoterreno, en los asientos de atrás, donde ya está Venus sentada en una sillita especial abrazando a su bebé llorón. Introduzco medio

cuerpo en el coche y me aseguro de que esté bien sujeta a la silla.

—Corazón mío. —La beso con fuerza y ella rodea mi cuello con sus bracitos.

—Mami, nos veremos pronto —me dice con seguridad.

—Sí, nos veremos pronto. —Solo tres semanas y todo acabará.

—Vendrás con *Adondis* a la casa de la montaña.

—¿Si iré? —pregunto.

Ella asiente y yo frunzo el ceño. ¿Me lo está preguntando o lo afirma?

—No creo, monito. Pero en unos días volveremos a estar juntas las tres. Pórtate bien con la abuela y con John, que va a ser quien se quede con vosotras.

Ella asiente como una niña buena, que lo es. Cierro la puerta y, después, me apoyo en la ventana del copiloto, donde está John sentado. A su lado, Nico está preparado para partir.

—Tened cuidado, por favor… —les pido—. Y cualquier cosa que pase, hacédmelo saber.

John sonríe levemente y asiente.

—Cuidaré bien de ellas. Y tú cuida bien de Adonis. Es poderoso y fuerte, pero está perdido contigo.

Nico resopla y murmura:

—Ya te digo.

—Sin embargo, es el mejor aliado y compañero para tener al lado —continúa John—. Y a pesar de ese halo oscuro, es bueno. Muy bueno. Adonis es nuestra familia ahora y lo tiene todo muy preparado y calculado para conseguir su objetivo. Tiene controladas casi todas las fichas del tablero; solo le falta conocer al Rey y a la Reina. Obedécele en la Corte, Ares, y venceréis. Dicen que eres una vestal —sus ojos negros me miran con intensidad—, pues permite que Adonis te prepare la leña para que solo tengas que hacerla arder junto a él. Estaré relativamente cerca por si las cosas se complican. Tendré los ojos puestos en vosotros y en vuestros movimientos.

—Va a estar todo televisado —asumo. Y más con la cantidad de juguetitos tecnológicos y espías de los que disponen.

—Solo lo que puede ser televisado —me recuerda Nico mirándome

de reojo. No hace falta adivinar que hace referencia al sexo entre Drugia y Adonis que él no me quiso enseñar.

—Sí, ya veo. En fin… —No me quiero enfadar con él—. Gracias por vuestros… consejos —digo entre dientes.

—De nada.

Doy dos golpes al capó del coche lujoso, les mando un beso a mi madre y a mi hija y arrancan para rodear la plaza de la Font y tomar la Vía Augusta.

Alguna vecina curiosa ha salido a husmear, pero hemos sido demasiado rápidos y silenciosos como para que nadie supiera de lo que estábamos hablando.

Cuando entro en mi casa y oigo el silencio reinante, mi pecho se sobrecoge y me invade la melancolía y también la tristeza.

Todo ha cambiado mucho y en muy poco tiempo.

Tanto aquí dentro como fuera falta gente que antes estaba, víctimas de la Corte y también de la vida, como mi abuela.

Una vez en el salón, me quedo mirando el cuadro de Silvia Rea y me tumbo en la *chaise longue* para contemplarlo como si estuviera sumida en una meditación.

Ahora estoy sola. Un poco como esa chica del cuadro, escoltada por dos lobos, Remo y Rómulo. Sonrío porque yo también tengo la protección de esos animales, cuyo dueño es un demonio que me tiene loca y nerviosa porque sé que pronto nos volveremos a encontrar.

Todo lo que está pasando, lo del cuadro, lo mío, lo de esta ciudad, lo de Adonis… es un sincronismo mágico de esos de los que hablaba mi abuela.

Los mensajes siempre han estado ahí, pero no todos pueden verlos.

Yo antes no podía y ahora, en cambio, los veo todos.

Al final, me duermo con el sutil aroma de las naranjas levitando en el salón.

V

Al día siguiente

Adonis no está en el castillo. Antón me ha dicho que tenía una reunión con Drugia e Iban Arrufat, el demonio conocido como Daisha, el director y controlador del programa Influenza. Para ser sincera, no me gusta que Drugia esté cerca de Adonis. No quiero que, por nada del mundo, vuelva a tocarla o se vea en la obligación de hacer algo más con ella. Pero debo confiar en él y es lo que voy a hacer, aunque me cuesta y me haga sentir insegura.

En realidad, no me gusta que Adonis esté a solas con nadie de la Corte, pero asumo que son cosas que debe hacer y, además, sé que sacará provecho de esas reuniones. Él quiere eliminar una a una a las fichas del tablero, y espero poder ayudarle a conseguirlo.

He llegado sola, a las cinco de la tarde, dispuesta a cambiarme y a ponerme todo lo necesario para ser una virtuosa sin igual en la Liberalia.

Esta noche llevaré la pulsera con los abalorios de todos aquellos poderosos que me han pedido. Y, de los cuatro, uno ya ha dejado de existir. Angol ha muerto.

Y lo celebro. No sé si eso me convierte en una mala persona, pero no me importa. Él puso la semilla para crear a Venus, pero no tiene nada que ver con ella. Venus ha crecido y la he educado yo, con mis valores. Solo ha tenido una madre. Y sé que no la perjudico en nada con lo que ha pasado. Muy al contrario, lo único que hago es beneficiarla porque le he quitado de encima a un demonio obsesivo que, de descubrirla, no nos dejaría tranquilas nunca. Ese habría sido

nuestro fin. Ahora he reescrito esa posibilidad y, esa ecuación, ya no es posible.

Sin embargo, el propio Iban, Belial e incluso Drugia, también han pedido mi compañía y se postulan como vires. Drugia más como *domina*.

No voy a elegir a ninguno.

Tengo una pequeña voz en la cabeza que alimenta mis dudas. «¿Y si vas y Adonis te la juega?», «¿y si él no te reclama y te ves en la obligación de interactuar con otro vir?».

Sacudo la cabeza mientras me miro al espejo. Llevo un buen rato preparándome y acicalándome para estar perfecta. Mi reflejo es inquietante y desafiante, parezco una mujer salida de un lugar prohibido, oscuro e infernal. Como si estuviera deseando jugar con los demonios.

Me he hecho dos cuernos adornados con hilos plateados con mi propio cabello. El resto lo llevo suelto. Mi maquillaje es ahumado con tonos violeta y plata y me he dibujado una línea de ojo muy pronunciada que sugiere una mirada mucho más gatuna, acentuada por el rojo en mis labios.

Sin embargo, el grito de guerra es el *outfit*; jamás me pondría algo así y, sin embargo, aquí sí lo debo llevar. Es de Julian McDonald. No estoy tan puesta en el mundo de la moda y el apellido solo me suena por las hamburguesas, pero es evidente que es de altísima costura, aunque también de muy dudosa virtud.

Es como si me hubieran tapado partes del cuerpo con cinta aislante de color negro. Una tira me cubre el pecho horizontalmente a la altura del pezón y me lo realza, pero también me lo aplasta; otra más sale del centro de mi pecho hasta más allá del ombligo, donde se une con otra horizontal que me rodea la cadera. Después, cuatro tiras más finas se encargan de cubrirme el trasero y el pubis como dibujando una braguita, aunque dejen entrever algo de carne expuesta, ya que no llevo ropa interior porque así me lo ha pedido Adonis.

Y desde ahí, se me ven las piernas enteritas hasta los tobillos, cubiertas por una tela de color negro y muy transparente.

Me he puesto una crema por todo el cuerpo que parece que tenga

purpurina en la piel. Huele muy bien y complementa los pequeños destellos de la manicura que me han hecho esta mañana, un diseño con *glitter* plateado.

En los pies llevo unas sandalias romanas negras del mismo diseñador, por lo que entiendo que es el conjunto. Como accesorios, acarreo la pulsera de hojas de parra y la campana romana de mi abuela. La verdad es que es un elemento que queda bien con todo. Nunca desentona y no es un chiste.

Rebufo al mirarme de arriba abajo y giro sobre mí misma. Es increíble que me deje ver así frente a desconocidos con ansias de tocarme y de…

—Señorita Parisi.

Me doy la vuelta. Es Antón. Lleva algo en una cajita negra.

—Pasa.

Ha sido él quien me ha recibido al llegar a la casa, aunque no hemos hablado mucho. Nos hemos saludado con educación, le he dado el mapa que Lu había conseguido para Adonis y poco más. Antón sabía muchas cosas y no me las contó por fidelidad a Adonis. Eso no se lo puedo recriminar, pero sí que me mintiera. A estas alturas, Antón debe saber ya todo lo que yo sé.

—El señor Adonis me ha dicho que se lo dé. —Le da vergüenza mirarme. Y creo que es por lo que llevo puesto.

—Puedes mirar, no pasa nada. En realidad, no se ve nada de lo que importa —intento bromear para relajarlo.

—Si usted fuera mi nieta o mi sobrina, jamás saldría de mi casa así —asegura ofendido y me hace gracia ese pensamiento tan arcaico.

—Ya sabes cómo es tu sobrino y cómo es la Corte —le dejo caer. Miro a Antón con curiosidad, y él me observa con una ceja blanca levantada—. Eres su tío. Evelina era tu hermana. —Abro la caja sin pensármelo—. Ya sé toda la historia.

—Lo sé. Me lo ha dicho Adonis —asume.

—Lamento mucho todo por lo que habéis pasado. —Me quedo mirando el anillo con el ojo que le devolví y también la gargantilla a conjunto que lo graba todo; ambos descansan sobre el terciopelo negro de la caja. Esta vez me lo pondré sin perder tiempo.

—No debía ser yo quien revelara toda la verdad. Debía descubrirla usted o que Adonis fuera valiente para explicárselo, pero él temía las consecuencias. Está muy estigmatizado por todo lo de su nacimiento…

—Me he dado cuenta. Tarde, pero ya lo sé.

—El hombre que secuestró a mi hermana, la destruyó —me explica con tristeza—. La dejó incapaz de proteger o de amar correctamente a su hijo o de volver a amarse a sí misma. Adonis era muy pequeño, solo la conoció sus tres primeros años de vida…, pero esa, le aseguro, ya no era mi hermana. Debió ver cosas horribles y experimentar demasiado miedo para quedar tan anulada.

Me lo puedo imaginar. O quizá no. Puede que lo que vivió Evelina sea demasiado gore y macabro incluso para una mente creativa como la mía, para alguien que pasó por lo mismo y a la vez por algo tan distinto.

—Lo siento, Antón. ¿Estabas muy unido a ella?

—Mucho —responde con los ojos azules muy humedecidos—. Era mi gemela.

¿Gemelos? No lo sabía.

Joder. Antón también es una víctima de la Corte. ¿Cuántos sufren por individuos como ellos? ¿Cuántos lo callan? ¿Cuántos desconocen lo que de verdad ha sucedido con sus seres queridos?

Antón carraspea rápidamente y se recompone.

—Los miembros de la Corte no son hombres. Son sombras, diablos… Adonis es todo lo contrario, se lo aseguro. Aunque lleve la sangre de uno de ellos.

—Lo sé. Te recuerdo que mi hija también lleva sangre de un miembro de la Corte. Aunque ese individuo ya está bajo tierra —aclaro—. Pero ella es un ser de luz y de amor.

—Me alegro mucho. Y de que Venus sea un ser de luz, también.

Eso nos provoca a los dos una risita cómplice. Nos entendemos muy bien, no tenemos remordimientos. Que Angol haya muerto se celebra por todo lo alto; ya rendiremos cuentas en un futuro a quien sea por pensar así.

—Nadie ha sabido jamás de la condición de Adonis. Él siempre ha sido muy celoso con el tema. Pero yo sabía que si usted lo descubría,

no le daría la espalda a pesar de estar directamente relacionada con el mundo de los sátiros y los demonios y de haber sido víctima de ellos también. Adonis necesita a una mujer como usted, señorita Parisi —lo dice con una vehemencia que no me cabe duda de que es verdad—. Una mujer que sepa que existe el mal, pero que sabe identificarlo en las personas correctas. Una mujer que no necesita a un hombre como él a su lado porque se basta y se sobra con ella misma. Pero, con todo y con eso, lo elige. Esa es la mujer que me gustaría para mi sobrino. A lo mejor, así, con usted al lado, él podrá empezar a sanar y a liberarse de esa oscuridad que solo él ve en su interior. Deseo que no desista y que no se rinda, señorita Parisi.

—Gracias, Antón.

—Tenga paciencia. No va a ser fácil —insiste—. Nunca se ha abierto a nadie, nunca ha querido estar con nadie y lo que es más importante, nunca ha tenido a nadie que lo quiera como usted. Para un hombre como él, puede llegar a ser muy intimidante.

Sonrío y se me enrojecen las mejillas.

—Bueno, basta de hablar de esto, que me estoy poniendo nerviosa —reconozco y me cubro los pómulos con las manos—. Antón, quedamos en que me tutearías.

—Lo lamento. No me sale. —Se encoge de hombros y me sonríe de manera adorable.

No importa. No se lo voy a tener en cuenta.

—¿Está lista? Creo que Nico ya la está esperando abajo.

Inspiro profundamente y asiento.

—Creo que sí.

—Espero que todo vaya bien.

—Y yo.

Salgo del vestidor con el traje de la Liberalia y tengo la sensación de que me voy a una fiesta de esas de azotes y sujeciones de BDSM.

Pero no. Me voy a una peor.

No me reconozco. Me gusta el *outfit,* pero nunca me pondría nada parecido a no ser que fuera al Infierno o a una guerra. Bien pensado, voy a ambos lugares. Dana, mi protagonista de *Las Cenizas de Baetulo,* sí se lo pondría sin pensar, porque ella es mucho más atrevida

vistiendo de lo que yo lo soy.

Cuando llego al coche y entro en él, Nico me mira por el retrovisor.

—Buenas noches, Ares. Estás muy…

—¿Destapada?

—Iba a decir «intimidante».

—Gracias —contesto, orgullosa—. ¿Hay alguna directriz de Adonis que deba seguir? Ya sé cuánto le gustan las órdenes y las sorpresas. Y a mí no me gustan ninguna de las dos.

Nico se ríe y sus ojos de color azul titilan al empezar a circular.

—Lo primero: él estaba preocupado por tu herida. Angol te cortó en la cadera, ¿no es así?

—Sí. Mi madre me ayudó a limpiármela ayer por la mañana y me puse tiritas de esas que simulan puntos. La herida está bien, no es demasiado profunda y está desinfectada. Una de las tiras del vestido me cubre la cadera y también el corte. No se ve.

A él parece satisfacerle la respuesta. A mí me preocupa que, con el roce de la tira, me empiece a doler, pero me voy a callar.

—Bien. Esta noche no hay directrices a seguir. Adonis me ha dicho que la espontaneidad será esencial, así que no quiere prepararte para nada. Sí me ha pedido que te recuerde que, si entras en el Abismo, ya sabes lo que te espera.

Trago saliva y cruzo las manos sobre las piernas como una mujer recatada que asume lo que le va a pasar cuando va con los rebeldes y oscuros de la clase.

Adonis puede advertirme de lo que quiera. Pero él también está advertido. Si me pongo en sus manos, él también estará en las mías.

Estoy ansiosa por encontrármelo, aunque hay una parte muy pequeña de mí que aún tiene miedo de que me la juegue y me deje en manos de todos esos demonios.

Como sea, esta es la noche de nuestra verdad. Y voy a estar preparada para lo que venga. Sé lo que quiero, y a estas alturas, no me voy a conformar con menos.

Llegar al Abismo me recuerda a la noche que vine con Adonis por primera vez: los nervios, mi medio embriaguez, la tensión sexual brutal que había y hay entre ambos, el desconocimiento y también la

anticipación y el miedo.

Hace un par de semanas de eso y parece que ha pasado mucho tiempo. Recuerdo cada detalle del imponente edificio, la delicada iluminación exterior sobre las columnas, las hojas de vid en las paredes, los griales de vino en los muros marmóreos y blanquecinos y, sobre todo, las panteras del interior y esas salas con espacios para compartir en grupo. Entonces no sabía casi nada de este mundo de cortes, reyes y demonios. Hoy sé demasiado, más de lo que me hubiera gustado y, no obstante, estoy preparada para cualquier cosa.

Hay coches aparcados en el exterior, todos con sus chóferes. Sus jefes ya están dentro, disfrutando de la velada.

Frente al templo han erigido una estatua que antes no estaba. Es Bacus, obvio.

En la entrada hay dos hombres de seguridad vestidos de un negro riguroso con pinganillos en los oídos. En cuanto me ven, me dejan pasar de inmediato. No necesitamos llave magnética para entrar. Esta vez no.

Las puertas del Abismo se abren y el interior ahora me parece muy distinto a la primera vez que lo vi, porque en este momento, bajo la iluminación de las antorchas prendidas que sumen el lugar en un ambiente arcaico y antiguo, es un sitio lleno de vida, de élite, hedonismo, música, alcohol, exhibicionismo y lujuria. Lujuria en los ojos, en las miradas, en los cuerpos expuestos y en todo lo que no enseñan cada uno de los asistentes, en el sexo crudo y duro de los maniquís humanos que vuelven a alzarse en pódiums como si fueran estatuas, esta vez, plateadas y cubiertas de *glitter,* como mis uñas y mi cuerpo con brillantina.

Ahí están los setenta y un demonios, sus parejas y los simpatizantes, listos para la Liberalia. Algunos ya se han adelantado y están sumidos en los preliminares. Ninguno es consciente de que el miembro que falta, Angol, no volverá a unirse a sus fiestas.

Todas las mujeres llevan vestidos extravagantes de distintos estilos. La verdad, creía que iba muy osada, pero para lo que llevan las demás, aún voy tapada. Algunas van directamente en ropa interior; otras llevan solo pezoneras; la mayoría, ni eso. Y otras van con vestidos

cortos transparentes sin nada debajo. Se les ve todo: el culo, los pechos y la entrepierna.

Me da la impresión de que voy más como una líder valquiria o una guerrera que como una virtuosa. Pero, cuando veo las ropas de ellos, solo vestidos con pantalones oscuros con telas negras cruzadas que parecen romanas en el torso que muestran cuerpos de todo tipo sin importarles si están en forma o no, entro en el modo actuación, porque todo esto es un *atrezzo* destinado a la intimidación, a la fanfarria y al postureo.

Al menos, me tranquiliza saber que causo efecto.

Todas las miradas se ciernen sobre mí cuando el presentador de las parejas, postrado solemne en la entrada del Abismo, alza y proyecta la voz: «¡La señorita Parisi!».

Y yo, como una virtuosa y soberana que se cree dueña de sus propias decisiones y de su destino, alzo la barbilla y miro a todos como si no me llegaran a los talones. La actitud es siempre lo más importante.

Mi pulsera tintinea con sus múltiples abalorios, marcando territorio. Porque pertenecen a la Cúpula. La Élite de la élite. Pero en ese Tridente, ya falta una púa.

No sé por qué, pero lejos de sentirme cohibida o asustada, me abraza una oleada de valor y de orgullo por ser hija, nieta y madre de quien soy, y objeto de deseo del único demonio que quiero para mí. Pero, sobre todo, me siento bien en mi piel, en mi cuerpo, por ser Ares Parisi.

Esto es lo que significa sentirse empoderada. Saber que una toma sus propias decisiones y que va a ser consecuente con sus actos, que no ha venido a este tablero a participar ni a pedir permiso. Viene a jugar y a ganar en nombre de muchas.

Miro a los demonios a los ojos, siempre procurando parecer un poco vergonzosa para hacerles ver que sé que ellos tienen el poder. Aunque todo es una actuación fingida, una fachada.

Camino a través de la multitud con paso firme, grácil y lento. No sé qué tipo de música es la que suena, pero me parece sinuosa y al mismo tiempo épica. Me recuerda a las melodías que me pongo para

dibujar, como si estuviera viendo escenas de acción en mi mente.

En un trono en el centro de la sala, sentado con el rostro apoyado en uno de sus puños mientras lo mira todo a caballo entre la diversión y el aburrimiento, se encuentra el Demogorgon. Y él sí que amedrenta. Porque es un individuo muy alto y delgado. Con esa túnica oscura y el rostro cubierto con una máscara parecida a la del señor Tumnus, el fauno de *Narnia*, y toda la piel que muestra tatuada con un idioma que desconozco, es muy difícil no sentirte acosada o cohibida por él.

El Demogorgon impresiona. Le tengo respeto, pero no le temo.

Sinceramente, no sé qué tengo que hacer o hacia dónde me tengo que dirigir, pero en la parte central de la larguísima sala, donde se encuentran los sofás blancos con cojines dorados orientados al jacuzzi que reina en el medio, veo a Drugia, a Belial y a Daisha.

El trío diabólico.

Y, joder…, no veo a Adonis.

Los tres son personas atractivas.

Drugia va vestida como una *domina* y casi parece que vayamos a juego. Ella es la líder del programa Influenza. A estas alturas, Adonis debe tener ya, como mínimo, su nombre real y su apellido. O eso espero. La cabrona me mira como si quisiera cocinarme y destrozarme. No le caigo bien. No le gusto. No me quiere cerca de Adonis porque considera que es de ella. Pues bien, no me importa, porque el sentimiento es mutuo.

Daisha tiene el pelo entrecano engominado y lleva una máscara de cuero que me recuerda a Daredevil con sus cuernitos. Los ojos azul claros resaltan bajo el antifaz. Se nota que va al gimnasio y físicamente se conserva bien. De puertas para fuera es un neurobiólogo de éxito que dirige y forma parte activa de un plan maquiavélico de control mental y para influir en la población. Es terrible.

Y después está Belial. Es muy atractivo. No sé qué es ni a qué se dedica. Tampoco su nombre ni de quién es hijo. Solo sé que Angol era su hermano y que ya está muerto. Su cuerpo es perfecto, de formas musculosas y delineadas. Él también lleva un antifaz, pero pintado sobre la piel, que me recuerda a las alas puntiagudas de una mariposa

negra.

Los tres se levantan para recibirme. Estaban esperándome. Tienen hambre y no ocultan que yo soy su plato principal.

Se me encoge el corazón porque he venido sola, sin Adonis, y no lo veo por ningún lado.

—Señorita Parisi —me saluda Belial como un caballero. Me toma de la mano y me besa el dorso.

—Buenas noches, Belial —contesto educadamente—. Daisha, Drugia. —Asiento con la cabeza.

Sé cuál es mi papel. Sé lo que debo transmitir.

Drugia me mira de arriba abajo y cuela uno de sus dedos de uñas rojas bajo la tira que cubre parte de mis pechos.

—El envoltorio no te va a durar nada. Es noche de caza, ¿lo sabes? —Se pasa la lengua entre los dientes—. La Liberalia es una procesión entre persecuciones, música y alcohol por el bosque. Pronto estará todo listo para empezar.

—Parece que estás deseando correr, Drugia —musito con voz afilada.

—Vas a ser nuestra, querida. Veo que Adonis no te ha reclamado, no tienes su abalorio y, como no lo ha hecho, nosotros podemos entrar en la persecución y encontrarte. —Levanto el mentón y me obligo a serenarme. Les gustan las persecuciones, pero esta vez no estamos atadas ni drogadas, al menos yo. Y no tienen ni idea de lo rápida que soy—. Te dije que él era para mí. No le interesas, bonita. —Sus ojos de ese color miel sonríen con lascivia mientras juega con mi pulsera.

—No seas tan desagradable con esta delicia —interviene Daisha—. No somos así con las virtuosas. Debemos tratarlas bien. —No me gusta nada su tono. Parece muy educado, muy correcto, pero sé lo sucio y lo oscuro que es. Sin embargo, ahora es amable; cuando tenga a la presa en sus manos, dudo que sea tan simpático. Ninguno de ellos lo es, en realidad. Ahora deben mantener las formas porque, les guste o no, aún soy la virtuosa de Adonis—. Si el príncipe no la quiere, será que no es tan perfecto como tú crees, Drugia. Querida —me mira—, tenemos a la princesa Drugia muy emocionada con su vir, ¿lo sabía?

—No me sorprende. Es normal que esté emocionada. El vir Adonis

es un hombre excepcional —contesto manteniendo mi temperamento a rajatabla.

—Es evidente que es un hombre competente para los negocios, como ha demostrado hoy en nuestra reunión —me explica Daisha, dejándome claro que se han visto. Espero que Adonis me explique los pormenores de ese encuentro—. Pero no es menos excepcional que usted y no es tan competente si deja ir a una señorita así. Aunque, para nosotros, mejor —declara con vanidad.

—Adonis aún puede reclamarla y encontrarla antes que nosotros. Aunque no esté aquí, este es su coto de caza —lo corta Belial. De todos, es el que más sigue las reglas y el que se encarga de pararles los pies al resto. Es el más frío e inteligente—. Conoce el terreno muy bien. Y no ha reclamado a nadie más.

—Porque me va a elegir a mí —sugiere Drugia con esa voz que odié a los pocos segundos de conocerla.

—Al que tampoco he visto es a Angol. —Belial ignora el comentario de la mujer—. También quería reclamarte, señorita Parisi.

—Lo sé. —Alzo la muñeca y hago bailar los abalorios—. Tengo una piedra con su nombre. —Quiero que me vean relajada, como si este fuera el juego más esperado de mi vida—. No sé dónde está.

—Ya debería estar aquí. Es raro que sea impuntual con estos eventos —musita Drugia.

El Demogorgon se levanta del trono, clava el bastón en el suelo y da tres golpes seguidos para que todos le presten atención, como si hubiese estado esperando a que yo llegara para empezar con lo importante.

La música se detiene.

—¡Corte y simpatizantes! —exclama abriendo los brazos—. Bacus me ha hablado y tiene muchas sorpresas para este Sabbath. Dice que vayáis al bosque, que empiezan las procesiones de la Liberalia. Las virtuosas debéis correr y seréis cazadas por vuestros vires o solicitantes. Si el vir os quiere y os ha reclamado, os cazará antes que nadie, tenedlo por seguro. Si no, corred, porque los que sí lo han hecho irán a por vosotras. Hay tres piras rituales repartidas por la zona que podrán utilizar los virtuosos que lleguen primero a ellas. Al

resto, una vez os cacen, deberán traeros al Abismo para confirmar la posesión y jugar en las salas báquicas del príncipe Adonis. Bacus quiere que lleguéis a su abismo, que crucéis su velo… Llevamos mucho preparándonos para esto. Y ¡ha llegado el momento! ¡Bacus busca a su mujer!

Me fijo en todas las mujeres que empiezan a desfilar hasta el exterior del templo. Está la italiana con la que coincidí en la Masía del Demonio. Me gustaría saber quién es su vir de la Corte, porque es una chica joven, de mi edad, y no sé a qué familia de ricos pertenece o de dónde viene. Aunque es evidente que, como todas las demás, goza de buena educación y buenos modales. El resto de las chicas ya las tengo vistas de las otras noches. No conozco a nadie aquí, excepto a mis pretendientes.

¿Cuándo piensa aparecer Adonis?

—Olvídalo —dice Drugia hablándome al oído, porque sabe en qué estoy pensando—, Adonis no vendrá. Es su manera de decirte que te entrega a los demás, querida. No le importas. Él y yo nos entendemos. Esta noche, después de que juguemos contigo, haremos oficial lo nuestro. —Me huele el pelo sin disimulo—. Ahora corre, conejita. Que los lobos vamos a por ti.

Dios, la odio. Quiero quedarme con ella frente a frente, agarrarla de la cabeza y hacerle una cara nueva, a ver si así se le quita esa expresión tan pagada de sí misma. Ella despierta mi lado más visceral y violento. Pero se lo merece.

A pesar de eso, no puedo pegarle.

También hay simpatizantes en el exterior deseosos de ver el espectáculo. Y me pregunto si realmente saben lo que hace la Corte o si solo están ahí para gozar del sexo, el bizarrismo y el alcohol de la Liberalia.

Lo más increíble es que se ha reunido una multitud que no estaba dentro del Abismo. Las mujeres van disfrazadas como romanas y llevan coronas de hiedra y los hombres, máscaras de sátiro.

Ellas ofrecen a los hombres un licor parecido al hidromiel. Y ellos se lo beben, pero también hacen libaciones a la figura de Bacus que hay en la entrada.

Hay un carro empujado por dos caballos mientras la música empieza a sonar. Música de tambores, flautas, guitarra y percusión. En el carro hay un barril con una manguera y un dispensador y un falo gigante tallado en madera. A su lado, hay una mujer que simula una *matronae* que lo lame con la lengua. Es una romana experta y que se encargará de recorrer todo el itinerario y acompañar las persecuciones mientras todos los demás la siguen en procesión. Dicen que esa mujer es la esposa de un demonio de la Corte, de uno de los siete líderes, pero no sé de quién.

Su porte es regio, sereno, y debe tener unos cincuenta años muy bien llevados. Según leí en el libro de la Corte, la *matronae* debía coronar el falo que hay sobre el carro para proteger los campos y los viñedos, las tierras de Bacus, del mal de ojo y de cualquier tipo de brujería o encantamiento.

El mejor modo de protegerlo era venerando al dios a través del vino y del sexo, de ahí el carácter libertino de la Liberalia.

Y de repente, la *matronae* del carro agarra el aspersor y nos remoja con un enorme chorro del mismo líquido que beben los hombres. Dios, es una bebida muy fuerte y dulce, ni siquiera es vino.

Estoy empapada, como las demás, y huelo a destilería.

En ese momento, el Demogorgon sopla un cuerno. Ese es el pistoletazo de salida.

Y, de repente, me veo envuelta en una carrera.

Soy competitiva. Quiero huir de ellos y voy a correr tan deprisa que nadie me pueda alcanzar.

Pensar que Adonis me lo haya vuelto a hacer, que me haya traicionado y no esté aquí, me da una energía extra compuesta de cólera y rabia.

Aquí no están las comprometidas ni las mujeres de vires. Solo participamos las aspirantes. Las mujeres corretean divertidas a mi alrededor. Pero la única que realmente se lo toma en serio soy yo, así que las adelanto deprisa y me pierdo por el bosque, que tiene un itinerario marcado con señales amarillas con el símbolo de Badalona que simula un demonio.

Los senderos están iluminados con antorchas leds ubicadas en los

troncos de los árboles. Empiezo a hiperventilar y me pongo nerviosa porque no puedo salir de aquí.

O me encuentra Adonis, o esas tres bestias vendrán a por mí y a saber qué me harán.

Sé que soy la más destacada y avanzada de todas. No se lo pienso poner fácil a los cazadores. Eso de correr para fingir que no me quieren cazar no va conmigo. Yo no quiero que me cacen. Ni hablar.

Miro a mi alrededor y veo una zona más iluminada de lo normal. Oigo los gritos de las chicas que no han tardado en ser apresadas, y las risas de ellos y de ellas que gritan como salvajes al celebrar sus adquisiciones.

Muchas de esas chicas van a ser para sus vires, pero muchas otras van a ser compartidas por ellos y los demás que no estén comprometidos, que quieran jugar y las hayan reclamado. O puede que solo por los que las hayan reclamado si sus vires se han fijado en otras. Aquí se comparte y se folla a lo bestia.

No quiero ni pensar en que Adonis me haya hecho esto. Quiero confiar en él, en el que fue sincero conmigo y que se abrió.

En el que admitió que nació con cuernos y rabo, como un demonio. Quiero creer en el hombre bueno que cree que no lo es porque se piensa que su sangre es realmente infernal.

Y creo en el que admitió que quiere tenerme, pero cree que no me merece. O, peor aún, que yo no lo merezco a él.

Porque ese es el que habla de una persona que piensa en los demás antes que en sí mismo. Una que ha querido y ha perdido mucho y que no puede querer más por miedo a no saber sobrellevar esas emociones. Es el hombre del que estoy enamorada, aunque no me haya atrevido a decírselo.

Me dijo que me daba tiempo para pensármelo. Le estoy demostrando que lo quiero todo de él, que quiero estar con él, no solo por la Corte y por lo que tenemos entre manos.

Lo quiero a él y lo acepto, y espero que entienda lo que quiero decir con esta entrega.

Por eso no me creo que me haya dejado sola y me haya abandonado.

Cuando me dirijo a la zona iluminada, me encuentro con una especie de altar hecho de madera y de piedra. Parece una camilla sin ruedas. Es más ancha que una, de hecho, y la ha debido diseñar un carpintero porque ha dibujado símbolos báquicos por toda la estructura. Debajo hay leña y huele a algo extraño, como a combustible.

Como lo que hay en las salas del Abismo, bajo los altares donde las parejas fornican rodeadas de Bacus. Ahí también hay leña.

¿Para qué? Pues no lo sé.

Me quedo mirando el altar porque no sé si es mejor esconderme o si debo seguir corriendo y huir del itinerario. Si hago eso, me meto en un lío. Pero, si me quedo aquí…

En un último pensamiento, decido arrancar a correr otra vez.

Y entonces, alguien me agarra por la cintura, por la espalda y se pega a mí.

—*Ho te, piccola mia* —me susurra al oído—. Hueles a hidromiel.

En ese momento, cierro los ojos y exhalo aliviada, porque me siento salvada y rescatada por completo. Toda mi piel se eriza.

Mi demonio ha venido a por mí.

Por fin.

Tengo tantas cosas que decirle, pero no sé qué me pasa que me pongo a temblar y es como si algo explotase en mí, algo que me rebasa y que me hace llorar, porque estoy dejando ir toda la tensión.

Me cubro el rostro con las manos, superada por las emociones, y siento que él sonríe con ternura contra mi mejilla, rodeándome con su cuerpo desnudo. Entonces me dice:

—Te he dado la oportunidad de escapar de mí y de esto.

—¿A ti qué te pasa? ¿Te gusta ponerle emoción? Pensaba que me ibas a dejar sola —replico enfadada y también abatida. Me intento zafar de él.

—Chis… Cálmate, diabla, y baja la voz. Nos observan. Y no. No te dejaré sola. No pienso dejarte sola nunca más.

—Hijo de perra…, creía que me dejabas de lado otra vez.

—Eso ya no va a pasar. ¿No sabes lo que le pasa a un demonio que quiere arder con su compañera? —Yo digo que no con la cabeza,

hipnotizada por su voz y por una vehemencia que no había oído en él hasta ahora—. Que querrá ese fuego para la eternidad.

—Adonis…

—Vir… —me gruñe, corrigiéndome—. Compórtate y recuerda todo lo que has aprendido y hemos hecho. Llámame vir, joder.

—Sí, perdón, vir…

—Ahora eres mía, señorita Parisi —me susurra y me besa el lóbulo de la oreja—. Mía de verdad. Y ya no vas a poder librarte de mí a no ser que, al final, me eches a mí también a la hoguera con todos los demás. *Non piangere, diavoletta…* —Me ha llamado «diablita» de un modo muy distinto a como hace con Venus, y se me pone la piel de gallina—. Deja de llorar, te lo ruego… —Adonis me da la vuelta entre sus brazos y cuando le miro, me quedo absorta en él. El corazón se me detiene y acepto que será este hombre para toda la vida, mi primer y único amor, porque será imposible que sienta nada parecido hacia nadie. Es tan hermoso, tan intimidante. Lleva el pelo negro suelto y sus ojos amarillos están cubiertos por una tinta negra que simula un antifaz. Parece un guerrero de los de antes. Lleva el torso descubierto y muestra toda su diabólica perfección sin reparos, porque es imposible que alguien como él tenga complejos—. Es la hora, señorita Parisi. —Adonis me sujeta el rostro con las manos y entonces acerca sus labios a los míos y me dice—: Sabes lo que soy.

—Sí.

—¿Y aun así lo quieres todo de mí?

—Todo. —Asiento tragando saliva y poso mis manos sobre las de él. Voy a ser muy consciente de todo lo que vamos a hacer y no me voy a reprochar nada—. Todo lo que eres. Lo quiero todo. Tú solo…, solo… no me sueltes —le ruego.

Él suelta un leve gruñido que le reverbera en el pecho y añade:

—Vas a ser mi maldito infierno.

Y con un arrebato que parece un vendaval, me besa por primera vez.

VI

Dios mío de mi vida, madre del amor hermoso… No sé rezar muy bien, ni siquiera sé a quién tengo que orar, pero esto es de otro universo. Si Adonis no existiera, alguien debería inventarlo solo por cómo besa, porque estos besos deberían ser descritos y narrados.

Sus labios se han pegado a los míos y su lengua se ha colado en el interior de mi boca para pelearse con la mía, como si jugáramos a aprendernos. Todo él se cierne sobre mí y me conquista.

El modo en que me sujeta la cara me vuelve loca. Su sabor es adictivo, fresco y tan estimulante que todos los puntos erógenos de mi cuerpo se ponen en guardia y se erizan.

Me roba el aire, me absorbe el aliento. Es como si me quisiera comer entera, pero sin ser un beso basto. Lo siento deseoso de mí y tengo ganas de reír y de rodearlo con las piernas. Sus dientes muerden mi labio inferior y yo gimo y cierro los ojos muerta de gusto.

Esto no lo esperaba. El beso que yo le di parece de parvulario comparado con este que despierta mis sentidos como si me acabasen de inyectar una droga afrodisiaca.

—*Bambina*… Esto que llevas puesto me vuelve loco… —dice contra mis labios. Los míos están húmedos, mi boca semiabierta y, de repente, su lengua toca la punta de la mía como un recordatorio de que hace unos segundos ha estado ahí, saqueándola.

—Pues me lo has escogido tú…

—¿Y esos cuernos que te has hecho?

—Son para cornearte mejor.

Él sonríe y entrecierra sus ojazos.

—¿En serio?

—No. Es solo para que veas que yo también tengo —le digo dulcemente—. Como tú.

Él une su frente a la mía y sus manos se deslizan hasta mi trasero, desnudo, excepto por las tiras que lo cubren.

—Esto es muy mala idea. Pero ya no hay marcha atrás para ninguno de los dos. Recuerda que soy tu vir y que quien manda soy yo —dice angustiado—. Esta noche es para jugar con mi virtuosa y hacerle lo que yo quiera, ¿lo entiendes?

—Sí, vir.

—Tienes que ser sumisa —vuelve a decirme en voz baja. Lamento oír eso, porque quisiera tocarle y hacerle lo que de verdad me apetece, pero no va a poder ser ahora. Sea como sea, estoy deseando disfrutarlo a él en el plan que quiera. Si hoy es como vir, y no como Adonis, aceptaré mi rol—. Asiente si lo entiendes.

—Sí, está bien —digo con voz temblorosa.

—Has corrido mucho y los has dejado atrás. Pero esos tres estarán a punto de llegar. Querrán mirar.

Aprieto los dientes.

—Pues que miren.

—Lo siento si soy brusco —me dice solo para que yo lo oiga. Le cuesta hasta coger aire—. Llevo mucho aguantándome… —Se muerde el labio inferior y yo se lo quiero arrancar con los dientes—. Te pido perdón por adelantado… Pero el sexo báquico es…, ya sabes cómo es.

Parpadeo, confusa. Tengo las pupilas dilatadas y el cuerpo inflamado. Sin embargo, estoy lo bastante famélica, hambrienta de él, como para saber que no quiero que pare y que cualquier cosa va a estar bien mientras me bese así.

—Vir…, hagámoslo —lo animo, hundiendo mis dedos en su pelo—. No pasa nada. Vamos a hacerlo los dos, así que… adelante. —Me pongo de puntillas y le digo al oído—: No te tengo miedo. Te deseo.

Esas palabras desatan los demonios en él.

Sus ojos se aclaran, sus dedos se clavan en mis nalgas y, agarrándomelas fuerte, me alza y me aprieta contra él hasta llevarme contra ese altar y sentarme sobre la superficie dura y de piedra.

Se hace sitio entre mis piernas y vuelve a besarme. Le devuelvo el

beso con las mismas ganas y paso las manos por su espalda para acariciar a su Asmodeo y también la cicatriz de Adonis. Él se estremece, pero no me retira las manos.

Su beso se hace largo, interminable y tan gustoso que noto cómo me excito y me empiezo a humedecer entre las piernas. Por fin, no se aparta. Por fin me besa como quiero que me bese. Y entonces, tira de mis caderas y pega su erección contra mí, desnuda y expuesta al no llevar ropa interior.

A continuación, Adonis me obliga a apoyar la espalda en la superficie, coloca mis muslos sobre sus hombros y se arrodilla entre mis piernas para hundir su boca sublime entre ellas. La posa sobre mi núcleo abierto y lo oigo gemir al dar el primer lengüetazo; a mí también se me escapa un gemido. Quiero agarrarlo del pelo, pero sería demasiado osado para una virtuosa, así que me sujeto al extremo de la cama de piedra, dura y fría, y no ofrezco resistencia para que él me pueda comer y saborear como desea.

Hace unas noches que no tenemos sexo. Y lo he echado de menos. Le he echado de menos a él.

Su lengua azota mi clítoris y después me penetra con ella. Es increíble, parece un lagarto de lo profundo que llega. Inclino la cabeza para mirarlo y me encuentro sus ojos amarillos fijos en mí disfrutando de lo que hace, el canalla.

—No te corras —me ordena.

Ya sé que no me puedo correr. Oigo pasos alrededor al pisar la hierba y la tierra y pies que se detienen donde estamos nosotros. Pero solo estoy concentrada en Adonis.

Dejo que mis gemidos emerjan a través de mi garganta y muevo las caderas al compás de su lengua. Sé cuál es su función, sé lo que quiere hacer conmigo: excitarme hasta el punto del dolor y luego penetrarme. Me va a prohibir el orgasmo y él se lo prohibirá también hasta que ambos no podamos más.

Y de repente, se incorpora, se hace a un lado y me coloca las piernas cerradas de costado. Nunca lo he hecho así. Adonis se baja el pantalón, se agarra el pesado miembro con una mano y guía la punta a mi entrada, humedeciéndose la cabeza con mi propia humedad,

hasta que sus ojos se clavan en mí con una advertencia.

Lo va a hacer, pero, en silencio, me pregunta si estoy preparada. Yo asiento y cierro los ojos; me sujeto a la superficie como puedo mientras él me penetra centímetro a centímetro, en esa posición que parece que todo sea mucho más grande de lo que es y yo mucho más estrecha de lo que soy.

Se me escapa un gemido que suena a tortura y él se clava por completo en mi interior. Mi cuerpo lo reconoce y lo deja entrar. Apoyo la frente en el altar, tomo aire como puedo. Adonis me levanta una pierna y coloca la rodilla sobre la superficie del altar, con lo cual, la penetración se hace más profunda y las estocadas, al moverse, propician que los testículos choquen contra mi carne.

Me sujeta el muslo con fuerza, abrazándolo, y me besa la pierna, la rodilla, el gemelo, mientras me posee de esa manera en la que siento que es demasiado. Doy gracias a que tengo elasticidad.

Cuando nuestros ojos conectan, advierto que está sumido en mí. No quiere hacerme daño. Seguramente, me diría y me haría muchas más cosas para que esto fuera menos salvaje si estuviéramos a solas y no tuviéramos que actuar frente a la Corte de mirones que nos vigilan y se pajean con el espectáculo. Y lo acepto, no le voy a echar nada en cara. Lo acepto, además, porque me está encantando, por duro e intenso que sea.

Nuestros gemidos se mezclan con el de otras parejas y grupos que fornican por el bosque. Muchos otros ya han regresado al interior del Abismo para disfrutar de las salas báquicas.

Me muero de calor. Después de un largo momento de bombeo en el que empiezo a sentir el orgasmo nacer en mí, Adonis se detiene y me cambia de posición. Él está hinchado y grande en mi interior y creo que también está cerca de correrse. Y no podemos terminar. No sé cómo voy a ser capaz de aguantar el orgasmo tanto rato si quiero correrme desde que me besó.

Entonces, me suelta la pierna con suavidad. Yo sigo de lado y él se cierne sobre mí apoyando las manos en la piedra, arrinconándome, para besarme. Recibo sus labios encantada. No se mueve en mi interior, solo me está besando, aunque eso es suficiente para que yo

palpite a su alrededor.

Solo el Diablo puede besar así. Solo Asmodeo. Solo Adonis.

—Date la vuelta, señorita Parisi. Apoya el vientre en la estructura —pide contra mi boca.

Yo lo miro fijamente, y él me da un beso rápido y dulce en los labios para animarme a hacerlo.

Me siento con confianza, así que le obedezco y me coloco bocabajo con el vientre aplastado contra la superficie.

Mi manera de entregarme a él es hacer todo lo que me pide. No hay más muestra de confianza total que esa. Sé que no me va a hacer daño, no me va a lastimar. Es mi vir y yo su virtuosa.

Una vez estoy en esa postura, mis pies se quedan de puntillas manteniendo contacto con el suelo. Me separa las piernas con su muslo fornido. Me agarra de las caderas y vuelve a penetrarme hasta el fondo y me cubre todo el cuerpo, ubicándose sobre mí como una cúpula protectora para murmurarme al oído:

—Solo estamos tú y yo. Solos tú y yo. No hay nadie más. —Rota las caderas. Así lo siento muy intenso. Sé que me lo recuerda porque estoy segura de que a nuestro alrededor hay muchos mirones. No soy consciente de ellos porque solo tengo atención para él—. Solo eres para mí. Y yo para ti.

Me toca de manera diferente, con más veneración, con mucha más pasión e intensidad. Es como si ahora no fuera solo sexo, aunque estemos jugando en la Corte y seamos unos participantes más de sus juegos báquicos.

Después de esas palabras, algo se enciende en mi interior como si reconociese perfectamente lo que me acaba de decir, porque para mí es tan verdad como para él.

Me intento apoyar con las palmas de las manos en la cama de piedra para retirar un poco el vientre y que no haya tanta presión, pero él no me deja y me dice:

—*Bambina*…, no te muevas. Siente el punto donde todo nace. Concéntrate.

No me muevo. Ni loca.

Me sujeto al extremo de la superficie y me rindo a él durante tanto

rato que pierdo la noción del tiempo. Percibo el lugar donde todo tiene origen y final, no solo en mi interior, sino en todas las partes de mi cuerpo que entran en contacto con él. Está en cada recoveco, está en mí. Es una comunión muy extraña, una que no había sentido antes.

Y siento tanto gusto, tanto deleite… A pesar de sus duras embestidas, a pesar de la fricción y de lo grueso que es, Adonis sabe muy bien cómo moverse y no solo buscar su éxtasis, sino también a ayudarme a conseguir el mío y que disfrute por el camino.

Veo sus manos agarrándose al extremo de la superficie mientras me penetra. Las mías están en medio… Así que prefiero sujetarme a sus muñecas. Él une su mejilla a la mía y deja un reguero de besos por mi cuello. Pasa su lengua por mi piel y, de vez en cuando, me pellizca con los dientes. Es tan erótico…

—Me consumes… —me dice en voz muy baja—. Aguanta un poco más.

Me gusta que se abra y que reconozca sus emociones y el efecto que provoco en él. Yo podría decirle muchas otras cosas más si no estuviera tan concentrada en seguir respirando y obtener oxígeno. Porque siento que me quemo.

Aquí empieza a hacer mucho calor.

Los envites de Adonis son cada vez más poderosos y de la inercia me obliga a subirme en el altar y a ponerme a cuatro patas. Él también se sube detrás de mí y se pone de rodillas, sujetándome bien de las caderas. Parecemos animales.

La tortura no cesa. El placer tampoco.

Sus manos marcan todo mi cuerpo y me retiran las tiras idóneas para tocar lo que quieren sin destapar mi herida: los pechos, el culo, las caderas, la entrepierna… Sus dedos se cuelan y pellizcan mis pezones hasta cubrirlos con las manos por completo. Y sujetándomelos, me anima a incorporarme y a quedarme de rodillas con la espalda apoyada en su pecho. Sus dientes pellizcan el lateral de mi cuello y besan y lamen la marca que dejan… Una mano se posa en mi sexo y el antebrazo del brazo contrario me cubre los pechos y me sujeta con posesión. Hasta que advierto lo que está haciendo por mí y eso hace que me sienta cuidada. Adonis me está tapando con sus

manos, porque sabe que tenemos espectadores y no quiere que nadie vea mi desnudez. Es una manera de privarles una parte de mí, de que ninguno me vea como quiere.

Yo me sujeto de su nuca y con la otra mano fijo su mano en mi entrepierna porque quiero sentirlo y que la deje ahí, tocándome, hasta que me corra.

Ambos miramos al frente y lo que vemos, al menos a mí, hace que me arme de valor y me sienta desafiante.

Además de otros miembros de la Corte que se masturban con lo que ven, me encuentro a Belial, Daisha y Drugia mirándonos fijamente con envidia y ganas de unirse.

Los odio.

Cuando Drugia y Daisha se adelantan como si tuvieran derecho a participar en nuestro encuentro, Adonis les dirige una mirada desafiante y los deja clavados en el lugar.

—No —les ordena. Es un latigazo.

Mi corazón se detiene y se llena de luz porque acabo de oír el tipo de negativa que quiero oír en el hombre que elijo para mí. Porque habla como quiero que hable y porque así deja claro que soy importante para él, única e intocable, como debe ser. Como una obra de arte que debe ser cuidada y no manoseada por extraños y mundanos.

Drugia frunce el ceño porque no entiende lo que está pasando. El ego de esa mujer se está haciendo añicos de golpe. Adonis le había dado a entender que la elegiría a ella hoy y que yo sería un plato para compartir con todos. Pero ahora la situación ha cambiado. Si alguien osa interrumpirnos o pretende tocarme como un trozo de carne de contrabando sexual, estoy convencida de que Adonis lo mataría sin miramientos.

—No os acerquéis —les prohíbe abiertamente.

—Eso no fue lo que dijiste que pasaría —le echa en cara un Daisha ofendido. Vaya, ese hombre parece muy rabioso.

Drugia no quiere ni hablar ni rebatirle. Se siente traicionada e indignada.

—He cambiado de opinión. La señorita Parisi no se toca —zanja el

tema, muy quieto dentro de mí, aunque sus dedos siguen acariciando el capullo nervioso de placer que está más que inflamado—. Yo la reclamo. Soy su vir. Y ella es mía.

Tuerzo el rostro a pesar del limbo sexual al que me está sometiendo, porque quiero ver su expresión al afirmar algo tan categórico.

Y es evidente que lo dice de verdad, que lo siente. Esta vez, su expresión no da lugar a dudas.

A Daisha no le gusta nada la aseveración. A ninguno de los tres les gusta. Y eso provoca en mí una oleada de orgullo y de satisfacción que hace que me sienta como una reina y que quiera provocarles. Sujeto la barbilla de Adonis y le obligo a bajar la cabeza para que me bese. Y mientras él lo hace y yo le devuelvo la misma atención, dirijo una mirada de soslayo a la arpía de pelo naranja y alma de diablo.

«Jódete, perra».

Veo cómo rechina los dientes y que sus ojos prometen venganza. La esperaré, porque sé que sus represalias vendrán. Pero ahora no. Ahora puedo disfrutar de esto, de Adonis, de mí y de su envidia insana y oscura.

—Señorita Par… —Adonis gruñe contra mi boca, vuelve a embestirme y los dedos de su mano no dejan de acariciar mi clítoris de un modo que me vuelve loca.

No aguanto más esta posición, necesito sujetarme a la mesa o apoyarme en ella. Corto el beso, Adonis sonríe como si me leyera y entonces me deja caer hacia delante para que me apoye otra vez con las manos en la superficie.

Sus muslos chocan contra la parte trasera de los míos.

Ya no veo a nadie, no oigo a nadie, solo siento…

El calor en mí crece. No solo eso, también en la superficie en la que Adonis me posee. ¿Por qué ha subido tanto la temperatura?

En el mismo momento en el que esta empieza a crecer, mis ganas de llegar al orgasmo también lo hacen.

—Joder… —susurra Adonis en mi oído—. Me gustas tanto… —me dice solo para que yo lo oiga—. Eres puro fuego… Estás ardiendo por dentro…

—Adonis…, me muero…

Él me da una cachetada entre las piernas y yo lo maldigo en todos los idiomas que sé. ¡Me acaba de dar una torta en la vagina el muy desgraciado!

Se está riendo, no lo puede evitar.

—Rectifica.

—Vir… —digo temblorosa.

Sus dedos vuelven a acariciarme y yo apoyo la frente y los antebrazos en la plataforma, porque ya no me sostengo más. Ya sé que tengo que contener el orgasmo todo lo que pueda, pero me siento eufórica y tan excitada que necesito liberarme ya.

—No puedo…, no me aguanto…

Estamos sudando los dos. Las tiras de cuero se me pegan a la piel y las manos de Adonis continúan cubriendo mi desnudez; doy gracias por los cuernos, porque evitan que el pelo me caiga sobre la cara.

—No puedo más…

—Aguanta…

—No puedo… —lloriqueo, intentando evitar que la estocada sea más profunda, pero es imposible. Él entra hasta donde quiere y cada vez más hondo.

Adonis se coloca de un modo en el que puede apoyar su frente en mi nuca, como si necesitase tiempo para tranquilizarse, pero sus caderas no se detienen. Mientras me da sus embates, que llegan demasiado profundo en mí, dice:

—Está bien… —coge aire—, está bien… córrete.

—Me muero…

—Córrete. Córrete, *piccola,* que yo te sigo…

Soy como un volcán.

La piel me quema, las mejillas me arden y siento un fuego arrollador concentrarse en mi vientre y en mi vagina. Es insoportable. Tengo la sensación de que me voy a morir de verdad.

Me agarro fuerte al extremo de la plataforma y empiezo a gemir y a echar el cuello hacia atrás, presa de un orgasmo brutal que se extiende demasiado en el tiempo.

Adonis me sostiene y se abraza con fuerza contra mí, hundiéndose y vaciándose en mi cuerpo.

Es la primera vez que sé que se deja ir conmigo y me parece maravilloso, pero hay algo en nosotros fuera de control. Somos llamas vivientes que prenden con más fuerza a cada estremecimiento de este orgasmo intimidante.

Ardo. Mi piel arde, las rodillas y las palmas de las manos me queman hasta que Adonis me agarra y, sorprendentemente, nos saca a ambos de esa pira.

Porque es lo que es. Esta cama de piedra y metal, esta plataforma en cuya base había madera, ahora está ardiendo, se ha prendido. La madera se está quemando.

¡¿Quién demonios la ha encendido?!

En el suelo, Adonis sale de mí, pero sigue encima. Me abraza contra su pecho, mirando embobado las llamas. Normal que sintiera que me quemaba, porque estas dan de lleno debajo de la placa de la plataforma, que se ha convertido en una sartén en contacto con un fogón.

Adonis no se puede creer lo que está viendo, y yo tampoco.

A nuestro alrededor, la gente exclama asombrada por lo que acaba de presenciar. Daisha, Belial y Drugia están tan estupefactos como el resto.

En los ojos marrón rojizos de la única hembra de la Cúpula se reflejan la incredulidad, la rabia y también la ofensa.

En los ojos de color azul muy claro de Daisha solo hay envidia y traición. Está rabioso porque creía que me iba a probar, que iba a poder magrearme, pero Adonis se lo ha impedido.

Y en los ojos whisky de Belial hay frialdad mientras observa con la barbilla alzada el espectáculo con mucha curiosidad.

No entiendo por qué se está quemando la pira, pero estoy asustada. Y muy mareada y débil, parece que se me hayan ido las fuerzas con el orgasmo.

Cuando miramos hacia la derecha, una sombra se cierne sobre nosotros y advertimos que es el Demogorgon, apoyado en su báculo, observa anonadado y con mucha revelación lo que ha sucedido en este lugar.

El brujo me mira a mí y después a Adonis y sé que está sonriendo

malignamente detrás de esa máscara de Fauno que lleva. Algo en todo eso le agrada, y tengo la impresión de que ahora me estudia con mucho más aprecio que antes.

—Había oído que, después de media hora de coito, una cama ceremonial empezaba a prenderse —dice el Demogorgon—. Quería verlo con mis propios ojos y me he llevado una buena sorpresa al ver que ha sido la del mismísimo Príncipe del Abismo. Al final, Adonis, has decidido reclamar a tu virtuosa, entiendo.

—Sí —contesta él.

—Y has dejado a los demás con las ganas. No deben de estar muy contentos —se burla de ellos mirando al trío—. ¿Se ha prendido de manera natural, príncipe Adonis? —la pregunta esconde un tono de incredulidad.

Adonis se levanta tras de mí y me ayuda a incorporarme, tapándome en todo momento, mientras mira al brujo y a los presentes con mucho recelo. Estoy chorreando de sudor, como él. Me siento húmeda y resbaladiza entre las piernas, que cierro y aprieto con celo.

Adonis no iba a contestarle, pero Belial se ha encargado de hacerlo en su nombre.

—Ha sido combustión espontánea, Demogorgon. Lo he visto con mis propios ojos.

El Demogorgon no deja de mirarnos.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Así ha sido —contesta Adonis con mucha solemnidad.

El fascinador toma una inhalación profunda por la nariz y da dos golpes en el suelo con el bastón ceremonial.

—Es muy interesante. Y muy revelador —augura satisfecho—. Parece ser que tenéis el favor de Bacus. Y que tenemos a una entusiasta auténtica. —Me admira—. Esto solo pasó una vez antes. Es un regalo del dios que se haya manifestado así una segunda. Este Sabbath será histórico. Es el que todos esperamos.

Entrecierro los ojos y siento cómo Adonis se tensa.

No sé lo que significa eso. No sé hasta qué punto estos individuos creen en sus rituales ni lo que implica que la pira haya ardido. Pero si es algo muy bueno para ellos, ya sé que es algo muy malo para

nosotros.

—Te felicito, príncipe Adonis —reconoce—. Y a ti también, señorita Parisi. Si tenéis el favor de Bacus, podéis decidir qué hacer en la Liberalia. Es más que evidente que necesitáis descansar y que la señorita Parisi debe recomponerse después de haber desprendido tanto… entusiasmo. —La gente se ríe y vitorea. Me siento demasiado expuesta—. Nuestro Señor os tiene en alta estima y estáis en vuestro derecho de decidir qué hacer.

Yo no tengo señor. Ni vir. Ni amo. Pero si este hombre se siente mejor diciéndolo, que lo diga.

—Vamos a retirarnos y a experimentar el honor de ser abrazados por Bacus… —contesta Adonis muy serio—. Mi virtuosa debe reposar, todavía está mareada —reconoce.

Es cierto. No me encuentro bien, es como si me hubiese dado un bajón de tensión de repente.

—Propio —dice el Demogorgon asintiendo con la cabeza—. El resto, volved a la Liberalia y a seguir ofreciendo tributos a Bacus. ¡Vamos! —exclama abriendo los brazos tatuados y delgados.

Adonis y yo nos retiramos mientras nos aplauden como si fuéramos héroes. Es tan obsceno y ridículo que no sé cómo sentirme. Además, tengo el cuerpo de gelatina y el cerebro licuado.

Nos hemos librado, de repente, de continuar con los juegos sexuales en el bosque y en el Abismo, todo porque la leña ha empezado a arder de un modo que no comprendo.

De lo que no nos libramos es de los seis ojos que se clavan como puñales a nuestra espalda.

No sé si salimos vencedores de algo, pero de lo que sí estoy segura es de que hay tres perdedores que están deseando tomarse la revancha como sea.

Daisha, Drugia y Belial no se quedarán de brazos cruzados después de esto.

VII

Nico nos ha dejado en el castillo, asegurándose en todo momento de que nadie nos siguiera. Una vez allí, Adonis me ha tomado de la mano y me ha llevado hasta la piscina exterior del jardín, que es climatizada y cuya mitad está cubierta por parte del porche rectangular que emerge de la parte trasera del edificio.

No hemos hablado nada en el coche. Es increíble, lo sé. Solo me he apoyado en su hombro y he intentado retomar el aliento. Él ha entrelazado los dedos de su mano con la mía para dedicarme caricias hipnóticas con el pulgar sobre mi dorso.

No sé qué ha pasado en el bosque, ni qué ha sucedido cuando me he corrido con Adonis dentro…, pero no ha sido normal y ahora estoy como si me hubiera pasado un camión por encima.

Adonis parece muy nervioso y también muy poco hablador. No sé si está enfadado ni sé si he hecho algo mal, pero tiene un humor tirante.

Sin mediar palabra, nos detenemos frente a la piscina y él se toma la paciencia de liberarme de mi *atrezzo* tira a tira. Yo busco sus ojos, aún drogada por las endorfinas del increíble orgasmo que he vivido.

—Adonis.

Él sigue retirándome la tira que cruza mis caderas y yo detengo sus manos, pegándolas a mi cintura.

—Adonis, mírame. —Él toma aire por la nariz y, finalmente, se centra en mí—. Cuéntame qué ha pasado en el bosque y qué significa. Y por qué estás tan nervioso. Quiero que me hables y que dejes de encerrarte en ese cerebro brillante y retorcido que tienes.

—Las mesas ceremoniales son como las del interior del Abismo —responde crispado.

—Lo sé. Tienen leña debajo, pero no sabía que se prendía. ¿Es que en el abismo báquico se hacen alitas de pollo humanas?

Él frunce el ceño, pero no puede evitar sonreír.

—Ares… —me reprende.

—Ya lo sé. —Poso mi dedo en su entrecejo y siento cómo se relaja bajo mi toque—. Necesito que me cuentes las cosas. Si vas a cambiar conmigo y aceptas lo que sea que nos pase, tienes que hablarme. ¿Por qué pareces tan preocupado? ¿Qué ha pasado? ¿Has encendido tú el fuego?

Él niega con vehemencia y toma mi mano para posar mi palma sobre su mejilla. Es muy tierno y me gusta esta nueva cercanía.

—Ares… Te dije la verdad cuando afirmé que mueves una energía extraña. Cada vez es más evidente que no eres nada normal. Y eso me tiene mucho más descolocado de lo que imaginas.

—Claro, tú sí eres normal —digo con ironía.

—No. Yo tampoco. Pero es suficiente con que yo sea rarito como para que ahora tú también lo seas.

Me humedezco los labios y lo miro ansiosa.

—Cuéntame cómo se ha encendido el fuego —exijo.

—La leña que hay debajo de las mesas ceremoniales está empapada con gasolina. Las plataformas de metal tienen una segunda capa de goma ignífuga por debajo. Entre el material, el calor que desprende nuestro cuerpo al tener sexo y la fricción se crea una carga estática que podría prender materiales inflamables al contacto con una simple chispa. Una chispa parecida a la que el cuerpo puede emitir cuando está cargado de energía electrostática. Tu cuerpo está húmedo por el alcohol con el que te han rociado —enumera mirándome de arriba abajo—. Hemos estado mucho tiempo en el altar, Ares…

—Sí, media hora intensa. —Arqueo las cejas.

—Sí. Y tu piel y la mía quemaban. Nuestro propio calor se ha transmitido a través de las placas y ha provocado que la leña se calentase. En algún momento, hemos creado una chispa que ha ido a parar a la leña; así se ha originado el fuego.

—Estás de coña.

—No. Tú misma lo has visto. Evidentemente, es muy difícil que eso

suceda. En el Sabbath se juega con esos altares creyendo que, en algún momento, en un abismo báquico, el fuego se prenderá para ratificar a una auténtica virtuosa entusiasta. Pero como ha dicho el Demogorgon, en todo este tiempo de Corte, es la segunda vez que pasa. Por eso es tan inaudito y difícil que algo así tenga lugar. Sin embargo… —Me sujeta por las caderas y me atrae hacia él—. Nadie sabe lo especial que eres, Ares, solo yo. Eres una vestal, y todo lo que creas a tu alrededor, todo lo que se genera en tu entorno, todo lo que provocas —añade con los dientes apretados—, solo constata tu esencia y naturaleza. Y no sé cómo de terrible es saber que hemos hecho encender el fuego —sacude la cabeza, consternado—, pero no es bueno despertar la admiración del brujo. Se toma muy en serio estas cosas y desconozco cómo va a cambiar su trato con nosotros después de esto.

—Tal vez… —Sus manos me están empezando a acariciar de ese modo tan suyo que hace que me ponga nerviosa—. Tal vez solo ha sido una casualidad.

—No, Ares. —Se ríe porque piensa que acabo de decir una tontería —. Nada es una casualidad. Te has librado de la camarilla de la Corte, sobreviviste a Angol no solo una vez, sino dos —me remarca—. En esta segunda, el rebuzno de un burro te dio la oportunidad para tomarlo por sorpresa y estrangularlo. En las fiestas romanas sacaste el Beso de la Emperatriz de entre todas las cartas. Tu abuela era una *sagae* y desciendes de herederas con el don de la vestal. Y ahora has hecho arder una pira ceremonial. Joder, Ares… —Preocupado, me mira como si no fuera real, entre la fascinación y el respeto—. Has cambiado la ecuación por completo. Ese incendio nos otorga libertad y también privilegios que espero descubrir pronto, pero también nos expone ante el Demogorgon y los Reyes.

A mí los privilegios en ese mundo me dan igual, me parecen todos bizarros y pervertidos y no me gustan.

—¿Sabes lo que ha cambiado? —digo poniéndome de puntillas y rodeándole el cuello con cariño con mis manos—. La cara de Drugia y de ese sátiro de Daisha. Y del soberbio de Belial. Pero, sobre todo, la de ella. No sabes cuánto he disfrutado de su decepción porque no la

hayas reclamado ni oficializado nada con ella.

Adonis sonríe y une su frente a la mía.

—Ares…

—¿Qué? Aún te siento dentro, Adonis —aseguro en voz baja mirándole la boca y mordiéndome el labio inferior. Aún me tiemblan las rodillas de lo que hemos hecho en el bosque y todavía tengo su semilla en mi interior. Pero quiero volver a hacerlo con él. Cuando él y yo conectamos, cuando nos tocamos y nos tomamos, algo pasa en mi interior, y espero que a él le suceda lo mismo.

Adonis se da prisa por quitarme la última tira y, después, se agacha con delicadeza para quitarme el calzado.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—Es increíble —dice deslizando sus manos calientes por mis gemelos.

—¿El qué? —Paso los dedos por su pelo negro. Me vuelve loca lo guapo que es. Pero, si solo fuera eso, no me habría metido en el problema en el que me hallo.

—Estamos en este lío, llevo mucho tiempo preparándome para esto y, sin embargo, aunque sé que todo va a ir a peor y que no pienso detenerme en mi objetivo de encontrar a quien acabó con la vida de mi hermana, torturó a mi madre y acabó con mi padre, en lo único que pienso es… —Agacha la cabeza, pero yo no le permito que me baje los ojos. Quiero que me mire.

—¿En qué, Adonis?

—En que quiero esto… —Me presiona los muslos. Después me besa el cuádriceps derecho y desliza su lengua hasta mi ingle, ya desnuda —. En que quiero tocarte hasta desgastarme las yemas. —Juega con la lengua—. Verte llegar al Abismo y correr por el bosque con esa ropa, con tu peinado… Con tu maquillaje de guerrera del Diablo —murmura emocionado—. Me ha encendido tanto… Pensé: «Esa demonia se viene a mi Infierno». Pero estaba equivocado.

Su lengua empieza a dirigirse al centro de mi placer y me moja la carne, primero con la punta y después con lengüetazos largos y húmedos que me excitan hasta inflamarme otra vez. No quiero cerrar

los ojos porque deseo seguir viendo cómo, poco a poco, Adonis no solo asoma sus cuernos, sino también su alma.

—¿Estabas equivocado?

—Sí.

—¿En qué?

Estoy muy húmeda, me lo noto. Adonis introduce dos de sus dedos en mi vagina y yo tiemblo ante la intrusión. Con la mirada fija en mi sexo, da un largo lengüetazo de abajo arriba en mi clítoris y, cuando retira la boca, contesta:

—En que el Infierno eres tú, *bambina*.

—Por Dios… —gimo.

Dicho esto, arrodillado como está ante mí, lo sujeto del rostro, me inclino y le planto un beso en los labios. Me saboreo a mí misma y también a él, e introduzco mi lengua en su boca.

Adonis se levanta de golpe y me coge en brazos. Rodeo sus caderas con mis piernas y él me sujeta por el trasero para levantarme un poco y penetrarme centímetro a centímetro. Para él es muy fácil apuntar bien y deslizarse sin más. Es hábil incluso para eso. Estoy irritada y la sensación vuelve a provocarme un leve gemido.

—No quiero ser brusco… —dice con tiento.

—No, está bien… —Me abrazo fuerte a él.

—Oh, joder…, sigues ardiendo —me susurra con suavidad—. Me gusta esto. —Se impulsa hacia dentro y se queda ahí muy tenso.

Yo siseo hasta que me acostumbro y me relajo con él.

—Nena… —Me levanto un poco y se lleva un pezón a la boca. Para morderlo y maltratarlo como desee.

¿Nena? No sé si me gusta. Pero me encanta como me lo dice.

Me mira fijamente y veo un destello divertido en sus ojos amarillos. Sé lo que va a hacer, lo leo antes de que dé ese paso y no me da tiempo ni a gritarle.

Adonis se mete conmigo de un salto en la piscina.

—¡Adonis!

Estamos casi a finales de abril y en la montaña refresca, pero la piscina está climatizada, así que la impresión del cambio de temperatura no es tanta como sí me impresiona la profunda estocada

que recibo de él en mi interior una vez hace pie.

—Ahora tenemos todo el tiempo del mundo —me dice al oído, moviéndose y saqueándome por dentro. Ya no se va a detener.

—Ah, sí… —susurro, disfrutando de cada envite.

Me mira la boca. Hace mucho eso, como si no estuviera seguro de si besarme, como si tuviera que pedirme permiso para hacerlo, porque aún cree que no merezco sus besos. Eso me parte el corazón y me enternece, porque puede estar dentro de mi cuerpo, con todo lo íntimo que puede llegar a ser, pero aún considera los besos como algo mucho más personal.

Y, de algún modo muy romántico, eso me parece bonito. Porque viene a decir que puedes follar con quien quieras, incluso puedes follarte a ti mismo.

Sin embargo, no puedes besarte a ti mismo. Y follar con besos de verdad, besos reales, se acerca demasiado a hacer el amor y eso no lo sabe hacer todo el mundo.

Adonis no sabe hacer el amor porque está muy acostumbrado a controlar su cuerpo y el de su compañera, a poner límites y a decir «hasta aquí». No sabe abrirse ni exponerse. Sabe follar y llevarte a un limbo de placer donde se te salten las lágrimas del éxtasis.

Pero a mí me va a hacer el amor. Me lo prometo a mí misma. Adonis tiene que abrirse conmigo y nos tenemos que hacer el amor el uno al otro, o nada de esta aventura tan arriesgada tendría sentido.

Tal vez, no lo hagamos ahora, que estamos muertos de deseo y lascivia y que quiere provocar un maremoto en la piscina mientras me posee físicamente.

Pero lo haremos.

—Quiero que te corras tantas veces como puedas… —me pide succionándome el cuello.

—¿Y tú? —Lo sujeto del pelo y uno mis labios a los suyos—. Ya estoy a punto —aseguro contra su boca.

—Yo también. —Me muerde el labio inferior y nos preparamos para dejarnos llevar con el primer orgasmo sin público de la noche.

Lo que digo: no es hacer el amor. Pero es un comienzo.

Adonis tiene muchas cosas de las que informarme y ponerme al día. Antes de dormirnos, con el cuerpo licuado por el placer, me dijo que tenía que contarme todo lo que había planeado y lo que íbamos a hacer mientras él mismo atendía el corte que tengo en la cadera. Se quedó más tranquilo al ver que no era profundo.

Cuando bajo a desayunar, me lo encuentro sentado a la mesa mirando las noticias y con mi desayuno ya preparado.

Lleva una camiseta blanca de manga corta y unos tejanos, y está fresco como una rosa, como si hubiese dormido muchas horas cuando ambos sabemos que no hemos dormido más de tres.

Él advierte mi llegada y me sonríe de soslayo.

Es un bandido.

—Señorita Parisi… Buenos días.

—Buenos días —le contesto mientras me recojo el pelo en un moño alto y despeinado. He bajado con la cara lavada, porque después de todo el maquillaje de anoche necesito darle un respiro a mi piel. Llevo un pantalón de chándal gris oscuro, estrecho por abajo y abombado por arriba aunque bajo de cintura, una camiseta de manga corta del mismo color y unas deportivas de color blanco.

—Qué tapadita vas —dice Adonis con tono jocoso—. Es un descanso para mí.

—¿Y eso por qué?

—Los modelitos que te he comprado para el Sabbath han sido muy mala idea. Me ponen muy nervioso —carraspea.

—Eso es que hacen su función. —Sonrío—. Después de lo de ayer, me apetecía vestirme de verdad. —Tomo asiento y agarro un cuerno del cruasán para llevármelo a la boca—. Estoy famélica.

Entorno la mirada y lo observo.

Adonis me está sonriendo y yo no puedo evitar levantarme de nuevo de la silla y sorprenderlo sentándome sobre sus muslos. Entonces lo tomo de la cara, que es algo que me da muchísimo placer, y le doy un beso en los labios con sabor a cruasán de mantequilla.

Un beso de buenos días sazonado con amor.

—Ahora sí —susurro contra su boca—. Buenos días, príncipe

Adonis.

Tiene el descaro de sonrojarse. ¡Es que es como un niño tímido! Me encanta, maldito sea.

Carraspea y se remueve en el asiento.

—Hum…

—¿Hum? —Arqueo una ceja negra, la del lunar.

—Sabes muy rico.

—Yo doy los buenos días así —le explico—. ¿Te gustan mis nuevos «buenos días»?

A él le brillan los ojos, y tengo ganas de comerme esa nuez que sube y baja en su garganta. Posa sus manazas en mis piernas y asiente conforme.

—Me gustan.

—¿Por qué te sonrojas? —Se me escapa una risita.

—Buenos días, señorita. —El motivo de su vergüenza está ahí. Antón se está aguantando la risa, parapetado muy tieso detrás de mí. Ni siquiera lo he oído llegar—. Le traigo café recién hecho.

—Eres como un espectro, Antón —le digo—. Tus pasos no hacen ruido. ¿Levitas o algo?

—No, señorita —contesta riendo y llenándome la taza de café. Ya sabe hasta dónde lo quiero, luego me lo relleno yo con leche.

Miro a Adonis con curiosidad. A mí no me da vergüenza besarle delante de nadie, y menos de Antón. Pero es evidente que él se siente un poco incómodo, como un niño cazado. No obstante, no me voy a levantar de encima de él.

—Hay correas flotando en la piscina —deja caer Antón como quien no quiere la cosa.

—No sé de dónde han salido —contesta Adonis haciéndose el sueco cuando es evidente que ambos saben que es mi vestido.

Antón sonríe y se retira, dejándonos solos de nuevo.

Pongo los ojos en blanco y me quedo mirando las noticias.

Lo que escucho me pone enferma. Están hablando de que el vino Satir tiene muchas papeletas para ser el vencedor del *wine challenge,* que elige a los mejores vinos del mundo entre cuarenta seleccionados. La noticia remarca la importancia del premio en una época malísima y

marcada por la tragedia para los Soler.

—Drugia me dijo que esto pasaría —dice Adonis mirando fijamente a la pantalla.

—¿El qué?

—Que Satir sería un éxito internacional.

—Es horrible.

—Sí.

—También me dijo otra cosa. —Lo miro con atención—. Algo que me pone tras los pasos del asesino de mi hermana. Me explicó —juega con la tela de mi pantalón— que hace ocho años, el vino rojo Armonía fue seleccionado entre los cuarenta mejores del mundo. Yo no tenía ese dato —reconoce—. Me dijo que venía de un viñedo francés cuyo propietario tenía mucho poder en la Corte. Que un día iríamos a conocerlo.

—¿Y? ¿Qué quieres decir con eso?

—Alana significa «armonía» —me explica con cierto pesar—. Y es un nombre que, además, es muy común en Francia.

Mi cara debe ser de espanto. Yo también cuadro las cosas, como él.

—En la cata de vinos de Titus había una botella con el nombre de tu hermana —le explico—. Te lo habría dicho de no haber acabado la noche como acabó.

—Lo sé —asegura muy serio—. La cuestión es que desconocía que el vino Armonía se había comercializado así. —Siente tanta rabia y está tan ofendido que quisiera tranquilizarlo—. Y no tenía cómo rastrearlo. Pero ahora sí. Ahora ya tengo de dónde sale, forma parte de una cooperativa vinícola de bodegas y viñedos de la Corte, cooperativa a la que pertenecen recientemente las viñas Soler.

Abro mucho los ojos. Eso está muy cerca de su propósito final.

—Dios mío… Entonces ¿puedes ir tras ellos? ¿Crees que si rastreas el vino Armonía darás con los demonios de Alana?

—No solo lo creo. No tengo ninguna duda. Nico y John ya están en ello, y pronto tendremos direcciones y datos fiscales. Como siempre, se esconden tras empresas y sociedades tapaderas, pero no dudo en que vamos a encontrarlos.

—¿Por qué no podemos sacar todos los datos de todos los miembros

de la Corte con el programa de reconocimiento facial de tus amigos? Si hay coincidencias, encontraremos sus nombres, apellidos e identidades.

—Porque esta gente con tantísimo poder se encarga de no dejar rastros en internet. No les interesa. Del mismo modo que yo eliminé cualquier relación con mis padres y mi origen o tus datos, ellos hacen lo mismo. Créeme, los miembros de la Cúpula y de la Mano Dura no son rastreables.

—Pero ahora, con la información que tienes, puede que lo sean más.

Él asiente y apoya su barbilla en mi hombro.

—Puede que sí. Pronto tendré la respuesta. Mientras tanto, hoy vamos a revisar el mapa que te dio Lu. Iremos de ruta. Quiero comprobar algo.

—¿Nos vamos de excursión?

—Sí. Y mañana por la noche nos han invitado a una cena muy especial de la Corte con todos los involucrados económicamente en el proyecto Influenza. Dado que soy un futuro socio inversor, se requiere mi presencia. —Sus cejas oscuras se elevan—. Y mi virtuosa debe asistir conmigo.

—Te acompañaré.

—Nuestros «amigos» estarán ahí.

—¿Quiénes? ¿Drugia, Daisha y Belial?

—Sí. Y… es posible que asista el Demogorgon e incluso los Reyes, a los que aún no hemos visto. Tal vez nos los presenten mañana.

Se remueve incómodo bajo mi peso, pero no deja de tocarme.

—¿Por qué pareces tan angustiado?

—Porque odio meterte ahí. Ahora mismo, después del espectáculo de la pira, de lo mucho que te odia Drugia y lo mucho que me odian Belial y Daisha por privarles de ti, vamos a ser una diana para ellos. Sobre todo tú, ahora que saben que me importas después de haberme negado a que ninguno participara en la Liberalia con nosotros. Son muy peligrosos —me asegura.

—Creo que ya me he dado cuenta de eso. Adonis, tranquilo —lo calmo y le acaricio la mejilla—. Si estamos juntos, todo saldrá bien. Nuestro tándem es perfecto.

—Hay un brujo detrás de las decisiones de la Corte —me recuerda —. Y es poderoso. Es evidente que, al margen de creer en adivinaciones o no, todos obedecen al Demogorgon. Drugia me dijo que él decidió que Tania fuera la elegida. ¿Por qué lo decidió así? ¿Qué vio en sus augurios? Se basan en sus premoniciones para hacer lo que hacen porque están convencidos de que tiene un lazo estrecho con Bacus, que él le guía, porque es descendiente del brujo original. El que lo inició todo con los sellos. Es posible que estemos hablando de magia negra y hechicería.

—¿Posible…? —repito sin comprenderlo—. A mí no me tienes que preparar para nada de esto. Hay cosas inexplicables alrededor que no se pueden demostrar. Todo lo que me rodea tiene que ver con *sagaes*, fuego sagrado, demonios y magia. Lo que me dio Mariagna es un protector contra el tipo de magia del Demogorgon. Y funciona. No sé cómo, pero da resultados, al igual que los protectores de mi abuela para alejar el rastreo del fascinador y su demonio astral de mí. Me busca, eso fue lo que me dijo Mariagna.

—Siento que te estoy llevando a la cueva del lobo. Que les has deslumbrado tanto que te quieren. Tengo la desagradable sensación que estoy sirviéndote en bandeja a ellos. Y son asesinos, hay magia oscura a su alrededor… Debemos ser conscientes de ello.

—Adonis, ha llegado un punto en el que ya no me cuestiono si lo que estamos viviendo es real o no. Simplemente es. Y lo único que importa es que, haya algo paranormal o misterioso por medio o no, tú y yo sobrevivamos y acabemos esta aventura bien, juntos, sanos y salvos.

—Te prometo que haré todo lo posible para que así sea.

—Y así va a ser —incido sin contemplar siquiera otro desenlace—. Tienes a dos guardaespaldas que se meten en la CIA si lo necesitan y que pueden manipular cualquier aparato a distancia con sus softwares y sus juguetitos. Ocho años dan para mucho y para preparar una estrategia invencible contra la Corte. Eres un mentalista y eso te hace ir por delante del resto.

—Pero entonces no estabas tú. Como te dije, lo has cambiado todo.

—Por eso vamos a ganar —bromeo—. Con mi ayuda, venceremos —

digo, teatrera.

Él sonríe y asiente sin más. Sé que está preocupado, que teme por mí. Pero tengo a Vesta de mi parte.

—¿Desayunamos y nos vamos? —me pregunta—. Hay mucho que investigar.

—Vale. —Me levanto de sus piernas, pero, de inmediato, me agarra de las caderas y vuelve a sentarme encima de él. Lo miro con curiosidad.

—Puedes desayunar sentada aquí. A mí no me importa.

Sonrío taimada, presiono mis nalgas un poco contra su entrepierna y arrastro mi plato con el cruasán, mi vaso de zumo y el café con leche hasta colocarlos frente a mí.

—Vaya, vir… Qué rápido te acostumbras a lo bueno.

—*Diavola indisciplinata*… —Me da un mordisquito en el cuello que me eriza todo el cuerpo.

Pero no dice nada más. No me da la razón, aunque tampoco me la quita.

Lo único que hace durante todo el desayuno es seguir escuchando las noticias distraídamente y torturarme colando las manos por debajo de mi camiseta y acariciándome los pechos como le da la real gana. Me soba y me toca como quiere, como si nunca tuviera suficiente.

Al menos, eso es lo que quiero pensar, porque yo sé desde hace días que no tendré suficiente de él jamás.

VIII

Después de nuestro interludio en el desayuno, nos hemos subido al todoterreno y hemos empezado a seguir el mapa que Lu me dio para él.

Antón nos ha preparado unos tentempiés para el camino. Sinceramente, cuando me levanté esta mañana no tenía ni idea de que íbamos a caminar o a hacer senderismo, pero Adonis me ha sorprendido. Detiene el todoterreno bajo un árbol enorme, justo en la entrada de un sendero que se pierde entre la espesura del bosque del monte.

—El mapa que me ha facilitado Lu es un estudio antiguo del terreno montañoso de Baetulo y otro actual con el cambio geográfico actualizado —me explica abriendo el mapa y colocándolo sobre el capó—. Muestra todos los terrenos con viñas de antes y los de ahora. No solo quiero ver bien cómo están los terrenos y las masías que hoy las gobiernan. También estoy buscando las ubicaciones de las barracas de vino. Algunas, en la actualidad, han desaparecido, y quiero saber si es de verdad y ubicar las que aún siguen expuestas. A ver si me ayudan los vinicultores de por aquí.

Frunzo el ceño sin comprender qué es lo que quiere encontrar realmente. Él se coloca las gafas de sol Carrera tipo aviador y yo intento concentrarme en el mapa en vez de en lo bien que le quedan.

—¿Barracas de vino? ¿Qué es lo que quieres encontrar?

—El origen —contesta doblando el mapa de nuevo y guardándoselo en el bolsillo delantero del tejano.

—¿El origen de qué?

—El mío, *bambina.* —Me pellizca la nariz y me ofrece la mano para

que se la tome—. ¿Vamos?

Yo accedo a su petición y empezamos a andar bosque a través por el sendero de tierra, que en algunas zonas se hace más ancho y en otras mucho más estrecho.

—¿Tu origen? No comprendo.

—Mi madre le contó a mi tío las calamidades por las que pasó junto a ese autodenominado rey de gustos estrafalarios y sectarios adorador de Bacus. Ella dijo que, desde que se supo que estaba embarazada —aparta una rama para que no me dé en la cabeza—, el rey sin nombre la encerró en algún lugar espartano y algo oscuro, no muy lejos de la casa que él solía regentar como si fuera un patrón.

—¿La casa que regentaba como un patrón? —repito buscando el sentido de la metáfora.

—Sí. Un patrón es un jefe de algo, un director. Debe tener animales y terrenos que poseer y trabajar, ¿no crees?

—Sí.

—¿Y si se trataba de una masía? —continuamos por el camino—. Las montañas de Badalona y derredores tenían masías y viñedos. Como Alella, Canyet, Masnou, Montgat, Tiana, Santa Coloma… —enumera—. Todas ellas con sus propias bodegas donde catar sus vinos. Lo cierto es que mi madre hablaba de un gran terreno y de viñedos. De hecho, el lugar donde permaneció durante tanto tiempo encerrada olía a uva y a vino. Y estaba segura de que había una granja cerca de ese lugar porque oía a burros y lo que parecían ser gansos.

La historia que me cuenta me fascina, pero no entiendo dónde quiere ir a parar. Y como se da cuenta de ello, prosigue su narrativa.

—Le he pedido a Lu un mapa que me pueda indicar ubicaciones antiguas y actuales de unas casetas de piedra llamadas «barracas de vino». Porque estoy convencido de que metieron a mi madre en una de ellas —contesta muy serio—. Según contó, durante los meses que permaneció encerrada y yo crecía en su interior, a ella la alimentaba un señor, entiendo que uno de los cuidadores de los terrenos. Este, además, cuidaba a los burros. Los asnos son auténticos desbrozadores y se encargan de comerse y limpiar la hierba, pero sin tocar la viña.

—¿Y los gansos? ¿Había un estanque cerca o algo parecido?

—Los gansos recogen las briznas que hayan podido quedar atrás. Entre estos dos animales, se mantienen las viñas sanas y en pie. Por eso sé que tenía a mi madre en un viñedo, reducida entre las piedras de una barraca. Por los olores, los animales de alrededor y las hectáreas que sabía que rodeaban la casa, no se puede tratar de otra cosa. Sin embargo, hay algo mucho más clarificador: las barracas de vino eran de piedra y en su interior solían guardar herramientas para trabajar el campo. No había agua ni electricidad en ellas. Justo como decía mi madre que era el habitáculo en el que se encontraba. A veces húmedo, a veces frío, con solo una puerta por la que asomaba la luz, pero también se colaba la lluvia. Muchas veces dormía engrilletada a la pared, otras no dormía porque los tiritones le impedían conciliar el sueño.

Tomo su mano entre la mía con el corazón encogido por las penurias que tuvo que pasar su madre y de las que nació él.

—Pero ¿quieres saber lo más curioso? —continúa y solo puedo asentir—. Mi madre escapó esa noche gracias a un burro, Ares. Un asno le salvó la vida.

Abro mucho los ojos y parpadeo solo una vez. ¿Qué pasa con los asnos en este lugar?

—Como a Vesta —comprendo.

—Y como a ti. —Él asiente—. Es como si tuviéramos una conexión entre Vesta, mi madre, tú y yo.

—¿Cómo le salvó la vida?

—Su cuidador estaba recogiendo a los burros; algunos de ellos, además, tiraban de carretas para recolectar las uvas. Mientras el hombre estaba llave en mano para cerrar la barraca y dejar a mi madre de nuevo sola, los burros se descontrolaron por el peso de la carreta y arrollaron al guarda; lo dejaron inconsciente con la puerta semiabierta. Ella no tuvo que hacer nada para escapar. Solo abrirla y salir. Recorrió el monte durante tres días hasta dar con el monasterio. —Adonis mira al horizonte donde se adivinan ya unas buenas vistas hacia abajo—. Por eso sé que el viñedo debe estar relativamente lejos de la Murtra.

—Una mujer embarazada, con dolores y descalza —aclaro— puede

tardar mucho en recorrer una corta distancia, Adonis, y más si debe cuidarse de no ser vista.

—Tienes razón. —Se saca el mapa y lo sacude un poco—, pero hace treinta años, incluso mucho más, las ubicaciones de las barracas rodeaban la Conreria y los derredores. Están alejados de este monasterio, al menos, las que se conocen. Mi madre tuvo que estar encerrada en alguna de esas casitas de piedra. Solo tengo que averiguar cuál fue y a qué masía pertenece para conocer al patrón.

—¿Y cómo sabrás en cuál estuvo?

—Porque en el interior de la barraca, mi madre grabó algo en una de las piedras base de la pared: *AIUTO.* Ayuda.

Se me pone la piel de gallina y me hago cruces de todo lo que tuvo que sufrir esa mujer, en su estado y vejada de esa manera, sin independencia, sin libertad.

—Así que ¿estás lista para andar, señorita Parisi? Tenemos, al menos, cinco viñedos que visitar. Haremos una parte a pie y otra en coche. Y me da igual que esté fuera del terreno de Badalona. Quiero visitar los colindantes también.

Yo asiento con decisión. Adonis está muy cerca de obtener las respuestas que busca en muchos sentidos. Solo hace falta que todo cuadre.

—Sigamos —lo animo.

Él me sujeta la mano con fuerza, me besa el dorso y me dice:

—*Andiamo.*

Con un poco de imaginación, que nunca me falta, este podría ser un día cualquiera de excursión con mi novio por el monte.

O el itinerario de una cata de vinos.

Pero no. Es mucho más que eso.

Es volver a una ruta del pasado para comprender mejor el presente.

Es descubrir una verdad durante mucho tiempo enterrada con muy mala uva.

Nunca he tenido demasiada idea de cultura vinícola ni de rutas de viñas. No presté demasiado interés por las tierras de vino de Badalona

ni realmente puse mucha atención en el hecho de que Baetulo fuera una gran exportadora de vinos para toda Europa, de ahí que fuera una ciudad romana tan próspera. No conozco casi nada de la historia de mi ciudad, esa es la verdad. Aunque me estoy poniendo las pilas.

Sin embargo, hoy me he dado cuenta de que aún hay bodegas activas y viñas que dan buen vino. Desde las Colomencas hasta los Masos de Canyet, las viñas de Alella y los viñedos de viticultores particulares, como la *de'n* Sabater. Sin duda, es un mundo ajeno a rituales y muy dado al amor por la tierra, a la familia y al cuidado de la vid; todos intentan ofrecer un buen producto final sin sangre de víctimas de la Corte de por medio y sin sacrificios que ofrecer, excepto el del tiempo y la mano de obra. Siempre ha sido así.

Hemos visitado las viñas, los lagares y las antiguas bodegas de las masías, tanto las puramente de Badalona como de los alrededores, y no hemos podido ubicar la barraca de vino que Adonis busca casi de manera intuitiva.

Por eso, ahora hemos aparcado el coche en un mirador de Puig Castellar, en el poblado íbero, ubicado en la sierra de la Marina, para reponer fuerzas. Son las tres de la tarde.

Estamos sentados debajo de un árbol. Antón nos ha preparado una cesta con deliciosos tentempiés y zumos naturales con mantelito incluido. Ya me conoce y sabe que no quiero cervezas porque soy una floja y el alcohol me sienta fatal.

Adonis lo ha preparado todo y ahora estamos sentados uno al lado del otro contemplando el mirador de madera que tenemos enfrente, y parte del murillo de piedra bajo que entendemos que usa la gente para sentarse y descansar.

Aunque parte del trayecto lo hemos hecho en coche, ya llevamos unos cuantos kilómetros a pie para hacer la expedición en los terrenos, aunque no hemos tenido demasiado éxito.

Tengo en mis manos un bol con una ensalada de arroz que juraría que es estilo japonés, porque tiene hasta anacardos y una salsa entre dulce y picante que me recuerda a la teriyaki.

—Tiene que estar por aquí. Escondida —asume Adonis un poco frustrado mientras come—. O tal vez ya no exista ni el viñedo ni la

masía y, mucho menos, la barraca de vino —añade desanimado—. Pero estuvo por aquí. Lo sé.

Estoy trasteando internet mientras habla. Badalona tiene muchas rutas: misteriosas, del bacalao, vinícolas… Hemos hecho una para visitar masías, pero acabo de encontrar algo que puede que a Adonis le interese.

—Estás buscando barracas de vino vinculadas a masías de la actualidad —le digo mirando la pantalla con concentración—. Pero las hay perecederas, ¿verdad? Es decir, que no duran toda la eternidad.

—Sí.

—Y, por tanto, si tuviera una barraca de vino cerca, estaría ya abandonada.

Él da un largo sorbo de cerveza mientras me mira de reojo y asiente.

—Te has servido de los mapas de Lu, pero hay cosas que no salen en los mapas y que solo conocen unas pocas personas, los lugareños, los más arraigados a la tierra. Mira lo que acabo de encontrar. —Le enseño la pantalla del móvil y le muestro un perfil de Google—. Hace unos años, un señor llamado Antoni ofrecía una ruta exclusiva de barracas de viña de todo tipo, de antaño, unas hechas de piedra y otras cavadas en la roca. Era circular y empezaba en Canyet. Seguro que no es ninguna de las que te han enseñado los vinicultores en sus terrenos.

Adonis toma el móvil y lo trastea. Estoy segura de que está buscando la manera de contactar con él.

—¿Es este señor quien se supone que ofrece la ruta? —Señala el perfil.

—Sí, eso creo.

—Pero ¡si parece que tiene cien años!

—Bueno, es un hombre del campo, curtido, le ha dado mucho el sol… Eso envejece un montón. —Me encojo de hombros mientras ataco la ensalada de arroz—. Habrá que probar con él. Por ahora, no tenemos nada más.

Él se echa a reír y me mira como si fuera un ser extraño. Pero sé que lo que le digo le vale y hace que renueve sus esperanzas.

—Está bien. Contactaré con él.

—Perfecto. A ver si tenemos suerte. —Agarro un taquito de queso y se lo ofrezco a Adonis porque sé que ese le gusta—. Toma. Tienes que comer, que ese cuerpo necesita gasolina.

Adonis sujeta mi muñeca y antes de morderlo, me dice:

—Yo ya como muy bien, *bella.*

Sé muy bien en qué sentido lo ha dicho; es un pervertido maquiavélico que me enciende cuando habla así.

Me ha subido la temperatura del cuerpo dos grados en un suspiro. Sus ojos amarillos brillan y sonríen, y tengo la sensación de que hace tiempo que caigo en un vacío infinito desde que estoy con él.

Un vacío donde no hay suelo, donde levito, donde mis pies no tienen en qué apoyarse. Solo me dejo caer, esperando que, al final, no me dé un golpetazo fatal.

Adonis y yo hemos estado juntos el resto del día.

Hemos vuelto al castillo por la tarde, nos hemos ejercitado y después hemos salido con los lobos a dar un paseo.

Las sensaciones que tengo estando con él me dejan débil y, al mismo tiempo, me ilusionan y me hacen sentir bien.

Los tres lobos y yo tenemos una gran conexión, pero no se olvidan de quién es el alfa. Y es Adonis. Yo soy como un juguete para ellos, como alguien a quien cuidar y adorar, una especie de princesita por la que se sienten muy protectores.

Paseamos por el interior del bosque alejados del castillito, porque Adonis no quiere que sus lobos de tamaño sobrenatural sean vistos, dado que ya hay voces de avistamientos de perros gigantes en el interior de la sierra. Y está seguro de que hablan de ellos.

A veces, es un hombre distante. Se nota que no está acostumbrado a dejarse llevar y es evidente que su sentimiento de culpa y sus pensamientos le juegan malas pasadas. Soy yo la que tiene que acercarse a él, la que tiene que tensar la cuerda para que él se relaje y dé todo lo que creo que tiene por dar. Soy yo la que lo toco a conciencia, la que le demuestro que quiero estar en contacto con él, darle cariño y mimos. En ocasiones, finjo que el contacto ha sido sin

querer, pero una no toca un culo con la palma tipo garra sin querer.

En momentos así, rodeados de calma y naturaleza, con ese olor de desodorante que hace que mis hormonas se alteren, querría hablar con él de muchas cosas, pero prefiere comentar nuestra labor y de todo lo que está preparando para la Corte. Y me encanta oírlo hablar así, me gusta que me haga partícipe.

Por eso sé que mañana por la noche, mientras él y yo estemos en esa cena con los de Influenza, van a hackear las cámaras de la casa, propiedad de Daisha, donde se va a celebrar el evento y en la cual, según la información que obtuvo Adonis de su encuentro, tiene la oficina desde la que manipula el ordenador central del proyecto. Nico nos tendrá vigilados y, mientras tanto, ubicará esa torre desde la que se ejecutan las órdenes de los implantes.

Porque el primer paso de su plan es desconectar el programa y tenerlo en nuestras manos.

Iban y Drugia le contaron que el software y sus claves solo los tiene él. Que está en la misma torre en la que se conmuta todo el programa y que es imposible de hackear. Ese ha sido el primer error de Iban Arrufat, creerse el más listo de la clase cuando hay otros, como el par de hackers militares amigos de Adonis y cuidadores de mi madre y de mi hija, que le darían cien mil vueltas con todo tipo de algoritmos y ecuaciones informáticas. Ellos obtendrán todas las claves para poder hacer y deshacer con el importante software satánico de control mental que han desarrollado como deseen. A partir de ese momento, las vacunas y los implantes estarán bajo la supervisión de Adonis. Nico, John y él lo controlarán todo, y no la Cúpula. Pero la Corte no lo sabrá hasta el último momento.

—Me encantaría que todo volase por los aires ya mismo —murmuro entrelazando mis dedos con los de él.

—No podemos. Primero, no sabemos nada de las chicas que van a traer en el Sabbath ni qué van a hacer con ellas. Segundo, aún no sé quién mató a mi hermana ni conozco al rey que retuvo a mi madre. No puedo acabar con la Corte hasta que no lo tengamos todo atado.

—Lo entiendo. —Rómulo y Remo se han adelantado, pero Lobo no se despega de mi lado. Estoy loca por este perro. Le acaricio el cogote

y parece que me sonríe. Quiero preguntarle algo a Adonis sin que parezca intrusivo o celoso, pero seguro que fracaso en el intento—. ¿No se ha puesto Drugia en contacto contigo después de lo de ayer por la noche? —Lo miro de reojo—. Aún debe estar dándole vueltas a ese desenlace.

Adonis tuerce el rostro y me observa con detenimiento.

—Quiere hablar conmigo.

No hace falta ser un lumbreras para advertir lo mucho que me molesta saber eso. Odio que Drugia se le acerque. Con todo y con eso, hago de tripas corazón.

—Tienes que hablar con ella. —Debo estar madurando mucho para sugerirle esto o, tal vez, lo finjo—. No debes cambiar tu relación con ella así de repente porque puede ponerte en contra a la Corte o incluso evitar que te propongan como socio en sus negocios.

—Firmé los acuerdos en la reunión que tuve con ellos.

—Una reunión de la que no me hablaste demasiado.

—No había mucho que contar, excepto lo de oficializar mi participación en sus proyectos y que no dejé de escuchar a Daisha decir lo mucho que deseaba catarte. Yo supervisaría económicamente toda la implantación, pero es celoso de su invento y solo lo quiere controlar él. Ese tío estaba obsesionado con mi virtuosa y, cuando te vio, acabó de volverse loco.

—Dios, me pone los pelos de punta. Todos, en realidad. Pero él más.

—Es un malnacido. Te aseguro que Daisha está mucho más ofendido conmigo por haberte reclamado de lo que lo está Drugia. Porque él te quería para él y creía que tenía posibilidades. Como creían Belial y Angol. Son importantes dentro de la Cúpula y quieren poseer a su propia virtuosa, a la adecuada. Y tú les encajas. Drugia, en cambio, solo te quería para jugar contigo, hacerte daño y asegurarse de que yo no iba a intervenir y no tuviera emociones que me pudieran poner en ningún compromiso. A Arrufat… —Sacude la cabeza, molesto—. Le ha parecido un golpe bajo lo que le he hecho. Ese hombre considera que todo aquello sobre lo que pone el ojo es suyo. Y te consideraba de su propiedad. Se creía con posibilidades por encima del resto.

—Supongo que ser el director y el poseedor de un programa que

obliga a la gente a hacer lo que él diga debe hacerte creer que eres un dios.

Él resopla, disgustado.

—No me importa Arrufat. Me encargaré de él en cuanto tenga lo que quiero. Daisha, Belial y Drugia son miembros de la Cúpula. Tienen poder. Pero, al final, obedecen órdenes y a ellos los tenemos muy controlados. Ahora, quien entra en juego y a quien hemos atraído es al Demogorgon. Y este no va a dudar en contarle a los Reyes que una pareja de virtuosos encendió el fuego mediante una combustión espontánea en la Liberalia. Ni Drugia ni los demás se van a poner en contra de los intereses del brujo. Y mucho menos de los Reyes. Hay que respetar las cadenas de mando. —Chuta una brizna de hierba del suelo y mira al frente pensativo—. Pero es cierto que a Drugia le debo una conversación.

—Va a esperar una disculpa —apunto—. Estaba convencida de que ibais a estar juntos —resoplo malhumorada—. Se sentirá engañada.

Él se detiene y sujeta mi mano con más fuerza.

—Ares.

—Qué.

—Hablaré con Drugia, pero te prometo que no pienso hacer nada más con ella. Lo de aquella vez fue con un fin, no porque me interesase en absoluto. Quería la identidad de tu violador y ella la sabía. La hubiera matado cuando me dijo que no me lo diría.

—No digas eso —gruño—. Parece que te acostaste con ella por mi culpa.

Trago saliva y desvío la mirada. Joder, qué malos son los celos. Qué mal sientan.

Imaginarme a Adonis otra vez con esa arpía me da miedo, porque no quiero sufrir más. No quiero volver a sentir otra vez los aguijonazos de dolor ni las llamas heladas que ardían en la boca de mi estómago hasta hacerme llorar.

—¿Confías en mí?

Al final, asiento, pero después de lo sucedido, una cosa es hacer ver y otra cosa es creer firmemente en la palabra del otro.

Confío en Adonis. De quien no me fío ni un pelo es de la serpiente

de pelo naranja y cara sexy.

Voy a tener que fingir ingenuidad e inocencia cuando la vea, cuando lo que de verdad me apetece hacerle a esa demonia es hundirla en la miseria.

Cuando he llegado de la caminata, me he duchado, me he puesto el pijama y, después, Adonis me ha sorprendido con una cena en el balcón. Todo lo que se prepara para comer en esa casa es asquerosamente sano y me encanta. Pero me gustaría comer guarro alguna vez, dejarme llevar con Adonis y hacer un poco lo que nos apetezca.

Desde que nos conocemos, todo han sido normas, prohibiciones y obligaciones. Desde que le vi, he tenido que dudar hasta de mi sombra, huir del demonio muchas veces y esquivar agresiones de humanos podridos, súbditos del Infierno. Pero él siempre ha estado ahí, protegiéndome, cuidándome, en las sombras.

Y eso hace que me pregunte si este hombre disfruta y se lo pasa bien alguna vez. Si hace algo fuera de lo normal que no sea perseguir a asesinos y enfrentarse al Diablo. Conozco algunos de sus gustos, pero quisiera verlo alocado.

De hecho, ahora estoy dibujando en la tablet, estirada en la hamaca del balcón mientras contemplo las estrellas. Necesitaba meterme un poco en mi mundo y aislarme de la novela negra, erótica, romántica y de misterio que envuelve ahora mi vida.

Dibujo al compañero de Dana, a su demonio vengador. Y sí, tiene toda la cara de Adonis. Es muy atractivo y grande, como él. Y tiene cuernos.

Posee su misma mirada y sus ojos amarillos. Medio sonrío mientras lo dibujo, porque es evidente que lo he inspirado en él.

—Dana debería parecerse a ti.

Miro hacia atrás; Adonis está con la cabeza asomada por encima de mi hombro. Apago la tablet y lo regaño.

—No hagas eso.

Él se echa a reír. Cuando veo que está sin camiseta y solo con unos

calzoncillos, se me seca la boca. Es tan grande que parece un luchador, al menos para mí.

—Eres muy celosa de tu trabajo.

—No me gusta enseñar nada que no esté acabado.

—Haz que Dana se parezca a ti. Con el pelo negro, largo, como el ala de un cuervo. Con tu cara. —Rodea la hamaca y se coloca delante de mí—. Y esas pecas extrañas y estudiadas que tienes sobre la ceja derecha y debajo del párpado izquierdo, que hacen que tu mirada sea ineludible. Con tus ojos de Alejandría… —Desliza sus manos por mis muslos desnudos.

—Eso sería demasiado evidente —insinúo—. Sería ridículo que Dana se pareciese a su autora.

—No importaría en absoluto. Eres guapísima y pareces salida de un libro de fantasía. Haz que su demonio y ella tengan una escena de sexo salvaje. —Adonis agarra mi tablet, la deja cerrada sobre la mesita de mimbre de al lado de la hamaca y después me abre los muslos.

—¿Y esa petición, así de repente? —digo divertida.

—Que él la haga gritar hasta dejarla ronca… —Se inclina sobre el interior de mi muslo y me deja un beso húmedo ahí—. ¿Por qué hueles siempre tan bien?

Me muerdo el labio inferior y le acaricio el pelo con una mano. Él avanza entre mis piernas y me da un beso sobre el pantalón, en mi sexo.

—No sé. Serán las cremas.

—No. Es tu piel.

—Ya… Bueno, quería trabajar un poco y… ¡Ay, Adonis!

No sé cómo, ha retirado la tela y ha colado la lengua entre mis labios exteriores. La descarga de placer ha recorrido todo mi cuerpo y ahora me ha despertado.

—Vamos adentro, señorita Parisi —me pide apoyando su barbilla en mi monte de Venus.

—¿Para qué? —Arqueo las cejas.

—A dormir.

Adonis no espera mi respuesta. Me coge en brazos y me lleva al interior de la habitación como si fuera una princesa.

A dormir, dice. Qué trolero.

En estos momentos de intimidad, siento que Adonis se va abriendo poco a poco como un capullo. No tan rápido como a mí me gustaría porque, al final, todos conocemos cómo son nuestras emociones y si sabemos lidiar con ellas o no.

Todos tenemos nuestros tiempos.

Yo sé que estoy enamorada.

Él no sabe que lo que siente, pero esa impotencia, esas ganas de proteger, esa debilidad, esa pasión y ansiedad desbordada, es amor.

Que la luz que se atreve a acariciar en mí es amor.

Y que no deja suelto al demonio como solo él sabe hacer porque tiene miedo de hacerme daño. Y ese miedo, también es amor.

Que el fuego que desprendemos no solo es sexo y lujuria, es amor.

No se atreve a pronunciarlo, pero yo espero que un día lo haga. Que, al menos, reconozca por qué se preocupa por mí y por qué dice que yo lo debilito.

Mientras tanto, solo puedo disfrutarle así, y es mucho para lo que él ha sido conmigo. Y no solo conmigo, sino con el resto del mundo.

Lo que él siente está en la manera que tiene de desnudarme.

Adonis me ha puesto de rodillas en el colchón, se ha colocado detrás de mí y me está quitando el pantalón corto y después la camiseta. Estamos en abril, pero está siendo un mes de mucho calor y no es ironía.

—Una cosa, señorita Parisi… —Cubre mis pechos con sus manos y pega el torso a mi espalda.

Yo cierro los ojos, porque el modo en que me llama me hace gracia.

—¿Qué?

—No hay nada por aquí que puedas incendiar, ¿verdad?

Entonces sonrío.

—¿Tienes miedo a que haga arder tu castillito?

—No… —susurra apretando ligeramente mis pechos y pinzando mis pezones de un modo que me hace gemir de placer—. Temo que me quemes a mí.

Volteo la cabeza para verle. Lo dice muy en serio.

—No puedo quemar a mi agatodemon. No tendría sentido. Jamás

podría quemarte a ti.

Él traga saliva. Sus ojos parecen esperanzados, pero también aterrados.

Si me pregunta por qué no puedo hacerle daño, se lo diré. De hecho, estoy deseando que lo haga porque quiero revelarle mi verdad.

Pero Adonis no lo hace.

Estamos juntos en su castillo. Lo estaremos todo lo que dure el Sabbath, y espero que incluso después. Siempre me he creído capaz de leer a las personas, de saber lo que necesitan y comprender cómo son y qué les mueve para ser así. Esa es mi capacidad de observación. Por eso sé crear personajes como los que creo.

Adonis es increíblemente listo, inteligente, despierto y tiene una capacidad innata para averiguar cosas y meterse en la mente de los demás sin necesidad de implantes ni vacunas. Ese es su gran don.

Pero estoy aprendiendo que no puedo presionarlo. No lo voy a hacer.

Nunca ha estado enamorado, jamás ha dejado que una mujer lo cuidara o se acercara demasiado a él y, en cambio, lo ha hecho conmigo. Siempre creyó que su amor no era bueno para nadie, dado de donde venía y que había nacido como un engendro del demonio.

Pero a mí me está mostrando su parte oscura y me ha dicho la verdad de quién es. Aun así, tiene miedo al rechazo. Tiene miedo a ser un lastre o a herirme sin querer, solo por la sangre que tiene.

Eso lo respeto. Lo entiendo. No es fácil sacarse de encima todos los prejuicios ni los comportamientos adquiridos durante treinta años.

Y voy a tener paciencia. Porque él intenta ser generoso conmigo y eso lo aprecio. Sin embargo, no quiero que nada le salga forzado.

El amor, como la atención, no se tiene que reclamar ni implorar. Se da y se recibe. Pero primero se da sin pedir nada a cambio. Después, ya aprenderemos a actuar en consecuencia, dependiendo de si la respuesta es recíproca o no.

Adonis agacha la cabeza y apresa mis labios con los suyos.

Y ese beso dice mucho, solo hay que estar dispuesto a escucharlo.

El modo en que me toca, cómo me acaricia entre las piernas sin dejar de besarme, sin dejar de acariciarme con la lengua… es deseo y

ternura. Claro que es amor.

—Señorita Parisi… —Me empuja hasta hacerme caer sobre el colchón, bocabajo. No me da tiempo ni a girarme. Se coloca encima de mí y cuela uno de sus muslos entre mis piernas—. Quiero que me sientas por los dos lados. —Yo me tenso un poco y lo miro con los ojos entornados—. Quiero sentirte así, con esto ocupado. —Desliza sus dedos entre mis nalgas y me acaricia el ano con el índice—. Por favor, tengo muchas ganas de tomarte así…

—Pero…

—¿Es demasiado? —pregunta contrito.

—No es poco —le aclaro aguantándome la risa—. ¿Y el *plug*? No sé dónde está…

—Está aquí. —Se lleva la mano a la parte de la goma del calzoncillo de atrás y sonríe como un bandido.

—¿Lo llevabas ahí todo este tiempo? Esto ha sido una encerrona. Ya lo tenías pensado…

—Joder, sí. No dejo de pensar en hacerte cosas todo el día. —Sonríe y parece que me muestre sus colmillos—. No me mires como si no me creyeras —me pide—. Estoy siendo todo lo caballero que puedo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que… que no quiero ser una bestia, *bella*.

—¿Por qué ibas a serlo?

—Porque… me imagino follándote todo el día —reconoce como si le doliera. Aprieta su erección contra mi trasero y yo me estremezco —. Pero tenemos cosas que hacer y matanzas que preparar.

—Dicho así…

—Sin embargo, quiero salir del castillo, porque si estoy aquí contigo te tendría encerrada tras las puertas de Adriano o atada en esta cama, sin que pudieras hacer otra cosa que no fuera recibirme. Lo siento.

—Pero… ¿por qué te disculpas? —Lo miro maravillada.

—Tengo necesidades y estoy sexualmente corrompido. —Inhala junto a mi nuca.

Eso me provoca risa. ¿Es en serio? Yo que pensaba que solo mantenía las distancias para tener espacio y resulta que su cerebro es un hervidero de posesiones pervertidas.

Eso ratifica que me tiene tantas ganas como yo a él. Tal vez, a partir de ahora, ya no sea tan comedida y también juegue un poco a provocarlo y a ponerlo contra las cuerdas.

Reconoce que le encanta el sexo, la perversión y los juegos dominantes y antes podría haberme intimidado, pero ahora ya no, porque sé que siempre va a tener cuidado conmigo y porque, ¡qué demonios! A mí me encanta que sea así, que me controle y me domine en la cama como hace.

Me gusta cómo vive el sexo Adonis. Yo también lo quiero vivir de ese modo si es con él.

—Además, el Sabbath continúa y las Lupercales son de aquí a tres días. Vamos a tener que hacer más cosas, Ares. Y no quiero que lo pases mal…

—Claro, ahora es por eso… —bromeo hundiendo la cara en el colchón.

Él se ríe y se encoge de hombros.

—Solo para que me quede claro… —añado—. ¿Esto es una práctica o es para nosotros? Porque no voy a aguantarme el orgasmo aunque me lo pidas.

—Quiero que disfrutes y te corras como y cuando quieras.

—Bien porque si me lo hubieras prohibido, no te habría hecho caso.

Él entrecierra los ojos y ya no vuelve a pedirme permiso para nada. Ni yo quiero que lo haga. Quiero que sea él, que me haga lo que quiera, que se deje llevar por sus ganas por mí. Quiero que improvise, que sea auténtico.

Y vaya si lo es.

Adonis me levanta las caderas y me pone el culo en pompa. Acto seguido, me abre un poco las nalgas y coloca su boca y su lengua en mis orificios, en ambos a la vez.

Me sujeto a la colcha y la arrugo hasta deformarla.

Tomo aire de golpe y cierro los ojos con fuerza.

—Adonis…, ¿qué haces…?

—Chis, déjame a mí —contesta contra la entrada de mi cuerpo.

Eso es muy loco. Ni siquiera sé por dónde viene el placer.

Después de un rato colmándome de atenciones y dilatándome,

Adonis coloca la punta del *plug* en mi orificio trasero y lo empuja hasta introducírmelo por completo. No ha tenido tanto cuidado como la primera vez.

Yo exhalo y, al mismo tiempo, cojo aire y me quejo. Se me saltan las lágrimas. No lo puedo remediar.

—Ya está. Ya está… —Posa su palma contra la base del *plug*, completamente introducido.

Pero lo siguiente es mucho más intenso, cuando ubica un cojín debajo de mi vientre y, con el ano ya ocupado, se interna por mi vagina hasta deslizarse hasta el fondo.

—Oh… Jod-er… —dejo ir un leve sollozo.

Adonis me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás mientras mueve las caderas con brío. Besa mi rostro, mis labios y mi cuello amablemente. Porque, aunque eso sea posesivo, él es tierno.

—He entrado por completo —me dice orgulloso—. ¿Te gusta sentirme así? ¿Es mucho?

—Sí… a todo.

—Bien —me sujeta las caderas con fuerza y deja de tener piedad—. Tú eres demasiado. Tu cuerpo ya casi es mío, señorita Parisi…

—Cállate.

Echo las manos hacia atrás y lo agarro de la melena. Me da igual lo que me diga, apenas le oigo.

Solo quiero que continúe entrando en mí y que me dé todo el placer que sé que me puede dar.

Porque para mí, todo lo importante está en el modo que tiene de tocarme y de tratar mi cuerpo. Y también en todo lo que no me dice.

Pierdo la noción del tiempo mientras aguanto sus embestidas. Hace rato que mis manos intentan sujetar sus nalgas duras. No quiero aguantar el orgasmo.

Eso lo haré solo en el Sabbath. Con él, no; a solas, no.

Y me complace saber que Adonis también hace lo mismo cuando, después de un buen rato, siento su semilla hundirse en mí al mismo tiempo en el que yo exploto, corriéndonos al mismo tiempo.

Es una comunión, una simbiosis silente entre los dos.

Tal vez, algún día, en algún momento, el silencio se rompa y la

verdad sea pronunciada.

Pero ahora no. Él todavía no está listo.

A continuación, mientras aún siento los lengüetazos del orgasmo, todo se oscurece y me quedo gustosamente dormida.

—Dulces sueños, Ares. —Siento su beso en mi sien, con él aún en mi interior.

Y ya no recuerdo nada más.

IX

Cuando uno mira su reflejo, siempre quiere ver más de lo que hay. Unos siempre ven menos, y muy pocos son objetivos y aceptan su realidad.

Estoy frente al espejo del vestidor y me veo a mí misma maquillada a mi gusto, con la mitad del pelo recogido y un vestido negro tipo sirena con lentejuelas que se sujeta al cuello y deja los hombros descubiertos. Es muy elegante, ideal para una cena de ricos como la que voy a asistir. Me miro la pulsera en la que ya no hay abalorios, excepto el de mi vir. Una piedrecita con su nombre escrito. Las de los otros están desechadas.

Mis complementos son un bolsito de mano de la misma firma del vestido y todos los miniartilugios de diseño que sirven para tenerme controlada y protegida: la gargantilla, el anillo y, además, el collar de mi abuela, mi talismán. Adonis ya me dejó claro que no me los volviera a quitar, al menos hasta que toda esta pesadilla llegase a su fin.

Me he pasado el día trabajando, inmersa en mis dibujos. Adonis respeta mi espacio en ese sentido, porque solo nos hemos visto para comer juntos. Él también tiene cosas por hacer relacionadas con sus investigaciones y sus intrigas. En eso nos respetamos. A mí me gusta que me cuente todo lo que ha estado haciendo después y confío en que lo haga.

Por la tarde he llamado a mi madre y he podido hablar con ella y con Venus a través de una videollamada. Ver la cara de mi monito me ilumina el alma. Está contenta porque hace mucho que no va a la guarde, dado que ha empalmado las vacaciones de Semana Santa con

el retiro a la Cerdaña. Pero me echa de menos.

Ojalá pudiera decirle que estoy en esto por ella, porque no quiero que nadie en un futuro pueda hacerle el daño que me hicieron a mí u a otras con menos suerte. Sin embargo, Venus no lo comprendería. Es una bebecita. Mi madre me ha dicho que la niña se está constipando y que ha tenido unas décimas de fiebre, pero todo controlado. En la Cerdaña hace un poco más de frío que aquí, en Badalona. Después, Venus me ha enseñado su último dibujo, otra vez repleto de soles de color violeta con los mismos protagonistas del anterior que ya imanté a la nevera. Ya incluye a Adonis casi siempre y eso me encoge el corazón.

¿Qué tendrá ella con él? ¿Por qué han conectado de esa manera? Realmente, la vida está llena de cosas inexplicables.

Y, después de hablar con ellas, me he concentrado en arreglarme para esta noche. Decir que no estoy nerviosa y que no lo he estado cada una de las veces que me he enfrentado a alguien de la Corte sería mentir como una bellaca, por eso reconozco que siempre estaré ansiosa y tendré algo de miedo. Como hoy, que sé que acompaño a Adonis como su virtuosa, su elegida y su reclamada y que, ahora, todos deben tenerme respeto. Al menos, lo fingirán.

Las tornas han cambiado, aunque las reglas para ellos siguen siendo las mismas: eliminar y joder a quienes les estorben. Es curioso, porque hoy las de Adonis, y también las mías, son bastante parecidas.

Nuestro as mejor guardado es, sin duda, que no saben nuestras identidades reales ni lo que hemos venido a hacer y mucho menos tienen idea de quiénes son nuestros objetivos. Por ahora, todos los individuos, camarillas de la Corte y colaboradores que hemos hecho desaparecer no son eslabones lo bastante fuertes como para llamar mucho la atención, sobre todo teniendo en cuenta la narrativa de ocultación de información que llevaron a cabo Adonis y los chicos. Excepto Angol, que sí era una ficha importante.

En algún momento, su trama explotará y quedará expuesta en la Corte. En cambio, lo más importante es que Adonis tenga herramientas suficientes como para seguir jugando con ellos.

Mientras eso siga así, podremos seguir avanzando evento a evento y

ritual a ritual, hasta que tengamos en las manos a nuestras víctimas.

—Hola, *bambina.*

A través del espejo, veo el reflejo de Adonis. Él ya está listo. Lleva un pantalón de pinzas negro y una camisa marrón arremangada hasta los antebrazos; está tan arrebatador que es injusto mirarle y darme cuenta de que solo yo puedo verle así ahora.

Él debe pensar lo mismo de mí, porque posa sus manos en mi cintura y besa mi cuello sin desclavar sus ojos de los míos en el espejo.

Creo que formamos una buena estampa juntos.

—Hola, guapo —contesto ladeando la cabeza para darle un beso en los labios. Estoy intentando no ser yo quien dé el primer paso para besarlo siempre en la boca, pero a veces fracaso. Culpa mía.

Nuestro beso se hace un poco más largo de la cuenta y es él quien lo corta y toma aire.

—Estás preciosa y muy elegante. —Toma un mechón de mi pelo y lo huele como un niño feliz. Pero antes, lo primero que ha hecho ha sido revisar que lleve sus «regalitos». Su colgante y su anillo. Es así de controlador, le gusta tenerlo todo bien atado.

—Gracias. *Anche tu.*

Él se queda sorprendido y sus ojos destellan con satisfacción. Estoy aprendiendo italiano por mi cuenta. No sé mucho, pero me gusta ir poniendo en práctica algunas coletillas y algunas frases fáciles de memorizar.

Él parece abstraído en mí, hasta que sacude la cabeza y dice:

—Me ha contactado Drugia. —Mi expresión se tensa, es inevitable —. La cena va a ser en una mansión en Alella. Propiedad de Iban Arrufat. Él va a ser el anfitrión y presentará oficialmente a los miembros de la Corte que participan en su Influenza. No estarán los setenta y dos, pero sí los más influyentes. Yo entraré a formar parte de la Cúpula y como socio nuevo. —Sus manos me acarician la cintura y las caderas—. Hay confirmación definitiva de la asistencia del Demogorgon y de los Reyes de la Corte; de todos.

—Está bien. —Asiento. Para mí nada ha cambiado. Estaré alerta y seré muy cauta. Hoy conoceremos a todos los reyes. Actuaré con educación en todo momento y continuaré siendo muy amable con los

vires que habían apostado por mí, y también con quien sea que quiera charlar conmigo.

—Drugia y yo hablaremos a solas en algún momento de la velada, Ares —me explica con tiento—. Debo seguir siendo amable con ella. Se cree que tenemos *feeling*. Debe seguir creyéndolo.

Yo me encojo de hombros y me lo tomo lo mejor que puedo.

—Lo entiendo. No pasa nada. Pero eso no implica ir a más, ¿verdad?

Él besa mi cabeza y cierra los ojos.

—No va a pasar nada. Mientras ella y yo hablemos, tú sé todo lo encantadora que eres con los demás. Pero evita cualquier situación incómoda y no te quedes a solas en ningún lugar, con nadie.

—¿Y si se creen que mi simpatía es algo más?

A él no le gusta la sugerencia.

—Nadie va a osar tocarte al ser mi compañera oficial.

—Como si eso fuera un impedimento para ellos —bufo.

—Es una locura que lo intenten. Quiero que estés tranquila. Si lo hacen y desafían nuestra relación, podría dar lugar a un duelo personal. La Corte no haría ascos a nada parecido, le gustan esos espectáculos macabros.

—¿Un duelo? ¿De qué tipo?

—Uno con final cerrado.

—¿Final cerrado?

—A muerte. Pero eso no va a suceder. Sería muy poco inteligente por parte de ellos molestarme con tal atrevimiento. Así que no pienses en ello.

Cuando me habla así, me recuerda que viene de una familia de mucha educación y principios caballerescos.

Vuelvo a asentir y me humedezco los labios. No estaré tranquila hasta que volvamos los dos juntos al castillo.

—Mientras estemos dentro, Nico se meterá en el sistema de seguridad de la casa y jugará pasando en bucle algunas imágenes. Yo grabaré lo que veo con mis lentillas y tú también con la gargantilla. Tengo un pinganillo pequeño. Si sucediese algo extraño, Nico me avisaría de inmediato. El objetivo es cargar los datos del ordenador

central de Arrufat desde donde ejecuta la Influenza. Tendré un dispositivo en mi móvil que ayuda a vaciar discos duros, a copiarlos, y que rastreará la señal wifi de la casa para robárselo y modificarlo a nuestro antojo. Nadie sabrá lo que estamos haciendo. Estaremos el tiempo suficiente ahí metidos como para secuestrar el software.

—De acuerdo.

—Va a salir todo bien. Tú no te salgas del guion y no hagas nada que no debas —me recomienda.

—Lo mismo te digo.

Él sonríe complacido.

—¿Estás lista? —Me mira de arriba abajo y sus ojos se encienden con pasión, pero también con preocupación.

—Sí. Un momento que me pinte los labios de nuevo. —Me doy la vuelta y lo enfrento.

—Pero si los tienes perfectos —refuta sin comprenderme.

—Sí, pero no después de esto. —A la mierda mis intenciones. Lo tomo por la nuca y lo beso en los labios. Inserto mi lengua y busco la suya hasta que ambas se rozan y se enredan y yo me relajo contra su cuerpo. Adonis besa tan bien que es fácil excitarse.

Sin embargo, este no es un beso para calentarme. Tal vez, tanto estar con lobos también ha hecho que yo sea una y lo único que quiero al salir de aquí es que esté marcado por mí y que recuerde que está conmigo.

Mi beso ha surtido efecto, está durísimo entre las piernas. Se aparta abruptamente y me dirige una mirada desesperada.

Le dedico una leve sonrisa, le paso el pulgar por los labios para limpiarle el carmín y le digo:

—Ahora ya me puedo pintar otra vez.

Parpadea un par de veces, se pasa la mano por el pelo, se recoloca un poco el miembro dentro de los pantalones y dice:

—*Malvagia diavola*…

Me doy la vuelta, abro mi pintalabios Dior y sonrío al espejo.

Que me llame como quiera.

Yo solo marco mi terreno.

Alella es un municipio del Maresme muy cerquita de Badalona, por encima de Masnou.

Allí, oculto en la montaña, se encuentra uno de los domicilios de Iban Arrufat.

Adonis no había descubierto aún su residencia porque, como pasa con todos los miembros de la Corte, es muy difícil seguirles el rastro fiscal y las direcciones personales.

Pero esta vez la cena de la Influenza se celebra en una de sus propiedades, y no una cualquiera, la principal. Un gran despliegue para la Cúpula de Bacus formada por los Reyes, el Demogorgon y el Tridente, pero también por su séquito más importante, los denominados reyes demonio, la cúspide de la Corte.

Y debemos tener todos nuestros sentidos despiertos.

Al bajar del coche en el aparcamiento privado, nos encontramos algunas limusinas y coches particulares, todos conducidos por sus chóferes y, como siempre, con guardaespaldas alrededor del perímetro del edificio. Los mismos que ya he visto en otros eventos y cuyas caras ya me son familiares.

La suntuosa vivienda llena de lujos posee hasta zona de recreo, unos exteriores con piscinas iluminadas con distintos colores. El gran jardín que la rodea no escatima en comodidades y así será también por dentro.

Nada más entrar, los «recepcionistas» nos vuelven a presentar gritando nuestros nombres. Aunque esta vez no impresiona tanto porque el cónclave es mucho más discreto y no hay demasiados invitados. Sin embargo, los que hay, son de categoría.

Nos reciben con una copa de ponche y Adonis toma una para mí y me la ofrece.

La mirada que me dirige me transmite confianza, pero también preocupación por mí. Yo me agarro a su brazo y avanzamos a través del vestíbulo con la satisfacción de pasear nuestra relación orgullosa, nueva y definitiva.

Voy a intentar estar lo menos nerviosa posible y la cercanía de Adonis me ayuda a lograr ese estado, pero en cuanto veo que los

únicos aquí presentes son Belial, Iban y Drugia, tengo la sensación de que el corazón se me acelera. ¿Y los demás?

Tanto él como yo sabemos leer el lenguaje corporal, y se ve a leguas que, aunque fingen aceptar nuestra relación, se les atraganta de cabo a rabo.

Esta vez no hay máscaras de por medio y les veo la cara demasiado bien.

Sus rictus están tensos y no parecen nada conformes con que estemos aquí, al menos, en calidad de pareja.

Drugia es una reina sin corona y ofendida.

Daisha es el eterno aspirante a heredero que no consigue lo que quiere.

Y Belial es un triunfador que se siente, por primera vez, derrotado.

Los tres visten de etiqueta, como exigen estas cenas de la Corte de Bacus, y sé que van a esforzarse para aparentar normalidad, porque hay negocios que les atan a Adonis, pero también porque, como ha dicho mi vir, estamos marcados por el fuego de la Liberalia y, para ellos, somos elegidos de Bacus, con lo cual nadie puede ponernos un dedo encima. Aún estoy por averiguar por qué les parece tan importante lo que hicimos Adonis y yo en el bosque, pero si eso nos da la posibilidad de continuar en el juego con más respeto y consideración, entonces nos aprovecharemos de ello.

—Bienvenidos —nos saluda Belial con un gesto firme de la cabeza.

Drugia mira fijamente a Adonis, esperando una reacción en él, y Daisha, en cambio, busca su abalorio en mi pulsera, que ya no está. Saberlo lo hace sentir muy mal.

Cualquiera diría que estas tres personas apuestas son normales y corrientes, pero eso solo lo dirían los que no observan y no se dan cuenta de todos los detalles en sus actitudes, en sus señales no verbales. Los que se quedan deslumbrados por la belleza y la educación sin advertir que, ante ellos, tienen a unos depredadores.

—Los Reyes están ya ubicados en la mesa principal —nos explica Drugia sin demasiadas ganas.

—Creo que estamos todos —dice Daisha—. Por favor, vayamos a la sala central, el Demogorgon quiere oficializar tu entrada en la Corte,

príncipe Adonis, y nos ha traído un obsequio. —Con un ademán muy practicado y principesco, nos invita a que le sigamos.

Recorremos la amplia estancia, repleta de obras de arte, y me doy cuenta de que el trayecto es obligado, como si se tratase de un salón de aparato, típico de las casas de la gente con poder y de las altas esferas aristocráticas. En esa cena asisten los Reyes a cara descubierta y posiblemente sean individuos que nunca he visto en mi vida, personalidades por encima de las más influyentes. Las logias, las órdenes, las cortes de este calibre, solo son aptas para individuos de altísimos rangos y mucho poder adquisitivo.

Adonis y yo entramos en el salón central, donde se va a servir una cena ostentosa para todos, y donde varios camareros esperan vestidos con pulcritud y con poses perfectas, a servirnos de manera adecuada. Sin embargo, no hay nadie sentado en esa mesa. Todos se encuentran rodeando otra más pequeña, donde destaca el Demogorgon, el más alto de todos, esta vez sin máscara.

Cuando llegamos allí y nos hacen sitio para que nos ubiquemos alrededor de la mesa, advierto que no es para comer, es de sacrificios. Una estructura de piedra rectangular traída a ese lugar exclusivamente para una ceremonia de este tipo.

Sobre ella, hay una mujer de pelo rubio desnuda, con los brazos pegados al cuerpo, los labios pálidos y sombras en los ojos. Está viva. Lo sé por cómo se le mueven los párpados. Estoy convencida de que la han traído a la fuerza y de que no quiere estar aquí. Y está drogada.

Aprieto con fuerza el brazo de Adonis, al que sigo sujeta, y se me seca la garganta por la impresión. Él posa su mano sobre la mía. Le clavo las uñas en el antebrazo y, con su toque, me pide que me tranquilice.

Noto toda la fuerza de la mirada del Demogorgon en mí y alzo mis ojos para devolvérsela. Él sonríe y asiente como si lo que viera le conmoviese.

En cambio, lo que yo veo en él me congela la sangre. Este individuo es frío, está vacío. Con su calvicie, sus pómulos y sus ángulos tan pronunciados. Juraría que tiene el cráneo más largo o grande de lo normal… Su palidez y la largura de sus extremidades me ponen la piel

de gallina. Como sus tatuajes, que le encanta mostrar. Por eso lleva túnicas negras sin mangas, para mostrar las marcas de su piel, y entre sus joyas de oro, reluce por encima del resto el sello de Salomón. El anillo de la Corte que vincula a cada uno de sus integrantes a las leyendas, a los demonios, y a Bacus.

Un anillo que también luce Adonis, pero que se quita en cuanto sale de los círculos de la Corte.

—Bienvenido, príncipe Adonis. Miembros de la Cúpula. —El Demogorgon mira a cada uno de los reyes demonio aquí presentes. Muchos con sus virtuosas ya consagradas y otros, sin ellas. Pensar que entre todos ellos se podría encontrar el padre biológico de Adonis me pone enferma. Aquí no hay presidentes ni duques ni marqueses ni condes. Solo los integrantes de la Cúpula—. Rey Bael y su Reina, celebramos vuestra presencia. —A ellos les hace una reverencia muy respetuosa, y es muestra suficiente de que son los jefes de la Corte. Lo que veo me deja en *shock*. Ambos son rubios, bien parecidos, pero poseen una expresión calmada que transmite una bondad que es imposible que exista. El resto a su alrededor tiene algo en común que no comparten con Bael y su Reina: a ellos se les ve el vacío en los ojos, algo que tienen en común todos los psicópatas, la mirada de las mil yardas, desenfocada y perdida. Los rasgos de los Reyes son más que evidentes para mí, dado que me recuerdan a la estructura ósea de Angol y Belial. Son sus padres. Angol se parecía más a ella y Belial se parece mucho a él. No tengo ninguna duda. Jamás yerro en cuanto a las fisionomías. La misma mandíbula, la misma inclinación en los ojos y esa pose entre soberbia y desenfadada en la boca… El Rey Bael tiene el pelo rubio y muy bien peinado hacia atrás, como Belial. Una barba rubia espesa y bien cortada le cubre la mandíbula (como la había tenido su hijo, ya muerto) y le rodea los labios, pero lo que más me turba es esa luz en sus ojos marrones claros, en su manera de mirar, como si fueran confiables cuando, en realidad, uno debería cambiar de acera si se los encontrase de frente. Y ella… ella se ha mimetizado con él de un modo que parecen la misma persona. Tiene los ojos muy oscuros y negros, pero es igual de rubia y pálida que él y adopta sus mismas poses.

—Nos complace saber que el Sabbath está dando tan buenos frutos —contesta Bael. Incluso su modo de hablar y su tono de voz es parecido al de Belial.

—Debo presentarle de manera oficial al príncipe Adonis. Y a su fascinante señorita Parisi. —Odio que el Demogorgon pronuncie mi apellido, es como si me violara.

—Estamos al día del espectáculo que dieron en la Liberalia. —Bael me mira de arriba abajo y su mujer también—. Es un orgullo para nosotros saber que tenemos en nuestras filas a una entusiasta auténtica. Es la muestra de que Bacus está de nuestro lado.

—Gracias —contesto manteniendo el perfil bajo y la compostura todo lo que puedo. Oh, pero es que me es muy difícil, porque es como estar en un estercolero. Muy desagradable.

Ellos me sonríen con simpatía y el Rey Bael centra sus ojos en Adonis.

—Bienvenido, rey. Y felicidades por su carrera con el Abismo y por haber encontrado a tan espléndida virtuosa en tan poco tiempo.

—Debió guiarme Bacus para encontrar a la señorita Parisi —contesta Adonis usando el mismo tono de divo que ellos—. Creo que quiso que yo la tuviera.

Adonis toma mi mano y me la besa con adoración.

Yo regalo a todos la sonrisa más falsa de toda mi vida.

Drugia me está matando con la mirada, pero solo encuentro placer en eso, en verla reventada.

—Esperamos volver a ver otro espectáculo como el que disteis pronto —añade la Reina—. ¿En las Lupercales, tal vez? —pregunta como si tal cosa.

Todos lo aprueban y esperan que eso sea así. Quieren comprobar que no fue una casualidad, que puede volver a suceder. Y yo soy escéptica.

—Daremos lo mejor de nosotros —contesta Adonis deseando complacerles.

—No nos cabe la menor duda —replica el Demogorgon—. Bien, hoy tenemos en nuestro cónclave un sacrificio. —Señala a la mujer postrada ante nosotros, inconsciente—. Vamos a otorgársela a Bacus, y

yo leeré en sus vísceras si seguimos gozando de su aprobación y si este es el Sabbath en el que, por fin, su mujer, la que él, quiere va a sonreírle.

No. Eso no.

Se me va el color de la cara y me siento como un ratón que quiere escapar de su jaula.

Así que el fascinador, el brujo de la Corte, es un arúspice. Estoy segura de que Adonis desconocía ese dato. Yo sé lo que son porque en uno de los cómics que ayudé a elaborar en Estados Unidos, uno de los personajes lo era. La aruspicina era propia de los etruscos, pero después ese conocimiento pasó a los romanos.

Son adivinos que examinaban las entrañas de los animales para saber lo que acontece en el futuro. El Demogorgon ya sacrificó un animal en la Liberalia, pero se ve que también hace lo mismo con las humanas.

Porque, para ellos, cuanto más gore, mejor.

Me da frío y tengo ganas de llorar. Se me acelera el corazón ante lo que sé que van a ver mis ojos y que no puedo detener, ni tampoco Adonis.

No quiero ver cómo asesinan a otra chica. Es demasiado para mí y muy repentino, no esperaba presenciar nada parecido en este contexto.

Son salvajes. Son asesinos. Miro uno a uno a los reyes demonio que rodean la mesa. Son hombres normales y corrientes que apestan a dinero, como sus mujeres.

Sé que tengo que copiar sus conductas porque en un lugar como ese, como me dice Adonis, debemos parecernos a ellos.

Por eso me esfuerzo por imitarles, por no hacer nada. Los asesinos, los psicópatas, los demonios no parpadean ante la violencia o la muerte. Se quedan inmóviles, sus cuerpos no expresan nada, como sus rostros. Ni siquiera sus pupilas se dilatan ante lo que ya está haciendo el Demogorgon. Yo hago que miro, tiemblo por dentro, pero en realidad, desenfoco la mirada para no ver bien porque si lo hago, tendré las pupilas enormes del *shock* y no podré hacerme pasar por una de ellos.

Oigo los sonidos de la víctima, veo el color de la sangre en el centro de su pecho y sé que el Demogorgon le ha clavado un puñal y que ahora lo desliza hasta el vientre. Allí vuelve a realizar otro corte de una cadera a la otra, en horizontal. Pero sigo desenfocando la mirada porque no quiero quedarme con los detalles.

Ella ya está muerta y él empieza a trabajar con sus vísceras, a sacarlas de su cuerpo y a ponerlas a un lado en la mesa mientras con su dedo las toquetea y las marca con símbolos que desconozco.

El olor a sangre me noquea y cierro los ojos unos segundos porque me entran ganas de vomitar.

—Sí…, bien… bien… —dice el brujo—. Esto está muy bien.

Adonis está rabioso. Conozco sus expresiones y sé lo que transmite en su mirada lobuna.

Los órganos están calientes y emiten un leve vapor que el brujo intenta recoger con su mano de dedos largos y después inhala profundamente con su nariz.

—Interesante… ¡Este año es la llegada de Bacus! —celebra, prodigando los aplausos del grupo de reyes sin alma que escuchan regocijados las buenas nuevas—. Todos —nos señala con sus dedos llenos de sangre y cuyas uñas son más largas de lo normal— estamos bendecidos y somos bienvenidos. —Su mirada de párpados caídos me hace estremecer—. Disfrutemos de esta noche, entonces.

Después de eso, un hombre le acerca una tina de bronce llena de agua para que se lave las manos en ella. Una vez limpias, se las seca con una toallita perfumada blanca que huele a limón.

Decido enfocar la mirada, pero sin ver el cadáver abierto que hay ante mí. Me centro en Adonis, igual de afectado que yo. Él me sonríe para darme toda la fuerza que me falta. De cara a los demás parecerá igual de divertido que todos, pero en realidad, intenta transmitirme que no estoy sola, que está conmigo. Besa mi frente y me anima a dirigirme a la mesa de comensales, donde el aroma de la comida difumina el duro hedor a muerte y a sangre de la víctima.

Es que es salvaje la escena. Y ahora debo actuar y hacer como si nada cuando por dentro lloro y estoy temblando.

—Señorita Parisi. —La voz de Belial, que está a mi lado, parece

preocupada por mí—. Es normal que te impresione. —Tras él, noto la mirada aguda de sus padres y del Demogorgon—. La pérdida de una vida no debe ser indiferente ante nadie, por eso debemos honrarla.

—Conozco las prácticas de la Corte —aseguro fingiendo normalidad —. Pero es mi primer sacrificio, nunca había visto uno —explico sincera. Ellos verán mi comportamiento más normal así que si actúo como si fuera una experta en ver asesinatos. Que lo empiezo a ser—. Y es… abrumador.

Adonis controla de soslayo a Belial, con quien le interesa seguir teniendo una relación diplomática, al igual que con Drugia y Daisha.

—Estará bien… —aclara Adonis pasándome un brazo por encima—. Gracias por tu preocupación, Belial.

Él le sonríe a Adonis con la facilidad con la que lo hacen sus padres y parece hasta un angelito.

—Adonis…, ¿puedo hablarte con sinceridad?

—Por supuesto.

—No negaré que tuve esperanzas en poseer a tu virtuosa —concede Belial honestamente, propiciando que me remueva nerviosa—. Pero, para mí, que un vir reclame a su virtuosa es un éxito de la Corte, y es evidente que después de prender el fuego estáis hechos el uno para el otro y que has sacado su mejor rendimiento —reconoce con solemnidad—. Alimentas su potencial y nos honras. Por mi parte, tienes mi respeto y mi admiración. No comprendía que no quisieras tener que ver con una mujer tan… especial. —Sus ojos buscan los míos con complicidad—. Pero con tu cambio de parecer, también has hecho que cambie mi opinión respecto a ti. Los hombres debemos tomar las mejores decisiones siempre. Y queremos lo mejor. Felicidades.

—Agradezco mucho tus palabras. Sé lo que dije y sé que tenía otros planes en mente, pero la señorita Parisi es magnética y, al final, decidí reclamarla.

—Por lo visto, también era lo que quería Bacus. —Los padres de Belial interrumpen la conversación y nos saludan—. Buenas noches, pareja. —Son agradables, pero también son unos hijos de puta camuflados—. Es un placer recibirte en la Corte como un importante

miembro integrante y activo. Drugia ha demostrado tener muy buen ojo para las nuevas incorporaciones. Ella ha sido quien ha hecho campaña para que te tengamos en cuenta.

Drugia aparece detrás de Adonis y le ofrece un ponche que él acepta mirándola con interés y agradecimiento. Sé que ella no cree que esté todo perdido con él.

—Y se lo agradezco muchísimo —contesta Adonis dirigiéndose a Drugia—. No hay nadie mejor que ella para que uno entienda la enormidad de pertenecer a Bacus. Si estoy aquí, es porque ella me ha encendido la sangre al respecto.

—Y es maravilloso —asegura el Rey Bael—. Tenemos un miembro poderoso en ti. Un auténtico inversor y empresario con un patrimonio muy interesante para los intereses de la Corte. Debo felicitarte también por tu Abismo, es sin duda un templo increíble para nuestro dios y nuestras prácticas. Después de este Sabbath, será un lugar de referencia para los miembros de la Corte de todo el mundo. Te doy mi palabra.

—Será un placer gozar de esa popularidad —asegura Adonis bebiendo de la copa que le ha dado Drugia.

—¿Os parece que sigamos conversando en la mesa? —propone Daisha metiendo la cabeza entre nosotros y ofreciendo su mejor cara como anfitrión—. Creo que a todos se nos ha abierto el apetito.

A mí no.

Sin embargo, todos tomamos asiento alrededor de la mesa para disfrutar de una velada alumbrada por velas, con unos guisos y unas carnes espectaculares y unos primeros platos de alta cocina de diseño.

Los demonios están ansiosos por comer.

Yo tengo el estómago cerrado.

Solo espero que Adonis consiga lo más rápido posible lo que anda buscando para irnos de aquí pronto.

Y que alguien, por Dios, tenga la decencia de cubrir el cuerpo de la víctima o que la retiren de la misma sala en la que estamos.

Todo es de un mal gusto tan tirano que me oprime el alma.

X

Ellos son los invisibles.

Los verdaderos titiriteros que viven bajo sus reglas y sus normas, ajenos a los humanos normales y corrientes que no tienen nada que ver con la sociedad y viven al margen y a costa de ella.

Los miro uno a uno mientras hablan de sus negocios prósperos, de la facilidad con la que pueden hundir economías, propagar pandemias, idear guerras, manipular la opinión pública a través de los medios… Y sé que solo es una pequeña fracción de ese grupo muy minoritario de personas que controlan a la gran mayoría y que convierten las vidas de los demás en sus patios de recreo.

A excepción del de Daisha, Iban Arrufat, del resto no sabemos sus nombres ni sus apellidos. Se ocultan tras nombres de sociedades pantalla que, al evitar el origen de los fondos, eluden también el origen de las cuentas y de sus titulares. Pero, como me dijo Adonis, de saberlos, serían identidades falsas porque lo que más autoridad le da a esta gente es, precisamente, que no existen. Que son imperceptibles.

Ellos tienen la habilidad y el poder de ser anónimos. Y, no obstante, estamos ante ellos, frente a frente, llamándonos por nuestro nombre demoniaco como un pseudónimo literario.

Aquí, en esta cena en una casa de Alella, un lugar en el que pocos imaginarían asistir a una reunión de este calibre, me encuentro estudiada, observada y vigilada con disimulo por una Corte a la que, valga la redundancia, le encanta hacerme la corte.

Pero no son hombres. Ni son mujeres. Para mí están poseídos por demonios, porque su naturaleza es altamente compatible con la de ellos.

Nunca me visualicé hablando o pensando así, pero hasta hace bien poco, a pesar de tener veintisiete años, he sido una cría, una niña en cuanto a conocimiento de todo lo que me rodeaba y no veía. No sabía nada sobre casi nada hasta ahora.

Así que me encuentro con los Reyes de la Corte, los siete señores del Infierno, y para calmar mis nervios y mi ansiedad, mi necesidad de levantarme y correr bien lejos de aquí, me pongo a recordar lo que sé de ellos.

Bael y su mujer son los líderes, padres de Belial y Angol, sus únicos herederos. Bael es el rey de máximo poder en la Corte porque se dice que es el primer rey del Infierno y manda sobre sesenta y seis legiones. Dicen que es perspicaz y que su habilidad es la artimaña, una inteligencia sobrehumana y la invisibilidad. Es el rey del engaño. Y se le considera un maestro entre los demonios, comparable a Satanás. De hecho, aseguran que es su mano derecha.

Su mujer se llama Baalat, y es igual de perspicaz que él.

Junto a Bael hay seis reyes más de suma importancia: Paimon, Beleth, Purson, Asmodeo, Balam y Belial. Ahora me doy cuenta de que Belial tenía mucho más rango que Angol, por eso es el hijo predilecto, el heredero. Él también es un señor de la Corte. Además, tiene un extraño don de gentes que hace que todos a su alrededor se sientan a gusto. No como su hermano.

Lo cierto es que Paimon y Purson son muy atractivos, ambos de pelo castaño oscuro, aunque uno lo lleva más corto que el otro. Paimon tiene los ojos claros y Asmodeo, marrones. Pero no me inspiran lo que Adonis, por supuesto.

Beleth y Balam tienen la edad de Bael, unos sesenta más o menos. O eso creo. No puedo obviar sus miradas sátiras cada vez que me echan el ojo. Es repugnante.

Daisha habla con ellos, asiente y sonríe a sus ocurrencias. A él no lo consideran un rey en la Corte, pero es muy importante por su profesión y por el proyecto que tiene en mente, por eso lo respetan.

No obstante, hay algo que me llama mucho la atención. Nadie menciona a Angol y me parece extraño. Así que, fingiendo inocencia, decido preguntar sobre él y, de paso, incomodar un poco a los

presentes.

—Belial. —Lo tengo sentado a mi lado. Drugia está sentada junto a Adonis y mi vir y yo estamos el uno al lado del otro. En medio, para que no nos escapemos. No creo que Belial sea el menos malo de todos, pero sí me parece el menos salvaje y el más paciente—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto, señorita Parisi. —Corta el entrecot con delicadeza.

—No vi a Angol en la Liberalia ni tampoco lo veo hoy aquí.

—¿Acaso tenías interés en Angol, señorita Parisi? —me pregunta Bael sin muchos miramientos. Entiendo que no puedo reconocer que sé que es su hijo, aunque para mí es muy evidente. Aquí nadie hace mención a los parentescos. Al fin y al cabo, son los enchufados, los hijos del jefe, y quedaría mal.

—Angol siempre ha sido caballeroso conmigo y ha dado muestras de su interés hacia mí —contesto amablemente—. Me sorprendió que en la Liberalia no estuviera presente para intentar reclamarme, como en cambio sí hicieron Belial, el vir Daisha y la princesa Drugia. Acaso… ¿está enfermo? —me hago la preocupada—. Por eso le pregunté a Belial si sabía algo de él…

La comunicación no verbal entre padre e hijo es más que evidente. Bael le está dando permiso a Belial para que me dé una respuesta.

Adonis me observa con interés y creo que incluso oculta una sonrisita diabólica mientras sorbe su copa de vino.

Belial alza la barbilla y mastica la carne despacio. Su padre escucha nuestra conversación, lo controla absolutamente todo. Belial exhala y me mira como si no hubiese remedio para Angol.

—Mi hermano es muy curioso y… huidizo. Nos cuesta bastante controlarlo. Tú no sabes dónde está, pero yo tampoco. —Se encoge de hombros—. Sin embargo, no nos preocupamos. Ya ha hecho esto otras veces.

—¿El qué?

—Desaparecer —asume—. En ocasiones, puede estar días sin entablar contacto con nosotros y después nos llama al cabo de una semana como si nada. Es posible que se haya dejado llevar un poco por sus excesos, y más en el Sabbath, cuando Bacus ejerce una

influencia poderosa en cada uno de nosotros y en nuestros impulsos —me habla por lo bajini, burlándose de él—. A lo mejor nos lo encontramos en unos días desnudo en la playa o por el monte sin acordarse de nada… Él siempre ha sido así. Y yo ya estoy harto de hacerle de niñera. Cuando menos lo esperemos, volverá.

Su madre me mira con los ojos entrecerrados y el Rey Bael alza su copa como si me ofreciese un brindis. Menuda familia de corruptos sociópatas enfermizos.

—No has comido casi nada —advierte Belial mirando mi plato.

Exhalo y Adonis interviene y corta nuestra conversación:

—Ha sido culpa mía. Hemos tomado un tentempié antes de venir y puede que haya pedido de más para ella.

—Y como la señorita Parisi es una buena virtuosa, ha complacido a su vir comiéndoselo todo —susurra Baalat. No sé en qué sentido lo dice esta mujer, pero como habla con ese tono fingido inocente y bondadoso, tengo que sonreírle con el mismo humor. La madre de Belial y de Angol, con ese aspecto de ricitos de oro ya maduro, debe ser igual de demonia que ellos.

—Por supuesto, Reina —contesto dándole la razón.

Ellos se ríen porque creen que hablo de otras cosas más pervertidas.

No me gustaría quedarme a solas con ninguno de ellos. Son serpientes.

Adonis decide monopolizar toda mi atención y me libra de la influencia de la Familia Addams haciéndome todo tipo de preguntas y siendo cariñoso.

Doy un largo sorbo de vino para intentar tranquilizarme, pero sigo sin perderme ni un detalle de la cena ni del comportamiento de estos individuos.

Un rato después largo e interminable, traen el postre: pudin con salsa de frambuesa y nata.

Sé cómo me miran.

—¿No me vas a contar ninguna historia culinaria de las que sabes? —bromea Belial mirándome de soslayo.

—De este postre no sé mucho —reconozco.

No me miran como a una de los suyos. Me miran como algo de

ellos, sobre lo que tendrán derecho cuando así decidan, y eso me incomoda.

—Señorita Parisi…

Cuando miro hacia Adonis, él tiene una cuchara llena de pudin a la altura de mi boca. Arqueo una ceja negra, sorprendida por el gesto.

Drugia está que trina. Esa mujer, que no ha perdido el tiempo en toda la cena; ha reclamado su atención de mil maneras, le ha tocado las piernas y las rodillas siempre que podía y lo está vigilando incesantemente.

—Come, princesa —me pide con ternura.

A pesar de que sé muy bien dónde estoy y a qué estoy jugando, siento la sincera preocupación de Adonis en mí y me encanta.

Yo abro la boca y pruebo el pudin. Está muy rico, el problema es que todo lo que rodea a ese postre es muy malo.

Acto seguido, y para mi propia estupefacción, Adonis se inclina sobre mis labios y me da un beso dulce que yo le devuelvo. Su boca sabe tan bien y es tan balsámica que me sereno. Manda narices que me dé un beso estando ante los demonios.

Ya no tiene miedo a que consideren que soy importante para él. Estamos en peligro, lo miremos por donde lo miremos. Sé que cree tenerlo todo controlado, pero el riesgo está ahí. Además, después de la Liberalia y de cómo hicimos el amor, es obvio que no soy una cualquiera para él y todos lo saben.

Un tintineo nos saca de nuestra burbuja.

Daisha se ha levantado y golpea una copa con una cucharita de café.

—Ha llegado el momento de presentar Influenza oficialmente. Nuestro hijo predilecto —asume sacando pecho. Le ofrece la mano a Drugia y ella se apoya en él para levantarse con aire remilgado—. Este es un proyecto que llevamos desarrollando desde hace cuatro años —explica el de ojos azules. Echa la mirada hacia atrás y fija su atención en dos hombres que custodian una mesa cubierta con una sábana roja —. Una idea que surgió entre Drugia y yo, y que ella ha estado supervisando de un modo exquisito y discreto con la mano de obra de los científicos de Biovir.

—Una idea —añade la mujer— que, después del Sabbath y si todo sale como lo tenemos previsto, exportaremos a las mayores farmacéuticas de nuestro circuito. Tenemos una herramienta que nos permite controlar y manipular mentalmente a la gente, obligarles a ver y a hacer lo que queramos. Ellos, antes que nadie, confirmarán que nuestro mundo es real. Verán demonios, sátiros y faunos cuando lo deseemos.

Los reyes aplauden a Drugia como si fuera una heroína. El Demogorgon parece particularmente orgulloso, y eso me llama la atención, ya que es un hombre, de por sí, parco en expresar nada.

Me cuadro en la silla y miro bien a Drugia, porque lo que pretendo es que mi gargantilla lo grabe todo y toda esta información quede bien registrada. Como sé que Adonis también está haciendo con sus juguetitos, con la lentilla mágica y el dispositivo móvil con el que va a copiar todos los datos del software.

—Nuestra tecnología está basada en un circuito que emite campos magnéticos que estimulan las neuronas —explica el neurobiólogo— y que ayudan a desencadenar los comportamientos inducidos que nosotros deseemos. Todo está basado en la magnetogenética. Para ello necesitábamos una combinación de ingeniería genética, nanotecnología e ingeniería eléctrica que Drugia nos ha facilitado. Para activar el circuito que nuestros recipientes llevan imantados a su hipófisis, necesitamos acceder a un software desde el que se emiten señales magnéticas. Este software solo está grabado y se encuentra aquí. —Daisha mira a los dos hombres y estos destapan un complejo ordenador 8Pack OrionX con luces led y una torre gigantesca de cristales transparentes a través de los cuales se ve el interior del cableado y todas las tripas de la máquina muy limpias y lustrosas en perfecto estado. No sé mucho de tecnología, así que tampoco podría describir lo que estoy viendo. Lo que sí sé es que es una bestia.

Adonis silva muy asombrado.

—Menuda máquina —reconoce.

—El proyecto Influenza necesita el mejor integrador de sistemas para poder actuar a distancia y afectar a las antenas exteriores de alrededor y a los circuitos de nuestros portadores. Dos ordenadores en

uno, con el mejor hardware del mundo. Pero este no es la estrella —asegura provocando las risas de los oyentes—. La estrella es nuestro programa y los nanocircuitos que desarrollamos para llevar a cabo nuestro plan. Desde aquí tenemos el control absoluto de todos los inoculados con Influenza y podemos dar órdenes para que sientan y vean lo que deseemos. Es más que evidente que funciona, ¿verdad, Belial?

—Así es. —Belial atrae la atención de toda la mesa—. Hemos inoculado al rebaño para la Floralia y el Backheia. La Influenza las hace increíblemente obedientes.

—Todas bajo control —asegura Drugia—. Belial se ha encargado de seleccionarlas y las custodia hasta el momento en que haya que usarlas.

—La Influenza hace muy bien su cometido —añade el susodicho—. No están en condiciones de reclamar ni de ser reclamadas. Pero cuando sea el momento, estarán más que dispuestas y disponibles.

Dios mío, están hablando de las futuras víctimas de la Corte. ¿Y las tiene Belial? Y parecía el más amable.

Vírgenes. ¿Estamos hablando de mujeres jóvenes o de niñas? Da igual. Sea lo que sea es terrible. Me pongo enferma solo de imaginarlo. Las han inoculado y las tienen controladas mentalmente con el programa.

¿Dónde las tienen? ¿Belial se encarga del tráfico y de las sustracciones? Y es evidente que Drugia está al mando de los laboratorios que han ideado el dispositivo maquiavélico.

Poco a poco vamos teniendo todas las piezas del puzle, cómo están involucrados los miembros y qué función desarrollan en la Corte.

—Habrá suficientes chicas para todos. No nos quedaremos cortos —insinúa Daisha haciendo reír por enésima vez a los demonios. Al parecer, también es humorista o un bufón demasiado inteligente. Es el chistoso, pero igual de maligno que el resto.

—Estamos preparando la explotación y la venta de nuestro método al sector privado —la voz de Drugia se suaviza—. Adonis ha entrado como socio mayoritario de Influenza y va a financiar la expansión.

Adonis recibe un sonoro aplauso. Nada como ser asquerosamente

rico para que te ovacionen.

Ella le sonríe y le dice con excesiva familiaridad:

—¿Quieres decir unas palabras, querido?

Adonis se levanta de la silla y mira a los ojos a cada uno de los presentes. Claro que va a hablar, además, todos esperan su discurso oficial.

—Bacus no nos llama. Bacus no nos pide que nos acerquemos ni que demos un paso hacia él para que él dé mil hacia nosotros. No. Él nos elige. Y cuando lo hace, nadie puede negarse, porque ves su grandeza y lo mucho que se preocupa por los suyos. Abracé a Bacus hace casi una década. Empecé a estudiar su culto cuando aún era muy joven, pero también muy emprendedor. Como sabéis, no vengo de alta cuna ni largas tradiciones familiares. Me hice a mí mismo y yo solo creé mi imperio.

—¿Cómo lo lograste? —quiere saber Belial cruzado de brazos, muy relajado—. ¿Cómo lograste todo el poderío económico del que dispones?

—Magia. Destino, si lo quieres llamar así. —Se encoge de hombros —. En una librería, encontré por casualidad un libro sobre el culto a los dioses. Me llamó la atención. Y lo leí. Y de todos, me quedé fascinado con Bacus. El libro hablaba de un poder y unos sellos para invocarlo. Pero yo no hice nada de eso, dado que no tengo conocimiento sobre brujería.

—Yo te puedo enseñar —sugiere el Demogorgon con el tono más cómico que le he oído hasta ahora.

—No —le dice él—. Eso no se enseña. Se lleva en la sangre, maestro. Por eso, Demogorgon solo hay uno, señor.

Al brujo le agrada tanto su respuesta que sonríe y brinda por él alzando su copa. Adonis sabe cómo alimentar los egos con las palabras.

—Recuerdo —continúa Adonis— que abrí una botella del mejor vino que tenía y salí al campo que rodeaba mi casa para alzarla a la luna. Entonces pedí que si de verdad Bacus existía, me ayudase a invertir el dinero en algo productivo. Y si lo hacía, yo sería sangre de su sangre. Vertí la botella de vino sobre la tierra a mis pies. Me acosté

y esa noche tuve un sueño. Un hombre con cuernos y hojas de parra me decía dónde debía invertir mi dinero. Al día siguiente, destiné todo el dinero que tenía en un activo que ni siquiera valía un euro, pero que prometía ser el futuro. No tuve que esperar mucho para convertirme en billonario. Me enriquecí por la recomendación que me hizo Bacus.

¡Menudo contador de historias está hecho Adonis! Los tiene a todos en el bolsillo y lo mejor es que es más que evidente que absolutamente todos le creen.

Estoy fascinada con su poder de convicción.

—Me he preparado mucho tiempo para presentarme a la Corte porque sé que aquí no entra cualquiera y porque creo que, para pertenecer a ella, debes estar muy bien informado y tener tus objetivos muy claros. Drugia ha sido un hueso duro de roer porque en ella tenéis a una gran guardiana del conocimiento de la Corte —la adula para hacerla sentir bien—. Debo agradecerte, Drugia, que me hayas permitido formar parte de esto.

—Te lo has ganado. —Se encoge de hombros—. Además, compraste el cuadro de *El hijo del Demonio* con solo un pestañeo. —Se oyen risitas divertidas—. Después, ya no te podía decir que no; eso ya te ponía en la rampa de salida para estar aquí. Y me alegra saber que no me equivoqué contigo, Adonis. Al menos —me lanza una mirada llena de reproche— no respecto a lo económico y a tu capacidad para abrir mercado.

Aguanto el peloteo unos segundos más hasta que Adonis por fin se sienta y Daisha propone una votación abierta.

—¿Están de acuerdo todos los reyes en exportar la Influenza en el mercado negro y el sector privado? El software está más que listo y lo podréis comprobar en la Floralia. Si creéis que sí, levantad la mano.

Hay unanimidad total en la votación. Daisha se da la vuelta satisfecho y manda a cubrir de nuevo la espléndida máquina desde la que se ejecuta el software de control mental. Los dos hombres se la llevan de la sala para dejarla, probablemente, en la sala que tendrá reservada solo para ella. Escondida.

Lo que no sabe es que durante todo el tiempo que el ordenador ha

estado ahí, Adonis ha copiado su disco duro o, al menos, eso espero.

Después del postre, nos hemos levantado de la mesa para tomar la última copa de la noche en el jardín y hacer una sobremesa nocturna en el exterior.

Adonis se ha sentado en un sillón de mimbre y me ha pedido que me acomode sobre su pierna. Obviamente, le obedezco porque es mi vir.

Nos han servido una especie de orujo de hierbas cuyo olor me ha recordado mucho al líquido con el que me rociaron en la Liberalia, como un hidromiel.

Es dulce, pero también es muy fuerte, así que procuro beberlo a sorbitos.

Los reyes, los siete, no nos quitan ojo de encima. Les gusta vernos interactuar, nos estudian, nos analizan… Somos la nueva pareja, la atracción.

El Demogorgon hace lo mismo, pero con más discreción, como si fuera un zorro, y ya sabemos que los zorros tienen la mala reputación de los socaliñeros y trampeadores.

De todos, el brujo es el que más interés me despierta.

Es evidente que es la mano derecha del Rey Bael. Y aunque este tiene poder, ya asumí que no mueve un dedo sin la aprobación mágica de su fascinador. De algún modo, es como si, en realidad, él fuera el verdadero rey del tablero, aunque al final se doblegue a la voluntad de Bael.

Mientras pruebo con delicadeza el brebaje de hierbas, Drugia se planta frente a nosotros y me sonríe desde su posición más alta.

—Señorita Parisi, ¿me presta un momento a su vir? Creo que tenemos cosas que aclarar.

Yo le devuelvo la sonrisa muy fingida, pero sé cómo debo actuar. Adonis ya me había advertido sobre ello. Me levanto lentamente y me hago a un lado.

—Mientras me lo devuelvas después —replico dedicándole una sonrisa de oreja a oreja.

Ella se envara y entreabre los labios como si quisiera decirme algo. Aunque se lo piensa mejor y se calla.

—Claro que sí, Drugia. Demos un paseo por los jardines. —Adonis me da un beso en la mejilla y se aleja con ella.

La propiedad de Daisha goza de un jardín extenso con caminitos y recovecos que inspirarían cualquier novela de regencia.

No sabía que aún existían fincas de este tipo.

En ese momento, el Demogorgon me señala sentado en una butaca de dos plazas que disfruta él solo, mientras sujeta su báculo, que es una extensión más de sí mismo. Curva el dedo índice y me pide que vaya hacia él.

Su cara es la de un depredador. Mira de ese modo tenebroso, inclinando la cabeza hacia abajo, con lo que se le ve el blanco de los ojos desde el párpado inferior. Es una mirada típica de un psicópata, la mayoría la tiene. Cuando dibujo a mis personajes, a los más malos, suelo diseñarlos con ese tipo de expresión. Una vez, leí que a los actores se les pedía que bajasen la barbilla y mirasen al frente para conseguir ese tipo de *look* en los ojos.

A este le sale natural.

Me acerco a él y, con su mano, golpea el hueco en su butaca para que lo ocupe.

—Siéntate, jovencita.

Carraspeo y me aliso el vestido para tomar asiento. Miro a mi alrededor: Belial conversa con sus padres, Adonis se ha ido con Drugia, y Daisha me controla por el rabillo del ojo, pero no osa acercarse a mí. Entiendo que, si lo hiciera, interrumpiría al Demogorgon.

—Tenía ganas de hablar contigo sin tu vir cerca.

Me obligo a sonreír.

—Ahora es el momento, entonces.

Él mira mi copita de hierbas y me pide que se la dé.

—¿Puedo?

Siento asco al pensar que vaya a beber de ahí. Me da repugnancia. No obstante, al Demogorgon no se le dice que no.

Toma mi copita y en vez de dar un sorbo, se la lleva a la nariz,

cierra los ojos y la huele como si evocara imágenes o recuerdos… Acto seguido, la aparta para mirar en su interior el poso de la copa mientras la mueve haciendo círculos.

—Parisi, ¿eh?

—Sí.

—Es un apellido romano. Antiguo —asume—. Deriva del topónimo de París, lo que hace entrever que tiene algún tipo de vínculo con Francia. O tal vez proceda de la población gala de los parisios…

—Me fascina lo mucho que sabe, Demogorgon. Pero nunca estudié la genealogía heráldica de mi apellido. —Además, pienso: «Ni te acercas a la verdad».

Él sonríe y de inmediato vuelve a ponerse serio. Ese es otro gesto, otro comportamiento de una persona que no es de fiar, cuando las sonrisas no son verdaderas.

Sé que Adonis adjuntó mi información con mi historial y mi currículum, y todos eran datos falsos para que no pudieran rastrearme ni perseguir a mi familia y tampoco descubrir que tenía una hija. No es algo que nadie sepa a nivel profesional, solo los allegados, y en mis redes jamás subí nada de Venus. John y Nico tuvieron que hackear momentáneamente las bases de datos de la Seguridad Social para que mi información acabase modificada, hasta mi dirección.

—Siempre es bueno saber de dónde viene uno, ¿no crees? —añade.

—Sí, sobre todo para saber hacia dónde va —contesto sin bajar la mirada.

Tiene un leve tic en los ojos oscuros que hace que se achiquen.

—Tienes habilidades de atleta y un cuerpo muy hermoso y esbelto. Todos mencionaron que corrías como una gacela y que era imposible seguirte el ritmo. ¿Te gusta correr?

Esta pregunta tiene gato encerrado. No sé en qué está pensando ni qué ve su sexto sentido, pero empieza a inquietarme.

—Solo cuando me persiguen.

Él parpadea una vez. Me choca lo quieto que está, como un animal que en cualquier momento saltará sobre su presa. Y entonces, suelta una carcajada que llama la atención de todos. Este hombre no debe reír a menudo.

—Por supuesto, querida. ¿Qué sentido tendría correr sin que te persigan?

Él vuelve a mirar el poso. Está frustrado, busca algo que no logra encontrar.

—Me han dicho que te gusta dibujar héroes. ¿Crees en ellos? —Me mira de refilón, con los ojos castaños concentrados en mi respuesta—. ¿Crees que la humanidad necesita héroes?

—La humanidad no reconocería a un héroe ni aunque lo tuviese delante. Solo sabe lo que le dicen que tiene que aprender a necesitar y a desear. Sabe a lo que tiene que temer y odiar. Si surgiera un héroe, segundos después, tendría detractores. La humanidad lo crucificaría.

A él le gusta mi respuesta.

—Así es. Por eso me gusta el mundo que ofrece Bacus. Porque él te dice que no hay grises. O blancos o negros, en todo caso. Él te dice: si estás conmigo, yo te ayudaré a que consigas lo que quieras. Y no hay más. ¿No piensas igual, señorita Parisi?

—No lo habría dicho mejor, Demogorgon.

Me devuelve la copita sin mucho éxito. Sé que no ha obtenido lo que quería, fuera lo que fuese.

—¿Habías visto morir a alguien alguna vez?

Trago saliva con disimulo y presiono la mandíbula.

—He visto muertos. Pero nunca vi cómo le quitaban la vida a nadie —calculo bien la pausa—, hasta hoy. —No voy a permitir que este hombre me vea intimidada.

—Ellos no están muertos —dice sin más.

—¿Cómo dice?

—No mueren. —Mira la punta de sus pies, cubiertos por esas sandalias de tiras romanas que casi siempre suele llevar—. Cada vida que sacrifico es un regalo, es un honor. Yo las absorbo. Viven en mí. Son eternos.

Solo un megalómano creería que él es la puerta de la eternidad.

—No estoy aquí para juzgar nada. Estoy aquí por Bacus. Por nadie más.

Él asiente y mira a su alrededor.

—Todos lo estamos. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—El colgante que llevas. Te lo vi en Titus y me llamó la atención. Es… muy antiguo —asevera mirándolo con cautela—. ¿Una reliquia familiar, tal vez?

No. No me gusta nada su interrogatorio. Quiere descifrarme y descubrirme. No puedo decirle que me lo dio mi abuela porque no me interesa que relacione mi familia con nada que tenga que ver con talismanes de protección romanos contra el demonio y su séquito, contra el fascinador.

—¿Esto? —Lo toco sin darle mucha importancia—. Me lo regaló mi mejor amiga. Es arqueóloga. Trabaja en el museo y ha encontrado muchos de este tipo.

—En el museo, ¿eh? Interesante… Es un amuleto romano original de bronce. Tiene una utilidad particular, ¿sabes?

—Me da suerte —finjo haciéndome la tonta.

—¿Suerte? —Arquea sus cejas poco pobladas—. Bueno, para muchos es una suerte ahuyentar al Diablo…, pero para otros, atraerlo es un orgullo. ¿No opinas lo mismo?

—Puede ser.

—Es un auyentamales. Un objeto muy curioso, señorita Parisi. Espero que haga su función contigo.

—Yo también —me rio nerviosa, removiéndome inquieta—. Señor, le ruego que me disculpe —pido educadamente—, debo ir al servicio.

—El orujo es muy fuerte —reconoce.

—Sí, debe serlo —contesto con incomodidad.

Él asiente como un caballero y me deja libre sin esconder su actitud taimada.

Me ha hecho el tercer grado. Tengo la sensación de que saca información de cualquier detalle o cosa que haga o diga.

Me levanto de la butaca sin importarme si es un desplante dejar al Demogorgon, pero tengo que salir de aquí y volver a oxigenarme.

Avanzo entre los reyes con un gesto de disculpa y entro en la casa para buscar el servicio.

Necesito un momento de tranquilidad.

XI

No es sencillo sostener la mirada a un hombre sin alma que acaba de sacrificar a una mujer ante mis ojos.

Es muy duro estar frente a él y no decir ni hacer todo lo que una piensa. Posiblemente, otros huirían por miedo. Yo he aprendido que huir no sirve de nada: mejor enfrentarlo y acabar con todo.

Pero no puedo hacerlo, porque nuestro juego debe llegar al final, aunque cada vez estoy más segura de que la Corte estrecha el cerco y que todo lo que está sucediendo alrededor deben de estar investigándolo ya, por lo científico o por lo mágico.

La camarilla, Margarita, Angol… Llegará un momento en el que no crean que todo sea fruto de la mala suerte o la casualidad.

Pero Bacus solo les dice que van por el buen camino y eso es algo que no entiendo.

En el baño he recuperado un poco la calma. Necesitaba unos instantes mirándome al espejo para recordar quién soy y todo lo que estoy dispuesta a hacer por y para la causa.

Le he mentido a la cara al Demogorgon. Y si lee a las personas como yo lo hago, es posible que sepa que no le he dicho la verdad.

Ah, joder, me ha puesto los nervios de punta el maldito demonio.

Saco el móvil del bolsito de mano. Adonis lleva un rato con Drugia y no me ha dicho nada.

Por otro lado, tenemos un mensaje de Nico que confirma que el aparato de Adonis ha copiado el programa y el disco duro del OrionX.

Al menos, hemos conseguido lo que hemos venido a hacer. Ya tenemos el programa de manipulación mental en nuestras manos.

Guardo el móvil en el bolsito, reviso que mi *gloss* esté bien y salgo

del baño con mi humor y mi temperamento bajo control.

O eso creo hasta que me encuentro a Daisha esperándome afuera.

—Hola, señorita Parisi.

—Hola, Daisha. —No me apetece mucho estar con él ahora. De hecho, nunca me apetece.

—Adonis me ha pedido que te lleve donde están él y Drugia. Quieren hablarte de algo.

—¿Y cuándo te ha pedido eso?

—Se ha acercado al jardín mientras estabas en el baño. Llevas un buen rato ahí encerrada. Parece que nos tengas miedo.

—No me encontraba muy bien —vuelvo a mentir. Y ya van muchas veces esta noche.

—Ah…, bueno. Espero que te encuentres mejor. —Sonríe y veo la maldad tras sus ojos antes de que continúe hablando—: A Adonis se le veía un poco… agitado. —Sonríe malicioso.

Tenso los hombros al oír eso, pero no quiero creer en nada que no vean mis ojos.

—Está bien. Vamos.

—Sígueme —me dice caminando solo medio paso por delante de mí.

No me da tiempo a fijarme en nada que haya en los pasillos y salones de esta casa porque no me gusta tenerlo cerca y porque, desde hace un tiempo, he desarrollado como un sentido arácnido al peligro y me da la impresión de que no puedo fiarme de Daisha. Así que me dan igual sus figuras y sus obras de arte… Quiero llegar hasta Adonis, ver qué demonios está haciendo y por qué Daisha asegura que se siente agitado.

Entonces salimos al otro lado del jardín, donde hay una especie de casita de invitados aparte que se asemeja más a un estudio con mucha seguridad y cámaras alrededor. Una luz azulada destella y parpadea a través de los cristales. No parece que Adonis y Drugia estén ahí dentro, pero Daisha abre la puerta y dice mirando al interior: «Aquí te la traigo».

Cuando entro confiada, me doy cuenta de que en la sala no hay nada más allá de circuitos en las paredes con cables leds, cajas de

luces y, en el centro, el objeto estrella: la madre nodriza de la Influenza. El ordenador que tan orgullosamente ha enseñado en la cena y que han devuelto al lugar desde el que Daisha emite todas las órdenes.

Me doy la vuelta para pedirle explicaciones, pero cierra la puerta con llave y me encierra dentro con él.

—¿Qué crees que estás haciendo, Daisha? —pregunto colocándome detrás del ordenador tras bordearlo. Eso es una encerrona. Y es más que obvio que no quiere hacer nada bueno.

Sus ojos azules se achican para repasarme de arriba abajo. Apoya la espalda en la puerta y sonríe enseñando las encías.

—Señorita Parisi…, por fin te tengo a solas.

«Mantén la calma, Ares», me repito. La única salida posible de ese lugar es por la puerta, flanqueada por el mentiroso de Daisha.

—Daisha… —Intento aparentar sosiego—. Sí, está bien que estemos a solas. Siempre me he preguntado por qué elegiste ese nombre de demonio cuando no forma parte de los setenta y dos.

Él se pasa la lengua por las encías.

—Lo sabía. Sabía que habías pensado en mí varias veces… Daisha es un demonio que adora ser un siervo y un esclavo hasta que lo nombren rey. Soy vir, pero no caballero. Soy el eterno postulante a rey —dice con algo de disgusto.

Ahí veo un punto débil.

—¿Por qué no te han nombrado aún con todo lo que evidentemente aportas a la Corte? —Señalo el ordenador con admiración—. Es obvio que tus conocimientos son muy privilegiados. Tu cerebro debe ser muy valioso para ellos.

Él suspira y se cruza de brazos.

—Me gusta mucho que me adules. No debiste haber corrido tanto en la Liberalia. Si me hubieras dejado alcanzarte, ahora mismo serías mía y tendría a la joya del Sabbath.

—Eso es decir mucho, querido. No soy una joya. —Él se acerca a mí, pero yo intento guardar las distancias.

—Eres la deseada.

—Corrí porque era lo que debía hacer.

Él niega con la cabeza con reproche.

—Mira lo que has hecho. Nos has separado. No deberías haber huido de mí.

Oh, joder. Está como una puta cabra. Todos los vires, acostumbrados a tener el poder, tienen problemas con la aceptación del rechazo.

Intenta aproximarse y me dirige una sonrisa temblorosa e insegura.

—Pero aún se puede cambiar el destino. Aún podemos estar juntos. ¿Por qué huyes? —dice sin entender.

—Porque esto es inapropiado. Lo que pudo ser ya no importa, Daisha. Pensaba que mi vir no me iba a reclamar. Pero sí lo hizo. Esto está fuera de lugar.

—No lo está. —Corre detrás de mí para intentar alcanzarme—. Solo tienen que encontrarnos juntos para que el escándalo se dé.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Daisha, no hay interés en ti por mi parte —le dejo claro.

—¡Por supuesto que lo hay! —grita como un loco. Cuando se da cuenta de que está perdiendo los papeles, se obliga a tranquilizarse—. Todos lo vieron. —Se pasa las manos por el pelo rizado y canoso—. Drugia lo vio y me da la razón.

¡Esa arpía metemierda! Detrás de cada impulso homicida de un vir hacia mí, siempre está el consejo y el deseo de Drugia. Esa mujer quiere que muera.

—No va a pasar nada entre nosotros —le confirmo—. Estoy con Adonis. Él es mi vir.

—No lo será cuando vea lo que te voy a hacer. Le diré que has sido tú quien me ha calentado. —Se acerca a mí con aire amenazador y yo me aparto lo que puedo.

—Abre la puerta y deja que me vaya. No me puedes encerrar aquí. —Si lucho contra Daisha y le hago daño, llamará mucho la atención que una virtuosa sepa krav magá. Levantará sospechas.

—Sí puedo. Esta es mi casa.

—Percibo celos hacia Adonis cuando es evidente que os va a dar músculo económico.

—Adonis ha sido nombrado rey, aunque no forme parte aún del

consejo porque Drugia está encaprichada de él y se lo folla, como ahora. ¿O crees que están jugando a las casitas? —La insinuación me duele, pero no me la creo. No me la voy a creer—. Yo me encapricho de ti y Adonis se mete en medio y te reclama como el perro del hortelano, cuando desde el principio no mostró interés en ti. Y ahora ese tipo también ha metido el hocico en mi proyecto. Está claro que tiene fijación conmigo y me envidia. Pero llevo mucho en la Corte y no me va a quitar protagonismo. Es una mala idea enfrentarse a mí. Si le robo la virtuosa a Adonis, la Corte me verá de otra manera porque ahora todos te adoran. Eres el nuevo juguete de los reyes.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? ¿Porque encendí un fuego?

Mi propuesta le divierte y lo deja muy sorprendido, con los ojos bien abiertos y las cejas arqueadas.

—¿Cómo que por qué? —Se echa a reír—. ¿Es que acaso no lo sabes? —Cuando se da cuenta que no sé de lo que me habla, se jacta mucho más de ello—. ¡¿Señorita Parisi, no sabes el motivo único por el que se creó la Corte!? No, claro que no, es algo que saben muy pocos, los más antiguos.

—La Mano Dura.

—La Mano Dura, sí, señorita. Para saberlo, deberías haber estado en las reuniones privadas de iniciación anteriores. Y Adonis también. Es una leyenda, un eco que se lee entre líneas más allá de los objetivos de sembrar la tierra, recolectar el vino y orar a Bacus. Más allá de todo ello, hay un objetivo. Por eso eres preciada para mí. Porque podrías cambiar mi situación. Podrías ser mía y tú serías la llave para entrar en la Corte como rey —dice moviéndose tan rápido que acaba sorprendiéndome y alcanzándome.

Daisha me agarra del pelo, me atrae hacia él y, acto seguido, al intentar manosearme, rompe un par de tiras de mi vestido por la parte de arriba. Lo hace con tanta brusquedad que me araña la piel.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame! —le exijo entre dientes—. ¡Me has hecho daño!

—No. Diremos que nos hemos dejado llevar por la pasión… —Se está burlando. Entonces, saca una jeringa del bolsillo del pantalón y me la enseña—. ¿Sabes qué es esto?

Me lo imagino y me aterra pensar que sea capaz de pincharme con eso.

—Daisha, déjame en paz. Deja que me vaya y no te haré daño.

Él suelta una carcajada.

—¿Hacerme daño? ¿Tú a mí? Soy mucho más fuerte que tú. —Me pone la jeringa en la cara—. Esto es Influenza. Voy a inocularte ahora mismo. Y pronto estarás a mis órdenes. Después, te drogaré y no recordarás nada de lo que haya tenido lugar aquí. La droga hace efecto casi de inmediato. Pero para entonces, yo ya te habré poseído. —Escuchar a alguien admitir eso me remueve las entrañas—. Y nadie lo sabrá. En unos días, podré manipularte mentalmente para que rechaces a ese presuntuoso de Adonis y vayas conmigo en la Floralia y el esperadísimo Backheia y seas mi mayor ofrenda.

Me quedo mirando la jeringa con desprecio. Daisha se cree que me está sujetando porque es fuerte, es un hombre, pesa mucho más que yo y, según sus creencias, yo soy delicada. Eso es lo que tiene él en mente, que estoy bajo su poder, sometida por su fuerza, cuando ni siquiera me he resistido para intentar liberarme.

—Como me vas a pinchar y no recordaré nada de lo que me has hecho, ¿puedo preguntarte algo? —digo para obtener más datos.

—Te concedo eso antes de bajarte las bragas virtuosamente. Sabía que no te ibas a revelar contra lo nuestro.

—Drugia lo sabe, ¿verdad? Conoce tu plan.

—¿Quién crees que lo ideó? Tiene tantas ganas de quitarte de en medio como yo de apartar a Adonis. Pero ella no puede hacerlo, y más sabiendo lo importante que eres ahora para el Backheia. Sin embargo, su idea era otra. Ella quiere que nos cacen, que nos vean juntos, para que Adonis contemple cómo te dejas someter por mí y que se le quite la idea de seguir siendo tu vir. Ella dice que lo conoce y que no aceptaría un duelo por una puta.

—Entonces la estás traicionando. Si no la obedeces, estás traicionando a Drugia.

—Solo miro por el bien del Rey. Pero no me hubiera importado un duelo. Si al final lo acepta, mejor —reconoce con mucha seguridad—. Porque en él, Adonis no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

Esas palabras retumban en mi interior y aunque ya intuyo por qué Daisha ha originado toda esta trama junto a Drugia, no llego a esa conclusión en este momento porque la punta de la jeringa está a punto de clavarse en mi cuello.

Tengo su cara muy cerca y debo moverme muy rápido.

Con las palmas abiertas le doy un golpe tenso en el pecho que logra apartarlo de mí.

Daisha abre la boca y me insulta. Se dirige de nuevo a mí para agredirme.

—Caramba…, eres fuerte…

—No te acerques —le advierto.

—¿Qué estás haciendo, puta? ¡No te resistas! Aún queda mucho para que lleguen Drugia y Adonis. Ella sabe que me tomaré mi tiempo, esto es inevitable. ¡Ven aquí!

Pero yo ni siquiera le escucho, solo visualizo el punto exacto en el que le voy a golpear. Mi mano sale disparada, tensa y rápida, e impacta en el nervio trigémino, que desconecta el cerebro cuando la mandíbula sufre un desplazamiento al descolocarse de su sitio.

La jeringa con Influenza sale volando y Daisha impacta contra su ordenador, al que se le encienden unas lucecitas que antes no estaban.

Pero me da igual, supongo que ese pedazo de máquina también será inmune a los golpes. Nosotros ya tenemos lo que queríamos, y ahora tengo más información sobre nuestros enemigos, que es lo importante.

Daisha está inconsciente. Pero volverá en sí en unos minutos. Así que me doy prisa, me acuclillo en el suelo y, mientras me agarro la parte superior del vestido que él me ha roto, le cojo las llaves para salir del estudio.

Y justo cuando abro la puerta con la llave, me encuentro al otro lado a Adonis con la cara descompuesta.

Drugia no lo acompaña, pero él ha venido corriendo como si supiera dónde estaba en todo momento.

Adonis me atrae a sus brazos y me sepulta entre ellos, mirando hacia el interior de la estancia. Yo respiro más tranquila, aunque aún tengo la adrenalina a flor de piel. Hundo mi rostro en su pecho y él

me sujeta más fuertemente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mirando el cuerpo inconsciente de Daisha.

—Daisha ha intentado… lo ha intentado todo. Pincharme, drogarme y violarme… Todo.

Todos los músculos de mi vir se tensan. Me toma por los hombros y me aparta para mirarme detenidamente. Advierte enseguida que las tiras de mi vestido están rotas y vislumbra las marcas de las uñas del demonio.

—Hijo de puta… —gruñe queriendo entrar para rematarlo.

—No, no… Adonis. —Lo detengo para hacerlo entrar en razón—. Escucha. —No veo a Drugia por ningún lado—. ¿Dónde está ella?

—La he dejado en la otra punta de la casa. La mayoría ya se va. Solo quedamos nosotros. Bael y el Demogorgon querían hablar con ella antes de irse y me ha pedido que la acompañase, pero al no encontrarte, he fingido que iba al servicio un momento y entonces he recibido un mensaje de Nico diciendo que tu localizador se había movido y que tú cámara indicaba que estabas en problemas. He venido corriendo hasta aquí guiado por él.

—Debería haberte acompañado ella. Ese era el plan que tenía en mente —le explico.

—¿El plan? ¿Qué plan?

—Adonis, hay un plan para nosotros… Este lugar está lleno de cámaras y el interior también. Deberíamos irnos, pero Nico debería borrar todo lo que hayan captado.

—Nico, ¿lo oyes? —pregunta Adonis por el comunicador—. Sí, eso es… Guarda lo que han grabado las cámaras de dentro y de fuera del estudio y borra las imágenes de su disco duro para que no puedan acceder a esto.

—Y debemos dejar a Daisha aquí. No tardará en despertarse. Él quería hacerles creer a todos que habíamos tenido algo… porque quería que fuera su virtuosa y que tú me dejaras. Pero ellos no tienen ni idea de cuál es nuestra relación y… —Tomo aire y sacudo la cabeza —. Es un jodido retorcido. Y la peor es Drugia. Ella lo ha planeado todo. Pero…, no hablemos aquí. —Miro a mi alrededor desconfiada—.

Quiero irme.

Él sopesa la situación. Sé que quiere darle su merecido a Daisha.

—Voy a pedir un duelo.

—No…, no —le prohíbo tomándolo del brazo—. Es justo lo que Daisha quiere. No nos interesa. Ni a ti ni a mí. Traman algo, Adonis, y hay demonios que nos tienen enfilados. Daisha me ha asegurado que en un duelo no tendrías posibilidad alguna y ha dejado entrever que lo amañarían.

—¿Cómo se ha ido tanto de la lengua?

—Porque quería inocularme la Influenza. Se pensaba que no iba a recordar nada de lo que me iba a decir.

El rictus de Adonis se torna de hielo y rastrea el suelo del interior del estudio hasta encontrar la jeringa.

Me deja sola un momento, veo cómo entra en el estudio y pincha en el cuello a Daisha para inyectarle la Influenza.

—Adonis, ¿qué…?

Acto seguido, sale y se dirige a la fuente que hay en el caminito de entrada. Rellena la jeringa con el agua y vuelve a dejarla en el suelo, donde la ha encontrado.

—¿Por qué has…?

—Tranquila, esto es lo mejor.

—No les interesa que estemos juntos —prosigo—. Ahora te lo contaré bien, pero vámonos. Si salimos de aquí, no pueden verme así con el vestido roto o Drugia, que estaba al tanto de todo lo que Daisha me iba a hacer, aprovechará para señalarme y contar la historia que quería. Quiere hacerles creer que te soy infiel y que me he acostado con Daisha voluntariamente. Si desaparecemos, les jodemos el plan.

Él asiente, concentrado en mis palabras. Está furioso, pero le puede más su preocupación por mí. Me toma del rostro, une su frente a la mía y dice:

—Está bien. Ahora me lo cuentas todo. Nico —vuelve a tocarse el oído—, guíanos para que no nos encontremos a nadie y haz que salgamos de aquí sin que nos vean. No queremos dar explicaciones.

Exhalo, agradecida porque me haya escuchado y hecho caso.

Adonis toma mi mano, cierra la puerta del estudio y, acto seguido,

cruzamos el jardín como si fuéramos ladrones.

A riesgo de parecer maleducados, preferimos parecer inocentes. Daisha no tendrá modo gráfico de demostrar su teoría y no podrá involucrarme.

Si no hay vídeos, no pasó.

Una vez en el interior del coche, Adonis exige saber todo lo que ha sucedido ahí dentro, cada detalle.

Él me cuida, me revisa mientras escucha mis palabras con suma atención, pero quiere asegurarse de que no me haya hecho nada más. Aún tengo en la retina el momento en el que ha decidido clavarle la jeringa a Daisha. Él piensa rápido en estos casos. Daisha ni siquiera le echará cuentas, sobre todo después de rellenarla con el agua de la fuente exterior. Creerá que no se ha utilizado y no se preocupará. Pero lo que no sabe es que, ahora mismo, es un inoculado más y tenemos grabado el número de serie. Asociará el dolor de cuello que sentirá al golpe, no a la inyección.

Después de contárselo todo paso a paso, Adonis me agarra por las axilas y me sienta sobre sus piernas.

—Te dije que no fueras sola con nadie a ningún sitio.

Frunzo el ceño con disgusto.

—¿Me estás riñendo?

—Joder, sí, Ares. Tienes que hacerme caso. Parece que siempre aprovechas la primera oportunidad que se te presenta para desobedecerme.

—Daisha me había convencido y me dijo que tú me esperabas. Pensaba que iba a encontrarte con Drugia. ¡No ha sido a propósito!

Él refunfuña algo en voz muy baja hasta que yo lo tomo de la barbilla y le obligo a alzar sus ojos amarillos.

—Adonis, no sé si lo sabes, pero Drugia y Daisha van a hacer lo posible por eliminarnos. ¿Eres consciente de eso? Y que nos la van a jugar a la que le demos esa posibilidad.

—Soy consciente de muchas cosas, Ares. Entiendo que si le hubiera desafiado en un duelo, que es lo que me hubiera gustado, él me habría matado, porque me temo que… que estaría compinchado con el resto de los reyes de la Corte.

—Si eso es así, querría decir que la Corte vería con buenos ojos eliminarte, ¿no?

—Sí.

—Pues no lo entiendo, cuando puedes ser un activo de valor para ellos. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué se están comportando así?

—He rechazado a Drugia y he demostrado que sí hay un interés real en ti, con lo que no estaré de acuerdo con según qué procedimientos ni qué juegos que te involucren. Si no me importases, daría igual porque no te protegería. Pero ahora saben que sí tienes mi protección. Las tornas han cambiado y lo que más quieren de todo lo que tengo resulta que eres tú —dice disgustado y con pesar—. Daisha cree que contigo a su lado sería rey, por eso eres su mayor ofrenda. Esta se les da a los dioses o a aquellos que quieren contentar. Daisha te quería para entregarte a Bacus. Y por eso Drugia no puede eliminarte como quiere, porque estaría yendo en contra de la voluntad de la Corte, de sus intereses. Pero ha intentado separarnos, igualmente. Solo que no le ha salido bien la jugada porque Daisha es igual de egoísta que ella. Se comen entre ellos.

—Pero ¿cómo pensaba entregarme Daisha a Bacus?

—Si fueras de su propiedad, podría hacer contigo lo que quisiera. Y si fueras una virtuosa real, también accederías a cualquier cosa, ¿comprendes?

—Ya, pero supongamos que Daisha me hubiese conseguido. ¿Cómo iba a ofrecerme a Bacus? Es un mito.

—A través del individuo más cercano al dios, el que tiene contacto directo con el mito. No el brujo, sino el que lidera la Corte y es representante de Bacus en la tierra, como la Iglesia lo es de Dios.

—El Rey —digo a la vez que él—. Bael… ¿Crees que ese podría ser su plan?

—Podría serlo, sí.

—Pero no lo comprendo… Daisha dijo que ahora todos me querían y que soy el motivo principal por el que la Corte existe, que no se trata de viñedos ni vino ni sacrificios. Según él, el Sabbath se hizo para encontrarme a mí, a alguien como yo —digo con voz temblorosa—. Una entusiasta real para el Backheia, el día en que todo se cumple.

Pero que esa información es algo que solo conoce la Mano Dura, como si fuera una leyenda. ¿Tú sabes de qué se trata?

Adonis no está contento con esto.

—Drugia me introdujo en la historia de la Corte a nivel de datos y protocolos. El Demogorgon nos habló de la historia pasada, de Salomón y de las tropas romanas, los sellos y lo que hicieron con el vino y el supuesto favor de Bacus… Pero no sé más. Si hay un móvil real y tiene que ver con una mujer, es algo que aún desconozco, porque ya sabes cómo trata la Corte a las mujeres y a sus virtuosas. Sin embargo, es evidente que te quieren, Ares. No sé por qué o para qué, pero hay algo en ti que anhelan y eso que aún no saben que desciendes de vestales.

—El Demogorgon intenta descubrirme —señalo muy seria—. Va detrás de mí, pero aún no me ha visto. Hoy, hablando conmigo, me dio la impresión de que intentaba desenmascararme.

—Es un riesgo que corremos al infiltrarnos así. Tener a Daisha y a Drugia maniobrando a nuestras espaldas no es un buen plan tampoco. Pero la persecución lo hace todo más divertido —reconoce medio sonriendo. Apoya su barbilla en mi hombro y se fija en las marcas de mi cuello—. Esos abusones hijos de puta… Les encanta atacar a las mujeres. ¿Te ha tocado? ¿Te ha hecho algo más?

Lo miro de hito en hito mientras sus manos recorren mi cuerpo en busca de algún otro golpe. Me toca con cuidado, levantando el vestido suavemente por encima de mis piernas. Sonríe maléficamente.

—¿Qué es lo que te parece divertido? Porque yo tengo los nervios de punta.

—Esta misma noche, Nico va a ponerse en marcha con el software. Tendremos a Daisha en nuestras manos, lo podremos manipular como si fuera una marioneta. Vamos a probar la Influenza en él, y te prometo que a partir de mañana, todo va a cambiar. Vamos a dejar de dar palos de ciego. Estoy a un paso de desenmascararlos a todos, de encontrar lo que quiero, pero aún debemos tener paciencia, esperar un poco más a la Floralia.

—¿Y asistir a las Lupercales sabiendo que Drugia y Daisha quieren jodernos?

—Asistir, asumir nuestro papel y teniendo al toro por los cuernos. Porque ahora ya sabemos qué quieren. Pero ellos aún no saben qué queremos nosotros.

—¿Y por qué les intereso tanto? —pregunto. No quiero ser para nada objeto de deseo de la Corte.

—*Bambina…,* lo descubriremos. —Adonis posa su mano en mi mejilla y me transmite tanta confianza que no podría dudar de él ni aunque me drogasen.

—Odio estar en manos de esa gentuza, Adonis —resoplo frustrada —. Odio que me miren y se crean que somos de ellos. Odio muchas cosas de su mundo y su Corte de mitómanos paranoicos. Odio a Drugia —sentencio mirándole de frente.

Adonis sube la ventanilla para que Nico no pueda ver nada de los que hacemos detrás.

—¿Pensaste que volvía a tener sexo con ella? —Me mira comprensivo.

—No, pero pensé que ella haría por tenerlo y la sola idea de esa serpiente molestándote me disgusta. —Exhalo y me muerdo el labio inferior—. Quiero que todo esto acabe ya.

Él piensa exactamente igual que yo. Posa sus labios sobre mi hombro y cierra los ojos consternado. Ambos sabemos que no acabará hasta que encuentre a los culpables de haber destrozado a su familia y de casi haberlo roto a él.

—Quiero justo lo mismo. Confía en mí. A partir de mañana empiezo a prepararles la pira crematoria a todos estos cabrones. —Sus dientes muerden mi clavícula con levedad y después la besan.

Se me pone toda la piel de gallina.

—Pero cuando todo esto acabe echaré de menos algo —dice ascendiendo sus manos hasta cubrirme los pechos.

—¿Qué?

—Echaré de menos cómo repartes mamporros y dejas a tus agresores inconscientes. Nada me gusta más que verte así de empoderada, Ares… Me pones muy cachondo.

Yo me muerdo el labio inferior porque no sé cómo contestar a eso, y menos cuando siento que sus manos se cuelan bajo mis braguitas y

empiezan a tocarme.

—Adonis, estamos en el coche. —Suelto un suspiro.

—Un lugar tan bueno como cualquier otro. —Adonis me levanta y hace que clave las rodillas a cada lado de sus caderas y me abra completamente para él.

Me quita las braguitas o, mejor dicho, las rompe. Yo lo regaño y él se echa a reír.

—¿Qué eres? ¿Cavernícola?

—No…, peor —gruñe lamiendo mi cuello. Me hace estremecer—. Soy un demonio.

—Pero…

—Ares. —Me baja las tiras del vestido que aún están en pie con una mano, y mis pechos se liberan de la tela—. Joder…, necesito esto… Ven. —Abre la boca, hambriento, y empieza a torturarme los pezones. Me vuelve loca. Su boca es húmeda, sus dientes saben cuándo morder y su lengua, cuándo lamer, y mientras me hace eso, dos de sus dedos se cuelan en mi interior, estirándome para dilatarme.

—Ah…, maldito. —Le agarro la cabeza.

—Muévete. Monta mi mano, *piccola*…

Mis caderas, que son autómatas, empiezan a agitarse con un vaivén sensual.

Él apoya la espalda en el respaldo y me observa con sus ojos amarillos entornados. Está muy erecto. Y quiero bajarle los pantalones.

Me sorprendo cuando permite que mis dedos avancen para desabrocharle el pantalón. Nunca le he tocado. Hay cosas que aún no he hecho con Adonis y quiero hacer.

Vuelco la mano en sus calzoncillos negros y extraigo su miembro grande y pesado, con sus venitas ya inflamadas y preparado para explotar.

Sus dedos están en mi interior, ejerciendo presión y avanzando todo lo que pueden. Y justo cuando quiero empezar a masajear su miembro, a masturbarlo, retira sus dedos de dentro de mí, me levanta y se embadurna el miembro con mi humedad para poder deslizarse mejor en mi interior.

—Me quiero meter dentro de ti. No puedo esperar.

Me penetra poco a poco, pero sin demora.

—Adonis… —Me agarro a la parte trasera del asiento y lo beso en los labios—. Espera un…

Él me sujeta las nalgas y me baja el culo de golpe para empalarme por completo.

Dejo ir un gemido y clavo las uñas en la tapicería.

—Cada vez es mejor, *diavola*…

Sí, lo sé. Mi cuerpo se va acostumbrando a él, a sus acometidas, a su posesión. Y es maravilloso, pero no deja de sobrecogerme.

—No hay que esperar —me dice al oído—. No puedo. Desde que he salido de ahí, quiero estar aquí. —Me da una estocada tan profunda que se me saltan las lágrimas. No me duele, no me hace daño, pero es intenso y abrumador. Él siempre me impresionará—. Aquí, dentro de ti. A mí tampoco me gusta cómo te miran todos esos cerdos, *bella*…

Adonis me acaricia los pechos desnudos y se mueve en mi interior como un émbolo. No varía el ritmo en ningún momento. Y ese es el ritmo y la profundidad que a mí me gusta. Porque lo siento a él, cada centímetro que me estira y me expande.

Me ofrece su boca y yo le beso.

Me encanta besarle. Adoro sus labios y el gusto de su lengua exigente y juguetona.

Y lo que más me gusta es darme cuenta de que estamos haciendo el amor en un coche, cara a cara, besándonos.

Con él esto era impensable antes.

Pero ahora no. Va progresando adecuadamente, dejando atrás reticencias y miedos, y eso me provoca una euforia y una alegría sin igual.

Me abraza tan fuerte que tengo la sensación de que me falta el aire, su beso se hace muy profundo, al igual que sus envites.

Y la combinación de esta posesión provoca que me deshaga entre las piernas y que llegue rápido al orgasmo.

Él me sigue segundos después y cuando acaba, me desplomo encima de él.

Me gusta su cara cuando se corre. Es placer, es lascivia, liberación y

pecado.

Adonis.

El coche ya ha aparcado hace rato en el castillo, en su aparcamiento, y Nico ha tenido la delicadeza de no molestarnos ni interrumpir nada, porque es un tío observador que sabe cuándo se caldea el ambiente.

Pienso que, en algún momento, debemos salir del pequeño habitáculo. Hemos empañado las ventanas y hace calor…

Adonis querrá que subamos a la habitación.

Pero en vez de eso nos quedamos en silencio, abrazados, y dejamos que el tiempo pase resguardados de todo y de todos, en el espacio atemporal pequeño y sexual que hemos creado con espontaneidad para nosotros.

Podría abrazar a este hombre toda la vida, sobre todo cuando está tan receptivo.

Es como un león que solo quiere mimos, y me deja sin palabras.

XII

Me duele todo el cuerpo. No por el sexo, sino por haber dormido casi toda la noche en el coche.

Creo que Adonis nunca ha hecho esto con ninguna mujer. Él es más de salas de juegos y puertas de Adriano, pero no de compartir momentos así, tan normales y mundanos como tener sexo en el asiento de atrás de un vehículo.

Cuando se durmió, lo contemplé disimuladamente, dado que estábamos de lado, uno frente al otro, tumbados, y él me sujetaba con un brazo para que no me escapara.

Parecía feliz. Tranquilo. Incluso satisfecho.

Así que he tomado la decisión de ser la chica de sus primeras veces. Este hombre ha estado viviendo bajo mucha presión, con la venganza y la planificación entre ceja y ceja, impedido cuando era pequeño, marcado desde su nacimiento y sintiéndose mal y culpable desde… desde siempre.

Si podemos, quiero ir al cine con él, que salgamos a bailar, que comamos palomitas y chuches mientras vemos una peli mala por la tele, tapaditos con una manta.

Quiero muchas cosas con él. Y creo que él no sabe que también las quiere. Nunca me he creído una persona presuntuosa, no lo soy, pero empiezo a conocer bastante bien a Adonis y es muy transparente en cuanto a sus expresiones, no así con sus palabras, eso le cuesta más, pero sus ojos hablan solos.

Y sé que se ha perdido muchas cosas.

Posiblemente, yo las haya compartido con las personas menos adecuadas, pero él no ha tenido la oportunidad de hacerlo, encerrado

en su propia cárcel.

Es algo en lo que he pensado mientras me levantaba de la cama, sola otra vez. A este ser le dan miedo los amaneceres y los buenos días. Tiene pánico a todo lo que tenga que ver con más intimidad, pero luego se deja hacer si sabes cómo inducirlo a ello. Porque, en el fondo, es algo que siempre ha querido para sí mismo.

Me he duchado, vestido y, mientras me arreglaba, he llamado a mi madre para hablar con ella y con Venus. Por ahora, en la Cerdaña todo bien y tranquilo. A la niña le encanta la montaña y, aunque sigue con unas decimillas, está disfrutando mucho de estar con su abuela.

Ahora ya estoy lista, con mi dosis de contacto familiar colmada y dispuesta a bajar para desayunar con él.

Pero cuando llego al salón, está de pie frente a la mesa, mirando fijamente la pantalla del móvil. Cuando me ve aparecer, su mirada es más que elocuente: tiene entre manos algo importante.

—Buenos días, señorita Parisi… —Me dedica una sonrisa baja y sexy.

—Vir —digo en tono jocoso.

Él, como suele hacer todo el tiempo, me hace un escaneo nada discreto y después se obliga a mirar de nuevo el teléfono.

—Tienes cara de tener algo gordo entre manos.

—Tengo varias cosas. Hoy puede ser un día muy productivo. Nico y yo hemos estado revisando el software y hemos hecho hallazgos muy interesantes. No es un programa difícil de manipular.

—¿Desde cuándo llevas despierto? —Yo aún tengo una sensación arenosa en los ojos y él casi ha vivido una vida ya.

—Hace tres horas.

—Vaya… No has dormido apenas.

—Tenía mucha energía. —Entorna la mirada—. Drugia me ha contactado y tenías razón. Ha hecho como que no sabe nada y que no pasó nada, y yo me he hecho el ignorante, como si tú no me hubieras contado lo que Daisha intentó hacerte. Se le notaba en la voz que fingía y que estaba bastante desconcertada.

—¿Y cuál va a ser el plan a seguir?

—Vamos a activar el circuito inoculado en Daisha. Se acopla a gran

velocidad. Hemos introducido el número de serie de la jeringa y nos ha dado su ubicación. Todos tienen un localizador en el código. Daisha es nuestro mejor caballo de Troya y lo vamos a utilizar.

—¿Y cómo? ¿Ya sabéis cómo transmitir esos pensamientos intrusivos para que cambie su comportamiento?

—Nico es un genio —me explica—. Pero el programa está ideado para que sea como un juego y realmente es muy intuitivo. Solo tienes que entender la corteza cerebral y qué recibe cada parte del cerebro. Sabiendo eso, puedes empezar a jugar. Pero no solo hemos descubierto a Daisha. El programa tiene un mapa de rastreo de todos los inoculados. Ahora mismo, tenemos datos y ubicaciones de todos ellos.

—¿De todos?

—Sí.

—Eso es muy bueno, ¿no?

—Sí. Empezamos a tener la sartén por el mango, señorita Parisi —dice satisfecho y se guarda el móvil en el bolsillo—. Dentro de poco tendré la ubicación de la bodega del vino Armonía. Y eso me llevará, es posible, hasta los asesinos de Alana.

—Eso… Todo esto que me has contado son buenísimas noticias, Adonis —celebro, sonriendo feliz—. Ya casi estrechamos el cerco.

—Casi —dice él con orgullo—. Acabo de cerrar una cita con el señor que realizaba la ruta de las barracas de viña en Badalona. Sigo pensando que es demasiado mayor y creo que está medio sordo… Pero nos espera en la montaña.

—Bueno…, promete ser divertido —me río—. ¿Cuándo vamos? —Tomo asiento, dispuesta a desayunar con calma y asimilar toda la información, pero entonces, Adonis me toma de la mano y me levanta.

—Ya.

—¿Ya? —Miro el desayuno con pena—. Pero si no he desayunado aún…

—Señorita Parisi. —Antón aparece por el salón con una bolsa de papel bien doblada y algo en su interior—. El señor Adonis me ha pedido que le prepare el desayuno para llevar. Aquí tiene un bocadillito, zumo, algo dulce y… —En la otra mano me ofrece el café

con leche—. Y su café.

Oh, eso sí que es un detalle. Miro a Adonis, reconozco que ha estado bien en eso.

—Vas aprendiendo, vir…

—No voy a dejarte sin desayunar —reconoce afable—. ¿Has hablado ya con la *diavoletta*? —Es ahí, en ese tono azucarado que adopta cuando habla de Venus, cuando me derrito sin más. No quiero hacerme ilusiones, pero creo que Adonis tiene ganas de verla por esa extraña conexión que han desarrollado.

—Sí, ya he hablado con ella.

—¿Y con la Diabla Mayor?

Suelto una risa, sorprendida.

—¿Mi madre?

—Esa es.

—También. También he hablado con ella.

—Perfecto. —Continúa con mi mano entre la suya y acaricia mi dorso con el pulgar. Ese gesto da a entender mucho. Que soy preciada para él y que me quiere cuidar—. ¿Estás lista? ¿Necesitas coger algo? —Evidentemente, está muy ansioso por salir.

—Sí. Necesito coger esto. —Doy un paso adelante, lo tomo del rostro y lo beso en la boca. Quiero que se acostumbre a mí. A la espontaneidad y a demostrar cariño porque sí, porque me apetece, más allá de los juegos sexuales o de la cama.

Él no suele hacerlo porque creo que siempre teme una represalia o que yo me arrepienta de lo que hemos hecho la noche anterior. Pero eso no va a pasar.

Adonis sonríe fugaz contra mi boca.

—Ejem…

Abro los ojos avergonzada y advierto que Antón sigue ahí, como una estatua, con mi desayuno en las manos.

—¡Ostras! Perdona, Antón. —Tomo mis alimentos y le dirijo una mirada llena de disculpa.

—No se preocupe. Adonis también me lo hace. —Mira con complicidad a su sobrino—. A veces cree que soy un mueble.

Adonis le da un golpecito cariñoso en el hombro, me quita las cosas

de las manos y me dice:

—Vamos. Tenemos una ruta de la viña que hacer.

Lo sigo entre la diversión y la expectación. Ojalá sea hoy el día que por fin demos con la prueba definitiva que nos conduzca tras el padre de Adonis.

Al Sabbath le quedan poco más que tres eventos espaciados en el tiempo y, aunque nos hemos acercado mucho y ya tenemos las pruebas de un montón de delitos y de quiénes están tras ellos, lo más importante aún se nos escapa.

Mi venganza personal se hizo realidad.

La de Adonis, aún no, y llevarla a cabo nos está exponiendo demasiado.

Antoni es un hombre mayor. Setenta y dos años, que se dicen pronto, aunque no se conserva nada mal porque el hombre tiene mucha resistencia para andar tantísimo por montaña y hacer esta ruta. Tiene un buen matojo de pelo blanco, es alto y delgado y camina por el monte con unas botas de montaña de hace muchos años y una camisa a cuadros blancos y negros tipo leñador, pero más fina.

Llevamos más de medio día con él, recorriendo los caminitos ocultos de la llamada ruta de las «barracas de viña», y se las conoce todas.

Hemos ido a El Cau, un restaurante de la zona, y allí, Adonis nos ha invitado a comer y hemos charlado con el guía de cómo era trabajar en los viñedos en sus tiempos. Al parecer, siempre le gustó la enología y la cultura vinícola. Se puede aprender mucho escuchando a la gente con experiencia. Porque Antoni no solo sabe de vino, viñedos y barracas. Sabe de setas, de caracoles y también de castañas. No sé si vamos a sacar nada en claro de este itinerario que estamos haciendo, pero al menos, entretenido y enriquecedor está siendo un rato. Aunque el trasfondo de esta experiencia es la Corte y la madre de Adonis, escuchar sus aventuras es como crear un oasis entre el día a día de los demonios y me va muy bien para desconectar.

Sin embargo, Adonis tiene entre ceja y ceja descubrir la barraca exacta donde estuvo apresada su madre. Y para él, no dar con lo que

quiere sería frustrante.

Pero a pesar de que estamos entrando en todas las que se conservan en buen estado y que aún se pueden ver, no hemos dado todavía con la que encajaría a la perfección con la historia de Evelina. Después de la comida en el restaurante, hemos seguido haciendo la ruta y ahora estamos tomando un tentempié, sentados en medio de un pequeño claro en una zona de senderismo de la sierra de la Marina que creo que pertenece a Tiana. Estamos justo en una zona llamada «el cementerio de los apestados». Soy badalonesa y en mi vida he estado aquí. No sabía ni que existía este lugar.

Antoni, que sabe de todo, nos lo explica mientras bebe de su bota de vino que le han rellenado en el mismo restaurante. Es un hombre hecho a la antigua usanza.

—En 1870 la peste asoló el barrio de la Barceloneta. Las familias pobres que sufrían la enfermedad se trasladaron a la Conreria. Según dicen, hay setenta y seis muertos bajo esta fosa.

—Qué historia más bonita… —Miro de reojo a Adonis, y él sonríe dándole la razón a mi comentario irónico.

—Antes, la gente iba por faena. A las personas que no servían y que enfermaban se las trataba como apestados. Por ese motivo la fosa tiene este nombre. —Abre la bota de vino y deja que un chorro fino y rojizo entre en su boca.

—Antoni —dice Adonis interrumpiéndolo—. ¿Hay más barracas que podamos visitar? ¿Está usted seguro de que las hemos visto todas?

Él se limpia la boca con el antebrazo de la camisa.

—Hemos visto todas las que se ubican y se ubicaban cerca de viñas reconocidas.

Frunzo el ceño y Adonis lo mira con más interés.

—¿Cerca de viñas reconocidas?

—Sí, bueno, de las que todos tenemos constancia más o menos. Ya sabe, de las que han salido vinos.

—Pero su respuesta implica que puede haber otras no tan reconocidas o que no hayan exportado vinos —sugiere Adonis.

—Bueno, no se cuenta como una viña dada de alta como tal, en realidad —comenta Antoni—. Había un viñedo que se trabajaba de

manera muy rudimentaria, pero que solo era de uso y gozo particular y que aún no exportaba. De hecho, fue allí donde mi hermano gemelo tuvo el accidente.

Adonis y yo nos miramos perplejos.

—¿Tenía un hermano gemelo?

—Sí. Trabajaba en los viñedos también.

—¿Y dice que tuvo un accidente? —insiste Adonis.

—Sí, mi hermano se encargaba de cuidar el terreno y a sus animales para el entonces patrón de la propiedad.

—¿Era una granja?

—No, pero tenía burros y gansos. A día de hoy, algunas viñas prefieren trabajar con estos animales para el cuidado de sus uvas.

—Sí, eso ya lo sabíamos —asegura Adonis.

—Ellos funcionaban así, pero como digo, tenía viñedo, aunque no lo oficializaron.

—Pero ¿dónde estaba?

—Un poco más al norte. Ahora ya no queda nada de ese lugar, excepto la casona. El propietario vendió la casa y se desentendió después del accidente de mi hermano. Quedó muy malherido, ¿sabe? —admite observando la bota de vino con tristeza—. ¿Por qué le interesa? ¿Quiere visitar ese lugar? En realidad, no es una viña histórica ni declarada. —Se encoge de hombros—. Y la barraca de vino es un agujero en el suelo que tiene muy difícil acceso, al menos para mí. Parece ser que la cubrieron y pasa desapercibida para todo el mundo.

Tengo la sensación de que estamos a punto de dar con lo que Adonis busca.

—¿Qué le sucedió a su hermano? —La expresión de Adonis es la de una persona que sabe y espera la respuesta pacientemente.

—Tuvo un incidente con un carro empujado por burros. Estaba cargado de material, lo aplastó contra la pared y le provocó lesiones medulares. Solo puede mover la cabeza y hablar.

¡Bingo! ¡Es ahí! ¡Ahí es donde debemos ir! Me siento muy emocionada por Adonis. Veo que tiene en los ojos ese brillo de alguien que ha dado con su piedra filosofal.

—Por favor, ¿nos puede llevar hasta esa finca?

Él asiente sin mucha ceremonia. Otro estaría cansado de andar, pero Antoni disfruta mucho de hablar, de la compañía y de un buen vino entre los pinos y los robles de la sierra.

—Sí, está por el Turó de Moià. Hay unas dos horas andando desde la Cartuja de Montalegre, que está aquí al lado, hasta esa zona. Vamos a desandar gran parte de lo que ya hemos cubierto. —Se levanta y se queja levemente de sus rodillas—. Pero el que paga, manda.

—Perfecto, vamos. ¿Estás bien, Ares? ¿Estás cansada? —me pregunta preocupado.

—Para nada. Vamos.

Adonis toma mi mano y decidimos seguir a Antoni bosque y ruta a través durante nueve kilómetros más.

Efectivamente, dan las dos horas que había vaticinado.

Hasta que llegamos a esa parte del Turó de Moià.

Una zona de montaña como cualquier otra en cuya parte más alta hay una antena repetidora de telefonía. Las casas de alrededor no son muy distintas de las que nos hemos encontrado por toda la sierra. Se nota que son viviendas de hace tiempo, excepto por algunas, que gozan de un diseño moderno y que han debido de construir en la actualidad.

Avanzamos siguiendo al guía por el sendero de tierra rodeado por una vegetación verde, y nos desviamos por un caminito a mano derecha que nos lleva a una propiedad privada.

—Es aquí. Estos son los terrenos que trabajaba mi hermano. —Señala el horizonte. A lo lejos se ve una masía rural de piedra cuya parte del terreno está delimitada por un murillo de piedra que llega a media altura—. Lo que era el viñedo, que no era muy grande, ocupa la mitad de la propiedad. Pero como pueden observar, han arrasado con esta tierra y han pavimentado parte de la superficie y puesto limoneros y perales en la otra mitad.

Adonis observa con atención y entrecierra sus ojos xánticos como si fuera un animal de caza. Que lo es, pero solo yo lo sé.

—La barraca de viña no está delimitada. La obviaron —explica Antoni. Su sabiduría en este tema me deja impresionada—. Creo que

al comprar la propiedad, los nuevos dueños desecharon la posibilidad de darle uso. Me temo que no sabían ni lo que era. Y es normal, porque muchos no tienen ni idea de cultura vinícola. De haber estado descubierta y haberla desenterrado, probablemente también formaría parte de la ruta, porque creo que era una barraca antigua que ya estaba construida incluso antes del propietario que estuvo cuando mi hermano trabajaba aquí.

—¿Dónde está la barraca? —quiere saber Adonis.

Antoni se da la vuelta y se introduce unos cincuenta metros bosque a través, bastante alejado de lo que es el terreno delimitado de la propiedad.

Es una zona algo más espesa y tenemos que levantar bien las piernas para no pincharnos con algunas zarzas.

—Cuidado, que se pueden arañar la piel.

Tarde. Ya me he hecho algún que otro rasguño en los brazos y en las piernas. Cosa que sé que no me interesa, porque mi cuerpo, para lo que queda de los juegos báquicos, no debería lucir marcas así.

—Tranquila. Tengo un bálsamo especial para eso —murmura Adonis con la mirada entornada y algo diabólica.

A saber lo que entiende él como bálsamo.

El agujero ante el que se detiene Antoni es, claramente, la entrada estrecha de una cueva no demasiado profunda. Las plantas han crecido en la superficie y la raíz de un árbol ha decidido hacer de fachada. Adonis ilumina el foso con la linterna del móvil, dado que en esta parte del cerro no da la luz por la espesura de los árboles.

—Yo no entro porque no estoy tan hábil como para arrastrarme como una culebra —apunta Antoni.

—No se preocupe. Entraré yo.

—Señor Antoni, ¿a cuánto queda la Murtra de aquí?

—¿El monasterio?

—Sí.

—A casi nueve kilómetros, pero hacia abajo. Ahora es fácil seguir la ruta y no es tan complicado. Décadas atrás, la distancia podía hacerse más larga. Hoy ya no, porque la superficie se ha hecho más accesible.

Adonis y yo pensamos lo mismo. Evelina escapó, pero tardó tres

días en encontrar refugio en la Murtra. En su estado no podía moverse demasiado y debía ocultarse del hombre que la quería presa, por eso se movía en horas nocturnas. Debió sufrir tanto…

Es más que posible que estemos ante la barraca de viña que la ocultó.

Adonis es el que decide reptar por el agujero ante la atenta mirada de Antoni.

—No sabía que tenía tanto interés… —murmura el guía, asombrado con la agilidad de mi vir para moverse—. ¿Qué es lo que busca? Se ha metido en todas las barracas…

Yo pongo cara de circunstancias y sonrió con una disculpa. No le puedo decir la verdad, pero tampoco voy a mentirle.

Al ver que pasan un par de minutos y no contesta, exclamo mirando hacia el agujero:

—Adonis…, ¿todo bien?

Destellan un par de flashes fotográficos en el interior.

Treinta segundos después, veo las manos de Adonis clavarse en la parte exterior del agujero como si fueran garras. Su cuerpo emerge de la oscuridad y se queda a cuatro patas en el suelo.

A mí no me hace falta que me confirme nada. Con la cara que pone y esa mirada deshecha entre fría y triste, ya sé que ha encontrado algo.

—¿Cómo está por dentro? —pregunta Antoni con interés—. ¿Hay algo que se pueda rescatar?

Adonis niega con la cabeza y se seca el leve sudor de la frente con el dorso de la mano.

—El lugar está vacío y huele a humedad —responde.

—Claro, apenas tiene ventilación —asume el guía.

Entonces, Adonis se acerca a mí y me muestra lo que ha fotografiado con el móvil. La prueba que tiene es más que concluyente.

En la pared de aglomerados de piedra, en la parte inferior, había escrita una palabra con algún objeto punzante que logró erosionar la superficie.

AIUTO.

En ese agujero, que antes fue una barraca, el antiguo patrón de esa propiedad encerró a la madre de Adonis mientras estuvo embarazada.

—Señor Antoni. —Se dirige hacia él—. Ha dicho que su hermano quedó gravemente herido por un percance con un carruaje, pero ¿mantiene todas las facultades mentales?

—¿Alfred? Por supuesto. No se mueve, pero habla y lo recuerda todo a la perfección.

—Me gustaría mucho hablar con él. ¿Podría ponernos en contacto?

—Vive en Francia, en Les Angles. Su mujer, Hermes, que ha sido una santa, se encarga de él. Si quiere, le facilitaré su teléfono.

—No —lo corta él—. Necesito su dirección. Quiero hacerle una visita. Debo hacerle algunas preguntas sobre cómo funcionaba el viñedo en el que trabajaba. Es de mucho interés para mi… tesis.

Antoni, que es un hombre inteligente pero discreto, no ve problema en facilitarle la dirección en la que vive su hermano. Aunque, a estas alturas, no se crea lo de la tesis.

Adonis graba la dirección en el móvil y se lo agradece profundamente.

El guía no lo sabe, pero acaba de ayudarle a dar un paso de gigante, y otro para la justicia social de mi ciudad.

Yo también quiero la identidad del patrón.

Quiero el nombre del maldito rey demonio.

Y estamos a solo unos kilómetros, cruzando la frontera franco-catalana, de descubrirlo.

Hoy ha sido un día agotador. Hacer rutas de montaña durante unas seis horas ha sido extenuante. Hemos caminado un total de veintiséis kilómetros, contando lo que tuvimos que desandar. Me sé la ruta de las viñas y de las barracas de memoria.

Sin embargo, a pesar del cansancio, me ha encantado porque lo que hemos descubierto es de mucho valor.

Estoy tumbada en la cama, después de ducharme y cenar en el balcón, y Adonis, que ha hecho lo mismo, se acerca a mí con la bata abierta, sus *slips* negros y esos maravillosos oblicuos marcados que

hacen de su cuerpo una oda al culturismo sano.

Lleva un bote de crema de coco en la mano.

Me levanta las piernas como si fueran una barrera, se cuela debajo de ellas, se sienta en el colchón grueso y confortable y las coloca de nuevo sobre sus muslos.

Sonrío.

—No has pagado peaje… —bromeo.

—Yo no pago peaje, *piccola* —contesta con voz de seductor.

Me apoyo en los codos y observo cómo abre el bote, se llena una mano echando un chorro y empieza a masajearme los pies.

No me lo puedo creer. Esto es un sueño.

—¿Esto está pasando? —Me dejo caer sobre la colcha, abro los brazos en cruz y me dejo hacer, muerta de placer. No dudaba de que fuera un excelente masajista, porque todo lo que tiene que ver con el contacto físico lo hace demasiado bien. Pero esto, esto es pura gloria. Presiona la planta de mis pies, me masajea el arco, sube las manos por mis pantorrillas y vuelta a empezar. Es un experto.

—Es un sueño —murmuro cerrando los ojos.

—Debes estar cansada. Mañana son las Lupercales y no quiero que estés tan agotada. Además, los zarzales del bosque te han dejado señales en las piernas y en los brazos… Esto te ayudará a disimularlas. La marca del cuello que te hizo Daisha ha desaparecido y tu herida de la cadera está cicatrizando bien.

—Sí, es maravilloso —musito en el limbo.

—En algún momento tendremos que ir a Francia, Ares —murmura —. Quiero las identidades de los hombres que acabaron con mi familia y me estigmatizaron. Pero antes tenemos que pasar por las Lupercales y la Floralia.

Abro los ojos, los fijo en el techo y me incorporo sobre los codos para dirigirle una mirada llena de preocupación.

—¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Cómo vamos a seguir jugando a sabiendas de que Drugia e Iban han querido eliminarnos así?

—Fingiremos que tú no me has contado nada. Creerán que estás asustada y que no quieres tener problemas con nadie. Drugia, de hecho, piensa que no sé nada. En realidad, por quien deberían estar

preocupados es por ti, pero les haremos creer que preferiste callar la agresión. Tampoco saben que Daisha está inoculado y que tenemos la Influenza en nuestras manos, preparada para activarla o desactivarla cuando sea necesario.

—Pero eso no va a hacer que dejen de querer eliminarnos. Creo que el Demogorgon sospecha algo sobre mí, pero no puede verlo bien del todo por esa protección mística de la que gozo —asumo ya con más naturalidad.

—Lo sé. Sé que es complicado y muy incómodo continuar aquí, en sus juegos, como si no pasase nada. No llevo bien exponerte de ese modo. Ellos no merecen ni un centímetro de tu cuerpo ni una mirada de tus ojos.

Observo su pelo rizado largo y negro; lo hace tan sexy y salvaje que solo quiero acariciárselo y enredarlo entre mis dedos. Adonis está muy preocupado, pero no por él, por mí. Y yo he llegado a un punto en el que la rabia y las ansias de justicia opacan mi raciocinio y en el que solo tengo ganas de que los malos paguen; ese punto en el que dejas de temer puede ser peligroso.

—¿Qué va a pasar mañana? ¿Por qué estás tan preocupado? —exijo saber y me incorporo a pesar de que él continúa con el masaje.

Adonis exhala, concentrado en mis pies y mis piernas.

—Mañana es el ritual de Luperco. Y estoy asustado porque ahora ellos te tienen en cuenta porque has sido elegida por Bacus. Me asusta que debamos hacer algo con lo que te vayas a sentir mal. Odiaría formar parte de eso —reconoce con el gesto contrariado.

—No me pueden compartir. Mi vir no lo permite. —Para mí eso es lo más importante—. No quiero follar con nadie más ni quiero que nadie más me toque.

—Eso no va a pasar. —Oírlo le enfurece—. Pero eres una bacante, una entusiasta pura. Encendiste un fuego, Ares.

—No soy una bacante —contesto alzando la barbilla—. Si pasó eso es porque tengo algo de vestal y en estas aguas medio místicas y medio paranormales en las que estamos nadando, eso significa algo. Pero ellos lo malinterpretan.

—Como sea… Mañana tendremos que estar preparados para

cualquier cosa. Porque ahora tú eres la estrella para el Demogorgon, para los Reyes, para la Corte… Y pensar que entre esos reyes demonio pueda estar el hombre que dejó embarazada y maltrató a mi madre, que la vida le haya permitido seguir vivo, que en este tiempo no lo hayan relegado me dan arcadas, joder —dice asqueado.

El olor de la crema de coco llega hasta mis fosas nasales. Pero también huelo su frustración de un modo más intuitivo.

Lo tomo de la barbilla y le obligo a mirarme.

—Haremos lo que tengamos que hacer. Estaré bien con cualquier cosa mientras no sea interactuar ni dejar que esos babosos pasen un solo dedo por encima de mi cuerpo.

—Si se atreven, les cortaré las manos —contesta con los ojos amarillos y brillantes, llenos de determinación, fijos en los míos liláceos.

Mi labio se alza dibujando una sonrisa orgullosa. Me protege como si fuera lo más preciado para él y no sé si se da cuenta de cómo se siente. Me dijo que el amor tenía demasiado poder sobre las personas y que nada debía tener tanta influencia.

—Sé que lo harás. Por eso no tengo miedo. Pudor sí, siempre. Pero miedo a tu lado, ya no.

Sus pupilas se dilatan como las de un animal interesado.

Ni se imagina el poder que tienen esos ojos sobre mí y todo lo que me hacen sentir.

Lo atraigo para darle un beso en los labios, aunque no nos digamos nada más.

Y eso es suficiente como para que ambos nos incendiemos, pero esta vez, metafóricamente.

Mientras me quita el pijama y yo le bajo los *slips*, apresa mis labios entre sus dientes, pellizcándolos posesivamente y me dice:

—Vamos a prepararte para mañana. Debemos estar listos para cualquier cosa. Quiero volver a esto. —Lleva sus manos hacia atrás hasta tocarme el trasero. Y después desliza una de ellas por delante y añade—: Y colmarte esto también.

Tomo aire por la nariz, rodeo su cuello con mis manos y, mientras se coloca entre mis piernas, asiento y le digo:

—Hagamos lo que tengamos que hacer. Todo va a estar bien mientras seas tú.

Lo digo muy segura, pero sé que darle carta blanca a Adonis es permitir que saquee lo que quiera. Y ya no me importa. Está bien.

Una parte de mí es de él. Mi deseo es de él. Mis necesidades son de él, porque es el primero que me las ha estimulado y que las ha satisfecho.

Soy suya en ese sentido.

Solo espero que algún día él también sienta que, aunque haya vivido una vida destinada a no entregarse a nadie, también es mío. Y no como una posesión enfermiza y asfixiante.

No. Sino como una pertenencia sincera, sabida y aceptada.

Como aceptamos que el fuego quema y que el Infierno es del Demonio.

XIII

Adonis me ha sorprendido esta mañana con que quería hacerle una visita a Mariagna. Quiere conocer a la mujer que ayudó a salvar a su madre. Me sorprende que Evelina no les hablase de ella ni al padre de Adonis ni a su tío Antón. Sí les dijo que estuvo oculta en un lugar en la montaña e incluso cuando ya estuvo a salvo en Italia, hizo llegar un cheque al monasterio para su mantenimiento, pero al parecer, nunca les habló de la Murtra como tal ni de Mariagna. Por ese motivo, Adonis, en todo este tiempo, no había sabido qué hacer ni dónde buscar más información sobre su madre. Y eso me llama mucho la atención.

Cuando llegamos al monasterio, entramos de nuevo a su condominio y vuelvo a ver una mariposa negra revolotear entre las puertas de rejas de la entrada. Sigue habiendo mariposas así en Badalona. Porque la Corte sigue aquí.

—Ah, usted otra vez —dice una voz a nuestras espaldas.

Cuando nos damos media vuelta, nos encontramos con el mismo hombre que vi en mi primera visita y que había recogido verduras del huerto privado.

—Hola, venimos a…

—Sí. —Asiente muy amable con una media sonrisa—. La madre Mariagna dijo que hoy vendría de nuevo. La está esperando en una de las ocho celdas.

El gesto de Adonis es de incredulidad.

—Me hizo lo mismo cuando vine hace unos días —le explico en voz baja—. Es una *sagae*, como mi abuela. Y ve cosas… —Me encojo de hombros.

—Ah, entiendo —contesta Adonis en voz baja.

—¿Nos puede guiar hasta ella? —le pido al laico.

—Claro —contesta.

Nos internamos en el monasterio y lo recorremos hasta acceder al patio por el antiguo vestíbulo de la puerta principal para llegar al edificio de obra nueva, que es así como lo llaman.

—Este edificio tiene tres plantas —nos explica el laico—. Abajo, la capilla de San Sebastián; arriba, la biblioteca, con más de veinte mil ejemplares —añade con mucho orgullo—, y en la última planta, las celdas que hoy en día se usan como retiros silenciosos y espirituales para quienes lo deseen.

—Tal vez yo lo necesite en un futuro —musita Adonis.

Lo miro de soslayo y evito decir nada más, porque yo también creo que lo necesitaré cuando todo esto acabe. Pero también porque deseo que Adonis sí tenga en mente seguir aquí después de todo.

Cuando llegamos a la planta de arriba, nos lleva hasta la celda donde se supone que está la madre Mariagna. Nos la encontramos en el interior, de pie, con las manos cruzadas a la espalda, mirando a través de una ventana de marcos de madera barnizados abierta de par en par, con el gesto sereno y en paz, como la vi la primera vez. Su pelo blanco y rizado se vuelve traslúcido a los rayos del sol y viste con la misma túnica negra y las mismas sandalias grises. El lugar en el que estamos es una habitación espartana con un pequeño escritorio, una silla, una cómoda, una cama y un armario en el que dejar la ropa. Sin obviar un lavamanos metálico de suelo de los de antes.

El laico se despide de nosotros con un gesto de cabeza y retoma el camino escaleras abajo.

Adonis y yo nos quedamos parapetados en el marco de la puerta de la pequeña celda sin saber qué hacer o qué esperar.

—Madre Mariagna —la saludo.

Ella se da la vuelta y muestra sus ojos, uno de ellos aclarado por la ceguera. Sin descruzar las manos, me mira con gentileza y después fija su atención en Adonis, al que estudia con menos delicadeza. No puede evitar hacerle una radiografía de cuerpo entero.

—Hace años soñé que el Demonio nacería en Baetulo. Hoy soñé que

este visitaba el monasterio. Del mismo modo que supe que Ares me visitaría días atrás y que vendrían las mariposas negras de nuevo.

Oírlo afecta a Adonis. Él sabe cómo nació, que su padre es un rey de la Corte y siempre ha dudado de su propia bondad.

Mariagna nos invita a entrar y le indica a Adonis que se acerque más a ella. Él, algo dubitativo y temeroso como no lo he visto nunca, se ubica frente a ella que, indudablemente, me recuerda y me recordará siempre a mi abuela, dado que más o menos tienen la misma edad. Aunque hay algo en Mariagna que la hace parecer más joven a pesar de su pelo cano y sus arrugas.

Adonis la observa con sumo respeto, como si su palabra fuese ley. Está inseguro, porque dependiendo de lo que le diga la *sagae* y de si lo aprueba, él empezará a verse con otros ojos y no como un monstruo.

—Así que eres tú…, eres el hijo de Evelina. Un demonio hermoso nacido en suelo sacro, protegido por el sello de las *sagaes*… Y aun así… —Está evocando el recuerdo de su nacimiento—. Naciste entre los muros de este lugar.

Adonis asiente y traga saliva visiblemente emocionado.

—¿Dónde dejaste los cuernos y el rabo, joven? —pregunta con evidencia—. Yo los vi. —Se señala el ojo y sonríe afable—. Eso no se olvida.

—Me operaron en Italia. Mi padre adoptivo tenía buenos contactos.

—Ya veo… Fuiste acogido por alguien con mucho poder. Alguien muy generoso que envió un cheque al monasterio para ayudarnos con las reformas.

—No sabía nada de eso —contesta él—. Mantuvieron su identidad en secreto, madre Mariagna.

—Claro. Así debía de ser —musita sin dejar de estudiar su frente ni sus facciones—. Evelina no debía decir que yo la ayudé. Este tipo de cirugía tuvo que ser muy costosa… —Mariagna no se atreve a tocarlo. Quiere, pero no sabe si puede—. Mutilaron esas partes de ti, pero la pregunta es: ¿sigues siendo un demonio?

El interrogatorio es tan directo que me siento mal por él, pero entiendo que tiene que ser así para que Mariagna lo atienda y se gane su confianza.

—Un pájaro no deja de ser un pájaro por tener un ala herida… —Él sonríe levemente y eso provoca la sonrisa cómplice de la anciana—. Supongo que, a mi manera, sí lo soy. —Adonis se levanta el pelo por delante con las palmas de las manos y muestra esos cortes finos en ambos lados del occipital—. Siguen estando ahí, aunque no los vea.

No sé si es la respuesta más adecuada para darle a una *sagae,* pero admiro su sinceridad.

—Tus ojos… —susurra ella ensimismada—. Son tan intensos… —sacude el índice frente a su cara—. Siguen sin ser de este mundo. Como los de ella. —me señala. Carraspeo y me froto la nuca con inquietud—. Qué caprichoso es el destino, ¿no os parece? —No la conozco lo suficiente, pero juraría que está disfrutando con su interludio—. Que hace que dos caminos opuestos pero complementarios colisionen para lograr una misión en común mayor que ellos mismos. —Exhala y se dirige a la cama para sentarse en ella. Pasa la mano por encima de la colcha blanca para alisarla—. Siempre pensé que si volvías a este templo de oración y silencio, el sello me diría si eres bien recibido o no. Conocerás el poder de los sellos, ¿no?

—Por supuesto. Los sellos de Salomón. El origen de la Corte.

—Nosotros, los protectores, las *sagaes*, tenemos los nuestros propios, extraídos mediante la profunda observación de esos sellos de invocación demoniaca.

—Y dígame, Mariagna, ahora que me tiene aquí, ¿qué ve? ¿Soy bienvenido?

Ella sujeta la respuesta entre sus labios unos segundos, hasta que la deja libre.

—Aquí no se acercan los demonios —sentencia—. No pueden. Esto es fuego para ellos, fuego del que lacera y quema. Cuando un demonio real entra en este lugar, el mirto se incendia en nuestro patio. Es como el sol para los vampiros.

—¿Es eso verdad? —digo incrédula.

—Por supuesto —contesta sin dejar de mirar a Adonis.

—¿También cree en los vampiros? —pregunto con interés.

—No todos los vampiros tienen colmillos y chupan sangre. —Me mira de soslayo—. Del mismo modo que no todos los demonios tienen

cuernos y rabo, ni todas las vestales van con el fuego sagrado en las manos.

Es tan evidente que me provoca una sonrisa y asiento para darle la razón.

—Los demonios a los que yo me refiero captan la energía del lugar y prefieren mantenerse al margen y tomar distancia. El sello que aquí se invocó me dirá si ayudé a traer al mundo a un ser con la malignidad de las tinieblas o, en su defecto, a un castigador del mal. Esa fue siempre mi gran pregunta —reconoce con sinceridad—. ¿Qué sería? ¿Un puño ejecutor o un talón de Aquiles para el mismísimo Infierno? Es evidente que el mirto no se ha incendiado —afirma con sosiego—. Ahora, después de tantos años, ya puedo confirmar que tienes contigo a un agatodemon, Ares —admite finalmente y me observa con los ojos brillantes—. Me hace feliz saber que lo que ayudé a alumbrar hace treinta años puede estar en la Murtra como aliado, en vez de como adversario. Esta es tu cuna, querido.

Y cuando lo dice, y por el modo en que lo pronuncia, entiendo que Mariagna también estuvo estigmatizada y que durante todos estos años, se sintió culpable por ayudar a parir a un bebé, un ser que, según ella, podía ser la antítesis de todo aquello que ella y los suyos habían ayudado a proteger en Baetulo.

—Me alegra oírlo —contesta Adonis muy serio, aunque sé que le acaban de quitar un peso de encima.

—Me lo imagino. —Con la mano, da unos golpecitos sobre el colchón—. Ven a mi vera, Adonis. Esta fue la celda en la que estuviste junto a tu madre.

Él palidece y yo también. Entiendo todo lo que puede estar pensando mi vir. Es como si percibiera el dolor de su madre al dar a luz, el miedo a no saber si sobreviviría y el terror de Mariagna al sujetar entre sus manos a un ser venido del Averno. Todo se sobrepone, una cosa encima de la otra.

—Eres un hombre especial —asegura ella con parsimonia—. Tienes habilidades… —Quiere mirar más allá de sus ojos—. Cognitivas y sociales.

—Es un mentalista —bromeo yo.

—Es más que eso —augura ella.

—Tengo preguntas, madre Mariagna —asegura Adonis yendo directo al grano.

—Quieres saber por qué tu madre nunca habló de mí, ¿verdad? —Apoya las manos en el colchón, se reclina hacia atrás y mira al techo —. Ah…, eres listo, agatodemon. Tú ya sabes la respuesta. ¿Por qué crees que fue?

—Creo que usted se lo pidió —argumenta ahondando en ello—. Por miedo. Porque estaba llena de dudas… No sabía qué había ayudado a traer a la vida aquel día y prefirió cubrirse las espaldas. —La madre Mariagna cierra los ojos y, sin cambiar la postura, asiente y sonríe con humildad.

—Quería mantener alejado al Diablo de este lugar sacro y no quería que viniera a pedir cuentas en un futuro. Sigo siendo una *sagae,* sigo entendiendo el mundo oscuro del Infierno y protegiendo a mi ciudad de él todo lo que pueda. Para mí, fue tremendo darme cuenta de que lo que sostenía en mis brazos era un bebé demonio. Uno de verdad, con sus cuernos, con los ojos más abiertos e inteligentes que había visto en mi vida —reconoce encogiéndose de hombros—. Siempre temí tu vuelta porque sabía que, cuando lo hicieras, las cosas se iban a poner muy feas. Pero pasaron los años y continué meditando aquí, en mi retiro, leyendo los mensajes y las señales del paso del tiempo. Mis dudas sobre si eras o no un posible justiciero nacido en un templo se agravaron. Los demonios, esa Corte en la que estáis metidos, continuaban sus juegos y sus sacrificios, y nadie los detenía. Yo lo sabía. Las muertes, las desapariciones aquí y en otras ciudades del resto del mundo… No eran accidentales. Y pensé: si sigue habiendo mal, si sigue habiendo Infierno cada cierto tiempo en esta tierra romana y él no ha regresado, tal vez sea porque el mal existe más allá de él. ¿Y si lo mandamos fuera y él, en realidad, nació aquí para protegernos? ¿Podría ser que aquello que temí durante tanto tiempo sea, en el fondo, un salvador?

—No soy un salvador de nada —contesta Adonis tocando la colcha con cariño, como si creyera que así pudiera evocar a su madre—. Soy un castigador. Y disfruto haciendo daño a quienes considero que se lo

merecen. —Lo que más me llama la atención de esas palabras es la aceptación de Adonis en su verdad. Está hecho para la venganza y no le importa a quién se vaya a llevar por delante hasta que consiga su objetivo—. Eso también me hace demonio.

—Bueno —Mariagna entrecierra los ojos—, hoy en día la justicia tiene muchas caras, unas menos ortodoxas que otras, pero eso no las hace menos justas. Cuando naciste, Adonis, tu misma cola estaba enrollada en tu garganta, como si tú mismo no quisieras venir al mundo porque te sentías innoble y temeroso de hacer daño. Evelina, por todo lo que pasó a manos de tu padre, también temía que pudieras ser malo como él y tenía muy claro que tu padre biológico no debía descubrirte. Él era el mal, me aseguró. Y me juró que haría lo posible por convertirte en un demonio bueno.

—No lo consiguió. Se suicidó tres años después —contesta Adonis con sequedad y un poco decepcionado.

—No la culpo. El hombre que tenía a tu madre acobardada durante meses le inyectaba sustancias, inoculaba líquidos que pretendían alterar su feto genéticamente.

—¿Sabe de qué se trataba?

—No. Evelina tampoco lo supo. La forzaban a aceptar los pinchazos. Con el paso de los años, comprendí que fuera lo que fuese con lo que la vacunaban, pudo alterar tu cuerpo y es posible que eso produjera tus malformaciones. No sé de genética ni soy bióloga ni nada por el estilo, pero hoy en día todas estas evidencias están de rabiosa actualidad. Tus malformaciones eran muy curiosas y evidentemente satánicas por otro lado. ¿Casualidad o causalidad? —Se santigua y mira al techo—. La ciencia asusta, avanza y nos deja atrás a todos. Y eso hace que tenga pesadillas con la posibilidad de que se pueda encontrar el gen del Diablo o de que lo hayan encontrado ya —musita mirando hacia la ventana—. Eso sí es terrorífico.

Adonis se cubre la cara y se la frota, asqueado de lo que oye y de cómo le afecta a la percepción de sí mismo.

—Fui un puto experimento.

—Lo que fuiste no importa. Solo es importante aquello en lo que te has convertido.

—Tiene razón, Adonis —le digo en voz baja. En realidad, quiero calmarlo y sosegar las voces de su cabeza que sé que lo trastornan y lo fustigan, pero está demasiado inquieto como para acercarme a él con tanta intimidad, y menos delante de la madre Mariagna.

—Ese hombre —continúa la sabia— quería convertirte en su mejor obra. Al fin y al cabo, es lo que siempre ha buscado la Corte. Ese es su objetivo.

—¿Cuál? —incido yo angustiada.

—Traer a Bacus a la Tierra.

Eso absorbe toda nuestra atención, porque por esto hemos venido aquí también.

—Madre Mariagna. —Me acerco hasta el escritorio y me siento en la silla del pupitre, impresionada por la información—. Queremos saber algo sobre la Corte y sobre el motivo real por el que se pudo fundar. Hay algo que nos inquieta.

—Os ayudaré en lo que pueda. —Entrelaza los dedos de las manos y las apoya sobre los muslos.

—Cuanto más avanzamos en la Corte, más advertimos que hay algo mucho más místico en su origen y en su formación, no solo las ansias materiales de poder adquisitivo y tierras. Tuve un encontronazo con un miembro de la Corte hace dos noches y me dijo que no teníamos ni idea de la verdad, que no se trataba de orar a Bacus y producir vino y montar orgías. Y que esta solo la conocían los antiguos. No se cansan de decir que Bacus busca a su mujer. No sé mucho de mitos romanos, pero pensaba que se trataba de Ariadna —murmuro.

—¿Ariadna? —Mariagna hace un mohín con la boca y asiente pensativa—. No. Bacus busca a su otra mujer. La clave está en la vestal Silvia Rea —señala la madre Mariagna—. Como ya te dije, las *sagaes* tenemos la teoría de que fue violada por un sátiro, por el hijo de Bacus, Príapo, del mismo modo que intentó violar a Vesta según la historia romana, pero un burro lo evitó. Ahora bien, ¿por qué los adoradores de Bacus, los fascinadores, tienen esa obsesión con las violaciones de las vírgenes vestales? Porque Silvia Rea, tras la violación, dio a luz a Remo y Rómulo —señala alzando un dedo—, los fundadores de un nuevo Imperio, de la Roma todopoderosa, entonces

jueza y referencia en el mundo entero. Para ello, necesitan a un hombre que lleve a Bacus dentro y a una virgen vestal. Por eso invocan a Bacus y a sus sátiros. Están buscando a la mujer capaz de recibir al dios para que conciba a sus hijos y que con ellos llegue un nuevo orden mundial. Buscan engendrar la sangre de Bacus en la tierra. Y no tiene que ver con el vino, tiene que ver con…

—La descendencia. El cuerpo físico —musita Adonis con la mirada perdida.

—Sí, ya sé que parece conspiranoico, pero todo en ellos lo es.

—Un hombre de la Corte me violó —explico un tanto angustiada, con voz temblorosa—, hijo de un rey de la Corte. Soy descendiente de las Parisi, de una larga tradición de vestales. Y di a luz a Venus.

—Venus fue una casualidad. Ellos no saben que existe la pequeña —me aclara Adonis intentando tranquilizarme—. Además, la niña es normal y no tiene ojos de Alejandría ni nada parecido. —Me gusta el tono protector que añade cuando habla de ella.

—Ya, pero… dicen que la mujer de Bacus ya está aquí —insisto—. ¿Se refieren a mí? ¿Me quieren para eso?

—No saben quién eres. No saben lo que eres —insiste Adonis—. Estás protegida y el fascinador no puede dar contigo.

—El sátiro, hijo de Bacus —interviene la madre Mariagna—, engendra a dos seres poderosos al dejar embarazada a una virgen vestal. Tú eres vestal, Ares. Pero ya no eres virgen. Sin embargo, si descubriesen quién eres en realidad, probablemente te usarían de nuevo para dejarte embarazada y es posible que ese sea el objetivo báquico de estos juegos. Al fascinador, sus runas, sus cartas y todas sus herramientas, le dicen que la mujer de Bacus ya está aquí. Sigues siendo una vestal y, si te descubren, creerán que puedes engendrar a los nuevos emperadores de su Imperio. Pero mientras sigas manteniendo tu tapadera, nadie sabrá que…

—Encendí un fuego —la corto inmediatamente—. Un fuego sin cerillas. Adonis y yo estábamos… —Me sonrojo, porque me da vergüenza explicárselo—. Estábamos jugando en la Corte como parte de nuestro rol y… la pira que había debajo de nuestra plataforma se prendió. Adonis insiste en que hay una explicación química y

científica, pero… de todos los que estábamos usando las piras, solo nosotros encendimos el fuego. Ya tenía la sensación de que el brujo de la Corte, su máximo fascinador, me está investigando y que intuye algo sobre mí. Pero, desde entonces, sé que estrechan el cerco. No así sobre Adonis, que sigue siendo un enigma para todos. Pero sobre mi persona sí tienen interés.

La información deja muy sorprendida a Mariagna, aunque no está asustada.

—La Corte no es estúpida, muchacha. Los demonios tienen muchos poderes oscuros y místicos. No los infravaloréis jamás. Al final, ellos reconocen a los suyos e identifican a los que no lo son. Os pusisteis en peligro desde el primer minuto en que decidisteis llevar a cabo lo que estáis haciendo.

—Yo nací de un demonio, de un rey de la Corte —la interrumpe Adonis alzando la barbilla. Sus ojos brillan desafiantes—, al que todavía no le he puesto cara, pero queda poco para ello. Sin embargo, después de todos los acontecimientos, me pregunto: ¿podría ser mi madre una vestal? ¿Y si lo fuese, qué sería yo para ellos?

—Es evidente que eres un hombre con poder y unas condiciones y cualidades que van mucho más allá de las normales —medita Mariagna—. Es posible que el hombre que dejó embarazada a tu madre, su secuestrador, sí creyera que ella era una vestal. Por eso le hizo todo aquello, por eso le inyectó cosas, porque quería conseguir un… un individuo con aptitudes distintas al resto. O, tal vez, solo fue algo experimental, un juego para él. No lo sé. Recuerdo —alza el dedo índice— que ella me explicó que huyó del lugar en el que la tenían encerrada por algo relacionado con unos burros… Estos son protectores de Vesta y la ayudaron a escapar. —En su expresión esconde una evidencia—. Hay varias piezas sueltas y escondidas en este enorme tablero de ajedrez, cuya partida es eterna.

—Lo sabemos, madre Mariagna —contesta Adonis muy concienciado—. Nosotros también hemos llegado a la conclusión sobre los burros y Vesta. Estamos muy cerca de darle sentido a todo y de enfrentarnos a ellos. Al final, son hombres. Son mortales, no demonios. —Lo sabe porque ya hemos dejado una lista de defunciones

allí por donde hemos pasado.

—No te quito la razón, Adonis. Pero no olvides que sus conocimientos místicos no tienen respuesta para mentes racionales. Dominan la magia y lo oscuro. La nigromancia. Y lo que hacen afecta a nuestras realidades más sensibles, al mundo astral de Ares e incluso al de la pequeña Venus… Y afectan a muchos otros, ignorantes de lo que les sucede, incapaces de poner nombre a sus zozobras.

Él hace un mohín, disconforme. Adonis ya no les teme. No sé si les ha temido alguna vez o si sus ansias de venganza lo han arrasado todo a su paso, incluso su sentido común.

—Por suerte, soy demonólogo. —La mira de soslayo y sonríe de un modo soberbio que hace que se me erice la piel—. Yo sí creo en ese mundo, porque me engendraron en él y me encargaré de que tanto Ares como yo nos cubramos las espaldas, incluso cuando estemos más expuestos. Pase lo que pase, no permitiré que ella se queme.

—Eso espero, chico —le advierte devolviéndole la sonrisa—. Eso espero. Mira, ayudé a que vinieras al mundo e irrumpiste con tus cuernos y tu cola en este oasis bastante desconocido entre tierras báquicas. Durante mucho tiempo, siempre dudé de si hice bien o no. Sin embargo, la Murtra permitió que llegaras. Y ahora entiendo que lo hizo porque, en un futuro, nos harías falta. Antes no podíamos enfrentarnos a ellos y vencerles. Puede que ahora sí. Supongo que, a veces, hay que buscar aliados, incluso aunque los invoques en el mismísimo Infierno.

—Le repito que no soy bueno, señora. —Adonis se da la vuelta y nos mira a ambas de frente. Recortado por la luz matutina me recuerda a un príncipe oscuro de las hadas—. Soy capaz de matar y de torturar. Pero mi instinto siente predilección por cazar a los demonios. Eso no me convierte en un héroe, pero tampoco en un antagonista. Soy el mal necesario, el menos malo.

La madre Mariagna sonríe, esta vez con más autenticidad.

—Sé que eres muy consciente de quién eres y de lo que eres. Pero me fío de la intuición de esta jovencita. Ella te quiere cerca y te necesita a su lado. Para mí es más que suficiente.

—No sé cómo de bueno es eso… —Pongo los ojos en blanco, un

poco avergonzada. ¿Por qué dice esas cosas esta señora?—. He vivido engañada durante años…

—Pero rompiste la telaraña —contesta ella—. Ahora, solo veis lo que hay —nos dice pasando la mirada de uno a otro—. Os veis el uno al otro. Solo eso. —Exhala y vuelve a mirar por la ventana—. No sabemos hasta dónde llega la fijación, la obsesión y la locura del hombre que secuestró a tu madre, Adonis. No sabemos si sigue siendo un rey o si sigue en la Corte. Pero sí sabemos de lo que son capaces y qué quieren conseguir y sea lo que sea lo que tenga la Corte preparada aquí en Baetulo, reportará muertes. Las mariposas negras así lo dicen. Yo ya estoy vieja para enfrentarme a nadie, la mayoría de las *sagaes* nos protegíamos solo con los sigilos y los sellos, y solo me puedo responsabilizar de eso y de cuidar el suelo en el que vivo. —Se levanta lentamente y se dirige hacia mí para acariciarme el pelo negro y mirar mis ojos de color lila con ternura—. Tu abuela, Ares, se pasó muchos años creyendo que serías una vestal real. Y no se equivocaba. —Que la nombre, me emociona mucho—. Sin embargo, vosotros estáis decididos a ir más allá. Y yo no puedo hacer otra cosa que no sea protegeros y apoyaros en la distancia. Tenéis mi bendición. —Toma entre sus dedos la campanita que pende de mi cuello y me hace el símbolo de la cruz sobre el pecho—. Pero debéis tener mucho cuidado, porque cualquiera que se acerque demasiado a las puertas del Infierno, puede quemarse con sus llamas. El Infierno no hace selecciones. Ven aquí, joven —ordena a Adonis.

Él se acerca a nosotras y se coloca a mi lado.

—Si vas a ayudar a acabar con la lacra que actúa cada cierto tiempo en esta y en otras ciudades, cualquier protección es poca.

Mariagna le hace un símbolo cuidado sobre el pecho con el dedo índice.

—Solo tengo un sigilo para ti. Este es especial: es el sigilo de la Murtra, un protector para el demonio nacido en sus entrañas. —Asiente y le apoya la mano abierta en el pecho—. Os deseo toda la suerte del mundo y que Vesta y sus agatodemons os acompañen hasta el final. *In omnia paratus, ab imo pectore.*

—¿Qué significa eso? —pregunto respetuosamente.

—El sigilo de la Murtra tiene oculta esta oración. «Listo para todo, con todo mi corazón». Lo llevas en el pecho, Adonis. Esta es tu casa, aunque no lo creas. Nunca lo olvides —sentencia la madre Mariagna besando su frente y luego la mía con mucha ceremonia.

—*Semper et in aeternum* —añade Adonis mostrando su don de lenguas, entre muchos otros, claro.

—Siempre y para siempre —traduce la madre Mariagna dándose media vuelta para mirar de nuevo hacia el exterior—. Idos ahora, tenéis mucho que hacer. —Cruza las manos a su espalda, tensa los hombros y vuelve a posicionarse como si meditase.

Adonis y yo decidimos abandonar la celda en silencio.

Pero que estemos callados no quiere decir que nuestros pensamientos no hablen fuerte y claro.

Los acólitos de Bacus buscan a la mujer capaz de engendrar a sus hijos, los nuevos Rómulo y Remo, y crear un nuevo orden mundial. No habíamos caído en ello hasta ahora. Y es terrorífico pensar que ese y no otro sea su objetivo final y que por ello sean capaces de asesinar como lo hacen.

Al salir del edificio de obra nueva y cruzar el patio, pasamos de nuevo por la fuente y allí, Adonis me detiene, toma mi rostro acunándolo como solo él sabe hacer y me dice:

—Solo aguanta esta noche, Ares.

—¿Cómo? —digo sin comprender.

—Solo esta noche. No vamos a jugar más con ellos.

—¿Qué? Dijiste hasta la Floralia…

—No.

—¿Por qué?

—Porque sabiendo lo que nos ha dicho la madre Mariagna es demasiado arriesgado.

—Pero ya sabíamos que lo iba a ser.

—Sí, pero tengo la jodida sensación de que estoy acercándote a la hoguera y que tú eres el plato principal. No me fío de ninguno de ellos, Ares. No me gusta. Hay que empezar a cortarles los cuernos ya —dice visiblemente preocupado.

Parpadeo confusa, me humedezco los labios y de repente recibo un

beso duro y desesperado de mi vir demoniaco. Uno que me obliga a echar la cabeza hacia atrás y me transmite que nunca tuvo miedo de ser un demonio, de ser malo ni de hacer lo que tenía que hacer, pero que empieza a temer por mí, por nosotros.

—Adonis, tranquilo… —digo contra su boca, poniéndome de puntillas.

—Estoy tranquilo. Pero estoy decidido —reafirma tomando aire—. Después de las Lupercales, voy a empezar a ejecutar el plan contra ellos. En la Floralia no estaremos, pero allí se desencadenará todo.

—Haremos lo que tú consideres. —Voy a apoyarlo en todo, eso es innegociable.

—Confía en mí. Todo saldrá bien. —Besa mi frente, me toma de la mano y mira de reojo el mirto. Sé en lo que está pensando.

—No está ardiendo —apunto sonriente—. Eres el protector de este lugar —recalco—. No eres un enemigo.

Él agacha la cabeza con humildad y vergüenza y yo tengo la imperiosa necesidad de abrazarlo y de decirle que lo quiero, que estoy enamorada de él.

Pero es demasiado ahora mismo. Incluso para mí.

Adonis tira de mí para acabar de recorrer el terreno del monasterio y salir al exterior, hacia el todoterreno. Tengo la sensación de que se ha liberado de un gran peso, pero que, a partir de ahora, cargamos con uno mayor sobre nuestras espaldas.

XIV

Hoy está siendo un día muy extraño. Estamos a las puertas de las Lupercales y nos estamos preparando para ir a ese evento de pecado, vino y fornicación sabiendo que algunos quieren nuestras cabezas y otros, al parecer, me quieren a mí, pero ninguno sabe realmente quiénes somos Adonis y yo.

Y, sin embargo, hay una parte de mí que está emocionada. Adonis me ha dicho que puede que esta noche sea nuestra última participación rodeados de toda esa corte de locos sociópatas millonarios y que Nico y él tienen pensado darles un mazazo más que definitivo en la Floralia, pero sin arriesgarnos más de la cuenta ni tener la necesidad de estar presentes. No obstante, hoy debemos ir para no levantar sospechas y zanjar un asunto pendiente del que aún no me ha querido hablar para no preocuparme.

Ya debería conocerme. Eso me pone peor y más expectante.

Y, para colmo, estoy un tanto angustiada porque mi monito sigue un poco malita, con fiebre alta. Mi madre dice que es un proceso gripal, que la ha llevado al médico y le han quitado importancia, que le dé algún antitérmico infantil. Nunca he estado lejos de ella cuando ha estado enferma y tengo ganas de cuidarla y de verla.

—¿Estás preocupada por Venus? —me pregunta Adonis mientras me ayuda con la parte de atrás del increíble vestido que llevo. Me he recogido el pelo en dos trenzas laterales africanas. Parezco una amazona en vez de una romana, pero me da igual, porque lo que he aprendido de los juegos báquicos es que lo importante es retar con la vestimenta y con la actitud. Les gusta lo sensual y lo salvaje, aunque lo intenten disfrazar de clasismo y hedonismo envanecido. Eso les

encanta a los vires, pero más aún a las virtuosas. Aparentar, presumir, desafiar…, unas lo hacen con más discreción que otras, pero todas buscan lo mismo: poner cachondos a los vires y provocarlos hasta que tengan que correr tras ellas.

Por supuesto, me he maquillado con los mismos colores de este vestido negro con una apertura en la pierna y pedrería roja de brillantes que hacen que parezca la novia del Infierno; debajo, llevo un tanga oscuro y unas pezoneras a conjunto. Nunca antes en mi vida me había puesto unas y había ido así.

Dice Adonis que estoy increíble, pero yo creo que todo es demasiado.

—Es mi pequeña —contesto con sinceridad a su pregunta—. Las mamis lo pasamos mal cuando nuestras cachorras están enfermas.

Adonis sonríe porque le hace gracia cómo hablo de ella. Parece que me entiende perfectamente.

—Estará bien —asegura él—. Tu madre se encarga. No hay mejor cuidadora para ella.

—En eso te doy la razón. Espero que mañana la niña ya empiece a encontrarse mejor, pobrecita.

—Seguro que sí. —Adonis acaba de proceder con el broche trasero del vestido—. ¿Estás nerviosa por esta noche, Ares? —Me da la vuelta y me toma de la cintura.

—Es la primera vez que tengo ganas de ir a un juego báquico porque sé que va a ser el último —reconozco pasando los dedos por esa camiseta transparente y negra que lleva. Muy del estilo de Måneskin. Parece un amo salvaje con ese pelo negro y rizado, su *atrezzo*, incluso su maquillaje… Solo le falta una mazmorra. Y una sumisa. Porque ambos sabemos que, aunque he tenido que dejar que me hiciera de todo, yo no lo soy.

Siento un poco de ansiedad porque esta nueva situación me da qué pensar. Nunca sabré qué tiene Adonis en mente, jamás lo sabré del todo, pero cuanto más nos acercamos al final, más me pregunto qué va a pasar con nosotros cuando esto acabe. Y no quiero preocuparme, no quiero volverme ansiosa, pero tengo esperanzas y no sé si me equivoco al tenerlas. Sé que él siente cosas por mí, que se preocupa

por mí…, pero ¿me elegiría más allá de la Corte? ¿Querría estar conmigo después de todo esto? Porque yo sí lo elegiría a él. Y es una locura, lo sé y, sin embargo, no soy capaz de llevarle la contraria a mi corazón. Si le dijese a Adonis que lo quiero, que estoy muy enamorada de él y que quiero que estemos juntos, tengo la sensación de que saldría corriendo.

Es más, para mí, pensar en que siento todo esto hacia alguien también me impresiona, pero estoy muy lejos de querer darle la espalda.

—Solo estoy ansiosa. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —Me acaricia las caderas.

—¿Tú cómo estás? Después de todo lo que nos ha contado la madre Mariagna… entiendo que… —le acaricio el cuello con ambas manos— hay mucho que asimilar.

Él se humedece el labio inferior y se encoge de hombros de aquella manera que en un hombre como él me parece más efusiva de la cuenta.

—Me parece un milagro que ese rey no diera conmigo después de todo lo que le hizo a mi madre, por eso creo que, de algún modo, yo también he estado extrañamente a cubierto y resguardado. A pesar de que en la Murtra un sigilo protegía al monasterio de los demonios, vine al mundo.

—No es una lectura negativa —señalo, pasando la punta de los dedos por ese increíble surco que tiene en la barbilla—. Eres un protector. Un agatodemon por derecho. El mío, Adonis.

—Tienes demasiada fe en mí, *bella* —susurra con ojos brillantes y me besa la punta de los dedos.

—Y tú siempre has temido lo peor de ti mismo.

—Puede. Pero no me ha ido nada mal. —Sonríe con timidez.

Ambos nos quedamos mirando fijamente, imantados en las profundidades de nuestros ojos. A mí no me engaña, ya no. Sé cuánto ha sufrido. Ha pasado demasiados años creyéndose parte de los malos. Pero no lo es. Y si lo fuera, como él mismo dijo, es solo el mal necesario, para vencer al auténtico.

—Prepárate para cualquier cosa esta noche, ojos lilas —me

recomienda. Ay, joder… Hay algo en él que hace que sufra, pero no por mí, sino por él mismo—. Es nuestra última noche y ellos no pueden sospecharlo. Si fuera por mí, hoy ya no iríamos, pero necesitamos un último golpe para que todo se mueva como las fichas de dominó que queremos.

—¿Ha cambiado en algo el objetivo final? —pregunto un poco angustiada.

—No. Ya te lo dije —admite con la misma fijación—. Quiero a la Cúpula y al Rey. Los quiero bajo tierra a todos. Aunque no pienso ponerte en peligro para conseguirlo. Por eso, antes debo tenerlo todo muy bien atado.

—¿Vas a esperar al Backheia?

—Quiero acabar con ellos en el Backheia, sí, eso ya es innegociable. Me estás ayudando, estás siendo mi compañera perfecta, pero no contaba con que pudieras convertirte en el capricho de ellos. No voy a exponerte más. Hasta entonces, no vamos a relacionarnos ni a mezclarnos en sus juegos. No les voy a dar oportunidades para que puedan disfrutarte. Tú tienes que estar a salvo. Lo que nos ampara es nuestro anonimato, nuestra tapadera. No debemos arriesgarla más, y menos cuando sientes tan cerca al Demogorgon.

Trago saliva y desvío la mirada. La determinación en sus ojos amarillos es brutal e intimidante.

—Tenemos —le dejo claro, recordándoselo—. Tenemos que estar a salvo los dos, Adonis.

Él asiente lentamente.

Él manda.

Si Adonis ha tomado esta decisión respecto a nosotros y cree que es mejor dejar de jugar con ellos y de asistir a los juegos báquicos hasta que acabe el Sabbath, y más con lo que tiene planeado, yo, como su acompañante y su virtuosa, no le llevaré la contraria.

A estas alturas, sabe mucho más que yo de todo y casi siempre ha ido un paso por delante del resto.

—Esta noche solo —me asegura—. Solo queda esta noche. Después, ya se verá.

—Sí —acepto.

—Bien. —Besa mi frente y habla contra ella—. Estás preciosa, señorita Parisi. —Se aparta y me mira—. ¿Vamos? —Me ofrece el brazo.

Acepto y me cuelgo de su codo.

Esta noche todo se siente diferente. Tal vez porque no es lo mismo asistir a un juego sabiendo que te queda mucho por delante, a participar en él con la certeza de que no vas a rodearte de esos demonios nunca más.

La loba que, según la leyenda, amamantó a Rómulo y Remo se llamaba Luperca. En este evento báquico, habrá hombres, llamados luperci que podrán azotar con correas de cuero con forma fálica a las mujeres que corretearán, deseosas de encontrarse con el dios Fauno, Luperco, por los bosques de la nueva mansión a la que nos estamos dirigiendo. Un lugar al que han llamado El Lupercal. Excepto en Titus y en el Abismo, no sabemos dónde nos cita la Corte hasta unas horas antes en las que debemos prepararnos.

Adonis dice que las correas con las que supuestamente azotarán a las futuras aspirantes a «entusiastas» dejarán marcas en los cuerpos de las chicas y que, para la Corte, eso las purificará y las preparará para ser fértiles para Bacus en su aparición final. Es una noche obscena para tener sexo, como siempre.

Esos son los datos que me ha facilitado Adonis y que obtuvo de boca de Drugia cuando aún creía que él iba a ser de ella. También me ha dicho que los hombres que perseguirán a esas chicas son miembros aliados de la Corte, aunque muchos de ellos no formen parte directa de ella. Así que me imagino a diferentes camarillas controladas por los demonios y pienso que, esta noche, si Hugo siguiese vivo, él estaría aquí, queriendo ganarse un lugar de honor entre los sátiros y los faunos de Bacus.

Sin embargo, también me ha advertido que estamos en pleno ojo del huracán, en el centro de la diana, y que es muy posible que tengan algo preparado solo para nosotros. Él conoce las personalidades de estos individuos, los ha estudiado a fondo y sabe que no cesarán en su

empeño de seguir comprobando que estamos de su parte y que soy, según ellos, una «entusiasta de Bacus» real. Lo que estoy es entusiasmada con la posibilidad de hacer que todos ellos paguen. Pero eso aún no lo puedo revelar.

En el coche, Adonis no me ha soltado la mano en ningún momento. Está muy sereno por fuera, pero sé lo inquieto que se siente por dentro porque, esta noche, aunque tendrá sus juguetitos de última generación grabándolo todo y a pesar de tener a un predador como Nico protegiendo nuestras espaldas, no puede controlar los acontecimientos que vayan a suceder. No es Dios, no puede estar en todas partes, aunque sepa adentrarse muy bien en las mentes de sus presas.

Quisiera decirle que todo va a salir bien porque creo en Vesta y en que ella de verdad está cuidando de mí a su manera. Ya me lo ha demostrado con creces. Unos creerán en la Virgen; otros, en Jesús; otros, en Dios y luego muchos ofrecerán su culto a otro tipo de dioses, incluso a demonios. Yo creo sinceramente que Vesta me eligió a mí. Ni siquiera fue mutuo. Pero tenemos una relación matriarcal y de sororidad y no me va a dejar sola.

Aunque eso no quiera decir que esta noche todo vaya a ser un camino de rosas. Es evidente que nada es fácil para nosotros en la Corte, pero espero que salgamos airosos de cualquier conflicto, como hasta ahora lo hemos hecho.

Además, debemos hacerlo. Según Adonis, no tendremos que interactuar más así con ellos después de hoy. No sé qué tipo de cálculos tiene en mente, pero queda la Floralia y la Noche de las Bacantes, que aún no tiene fecha, antes del culmen en el Backheia. Desconozco qué es lo que tiene pensado hacer o decir para que no debamos aparecer más en los juegos báquicos.

Pero tenga lo que tenga en mente, no va a cambiar su destino final: llegar al Backheia con todo listo y preparado para agarrar por los cuernos al demonio que él busca con tanto ahínco y quemarlo de arriba abajo. Eso si no lo descubre antes.

Cuando llegamos al Lupercal, esta vez sé que estamos más alejados de Badalona de lo que pensaba. Esta parte montañosa queda más allá de Sant Fost. Nos obligan a dejar los coches en un descampado

adecuadamente rodeado de coníferas y frondosas. Es obvio que todo lo relacionado con la Corte goza de carácter ritual y teatral. Por eso, cuando bajamos del coche, nos encontramos con el Demogorgon de pie en el centro de la llanada, con su increíble máscara esquelética de demonio ya característica de él y con la actitud de un urbano dueño del bosque, pero mucho más intimidante y tenebroso. Se apoya en su báculo inseparable y mira al frente. Hace creer que observa a todo el mundo, pero tengo la impresión de que solo nos busca a nosotros.

Hasta que nos ve.

La sensación cuando le miro siempre es la misma: todo mi cuerpo se pone en guardia y siento rechazo inmediato hacia su persona. No se me olvida que mató a una chica delante de mí hace unos días. Sé que ha sacrificado a muchas personas más para sus juegos macabros. Y el megalómano aún piensa que no las ha matado, que viven en él.

No se me va a olvidar en la vida lo que vi y sé que cuando todo esto pase, necesitaré asumir las cosas, llorar mucho, alejarme de esta necesidad que tengo de provocarle daño, buscar ayuda espiritual y emocional y entender que pude escapar muchas veces de un ser como él. Pero ahora no. Ahora solo necesito observarlo como si su presencia no me molestase y jurarme que conseguiremos que pague. Por todo y por todos.

—Buenas noches.

Ahí está Drugia. Esta es otra que tiene un imán cuando ve aparecer a Adonis. La miro por encima del hombro y le sonrío con dulzura. Me sigue pareciendo escandalosamente atractiva, pero también muy mala. Todas las mujeres de la Corte son hermosas y es terrible pensar que, en el fondo, si conocen todo lo que se hace en ella y lo aceptan, entonces también tienen maldad y son cómplices.

Drugia lleva unas correas de cuero cruzadas desde el hombro derecho a la cadera izquierda, un vestido de color carne completamente transparente que deja ver su cuerpo en todo su esplendor menos por las pezoneras y el tanga. Que vayamos de un modo parecido hace que me sienta mal conmigo misma, porque no tengo nada que ver con ella.

Su pelo naranja y corto está recogido en un moño pequeño y tiene

los labios muy rojos y brillantes.

—Buenas noches, Drugia —la saluda Adonis antes de darle un beso educado en la mejilla. Ella espera que sea en la boca y mucho más allá. Pero el nuevo miembro de la Élite ha cambiado el rol con ella. Adonis ya es un rey de pleno derecho y me tiene a mí como virtuosa.

—Hola, querido. Señorita Parisi —me saluda con un gesto de la cabeza—. Esas trenzas te quedan muy bien.

Sé lo que pretende. Sé lo que está haciendo. Sabe que mi encontronazo con Daisha ocurrió porque él se lo ha debido explicar. Lo que no entiende es por qué Adonis no protege mi honor y a la única conclusión que llega, incorrecta por su parte, es que yo no le he dicho nada a mi vir sobre lo sucedido.

¿En qué lugar me deja eso? ¿En alguien de fiar? ¿En alguien que no busca conflictos? ¿En una mujer que respeta los juegos báquicos lo suficiente como para no querer tener problemas ni mancharlos con este tipo de comportamientos impropios?

Drugia y Daisha querían que Adonis y yo nos separásemos por móviles absolutamente egoístas y caprichosos y por cuestiones de ego.

Pero no ha pasado nada desde que Iban intentase agredirme e inocularme en su casa. Y eso los tiene desconcertados. Además, debe de sentir curiosidad por cómo lo dejé inconsciente si es que Iban lo recuerda.

—Buenas noches, Drugia. —Agacho la cabeza como si saludase a una princesita—. Tú también estás hermosa.

Ella suelta una risita soberbia por la nariz.

—¿Vais a querer jugar solos esta noche otra vez? O, por el contrario, ¿aceptáis compañeros de juego?

Miro a Adonis de soslayo porque no es correcto que yo responda.

—No aceptamos compañeros de juego… —contesta él y le dedica una mirada condescendiente que ella rechaza—. La señorita Parisi y yo preferimos disfrutar solos el uno del otro.

Drugia sonríe, pero lo mira como si fuese tonto. Y yo solo tengo ganas de borrarle la expresión de un bofetón.

—No seas ingenuo. Sabes que, en el fondo, todos disfrutamos de todos. Se nos permite mirar y eso ya nos hace gozar. —Mira alrededor

—. Todos saben quiénes sois y lo que sois capaces de hacer. Es evidente que muchos querrán estar donde vosotros por si volvéis a encender un fuego. Y eso sería algo inaudito. —Me lanza una mirada de arriba abajo—. Os quieren ver.

Adonis se encoge de hombros y sonríe.

—Tienen buen gusto. No les culpo. —Me guiña un ojo.

Yo le devuelvo la sonrisa, pero ni pizca de gracia me hace. No obstante, he entendido que soy capaz de hacer lo que sea mientras lo haga con él, porque Adonis tiene la energía y la habilidad de crear una burbuja y de aislarme mientras me toca. Es como magia, y poco me importa si es negra u oscura. Para mí, es como si estuviésemos solos.

—Los luperci y los príapos están listos —murmura la demonia mirando al frente mientras el Demogorgon da uno de sus discursos evocatorios y se alimenta de la atención de todos—. ¿Sabes quiénes son los luperci, señorita Parisi?

—Conozco la historia. Y ya veo que vas a ser una luperca. —La observo y fijo los ojos en las correas—. ¿Te gusta azotar, princesa Drugia?

—Me encanta. Y me encantaría azotarte a ti y ver cómo tu cuerpo recibe la *februatio* y la piel se te vuelve lila de cardenales. Como esos ojos que tienes.

Así que los azotes van de eso… De marcar el cuerpo de las chicas. Qué cabrones. No me va a poner nerviosa. Aunque es tan oscura e inquietante que es fácil percibir lo peligrosa que es y las ganas de hacer daño que tiene.

—Adonis, querido, podrías ser un príapo, el hijo predilecto de Bacus —espeta elevando una de sus cejas—. Los príapos tienen miembros viriles grandes, como ambas sabemos —aclara para provocarme, recordándome que se acostaron—. Con tus dimensiones, podrías ser uno de ellos y, como rey, demostrarle a Bacus que tu mujer también es de él, como él deja que sus mujeres también sean tuyas.

Dios. Le tengo un asco a esta mujer… No la aguanto.

—No estoy interesado.

—No estás comprometido oficialmente para alardear de exclusividad —espeta ella mirando al frente y exhalando como si la

diatriba le aburriese.

—No hace falta. A la señorita Parisi no se la toca —contesta él y le dirige una mirada de advertencia.

—Entiendo que, al estar tan revalorizada ahora, quieras alardear de ella tú solo. Pero ¿podremos disfrutar de ti las demás? —dice provocadora.

—No —contesto yo sin pensarlo.

Drugia abre mucho los ojos, ofendida, y Adonis me mira muy enfadado.

—¿Cómo se atreve a contestar por ti? —dice rabiosa—. ¿Ese es el respeto que te tiene? Daré cuenta de ello a los Reyes.

Adonis va a mirarme como si quisiera castigarme, lo sé. Y también sé que va a ser ofensivo y que necesita marcar terreno frente a la demonia para que vea que no tengo ningún predominio sobre él. Los vires se respetan, son dueños y señores, y las virtuosas, aunque les ayudan en muchas cosas y también son respetadas por ellos, deben ser sumisas. Jamás activas, como yo he sido.

—Señorita Parisi. —La voz de Adonis suena cortante—. Tú no decides sobre mí o sobre lo que quiera hacer. Si me apetece follar con Drugia o con cualquier otra, lo haré. Mis dones y mis atributos son de Bacus y se deben a él. Soy tu vir, no lo olvides. Ni tu marido ni tu novio. Haré lo que me apetezca hacer. Tú solo limítate a obedecer mis designios.

La expresión de Drugia es de satisfacción total. Y también de admiración hacia Adonis porque que él haya reconocido abiertamente la posibilidad de volver a estar con ella le abre la puerta a que mantenga la esperanza.

A mí la rabia me obliga a morderme el interior del carrillo derecho y los ojos se me enrojecen porque quiero llorar. Me ofende que me hable así, aunque sea un papel.

—Bien dicho, Adonis. —Asiente Drugia y me mira con condescendencia—. Pequeña, no olvides tu lugar. Y recuerda que si tu vir y yo ya hemos estado juntos, podemos volver a estarlo. Ni su cuerpo ni su corazoncito son tuyos. No estáis comprometidos ni casados. Eso lo deja absolutamente libre. Tú eres su posesión, pero él

no es tuyo.

Aprieto los dientes con frustración sin que ella lo advierta. Dejo de agarrar el brazo de Adonis porque ahora estoy furiosa y enfadada con él. Y también conmigo misma por dejar entrever el sentimiento de pertenencia que aflora en mí y ponerle en bandeja a Drugia la posibilidad de avergonzarme.

—Estaré en el interior del bosque —le dice a Adonis—. Hay cuevas donde los luperci y los príapos jugarán con las entusiastas. Pero si me buscas, me encontrarás en los altares. Creo que los Reyes y el Demogorgon os quieren allí. Tu señorita Parisi sigue siendo una atracción poderosa para la Élite, querido. Dales el gusto.

—Gracias por la información, Drugia. ¿Dónde están Daisha y Belial?

Drugia pasa la punta de sus dedos por sus hombros musculosos y contesta:

—Daisha también está en el interior del bosque. Preparado en el interior de una de las grutas lupercales. Belial está en la zona de los altares. Él va a participar activamente con las futuras entusiastas y las parejas de virtuosos.

—Bien. —Adonis solo quería confirmar que Daisha estuviese allí—. ¿Y se sabe algo de Angol?

Drugia dice que no con la cabeza. No dispone de más información.

—Desaparecido, por ahora. Su hermano y sus padres aún esperan que aparezca tarde o temprano.

—¿Y tú?

—Yo creo que ha sucedido algo raro. Y el Demogorgon también. Angol siempre ha sido algo voluble y propenso a este tipo de comportamientos, pero es inaudito que desaparezca en los juegos báquicos.

Adonis dibuja un gesto de curiosidad y desconcierto en su rostro.

—¿Y por qué no ordenáis una búsqueda?

—Porque aún confían en que vuelva por sí solo, esté donde esté. Siempre lo ha hecho —sentencia—. En fin, nos vemos en el interior. —Drugia se acerca al oído de Adonis y le dice algo que solo él puede oír. Y después se despide de él acariciándole el trasero con levedad.

Sorbo por la nariz y miro hacia otro lado. No la quiero ni ver ni

escuchar.

Ahora tampoco soy capaz de mirarlo a él.

Cuando por fin estamos solos, el Demogorgon da el pistoletazo de salida para los juegos lupercales, pero antes invita a todos a beber vino tinto que unas chicas vestidas con ropa romana ofrecen directamente desde una jarra de barro. El fascinador quiere emborracharlos. Seguro que esas jarras también contienen afrodisiaco.

La gente de la Corte corre, como siempre, con el frenesí y la excitación corriendo por las venas, deseosa de sexo, de desmadrarse y de bacanales.

Mi humor es muy sombrío en este momento.

—Ares… —me dice entre dientes tomándome del codo—. No puedes perder la compostura así. Soy tu vir, una figura de poder. Y Drugia aún debe creer que tengo interés en ella y que mi postura contigo es solo banal y una cuestión de orgullo y ego.

Me suelto de su amarre y libero el codo disgustada.

«Una cuestión de orgullo y ego», repito mentalmente alzando la barbilla, asumiendo esas palabras como puñaladas. Nada más.

Él dice que siente cosas hacia mí. Pero no les pone nombre.

—Hagamos lo que tengamos que hacer y larguémonos de aquí —resoplo, rabiosa.

—Ares. —Me detiene con brusquedad—. Ellos tienen que creer que te estoy acompañando en el Sabbath hasta el Backheia, pero que una vez llegado el día, haré lo que tenga que hacer para satisfacer a Bacus. Es lo único que tienen que creer.

—Me ha quedado claro —respondo en voz baja—. Tengo que quedarme quietecita y hacer ver que nada me molesta… Si un día te apetece y el juego lo pide, te follas a quien quieras. Y si un día lo ordenas, yo también tendré que follarme a quien tú quieras, ¿no?

—Sí, maldita sea. Es lo que quiero que piensen para que me sigan teniendo en cuenta —gruñe mirando alrededor. No quiere formar ningún espectáculo, pero esto le va bien para mostrar autoridad—. Solo eso.

Presiono los dientes con rabia y estoy a punto de arrancar a llorar.

—Y mientras tanto, yo tengo que tragarme la mierda de Drugia.

¿Qué te ha dicho al oído?

—No tienes que saberlo. No es relevante y, además, te va a enfadar más de lo que estás. Después de esta noche, ya no tendrás que fingir de nuevo ni aguantar riñas o desplantes —me recuerda con voz rasposa—. Ahora, recomponte y avancemos por el bosque. El juego ha empezado, Ares, y todos nos miran. No lo olvides.

—No lo voy a olvidar. Tranquilo, vir —aseguro entornando los ojos.

No creo que sea bueno que Adonis y yo vayamos a participar en ningún juego sexual enfadados como estamos.

Él está furioso conmigo por haber sido indiscreta e impulsiva.

Y yo también lo estoy conmigo misma. Porque eso me expone ante él, ante todos, y deja al descubierto mis emociones y mis sentimientos cuando él sigue siendo un auténtico búnker.

No puedo darle tanta ventaja. Ni a él ni a la Corte.

Debo protegerme más, al menos, en los juegos.

Y puede que también fuera de ellos. Aunque me sea mucho más difícil.

XV

En mi imaginación las bacanales no eran tan perversas ni tan bizarras. Llevamos un buen rato paseando por el bosque mientras observamos el espectáculo, fingiendo que bebemos vino alterado, aunque solo nos manchamos los labios con él.

Los senderos huelen a vino y a hidromiel, a sudor, a sexo e incluso en algunas esquinas a sangre, por alguna carne abierta debido a un latigazo mal dado.

Cada uno de los activos y participantes van vestidos según el *dress code* exigido. Excepto las futuras entusiastas y simpatizantes, que van literalmente desnudas. Las demás, las parejas de los demonios, las virtuosas como yo, vamos engalanadas con el mismo estilo, con transparencias y con nuestras partes más nobles cubiertas. Sin embargo, de todas soy la única atrevida que ha osado a recogerse el pelo con unas trenzas más salvajes y desafiantes.

Los príapos van disfrazados de faunos del bosque con cuernos, y Drugia tenía razón. No sé de dónde han sacado a esos hombres, pero tienen miembros descomunales. Terribles. A ellas no les importa, porque a pesar de la incomodidad, parece que lo disfruten, pero yo lo veo demasiado grotesco. Los luperci, en cambio, que son los que además de follar, azotan, llevan la cara cubierta por máscaras de lobo.

A algunas de esas mujeres parece que las tomen por la fuerza y se me remueve el estómago de verlo y no poder hacer nada para detenerlos. Las violaciones y Bacus van de la mano.

—Mira al frente, Ares —me ordena Adonis en voz baja, sin soltarme. Está tan incómodo como yo, pero él tiene una fijación superior a cualquier escrúpulo. Quiere cumplir con lo que tengamos

que hacer, iniciar su plan, sea el que sea, y después, irnos.

—Les hacen daño —gruño con desaprobación a todo este espectáculo. Allá donde mire, en cualquier rincón del bosque donde pose mis ojos, hay dos hombres con una mujer. Un luperco y un príapo.

Adonis niega con la cabeza y me intenta transmitir tranquilidad.

—Les han dado afrodisiaco en las bebidas —baja la voz un poco y me habla al oído—. Mírales los ojos a todos. Solo sienten placer, están idos, absortos en el gusto y el vino de Bacus. Así son las Lupercales. Así son las bacanales.

—¿Y las entusiastas están de acuerdo? ¿No hay ninguna que esté aquí a la fuerza?

—Como te dije, hay simpatizantes de Bacus que adoran estas festividades, pero no tienen que ver con la Corte, solo con el culto. En el Abismo, por ejemplo, hay clientes que no son de la Corte, pero que creen en el sexo báquico como una puerta a la liberación. Y a la Corte le gusta mezclarse con los más vulgares mundanos y verlos follar entre ellos como salvajes, como la plebe que son.

—Pero esto no es sexo báquico —repongo—. Si están idos…, si no son conscientes, ¿cómo van a encontrar ese abismo al que quieren acceder? Esto es solo sexo por sexo. Y no de cualquier tipo. Es barbárico y animalesco. Además…, ¿son dos hombres para una mujer en todos los casos? ¿De qué va la noche de las Lupercales? —insisto cada vez más intimidada—. ¿De dobles penetraciones?

—Esta noche Luperco y Príapo toman a las mujeres —contesta sin más.

Mi garganta se seca y me tenso por completo.

—Prométeme que no va a tocarme nadie más. Me da igual que sea una mujer. No quiero que nadie me toque. Solo tú. —Él presiona los labios con rabia y me mira ofendido, pero yo continúo—: Drugia te ha dicho algo y seguro que tienen algo preparado. Si esa perra de pelo naranja se atreve a…

—Ares. —Adonis me atrae con ímpetu contra él y me abraza con fuerza. Lo hace para guardar las apariencias, para que vean que nos tocamos y que estamos bien y porque quiere hablar contra mi cuello

—. ¿De verdad crees que dejaría que ella te hiciese algo?

—Espero que no. Pero como tú has dicho, harás lo que tengas que hacer para mantener tu estatus en la Corte —contesto embriagada de su olor. Aunque eso no va a hacer que me calme—. Solo dímelo, dime qué va a pasar ahora. Odio no estar lista para estas cosas. Porque si sé a lo que me enfrento, también puedo concienciarme y reaccionar ante ello.

—Tenemos que ir a los altares —me explica Adonis—. Nos esperan allí. Drugia me ha dicho que tienen un regalo para nosotros y para la única y auténtica entusiasta que ha aparecido en la Corte en las últimas décadas.

Me aparto para mirarlo fijamente, pero él me lo impide.

—Hay cámaras y micros por todos lados. Están camuflados entre los árboles —me informa—. Es mejor que hablemos así. —Me pasa las manos por las caderas hasta dejarlas reposar sobre mi trasero. Adonis tiene carta blanca para hacerme lo que quiera, pero no me sienta bien que me lo haga cuando estoy enojada—. Quieren que lideremos la Lupercalia con los miembros de la Corte.

—¿Y de qué se trata? Porque te juro que no pienso degollar a ningún animal y ni mucho menos adorar el miembro de nadie.

Él me sujeta de una de las trenzas y me besa el cuello.

—No lo sé. Pero sea lo que sea, vas a tener que confiar en mí y hacer lo que te diga. Te doy mi palabra de que no pienso ponerte en peligro. Tanto tú como yo nos vamos a exponer. Ya sabes lo mucho que les gusta los escaparates a los Reyes y al Demogorgon.

—¿Y si no estoy preparada?

—Lo estarás. Hemos estado entrenando, *piccola.* —Vuelve a darme un beso fugaz y se aparta—. ¿Confías en mí? A pesar de estar cabreada y de que te haya molestado lo que te he dicho hace un momento. —Es un tipo listo. Al menos se da cuenta de cuándo mete la pata—. ¿Confías en mí?

—No me queda otra.

—No. —Me da una cachetada en el trasero, y yo abro los ojos consternada.

—Oye, ¿qué crees que haces? Eso escuece. Vuelve a hacerlo y te

vacío los huevos.

—¿Confías en mí? Dime sí o no. —Sus ojos, más claros y amarillos que nunca, sonríen ligeramente, pero están tan ansiosos como los míos.

Al final, muevo la cabeza en un gesto afirmativo y respondo:

—Sí. —Porque, en el fondo, aunque no tenga otra opción, sí confío mucho en él. Más que en nadie más.

—*Bene.* Ahora, vamos. Sigamos la música y llegaremos a los altares.

Adonis me da un leve tirón de la mano y avanzamos por el interior del bosque hacia una zona donde hay un resplandor muy extraño. Cuando llegamos al descampado, todo el lugar está iluminado con focos azules, de esos que hacen que los ojos y los dientes se vean muy blancos. Es una luz extraña, cambiante, que baña los cuerpos de los miembros de la Corte y de sus virtuosas.

Hay diez altares como los de la Liberalia dibujando un círculo. Los vires y sus virtuosas tienen sexo sobre las plataformas y Drugia tenía razón: Belial forma un trío con una pareja. Cuando este me ve, me sonríe libidinoso mientras mete el miembro desnudo en la boca de la virtuosa que, al mismo tiempo, está siendo penetrada por su vir. En cada uno de los altares las escenas son las mismas. Drugia, al ser una demonia y, al mismo tiempo, una *domina*, tiene a dos de sus esclavos, un luperco y un príapo, para ella sola que le hacen todo lo que ella ordene. Uno de ellos tiene la cabeza entre sus piernas y el otro le está chupando los pechos.

Son todos unos exhibicionistas. A ninguno les importa desnudarse para disfrutar del sexo ni que otros vean su disfrute. Siempre he creído que eso era algo íntimo y que, si se compartía con esa falta de escrúpulos con los demás, dejaba de ser especial y se convertía en algo absolutamente vulgar. Como aquello que está al alcance de todos y no porque no valga la pena, sino porque al final, los demás dejan de darle el valor que en realidad tiene.

Mi pareja es exclusiva. Yo soy exclusiva de mi pareja.

Pero esto es vicio y puterío.

Es una noche dual. La mujer recibirá a dos hombres a la vez: uno representará al hijo de Bacus y el otro, al dios protector de la

fertilidad y los rebaños. ¿Y qué es la Corte sino un rebaño adorador de Bacus?

Los reyes están sentados en sus tronos con sus mujeres sentadas sobre sus piernas comiendo uvas, como emperadores romanos. El Rey Bael y su esposa Baalat esperan con paciencia a que Adonis y yo entremos en el centro del círculo.

Entonces advierto que en él hay un altar vacío más grande que los otros. Pero no es un altar cualquiera. En la superficie yace incrustada, estirada boca arriba, la figura de bronce a tamaño real de Fauno, de un sátiro. Uno que he visto otras veces sujetando uvas y sirviendo vino. Podría ser Bacus, un hijo suyo, un sátiro o un demonio de su Corte. Pero es alguien que representa el mundo báquico, por las patas, los cuernos y la flauta que sujeta en una de las manos. Sus pies y sus piernas musculosas y grandes son de un macho cabrío. Tiene unas orejas puntiagudas que sobresalen de entre su pelo largo y unos cuernos prominentes en la frente. Su cuerpo es grande y bien definido, lleno de tantos detalles que parece real. Está apoyado en los codos y mira al frente con una medio sonrisa sátira que su barba no esconde.

Y de entre sus piernas, emerge un falo muy erecto, venoso, que parece de silicona pero que es muy real.

—¡Bienvenidos, por fin! —exclama el Demogorgon, que está justo al lado del altar teñido de esa luz de radiación electromagnética.

Cuando veo la puesta en escena y observo el panorama, advierto con todo el disgusto del mundo que este altar es para Adonis y para mí. No quiero creer que lo que estoy sospechando es lo que nos tienen preparado.

Adonis sonríe y saluda a todos los que nos aplauden y nos vitorean.

Yo hago lo propio, pero con más timidez. Menos mal que no sienten cómo estoy por dentro ni lo que pienso de todos ellos.

Cuando llegamos hasta el Demogorgon, las luces titilan y una música épica que no sé de qué altavoces sale envuelve mis oídos. Siempre me dejará boquiabierta la capacidad que tiene la Corte para hacer inmersión con sus puestas en escena. Es como si trajeran el Infierno a la Tierra. La caracterización, la iluminación, la logística, los altares y la predisposición de todos a cruzar las líneas permitidas

hacen que me sienta, más que nunca, entre verdaderos demonios.

El Demogorgon se planta ante nosotros con un cuenco dorado lleno de un líquido rojo. Sé que es sangre por lo espeso que es.

—Una vaquilla ha sido sacrificada para Bacus —admite hablándome a mí directamente. Siento que me retuerzo y que grito por dentro—. Esta sangre os marcará como la ofrenda sexual para Luperco y para Bacus. Estamos todos deseando veros y que forméis parte de esta Lupercalia sin igual. —Abre los brazos y señala todo lo que nos rodea —. Sabemos que el vir Adonis no quiere compartir a su virtuosa. Pero a esto no se negará. —Sonríe y señala la figura que hay postrada en el altar—. Queremos ver si la señorita Parisi tiene la capacidad de volver a prender el fuego báquico, esta vez, teniendo a Luperco —señala la figura— y a su Príapo —señala a Adonis— en su interior.

Siento cómo Adonis se llena el pecho de aire y cómo lo suelta con suavidad. Yo no debo decir nada, no puedo decir que me niego a hacerlo porque como virtuosa, solo Adonis puede responder por mí. Ojalá dijese que no. Solo de pensar que ese consolador esté dentro de mí hace que me sienta sucia. Pero eso no va a ser lo más intimidante. Adonis me ha ayudado a ejercitar los músculos de mi trasero, pero nunca hemos practicado sexo anal juntos, solo con juguetes.

—Queremos que la señorita Parisi acoja a Luperco y que esté de cara a él. Tal vez, él prepare su útero para que, en un futuro, sea fértil y nos dé muchas alegrías.

Me muerdo la lengua a riesgo de morir envenenada porque no puedo decir todo lo que pienso de su idea de la fertilidad.

Eso ya me ha dejado clara la postura que debemos adoptar. El corazón me va a mil por hora. ¿Y si no soy capaz? Se supone que las virtuosas están perfectamente entrenadas para complacer de todas las maneras a su vir, pero Adonis nunca me lo ha hecho así porque no ha querido hacerme daño ni presionarme de más.

Y ahora, pensar en que debamos hacerlo de este modo delante de todos hace que me hierva la sangre.

—Estaremos encantados de darle a la Corte y a Bacus, nuestro señor, su espectáculo —contesta Adonis solemne y muy orgulloso de la oportunidad—. Y que vuelva a ver con sus propios ojos cómo hay

una entusiasta real.

Miro a Adonis de reojo y me obligo a sonreír de nuevo, más complaciente.

—¿Y tú que dices, señorita Parisi? —me pregunta el Demogorgon—. Debe ser todo un motivo de orgullo para una virtuosa novicia levantar tanta expectación en la Corte.

Ambos nos miramos sin parpadear. Al Demogorgon le gusta la sangre, olerla y, sobre todo, le gusta hacer sangrar. Aunque aún no sabe cómo hacerme sangrar a mí, percibe que no estoy cómoda. Porque como buen brujo, tiene intuición emocional.

—Yo acato cualquier cosa que me pida mi vir y si es para honrar a Bacus, mejor aún.

La respuesta ha provocado un aplauso entre todos los miembros, que siguen follando como si no hubiera un mañana. No sé cómo les da tiempo a hacerlo todo.

—Entonces, por favor, no pierdas el tiempo y disfrutad del interludio múltiple. Queremos ver cómo llevas a tu virtuosa hasta el fuego.

El Demogorgon se aparta con una reverencia y se ubica a solo dos metros de nosotros.

Que este individuo vaya a ver cómo Adonis y yo tenemos sexo con la figura de Luperco hace que tenga ganas de salir corriendo de aquí.

Hasta que Adonis me toma de la cintura, me da la vuelta y sus ojos se imantan a los míos.

Se encarga de que solo lo mire a él, de que solo me importe él. Sus ojos me ruegan que lo escuche, que me aísle de todo.

—Lo siento —se disculpa de antemano y eso es suficiente para saber que lo va a hacer lo mejor que sepa y que va a tener cuidado conmigo. Me sabe mal verlo en una situación tan delicada.

A él tampoco le gusta lo que va a pasar, pero para seguir en el juego, hay que obedecer.

Él tiene un poder especial y fascinante muy difícil de ignorar o esquivar. En cuanto hace contacto visual conmigo, ya me tiene. No sé si es su energía. No sé si es algo genético suyo, pero me absorbe y anula cualquier miedo o temor que pueda tener y lo convierte en una

virtud a nuestro favor.

Adonis toma mi rostro con ambas manos, las tiene muy calientes. Une su frente a la mía y me dice solo para que yo lo oiga:

—Solo estamos tú y yo. Imagínate que estamos tras las puertas de Adriano, dedicándonos a disfrutar de nuestros juegos. —Yo asiento, y dejo que su voz me meza—. No hay nadie más. Solo nosotros —me repite—. Solo yo, tocándote, besándote, acariciándote y adorándote, como hago siempre. ¿Vas a dejar que te adore ahora?

Digo que sí con la cabeza y me humedezco los labios.

—Bien, nena —me dice con cariño—. Sabes que no te haré daño. Que, en la medida de lo posible, voy a hacer que disfrutes de esto.

—Vale… —susurro—. Tú bésame, vir…, y encárgate de todo lo demás.

Los hermosos labios puntiagudos de Adonis, el superior un pelín más grueso que el inferior, se curvan para dedicarme una sonrisa satisfecha con hoyuelos que esconde una promesa: va a hacer que esta mierda merezca la pena.

Y en cuanto me besa, es como si recibiera un chute de esa droga que hace que me relaje y me encienda solo para él.

En mi mundo, en esta diminuta parcela de la montaña, no hay nadie más que no sea él. Si hay mirones, que los haya. Si se masturban con lo que ven, que lo hagan. Pero yo ya estoy en otro lugar. En un paraíso de carne, hueso y labios que solo puede crear el demonio que me hace arder.

Y es increíble.

Adonis me acaricia con su lengua y yo cuelo la mía en su boca. No hay nada que decir. Solo sentir.

Nuestro beso se vuelve voraz y estoy convencida de que él tiene que estar sumido en el mismo hechizo que yo.

Sé que no me va a dedicar palabras bonitas ni cariñosas, porque eso sería revelar demasiado a la Corte. Tiene que fingir que solo soy su virtuosa del momento. Y no ese algo más que él ha reconocido que soy para él, aunque no sepa explicarse mejor.

Y si tiene que ser solo sexo entre nosotros aquí y ahora, que lo sea. Importa hacerlo bien y la supervivencia.

No me he dado cuenta, pero Adonis me ha tomado de las axilas y me ha sentado sobre el altar. Debajo de este, como en los del resto, hay leña y supongo que la plataforma, también tiene por debajo ese tipo de panel de inducción como el que ambos incineramos en la Liberalia.

La música se oye bien alta, tanto que desdibuja los gemidos de la gente.

—Quiero que me mires solo a mí —me ordena Adonis cortando el beso y colocándose entre mis piernas.

—Sí.

Él vuelve a besarme y cuela sus manos por debajo del vestido para acariciarme los pechos de ese modo en que tanto me gusta.

Me encanta cómo introduce su lengua en mi boca y cómo baila pausadamente con la mía.

Es extraño, porque nunca he tenido el control con Adonis. Jamás. Y lo acepto, me parece bien. Él teje esa brujería a nuestro alrededor que nos esconde de los ojos de todos, aunque estén ahí. Sus manos son rápidas, y él también. Me ha abierto los muslos, se ha agachado entre mis piernas y ahora, tras levantarme la falda del vestido rojo y negro liviano y vaporoso, acaba de retirarme la tira del tanga y ha posado toda su boca en mi vagina. Sigue cubriéndome los pechos otra vez mientras me lame y me succiona en mi parte más íntima. Yo abro las piernas más para él y me muerdo el labio inferior para no gemir, porque no quiero regalar ni un gemido a nadie que no sea Adonis.

Su lengua es rápida, turgente y resbaladiza, y hace estragos en mi sexo. Me deja en un limbo donde el tiempo y el espacio se han perdido por completo.

Sé que estoy preparada para él, pero continúa con su deliciosa tortura y solo se detiene cuando él considera.

Entonces se levanta y me cubre. Siempre se preocupa de que nadie me vea más expuesta o desnuda de la cuenta, y eso hace que me enamore más de él. Se vuelve a ubicar de pie entre mis piernas para decirme:

—Haz lo que te digo. Colócate a cuatro patas encima de Fauno y posiciónate sobre el consolador. Es de silicona, no es duro, así que no

te va a hacer daño —me explica mientras cuela sus dedos entre mis piernas y se embadurna las yemas con mi humedad.

Yo asiento. Me doy la vuelta y repto sobre el cuerpo imperial y musculoso de Luperco para quedarme ubicada con la entrepierna sobre el falo. Oigo a Adonis subirse al altar y colocarse de rodillas sobre la superficie. Sus manos me sujetan por la cintura y pega su torso duro y musculoso a mi espalda.

—Solos tú y yo —me repite—. Nadie más. —Sus labios recorren mi cuello y hace que se me erice toda la piel. A continuación, me guía poco a poco para bajar el trasero—. Sujétalo tú e introdúcetelo con cuidado hasta que estés cómoda.

Trago saliva y hago lo que me dice. Agarro el pene suave de silicona y lo guío hasta mi entrada. Estoy húmeda y no cuesta que se deslice en mi interior. Es un tamaño bastante grande, pero no es Adonis. Apoyo las manos en el pecho de Luperco inspirando profundamente y siento cómo Adonis me sube el vestido por encima de las caderas. Apoya rápido el pubis en mi trasero para que nadie mire ni vea. Su boca queda junto a mi oído y una de sus manos se apoya en el cuerno metálico de Luperco como si se lo quisiera arrancar.

—Está bien… Me voy a deslizar dentro de ti por detrás. Te va a impresionar y puede que te duela un poco. Vas a sentir que estás demasiado hinchada, te va a tensar y sentirás quemazón, pero se te pasará —murmura mientras hidrata su pene con mi humedad—. Voy a hacer que te guste.

Dios…, no debería sentirme excitada. Pero lo estoy. Siento la parte de delante rellena y no sé qué va a pasar cuando Adonis se mueva por atrás. Nunca lo he recibido.

—Señorita Parisi —gime en mi oreja—. ¿Estás preparada?

—Sí.

Adonis me obliga a levantar un poco más el trasero y siento cómo empieza a presionar sobre mi ano. Y sí, él es mucho más grande que cualquier dilatador que haya probado. No pienso mirar al dios a la cara, solo quiero imaginarme a Adonis llenándome por todos lados.

Y no sabía que eso iba a pasar tan deprisa. Pero cuando sus dedos me acarician el clítoris por delante y su pene empieza a empujar por

detrás mientras el consolador se sumerge en mi interior, su vara entra y se desliza profundo hasta la mitad, en mi recto.

Me quedo muy quieta y callada y mi cuerpo empieza a temblar. Eso ha sido muy intenso y tengo que acostumbrarme. Se me han saltado las lágrimas, pero no voy a derramar ni una delante de estos sátiros ni pienso emitir un grito. A ellos les gusta el dolor. Yo no pienso regalárselo.

—Señorita Parisi, nena… Estás tan caliente y estrecha.

—Vir, con cuidado, me duele…

—Lo sé. —Él se inclina sobre mí, me protege como una cúpula y empuja un poco las caderas para meterse unos centímetros más en mi interior—. Oh, joder… Así. ¿Dónde te duele?

—En todos lados.

—Tranquila. Respira conmigo —sugiere—. Vamos, copia mi respiración y relaja los músculos del estómago y del trasero.

—Claro, qué fácil.

—Hazlo. ¿Sientes mi corazón contra tu espalda? Sigue el ritmo. Haz que el tuyo lata igual.

Eso me parecería precioso de no estar ambos en esta situación.

Adonis se agarra a los dos cuernos de Fauno y eso hace que se interne más, pero el consolador también. Y… maldita sea, me siento muy extraña.

Ya no sé si me duele o si me gusta. Estoy hinchada y resbaladiza.

—Señorita Parisi —me susurra al oído—. Estoy dentro de ti.

—Sí… —confirmo.

—Voy a empezar a moverme, sabes que esto va a ser largo.

—Lo sé.

Pero cuando Adonis se empieza a mover en mi interior, sin salirse demasiado para no irritarme, me doy cuenta de que no sé absolutamente nada sobre mi cuerpo.

No sabía que tenía tanto aguante, que podía disfrutar de una doble penetración así, tan salvaje. Pero lo hago porque es Adonis quien lleva el control.

Siempre pensé que el cuerpo humano no estaba hecho para alojar dos miembros, pero es evidente que no debo saber mucho porque el

placer que se está arremolinando en mi interior no tiene nada que ver con nada que haya sentido antes.

Adonis me succiona el cuello mientras me penetra, me muerde el hombro, se curva sobre mi espalda y no suelta los cuernos de Fauno, como si quisiera dejarle claro que él solo es un invitado en ese baile y que el jefe es Adonis.

Y me encanta darme cuenta de cómo marca el territorio.

Mi cuerpo empieza a arder. Son sensaciones ya conocidas. Pero dejo que la llama vaya creciendo porque no quiero perderme el gusto sublime que recorre mi interior. Quiero que sea tan largo como podamos.

Estoy muy dilatada.

Pierdo el oremus por completo y me entrego a Adonis y a Fauno. El placer se hace tan inaguantable que solo puedo concentrarme en respirar. La plataforma empieza a quemar debajo de nosotros y antes de que empiece a oler el humo, mi útero y mi ano empiezan a convulsionar y a pulsar.

Oigo a Adonis decir algo:

—Me corro yo también…

Y tengo un orgasmo en una fricción inhumana en la que siento mis dos entradas invadidas. Un orgasmo que hace que vea una potente luz blanca detrás de los ojos y que mis dedos y mis manos hormigueen.

Soy muy consciente del placer, de la oleada del éxtasis, pero mientras esta me recorre, no sé dónde estoy. Sea donde sea, ya no estoy en el altar.

Tengo la sensación de que mi alma sale de mi cuerpo y de que lo veo todo desde el aire. De repente, mi conciencia se ve lanzada hacia otro espacio, viajando a la velocidad de la luz.

Y me veo en la Cerdaña, con mi hija y mi madre, sentadas en el salón mientras vemos algo por la tele. En el exterior de nuestra casa hay fuegos artificiales que podemos contemplar desde las ventanas que dan al jardín. Y, súbitamente, la puerta se abre de par en par y entra el Demogorgon. Señala a Venus con su báculo y me dice:

—La niña es nuestra.

Y cuando voy a abrazar a Venus y a sacarla de allí para que el

Demogorgon no se la lleve, ella ya no está. Ha desaparecido de mi lado. Y mi madre está muerta y degollada con el cuello echado hacia atrás. Tras el Demogorgon ahora están los Reyes de la Corte caracterizados con sus máscaras.

—Nos perteneces, Ares. Tenemos que entregarte a Bacus. —El Demogorgon levanta la palma de la mano y espera a que yo la acepte.

Pero me niego en rotundo y salgo de la casa corriendo en busca de mi hija.

Y me vuelvo tan loca y desesperada al no encontrarla que cuando abro los ojos, estoy gritando en el suelo cubierta por el cuerpo de Adonis mientras todos vitorean y aplauden a nuestro alrededor, ajenos al trance en el que sé que me he sumido y a esta experiencia que acabo de tener.

XVI

—Ares, Ares —me dice Adonis al oído—. Cálmate. ¿Qué pasa?

Pero sigo temblando. La desaparición de mi hija y la muerte de mi madre han sido muy reales. No sé qué tipo de experiencia he tenido, pero mi cerebro la cree verdadera. Sin embargo, miro hacia atrás para ver el altar, que ha prendido por completo y cuyas llamas ascienden y recorren el cuerpo de Luperco.

—¿Ha vuelto a pasar? —pregunto—. ¿Se ha encendido el fuego?

—Lo has vuelto a hacer, *bambina*.

—No, Adonis… —No quiero que nos oigan, pero se lo tengo que decir. Nadie va a prestarnos atención porque están ensimismados aplaudiendo, gritando, corriéndose y admirando el fuego en absoluta comunión y éxtasis con Bacus—. Me ha pasado algo en el orgasmo. Tenemos… tenemos que irnos. Es Venus. Tenemos que irnos ya. He visto… he visto algo.

—¡Bacus ha hablado! —exclama el Demogorgon ante el asombro y la admiración de la Corte y, sobre todo, de los Reyes—. ¡Tenemos a una entusiasta auténtica! ¡Lo ha demostrado por segunda vez! ¡Tenemos a su mujer!

Adonis me mira con preocupación y me ayuda a levantarme. Está tan confundido y asombrado como yo.

—¿Qué has visto?

—No. Aquí no. Vámonos ya —le pido.

—Sí. Espera, ten un poco de paciencia. Ya mismo nos vamos —me asegura hablándome en voz muy baja.

—Rey Adonis y señorita Parisi. —Nos señala el Demogorgon mientras el resto aún sigue aplaudiéndonos—. Por favor, venid y

acompañad a los Reyes. Queremos hablar con vosotros.

Ya me imagino lo que nos van a proponer. Quieren que Adonis me entregue a los Reyes y al Demogorgon. Ya me lo advirtió Daisha. Es evidente, lo he visto en mi visión. Pero si le proponen algo a Adonis y él dice que no, la confianza entre ellos se va a romper.

Drugia se va a morir de la rabia. Está colérica y hace rato que sus esclavos han dejado de darle placer. Solo tiene los ojos llenos de odio para mí.

Belial, con su indudable belleza rubia y otro portento físico, se acerca a nosotros, pero es el único que no parece admirado por lo sucedido. Muy al contrario, ni siquiera me mira a la cara. Hay algo en mi cuerpo que lo tiene absorto.

—Señorita Parisi —me saluda con una reverencia—. Eres una auténtica bacante. Una entusiasta.

—Gracias, Belial.

—Pero siento curiosidad sobre algo.

—¿Sobre qué?

—Ese corte que se te ve amarillo en la cadera. Es una herida reciente.

Cuando advierto lo que dice y veo la incisión provocada por el puñal de Angol expuesta a ojos de todos los que se quieran fijar, sé que ya nada va a ir bien. La luz azul hace que la herida se vea amarilla y no entiendo por qué. Me siento descubierta y ni siquiera sé la razón.

—Ah…, esto. No es nada. Solo un corte que me hice con el saliente de un cristal. Nada importante. Ya casi está cicatrizado.

Belial frunce el ceño y cuando alza sus ojos oscuros para volver a mirarme, ya no me observa de la misma forma. Es como si él no fuese la misma persona y yo, para él, ya no fuese solo la señorita Parisi.

—¿Y cuándo te lo has hecho?

—No lo recuerda —contesta Adonis cortando nuestra conversación abruptamente.

La respuesta no le gusta nada a Belial, que está a punto de dar la réplica hasta que se empieza a oír una flauta en el bosque.

Una melodía siniestra parecida al sonido del afilador.

Adonis toma mi mano y me aparta con suavidad del centro de la reunión, aunque Belial no nos quita los ojos de encima.

La flauta se oye cada vez más fuerte, incluso por encima de la música que el Demogorgon ordena apagar, curioso por la procedencia del sonido. La melodía vuelve a retumbar hasta que, sorprendentemente, aparece entre la maleza un Daisha bastante desmejorado comparado a como estaba hace un par de noches, con los ojos rojos de no dormir, la piel pálida y el terror en la mirada.

—El fuego sacro ya está aquí… —canturrea moviendo la flauta a modo de guía de orquesta. Solo lleva un taparrabos y va de Luperco, con su careta lobuna por encima de la cabeza como una diadema. Su cuerpo brilla húmedo de sudor o puede que sea por otro tipo de sustancia. Debe ser vino e hidromiel, fluidos corporales…, todo junto —. Y vamos a arder uno a uno —sigue canturreando y señalándolos a todos con la flauta—. El fuego sacro ya está aquí y vamos a arder uno a uno. Uno a uno…, ya está aquí…

Todos se quedan en silencio contemplando a Daisha con estupor, embriagado de locura.

El Demogorgon se acerca a él y le dirige una mirada furibunda.

—Daisha…, ¿qué significa esta interrupción en medio de un juego báquico? Es una falta de respeto.

—Es por el fuego… nos van a quemar a todos —repite Daisha abriendo sus ojos azules como platos—. A. To. Dos.

Y dicho esto, dejando a la multitud helada, Iban Arrufat se dirige a la pira ardiente que Adonis y yo hemos encendido y cuela una mano en el fuego. Las llamas recorren su cuerpo como lenguas a una velocidad insólita. Es evidente que tiene el cuerpo cubierto con alcohol o gasolina y estas lo empiezan a quemar a lo bonzo. Él grita como loco, acercándose a todos, que corren apartándose azorados. Y, entonces, huye del centro de la reunión y echa a correr bosque a través, prendiendo a su paso los hierbajos y la maleza y placando y abrazando a otros participantes, que empiezan a arder con él.

Pero Daisha parece tener mecha todavía. Algunos miembros de la Corte van tras él para intentar sofocar las llamas, pero en vez de eso, estas empiezan a aparecer en el bosque y a crecer de un modo que me

espanta.

—Adonis —digo asustada—. Va a haber un incendio —señalo al ver la rapidez con la que las llamas se comen los arbustos—. Va a prender el monte.

—Salgamos todos de aquí —ordena el Demogorgon moviéndose con rapidez para que él, los Reyes, Belial y Drugia acudan rápidamente a los coches y sean los primeros en escapar.

Han sido muy veloces. Belial mira hacia atrás y centra su mirada en mí, desafiante, pero Drugia lo agarra del brazo y lo obliga a correr.

Al ver que todos buscan la salida más apropiada y que no piensan trabajar en equipo para sofocar el incendio ni ayudar a nadie que tengan al lado, Adonis me agarra y empezamos a atravesar el bosque a la carrera.

Aún tengo el cuerpo drogado de endorfinas, placer y también del miedo por lo que ha despertado mi visión. Estoy conmocionada.

Salimos deprisa a una carretera de tierra y Nico aparece con el coche para sacarnos de aquí. No debo olvidar que ve todo lo que presenciamos mediante mi gargantilla y las lentillas de Adonis. Por eso puede actuar con tanta diligencia.

Una vez dentro del coche, con toda la adrenalina aún recorriendo mis venas, arranco a llorar al ver que está a punto de propagarse un fuego en la montaña.

Odio estas cosas. Esto no tendría que haber pasado.

—Joder… ¡¿Qué demonios le ha pasado a Daisha?! ¿Por qué ha hecho eso? —grito.

—La Influenza. Nico ya sabe cómo funciona el programa, como te dije —contesta Adonis. Quiere revisarme la herida de la cadera.

—Es muy intuitivo —me explica Nico—, así que hemos bombardeado la mente de Iban Arrufat y le hemos obligado a quemarse y a decir esas tonterías.

—¿El programa puede hacer eso? ¿Puede ser tan explícito? —Adonis asiente, sin darme más explicaciones—. Joder, qué barbaridad…

—Es por el circuito que se instala en el cerebelo. Con los impulsos actúa como un disco duro y lo corrompe todo. Teníamos que eliminar

al único que sabe cómo funciona la Influenza y que conoce las claves. Debíamos dejar a la Corte desnudos, sin su juguete y sin opciones. Me hubiera gustado encargarme de Daisha yo mismo, pero me habría delatado. Hacerlo con la propia Influenza ha sido mucho más inteligente. Ahora, Nico y yo somos los únicos que podemos controlar el software. Ya los tenemos. Y a sus víctimas también.

Parpadeo y dos lágrimas convulsas me caen por las mejillas. No me da pena Iban Arrufat. Creo que está mejor muerto que vivo. Tiene que dejar de hacer daño con su juguete. Sin embargo, hay algo poco ético en esto. No puedes provocar un mal por salvar a los demás de otro.

—Pero… El fuego… El fuego, Adonis, puede comerse todo el monte —digo asustada—. Hay que apagarlo.

—Los bomberos llegarán en cinco minutos. Les he avisado en cuanto he activado la orden a Arrufat. Ya están de camino —nos explica Nico sin reflejar ningún tipo de escrúpulo en sus acciones.

Sorbo por la nariz y agradezco su celeridad. Al menos, han pensado en todo.

Adonis me toma por los hombros y me obliga a mirarlo.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? ¿Te duele algo?

—No me has hecho daño. Estoy bien —contesto.

Él está comprobando mi cuerpo, asegurándose de que no tengo quemaduras ni heridas.

—Ares, ¿qué te ha pasado? —dice después del chequeo, muy atribulado por lo sucedido—. Parecía que te habías desmayado. ¿Qué es lo que dices que has visto? —exige saber.

No sé cómo explicárselo racionalmente, así que le respondo lo que más me temo:

—Creo… creo que con el orgasmo… me… me he asomado al abismo báquico.

El gesto de Adonis es de estupefacción, pero también está maravillado. Él creó el Abismo para trabajar esta práctica y llegar a ese tipo de éxtasis que abre velos y que puede hacer que una persona vea mucho más allá de esta realidad. Y creo que lo he conseguido.

—He visto que el Demogorgon llegaba a la Cerdaña —continúo—, se llevaba a mi hija y mataba a mi madre. Adonis —me agarro a su

camiseta transparente, suplicándole—: tenemos que irnos, necesito verlas. El Demogorgon puede ir a por ellas. Pueden estar en peligro.

Él toma mis manos y asiente. Entiende mi preocupación.

—Nos iremos hoy mismo, pero deberemos recogerlo todo. A los lobos y a Antón también nos los llevamos. Nos vamos todos de aquí —no lo dice porque esté asustado. Lo dice porque no quiere dejar ni un cabo suelto—. Después de lo de Daisha, van a pedir una reunión de urgencia para replantearse si siguen con los juegos báquicos o, definitivamente, se esperan al Backheia. No creo que celebren ya ni la Floralia ni la Noche de las Bacantes. Por eso hemos hecho que Daisha se inmole así.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Porque los conozco. Llevo estudiándolos desde hace años. Sé cómo funcionan. Me llamarán y les diré que no podemos asistir a esa reunión por un asunto muy personal. Sin embargo, intentaré hablar con ellos o con Drugia, la cual, seguramente, sea el gancho que ellos esperan que dé resultado con nosotros dos. Drugia puede que esté encaprichada de mí, pero toda la Corte te quiere a ti, Ares. Nada les importa más que tener a una bacante real en el Backheia porque así creerán que pueden lograr sus propósitos con Bacus. Pero nos iremos y no podrán encontrarnos, ya que no saben quiénes somos en realidad. No saben que tienes una casa en la Cerdaña ni dónde vives y, mientras tanto, yo sí voy a dar con las verdaderas identidades de todos ellos. No les daré tiempo a reaccionar. Cerdaña queda cerca del sur de Francia. Allí quiero hacer un par de visitas necesarias para acabar de desenmascararlos. Solo necesito eso. Cuarenta y ocho horas más.

Escucharle hablar con tanta decisión me agrada. Pero no me tranquiliza. La visión que he tenido ha sido muy vívida y me asusta que algo pueda llegarles a pasar a mi madre y a Venus. No soy capaz de dejar de temblar.

Adonis me sienta sobre sus piernas y me abraza para tranquilizarme. El gesto, de por sí, hace que me sienta cuidada y mejor de lo que me he sentido en toda la noche.

—Lamento mucho lo que has tenido que hacer —susurra con los labios pegados a mi sien.

—Está bien. Ya se ha acabado —refuto apoyando mi cabeza en su hombro, admirando su perfil tan rico y hermoso en matices.

—No va a volver a ocurrir. —Un músculo palpita en su mandíbula —. Ya ha pasado todo, *piccola*. No vas a volver a verte rodeada de ninguno de ellos. Ya hemos acabado, Ares.

Niego con la cabeza. Porque no lo creo en absoluto.

—No, Adonis. Tengo la sensación de que no se ha acabado, de que ahora viene lo peor.

Él me escucha con atención y enfrenta los ojos de Nico por el retrovisor. Ambos están tensos y sea lo que sea lo que se dicen a través del espejito, no es nada bueno.

Tampoco lo que pienso. El que juega con fuego, al final, siempre se acaba quemando.

En ese momento, mi móvil, que he dejado en el coche, empieza a sonar.

Sentada sobre el regazo de Adonis, es él quien lo toma del compartimento de la puerta y me lo ofrece.

Es mi madre.

Me pongo en guardia de inmediato. No es normal que me llame a estas horas.

—Mamá.

—Ares, cariño…

Noto su voz afectada y parece nerviosa.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien? ¿Venus está bien?

—Sí, sí… Bueno, todo lo bien que puede estar…

—¿A qué te refieres? ¿Le ha subido más la fiebre?

—No. Parece que le está bajando, Ares. Ha sudado mucho esta tarde y creo que ya empieza a encontrarse mejor después de haber estado unos días malita. Pero —mierda, los «peros» siempre me asustan— se ha levantado de la cama para ir al baño y cuando la he mirado a la cara…, me he quedado de piedra.

—¿Qué… qué le pasa? ¿Qué quieres decir?

—Ares…, a ver cómo te lo digo. —Suspira suavemente y añade—: La niña tiene los ojos de color lila.

El cielo se ha nublado. Todo está enrarecido.

«La niña tiene los ojos de color lila». No dejo de recordar en bucle la frase de mi madre. No pasa nada porque que Venus haya desarrollado la Génesis de Alejandría, al menos, para mí no es malo. Creo que tengo privilegios físicos e inmunes de los que no gozan otros y mi hija acaba de desarrollar mi herencia genética. Lo que me asusta es el aspecto más extraño y místico de la situación. Lo que implica que una nueva mujer Parisi con ojos de Alejandría haya nacido en nuestra familia. Y para mí es inevitable enlazar mi visión con las acechanzas oscuras del fascinador de Bacus. Sé lo que quiere de mí. Pero me paraliza de miedo pensar que haya descubierto que otra Parisi tiene mis mismas características y que ahora se haya activado el gen vestal de la niña porque, de ser así, la magia del brujo la encontrará. Sin embargo, confío en las protecciones de mi abuela y también en el *kolossoi* y la tabla que me hizo enterrar la madre Mariagna. Hasta ahora, me han protegido, nos han protegido a todas. Espero que sigan haciéndolo, aunque mi intuición no va a dejar de estar alerta ni de esperar que aparezca el mal en cualquier momento.

¿Cuándo acabará esto? Cuando la Corte desaparezca. Y Adonis está en ello.

En cuanto llegamos al castillo, y con la noticia del cambio cromático en los ojos de mi pequeña, nos volvimos locos y nos dimos prisa en recoger lo que fuésemos a necesitar para irnos hacia la Cerdaña prácticamente al amanecer.

No he dormido, no he descansado, ninguno lo hemos hecho.

Cargamos a los perros en un remolque adaptado para ellos y Antón y Nico tomaron otro coche para hacer carretera.

A Adonis no le ha costado nada dejar el castillo. La verdad es que lo ha cerrado como una fortaleza y Nico ha contratado a un grupo de guardias para que le echen un ojo a la propiedad y le avisen en caso de que alguien intente entrar sin permiso. La orden del exmilitar ha sido estricta: «Si entran, golpead, no os cortéis». Esa ha sido la premisa de Nico, y supongo que les pagará bien para que tengan ganas de hacerlo.

En el coche, mientras no dejo de pensar en Venus ni en la visión profética que tuve anoche, Adonis ha recibido la llamada de Drugia.

Cuando oigo su voz, mi cuerpo siente un rechazo instantáneo. De hecho, siento odio y repugnancia hacia cada uno de los miembros de la Corte y también hacia sus simpatizantes. Pienso en todo lo que me he visto obligada a hacer delante de ellos, en haber tenido sexo con el hombre del que estoy enamorada frente a todos esos sátiros y viciosos, y me siento rabiosa y avergonzada. Pero sé que jamás habría pasado por nada parecido con ningún otro. Solo con él, que tiene el poder de afectarme y de animarme a hacer cosas antes inimaginables para mí.

Él sigue sereno mientras conduce a mi lado. Es tan comedido, tiene tanto autocontrol y está tan seguro de todo lo que va a desempeñar que quisiera que me diera un poco de todo ese poder y autosuficiencia. Porque yo estoy hecha un flan, inestable, triste y también llena de furia.

Estoy en un punto en el que mis ansias de venganza son iguales a las de Adonis, pero tengo miedo. Porque como intenten venir a por mi hija o a por mi madre, entonces seré peor que el demonio que los pueda abrasar. Me volveré completamente loca y, en ese estado, no sé lo que soy capaz de hacer. Vi a mi madre cortarle el cuello a Angol en el jardín de mi casa. Me impresionó mucho, pero más me enmudeció darme cuenta de que lo hizo sin dudar, que no le tembló el pulso, y creo que, en el fondo, según lo que me transmitió su rostro, ella hubiese querido infligirle más dolor antes que acabar con él así, de un modo más amable y rápido.

Y ahora comprendo su emoción. Porque yo, como madre y como hija, estaré muy dispuesta a perpetrar lo mismo para defender o vengar a las mías en caso de que osen acercarse a ellas para causarles daño.

En el momento en que toquen un solo pelo de la cabeza a mi hija o a mi madre, estaré preparada para matar sin escrúpulos, sin compasión y ser mucho más salvaje de lo que lo pueda ser el demonio que tengo a mi lado.

—Adonis —lo saluda Drugia por el manos libres. Yo tuerzo la cabeza para mirar por la ventana—. Menos mal. Me alegra oírte.

Estuvimos buscándote por el bosque. —Mentira, huyeron sin mirar atrás—. A ti y a tu virtuosa. Queríamos asegurarnos de que estabais bien.

—Sucedió todo muy deprisa —dice Adonis fingiendo sorpresa y algo de conmoción—. Las llamas que propagó Daisha se extendieron demasiado rápido. Todo el mundo empezó a correr y se volvió loco.

—Sí, y que lo digas…

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Lo sabéis? Fue muy extraño. —Adonis me mira de reojo y yo entorno la mirada también.

—No lo sabemos a ciencia cierta. El cuerpo de Arrufat quedó calcinado por completo, pero más allá de eso, los bomberos se encargaron de sofocar el fuego y levantar los cadáveres. Arrufat, en su loca posesión infernal, se llevó con él a un par de miembros de la Corte. Como estábamos todos impregnados de vino e hidromiel y el suelo también estaba húmedo, se prendió todo de inmediato.

«Dos demonios menos», pienso con satisfacción.

—¿Qué había en la bebida? —insiste Adonis—. ¿Puede ser que el afrodisiaco le afectase a la cabeza? —Me encanta que se haga el loco y que sonría sabiendo que solo él sabe lo que le sucedió.

—No es probable. Aún estoy muy sorprendida. —Vaya, pobrecita—. Iban era socio y amigo, y una parte activa y esencial en la Corte. Era el único que sabía activar el programa de la Influenza. Solo él sabía las claves y los códigos de funcionamiento, por eso era tan preciado. Lamentablemente, esto ha sido un imprevisto con el que no contábamos.

—Tengo informáticos, puedo ayudaros. Como inversor de la Influenza, os ofrezco medios para recuperar el programa.

—La Corte también cuenta con ellos. Pero la Influenza es compleja y complicada. Los códigos de seguridad eran cambiantes y eso hace que sea casi imposible desencriptarlos.

—¿Y en qué afecta para el transcurso de los juegos báquicos?

—En que tenemos a muchas mujeres preparadas para sacrificar y utilizar en el Backheia —resopla algo nerviosa, y no puedo disfrutar más la ansiedad de la prepotente demonia lasciva—. Mujeres que deberían estar bajo el efecto de Influenza para que se sometan por

voluntad propia a todo lo que queramos hacer con ellas. Son muchas, y no vamos a poder controlarlas a todas a no ser que las droguemos y las coaccionemos antes, pero eso lo hace todo más violento y sucio. La Influenza las somete y les hace ver cosas, les cambia el comportamiento con solo un clic y una orden del programa. Se vuelven maleables y sumisas. Pero el programa está bloqueado y nadie puede acceder a él. Es como si el trabajo que llevamos emprendiendo juntos desde hace años se hubiese quedado en nada. Inservible. Y lo mismo sucede con todos los inoculados de los experimentos. Es como si perdiéramos influencia en Baetulo.

—Te recuerdo que te dije que no era buena idea que solo un hombre tuviera el control de un arma así, por buen neurobiólogo que fuese o que conociera a la perfección el funcionamiento del cerebro para influir en él. Era muy arriesgado. No se le puede dar tanto poder a una sola persona.

—Es una mala pasada.

—Lo que no entiendo es que el Demogorgon haya dicho en todas sus apariciones que Bacus está de parte de la Corte y que todo se va a dar como debe ser y que no haya visto estos imprevistos —insinúa Adonis repiqueteando con los dedos en el volante—. ¿Sigue siendo así después de esto? ¿Bacus está de nuestra parte?

—A la Corte nos encanta los rituales. Pero el Demogorgon solo busca una cosa, Adonis. Según sus vaticinios, todo sigue en pie y ahora más que nunca. Lo que ha sucedido nos ha hecho cambiar los planes respecto a la Floralia y a la Noche de las Bacantes —explica Drugia—. No las vamos a celebrar. Como eres rey, quiero saber si estás de acuerdo, solo faltas tú para la votación.

—Vaya, gracias por avisarme —dice irónico—. De acuerdo. No hay Floralia ni Noche de Bacantes. Y ¿entonces? ¿Qué se va a hacer con las chicas que Belial tiene escondidas?

—El plan es el mismo para ellas. Pero las dejaremos para el disfrute de la Corte en el Backheia. Por cierto…, lo vamos a adelantar, aunque aún no sabemos en qué fecha lo llevaremos a cabo. —Adonis y yo nos miramos de reojo. ¡Bingo! Él tenía razón, dijo que eso pasaría—. Dependemos de la lectura del Demogorgon. Según él, gracias a ti,

Bacus ya tiene lo que quiere. Nosotros solo ejecutamos órdenes.

El perfil de Adonis se vuelve tenso y toda la sensación de victoria de antes desaparece sin más. Aprieta el volante con fuerza. Yo escucho atentamente lo que viene a continuación:

—Quieren reunirse contigo.

—¿Quiénes?

—La Cúpula. Los Reyes.

—¿Cuándo?

—Pronto. Te avisaré cuando lo sepa. Ahora debemos adoptar un perfil bajo a raíz del incendio. No queremos que se abra ninguna investigación a nuestro alrededor porque había muchos simpatizantes y ellos pueden abrir la boca de más. Nunca se sabe quién puede meter las narices en nuestras cosas. Es mejor alejarse de la ciudad un poco. Por eso odio los juegos donde se mezclan las personas de a pie. Siempre lo estropean todo. Aunque quieran iniciarse y tengan dinero, siempre son torpes.

Curioso que diga eso cuando la Corte lo compra y lo controla todo.

—Y quiero proponerte algo, rey.

—¿A mí? —Adonis finge interés—. Dime, reina.

—Como vamos a recortar los encuentros de la Corte hasta el Backheia, he pensado que tú y yo podríamos reencontrarnos en algún lugar. Solo para confirmar el tipo de relación que tenemos. No me creo que esa chica monopolice tu interés. ¿Podemos seguir viéndonos o realmente sientes algo por tu virtuosa? Porque, si es así, más vale que te prepares, dado que lo que va a venir no te va a gustar.

Entorno los ojos y espero la respuesta de Adonis, que no será seguramente la que quiero oír. Sin embargo, a él lo que no le ha gustado ha sido la advertencia implícita en sus palabras.

—Y ¿qué va a venir?

—Lo inevitable.

—Explícate.

—Sucedió con Tania, tu anterior virtuosa. El Demogorgon vio en sus augurios que ella era la clave para acercar a la auténtica entusiasta de Bacus. Y parece que así ha sido. Por eso la elegimos a ella. Porque gracias a su sacrificio, tuviste que encontrar a otra virtuosa con

urgencia. Y ha resultado ser la elegida. La única que siente el entusiasmo báquico y enciende el fuego.

Adonis y yo palidecemos. ¿Será que la jugada de estrategia sobre las tierras y el vino de los Soler y el Satir traía una carambola conmigo? ¿Lo vio el fascinador? Eso me afecta y me hace sentir indirectamente culpable de la muerte de Tania.

—Tu virtuosa no es tuya —prosigue Drugia—. No te pertenece. Le pertenece a Bacus. Es una auténtica bacante, Adonis. Y como miembro de la Corte, sabes que deberás entregársela si es reclamada. Que lo va a ser, dado que llevan buscándola muchísimo tiempo.

Él traga saliva y mira al frente con los ojos amarillos de un depredador. Drugia quiere hacerse pasar por su amiga porque se lo quiere follar, me quiere eliminar y sabe que puede ser la artífice de que él me entregue.

—No siento nada por ella, pero pensaba cuidarla hasta el Backheia —contesta Adonis con indiferencia—. Yo también sé que es especial, por eso no he querido que nadie la tocase o la corrompiese más allá de mí.

Drugia se echa a reír desdeñándolo.

—Eres tan posesivo con una mujer que va a ser entregada a Bacus que resulta ridículo. Y creo que la valoras demasiado. Debes saber que tuvo un encuentro clandestino con Daisha y que intimaron. ¿De eso no te ha dicho nada? Tal vez te haya contado todo lo contrario, que fue él quien intentó aprovecharse, pero no es cierto. La señorita de la que hablas y que toda la Corte admira es una puta.

Entreabro los labios sin poder creérmelo. Las mentiras tienen las patas demasiado cortas. Drugia no tiene ni idea de que Adonis sabe lo que pasó y lo que le hice a Iban. También desconoce que Nico hackeó las cámaras de todo el terreno y también del software Influenza y que, además, desde que entramos en la Corte, tanto él como yo vamos cargados de material de vanguardia propio de un universo tipo *Blade Runner* que lo graba absolutamente todo.

Una vez más, Drugia demuestra que es hija del mal, que su palabra no vale nada y que es una sádica sin escrúpulos, además de una mujer peligrosa, celosa y con un ego gigantesco.

—¿Es eso cierto, Drugia? —pregunta adoptando un tono inflexible y duro.

—Sí. ¿No sabías nada?

—No.

—¿Nada de nada? ¿De verdad ella no te lo dijo?

—A la señorita Parisi no le gusta verme enfadado. Es muy discreta. Y tampoco le gustan los conflictos. Hiciera lo que hiciese, prefirió callárselo. Y ahora entiendo por qué.

—No es discreta. Es mentirosa —espeta con desprecio—. Se lo tiró, Adonis, y después intentó fingir que él la había querido agredir. Trató de forcejear, él resbaló y se quedó inconsciente al golpearse contra el suelo. Pero Daisha ya no lo puede admitir. Estás con una perra que te ha perdido el respeto como vir. No merece tu protección ni tu consideración.

Me paso las manos por la cara y hago negaciones incrédulas con la cabeza.

Es veneno. Esa mujer es veneno. Es mala y cruel y vive en un mundo oscuro paralelo.

—Ahora que lo sé, no voy a protegerla.

—La Corte la quiere.

—Lo que está claro es que la Corte me quita a mis virtuosas —apuntilla.

—Tal vez porque no las necesitas. Tal vez porque tú eres para mí.

—Puede ser… —musita con un gesto desagradable que Drugia no verá.

—No hagas tonterías, Adonis. Cuando nos veamos, debes traerla contigo. Yo te acompañaré a entregársela al Demogorgon y al Rey. Tú has entrado en la Corte por la puerta grande y te tendrán respeto. Podrás hacer carrera entre los nuestros. Tal vez tú te conviertas en el heredero de Bael. Desde luego, en poco tiempo has hecho mucho más por la Corte que Belial y Angol.

—Me alegra saber que me tienen en consideración. Y no veo ningún problema en ofrecer a la señorita Parisi a Bacus. Es nuestro deber y es su deseo. ¿Cuándo querrías que nos viéramos?

—No tenía ninguna duda de que colaborarías. Belial creía que no lo

harías porque dice que estás enamorado de ella. Pero un hombre que me folla como lo hiciste tú, no puede sentir amor por otra. Estamos hechos el uno para el otro, nene. A mí me gustaría verte ya.

Cierro los ojos afectada y agacho la cabeza. Es brutal oír eso, aunque sea mentira.

—No. Hoy es imposible, Drugia. Tengo labores que atender y gestiones que hacer en mi empresa. Además, debo hacer un viaje relámpago para cerrar una inversión. —Cualquier excusa es buena para ganar tiempo con Drugia y la Corte—. Pero en cuanto quede libre, te llamaré.

—Bien. Dime dónde quieres que nos veamos y allí estaré.

—Perfecto.

—Adonis, me muero de ganas de estar contigo y de verte, y de probar todo de ti otra vez.

Tiene voz de enamorada. ¿Será que de verdad siente algo por Adonis? ¡Si esa mujer no tiene corazón!

Tomo aire por la nariz y chirrío los dientes con fuerza. Cuando la oigo hablar, evoco el vídeo porno con Adonis que me enseñó y todo se me revuelve.

—Y yo contigo, guapa.

Tuerzo la cabeza y lo miro con desaprobación.

—Cuando nos veamos, celebraremos la entrega a Bacus con un buen polvo.

—Estoy impaciente. —Sonríe, pero no lo hace de verdad.

—Adiós, *chéri,* espero tu llamada.

—Adiós, Drugia.

Cuando cuelga el teléfono, sigo mirándolo fijamente, molesta por el tono y las insinuaciones que, aunque sé que son falsas, igualmente me hieren un poco.

Sin embargo, no digo nada más porque sé que está maquinando, buscando cuál va a ser el mejor modo de actuar y de tomarlos por sorpresa y, conociéndolo, ya tiene un nuevo plan.

—Van a por ti —dice Adonis al cabo—. Y si van a por ti, van a por mí —concluye.

Alargo la mano y la apoyo en su rodilla. Él se queda observándola

con incomodidad, pero no lo tengo en cuenta. Ignoro la punzada de rabia y celos que me ha provocado Drugia y me centro en lo positivo.

—Y nosotros vamos a por ellos, Adonis. ¿Quién ganará? —digo tragándome el malhumor.

—Pronto lo sabremos. De repente, tienen mucha prisa. Ya saben lo que quieren y lo que necesitan. Lo que desconocen es que no te van a tener.

Él, al final, tuerce el rostro hacia mí, me guiña un ojo y me sonríe para transmitirme confianza.

Y por extraño que resulte, me reconforta. Porque sus ojos también sonríen y porque esa seguridad también me la contagia con la mirada.

Creo en Adonis. Y creo en mí.

Esperaremos a ver cuál va a ser la jugada definitiva.

XVII

La torre de la Cerdaña es una casa de montaña de madera con jardincito privado, un balcón en la planta superior que nace en el mismo tejado y tejas grises oscuras que hacen contraste con la madera rojiza, casi granate, de la estructura. La típica casita de la sierra catalana más norteña que deja una estampa de fotografía cuando se ven los valles cubiertos de nieve y los picos blancos de las montañas.

Recuerdo pasar fines de semana aquí. Cuando era pequeña, me gustaba mucho. Pero después, cuando empecé a ser más adolescente, prefería quedarme en Badalona para poder estar con Lu y salir con ella los sábados y los domingos.

Ahora ha llovido mucho desde esa época. Soy mamá, tengo un don vestal que en vez de ahuyentar a los demonios parece que más bien los atrae, me persigue una Corte de Bacus repleta de sátiros y diablos y estoy enamorada de un agatodemon. Casi nada.

Cuando Adonis sale del coche, revisa los alrededores para ver si estamos cerca de otras viviendas. Y la verdad es que no, hay un gran espacio entre torres, aunque a veces da la sensación de que no estamos solos en la montaña.

—¿Crees que a Venus le darán miedo mis lobos? —me pregunta a la expectativa.

—Creo que si no le das miedo tú, nada le dará miedo a mi pequeña.

Él me dirige una mirada indescifrable. Ayer por la noche tuvimos una experiencia sexual de la que aún no hemos hablado, porque mi visión se llevó toda la atención. Él fue muy intenso, nuestro intercambio fue tan denso y sentí tanto placer que, de su mano, me asomé a ese éxtasis del que me habló donde puedes ver más allá del

velo del tiempo. El abismo báquico me sacó de mi cuerpo y me hizo viajar por el tiempo y el espacio. Y fue con él. Porque con Adonis me está pasando de todo y vivo de todo. Pero ninguno ha sacado el tema. Lo único que hizo fue pedirme perdón, como si yo hubiese sufrido con aquella posesión, y preguntarme si estaba bien o si me había hecho daño.

Es tonto. Es muy cuidadoso y sé que nunca me haría daño a propósito.

Que Daisha se quemara a lo bonzo tampoco es que ayudase a que hablásemos de nosotros y de lo que había ocurrido.

Desde entonces no nos hemos dado ninguna muestra de cariño ni nos hemos besado. Es extraño. Supongo que el estrés y los nervios nos obligan a centrarnos en lo más importante. Ahora las prioridades para mí son otras: asegurarme de que ni mi madre ni mi hija se conviertan en objetivos de la Corte. Eso es lo principal para mí, igual que para Adonis lo es su cruzada personal.

Lo que haya dicho Drugia, lo que la Corte quiere de mí, es algo a lo que Adonis no le da energía. Intenta aislarme de esa posibilidad para que no se convierta en otro motivo más de ansiedad y discordia en mí y entre nosotros.

Él solo quiere que confíe y que entienda que lo tiene todo controlado. El problema es que hay muchas cosas que, por sorprendente que parezca, pueden escaparse al control de uno por el miedo, por las emociones… Pero Adonis no lo sabe porque nunca le ha pasado.

La Corte es extremadamente poderosa. No va a dejar que Adonis ejecute su venganza sin que ellos presenten batalla. Y menos cuando están tan cerca de algo que llevan tanto tiempo buscando.

Que sea yo es lo más abrumador de todo. Nunca pensé que sería tan imprescindible para gente externa a mi círculo.

Cuando veo salir a mi madre por la puerta de casa con Venus en brazos y su Drimi cabrito, se me llena el corazón de amor y también de alivio. Porque están bien y no les ha pasado nada. No hace falta tener muy cerca a Venus para advertir que sus ojos son distintos. Se le ven de lejos. Se me pone la piel de gallina cuando los contemplo. Ella,

que aún lleva el pijama porque se acaba de levantar, me ve, sonríe de oreja a oreja y se remueve inquieta y feliz en los brazos de su abuela.

Abro las puertas que cercan la valla de la parte delantera de la casa y corro hacia ellas para sumirme en un abrazo sanador y lleno de necesidad.

Ellas son mi familia. Son mi puerto seguro. Que por culpa de la Corte puedan estar en peligro no me lo voy a perdonar jamás. Ya sé que temo algo que no ha pasado todavía, pero mi abuela era experta en presagiar y augurar. Yo no soy ninguna experta ni tengo ningún don, aunque sé lo que vi. Y fue real. Aún no ha sucedido, pero también estoy convencida de que puede suceder.

—Ares, cariño. —Mi madre me toma de la barbilla—. No tienes buena cara. Pareces agotada.

—Estoy cansada —admito—. Pero ahora me siento un poco mejor. —Le doy un beso en la mejilla y cojo a Venus en brazos—. Estamos aquí porque tenemos que contaros algo. Necesito advertirte.

—Mami *teno* los ojos como tú —señala Venus tomándome del rostro. Y después mira hacia atrás, por encima de mi hombro y exclama—: ¡*Adondis,* mira qué ojos *teno*!

—Hola, *diavoletta.* —Adonis le sonríe y yo me derrito. No sé verlo interactuar con mi hija sin hacerme ilusiones—. Y estás muy bonita —le reconoce.

—¡Como mami!

—Sí, tan bonita como mami —afirma él pellizcándole la barbilla con dulzura.

—Vamos, adentro. —Mi madre ya ve que lo que le voy a contar es serio. No solo por mi cara, sino porque ella se ha manchado las manos de sangre por culpa de la Corte y sabe que nosotros, a nuestra manera, también lo estamos haciendo. Y eso siempre conlleva represalias.

Nico y John se abrazan y se besan cuando se ven. Ambos se quedan ayudando a bajar a los perros para que paseen por el terreno y empiecen a familiarizarse con el lugar. Ellos son ese apoyo invisible que apenas se percibe, pero que está ahí, ayudando a que todo sea menos complicado. Valoro mucho a este tipo de personas porque sé lo que cuesta encontrarlas.

Nosotros también debemos familiarizarnos con la nueva situación y, para eso, solo puedo contarle a mi madre la verdad por la que estamos aquí.

Nos ha preparado un desayuno.

Adonis, ella, la niña y yo disfrutamos de la primera comida del día sentados en la pequeña mesita de madera que tenemos en el jardín. A mi abuela no le gustaba mucho cuidarlo porque decía que era un jardín sin alma, sin flores. Solo hierba, como un campo de fútbol.

Mi casita no es muy grande, no es algo a lo que esté para nada acostumbrado Adonis. Sin embargo, parece cómodo en cualquier sitio y tiene una educación excelente que demuestra con su saber estar. Dice «gracias» a cualquier cosa que le ofrece mi madre y me gusta cómo queda entre estas paredes. Me gusta porque me siento conectada a él y porque hace que quiera muchas cosas. Sé que eso no es lo que él busca, porque no es algo que necesite o que se atreva a pedir, pero ¿quién puede privarme de sentir esto? Nadie puede decirle a mi corazón que deje de alucinar y de desear. Ni siquiera yo, que soy la dueña.

Mi madre ha escuchado todo lo que tenía que decirle. Si hay algo que me ha sorprendido desde que empezó toda esta aventura, es su resiliencia y su comprensión. Me había desvinculado un poco de ella, pero ahora tengo la sensación de que me he perdido mucho de mi madre. Y ella, seguramente, también comparte la misma emoción respecto a mí. Lo que es indudable es que, desde que nos dijimos la verdad y ella se puso de mi parte, mi fe y mi confianza en ella es inquebrantable.

Por eso no me sorprende nada de lo que me dice a continuación:

—Lo principal es que estás bien, Ares, y aquí, con nosotras. —Me toma de la mano—. Lo segundo es que, como ves, Venus ya no tiene fiebre. Sé que el gen de Alejandría puede llegar a manifestarse hasta los dos años. Pero a Venus se le ha reflejado más tarde. Sin embargo, tuvo el mismo proceso que tú. Malestar, fiebre y una mañana, al despertarse, ojos lila por sorpresa.

—Hay que llevarla al médico para saber si está bien, si tiene el mismo genoma que yo y si va a presentar mis mismas peculiaridades.

—Yo no tengo duda de que va a ser así. Ni vello corporal ni enfermedades y una gran capacidad atlética… Será una niña normal con características especiales. Solo eso.

No. No es solo eso. Ahora, en nuestro caso, por ser quienes somos, por descender de quienes descendemos, ya no es solo una cosa. Pueden ser muchas.

—Espero que no lo pase mal en el colegio. Los ojos de color lila son muy extraños —asumo—. Y los niños son muy crueles.

—Nada de eso va a pasar. Venus es una niña muy querida en la guardería y el año que viene también lo será en el colegio. Y causará sensación, sobre todo, cuando su preciosa mami con sus mismos ojos vaya a recogerla.

«El año que viene», pienso. Me parece muy lejos, más ahora desde que vivo el hoy, el momento, porque no puedo pensar en el futuro. No sé cuál va a ser nuestro siguiente paso ni si la Corte nos va a dejar tener un mañana.

Miro a Venus, le está enseñando dibujos a Adonis. Como siempre, esa familiaridad, esa confianza ciega en él, me turba. La cría está sentada sobre las piernas de Adonis que, sorprendentemente, no está tenso. Es como si Venus encajara con él y quisiera ser su mejor amiga.

Es mi hija, así que Adonis también puede ser su agatodemon protector. Él se ha convertido en el guardián de las dos. En nuestro valedor y castigador. Pero no querría que ella se hiciera ilusiones, porque si hay que pasarlo mal con Adonis, mejor que solo lo sufra yo.

Mi madre le ha comprado una libreta para hacer bocetos y hay auténticos borrajos de colores, algunos muy llamativos. En las primeras hojas, me he fijado que eran remolinos intensos liláceos… Mi intuición me está diciendo algo. No es que mi hija vaya a ser ilustradora como yo; si le gusta, perfecto, y más sabiendo que siempre me está viendo dibujar y trabajar en mis bocetos. Pero lo de Venus hoy va más allá. No sé por qué lo sé. Pero estoy convencida. Está comunicándose y advirtiéndome. Siempre lo ha hecho. Como cuando dibujaba remolinos negros antes de saber que el Demonio me acechaba. Días atrás se puso a dibujar borrajos del color nuevo de sus ojos, como si supiera que le iban a cambiar. Y ahora los hace rojos y

amarillos. Y eso tiene que significar algo.

—¿Qué es esto tan bonito, Venus? —le señalo los de ese color.

La pequeña, que si ya era preciosa, ahora lo es mucho más con sus nuevos iris, no me mira cuando me contesta:

—*Foc*.

Foc en catalán es «fuego». Borrajos rojos y amarillos. Como el fuego.

Mi madre espera que le dé una explicación a su respuesta.

—¿Fuego?

—Sí —contesta la pequeña—. La chica del fuego.

Es evidente que cualquier palabra ahora toma un cariz más misterioso y velado de lo que lo haría en condiciones normales. Tengo la sensación de que todo lleva un mensaje intrínseco que solo los avispados leerían entre líneas.

—¿Qué chica del fuego? —pregunta mi madre muy interesada de repente.

Adonis está muy serio, pendiente de la explicación de Venus.

—La chica del fuego… Es mi amiga. —Levanta la naricita con orgullo.

La cara de Adonis no tiene precio. Y la de mi madre tampoco.

—¿Dónde ves a esa chica, Venus? Hemos estado aquí y yo no he visto a nadie —dice mi madre un poco asustada—. Os prometo que no hemos salido de la casa.

—Lo sé, mamá —la tranquilizo y les digo con la mirada que me dejen a mí hablar con ella. Lo haré en otro momento—. Bueno, Venus, cuando veas a tu amiga, ¿nos lo dirás?

—Sí, mami.

No quiero que Venus se sienta presionada. Ya he tenido conversaciones con ella, como cuando me dijo que venía un señor a verla por las noches o se puso a tararear la canción que tocaba el Demonio con la flauta en mi sueño… Son sincronismos que van más allá de las casualidades y de los sentidos más comunes. Mi abuela era especial. Yo no. Ni adivino, ni soy *sagae* ni tampoco bruja. Venus es solo una niña que dibuja lo que ve y que adapta sus propias experiencias a la realidad. Dado que sé que mi familia es insólita, voy a tomarme lo que me dice muy en serio.

Adonis también lo hace. Él cree más que nadie en Venus y ahora también teme mucho por ella.

Mientras ella continúa dibujando, mi madre se remueve intranquila en la silla y nos sirve más zumo de naranja a mí y a Adonis, café.

—Así que… —arquea una ceja negra y me otea como una sabia—, crees que tuviste una visión.

—Sí.

—Y ¿te vino de repente?

—Las condiciones en las que me vino no son importantes —contesto, incómoda. No le pienso decir a mi madre que me asomé al abismo báquico por aguantar en exceso y hasta casi rozar la locura con un orgasmo en una doble penetración. Vamos, es que, si le cuento los detalles, mi madre se muere—. Pero sé lo que vi.

—No voy a ponerlo en duda. A estas alturas no me tienes que convencer de nada. Me lo creo todo.

—¿Cómo te encuentras tú? —le pregunta Adonis súbitamente—. ¿Tienes pesadillas por lo que le hiciste a Angol?

Mi madre le responde con una expresión asombrada e incrédula.

—No me siento orgullosa de haber arrebatado una vida. Pero me da mucha tranquilidad de espíritu habérsela quitado a él. Punto final. —Cruza una pierna sobre la otra y apoya la espalda en el respaldo de la silla—. No espero que lo comprendas. No eres madre, Adonis. Este sentimiento es… —Se frota el pecho buscando la palabra adecuada—. Para mí es liberador. No hay nada de arrepentimiento. Lo único que lamento es no haber evitado que le hiciera eso a mi hija. Al final, las madres somos protectoras y lo que intentamos es estar ahí cuando a nuestros hijos les hacen daño o al menos, en mi caso, evitar que se lo vuelvan a hacer una segunda vez. Y no voy a entrar en discusiones morales. No me interesan. Ni me importan. Hice lo que tenía que hacer —sentencia.

Adonis sonríe con suavidad y agacha un poco la cabeza.

—Mis respetos. Sé de quién ha sacado Ares ese arrojo y esas vísceras cuando se enfada.

Yo sí comprendo a mi madre. Me pasa lo mismo cuando pienso en que puedan hacerle daño a mi hija o incluso a ella. No dudo en que yo

haría lo que hiciera falta por mantenerlas a salvo. Y como ella dice: los discursos morales me importan bien poco.

—¿Cuál es el plan? —quiere saber mi madre de repente—. ¿Vais a volver a la Corte?

—Si volvemos —asegura Adonis—, será para hacerla arder entera.

Es ese tono el que me pone los nervios de punta y me obliga a recordar que es un demonio y que disfrutará con lo que haga. Antes podía asustarme. Ahora ya no. Ahora, si él quiere hacer arder algo, yo le daré las cerillas.

—Y no creo que tardemos mucho, dado que ellos tienen prisa. Por lo pronto, tenemos un par de visitas que hacer al país vecino. Iremos a una bodega de la que salió el vino Armonía y que ya tenemos localizada.

—¿Ah, sí? —Lo miro con asombro—. ¿Ya lo tienes?

Adonis asiente con decisión.

—Sí. Ya la tenemos. John concretó la pesquisa. Ha costado por la cantidad de giros de registros fiscales que había. Pero, por fin, tengo la raíz. Los he ubicado —asume satisfecho. Eso es una excelente noticia. Adonis podrá encontrar, de una vez por todas, a los ejecutores de su hermana Alana. Tengo ganas de llorar de alegría por él—. Y también debemos ir a ver al hermano del guía de la ruta de las barracas de viña de Baetulo. Necesito que me ayude a quitarle la máscara a alguien.

—¿Cuándo pensáis ir? —quiere saber mi madre.

—Mañana —contesta Adonis.

—Bien, entonces, hasta mañana no tenéis que hacer nada más, ¿no? Hoy no hay misiones que cumplir ni venganzas que ejecutar.

—Hoy solo estaremos aquí —aclara Adonis—. Ares necesitaba veros.

Mi madre posa su mano en mi mejilla y me sonríe con cariño.

—Y nosotras también a ella. Entonces —se levanta con premura, feliz de tener algo que hacer—, hoy prepararé una buena comida para todos. Vosotros solo tenéis que disfrutar de este pueblo maravilloso y de sus montañas, que son sanadoras. Relajaos, tomad el sol, dad un paseo… —Toma aire profundamente por la nariz y mueve las manos

contra ella como si así pudiera amontonar más oxígeno en sus pulmones—. ¿Lo notáis? ¿Lo oléis?

Adonis y yo nos miramos y sonreímos. Mi madre está pletórica de tenernos con ella.

—Es la libertad. La naturaleza. La montaña. Creo que haré fricandó… —Entra en la casita parloteando ella sola.

Cuando se va, Venus continúa haciendo dibujos, concentrada en sus creaciones, pero yo no puedo dejar de mirar a Adonis.

—¿Qué pasa? —me pregunta con curiosidad.

—¿Te apetece esto? ¿Te apetece estar aquí? —Quiero que me diga la verdad. Hemos venido por mí, por mi presagio. Tal vez, él querría continuar con su venganza y acabar con todos ya. Además, sé lo que le cuesta interactuar y estar en familia, aunque parece que con la mía lleve toda la vida.

—¿A qué te refieres, *bella*?

—A que, a lo mejor, quieres estar en Badalona e irte de caza en vez de quedarte aquí, con una niña en brazos y una casa pequeña en la que no podrás dormir como en tu castillo… No quiero que sientas que haces de canguro.

Su expresión es indescifrable. Juraría que siente compasión, pero no hacia mí, sino hacia sí mismo, porque creo que le parece triste oír estas palabras de mi boca, tal vez porque ha vivido toda su vida rechazando justamente lo que yo le ofrezco.

—Aquí es donde tengo y quiero estar ahora —aclara con su mirada penetrante clavada en la mía—. Ya te dije que no iba a exhibirte ni a exponerte más a la Corte. Y, por suerte, la Cerdaña queda cerca de los destinos que me quedan por visitar para acabar de poner las piezas a mi puzle.

Es extraño. Hay una tensión entre nosotros que hace que esté nerviosa y ansiosa de tocarlo, pero, al mismo tiempo, me da un poco de miedo hacerlo. No sé si a él le sucede lo mismo. Lo de anoche fue algo muy fuerte para los dos. Creo que más para mí que para él, que ya ha hecho eso con otras mujeres. Lo que no ha hecho con ninguna es lo que está haciendo conmigo ahora.

Pero aquí, con gente a nuestro alrededor, no podemos hablar de

ello.

Esperaré la ocasión para aclarar las cosas.

Me hace falta esto.

Me hacía falta un día así, con mi familia y con los que empiezan a ser parte de los míos porque, entre todos, iluminan mis horas más oscuras.

Me siento extraña porque estoy en un momento de increíble oscuridad en mi vida y, al mismo tiempo, rodeada de antorchas de luz que no permiten que me pierda, que me sostienen, aunque algunas, como Adonis, me lleguen a quemar.

He pasado la mañana con mi hija, y Adonis ha preferido reunirse con John y Nico, su equipo secreto y de apoyo en esta aventura. Supongo que tienen cosas que preparar.

Yo no tengo nada que orquestar, pero mucho que asumir, por eso me he agenciado a Venus para mí sola. Por increíble que parezca, los tres lobos gigantes de Adonis han adoptado a la pequeña como una más de su camada. Son increíblemente protectores, mansos y adorables con ella. Adonis me dijo que, con los niños, estos perros eran los mejores y lo estoy confirmando.

Ver a mi hija caminar por el jardín entre los cuerpos de Remo, Rómulo y Lobo puede ser intimidante. Pero ella se siente muy segura, y yo también.

Estaba sonriente y me he hartado de hacerles fotos a los cuatro. He cazado a Adonis asomándose de vez en cuando para mirarnos a las dos junto a sus lobos y cerciorarse de que estuviéramos bien, pero rápidamente apartaba la mirada.

Eso lo está haciendo a menudo hoy.

Parece más vergonzoso de la cuenta, ni tan osado ni tan atrevido como ha sido conmigo desde que nos conocemos, y también parece más incómodo. Eso me hace sentir insegura porque sé que este no es su hábitat.

Cuando Venus se ha cansado de ir a lomos de Rómulo como si fuera un caballo y después de soltar una buena ristra de carcajadas y de

restregarse por el césped, cojo a la niña y en una esquina del jardín, con los lobos tumbados a nuestros pies como si fueran esfinges, decido ahondar en lo que ha dicho de la chica del fuego. No pienso pasar por alto ni un solo detalle que mencione. Ya no.

—A ver, monito. —la siento entre mis piernas y ella se tumba encima de mí, apoyando su pequeña espalda en mi torso—. Cuéntame lo de tu amiga del fuego. ¿Cuándo la has visto?

—A veces —contesta retirándose los largos mechones castaños oscuros de la cara.

—¿A veces? ¿Dónde?

—Aquí. En el jardín.

—¿La habías visto alguna vez antes, tal vez en la casa de Badalona?

Ella dice que no con la cabeza.

—No. Allí no. La *visto* cuando estuve malita. Vino a verme a la habitación, mami. Y después, otro día estaba en el *jradín*.

—Ah… —asiento. Ignoro que tengo las palmas de las manos frías y que me muero de miedo—. ¿Y es buena, Venus?

—Sí. Es mi amiga. Dice que nos cuida.

—¿A quiénes?

—A nosotras. A la yaya, *tú y a yo*.

Madre mía.

—Pero… ¿cómo va vestida? A ver, cuéntame.

—Lleva un vestido blanco y el pelo —se toca el suyo— es rubio y tiene una *daidema* de flores… —Carraspeo y después trago saliva, muy compungida ya por la descripción.

—Y entonces ¿por qué la llamas la chica del fuego?

—*Proque*… *pos* mira, mami. —Alza la manita con el puño cerrado—. Ella tiene *foc* en la mano. Y hace que no esté de noche todo.

Mi hija me está diciendo que ve a una mujer con fuego en la mano. Yo no tengo ninguna duda de lo que ve. Y tampoco de por qué la está viendo. Mi hija es una vestal. Es una virgen vestal. La más pura. Y eso confirma mis peores temores. El Demogorgon me quiere, pero porque no sabe que tengo una hija. ¿Qué pasará si lo descubre? ¿Por qué tuve esa visión? ¿Será real? Pero es imposible. Ellos no saben quién soy, no saben que fui la víctima de Angol de hace cuatro años… Sin embargo,

si lo descubriesen… Irían con todo a por mí. A por nosotras.

Abrazo con fuerza a Venus y la beso en la mejilla y en la coronilla.

—¿Qué pasa, mami? ¿Estás *tistre*?

«Estoy acojonada», pienso. Pero no le puedo dar esa respuesta.

—No, cariño. Estoy muy feliz de estar aquí contigo, monito.

—Y yo mami. Mami no estés *tistre*. —A ella no la engaño—. Estamos bien.

Ojalá tuviera la seguridad de Venus y toda esa inocencia llena de valor y sencillez que tiene. Pero ella no sabe lo especial que es. Y yo, de haberlo sabido, jamás me habría inmiscuido en la Corte.

Porque ahora tengo la espantosa sensación de que la estoy poniendo en serio peligro. De que, absurdamente, como si el destino se estuviese riendo de mí, acabo de darle a la Corte lo que quería. No solo a mí misma, sino también a la hija que no saben que tengo.

La Corte ha detenido la Floralia y la Noche de las Bacantes, quieren adelantar el Backheia. Y me quieren a mí.

¿Cómo piensa Adonis mantenerme alejada de ellos? ¿Cómo va a protegernos a las dos si un ejército de demonios de Bacus viene a por nosotras?

Claro que estoy triste y claro que tengo miedo.

Pero hay algo irrefutable. Ninguna de esas emociones va a impedir que defienda a mi pequeña con uñas y dientes.

Soy una madre. Soy una loba de verdad. No me llamo Luperca, pero juro por Dios que voy a morder igual en cuanto pisen mi lupercal.

XVIII

La comida de mi madre ha sido muy entretenida, además, ha tenido un pinche excepcional. Antón y ella se han entendido a la perfección. Ya me lo imaginaba. Antón es el tipo de hombre que yo hubiera elegido para mi madre, en caso de que ella hubiese decidido tener otra pareja después de mi padre. No van a llegar a nada más, pero han congeniado muy bien.

Nos hemos reído de las historias de Antón sobre Adonis. Ha contado algunas anécdotas que, al menos, han iluminado parte de la imagen de esa infancia triste y solitaria de mi vir que había ilustrado mi mente.

Adonis y Venus se han sentado el uno al lado del otro como auténticos compinches. La niña quería estar al lado de Adonis y, por supuesto, también al mío.

Él le ha seguido el juego en todo momento. Es un hombre que no necesita hacer el payaso, que evita hacer tonterías para caer bien. Y en cambio, Venus se ríe con él y de él. Y lo toca mucho. No deja de tocarlo cuando mi hija, precisamente, es muy celosa de su espacio vital. Le pone la manita en la pierna, le da de comer de su cuchara, le obliga a probar todo lo que ella come… Y deja que Adonis le dé de comer a Drimi. La muñeca tiene la cara llena de macarrones. Es lo que le prepara mi madre a Venus en días especiales porque es su plato favorito. Yo le he cortado la ternera del fricandó a trocitos, y también se la ha comido. La verdad es que ya no tiene fiebre y la cría está perfecta excepto por sus ojitos. Es la misma niña, la misma carita con hoyuelos y el mismo color de pelo, pero ahora su mirada está teñida de fantasía y de unicornios de Alejandría.

Mientras veo a todos comer en la mesa y a Venus tan concentrada

en el hombre que ha removido todos mis cimientos, pienso que este podría ser un día perfecto de mi futuro.

Pero para que este exista, el principal interesado para que todo el *collage* encaje, debería tener interés en mí de verdad. Creo que lo tiene, pero él debe aceptarlo.

Después de la comida, Adonis ha querido salir a dar una vuelta con los lobos. Necesitan correr y cansarse. No me iba a decir nada para acompañarlo, pero yo me he apuntado sin más.

Mientras paseamos por la Cerdaña, sigo sintiendo que está raro. No sé por qué es, pero quiero hablarlo. Sin embargo, no me da pie a que hablemos de nosotros. Solo quiere hablar de la Corte, de lo que él cree que va a pasar y de cómo piensa que se van a mover.

—Son cazadores —dice mientras atravesamos una campiña verde, lisa y con mucho terreno para que los perros corran. Hace frío, a estas horas, el clima de la montaña se hace notar, y ambos llevamos chaquetones con los que cobijarnos del bajón de temperatura—. Nunca están realmente quietos. Aunque creamos que sí, en realidad, se mueven. Que no puedan activar la Influenza los ha jodido. Nosotros sí podemos y, gracias a eso, creo que sé lo que podrían llegar a hacer.

—¿Por qué?

—Porque ¿te acuerdas de lo que dijo Belial sobre el venado que tenía guardado?

—Sí. Las chicas que tenía preparadas para la Floralia y el Backheia.

—Todas están inoculadas. Y gracias al programa y a los localizadores de la Influenza, recibimos la señal de dónde las tiene encerradas. Creo que su idea con ellas es la misma: usarlas y sacrificarlas —dice mientras se agacha a coger la pelota de goma dura y de color amarillo chillón con la que entretiene a los perros. Se la vuelve a lanzar y ellos salen disparados para ver quién la alcanza primero—. Y querrán hacerlo en el Backheia. Pero este no tendría sentido si no te tienen. El Rey te quiere a ti. Creo que sabremos con seguridad qué tienen pensado hacer cuando las movilicen.

—Pero ¿qué relevancia tiene saberlo?

—Porque las llevarán donde tú estés. Porque tienen prisa por conseguirte y acabar los juegos báquicos. No quieren perderte el rastro

y ahora están nerviosos porque no saben dónde estás y tampoco dónde estoy yo. Por eso Drugia quiere quedar conmigo y que te lleve. En cuanto te entregue, ellos podrán invocar por fin a Bacus para poseer a una bacante real. Les da igual las fechas y el protocolo. Te han encontrado. —Parece reprochárselo a sí mismo. Está desencantado y creo que se culpabiliza de que eso sea así—. Y aún no se lo pueden creer. Están empalmados, esos rastreros hijos de puta… —El lobo blanco acaba de traerle la pelota. Adonis se agacha y la vuelve a lanzar como un jugador de béisbol, con rabia, esta vez más lejos que antes.

—Adonis. —Lo agarro de la manga de la chaqueta oscura para que me mire—. Esto no es culpa tuya.

Aunque me mira, no se lo cree ni un poco y eso me asusta. No quiero que se fustigue y se martirice más. Lleva toda una vida flagelándose por ser quien es y por creerse algo que no es. No quiero que sufra otra vez, y menos por mí.

—Sea como sea, acabará pronto. —Se encoge de hombros—. Te lo prometo. Después de mañana, podré empezar a dejarlo todo cerrado y zanjado. Confía en mí.

—Confío en ti. —Lo tomo del rostro y él se aparta un poco—. Oye…, ¿qué te pasa? —digo un poco perdida.

—No me pasa nada, *bella* —contesta sin mirarme a los ojos. Toma una de mis manos y me da un beso en la palma para después volver a centrarse únicamente en la carrera de los lobos. A mí ni siquiera me mira.

Es tierno y sé que es sincero, pero se está distanciando. En veinticuatro horas ha empezado a alejarse de mí. Aunque interactúe con todos, conmigo no está igual, y no quiero que lo haga.

No quiero que me haga sentir esto. Tampoco quiero agobiarlo ni convertirme en la persona pegajosa que no soy y que nunca seré, así que decido darle su espacio.

Espero que solo sea un mal día, que solo sean los nervios y la anticipación por acabar con ellos.

Todos tenemos nuestros tiempos. Y sé que él necesita que su travesía personal acabe y que el reloj de la Corte se detenga para

siempre.

Y también entiendo el estrés de estar bajo presión. Queda poco y eso dispara la ansiedad.

Lo que pasa es que no quiero pensar que nuestro tiempo se acaba y, aunque tenemos un contrato firmado, que convierte lo nuestro en un mero acuerdo, en una fría transacción superficial, hace mucho que yo no lo siento así y me he involucrado más de la cuenta. Me destrozaría pensar que él, después y a pesar de todo, sigue teniendo presente el papeleo y la firma, que no ve ni quiere ver más allá. Porque me está haciendo sentir que solo soy una transacción. Y es injusto, no solo para mí, también para los dos. No creo que nos merezcamos esto.

—He cogido un hostal para mi tío Antón y para mí.

Ni siquiera parpadeo. Me quedo mirando su perfil. Parece frío y estoico, inamovible. El juego y la calidez compartida hasta ayer por la noche ya no están. Me clavo las uñas en las palmas de las manos para sentir algo, porque este Adonis ya no me hace arder. Me está dejando helada.

—¿Por qué has hecho eso? Hay sitio en mi casa para todos —digo un tanto debilitada por su decisión.

—No. Necesito mi espacio y mis comodidades.

—Mi casa no es un castillo, vir —espeto un poco ofendida por su observación—. Pero no le falta de nada. —Es mi culpa. Adonis es un hombre poderoso, un billonario envuelto en cientos de transacciones y de inversiones tecnológicas, informáticas y de todo tipo. No es una persona ordinaria, normal y corriente—. Siento no poder ofrecerte una suite con jacuzzi…, señor. Olvidaba que meas colonia. —Me rio para no tomármelo muy en serio.

—No pasa nada. Solo quiero descansar. Cuando volvamos a tu casa, Antón y yo nos iremos. Pero necesito que tu madre se quede a los perros —me pide—. Al menos, tienen jardín y en el hotel no pueden estar.

—Claro. Pero… ¿no vas a quedarte a cenar tampoco?

—No. Descansa, Ares, y disfruta de estar en tu casa con tu madre y tu hija. Este es tu mundo. Te irá bien. —Me pellizca la mejilla como si fuera una cría y eso me sienta peor que mal.

Ya sé que me va a ir bien. No es eso lo que me molesta. Es que ni siquiera me va a pedir que me vaya con él y que pasemos la noche juntos, como hemos venido haciendo estos días.

Mi cara lo dice todo. Me está dejando fría con su comportamiento. Y empieza a hacerme sentir muy mal. ¿Qué significa esto? ¿Lo que me temía? ¿Le agobia la vida familiar? ¿Le abruma tener a una niña y a su madre tan pendientes de él? ¿Es consciente de mi mochila y eso le da miedo? No es la vida que ha tenido ni la que está acostumbrado a vivir. Eso es evidente.

No obstante, aunque me cueste, voy a mantenerme en mi lugar. Está echando tierra de por medio. No sé cuál es el motivo, pero pueden ser varios. Él es un mentalista, pero yo llevo años estudiando las expresiones y los comportamientos de las personas para leerlos, saber describirlos y dibujarlos en mis novelas.

Solo quiero estar segura de mi diagnóstico.

Mientras tanto, haré de tripas corazón y acataré lo que él diga sin hacer ningún drama, aunque tenga ganas de liársela como nunca.

No lo voy a hacer porque he aprendido que cuando me dejo llevar por la emoción, me expongo demasiado. Y Adonis, precisamente, no sabe lidiar con las emociones.

No con las que estén envueltas con el corazón y con el amor.

He dormido con Venus. Y he dormido bien.

Mi hija es una batería y sé que yo también soy la suya. Por eso tengo las pilas cargadas y siento que el sol brilla más.

Anoche estuve triste por la ausencia de Adonis, pero sobre todo por los motivos que me dio para no querer estar en mi casa.

Me hizo daño. Me ha hecho sentir especial e importante estos días junto a él y me ha hecho creer que siente algo por mí. No puedo estar loca, no me lo he podido inventar.

Pero desde que decidimos alejarnos definitivamente de la Corte, ha empezado a hacer lo propio conmigo y no lo ha hecho de manera gradual. Ayer lo hizo de golpe, así, sin anestesia. Por eso me sorprendí tanto con su conducta. Con mi madre y con Venus fue un encanto,

maravilloso, dentro de ese carácter suyo que tiene, pero las encandiló como hace siempre. Conmigo, en cambio, decidió ser otro.

Así que mientras me arreglo y ambas nos acicalamos después de salir de la ducha, intento convencerme mirándome al espejo de que, sea lo que sea lo que esté cruzando por la mente de Adonis, se le tiene que pasar y seguro que esta noche ha reflexionado.

Ayer mi madre me preguntó por qué Adonis no se había quedado a dormir si ella misma les había preparado las habitaciones a Antón y a él.

Si le llego a contestar lo que me dijo, le rompo el corazón a la pobre. Así que le dije que prefería no molestar porque iba a estar trabajando en sus cosas y no quería hacer ruido.

Ella me miró de ese modo que miran las madres cuando saben que algo les pasa a sus hijas, pero no quiso ahondar más. Supongo que me vio con ojos apenados, como ella dice. Y se lo agradecí, porque después de cenar, lo único que quería era estar con Venus y ver una película de dibujos en nuestra habitación.

Venus se durmió a los diez minutos y yo no vi bien la película por culpa de unas lágrimas sorprendentes que me cogieron con la guardia baja. No recuerdo ni cuándo sucumbí a Morfeo.

Hoy, en cambio, es otro día. Un día importante para Adonis, desde luego. Y quiero estar ahí, a su lado. Al margen de su agobio y de su estrés, creo que hemos hecho un buen tándem y no me gustaría que también me apartase de esta ecuación.

Agradezco llevar ropa normal y no los modelitos despampanantes que me he puesto en los juegos y en los eventos de la Corte. Y, aunque sé que llamo menos la atención de Adonis así, me siento más cómoda. Me he puesto una camiseta negra de tirantes de algodón, llevo una chupa negra ajustada y corta y unos tejanos azul claros *stretch* y de bajos por encima de los tobillos. Con mis deportivas rojas, ya estaría.

Me he dejado el pelo suelto y me huele a un champú de frutas que me encanta. Me he maquillado un poco, le he puesto cacao a Venus para hacerle creer que la había pintado y le he pasado el cepillo de peinar las cejas por las pestañas simulando el rímel. Mi pequeña es un bombón presumido.

—Mami, me gusta dormir contigo —me dice sentada sobre el mármol del baño.

Y cuando me da un abrazo, pienso que su amor es maravilloso.

—Y a mí contigo, pero esto es solo una excepción. —Levanto el dedo índice—. Solo porque hemos pasado unos días separadas y te has puesto malita. Pero cuando volvamos a casa, tienes que acostumbrarte a pasar toda la noche en tu cama, ¿vale?

—Vale, mami. Pero aún no volvemos a casa.

Ni siquiera me lo pregunta. Me lo dice con evidencia, como si regañarla ahora no sirviera de nada.

—Cierto. Venga. —La bajo del mármol—. A desayunar.

El amor de una madre es excepcional. Pero no solo soy una madre. Soy una hija y también una mujer que está enamorada. Y requiero muchos tipos de amor.

A ver cómo lidio con el romántico, que es el que más necesito ahora.

De todo lo que me dijo Adonis ayer, que tampoco fue nada demasiado terrible pero sí muy obvio para mí, hay algo que ha retumbado en mi interior esta noche. «Este es tu mundo», me dijo al referirse a mi hija y a mi madre. Le faltó decir: «Ni es el mío ni lo quiero».

Eso hace que piense en el mundo que él y yo tenemos en común sobre el papel. La Corte. Y conociendo a Adonis y sabiendo lo que creo que pretende, que es marcar distancias, me da que va a insistir en su papel y va a querer dejarme claro que solo existimos y cruzamos nuestros caminos por culpa de los demonios, por nada más, y se va a agarrar a eso con todas sus fuerzas. Porque ese mundo lo controla. Lo que ha pasado entre nosotros, no.

Yo sí creo en lo que siento por él y no me puedo creer que me toque y me hable de esa forma sin sentir nada más por mí. Por eso voy a estar a la expectativa el día de hoy. Y depende de lo que vea y de lo que oiga de su boca, jugaré mis cartas o iré de farol.

Después de desayunar, y mientras esperaba a que Adonis viniera a recogerme, Nico y John han estado hablando un poco conmigo. Ya no me sorprende, porque parece que a ellos también les gustaría que

nuestra aventura acabase bien. Para todos.

—Queda poco. Solo unos resquicios —asegura Nico—, y todo se arreglará. Adonis tiene su manera de hacer las cosas y supongo que no quiere distracciones. Necesita concentrarse en su ardid, en su venganza. Son muchos años detrás de ellos.

—Lo sé. Tiene que hacer lo que considere —respondo sentada en los escalones de la entrada de la casa mientras John juega con los lobos, que no dejan de ladrar—. No seré yo quien lo detenga.

—Pero sí que lo afecte. Nos estamos preparando para la batalla final, Ares —apunta el moreno a punto de que las bestias lo tiren al suelo—. Y va a ser salvaje y brutal, de eso no tengo ninguna duda. Va bien que seas consciente y que sepas que no se va a detener por nada ni por nadie. Él sabe que es necesario y que tiene que hacerlo para librarse de la lacra personal que acarrea.

—A mí me parece bien. —Me encojo de hombros—. Pero eso no quita que no esté preocupada y que me asuste su toma de decisiones.

Y digo esto porque sé cómo actúa Adonis con lo que le estorba: lo echa de su vida o lo abandona y lo deja de lado. Y no quiero ser una de esas cosas que aparta como si fueran sobras.

Nico asiente, de acuerdo con mis palabras y se sienta a mi lado.

—¿Estás dispuesta a jugar hasta el final y a asumir las consecuencias, sean las que sean?

—Después de todo lo que he hecho, quiero llegar a ese final.

—¿Y si no es como tú quieres que sea? —Los ojos de color azul de Nico se clavan en mí de soslayo—. Llevo años conociendo a Adonis. Es…

—Imprevisible —John le acaba la frase—. Y drástico. Si hay algo que no le convence o que le impide llegar a sus objetivos, él…

—Lo sé. Lo elimina. Corta por lo sano —deduzco.

John me mira con compasión y sonríe afectado.

—Sí.

—Yo también entiendo a Adonis —le aclaro. Mucho mejor que ellos, porque lo conozco en aspectos que ellos no tocan en él. Pueden saber de integridad, de frialdad, de disciplina, de rectitud—. Tiene emoción y fuego, y me lo ha enseñado, cuando no lo ha hecho con nadie más

en su vida. No espero que me trate como a un estorbo. Eso es lo último que quiero, porque, si lo hace, me demostrará que no es el hombre que creía que era y me herirá en el orgullo por haber creído, de nuevo, en quien no debía.

—Calma —es lo último que me dice Nico en voz baja—. Calma, Ares. Incluso al demonio hay que darle tiempo a veces.

Adonis ha pasado a recogerme, tal y como prometió. Por un momento llegué a pensar que no iba a querer verme y que ya haría las cosas solo, porque es muy capaz, y a mí, ahora mismo, ya no me necesita demasiado. Solo me está protegiendo y manteniéndome alejada de los demonios, pero nada más.

No era muy consciente de que nuestra relación dependía de la Corte y de todo lo que hacíamos en ella hasta que la posibilidad de acabar con todo y de castrar por fin a los demonios se nos ha puesto delante.

Al parecer, Adonis sí se tomó muy en serio mi instrucción y se preocupó por mí para que no lo pasase demasiado mal y mantenerme con vida. Pero ya nada de eso importa, porque para nosotros no va a haber más Corte y eso implica que tampoco va a haber juegos ni sexo. Ni pasión. Ni amor.

Y me siento muy poca cosa, porque estoy decepcionada con su cambio repentino de actitud hacia mí. Ya no me tiene que relajar, no me tiene que tocar, no tenemos que intimar… Es por eso por lo que está tan raro e indiferente conmigo. No es que esté enfadado porque sigue siendo amable y considerado, pero… me falta todo lo demás. Y es una sensación terrible, ya que, aunque la temía, esperaba que esto no sucediese.

—¿Has dormido bien? —me pregunta mientras conduce dirección a Francia.

—Sí. He dormido con Venus.

Él asiente y desvía la mirada hacia una campiña donde hay vacas pastando. El paisaje es muy bonito.

—¿Tú has dormido bien? —le pregunto.

Él se encoge de hombros sin darle demasiada importancia.

—Estoy demasiado nervioso como para dormir.

—Ya me imagino… —digo mientras reviso que mi manicura siga perfecta—. Hoy vas a descubrirlo todo. O eso esperas.

—Sí. Hoy se acabará el misterio y podré centrarme en las personas que encarnan mi venganza.

Afirmo con algo de pena. ¿Dónde está el calor? ¿Dónde está el interés y las ganas de tocarnos?

Lo peor es que no quiero agobiarlo. Si le reclamo algo, es capaz de dejarme cortada. Y no me apetece. Además, mi madre me dijo que el amor no se pide. No quiero hacer el ridículo ni parecer una mujer desesperada. Tengo muchas cosas en las que centrarme más allá de él. Pero me duele. Sí, debo admitir que me duele bastante.

Sin embargo, no puede dejar de mirarme. Lo noto, pero cuando voy a cazarlo, retira los ojos inmediatamente.

Me está poniendo nerviosa.

—Antón ronca —dice chasqueando con la lengua—. Y no me he traído mis pastillas.

Tomo aire por la nariz, porque espero que me diga que «me ha echado de menos» y que soy su tranquilizante, como me ha asegurado otras veces. Pero ya no lo hace.

—Qué pena. Espero que esta noche puedas dormir mejor.

—Y yo.

—¿Adónde vamos? ¿Me lo vas a decir?

—Sí. Vamos a Armengol, una bodega privada de Arles. Allí es donde iremos después de visitar al hermano de Antoni. No hay mucha información fiscal sobre ella ni sobre los dueños, pero forma parte de esa corporativa de viñas que pertenece a la Corte. Estoy deseando ver de quién es y ponerle cara al demonio que mató a mi hermana o que colaboró en ello —señala con voz seca y fría.

—Lo conseguirás, Adonis —digo cruzándome de brazos para no poner la mano sobre su muslo, que es donde la suelo poner cuando voy con él en coche. No quiero seguir rutinas porque me destroza darme cuenta de que ya no es lo mismo—. Nadie tiene más decisión que tú. Y te mereces conseguir lo que quieres.

Él va vestido como yo excepto en el color de las zapatillas y en el

modelo. Parece que nos hayamos puesto de acuerdo.

—Gracias.

Lo miro sorprendida. ¿Qué me está agradeciendo ahora de forma tan solemne?

—¿Por qué?

—Porque nunca me has pedido que deje mi objetivo y que me olvide de él.

Me humedezco los labios y hago un gesto de conformismo.

—Los héroes no pueden detenerse por los egoístas. Tienen responsabilidades que cumplir. Vives para esto, para la venganza, y creo que nada te hará más feliz que lograr lo que te habías propuesto y hacer pagar a los que te han hecho daño. Es inútil desviarte. Además, me has ayudado con mi cruzada y siempre me has protegido. ¿Cómo te voy a decir que no vayas detrás de lo que más ansías si yo no me detuve hasta encontrar a mi violador? Al menos, espero haber sido una buena compañera.

Adonis me escucha atentamente y desvía su mirada amarilla para fijarse unos segundos en mi cara. Parece que quiera memorizarme.

—No puedo imaginarme otra compañera mejor.

Bien. Voy a ir asumiendo lo que creo que va a pasar.

Acepto que se distancie y se aleje, pero espero que se vaya bien lejos cuando todo esto acabe porque yo no quiero que me esté volviendo loca si se queda cerca.

Y, al mismo tiempo, estoy acumulando una furia muy amarga en mi interior por cosas que no quiero ni puedo decir ahora para no molestarlo ni distraerlo. Pero anhelo decírselas. No obstante, por mi bien, debo guardármelas para mí. Adonis es de hielo, de piedra. Y no quiero que me vea herida por su rechazo. No quiero que me vea así porque, de los dos, yo soy la única que sufre y que es muy consciente de que él está preparando el camino para irse.

Se acabó la Corte. Se acabaron los juegos báquicos y, por supuesto, se acabó Ares y todo lo que ella comporta.

Y es doloroso.

Les Angles está a una hora y cuarto de camino. Cuando llegamos a la casita donde reside Alfred, aparcamos fuera y me cubro el cuello con mi fular oscuro porque hace bastante frío.

Es una casita blanca con un pequeño terreno alrededor y un par de manzanos en el patio de entrada.

No hay muchas residencias en las proximidades y es una zona algo solitaria, pero hermosa y evocadora, en medio de la naturaleza.

Los dos nos acercamos a la puerta y soy yo la que timbra.

Una mujer de pelo blanco y corto sale por la puerta mientras se limpia las manos manchadas de harina en el delantal.

—Buenos días.

—*Bonjour* —nos saluda la mujer con amabilidad, mirándonos con extrañeza—. ¿Los conozco?

—No, señora —contesta Adonis con educación.

—Venimos de parte de Antoni, el hermano de Alfred. Él nos dio su dirección.

—Ah…, vaya, no nos ha dicho nada. Yo soy la mujer de Alfred, Hermes —se presenta. Tiene las mejillas rollizas y rojizas.

—Encantados, señora —saluda Adonis.

—¿Qué necesitan?

—Nos dijo que su hermano había estado trabajando en un viñedo particular en Badalona y me interesaba mucho que me diera alguna información —contesta Adonis.

—¿Del viñedo? —pregunta sin comprender—. Mi marido salió de allí en silla de ruedas hace décadas. No creo que le pueda contar mucho.

—Solo necesitamos hacerle un par de preguntas. Es para nuestra tesis —le informo—. Estamos haciendo un trabajo sobre los viñedos en la sierra.

—Ah, ¿sois estudiantes? —Parece que conmigo le convence el papel, pero con Adonis no tanto. Es normal, él parece de todo menos un universitario—. Os dejo pasar y vosotros veréis. —Nos abre la puerta de par en par.

—No insistiremos mucho. No queremos cansarle ni molestar —aseguro.

—Pasad. Está en el patio de dentro. Todo recto, al fondo. Yo debo echarle un ojo al pan. ¡Alfred! —grita a pleno pulmón—. ¡Han venido unos chicos a visitarte! —le avisa. Con un movimiento de las manos, nos apremia a que continuemos hasta llegar al jardín antes de desaparecer a lo que intuyo que es la cocina.

La casa no está nada mal por dentro, pero es pequeña.

Adonis y yo llegamos al pequeño jardín del interior de la casa. En el centro, sentado en su silla y mirando un punto fijo en la mesa metálica blanca con un par de sillas a conjunto, se encuentra el hermano gemelo de Antoni.

Y es igual que él, pero Alfred está postrado en su trono con ruedas desde hace treinta años.

—¿Queréis un té? ¿Un café? —Hermes asoma la cabeza por el marco de la puerta.

—No, gracias —contesto yo.

—¿Quiénes sois? —pregunta Alfred moviendo los ojos hacia nosotros. Tiene el pelo blanco y rizado, como su hermano.

—No queremos incomodarle. —Adonis está tenso y expectante. Me pongo en su lugar: está frente al capataz del patrón que tuvo a su madre encerrada. No sé qué debe pasársele por la cabeza—. Solo queremos información sobre la viña de la que usted se hizo cargo en Badalona.

Alfred no puede moverse. Ni una extremidad responde a las órdenes de su cabeza. Menos los músculos de su rostro. Estos sí se mueven, igual que sus cuerdas vocales. Y por la expresión que acaba de adoptar y lo pálido que se ha quedado, es evidente que el recuerdo de ese tiempo y de ese viñedo le ha aterrorizado.

Como si acabase de evocar al mismísimo Diablo.

XIX

—Solo necesitamos información. Que responda a un par de preguntas.

Alfred no parece feliz de hablar de esa época. Ni su actitud es accesible ni su expresión es halagüeña.

—¿Qué quieren saber de ese viñedo? Hace mucho que no hablo de esa parte de mi pasado. ¿Por qué creen que estoy en esta silla de ruedas?

Adonis mantiene a raya su temperamento. Cuando lo mira, ve al hombre que ayudaba a mantener a su madre encerrada en una cueva. No está para tonterías. Ya no quiere dar rodeos ni perder el tiempo.

—¿Qué le pasó? —pregunta Adonis sentándose lentamente a su lado. Yo hago lo mismo con la otra silla—. Su hermano me dijo que tuvo un accidente laboral.

—Mi hermano siempre habla demasiado… —Estira un poco la barbilla, como si así diera fuerza a sus palabras. Debe ser terrible y limitante vivir así—. Y yo no hablo de eso. No hablo de eso… —Su silla es automática y logra moverla con los comandos de la barbilla.

Adonis agacha la cabeza unos segundos y, cuando la levanta, su expresión es lobuna.

—Su silla es muy costosa, Alfred —observa Adonis dirigiéndole una mirada que lo deja más inmóvil todavía. Adonis sabe de sillas, porque de pequeño las utilizó hasta que estuvo fuerte para cargar con muletas.

—¿Qué insinúa?

—Y su casa no está mal. O su mujer debió tener un muy buen trabajo o a usted tuvieron que indemnizarle después del accidente que

tuvo.

Alfred quiere huir, pero no puede. A mí me gustaría decirle a Adonis que no ponga nervioso al hombre, que está impedido. Pero es evidente que él ve algo que yo no para tratarlo así.

—No quiero problemas. No hablo del pasado —sentencia mirando hacia la puerta que conecta el jardín con su casa y que está adaptada para él—. Váyanse. No puedo ayudarles. No recuerdo casi nada de esa época.

Alfred se contradice. Pone en marcha la silla. Está dispuesto a dejarnos ahí, sin respuestas y con la palabra en la boca. Pero Adonis tiene otro plan. Se coloca delante de él, detiene la silla sujetando los apoyabrazos y se inclina hacia Alfred para que contemple de cerca los ojos de un demonio.

—Vamos a hablar en serio. Usted ha estado en problemas siempre. Pero compraron su silencio. Posiblemente, después de su accidente, su patrón le pagó una buena suma de dinero para que no lo volviese a necesitar el resto de su vida, dado que es un hombre que no hace transacciones ni deja marcas. Todo lo mueve en negro. Con lo que le dio, se compró esta pequeña casita en el sur de Francia. Así lo exilió. Y también le ayudó con los gastos de la silla y de las intervenciones, entiendo. ¿Por qué iba a querer cuidarlo tanto su patrón? Porque quería mantenerlo callado. Quería comprar su silencio.

—¿A mí? ¿Quién? —Su voz suena temblorosa—. ¡Herm…!

Adonis le cubre la boca abruptamente, sin delicadeza, y le habla con los dientes apretados.

—No tengo paciencia, Alfred. Usted era el capataz de un hombre malvado. Un hombre a quien ayudó a mantener encerrada a una mujer mientras estuvo trabajando para él. Usted no es inocente. Y debe pagar por lo que hizo. —Alfred abre mucho los ojos, cohibido por tanta verdad—. ¿Sabe su mujer lo que hizo? ¿Sabía ella para quién trabajaba? ¿Sabe su hermano que no solo cuidaba de un viñedo particular, sino que, además, tenía secuestrada a una mujer embarazada a la que trataron como un animal durante meses? Le diré lo que va a hacer. —Lo sujeta de la pechera y lo levanta un poco de la silla.

—Oye…, para —susurro mirando hacia atrás, esperando que la mujer no vea lo que está pasando. Podría llamar a la policía si ve que estamos amenazándolo.

Pero él me dirige una mirada glacial que me clava en el lugar.

—No. Si me acompañas, es para no detenerme. ¿Queda claro?

Me trago la angustia repentina que se atora en mi garganta y asiento, asumiendo que las cosas se hacen como él dice.

Cuando vuelve a centrarse en su víctima, el sonido de su advertencia es mortal.

—Me va a ayudar a identificar quién era su patrón. Y si lo hace, dejaré que su mujer y su hermano crean que sigue siendo una buena persona para que continúen cuidándole y hablándole con cariño y respeto. Si no lo hace, yo mismo acabaré con usted y con su reputación. ¿Me ha entendido? Parpadee si me ha entendido. —Lo zarandea un poco—. ¡Parpadee si me ha entendido! —Es como un animal salvaje. Me deja sin palabras.

Alfred parpadea y Adonis le quita la mano de la boca poco a poco.

—Solo quiero que vea una fotografía, me dé el nombre de su patrón y lo señale. Solamente eso. Hágalo y nos iremos.

Alfred parece sometido por la actitud de Adonis. Está dispuesto a ayudar, porque prefiere eso a que se revele su vergonzoso secreto.

—Bien. —Adonis desbloquea el móvil y le enseña una fotografía capturada del vídeo que grabó durante la cena de presentación de la Influenza en la que estaban todos los reyes y el Demogorgon. Me acerco para verla mejor. Es una buena imagen, los captó a todos con su dispositivo de última generación. Adonis amplía el archivo visual y se lo muestra—. Su patrón está aquí. Lo sé. Solo dígame quién es.

Alfred palidece y, de repente, oigo algo parecido a la lluvia caer.

Se acaba de orinar encima. Sea lo que sea lo que ha visto, le ha dado mucho miedo. Lo siento por él, debe sentirse avergonzado. Adonis, en cambio, no siente ni una pizca de compasión.

—Se equivoca en una cosa —dice Alfred tembloroso—. A mí nadie me ha comprado. Me han coaccionado con los mismos argumentos con los que lo ha hecho usted. Yo también soy una víctima. Él me dijo que si alguna vez revelaba algo, me mataría a mí y a mi familia. Mi

mujer y yo acabábamos de tener un bebé… Y él era muy capaz… —Está a punto de echarse a llorar—. Es muy capaz de matar. Es el Diablo. Es Satanás.

Adonis inhala hondo y se cruje el cuello hacia un lado.

—Dígamelo, Alfred. Señáleme al diablo que menciona y puede que empiece a resarcir la injusticia que se cometió contra esa mujer. Dígame quién es.

—Yo nunca le hice daño a ella, jamás —insiste con la vista fija en la pantalla, perdido en sus recuerdos—. Era una mujer increíblemente hermosa. Era modelo.

—¿Le dijo ella cómo se llamaba?

—Sí, Evelina. —Adonis asiente sin más solo para confirmar que lo que dice es verdad—. El patrón estaba obsesionado con ella. —Se humedece los labios—. Yo le daba de comer, le llevaba los menús, los platos y los cubiertos. Me aseguraba de que estuviese bien.

—¿Bien? ¡¿Bien en una barraca de piedra?! ¿Qué se pensaba que era? ¡¿Un animal?!

Si Alfred pudiera encogerse, lo haría.

—No. Yo… no sabía por qué la tenía encerrada, pero sé que no le hacía cosas buenas.

—Usted no es una víctima. Pudo hacer algo por liberarla. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no la ayudó a escapar? —pregunta Adonis decepcionado.

—Yo… es difícil de explicar. Estaba atemorizado. Debía obedecer en todo o me habría matado. Ese hombre no es bueno. No es de este mundo. A mí no me mató porque, después del accidente, un vecino escuchó mi grito, me vio malherido y avisó deprisa a la ambulancia. Mi mujer y mi hermano vinieron con celeridad. Había demasiada gente ya ocupándose de mí e informados de lo sucedido. El patrón me visitó en el hospital y me aseguró que me ayudaría en todo, pero que nunca revelase nada de lo vivido en su viñedo. Y yo, al ver mi estado y que jamás iba a poder levantarme de esta silla, acepté su ofrecimiento. Quería darle a Hermes y a mi hijo una buena vida —reconoce con pesar.

—Espero que la haya tenido y que haya valido la pena, porque su

silencio y su falta de acción y empatía convirtió en un infierno la vida de esa mujer.

A él se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pues no ha sido una buena vida —reconoce abatido—. He vivido con miedo todo este tiempo, atormentado por mis pesadillas con Evelina y el Diablo. Sé que actué mal. Y sé que he pagado por ello, créame.

—Sigue vivo, aunque esté en una silla. Eso no es pagar.

—No. No es por esta cárcel —asegura abatido—. El karma siempre castiga. Mi hijo murió por una larga enfermedad. Y yo no pude mover un solo dedo para ayudarle. Lo cargó todo Hermes. Esa mujer es una bendita —admite acongojado—, y le he dado una mala vida. Eso es demasiado remordimiento para un cuerpo inmóvil. No quiero que ella sepa jamás qué hice o qué acepté. Por favor…, se lo ruego. No le diga nada.

—Sí. Actuó mal —sentencia Adonis intentando serenar sus ansias de sangre—. Pero ayúdeme de una vez y dígame quién fue su patrón.

Alfred mira por último la pantalla y dice:

—Nunca entendí por qué hacía eso. El patrón tenía una esposa muy guapa y, además, estaba embarazada de su primer hijo. Pero jamás la llevaba a la hacienda. Allí era donde tenía a su amante, a Evelina. Su esposa, Ariadna, nunca supo que le estaba siendo infiel. —La mujer del patrón se llama Ariadna. ¿Puede ser más irónico? Escuchar esa historia me pone los nervios de punta. Hay algo en todo eso muy turbio, oscuro y también inquietante—. Es el que está con la mujer brindando con la copa de vino —dice finalmente—. Esa es su esposa, aún es hermosa —reconoce—. Solo la vi una vez, pero tiene cara de ángel, de buena persona.

Cuando observo la imagen, solo hay una pareja brindando el uno con el otro. Y, al identificarla, se me congela el pecho y me quedo fría y muy asustada por Adonis y por lo que pueda pasar a partir de ahora.

Es Bael. El Rey Bael y su mujer, Baalat.

—Dios mío… —musito. No puede ser. Si eso es cierto, si Bael es el demonio que secuestró y embarazó a Evelina, entonces… Belial y

Angol son hermanastros de Adonis. Joder, Adonis es hijo biológico del Rey.

Es mucho peor de lo que me imaginaba. Y sé que él va a sufrir mucho por esto.

Adonis ni siquiera parpadea, ni oscila las pestañas. Nada. Está petrificado.

—¿Está seguro?

—Le digo que tengo pesadillas aún en las que él sale —argumenta —. Esa cara no se olvida. Es pura maldad. Nos obligaba a llamarle patrón, nunca nos dijo su nombre. Pero, una vez, escuché una conversación a hurtadillas en la que lo pronunció. Yo era el único en esa hacienda que conocía su identidad real.

Alexandre Espósito.

El innombrable. Su nombre hace eco en mi cabeza mientras conducimos hacia nuestro siguiente destino, Arles, sumidos en un silencio sepulcral e incómodo cargado de tensión y miedo.

Adonis no es capaz de hablar ni de decir nada. Solo contesta con monosílabos. Y no le culpo. Yo tampoco tendría ganas de hablar si supiera que soy producto de un regente del Infierno. Del Rey.

Nos hemos ido de allí muy rápido y nos hemos despedido con un adiós fugaz de Hermes, a quien no le hemos dicho que su marido se ha orinado encima. Hemos sido maleducados y Hermes no se lo merecía porque la mujer ha sido hospitalaria.

Alfred recordará la amenaza de Adonis: «Si me entero de que ha avisado a su expatrón sobre esta visita, le mostraré quién es el verdadero demonio».

Este Adonis es serio y me da respeto.

Sé que no puede dejar de pensar en la información que ha recibido. No ha tardado nada en avisar a Nico y a John sobre lo descubierto para que empiecen a mover sus hilos y así descubrir conexiones en la red, si las hubiera, con ese nombre. Aunque ya sabemos cómo funciona esto: los miembros de la Corte son invisibles.

En la radio se escucha *Avant Toi*, de Vitaa y Slimane.

—¿En qué piensas, Adonis? —pregunto intentando acercarme a él. No sé por qué lo hago, pero apoyo mi mano en la que él tiene sujetando las marchas.

—En nada —contesta, indiferente ante mi gesto.

—Acabas de descubrir que tu padre biológico es el Rey de la Corte. Que su mujer, Ariadna, estaba embarazada de Belial mientras él jugaba a los experimentos genéticos con tu madre. Y creo que estás pensando en que si la Corte me encuentra, me va a entregar a él porque es el receptáculo de Bacus. El puto Rey. ¿No quieres hablar de eso?

—¿Qué quieres que te diga?

—Cómo te sientes. Eso quiero saber.

Él exhala y mira hacia todas partes menos hacia mí.

—No siento nada. En lo único que estoy pensando es en la manera más retorcida y dolorosa de matarlo. Pienso en eso, Ares. —Se encoge de hombros—. En nada más, porque eso no va a pasar. Tú no vas a volver a acercarte a la Corte ni a ningún otro demonio. No te van a encontrar. No lo voy a permitir. Así que quédate tranquila. Hay que actuar rápido y hacerlo todo bien. En cuanto regresemos, te voy a enviar lejos.

Esa increíble suposición me deja sin habla y, de repente, me entran ganas de reír. ¿Que me va a enviar lejos? ¿Y me ha pedido permiso para eso?

—Perdona, ¿qué?

—Lo que oyes. Tienes que alejarte de todo esto, de la Corte y de mí. No estás a salvo. Se acabó el juego. Iré a la batalla final sin ti.

Como si alguna vez hubiese sido un juego para mí. Su gesto es intransigente y demasiado adusto y sincero.

—No pienso irme.

—Ares. —Alza la voz—. Te vas a ir. Hay mucho que hacer y preparar. Si estás cerca, te expones a ellos. Le he dicho a John que prepare un jet para que os lleve a las tres mañana por la tarde a un destino seguro.

—¿Mañana por la tarde? —Estoy estupefacta y muy decepcionada con su falta de comunicación y su toma imperativa de decisiones—.

¡¿Por qué has hecho eso?! ¡¿A dónde se supone que nos envías?! ¡Tengo una vida, no me puedo ir así como así y dejarlo todo atrás! Y ¡¿qué vas a hacer tú?!

—¿Tú qué crees? —Me mira de reojo—. Dentro de lo malo, haré algo muy bueno para todos. —Odio su calma y su serenidad—. Pero tengo que estar solo para hacerme cargo y prepararlo.

—Pero…, Adonis. —Me muerdo el labio inferior desconcertadamente—. No entiendo nada. ¡Estamos juntos en esto! Quiero ayudarte.

—No estamos juntos —dice como un latigazo—. No te quiero cerca, Ares. Lo siento.

No puedo apartar la mirada de él. Es como si esperase que me sonriera o me dirigiese una mirada cómplice de las suyas solo para admitir que está fingiendo y que es una broma. Pero no lo parece. Ahora Adonis siente que soy un estorbo y no quiere saber nada de mí. Está muy centrado en la venganza y en cómo dar caza a la Corte, que ya tiene entre los dedos, y no quiere distracciones. Y parece que mi presencia le molesta.

—Quiero que me escuches una sola vez. —Mi tono es tan mordaz como el suyo—. No sé qué te está pasando ni qué pensamientos cruzan tu mente ahora mismo. Sé que estás acostumbrado a que te obedezcan en todo y conmigo también, por el rol que hemos tenido en los juegos báquicos, y que tú quieres acabar así. Pero te voy a decir algo: yo no huyo. No pienso hacerlo. Por mi sangre corre un don que no sé ni cómo funciona. Pero sí sé que las vestales no dejan a oscuras su ciudad. Se quedan y mantienen el fuego sagrado encendido. No sé qué tienes planeado, qué vas a hacer ni entiendo por qué me tratas así y me alejas comportándote como un borde desapegado. Pero métete tu jet por donde te quepa. Cuando acabemos de hacer esta visita, ya decidiré con mi madre si volvemos a Badalona o no. Pero si me tengo que ir, será a mi casa, que es donde me necesitan. Y tú también me necesitas.

—Ares. —Adonis aprieta el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos—. No quiero que te preocupes por mí. No te necesito ya. ¿No lo entiendes? Tú y yo empezamos este juego sabiendo dónde

nos metíamos.

—Claro que lo sabía. Y también que el final tenía que llegar, pero no así… No de esta manera.

—Espero que no te hayas hecho ilusiones de ningún tipo. No estoy para tonterías —dice de muy malhumor, como si estuviera harto de una situación que yo nunca he alimentado para él.

Mi barbilla tiembla incomprensiblemente por su falta de tacto.

—¿Qué son tonterías para ti, Adonis?

—Novelas románticas —contesta—. Nunca me han gustado y no creo en ellas. Fui sincero contigo. Quiero estar solo para poder hacer lo que me dé la gana —explica hiriente—. No quiero novias. Te dije que soy de gustos exigentes.

—¿Estás intentando hacerme enfadar o es que eres así de cretino? ¿Esta es tu manera de decirme que quieres follar con otras? ¿En serio me estás diciendo esto? ¿No se te ocurre otra cosa para alejarme? Uau. —Silbo impresionada—. Cuánta clase… —ironizo.

—No quiero parejas ni familias. No quiero hacerme cargo de responsabilidades que no son mías. —Qué mezquino está siendo. Acaba de decir que no quiere a Venus porque no es de él—. Quiero disfrutar del sexo cuando y como quiera, a mi manera. Quiero cargarme a la Corte y olvidarme de todo esto lo antes posible. Quiero volver a Italia solo, como me fui, y disfrutar de mis cosas y mis rutinas. Nada ha cambiado. —Sigue sin mirarme—. Tú y yo somos muy buenos compañeros y nos entendemos muy bien, pero lo nuestro no va a ir más allá de la Corte. No me interesas así.

Tengo que coger aire porque lo que me acaba de soltar han sido como puñetazos directos a la boca del estómago. No deja de mirar la carretera, pero está tan tenso que se va a romper. Yo ya me he roto.

Es duro que el hombre del que estoy enamorada hable así de mí. Y lo peor es que no me lo quiero creer. No puedo creerlo.

He sentido cosas con él, conozco cómo me toca y cómo me besa y ¿ahora se atreve a decirme que pasa de tonterías y que no quiere historias de amor?

No puede ser cierto. Esto es algo más. Le pasa algo y sé lo que es.

Es como si tuviera un agujero negro en el corazón y no sintiese casi

nada, incrédula por todo lo que acabo de oír. Pero lo ha dicho. No se ha cortado, no ha suavizado ni una palabra arrojada con insensibilidad. Y aun así…

—No te creo, Adonis —murmuro con tristeza.

—No eres una chica tonta e ingenua. No te comportes como tal, por favor. Espero que no te hayas enamorado de mí. —Se ríe despectivamente—. Te dije que sería una locura.

No puedo reconocerle a alguien que me he enamorado de él y que me importa si está siendo cruel conmigo para alejarme.

—¿Te has enamorado de mí? —Entorna los ojos amarillos hacia mí, controlando el volante para no salirse de la carretera.

—No. Sería una perdedora si me enamorase del Demonio. Tranquilo, vir. —Apoyo la barbilla en mi mano y miro por la ventana solo para que él no me vea llorar.

Es un capullo.

Es un demonio.

Y es un mentiroso.

Sé leer a las personas, como hace él. Adonis sabe perfectamente lo que me tiene que decir para hacerme daño y alejarme. Y yo también sé todo lo que tengo que decirle para hundirle y remover todo el dolor interior que tiene.

Pero soy una vestal y si me quiere mentir, va a tener que mirarme a la cara de verdad y decirme todo lo que me ha dicho a los ojos.

A ambos nos sobra inteligencia emocional y sé cómo enfrentarme a él.

Solo tengo una oportunidad antes de que su venganza empiece y, según él, acabe todo mañana.

Hoy veré si de verdad quiere acabar lo nuestro o solo es un ataque de inseguridad y miedo.

Nunca he estado en Les Angles. Tampoco en Arles.

Pero ya sé que no he venido a hacer turismo, por eso no me fijo demasiado en si son lugares bonitos o no que deba visitar de nuevo en un futuro.

Estoy demasiado ensimismada y afectada por las palabras de Adonis. Pero no soy débil. No me hago bicho bola, no me hago pequeñita. Ni tampoco soy una estúpida cabezona que no se da cuenta de cuándo la están rechazando de verdad. Si sé que no me quieren, que no se preocupan por mí y que no afecto en nada a la otra persona, me doy cuenta de ello. Cualquier mujer con radar debería advertirlo, aunque el amor, a veces, sea ciego. Lo que no tiene que ser es necio y gilipollas. Mis dos ojos ven a la perfección y mi corazón está despierto y no es masoquista. No pide limosna ni reclama nada que no se merezca.

Sé que no soy autodestructiva, no me gusta sufrir y no pienso darme contra un muro con Adonis. Ahora lo sé. También he aprendido que mi intuición está muy afinada. Por eso creo que conozco a este hombre lo suficiente como para no creerme de verdad toda la sarta de mentiras que me ha echado en cara.

Y no me voy a rendir tan fácilmente, no se lo merece. No nos lo merecemos. Ni mucho menos voy a hacerme a un lado como él espera. La conversación no se ha acabado y si al final tenemos que discutir para dejar las cosas claras, lo haremos. A mí no me asustan las peleas ni me ofende lo que se pueda decir en un momento de visceralidad. Lo que cuenta es todo lo demás. Lo que suma es la verdad. Y yo sé cuál es la mía, por eso no le voy a dar la espalda.

Mientras tanto, lo único que puedo hacer ahora es mantenerme a su lado, ver, oír y callar, aunque él tenga todas sus defensas levantadas. Sé que le hubiese encantado hacer estas visitas solo, sin voces de la conciencia y sin presencias que puedan distraerle.

Yo lo distraigo. Es irritante darme cuenta de lo mucho que le afecto y que no desea en absoluto tenerme al lado, porque así nuestros ojos no tendrían que encontrarse ni revelar los secretos que no nos decimos.

Pero Adonis podría haber decidido apartarme y no venir a buscarme. Podría haberse ido solo. Y no lo ha hecho. Estoy aquí, con él, y eso, en todo caso, contradice un poco toda la basura que me ha echado encima antes. Quiere dejarme, alejarme. Pero no actúa en consecuencia. Porque, a veces, el corazón es un traidor con respecto a

la razón. Y los «debería» siempre pierden contra los «deseo».

Acabamos de aparcar a unos metros de un terreno, un viñedo, por supuesto. A lo lejos divisamos la bodega y una casa que hace gala de un poder ostentoso. Lo que viene a continuación es, posiblemente, más fuerte que lo vivido con Alfred.

Adonis tiene el rostro envuelto en sombras. El cielo está muy nublado en esta parte de Francia y creo que lloverá en cualquier momento.

—Y ¿ahora qué? —le pregunto.

—Ahora llamo a Nico para que me ayude a distancia.

—¿Cómo?

—Tengo esto. —Adonis abre la guantera. Es una especie de tablet de una marca que no conozco—. Capta señales wifi de las propiedades y envía claves para descodificarlas y hackearlas. Nico será mis ojos y me ayudará a entrar en el sistema. —Del cajón de su puerta saca un auricular pequeño conectado a su teléfono.

—En serio… —susurro entornando los ojos—, eres como una especie de profesor de *La casa de papel.* No entiendo cómo puedes tener tantos chismes y planes de acción.

—Porque soy un estratega, guapa —contesta dibujándome una sonrisa que borra de golpe. No quiere ser amable conmigo y, a veces, se le olvida—. Nunca iría a un lugar sin las espaldas cubiertas.

Inmediatamente, llama a Nico y él le coge el teléfono.

—Estoy a unos doscientos metros de la bodega Armengol.

—Bien, vi por satélite que tiene las cámaras tipo CCTV en las paredes.

—Sí.

—¿Tienes localizado el wifi?

—Sí, te paso los datos y las claves.

Adonis envía lo que la pequeña tablet le ha registrado y, tras unos segundos, Nico contesta:

—Bien. Ya estoy dentro. Acabo de hackear el sistema de seguridad. Solo tienen cuatro cámaras para cubrir las cuatro direcciones. En el interior no hay ninguna.

—Y ¿cómo lo ves?

—El viñedo está en el lado este de la hacienda. No es demasiado grande. La bodega está en el oeste. Tiene un aparcamiento exterior y está vacío. Da la sensación de que no hay nadie.

—Perfecto. Tú me adviertes si ves algo, Nico.

—Por supuesto.

—Voy a acercarme con el coche. ¿Estás manipulando las cámaras?

—Sí, no te preocupes. No vas a salir y, además, voy a añadir un bucle. Procede.

—Sí, señor —contesta Adonis arrancando el coche de nuevo y acercándose a la hacienda en la que, hace ocho años, mataron a su hermana a sangre fría.

Hoy puede cerrar ese ciclo.

Y espero que lo haga porque todos merecemos tener la oportunidad de vengarnos.

¿El perdón? El perdón puede ser para los más buenos, los menos rabiosos, los que creen que la compasión y el dejar pasar es sinónimo de que el malhechor puede mejorar.

El perdón es para los que creen en las segundas oportunidades, y seguro que algunos se la merecen. Pero es para otros.

Jamás para la Corte.

XX

Estamos entrando en una propiedad privada. Adonis obedece las instrucciones de Nico mientras avanzamos a través del terreno y rodeamos la bodega.

—Por aquí. Nico dice que podemos entrar saltando el muro trasero.

—¿Hay perros? —pregunto—. Eso es lo primero que hay que saber. Si tienen perros, nos pueden comer sin problemas.

Adonis sonríe un poco.

—No. No hay perros. De hecho, Nico dice que no hay nadie. Ni trabajando en la bodega y ni en la hacienda. Tampoco hay trabajadores en el viñedo.

—Es una propiedad muy grande, me extraña que no la estén vigilando.

—Las cámaras envían una alarma en cuanto alguien entra en su perímetro de seguridad. Pero Nico ha entrado en su sistema. No vamos a tener problemas —dice Adonis y me ayuda a que salte el muro. Me asomo y me encaramo arriba del todo. Hay unos dos metros de altura. Salto sin problemas e, inmediatamente, salta Adonis detrás de mí—. ¿Estás bien?

—Sí.

Él asiente y hace lo que siempre hace cuando vamos juntos de misión secreta o nos infiltramos: coge mi mano para protegerme. Me parece tierno y sonrío con tristeza por todo lo que me ha dicho en el coche y que estoy segura de que no siente. Él siempre va a hacerme de escudo. Y cuando alguien está dispuesto a actuar así con otra persona, es porque esta es muy importante para él.

—Las cámaras no nos están grabando, no nos detectan. Sígueme y

haz lo mismo que yo —me ordena agachándose un poco por debajo de las ventanas cerradas y con las persianas bajadas—. En la finca hay dos edificios: la casa central —señala la residencia que estamos rodeando— y la bodega. —Se ubica a unos cincuenta metros de donde estamos; tenemos que cruzar el patio para llegar al almacén del vino —. Detrás de ella, se extiende el viñedo.

Caminamos hacia allí con paso firme. Estar en una propiedad que no es mía y campar a nuestras anchas es insólito. Pero más lo es todavía saber que nos dirigimos al lugar donde mataron a su hermana.

Adonis intenta hacer un ejercicio de contención, pero es lo único que tiene entre ceja y ceja. Quiere estar ahí. Quiere ver el lugar exacto donde la sacrificaron. Estoy ansiosa por él y ojalá pudiera consolarlo, pero nadie puede.

Bordeamos la bodega y, finalmente, llegamos al amplio terreno en el que se extiende la viña.

Nos internamos en ella y, por último, nos detenemos entre las plantaciones de vides de tipo hilera y con emparrados, una plantación característica de las uvas de vino.

Adonis otea el horizonte, mira el suelo y después se da la vuelta para ubicar como si viera una rosa de los vientos imaginaria la bodega y la casa de propietarios.

—Fue aquí —admite. Está tan tenso, tan encerrado en su dolor, que me suelta la mano y se aleja un par de metros de mí. Yo acepto que se distancie en esto, porque todos necesitamos intimidad a veces. Pero quiero abrazarle y sentirle—. Alana fue una de las tres mujeres sacrificadas para que el velo de Bacus se abriese. Como te dije, ella fue la víctima de la viña. Aquí la mataron. —Señala el suelo. Hay una pequeña parcela circular con estramonio. «Allí donde juega el Demonio, crece el estramonio», recuerdo. Como en la zona donde me violaron en Badalona. Allí también creció—. Una víctima más, atada con hojas de hiedra, violada y asesinada por hombres con máscara de lobo.

—Lo siento mucho, Adonis. —Me acerco con cautela a él.

—No me voy de aquí sin saber quién es Armengol —sentencia—. Quiero saber quién es el dueño físico de este viñedo. Los miembros de

la Corte poseen tierras de vid donde suelen ejecutar sus sacrificios y celebrar sus Backheia particulares. Necesito saber quién es el hijo de puta que prestó la suya para esas ejecuciones. —Cuando se da la vuelta, esos ojazos color oro se han oscurecido. Se recoge el pelo negro y rizado en una coleta, sujeta mi mano de nuevo y me arrastra con él hasta la bodega.

—¿Qué vamos a hacer?

Adonis está escuchando las instrucciones de Nico.

—Sí, tengo la llave maestra. —Se saca un objeto del bolsillo trasero del pantalón tejano de color gris desgastado. Parece una pieza de plástico rectangular, como la llave de un Jeep. Pero es de otro tipo—. ¿Está desconectada la alarma interior?

Entiendo que Nico le ha dicho que sí, porque Adonis acaba de meter la llave en la cerradura de la puerta de madera de la bodega y hace un par de movimientos, como si los contara, hacia un lado y hacia el otro y entonces… ¡clic!

La puerta se abre de par en par.

Huele a vino, como es normal. Las bodegas suelen estar bajo tierra, así que avanzamos y encendemos la luz.

—Baja tú —le digo—. No soporto este olor. Te espero aquí.

—De acuerdo. Si ves cualquier cosa, me avisas.

—Sí.

Adonis asiente y yo me quedo en la parte de arriba. Él es quien prefiere bajar por el cañón a la parte subterránea que se destina a conservar el vino.

A muchos, este olor les gustará, para mí es un aroma demasiado potente y creo que estoy desarrollando un rechazo a los lugares cerrados con olor a uva destilada.

Me abrazo a mí misma y merodeo por la planta superior. El edificio es solo un lugar de entrada construido sobre los pasillos, o los nichos de las cubas que hay debajo, que es lo realmente importante en la creación del vino.

Esta tiene dos salas, por lo que veo. Desde la recepción en la que me hallo veo que una es una especie de salón para hacer catas. Hay una mesa larga rectangular para unos ocho comensales y una vitrina con

copas de cristal caras. En las paredes, los premios que recibió el vino Armonía a nombre de la bodega Armengol se lucen para engrandar marca y ego.

Siento asco y repugnancia por todo lo que mueven estos individuos, por el poder que tienen y la impunidad de la que gozan.

Me doy la vuelta y con mucha curiosidad me dirijo hacia la otra sala. Está cerrada, pero no con llave. Sujeto el manillar plateado y lo giro con lentitud.

Cuando abro la puerta, me encuentro una oficina muy sobria, perfectamente adecuada para el jefe de un negocio como este. Hay una escultura de piedra en la pared y cuando la miro, lo reconozco al instante: cómo no, es Bacus. Alza una botella de vino, como si brindara con ella. Bacus con su corona, su barba, sus patas de pantera —aquí no le han puesto con patas de cabra— y sus cuernecitos. Es cierto que cualquiera podría confundirlo con un fauno o con un sátiro, pero es que Bacus es el dios de todos ellos. Escrito en la pared, en latín, reza: *VINA DA BACCHO OFFER. ET BACUS TIBI VITAM DABIT*. Viene a decir que si le ofreces el vino a Bacus, él te dará la vida.

—Cómo no… —murmuro pasando los dedos por el escritorio de diseño clásico y lujoso.

Hay un olor que se mezcla con el de los vinos de abajo y me recuerda a algo, pero se desvanece como una ola en la orilla y me cuesta mantenerlo en mis fosas nasales. Viene y va, viene y va… Es un aroma que no me gusta, pero no lo sé ubicar todavía.

No hay mucho más, además del gran pupitre de uso personal, la silla ergonómica y una estantería baja con libros. Si hay, los oteo, porque se puede conocer a las personas por la calidad de los autores que lee. Y es sorprendente lo que veo aquí: la mayoría son sobre metafísica y el arte de las fusiones enológicas. Hasta que encuentro una pequeña colección que tiene que ver con rituales y magia y que destaca entre las demás. Frunzo el ceño y me agacho para leer el tomo del libro más grande de todos.

—*Magicae*… —susurro—. *Tratado sobre la brujería romana.*

Me incorporo con rapidez porque me siento amenazada e incómoda, como si alguien me estuviera observando. Y cuando me doy la vuelta,

los veo, ahí, ante mí. Parapetados en la pared con aquel gesto altivo, diabólico e inquisitivo.

Son el Demogorgon y Drugia, pintados de un modo muy realista. Ella sentada, mirando al frente, muy desafiante. Él, completamente calvo y ojeroso tras ella, con sus manos de dedos largos y pálidos posados sobre sus hombros, como si se tratase de un cuervo.

Me quedo sin aire al contemplar el retrato encuadrado en un marco dorado. Es perfecto. Maldita sea, parece que estén ahí.

Me acerco temblorosa y con miedo de que esos demonios emerjan del lienzo y me apresen, pero entonces leo lo que hay escrito en una esquina con un pincel de punta muy fina.

Vislumbro el nombre del pintor, que seguramente sea muy famoso y, debajo, dándole más énfasis y más importancia, la identidad de los retratados.

Emma y Emmanuel Armengol.

Vuelvo a leer los nombres y a mirar el retrato y corro para avisar a Adonis, pero me choco contra él, que está en la puerta. De repente, me tapa la boca y me aplasta contra la pared.

—No digas nada, Ares —me ordena en voz muy baja—. Haz lo que yo te diga. Nico me acaba de decir que viene un guardia de camino y que está entrando en la casa de los dueños de la hacienda. No tardará nada en venir a la bodega. Tenemos que irnos corriendo.

Yo asiento sin parpadear, pero con la vista fija en el cuadro. Adonis me retira la mano de la boca con suavidad.

—Mira, Adonis —le indico con un movimiento de mi barbilla.

Él se queda observando el cuadro, paralizado, inmóvil y desubicado. No sé cuántas cosas puede soportar descubrir una persona en un día, pero es posible que Adonis bata el récord hoy. Emma es hija del Demogorgon. Y ha tenido sexo con ella.

—Emmanuel y Emma Armengol —le repito—. Los dueños de esta bodega son el Demogorgon y Drugia: padre e hija —recalco.

Él se humedece los labios resecos y toma aire por la nariz. Las pupilas se le dilatan y el iris amarillo se le agranda. Es como si fuera a atacar a alguien. Pero a pesar de que las llamas interiores amenazan con consumirle, logra serenarse.

—Hijos de puta… —gruñe apretando los puños con fuerza.

—Adonis, vámonos. El guardia no nos puede ver. Si saben que alguien ha entrado aquí, sospecharán que algo está pasando y no interesa que Drugia y el Demogorgon adviertan que alguien se ha colado en una de sus propiedades.

Pero él continúa estático y envarado, como si quisiera destruir el cuadro. No obstante, este no le importa. Lo que quiere es destruirlos a ellos, y yo también.

—La madre que…

—Eh. —Lo sujeto por la barbilla y lo obligo a que reaccione. Miro de refilón por la ventana. Desde aquí se ve el otro edificio y el guardia aún no ha salido—. Hay que salir de aquí. Vamos, sácanos —le ordeno.

Adonis aguanta la respiración, aprieta los ojos con fuerza y finalmente decide moverse y hacer lo que tiene que hacer. No es momento para perder el control.

Cerramos la puerta de la oficina y lo dejamos todo como estaba. Salimos por la puerta por la que hemos entrado y, muy rápidamente, Adonis la vuelve a cerrar con llave.

Mira hacia atrás, vigilando que el guardia no aparezca, me agarra de la mano y vuelve a correr conmigo rodeando la bodega para ocultarnos de la mirada del de seguridad.

Trabaja codo a codo junto a Nico, que le da directrices por el pinganillo, para marcharnos por donde hemos entrado y saltar el muro.

Una vez fuera, corremos como si no hubiese un mañana. Tengo el corazón en la garganta, pero por fin llegamos al coche, bien oculto en un camino.

El guardia no ha podido verlo porque lo hemos escondido a propósito.

—Adonis…

Espero a que él abra las puertas y entremos para irnos con toda la información que hemos conseguido. Pero, de repente, hace algo impensable. Lanza el pinganillo al suelo, se dirige a un árbol y empieza a darle puñetazos al tronco.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

—¡Adonis! —grito en voz baja. No quiero que nadie nos oiga—. ¡Por favor, para! —Corro hacia él.

¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis!

—¡Adonis! —Me asusto, porque los nudillos se le abren y empiezan a sangrarle profusamente—. Por favor, para…

No se detiene. Lo que le pasa es producto de la impotencia. A mí me pasó lo mismo cuando descubrí que las personas en las que creía me estaban engañando, como Hugo o Margarita. Adonis contactó en el foro con Drugia sin saber que era dueña del viñedo en el que mataron a su hermana, Alana. Y no solo eso, también se la folló. Sé que está golpeando el tronco de ese árbol, dejándose la piel y la sangre en la corteza, porque se imagina que son Drugia y el Demogorgon y es lo que les haría a ellos.

Está rabioso, tiene la cara roja y las venas del cuello hinchadas. Y los ojos llenos de lágrimas de frustración.

Estoy llorando a lágrima viva por él. Con él, aunque no lo vea. Las heridas de las manos son muy feas, así que como no sé cómo detenerle y no entra en razón, hago lo único que se me ocurre.

—¡Adonis! —Lo abrazo con fuerza por la espalda, como si quisiera inmovilizarlo. Es imposible porque es muchísimo más fuerte que yo, por mucho krav magá que sepa, y no le estoy haciendo ninguna llave. Solo quiero contenerle y que note que estoy a su lado.

Él se remueve contra mí, pero yo no me suelto.

—¡Adonis, te lo suplico, para! ¡Para…! —Me ahogo con mis lágrimas, pero no me rindo—. Por favor, detente… ¡Deja de hacerte daño! No dejes que te lo hagan más. No soporto verte así… *Non voglio vederte soffrire, mio caro*… —Es de las pocas frases que me sé de memoria y que pensé en decírsela algún día. Porque siempre supe que Adonis sufría. Y este es el momento adecuado.

No sé si es porque le he hablado en italiano o porque mi voz ha encontrado una grieta por la que entrar entre tanto odio, pero Adonis se detiene poco a poco. Acaba tosiendo, apoya la frente en el árbol, se abraza a él y yo envuelvo la espalda de Adonis hipando como una niña pequeña. Menuda estampa. Cualquiera diría que somos naturistas

abrazando árboles, pero solo somos personas intentando sobrevivir al dolor.

Pasan los minutos y seguimos así, imantados.

Le beso la espalda y decido alzar una mano para sujetarle la coleta y tironear un poco de ella.

—Ya está, tranquilízate —le pido, consolándolo como puedo.

Él se deja, aunque sigo sintiéndolo muy lejos.

—*Mi dispiace di averti spaventato, Ares…*

—No sé tanto italiano —le recuerdo.

—Siento haberte asustado. —Su voz está rasposa y dolorida—. Lo siento mucho.

Yo digo que no con la cabeza contra su espalda. No quiero que se disculpe por haberse dejado llevar y haberme enseñado toda esa furia desbocada. No es bueno contenerla durante tantos años.

—Te has reventado las manos —señalo, todavía acongojada e impresionada por su locura.

—Estoy bien… —Parece recomponerse tras tomar una honda bocanada de aire—. Estoy mejor. Esto no es nada. —Mira alrededor, como si estuviera desorientado, mientras la sangre le gotea incesantemente.

—¿Te duelen? —Todavía lo estoy abrazando por la espalda—. Estás sangrando mucho. Tal vez deberíamos ir a que te echen un vistazo.

Él las levanta para observarlas. Se las ha destrozado. Se las magulló cuando le dio la paliza a Angol, pero lo que le ha hecho el tronco es una carnicería. Parece valorar los daños y al final dice:

—No. Venga, vámonos. —Sujeta mi mano, que está apoyada sobre su corazón, y la aparta para que lo deje ir.

Al final, nos separamos.

Sorbo por la nariz y me lo quedo mirando cuando empieza a andar hasta el coche.

Mi mano está manchada de su sangre. Marcada por él.

Como mi alma.

—Conduzco yo —anuncio pensando que le haría un favor.

—No. Estoy bien —asegura abriendo la puerta del coche—. Vamos, sube. Tengo mucho que hacer.

Al final, mis pies reaccionan, pero se plantan delante de su puerta. Como tiene la ventanilla bajada, le digo:

—No tienes que hacerte el fuerte conmigo. Estás herido.

—Estoy bien.

—Pero…

—¡Ares! —exclama, ido por los nervios y la impotencia—. ¡Estoy bien! Nací con cuernos y con cola incrustados en mis huesos, y me los serraron, joder. ¡Sufrí dolores durante toda mi vida de niño! ¡Esto —me enseña las manos— es una mierda! ¡Así que sube y deja de preocuparte por mí! ¡No lo necesito!

Me obligo a no escupirle todo lo que siento y pienso, porque no es el mejor lugar para discutir teniendo la hacienda del Demogorgon al lado. Pero estoy tan enfadada…, tan cabreada…

Rodeo el coche con paso firme, abro la puerta y la cierro de un portazo imaginando que le pillo la cabeza.

—Ponte el cinturón —me ordena.

—Vete a la mierda —le contesto.

Adonis arranca el coche, derrapa con la rueda y se incorpora a la carretera.

Nos volvemos a la Cerdaña con mucha información, pero con un sentimiento de desesperanza que suena en mi interior como la cuenta atrás, rítmica y molesta, de la aguja de un reloj.

Este también es Adonis, con sus mierdas y sus traumas. Es un Adonis con todo lo que no dice, con todo lo que calla y esconde por miedo a ser demasiado intenso. Es menos educado, menos caballero y más duro y frío que de costumbre. Y es así porque quiere alejarme.

Echo de menos al otro. Pero los quiero a los dos, porque sé que es su manera de preocuparse por mí. Y de quererme, aunque no me lo diga y no se atreva a admitirlo ni ante sí mismo.

Quiero a este y al otro, aunque los dos quieran echarme de su vida.

Quiero al hombre, al agatodemon y al rey.

Si Adonis prefiere seguir siendo así conmigo, que lo sea. Pero seré yo quien tenga la última palabra y quien lo ponga entre la espada y la pared.

¿Quiere enfrentarse a los demonios solo? Perfecto, pero antes que

dé cuenta a su vestal y le diga lo que de verdad quiere hacer con ella.

Al volver a la Cerdaña, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Adonis me dejó en casa. Nico y John se fueron con él porque tenía que explicarles todo lo que sabía y cuál iba a ser la estrategia a seguir.

No saludó ni a mi madre ni a Venus porque no quería que lo vieran con las manos sangrando.

Mi madre intentó hablar conmigo porque entré en el baño llorando de la rabia y la frustración que sentía.

—Ares… —Se acercó a mí, con calma—. Cariño, ¿qué pasa?

Le conté todo lo que habíamos hallado tan rápido como supe y me lo permitían mis lágrimas.

—Pero es bueno haber descubierto todo esto ¿no? ¿Por qué estás así, tan triste y disgustada? —Sabe que ahora es mejor no tocarme porque soy un polvorín.

—Pasa que estamos cerca de aplastar a la Corte, pero él se está yendo —exclamo quitándome la camiseta para desnudarme y prepararme un baño—. Pasa que ya no quiere tenerme con él. No hay más Corte ni más juegos a los que jugar. No hay más papeles que interpretar. Solo tiene entre ceja y ceja el final, y no me deja seguir a su lado. Todo lo hemos conseguido juntos. Todo. Pensaba que eso significaba algo. Y me está tratando como si le incordiase.

Ella se recoge el pelo negro en un moño, abre el grifo de la bañera y me la empieza a preparar mientras se sienta en el borde con calma y elegancia.

—No iba a ser fácil —lamenta comprendiendo mi desasosiego—. Ya lo sabías.

—Sí, claro que lo sé. Nunca me lo ha puesto fácil. —Me empiezo a quitar los pantalones y me doy cuenta de que los tengo manchados de la sangre de Adonis. Se me llenan los ojos de lágrimas al recordar su desesperación.

—Y con todo y con eso, estás decidida a estar con él —asume metiendo los dedos debajo del chorro para comprobar que el agua no esté ardiendo—. Por eso estás tan rabiosa. Porque estás enamorada de

ese hombre, Ares.

—¿Me lo preguntas?

—No. —Oculta una sonrisa y agacha la cabeza—. Es una constatación de la realidad. Es comprensible que te sientas así. Nunca habías sentido esto.

—Jamás —gruño dando una patada al aire para sacarme el tejano de un plumazo. Me quedo en sujetador y en braguitas de color fucsia.

—Ay, hija… Esta emoción viene cuando menos te la esperas. Has sido mamá sin quererlo —recita ella—. Has estado con hombres sin estar enamorada. Ahora es cuando conoces el amor y a un hombre que te remueve el suelo que pisas. Aunque nunca pensé que mi hija se enamoraría del demonio.

—No me estás ayudando… —repongo sujetándome al lavamanos para mirarla a través del espejo que tengo enfrente. Mi pelo negro cae por delante de mi cara y enmarca mis ojeras y mis ojos enrojecidos.

—No es un reproche. De hecho, que te haya pasado esto tiene mucho sentido —añade.

—¿El qué, mamá?

—Que solo una mujer que puede mantener la llama prendida se atreva a lidiar con un demonio. Es como si estuvierais predestinados a estar juntos.

—El destino es un hijo de puta si hace que él y yo nos encontremos para que luego se largue.

—Al final, tenemos el amor que nos merecemos. Todos y cada uno de nosotros vivimos la historia de amor que hemos estado dispuestos a aceptar y que hemos priorizado. Unos prefieren la tranquilidad y buscan una pareja que no les presione ni los tenga alerta. Otros, su bienestar económico; algunos, solo el ámbito sexual… Y unos, los menos ambiciosos, se conforman con lo que les toca; no eligen nada porque quieren que todo se lo den hecho. Los confundidos creen sentir amor cuando no saben lo que es. Hay tantos casos de parejas que creen haber encontrado a la persona adecuada… Y muy pocos son amor. Tú te fijaste en Adonis sabiendo que tenía carteles de peligro por todas partes. Y aun así, sigues apostando por él porque ves su luz más allá de toda esa oscuridad que lo rodea. Y nadie te va a quitar la

idea de la cabeza ni el sentimiento del corazón.

—Pero saber todo eso no me está haciendo feliz… —reconozco acongojada—. Si quiero lo que creo que nos merecemos, no basta con sentir todo esto.

—No, no es suficiente con sentir. La vida no es así. Hay que actuar. Ay, Ares… —suspira y mira al techo blanco del baño—. En el amor todo es una toma de decisiones. Lo importante es no perder la identidad jamás. Si sabes quién eres y reconoces bien lo que sientes, entonces, ve a por él. Si te quieres y no olvidas quién eres ante él, si sigues mirándolo de cara, si no le agachas la mirada, tendrás ese amor que buscas, porque al Demonio nadie lo mira de frente. Pero para ello tienes que estar muy cerca y ponerte a su altura, alzarle la barbilla como él la alza ante todos.

—¿Me estás animando a que vaya a verle?

—Sí —contesta—. Si tan segura estás de que él te va a apartar, siempre debes intentarlo una última vez. Es lo que yo haría. Si es mi amor, si es el hombre que quiero, no me achanto. Voy. Venus y yo estaremos bien aquí. John y Nico volverán para dormir porque Adonis sigue protegiéndonos, como siempre, y eso no va a cambiar. Ve, Ares. Si es verdad que Adonis quiere que esto se acabe, que no sea porque tú no lo intentaste.

Me humedezco los labios y me miro al espejo. Era algo que tenía en mente de todas maneras, pero me alegra que mi madre también me apoye y piense como yo.

—Cuánta sabiduría me he perdido de ti, mamá… —admito contemplando su belleza serena y experimentada a través del reflejo.

Ella me devuelve la mirada y me dedica una sonrisa que también oculta un lamento.

—Tanta como yo me he perdido de ti.

Mi madre se levanta, echa las sales de baño en el agua y se acerca a mí. Posa sus manos sobre mis hombros y nos miramos ambas desde el espejo.

—A tu baño le queda unos diez minutos para estar listo —me besa en el hombro y frota cariñosamente la parte superior de mis brazos—. Asumí que iba a sufrir toda la vida si tenía hijos y lo acato, lo acepto

—asegura—. Sé que lo que estáis haciendo es muy complicado y arriesgado. Hay cosas del mundo de la Corte que nunca me contarás y está bien. Pero tienes toda la vida por delante, Ares. Y lo único importante para mí es que, pase lo que pase, hagas lo que hagas, siempre vuelvas a casa. Viva —remarca.

Apoyo mi mano sobre la que tiene en mi brazo izquierdo y le digo:

—Te quiero, mamá. Gracias por darme siempre la oportunidad de volver. Siempre regresaré a ti y a Venus.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Ella me besa en la mejilla y sale del baño emocionada, pero también satisfecha con nuestro pequeño interludio. Yo me he hundido en el agua caliente y he dejado que las sales aromáticas me limpien y también perfumen mi malestar.

A pesar de todo, más allá del dolor, me satisface saber que, aunque no son los brazos de Adonis los que me calman, siempre puedo encontrar un momento sanador entre los muros de mi casa, al arrullo de mi familia.

Mi familia siempre estará.

Lo único que he hecho toda la tarde ha sido trabajar en la ilustración de Mephisto y la Bruja Escarlata porque no he sido capaz de ponerme con mi novela gráfica. No podía concentrarme y lo único que estaba haciendo era adecuar a Dana a mí misma y llenarla de fuego por todas partes. En las manos, en los brazos…, en el pelo. Como si ella misma fuese el Infierno.

Estoy muy enfadada. No solo con Adonis, sino por todo lo que le han hecho y que él no pidió vivir. Por todo lo que le siguen haciendo y que nos afecta a los dos.

Ojalá pudiera ayudarle, ojalá pudiera aliviar la cólera y las ansias de hacerlo arder todo… Pero no lo puedo cambiar. Es un agatodemon. Es su naturaleza y me he enamorado de él con todas las consecuencias.

No voy a pedirle que cambie, que deje de ejecutar pensamientos recurrentes y comportamientos metódicos adquiridos durante años.

No. No soy así de egoísta. Le quiero, por todo lo bueno que tiene y a pesar de todo lo malo. Y quiero luchar por él porque siento que me está dando portazo no porque lo quiera, sino porque cree que es lo que debe hacer.

Y el deber, en el amor, cuando hemos encontrado algo tan grande e inaudito, no tiene cabida. Solo importa lo que sentimos y lo que anhelamos. Esa es la única voz que hay que obedecer, la que nace de nuestro pozo de los deseos y de los sueños, la que la razón acalla para intentar convencernos de que no nos merecemos esa dicha.

Y, tal vez, sí la merezcamos. Puede que eso sea impopular, pero será lo más correcto que hagamos en nuestra vida.

No voy a dejar que me dé de lado.

Venus, que es un radar perfecto y afinado de emociones, se ha sentado conmigo en el jardín para ver qué estoy dibujando. Pero como el dibujo es un poco explícito y es de un demonio y una bruja, prefiero que no lo vea, así que apago la tablet y me concentro en ella, que es un millón de veces más bonita.

—¿Ya no va a venir *Adondis*? —pregunta apoyando su cabecita en mi brazo.

Yo beso su pelo liso y apoyo mi mejilla en ella. La niña parece preocupada por si no lo vuelve a ver.

—Sí. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque estás *tistre*.

Es que es tan evidente para ella…

—Oye, Venus. —Hago que me mire a la cara y le paso el brazo por encima de los hombros con todo el amor que siento por ella. Sus ojos son iguales a los míos y me da tanta ternura que hasta tengo ganas de llorar—. ¿Te gusta Adonis?

Ella sonríe y asiente sin pensárselo.

—Me gusta. Es bueno. Me gusta para nosotras. Para mami.

Me muerdo el labio inferior y también asiento, como si fuera una orden de la niña. «Ve a por Adonis, que es nuestro».

—*Adondis* es bueno —añade mi pequeña—. Cuida de mami y de mí.

Sus lobos, que parece que saben que estamos hablando de su alfa, se acercan a nosotras y nos rodean para que pasemos nuestras manos por

su pelaje. Venus se ríe cuando los tiene cerca porque le llenan la cara de lengüetazos. Lobo se planta ante mí y posa una de sus patas sobre mi muslo. Lo miro a los ojos y solo veo a Adonis.

Se me encoge el corazón.

—¿Vendrá? —pregunta Venus abrazándose al cuello de Remo.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—No. Hoy no.

—¿*Pos* cuándo?

—No lo sé aún.

—Pero ¿vendrá algún día?

—Tiene que venir a recoger a sus lobos. Espero que lo haga pronto.

No voy a dejar esto así. Él se cree que puede hacerlo todo solo. Y está bien. No me importa, aunque me encantaría ser yo quien incendie a todos esos cerdos. Sin embargo, no quiero que lo nuestro acabe así. Acabará como yo diga y antes tendrá que oírme.

Ella se queda pensativa unos segundos. Pero, inmediatamente, me quiebra con un nuevo cambio de conversación.

—*Teno* un lugar secreto.

—¿Ah, sí? —repito ausente.

—Sí. Es una casa nueva de mis muñecos. Los *guado* ahí para que no les pase nada.

—¿Me la puedes enseñar? —le pregunto con curiosidad.

—No. Es secreto, mami.

—Ah, ya. —Abro los ojos fingiendo sorpresa—. Claro. Pero mami y Venus no tienen secretos, ¿recuerdas?

—Ya. Pero es una *pomesa.* No la puedo decir, ¿a que no? Las *pomesas* no se rompen —dice soltando una risita.

No voy a insistirle. Me gusta que la niña sea íntegra y seguro que es uno de esos sitios que ha encontrado con John, como hizo con las casas de los pitufos en el jardín de mi casa de Badalona.

—Está bien. Ya me lo enseñarás cuando quieras. ¿Quieres cenar? ¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Bañito y cenamos?

—Vale, mami.

Con Venus todo es más fácil. Es puro, cristalino y blandito.

Con el hombre que ha afectado todo mi mundo, todo es más complicado, arriesgado y cortante. Todo es más rudo y tiene aristas.

Y, aun así, mientras acompaño a Venus al interior de la casa para preparar su baño, sé que no voy a quedarme a dormir y que en cuanto acueste a la niña, voy a quemar el último cartucho con Adonis para que no olvide que en la vida no todo es fuego.

Nico es mi cómplice.

John y él han llegado a la casa para seguir haciendo sus funciones de guardaespaldas mientras Adonis se ha quedado en el hotel. Antón está con él, pero se hospedan en habitaciones separadas.

Ha sido Nico quien me ha llevado en coche hasta el hotel. Pensaba que él y John iban a negarse, pero en vez de eso, parecían muy complacientes con mi decisión. Sé que ellos querrían que Adonis fuese feliz, que creen que cualquier esfuerzo merece la pena y por eso han accedido a ayudarme.

No hablan demasiado, pero lo que dicen es muy concluyente y claro para mí.

—Ha tomado una decisión, ¿verdad? —pregunto a Nico admirando su perfil ruso.

Él se encoge de hombros y mira por el retrovisor.

—Él hará lo que considere que es mejor para ti. Es posible que le hayas venido muy grande, Ares.

—No. No le vengo grande —le corrijo—. Pero tiene miedo de lo que nos puede hacer el fuego. Y necesita consumar ya su venganza.

—La venganza siempre cava tumbas. Físicas o emocionales, da igual. Pero siempre se lleva algo con ella.

—Él es mucho más que eso.

—Adonis hace años que está en el Infierno —me dice Nico al detener el coche justo en la puerta del edificio—. Las llamas lo consumen y él mismo las ha ido alimentando día a día. Los tienes muy bien puestos para querer sacarlo de ahí.

—A lo mejor no lo quiero sacar. —Me encojo de hombros—. A lo mejor quiero compartir ese Infierno con él. No soy la salvadora de nadie. Esa idea romántica la dejo para otras. Yo solo quiero que me deje quererlo como es y que entienda que el camino no tiene por qué hacerlo solo.

—Te deseo suerte, compañera. —Me hace un saludo militar con los dedos en la sien, y arranca el coche para dejarme ahí.

Estoy frente a la fachada de Mas Ravetllat.

Voy a entrar.

XXI

Mas Ravetllat es un complejo de montañas protegido y oculto por un pinar rodeado de grandes jardines a unos cinco kilómetros de Bellver y a diez de Puigcerdà. En pleno valle, las vistas que ofrece son maravillosas. Cuando está nevado las pistas de la Molina se pueden observar en todo su esplendor.

Es un hotel rural muy silencioso para disfrutar de la calma y la quietud del monte.

Cuando entro en sus instalaciones, ya sé a qué habitación me debo dirigir. No me sorprende su estética: piedra clara, madera, grandes cristaleras en los balcones y tejas grises oscuras.

Me deslizo como un fantasma dentro del hotel y subo las escaleras para ir a la planta superior. Cuando llego frente a la habitación de Adonis, me echo el pelo hacia atrás e inspiro profundamente para golpearla con suavidad con los nudillos.

Son las diez y media de la noche. Adonis ni siquiera pregunta quién es. Abre la puerta unos centímetros y cuando ve que soy yo, decide abrirla de par en par, aunque no se mueve del marco ni me deja pasar.

Me mira de arriba abajo, y yo mantengo la compostura ante el chequeo con estoicismo. Lo conozco. Sé cómo va a ser y cómo se va a comportar; considera que estoy invadiendo su espacio y no lo entiende, porque cree que dejó muy claro que no quería que lo molestase.

Pero, de los dos, hay uno que conoce mejor al otro o que, al menos, se ha esforzado en conocerle. Y ese alguien soy yo.

Llevo un sencillo vestido negro ajustado de manga larga y corto por los muslos, una chaquetilla tres cuartos de punto negro y manga larga

que me cubre todo el trasero y unas sencillas botas de agua oscuras con suela gruesa tipo Marten´s, dado que ha llovido y el terreno está algo húmedo y fangoso.

Me he maquillado un poco, porque tenía los ojos hinchados de llorar. Pero lo justo, solo para cubrir las ojeras, levantar las pestañas y humedecerme los labios. Mi abuela llamaba a ir así «pintar la cara limpia».

Él me recibe sin camiseta, con un pantalón negro de algodón fino. De pijama, por lo visto. Sus manos no están vendadas, pero sí han recibido atenciones porque tienen crema en los nudillos y también algún que otro punto.

—¿Has ido al médico?

—Ha sido John. —Puedo oler su aliento. Ha estado bebiendo. También lo advierto en la leve caída de sus ojos.

—Ah.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo pasar?

Él vuelve a repasarme desde la punta de los pies a la cabeza y, al final, chasquea la lengua y se hace a un lado sin decir nada.

Entiendo que eso es una invitación. Entro y observo un poco la decoración. Las paredes son de piedra y los techos, de madera sujetos por vigas. El baño tiene la puerta abierta, pero aún hay gasas de la cura que le ha hecho John en el mármol y en el suelo. Hay una chimenea apagada en una esquina y las luces que penden del techo son fluorescentes. No es muy grande, pero tiene una gran terraza con vistas al patio por la que debe de entrar mucha luz.

—Las habitaciones de mi casa son parecidas a esta. La cama en la que hubieras dormido es igual, grande, solo para ti. —No puedo evitar decírselo. Primero, porque es verdad. Y segundo, porque en uno de sus comentarios poco acertados para alejarme dio a entender que prefería más comodidades y menos ruido. Y mi casa le ofrecía todo eso. Pero él no quería tanta cercanía e intimidad.

Él no dice nada, toma el vaso de cristal del que estaba bebiendo y que estaba apoyado en la mesita de madera. Sin embargo, se da cuenta de que está vacío y lo vuelve a dejar encima.

—¿A qué has venido? Te dije que quería estar solo. —Se da la vuelta y me da la espalda.

Miro de frente a Asmodeo, que me saca la lengua burlón y me recuerda que una parte del demonio siempre estará en Adonis.

—Me has dicho tantas cosas —le reprocho—, que es difícil recordarlas todas.

—Ares, vete. No es buen momento.

—Ya sé que no. Y que para ti nunca lo será.

Él rebufa y se pasa la mano por la cara. Todos los músculos de su espalda ondean bajo su piel y parece que Asmodeo me hable.

—No sé cómo dejarte las cosas claras. Ya te lo he dicho. Esto se acaba mañana. Ya no hay necesidad de seguir juntos ni de que arriesgues más tu vida. Tienes muchas cosas por las que luchar. Mucho por lo que vivir. Y estar conmigo solo las pondrá en peligro. Vete ahora, que no te pueden seguir el rastro. Nunca sabrán quién eres en realidad.

Oírlo hablar así me parte el alma porque sé que no es lo que quiere.

—Estás repitiendo lo que crees que sería correcto y adecuado. Eso ya me lo has dicho. Pero no sé lo que sientes. Eso no lo puedo oír. Cuando me vaya de esta habitación, te prometo que no me volverás a ver más si tú no quieres. Pero me gustaría oír la verdad… —Estoy temblando. No había planeado debilitarme así, pero es inevitable. Me estoy exponiendo ante el hombre que me puede romper el corazón—. No me iré de aquí sin demostrarte algo y sin saber lo que sientes por mí.

—Quieres la historia de amor —se burla—. ¿Conmigo? ¿Es que no has aprendido nada estos días?

—Sí, he aprendido muchas cosas. Pero veo que tú no has aprendido nada de mí. No has descubierto que no me rindo tan fácilmente y que las discusiones no me dan miedo. Puedes intentar alejarme y decirme lo más feo que se te pase por la cabeza. No me ofendo porque sé que no lo dices de verdad.

—Sí lo digo de verdad.

—Mientes. Dímelo mirándome a los ojos. Venga.

—Vete.

—Date la vuelta —le ordeno—. No hay nada interesante más allá de ese balcón. Yo estoy aquí. Dímelo a la cara.

Él se vuelve airado y me deja sin aire lo bello y lo grande que es.

—¿Por qué no me haces caso? ¿Por qué quieres complicar las cosas?

Levanto la barbilla al ver que él se cierne sobre mí. Sus ojos brillan desafiantes.

—Porque no me da miedo lo complicado. Porque sé que merece la pena. Tú mereces la pena.

—Vete. —Me señala la puerta.

—¿Me has dejado entrar para que me vaya? No creo. No actúas en consecuencia con como dices que te sientes.

Y por fin lo veo. Veo su diatriba interior en cómo aprieta los labios tan perfectos que tiene. En cómo frunce el ceño porque siente un dolor que nunca ha querido mostrar. En cómo lucha contra aquello que quiere y no se atreve a reclamar por miedo a que lo maldigan como a él.

Eso es. Eso es lo que más teme.

—No puedes querer esto —me reprende—. No puedes quererme a mí. —Abre los brazos—. Todo yo soy un despropósito bizarro. Soy un experimento de un hijo de puta que quería que el Demonio naciera en la tierra. Soy hijo de Bael, el Rey de la Corte. Su puto Príapo con cuernos y cola demoniaca. Un cuerpo perfecto para poseer a una vestal y engendrar a los siguientes Remo y Rómulo, para liderar su visión particular del mundo y del poder. Pero él no sabe que existo, no sabe que su experimento sí dio sus frutos.

—Claro que lo dio. Creó a un agatodemon maravilloso —reafirmo.

—¡No, joder! ¡Sigo siendo un esperpento! Por mi culpa, él te quiere a ti, por mi jodida culpa. Sin saberlo, yo provoqué lo que el Demogorgon vio en sus augurios. Yo te metí en la Corte. Estoy maldito, Ares. Follé con un miembro de la Corte, con Drugia, hija del Demogorgon, y ambos están directamente relacionados con el asesinato de mi hermana. Alana debe estar retorciéndose en la tumba. ¿Sabes cómo me hace sentir eso? ¡Estoy sucio, maldita sea! —grita, empezando a perder el control. Y es justo lo que quiero. No me asusta

su fuerza ni su violencia. No me da miedo el mal que cree que hay en él. Porque no existe. Estoy aquí para demostrárselo—. Tienes que alejarte de mí. Tienes que dejar de intentar estar conmigo y de pensar que pueda darte algo bueno. Estoy marcado por la Corte, soy su jodido juguete roto. Y todo lo que voy a atraer a partir de ahora es destrucción. No puedes estar cerca de mí. No quiero manchar lo único bueno que…

—¿Que qué? —insisto dando un paso hacia delante y poniéndome de puntillas para agarrarle las mejillas con las manos. Está asustado. Asustado de verdad, y parece que se va a romper. Pero él no sabe que yo estoy aquí para recoger sus pedazos—. ¿Que qué, Adonis? Eres un demonio, ¿no? Los demonios no tienen miedo a pedir lo que quieren para ellos.

—Déjame hacer algo bueno. Por favor —me suplica, sobrepasado por sus emociones—. Te estoy ofreciendo una vida limpia. —Me sujeta de la pechera de la chaquetilla y me levanta un poco—. Sin remordimientos. —Me enseña los dientes blancos y con unos colmillos puntiagudos, pero humanos. No son de lobo, no son de demonio, aunque lo parezcan—. Una vida en la que no tengas que temer, sin miedos, sin reproches, sin muertes a tus espaldas. Una vida sin pesadillas para ti ni para la pequeña *diavoletta*. Dejad de pensar en que os acompañe, porque no soy bueno. No voy a hacer cosas buenas. Y os merecéis a alguien que os dé una vida tranquila y discreta. A alguien que no os traiga más dolor.

Cuando habla así de Venus, se me llenan los ojos de lágrimas. Yo adoraría que él la quisiera y la cuidase, pero necesito saber que es a mí a quien más necesita. Necesito que me diga que soy yo de quién está enamorado.

—¿Has acabado ya de compadecerte? —Doy un paso hacia delante para recortar más la distancia y pegarme a su torso.

—¡¿Es que no has oído ni una puta palabra?! —Me zarandea y las lágrimas me caen por las mejillas—. ¡Ares, te estoy dando la posibilidad de salir por esa puerta y volver a la normalidad, sin acechanzas! Os estoy dando una vida, eliminando a toda una Corte para que vosotras estéis libres. ¡Yo estoy corrompido! ¡Y a partir de

mañana lo estaré más!

—¡Todo el mundo lo está, Adonis! ¡De un modo o de otro! ¡Todo el mundo está corrompido, no solo tú! —exclamo sujetándole la cara—. Todos tenemos nuestra oscuridad dentro. Tú tenías muchas papeletas para ser el más malo de todos y eres todo lo contrario. Yo veo luz en ti. ¡Haces lo que sea necesario para que los malos paguen! Pero ¡eres un cobarde! —Sorbo por la nariz, agotada por mi propio dolor—. ¡Te estás rindiendo antes de luchar por algo hermoso! Estás echando por la borda algo increíble antes de que empiece por miedo a lo que pueda pasar. ¡Yo no necesito a nadie que me enseñe lo bonita y tranquila que es la vida! ¡No quiero a nadie que me ponga una venda en los ojos y me haga creer que todo es idílico y perfecto! ¡Quiero a alguien que sea capaz de provocar incendios para defenderme! ¡Quiero a alguien que haga arder todo aquello que me quiera hacer daño! ¡No quiero la vida de los demás! ¡Quiero la mía! ¡Y quiero que estés en ella! ¡Y quiero que luches por mí y por lo nuestro!

Eso lo deja noqueado sin saber qué hacer.

—¿Por qué? —susurra aterrado. No lo puede creer. No lo comprende.

—¡Porque estoy enamorada de ti! —exclamo sin máscaras. Me libera decirlo y me da alas, aunque también me aterra—. ¡Estoy enamorada de ti! Porque te quiero. Porque no puedes romper esto que tenemos, solo porque estés cagado de miedo. Porque somos parte de una leyenda y porque, contra todo pronóstico, la hemos convertido en una historia de amor, a pesar de los demonios y de la Corte que nos quiere destruir. No dejes que lo consigan. No dejes que acaben su obra contigo. Por favor…, pelea.

—Ares… —grazna, porque él también tiene la voz secuestrada por las emociones.

—Adonis, ojalá… —Las lágrimas no dejan de caer y mi voz apenas se sostiene ya—. Ojalá te vieras como yo te veo. Dices que estás marcado y roto. —Paso mis pulgares por la parte superior de sus pómulos—. Deja que te marque yo a ti esta noche. Deja que recoja esos pedacitos de los que dices que estás hecho, y que los una de nuevo. Déjame cuidarte hoy y demostrarte todo lo que siento por ti.

Cuando acepté que me eligieras en la Corte —le recuerdo—, me advertiste de que lo querías todo y que de nada serviría arrepentirse después. Que para mí no había vuelta atrás. Y lo acepté con todas las consecuencias porque quería estar en la Corte contigo y que acabáramos juntos con ella. —Él respira agitado. Me recuerda a un purasangre antes de salir a ganar la carrera—. Y tenías razón. Te lo he dado todo. Me he enamorado de ti y no hay vuelta atrás. Ahora te reto yo. ¿Te atreves a pedirlo todo conmigo y a no dar marcha atrás?

Solo unos segundos. Pasan solo unos segundos que parecen eternos, que mantienen su respuesta ahí, en el límite de la expectación.

Y entonces maldice en italiano, me agarra con fuerza de la barbilla y me obliga a caminar hacia atrás hasta chocarme contra la pared.

¡Pum! Con fuerza apasionada.

—Mañana voy a traer el Infierno a la Tierra, Ares. ¿Todavía me querrás después de lo que voy a hacer? Ni tú ni nadie va a poder detenerme.

—Hazlo, Adonis —respondo—. No querría estar contigo si castigaras a la gente buena. Pero si provocas dolor a los que se lo merecen, no tengo nada que decirte. Solo apoyarte. Y admirarte, porque ojalá tuviera yo tus medios y tu valor para hacer lo mismo.

Él estudia mi cara como si hubiese salido de un libro de fantasía. Como si creyera que no soy del todo real, y yo solo me lo quiero comer a besos.

—Estás loca.

—Sí. —Sonrío entornando los ojos, mordiéndome el labio inferior—. Loca por ti, imbécil. Y ¿qué vas a hacer ahora con todo lo que sabes? ¿Eh?

Él no puede apartar sus ojos dorados de los míos.

—Hija de puta. —Pega su cuerpo contra el mío y yo le agarro del pelo para controlarlo como pueda—. Tus ojos no me dejan dormir por las noches. Los veo en todas partes. Los quiero ver en todos lados, Ares. Estás en mí, aunque no lo quiera.

Y no dice nada más. Hace.

Y ya es hora. Adonis habla con el cuerpo y necesitaba sentir esta desesperación y esta ansiedad mientras me tiene entre sus manos.

Me desea. Este ser está hambriento de mí y no se imagina el poder y la felicidad que me da saberlo.

Me sube la falda del vestido y me acaricia el trasero y los muslos.

—Me enloqueces. Debiste haberte ido. Nunca debiste haberte cruzado en mi camino.

—Conduce mejor. —Me abalanzo contra su boca. Y él me recibe con las mismas ganas que yo.

Nuestros dientes buscan labios y carne para mordernos y después pasar la lengua y calmarnos. Y, oh, Dios mío, es maravilloso. Adonis cuela una mano por debajo de la falda del vestido, yo lo empujo por el pecho, lo aparto y me paso la lengua por el labio superior. Le digo que no con la cabeza.

—Esta noche eres para mí —le advierto—. Y voy a marcarte. Para recordarte que no tienes nada de la Corte y que eres mío. Soy tu vestal —reconozco creyéndolo más que nunca.

Traga saliva, su nuez oscila arriba y abajo y él no se mueve del sitio. Me sorprende lo obediente que es, pero es porque aún no se puede creer que no me haya ido.

Me levanto la falda del vestido y me lo saco por encima de la cabeza, meneando las caderas para ayudar a que salga. Me desnudo ante él.

Adonis tiene la erección pujando a través del pantalón negro. Después me llevo la mano al sujetador y me lo quito, una tira por un hombro y la otra por el otro. Lo dejo caer al suelo.

Camino hasta él semidesnuda y le paso las manos por el pecho. Entonces me inclino para llevarme uno de sus pezones a la boca al mismo tiempo que introduzco mis manos por dentro del pantalón y le acaricio el trasero, que tiene como una maldita piedra, pasándole las uñas por la piel.

Adonis me sujeta la cabeza mientras le muerdo los pezones y me recoge el pelo en una sola mano.

—Ares… *Sei cosí cattiva*… Así…

Sí. Ya sé que le gusta, noto su pene empujando contra mi vientre.

Le estoy dejando marcas por todas partes. Succiones y chupetones que no se le irán en días. Y le da igual.

Me retiro un poco y me pongo de puntillas para sujetarme a sus hombros y volver a sus labios.

Sus besos son vitaminas. Y me animan a querer hacerle más. Y a darme más.

Bajo por su cuello para lamerlo como deseo. Él echa la cabeza hacia atrás, y le obligo a dejar de tocarme.

—Deja las manos muertas, al lado de tus caderas —le ordeno.

Él asiente y me mira como si no hubiera nada más en el mundo. Tiene los labios húmedos y enrojecidos.

Rodeo su cuerpo y me coloco a su espalda. Lleno a Asmodeo de besos y mordisquitos por todas partes. No me asusta mimarlo.

Le deslizo el pantalón por las caderas y se lo bajo hasta los tobillos; Adonis los retira con el pie. Me mira por encima del hombro, expectante. Yo continúo besándole la parte baja de la espalda hasta que poco a poco llego a esa lengua que cubre la cicatriz de su operación. La de Asmodeo. Y lo que hago es pasar la mía arriba y abajo, y me coloco de rodillas a su espalda. Beso al demonio y, con las manos, agarro el pene erecto de Adonis y lo acaricio. Es enorme.

No lo había hecho todavía. Me encanta. Es grande, grueso, pesado y caliente.

—En todo este tiempo no me has dejado tocarte ni una sola vez. —Le muerdo la nalga—. Has sido malo.

Mi boca tortura la piel más sensible de su espalda y mis manos lo masturban.

—Joder… —le oigo decir—. *Bambina…*

Después le mordisqueo las nalgas, le paso la lengua, le beso y le marco los cachetes. Cuando me levanto, está temblando y respira agitadamente.

—*Va bene?* —le pregunto burlona.

—*Va molto bene, machiavellica.*

Entonces lo empujo hasta hacer que se siente en el colchón.

Le abro las piernas con las manos y me dejo caer de rodillas delante de él, entre ellas. Saber que puedo darle todo ese placer me colma de satisfacción.

Adonis espera paciente y creo que me desafía, preguntándome en

silencio: «¿Te vas a atrever?».

Yo sujeto su miembro con una mano y meso sus testículos con la otra. Entonces abro la boca y poco a poco lo engullo.

Adonis se agarra a la colcha, cierra los ojos y gime. Eso me anima a martirizarlo más. Succiono y lo adoro con la boca, los labios y la lengua, como creo que más placer le puede dar.

Él aprieta los dientes, se cierne un poco hacia delante y vuelve a sujetarme del pelo para recogérmelo y que no me estorbe.

—Me vuelves loco…

Yo continúo succionándolo y concentrada en darle el máximo placer.

—Mírame, Ares —exige—. Mírame, cómeme y demuéstrame que quieres lo que soy.

Yo alzo la mirada y parpadeo mientras continúo mamándolo.

—Oh, mierda… —musita—. Es una locura… Tus ojos… Vas a hacer que pierda la cabeza. Eres tan jodidamente sexy…

Agarro su miembro con las dos manos y lo acaricio arriba y abajo mientras él mueve las caderas. Está a punto de correrse.

Pero no lo va a hacer en mi boca. Algún día sí; ahora, no.

Me incorporo y él levanta la cabeza para mirarme fijamente.

Entonces, presiono su pecho para que se tumbe en la cama y me deshago de las braguitas. Repto por encima de su cuerpo y le estiro los brazos por encima de su cabeza, sujetándolo por las muñecas.

—Agatodemon… —susurro contra su boca—. No te muevas.

Abro bien las piernas, me coloco encima de su erección y la guío a mi interior. Cuando empieza a entrar, Adonis acompaña la penetración con el vaivén de mis caderas hasta que está dentro por completo.

No dejo de mirarlo con los ojos entrecerrados y aguantando la punzada de dolor que su miembro provoca contra mi cérvix.

—Siempre me dejas sin respiración —susurro apoyando mi frente sobre la suya.

—Tranquila.

Cuando me acostumbro, empiezo a cabalgarlo.

Adonis no puede dejar de mirarme. A veces desliza sus ojos

amarillos hacia el punto en el que nos unimos. Pero está tan dentro que no ve nada.

Me inclino hacia delante, mi cuerpo y el suyo se cubren de gotas perladas de sudor. Apoyo las manos a cada lado de su cabeza, sobre el colchón, y disfruto de montarlo así.

Quiero dominarlo. Quiero ser yo quien manda.

Él es increíblemente fuerte, su cuerpo es escultural, podría apartarme si quisiera y ser él quien dominase. Pero se está dejando. Está dejando que lo ame y que lo cuide esta noche.

—Ares…, nena… —musita mordiéndose el labio inferior.

Él posa sus manos en mis caderas y después en mi culo, pero yo no se lo permito. Agarro sus muñecas y las coloco por encima de su cabeza otra vez. Al final, lo inmovilizo así, llevándolo a mi interior una y otra vez, volviéndolo loco.

Mi pelo cae sobre nuestros rostros e imanto mi boca a la de él. Nos besamos y apreso sus labios entre mis dientes. Le muerdo la barbilla y no puedo evitar gemir, porque estoy en un punto que, después del dolor, es todo placer. Él invade todo mi ser.

—Adonis. —Con una mano, sujeto sus muñecas y, con la otra, lo tomo de la parte baja de la barbilla—. Eres mío —sentencio—. Dilo.

—Ares, *piccola*…

—Dilo, Adonis.

—Ah…

—¿De quién eres?

—*Sono tuo. Mi fai impazzire*. ¿Qué me estás haciendo?

—No eres de nadie más. Solo mío.

—*Io sono per te.*

—Recuerda que esta noche es tu vestal quien te reclama. —Siento cómo él se hincha y se agranda más dentro de mí—. Reclamo tu cuerpo, tu alma y tu corazón. Lo quiero todo de ti. Tu luz y tu oscuridad. Todo. —Lo beso y nuestras respiraciones se entremezclan.

Es tanto el placer, es tan increíble, que no quiero que se acabe. Pero esto no es un juego báquico. No es una competición. Quiero dejarme llevar con él.

Adonis deja ir un sollozo contra mis labios; yo sujeto su barbilla y

continúo besándolo. Mi mano, que está sujetando sus muñecas, se desplaza hacia arriba hasta entrelazar los dedos con él.

Y de repente…, empieza nuestro orgasmo, al mismo tiempo.

Sus caderas se mueven sincronizadas con las mías, nuestras manos se agarran con fuerza y nuestras bocas encajan y se tragan los sollozos y los gemidos del uno y del otro.

Se me saltan las lágrimas, y él se libera de mi mano y me rodea el cuerpo sudoroso con sus brazos, pegándome con fuerza a su torso.

Me abraza con fuerza y con pasión, abandonados en el limbo de éxtasis y placer. Tengo la sensación de que no me quiere dejar ir. Y eso es justo lo que quiero que haga. Que no me deje ir.

Intentamos recobrar el aire, pero siento su corazón contra el mío, fuerte, vivo y poderoso. Me incorporo un poco, solo para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

Y cuando lo encuentro, él también tiene lágrimas y está emocionado.

—Me he enamorado de ti —le digo pasando la mano por su pelo negro—. Esa es la verdad. Tienes todo mi corazón. Mi cuerpo. Y quiero que seas valiente y luches por nosotros. Y que mañana, hagas lo que hagas, vuelvas a mí. Porque es aquí donde perteneces.

—¿Te pertenezco a ti?

—Sí —respondo sin atisbo de duda—. *Sei mio, bambino.*

Él está encendido. Sí, parece que he afectado algo muy dentro de él. Que he llegado a su esencia más personal. Y espero haberlo convencido porque todo lo que he reconocido ha salido de mi corazón.

Pero Adonis no dice nada más.

Me agarra del pelo apasionadamente y, esta vez, es él quien me besa. Y lo hace posesivo, como una declaración de intenciones.

—Ahora me toca a mí, vestal —me advierte.

Adonis me da la vuelta sin salirse de mí y cambiamos las tornas. Cuando me aplasta contra el colchón, se desliza en mi interior con fuerza y de un modo más sorprendente e impetuoso.

Dejo ir un grito de sorpresa y placer. Aún estoy muy sensible. Y él lo sabe, pero no le importa.

—Ares, lo siento. —Ubica sus antebrazos por debajo de mis rodillas

y me las levanta.

—¿Por qué?

—Por esta noche —contesta—. Porque yo también voy a marcarte.

Cuando vuelve a mover sus caderas y a penetrarme, me doy cuenta de que despertar al demonio no es buena idea.

—¿Hasta dónde puedes aguantar? —me pregunta impulsándose más adentro—. ¿Hasta aquí? —presiona las caderas clavándose tan adentro como puede.

No sé cómo de elástico es mi cuerpo, pero seguro que esta noche lo voy a descubrir.

—Hazme todo lo que te apetezca. Seguro que me va a gustar.

Él asiente, y coloca mis piernas de un modo que queden apoyadas por las pantorrillas sobre sus hombros. Así, la penetración es mucho más profunda e intensa. Cojo aire y me obligo a relajarme todo lo que pueda.

Sus embestidas son rudas y desesperadas. Y me encienden como a una fiera.

Sujeto su pelo con mis manos y lo beso mientras él sacude mi mundo y mi interior.

Lo quiero absolutamente todo de él.

Quiero que me deje exhausta y que se olvide del miedo que tiene a decirme que me quiere y que quiere todo conmigo. Nada me gustaría más que oírlo, pero respeto sus tiempos.

Quiero que, aunque sea a través de mi cuerpo, esta noche se olvide de las cosas que cree que están mal y que no debería hacer.

Solo quiero que me sienta. Que nos sienta a los dos. Y se dé cuenta de lo perfectos que somos el uno para el otro.

Yo ya lo sé, y he aceptado que nunca podré superarlo. A él no.

XXII

Está a punto de amanecer.

Me siento destruida, pero en el buen sentido. He volado en pedazos y me he reconstruido para volver a conocerme, a aceptar lo que deseo, a saber lo que quiero.

Y quiero esto. Quiero vivir mi vida en paz, sin Corte, pero con mi agatodemon y mi núcleo familiar intacto. No sé si pido mucho, no sé si los finales felices existen o si solo están en las películas y en las novelas rosas. Parece que la vida siempre pone las cosas más difíciles para todo lo que de verdad vale la pena y que nunca te deja llevarte todo el pack, como si, a la fuerza, tuviéramos que renunciar a algo, dado que tenerlo todo es egoísta.

Esa es la razón por la que creo que el combo es improbable de conseguir.

Y no me vale. Esa posibilidad no me sirve.

Estamos cansados, sudorosos y desnudos en la cama. No hemos dejado de hacer el amor durante horas.

Adonis es increíblemente exigente. Es un animal. Su manera de tener sexo durante la formación báquica no tiene nada que ver con lo que he aprendido de él esta noche. Es apasionado, muy intenso, duro y tierno al mismo tiempo. Es pervertido y romántico y compasivo. Me ha derretido con sus motes y con sus susurros cada vez que me provocaba un orgasmo. «Más. Más. Más».

Estoy drogada de él por completo. Con una sobredosis de sexo y amor infernal de la que nunca me podré librar, que jamás querré olvidar.

Sonrío contra su pecho y oculto mi rostro entre los mechones negros

de mi pelo. Adonis no dice «te quiero», «estoy enamorado de ti» ni tampoco «te amo». Eso es exponerse demasiado. Pero que no lo diga, no significa que no lo sienta. Hay personas que son capaces de amar profundamente y no ponerlo nunca en palabras. Y, si lo pienso bien, tiene sentido, porque expresar un sentimiento así es como encarcelarlo, limitarlo y quitarle el valor y las posibilidades infinitas que tiene algo sin límites.

Pero sí siento que me quiere. Lo sentía antes, aunque lo hacía con recelo. Después de esta noche, de todo el fuego, el calor y la honestidad sé que le importo lo suficiente como para detener su mundo o hacerlo girar en otra dirección.

Tomo su mano, malherida y amoratada, y le beso los nudillos uno a uno. Esa es la prueba fehaciente de que Adonis tiene emociones profundas e intensas. Las tiene para odiar y para desfogarse, para destruir y para vengar. Pero también para amar y entregarse, para cuidar y preocuparse. Es su hermosa dualidad.

—En unas horas me levantaré y me prepararé para irme y encontrarme con la Corte. Tú tienes que dormir, *piccola* —murmura contra mi cabeza—. Descansa.

Aún es de noche, aunque en una hora empezará a aclarar la luz del amanecer.

—¿Por qué no me cuentas lo que planeas hacer? A lo mejor así me duermo.

—¿Y eso no te pondrá más nerviosa?

Niego con la cabeza. Tengo una confianza absoluta en que Adonis lo controla todo al dedillo y que su plan va a salir bien. Lleva toda la vida esperando este momento.

—Sé que hoy vas a borrar a los demonios de nuestras vidas, Adonis. Sé que no vas a permitir que ni uno salga libre de tu hoguera. Y que no permitirás que te hagan daño.

—¿Por qué lo sabes? —Me acaricia el pelo con movimientos dulces e hipnóticos.

Exhalo contra su pecho y froto mi mejilla contra él.

—Porque, esta vez, tienes que pensar en mí y en el daño que puede hacerme que a ti te pase algo. No solo estás tú. Me llevas aquí contigo.

—Poso mi mano sobre su corazón—. Nos llevas a los dos. Recuérdalo antes de que se te lleven los demonios.

Él me rodea con sus brazos para abrazarme con intensidad y verdad. Sé que ahora acepta mis palabras y le llegan como antes no lo hacían.

Porque las comprende y empieza a creer que puede merecerlas.

—Hablé con Drugia. Le dije que estaba en el sur de Francia. Sabía que me citaría en su bodega, ya sabes lo que le gusta alardear. Tendrá ganas de decirme que son productores de uno de los mejores vinos del mundo y que, además, en su tierra se hizo sacrificios de virtuosas. —Escucho con atención, pero me mantengo en silencio—. Nos veremos hoy a las ocho. —Siempre va un paso por delante. Adivina conductas y movimientos, posiblemente, porque ese es uno de sus dones—. Ella y su padre esperan a que te entregue a ellos hoy mismo —continúa hablándome, pasando los dedos por mi pelo—. Y eso les he hecho creer.

—¿Y cómo lo haremos?

—Tú no vas a venir. No te vas a mover de la Cerdaña.

—¿Y entonces?

—Ya lo tenemos todo preparado. Una compañera de Nico y John, que se llama Kat y era exmilitar, nos ayudará y se hará pasar por ti. Quieren que vayas con un tipo de indumentaria ceremonial y eso nos facilitará que le cubramos la cara. Todos iremos con máscaras de demonios.

—¿Por qué hay que ir así? Es solo una entrega.

—Porque quieren poner en marcha el Backheia esta misma noche, Ares. Hoy es el día —sentencia—. Van a estar todos. No quieren perder el tiempo.

Me apoyo en un codo y lo miro estupefacta.

—¿Hoy? ¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Recuerdas que te dije que las chicas que estaban en posesión de Belial emiten una señal por la Influenza, ¿verdad? Que están localizadas.

—Sí.

—Las han movilizado. Las dejaron hace unas horas en Arles. En la bodega. Justo cuando le dije a Drugia que estaba aquí, ella avisó y lo

preparó todo para que se diera el encuentro en su terreno. En su viñedo. Si han dejado a las chicas allí, es para que participen en el Backheia junto con tu ritual.

—¿Y qué piensas hacer, Adonis? ¿Cuál es vuestro plan de acción?

—Nico y John lo están preparando todo. Me presentaré allí con Kat para que se haga pasar por ti. Nico y John controlarán a las chicas secuestradas con la Influenza y también vigilarán las ubicaciones de los de seguridad y del resto de los miembros de la Corte. Drugia me ha hablado del carácter ceremonial y respetuoso del encuentro. No van a perder el tiempo. Van a proceder con el Backheia en cuanto te vean. Ofreceré a mi virtuosa porque soy un rey de la Corte y le permitiré a Bael, el Rey Demonio, el único que puede acoger a Bacus, que haga uso de mi compañera y que le dé el final que considere.

—Querrá violarme y sacrificarme.

—Sí. Va a ser como una especie de corredor de la muerte. Solo que tú no vas a estar —aclara más tranquilo—. Cuando se den cuenta de que la mujer que traigo conmigo no eres tú, ya será demasiado tarde parar ellos. Les voy a preparar una encerrona de la que no van a salir con vida.

Y ese va a ser el final. El final para todos.

Alzo mi mano y paso mis dedos por los mechones ondulados de su pelo.

—Tienes un pelo precioso —murmuro.

Adonis se echa a reír, incrédulo ante mi comentario.

—Creo que no me has entendido. Te acabo de decir que voy a encargarme de que toda una Corte no vuelva a abrir los ojos y ¿tú me dices que tengo un pelo bonito? ¿No te da miedo saber que soy capaz de acabar con una vida así?

Lo miro fijamente y paso mi dedo índice por una de sus cejas negras y espesas.

—Tú no acabas con vidas. Acabas con la muerte, que es distinto. Creo que hay cosas que deben ser eliminadas. Y tú te encargas de ello.

Él parece contrariado.

—¿No vas a hacerme cambiar de opinión?

—En absoluto. —Deslizo el índice por el puente de su nariz y lo poso en sus labios—. No me dejas ir contigo porque te asusta que me hagan algo o que salga malherida. Pero disfrutaría de estar ahí esta noche, Adonis. Disfrutaría de tu venganza. Y ojalá lo pudiese ver.

Él sonríe y, entonces, me agarra y me estira encima de él por completo.

—Puedo hacerlo por ti. Puedes estar ahí, a través de mis ojos.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Con las cámaras oculares y los drones silenciosos y diminutos que van a sobrevolar el recinto con mucha discreción.

—¿En serio? —Me emociono porque nada me gustaría más que verlo en acción—. ¿Voy a poder verlo en *streaming*?

—Sí. Hay mucha gente que paga para ver el Backheia en directo. Gente oscura y con muchísimo dinero. El terreno está preparado con cámaras para grabar todo lo que ocurra allí. Pero Nico y John hackearán las señales de transmisión y los pagadores no podrán ver nada. Excepto una hoguera final. Sin embargo, a ti… —Me acaricia la espalda y el trasero—. A ti te dejaré verlo todo. Será como una superproducción. Le diré a Antón que lo tenga preparado para que puedas estar ahí, en la distancia.

—Entonces será como mi venganza. —Apoyo mi frente en la suya.

—Sí. Será tuya también. Pero no te mancharás las manos de sangre.

—No somos tan distintos como crees. Pienso en matarlos de mil modos diferentes, pero no lo hago porque no tengo ni tus medios, ni tu estrategia. ¿En qué me convierte eso? ¿En mejor que tú o en una vengadora holística?

—Eso mantiene tus manos limpias. Dormirás mejor. —Pasa su pulgar por encima de mi pezón, que se eriza ante su contacto—. Te creo compasiva y sé que no serías capaz de hacer lo mismo que yo.

—No te equivoques, Adonis. No dormiría mal si te ayudase a acabar con todos y no sentiría tener las manos manchadas. Lo de ellos no es sangre, es veneno. Yo ya he pasado por mucho. No los veo como personas.

—Y haces bien. Pero eso no va a hacer que te lleve conmigo.

—Lo sé —digo asumiendo que me quedaré aquí mientras él acaba

con la Corte.

—Te prometo que esa gente pagará, y que Venus y tú podréis vivir tranquilas, que no tendrás que enseñarle que el mundo es un lugar horrible donde puede ser la víctima de sádicos como ellos.

—A Venus la educo para que sea una mujer fuerte y pueda valerse por sí misma ante cualquier situación. Y, sobre todo, le enseño a que haga caso de su intuición y sepa quién es bueno y quién no. Y es una maestra. Eso te lo aseguro. Caló a Hugo, no lo quería cerca. Y, en cambio, te quiere a ti. Te ve bueno y eres el único hombre con el que quiere interactuar de esa manera.

Siente orgullo al oír esas palabras. Sé que él también percibe esa conexión especial con Venus y creo que le gusta mucho.

—Además, Venus va a aprender krav magá. Lo tengo muy claro, mi hija va a saber defenderse siempre. Va a dar unas leches que al primero que intente acosarla, lo va a poner a dormir.

Adonis suelta una carcajada.

—No me cabe ninguna duda de que sabrá hacerlo. Y si no, yo le puedo enseñar lucha grecorromana…

Ay, ojalá. Me encantaría verlo, pero solo sonrío y no le digo nada.

—¿Te perturba ser el héroe de una niña? —pregunto con cautela.

—Me perturba que me vea como a un héroe. Me perturba todo lo que tenga que ver contigo y con esa niña. Es como… No lo sé explicar.

No hace falta que lo haga. Lo que le pasa es que le gustamos y siente algo fuerte hacia mí y hacia todo lo que tenga que ver conmigo.

—No te voy a mentir —reconozco—. Tengo ganas de ver lo que va a pasar y, al mismo tiempo, no quiero verlo.

—Deberías. Hoy ganan los buenos —me guiña un ojo.

Me creo expectativas de cómo será esa conexión y de cómo le veré la cara a Drugia descomponiéndose al advertir que la chica que llevan no soy yo, y me da gusto solo imaginarlo.

Adonis me contempla con un brillo especial en los ojos. Una mirada distinta. Algún día, tal vez, cuando acabe con la Corte, pueda decirme qué siente por mí. Ahora ni sabe hacerlo ni creo que quiera hacerlo.

—Quiero que sepas que, cuando acabes hoy con todos ellos —

inclino la cabeza y beso sus labios—, tienes un lugar al que poder volver siempre. No te voy a presionar, sé que esta noche puede no significar lo mismo para mí que para ti. Pero quiero que sepas que está ahí para cuando tú quieras. Y me gustaría que supieras cuál es. Que lo tengas claro.

Él me cubre un pecho con una mano y, tras unos segundos en silencio, mientras contempla mi seno con dedicación, contesta:

—Lo sé, *piccola*. Lo sé.

De repente, se cierne sobre mí y vuelve a quedarse encima de mi cuerpo.

—Lo sé.

Me abraza con el rostro pegado a mi torso y respirando profundamente.

Y, mientras le acaricio el pelo, él va cerrando los ojos y acaba durmiéndose, rápido y sereno. En paz.

Lo tapo un poco con la sábana y fijo mis ojos en el techo.

Solo quedan unas horas.

Unas horas para que todo acabe.

Unas horas para, quién sabe, alcanzar la posibilidad de un nuevo comienzo.

La cama estaba deshecha y el aroma de Adonis impregnaba la almohada. Pero él ya no estaba.

Deseaba que me avisara y me dijese que volveríamos a vernos solo para quedarme más tranquila, pero prefirió dejarme durmiendo.

Así que me he duchado y me he pasado una esponja con jabón por todo el cuerpo dolorido y lleno de chupetones por tanta intimidad. Sonrío un poco al recordar que yo también le he dejado muchas marcas a él.

Me he vuelto a poner la misma vestimenta de ayer. Sigue nublado y creo que va a llover otra vez, así que las botas de agua no solo van a juego con mi vestido negro, sino que me van perfectas para el clima.

Doy gracias por conservar la ropa interior y que Adonis no me la haya roto, porque es propenso a comportarse como una bestia. Y me

gusta, pero no cuando no tengo nada más que ponerme y llevo un vestido de falda corta y ajustada.

Después de acicalarme en el baño, consulto el móvil y veo que tengo un mensaje de texto de Adonis.

«Antón está en la habitación de al lado. Cuando te despiertes, pídele que te lleve en coche hasta tu casa. Él tiene el ordenador para que veas nuestra intervención en *streaming.* John, Nico, Kat y yo hemos ido con otro coche hasta Arles para evitar seguimientos de matrículas y demás. Vamos a dejarlo todo preparado para la reunión de la noche. Drugia me espera en su viñedo a las ocho de la tarde. Desconectaré el teléfono hasta entonces para que la señal que lancemos para anular sus móviles no afecte a los nuestros. Va a salir todo bien, *piccola.*

Firmado: tu agatodemon».

Me pellizco el labio y no puedo ocultar mi sonrisa de felicidad y esperanza.

«Tu agatodemon». Solo hay que esperar. Solo unas horas más a que Adonis regrese de Arles, y todo habrá acabado.

Me llevo el portátil y abandono la habitación tras revisar que no me haya dejado nada. Solo el corazón.

Cuando golpeo con los nudillos a la puerta de la habitación colindante, Antón abre como el perfecto mayordomo, preparado para todo. Ya está vestido y seguro que lleva muchas horas despierto. Sus ojos azules sonríen con cariño y cierra la puerta tras de sí con una mochila de viaje colgada del hombro.

—Señorita Parisi, me alegra mucho verla aquí. Qué perfecta coincidencia.

—Sí, qué casualidad, ¿verdad?

Me río de su sentido del humor. Es gracioso y ocurrente, y ayuda mucho para romper el hielo porque no hace preguntas incómodas. Él ya sabe todo lo que tiene que saber, estaba en la habitación de al lado. Y me da un poco de reparo que nos haya oído.

—¿Ya está lista para irse?

—Sí, Antón.

—¿Ha descansado bien? —Mierda. Claro que nos ha oído.

—Sí. —Tengo el valor de sonrojarme y mirar hacia otro lado.

—Después de usted, entonces.

Estoy lista para irme y volver a casa.

Voy a prepararme mentalmente para asistir al vídeo en directo de la desaparición de la Corte sin sufrir a cada instante pensando en que a Adonis le vayan a hacer algo malo.

Cuando llego a casa, tengo la sensación de que toda yo huelo a mi hombre, y eso que me he duchado. Pero la ropa tiene su aroma impregnado, el de ese perfume masculino que tanto me gusta y que siempre me recordará a él.

A mi madre no le ha hecho falta que la pusiera al día. Con solo verme la cara, se ha dado cuenta del tipo de noche que he pasado. Aunque como no vamos a hablar de sexo entre nosotras, porque no hace falta, se guarda su discreción, pero no su regocijo al saber que las cosas entre él y yo están mejor que cuando me fui.

Venus hoy está risueña y feliz de ver que paso el día en casa con ella.

Tengo que hacer tiempo hasta la tarde, pero estoy demasiado ansiosa como para quedarme encerrada. Así que nos hemos ido a comer a Bellver y después a una heladería Antón, mi madre, Venus y yo.

Me parece insultante fingir que no está pasando nada y hacer como que la vida es normal cuando Adonis va a plantarle cara a la Corte de demonios por mí y por nosotros. Pero incluso Antón me ha tranquilizado y me ha dicho que no debo dudar de la eficacia de Adonis. Que es algo para lo que se ha estado entrenando durante años y que sabe que, pronto, estará de vuelta diciendo que todo ha ido muy bien. Porque Adonis nunca falla.

Sin embargo, sigo teniendo entre ceja y ceja las ocho de la tarde. Voy a conectarme, pero lo haré en otro lugar que no sea mi casa porque Venus es cotilla por naturaleza y, cuando me ve con un ordenador o una tablet en las manos, siempre quiere ver lo mismo que yo y es imposible que le enseñe esas imágenes.

Por eso, cuando regresamos de Bellver media hora antes de las

ocho, le pido las llaves del coche a Antón y me voy sola con el portátil y el repetidor que hará que me conecte a sus cámaras y sus dispositivos en *streaming*.

Estoy a unos diez minutos de casa y he dejado el Rubicon frente a una gran campiña verde y llana, típica de la Cerdaña, con las montañas marcando la línea del horizonte.

Abro el iMac, lo enciendo y veo que la luz del repetidor conectado al ordenador titila varias veces al recibir la señal de los equipos que llevan con ellos Adonis, Nico y John. Abro la aplicación para conectarme a ellos y veo la pantalla partida en cuatro partes. Dos son aéreas de todo el territorio del viñedo y de la casa particular. Una tercera es la bodega. Y una cuarta es móvil y me muestra todo lo que está viendo Adonis.

Tomo entre mis dedos la campana de mi abuela y beso el anillo con el ojo que me regaló Adonis. Estoy histérica y asustada.

Subo el volumen del portátil al máximo y me limito a ver, con el corazón en un puño, cómo mi agatodemon va a hacer arder toda la Corte.

—Tres, dos, uno… —susurro—. Acción.

XXIII

Tengo la sensación de que veo una película. Desde luego, las cámaras están en alta definición, tanto las de los drones como las que lleva Adonis. Y lo veo todo a la perfección, cada detalle al entrar en la hacienda. Hay un par de guardias en la entrada. Los coches aparcados dentro de la zona de aparcamiento son caros, como era de esperar. Y hay muchos.

Adonis tenía razón. Todos los miembros de la Corte están reunidos alrededor de una mesa de piedra ceremonial en el viñedo. En la misma zona donde mataron a la hermana de Adonis hace ocho años.

Les ha importado bien poco adelantarse tantos días al 10 de mayo. Porque, como dijo, todos van vestidos con túnicas negras y máscaras de demonio de color blanco, rojo y negro. Adonis mira a Kat dentro del coche, que está sentada a su lado. No le veo la cara bien por la capucha holgada que lleva. La cubre una capa de seda blanca, como si fuera una virgen o una sacerdotisa.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dice Adonis—. Mantén la cabeza agachada y las manos ocultas bajo las mangas. Cuando yo diga: «se acabó el juego», te apartas y arrancas a correr para ir a por la máscara antigás. Nico y John ya habrán eliminado a los guardas y tendrás vía libre. Tengo un pequeño comunicador en el oído, es imperceptible y con la máscara y el pelo suelto ni siquiera se intuye; por ahí me informarán de todo. Los drones lanzarán desde el cielo unas cápsulas que, al impactar contra el suelo, emitirán gas pimienta que, además, es altamente inflamable. Mi máscara tiene protección ocular y de respiración. Las de ellos, no. El gas quema los ojos y los irrita mucho, no sabrán qué hacer ni hacia dónde ir. A partir de ahí,

nos encargaremos nosotros de todo, Kat.

—De acuerdo. Entendido.

No la conozco, pero es evidente que tiene formación militar y que está muy concentrada en el éxito de esta intervención. Parece que es morena, de ojos negros y tiene los labios finos y la cara mucho más marcada que yo. Va a ser imprescindible que se oculte bien bajo la capucha.

Escuchar el plan de Adonis ha sido fabuloso. Pero lo cuenta como si fuera a ser fácil. Y ojalá lo sea.

Mis ojos vuelven a la pantalla donde se muestra a la Corte, esperando ansiosa su ración de carnes y sacrificios. El Demogorgon lidera ese círculo y, a su lado, está Bael, el único que lleva una túnica roja entre los miembros y cuya máscara de demonio es dorada. Ellos son los que llaman la atención porque deben marcar diferencias en una sociedad tan jerarquizada.

Al lado del Demogorgon, su hija, Drugia, lleva las mismas vestimenta y máscara que el resto. Es evidente que esas son las ropas del Backheia y del sacrificio. A ella la reconozco porque le veo el pelo y también sus pechos voluptuosos empujar la tela de la túnica. Es una cuestión de actitud: recta como una bailarina, soberbia como una dictadora. La reconocería en cualquier lugar porque apesta a superioridad.

Los guardias dejan entrar a Adonis y yo sujeto el portátil con fuerza con las manos, inclinándome hacia delante de lo tensa que estoy.

—Adonis, los drones están en posición. En cuanto bajéis del coche, nos encargaremos de los de seguridad —oigo hablar a John. Los micros y los comunicadores que llevan también están conectados al programa y los escucho perfectamente. Siento que soy como la directora de una superproducción y que puedo ver y controlar cualquier escena desde cualquier ángulo. Me parece increíble que lo vaya a ver y que este momento haya llegado.

Adonis baja del coche solo y los guardias lo escoltan hasta el viñedo donde toda la Corte espera con la libido por las nubes y el sadismo en vena.

Me concentro en todo lo que pasa, cualquier detalle es trascendente.

Adonis mira a cada uno de los presentes. Es obvio que su objetivo es Drugia, porque es ella a quien debe complacer con esta visita y este gesto altruista de entregar a su virtuosa a la Corte.

El Demogorgon, en cambio, es el primero en hablar cuando lo tiene tan cerca que casi lo puede tocar.

—Rey Adonis, nos congratula ver que has hecho lo mejor para la Corte y que quieres complacer a Bacus. —Emmanuel mira más allá, hasta el coche, para confirmar que soy yo quien está dentro. Pero eso no lo sabe, solo lo cree—. El Rey Bael se hará cargo de tu virtuosa y será él quien realice el Backheia con la señorita Parisi. La semilla de Bacus debe arraigar en la tierra. Y estamos todos ansiosos y emocionados de que eso suceda por fin.

Adonis escucha paciente. Sabe que no debe hacer preguntas, porque un siervo de Bacus debe ser complaciente y obedecer la palabra del Rey y del Demogorgon sin abrir debate de ningún tipo.

—También me complace evidenciar que la señorita Parisi es devota de Bacus y se va a entregar a él sin oponer resistencia. Han pasado muchos años para que por fin nuestras oraciones y nuestros sacrificios den sus frutos y encontremos a una entusiasta pura. Es el recipiente perfecto para el Backheia y la energía báquica del Abismo.

—La señorita Parisi siempre supo que si Bacus la elegía, ella se daría a él —contesta Adonis.

Drugia se remueve, esperando a tener su parte de relevancia en esa reunión.

—Adonis —dice John por el comunicador—, el inhibidor está en marcha. Ya no hay señales telefónicas activas en la finca. La Corte está completamente aislada.

La red está hackeada y todos los que estén en línea intentando ver el Backheia han perdido la señal. Hemos jodido su sistema de transmisión. Nico está ahora desconectando el servicio de las cámaras de seguridad de la empresa vinculada para que nada de lo que suceda llegue a su disco duro.

Me encanta oír eso. Y seguro que a Adonis también. Es fascinante el modo en el que trabajan. Con qué celeridad y eficacia lo hacen. Nada como tener conocimientos y no tener miedo a violar leyes, y menos si

son dictatoriales, como las de la Corte.

—Lo agradecemos —contesta el Demogorgon al comentario de Adonis—. Sin embargo, eres rey ahora. Aunque sin virtuosa. En el Backheia todos tenemos que alimentarnos de la energía sexual de Bacus. Debes elegir a tu compañera.

Adonis asiente y centra sus ojos en Drugia.

—Ella será mi compañera. —Le ofrece la mano y Drugia la toma sin pensarlo—. ¿Estás de acuerdo?

—Es lo que deseo. Es como debe ser, querido. Pero no solo en el Backheia —murmura provocando algunas risas cómplices a su alrededor.

Y yo quiero lanzar el portátil por la ventana.

Espero que Adonis le dé su merecido a esa mujer.

—¿Estamos todos preparados? —pregunta de repente Bael.

Su mujer, Ariadna, está a su lado. No sé cómo puede tener estómago para ver cómo su marido se tira y sacrifica a otra chica. Ellos creen que soy yo y que lo voy a hacer voluntariamente, porque dejarme follar por el representante de Bacus en la Tierra es un sueño hecho realidad para cualquier virtuosa. Pero si no lo hiciera, me raptarían y me matarían igual. Ella es una demonia Pilatos. Se lava las manos, pero es igual de cómplice.

—Sí, Rey —contesta el Demogorgon con la mirada fija en Adonis.

—Entonces, es momento de que tu virtuosa recorra el camino de la gloria y venga al altar.

¿El camino de la gloria?

No sé lo que significa eso, hasta que veo que la Corte forma un pasillo tenebroso para que Kat lo atraviese como una presa a punto de ser sacrificada.

Hay dos hileras largas y negras que van desde la entrada del viñedo a los altares de piedra compuestas por los demonios de la Corte y sus acompañantes.

Bael está frente a la robusta ara. Parecen dos en una. La superficie es lisa y ancha de color grisácea. Se abre la bata roja y se la aparta del cuerpo para quedarse completamente desnudo y mostrar su miembro viril y grande. No sé si Angol también tenía esas dimensiones, pero

Belial estaba bien dotado. Y Adonis, evidentemente, sin ser nada monstruoso ni brutal, es lo que ellos llaman un príapo. Entiendo que debe ser genético o producto de sus experimentos. No son caballos, aclaro. Pero son grandes.

Adonis le hace una señal a Kat para que salga del coche y emprenda su destino final.

Busco a Belial entre la multitud y no lo encuentro. Debería estar al lado de su padre por ser el heredero, entiendo. Pero no lo ubico. Puede que esté vigilando a las chicas que van a usar para los sacrificios.

Kat sale del vehículo y, con aire ceremonioso, avanza en silencio entre la multitud.

Un fuego contenido en un brasero de bronce ilumina la parte trasera del altar y resplandece en las máscaras de los más cercanos al lugar del sacrificio. Adonis y Drugia están ahí, junto al Demogorgon y al resto de los reyes con sus compañeras.

Estoy al borde de un ataque de nervios.

—Adonis —vuelve a ser John—. Hemos activado la modalidad de reposo en la Influenza en las chicas secuestradas. Son un gran número, pero ahora mismo el circuito está liberando pequeñas nanodescargas que van a hacer que se duerman, como un TEC. Están en la casa de herramientas del viñedo, detrás de la bodega. Uno de los guardias se ha ido a custodiar la puerta, suponemos que esperando órdenes para liberarlas y que acudan al Backheia.

Me sudan las manos y el corazón se me va a salir del pecho.

Kat llega hasta Bael y no tengo otra que oír a Drugia decirle a Adonis:

—Siéntete orgulloso de entregarla, Adonis. Solo es una puta con una peculiaridad especial para Bacus. Un instrumento.

—Lo sé —contesta mi vir en voz baja.

—Recuerda lo que hizo con Daisha. Recuerda que manchó tu honor.

—Por eso estoy aquí contigo, Drugia.

Él tuerce la cabeza hasta que veo la máscara de la demonia, dorada como la del resto y que le cubre la cara hasta el hocico, pero se le ve la boca perfectamente.

Su sonrisa es malvada y hueca.

—¿Cómo funciona? —pregunta Adonis con interés—. ¿Cuál es el procedimiento del Backheia?

—El Rey Bael, bajo los rezos y las instrucciones del Demogorgon, violará a la señorita Parisi y deberá fertilizarla tres veces. Su cuerpo debe aguantar la posesión mientras es fustigada por el fascinador para purificarla. —Qué cabrones—. Después, el Rey se la llevará para asegurarse de que su semilla ha enraizado bien. —Claro, y aprovechará para volver a hacer experimentos con el feto, como hizo con Adonis—. Pero debemos esperar. Antes disfrutaremos de los preliminares.

—¿Qué preliminares?

—Otros platos inesperados y suculentos. Ya los verás.

Frunzo el ceño, intrigada por esos platos. Asumo que son las bacantes encerradas.

—¿Qué otros platos hay? —Adonis está tan sorprendido como yo.

—En este Backheia habrá muchas sorpresas —asegura la hija del Demogorgon—. Mientras tanto, Bael empezará a poseer a la señorita Parisi delante de todos.

—¿Adonis? —es Nico quien habla—. Esperamos tu orden. Los dos guardias están fuera de juego.

Adonis sigue mirando a Drugia. Estoy conectada a él y siento que está pensando lo mismo que yo: le faltan piezas del puzle.

Kat está a dos palmos de Bael y el Demogorgon abre las manos y eleva las palmas hacia arriba mientras empieza a orar en latín. Está invocando a Bacus.

—Adonis… —susurro—. Da la maldita orden antes de que le ponga las manos encima. Estoy temblando, joder.

En la pantalla, él vuelve a mirar al que es su padre biológico y el torturador de su madre.

—*Sanguis tui sanguinis* —pregona el Demogorgon con los ojos fijos en la viña—. *Corpus corpuris. Deus vini, veni et vince. Rex tibi corpus dat.*

El Rey Bael posa sus manos sobre los hombros de Kat. La mirada de su mujer es impasible, nada le afecta.

—Adonis… —imploro tensionada.

—Adonis —dice John, exigente.

—Que entren las bacantes —ordena el Rey Bael sin apartar las manos de Kat. Está a punto de quitarle la capucha.

La tensión crepita a su alrededor, y también al mío. Hasta que por fin oigo a Adonis pronunciar lo que todos queremos oír:

—Se acabó el juego.

Acto seguido, lo que acontece es como ver una película de acción en primera línea.

Kat empuja a Bael y arranca a correr para alejarse del viñedo. Ojalá pudiera verles bien las caras de sorpresa y pasmo, pero van bien enmascarados para que no sean reconocidos en los vídeos, los viles cobardes.

—¡A por ella! —grita el Demogorgon señalándola con su báculo.

Pero antes de que nadie dé el primer paso, caen dos pequeños objetos del cielo que, al chocar con el suelo, estallan y crean una nube de polvo blanquecina y gaseosa.

Y, de repente, el caos.

Oigo a la gente gritar:

—¡Mis ojos!

—¡Me queman!

—¡No veo nada!

—¡No puedo respirar!

Y también escucho otro tipo de exclamaciones en otros idiomas que no entiendo, porque la Corte la conforman muchos y en el Backheia también hay invitados.

Por las otras pantallas divididas, observo cuerpos gateando y quitándose las máscaras para frotarse los ojos. Les deben escocer mucho, porque no pueden hacer nada más que no sea cubrirse la cara y gritar.

Entonces, veo a John y a Nico con máscaras de gas cubriendo sus rostros y protegiéndoles de las quemaduras respiratorias y visuales que todos los demás están sufriendo. Agarrando uno a uno a cada miembro de la Corte y los empiezan a meter en la bodega. No creo ni que sea gas pimienta. Lo que sea que han echado en esos proyectiles, los está abrasando.

No me doy cuenta de que me estoy clavando las uñas de las manos en las palmas hasta que siento un pinchacito y me veo la marca. Mis ojos hiperactivos se concentran ahora en la ventana de Adonis, en todo lo que él ve y experimenta.

—Adonis. —Kat aparece en su campo de visión, ahora con una máscara como la de John y Nico. Parece que la habían escondido en algún lugar del viñedo para que ella la recogiese—. ¿Qué hago?

—Ayuda a sacar a las bacantes una a una de la casa de utensilios y asegúrate de que están bien.

—De acuerdo. —Kat sale de allí rauda y veloz, con su papel muy claro.

Por fin, la nube de polvo tóxico va desapareciendo. Y Adonis puede centrarse en sus objetivos, a los que ambos vemos con más nitidez.

Observo cómo sujeta a Drugia del pelo y la levanta del suelo hasta ponerla de pie.

Ella no deja de llorar y de quejarse por el dolor.

—¡¿Qué está pasando?!

—Deja de gritar —le ordena Adonis zarandeándola del pelo—. No aguanto tu voz.

—¿Adonis? ¡¿Qué crees que estás…?! —Adonis le quita la máscara y la lanza al suelo.

—Esto no te va a hacer falta ya.

—¡¿Papá?! —exclama completamente desencajada con los ojos y la boca inflamados.

—¡Emma! —grita el Demogorgon arrodillado a unos metros frente a ella. Ha perdido el báculo y ahora ya no lleva máscara. Ninguno de los dos puede ver.

Adonis saca unas bridas de la riñonera que lleva en la cintura, oculta por la túnica, y le ata a Drugia las manos a la espalda para arrodillarla frente al altar.

Después, sujeta al Demogorgon y le hace lo mismo, antes de colocarlo de rodillas al lado de su hija.

—¡¿Emma, dónde estás?! —grita Emmanuel.

—¡Papá, estoy aquí! ¡A tu lado! ¡Es Adonis! ¡Es Adonis! ¡Él nos ha traicionado!

—Soy yo —sentencia mi agatodemon arrancándole la máscara de la cabeza al Demogorgon.

—¡No veo nada! —grita Bael moviéndose como un gusano en el suelo.

Los ojos de Adonis se deslizan hasta el poderoso Rey, hasta Alexandre, que está en el suelo, como todos. Se han llevado a su mujer a la bodega, con los demás. Camina lentamente hasta él, lo sujeta de los pies y lo arrastra desnudo por la tierra hasta atarle las manos con las bridas, como ha hecho con los otros.

A él también le quita la máscara.

Mientras tanto, John y Nico ejecutan su plan con competencia y van metiendo uno a uno, sirviéndose también de algún que otro golpe, a la cantidad de individuos que esta noche iban a ver violaciones y sacrificios en directo, pero que van a encontrar su propia muerte.

Están pasando demasiadas cosas y no sé dónde mirar.

Finalmente, me decido por lo más importante. La venganza de Adonis contra Drugia, el Rey Bael y el Demogorgon.

—Mi nombre es Adonis —empieza él frente a los tres demonios. Ojalá pudiera verle la cara, pero me la imagino. Imagino sus ojos destellando cólera y destilando odio, matándolos antes de tiempo—. Y vengo a contaros una historia a la Corte. Seguro que os gusta, dado que os encantan los cuentos.

—¡¿Qué?! ¡Adonis, suéltanos! —grita Drugia—. ¡¿De qué va todo esto?! Oh…, mis ojos…, ¡me queman! ¡Me… me voy a quedar ciega! ¡¿Dónde está la señorita Parisi?!

—Hace treinta y tres años mi madre vino a España a trabajar como modelo. En uno de esos eventos en los que asisten hombres ricos buscando mujeres a las que encantar, conoció a un señor que la enamoró. Un señor que se hacía llamar rey. Pero ese señor no era bueno. Iba de príncipe —Adonis agarra el báculo del Demogorgon y lo parte por la mitad contra su muslo. Se astillan en los extremos de forma que parecen estacas—, pero, en realidad era un príncipe de las tinieblas. Secuestró a mi madre y la embarazó con rituales macabros. Le hizo todo tipo de experimentos y la encerró durante meses. Se llamaba Evelina.

—¿Evelina? ¿Tu madre es Evelina? —La cara de Bael es indescriptible y la del Demogorgon también. Está a caballo entre la sorpresa, el terror y, aunque parezca mentira, la alegría—. La busqué. La busqué durante años, pero… parecía que se la había tragado la tierra.

—Cállate, hijo de puta. —Adonis sujeta a Bael por el pelo y lo golpea con la rodilla en la cara—. Tú dejaste embarazada a mi madre. La usaste creyendo que era una entusiasta. Pero lo que llamáis entusiastas o bacantes no son otra cosa que vestales. ¡Vestales! Y lo sabéis. Por eso las queréis dominar y someter. Porque mientras las haya, el Demonio no vencerá y no controlará ninguna ciudad. Mi madre se salvó de ti —le recuerda—. Pero dio a luz a un demonio en la Murtra, un lugar protegido por el sello de las *sagaes*, de las sabias que protegían Baetulo de la Corte demoniaca de Bacus. Allí, contra pronóstico, nació un hombre con ojos de lobo, cuernos y cola. Un hombre que debía ser la mejor obra del Rey de la Corte de Bacus. Un hijo demoniaco que nunca debió ver la luz en un lugar sagrado como ese. Un hombre que, tal vez, estaba destinado a crear un nuevo imperio de haber caído en las manos equivocadas. Como las tuyas —le echa en cara a Bael y vuelve a ponerlo de rodillas. Le ha roto la nariz, y la sangre le sale a borbotones por los orificios y la boca—. Sin embargo, era otro tipo de demonio: un agatodemon.

El Demogorgon palidece y se queda de piedra.

—No puede ser. Eso no puede ser…

—Claro que puede ser —asegura Adonis—. Me llamo Adonis, brujo sociópata. —Se inclina para mirarlo a la cara. Tiene los ojos en carne viva, inflamados—. El que hace arder. ¿No te dice nada eso? Con la ayuda de una *sagae,* mi madre pudo ir a Italia, donde me adoptó mi padre y me pagó las operaciones que necesitaba. Mi madre se suicidó tres años después. Alertado por su historia, mi padre pensó que lo mejor era mantenerme en secreto, oculto, para que la Corte jamás me encontrase. Así que, a estamentos oficiales, Umberto Rossi solo tenía una hija. Yo sería declarado oficialmente hijo suyo una vez decidiese hacer uso de su herencia, cuando yo mismo acabase con la Corte que tanto me hizo sufrir a mí y tanto daño hizo a mi madre.

—¿Umberto Rossi? —repite el Demogorgon. Es un hombre inteligente. Ya debe saber por dónde van los tiros—. ¿El propietario de la Bella Villa de Italia? Esas tierras son perfectas para la invocación a Bacus y para la mejor vid…

—Por eso —entiende Adonis por fin—, alguien contactó con mi hermana, Alana, y le hizo creer que había encontrado el amor. Y ella se fue a buscarlo, porque era inocente y creía en cuentos de hadas. Mi padre abrió una investigación para encontrarla. Hasta que recibió una llamada anónima que decía que Alana había desaparecido en el sur de Francia, pero su avión se estrelló en extrañas circunstancias en la frontera francoitaliana. En la Deep Web, accedí a Palabra de Bacus y vi el vídeo del asesinato de Alana en este maldito viñedo. Uno del que, además, salió un vino llamado Armonía, premiado hace ocho años como uno de los mejores del mundo. Propiedad de la bodega Armengol. De Emmanuel Armengol —señala al Demogorgon con la parte del báculo aristada— y Emma Armengol.

El Demogorgon está destruido mentalmente.

—Eso es imposible. ¿Por qué no he visto eso en mis vaticinios?

—Porque donde hay vestales, también hay magia que las protege. Vosotros invocáis a Bacus y a Príapo, pero no tenéis nada que hacer contra Vesta. Ella es la protectora de mi madre y de Ares Parisi.

—¡Es mentira! ¡Eso no puede ser! ¡No puede ser! —clama Drugia como una niña pequeña.

—Sí puede ser. Ahora quiero saber quién fue, quién atrajo a Alana hasta aquí, quién la mató y quién provocó el accidente aéreo de mi padre —impera señalándolos uno a uno.

Los tres permanecen en silencio hasta que Adonis empieza a actuar como el vengador que es y deja de ser bueno y educado. Demasiado autocontrol estaba mostrando, a mi parecer.

Con la punta del báculo, señala al Demogorgon. Se lo clava en el hombro y este empieza a gritar, poseído por el demonio del dolor y la tortura.

—¡Emmanuel! ¡¿Duele, verdad?! —le grita retorciéndole el palo entre los músculos—. ¡Quiero una respuesta, psicópata del demonio! —Lo retuerce con más ímpetu.

—¡Papá! —exclama Drugia llorando a moco tendido—. ¡Adonis, no tienes que hacer esto! Eres… eres uno de los nuestros. ¡No puedes darnos la espalda! Te lo daremos todo. ¡Todo lo que necesites! ¡Todo el poder que quieras! ¡Podemos estar juntos!

—¡No quiero estar contigo, niñata egocéntrica! ¡¿Crees que me gustas?! ¡¿Crees que puedes despertar en mí algún tipo de interés?! ¡Eres una bruja venenosa y una concubina del diablo!

—Fue Drugia —contesta el Rey Bael. Ha traicionado a los suyos y enmudecido a Adonis. Este se detiene e inclina la cabeza para mirar detenidamente al Rey Bael—. Drugia fue la que contactó con la hija de Umberto, la que la captó. Te diré la verdad, hijo.

—¡No me llames así! —exclama Adonis.

—No hables, *Rex* —le ordena el Demogorgon, malherido, con el báculo atravesándole el cuerpo.

—Intentó que le vendiera las tierras de Bella Villa, intentó atraerla y aquí hizo que conociera a otro miembro de la Corte para que pudiera enlazarse con ella. Pero Alana declinó. Y Emmanuel y Emma decidieron que sería sacrificada por haberse negado a hablar con Umberto para que le vendieran las tierras —continuó Alexandre—. La bodega Armengol siempre ha querido la tierra especial de esa parte de Italia. Pero Umberto se puso a investigar la desaparición de quien creíamos que era su única hija y estaba muy cerca de dar con nosotros, así que lo atrajimos y nosotros mismos provocamos su accidente. Pensamos que, al ser Alana su única heredera y al no tener familia, los terrenos pasarían a formar parte de la Administración del Estado. Y entonces nosotros podríamos adquirirlos. Pero resultó que Umberto dejó toda su herencia y propiedades a una sociedad privada de la que no pudimos averiguar nada. ¡No podíamos saber que Umberto tenía un hijo secreto y que era el mío! ¡Un hijo de Bacus! —Parece feliz de su hallazgo, pero muy poco consciente de que de nada le va a servir, porque Adonis tiene muy claro que no quiere nada de ellos.

—Bien. —Adonis toma la otra parte del báculo, que tiene forma de pene dorado por un lado y por el otro está astillado—. Ahora ya sabéis que yo soy su sociedad privada —espeta. Sé que está sonriendo por

cómo le ha salido la voz—. Y ahora yo sé que elegisteis a Alana solo por las tierras. Que matasteis a mi hermana y a mi padre solo por eso. Y que elegiste a mi madre porque…

—Porque me enamoré. Estaba muy enamorado de Evelina y estaba convencido de que ella me daría el hijo que quería. Podrías ser mi mano derecha. —Lo mira de arriba abajo—. Y no dudo de que eres todo cuanto soñé, Adonis. Libérame y hablemos. Solucionemos esto y conquistemos el mundo juntos.

—¿Sabía tu mujer que estabas siéndole infiel y que habías dejado embarazada a mi madre mientras ella estaba embarazada de Belial? ¿Lo sabía?

—Lo supo después. Y me entendió. Porque Bacus, nuestra labor divina —asegura hablándole al cielo—, está por encima de cualquier otra cosa.

—¿Por qué le suministrabas sustancias a mi madre? ¿Por qué la inoculabas? ¡Habla! —Le golpea con el falo metálico y le abre la ceja —. ¡Habla, maldito!

—¡Por el gen! ¡El gen NAO!

—¿Qué?

—El gen NAO. El gen del Diablo. —Dios mío, los temores de la madre Mariagna tenían razón de ser—. Necesitaba que mis descendientes fueran receptáculos perfectos para Bacus y para ser reyes de la Corte. Y debían desarrollar esta anomalía genética, este gen para que fueran propensos a la violencia y no tuvieran compasión ni buenas intenciones hacia nada ni nadie. Vi en las ecografías que mi hijo iba a ser un auténtico demonio. Con cuernos y todo. No me lo podía creer. Pero nunca te vi nacer… —lamenta.

Dios mío. Están locos. Es tremendo. Y todo lo que dice, cada palabra que sale por su boca, me asusta. No quiero que Adonis crea que tiene ese gen. No quiero que lo torturen más, quiero que lo dejen en paz, que lo dejen ser quien es y no todo lo que esperan que sea.

—*Rex*… No digas nada más —le pide Drugia.

—¡Cállate! —le ordena Adonis y la golpea con el falo metálico en la cara.

—¡No toques a mi hija! —grita Emmanuel.

Es sorprendente que personas así tengan esas emociones familiares. Son malísimas, pero, al mismo tiempo, son muy clan. Supongo que hacer el mal, une.

—Continúa, Bael. —Lo señala de nuevo con el palo astillado.

—Es un proyecto en el que también trabajamos en Biovir, Adonis —dice con el rostro cubierto de sangre por la herida aparatosa de la ceja —. Lo estudiamos en psicología social. De ahí nació también la Influenza. Ese es el objetivo final. El control mental, pero también el cambio en el comportamiento. Influenciar y hacer que los demás hagan todo lo que nosotros queramos. Crear soldados que hagan lo que les pidas, personas sin escrúpulos, sin miedos.

—Sin conciencia —recalca Adonis.

—También. Es… es el futuro, Adonis. Es la vida, el sentido de la vida —reafirma con contundencia—, en nuestras manos. ¿No lo entiendes?

—Jugáis a ser dioses, eso es lo único que entiendo. ¿Angol y Belial han desarrollado ese gen?

—Sí —dice orgulloso—. Pero Angol lo tiene muy dominante y se busca problemas a menudo. Belial lo tiene mucho más bajo control. Y seguro que tú también lo tienes, hijo.

—Te he dicho —Adonis se inclina hacia él— que no me llames así. No soy tu hijo.

¡Pum!

Le ha dado tal cabezazo que he oído el crac hasta yo.

—Te voy a decir lo que sí has hecho conmigo, Alexandre Espósito. —Adonis lo sujeta por el cuello, lo levanta y lo pone de rodillas de nuevo. Tiene una parte del pómulo derecho hundida y se le está deformando la cara—. Resulta que nací con malformaciones, pero por una extraña anomalía genética, mis huesos son muy duros y resistentes. —Se golpea la frente y hace toc toc—. Como el hierro. Te he roto el hueso del pómulo, gracias a la mierda que le metiste a mi madre. También te diré que, de alguna manera, me convertiste en algo distinto y excepcional, un demonio, sí. Pero uno que, al mismo tiempo, es cazador de demonios. Y, joder… —susurra—, no sabes cómo disfruto haciéndolo.

—Adonis. —Nico aparece a su lado derecho e interrumpe toda la escena—. Están todos encerrados en la bodega. Toma. —Le acaba de ofrecer una botella de cinco litros llena de combustible.

—Gracias —contesta sujetándola.

—Oh, señor… Que Bacus nos salve. —Drugia está llorando de nuevo, con la cara abierta y sangrando, la cabeza agachada y los hombros temblorosos—. Este traidor nos va a quemar. ¡Nos va a quemar! ¡Está loco!

—Quiero que sepáis que hace cuatro años, Angol se equivocó mucho y dejó a una víctima viva antes de los juegos báquicos, y por eso no los pudisteis celebrar. Una víctima a la que jamás encontrasteis. —Adonis mira al Demogorgon, que conoce la historia perfectamente y asiente sin poder moverse demasiado—. Esa víctima es la señorita Parisi. —Adonis desenrosca el tapón azul de la botella y lo mete en la bolsa de basura industrial de color negro que acarrea Nico y en la que está metiendo cualquier prueba que pueda dejar rastro de lo sucedido en esta bodega—. Y ¿sabéis qué es lo más increíble? Que dejó a la señorita Parisi embarazada. Ya ves, Bael. Parece que tienes una nieta. Y, por suerte, no tiene ni una célula de maldad en su cuerpo. También ha desarrollado el gen de Alejandría, como su madre. Y estamos convencidos de que también es una vestal. Porque la señorita Parisi es descendiente de las vestales antiguas de Baetulo. Y juntos, agatodemon y vestal, decidimos internarnos en los juegos báquicos para destruiros desde dentro. Hace unos días, Angol intentó propasarse con ella de nuevo, animado por Drugia, cómo no. Pero esa vestal es una caja de sorpresas y volvió a sobrevivir. Lo dejó sin oxígeno y tuve que arrebatárselo de las manos para que no lo matara. Fue su madre quien mató a Angol.

—¡¿A mi hijo?! —Esta vez, Bael sí refleja un dolor extremo—. ¡¿Esa puta ha matado a mi hijo?!

—Sí. Y ¿sabéis qué más? Daisha intentó violar a la señorita Parisi, pero, como dije, no solo es una vestal, es una guerrera. Sabe defenderse y le asestó un golpe que lo dejó inconsciente. Sabía que mentías, Emma —aclara—. Lo sabía y seguimos jugando contigo, porque sabíamos que querías que Daisha se llevase a Ares y la

apartase de mí. —Drugia no puede dejar de llorar y babea por la boca —. Cuando Ares dejó inconsciente a Daisha, yo aproveché y le inoculé la Influenza que él tenía reservada para la señorita Parisi y que no le pudo inyectar. Y no solo eso. Tengo todo el software en mis manos. Y por eso lo volví loco e hice que se quemara a lo bonzo en las Lupercales. La Influenza es mía.

—Hijo de puta, hijo de puta… —murmura Drugia. No puede hablar, tiene la cara cada vez más hinchada y la boca le sangra—. ¡Lo ha hecho todo él! ¡Todo! ¡Llevas años engañándome!

—Llevo años imaginando cómo matarte. Nunca te creí. Jugaste con mi hermana y la engañaste, y yo he hecho lo mismo contigo. Mientras vosotros vais a arder y a dejar de existir, la señorita Parisi está en su casa, disfrutando de su familia, y continuará el legado. Ella es la vestal que va a hundir vuestra Corte para que jamás llegue a ser un imperio. Al menos, en Baetulo, ya no podréis actuar.

Dicho esto, Adonis empieza a rociar los cuerpos de los tres demonios con el combustible y, cuando están completamente empapados, se aparta para contemplar su obra.

—Puedes quemarnos, pero no va a cambiar el destino de lo que va a pasar —dice un ufano Demogorgon, aguantando el dolor con estoicismo—. Puede que lo sepas todo, Adonis, pero nosotros también. Mi magia también descubre cosas.

El agatodemon enciende una cerilla, pero se detiene a escuchar lo último que tienen que decirle.

—Nosotros también creemos que la hija de la señorita Ares Parisi —añade Bael con el mismo tono— es una vestal. El Demogorgon vio en sus adivinaciones que detrás de Ares había una virgen vestal pequeña, una niña. Y Belial nos advirtió de algo. Por eso, mientras nosotros teníamos que entreteneros aquí con el sacrificio de las bacantes y la señorita Parisi, Belial está en su casa de la Cerdaña, preparado para ejecutar el mismo ritual con su hija, Venus, y su madre, al mismo tiempo que nosotros. Y tú, sin saberlo, tan agatodemon que te crees, no la has protegido, Adonis, porque eres débil, igual que lo fue tu madre. Tu debilidad ha hecho que nos pongas en bandeja a toda una familia de vestales. Porque puede que me mates, hijo —le recuerda

Bael con saña—, pero la Corte nunca morirá.

—Belial mató a tu hermana —le echa en cara Drugia con mucho odio—. Alana fue su bautismo en los sacrificios y su entrada en la Corte. Él será el nuevo Rey de la Corte de Bacus en cuanto acabe con tu señorita Parisi, con su madre y con su hija. Las vestales van a morir. *Salve Bacus!* —exclama finalmente.

Siento que me quedo sin aire. Es como un vacío que me hiela el pecho y me deja fría. Pero después, el corazón empieza a latirme con fuerza y un sudor frío y desesperado empieza a empaparme la espalda y a humedecer mis manos.

Lo último que veo es a Adonis incendiar los cuerpos de esos tres demonios al arrojar la cerilla en la cara de Bael; los oye gritar mientras se queman vivos y le ordena a Nico con voz estrangulada que él se encargue de todo y prepare la narrativa de esa venganza. Que se va corriendo a la Cerdaña.

Lo último que oigo es la voz de Adonis diciéndome por el comunicador:

—¡Ares, si estás viendo esto, si me estás escuchando, coge a tu madre, a Venus y a Antón y marchaos de tu casa! ¡Belial va a por ellas! ¡Estoy a una maldita hora de camino! ¡¿Me oyes?! ¡Marchaos de allí!

Cierro el portátil de golpe y arranco el coche a toda velocidad.

Cuando alzo los ojos al cielo y le pido a Vesta que nos proteja una última vez, veo fuegos artificiales en respuesta, porque hoy se celebra algo en Bellver. Recuerdo mi visión en el abismo báquico de las Lupercales. Entonces, no fue una pesadilla.

Fue real, y está pasando.

XXIV

Nunca imaginé que pudiera sentir tanto miedo como el que siento ahora.

Es una sensación desgarradora que me vacía, me ahueca y oscurece mucho mi existencia.

Como madre, como hija, pensar que las dos personas más importantes para mí, las que hacen que la palabra «familia» tenga significado, estén en peligro por mi culpa, hace que me destruya, que me desmorone y que no me crea merecedora de ellas.

Pero, al mismo tiempo, también prende algo en mi interior, como si me acabasen de presionar un botón que no sabía que tenía y que me convierte en una maldita máquina para proteger y matar.

No lo sé explicar. Siento fuego en mi interior.

Cuando llego a la casa de la Cerdaña, me quiero morir. Está en llamas.

El fuego la rodea. Está ardiendo por completo.

—¡Dios mío! ¡No! ¡No! —Mi voz se rompe y la desesperación me carcome, como el fuego que consume mi casa. Pero eso no me va a detener. La madera se inflama y la piedra resiste. Decido entrar, pero prefiero hacerlo por la parte de atrás, que parece que hay menos humo. Corro y rodeo la casa, escalo, salto el muro y me encuentro a los tres lobos ladrando y aullando hacia mi hogar, como si supieran que allí dentro hay tres personas que necesitan ayuda.

—No puede ser, no puede ser… Por favor, que estén bien. Que no les haya pasado nada. Por favor…

Abro la manguera del jardín y me rocío con el agua todo lo que puedo de arriba abajo y también mojo a los lobos, por si acaso las

llamas queman la hierba y les acaba rodeando el fuego. Rómulo tiene sangre en la boca. Y eso me extraña.

La casa está ardiendo por dentro. Llamo a los bomberos y a la ambulancia para que vengan y, cuando cuelgo, me saco la chaquetilla negra que está igualmente mojada y les digo a los lobos que corran, que se larguen. Pero no me hacen ni caso. Quieren estar ahí por si tienen que ayudar.

Así que entro, llorando, gritando los nombres de mi madre y de Venus.

—¡Venus! ¡Mamá!

Entro por la puerta del porche, que está abierta de par en par…

Me ahogo, el fuego no me deja ver y el humo empieza a espesar con virulencia.

—¡Mamá! ¡Venus! ¡Por Dios! —Hay una explosión en la cocina. Me cubro y esquivo la lengua de fuego como puedo. Estoy muy mojada y eso ayuda a que el fuego aún no me provoque quemaduras. No veo a nadie en la planta inferior. Hasta que llego a la entrada. Hay alguien en el suelo.

Cuando corro a socorrerle, me doy cuenta de que es Antón.

—¡Antón! ¡Antón! —Me agacho y le tomo las constantes vitales. Las tiene muy débiles. Cuando le doy la vuelta, veo que tiene una herida en el pecho que le sangra profusamente—. Antón, ¡¿dónde están mi madre y Venus?! ¡¿Dónde?!

Él abre los ojos despacio al oír mi voz. Sigue vivo y consciente, pero tose porque ha tragado mucho humo.

—No sé…, no sé dónde han ido. Un hombre entró, se hizo pasar por un vecino y me hirió con un cuchillo. Estaba malherido, pero alcancé la escopeta que había sobre la entrada… —Nerviosa, veo que al lado de su cuerpo hay una escopeta antigua. Era de mi abuelo, creo. Pero nunca se le dio uso, que yo sepa—. Apunté a las ruedas del coche para que no pudiera llevarse a nadie ni escapar y reventé las dos. Pero él incendió toda la casa. Dijo que quería a Venus, a su sobrina. Y…

Los fuegos artificiales no dejan de explotar en el cielo y lo llenan todo de ruido.

—¿Dónde están, Antón? ¿Se las llevó? —Le sujeto el rostro.

—¡No lo sé! Estoy confuso. Me… me desmayé por el dolor… —Vuelve a toser—. Y luego la casa ardía… Y él intentó salir por el jardín, porque la cocina prendió enseguida y las llamas arraigaban con fuerza. Creo… —Carraspea y entonces suelta un poco de sangre por la boca—. Creo que uno de los lobos le hirió al intentar salir por atrás. Lo oí gritar.

Rómulo. Rómulo tenía las fauces manchadas de sangre.

Sé que debo sacarle de aquí, pero mi instinto me pide ir en dirección contraria, buscarlas.

—Un momento. Aguanta aquí y ahora te sacaré.

Desesperada por encontrar a mi hija y a mi madre, subo las escaleras hasta llegar a la planta de arriba, donde el fuego sigue propagándose por la fachada.

El relato de Antón es confuso. ¿Qué ha hecho con ellas Belial? ¿Se las ha llevado? ¡¿Qué ha hecho, por el amor de Dios?!

—¡Venus! ¡Por favor! —grito cubriéndome la cara—. ¡Mamá! ¡Venus!

Las llamas no me dejan ver nada y una llamarada consigue alcanzarme el brazo hasta que me consume la ropa y este empieza a arder.

Pero no noto el dolor, estoy tan asustada que no lo noto. No hay rastro de Venus ni de mi madre, y me estoy rompiendo en pedazos.

Vuelvo a correr a la planta de abajo hasta que noto las punzadas que me escuecen en la piel. Como puedo, saco a Antón de ahí. Atravieso las llamas, protegiéndole en lo posible y lo deposito en una zona segura del jardín. Vuelvo a mojarme con la manguera y hago lo mismo con los perros, que siguen nerviosos y no dejan de ladrar. No puedo usarla para apagar un fuego de esta magnitud porque el chorro no tiene tanta potencia.

Sé que me he quemado el brazo, pero me da igual.

El dolor físico no es nada comparado con el que siento en mi corazón.

Quiero a mi hija y a mi madre, y me las han quitado. Me las han extirpado y no lo puedo tolerar. Así no. Ellas no pueden acabar así.

Mi casa de la Cerdaña parece la boca del Infierno.

Los fuegos artificiales, llenos de colores fluorescentes, distraen a las personas, aunque también hacen que miren al cielo. Y si lo hacen, verán la gran nube de humo que está provocando este incendio.

En un momento como este, odio tener una casa sin vecinos alrededor y tan apartada, porque nadie ha visto nada y no nos pueden ayudar.

Sigo llorando sin consuelo, pero ahora que Antón y los perros están a salvo, necesito como sea una guía o algo que poder seguir para ir detrás del demonio de Belial.

—¡¿Qué coche llevaba?! —pregunto sin querer perder más tiempo, oteando la herida que tiene debajo de la clavícula. No tiene buena pinta. Pero no puedo regalarle tiempo a Belial huyendo con ellas.

—Un Evoque plateado. Ares, ¿qué vas a hacer?

Antón me sujeta del brazo herido y yo me quejo.

—Voy a por él. Le reventaste dos ruedas, no puede haber ido muy lejos.

—¡Ve! ¡Corre! ¡Ten mucho cuidado! —me suplica, frustrado por no poder ayudarme.

Corro de nuevo hasta el jardín y pienso que si Belial saltó el muro y los perros le hirieron, debieron morder tela y carne, y estos lobos son rastreadores.

Si se llevó a mi hija y a mi madre, alguien más debió ayudarle. No puede haberlo hecho solo. No lo entiendo. Mi cabeza es un bombardeo constante de probabilidades.

Cuando llego al muro de piedra y madera, rastreo el suelo, que aún no arde, y ¡bingo! Encuentro un trozo de tela con sangre. Es de un pantalón negro. Rómulo debió hacerle un buen boquete en la pierna.

Con el trozo de tela en la mano, rodeo la casa por última vez y me dirijo al coche. Abro la puerta de atrás y llamo a los lobos, que también los siento como míos y sé que me van a ayudar.

Los tres entran corriendo en la parte trasera y yo me subo al volante.

—He llamado a los bomberos y a la ambulancia. Vienen para acá, Antón. Aguanta, por favor.

Él asiente, tumbado en la parte externa de la casa, y me desea

suerte con esa mirada azul entrañable y el rostro manchado de hollín.

—Dale caza, Ares.

Cuando arranco el coche de nuevo, recibo una llamada de móvil. Es Adonis. Saber que está ahí, al otro lado, me da fuerzas, pero al mismo tiempo, hace que me desmorone.

—¡Adonis! —No puedo dejar de llorar, y me cuesta hasta respirar de la congoja que tengo—. ¡Adonis, no están! ¡Ese hijo de puta ha herido a Antón, ha incendiado la casa y se ha llevado a mi hija y a mi madre! ¡No lo puedo soportar! ¡Las va a matar!

—Ares, escúchame. Dónde estás.

—¡Voy tras él!

—No, espera, Ares, te lo ruego. No hagas nada aún. Espera. Belial está completamente incomunicado, no puede hablar con nadie de la Corte porque todos han muerto. No sabe lo que pasa y ni lo que tiene que hacer. Necesitaba una confirmación para que ambos sacrificios se realizasen al mismo tiempo y no la ha recibido. Tienen que seguir vivas.

—¡Tú no lo sabes! ¡Belial es un asesino, como lo era su hermano!

—Créeme, lo sé, pero por eso tienes que pensar con sangre fría.

—¡Adonis, maldita sea! —Golpeo el volante con el puño—. ¡Tiene a mi familia! —Las lágrimas no me dejan ver la carretera—. No puedo esperar. ¡No puedo!

—Ares, *piccola*…

—¡Esto no tendría que haber sido así! —Sé que no tiene la culpa y no quiero que suene a reproche, pero ahora mismo estoy desesperada —. ¡Mi niña no puede estar en manos de ese desalmado! ¡No, joder! ¡No! ¡Esto no tendría que haber pasado!

Adonis se queda callado unos segundos.

—Lo sé, Ares. Debería haber dejado a John o a Nico en la casa. Ha sido culpa mía. No calculé las consecuencias. Al final te he puesto en peligro. Pero espera. No vayas sola a por Belial. Ese cabrón es un salvaje. Y es listo.

—Adonis —lo corto abruptamente y mi voz se vuelve glacial—. Ya es tarde.

—¿Qué quieres decir?

Que lo he encontrado, eso quiere decir.

—Veo el coche de Belial en la cuneta con las luces de emergencia encendidas. La puerta del piloto está abierta y el coche, vacío.

—¡Ares! Joder… —Está histérico—. ¡Espérame, te lo suplico! Me queda media hora para llegar donde estás, estoy apretando mucho el acelerador, y tienes el localizador en el anillo. No hagas nada sin mí. Te encontraré.

—Lo siento, pero tú no estás aquí ahora. Ese cerdo quiere matar a mi madre y a mi hija y, posiblemente, las tenga con él. Tú has tenido tu venganza perfecta. Estoy harta de todo esto. —Me detengo detrás del coche de Belial y pongo el freno de mano—. Voy a por la mía. Mi familia no puede esperarte.

Cuando cuelgo, desconecto el manos libres y dejo las luces de emergencia puestas porque es de noche y no hay mucha luz en la carretera. El coche ya no puede seguir más. Lo único que hay aquí es campiña y bosque plano.

Vuelvo la cabeza hacia atrás para mirar a los lobos.

—Se han llevado a Venus y a mamá —les explico. Sus cabezas son gigantes y ocupan toda la parte trasera. Respiran agitadamente con la lengua fuera, pero sé que me entienden y me escuchan—. Se han llevado a mi hija. Soy una mamá loba y necesito vuestra ayuda. Por favor…, Rómulo. —Agarro la tela ensangrentada que he recogido del suelo y se la acerco al hocico a los lobos—. Tú lo has mordido. Id a por él. ¡Buscad!

Me bajo del coche, no puedo dejar de temblar. Y cuando abro las puertas de atrás, los lobos salen disparados hacia la derecha, donde hay una pradera verde inmensa que acaba justo en el inicio de un bosque exuberante.

Les sigo corriendo todo lo rápido que puedo. Van en dirección a la arboleda.

A la espesura, al boscaje, donde las brujas antes convocaban al Demonio.

Ahí está Belial.

Cuando una madre sabe que su hija está en peligro, deja de pensar racionalmente y se convierte en un monstruo de instintos y corazonadas.

Ahora mismo soy toda impulso, toda pasión, toda amor y necesidad.

Soy dolor y desgarro por pensar que me van a arrebatar a lo más bonito de mi vida.

Y soy venganza. Porque si hieren la pureza de Venus, si me la intentan destruir, juro que los aniquilaré a todos.

Llevo cuarenta minutos buscando por el bosque.

Está oscuro y sigue nublado.

Belial ha ido manchando troncos con su sangre para intentar confundir a los lobos, que van como locos oliendo de un lado para otro.

Quiero matarlo y no me avergüenza admitirlo. Una madre no perdona. Ante los demás puede decir que sí lo hace, porque la sociedad es estúpida y está llena de doble moral y cree que así da ejemplo de algo. Pero en su soledad, internamente, una madre sabe que no perdona y que, de tener posibilidades para vengar a su hijo herido, las emplearía todas en castigar a sus verdugos.

Los lobos han encontrado algo, porque se han detenido unos quinientos metros en el interior del soto. Los tres ladran y mueven el rabo.

El río Segre corre con timidez en esta época del año y coletea por Bellver. Está recorriendo esa parte del bosque que va más allá del pueblo.

Cuando llego hasta los lobos y me asomo, me doy cuenta de que hay sangre en las piedras que bordean el río. Tengo la adrenalina por las nubes.

¿Ha bajado? ¿Belial está ahí abajo?

—¿Está aquí?

De repente, un brazo me rodea el cuello por la espalda y me quedo inmovilizada. El cuerpo que me aprisiona está húmedo y frío. Belial se ha mojado en el río para que no lo huelan.

—Diles a esas bestias que se queden en su sitio, que no se acerquen o te clavo el cuchillo entre las costillas ahora mismo.

Los tres lobos quieren venir a protegerme, pero alzo las manos para tranquilizarlos.

—Chis…, calma. *Sit.* No pasa nada.

No se fían, por eso no se tumban del todo. Los tres se relamen el hocico y esperan su oportunidad para atacar.

—Ares Parisi —me dice Belial al oído—. ¿Qué haces aquí y por qué no te están ofreciendo en sacrificio a Bacus en Arles?

—¡Hijo de puta! —susurro con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Devuélvemelas!

—¿A quién? —Me huele el pelo y me presiona más el cuello con el antebrazo, como si me lo quisiera partir—. ¿A tu hija y a tu madre? Son pasto de las llamas, Ares. No las has podido salvar.

—¡Mientes! ¡No! ¡No es verdad! —Las lágrimas nublan mi visión.

—¿Por qué estás aquí? Respóndeme. Deberías estar en Arles, con toda la Corte.

—Porque hemos quemado toda la Corte como los demonios que son. Porque ha ido otra en mi lugar y ha engañado a tu padre.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué crees que nadie te ha llamado? ¿Por qué crees que no se han puesto en contacto contigo? Adonis los ha torturado y los ha quemado a todos. ¡Os ha devuelto al Infierno!

Lo oigo gritar, contrariado, y siento un fuerte pinchazo en la espalda, en la parte baja.

Reacciono, echo con fuerza la cabeza hacia atrás y lo tomo por sorpresa. Le golpeo en la nariz y consigo liberarme.

Me remuevo para enfrentarlo y, cuando quedamos cara a cara, le doy una patada en la mano y la navaja sale volando.

—¡Joder…! —gruñe Belial pasmado, cubriéndose la nariz sangrante con la mano—. ¡Así que eres karateca…!

—No, capullo. —Me coloco en posición de defensa de krav magá. Flexiono las rodillas, alzo un poco el talón más atrasado y levanto los puños para cubrirme la cara—. ¡¿Dónde está mi hija?!

—Muerta.

Oír esa palabra me incinera. Me destruye por completo. No me lo quiero creer. Si mi hija estuviera muerta, lo sabría, se me rompería el

alma, y eso lo tengo que oír.

—Te lo repito, Belial. ¡¿Dónde está mi hija?!

—Si mis padres han ardido como dices, tu familia también. La Corte muere matando. Siempre. Es imposible que hayan sobrevivido a ese incendio.

—No. —Niego con vehemencia—. Me estás mintiendo.

—¿Miento? —se burla de mí—. Yo no. Tú sí has estado mintiendo todo este tiempo. ¿Sabes cómo descubrí quién eres, señorita Parisi?

—No.

—Por la luz azul de las Lupercales. Esa iluminación fue idea de Angol. En los juegos báquicos él quería ir de caza, marcar algunas chicas para que todos supieran que eran de él, sus presas. Les hacía dibujos cortándoles la piel con un puñal como este, pero con la punta de tinta invisible, para tatuarlas. La luz azul haría resaltar las marcas que él plasmara en los cuerpos de las chicas y las haría resaltar con un color entre amarillo y naranja fluorescente. Así, podría señalarlas y decir que eran de él. Como tu corte de la cadera. —Frunce el ceño y cojea ostensiblemente. Le duele la pierna. Entonces, advierto la herida. Joder, no es un mordisco cualquiera. ¡Rómulo le ha arrancado medio gemelo! Me limpio las lágrimas de un manotazo, pero no dejan de caerme—. El corte de tu cadera solo te lo pudo hacer él, Ares. Así que, como Angol había desaparecido, supuse que tú pudiste ser de las últimas en verlo. Conozco a mi hermano y sé que es violento. Intuí que te había intentado hacer algo, pero tú sí estabas y él no. Por eso, en las Lupercales, hablé con el Demogorgon. Le dije que no me fiaba de ti y que creía que tenías que ver con la desaparición de Angol. Rastreamos las ubicaciones de su teléfono móvil para ver dónde había estado en los últimos días.

—Ah, también podéis hacer esas cosas. —Se me nubla un poco la vista y aprieto los ojos para enfocarlos.

—Podemos hacer lo que queramos. El teléfono de Angol dejó de emitir señales cerca de la Murtra de Badalona. Pero antes, había estado en la plaza de la Font de Dalt la Vila. No entendía qué había estado haciendo allí mi hermano, por eso fui a investigar. Y tras preguntarle a los vecinos, que son muy amables, descubrí que en ese

barrio había una familia llamada Parisi. Allí, cuando no nos constaba esa dirección en nuestros datos sobre ti. Por eso empezó a desdibujarse tu figura. Los vecinos me dijeron que en el edificio con más historia vivían la abuela, la madre, la nieta y la bisnieta, pero que, lamentablemente, la abuela había muerto hacía un par de semanas —explica con una falsa aflicción—. La chica más joven se llamaba Ares Parisi y tenía una hija de casi cuatro años, Venus, cuyo padre no se conocía. No solo me chocó descubrir que tenías una hija y donde vivías, porque esa información tampoco la teníamos. Hice cálculos y concluí que la cagada de mi hermano de hace años podía cuadrar con la edad de tu hija. Y pensé: «¿Será cierto? ¿Será verdad que la señorita Parisi es la chica que evitó los juegos báquicos hace cuatro años?». Angol te violó y te quedaste embarazada. No sé cómo sobreviviste ni sé cómo escapaste, no lo entiendo. Pero Venus es de la familia. —Se echa a reír, incrédulo—. Por eso, la Corte os quería a las tres. A tu madre, a tu hija y a ti. Pasado, presente y futuro. Porque vuestro sacrificio sería poderoso. Tú acogerías la sangre de Bacus de nuevo. Te fecundarían. Y tu hija y tu madre serían sacrificadas para eliminar tu linaje. A ti te usarían como criadero.

La barbilla me tiembla y la rabia me ciega.

—Tus padres no son los únicos que han muerto, Belial. No sé dónde están mi madre ni mi hija, pero sí que no están muertas. Lo sé. Solo dime dónde las tienes y te dejaré vivir.

—¿Que me dejarás vivir? Te estás desangrando —señala, mirándome las piernas—. Te he clavado un puñal en la espalda, entre los músculos lumbares. Si lo he hecho bien, morirás en este bosque. —Dirijo mis ojos hacia abajo y veo el reguero de sangre que mancha mi piel por el interior de mis muslos hasta los gemelos. El pinchazo en la espalda ha sido eso. El cabrón me ha apuñalado—. Encontrarás a tu hija y a tu madre calcinadas. Estaban ahí cuando las dejé.

—Quienes han sido calcinados son el resto de los setenta demonios de la Corte. —Alzo la cabeza, ignorando mi herida—. Tus padres. El fascinador. Ah, y tu hermano Angol también ha muerto. ¿Sabes quién lo degolló? Mi madre —digo orgullosa, levantando el mentón—. Estás solo, Belial, y te rodean una vestal y tres lobos. No creas ni por un

segundo que te vas a librar de esto.

Él se enfurece, porque sabe que tengo razón. No va a salir de aquí vivo.

—Última oportunidad. ¡Dime dónde están mi hija y mi madre! —le grito perdiendo la paciencia.

—No. Sufre, puta.

Eso provoca que las llamas de mi ira interior me consuman y que me dirija hacia él con rabia. Es evidente que no me lo va a decir y que va a dejar que me muera de la agonía. Estoy decidida a morir matando, como la Corte. Y pongo intención en cada golpe.

Por supuesto que no se espera ese ataque. Es machista, no entiende cómo una mujer sepa pelear. Pero yo se lo voy a explicar.

Me dejo llevar por la furia y me olvido de la técnica. Solo quiero castigarlo.

Y empiezo con su cara. Le doy tantos puñetazos como sé. Es la diferencia entre una mujer que sabe pelear y un hombre que no. Por muy fuerte que él sea, nunca me ganaría. Su cuerpo se bambolea de un lado al otro, la sangre sale propulsada por su boca y emana de sus cortes como un estertor hasta que impacta contra un tronco y se queda ahí, muy quieto. Pero no me detengo.

Le empiezo a golpear los riñones y a darle codazos y rodillazos a la altura del hígado.

Belial no me caía mal. Siempre pensé que, de la Corte, era el más agradable. Nunca creí que pudiera usar esta violencia contra él, pero ahora, toda es poca.

El último demonio de la Corte que queda en pie tiene la cara hinchada y llena de heridas por los golpes y los cortes que le ha provocado el anillo del ojo, el que me regaló mi vir, que ha actuado como un arma, un puño americano. Sigo dándole golpes, patadas y puñetazos hasta que se queda sin respiración, de rodillas, con la sangre cayéndole por la boca, manchándole la camiseta blanca hasta el ombligo y empapada por el agua del río. Su mirada está completamente ida hacia arriba. Ya no hay belleza en él. Si la hubo antes, era un atractivo sin espíritu, sin alma.

Adonis me dijo que no me manchase las manos de sangre. Que tenía

que poder dormir por las noches. Pero quiero hacerlo, quiero quedarme a gusto después de arrebatarle la vida. Si este individuo le ha hecho daño a mi hija y a mi madre, si las tiene sufriendo en algún lugar, que pague por su silencio.

Y justo cuando me decido a asestarle una última estocada, oigo un silbido.

Miro hacia el frente para intentar averiguar de quién se trata.

Pero ya lo sé. Lo he oído otras veces.

Es Adonis, que está de pie sobre una roca con el pelo mecido por el viento y vestido con ropa oscura como un G. I. Joe y mirándome fijamente.

—¡Comed! —exclama Adonis.

La orden va dirigida a los lobos, que pasan por mi lado como bestias para abalanzarse contra Belial y empiezan a destriparlo con sus dientes, quitándome a mí la responsabilidad de matarlo.

No he dejado de llorar en toda la persecución y más lo he hecho mientras lo golpeaba.

De repente, siento que me falta el aire y se me debilitan las piernas. Caigo de rodillas y me cubro el rostro para llorar desconsoladamente. Porque me voy con las manos vacías. Venus y mi madre no están.

No he encontrado a mi hija ni a mi madre. Y al único que sabe dónde se hallan lo están destruyendo los lobos gigantes y protectores que me han acompañado en la cacería.

Me siento vencida, sin alma ni corazón, muerta en vida.

Oigo gritos de «¡Ares!» en la lejanía.

Pierdo de vista la realidad por unos instantes.

Pero cuando abro los ojos de nuevo, con esfuerzo, estoy en brazos de Adonis, que con el gesto descompuesto corre a través del bosque y dice algo por su comunicador.

—Está mal. La voy a llevar a un cirujano de confianza. Tiene que atenderla él.

—Adonis… —Levanto la mano llena de sangre y le acaricio la barbilla.

—Aguanta, aguanta, Ares, te pondrás bien. Te lo prometo.

—Venus. Encuentra a Venus. A mi madre… —¿Por qué me cuesta tanto hablar?

—Ares, no te duermas, nena. Abre los ojos. Escúchame, tienes que vivir. Venus y tu madre están bien. ¡Están vivas!

¿Qué acaba de decir? ¿Por qué dice eso?

—No me… mientas. —Lucho contra el sueño y contra el frío.

—Ha sido un milagro, cariño. Se habían escondido en una trampilla del porche y han salido de allí en cuanto los bomberos han llegado con las mangueras. Tu madre no sabía que existía ese sitio, pero la niña le dijo que la chica del fuego quería que se escondieran allí para que no se quemaran.

Mi hija me dijo que había encontrado un lugar secreto. No sé a quién ha visto Venus y no sé si la chica del fuego de la que habla es Vesta, pero lo que sí sé es que les ha salvado la vida al ocultarlas de Belial.

Siento alivio, paz y un amor inconmensurable hacia ellas y, de repente, mi cuerpo parece que deje de luchar por mi vida, cuando no sabía que lo estaba haciendo, hasta ahora.

—Ares…, ¡no cierres los ojos! —Noto los dedos de Adonis en mi garganta, intentando encontrar mi pulso—. ¡Ares, respira! ¡Respira! ¡No se te ocurra dejarme! ¡Ares!

Y entonces, acompañada de la desesperación en la voz de Adonis y por la lejana sirena de los bomberos, cierro los ojos por completo.

XXV

Es de noche. Y, frente a mí, hay una mujer de blanco con el pelo cobrizo recogido y unos ojos de color lila como los míos. En las manos lleva una lámpara pequeña encendida y sonríe como la que sabe que todo va a salir bien. Alrededor de su silueta, hay un halo luminoso casi angelical.

No me habla, no me dice nada. Solo me observa paciente, contemplando mi cuerpo bajo la sábana blanca. Se inclina hacia mí y yo me reconozco en sus ojos. Como si ambas supiéramos quiénes somos, como si fuéramos iguales.

Es Vesta. Sé que es ella. No necesito que nadie me lo diga. Besa mi frente y me siento bendecida y que me protegerá toda la vida.

Es un momento fugaz, un trozo de eternidad que recordaré siempre.

A continuación, un destello explota detrás de mis ojos y siento que mi cuerpo levita para caer abruptamente sobre una superficie blanda.

Cuando abro los ojos, asombrada por el sueño que he tenido, me encuentro en una habitación de hospital.

La luz del sol entra por la ventana y puedo ver el bosque exterior, los pinos mecerse con el viento y escucho los pájaros piar desde sus ramas.

Frunzo los ojos un poco y cuando levanto el brazo para quitarme con los dedos de la mano el respirador de la nariz, advierto el vendaje aparatoso de mi antebrazo.

Me duele el cuerpo y también la puñalada que Belial me asestó por la espalda.

Lo recuerdo todo. Recuerdo que Adonis me cargó hasta el coche.

Hasta que me desmayé.

No sé dónde estoy, no sé qué hospital es.

Toso al sentir la garganta muy seca.

Y entonces, oigo un ruido a mi derecha y me encuentro a mi madre y a mi hija, tumbadas en el sofá cama de acompañantes de al lado, despertándose por mis ruidos.

—¡Mami! —grita Venus al verme con los ojos abiertos—. ¡Yaya, está despierta la mami! —avisa a mi madre mientras la zarandea.

Puede que mi cabeza siga embotada por la medicación, pero cuando veo a Venus, viva y bien, sabe cómo reaccionar cuando ella se sube a la cama y se tumba encima de mí para abrazarme.

Recuerdo que Adonis me dijo que estaban bien, pero aún tengo la sensación de pérdida en mi pecho, por eso no puedo contener las lágrimas ni la emoción.

Inhalo el olor de su pelo, su champú de fresas, su olor a colonia de niña. Toco su piel limpia e inocente y sé que, aunque río, lloro mucho por todo lo que sufrí al pensar que no la volvería a ver.

Ella es mi rayo de sol. Es mi luz. Es mi niña.

Me salen las palabras a borbotones, pero sé que le digo que la quiero mil veces.

Y Venus sonríe y también me dice lo mismo.

—Venus, mi monito… Mami se muere si te pasa algo…

La mano de mi madre se posa sobre mi hombro y yo alzo mis ojos llorosos de color lila para mirarla con amor y agradecimiento.

—¡Mamá! —Abro el brazo como puedo para que ella también se abrace con nosotras y, en ese momento, siento que mi núcleo vuelve a estar bien, entero, uniforme y más fuerte que nunca, porque hemos sobrevivido a los demonios. Porque estamos las tres juntas.

—¡Hija mía! —musita compungida. Besa mi mejilla y me retira el pelo de la cara—. ¡Qué feliz me hace verte despierta! Has estado tres días en coma inducido —se precipita a explicarme— para que pudieras sanar bien y los médicos controlasen tu evolución.

Un momento. ¿Cuántos? Vuelvo a mirar la habitación en la que estoy y dejo que Venus se tumbe a mi lado.

—¿Tres días?

—Sí, cariño. —Mi madre toma la única silla blanca que hay en la

habitación y la arrastra a mi lado. Sujeta mi mano con desesperación y alegría. Tiene ojeras, pero su aspecto sigue siendo impecable y el de una mujer cerca de los sesenta que continúa hermosa y sexy a su edad —. Nos dijeron que despertarías de manera natural y que, cuando lo hicieras, significaría que ya estabas cicatrizando por dentro. Tu cuerpo perdió mucha sangre y sufriste un *shock* muy fuerte. Necesitabas recomponerte y descansar y convenimos que lo mejor sería ponerte a dormir. Hasta hoy.

—¿Dónde estoy? Quiero agua. —Me noto la boca seca y la voz rasposa.

Mi madre me llena un vaso de agua de plástico y me lo bebo muy despacio. El líquido me enfría por dentro. Es una sensación que me devuelve a la vida.

—Estamos en Francia. Adonis dijo que nada de hospitales convencionales. Necesitábamos discreción y una atención muy personalizada para ti. Se ha portado muy bien, Ares —me reconoce. El tono que usa para hablar de él es de agradecimiento infinito—. No nos falta de nada y él lo ha arreglado todo para que no salte la liebre y la información pase a los medios. El incendio de casa fue accidental. —Hace las comillas con los dedos—. Antón se recupera de su herida bien…

—Ah, menos mal. Pobre, si no llega a ser por él…

—Sí. Tiene muy buena puntería.

—Mamá, ¿la escopeta del abuelo estaba cargada?

Ella asiente sin pizca de culpabilidad.

—La cargué yo en cuanto llegamos a la Cerdaña. Tenía un mal presentimiento y prefería estar preparada por si acaso.

—Pero ¡si es una antigualla! Además, estaba la niña en casa.

—La escopeta funciona muy bien. Y estaba a dos metros por encima del suelo. Ares, es enana, no la iba a coger —me regaña.

Bueno, da igual. No me voy a enfadar con ella. Me alegra que Antón la usara.

—Ya ha salido la noticia del incendio de las bodegas Armengol en los medios franceses.

—¿Qué es lo que han dicho que ha pasado? —pregunto muy

interesada. A ver qué se han inventado esta vez.

—Resumidamente y para que te hagas una idea, que el líder de una secta de culto a los demonios se volvió loco y decidió encerrarse con todos sus seguidores en las bodegas de vino para morir todos juntos y encontrar la eternidad entre las hojas de vid, porque era lo único que los hacía felices. Hallaron una nota escrita a mano de Emmanuel Armengol, el nuevo Charles Manson, diciendo todo esto. Y esa es la noticia que ha quedado. Han hecho similitudes con el Movimiento para la Restauración de los Diez Mandamientos de Dios y sectas de este tipo.

—La Corte era mucho peor. Iba más allá de una secta.

—Lo sé. También han informado que estaban envueltos en la trata de personas, y que iban a sacrificar a cuarenta chicas sin papeles y con claros síntomas de desorientación y de amnesia, pero lograron escapar. Ahora están todas declarando en la policía francesa, pero necesitan muchos traductores porque vienen de todas partes de Europa.

—Lo sé —admito apenada por ellas. Sin embargo, han salvado sus vidas, Adonis lo ha hecho, y eso es algo muy positivo—. No me creo que todo se haya acabado… Qué fácil lo hacen todo —digo admirada —. Las versiones que se sacan de la manga…

—Aún colea, pero solo la versión que Nico, John y Adonis han preparado. La verdad, no. Es lo que tiene tener mano, medios y poder, hija. —Me acaricia el antebrazo derecho vendado—. Y tener a alguien que hace el bien con eso también es muy positivo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Adonis es un héroe, aunque no lo vaya a admitir nunca.

—La quemadura del brazo necesitará curas, pero si eres aplicada, no te quedará cicatriz. La puñalada rozó el riñón, pero no lo cortó ni lo atravesó. Sin embargo, se internó por una zona extremadamente dolorosa y tuviste una gran hemorragia. Dentro de lo que cabe has tenido suerte, cariño.

Claro que sí. Ellas están vivas. Yo estoy viva. Los malos han muerto. Y Adonis los ha hecho arder, como prometió.

—Mamá, pensaba que os había perdido —admito muy acongojada

—. Llegué a creer que…

—Lo sé, cariño.

—¿Qué fue lo que pasó en la casa? ¿Cómo os escondisteis? ¿Por qué Belial no os capturó?

—No estoy segura. Fue todo muy rápido. Estábamos en el salón —me empieza a explicar mi madre— dibujando. De repente, la niña miró por la puerta que da a nuestro jardín y dijo que… dijo que había visto a la chica del fuego. Y que quería que saliéramos. Pensé —recuerda entrecerrando los ojos— que solo estaba jugando, pero, algo en mi interior me decía que le hiciera caso. Entonces, Venus dijo…

—*Decí* que teníamos que ir a nuestro lugar secreto —anuncia mi niña jugando con las puntas de mi pelo.

—Sí, dijo que la chica del fuego quería que nos escondiéramos. Yo no sabía de qué lugar hablaba. Pero en la esquina del porche, en el suelo, había una trampilla, perfectamente difuminada por las láminas de madera y que cuadraba con los cortes de cada panel. —Aún sigue asombrada—. No tenía ni idea de que eso estaba ahí, Ares. Ni idea. La casa era de mis padres y nunca vi ese lugar. Así que, muerta de curiosidad, abrí la trampilla y Venus y yo nos metimos dentro. Venus me susurró que teníamos que estar escondidas. Le pregunté por qué…

—Y yo le *decí…:* ¡Chis, yaya! —añade Venus poniéndose el dedito sobre los labios.

Dejo ir una risita, pero la punzada en la espalda me detiene en seco y se me salta alguna lagrimita.

—Y entonces, escuchamos gritos en la entrada —continúa mi madre, recogiéndose el pelo negro en una coleta—. Un hombre nos buscaba a las dos.

—Era Belial. Hijo del Rey Bael.

—Y de su puta madre… —contesta muy rabiosa—. Después, empezamos a oler a quemado y oímos disparos. Tenía la escopeta en la entrada y temía que nos hiriesen a nosotras o a Antón. Escuchamos al hombre gritar en el jardín, y a los perros ladrar y atacarle. El pequeño sótano tiene un respiradero que da a la parte exterior de la casa y aún teníamos oxígeno. Pero no nos atrevíamos a salir por el fuego. Sabía que mi casa se estaba quemando y me daba miedo que

algo nos hiriese. Los petardos atronaban como si fueran bombas; parecía la guerra. —Mi madre siempre ha explicado las cosas muy bien, como si fueran escenas de película, por eso puedo ver a la perfección lo que me narra—. No oíamos apenas nada.

—¿No me oísteis gritar vuestros nombres?

—No. El fuego, el ruido, los nervios, los ladridos, todo era demasiado… No te oímos. Cuando vinieron los bomberos y las ambulancias y notamos que las mangueras empezaban a ahogar las llamas, fue cuando decidimos salir.

Exhalo con fuerza, cierro los ojos y apoyo la cabeza en la almohada. Asumir lo que me está explicando me obliga a creer lo inexplicable.

—La niña vio a Vesta. No tiene otra explicación para mí, mamá. La vio.

Mi madre se encoge de hombros, pero no duda de esa suposición.

—Lo que digáis será la verdad —asume—. Yo no soy vestal, pero soy la madre de una y la abuela de otra que está empezando a crecer, signifique lo que eso signifique… —Sonríe dirigiéndose a Venus—. Creo en todo lo que digáis. Sea como sea, Vesta nos ha salvado la vida a las tres y es nuestra diosa, nuestra protectora del hogar. Y lo será siempre.

Ya lo creo que sí. Es increíble y no tengo pruebas de que sea ella, pero tengo cero dudas. Es algo que sé, como que estoy viva.

—Pero tú también lo eres, Ares —añade mi madre clavando sus ojos admirados en mí—. Estamos en deuda con ella y contigo. Has eliminado a una secta que actuaba en silencio en nuestra ciudad. Baetulo también tiene que agradecértelo. Ojalá todas las ciudades romanas tuvieran una protectora despierta como tú, hija mía. Ojalá el mundo supiera de qué pie calza el mal y entendiera que es más oscuro de lo que se cree.

—Sí. Ojalá que todos los demonios tengan su azote y que todas las protectoras encuentren a su agatodemon, como yo encontré a Adonis —suspiro y me muerdo el labio inferior—. ¿Por qué no le avisáis de que estoy despierta? ¿Dónde está? ¿Va a venir?

La pregunta la incomoda. Lo noto en su manera de moverse en la silla y en cómo se humedece los labios. Y a mí me da mala espina.

—No sé nada de él desde hace tres días, Ares —se sincera—. No ha venido por aquí desde que te dejó para que te intervinieran.

—¿Que no ha venido? —No me lo puedo creer—. Y ¿ha llamado para preguntar?

—No. Nos lo preparó todo y nos dijo que no nos preocupásemos de nada. Que cuando estuviésemos listas, podíamos volver a Badalona sin miedo a represalias ni a daños colaterales. Que podíamos retomar nuestras vidas porque todo había acabado y ya estábamos a salvo. Y me dijo… —Esquiva mi mirada.

—¿Qué te dijo, mamá? —No sé por qué estoy llorando, pero estas lágrimas son distintas. No son de alegría, no son de alivio, no son maternales… Son de una persona enamorada que no quiere oír lo que sabe que, sorprendentemente, va a venir a continuación.

—Me pidió que te dijera que eres libre.

La sensación es parecida a la de estar en un congelador. Me he quedado fría y destemplada. Tuerzo la cara hacia la ventana, incrédula y decepcionada por lo que acabo de oír porque sé lo que significa. El sol bailotea entre los árboles e ilumina la habitación de manera intermitente, pero a mí no me da calor.

Adonis me ha ayudado en todo, me ha salvado la vida muchas veces y ha hecho que abrace mi condición y que crea en vestales, en agatodemons y en el fuego sagrado.

Ha hecho que me enamore de él, con todas las consecuencias.

Pero tenía esperanzas de que no fueran estas. Después de la noche que pasamos, aunque él no me dijo que se quedaría conmigo, no me esperaba que al final se fuera.

Después de entrar en mi vida como un huracán y hacerlo volar todo por los aires, lo ha limpiado y recogido todo y ha dejado mi habitación en orden, como si nunca hubiese existido.

Es terrible. Agarro la sábana y la arrugo entre los dedos porque, aunque sé que he ganado esta batalla contra la Corte y que he traído luz, ahora también sé que he perdido cosas que no estaba preparada para soltar.

Si Adonis dice que soy libre, es porque me libera de él.

Me ha dejado. Se ha ido.

—¿Crees que volverá, mamá? —le pregunto sorbiendo por la nariz sin mirarla.

—Espero que vuelva a por ti, cariño —lamenta al verme llorar—. Porque juntos sois todavía más fuertes y hermosos que estando separados.

Yo también lo pensaba.

Pero por lo visto, él no.

Estas dos semanas no han sido fáciles para mí.

Más allá del dolor de la recuperación, de las curas de las quemaduras del brazo y de la sanación de la puñalada que por poco sesgó mi riñón derecho, hay otra herida que me pesa mucho.

Sé que tengo que dar gracias por estar viva, por tener a mi hija y a mi madre sanas y salvas. Sé que he podido volver a mi vida tal y como Adonis dijo: con normalidad.

Muerta la Corte, las mariposas negras han desaparecido de Badalona, igual que desapareció toda la Corte en un viñedo en Arles.

Sigo trabajando en mi novela gráfica y, después de lo vivido estas semanas, tengo unas ideas brutales que pienso escenificar. Sin embargo, en mi trilogía de *Las cenizas de Baetulo,* no dejaré que el agatodemon de Dana la abandone. Porque ella es increíblemente fuerte sola, pero el tándem que hace con su demonio vengador, la hace invencible. Y a él mucho más resiliente.

Lu viene por casa casi cada día y habla mucho conmigo; quiere saber cómo estoy porque, como la amiga que es, sabe que estar mala del corazón es un riesgo mortal para la salud física y emocional. También me habla de los nuevos descubrimientos romanos que se van a poner en el Museo de Badalona. Lo mejor es que ha dejado de insistirme sobre lo de fotografiar y mostrar el mural y el larario de mi jardín. Ahora entiende que eso debe permanecer en secreto porque, de algún modo, ella también cree que las vestales protegen la ciudad. Y, aunque a nivel de documentación no hay constancia de ellas, porque no se sabe todavía ni dónde se ubica el *forum*, el templo de la ciudad romana, y no se puede acceder a esos archivos, ahora cree en mí. Y

con eso le basta. Porque soy una vestal en vida, aunque a veces parezca que soy un muerto andante.

Ella seguirá creyendo que Bacus es el dios de Baetulo. Que pruebas hay de sobra y que una Corte de demonios crea que puede invocarlo mediante bacanales y sacrificios, no significa que el ser humano de a pie deba hacerlo. Badalona, al fin y al cabo, siempre ha sido una tierra romana de vinos y Bacus también puede ser dual.

Le he dicho que si quiere pensar eso para sentirse mejor, por mí perfecto. Yo ya sé lo que esos demonios querían de Bacus y lo que hacían por él. Pero es mucho mejor ver al dios del vino solo como eso, no como un dios de sacrificios y perversión.

A pesar de mi dolor, no soy tan débil como para olvidarme de comer y de respirar solo porque un demonio bueno se alejó de mí sin despedirse. No.

Me sigo cuidando, sigo saliendo a correr poquito a poco, lo que me dejan las heridas, y sigo llorando a solas sin que nadie me vea.

Adonis me ha dejado una quemadura que no se borrará con el tiempo, porque cuando una encuentra un amor así, es para toda la vida. Le quiero de un modo que me duele. Sé que no volveré a querer así. Me ha echado a perder para cualquier hombre, lo tengo claro.

Por eso me ha hecho mucho daño su decisión, porque me aboca a creer que solo yo sentía todas esas emociones y que él, al final, no sintió nada por mí.

No sé cómo pudo abandonarme así, con tanta facilidad, sin mirar atrás.

Y mientras pasan los días y me hago estas preguntas, Venus ya va a la guardería. Ella también ha retomado su vida con normalidad. Pensaba que la pequeña tendría pesadillas o estaría nerviosa por lo sucedido en la Cerdaña. Pero nada de eso. Duerme como un lirón. Y creo que es por Vesta, porque la bendijo.

Cada noche, mi madre, mi hija y yo nos ponemos frente al larario de nuestro jardín, presidido por mi abuela y por Vesta, y les agradecemos por protegernos y rezamos para que nunca permitan que se apague el fuego sagrado y protector de nuestra ciudad, de nuestro hogar. Por eso siempre dejamos una vela encendida en la lucerna y el

incienso siempre prendido para que, quien entre en esta casa, entienda y sepa que es hogar de vestales, aunque muchos no tengan ni idea de lo que son.

Hemos dejado todas las protecciones que usaba mi abuela en su lugar, no hemos retirado ninguna. Y al cuadro de Silvia Rea le hemos comprado un marco dorado y lo hemos colgado bien sobre la chimenea.

Creo que la vida se ve y se entiende de otra manera cuando abres tu mente y ves otros velos y, sobre todo, cuando por fin descubres tu verdadera identidad, tu lugar en el mundo.

Como ilustradora, contaré la historia en *Las cenizas de Baetulo* a mi manera y hablaré de la Corte de demonios que suelen asolar las ciudades romanas más importantes. Me da igual que la gente crea que es ficción. Una vez se pone la semilla en la conciencia de los lectores, esta activa el conocimiento y el despertar, aunque a muchos les lleve toda una vida hacerlo.

Y en esas estoy, caminando y mirando hacia delante.

Aunque duela.

XXVI

Hoy se quema el demonio en Badalona.

En esta celebración, todos retoman la tradición de las *sagaes* y de las vestales, de encender un fuego para proteger a toda la ciudad.

Toda esta semana pasada han sido las fiestas de mayo de Badalona. He salido a disfrutarlas con mi hija y mi madre. Con tristeza, pero también con esperanza en un futuro en el que me duela menos la ausencia de Adonis.

Acompañamos a llevar una docena de huevos al convento de las Clarisses para que bendijeran el clima durante las fiestas. Vimos cómo plantaban la escultura del Demonio en la playa, la misma que quemarían el once de mayo —o sea, hoy— y cuyo lema es una protesta por cómo ha subido el precio de la luz, pero toda una declaración para mantener a Badalona iluminada. ¡Arriba la luz!, así se llama el Demonio.

Acompañé a Venus a enterrar un *kolossoi* que simboliza a la Corte de Bacus en la base del demonio de la playa para que se queme el día de la quema. Fuimos a conciertos, vimos a los *castellers*, vimos bailar a los gigantes en la plaza de la Plana, bailamos en la noche del mono, correteamos con los correfuegos y paseamos por Ca l'Arnús y Can Solei mientras escuchábamos a los artistas cantar en directo.

No pudimos hacerlo todo, pero salimos a disfrutar de nuestras fiestas como nunca. Porque después de lo vivido, sentimos Badalona más nuestra que nunca, como si fuéramos responsables de ella, de sus gentes y de su paz.

Ahora estoy en la torre de vigilancia, en ese lugar en el que, cuatro años atrás, me cambiaron la vida. Lu me ha llamado para quedar

conmigo en la Rambla y ver la *cremada* cerquita. Para eso hay que ir pronto.

Pero le he dicho que no, que antes quería estar aquí a solas un rato. Ella sabe que son mis momentos de contemplación y meditación y que me va bien hacerlo, así que no me ha querido insistir. Hemos quedado en ir más tarde con Venus y con mi madre.

Y que conste que quiero ver cómo arde el demonio más que nunca por todo lo que sé que simboliza. Porque con este demonio se quema la Corte.

Eso no significa que dejen de pasar cosas malas en la ciudad, porque el mal siempre está ahí de un modo o de otro. Está en cómo actúan las personas, en su cultura, en su educación y en su percepción de lo que es lo correcto. Y en muchos individuos todo eso brilla por su ausencia, por eso existe el mal.

Pero no podemos llegar a cada uno de los que hacen daño. Sin embargo, he podido ayudar a eliminar algo que representa ese lado oscuro de las personas como organización, como secta, como la élite que siempre se han creído ser, porque, posiblemente lo fueran.

Adonis y yo les hemos vencido. Nosotros solos.

No dejo de pensar en él. Es deprimente, pero es la verdad. Quería estar aquí a solas porque hoy he hecho algo que espero que me ayude a cerrar el círculo. Le he enviado su cuadro de Mephisto y de la Bruja Escarlata al correo del señor Landon.

Lo he acabado con todo lujo de detalles y he volcado en mi ilustración toda la rabia y la frustración que siento por cómo ha hecho las cosas, pero también he reflejado toda la pasión y el amor que sigo sintiendo hacia él, aunque haya hecho las cosas mal y me haya decepcionado.

Pero, como dice mi madre: «Si tienes que rogar y pedirlo, entonces, no es amor».

He invertido muchas horas estas semanas en acabar el trabajo porque creo que si se lo entrego ya, no tendré nada pendiente con él y podré empezar a cerrar la puerta de nuestra historia. Ahora ya debe tenerlo.

Pero me duele tanto…

Estoy sentada en la piedra fatídica sobre la que caí cuando Angol me agredió. A unos metros a mis pies, hacia la derecha, yace el estramonio como si fuera una maldita cama en la que Angol me violó estando inconsciente.

Aunque estar aquí ya no me duele. No me asusta.

Me recuerda lo fuerte que soy y las cicatrices de guerra que tengo. Hace que valore que intentaron matarme pero que burlé a la muerte. Que la sobreviví.

E, inevitablemente, evoco el momento en que Adonis estuvo aquí conmigo para llenarme la cabeza y los oídos de cosas bonitas y asertivas.

Creo que aquí fue cuando me empecé a enamorar de él de verdad.

O puede que me enamorase de inmediato, nada más verlo. No sé ser sincera conmigo misma al respecto, pero hay una verdad: le amo.

Y voy a necesitar mucho tiempo para dejar de hacerlo.

Me seco las lágrimas de las mejillas y apoyo la barbilla sobre mis rodillas. Mi casco descansa a mi lado, con el pájaro en forma de pene que me dibujó Venus y que nunca borraré.

Eso también me recuerda a Adonis.

Le odio. Y le quiero.

Tendré que empezar a nadar entre las aguas de mi bipolaridad emocional descubierta. Me levanto y camino por encima del estramonio, aplastando las plantas con las zapatillas blancas. Aunque sé que no es la ropa ideal para ir en moto, llevo un vestido elástico a rayas marineras blancas y negras y encima una cazadora de cuero de color negro. Pensaba ir así a ver cómo queman el demonio y no tener que cambiarme después.

Me paso las manos por el trasero, para limpiarme el polvo y decido que es hora de irme.

Hora de decir adiós a mi historia de amor y a los lugares que ahora también me recuerdan a él.

Adonis lleva tres semanas sin hablar conmigo, sin contactarme. Se lo ha tragado la tierra, como si jamás hubiese sido real ni hubiese existido.

Estoy decidida a irme, a retomar el caminito hasta la parte superior

de la montaña, donde tengo la moto.

Pero cuando levanto la cabeza, me quedo sin aire. Petrificada.

Así, salido de la nada, como si mis deseos lo hubiesen invocado, me encuentro a Adonis de pie entre los árboles, a tan solo unos metros de distancia.

Viste como la primera vez que le vi. Tejano, camiseta de manga corta y el pelo recogido en una coleta. Así, con ese aire de estrella de rock millonaria.

Y está tan guapo que no me lo puedo creer. Este maldito demonio hace que se me encoja el corazón.

Él me mira fijamente con sus ojos amarillos. Parece triste, inseguro, arrepentido, pero también decidido a encontrar lo que sea que haya perdido.

No me atrevo a decir ni a hacer nada. Él me barre con la mirada para volver de nuevo a mi rostro y yo me abrazo a mí misma.

Me siento desprotegida.

—Hola, Ares.

—Pensaba que habías vuelto al Infierno. ¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Él toma aire por la boca y lo suelta de golpe, como un corredor que está listo para hacer el *sprint* de su vida.

—He llamado a Lu. Temía que si te llamaba a ti, no querrías hablar conmigo.

Me aclaro la garganta. Tengo una bola de pena que me está ahogando.

—¿Por qué crees que iba a reaccionar así? ¿Tengo razones? —Tiemblo y se me nota en la voz. Estoy impactada de verlo. No lo esperaba.

—Sí. Porque desaparecí sin decir nada —asume. Agacha la mirada y pasa el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—. He estado arreglando unas cosas. Poniendo en regla mi vida. —Chuta una pequeña piedra—. Entendiendo lo que me pasaba.

—¿Lo que te pasaba?

—Sí.

—Ya. —Asiento a punto de echarme a llorar—. ¿Te ha ido bien? —

Me sale con un punto ácido e irónico que nace de mi despecho. No lo puedo evitar—. ¿Está todo arreglado?

—Casi todo —sonríe contrito—. Soy oficialmente el heredero de Umberto Rossi, su hijo exiliado que vuelve del Infierno. Me he hecho un estudio genético para asegurarme de que no tengo ese gen NAO del que hablaba Alexandre ni ninguno que pueda alimentar algún tipo de maldad o sociopatía. No tengo el gen del Diablo.

—Bien por ti.

—Y he guardado la Influenza a buen recaudo para que otros no puedan usarla ni jugar con ella. Si la quieren, tendrán que inventar de cero algo parecido, porque no se la voy a dar a nadie. —Sé que todo eso lo ha atormentado. Sabía que estaría pensando en cuánto de Bael corre por su sangre. Me alegra saber que lo malo, no—. He hecho lo que consideraba mejor para ti.

—No te atrevas a decir que sabes lo que es mejor para mí —espeto entre dientes—. No tienes ni idea.

Él se siente atribulado por mis palabras.

—Ares, cuando estamos juntos, algo se mueve a nuestro alrededor. No sé qué es, puede que sea magia. Es una energía imprevisible, mística, que me altera y que me asusta no poder leer ni controlar. —Incluso a él le cuesta creer lo que dice. Pero lo está aceptando—. He estado haciendo lo que creía que tenía que hacer para sentirme en paz, para no provocar más carambolas desastrosas a tu alrededor. Pero no lo consigo porque me faltan cosas —declara, dando pasos para acercarse a mí—. Me falta algo.

—No te acerques —le prohíbo, señalándolo bruscamente—. No sé de qué vas ahora, no sé qué significa esto. Te fuiste —le echo en cara —. Te fuiste e hiciste como si yo no significara nada para ti. Nada. —Me acongojo—. Cortaste toda comunicación conmigo. Tú, Antón, los lobos, Nico y John os fuisteis de nuestras vidas, sin más. Y no me preguntaste cómo estaba. No quisiste hablar conmigo en todo este tiempo. ¿Cómo crees que me ha hecho sentir todo eso?

—Sabía cómo evolucionabas. La clínica en la que te hospedaste es mía, Ares.

—¡Me da igual! ¡Me da igual lo que tengas o dejes de tener! ¡Me da

igual que esté en tu clínica, en tu castillo, en tus hoteles…! ¡Nada de eso me importa! ¡Me importabas tú! ¡Te dije que te quería y que estaba enamorada de ti! ¡Pensé que sentías algo por mí y me diste la espalda, Adonis! ¡Tres semanas! ¡Tres! —Le señalo alzando los dedos —. ¡En las que he dudado incluso de que fueras real! Tres semanas durante las que he sentido cómo mi corazón se rompía cada día un poquito. Nunca pensé que serías capaz de huir así y que fueras tan gallina. —Levanto el mentón desafiante.

—Lo… lo sé, Ares —reconoce—. Ahora sé que no tomé la mejor decisión. Me equivoqué.

—Necesitaba hablarte… —Me detengo. Las lágrimas inundan mi paladar y me duele la cara de prohibirme el llanto—. Te necesitaba. ¡Y tú te largaste!

—Lo siento tanto… No supe cómo enfrentar lo que había pasado —admite—. Cuando te recogí en el bosque, pensé que yo había provocado eso. Me sentía culpable de lo que os había sucedido a ti, a Venus y a tu madre. Estaba bloqueado e impresionado por lo acontecido. Te estabas desangrando en mis brazos, maldita sea… —Su rostro es de horror y dolor—. Y pensé que lo mejor era alejarme de ti para que estuvieras realmente a salvo. Quise poner tierra de por medio, porque me asustaba pensar que pudieras culpabilizarme por todo tu sufrimiento. Y eso me mataba. —Parpadeo para aliviar las lágrimas de mis ojos—. Porque sabía que era verdad. Intenté hacer lo mejor para acabar con la Corte y por poco os matan a las tres. Cada acción tiene una reacción, y suelen acabar contigo en peligro. Y no lo soporto.

—Tú no podías saberlo. ¡No tienes la culpa de todo lo que pasa en el mundo!

—Puede que tengas razón. —Se pasa la mano por la nuca, incómodo —. Pero mi cabeza no lo creía; tiene hábitos aprendidos que hacen que me responsabilice de todo, ya lo sabes. He intentado ocupar el tiempo arreglando mis cosas para no pensar en ti. Pero resultó que soy yo quien no sabe estar lejos de ti. No soy capaz. Me duele la distancia.

—¡Mentira! ¡Lo has hecho muy bien!

—¡Ares! —Adonis da dos pasos y ya lo tengo frente a mí. Parece

enfadado de que no le crea. Sujeta mi rostro con sus manos y yo le clavo mis uñas en las muñecas.

—¡¿Qué haces?! Suéltame —ordeno fríamente.

—Ares… Te digo la verdad. Me dijiste que cuando todo acabase, siempre tendría un lugar para volver. Y dijiste que debía tener claro cuál era ese lugar. —Sus ojos titilan como estrellas—. Pues aquí estoy. Sé que siempre he sido yo quien ha marcado las distancias. Sé que ha sido difícil para ti estar conmigo. Mi imagen es la de un hombre seguro de sí mismo y sin necesidad de formar vínculos con nadie. Soy así porque todo lo que he querido o me ha importado, me lo han arrebatado. Y esa ha sido mi manera de protegerme para que no volvieran a quitarme nada que quisiera. Pero no lo he hecho bien. Mi convicción no sirvió de nada, porque no sabía lo que me iba a pasar cuando te conociera. Y querer estar a tu lado, créeme, no es lo mejor para ti.

—¡¿Tú qué vas a saber?! —Me remuevo contra él para empujarlo y acabo agarrándolo de la camiseta.

—Lo sé. Pero soy un jodido egoísta y quiero estar contigo. Me muero si no es así. Ares…, mírame —me pide al tiempo que une su frente a la mía.

No voy a caer en su hechizo. No pienso hacerlo. Me deja, desaparece tres semanas y ahora viene aquí a decirme todo lo que quiero oír. Me lo intento sacar de encima, pero él no se mueve, es un muro.

—Mírame, *ragazza demoniaca*…

—Adonis… No tienes derecho a estar aquí ahora.

Él busca las palabras adecuadas para darme una explicación que se acerque a su verdad.

—He recibido tu dibujo. Y cuando lo he visto, me he reconocido en él y me he puesto a llorar. Mephisto tiene miedo de caer en manos de la bruja más poderosa de todas porque sabe que ella lo puede dominar. Porque sabe que ella puede hacer que cambie sus credos. Porque sabe que lo pondrá de rodillas a sus pies. Y ese dibujo significa la rendición del demonio ante la única mujer capaz de quemarlo. Así me siento yo, Ares. No fui al Infierno, pero siento que regreso de él,

porque ha sido un tormento no verte. Porque sentía que me quemaba todos los días al no estar cerca de ti. Toda mi vida he creído que era un demonio, que estaba maldito. —Me acaricia la barbilla con el pulgar—. Pero tú me has hecho creer en ti y en que, maldito o no, puedo ser tu agatodemon. Sé que no me merezco que me aceptes ahora, y menos después de desaparecer de ese modo, sin darte ninguna explicación. Pero he vuelto, a pesar del miedo que tengo de disfrutar de ti y de perderte. He vuelto porque más miedo me da no vivirte.

—Adonis… —Mis lágrimas caen por las comisuras de mis ojos—. No puedes decirme esto y luego largarte. No puedo pasar por eso otra vez. Jamás he sentido lo que me pasa contigo y no lo sé llevar. Si vas a irte otra vez cuando te entre el miedo, si…

—No me quiero ir —me jura solemne—. He vuelto para decirte que necesito estar contigo, Ares, que dejes que me quede a tu lado. Que soy yo el que te pide perdón y te ruega que le dejes volver. Como tu agatodemon, como tu demonio, como tu vir…, como tu compañero, como lo que tú quieras que sea.

—No quiero que seas de ninguna manera. Quiero que seas tú. —Lo golpeo suavemente en el pecho—. Solo eso. —Él echa mi cabeza hacia atrás—. Yo sé que no estás acostumbrado a crear raíces emocionales con nadie y que te asustan el amor y la intimidad. Y yo vengo con una mochila de tres años y pico y…

—Tu mochila es preciosa. Forma parte de ti, y me encanta. Y si me dejas, me gustaría ayudarte a cargarla.

Hago pucheros y niego con la cabeza. Esto es un sueño.

—Siento mariposas cuando me hablas de Venus así, siempre me ha pasado. Pero eso ya no es suficiente. No para mí. —Está aterrado, tiene miedo de que lo eche—. Me he entregado a ti como no lo he hecho con nadie, he luchado codo a codo contigo. —Me ahogo por mis propias lágrimas—. Te he abierto las puertas de mi hogar, de mi familia y de mi mundo interior. No voy a irme con un demonio que no sienta lo mismo que yo y que, por miedo a provocar una maldición existente solo en su cabeza, no me lo diga —lo desafío abiertamente —. Ya no me conformo con menos. Me dijiste que eras mío. Y te

largaste. Ahora quiero que me digas por qué necesitas estar conmigo y por qué estás dispuesto a todo. Porque yo lo quiero todo, Adonis —reconozco emocionada—. Y me merezco lo mismo. Y si no me lo vas a dar, es mejor que te vayas.

Su rostro se llena de dolor, afectado por mis palabras.

—¿Crees que no te lo voy a dar? ¿Crees que voy a venir aquí y no te lo voy a decir? *Sono innamorato di te, signorina Parisi.* Me he enamorado de ti. —Mis pupilas se dilatan y recibo esa declaración como un abrazo definitivo—. No quería, pero ha sido inevitable. Te me has metido debajo de la piel. Eso quiero que lo tengas claro. Y también quiero que sepas que mi amor puede no ser bueno para ti. Soy un demonio y no te sé amar solo como un hombre —remarca—. Un demonio marca lo que es suyo, posee lo que le pertenece, se entrega a quien lo merece, domina a quien es capaz de tolerarlo, juega con su niña y hace arder a su mujer. Si me aceptas, quiero que sepas que ese soy yo. Ese es mi todo. Porque puede que no me veas los cuernos ni la cola, Ares, pero ya te lo dije una vez: siguen ahí. Contigo voy a ser exigente y también generoso, intenso y pasional, salvaje y tierno, como espero que seas conmigo. Con el tiempo, puede que estas emociones se suavicen, pero ahora, que me has explotado en la cara y que todo es nuevo…, no sé quererte de otra manera que no me arda. Un demonio estará enamorado para siempre. Su infierno es eterno y sus llamas, también.

Estoy riendo, pero también lloro al mismo tiempo. Es la declaración más brutal y franca que jamás he oído. Es hermoso cuando se abre de esta manera y también, más demonio que nunca.

—Yo lo quiero todo de ti…, siempre lo he querido —reconozco finalmente llorando contra su pecho—. Te dije que estaba enamorada de ti. Y, aunque me has hecho daño, eso no ha cambiado. Mis emociones también son para siempre. Porque soy una mujer y una vestal. Lo que siento es sagrado. Y te amo, Adonis.

Él me abraza y me mece con todo ese calor y esa fortaleza que tanto he echado de menos. Pero así como la verdad y las emociones se reconocen de inmediato y cuando se liberan son curativas, también lo es la pasión y la explosividad que sentimos el uno hacia el otro.

Por eso, Adonis me levanta el rostro para que lo mire y me cubre los ojos con una de sus manos para decirme:

—Tus ojos… —susurra posando sus labios contra los míos— esclavizan a los demonios. Son el Averno para mí. —Me los descubre otra vez, y yo me pongo de puntillas y lo beso en los labios, apresando su labio inferior entre mis dientes.

Entre un agatodemon y su vestal, los besos no son castos, por eso se vuelven incendiarios en décimas de segundo.

Lo he echado mucho de menos.

—Te he añorado tanto, *diavola*… —Me levanta por el trasero y me obliga a rodearle la cintura con las piernas.

Su lengua se interna en mi boca y yo lo sujeto por el pelo con rabia, con cariño, con pasión…, todo al mismo tiempo mientras nuestros besos se vuelven más fogosos e intensos.

Saber que él me quiere y que ha vuelto para quedarse en Badalona le ha dado alas a mi corazón. Que una ciudad romana del presente tenga una vestal y un agatodemon protegiéndola de cortes de demonios es un motivo de celebración.

Adonis me tumba sobre el estramonio, donde una vez me hicieron muchísimo daño. Pero ahora ya no estoy asustada. Ahora ya no me duele.

Solo le quiero a él, que nos sintamos piel con piel, porque mi cuerpo lo ha echado de menos.

—¿Cómo estás? —me pregunta apoyándose sobre los codos, pero bien colocado entre mis piernas—. ¿Te duele algo? ¿El brazo? ¿Los puntos de la espalda?

Yo le empujo por el pecho con suavidad y hago que se tumbe sobre el estramonio mientras me ubico encima de él a horcajadas.

—Por ahora, yo mejor arriba —le pido. Él sonríe y sus hoyuelos se marcan para dejarme noqueada de por vida—. Me ha dolido aquí. —Pongo su mano sobre mi pecho, a la altura de mi corazón—. Pero ya no. Hoy se quema el demonio en Badalona, Adonis. Y yo voy a hacer arder al mío con mi fuego sagrado. —Apoyo las manos a cada lado de su cabeza y lo beso con todo el amor que siento por él—. Este es nuestro Backheia. *Ti amo, diavolo bello.*

Sus manos se posan en mis glúteos y me acarician con adoración.

—*Ti amo, donna del diavolo.*

—¿Estás listo para lo que nos depare la vida?

—*In omnia paratus, ab imo pectore.* Listo para todo con todo mi corazón.

Yo sonrío y me emociono al recordar la bendición de la madre Mariagna.

—*Semper et in aeternum?*

—Siempre y para siempre.

Cuando nos besamos, todas nuestras piezas encajan y conforman un puzle increíble en el que podemos reinventarnos, aceptarnos, descubrirnos y perdonarnos siempre mientras exista este amor.

Hay amores suaves.

Hay amores relajados.

Hay amores confortables y complacientes.

Hay amores tímidos a pesar del paso del tiempo.

También hay amores explosivos y apasionados.

Y amores maternales y amores compasivos.

Pero luego está el amor demoniaco. Un amor distinto, fogoso, lleno de llamas y sacrificios que merecen la pena.

Un amor que solo puedes disfrutar si estás dispuesto a arder y a quemarte.

Es un amor tan sincero que aceptas que puedes llegar a morir en la hoguera.

Soy hija, madre, mujer y vestal, y estoy enamorada de mi agatodemon.

Y ¿sabéis qué? Después de todo lo que hemos sufrido, de todo lo superado y de esta increíble aventura que jamás pensé que tendría lugar en mi vida, estoy dispuesta a que nuestro fuego sagrado jamás se apague.

Mantened encendida la llama de vuestros hogares.

No dejéis que la luz se apague.

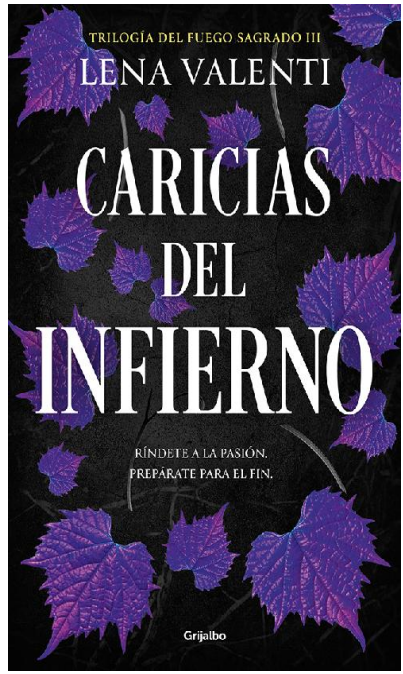
Abrazadla, *per sempre.*

Agradecimientos

Doy las gracias por poder dedicarme a lo que más me gusta. Pero no podría lograr algo así sin todos vosotros, todos esos lectores que, desde que empecé y año tras año, os habéis sumado al carro de mis historias y habéis ayudado a construir un Lenaverso cada vez más grande, donde tienen cabida todo tipo de tramas y géneros, pero donde el amor y la pasión son indiscutibles.

Gracias de todo corazón. Y vamos siempre a por mucho más.

Un rito ancestral.
Una pasión capaz de incendiar el infierno.



La sombra de Bacus ha dejado una huella terrible en la vida de Ares Parisi y, tras sus últimos descubrimientos sobre Adonis, esta parece aún más oscura. Sin embargo, su objetivo sigue imperturbable: no descansará hasta ver caer a la Corte, aunque para ello deba dejar sus sentimientos a un lado y continuar con su vir para celebrar la Liberalia, la noche sagrada en la que tendrá lugar el ritual más peligroso hasta la fecha.

Ares deberá obviar todo lo que Adonis despierta en ella con cada caricia, cada roce…, y llevar su papel de virtuosa hasta el nal. Solo así podrá encender el fuego que reside en su interior y conseguir que las llamas iluminen la ciudad y hagan a los demonios arder.

Lujuria. Sangre. Fuego.

Llega el desenlace de la aclamada trilogía del Fuego Sagrado, un romance cargado de misterio y erotismo de la mano de Lena Valenti, la autora referente del género que ha cautivado a más de 500.000 lectores en todo el mundo.

Adéntrate en el abismo.

Lena Valenti (Badalona, 1979) se dedica a la escritura profesional desde hace más de una década y ha publicado más de sesenta novelas de género romántico adulto y de subgéneros como la mitología, la fantasía urbana o el thriller erótico y paranormal.

Además, ha vendido los derechos audiovisuales de varias de sus sagas y sus libros han sido publicados en España, México, Argentina, Italia, Alemania y Bulgaria.

Muchas de sus creaciones son consideradas obras de culto por sus legiones de seguidores.

Primera edición: julio de 2023

© 2023, Lena Valenti
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño y fotografía de portada: Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253- 6502-7

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Instagram: @penguinenamora
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Caricias del infierno

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lena Valenti

Créditos